

TESORO
DE DEVOCION
SAGRADA
XXV

MISTERIOS
DE NUESTRO
SEÑOR JESU CRISTO

BV4217
T4
v. 25
1871-93

008553



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080015291



TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA

TOMO XXV

CUARTA PARTE

MISTERIOS, VIDA, PASIÓN, MUERTE, RESURRECCIÓN, ASCENSIÓN, ETC.,
de Nuestro Señor Jesucristo.

EUCARISTÍA, SAGRADO CORAZÓN Y NOVENARIO DE ÁNIMAS.

TOMO II

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TESORO

DE

ORATORIA SAGRADA

Ó SEA

BIBLIOTECA DE PREDICADORES

COLECCIÓN ESCOGIDA

de Sermones, Pláticas y otros Discursos sagrados, sacados de los más sobresalientes autores nacionales y extranjeros, en especial modernos.

CUARTA PARTE

MISTERIOS, VIDA, PASIÓN, MUERTE, RESURRECCIÓN, ASCENSIÓN, ETC.,

DE

Nuestro Señor Jesucristo.

ECCLESIASTÍA, SACRADO CORAZÓN Y NOVENARIO DE ÁNIMAS

POR EL

R. D. D. Joaquín de Cots y de Cots.

Catedrático de sagrada Teología en este Seminario Conciliar.



TOMO II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Telles

Capilla Alfonso con LICENCIA DEL ORDINARIO

Biblioteca Universitaria

BARCELONA

PONS Y CA EDITORES CATÓLICOS, CALLE DE CERVANTES, NÚM. 5.

1893

Con reserva de todos los derechos según los tratados.

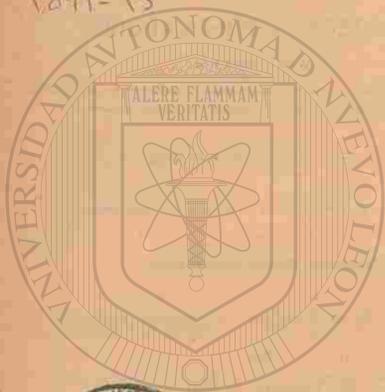
45184

BV4217

T9

V.25

1871-93



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Barcelona. — Imprenta á c. de Fidel Giró, Paseo de San Juan, 168.

SOBRE LA PASIÓN DE JESUCRISTO

*Judaei signa petunt et Graeci sapientiam
quaerunt: nos autem praedicamus Christum
crucifixum, Judaeis quidem scandalum,
Gentibus autem stultitiam; ipsi autem
vocatis Judaeis, atque Graecis, Christum
Dei virtutem et Dei sapientiam.*

Los judíos piden milagros, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos á Jesucristo crucificado, que es materia de escándalo á los judíos, y parece necedad á los griegos: mas para los llamados, sean gentiles ó judíos, es la misma fuerza y sabiduría de Dios.

(S. PABLO. CORINTH. 1. v. 22, 23 y 24.)

Esta es la idea admirable que concebía el Doctor de las gentes, hermanos míos, representándose siempre el misterio de la Pasión como misterio de poder y sabiduría; y esta idea he de seguir, porque me ha parecido la más propia para vuestro provecho, y más digna de Jesucristo, cuya pasión y muerte he de referir en este día. No es ahora el asunto llorar la muerte de este Hombre-Dios; si hemos de derramar lágrimas, las hemos de reservar para otro empleo; y no podemos ignorar cuál ha de ser, después que Jesucristo nos lo enseñó tan resuelta y distintamente, cuando dijo á las hijas de Jerusalén en el camino del Calvario: «No lloreis por mí, sino por vosotras mismas.» No es el asunto, digo, llorar su muerte, sino meditarla, abjurar en el misterio que encierra, reconocer el designio, ó, por mejor decir, la obra maravillosa de Dios, y descubrir el fundamento y firmeza de nuestra fe; y esto es, con la gracia divina, lo que intento. Los discursos tiernos y afectuosos que habréis oído han enternecido muchas veces vuestros corazones; pero puede ser que no fuese más que una compasión estéril, ó una breve compunción, ineficaz para hacer mudar vuestras costumbres. Mi asunto es convencer vuestro entendimiento, y deciros alguna cosa más sólida, que en adelante sirva de fundamento para todos los afectos de piedad que pueden nacer de este misterio. En dos palabras veréis explicadas la división de

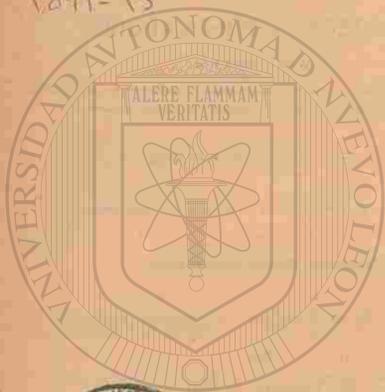
003553

BV4217

T9

V.25

1871-93



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Barcelona. — Imprenta á c. de Fidel Giró, Paseo de San Juan, 168.

SOBRE LA PASIÓN DE JESUCRISTO

*Judaei signa petunt et Graeci sapientiam
quaerunt: nos autem praedicamus Christum
crucifixum, Judaeis quidem scandalum,
Gentibus autem stultitiam; ipsi autem
vocatis Judaeis, atque Graecis, Christum
Dei virtutem et Dei sapientiam.*

Los judíos piden milagros, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos á Jesucristo crucificado, que es materia de escándalo á los judíos, y parece necedad á los griegos: mas para los llamados, sean gentiles ó judíos, es la misma fuerza y sabiduría de Dios.

(S. PABLO. CORINTH. 1. v. 22, 23 y 24.)

Esta es la idea admirable que concebía el Doctor de las gentes, hermanos míos, representándose siempre el misterio de la Pasión como misterio de poder y sabiduría; y esta idea he de seguir, porque me ha parecido la más propia para vuestro provecho, y más digna de Jesucristo, cuya pasión y muerte he de referir en este día. No es ahora el asunto llorar la muerte de este Hombre-Dios; si hemos de derramar lágrimas, las hemos de reservar para otro empleo; y no podemos ignorar cuál ha de ser, después que Jesucristo nos lo enseñó tan resuelta y distintamente, cuando dijo á las hijas de Jerusalén en el camino del Calvario: «No lloreis por mí, sino por vosotras mismas.» No es el asunto, digo, llorar su muerte, sino meditarla, ahondar en el misterio que encierra, reconocer el designio, ó, por mejor decir, la obra maravillosa de Dios, y descubrir el fundamento y firmeza de nuestra fe; y esto es, con la gracia divina, lo que intento. Los discursos tiernos y afectuosos que habréis oído han enternecido muchas veces vuestros corazones; pero puede ser que no fuese más que una compasión estéril, ó una breve compunción, ineficaz para hacer mudar vuestras costumbres. Mi asunto es convencer vuestro entendimiento, y deciros alguna cosa más sólida, que en adelante sirva de fundamento para todos los afectos de piedad que pueden nacer de este misterio. En dos palabras veréis explicadas la división de

003553

este discurso; hasta aquí puede ser que no hayáis considerado la muerte del Salvador sino como misterio de su humillación y flaqueza; pero yo os he de mostrar que en este misterio ostentó á lo que llega su poder; y ésta será la primera parte. El mundo ha mirado hasta aquí este misterio como una necesidad; y yo os he de mostrar que en este misterio ha ostentado Dios más descubiertamente la luz de su sabiduría: ésta será la segunda.

Dadme, Señor, para tratar un asunto tan asombroso, aquel celo de que estaba lleno vuestro Apóstol, cuando le escogisteis para llevar vuestro nombre á los Reyes, y hacer que adorasen en la misma humillación de vuestra muerte la divinidad de vuestra persona.

Yo os pido, Señor, esta gracia, y la espero alcanzar por los merecimientos de vuestra Cruz misma; porque olvidándome hoy de vuestra Madre, pongo la vista en vuestra Cruz, única esperanza nuestra; y empiezo con rendirla el culto que la da solemnemente toda la Iglesia: *O Cruz, Ave, Maria.*

Que Dios, en cuanto Dios, se dé á conocer como Señor y Soberano en sus acciones; que críase el cielo y la tierra con una sola palabra; que haga prodigios en el universo, y que no haya cosa que pueda hacer resistencia á su poder, es una cosa tan natural á su grandeza, que casi no es motivo para nuestra admiración; pero que Dios padezca, que Dios expire entre tormentos, que Dios, como dice la Escritura, llegue á gustar la muerte, siendo el solo el que posee la inmortalidad, esto es lo que jamás comprenderán los hombres ni los ángeles. Puedo, pues, exclamar de espanto con el Profeta: *Obstupescite caeli, espantatos, cielos, porque este misterio excede á todo lo que alcanza nuestra vista, y pide toda la sumisión y obediencia de nuestra fe; pero también es el misterio en que nuestra fe ha triunfado del mundo: Et hoc est victoria, quae vincit mundum, fides nostra.* Es verdad que Jesucristo padeció tormentos y muerte; pero al hablarlos de su muerte y de sus tormentos, he de decir sin temor una proposición que tuvierais por paradoja, si las palabras de mi texto no os hubieran dispuesto ya para oírlo con respeto; intento persuadir, que padeció y murió en algún modo como Dios, esto es, de un modo que sólo en Dios podía caber; de un modo propio de Dios, de tal suerte, que sin otra razón juzgó San Pablo que podía decir á los judíos y gentiles: hermanos míos, este crucificado que predicamos, este hombre que os escandaliza, este Cristo sobre quien en el Calvario ha descargado Dios su mano, y á quien parece ha reducido á la última miseria, es la misma virtud de Dios. Lo que hace que le despreciéis

vosotros, es lo que le merece nuestras veneraciones y respetos. Es nuestro Dios, y no queremos más señal ni más prueba de lo que es, sino su Cruz. Este es el compendio de la teología de San Pablo, que puede ser no hayáis entendido bien jamás, y yo pretendo explicarla ahora. Procuremos entender estas divinas palabras: *Christum crucifixum Dei virtutem*; y saquemos de ellas el fruto que para nuestra edificación deben producir en nuestras almas.

Digo que Jesucristo murió de un modo que sólo podía caber en un Hombre-Dios. La explicación sola de estas palabras os ha de dejar convencidos. A la verdad, un hombre que muere habiendo antes pronosticado clara y expresamente todas las circunstancias de su muerte; un hombre que muere haciendo los milagros más asombrosos, para mostrar que es sobre lo humano, y que es divino cuanto en su muerte se ve; un hombre en quien la misma muerte, si bien se considera, es el mayor de todos los milagros; pues está tan lejos de morir por falta de fuerzas, como los demás hombres, que antes muere á esfuerzos de su omnipotencia; y lo que es más, un hombre que por la infamia de su muerte se eleva á la más alta cumbre de la gloria, y expirando en la cruz triunfa por la misma cruz del príncipe de este mundo, doma con ella la soberbia del mundo, y levanta su cruz sobre las ruinas de la idolatría y de la infidelidad, ¿no es hombre que muere como Dios, ó como Hombre-Dios, si os parece mejor? En esto se fundó el Apóstol cuando dijo que este Hombre-Dios, muerto en la cruz, no solamente era Ministro de la virtud de Dios, sino la misma virtud de Dios encarnada: *Christum crucifixum, Dei virtutem.* No tomemos de por sí estas cuatro pruebas, junctísimas, y no podréis dejar de confesar que no hay entendimiento racional, aunque obstinado, que no se dé por convencido. Descendamos en particular.

Sólo Dios puede penetrar lo porvenir, hasta tenerlo absolutamente en su mano, y poder decir infaliblemente, y como Señor de todo, *esto ha de suceder*, aunque dependa de un gran número de causas libres que hayan de concurrir para que suceda. Sólo Dios puede conocer distintamente y por sí mismo lo oculto de los corazones, y sacar á luz sus más íntimos secretos, y las más escondidas intenciones, sabiendo mejor lo que pasa y ha de pasar por el pensamiento del hombre que el hombre mismo. Pues esto es lo que en orden á su pasión y muerte hizo Jesucristo. Explicome. Al oírle hablar de su pasión mucho antes de suceder, y aun antes que los judíos hubiesen concebido designio alguno contra su vida, parece que hablaba de ella como de un suceso pasado ya, y que refería la historia; tan exacta-

mente declara hasta las menores circunstancias. Al verle el día de la muerte sufrir los tormentos que padece, se creyera que los verdugos que le atormentan, antes son ejecutores de lo que Su Majestad habia predicho, que de la sentencia que habian dado los jueces en su causa. «En fin (decia á sus Apóstoles previniéndolos para este doloroso misterio), vamos á Jerusalem, donde se ha de cumplir cuanto está escrito del Hijo del hombre. Porque este Hijo del hombre (este es el título que tomaba), este Hijo del hombre que veis y os habla, será entregado á los gentiles, ultrajado, injuriado, azotado y puesto en una cruz; su rostro será escupido, morirá con ignominia, y al tercer día resucitará.

Cuanto les habia declarado este adorado Salvador de los libros de Moisés y de los Profetas, que hablaban de Su Majestad, se ejecutó muy poco después á la letra en la sangrienta catástrofe de su pasión y muerte. En cumplimiento de estas profecias que tenían por objeto á su persona, y en virtud de ellas, en lugar de juzgarle los judios según su ley, pues era judío, le entregaron á Pilatos, que era gentil; los soldados, contra todas las procederés de la Justicia, aumentando el escarnio y la crueldad sobre lo que contenia la sentencia de su condenación, le escupieron el rostro, y se lo ensangrentaron con bofetadas; hasta las más ligeras circunstancias del precio en que habia de ser vendido, del empleo que de este dinero se habia de hacer, del repartimiento de sus vestidos, de las suertes que se habian de echar sobre su túnica, la hiel que le ofrecieron, las Escrituras que él mismo se habia aplicado; todas estas cosas parece que fueron la regla de cuanto sus enemigos intentaron contra Su Majestad, como si no hubiera padecido sino para justificar los oráculos que se habian pronunciado tantos siglos antes que viniese al mundo: *Ut adimplerentur Scriptura. Ut impleretur sermo, quem dixit*. Argumento tan sólido y eficaz, que no fué menester más para la conversión de aquel celebre eunuco, tesoro de la reina de Etiopía, de quien se habla en el libro de los hechos apostólicos, al cual explicó San Felipe Diacono la maravilla que yo os predico. Todas estas y otras muchas profecias cumplidas general y puntualmente en la pasión de Jesucristo, le obligaron á reconocer este Mesias prometido de Dios, y enviado en la plenitud de los tiempos; ¿y nos ha de hacer menos fuerza á nosotros que estamos revestidos del caracter de cristianos? Lo que bastó para convencer á un hombre á quien no habia alumbrado aún la luz del Evangelio, ¿ha de tener menos fuerza para confirmarnos á nosotros en la fe que profesamos?

Pero debe hacer mayor impresión en vosotros lo que añado. Mue-

re este Hombre-Dios haciendo milagros, ¿pero qué milagros! ¡Ay, cristianos! ¿los hubo jamas ni los habrá más ilustres? Aun estando para morir hace temblar la tierra, abre los sepulcros, resucita los muertos, rasga el velo del templo y obscurece el sol; prodigios que movieron tanto á los soldados, que volvieron á la ciudad convertidos; pero en fin, como nota San Agustín, convertidos por la eficacia de la sangre que ellos mismos le habian hecho derramar al Hijo de Dios. ¿Qué digo que no haya dicho San Mateo en términos formales? *Vivo terramotu, et his que fiebant, timuerunt valde dicentes: verè filius Dei erat iste*. Visto el terremoto y las cosas que pasaban, tuvieron grande miedo, y decian: verdaderamente Hijo de Dios es éste. Aquel eclipse universal contra el orden de la misma naturaleza fué tan prodigioso, y se hizo reparar tanto, que dos siglos después hablaba de él Tertuliano á los gentiles y magistrados de Roma, como de un caso cuya memoria conservaban en sus archivos. El mismo caso, que se tenia por constante y averiguado, causó tal novedad á aquel sabio de la Gentilidad, Dionisio Areopagita (que después fué una de las más firmes columnas y uno de los más ilustres ornamentos de nuestra religion), que aun con estar muy lejos de Judea, y aun más lejos del conocimiento de nuestra fe, le hizo tanta impresión, que llegó á reconocer que aquellas tinieblas habian sido para él un manantial de luces, ó por lo menos le habian dispuesto á recibir con sumisión las verdades de la fe y las instrucciones divinas de San Pablo. ¿Qué diré de aquel famoso reo crucificado con Jesucristo, y repentinamente convertido por el mismo Salvador? Una mudanza tan impensada, que de un hombre perdido hizo un vaso de elección y de misericordia, ¿podia ser efecto de una persuasión humana? ¿No nacia visiblemente de un principio sobrenatural y divino? Si Jesucristo no hubiera obrado como Dios, ¿hubiera podido al morir en la cruz hacer que conociese y confesase su divinidad, este hombre desgraciado? ¿Y no sirve también este milagro de la gracia para confirmar todos los prodigios de la naturaleza, con que el cielo y la tierra, obrando como de concierto, glorificaron á este Dios en sus agonias y cuando estaba espirando?

Un solo milagro no quiso hacer Jesucristo en su pasión, y fué salvarse á sí mismo, como se lo proponian sus enemigos, ofreciéndole que le crearian si bajaba de la cruz. ¿Y por qué no hizo este milagro? Es muy clara la razón, dice San Agustín; y es porque sólo este milagro hubiera destruido todos los demás, y hubiera impedido la obra soberana que habia emprendido, á la cual se ordenaban todos los demás milagros como á su fin; conviene á saber, el asunto de la

redención de los hombres, que habia de tener su cumplimiento en la cruz. Fuera de eso, sus enemigos, prevenidos de su pasión, hubieran dado tan poco crédito á este milagro como al de la resurrección de Lázaro; porque si la evidencia del suceso, que les obligó á confesar que Lázaro, después de cuatro dias difunto y sepultado, habia resucitado sin duda, en lugar de hacer que creyesen en Jesucristo, fué causa de que tomasen la resolución de quitarle la vida, porque no la razón, sino la pasión presidia en sus consejos; ¿se puede hacer juicio de que si le vieran bajar de la cruz habian de estar de más buena fe, y más dispuestos para darle la gloria que se le debía? Pero, sin detenerme en los fariseos, respondedme, amados oyentes míos, y decidme: ¿no fué cosa más prodigiosa y más superior á la naturaleza humana, que en las circunstancias en que considero á Jesucristo, no quisiese salvarse á sí mismo, como indubitabilmente podia, que si lo hubiera querido con efecto? Milagro por milagro (aplicad aquí vuestra atención á lo que por ventura nunca habéis comprendido, y en mi juicio es de más edificación); milagro por milagro, aquella mansedumbre con que da licencia á los soldados para que le echen la mano, después de haber dado en tierra con ellos solo con su vista, y con decirles sola esta palabra: Yo soy; *Ego sum*; la reprensión que dió á San Pedro por la indiscreción de su celo, cuando sacó la espada contra uno de los de la familia del sumo sacerdote, advirtiéndole que con solo pedirselo á su Padre le enviaria legiones enteras de ángeles que pelearian por defenderle; y sanando allí mismo milagrosamente al que San Pedro habia herido, para convencerle de que no hablaba en vano; aquel silencio tan admirable, y mantenido con tanta constancia delante de sus jueces, especialmente de Pilatos, que, convencido de su constancia, no le preguntaba con otro fin que por tener ocasión de darle por libre; el haber recusado satisfacer la curiosidad de Herodes, cuya procecion pudiera granjear tan fácilmente; el haber abandonado su propia causa, y consiguientemente su vida; aquella tranquilidad y sosiego en medio de los desprecios más injuriosos; aquella determinación á pasar por todo sin pedir justicia de nada, sin declararse enemigo de nadie, sin formular la más leve queja; aquella heroica caridad, que le hace excusar á sus mismos perseguidores estando para morir; todo esto, todos estos milagros de paciencia en un hombre de vida irreprochable, y en un proceder lleno de sabiduría, ¿no eran más portentosos que lo fuera haber pensado en librarse de los atormentadores, y haber hajado de la cruz?

Christum crucifixum, Dei virtutem.

Murió, pues, porque quiso, y murió también como quiso; lo cual

no conviene, dice San Agustín, sino á un Hombre-Dios; y saca á luz la soberanía y la independencia de Dios, aun en las mismas sombras de la muerte. En esto me fundé para decir, que considerando bien en sí misma la muerte de Jesucristo, no solamente fué milagro, sino entre todos sus milagros el más singular; porque si los demás hombres mueren por falta de fuerzas, por violencia, y necesariamente, Jesucristo murió, no precisamente por su elección, y por libre disposición de su voluntad, sino por efecto de su absoluto poder. De suerte, que jamás hizo como Dios, y como Hijo de Dios, mayor esfuerzo de su poder absoluto, que cuando consintió en que su alma gloriosa se separase de su cuerpo. Dos razones dan los teólogos de esta verdad; penetraos bien de ellas. Lo primero, porque habiendo sido exento de toda culpa, y absolutamente impecable, era también y debía ser naturalmente inmortal; de donde se sigue, que su cuerpo y alma unidos hipotáticamente con la divinidad, no podian separarse sin milagro; luego fué necesario, para que Jesucristo hiciese este milagro, que violentase, por decirlo así, todas las leyes de la providencia ordinaria, y que se valesse de todo el poder que Dios le habia dado para destruir una vida tan excelente, que aunque humana, era también vida de un Dios. Lo segundo, porque siendo Jesucristo por excelencia sumo pontífice de la ley nueva en virtud de su sacerdocio, podia y debía él solo ofrecer á Dios el sacrificio de la redención del mundo, y sacrificarle la víctima que para ese efecto estaba destinada. Pues esta víctima era su cuerpo; luego sólo él debía sacrificar este cuerpo, y tenia el poder necesario para sacrificarle. Los verdugos que le crucificaban, es verdad que eran ministros de la justicia de Dios, pero no eran los sacerdotes que debian sacrificarle esta hostia; era necesario un Pontífice santo, inocente, sin mancha, que no estuviese mezclado con los pecadores, y estuviese revestido de un particular carácter; y este carácter sólo á Jesucristo le podia convenir; de lo cual infiere San Agustín, que con la unión más maravillosa que se puede pensar, fué juntamente sacerdote y víctima de su sacrificio: *Idem Sacerdos, et hostia.*

Fué, pues, el mismo quien se sacrificó, quien ejerció en su persona misma el oficio de sacerdote y pontífice; el que destruyó, á lo menos por algunos dias, aquel compuesto admirable de un cuerpo pasible y un alma gloriosa; en una palabra, él mismo se obligó á morir; no fueron los verdugos los que le quitaron la vida; él la dejó porque quiso. Murió en la cruz, dice San Agustín; pero si se ha de hablar propiamente y en rigor, no fué el suplicio de la cruz el que le quitó la vida. Y para que lo entendáis, es cierto, aun por confesión

de los judíos, que no era el tormento de la cruz el que hacía morir á los reos, sino el quebrarles los huesos estando aún vivos en ella. Cuando quisieron ejecutar en Jesucristo este tormento, ya había expirado; por eso se admiró Pilatos de que hubiese acabado tan presto: *Pilatus autem mirabatur si jam obisset.* Y lo que hace evidente que no había muerto por desfallecimiento de la naturaleza, es que al morir despidió un clamor grande hacia el cielo: *Jesus autem emissæ voce magna, expiravit.* Cosa tan extraordinaria, que el Centurión, que le estaba observando desde cerca, y le vió expirar de esta suerte, protestó públicamente que era Dios, ó Hijo de Dios verdadero: *Videns autem Centurio, qui ex adverso stabat, quia sic clamans expirasset, ait: Verè hic homo Filius Dei erat.* Si el Centurión hubiera sido uno de los discípulos del Salvador, y hubiera discurrido así, pudieran hacerse sospechosos su discurso y su testimonio; pero un infiel y pagano, al verle morir de esta suerte, infiere sin dudar al punto que muere por milagro, y saca inmediatamente por consecuencia de este milagro, que es verdaderamente Hijo de Dios: ¿Es menester más para justificar la sentencia del Apóstol: *Christum crucifixum, Dei virtutem?*

Es verdad que al morir este Salvador divino sintió los desmayos y flaquezas de hombre; pero en primer lugar pudiera responder con Isaías, que los desmayos y flaquezas que manifestó en su muerte, no eran suyas, sino nuestras; y el mayor prodigio es, que él solo pudiese llevar las dolencias y achaques de todos los hombres. Pero porque este pensamiento, aunque sólido, parecerá demasíadamente sutil á los espíritus incrédulos y mundanos, respondo de otra suerte con San Juan Crisóstomo: y digo que es verdad que experimentó estas miserias al morir; pero el prodigio es, que sus desmayos y desfallecimientos fueron en el discurso de su pasión otros tantos milagros. Porque si suda en la oración del huerto, es un sudor de sangre tan copioso, que bastó para regar la tierra. Si poco tiempo después de haber muerto le abren el costado, con seseco no menos milagroso sale un raudal de agua y sangre por la herida; y el que le refiere asegura que fué testigo de vista, y que se debe dar crédito á su dicho: *Et qui eundem testimonium perhibuit.* No diréis sino que padece y muere por estar en su persona la virtud de Dios: *Christum crucifixum, Dei virtutem.*

Concluyamos con la prueba más esencial, y es, ver un hombre, á quien la ignominia, la confusión, el oprobio y el abatimiento sumo de la muerte eleva á toda aquella gloria que puede pretender un Dios; de suerte que, á solo su nombre y á la vista de su cruz doblan la rodilla las potestades más soberanas del mundo, y se postran para

tributarle vasallaje sus grandezas. Esto reveló Dios á San Pablo (es advertencia muy importante), cuanto todo parece que se oponía al cumplimiento de esta predicción; en un tiempo en que había de ser tanta por fantástica á todas las luces de la prudencia humana, y en un tiempo en que era el horror del mundo el nombre de Jesucristo. Pero sucedió en efecto lo que el Apóstol había dicho; y lo que era punto de fe para los cristianos de aquel tiempo, ha dejado en alguna manera de serlo para nosotros, pues somos testigos de la verdad, y no hemos menester cautivar nuestros entendimientos para creerla. Los soberanos de la tierra doblan ahora la rodilla delante del Crucificado. Los principes más augustos son los primeros que nos dan ejemplo; y no depende sino de nosotros, al verlos en este santo día al pie del altar adorando á Jesucristo en la cruz, consolarnos, y decirnos á nosotros mismos: esto había pronosticado San Pablo; y lo que en tiempo del Apóstol hubiera parecido sueño, es lo que hoy veo, y no puedo dudar de ello. Pues un hombre cuya cruz (según la bella expresión de San Agustín), ha pasado desde el lugar infame de los suplicios á estar sobre la frente de los monarcas y emperadores; un hombre que, sin otros medios, sin otras armas que la virtud sola de la cruz, ha vencido la idolatría, ha triunfado de la superstición, ha destruido el culto de los falsos dioses, y ha conquistado todo el mundo, cuando los mayores reyes del mundo necesitan de tantos socorros para las menores conquistas: un hombre que, como canta la Iglesia, halló el modo de reinar en donde otros dejan de vivir, esto es, en aquel leño que fué el instrumento de su muerte; y lo que es aun mayor portento, un hombre que había declarado en su vida, que todo esto se había de cumplir, y que al ser levantado de la tierra había de atraer á sí todas las cosas, queriendo con estos términos significar el modo con que había de morir, como lo observa el Evangelista. Un hombre tal, ¿no es más que hombre? ¿No es hombre y Dios juntamente? ¿Qué virtud no ha tenido la cruz en que le contemplamos, para obligar á los pueblos á que le adoren? ¿Cuántos Apóstoles de su Evangelio, cuántos imitadores de sus virtudes, cuántos confesores, cuántos mártires, cuántas almas santas dedicadas á su culto, cuántos discípulos abrasados del celo de su gloria; digámoslo mejor, cuántas naciones, cuántos reinos, cuántos imperios no ha conquistado con el omnipotente atractivo de esta cruz? *Christum crucifixum, Dei virtutem.*

¡Ay, hermanos míos! Los furiosos veían los milagros de este Dios crucificado, pero no se convertían. Esto es lo que con dificultad entendemos; ¿pero es menos incomprensible lo que nos pasa á nos-

otros? Vemos actualmente un milagro como el de la muerte de Jesucristo, y mayor aún, un milagro permanente, un milagro averiguado y sin disputa, el triunfo de su cruz, quiero decir, el mundo convertido, el mundo hecho cristiano y santificado por la cruz; le vemos, y á pesar de este milagro está siempre nuestra fe desmayada y vacilante; esto es lo que debemos llorar, y de lo que nos debemos estremer. Pero para sacar fruto de este misterio, no floremos con una devoción superficial y momentánea, floremos y temblemos en espíritu con una saludable compunción. Jesucristo hizo milagros al morir, pero es necesario que haga aún otro, que es el de nuestra conversión, que ha de ser la corona de todos sus milagros. Hizo que se partiesen las piedras, abrió de par en par los sepulcros, rasgó el velo del templo. Pues es necesario que la vista de su cruz haga que se partan nuestros corazones, más duros que las piedras. Es necesario que abra de par en par nuestras conciencias, por ventura cerradas hasta aquí como sepulcros. Es necesario que rasgue nuestro cuerpo, digo este cuerpo de pecado, con los rigores santos de la penitencia. ¿Por qué no nos ha de convertir este Dios que muere, habiendo convertido á los mismos autores de su muerte? ¿Y cuándo nos ha de convertir si no en este día asombroso, en que corren raudales copiosos de su sangre para salvarnos y llenarnos de su gracia?

Pecadores que me escucháis, aquí tenéis lo que os ha de llenar de confianza. Mientras sois pecadores, sois por ese título enemigos de Jesucristo, sois sus perseguidores; ¿lo he de decir? ¿por qué no, después de haberlo dicho San Pablo? Sois sus verdugos; porque en tantas veces os dejáis vencer de la tentación, y caéis en la culpa, crucificáis de nuevo á Jesucristo en vuestras almas. Pero acordaos que la sangre de Jesucristo tuvo eficacia para destruir el pecado de los mismos judíos que la derramaron. Esto es, dice San Agustín, en lo que se ostenta la virtud totalmente divina de la redención de Jesucristo. En esto mostró que era Salvador. De sus enemigos hizo predestinados, hizo santos de sus perseguidores; pues por pecador que seáis, ¿qué derecho no tenéis para solicitar sus misericordias? Acercaos al trono de su gracia que es su cruz; pero acercaos con corazones contritos y humillados; con corazones rendidos, y purificados de la corrupción del mundo; con corazones dóciles y capaces de recibir todas las impresiones del espíritu del cielo: este es el milagro, que por medio de su cruz intenta este Dios Salvador hacer el día de hoy en vosotros; convertiros perfectamente, después de haber estado tan fuera de camino; vuestra penitencia ejemplar después de tantos escándalos y delitos; la profesión que debéis hacer pública y á cara descubierta

de vivir como cristianos, después de haber vivido como quien no tiene fe, este es el milagro que ha de probar que el mismo Jesucristo crucificado es personalmente la virtud y sabiduría de Dios. ¡Ah! Señor: ¿seré yo tan feliz, que logre que este milagro se efectúe visiblemente en mis oyentes, como se cumplió con efecto en los soldados que se hallaron en vuestra muerte, entre los cuales muchos se entregaron á Vos, como á quien era el autor de su remedio? Vos, Señor, daréis tan eficaz bendición á mi palabra, que vea cumplido mi deseo. En vuestra virtud puedo esperar, que habrá entre mis oyentes algunos tan movidos como el Centurión; quiero decir, que saldrán de este sermón convertidos; que no solamente se bañarán en lágrimas, sino que empezarán á glorificar á Dios con sus obras; no solamente persuadidos, sino santificados y penetrados de los afectos cristianos que esta primera verdad habrá infundido en sus corazones. Escandalícese el infiel judío de la cruz; Jesucristo al morir es el poder y la fortaleza de un Dios encarnado: *Christum crucifixum, Dei virtutem*. Esto habéis visto. Haga el gentil escarnio de la cruz, y trátela como necesidad; Jesucristo al morir es la misma sabiduría de Dios: *Christum crucifixum, Dei sapientiam*. Esto habéis de ver ahora.

El misterio de un Dios crucificado pasa por necesidad en la opinión de los mundanos, no menos que en la de los gentiles; *Gentibus stultitiam*; pero San Pablo, por el contrario, es de sentir que para los predestinados y escogidos es el misterio de la sabiduría de Dios por excelencia: *Ipsis autem vocatis Christum crucifixum, Dei sapientiam*. Veamos, pues, entre estos dos, quién ha juzgado con más acierto, el Apóstol ó el mundano; el Apóstol después de haber aprendido con un modo muy prodigioso del mismo Salvador este misterio; ó el mundano, que ni sabe ni conoce de él, sino lo que la carne y sangre le han revelado.

¿Cuál era el objeto del soberano misterio que celebramos? Lo constituían dos cosas, dice San León Papa, igualmente dificultosas, y necesarias: satisfacer á Dios ofendido é injuriado por el pecado del hombre, y remediar al hombre perdido y extraviado. Este fué el fin para que Jesucristo fué enviado, y todo el motivo de haber venido al mundo. Pues pregunto: para conseguir estos dos fines ¿pudo, con ser Dios, echar mano de medio más poderoso, más eficaz, ni más infalible que la cruz? Nosotros mismos, con todo lo que presumimos de nuestra razón, ¿podemos idear otro en que se guardasen, no sólo más exactamente, pero ni aun tanto, las debidas y justas proporciones? Vamos al Calvario, y siendo testigos de lo que pasa en él, aprendamos lo que encierra nuestra fe, y veamos juntamente la altura y pro-

fundidad que tanto deseaba poder comprender San Pablo: *Sublimitas, et profundam*. Era necesario satisfacer á Dios; pero quien no fuese Hombre-Dios, no podía conseguirlo; esto es en lo que la misma razón por fuerza ha de convenir. ¿Qué hizo, pues, este Hombre-Dios? ¿Ay! cristianos, ¿qué no hizo? Con la mira de pagar nuestras deudas, ¿qué cuidado no tuvo de echar mano de todo lo que única y soberanamente podía llenar la medida de las satisfacciones que Dios aguardaba, y tenía derecho de aguardar? ¿En qué consistía la ofensa de Dios? En que el hombre olvidándose de sí mismo había aspirado á ser semejante á Dios. Pues yo, dice el Hombre-Dios, que no solamente soy semejante, sino igual y consubstancial con Dios, con otro olvido muy diferente de mi mismo, me abatiré bajo de todos los hombres, seré el oprobio del mundo, y un gusano de la tierra, menos que hombre; porque esto es lo que en términos expresos dijo, por boca de su profeta en la cruz, ¿Imaginamos, ó podemos imaginar satisfacción más solemne? El hombre rebelándose contra Dios había sacudido el yugo de su obediencia, y sido transgresor del mandamiento de su Soberano. Pues yo, dice el Hombre-Dios, aunque por mi mismo tengo una soberana independencia, me reduciré á la sujeción más penosa y abatida. Yo me reduciré á ser obediente, y obediente hasta morir, y hasta morir en una cruz: *Mortem autem crucis*. No solamente obedeceré á Dios, sino á los hombres, á los más pecadores, á los más viciosos y más sacrilegos de todos, que son mis perseguidores y verdugos. No solamente obedeceré á los decretos del cielo, siempre justos y puestos en razón, sino á los de la tierra llenos de injusticia y crueldad. No solamente obedeceré á las potestades que no tienen autoridad legítima sobre mí, sino á las que se han confederado contra mí, y tienden á destruirme, y borraré el delito del hombre rebelde á la ley de su Criador con esta sujeción voluntaria. Por esta misma razón, dice San Bernardo, no quiso descender de la cruz, queriendo más (como advierte este Padre) dejar á los judíos en su incredulidad, que convencerlos con un milagro de su voluntad propia, y queriendo antes cumplir con el orden de su Padre, y obedecerle para salvarlos, que salvarlos hablando á su obediencia. El hombre, al gustar con reprehensible destemplanza la fruta del árbol, había condescendido con sus sentidos, concediéndoles un deleite vedado; pero yo, dice el Hombre-Dios, que tenía derecho para gozar de todas las delicias de la vida, me presentaré delante de mi Padre como un Varón de dolores, como una víctima de la penitencia, y como un cordero destinado al más sangriento sacrificio; pues en su Pasión sagrada fué cuando animado de un celo ardiente de la gloria y de los intereses de Dios,

trazó y ejecutó este designio. No os han gustado, Señor, dijo en lo interior de su corazón, cuando fué crucificado, como lo había dicho, según el testimonio de San Pablo, al entrar en el mundo (reparad en estas palabras, que tan propriamente explican lo profundo y escondido de este misterio); no fueron de vuestro gusto, Señor, ni ofensas, ni hostias; por eso me disleis un cuerpo formado por vuestra mano. Los sacrificios de animales dejaron ya de agradaros, y por eso dije: Veisme aquí, yo vengo, yo me sacrifico. Palabras dignas de veneración, que, según la letra misma, deben entenderse de lo que pasó en el Calvario; allí Jesucristo, como sumo Sacerdote, puso fin á los sacrificios de la ley antigua con el cumplimiento del sacrificio de la ley de gracia; allí sirviendo su cruz de altar, ofreció solemnemente su persona divina; allí ofreció, no sangre de cabritos y becerros, sino su propia sangre; y para hablar en términos más claros y precisos, allí se puso en estado de satisfacer á Dios, no por medio de personas extrañas, sino por sí mismo, y á propia costa. Pues esto es lo que yo digo que es efecto de la sabiduría de un Dios.

No es esto todo; este Salvador divino nos ha hecho comprender perfectamente lo que por sí mismo era incomprendible, y lo que nosotros sin él hubiéramos eternamente ignorado; y es, lo que es Dios; lo que es el pecado, y lo que es la salvación. Tres cosas á las cuales se debía aplicar toda la sabiduría del hombre, y cuyo conocimiento así para vosotros, como para mí, era inseparable del misterio de la muerte de Jesucristo en la cruz.

De este modo me habla Cristo crucificado; y esto solo me bastaba para inferir con San Pablo, que el misterio de la cruz es el misterio de la sabiduría de Dios; porque como discurre San Juan Crisóstomo, un misterio que me da tan alta idea de Dios, un misterio que me infunde un horror sumo al pecado, un misterio que me hace apreciar mi salvación sobre cuantos bienes hay, pasados, presentes, futuros y aun posibles, á enqualquiera luz que le mire, le debo tener por misterio de sabiduría. Sentimientos tan conformes á la razón, tan elevados y tan sublimes no pueden nacer de principio falso ó engañoso: sólo la sabiduría de un Dios me los puede comunicar. Por esto el Apóstol, penetrado de la fe de este misterio, protestaba á cara descubierta no saber otra cosa sino á Jesucristo crucificado. Porque en Jesús crucificado hallaba con excelencia y en compendio cuanto debía y le convenia saber; esto es, la ciencia soberana de Dios y la ciencia provechosa de sí mismo: con estas dos ciencias creía, y con razón, que no debía echar de menos las demás.

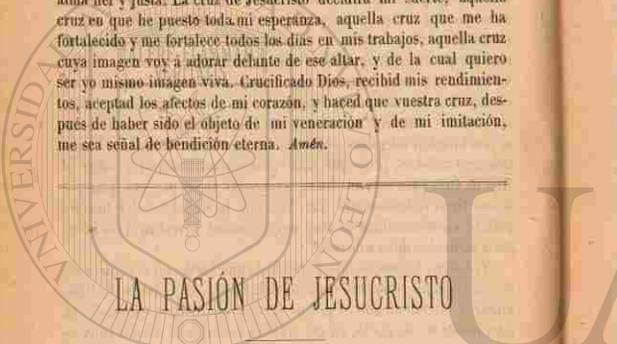
Profundicemos una verdad de tanta edificación, y manifestemos el

segundo motivo de la venida de Jesucristo, y su empleo de Salvador. Era su objeto, después de haber satisfecho á Dios, remediar al hombre que no solamente había caído en la infelicidad de su vida desenfrenada, sino en un sumo desorden y en el abismo de los males. Este desorden del hombre, dice el amado discípulo San Juan, procedió de tres principios: de la concupiscencia de los ojos, de la concupiscencia de la carne, y de la soberbia de la vida; es decir, de una insaciable codicia de los bienes temporales, de una solicitud excesiva de las honras del mundo, y de una pasión ardiente de los deleites de los sentidos. Quiso curarnos de estas tres peligrosas dolencias; mas mirad los remedios que el Hijo de Dios nos trajo del cielo, y nos ofrece hoy en su Pasión: la falta de todas las cosas, y la desnudez con que muere, contra el amor de las riquezas; y contra la còdicia que nos abrasa; los portentosos abatimientos que padece, contra los designios de la ambición que nos consume; las austeridades de una carne virginal ensangrentada y despedazada con las heridas, contra la delicadeza y sensualidad que nos estraga. Remedios infalibles y seguros; de nosotros depende que se nos apliquen para experimentar su utilidad y eficacia; y en ellos se manifiesta toda la providencia y sabiduría del Médico que nos los ha preparado. No nos preocupe la pasión; hagámonos una vez justicia para hacérsela eternamente á nuestro Dios. ¿No es evidente que el misterio de la cruz tiene una oposición esencial con estos tres principios que causan todos los desórdenes de nuestra vida? ¿No es evidente que este misterio solo condena todas vuestras injusticias, violencias, odios, comercios escandalosos, vuestras libertades y desenfrenamientos? ¿No se sigue de esto, que es la sabiduría de Dios la que en el preside? ¿Puede dejar de ser efecto del orden racional, y consiguientemente de la suprema sabiduría de Dios, lo que refrena nuestros deseos, arregla nuestras pasiones, confunde nuestra soberbia, nos arranca del corazón el amor de nosotros mismos, y, en una palabra, lo que corrige nuestros vicios, y nos contiene en los límites de la razón? ¿Qué sería si los hombres, unánimemente, se conviniésen en vivir según los ejemplos que les dió Jesucristo, y las lecciones que recibieron de Su Majestad en su Pasión sacrosanta, de suerte que este Dios crucificado fuese en la práctica regla universal por donde se gobernase todo el mundo? ¿A qué grado de perfección se hallara súbitamente elevado este mundo que hoy está tan corrompido? Mas ¿qué sabiduría no se descubre en haber corregido los excesos de la malicia con los excesos de la perfección, los de la maldad con los de la santidad, y los de la ingratitude con los del amor? Para sacar al hombre del abismo de los vicios

á que había llegado, ¿no era necesario inclinarle al extremo de las virtudes opuestas? ¿Con la violencia de sus pasiones hubiera podido mantenerse en un medio? ¿No era necesario hacerle amar la pobreza, la humillación y la austeridad, para apagar en él el fuego de la avaricia, de la soberbia y de la impureza? Porque para salvarnos perfectamente, digo otra vez, no bastaba que Jesucristo nos viniese á decir que nuestra perdición nacía de estas tres concupiscencias; era necesario que nos obligase á hacerlas guerra, á contradecirlas, y arrancarlas de nuestros corazones. No eran causa de nuestra perdición, sino porque engañaban nuestro entendimiento y viciaban nuestra voluntad; y si hubiéramos siempre conservado el mismo amor y aprecio de ellas, no quedáramos remediados del todo; luego convenia que las virtudes contrarias á estas concupiscencias infelices, no solamente se nos hiciesen tolerables, sino amables, preciosas y objeto de nuestras veneraciones. ¿Pues qué medio mas maravilloso podia hallar el Hijo de Dios para este fin, que consagrarlas en su persona, para que (como dice excelentemente San Agustín) la humildad del hombre hallase en la humildad de Dios apoyo y modo de resistir á los insultos y atentados de la soberbia?

Ved aquí, hermanos míos, más de lo que basta, no digo para dejar convencidos, sino para confundir algún día, en el juicio de Dios, nuestros entendimientos, y plegue al cielo que no haya empezado ya para nosotros este juicio, en que nuestra razón ha de quedar convencida y confundida de sus errores; porque desde hoy está el Salvador en posesion de juzgar el mundo. La cruz fué el primer tribunal en que se dió á conocer por Juez, pronunciando contra los hombres, ó á su favor, sentencia de vida ó muerte. No es sentimiento particular que la piedad me dicta, sino verdad que la fe me enseña, que empezo el juicio del mundo en la Pasión de Jesucristo, pues el mismo se lo declaró á sus Apóstoles: *Nunc iudicium est mundi*. No son terrores vanos los que nos quieren infundir, cuando nos dicen que la cruz en que murió este Hombre-Dios se manifestará al fin de los siglos, para que sea regla del juicio que ha de hacer Dios de nosotros y de todos los hombres: *Tunc parebit signum filii hominis*. ¡Terrible pensamiento para un mundano! La cruz de Jesucristo me ha de juzgar, aquella cruz enemiga de mis pasiones, aquella cruz que nunca he venerado sino en especulación, y siempre he mirado con horror en la práctica, aquella cruz de la cual no he sabido aprovecharme jamás, y cuyos merecimientos han sido para mí como si no fuesen; con esta cruz me confrontarán. Todo lo que no se conformare con ella, llevará el carácter y sello de reprobación. Pues ¿qué semejanza puedo descubrir

entre esta cruz y mi vida desenfrenada, entre esta cruz y mis locas vanidades, entre esta cruz y mi vida deliciosa? ¡Ah! Señor: ¿ha de estar mi condenación en el mayor beneficio vuestro, y en la prenda misma de mi salvación eterna? Lo que me había de poner en paz con Vos, ¿ha de servir para hacerme más culpado y digno de vuestro odio? Pero, al contrario, ¿qué pensamiento de tanto consuelo para un alma fiel y justa! La cruz de Jesucristo decidirá mi suerte, aquella cruz en que he puesto toda mi esperanza, aquella cruz que me ha fortalecido y me fortalece todos los días en mis trabajos, aquella cruz cuya imagen voy a adorar delante de ese altar, y de la cual quiero ser yo mismo imagen viva. Crucificado Dios, recibid mis rendimientos, aceptad los afectos de mi corazón, y haced que vuestra cruz, después de haber sido el objeto de mi veneración y de mi imitación, me sea señal de bendición eterna. *Amén.*



LA PASIÓN DE JESUCRISTO

*Mirad cómo se crucificó.
Mas atormentas de un modo portentoso.*

(Jos. c. 10, v. 16)

Con que en fin, oh eterno Padre, ¿estáis resuelto a sacrificar a vuestro Unigénito, a la figura de vuestra propia substancia, al esplendor de vuestra gloria? ¿Con que el santo e inocente por esencia ha de ser el objeto de vuestra justa cólera contra el pecado? Si, hermanos míos, tal es la escena trágica que hoy nos representa el Evangelio en el lúgubre teatro de la afligida Iglesia. Tal es la conducta sabia y admirable de la Providencia, incomprendible y adorable siempre, de nuestros gran Dios.

Job, aquel hombre justo, que en su virtud no tuvo semejante, y cuya rectitud y justicia fué encomiada por la boca del mismo Dios, del mismo Dios que le amaba con predilección y distinguida ternura,

también fué atormentado de un modo maravilloso, abatido y vilipendiado. Este fué un milagro incomprensible del amor, que ya figuraba a otro que había de ser el asombro de todos los siglos y de la eternidad. Este es el que hoy se celebra en la Iglesia santa con sentimiento espontáneo y casi innato en todos los que lo ven.

Hoy vemos a la Esposa del Cordero desauardarse de sus propias galas y vestirse de luto y amargura. Vemos suceder a los himnos y cánticos de alegría, con que acostumbra resonar las bóvedas del templo del Señor, las lamentaciones, los gemidos, los ayes, ¡los trisísimos ayes! signos todos del dolor más acerbo. Vemos a los fieles, hijos de la Iglesia, y hasta a los que no lo son, tomar parte en la memoria de este suceso. Desde el monarca poderoso, que manda a su arbitrio los pueblos, hasta el más humilde mendigo, participan del sentimiento que inspira un recuerdo el más finesto, al mismo tiempo que el más portentoso que vieron los siglos. Y si volvemos la vista atrás, sin más que la fe humana que merecen los hechos calificados de la historia, hallaremos repetidos por el espacio de diez y nueve siglos, los mismos extremos de dolor, de tristeza y amargo llanto, en todos ellos, y en cuantos nos han precedido. Hallaremos, si, también al empezar la era, cuando tuvo lugar la horrenda catástrofe, tomar parte, y no la menos principal para hacerla memorable, hasta a los seres inanimados é insensibles. Avergonzado el sol, como lo habían anunciado los profetas, por no ver la barbarie é injusticia de los hombres, corre un oscuro velo sobre su rostro y no quiere ser testigo del deicidio horrendo. La luna se convierte en sangre, que desfila y llora en vez de lágrimas de dolor; los planetas salen de sus órbitas, suspenden el giro de su carrera y se paran, porque el cielo todo está suspendido y asombrado. Los montes y peñascos se conmueven y trastornan. La tierra se abre y lanza de su seno a los pacíficos durmientes, el aire se enarrece, y el mar da espantosos bramidos. En vista de trastorno tanto y de escena tan desusada, la filosofía observadora exclama imparcial por la boca de uno de sus sabios: «ó el Dios de la naturaleza padece, ó se disuelve la máquina del mundo.»

Para pintaros yo, pues, un suceso tan espantoso, cual es debido a la dignidad del asunto, y cual lo exige la misma piedad que os conduce al lugar santo, ¿a quién acudiré por gracias hoy en este momento? El eterno Padre está justamente irritado, y mira con faz airada a su mismo Hijo, porque ha tomado el hábito del pecador; la Virgen madre, anegada en un mar de sentimientos y amarguras; los ángeles se ocupan en consolar á Jesús; los apóstoles tímidos y cobardes huyen y le abandonan; ¿a quién, pues, acudiré yo? ¿Mas á quién

sino á ti mismo, oh buen Jesús mío, que aunque triste, humillado y muriendo, te has quedado en ese augusto Sacramento, para ser la sabiduría, la ciencia y la gracia de tus ministros que te supliquen? A ti pues, oh Señor, me dirijo para que me ilumines, á fin de que pueda en algún modo hosquejar lo que el amor te hizo padecer por los hombres en tristezas, en afrentas y en dolores. *O salutaris hostia!*

Jesucristo tomó sobre sí y á su cargo el padecer por los hombres criminales todo lo que ellos debían para satisfacer á la justicia ofendida de su eterno Padre; el amor que Dios nos tuvo siempre, fué el que pudo hacer esta conmutación ó sustitución de persona; porque á no ser así, jamás pudieran los hombres dar una condigna satisfacción. Todo el hombre pecó, y todo Jesucristo padeció. Representado en aquel Samaritano, á quien dejaron por muerto los ladrones, y más bien en el justo Job, cuya pintura sigo desde luego, ni en su alma santísima y bienaventurada, ni en su honor y gloria, y ni en su sacrosanta humanidad quedó parte alguna sana, que no sufriese los más crueles tormentos. En su alma, por medio de la tristeza y desolación más afligente; en su honor, por las afrentas y humillaciones más degradantes; y en su cuerpo, por los tormentos más crueles y la muerte más acerba.

Entrad conmigo en esa populosa y memorable ciudad de Jerusalén, penetrad hasta el cenáculo, y empezareis á ver con vuestros propios ojos la verdad de lo que digo. Sigamos á Jesús, y observareis las pruebas. Acabada la cena legal, en la que este Señor echó por sí mismo los sólidos cimientos de su Iglesia santa, dando el más brillante y pasmoso ejemplo de humildad y amor á los hombres, sale con sus discípulos, pasando el torrente Cedrón y se dirige al huerto de Getsemani, en donde se interna seguido de sus tres discípulos más amados. Allí, puesto de rodillas ante su eterno Padre, pegado á la tierra su divino rostro, y derramando un diluvio de lágrimas, oraba y decía: *Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz tan amargo de mi pasión.* ¡Pero qué cáliz y qué pasión es ésta? Ah! el espectáculo más triste, humillante y aterrador que presentaba á Jesús su ciencia divina en los sucesos de los pasados siglos, en las cosas presentes y que ya las tocaba de cerca, y en las de los venideros que las veía como presentes: todo se ofrecía con toda su extensión, circunstancias y consecuencias, y todo contribuía para ponerle en el estado más angustioso. Ya miraba cumplidas en su sacratísima humanidad todas las figuras de la antigua ley, y puestos en ejecución con el mayor rigor los tormentos que sólo en sombra habían sufrido los justos de

todas las edades, y que en él iban á tener cumplido efecto. Por consecuencia de esta idea, ya se veía sacado al campo como Abel, y muerto á manos de la envidia y del odio más impio; cargado como Isaac con la leña para el sacrificio, en que él era la víctima designada; vendido como Josef y puesto en duras prisiones y cárceles; atado á la columna como Sansón sufriendo un diluvio de golpes y otro mayor de impropiedades; hecho objeto de escarnio y de ignominia, y presentado por rey de burlas, herido de pies á cabeza, hecho un varón de dolores, y aun así todavía insultado de sus amigos y favorecidos, muerto en fin, y encerrado en el sepulcro y entregado al desprecio y al olvido.

Para llegar á un fin tan trágico y doloroso, consideraba los medios que su eterno Padre permitiría á los hombres poner en juego, y los instrumentos y resortes tan desusados é injustos de que se habían de valer éstos. La negra traición de un discípulo, la envidia vil de sus enemigos, el falso celo de los que más quebrantaban la ley, la ingratitud atroz de sus mejores amigos, la ceguedad loca de un pueblo amotinado, y la más débil cobardía é injusticia de un juez, mostraron el más horrendo del mundo. Reunidas de acuerdo tan bajas pasiones, veía Jesús sobre sí los insultos, las amenazas, las humillaciones, los tormentos y la muerte; y á sus enemigos valerse del perjurio, de la blasfemia, del falso testimonio, y abusar de la nimia credulidad de un pueblo necio, para comoverlo é insurreccionarlo en contra suya. De aquí es que con la mayor viveza y toda su intensión se le presentaban las prisiones, los insultos, los menosprecios é injurias, así como los dolores de golpes, empuellones, espinas, azotes y crucifixión. Tan amargo, triste é inevitable porvenir, que veía ya próximo y aun presente; le sumergía en la agonía más angustiosa, y hacía que su alma bienaventurada temiese sin aliento.

¡Pero qué es esto, oh buen Jesús mío? Poco hace que lleno de alegría dijiste tenías un gran deseo de que llegase este momento, y ahora que ya está próximo, lo temes, lo quieres evitar, y así lo ruegas y suplicas á tu eterno Padre! ¡Saliste del cenáculo entonando himnos, que tan pronto se han convertido en llanto, lágrimas, tristeza, desfallecimiento y sudor de sangre! ¡Pobre Jesús!

No es extraño, hermanos míos, porque cortada por milagro la comunicación de la parte superior con la inferior de su alma, para sufrir así más y más, quedó sin aquél sostén y poderoso consuelo que le venía de la bienaventuranza; y nada sino tristeza, abatimiento y desolación encontraba. Meditaba los dolores y angustias de todos los mártires, y cotejábanlos con los suyos y los hallaba mayores sin com-

paración, y le parecían insufribles: no teniendo modo de evitarlos, se abandonaba á la tristeza más afligente y á la pena más sin consuelo. Trata de buscarlo en sus queridos discípulos, los llama, pero los encuentra dormidos, y este nuevo y triste desengaño de verse solo, aumenta su tristeza y lleva hasta la agonía su desconsuelo: *triste está mi alma hasta la muerte*, exclama. Si, triste, porque voy á padecer más que todos los que me han precedido y figurado, y con vuestro sueño me indicáis ya la indiferencia con que vosotros y el mundo ha de mirar mi pasión. Ese sueño me es ya un funesto presagio del desprecio que el mundo ha de hacer de mis tormentos, y acaso los mismos, á quienes tenga dadas pruebas más evidentes de mi amor, han de ser los primeros en hacerse indignos de la gloria que á tanta costa les voy á ganar.

Sin ser posible por entonces que Jesús apartase de su imaginación el obscuro cuadro de estas ideas, y la espantosa perspectiva de la ingratitud de su pueblo, y más la de los cristianos que se habían de perder, estaba abatido y casi exánime. Su misma sacrosanta humanidad, abrumada con el peso y fatiga de meditación tan triste y cruel, empezó á presentar síntomas de muerte y completa disolución en un sudor de sangre, que corría por todo el cuerpo de Jesús y caía hasta bañar la tierra. Jesús sumido en la tristeza, ora se levantaba, ora iba hacia sus discípulos, ya volvía atrás, andaba, giraba hacia todos lados, pero siempre dentro del círculo de su dolor. Pedia socorro á su eterno Padre, el cual aunque inexorable, le envió un ángel para que le confortase, pues si no, hubiera allí muerto Jesús, oprimido en su alma de la tristeza más profunda con que el amor por los hombres le atormentó milagrosamente, y milagrosamente le sostuvo también, para obrar en su honor un segundo milagro, atormentándole con las afrentas y humillaciones más degradantes.

Ni el terror infundido en los ministros que fueron á prenderle, á quienes con sola su respuesta hizo caer en tierra el Salvador; ni el milagro obrado á vista de todos, cuando restituyó al ciego del pontífice la oreja, que Pedro en un momento de celo le había cortado; ni la mansedumbre y dulzura de Jesús, capaz de enamorar á los más fieros caribes, fueron bastantes estímulos para que abandonasen su injusta empresa, ni dejasen de atar á aquel manso cordero, y llevarlo como á un facineroso, en triunfo de la codicia y del odio á la verdad. Un discípulo traidor, ladrón é infame, apegado al dinero, fué el primer instrumento de la muerte de Jesús. Unos escribas y fariseos hipócritas y viciosos se valieron de él para deshacerse del Dios de la verdad, cuyas reprensiones les eran molestas y un obstáculo para

seguir en sus perversas y viciosas prácticas. ¡Cuántos Judas que se prestan por codicia á vender á Cristo, hay en el día! ¡Cuántos escribas y fariseos, hipócritas predicadores de la mentira, que se valen de aquellos para oprimir la verdad!

Entró Jesús preso en Jerusalén, en aquella ciudad donde debía ser vilipendiado y escarnecido aquel que pocos días antes había sido allí mismo recibido en triunfo. Esta es la alternativa de las glorias del mundo. Aprended, miseros relumbrones, fiad poco de los mismos que más os adulen. Reunidos estaban en la casa del pontífice todos los jurados enemigos de Jesús, y al verle, como para salvar las ritualidades irrisorias de verificar la identidad de la persona y aprender el cuerpo del delito, después de examinar falsos y discordantes testigos que le acusaban de sedicioso, seductor, sacrilego y blasfemo, el pontífice le preguntó sobre su doctrina. Jesús respondió lo que convenia á la verdad; mas á una confesión tan sincera y verdadera, un perfito criado, un ingrato soez, sin guardar decoro ni al tribunal, ni al acto, ni menos á la santidad é inocencia misma del Dios de las virtudes, levantó su furibunda mano, y dió una terrible bofetada en el rostro del Hijo de Dios. Aquel rostro divino, en quien desean con ansia mirarse los ángeles; aquel á quien alaban y saludan de gozo y júbilo los hijos de Dios; aquel rostro á quien adoran con santo temor los bienaventurados; aquel el más hermoso entre todos los hijos de los hombres; ahora desfigurado, ofendido, ajado é ignominiosamente maltratado por un ser despreciable. ¡Ah! mira, monstruo, recuerda que hace un momento que te ha hecho el beneficio de curarte la oreja; ten presente, párate, reflexiona... pero no, la ingratitud es el patrimonio de las almas bajas; desde hoy hasta la eternidad serás tenido por el más vil de los vivientes. Te atreves á cometer ese ultraje humillante, cuando á no mediar este buen Jesús, habría Pedro, acabado contigo y con todos.

Pedro, aquel discípulo privilegiado, distinguido sobre todos, y que en la cena ofreció no abandonar á su maestro, aunque hubiese de padecer la muerte; ahora le niega y jura que jamás le ha visto ni conocido. ¡Qué afrenta para Jesús! ¡hasta su primer discípulo se avergüenza de serlo! ¡Pedro, Pedro! ¿en esto han venido á parar aquellas tus promesas y valerosos ofrecimientos? ¿Dónde está aquel santo, impeterrito y decidido celo, con que poco antes tiraste de la espada para acabar con los enemigos de Jesús? ¿Tan pronto te amilanas y abates? ¿Una criada y dos miserables lacayos son bastantes para hacererte negar á Cristo? Pero, ¡ah! hermanos míos: humillemonos delante de Dios, considerando nuestras propias miserias; desconfiemos

de nuestra fidelidad y constancia, y en vez de juzgar á Pedro, el que esté en pie, mire no caiga. Templemos nuestro celo contra el discípulo, no sea que entre tanto nos olvidemos de su Maestro.

El Salvador ya salió de la presencia del concilio sentenciado como reo de muerte. Al oír de su boca el pontífice la sincera confesión de que era Hijo de Dios, respetándose poco á sí mismo y á la solemnidad del acto, respetado menos á Dios, rasgó despedido sus vestiduras y dijo: *éste blasfema, yo lo habeis oído: es reo digno de muerte.* Así se disolvió la impia reunión, y Jesús quedó entregado en manos de la soldadesca, metido en prisión el resto de la noche; ¡y qué noche para Jesús! En el día terrible del juicio se nos hará ver lo que padeció en ella este Señor, para ponerla en cotejo con tantas otras en que nosotros acaso hacemos renovar las injurias y ultrajes del Redentor, ó las subimos de punto con nuestros desórdenes. En ella se le tomó por objeto de burla y pasatiempo, deshonrando nada menos que hasta la misma Divinidad. Los unos le vendaban los ojos, y dándole recios golpes, bofetadas y empujones, le decían: supuesto que eres Dios, profetiza y di quien es el que te ha dado; los otros en mofa le hincaban la rodilla, para simular fingida adoración, y le saludaban con improperios y desvergüenzas. Fue tanto lo que Jesús padeció y sufrió de insultos y baldones, que hablando humanamente, no podría sobrevivir á penas tan grandes.

Aún no bien amanecía, cuando reunidos de nuevo sus jurados acusadores y enemigos, le arrastraron al pretorio ó tribunal de Pilatos, para que confirmase la sentencia de muerte, que ellos ya habían pronunciado, y dispusiese la ejecución. Lo hicieron, como siempre lo hacen, los que maquinan pretensiones injustas. Conmovieron al populacho brutal, feroz y estúpido y fácil á dejarse conducir sin reflexión hacia lo que les inspiran los magnates, y de esta manera á ser sobornado y corrompido. Como afectaban hipócritas la observancia de la ley, se guardaban de entrar en el pretorio, por no mancharse en una causa criminal, haciendo de acusadores; pero andaban mezclados y confundidos en los grupos, insinuando Pilatos oportunamente á las turbas lo que más les convenía que pidieran al principio; con sangre fría é imparcial oyó los clamores del pueblo contra la vida de Jesús: oyó que le acusaban de sedicioso y blasfemo: le preguntó, y Jesús calló á todo, menos cuando fue necesario dar público testimonio de la verdad de ser Hijo de Dios. Alerta, cristianos, á este ejemplo: siempre debemos sufrir y callar; pero no cuando es preciso confesar á Jesucristo.

No halló Pilatos méritos bastantes para condenar á Jesús; antes

si, le declaró inocente. Mas para sosegar al pueblo, les propuso si querían que le indultase en obsequio de su fiesta; y cómo había de suceder esto? El pueblo infame, ganado y seducido, pidió su muerte, y el indulto para un asesino, llamado Barrabás. ¡Dolorosa y humillante ignominia para Jesús! El más inocente y santo de los hombres, el Hombre-Dios puesto en paralelo, echado en suerto con un hribón, con un malvado, y pospuesto á él! El corazón late con movimientos convulsivos, y no puede sufrir una obcecación y tamaña injusticia. Pero humilde y paciente, Jesús mio, no será ésta la vez sola que el mundo haga público alarde de posponerte, y preferir antes que á ti al demonio, á las pasiones y á la locura. Y si no, pongamos cada cual la mano en nuestro pecho, registremos nuestra conciencia.

Entre las voces que oyó Pilatos, fué la de que Jesús era galileo, y hallándose por fortuna en Jerusalén Herodes, que era juez de Galilea, con quien estaba enemistado, se lo remitió, para que le juzgase, y así reconciliarse mutuamente. No podía ser de otro modo, pues el Dios de la paz, aun en ocasión tan triste, á su costa la había de proporcionar hasta entre sus enemigos. Fue pues Jesús conducido á la presencia de Herodes: se alegró éste mucho, porque deseaba verle: le preguntó acerca su doctrina y sus discípulos; pero un hombre tan perverso era indigno de oír la palabra de la boca de Dios; y así Jesús no le respondió. Incomodado Herodes, hizo vestir á Jesús con una túnica blanca, que era el traje de los locos, y le devolvió á Pilatos.

Yo quiero, hermanos míos, que reflexionéis un momento sobre este incidente, que aunque parece de menos importancia, no lo era ni por lo que se refiere á Jesús, ni por razon de las circunstancias. El Dios de las virtudes, de la prudencia y sabiduría infinita, el juez del universo, ¿tratado de insipiente y loco? y llevado así por entre un pueblo conmovido para que le insultasen, ¿no era acreditar Herodes su propia influencia, imbecilidad y locura?

Mas, pasemos adelante, que aun es poco; nada hemos visto todavía de las humillantes deshonras que sufrió Jesús, aunque van dichas tantas. Devuelto á Pilatos, otra vez le presentó al pueblo y les dijo: me habeis traído este hombre como sedicioso, y yo después de examinado, no encuentro en él causa alguna para condenarle; y ni Herodes, á quien le he remitido, la encuentra tampoco; así yo le corregiré y le dejaré libre. ¿Qué contradicción tan loca, injusta y monstruosa! ¿Sabes, Pilatos, lo que te dice? ¿No encuentras en Jesús causa, y piensas corregirle? ¿De qué le has de corregir, si tú mismo dices que es inocente? ¿Enmendado, le dejaré libre, dice? ¿Y de qué se ha de enmendar? Ya no debiera, según eso, curar los parálisis, sanar los

leprosos, ni saciar otra vez la multitud hambrienta. ¿De qué se ha de enmendar? (Será de dar vista á los ciegos, agilidad á los tullidos y vida á los muertos?) ¡Oh juez inícuo y perverso, por débil y miserable! Es la suma de la perversidad é injusticia conocer y confesar públicamente la inocencia, y castigarla; los judíos tuvieron sobre sus ojos un obscuro velo, una losa para no conocer á Jesús, y así le condenaban por criminal: Pilatos le conoció por inocente, y le quiso enmendar y corregir. ¡Monstruo horrendo! ¿qué enmienda ó corrección es la que piensa hacer este malvado? Ya la veréis.

El que condenaba al inocente violando todas las leyes é insultando á la razón, no era de esperar fuese más comedido en la especie de corrección que el demonio le había sugerido. Así es que entrega Pilatos á Jesús á disposición de los satélites de su inícuo tribunal, y sin hacer mérito que lo prohibía la ley, le manda azotar. Viéndose ellos en las suyas, le desnudan y atan á una columna, como si fuera una fiera indómita, y sucediéndose unos á otros hasta rendirse todos, le descargaron tantos y tan crueles azotes, que en ellos hubiera muerto mil veces, si no fuera Dios. Ya tenéis al Dios omnipotente reducido á la misera suerte de un vil esclavo, y en poder de la potestad de las tinieblas en aquella hora, que les había sido conocida. Aquel Dios y Señor del universo, cuya voz terrible troncha los encumbrados cedros, que convierte en humo á los montes con sólo tocarlos, y que con tres dedos sostiene la pesada mole del mundo; aquel Dios y Señor de la majestad, ante cuya presencia los serafines se llenan de temor y espanto, y le adoran rendidas todas las Potestades del cielo, aquel Dios y Señor, ¡ah!... Pero, ministros crueles é infernales, decid, ¿cuantos azotes habeis dado á ese humilde y manso cordero? Pero no lo diréis, porque el demonio os tiene ciegos, y vuestro diabólico furor ni sabe ni piensa más que en desahogarse y por eso no se causa. Al menos vosotros, ángeles del cielo, decid cuantos azotes contasteis; mas los ángeles atónitos y confusos cubrieron sus rostros con sus alas de oro, y no pudieron hacerlo de vergüenza. En el libro de la eternidad están apuntados, y se nos dirán algún día para confusión nuestra y en justa reconVENCIÓN del mismo cuidado con que miramos por nuestros cuerpos.

Cuando al monstruo Pilatos le pareció bien, mandó suspender la corrección, mucho más grave que mil suplicios, y vistiendo á Jesús con unos andrajos de púrpura, poniendo en su divina cabeza aquellos infames una corona de punzantes espinas y una caña por cetro, le presentó al pueblo. Creía y esperaba que se apiadaria ya al verle en estado tan lastimoso, y para más llamar la atención, les dijo: *Vad*

aquí al hombre: Ecce homo. Miradle bien: examinad cómo le he corregido; ved cuál yo me he anticipado y aun excedido á vuestros deseos de quitarle la vida, porque así es imposible que no muera: miradle como os le pinta el profeta, herido, humillado como un leproso, sin figura de hombre, sin belleza ni hermosura. Miradle bien; ya no os podrá infundir temores ni sospechas; así, decidme, ¿qué es lo que hago? Crucificalo, crucificalo, responded.—¿Pero qué mal ha hecho? les repone Pilatos otra vez, confesando la inocencia de Jesús, y otra vez contradiciéndose.—Crucificalo, crucificalo, repiten.—¡Ah, sinagogá impia! ¡ah pueblo judío, infiel, ingrato y desagradecido! ¡Ah, cristianos! el corazón desfallece, la imaginación se seca y la lengua enmudece al considerar un ultraje, un encono y una ingratitud tan cruel y escandalosa. Yo soy hombre cargado de defectos á millares, pero cuando veo á un ingrato, á oigo referir una ingratitud, no soy dueño de mi mismo; me abate el sentimiento y me duele más que mil muertes. ¿Cuál sería la pena de Jesús, al oír clamar contra su vida á aquel mismo pueblo, cuyos enfermos había curado, cuyos desvalidos había socorrido y cuyas necesidades todas había remediado? Y en situación tan amarga, cuando estaba ya hecho un varón de dolores, llagado de pies á cabeza y sin poder vivir, ¿cuánta sería su humillación al vez que ni aun la compasión racional cabía en pechos de tigres? Crucificalo, crucificalo, caiga su sangre sobre nuestra cabeza y sobre la de nuestros hijos. Pues sí, infame, cruel, brutal pueblo, así será; tú lo quieres, tú impones la sentencia á tu revolucionaria barbarie; tú deshonras, humillas, abates y desprecias á Jesús; caera gota á gota sobre ti y sobre todas tus generaciones su sangre salvadora del mundo y vengadora de ti.

Harto de oprobios y de humillaciones Jesús, envilecido y ultrajado en su honor, sobreviviendo por un milagro patente del amor poderoso que tiene á los hombres, es condenado á muerte de cruz; para que el amor ejecute su martirio en lo único que ya le queda, acabándosela á la violencia de los más acerbos dolores.

Alentaos, cristianos, contra vuestros temores, y ved salir á Jesús por entre la chusma furiosa de aquel pueblo fanático y sanguinario, cargado, como otro Isaac, con la leña para el sacrificio, en el cual él mismo es la víctima. Un juez el más inícuo é injusto que vieron los siglos; por no disgustar á un pueblo loco, atizado por gente perversa, condenó á aquel que él mismo había declarado no ser culpable; lavó sus manos engañándose á sí mismo, al publicar que era inocente de la sangre de aquel justo é hizo cargar sobre los hombros de Jesús, entregado á la voluntad de los judíos, la cruz en que iba á ser clava-

do, y salir camino del patibulo entre dos ladrones. Llegad hasta aquella calle verdaderamente de Amargura, y veréis al Unigénito del Padre, al engendrado en el esplendor de los santos, antes que el lucero de la mañana, al más hermoso entre todos los hijos de los hombres, agobiado con el enorme peso de la cruz, y más aún con el de los pecados de todo el mundo que en ella iba á expiar; veréis su sangre divina correr á rios de todo su sacratísimo cuerpo y regar con ella el largo camino: aquí desfallece, allí se desmaya, allá cae en tierra, de la que una turba de inhumanos tigres le arrastran y levantan á empuellones. Animáos un poco más, y subid al sitio del suplicio, y veréis como es desnudado de sus vestidos aquel que puebla de estrellas el cielo, cubre los campos de flores y frutos, y engalana á las aves y hasta á las criaturas más insensibles. Veréis más: clavarle de pies y manos en el madero, levantarle en alto y dejarle pendiente entre el cielo y la tierra por espacio de tres horas, hasta dar el último aliento en medio del mayor desamparo, en los brazos de la muerte más cruel é infame. Yo, hermanos míos, cuando oigo ponderar la cultura y sabiduría de la legislación romana, y hallo en ella este género de suplicio, digo, que la barbarie de los que no conocían á Dios, se tiene por ilustración entre los que aun hoy día le aborrecen. Pues qué, ¿no hay más que dejar vivo á un hombre en situación tan desesperada? Meditadlo bien y comprenderéis algo de lo que sufría Jesús. Si, allí sufrió crueles tormentos; su vida fué destilándose con su sangre gota á gota por las fuentes de sus heridas, hasta que con la última expiró. Oyo blasfemias execrables, insultos atroces, imprecaciones y denuestos los más groseros, con tanta longanimidad y paciencia, que en lugar de venganzas, pedía á su eterno Padre perdón é indulgencia á favor de los que tan inhumanamente lo trataban.

Pecadores, ya está consumada vuestra obra: ahí tenéis la cruz de Jesús moribundo, que es la cátedra del verdadero maestro que os enseña. Miradle clavado de pies y manos, y en ellos todos los vicios y concupiscencias; mirad su cabeza, que es la del Dios de la gloria; de la grandeza y majestad, taladrada con punzantes espinas, y en ella castigado el orgullo; la ambición y soberbia mundana; mirad su boca y lengua creadora y omnipotente, que con una sola palabra sacó el universo de la nada, ahora seca, árida y sedienta por la salvación de todos los hombres, y en ellas castigadas nuestras blasfemias, liviandades y escándalos. Mirad su corazón perisimo, tálamo de la divinidad, centro y acogida de todos los necesitados, traspasado con una cruel lanza, y en él martirizados todos los proyectos impios de iniquidad é injusticia; mirad sus entrañas piadosas en favor del mun-

do, acibaradas con hiel y vinagre, y en ellas castigados los planes horrendos de crueldad y de venganza. Mirad su humanidad sacrosanta despedazada, y en ella castigados los deleites y regalos que los mundanos permiten á sus cuerpos; mirad su alma feliz y bienaventurada, triste, afligida y desamparada hasta de su eterno Padre, enseñándonos á padecer las tristezas y miserias de la vida; mirad su honor, su gloria y santo nombre humillado, ultrajado y hecho el escarnio y la parábola de un populacho feroz é ingrato. Miradle en su vida natural hecho un varón de dolores, herido de pies á cabeza, sufriendo los más imponderables tormentos y muriendo en los brazos de la muerte más ignominiosa, cruel é infame. Oid de su agonizante lengua una lección la más importante. *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.* Esta es, cristianos, la suma y compendio de la ley de Jesucristo, la caridad: si no la tenemos, no somos cristianos. Este divino ejemplo con los demás que dió Jesús en la cruz, surtió allí mismo en los que estaban presentes el prodigioso efecto de ser ya reconocido por verdadero Hijo de Dios. Así lo confesó el centurión, y así se retiraban hiriendo sus pechos de penitencia, arrepentimiento y dolor muchos que habian presenciado aquel grande espectáculo: *Verdaderamente era este Hijo de Dios.*

¿Y nosotros lo confesamos así? ¡Ay, hermanos míos! ya lo veremos; llegado es el tiempo de la prueba. Hasta ahora quizá no haya entre nosotros uno que con sus malas obras, vicios y desórdenes no haya negado mil veces á Jesucristo; veremos quien le confiesa ó niega con la lengua. Veremos quien oye y sigue su voz en la del Evangelio. El que sigue otra, niega su fe; no aprende las luminosas lecciones de la cruz, y ni ama á Jesucristo, ni es cristiano. Pues yo os conjuro con el Apostol: el que no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea anatema, sea separado del pueblo cristiano, sea borrado del libro de la vida.

No permitáis, Señor y buen Jesús mío, que tal suceda á ninguno de mis hermanos; en la ocasión presente ni jamás. Fortaleced vuestra fe con vuestra santa pasión, animad vuestra esperanza en vuestra cruz, inflamad vuestra caridad con vuestro divino ejemplo. Queden para siempre borrados nuestros crímenes, y rociados con vuestra sangre; fijense altamente en nuestras almas las virtudes que nos habéis enseñado; seamos valerosos cristianos para imitarlas y seguir siempre impávidos los pasos de vuestra pasión adorable, peleando contra el error y el vicio, hasta merecer el premio en la Jerusalén de la gloria. *Amén.*

LA PASIÓN DE JESUCRISTO

*Christus pro nobis mortuus est.
Cristo murió por nosotros.*

(S. PABLO A LOS ROM. c. 5, v. 8.)

Almas tiernas y compasivas, ¿tendréis valor para presenciar la escena más trágica, el espectáculo más triste y lamentable que ha podido representarse en todos los siglos? ¿No os faltará el ánimo al esnehar la historia más sangrienta y horrorosa que puede imaginarse? ¿Os permitiría vuestra compasión ver en medio de los más crueles tormentos, de los mártirios más terribles, á aquel que tan de veras os ama, á aquel cuyo amor excede al que os pueden profesar todas las criaturas juntas? ¿Vuestra ternura os dejará ver el desconsuelo y las angustias del que alegre á los cielos con su presencia, los dolores del que es imposible por naturaleza, las agonías crueles y la ignominiosa muerte del Autor de la vida? Disponéos, pues, preparad vuestro corazón, haced acopio de lágrimas, que por mucho que sea vuestro valor, no podréis menos de verterlas en abundancia al oír una relación capaz de arrancarlas al más endurecido; una relación que abundaría sin duda alguna un corazón de bronce, y deshacería una piedra, si estos seres fueran sensibles.

Miserables pecadores! ¿queréis saber hasta dónde llega el horror de la culpa? ¿Desearís conocer los estragos que ocasiona? Venid, venid á oír esta sangrienta historia, y por mucha que sea vuestra perversidad y obstinación, no podréis permanecer insensibles; haréis los más firmes propositos de no cometer nuevamente un pecado que tan graves males ocasiona. Venid, no movidos de una vana curiosidad, si sólo de la más tierna compasión, porque se trata de la muerte cruelísima del más inocente de los hombres, del Unigénito de Dios.

No sabemos, Señor, el terrible efecto que nuestros crímenes producen en vuestro santísimo Hijo. Dádnoslo, pues, á conocer, para que los evitemos en lo sucesivo. Recurrimos á vos que sois el único capaz de infundirnos este conocimiento; y para más obligaros á que

nos concedáis esta gracia, os recordamos cuánto padeció por nosotros el inocente Jesús, y las angustias de su bendita Madre, viéndole en tan lastimoso estado. *Ave Marta.*

Ya conocía el Salvador cuán intensos habían de ser sus dolores, cuán excesivos sus tormentos, puesto que para sufrirlos se prepara con la oración; ejemplo digno de imitarse por cierto. Concluida la instructiva lección que dió á sus discípulos en la institución del santísimo sacramento de la Eucaristía, y conociendo que era llegada la hora en que había de dar principio su pasión, elige tres de los que más amaba y se retira con ellos al huerto de Getsemani, donde apartándose un poco, se postró en tierra para considerar despacio la escena que iba á desarrollarse; todos los tormentos, todas las circunstancias que hacían más sensible su pasión se presentan al punto y con la mayor viveza á su memoria. En aquel momento ve á su eterno Padre sumamente irritado contra el hombre, y conoce que no se aplacará su indignación sino con el precio de su sangre, que era preciso derramar por lo mismo. Allí ve la prisión; las ignominias, los crueles mártirios que le esperaban; allí ve la cruz afrentosa en que había de exhalar su último aliento; allí ve el desamparo de sus discípulos, el desconsuelo de su bendita madre, el menosprecio de los hombres; allí ve el escaso fruto de su pasión, y nuestros innumerables y enormes pecados que habían de impedirlo; y esta consideración es sin duda la que le atormenta hasta el extremo de derramar por su corazón la más profunda tristeza, exclamando al mismo tiempo: *Triste está mi alma hasta la muerte. Padre eterno; pase de mí, si es posible, este cáliz de amargura y de dolor; pase, porque si sólo su recuerdo me pone á punto de morir, ¿qué me sucederá cuando lo beba? ¿Qué sentimiento producirá en mi alma la pérdida y condenación de tantos pecadores, cuando sola su representación me coloca al borde del sepulcro? ¿No habrá remedio, amantísimo Padre mío? ¿Está resuelto en los decretos eternos que yo he de apurar este cáliz? ¿Vuestra voluntad es irrevocable en este punto? En tal caso cúmplase: venga, que yo lo apuraré hasta las heces; vengah los tormentos, que yo los sufriré resignado. ¿Qué dolor tan agudo sentiría viendo que su Padre desoye tan justas súplicas, y se niega á prestarle el menor consuelo en tan penosa situación! Pero ¿cuanto se aumentaría también su tristeza hallando dormidos á los discípulos, á quienes volvió después de su oración!*

Consideremos esto despacio, cristianos pecadores, porque en esta conducta de los apóstoles está representada la nuestra. ¡El Señor ve-

lando solicito por nuestro remedio, al tiempo que nosotros descuidados dormimos sin temor alguno! ¡El Hijo de Dios padeciendo por nosotros agonías de muerte, y nosotros, olvidados de su pasión y de nuestros intereses, nos entregamos al más profundo sueño! ¡Oh ingratitud, oh ciega locura de los mortales! ¿no conocéis que le obligaréis de ese modo á que se vuelva á retirar, oprimido de dolor y desconsuelo? Así lo hace con efecto viendo dormidos á sus discípulos; repite por dos veces la misma oración, y cada vez más angustiado se apodera de su cuerpo una mortal tongoja, que le produce un copiosísimo sudor de sangre, cuyas gotas caían hasta el suelo. Movido el eterno Padre de un desfallecimiento que jamás había sentido su Hijo, se ve, digámoslo así, en la precisión de enviarle un ángel de su gloria, para que confortase su humanidad y le animase á padecer y morir.

Aquí, aquí es donde yo reclamo toda vuestra atención. ¡El omnipotente y criador universal es confortado por una de sus mismas criaturas! ¡El consuelo de los afligidos es consolado por uno de sus siervos! Inferid de aquí cuán oprimido se ballaría su corazón; y persuadidos á que la causa de esta aflicción no es otra que el recuerdo de nuestra ingratitud á lo mucho que iba á padecer por nosotros, y el presentimiento de nuestra desgracia.

Pero pasemos más adelante, y veamos que acabada su oración se levanta animado y fortalecido, y espera con firme resolución la turba de ministros armados que, capitaneados del más indigno de los hombres, del más infiel de los mortales, del más ingrato de los vivientes, del perverso Judas, llegan á prenderle con desapiadada furia, como si fuera el peor de los malhechores. Vedle con cuánta resignación sufre que el traidor imprima en su divino rostro aquellos labios sacrilegos e impíos en señal fingida de amistad, pero verdadera de perfidia, pues era la que tenía dada á los ministros, para que pudiesen conocer á Jesús y prenderle en el acto.

¡Ah monstruo horrible! ¿era acreedor á tan infame conducta ese mismo que te había elegido entre tantos millones de hombres, para ser uno de sus apóstoles? ¿Es regular que correspondas de ese modo á los innumerables beneficios de todo género que te ha dispensado? ¿No te avergüenzas de pagar tan mal el interesante servicio de haberle lavado los pies con tanta humildad, y alimentado con su cuerpo y sangre, del mismo modo que á los demás discípulos que se le conservaban fieles? Tantos milagros como ha obrado á tu presencia, y la previsión misma de tu crimen ¿no te han podido convencer de que ese que vendes por tan vil precio y á personas tan inhumanas,

es el verdadero Mesías, el Hijo eterno de Dios? Si aún resistes á esta verdad, eres más irracional que los brutos; y si la crees, eres el más horroroso de los monstruos, el peor de los demonios. ¡Vender á Dios que es infinitamente apreciable, que da precio y valor á todas las cosas, por un vil y maldito interés! ¡por treinta dineros!!! ¡Ah detestable codicia! ¡ah interés abominable! ¡ah ingratitud monstruosa!

Ved, cristianos, representada en esta venta toda nuestra vida. Cada vez que pecamos, vendemos interiormente á Jesucristo, no por treinta dineros, sino por un precio mucho menor; por un deleite momentáneo, y á veces de balde, que es aún peor, le entregamos en manos de sus enemigos, como lo hizo Judas en las de las turbas, que con la mayor impiedad, sin hacer caso de que con sola una palabra les echó á todos por tierra; sin atender á la benignidad con que restituyó á uno de ellos la oreja que había cortado Pedro, sin conocer por estas señales su divinidad, se arrojan sobre él, le atan con la mayor inhumanidad las manos, le echan otra soga al cuello, y tirando de ella con una fiereza y crueldad nunca vistas, empiezan á caminar entre confusión y gritaría, como si hubieran conseguido el triunfo más completo.

¡Qué oprobio! ¡el Redentor de los hombres tratado de este modo por los mismos que venia á redimir! Su figura lastimosa, la bárbara alegría de sus enemigos, la conducta de sus discípulos, de aquellos amados discípulos que él había elegido para sus compañeros, y que apenas le ven perseguido y atado, le abandonan, huyen de él ocultándose por no sufrir su misma suerte; todo esto es digno de la atención de los cristianos, principalmente esta última circunstancia, que es la que nosotros imitamos todos los días. Si: desampáramos á nuestro Dios, después que nosotros mismos le hemos entregado; después que nosotros mismos le hemos atado las manos con nuestra ingratitud y desconfianza, estorbando que nos dispense sus beneficios; se las atamos con nuestra soberbia y vanagloria, impidiendo que nos comunique los bienes y su divina gracia; se las atamos con la demasiada soltura de las nuestras para el vicio y para todos los desórdenes, y luego le abandonamos, le dejamos solo, como lo hicieron los apóstoles, en medio de sus enemigos, que llenándole de injurias, dicerios y malos tratamientos, le llevan á empujones por las calles, como si fuera un público malhechor, hasta presentarle en casa de Anás, digno suegro del malvado pontífice de aquel año.

Este es el primero de los tribunales, en que es presentado como reo el juez de vivos y muertos; aquí espera y sufre con la mayor resignación que le preguntan por su doctrina y discípulos, y respon-

de con una serenidad, que daba bien á entender cuán tranquila y segura estaba su conciencia: yo siempre he hablado en público; mi doctrina es manifiesta á todo el mundo, porque jamás he enseñado á escondidas: preguntad á los que me han oído, y esos darán testimonio de mis palabras. Esta respuesta tan humilde, tan cortés y comedida, se recibió con muestras de la mayor indignación. Al oírlo uno de aquellos ímpios, tuvo la osadía sacrilega de dar como en castigo una fuerte bofetada al Redentor. ¡Oh malaventurada mano que así has maltratado á aquel, en cuya presencia se postran los ángeles y toda la naturaleza criada! ¿Por qué afeas de ese modo el rostro más hermoso de los hombres? ¿Te parece digna de ese castigo una respuesta dictada por la Sabiduría infinita?

Ofensa es por cierto atroz é injusta: mas por desgracia ni será la mayor ni la última que reciba esta noche: este es el principio de sus tormentos. Desde aquí es conducido á casa del pontífice Caifas, donde le esperaban juntos los escribas, sacerdotes y ancianos, los cuales preocupados ya contra él, no cuidan de averiguar la verdad de los crímenes que se le imputan; su empeño es hallar algún falso testigo que depauna contra él, para poder dar á su sentencia visos de legalidad. Allí deseargan sobre el Santo por esencia, no una, sino innumerables bofetadas; allí, para mayor afrenta y vilipendio, se atreven á escupir en aquel rostro, espejo lucidísimo de los cielos: allí cubren con un paño sus ojos y le toman por juguete y mofa; allí le tratan de blasfemo, porque confiesa ingenuamente la verdad que es el fundamento de nuestra Fe, el sostén de nuestra Esperanza y la base de nuestra religión: allí pasa toda la noche sufriendo las más injuriosas afrentas y los más dolorosos tormentos: allí tiene el desconsuelo de ver que el discípulo más decidido, el que tantas veces y con tanta seguridad le había dicho: que le amaba más que todos, el que había sido testigo de su gloriosa transfiguración, empezando á ser bienaventurado en esta vida, el que poco antes decía estar dispuesto para morir en su compañía, este mismo, á una leve pregunta de una criada desenvuelta, le niega, se avergüenza de ser su discípulo, asegura con juramento que no le conoce; injuria que sintió mucho más que cuantas hasta entonces había sufrido.

¿Qué haces, Pedro? ¿Ignoras que con esa negación manifiestas aprobar todo cuanto los judíos hacen con tu maestro? ¿No conoces que con esa conducta indicas no creer en sus palabras, no reconocerle por hijo verdadero de Dios? ¿Qué! ¿tan mal concepto has formado de él, que te avergüenzas ya aun de haberle conocido? ¿No ves que le condenas primero que los pontífices? ¿No adviertes que por

lo mismo que el Señor te aprecia tanto, ha de sentir más tu horrenda ingratitud? Así es á la verdad; se olvida enteramente de los escarnios que le han hecho los sayones, y atiende sólo á la conducta desleal de este apóstol, á quien mira compasivo, haciéndole conocer su culpa con esa mirada expresiva y retirarse de allí para llorarla amargamente.

¡Ay de mi, que instruido en esta circunstancia de lo mucho que ofende al Señor este modo de proceder, le he negado tantas veces, y me he avergonzado de parecer cristiano! ¿Queréis saber cuándo nos conducimos de este modo? Siempre que dejamos de hacer las buenas obras que podemos y debemos, ó nos entregamos á la práctica de las que nos están prohibidas; cuando nos negamos á recibir con frecuencia los sacramentos, no nos apartamos de las malas compañías, no perdemos la maldita costumbre de murmurar, antes bien tratamos de hacer más divertida la murmuración añadiendo algunos chistes picantes: en todas estas ocasiones y otras, que no me detengo á referir, nos avergonzamos de parecer discípulos de Jesucristo, aseguramos no conocerle, le negamos y nos conducimos con las obras del mismo modo que San Pedro de palabra. ¡Insensatos! después de aumentar increíblemente los tormentos del Salvador, nos hacemos acreedores á aquella terrible sentencia que el mismo fulminó diciendo: *el que se avergonzare de parecer mi discípulo delante de los hombres, el Hijo del hombre se avergonzará de reconocerle por suyo, cuando venga con toda su majestad y gloria.* ¡Ay de aquéllos que se hallen incluidos en este tremendo anatema! ¡Ay de nosotros, si merecemos oír en aquel día estas funestas palabras! Terrible, pero bien merecida desgracia por nuestra vergüenza! Horrendo, pero digno castigo de nuestros desordenes; de esos chistes indelicados, con que tantas veces escupimos á Jesucristo en su misma cara! ¡Cruelesísima, pero correspondiente pena al desdoro con que todos los días ofendemos á Dios, como si tuviera los ojos vendados para no ver nuestros crímenes! Continuada, si os parece, esa vida desarreglada; fomentad cuanto os sea posible la desenvoltura, la sensualidad, la murmuración; dad de bofetadas á Jesucristo; obscuredad con salivas su divino rostro; avergonzaos de ser sus discípulos; hacedle el objeto de vuestros desprecios é injurias; divertíos con él toda la noche, es decir, todo el tiempo de vuestra vida desarreglada, haciéndole sufrir cuantos malos tratamientos sea capaz de sugeriros su mayor y más encarnizado enemigo; y si aún os parece que le habeis atormentado poco, haced un estudio serio por corromper cada día más vuestras costumbres; añadid á vuestros vicios otros más grososros: llevadle como por la mano

á Pilato, para que fulmine contra él la sentencia de una muerte afrentosa; seguid la marcha de aquellos malaventurados... ¿Pero qué os aconsejo? Seguidla, mas no con las obras, si sólo con la consideración, para que veáis que después de tantos baldones y menosprecios como hicieron sufrir al Hijo de Dios en aquella larga noche, le llevan á casa del adelantado Poncio Pilato.

¡Dios mío! ¡con qué gritería y algazara, con qué voces y clamores, con cuánta confusión é ignominia sois conducido á presencia del que ha de fallar vuestra sentencia! Atado, cubierto de oprobio y rodeado de una chusma insolente, llegáis de día á casa del presidente, á quien no piden que substancie vuestra causa, sino expresamente que os condene á la última pena. ¡Cuánto dolor os causaría esta conducta de parte de un pueblo, que pocos días antes os había recibido en triunfo! Sin embargo, menos imprudente que los otros jueces, procura examinar la verdad, escucha con atención vuestras admirables respuestas, se informa acerca de vuestra conducta, y hallándoos inocente, no se atreve á condenaros. Crucificale, crucificale, es la respuesta de los judíos.

¡Oh lenguas descomunales! ¿qué es lo que pedis? ¡la muerte del inocente! ¡la muerte del justo! ¡la muerte del que os ha dado la vida! ¡la muerte de nuestro Dios! ¿qué motivo tenéis para pretenderlo así? ¿qué pecados ha cometido? ¿de qué crímenes podéis acusarle? ¿Será tal vez de haber abierto los ojos á los ciegos, de haber hecho oír á los sordos, de haber restituido el uso de la voz á los mudos, de haber lanzado los demonios de los cuerpos, de haber dado movimiento á los paralíticos, de haber resucitado los muertos, de que aún quiere resucitar á las almas, para que nunca vuelvan á morir? ¡Oh ingratitud! ¡oh locura! Decidme si no, ¿qué otra culpa halláis en él, para que sea condenado á muerte? Crucificale, crucificale es la respuesta.

¡Ah, maldita obstinación! ¡Ah, ceguera de los pecadores! En llegando á endurecerse un pecador, no se conduce de otro modo: desprecia las más sólidas razones; cierra los ojos para no ver la luz, y los oídos para no percibir la verdad; por más esfuerzos que hagan por convencerle de su error, por más que le quieran hacer conocer su locura, aunque le manifiesten el peligro que corre, todo lo desprecia; responde como los judíos: crucificale, crucificale á ese Señor que me impone la ley de contrariar mis orgullosos é imprudentes deseos.

Esta era la respuesta de la plebe á las reflexiones de Pilato: crucificale, crucificale!—Pero, por qué razón?—Crucificale!—Eso sería una injusticia, puesto que no hay causa para fallar esta sentencia. ¿Es posible que desconocáis su inocencia, que atri-

buyáis á delito lo que es una buena acción?—Crucificale, crucificale!—No hay que esperar otra respuesta.

Monstruosa obstinación, que de tal modo cierra la puerta á las impresiones de la verdad y de la razón! ¡Punesto pecado que en tales términos pervierte el corazón de los hombres! No ha cuatro días que esos mismos celebraron con las demostraciones más puras de alegría, de gratitud y de reconocimiento la entrada del Nazareno en Jerusalén, saliendo á recibirle con palmas en las manos, tendiendo en el suelo sus vestiduras, para que pasara sobre ellas, exclamando sin cesar: Gloria sea dada al Hijo de David, Hijo verdadero del Dios de nuestros padres; y ¡ahora le maldicen, le colman de afrentas, y piden á grandes gritos su muerte! ¿Qué sentiría aquél que en tan corto tiempo había experimentado tan diversas acogidas? ¿Qué sentirían los santos ángeles, testigos de uno y otro suceso, y que oían tan distintas voces? ¿Qué sentiría el mismo presidente, puesto que se obtina cada vez más en librarle de las manos de aquella chusma?

Pero, veamos la impaciencia con que caminan los crueles soldados á casa de Herodes, de quien esperaban conseguir la sentencia que el presidente se había negado á darles: consideremos tanto más atentos esta conducta, cuanto que en ella está representada la nuestra. Cuando obstinados en conseguir el logro de nuestros criminales deseos, se frustran las primeras tentativas, no desistimos por eso; instamos cada vez más; recurrimos á la adulación, á la lisonja, á las más degradantes humillaciones, á la más conocida injusticia; aumenta considerablemente nuestra impaciencia; en ninguna parte encontramos sosiego; la luz del día se nos hace insostenible, el sueño hoye de nuestros ojos, y todo sin otro objeto que el empeño de vencer aquella dificultad. Tal es nuestra conducta, en la que procuramos por todos los medios posibles renovar la sentencia de muerte contra el Salvador. No podemos conseguirla en el tribunal de los romanos, y le conducimos al de los galileos; es decir, frustrado nuestro intento por un camino, recurrimos á otro.

Orgullosa Herodes en sumo grado, quiere satisfacer su curiosidad presenciando alguno de los milagros de Jesucristo; mas éste, que sólo los hace cuando lo juzga oportuno, se niega en esta ocasión; por cuyo motivo aquél le desprecia, le califica de loco, y como á tal manda tratarle y conducirle de nuevo á Pilatos. No faltaba sino esta injuria para completar aquella horrible fiesta. Acusado de alborotador, de hechicero y endemoniado, de hombre malvado que se asociaba con publicanos y pecadores, de hereje y blasfemo, restaba sólo que le tuvieran por loco, que es precisamente lo que hace Herodes.

Pilatos, teniendo de nuevo en su presencia al supuesto reo, y á vista de la obstinación de sus acusadores, se considera en el último apuro: ó le absuelve como á inocente atrayéndose el odio de aquellas gentes y exponiéndose á los excesos de su furor, ó le condena contra el dictamen de su conciencia y las leyes todas de la justicia. En tan angustiosa situación cree hallar un término medio, imponiéndole un castigo, por el que sin privarle de la vida, satisfaga la inhumanidad de aquellos monstruos: al efecto manda que sea públicamente azotado.

Ahora, cristianos, es necesaria una particular atención; injurias y afrentas, aunque más sensibles tal vez que los dolores corporales, pero menos perceptibles para nosotros, son las que ha padecido el Salvador; mas en lo sucesivo, presenciaremos los tormentos del cuerpo, más á propósito para excitar nuestra compasión: la rabia y el furor van á descargar sus terribles golpes sobre la inocencia; el infierno satisfará completamente su ira, atormentando aquel cuerpo más puro y hermoso que todas las criaturas juntas; los bárbaros sayones van á azotar al Cordero sin mancha. ¡Qué horror! ¡Imponerle un castigo de que por la ignominia estaban libres los ciudadanos romanos! Almas compasivas, cerrad vuestros ojos por no presenciar un espectáculo que llena de horror á la naturaleza toda; mas abridlos vosotros, pecadores obstinados, hombres mundanos y lascivos, abridlos y ved desanda al que viste los cielos de hermosa y resplandor, al que cultre de pieles á los cuadrúpedos, de plumas á las aves, de escamas á los peces, de plantas á la tierra; ved cubierto de ignominia aquel rostro divino; imagen la más viva del pudor.

¡Dios omnipotente! Vos que tantas veces cubristeis repentina y milagrosamente la desnudez de algunas puras vírgenes que padecían por vuestro amor, ¿por que no cubris ahora la vuestra? ¡Tantos milagros entonces, y ahora os negáis á hacer uno solo! ¡Será que con las injurias haya disminuido vuestra omnipotencia?

No, no por falta de poder, sino de voluntad, dejó de hacerlo. Dueño de los tesoros de la naturaleza, pudiera vestirse del modo más decoroso á su dignidad, sin que nadie en el mundo fuera capaz de impedirlo; pero no quiere hacerlo, para enseñarnos á ser humildes, á despreciar el lujo, las galas con que tantos procuran atraer hacia sí los corazones apartándonos de su Dios; quiso conducirse de este modo, porque así convenia y estaba determinado para nuestro remedio. Y con este objeto permitió que le atasen fuertemente á una columna, y empezaran á descargar sobre sus sagradas espaldas los más furiosos golpes. Estos se repitieron y abrieron una herida tan profunda, que

á poco más se desulbrían los huesos blancos entre la carne colorada. Arroyos de sangre brotaban de las heridas, regando aquella tierra infame, que sostenia á los bárbaros ejecutores de aquella injusta sentencia. La ley mandaba que los azotes con que se castigaba á los malhechores, no llegasen á cuarenta, porque no cayera delante del verdugo la carne de su hermano horrorosamente despedazada; pero no tienen fuerza las leyes cuando se trata de Jesucristo. Aquellos monstruos no desisten hasta que se hallan rendidos del cansancio, y el benignísimo Jesús se ve precisado á sufrir el dolor de miles de azotes. ¿Es posible que sólo se ha de quebrantar la ley para castigar al Autor de todas las leyes? ¿Será porque sus delitos superen á los de todos los malhechores?

No, Dios mio, no son vuestros pecados, sino los míos los que se castigan; mis liviandades merecen una pena infinita, y esa es la que vos estáis padeciendo. Ved, pecadores, el fruto de vuestras iniquidades; mas no creáis que es esto solo; la cabeza, á donde no habian llegado los azotes, ahora será atormentada de un modo no visto hasta esta ocasión. Las punzantes espinas de una corona, tejida de junco marinos, penetran por todas partes aquella sacratísima cabeza, haciendo brotar abundancia de sangre que corria por todo su cuerpo. Vistiéndole otra vez la ropa encarnada, le pusieron una caña en la mano, y arrodillándose en su presencia, le dicen para mayor escarnio: Dios te salve, rey de los judíos; le escupan en el rostro y le hieren con la caña que le habian puesto por petro en las manos. ¡Oh, dulcísimo Salvador mio! ¿Cómo no se parte mi corazón de dolor, cuando miro ese espectáculo tan doloroso?

Miserable de mí! ¿Cómo habrán puesto á mi alma mis pecados, cuando los ajenos desfiguraron de tal modo á mi redentor, que juzgando el presidente que era bastante su figura para aplacar la ira de aquellas fieras, se le presentó diciendo: Ved aquí el que deciais ser causa de los alborotos; mirad cuán humilde y comedido se manifiesta; ved al que queriais fuese condenado á muerte; ya ha sufrido unos tormentos mayores que la muerte misma; ved ahí un objeto capaz de mover á compasión á los más duros pedernales; más insensibles que ellos seréis, si aún tratáis de atormentarle más!

Mirad, almas cristianas, á vuestro Maestro y Rey; mirad, débiles pecadores, á vuestro Redentor; ved el resultado de vuestros crímenes, y considerad si es acreedor á tan infames tratamientos el que con tal intension os ama; vedle, y decid si aún puede hacer más por vosotros. Considerad el modo con que venga Dios sus ofensas, y cuán rectísima es su justicia; pero no olvidéis, al mismo tiempo, que si esto

ha permitido en su Hijo por los pecados ajenos, permitirá mucho más en vosotros cargados de culpas propias.

Cada vez más obstinados los judíos, lejos de compadecerse viendo a Jesús en aquel estado, piden con mayor empeño su muerte. Conociendo el presidente cada vez más su inocencia, les propone un medio por el que juzga salvarle. Un reo de muerte esperaba el momento de la ejecución, justo castigo de sus homicidios y alborotos; éste era Barrabás, y como, en la solemnidad de la Pascua acostumbraban á soltar á alguno, ¿á quién queréis, les dice, que ponga en libertad, á Barrabás ó á Jesús Nazareño? Pero ¡oh maldad inaudita! todos á una claman, que sea libre Barrabás. ¿Y qué he de hacer con Jesucristo? pregunta Pilatos. Responden enfurecidos: entregarle á la muerte, crucificarle.

No de otro modo nos conducimos cuando queremos satisfacer nuestras pasiones. La conciencia reprime al avaro, haciéndole ver que no puede desear los bienes del prójimo, y mucho menos tomarlos sin apartarse de Dios; pero su perversa voluntad responde: lléname mis arcas, tenga yo en mis manos el dinero, y vaya Dios lejos de mí. Siente el hombre vicioso una voz interior que le manda desechár ideas perversas, é instigaciones de la carne, que le arrastran á la satisfacción de sus pasiones. Mas repite su malvada voluntad: en esta vida no hay otra felicidad que la satisfacción de las pasiones; satisfagámoslas pues. Dios no se acuerda ahora de nosotros; tiempo tenemos de servirle; sirvámos al presente á nuestro cuerpo. ¡Oh injuria! ¡oh vilipendio! ¡preferir un vil deleite, un gusto momentáneo á los placeres de la virtud! ¡estimar en más la satisfacción de nuestros apetitos que la gracia y amistad de Dios! ¡pedir la muerte de Jesucristo por conseguir un bien imaginario que ha de acarrear la muerte á nuestras almas!

Viendo los judíos la intención del presidente, le amenazan con la autoridad del César: si le perdonas, no eres amigo del César, le decían. Flaquea entonces su constancia, se dispone á firmar la sentencia más inícuca, condena á muerte al inocente. ¡Infeliz! ¿qué has hecho? ¿Tienes en más el favor del César que la tranquilidad de tu conciencia? ¿Sabes quién es ése cuya muerte has firmado? ¿Olvidas que es el mismo que-te ha de juzgar en el más terrible de los días, época fatal en que no se dejará vencer de respetos humanos como tú, no imitará tu injusto proceder, sino que observará una rigurosísima justicia?

Veamos por último las demostraciones de alegría con que es acogida la sentencia; escuchemos el griterio y algazara con que aque-

llos infelices celebran su triunfo; veamos: cuán diligentes se ocupan en inventar nuevos géneros de martirios para satisfacer su crueldad. Colocan sobre los hombros del más inocente y santo de los hombres el pesado madero en que había de ser crucificado, sin atender á la costumbre, religiosamente observada hasta entonces, de ocultar al reo los instrumentos de su muerte. Veamos al divino Jesús llevando sobre sí el enorme peso de nuestras culpas, carga superior á las fuerzas de todos los hombres; veámosle caminar á paso lento y caer oprimido en tierra, y entonces conoceremos lo que pesa el pecado mortal. ¿Todo un Dios no puede con él, y nosotros, insensatos, ni aun sentimos su carga? ¿Nosotros, alegres, repetimos las culpas, añadimos pecados á pecados, que es lo mismo que hacer caer á Jesucristo segunda y tercera vez, y levantarle á golpes, ó tirando con furia de la soga que lleva al cuello?

Temible era que el Salvador no pudiese llegar al Calvario; por tanto buscan uno que le ayude á llevar la cruz, aparentando una compasión que no tienen, y ejercitando en realidad la mayor y más espantosa crueldad; tratan de aliviar su cansancio, para que no muera en el camino y los prive del bárbaro placer de crucificarle vivo. ¡Quién tuviera la satisfacción de poder aliviar á este Señor tan maltratado! ¡Quién se encontrara en el lugar del Cirineo! ¡Quién fuera tan feliz que mereciera ver abierta su mano con el duro clavo que atraviesa las del Omnipotente!

No es posible detenerme á referir todo lo ocurrido en el Calvario: suplan el silencio y vuestra consideración lo que mi dolor no permite expresar á mi balbuciente lengua. Judíos ingratos, ya tenéis crucificado al objeto de vuestro odio; ya habéis conseguido saciar vuestra rabia y furor para con él. ¿Vuestra perversidad será capaz de sugeriros nuevos medios de atormentarle? Levantadle en alto para que sea visto de todos; dejad caer de golpe ese madero en que está crucificado, para que se renueven las llagas y brote de nuevo esa sangre dispuesta á redimirnos. Colocadle, para mayor afrenta, entre dos ladrones; hacidle el objeto de vuestras burlas y menosprecios.

Así lo hacen: pasando delante de la cruz y moviendo la cabeza, ¡ah! le dicen, tú que asegurabas que habías de destruir el templo de Dios, y lo reedificarías en tres días, cumple lo prometido; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz; ¿con que salvaste á otros, y no puedes salvarte á tí mismo? ¿Dónde está ese poder de que tanto blasonabas? ¿Y cómo creéis que correspondía á tan atroces insultos? Compadeciéndose de los mismos que le insultaban, pidiendo al eterno Padre que los perdonara, y disculpándolos atribuyendo á ignorancia su in-

fame conducta. *Padre, perdónalos*, dice, *que no saben lo que hacen*; primera palabra que pronunció en la cruz.

¡Oh amor infinito! ¡oh caridad inimitable é incomprendible de mi Dios! ¡Pedir tan de veras el perdón para sus mismos enemigos, al tiempo que con sus ofensas y ultrajes cometían el mayor de todos los pecados! ¡Inventar nuevos beneficios para aquellos que, sin acordarse de sí mismos, están proyectando nuevo género de tormentos y afrentas para el mismo bienhechor! ¡Qué contraste!

¡Qué habéis hecho, judíos ignorantes! ¿A quién habéis colocado en esa cruz afrentosa? ¿A quién injuriáis con tan groseras ofensas? ¡Ay! al mejor, al más amable, al más benéfico de todos los hombres; al que es devorado de la sed más ardiente por vuestra felicidad. Así lo dice el mismo: *sed tengo*.

¡Cuánto puede el amor verdadero, Dios mío! ¡Vos sediento! ¡Vos que supisteis sacar agua de un duro peñasco para refrigerar la sed de los israelitas! ¡Vos que con el mismo fin dulcificasteis las aguas del mar! ¡Vos que enviasteis el ángel para que manifestase á Agar el pozo de donde sacó agua para su hijo, expuesto á morir de sed! ¿Pero cuál es la sed que os molesta? ¡Ah! no es de agua material, sino de la salud de nuestras almas; no desáis vuestro refrigerio, sino la felicidad de todos los hombres. Estos agradecerán como es justo tan singular beneficio; templarán vuestro ardor presentándoos una bebida fresca y dulce. ¡Ay que no es así! lo que os presentan es un vinagre mezclado con la hiel más amarga.

Viendo nosotros que nuestro Redentor bebe un cáliz tan amargo, ¿tendremos valor para buscar ricores exquisitos, manjares delicados? ¿Nos esmeraremos... Pero oigamos esa tremenda voz que sale de la boca del Salvador: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado!* exclama con el acento más triste.

¡Vos, Dios mío, desamparado de todos hasta el Padre eterno! ¿A quién sino á vos ha faltado hasta ahora un amigo, un pariente, un conocido, una alma compasiva, que le haya prestado algún consuelo en sus tribulaciones, que le haya reanimado en sus tormentos? Siendo así que á la menor insinuación de vuestra voluntad se os enviarían innumerables legiones de ángeles que os acompañaran y sirvieran, ¿por qué permitis tan general desamparo? O en otro caso, ¿por qué prorrumpis en esas quejas?

Lo que con esta conducta quiere demostrarnos Jesucristo, es que el mayor mal que puede sobrevenir al hombre es el ser desamparado de Dios, y que la prueba eficaz de nuestra ingratitud es el abandonarle cuando está padeciendo por nosotros. Este desamparo, este

abandono es el que lamenta, éste es el que le hace prorrumpir en tan amargas quejas; éste es el que le coloca á punto de morir; y con este sentimiento exhala el último suspiro.

¡Circunstancia terrible! Ya consumió, cristianos, la obra para que fué enviado el Salvador; ya se acabó el sacrificio más doloroso y el único capaz de aplacar la ira del Padre eterno.

Ya un sudor frío se extiende por todos sus miembros; ya enmudece aquella lengua, cuya palabra hizo salir de la nada á toda la naturaleza; ya se vuelve pálido y desfigurado aquel rostro que era la hermosura de los cielos; ya se cierran aquellos ojos clarísimos; la imagen de la muerte se pinta en aquella frente pura y serena; el cielo se cubre de luto, los elementos se alteran, el sol va ocultando sus luces, la tierra, las piedras, el velo del templo, todo, hasta el corazón de María se rompe de dolor.

Madre amantísima, apartaos de tan horroroso lugar, que no podréis soportar la vista de vuestro Hijo difunto. ¡Difunto! sí, ya expiro, cristianos; ya murió nuestro padre, nuestro amigo, nuestro bienhechor, nuestro Dios. Tiempo es ya de que todas las criaturas se deshagan en llanto, habiéndoles faltado su Criador. Angeles gloriosos, llorad la muerte del que era vuestra gloria; llorad, cielos, la muerte del que os concedió vuestra hermosura; llorad la muerte del que os comunicaba vuestros resplandores; llorad, aves, la muerte del que os vestía de plumas; llorad, plantas, la muerte del que conservaba vuestras producciones; llorad vosotros principalmente, hombres, á cuya vida ha sacrificado la suya. ¿Quién tiene más motivo para llorar que nosotros? nuestro amor, nuestro remedio, nuestra salud, nuestra eterna felicidad le han conducido á la muerte. Las injurias, los desprecios, los azotes, la corona, la cruz, los tormentos, todo se lo hemos proporcionado nosotros; nosotros le hemos pospuesto á Barrabás; nosotros le hemos crucificado; llóremos, pues. Pero ¿qué digo? ¡llorar! yo me contentaría con que no repitierais á cada paso la sangrienta escena del Calvario; me daría por satisfecho con que no renovarais todos los días sus llagas, con que no atravesarais su costado después de haberle muerto, como el bárbaro sayón hizo con su lanza; nada me importaría que no llorarais la muerte del Redentor, si emplearais vuestras lágrimas en otro objeto no menos digno de ellas, cual es vuestra desgracia y la de vuestros hijos, que fué á lo que el mismo nos exhortó, cuando iba cargado con la cruz por las calles de Jerusalén: *no lloréis*, dice, *por mí; llorad por vosotros y por vuestros hijos*, porque si yo he sido tan fieramente atormentado y tan afrentosamente muerto, ¿quién será capaz de comprender la inmensidad de

los tormentos y la crueldad de la muerte que os aguarda à vosotros? ¡Ay de nosotros, si se verifica esta terrible amenaza!

Pero, ¡oh Dios de bondad! ya nos arrepentimos firmemente de haberos ofendido, y os decimos cada uno de lo íntimo de nuestro corazón: Señor mio Jesucristo, criador y redentor mio, por ser vos quien sois, y por lo mucho que me amais, os amo con todo mi corazón, y me pesa en el alma no haberos amado siempre; me pesa de haberos ofendido; me pesa de haber aprobado y aun ejecutado vuestra muerte con mis culpas. ¡Ojalá hubiera muerto yo mil veces antes! mas ya que lo hice, me pesa, y prometo no volver à pecar, no volver à ofenderos, no haceros morir otra vez. Y pues habéis muerto para salvarme, salvadme por vuestra pasión, por vuestra sangre, por vuestra muerte: hacédmee participante de vuestros méritos, para que lo sea tambien de vuestros premios eternos. Amén.

JESÚS SE DIRIGE AL HUERTO DE LAS OLIVAS

Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.

Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.

(MATH. 6, 21.)

¿Cuál es, hermanos míos, en el orden de la salvación, ese tesoro de que habla el Evangelio, tesoro tan precioso, que si llega à fijar nuestros pensamientos, cautiva al instante mismo todas nuestras afecciones? Es el misterio de los sufrimientos y de los oprobios de Jesucristo, hijo de Dios y Redentor del mundo; el misterio sublime y profundo en el que ha encerrado Dios todas las riquezas de su sabiduría, de su poder y de su bondad. Este misterio es el que ha renovado la faz del universo, el que ha satisfecho à la justicia de Dios, el que ha conquistado la salvación del hombre, el que ha abierto el cielo, santificado la tierra y desarmado al infierno. Este misterio es el que ha producido una religión más santa, un culto más espiritual

y una virtud más pura, porque es más interior; este misterio es la manifestación brillante de todas las verdades, y la condena de todos los errores; todos los vicios encuentran en el su condenación, todas las virtudes su principio y todos los méritos su recompensa; él es, en una palabra, el fundamento de la fe, el sostén de la esperanza y el motivo más poderoso del amor de Dios.

Así, pues, la pasión del Salvador debe ser el primer estudio, el estudio continuo de todo cristiano. Ella formaba el principal asunto de la predicación de San Pablo, y formará también el de la mia. Consideraremos hoy à Jesús dirigiéndose al huerto de las Olivas, y veremos lo que significa el cántico que el Salvador dijo, *et hymno dicto*, y su salida de Jerusalén, y el torrente Gedrón que atravesó, y el monte de las Olivas adonde se dirigió, y finalmente el lugar llamado Gethsemani y el huerto donde se detuvo con sus discípulos. ¡De este modo descubriremos un rico tesoro de misterios, de instrucciones y de ejemplos, oculto en las palabras más sencillas y más naturales. ¡Dichosos nosotros si fijando en él nuestro espíritu, fijamos también nuestro corazón! ¡Dichosos si nos familiarizamos con la pasión del Señor durante esta vida! pues que es el medio de obtener en la otra la participación de su gloria. Pidamos esta gracia por la intercesión de la Virgen. Ave María.

Cuando se acabó la cena, hermanos míos, aquella grande y solemne cena en la que, por la inefable institución de la Eucaristía, la sabiduría infinita, el Dios de amor había fijado para siempre su permanencia en el mundo y entre los hombres, en el momento mismo en que los hombres formaban el inicuo plan de arrancarle para siempre del mundo, el Salvador, según refieren los evangelistas, antes de salir del cenáculo recitó un cántico con sus discípulos. Y bien, ¿cuál fué este cántico, y para qué lo recitó el Salvador?

Algunos, fundados en los libros litúrgicos de la sinagoga, dicen à propósito de este himno o cántico que recitó entonces el Salvador, que fueron los siete salmos cuyas letras iniciales componen en hebreo la palabra *adelaia*; salmos que los hebreos acostumbraban cantar al fin de cada cena, y especialmente de aquella en que comían el cordero pascual. Así pues, al recitar este himno después de la última cena, en la que el cordero de Dios fué inmolado bajo una forma mística, y ofrecido después y dado por alimento à los discípulos en la comunión eucarística, quiso el Salvador enseñarnos con su ejemplo que si después de tomar el alimento corporal, debemos tributar humildes y fervientes acciones de gracia al Dios de bondad, que se dig-

na reparar las fuerzas de nuestro cuerpo por medio de los alimentos que nos proporciona su Providencia, estamos todavía más obligados á ello después de haber asistido al banquete espiritual en que Dios da por alimento á nuestras almas el cuerpo y la sangre de su divino Hijo.

Otros creen que recitando Jesús aquel mismo himno quiso manifestarnos el deseo vehemente de su tierno corazón, la amorosa impaciencia, el zozo y el ardor con que iba á padecer y morir, á fin de enseñarnos que nosotros debemos también estar prontos á abrazar los sufrimientos, á mortificar nuestras pasiones y á sacrificarnos por Jesucristo con un corazón diligente, con una verdadera y santa alegría.

Después de haber cantado este himno, sale el Salvador de Jerusalén con sus apóstoles. Yo me preguntó á mi mismo, con qué objeto han referido los evangelistas esta particularidad que, desde el punto de vista histórico, podría parecer superflua. Efectivamente, ¿no era fácil comprender, sin esta advertencia, que para ir al monte de las Olivas, situado fuera de Jerusalén, era necesario salir de esta ciudad? Mas no, no es ociosa, no es superflua esta particularidad que recuerda y figura un profundo misterio. Jesucristo forma con sus apóstoles la verdadera Iglesia. Luego esta salida de Jesucristo y de sus apóstoles de la ciudad de Jerusalén, para ir á dar principio á su pasión, nos representa de una manera sensible la verdadera Iglesia, la verdadera Religión, que por los sufrimientos y la muerte de Jesucristo, abandona desde este momento á los judíos á su ceguera voluntaria, y va á ilustrar á los gentiles.

Jesucristo que sale de Jerusalén acompañado de sus apóstoles nos enseña también que para ser del número de sus discípulos, y para formar parte de su sociedad, de su familia y de su verdadera Iglesia, según el espíritu, no es bastante escuchar y profesar su doctrina, no basta participar alguna vez de sus santos misterios, recitar en su honor algunas alabanzas estériles, ni dirigirle algunas débiles oraciones; sino que es necesario separarse del mundo, si no en realidad, al menos por el desvio del corazón; que es necesario renunciar á la corrupción del mundo, á las máximas del mundo, á la opinión del mundo, á esas costumbres, á esas modas, á esas comodidades, á esas leyes del mundo que están en oposición con el Evangelio.

Los evangelistas refieren también que después de haber salido Jesús de Jerusalén, pasó el torrente *Cedron*, palabra hebrea que significa *negruco, obscuro*. Así pues, Jesucristo descendiendo hacia el torrente de la obscuridad y de las tinieblas, es Jesucristo penetrando en la sombría noche, en el horror profundo de los negros pensamientos, del odio cruel, de las odiosas mentiras, de las atroces calumnias,

de las injusticias, de las traiciones, de la pérdida y de la hipocresía, para ser al fin la victima de sus enemigos.

Tampoco carece de misterio el cuidado que tienen los evangelistas de decirnos que Jesucristo se dirige al monte de las Olivas. En esta circunstancia se encuentran figurados los frutos saludables que nosotros debíamos recoger un día de la Pasión, cuyos primeros dolores él inaugurar en la pendiente de aquel monte misterioso. La oliva es el simbolo de la paz, y Jesucristo dirigiéndose al monte de las Olivas es la figura simbólica de Jesús que va á terminar, al precio de su sangre, la antigua guerra que reinaba entre la tierra y el cielo y á estipular un tratado solemne de paz entre Dios y el hombre. La oliva, por el aceite que produce, es el simbolo de la misericordia, y Jesucristo caminando hacia el monte de las Olivas es Jesucristo que sube á la montaña de la misericordia y que eleva su inefable amor al punto más culminante, á la más alta potencia y al más incomprensible exceso, ofreciéndose á la muerte por nosotros. Jesucristo es el verdadero olivo, que se eleva majestuosamente para recoger el campo de la Iglesia. De este modo, Jesús dirigiéndose al monte de las Olivas, es el olivo fértil y fructífero que por la abertura de sus venas y la efusión de su sangre, ingiere en su propio tronco, que él incorpora así las olivas salvajes y estériles, que son nuestras almas, á fin de hacerlas fructificar con su propia virtud, con la savia celestial de su gracia y de su amor. Finalmente, el monte de las Olivas á donde Jesús se dirige á ocultarse de las miradas de todos y sufrir allí los primeros dolores, la primera agonía, es el mismo monte desde donde muy pronto, vencedor de la muerte, se elevará á los cielos cargado de troyos; para enseñarnos que debemos huir de la corrupción de Jerusalén, ó, en otros términos, renunciar á todo contacto con el mundo, atravesar el negro torrente de las tribulaciones, de los sacrificios, de las humillaciones y de todas las penas inseparables de una vida verdaderamente cristiana, y entrar con Jesucristo en el lugar del recogimiento, de la soledad y de la oración. Ved aquí el medio único; ved aquí el único camino; aprendámoslo bien para triunfar de la muerte y del pecado y entrar, en el ciclo que es el lugar á donde conduce.

Mas, ¿por qué el Salvador, que queria orar en la pendiente de la montaña, y sufrir allí los dolores de una agonía cruel, se dirigió á Gethsemani y entró en el huerto que habia en aquel lugar?

Si hubiera esperado á que hubiesen venido á apoderarse violentamente de él en público, hubiera oscurecido en cierto modo la brillante y solemne verdad de la espontaneidad de su muerte. Cuantas

veces quisieron prenderle los judíos antes del tiempo que el mismo había fijado, se evadió de sus pesquisas por medio de la fuga, ó se hizo invisible á sus ojos por medio de un milagro, porque su hora no había llegado todavía. Mas, hoy que ha llegado al fin esa hora por la que tanto ha suspirado, esa hora tan afortunada para nosotros, esa hora que el mismo había determinado en los consejos eternos de su Padre, Jesús sale espontáneamente al encuentro de la violencia que se le quiere hacer; y se retira á Gethsemani porque sabe que es un lugar muy conocido de Judas, y que su infiel discípulo lo encontrará allí con más facilidad.

Además, no siendo la pasión de Jesucristo un suplicio, sino un sacrificio, y el más grande, el más angusto y el más meritorio de todos los sacrificios, no era conveniente que la santa víctima destinada á un sacrificio tan santo, fuese aprehendida en un lugar profano. Por consiguiente, el Salvador no debía ser aprehendido en medio del día, en las plazas, ni en las calles públicas, ni en medio de la cena, sino durante la noche y en el huerto de las Olivas, es decir, á la hora de las oraciones y en el lugar donde el Hijo de Dios acostumbraba ir para tener sus coloquios con Dios su Padre, y que por lo mismo se había transformado en un verdadero santuario, en un verdadero templo de Dios.

En fin recordemos que Adán preparó en un huerto. Pues bien, en un huerto es también donde entra hoy Jesucristo, á fin de que sus padecimientos principien en un lugar semejante á aquel en que había tenido principio el pecado. Jesús entrando en Gethsemani es el nuevo Adán que va á expiar en un huerto con su obediencia la rebelión de que se hizo culpable el primer Adán en otro huerto. ¡Oh nuevo huerto! ¡oh nuevo paraíso! ¡Cuán diferente es tu aspecto del de el antiguo Edén! Allí el primer Adán disfrutó del reposo, de los goces, de las delicias y de las dulzuras de la vida; aquí el segundo Adán sólo experimenta combates, alliciones, tristezas, amarguras, angustias y agonía. Allí corrian rios de un agua clara y limpia; aquí solo se percibe un torrente humentado de la sangre que brota de las venas del Redentor. Allí un ángel apóstata fué el instigador á la rebelión y al pecado; aquí un ángel fiel viene á sostener la obediencia y el sacrificio. Allí la Majestad de Dios recibe un ultraje, y aquí recibe una satisfacción. Allí se cometió el pecado, aquí se reparó. En el Paraíso terrenal, la humanidad fué precipitada hacia su perdición; en el huerto de las Olivas se le hace volver á entrar en el camino de la salvación eterna. En el Edén, del seno de las flores y de los frutos, no salió otra cosa que las espinas de la maldición y del castigo; en Gethsemani, sobre las espinas mismas de la amargura y del dolor brotan

flores y frutos de méritos, de bendiciones, de gracias y de virtudes. Allí, en fin, nace la muerte á la sombra del árbol de la vida; aquí, en medio de un aparato de muerte, renace la esperanza de la resurrección y de la vida.

Cristianos, sigamos á Jesús al huerto, donde su corazón nos abre todos los tesoros que pueden santificar y atraer al nuestro. No perdamos en la moliente, ni en las enojosas vanidades del siglo, unos días que sólo se nos han concedido para que sigamos é imitemos á Jesucristo. El divino Redentor se dirige al huerto acompañado de sus discípulos; él mismo dirige sus pasos, él los instruye con sus palabras, los edifica con su ejemplo, los consuela y los sostiene con el espectáculo de sus penas; él los santifica ofreciéndose por ellos; él los asocia á sus oraciones de una manera especial, les aplica eficazmente el fruto de su sacrificio y de aquella sangre preciosa que vierte en presencia de ellos, y finalmente, con la virtud de su poder se hace su escudo y amparo contra el furor de los Judíos. Jesucristo, en una palabra, hace hoy que sus discípulos sean espectadores y compañeros de sus sufrimientos sobre el monte de las Olivas, adonde bien pronto los llamara para que sean compañeros y espectadores de su gloriosa ascensión. Apresuremos á confundirnos por medio de una santa unión con los apóstoles y discípulos, con todas las almas piadosas y fieles que caminan en pos del Salvador; fuera de cuya sociedad seríamos excluidos para siempre del eterno gozo cuya posesión ella sola puede asegurarnos. Para esto, esforcemos con un espíritu humilde y un corazón fiel el sublime y último precepto que Jesucristo nos da de recibir su fe y observar su santa ley; dirrijamos frecuentemente á Dios el himno del reconocimiento y del amor; huyamos del aire inficionado de Jerusalén; alejémonos de las asambleas profanas, de los espectáculos corruptores y de la sociedad de los impíos; bebamos de las negras aguas del arroyo Cedrón; aceptando con piadosa resignación las tribulaciones y la penitencia; atravesemos este torrente, sufriendo con fortaleza y constancia los desprecios del mundo por el amor de Jesucristo; retirémonos frecuentemente con él al huerto, es decir, al silencio de la meditación y de la oración. Todo se puede, todo se puede cuando se camina en pos de Jesucristo. Reunidos en el monte de las Olivas con el Salvador agonizando, participaremos de la unión de su gracia, y sostenidos por su propia fuerza, nos volveremos á encontrar más tarde sobre esta misma montaña, para participar del gozo de su gloriosa ascensión.

Sólo nos resta, hermanos míos, indagar los motivos por qué los evangelistas han querido conservarnos el nombre del lugar afortunado

do donde el Salvador fué á consagrar á la oración los últimos instantes de su vida. Este lugar, nos dicen, se llamaba *Gethsemani*, palabra hebrea, que significa *el valle del Aceite ó el molino de Aceitunas*. ¿Y qué importaba al mundo cristiano saber el nombre de este lugar, si no estuviere encerrado en este nombre un misterio? Para comprender este misterio, procuremos recordar la historia de aquella pobre viuda de quien se habla en el libro cuarto de los Reyes. Reducida á la última indigencia y á la imposibilidad absoluta de pagar las deudas que su marido había dejado al morir, se veía amenazada de ver á un acreedor inhumano arrebatarle sus hijos y conducirlos á la esclavitud. El profeta Eliseo, compadecido de la suerte de esta madre desolada, se presenta en su casa, y multiplica milagrosamente el poco aceite que le quedaba, de tal modo que ella puede satisfacer á todos sus acreedores con el producto de la parte que vende, y reservar lo bastante para subsistir ella y sus hijos. Pues bien, esta historia es una figura y una profecía del misterio de Gethsemani, cuya explicación nos da ella misma. En efecto, la viuda de Samaria representa á la humanidad entera, á quien la muerte espiritual de Adán, su cabeza y su esposo, había reducido á la última indigencia. Ella no tenía con qué pagar la deuda contraída por su prevaricación, y veía sus propios hijos expuestos á ser eternamente esclavos desgraciados del demonio. Entonces Jesucristo, verdadero Eliseo, pues que la palabra *Eliseo* significa *Dios Salvador*, se movió á compasión por esta desgraciada familia; bajó á la tierra; habitó con la pobre humanidad, y derramó y multiplicó en ella el aceite de su misericordia y de su sangre. Por medio de este precioso licor hemos reunido nosotros, mortales infortunados, la suma necesaria para pagar todas nuestras deudas, para librarnos de la esclavitud del demonio, para vivir la vida de la gracia y revestirnos de la inmortalidad. Y como Jesucristo ha cumplido esta obra de su amor infinito por medio de su pasión, eligió para dar principio á ella el huerto de Gethsemani, ó *el valle del Aceite*, á fin de que el nombre mismo del lugar nos instruyese del misterio que obra en él.

Esta es la causa por qué había anunciado David que el Mesías ó el unguento del Señor sería cubierto del óleo misterioso de la alegría, á causa de la verdad de su enseñanza, de la dulzura que él mostraría en sus sufrimientos, de la justicia que haría brillar en sus juicios, de su amor á la virtud y su odio al vicio. Mas, Jesucristo no tenía necesidad de esta unción como hijo de Dios; él la recibe pues como hijo del hombre, como cabeza y representante de la humanidad, para derramarla sobre todos los hombres. En el huerto de Gethsemani fué

donde Jesucristo principió á comunicarnos este óleo divino. Allí fué donde se hizo verdaderamente nuestro *Cristo* ó nuestro *ungido*; allí fué donde derramó sobre nosotros á manos llenas el óleo de su misericordia para hacernos renacer á la alegría, y el óleo de su virtud para darnos la fuerza suficiente para pelear, á ejemplo suyo, con el demonio y vencerle.

Mas, así como el aceite multiplicado por Eliseo no se vertía sino en los vasos que le eran presentados por la viuda, del mismo modo el sangre de Jesucristo no es recogida sino por las almas que la Iglesia le presenta después de haberlas purificado; y estas almas son las que escuchan las palabras de la Iglesia, profesan su fe y participan de sus sacramentos.

Eliseo pedía sin cesar á la viuda otros vasos para llenarlos de su aceite milagroso, y de este mismo modo es como Jesucristo, que desea colmarnos de sus gracias, mucho más que nosotros mismos deseamos recibir las, pide continuamente á su Iglesia nuevas almas para derramar en ellas el óleo de su misericordia, y la Iglesia se esfuerza en buscar estos vasos preciosos. Con este objeto envía sus misioneros á los países idólatras y herejes, y aun en los mismos países católicos manda á sus ministros que exhorten en su nombre á los fieles á que abran sus corazones para que el verdadero Eliseo pueda llenarlos de los dones de su amor. El óleo del profeta no cesó de correr hasta tanto que la viuda no tuvo vaso alguno que presentarle. Lo mismo sucede á la bondad de Dios; jamás es ella la que nos falta; los corazones de los hombres son los que rehusan aprovecharse de la misma. ¡Ay! Temblemos por nosotros; porque el Señor, como el mismo nos ha amenazado, irritado justamente de haber esperado en vano por largo tiempo á nuestro corazón para derramar en él su gracia, detendrá el curso de este raudal precioso. Lo mismo que las vírgenes necias del Evangelio, desearemos á la hora de la muerte proporcionarnos el óleo de su misericordia; mas no encontraremos entonces quien nos lo quiera dar.

Así pues, hoy que este manantial precioso de la misericordia de Dios se abre para derramarse sobre nosotros, renunciemos á nuestros vicios, purifiquemos nuestros corazones de los gustos profanos con las lágrimas de la penitencia, y recojamos en ellos la gracia que corre tan abundantemente de la pasión de Jesucristo, á fin de que, si somos en este momento vasos de cólera para Dios, en el momento de ser rotos por la muerte, nos hagamos vasos de elección, vasos de honor y de gloria, dignos de las complacencias, del amor y de la eterna sociedad del Señor. Así sea.

LA AGONÍA DE JESÚS EN EL HUERTO

DE GETHSEMANÍ



Llegada era ya la hora, hermanos míos, y sólo faltaba que Jesucristo padeciera y muriera por nosotros. Acaba de instituir el adorable sacrificio de su Cuerpo y Sangre; había dictado a sus amados discípulos su última voluntad en un testamento de amor. Pasa el torrente Cedrón, sube al monte Olivete, y allí en el huerto de Gethsemaní despide a sus apóstoles, diciéndoles: «Asentaos, mientras yo me retiro allí a un lado para orar.» Toma consigo solamente a Pedro, Juan, Santiago, es decir, a los mismos que había escogido para ser testigos de su Transfiguración en el Tabor; ahora, en situación por cierto muy diferente, les dice: «Triste está mi alma hasta la muerte; esperad; sostened conmigo la lucha; velad conmigo y orad, no sea caigáis en la tentación.»

Aléjase como cosa de un tiro de piedra, postrase pegando su rostro a tierra, y orando a Dios, le dice: «Oh Padre mío! si me amais, alejad este cáliz de mí; sin embargo, hágase vuestra voluntad, no la mía.» Y reducido a la más cruel agonía, repetía esta misma oración. Levántase, marcha hacia sus discípulos, a los que se complace llamar sus amigos; hallálos empero dormidos, y como ahatidos por la tristeza. Dijo entonces a Pedro: «¿Simón, duermes? ¡Ni aun si quiera habéis podido velar conmigo una sola hora! Velad y orad para no entrar en la tentación; porque si el espíritu parece estar pronto, la carne empero es muy flaca.» Retírase otra vez, repitiendo las mismas palabras, tan sentimentales como llenas de majestuoso misterio: «Padre, todo es posible; alejad de mí este cáliz; sin embargo, suceda todo en mí, según vuestra voluntad, no según la mía.»

Vuelve segunda vez a sus discípulos, encuéntralos también dormidos, y los deja. Torna a orar por tercera vez, y por tercera vez repite a su Padre la misma súplica: «Alejad este cáliz,» renovando igualmente el mismo acto de conformidad é inmolación para cumplir su voluntad. Levántase en fin, vuelve a sus discípulos, que dormían aún, mientras que él había estado padeciendo tres horas de una agonía y unos padecimientos tan atroces, que sólo podía conocer su divino entendimiento. Pero ahora les dice: «Dormid ya y descansad; ved que la hora ha llegado ya, y como se acerca el que me ha de vender; levantaos.»

Amados hermanos míos, vamos a contemplar juntos por ciertos momentos esta parte del relato evangélico. Reunidos en este santo lugar, trataremos de escudriñar, en medio del recogimiento de la oración, con la majestuosa sencillez de la palabra evangélica, las graves y preciosas lecciones que nos ha dejado escritas el sagrado historiador. Hoy, en presencia de este huerto y de este monte, tan dignos de nuestras más profundas admiraciones, por haber sido teatro de la divina agonía, me propongo, con la gracia del Señor, considerar en esta actitud del mayor padecimiento y del mayor dolor que conociera el universo la valentía de la fuerza de Jesucristo, porque en esta circunstancia se muestra muy particularmente su corazón, esto es, el corazón de un héroe divino. Veréis, hermanos míos, la fuerza de un Salvador en medio de esa apariencia de flaqueza; y en esa agonía cruel observaréis cuál ha sido su oración, para enseñarnos sobre todo que en ella sola encontramos nuestra fuerza y salvación. Hablaremos, pues, del valor en la oración, y de la energía en su perseverancia, pues que ambas cosas son menester en alto grado para rogar a todo un Dios. Jesús, hecho presa del más profundo abatimiento; ruega; Jesús, constituido en un estado de la más completa abnegación, y en medio del acto de la inmolación más entera, ruega; Jesús, en fin, reducido a la agonía más cruel, prolonga, extiende, hace más intensa su oración. Tales son los principales caracteres que presenta la sagrada escena del huerto de Gethsemaní; y estos mismos caracteres serán el objeto de nuestra común meditación. ¡Oh María, amantísima Madre! alcanzadnos el deseo de la oración, la perseverancia en la oración; obtenednos, en fin, la fuerza de seguir al Salvador divino hasta la agonía en el misterioso Olivete. *Ave María.*

Jesús, hermanos míos, se ve sumido en una suma tristeza y abatimiento. Aquel, cuyas palabras son la verdad misma, decía a sus

apóstoles: «Triste se halla mi alma hasta la muerte.» Es como si dijera: «si no retuviera yo la vida, si no la impidiera escapármeme, me causara la muerte de mi cuerpo en este mismo instante el vivísimo dolor que experimento.» Y en efecto, nos lo representa el relato evangélico, como abandonado al temor, al abatimiento más profundo, á la pena, á la tristeza, al más vivo dolor. ¿No lo veis en medio de las tinieblas, solo, en un sitio retirado, postrado? ¡Ah! aunque en apariencia sin fuerzas, ruega, sin embargo, con profundísima oración. Pero he aquí que se le representan ante sus ojos todos los motivos de dolor que habían de dar muerte á su corazón. ¡Ah, hermanos míos! el mundo, los siglos todos se descubren y desarrollan ante sus ojos de una manera más aguda y penetrante que la misma muerte en presencia de Dios, su Padre, ante el tremendo tribunal de su justicia, y cargado él con las iniquidades del mundo, habiéndose revestido de todas nuestras flaquezas, de todas nuestras debilidades, cargado, en fin, con todo el peso de nuestras deudas. Está viendo nuestro divino Salvador en ese espantoso y tremendo cuadro toda la maldicia, toda la ingratitud, toda la abominación que cubre el universo entero; postrase, pega su rostro al polvo, ora, y conocéis bien por qué dice entonces á vista de un espectáculo que le parte el corazón: «Que este cáliz se aleje de mí.»

Y no se crea, hermanos míos, que aunque Jesús haya querido entregar su humanidad santa á todas las impresiones del temor y de la tristeza, se aliija y se desconsuela al considerar los dolores y males que le agobian en extremo. A pesar de sentir en toda su viveza esa repugnancia y esos horrores en la cercanía de su muerte, porque así lo ha querido, son sin embargo las iniquidades de la tierra, nuestros pecados y nuestros propios males los que le agobian, y como que le abruman en tan gran manera. ¡Ah! Él ha ido contando y pasando en revista vuestros años, vuestros días, todos vuestros instantes. ¡Oh! hombres que me escucháis, él va recorriendo entonces toda la carrera de vuestra vida: él sube desde vuestra tierna infancia hasta la edad más avanzada, si es que habéis llegado á ella; él va pasando todos los eslabones de la cadena de vuestros días desde la vejez hasta la juventud; y en seguida, como si cada uno de vosotros estuviese solo en el mundo, vosotras, almas que le habéis ofendido, él se aliija y se desconsuela por cada una de vosotras. ¿Y por qué? ¿cuál es el misterio de esta tristeza, y por qué, pues, Jesucristo se ha sumergido en un mar de amarguras? ¡Ah, hermanos míos! porque Jesucristo conoce perfectísimamente lo que es debido á Dios. Y á este conocimiento tan perfecto de lo que exigen la grandeza y la justicia de

Dios, se unia en él un conocimiento no menos evidente y agudo de nuestra naturaleza y de la gravedad del pecado, cosas que nosotros no conocemos bien. Jesucristo pone ambos extremos de su conocimiento divino en parangón, en paralelo; cotejales. Compara los ultrajes del hombre con la grandeza y justicia de Dios. Ahora bien; cuando Jesús, iluminado por la misma luz divina, en presencia de la conciencia y de la justicia divina, pesa una y otra en la balanza, cuando ve este torrente de gracias que ha inundado el mundo todo; cuando tiende su vista desde el beneficio de la Creación hasta el de la Redención; cuando ve que todo cuanto Dios dió con divina prodigalidad á su pueblo y á la humanidad entera, se une á honra y gloria suya, para daries el brio, la fuerza, el aliento de la fidelidad; cuando ve, en fin, que no ha sido pagado sino con ingratitudes; entonces, saturado de amargura, y viéndose vendido por una traición no interrumpida, y desconocido por una continua infidelidad, Jesús se aliija, se desconsuela.

Pero entretanto, hermanos míos, ora, ora sin cesar: «Aleja este cáliz de mí, Señor, si es posible.» ¡Oh, católicos! ¡Y cuán lleno de ultrajes y amarguras se ve el dulce, el amoroso Jesús! ¡Y cuán agudo es el dolor en que su alma se halla profundamente sumergida! Y, sin embargo, se abisma en la oración más preferente. Hermanos míos, es cierto que Jesús ha pedido que se aleje de él el cáliz; pero también pide que ante todo se cumpla la voluntad de Dios; y podéis notar también que en su oración, en su dolor y en su tristeza, si llora, si se desconsuela, no es por sí mismo, no es por vosotros mismos, por la humanidad entera; y así os es muy fácil penetrar todo el sentido de esta palabra divina: «hágase tu voluntad.» ¡Ah! sin duda alguna al cumplir la ley del sacrificio, él acepta el dolor, la agonía y la muerte; pero lo que entonces pide, en medio del desconsuelo y del dolor de la agonía la más cruel de su alma, es vuestra salvación, es vuestro perdón, amados hermanos míos. En presencia de vuestras iniquidades, á la vista de vuestros crímenes, no oiréis, no, salir de su boca ninguna palabra de ira, de justicia; él ruega humildemente y conjura: Que vuestra voluntad, ¡oh Dios y Padre mío! se cumpla; sed bendito, Padre; establezcase en la tierra entera vuestro reinado: estas almas que os han ofendido son más bien flacas que criminales; perdonadlas, Señor. Si; mi alma está triste hasta la muerte, cuando yo veo y considero todo lo que os es debido, ¡qué recompensa y qué justicia habían de subir hasta vuestro trono, como un homenaje, como un incienso de suave olor! Señor, Señor, estas almas extraviadas son vuestros propios hijos, son mis hermanos; yo voy á

dar por ellos mi vida, y á derramar mi sangre; perdonadlos, y cúmplase así su salvación.

¡Ved, hermanos míos, el sentido de las palabras de nuestro Señor Jesucristo; y así es como en esta tristeza misma, que es una preparación para hacernos entrar en nosotros mismos, á fin de que concibamos un verdadero dolor de nuestros pecados; en esta tristeza, digo, encontramos el apoyo, la confianza, la dicha, el consuelo de la oración de nuestro Dios, y la inteligencia de su amor y de su perdón, infinitos uno y otro. Jesús ha interrumpido su oración por tres veces, é ido hacia sus discípulos, como en ademán de buscar en ellos algún alivio para sus crueles angustias. Parece querer indicarnos con esto nuestro Salvador que podemos buscar á su tiempo algún consuelo en derredor de nosotros. Tenia él discípulos y amigos; habiales encomendado reiteradamente rogasen y velasen con él; y, sin embargo, los encuentra dormidos. Se ve, pues, solo, enteramente solo en la oración, y como abandonado de su Padre. Este parecia haber cerrado el cielo de las bendiciones en torno de él, y el cielo parece ser para él de bronce. Entonces es enviado un ángel, aparécesele; mas no para consolarle, sino para confortarlo. Así, pues, amados hermanos míos, en medio de esta borrasca que de todos lados nos coge, en lo más acerbo de estas luchas, respecto á la santificación y salvación de nuestras almas, abandonados á la tristeza, y como sumidos en un piélago de agudos dolores, podemos muy bien buscar entre amigos, cristianos y fieles algún consuelo, algún apoyo; pero ved la lección y refrenella. Es necesario recurrir siempre á la oración.

Por otra parte, decidme, pues que lo sabéis muy bien, ¿es por ventura siempre fiel el apoyo de la amistad humana? ¿No habeis experimentado harto frecuentemente el abandono y desamparo al rededor de vosotros? ¿No es verdad que en los días de vuestra prosperidad y alegría os habeis visto rodeados y festejados de muchos, y que, por el contrario, en el día de vuestra pena, de vuestra adversidad, en el día de vuestra tristeza y dolor, habeis visto separarse de vosotros tal vez vuestros más íntimos amigos? Pero os quedaba Dios, y por consiguiente, podiais acudir siempre al solo, al eficaz remedio de la oración. En ciertos momentos y circunstancias, el recuerdo de lo pasado, las solicitudes de lo presente, las aprensiones de lo porvenir, vienen á veces á cargar sobre un alma un peso insoportable.—Es difícil orar.—Convengo en ello; y por esta razón he venido á predicaros sobre el valor y la fuerza de la oración. Y bien, tristes, agobiados, flacos, débiles, hechos el blanco de agitaciones interiores, atormentados, en fin, de todos modos por el enemigo, ¡ah, hermanos míos! ¡oh, almas

cristianas! recurrid á la oración, postraos como Jesús en el huerto de Getsemani, rogad, rogad, y repetid la misma oración: «Señor, aléjese de mi este cáliz; no permitáis, Señor, estas caídas que me desconsuelan y desaniman, este desamparo y abandono que crucifica á mi corazón; no puedo hacer frente á tantos combates: sin embargo, hágase vuestra voluntad, no la mía.» Entonces, amados hermanos míos, os sentiréis fuertes y animosos: entonces tendréis el secreto de este heroísmo divino del Salvador, que tan penosamente luchó en el huerto de Getsemani. Sin embargo, va á subir muy en breve al Calvario y á comenzar su sacrificio.

Por esta razón Jesucristo nos ha querido dar esta lección de valor y de fuerza en la oración, y si él ruega, es cabalmente en tiempo que su Padre le pide, le exige, por los pecados del mundo, una inmolación entera de su ser (en cuanto hombre), de su vida, de su voluntad; porque esto quiere significar en efecto esta frase de su oración: «cúmplase, Padre mio, tu voluntad; no la mía; suceda lo que quiera, que en todo se haga como vos lo queréis, no como yo quiero.» Por lo demás, sabéis muy bien que el Hombre-Dios, nuestro divino Salvador, no sufría violencia, fuerza ni poder extraño: conocia muy claramente desde el primer instante de su vida mortal, y lo conocia muy profundamente en su alma, todo lo que le estaba aguardando. Así es que San Pablo lo representa á la entrada de esta vida como teniendo que escoger entre el gozo y los tormentos de la cruz, escogiendo la cruz y llevándola animoso. Jesús lo sabia, pues, todo; lo habia dicho frecuentemente á sus discípulos, y acababa de anunciárselo de nuevo, diciéndoles: «Llegada es ya la hora, y el Hijo del hombre será puesto en manos de los pecadores para ser crucificado.» Habiales prevenido, para que no fuesen sorprendidos y se escandalizasen de su Pasión. Iba, pues, al encuentro mismo del sacrificio que habia libremente aceptado, y que decretado tenia el mismo de antemano.

Jesús, sujetándose por su propia voluntad al temor, á la pena, al horror de la muerte, contempla á ésta en toda su amargura, en toda su crueldad; quiere en su santa humanidad que no descienda nada en este momento de la divinidad que le está íntimamente unida. Es una humanidad débil, flaca, sensible, blanco de todas las ansias, de todas las repugnancias, de todos los horrores que podemos nosotros concebir; exenta, sin embargo, de toda imperfección y sombra de pecado, y aqui mismo, amados hermanos míos, encontramos de nuevo la grandeza, la fuerza, el valor del héroe divino. Jesucristo va á orar; ruega, hace oración, la prolonga en medio de las angustias y terrores; y ved, hermanos míos, la lección y ejemplo que nos da de

valor y aliento. Es muy cierto, católicos, que hay circunstancias en la vida, en que Dios pide y exige un sacrificio cruel; hay aficiones de corazón que es preciso arrancar de cuajo: preciso es que se cumpla la voluntad de Dios. ¡Ah! si en tan oportuno instante sabéis volver á encontrar el asilo y el lenguaje de la oración; si entonces os postráis ante el acatamiento del Señor; si abismados y confundidos en vuestra propia flaqueza, sabéis orar entonces para pedir lo que de vosotros mismos no queréis hacer, lo que no sabéis hacer; si, hechos el blanco de pasiones violentas, en lucha contra inclinaciones que os tiranizan, fastidiados por las decepciones y engaños de una vida esencialmente falaz, fatigados por las tristeszas de una existencia miserable; si entonces, en el golfo de tan encontradas contradicciones, perseveráis orando; si continuáis en esta actitud para que se os abra la puerta del cielo, para conjurar al Señor os oiga á pesar de vosotros mismos, contra vosotros mismos, ¡oh hermanos míos muy amados! ¡seáis benditos una y mil veces! esa es cabal y precisamente la lección que Cristo os da.

El quiso padecer en sí mismo y en toda su viveza estáis repugnancias; ved su agonía, en aquella misma actitud está; esos mismos é idénticos son los sacrificios que no queréis hacer, porque os halláis sumergidos en lo más hondo de las fluctuaciones de vuestra alma. ¡Ah, hermanos míos! vosotros padecéis así con exceso porque ó no sabéis ó no queréis orar.—Es muy difícil.—Convengo en ello. Menester es un aliento extraordinario, un gran valor para orar; ¡oh! si; un gran valor; pero en eso está nuestra fuerza. Dejad muy á lo lejos el humano orgullo que cree hallar en sí mismo la fuerza, el valor. Y bien, en la escuela de Getsemani, y oyendo la oración del Salvador agonizante, yo he comprendido cuales son la dignidad, la fuerza, el ánimo del hombre en las necesidades y tormentos de esta vida, en presencia de las amenazas de un fatídico porvenir y de las luchas de un presente sin consistencia. ¿Seríamos tal vez tentados de considerar cual testimonio de flaqueza la acción de un hombre que se postra y hace oración?

Estaba Jesús reducido á la agonía, hecho el blanco de los mas atroces dolores; bañaba su rostro y humedecía sus vestiduras un copioso sudor de sangre. ¡Ah! contemplad á vuestro Salvador; ved allí la sangre de la Redención, la sangre del dolor, la sangre de la penitencia y arrepentimiento. Ese es, pues, hermanos míos, el dolor que ha de consolaros y bendeciros; mas permitidme haga todavía un reparo. Pero ¿en dónde está, en dónde se ve aquí la fuerza y el valor? ¿Y qué lección es ésta que nos da Jesucristo mismo? Hermanos míos,

Jesucristo reducido á la agonía prolongaba su oración. ¡Ah! se levantó, no solamente durante la primera hora, sino aun después de concluida; va á sus discípulos que encuentra dormidos; se postra, y ora postrado, y eso una hora entera además; encuentra á sus discípulos, á sus amigos que todavía estaban sumidos en la tristeza y cogidos del sueño; vuelve á la tercera hora; arránsase de un torrente de lágrimas sus ojos, sumérgese en un piélago de angustias, amarguras y tormentos, cargando con todas las iniquidades del mundo, llorando nuestras faltas y flaquezas. Y bien: ¿qué hace en tal coyuntura? ¿dónde está su fuerza? ¿en dónde su victoria? ¿en dónde su sacrificio para rescatar el mundo? En la oración.

¡Oh! prolongad vuestra oración, si; olvidad todas las solicitudes, aun hasta los deberes mismos por un momento; olvidad las penas, los cuidados, las necesidades, los acontecimientos públicos y privados; olvidadlo todo, y rezad, rezad; alargad vuestro rezo por más que estuviereis en el padecimiento y la agonía. Orad, orad; sabed orar, y no os canséis de repetir la palabra de nuestro Salvador: «Señor, Señor, que vuestra voluntad se cumpla, y no la mía.» «¿Cuán dichoso sería yo, hermanos míos, si al salir de este sagrado recinto, cada uno de vosotros, después de haber escuchado mi humilde palabra, encontrase en el seno de su hogar doméstico el consuelo, la luz y la paz; si después de haber abandonado tal vez, por algún tiempo el camino de la oración, supiereis volverla á tomar con valor unos y otros! ¡Oh fuerza de la oración, manantial fecundo de resoluciones generosas, de esfuerzos heroicos y de espléndidos triunfos! ¡Oh valor de la oración, fuerza y magnanimidad de la oración, secreto muy poco conocido del mundo entre los hijos de los hombres! ¿cuánta necesidad tenemos de ti! ¡Oh corazón de Jesús, nuestro divino Salvador, agonizante en el huerto de Getsemani! ¡Oh corazón inmaculado de su santísima Madre! dadnos esta fuerza, este brío, esta energía; otorgadnosos en este santo tiempo, en la hora en que Dios quiere que hagamos suspender quizá el rayo de su ira y de su justicia; dadnos ese celo, ese rendimiento afectuoso y esa constancia en la oración, á fin de obtener la fuerza para perseverar hasta el fin de la vida y ser benditos á la hora de la muerte. Amén.

EL SUDOR DE SANGRE



Si enim sanguis taurorum, et cinis vitulae aspersus, inquinatos sanctificat ad conseruationem carnis, quanto magis sanguis Christi... emundabit conscientiam nostram ab operibus mortuis ut seruiamus Deo recte!

Porque si la sangre de los toros, y la aspersión del agua mezclada con la ceniza de una becerro, santifican á los inmundos, purificando su carne; cuánto más la sangre de Cristo purificará nuestra conciencia de las obras muertas, para hacernos tributar un culto verdadero al Dios vivo?

(HEBR. IX, 13, 14.)

El Salvador había dicho, hermanos míos, en cierta ocasión á sus apóstoles: Un bautismo de un género absolutamente nuevo, un bautismo de sangre me está reservado, y ¡cuán vivo é impaciente es el deseo que tengo de recibirlo! Esta profecía se cumplió literalmente en el huerto de las Olivas. En efecto, según refiere San Lucas, después de la agonía que había sufrido, un sudor de sangre manó de su sagrado cuerpo, y con una abundancia tal, que no solo el mismo Jesús fué todo bañado y como bautizado en su propia sangre, sino que la tierra fué regada en torno de él.

Y bien: ¿cuál fué la causa, cual fué el fin de este extraordinario y maravilloso sudor? Algunos autores piensan que fué un efecto de la ansiedad violenta que el Señor experimentó á vista de sus tormentos. Sus profundas angustias, su espantoso terror, dicen, contraían todas las venas y el corazón mismo, y de tal modo las hacían incapaces de contener la sangre, que ella se abría paso al través de los poros, y manaba por todas las partes de un cuerpo tan delicado como puro.

Mas esta explicación de uno de los más estupendos milagros que el Salvador obró en sí mismo, no parece la más conforme á la dignidad de la persona del Redentor, á la generosidad de sus sentimien-

tos y á la exceléncia de su sacrificio. En efecto; no sólo no hubo jamás en Jesucristo lucha alguna interior entre el espíritu y la carne, entre la voluntad divina y la voluntad humana, sino que ni aun experimentó de una manera marcada repugnancia alguna á sufrir; no puede, pues, admitirse en él una repugnancia tan fuerte y profunda, suficiente para extraerle la sangre de las venas. Además, si el Redentor no se hubiera sometido á beber el caliz amargo de sus penas sino después de haber estado en agonía hasta derramar sangre, si no se hubiera resignado á ello sino con una obediencia forzada y violenta, si hubiera manifestado una voluntad contraria á la de su Padre, si él no hubiera sucumbido sino á una necesidad inevitable, no sería verdad lo que dice San Pablo, que Jesucristo, considerando con un gozo santo el fruto de su muerte, despreció la vergüenza y el dolor y voló apresuradamente al encuentro de su cruz. No sería cierta esta otra reflexión de San Pablo; á saber, que nosotros hemos sido santificados y rescatados por el ardor y la generosidad con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros á su Padre. ¡No, no! exclama el venerable Beda con la generalidad de los Padres de la Iglesia, esta efusión de sangre del Redentor no fué el resultado de la debilidad del hombre, fué un prodigio de la omnipoténcia de Dios; pues por más que digan ciertos autores, sudar sangre por todas partes del cuerpo es un fenómeno contra la naturaleza.

¿Cuáles fueron, pues, los motivos y los misterios de este sudor milagrosamente sangriento? Yo los voy á indicar, con la ayuda de las luces de la Escritura y de los santos Padres. *Ave María.*

Entre los sacrificios que el mismo Dios había prescrito en la ley antigua, el holocausto ocupaba el primer lugar. Se inmolaba una víctima muy pura, que era ofrecida y consumida toda entera en honor de Dios, en reconocimiento de su majestad suprema y del alto dominio que ejerce sobre la vida y la muerte de todos los seres. Por esta razón se llamaba el sacrificio por exceléncia; éste era el más agradable á Dios y cuyo olor le era el más suave.

Ved aquí, pues, el primer motivo del sudor de sangre que Jesús experimentó en Getsemani; éste fué el deseo, dice Santo Tomás, de ofrecer á su Eterno Padre en nuestro nombre un holocausto perfecto, en el que la víctima toda entera fué consumida por las llamas de la caridad divina, en vez de serlo por el fuego material.

Efectivamente, nuestro Salvador había anunciado muchas veces que un día daría su vida voluntariamente, para volverla á tomar muy pronto. Había declarado también por boca de David que su sacrificio

sería voluntario, y que esta circunstancia formaría toda su excelencia y todo su mérito. Sin embargo, ¿cómo podía cumplirse este sacrificio de una manera sangrienta sin que la injusticia y la violencia tomaran parte en él? Y tomando parte en él la violencia y la injusticia, ¿cómo podía ser mirado como enteramente puro y voluntario? Pues bien, estas dos condiciones que parece que se excluyen mutuamente, se encontraron admirablemente unidas en el huerfano de las Olivas, donde se ofreció un sacrificio sangriento sin el concurso de la violencia. Allí no hubo tormentos ni golpes; ninguna herida, ninguna causa exterior obliga a la sangre a salir de las venas. Ni la traición de Judas, ni la injusticia de Pilatos, ni el odio de los judíos, ni la crueldad de los gentiles tuvieron en ello parte alguna.

Ningún crimen deshonoró, ni aun en apariencia, un sacrificio tan grande. Ninguna infamia mancha una acción tan pura. Ningún sentimiento perverso viene a ofuscar a nuestros ojos la generosidad con que Jesucristo se inmola. Ninguna boca profana insulta aquí su amor como sucedió en el Calvario, y no puede atribuirse a la violencia ni a la fuerza lo que es un efecto de su bondad infinita. Aquí, Jesucristo, verdadero pontífice, no tiene necesidad ni de ministros ni de servidores para cumplir su sacrificio, pues él se basta a sí mismo. Porque siendo a la vez sacerdote, altar y víctima de su sacrificio, abre el mismo por su propia voluntad sus venas sagradas, y deja salir libremente la sangre y la vida, de manera que sólo su omnipotencia es capaz de detener la muerte: *Tristis est anima mea usque ad mortem.*

Este es, pues, un sacrificio completo por la entera destrucción de la víctima: es asimismo el más angusto de los sacrificios, porque el cuebillito que degüella esta víctima es su obediencia, el altar sobre que se ofrece es su santidad, y el fuego que la consume no es otro que el de su amor. Así como la tierra mejor es la que produce en abundancia flores y frutos sin ser hendida por la reja del arado y sin tener necesidad de cultivo alguno; así como la fuente más pura es la que derrama por sí misma el agua clara, sin necesidad del trabajo del hombre; así como la uva más exquisita es aquella de que destila un dulce licor aun antes de ser pisada en el lagar; así también la parte más noble del sacrificio de Jesucristo en su Pasión es al parecer la que se cumplió en el Huerto. Allí su cuerpo adorable, sin haber sido labrado aún por los azotes, sin haber sido herido por los clavos, ni por la lanza, sin haber sido prensado sobre la cruz, derrama espontáneamente su divina sangre para el alimento, el consuelo y la salvación del hombre. ¡Oh amable Redentor! Me parece que os oigo

exclamar entonces: «Mi sangre es exigida, es necesaria; el cielo y la tierra, Dios y los hombres tienen sed de esta sangre. ¡Pues bien! Vedla ahí, yo la derramo por los que la reclaman.» ¡Oh puro y sublime holocausto, que hace abolir y olvidar todos los holocaustos antiguos que sólo había prescrito y aceptado Dios en otro tiempo, porque eran la figura simbólica de éste! ¡Oh puro y sublime holocausto! ¡Cómo desde el fondo del valle de Getsemani hace subir su suave perfume hasta el trono del Eterno! ¡Cómo serena su semblante irritado! ¡Cómo forma las delicias de su corazón!

San Pablo exclama que en este holocausto se ofreció Jesucristo por nosotros y en nuestro nombre a Dios su padre como una víctima de una suavidad infinita.

Ved aquí, pues, cómo la humanidad entera ofrece a Dios, en la persona de Jesucristo y por Jesucristo, un holocausto de una excelencia y de un mérito infinito, porque divina es la víctima que se inmola, y divino el sacerdote que la presenta. De este modo recibe Dios de parte de los hombres, en este misterioso instante, un culto perfecto y digno de él, y la Esencia infinita es honrada cuanto puede serlo.

A decir verdad, Jesús nos había ya dejado adivinar sus generosas intenciones y revelado este misterio de bondad y de misericordia por la humilde actitud que tomó desde el principio de su oración. Al inclinarse profundamente con el rostro en la tierra, nos dió á entender evidentemente, dice A. Lapié, que había consentido en llevar la inmensa carga de nuestros pecados, y que en este momento se veía obligado á encorvarse hasta la tierra, como abatido y casi aplastado bajo este enorme peso. Por otra parte, continúa el mismo intérprete, Jesucristo en esta actitud es nuestro amable Redentor que, por nosotros, se presenta ante su Padre como un culpable arrepentido que viene á someterse al castigo que ha merecido, y que parece que le dice al mismo tiempo: Vedme aquí, Padre mío, yo me entrego á Vos por los hombres; yo me ofrezco á sufrir solo toda la pena en que ellos han incurrido. Desde este momento entrego mi cuerpo para que sea desgarrado por los azotes; mi cabeza para que sea ceñida con una dolorosa corona; yo presento mis manos y mis pies á los clavos y todo mi cuerpo á la cruz. No azotéis, Padre mío, más que á mí solo; no coronéis de espinas, ni clavéis en la cruz más que á mí solo; perdonad á los hombres y volvedles vuestra amistad.

Mas, ¿por qué junta Jesús á esta súplica una contrición profunda y un sudor de sangre? Para comprender esto, observemos que, según las palabras del mismo Salvador en el Evangelio, el pecado se forma en el corazón antes de que se consuma por la acción exterior. Por

mejor decir, no consiste, hablando con propiedad, observa el Doctor angélico, en la materialidad del acto, sino en la determinación de la voluntad. Por esta razón continúa el mismo Santo, antes de que el pecador ofrezca a Dios el sacrificio de su cuerpo por medio de la satisfacción, debe ofrecerle por la contrición el sacrificio de su corazón; porque el dolor voluntario del pecado con que se ha manchado es la primera condición indispensable al pecador para que pueda obtener su perdón y reconciliarse con Dios, y ella es la que constituye esencialmente la penitencia verdadera. Ved aquí, pues, prosigue Santo Tomás, la causa primera del dolor interior que Jesús sintió entonces; el mismo que concibió y experimentó la contrición por todos los pecados del género humano, supuesto que se había encargado de expiarlos, y el sudor de sangre que se esparció en abundancia sobre todo su cuerpo sagrado, fue, dice San Bernardo, el terrible efecto de esta profunda contrición que destruía su corazón.

¿Cuánta magnificencia hay en esta interpretación del sudor sangriento de Jesús, y cuán digna es de su augusto misterio! Ella ordena de una manera admirable los misterios de Pasión, y nos hace conocer toda su economía. Procuremos sin embargo ampliarla algo más. El pecado, observa Santo Tomás, tiene algo de infinito, si se considera con relación a la majestad infinita de Dios, contra la cual se subleva. ¿Mas, cuál es el hombre que comprende todo el mal que ha hecho a Dios y a sí mismo al cometer el pecado?... ¿Y quién pueda detestarlo con la viva contrición con que merece ser detestado?

¡Ah! El dolor de David, de Pedro, de la Magdalena y de otra multitud de santos modelos de contrición sincera, de verdadera penitencia, estuvo muy lejos de llegar a la altura de la malicia del pecado. Por consiguiente, así como las adoraciones de un Hombre-Dios son las únicas que podían tributar a Dios el culto que le es debido, así como los sufrimientos de un Hombre-Dios son los únicos que podían satisfacer por el castigo del pecado, del mismo modo también la contrición de un Hombre-Dios es la única que podía detestar y llorar dignamente la malicia del pecado.

En efecto, si pudiésemos tener, hermanos míos, de la grandeza y majestad de Dios el conocimiento perfecto que tenía el Redentor, si el terror de la justicia divina produjese en nosotros la impresión que debiera producir, no hay duda que nuestro semblante se cubriría de confusión; un terrible espanto, una consternación profunda abatiría nuestro espíritu; el dolor más agudo y más intenso destruiría nuestro corazón; un frío glacial, un temblor convulsivo agitaría nuestros miembros; un terror mortal se apoderaría de nuestras personas; nos

otros sentiríamos también abrirse nuestras venas, y no sólo sudaríamos sangre como Jesús, sino que moriríamos de angustia en el acto, porque nuestra flaqueza sería impotente para resistir un desbordamiento tal de dolores.

Pues bien, Jesucristo, dice Santo Tomás, experimentó en sí reunidos a la vez todos estos sentimientos de amargo dolor y de terrible espanto, que deberían agitar el corazón de todos y de cada uno de los pecadores si viesen sus faltas con la claridad que Dios las ve. El sintió, pues, en su corazón, más fuertemente aún, la contrición que todos los hombres juntos han tenido y que debían tener; ya porque se afligió por los pecados de todos, y ya también porque su dolor nacía del conocimiento claro que tenía de la majestad, de la grandeza y de la bondad infinita de Dios a quien el pecado ultraja y de su inmenso amor por los hombres, a quienes este mismo pecado precipita a su eterna ruina.

¿Quién podrá, pues, no digo medir ó expresar la intensidad del dolor que, según la expresión de Isaías, molió el corazón de Jesús a vista de sus pecados. *Attritus est propter scelera nostra* (Is. 53.), sino siquiera tener de él alguna idea? A este propósito, observa el Doctor angélico que, debiendo satisfacer por los pecados de todos los hombres, se vió poseído por la tristeza más profunda que puede imaginarse, y su dolor fue más fuerte que todos cuantos dolores podemos sufrir en la vida presente. En efecto, ved aquí cómo habla el mismo Salvador por boca de sus profetas: «Oh, vosotros, todos los que pasáis cerca de mí, espectadores insensibles é indiferentes: deteneos un instante y ved si hay en el mundo un dolor que pueda igualarse a mi dolor.»

Así, pues, cuando los evangelistas dicen que Jesucristo sintió en el Huerto un pavor indecible, una profunda melancolía, un temblor horrible, un inmenso espanto y una ansiedad capaz por sí sola de causarle la muerte, *Cogit parere, tedere et moerui esse... Tristis est anima mea usque ad mortem*, usan unas expresiones, que lejos de ser exageradas, se quedan muy inferiores a la realidad, supuesto que no existen palabras para pintar un dolor sin límites.

¿Y es extraño, en vista de esto, que el corazón tierno de Jesús, como David lo había anunciado, se derritiese y se liquidase en Gethsemani, como la nieve a los rayos del sol, ó como la cera al calor del fuego? ¿Debe causar admiración que una contrición tan profunda, que un dolor tan intenso abriese su corazón y sus venas, y que, abiertos también por fuerza los poros de su delicada piel, dejases salir la sangre en gotas tan abundantes, que corriese en pequeños

hilos hasta llegar á regar la tierra? ¿Debe causar admiración que experimentase un desfallecimiento tan extraordinario y tan excesivo, que sin un nuevo milagro hubiera sido bastante para causarle la muerte? *Tristis est anima mea usque ad mortem.*

Ved aquí, pues, el profundo misterio de ese milagroso sudor de sangre. Este es el gran acto de contrición que el Hijo de Dios hizo por los pecados de todos los hombres; y que acompañó con sus lágrimas; mas con unas lágrimas tan extraordinarias como el dolor que las produjo, es decir, con lágrimas de sangre. ¡Oh, dolor! ¡Oh, lágrimas! ¡Cuántos tormentos causáis á Jesucristo, pero cuántos consuelos derramáis sobre nosotros! Porque el Redentor se contristó por nosotros. *Attritus est propter scelera nostra*, nosotros estamos seguros al presente de poder obtener la gracia necesaria para arrepentirnos de nuestras faltas. Sin este exceso de amor, hubiéramos permanecido endurecidos y sumergidos obstinadamente en nuestros pecados; y hubiéramos puesto el colmo á ellos con la desesperación y la impenitencia. ¡Ah! El dolor que ha quebrantado el corazón de Jesús ha ablandado el nuestro, y su sudor de sangre ha preparado el curso á nuestras lágrimas! Esta contrición del Salvador es la fuente de la nuestra. De ella es de donde el arrepentimiento, el llanto y los gemidos del pecador reciben su origen, su mérito y eficacia, porque el precio infinito de la contrición tan viva y tan profunda del Hijo de Dios ha dado á la nuestra el poder de borrar en nosotros el pecado y conseguir nuestra reconciliación con Dios. Y de este modo se cumple el divino oráculo de que: La sangre que Jesucristo derramó en el huerto de las Olivas purifica nuestra conciencia de las obras muertas del pecado.

Finalmente, cuando el fuego había consumido la víctima, se mezclaban las cenizas y la sangre de la novilla roja con agua, y se formaba una especie de agua lustral o bendita, con la que se hacía siete veces la aspersión al pueblo. De modo que este holocausto ofrecido en honor de Dios y por la expiación del pecado, era al mismo tiempo un sacrificio impetratorio que obtenía una especie de santificación legal. Bajo este aspecto, fue también la figura del sacrificio de Gethsemani, en el que el Redentor nos alcanzó todas las gracias que por medio de los sacramentos vienen á embellecer nuestras almas y hacerlas dignas de servir á Dios y de vivir unidas con Dios!

¡Oh, tierno y afectuoso misterio! dice San Bernardo. Las lágrimas que corrieron de los ojos del Redentor no bastaron á su amor; él quiso que todos sus miembros se transformasen en cierto modo en otros tantos ojos, y que toda su sangre se convirtiese en lágrimas; él

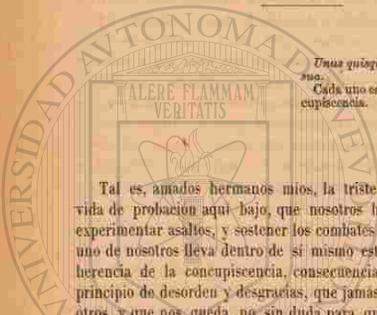
quiso verter lágrimas de sangre y asociar su cuerpo á esta manifestación patética de dolor, á fin de purificar y embellecer en todas sus partes á la Iglesia su esposa. ¡Purificación preciosa, observa San Agustín, que principió á hacer brillar en todo el cuerpo de la Iglesia, entre todas las virtudes, la paciencia de las almas afligidas y la constancia de los mártires!

Esta escrito también que la sangre que salió de todas las partes del cuerpo adorable del Señor, después de haber bañado su carne sagrada, corrió hasta humedecer el suelo: *Sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram.* Pues bien, por este hecho nos quiso dar á entender que desde este instante pertenecía su sangre á la tierra, á fin de que, según la profecía, todos los pecadores que vivieran en la tierra pudiesen embriagarse con este sagrado licor. Quiso advertirnos también que la tierra, una vez empapada en este sagrado licor, no se secará jamás, y que la sangre del verdadero Abel, derramada, no ya por la mano cruel de Cain, sino por la caridad misma del Redentor, más poderosa que el odio y la envidia de sus enemigos, no cesará jamás de elevar desde esta tierra, que ha sido regada con ella, gritos poderosos hacia el cielo; que, sin embargo, estos gritos no llamarán el castigo ni la venganza, sino la misericordia y el perdón, y que nosotros, aunque polvo, aunque tierra herida por la maldición y el anatema, abriremos nuestro seno á los beneficios de este rocío divino, y seremos benditos y salvos.

La aspersión de la verdadera agua lustral se estableció para nosotros sobre esta tierra; nosotros podemos disponer de la sangre de la verdadera víctima divina, como habla San Pedro. Con tal que así lo queramos, podemos ser lavados y purificados siete veces en los siete sacramentos de la Iglesia.

Apresurémonos, pues, nosotros también á recurrir á los sacramentos; este es el baño sagrado donde debemos ir á mojar el vestido impuro que afea nuestras almas, seguros de que la sangre divina nos lavará de todos nuestros pecados; ella nos volverá la vida con los adornos preciosos de la gracia santificante, de tal modo que después de haber servido fielmente á Dios en la tierra, iremos á vivir eternamente con él en el cielo. Así sea.

LA TRAICIÓN DEL FALSO APOSTOL



Unus quisque tentatur a concupiscentia

sua. Cada uno es tentado por la propia concupiscentia.

(JAC. 1:14.)

Tal es, amados hermanos míos, la triste condición de nuestra vida de probación aquí bajo, que nosotros hemos de ser tentados, experimentar asaltos, y sostener los combates de la tentación. Cada uno de nosotros lleva dentro de sí mismo esta funesta y calamitosa herencia de la concupiscentia, consecuencia del pecado original, principio de desorden y desgracias, que jamás está destruido en nosotros, y que nos queda, no sin duda para quitarnos la libertad del bien, sino para darnos el mérito de la conquista y del triunfo.

Habiendo de considerar las diferentes circunstancias de la Pasión del Salvador, es muy justo y útil, hermanos míos, estudiar en ellas este carácter del mal, estos progresos del pecado que el apóstol Santiago os ha descrito de un modo sorprendente: «Cada uno de nosotros es tentado por su concupiscentia: *Unus quisque tentatur a concupiscentia sua*. Esta como apegado a ella, seducido por ella, *abstractis et illectis*. Y en seguida continúa el mismo Apóstol: *Deinde concupiscentia cum conceperit, parit peccatum*; «cuando la concupiscentia ha concebido, cuando ha formado la idea del mal, engendra el pecado.»

Para ofrecer en las páginas del relato Evangelico un ejemplo lamentable de esta consumación del mal en nosotros, yo escojo la traición de Judas. Estudiaremos juntamente en este apóstol sacrilego la historia lamentable de los desórdenes e iniquidades del mundo. No nos contentaremos de una estéril indignación; pondremos, sí, el mayor cuidado en marcar con el sello de la infamia, en este discípulo infiel a su Maestro, lo que quizá habremos realizado más de una vez en nuestra alma. Cuando menos, hagamos de suerte que estos sentimientos de indignación y de santo estremecimiento, nos irriten con-

tra nosotros mismos, y nos animen de un espíritu de venganza saludable.

Vamos a seguir paso a paso, hermanos míos, en lo que toca a este lamentable episodio, el mismo relato evangelico. Felices de nosotros si pudiésemos comprender así lo que es el mal, verdadera traición hacia nuestro Dios, y una sacrilega infracción de los empeños más sagrados. Pondremos, como es justo, bajo la invocación de la Madre de Dolores, nuestras meditaciones y razonamientos. *Ave María*.

Cuando un alma comete un pecado, y se hace a veces culpable de un gran crimen, no se ha de creer que no haya tenido en ella su atractivo la virtud, y que no haya morado el bien en el alma pecadora. Había sido escogido Judas como los otros discípulos, había entrado en la compañía de su Maestro, había sido marcado con el sello y título de discípulo suyo, de su hermano y amigo: así para él como para los otros, Jesús había abierto todos los tesoros de su bondad y afecto; le había dispensado todas las luces del cielo; le había prodigado los testimonios más inequívocos de su confianza, de su aprecio, de su ternura; todavía más, este divino y amantísimo Salvador, que no vivía sino de limosnas presentadas a sus pies, había encargado a su apóstol Judas la administración, en verdad no muy complicada, de estos cortos intereses materiales, así como también el suministrar la subsistencia a su compañía. Esto es lo que nos dice el texto mismo del libro evangelico. Pero ¡ah, hermanos míos! esto fué la ocasión de esta triste y cruel tentación, cuya historia he propuesto referiros. Este dinero, estos intereses materiales de que Judas era depositario, despertaron en su corazón los instintos más tristes y vergonzosos.

Mucho antes de hacer traición al Salvador, Judas había sido poco escrupuloso en dicha administración; el sagrado texto de los Actos de los Apóstoles lo ha dicho claramente y en sus propios términos: en circunstancias diferentes ya se había dado a conocer como un avaro, y presentado la medida y como la expresión precisa y neta de su alma sórdida é interesada. Traed a vuestra memoria aquella mujer pecadora de la ciudad; tocada de arrepentimiento, animada de confianza, guiada por un sentimiento de amor puro y respetuoso, compra un perfume precioso, y postrándose a los pies del Salvador los baña con el licor aromático que ella ha traído con el mayor cuidado. Indignase entonces el discípulo avaro, y exclama: «¿A qué viene este gasto, esta pérdida? ¿No era mejor vender este perfume y (añade irónicamente sin duda) dar su precio a los pobres?» Respóndele el Salvador: que ella había venido a honrar la Divinidad

en su persona, y que a este fin habia derramado un perfume precioso sobre sus pies: él declara que esta mujer ser4 honrada para siempre por el homenaje que acababa de ofrecerle tan candorosa y rendidamente, por la acci3n que habia cumplido y llevado a pleno efecto con tanto desinterés.

Ya sabéis, hermanos mios, que entonces se acercaban los días de la pasi3n de nuestro amabilisimo Salvador, quien habia predicho frecuentemente las diferentes circunstancias de la misma. Ya desde muy largo tiempo, muchos siglos antes, los profetas habian sido los historiadores sagrados de este gran drama sagrado; y ahora, en estos momentos mismos, las Escrituras est4n al punto de realizarse. El Salvador, queriendo dar el último y más declarado testimonio del exceso de su amor a sus discípulos, a todos los hombres, quiere instituir el adorable sacramento de la Eucaristía. Manda a sus discípulos juntarse para la última cena: Judas, como sabéis, estaba con los demás, en esta circunstancia memorable. Antes de la comida de caridad, antes de este momento solemne, en que el Salvador iba a ordenar sacerdotes suyos a los que habia escogido para la conversi3n del mundo, en la hora misma en que iba a hacerlos depositarios del tremendo poder de hacer descender la victima a nuestros altares; en esta hora misma, sabiendo que todo le pertenece en el cielo y en la tierra, se levanta, cñese de una toalla, y se postra a los pies de esos mismos hombres que habia recogido de las orillas de los mares, lavando sus barbas y redes, para lavarles a ellos sus pies. Vedlo a los pies de Judas, ministrándole este humilde oficio: su coraz3n habla entonces al coraz3n del discípulo ingrato, desleal y p3rdido.

Entretanto celébrase la misteriosa Cena, consumese el Cordero Pascual; Jesús da gracias a Dios Padre, toma el pan, lo bendice y lo consagra; haciendo lo mismo con el vino; distribuye uno y otro a sus discípulos, entre ellos a Judas; instituye, ordena sacerdotes a sus ap3stoles, entre ellos a Judas. «Ved aquí: este es mi cuerpo, mi cuerpo mismo; ved aquí: esta es mi sangre, esta sangre que voy a derramar por la remisi3n de los pecados del mundo.» Y en este momento el ingrato ap3stol realiza por la vez primera en la tierra el crimen de la comuni3n sacrilega. En tanto que los discípulos, atentos a las palabras de su Maestro, buscaban c3mo penetrar todos sus pensamientos, cuando andaban azarosos dentro de sí mismos para purificar sus almas de las nezas, de las más ligeras faltas, el Salvador les habia dicho para tranquilizarlos: «Sí, purificados est4is vosotros: *Et vos mundi estis...* Si; y sois dignos de participar de mi carne y de mi sangre; no lo sois empero todos, porque todos no est4is purifica-

dos: *sed non omnes: no sois fieles todos vosotros.*» Y pocos momentos después pronunci3 aquella palabra tan terrible, capaz por sí sola de conmovier y llenar de arrepentimiento a aquel coraz3n endurecido: «No est4is, en verdad, todos vosotros puros: hay aquí mismo uno que me ha de vender.» Anúnciale, pues, su p3rdida en términos evidentes y ante la asamblea de los ap3stoles, de sus discípulos, sus compañeros. Todos preguntan cuál es el culpable; más todavía: ruegan a Juan pregunte al Maestro para que el traidor sea conocido. Jesucristo lo ha designado sin nombrarlo, para darle todavía la libertad del arrepentimiento y de la enmienda, sin tener que sufrir afrenta ni bochorno, sin estar expuesto a la ignominia. Repite Jesús que el que est4 indicando va a venderle, es el que est4 asentado con él... el que alarga su mano con él hacia el plato...

¡Ah, hermanos mios! nada le ha hecho mella, ninguna impresi3n; nada ha podido conmovier esta extraña resoluci3n. ¿Pero qué ha pasado, qué ha sucedido en este lamentable episodio? Aquí, hermanos mios, para conocer vuestra propia historia, escuchad el origen del mal y los progresos del mismo. Cuando se ha adoptado libremente una tendencia apasionada; cuando se ha halagado una inclinaci3n al mal; cuando el coraz3n se ha entregado a las pasiones que llevan al desorden, pasa entonces en el alma del hombre una revoluci3n que es verdaderamente una completa transformaci3n. Y el Evangelio, para expresar la realidad de este imperio del mal, para mostrarnos la impresi3n que se experimenta cuando se ha dado así la mano a torcer, sin combatir a la concupiscencia, a la codicia que nos atrae, que nos arrastra, el Evangelio ha dicho, el Evangelio ha repetido dos veces, en dos circunstancias diferentes, antes de la perpetraci3n y consumaci3n del crimen: «Satanás entr3 en él.» *Introivit in eum Satanas.* Sí, amados hermanos mios; esto es sobrado cierto; el espíritu del mal entra como en su casa cuando encuentra un alma que ha concebido así el pensamiento del crimen, la idea del pecado, cuando encuentra un coraz3n que se ha dejado arrastrar en pos del atractivo que presenta la iniquidad, la ingratitud, la infidelidad contra Dios. Satanás entra en el coraz3n; y entonces hay una tiranía, hay una esclavitud tal, que nada puede pintarla con sus verdaderos coloridos: es necesario haber sondeado los senos del coraz3n humano, y deshecho sus pliegues; es menester, hermanos mios, como el sacerdote en su triste ministerio, haber oído esas lamentables historias del alma escapadas de las regiones de la inocencia perdiéndose en las regiones del vicio, para conocer lo que es esta fuerza, este poderío del mal, este poderío del espíritu del mal, de Satanás, que est4 como

de asiento en un alma. Allí se entroniza, allí reina, allí es el amo, el tirano; allí dicta sus leyes; y no hay ignominia, y no hay infamia, y no hay baja, y no hay acto de abyección y esclavitud que no ordena, impere, mande cual absoluto dueño, y que no se ejecute por el alma, su más rendida esclava.

Así, pues, Judas fué seducido por ese móvil grosero del dinero, por esos intereses que á tantas almas y tantos corazones seducen todavía. Moviado por la vil codicia, fué á avistarse con el príncipe de los sacerdotes, para concertar con él la venta de su Maestro. Díjole pues: «Si queréis, yo, yo mismo lo entregaré.» *Ego vobis eum tradam.* Pero entendámonos: ¿qué queréis darme á mí? Es un trato, es una venta, ya lo veis. ¿Qué es lo que pensáis darme? Pero en fin; ¿cuánto me valdrá este negocio? ¿Vender á su Maestro; hacerle traición, entregarlo alevosamente; sacrificar al que le ha colmado de beneficios, á este Salvador que le había anunciado, y muy minuciosamente, la historia anticipada de su Pasión y de la Redención! ¡Entregar alevosamente, vender al que le ha manifestado toda la efusión de su ternura, á fin de granjearle la gracia de que tenía necesidad para preservarse de este arrastramiento al mal, de esta esclavitud brutal, de este ciego vasallaje á una pasión vergonzosa que le aquejaba, que le atosigaba! Pero entendámonos, ¿qué me daréis por este hombre? *Quid mihi cultis daret* — Ajustémonos, treinta piezas de plata... — Ved terminado el contrato sacrilego, horrible: treinta piezas de plata. Ochocientos años antes, un profeta del Señor, dejó escrito que la cabeza del Salvador del mundo se ajustaría y compraría por ese mismo precio de treinta piezas de plata: lo que se ha verificado al pie de la letra. Y Judas ha sido el instrumento ciego de la pasión y de Satanás, para realizar la antigua profecía.

Quedó estipulada la venta. Ved pues ahora, hermanos míos, ved en un corazón este vergonzoso encandamiento del pecado por la seducción, por el arrastramiento moral, aceptado por la obediencia que se presta tan servilmente á sus tendencias, á sus pasiones nacientes, toda vez que se condescendió con ellas al despuntar en nosotros.

¡Ah! sin hablar aquí de estas tristes y miserables transacciones que deshonran á la vida humana, hablemos solamente de esta venta del alma pecadora. Desgraciadamente, amados hermanos míos, aquel precio del rescate, aquel precio de la sangre redentora, pagado por nosotros en el Calvario, nos liberta, nos abre las puertas del cielo, nos vuelve los derechos á la herencia universal; pero nosotros, con nuestras iniquidades consentidas, con la aceptación de las condicio-

nes que nos ofrece el demonio, por esa seducción de la pasión y del pecado, abrazada cariñosamente, cobijada en nuestro seno, por esa seducción de una pasión y de un pecado resulta que hemos vendido nuestra alma, que la hemos entregado, ¿por qué precio? ¿por qué tesoro? ¿por qué ventaja? Decidme francamente, ¿qué fruto habéis recogido del mal que habéis cometido?

Pero volvamos á nuestro relato. El Salvador, viendo que hasta entonces resistía su apóstol á sus sollicitaciones interiores, le dijo: «Pues bien; haz pronto lo que hubieres de hacer.» Satanás lo poseyó de nuevo: *Introvit in eum Satanas.* Concluida la cena, y después de la institución de la Eucaristia, cuando el pérido apóstol volvió á encontrarse con aquellos á quienes había vendido á precio tan vil la libertad y la vida de su maestro Jesús, conociendo bien lo que había de sucederle, se levanta, y se dirige á paso lento, atravesando el torrente Cedrón, se dirige hacia la montaña de las Olivas, á donde acostumbra ir á prolongar su oración. Allí tomando consigo solamente á tres de sus apóstoles, los más queridos suyos, se había postrado en tierra, pegando su divino rostro al suelo; durante tres horas de una agonía mortal, había renovado su ruego penetrante orando á su eterno Padre: le había pedido se alejase de él el cáliz de la amargura; este cáliz que le representaba todas las iniquidades de la tierra, las pérdidas y desagradecimientos de los hombres. Y sin embargo, Jesús terminaba su oración en medio de los dolores y angustias más vivas de su corazón, con este acto de sumisión que nos ha legado en un momento y en una circunstancia tan tierna: «Padre, hágase tu voluntad, no la mía.» Habían ya transcurrido, hermanos míos, aquellas tres horas de la oración de Cristo en el huerto, y un copioso sudor de sangre había regado la tierra en torno de su sagrado cuerpo. Jesús había despertado á sus tres apóstoles, á quienes tenía adormecidos el cansancio y la tristeza, en tanto que el divino Maestro velaba y oraba. Jesús, sí, había velado, había orado, había padecido; había sufrido todas las tristezas, todas las displicencias, todo el tedio por este discípulo infiel que nos representaba á todos los pecadores. Y cuando con aquella luz divina que le hacía penetrar todo, conoció el aproximamiento de la cohorte que había de venir á apoderarse de él, dijo á sus discípulos: «Levantaos; vamos ahora.» En medio de las sombras de la noche, y entre un murmullo de voces confusas, pero que expresaban bien el odio y la venganza, se adelanta Judas, al reflejo de sombrías linternas, precediendo á aquella cohorte de judíos homicidas, coligados contra el Salvador, y de soldados romanos que se habían puesto á sus órdenes y servicio. Los ve acercarse Jesús sin

miedo, y con la benignidad y serenidad divina que jamás le faltó, preguntales el Salvador: «¿A quién buscáis?» Y á esta sola palabra, todos cayeron en tierra como heridos. Era en efecto menester que el Salvador les hiciese conocer su poder. Allí estaban: podía seguramente reducirlos á polvo, abrir los abismos de la tierra para precipitarlos: sin embargo, les restituye la libertad; y ellos se levantan.

«¿A quién buscáis?» les pregunta Jesús. Ciegos no han visto tanta luz, y endurecidos no han sentido el poder y majestad del que así podía aterrarlos como levantarlos. ¡Oh poder del odio! ¡extraña ceguera del furor y de la iniquidad! Toda luz desaparece, bórrese toda impresión feliz. «A Jesús de Nazareno», responden ellos. «Yo soy», dice Jesús. «Pero dejad se retiren los que están conmigo.» Para evitar toda equivocación, Judas les ha dado además una señal todavía más certera: estaba convenido con los soldados y con los sacerdotes que aquel á quien él diera un beso de amistad, sería el malhechor, el criminal de quien habían de apoderarse. Y tiene el monstruo hasta osadía para acercarse á su Maestro con el insultante signo de su ternura patricida; saludale: «Salveos Dios, Maestro»; y abrazándole, le da un ósculo. A esta demostración del que lo vendía así á sus enemigos, os acordáis de aquella mansedumbre, de aquella blandura incomprensible del Salvador, de aquella tierna y sentida palabra que se desprende de sus labios, y que commueve vivamente su corazón: «¡Oh, amigo mio! ¿á qué has venido? Cómo, ¿con un beso de cariño vendes al Hijo del Hombre! El es, apresado, no se os escape...»

Judas está endurecido, endurecido más que la piedra, más rebelde que el tirano de los infernos que lo oprime y esclaviza: «Vedlo ahí.» Y entonces se apoderan de Jesús, cargan de grillos y cadenas sus adorables manos, lo atan con cordeles, lo arrastran como al más vil malhechor por las calles de Jerusalem. Todavía no es tiempo de referiros las ignominias del Salvador y sus dolores. Pero el apóstol... él ha ganado el precio de su traición, las treinta piezas de plata, objeto de su ambición, de todas sus esperanzas. ¡Ya está contento! El ha entregado alevosamente á su Maestro, el lo ha vendido, ha servido á su pasión, ha obedecido á su codicia. ¡Ah! gozate, gozate, hombre soez, ingrato; gozate, pérdido; gozate en tus glorias!

Pero no, hermanos míos, ahora que su Maestro ha sido entregado; ahora que está ya en poder de sus enemigos, ahora comienza la carrera del dolor y de la ignominia. Parece que todos los golpes dados, que todos los tiros asustados contra Jesucristo debieran llevar el contento y bienestar al fondo del alma de su enemigo: el odio tiene también sus goces, la venganza sus satisfacciones y placeres... Pues

bien, no sucede así con el infeliz traidor; el mal tiene sus leyes; hay un orden de la providencia, que á pesar de todos los extravíos, á pesar de toda la ceguedad del hombre, debe cumplirse también: este orden es el remordimiento después de la iniquidad; y ved aquí su historia. Judas entra en sí mismo; ha visto los efectos de su triste ajuste, y ahora Satanás es quien le insulta. Satanás quien le despreacia. Eso sucede exactamente al que se somete al yugo de la ley del espíritu de mentira, de este tirano de las almas. Os da terribles golpes, os hiere, os arrastra, os muestra todos los goces de la tierra. Le habéis creído, le habéis servido; y ahora que estáis caídos, ahora que le habéis obedecido, él se ríe de vosotros, os menosprecia, os insulta, y con razón. Judas ha recibido el insulto de Satanás; Judas se ha encolerizado por tales desprecios de Satanás; su orgullo se resiente vivamente, se indigna, todo su interior se revuelve como un volcán; y en fin toma un partido. Vase, con la suma de dinero que se le había dado por la infame venta, en busca de los principes de los sacerdotes; encuéntralos, y díceles: «Vuestro dinero... no lo quiero.» Y arroja á los pies de ellos las treinta monedas de plata. «¡Ah! yo he pecado, yo he entregado, yo he vendido al Justo. Ese dinero, precio de una iniquidad, vedlo aquí...; os lo devuelvo, tomadlo; lo detesto, lo desprecio. Y los principes de los sacerdotes con su orgullo le replican friamente: «Pero nos parece que á ti te tocaba ver lo que hacías. ¡A nosotros!... ¿qué nos va en ello? ¿qué nos importa?»

Judas arroja este dinero; ahora es cuando siente que ha estado bajo el imperio de la pasión, de un verdadero delirio, que lo había aturdido y cegado. ¡Con cuánta razón dice un Padre de la Iglesia: «Nuestra fiebre, nuestra enfermedad, es la pasión; *febris nostra, libido est*; nuestra calentura, nuestro delirio, es la avaricia; *febris nostra, avaritia est*; nuestra fiebre, el delirio que nos transporta, es la lujuria; *febris nostra, luxuria est*!» ¡Ah! hermanos míos, sólo en el bien, sólo en la dulce y amable obediencia al Señor, se encuentra paz, orden, felicidad y gozo. Judas ha conocido que el mal y el desorden estaban en él, y que lo arrastraban; llenóse de furor contra sí mismo... esto no era, no, arrepentimiento. ¡Ah! si hubiera esperado, si hubiera amado á su Maestro, después de haber echado su dinero de iniquidad á aquellos sacerdotes prevaricadores, si hubiera ido á postrarse á los pies de su Maestro, de su Salvador, hubiera encontrado una mano divina que lo levantara, y regándole con sus lágrimas, hubiera experimentado todavía aquellos mismos beneficios que se le habían prodigado. Hubiera podido leer cien veces en aquel delicioso corazón, y habría visto todos los pecadores acogidos, y jamás ne-

gado el perdón. Magdalena lo borró todo en un instante; á la Samaritana, como sabéis, estando en el pozo de Jacob, bastó un solo momento para cambiar el alma de esta mujer que se había abandonado al desorden. En todo tiempo, en todo lugar, en toda ocasión, Jesús acogía amorosamente á los pecadores, y les perdonaba. Judas debía saber, y estaba obligado á saberlo, que no había pecado, por gravísimo que fuera, que fuese irremisible; pero el desgraciado no quiso esperar, no quiso acordarse de aquella bondad infinita, de aquella misericordia.

Sin embargo, Jesús había rogado por él especialmente en la célebre oración última que pronunció ante todos sus discípulos; había derramado por él su sangre en el fondo de su corazón: todavía lo solicitaba. Ved ahora, amados hermanos míos, la consumación de todo, las consecuencias del pecado; ved ahora sus efectos lamentables, que es necesario deplorar y evitar ante todo y á todo trance. Judas desesperó y ved aquí su mayor desgracia: la desesperación, católicos, es el mayor mal de nuestra alma, porque es un mal sin remedio. Judas se retiró llevando la desesperación en su corazón: olvidase de que tiene un Padre en los cielos, un Salvador que está padeciendo cabalmente por él, por su reconciliación: olvidase de que Jesús le había hecho su amigo, su confidente; todo lo olvida, y se va taciturno á un sitio retirado; la vida se le hace pesada, fastidiosa; y no quiere, y no puede sobrellevarla más tiempo; él se la quita con un horrible suicidio. Vedlo al desventurado y pérfido discípulo: su cuerpo estaba abierto, y sus entrañas se habían derramado por tierra. Y aquellos hombres ¿qué harán con el dinero? Ellos estarán deliberando qué han de hacer de las treinta monedas tiradas á sus pies; no las quieren, las tienen en horror. Tan cierto es que la iniquidad lleva consigo su pena, muy lejos de dar una plena satisfacción. A pesar de la corrupción del hombre, y por más protervo que sea, encuentra siempre en la maldad algo que le repugna al corazón y á la conciencia.

He ahí, católicos, tan lamentable historia: en ella veis aquella concepción proterva de una idea perversa, luego un progreso que la desarrolla, el engendramiento, el parto, después la consumación del crimen, sus funestas consecuencias, y por fin, la desesperación y la muerte. Y vosotros todos, ¡oh amados hermanos míos! que tal vez experimentáis en el fondo del corazón el peso de la infidelidad y de la ingratitud; si habeis dudado alguna vez de la misericordia y de la bondad de Dios por la aglomeración de faltas añejas y nuevas, el espíritu enemigo os habrá querido sugerir, tal vez, como á Cain y á Judas, que vuestro crimen es demasiado grande para obtener perdón:

huid, huid de estas pérdidas sugerencias; ahuyentadas, ahuyentadas, lejos, lejos; y acordaos de que no hay ni puede haber nada en la tierra que pueda exceder la medida de la bondad y misericordia é indulgencia de vuestro Dios. Si Judas hubiera sabido esperar; si obedeciendo un instante á la ley de la esperanza cristiana, se hubiera acordado que tenía un hermano, un Salvador, un amigo; si postrándose en oración, descargándose del peso de la iniquidad, y aliviándose así se hubiera levantado en seguida abjurando su ingratitud y perfidia, y hubiera implorado su perdón, hermanos míos, en la misma hora, en aquel mismo instante lo hubiera alcanzado. Y bien, amados hermanos míos, tomad, os suplico entrañablemente, la determinación de huir siempre de la perfidia y de la ingratitud: proponed no abandonar jamás el espíritu de su Evangelio, de no sacrificar jamás ante las aras de las preocupaciones y locas opiniones del mundo, contrarias á la ley de vuestro Dios. Pero, si lo habeis hecho alguna vez; si, en esta hora de propiciación y de salvación Dios habla á vuestro corazón, ¡ah! no lo endurezcáis, no: humillaos. Aunque amontonaseis sobre vuestras cabezas montes de iniquidades, numerosas como las arenas del mar, recibiríais sin embargo el perdón con el arrepentimiento. Todas las gracias, pues, os están preparadas con esta sola condición: y es que esperéis siempre, que floréis vuestras culpas hasta que el Señor os llame para premiar vuestro arrepentimiento en el cielo. *Amén.*

LA PRISIÓN DE JESÚS

*Obliatus est, quia ipse voluit.
Él se ofreció, porque quiso.*

(Is. 53, v. 7.)

Estas breves y sencillas palabras de Isaías, mis amados hermanos, encierran la circunstancia más importante de la pasión y muerte del Redentor. Porque su sacrificio no ha sido eficaz para nosotros ni nos

ha rescatado, sino porque fué voluntario, y porque su muerte, más bien que el exceso de la malicia de los hombres, fué el misterio de su caridad divina. Guardémonos, pues, dice San Ambrosio, al ver á Jesús en poder de sus verdugos, de acusar su propia flaqueza, ó la fuerza y violencia de los hombres. No, no; la traición de Judas, la sacrilega audacia de los judíos, no son más que instrumentos ciegos, aunque criminales, que contribuyeron á realizar los designios de la sabiduría y del amor ardiente de Jesús. No es la fuerza de las armas sino el misterio de la salvación del mundo lo que encadena al Salvador y le entrega á sus enemigos. Consideremos pues hoy desde este punto de vista el tierno misterio de la prisión de Jesús en Gethsemani, á fin de que tomemos la resolución de hacernos cautivos voluntarios de aquel que voluntariamente se hizo cautivo por nosotros. Pidamos los auxilios de su gracia. *Act. Marta.*

Al derribar el Salvador con una sola palabra á la infame soldadesca amotinada para apoderarse de su persona, hermanos míos, no lo hizo porque pensara escaparse de las manos de sus viles perseguidores; sólo quiso manifestarnos, que sin su voluntad nada podían sobre él. Esta prueba no le basta y ha querido añadir á ella otras más palpables y más luminosas para convencernos cada vez más de su Divinidad y de la libertad de su sacrificio.

Ved en primer lugar el tono de autoridad con que manda que dejen libres á sus amados discípulos, y les garantiza la vida. El se vuelve con un tono de soberano hacia los criados insolentes y crueles, á quienes el mismo poder que los había derribado acaba de levantar, y añade: Ya os lo he dicho; yo soy Jesús de Nazaret. Si pues es á mí á quien buscáis, os permito que os apoderéis de la persona del Maestro; más no toquéis á los discípulos.

Por medio de esta orden, que sus enemigos siguen con una obediencia tan pronta y tan perfecta, aleja Jesús la idea de que haya podido caer en manos de los judíos por la fuerza. El demuestra á los más incrédulos la facilidad con que podía impedir que se apoderasen de su persona, supuesto que no tiene más que hablar para que sus discípulos conserven su libertad, y demuestra al mismo tiempo que es conducido á la muerte porque así lo permite, lo consiente y lo quiere.

¡Cuán patético es este rasgo de amor del Redentor! Olvidado de sí mismo, no piensa más que en poner en seguridad á sus discípulos. Pronto á aceptar para sí la prisión y la muerte, se apresura á asegurar á sus amigos la libertad y la vida; mas en la conducta que

observa hoy con respecto á los apóstoles que le acompañan, ha dado una garantía de lo que hará un día por todos los fieles cuya figura eran los apóstoles. Porque si él mostró en estas circunstancias tanta solicitud por salvar un número tan pequeño de los suyos, ¿cómo es posible que no quiera proteger siempre á la innumerable multitud de los cristianos? ¡Dichosos, pues, los que le pertenecen por la docilidad de su fe y el fervor de su caridad! Él, como lo anunció por boca de su profeta, los rodea, los cubre, con un escudo, con su protección divina y con su tierno amor. El los toma en sus brazos amorosos y los estrecha en su seno como una madre afectuosa hace con su tierno hijo.

El Señor obliga á sus enemigos, no sólo á obedecer sus órdenes, sino también á oír sus reconciliaciones. Dirigiéndose á los príncipes de los sacerdotes y á los magistrados del pueblo que se hallaban presentes, les dice: «¿Y qué! ¿habéis venido armados de espadas y de palos para prenderme?» Con estas palabras quería decirles: «¿Cuán insensatos sois en venir con un aparato tan formidable á prender un hombre sin defensa, que se pone él mismo voluntariamente en vuestras manos.» Después añade Jesús: «Diariamente he estado en medio de vosotros, enseñando públicamente mi doctrina en el templo. ¿Por qué no me prendisteis entonces que podíais hacerlo con tanta facilidad?» Es como si les hubiera dicho: «Yo he enseñado en el templo donde vosotros obráis como señores y donde tenéis á vuestras órdenes una guardia numerosa. Yo os he enseñado doctrinas que os eran odiosas. Muchas veces he arrojado de él los vendedores, cuyos fraudes y engaños aprobabais. Vosotros bramabais de rabia; pero ninguno de vosotros se atrevió á poner las manos sobre mí. Esto debería convenceros de que sólo tenéis la pífida intención de dañarme, pero que os falta el poder para hacerlo. Sabed, pues, que lo que no pudisteis hacer entonces, porque yo no quise, no lo podríais tampoco ahora si yo no lo permitiese, si yo no os entregase espontáneamente mi persona y me complaciere en hacer que vuestro odio impotente sirva al cumplimiento de mi designio.» Finalmente el Salvador concluye con estas graves y misteriosas palabras: «Hacedlo ahora; esta hora es la vuestra, esta es la hora del poder de las tinieblas.

Cuando Jesús dice: «Esta es vuestra hora; esta es la hora del poder de las tinieblas» da á los judíos el permiso para acercarse y para apoderarse de él, y declara que desde aquel momento se abandona á merced de su crueldad y de su furor. Ved aquí por qué los arqueros y los soldados todos bajan sus armas, preparan las cuerdas y se disponen para atarle. Mas como los satélites de los grandes y de los po-

derosos se señalan ordinariamente por su audacia, un cierto Malco, esclavo vil del gran sacerdote, se adelanta el primero para apoderarse del Salvador. A vista de esto, no pueden los apóstoles contener su celo. Señor, dicen á Jesús: ¿no nos permitis que hagamos uso de nuestras espadas? *Domine, si percutimus in gladio?* (Luc.) Pedro, más animoso y más ardiente que los otros, sin esperar la respuesta del Señor, y más veloz que la palabra, se arroja sobre el insolente criado, y quiere hendirle la cabeza con su espada; mas, por una disposición secreta de Jesús, el golpe se tuerce, y en vez de abrirle la cabeza, le corta la oreja derecha. ¡Oh! ¡cuán imprudente es el celo del príncipe de los apóstoles! ¡Quién puede calcular las consecuencias de la lucha desigual que se empeña entre los soldados y los apóstoles! Sin embargo, no temáis: apenas principia, cuando el Salvador pone fin á ella. Basta, basta, dice á sus discípulos, no opongáis más resistencia. Aunque se trataba entonces de una defensa legítima, se negó Jesús á usar de las armas. ¿Quiso por ventura el Salvador prohibir á los príncipes y á sus soldados el uso de las armas en una guerra justa y en el caso de una defensa legítima? No sin duda; mas él quiso advertirnos que las persecuciones de los tiranos contra los cristianos (cuyo preludio y cuyo símbolo es la que Jesús sufre al presente por los judíos), no debían ser rechazados por la fuerza material, que nos expone á perecer por la espada, sino que debían emplearse contra ellas la fuerza del alma, la dulzura, la humildad, la paciencia y la oración. El quiso enseñarnos que en una guerra espiritual no son las armas visibles las que conviene emplear, porque si con ellas podemos vencer, podemos también ser vencidos, sino las armas invisibles y espirituales, de que habla San Pablo; el escudo de la fe, el casco de la esperanza y la coraza de la caridad, que harán siempre triunfar la Iglesia en la tierra y asegurarán á los mártires una corona de victoria en el cielo.

Jesús vuelve á colocar milagrosamente en su lugar la oreja ensangrentada de Malco. ¿Puede imaginarse algo más tierno ni más patético, algo que nos pinte mejor el corazón tan noble de Jesús, que verle cuidar amorosamente por sí mismo al primero que alenta contra su persona? Ved aquí cómo cumplió el Señor la ley que él había dado á todos de hacer el bien á los mismos que nos odian. El cura las heridas de los criminales que vienen á arrastrar á la muerte al que es santo y justo por excelencia.

Mas, ¡oh, furor maldito de esos monstruos endurecidos; oh, corazonces más duros que las rocas, pues que no se ablandan por la majestad de un milagro tan grande, ni por las muestras de una caridad

tan extraordinaria! Ved aquí que ellos se preparan para prenderle y que ejecutan esta cruel y sacrilega prisión con todas las circunstancias descritas por los profetas. En primer lugar, ellos le rodean, semejantes á perros rabiosos que acosan de cerca á una tímida oveja, ó á toros furiosos que persiguen á una novilla coarde. En seguida le echan sogas al cuello como á una bestia feroz, y amarran fuertemente por los brazos y por la cintura al dulce Nazareno, que voluntariamente presenta sus manos á las ligaduras. ¡Hombres ciegos é insensatos! ¡Almas pérdidas y crueles! Así cargáis de cadenas al Dios autor de la vida y de la libertad, á aquel á cuyos pies deberíais arrojáros suplicándole que os librase de las ligaduras de vuestras iniquidades! ¡Deteneos por favor; pensad en lo que hacéis y temblad! Porque no se encadena impunemente á la sabiduría encarnada; no se aprisiona impunemente al que es la justicia incorruptible.

Mas, ¿por qué apostrofar á los judíos? Jesucristo no se hace su prisionero sino porque estaba ya dispuesto á serlo, ni es cargado de cadenas sino porque así lo ha querido. El Salvador había ya probado por una serie de prodigios sorprendentes que nadie hubiera podido apoderarse de su persona si él no lo hubiera permitido, y que si en esta ocasión no lo hubiera consentido, como en otras varias, los judíos se hubieran retirado en silencio sin realizar el proyecto cruel que les había conducido al Huerto. Mas tampoco Jesucristo hubiera cumplido el amoroso sacrificio para el que vino al mundo. Comprendamos, pues, este misterio. El verdadero Sansón no pudo ser preso sino cuando quiso serlo; él se hizo traición en cierto modo á sí mismo, no pudiendo resistir á su amor por estos hombres ingratos é injustos que debía librar con sus propias ligaduras, así como debía glorificarlos con sus oprobios, consolarlos con sus dolores y resucitarlos con su muerte. Y, en efecto, ¡oh, desgracia del pecador! El estado de pecado es para el alma un estado de triste cautiverio y de vergonzosa esclavitud. Y esta esclavitud es tan dura, que el alma, manchada por el pecado, no sólo está en la servidumbre y en la dependencia, sino que también está cargada de cadenas que tienen encorvada su frente hacia la tierra, y la impiden elevar sus miradas al cielo; degradada por el pecado, se halla como envuelta en las ligaduras que no la permiten moverse; de modo que no puede dar un paso en el camino de la salvación, y se halla reservada para la muerte eterna bajo el imperio del demonio.

Pues bien; Jesucristo había obtenido de su Padre, por sus súplicas y su agonía, la gracia de ser tratado como uno de nosotros y de ocupar nuestro lugar, á fin de que nosotros pudiésemos colocarnos en el suyo, y participar de sus méritos y de sus privilegios.

Si el velo que le cubría se hubiera descorrido entonces, se hubiera visto verificarse el cambio precioso que Jesús había solicitado de tomar lo que nos pertenecía, y merecernos lo que era exclusivamente suyo. Entonces se hubiera visto que en tanto que unas manos sacrílegas cargaban á Jesús de cadenas, otra mano misericordiosa é invisible rompía las nuestras; que en tanto que el demonio se apoderaba de la persona del Salvador por mano de los judíos, nosotros nos emancipábamos de la esclavitud del demonio.

Recibid, pues, oh Señor, el tributo de mi reconocimiento y de mis alabanzas, supuesto que os habéis dignado romper y llevar vos mismo en mi lugar las cadenas de mi esclavitud. Esta libertad es para mí de mucho precio, es un reflejo de la gloria; porque al salvarme del infierno me asegura la rica y preciosa herencia del cielo. ¡Oh, santas é inestimables cadenas de mi Redentor! ¡Quién me diera besarlas con amor y respeto! ¡Quién me diera poder ponerlas en mi cuello, y gloriarme como San Pablo de ser el prisionero de Jesucristo! De este modo podría decirse de mí que el amor me hacía cautivo de mi Salvador, del mismo modo que mi Salvador ha querido hacerse cautivo por mi amor.

Nunca podrá admirarse bastante la generosidad, el anhelo y la caridad con que el Salvador presentó voluntariamente sus manos á las cadenas de sus enemigos; mas tampoco podrá detestarse bastante la audacia impia y la infame crueldad de los judíos que no se detienen en encadenar á Jesús, después de haberle visto obrar tantos prodigios. Sin embargo, esto no debe sorprendernos. Los judíos, que atan el cuerpo del Salvador, están ellos mismos envueltos con ligaduras más terribles. Porque el mismo Jesucristo había dicho á los judíos pocos momentos antes, que al apoderarse de él, obraban como satélites del poder de las tinieblas que reinaba en ellos. El crimen de que se hacen culpables al apoderarse de Jesús, sin embargo de que es tan infame en sí mismo, no debe sorprendernos, supuesto que ellos mismos son esclavos del demonio y obran bajo sus inspiraciones y preceptos.

Lo que es necesario deducir de esto, amados hermanos, es que Dios habita verdaderamente por su gracia en el alma justa, mientras que el demonio reina por su malicia en el alma manchada por el pecado. Por consiguiente, así como las virtudes sublimes de los santos, que salen de los límites ordinarios de la moralidad humana, se deben á las comunicaciones inefables, y al poderoso auxilio de Dios que fija su morada en el corazón del hombre justo, así los desórdenes y los pecados que llenan de admiración y de horror á los peca-

dores mismos, que escandalizan á los mismos escandalosos, y salen de los límites ordinarios de la perversidad humana, son el resultado del impulso formidable, de la infernal energía del demonio que reina en el corazón de los pecadores.

Esos padres desnaturalizados que, no contentos con ser ellos mismos impíos y libertinos, toman al parecer todos los medios para inocular en sus propios hijos la impiedad y el libertinaje del corazón; esos amigos engañosos, esos pérfidos compañeros, esos infames confidentes en quienes la malicia iguala á la corrupción, y que procuran, sin saber por qué, iniciar en los impuros misterios de la voluptuosidad á las vírgenes inocentes, y á los jóvenes que conservan aún la sencillez de la virtud; esos autores de libros impíos y de poesías obscenas que pierden con sus escritos aun á aquellos que no pueden perder con sus discursos; esos funestos autores de pinturas escandalosas y de estatuas indecorosas, que llegan á insinuar el vicio representándolo en acción, que parecen dominados por una especie de furor que les arrastra á cometer pecados que les sobreviven, y con los que infestan no sólo la generación presente, sino también las generaciones futuras; esos incrédulos, que después de haber abjurado toda creencia y toda religión, desplegan un celo infernal por arrancar del corazón de los pueblos todo sentimiento de fe y de piedad, y destruir en ellos todos los principios de religión; todos esos seres perversos, de quienes no puede decirse que sean arrastrados por el placer ó por la pasión, sino por un celo ardiente de propagar y de eternizar el pecado; no obran tanto por sí mismos, cuanto por instigación del espíritu infernal; ellos son los verdaderos ministros, los verdaderos apóstoles y los verdaderos esclavos de Satanás; y según las palabras del mismo Jesucristo, el demonio es su padre, y ved aquí por qué ellos cumplen los deseos y ejecutan las obras del demonio.

Mas, ¡qué tan triste es la recompensa que reciben de su docilidad sacrilega y de su infame ministerio! ¡Oh! ¡Cómo sus cadenas se hacen cada vez más pesadas! ¡Cómo con el transcurso de los años se hace su esclavitud más dura y más irremediable! Ella comienza en el tiempo, y no conclura jamás, porque tendrá por duración la eternidad entera. Esos son los corazones perversos de quienes dice la Escritura que su conversión es muy difícil: *Perversi difficile corriguntur*. Sin embargo, el número de esos hombres tan profundamente corrompidos no es tan grande. Mucho más numerosa es la multitud de pecadores por hábito, cuya malicia no es tan profunda, pero que no por eso dejan de estar bajo la dura esclavitud del demonio, y cuya conversión presenta, por consiguiente, grandes dificultades.

¡Ah! ¡Desventurados cristianos! ¿De qué les servirá que el Redentor se haya dejado atar por ellos, y que haya roto una vez las cadenas de sus pecados, si ellos continúan en forjar otras nuevas con sus propias manos? Porque nuestras obras de tinieblas, nuestros hábitos criminales son verdaderas cadenas preparadas por el infierno, y ligaduras pesadas con las que atamos nuestra alma para hacerla esclava del más cruel de los tiranos; y ¡cuán difícil es evadirse de estos hierros cuando se ha acostumbrado á ellos!

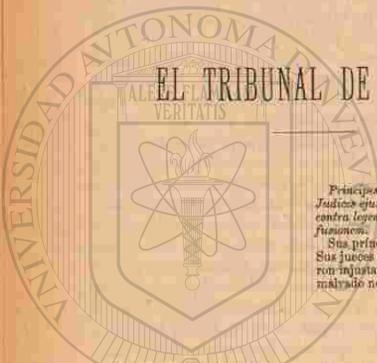
¡Ved, en efecto, ese pobre pecador cuyas recaídas se han multiplicado con tanta frecuencia; y que ha visto encanecer sus cabellos en una funesta esclavitud! Pues bien, ya sea por la necesidad íntima que el alma tiene de Dios, ó por el temor de perderse ó el deseo de salvarse, ya sea por la voz amorosa de la gracia que no cesa de dejarse oír á lo lejos del pecador que huye de ella, al más pequeño golpe con que se siente herido en su fortuna, en su persona ó en su familia; al más pequeño terror que le causa una muerte repentina; al acercarse una solemnidad cualquiera, ese pecador forma propósitos de conversión. Mas, ¡ay! apenas los ha formado cuando los abandona; y ¿por qué? porque así como la cadena que llevan los esclavos durante muchos años penetra algunas veces la carne y aun hasta los mismos huesos, así en los pecadores envejecidos en el servicio del demonio, la cadena infernal se insinúa hasta en la voluntad, que por lo mismo se endurece en ellos al igual del hierro, y bajo un peso tal que ellos no hacen otra cosa que suspirar, y las más veces en vano. Esos desgraciados quisieran, y no pueden; se levantan, y vuelven á caer; se arrepienten, y cometen nuevos pecados; se agitan en el fango, y jamás salen de él; oyen la voz de la gracia, y obedecen los instintos vergonzosos de la naturaleza. Ellos no quisieran haber comenzado, y jamás se resuelven á acabar. Ellos se echan en cara sus vicios, y jamás se corrigen. Ellos gimen bajo el peso de sus cadenas, pero nunca las rompen. El pecado, que otras veces les causaba horror, se les ha hecho con el tiempo una costumbre inveterada. La costumbre se la convertido en naturaleza, y la naturaleza se ha hecho para el pecador una necesidad de pecar. ¡Horrible necesidad, que produce cuasi la imposibilidad de corregirse! ¡Fatal imposibilidad que degenera en una fría desesperación de la salvación! ¡Horrorosa desesperación, que consume el terrible misterio de la condenación eterna! De este modo los pecadores por hábito continuarán llevando siempre las mismas cadenas; de temporales que son, ellos las harán eternas. En tanto que el alma del justo unida á Dios por la cadena de oro de la caridad, llevando á Dios en su corazón, y perma-

neciendo ella misma en el seno de Dios, se despierta en Dios á la hora de la muerte para reposar siempre con Dios; al contrario, el alma del pecador que ha vivido en la esclavitud del demonio unida á él por la cadena del pecado, que tiene al demonio en su corazón y que ella misma habita en él, se despierta á la hora de la muerte entre sus brazos para ir á participar eternamente de su sociedad en medio de un fuego devorador. ¡Teman, pues, los justos perder la dulce y preciosa libertad que han adquirido; y giman los pecadores al ver la horrible esclavitud á que los ha reducido el demonio!

Mas, ¿no queda ya esperanza alguna? ¿No hay medio alguno para romper las cadenas tan degradantes, y salir de una esclavitud tan vergonzosa? ¡Ah! ¡Desventurados pecadores, vuestro estado me causa compasión! Mas, ¿qué queréis que os diga?

Escuchad sin embargo lo que no habéis querido oír en otro tiempo, á saber, que no es lo mismo llevar al tribunal de la penitencia un solo pecado, que diez pecados; no es lo mismo confesar después de haber cometido una falta, que poner un intervalo de muchos años entre el pecado y la penitencia. Escuchad: si el mal es grave, ¿quién es la causa? ¿por qué os internáis tanto en los caminos del desorden, á pesar de los avisos de la gracia y los remordimientos de la conciencia? Al presente siento deciroslo; pero disimular el peligro no sería mejorar vuestra situación. El hombre habituado á cometer el mal, el hombre agobiado bajo el peso formidable de los hábitos criminales, difícilmente se levanta. Sin embargo no desmayéis; tened confianza. Vuestra conversión es difícil, no lo niego; pero no es imposible. El mérito infinito de la prisión que el Salvador quiso sufrir por vosotros, permanece en toda su virtud. Vosotros no tenéis que hacer más que aplicároslo; esto podréis conseguirlo por medio de la oración, de las lecturas piadosas y de las prácticas de devoción, con el uso de los sacramentos, la huida de las ocasiones, y una separación pronta de todas las personas y de todos los lugares donde comenzó vuestra esclavitud. Confieso que esto no es fácil; pero es indispensable. ¿No os sometéis á la prueba misma del fuego y del hierro para prolongar algunos días la salud de vuestro cuerpo? ¿Y qué es el sacrificio de los falsos amigos, de las sociedades disolutas y de las intrigas homicidas, cuando se trata de salvar el alma por toda la eternidad? Creed además que lo que es imposible con las solas fuerzas de la naturaleza, se os hará fácil con los auxilios de la gracia. Lo que el hombre no puede, lo puede Dios. Si, vosotros veréis caer á vuestros pies los pedazos de vuestras cadenas; vosotros recobraráis la verdadera independencia del espíritu, la verdadera libertad del corazón, y pasando al

presente de la esclavitud del demonio á la libertad de los hijos de Dios *in libertatem gloria filiorum Dei*, daréis un día gracias en el cielo á la bondad de nuestro Salvador, que nos ha conquistado esta libertad por el misterio de su cautividad. Así sea.



EL TRIBUNAL DE CAIFÁS

Principes ejus quasi leones rugientes. Judicio ejus lupi respere. Injuste egerunt contra legem. Nesciunt autem iniquus consuetudinem.

Sus príncipes como leones rugientes. Sus jueces como lobos nocturnos. Obraron injustamente contra la ley. Mas el malvado no conoció la vergüenza.

(SOPHON. III, 3.)

Uno de los juicios más inicuos, hermanos míos, de que se hace mención en la Escritura es la sentencia impia cuya inocente víctima fué Naboth. Para despojarle de su viña, única heredad que le habían legado sus ascendientes, y transferir su propiedad á Acab que deseaba con ansia unir la á sus dominios, ¿qué hace la injusta Jezabel? Digna consorte de un esposo tan infame, abusa del nombre y del sello real para reunir un tribunal extraordinario, compuesto de los hombres más malvados de entre los grandes y los ancianos del pueblo. Por su orden es presentado en el el desventurado Naboth. Dos falsos testigos á quienes ella misma llama abortos del infierno, hijos de Belial, le acusan de haber blasfemado de Dios ó insultado al monarca, y en virtud de esta deposición hace ella condenar á la muerte mas injusta al hombre más religioso, al súbdito más fiel que había en Israel; después, para enriquecerse con sus despojos y hacerse dueña de su heredad, le hace quitar la vida (III. *Reg.* 21.)

Esta fué sin duda una sentencia funesta, pronunciada por un tribunal infame y despiadado. Y sin embargo, este tribunal no era

otra cosa que la figura profética de aquel que la verdadera Jezabel, es decir, la sinagoga, debía formar para satisfacer á Caifás, verdadero Acab, con el objeto de hacer acusar por falsos testigos y condenar por jueces inicuos al verdadero Naboth, Jesucristo, á quien se quería despojar de su viña, es decir, de la casa de Israel, de que el mismo Jesucristo se proclama heredero legítimo en la parábola de los viñadores avaros y crueles. Esta es la razón porque ese tribunal sanguinario que se había reunido en el palacio de Caifás; adonde debemos seguir hoy las pisadas del Salvador que se halla en manos de sus péridos enemigos, no puede mirarse como una asamblea de jueces, sino más bien, según lo había designado el profeta muchos siglos antes, como una turba de leones rugientes, ó de lobos acosados por el hambre, impacientes por devorar el cordero divino y saciarse de su sangre. La deposición de los testigos no presenta ni aun una sombra de verdad; la sentencia de los jueces no deja ver ninguna apariencia de equidad; y jueces y testigos, todos son igualmente inicuos, y no se ruborizan de la infamia que recae sobre sus testimonios y su sentencia. Pues bien, este es el cumplimiento de la profecía que debemos consignar hoy en el tribunal de Caifás, por el carácter de los jueces que le componen y por el de los testigos que en él se admiten, como asimismo por las falsas acusaciones que se reciben contra el Salvador. Este espectáculo nos inspirará horror á la injusticia enorme con que fué tratado Jesús, y nos guardaremos de ser injustos con los cristianos nuestros hermanos. Pidamos antes la gracia, *Ave Maria.*

¿Quién lo hubiera creído jamás! Apenas los discípulos vieron á su Divino Maestro cargado de ligaduras, hermanos míos, cuando al momento emprendieron todos la fuga. Antes de la tentación creyeron poder pasar sin los auxilios de Dios, y omitieron la oración; en el momento de la tentación, creyeron que todo estaba perdido, y sucumbieron. Presuntuosos al principio, se hicieron al fin incrédulos. Demasiado confiados desde luego en sí mismos, acabaron por desconfiar del mismo Dios. Así el primer exeso les había ya dispuesto para el segundo, porque existe una relación secreta entre la presunción y la cobardía, entre la temeridad y la huida, entre las promesas pomposas y el olvido total de las obligaciones. Sólo á la humildad sincera, según el pensamiento de San Pablo, pertenece el verdadero valor, supuesto que cuanto más desconfía el hombre de sí mismo y se apoya en Dios, más fuerte se hace con la fuerza misma de Dios.

El Salvador preso fué llevado al palacio de Anás, que había sido

gran pontífice. Este era un hombre soberbio, avaro, voluptuoso y cruel, y por lo tanto, enemigo encarnizado de la doctrina, vida y persona de Jesucristo. Esta presentación fué hecha por instigación de los sacerdotes más jóvenes. Estos querían proporcionar á aquel anciano la bárbara satisfacción de ver agobiado bajo las cadenas un personaje tan importante como Jesús, que era desde mucho tiempo el objeto de un odio implacable para el pontífice. Pero hay otra razón, y es que, envejecido Anás en la malicia y cargado de años, podría imaginar algún delicto secreto, y sugerir algún medio plausible para que el Nazareno apareciese digno de muerte.

Nosotros ignoramos el recurso de que se valió el pontífice Anás; mas lo que sabemos es que este hombre, después de haber satisfecho su odio salvaje con el espectáculo de las humillaciones y de los insultos del augusto preso, le envió á Caifás, digno yerno de tal suegro y que había sido elevado para aquel año á la dignidad de gran sacerdote.

En virtud de la institución divina sancionada por la ley de Moisés, la soberanía del sacerdocio era entre los hebreos una dignidad vitalicia, y al mismo tiempo hereditaria entre los descendientes de Aarón. Mas en tiempo de Jesucristo, la ambición y la avaricia de los jefes de las familias sacerdotales, á pesar de querer adquirir la reputación de ser observadores escrupulosos de la ley de Moisés, habían hecho del soberano sacerdocio una dignidad temporal limitada al espacio de un año, y al mismo tiempo la habían hecho electiva, ó por mejor decir, venal; porque el prefecto romano la confería ordinariamente al que más ofrecía, y San Jerónimo asegura, según el historiador Josefo, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, que Caifás se había elevado á esta dignidad suprema del sacerdocio, sirviéndose precisamente de su oro como de escala para subir á ella. Debe sorprendernos en vista de esto, que este pontífice de iniquidad pronunciase una sentencia inicua?

El gran consejo se había reunido en la casa de este hombre tan malvado y perverso, y se había declarado en sesión permanente. Todos los sacerdotes, todos los doctores de la ley y todos los ancianos del pueblo esperaban allí con ansiedad el resultado de la expedición de Judas. Pues bien; esta reunión era digna de figurar al lado de Caifás su jefe, compuesta como está de los mismos hombres que habían decretado en unión con la muerte del Redentor en el último consejo. Esta asamblea, por consiguiente, no se compone de jueces integros; no encierra otra cosa que crueles verdugos, que ocultan un bárbaro furor bajo la toga de magistrados. Jesucristo no

es un acusado que va á sufrir la prueba del juicio de los hombres, sino un cordero que va á ser devorado por los dientes de lobos hambrientos.

Ellos quieren, sin embargo, disimular su rabia sanguinaria bajo la máscara de la hipocresía; ellos procuran vestir su intriga de ciertas formas judiciales, y dar al asesinato jurídico del inocente las apariencias de la legalidad. Solicitos por recoger las acusaciones más inicuas y prestar oídos á las más atroces calumnias, mandan por todas partes emisarios y satélites para buscar testimonios; ordenan, asimismo, en la imposibilidad en que se encuentran de hallarlos verdaderos y fieles, que se presenten á su tribunal hombres sobornados y testigos falsos. Tan cierto es que para estos magistrados sin probidad y sin pudor, todos los caminos son buenos, todos los medios son legítimos con tal que puedan mandar al suplicio á Jesús de Nazaret.

Cuando la autoridad hace pesar de una manera evidente el yugo de la opresión sobre el débil inocente; cuando la calumnia espera recompensas, en vez de los castigos que debía temer, el número de los calumniadores y de todos aquellos que venden su conciencia se multiplica infinitamente. Ved aquí por qué una turba de falsos testigos se presentó á este tribunal de sangre, atraída por la seguridad de su impunidad y por la esperanza de halagar los deseos del Sanhedrin.

Entre tantos calumniadores no se encontró ni uno solo que hiciese pesar sobre el Redentor una acusación de importancia. Lejos de eso, sus deposiciones eran evidentemente frías y despreciables, ó bien se destruían mutuamente por una evidente contradicción.

¡Oh triunfo magnífico de la inocencia de Jesús! En medio de tan numerosas deposiciones no encuentra la calumnia ni aun una sombra ni una apariencia de que pueda prevalecer contra él.

Dos acusaciones; sin embargo, parece que debían contraerse de entre tantas imputaciones calumniosas presentadas contra el Salvador; éstas son las de dos testigos falsos que declararon haberle oído decir: «Yo puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días.» Y, sin embargo, los evangelistas miran también esta deposición como un falso testimonio; falso testimonio que consiste, no sólo en afirmar un hecho que no ha sucedido, sino también en dar á las palabras un sentido diferente de aquel en que han sido dichas. Esto es precisamente lo que hicieron aquellos viles acusadores. En primer lugar, es cierto que Jesús había hablado de la destrucción de un templo; mas, como los evangelistas han tenido cuidado de advertir, él hizo alusión al templo vivo de su sagrado cuerpo, y de ninguna

manera tuvo intención de designar el templo material. En segundo lugar, aquellos testigos, al referir las palabras del Salvador, las habían alterado, le habían añadido algunas expresiones, habían mudado algunas otras, y de esta manera habían dado, á lo que era una calumnia manifiesta, la apariencia de una acusación inspirada por la verdad. Jesús había dicho: «Romped las ligaduras de este templo», y los testigos alteraron esta expresión y le hicieron decir: «Yo destruiré el templo de Dios.» Nótese bien que Jesucristo, á fin de no dejar duda alguna acerca de que sus palabras hacían relación á su cuerpo, no se sirve de las palabras *destruir* y *edificar*, sino que emplea las frases *romper las ligaduras* (desatar) y *resucitar*, las cuales significan evidentemente un cuerpo animado, un templo vivo y alegórico. Finalmente, para dar más claridad á sus expresiones, no dice: «Yo romperé las ligaduras de este templo», sino, por el contrario: «Romped vosotros mismos las ligaduras»; giro de frase que hace resaltar más claramente la alusión que hacia á su cuerpo real.

Los judíos eran celosos hasta el fanatismo por la existencia y por la gloria de su célebre templo, y era bastante hablar mal de aquel edificio sagrado para atraerse el odio del pueblo y ser reputado digno de muerte. Jeremías fué condenado á muerte por haber anunciado que Dios destruiría un día el templo, y San Esteban fué apedreado por haber renovado la misma profecía. Esta acusación contra Jesucristo era en manos de sus enemigos un resorte poderoso para sublevar contra él las pasiones populares. Ved aquí por qué una acusación de esta especie, que en ningún otro tribunal hubiera sido admitida en juicio como prueba, encontró favor en el de Caifás. Este pontífice no sólo la escucha, sino que la acoge al momento como una prueba legal, le da una grande importancia, la hace propagar y divulgar en el pueblo por los emisarios que manda por todas partes. Con estos odiosos manejos consiguió al fin que este mismo pueblo, que poco antes veneraba á Jesús como á un profeta, le detestase después como á un sacrilego; que las mismas voces que habían hecho resonar en los aires su *Hosanna*, lanzasen cinco días después gritos de muerte contra el mismo Salvador, y que aun en el tiempo mismo en que estaba clavado en la cruz, ese pueblo extraviado viniese á echarle en cara con un insulto irónico la pretensión audaz que había manifestado de querer destruir el templo de Dios: *Vah! qui destruis templum Dei!* Infernal astucia de aquellos asesinos disfrazados de jueces!

Sin embargo, los judíos mismos no se atrevieron á presentar esta acusación en el tribunal de Pilatos. Si provocó entre ellos una alegría fantástica, fué principalmente por el efecto que podía producir

y que produjo realmente en el pueblo; pero no quedaron plenamente satisfechos de ella. Desesperando, pues, aquellos verdugos de poder fundar sobre las acusaciones de los testigos ni aun una apariencia de culpabilidad contra Jesús, quisieron encontrarla en sus mismas respuestas. Con este fin tan criminal, olvidando Caifás el respeto debido á la alta dignidad de que estaba revestido en cualidad de gran pontífice y de presidente del consejo, se levanta en medio de la asamblea, y descendiendo al oficio de juez instructor, se aproxima al acusado y le dice con voz insolente: «¿Qué haces? ¿Por qué no hablas? ¿No oyes los graves cargos que esos testigos hacen pesar sobre ti? Miserable, supuesto que te obstinas en callar, es que nada tienes que responder.» Nada era más fácil al Salvador que destruir la acusación presentada contra él de haber querido destruir el templo. Para confundir á sus dos acusadores, no tenía más que repetir sus mismas palabras, cuyo sentido habían alterado aquellos criminales. Sin embargo, él no quiso hacerlo; él no opuso una sola palabra á la provocación insolente con que Caifás creyó haber herido su amor propio, y se encerró en su tranquilo y majestuoso silencio. Y, en efecto, ¿para qué había de responder? Sabía que, estando ellos obstinados, como lo estaban, en no abrir los ojos á la luz de las obras de su misericordia, mucho menos habían de prestar oídos á sus palabras. Por otra parte, esta asamblea no tenía de tribunal más que la forma; no era en realidad más que una reunión tenebrosa de asesinos, ávidos de la sangre de Jesús, y para manifestarles que los había conocido, no se dignó responderles; su silencio era una elocuente reconvencción.

¿Qué hacen Caifás y sus consejeros á vista de este silencio, verdadero triunfo para el Salvador? ¡Ay! ¡Una especie de vértigo infernal se apodera de ellos; y lejos de haber podido comprender el grande é inefable misterio de que ellos mismos van á ser los ministros, ni aun aprecian las apariencias! Y ¿cosa sorprendente! es necesario confesarlo: Pilatos, á pesar de ser pagano, aquel hombre que no había sido ilustrado por la fe, ni había nacido bajo el imperio de la ley, se sorprendió del majestuoso silencio que Jesús guardó también en su presencia, sintió aumentarse su admiración y respeto, y redobló sus esfuerzos y su celo por librarle del suplicio. Y los judíos, adoradores del verdadero Dios, ese pueblo privilegiado que había recibido una ley de justicia y de verdad, lejos de conocer que el silencio del Salvador hacia brillar su inocencia mucho más que si les hubiese respondido, toman de él ocasión para odiarle más y para llenarle de oprobios, y su furor se aumenta, y sus persecuciones no cesan sino

después de su muerte. ¡Barbaros! Ellos habian depuesto todo sentimiento de humanidad.

¡Ojalá, hermanos míos, el tribunal de Caifás hubiera sido, en la destrucción de Jerusalén, enterrado para siempre bajo sus ruínas! Mas, ¡ay! en nuestros días principalmente parece que ese tribunal infame renace de sus cenizas, y es demasiado cierto por desgracia que se multiplica en una proporción espantosa entre las naciones cristianas, con menosprecio de la fe y de la ley de Jesucristo. ¿No estamos viendo en efecto diariamente una nube de hombres, á quienes no recomienda mérito ni virtud alguna, lanzarse sobre los empleos públicos por los más vergonzosos caminos? Esas almas bajas, que han abdicado todo instinto de conciencia y que jamás han penetrado en el santuario de la ciencia, no solicitan los cargos públicos sino por la autoridad de que disfrutan, por los honores inherentes á ellos, por los adelantos de fortuna que proporcionan y por la impunidad que aseguran. Poco les importan los deberes que imponen ni la responsabilidad que llevan consigo. A imitación de Caifás y de los sacerdotes, verdaderos satélites de sus crímenes, más bien que ministros de su sacerdocio, los hombres á quienes aludo llegan á los empleos públicos por los caminos de la corrupción y de la intriga, y nosotros tenemos el dolor de verlos sostenerse en ellos sólo por medio de la injusticia.

Sin fortuna, y lo que es todavía peor, sin mérito se levantan de las clases más oscuras y usurpan un lugar entre los grandes del pueblo, no apoyándose en el brazo de la justicia, sino asistiendo al favor ó á la intriga. Tan soberbios y altaneros al presente como viles y aduladores fueron en otro tiempo, parece que quieren indemnizarse sobre el público y sobre sus desgraciados subalternos del largo noviciado de humillaciones y de bajezas que sufrieron bajo el dominio de sus superiores, y procuran explotar su flaqueza, sorprender su confianza y burlar su credulidad.

¿Quién podrá contar las injusticias cometidas diariamente, las recompensas negadas ó suspendidas, los méritos olvidados y los inocentes oprimidos? ¿Quién podrá numerar las lágrimas que por esta causa se vierten? Y sin embargo, ¡contemplad los autores funestos de tantas desgracias! Apenas se dignan echar una mirada desdeñosa sobre las víctimas de su insaciable codicia y de su egoísmo cruel, ó fijan sobre ellas una mirada de indiferencia, mientras que por su parte hacen caillar sus remordimientos al ruido de los festines. Tan descarados como injustos, ostentan á los ojos del público escandalizado el insultante espectáculo de una opulencia, fruto vergonzoso

de su rapacidad y de la fortuna que han levantado sobre la miseria ajena.

¿Qué pensáis vosotros, hermanos míos, de esos hombres que pueblan, sin embargo, todos los países de la Europa civilizada y cristiana? ¿No creéis que, con todos los principios de moral y de religión, han abjurado también todos los instintos de humanidad? Sin duda alguna; el león que destroza, el lobo que devora el rebaño sin defensa, tiene más pudor y menos crueldad que esos hombres de corazón de bronce que son la vergüenza del siglo XIX. ¡Oh Caifás, qué turba de imitadores y de discípulos cuentas todavía entre nosotros!

Mas, ¿dónde está la causa de esta plaga que consume el cuerpo social y que amenaza extender cada día más su horrible gangrena? Es necesario decirlo; Caifás, lo mismo que los sacerdotes y los ancianos de los judíos, no estaban tan corrompidos, ni eran tan avaros y tan crueles sino porque pertenecian á la secta de los Saduceos. Desechando por lo mismo el dogma de la inmortalidad del alma, no tenían la santa esperanza ni el temor saludable de la vida futura, y se ocupaban únicamente en crearse, por todos los medios imaginables, una felicidad material en este mundo. Pues bien, los mismos efectos suponen la presencia y la acción de los mismos principios y de las mismas causas. El libertinaje que levanta insolentemente la cabeza, la avaricia que no conoce ya freno, ese furor monstruoso de querer hacer su fortuna con los despojos de sus semejantes, todos esos vicios, esparcidos en las clases todas de la sociedad actual, prueban que los cristianos modernos han desterrado de su memoria la Religión y sus leyes santas, Dios y sus terribles juicios, la muerte y su saludable terror, la eternidad y sus terribles suplicios.

No parece sino que en nuestro siglo, el vapor, esa potencia nueva ha llevado, en su rápido curso, la religión lejos de nosotros: no parece sino que el hierro, destinado en adelante á facilitar las comunicaciones de los pueblos entre sí por caminos nuevos, ha hecho olvidar el camino que conduce al cielo. En medio de todas las invenciones, en medio de todos esos admirables descubrimientos que se han hecho para proporcionar el bienestar del hombre en este mundo, nada se ha hecho para acelerar el progreso de la virtud. Y sin embargo no es el lujo, no es la elegancia en los modales ni los círculos brillantes lo que forma la verdadera civilización de un pueblo. El humilde labrador de las campiñas que, instruido en sus deberes de cristiano, los cumple con fidelidad; que lleno de piedad para con Dios, se conserva casto en sí mismo y se muestra justo con su prójimo; que acoge al huérfano y alivia las miserias de la viuda; que prac-

tica la caridad con el pobre y la hospitalidad con el extranjero... Un hombre tal, a pesar de su exterior tosco, es mil veces más civilizado que el rico habitante de las ciudades que, bajo formas halagüeñas y distinguidas, oculta un corazón corrompido y un refinado egoísmo. El conocimiento y la práctica de la verdadera religión es lo que forma la civilización verdadera.

Redoblad, pues, vuestra vigilancia, padres de familia, maestros de la juventud, depositarios de la autoridad; redoblad vuestra influencia y vuestro celo para propagar en todas las clases del Estado el conocimiento, el amor y la práctica de la verdadera religión. Evitad á la sociedad con vuestros esfuerzos en prevenirlos, el escándalo, el oprobio y todos los males que causaron la ruina de la antigua capital del pueblo de Dios. Salvadla, en una palabra, de la desgracia de tener por magistrados y por administradores á esos hombres crueles cuyo corazón está siempre abierto á la injusticia y siempre cerrado á la compasión, y cuya frente jamás se ruboriza.

LA BOFETADA

Recogitate cum qui talem sustinuit á peccatoribus aduersus semetipsum contradictionem, ut ne fatigemini, animis vestris deficiatis.

Pensad en aquel que sufrió una gran contradicción por parte de los pecadores, para que no os desaniméis ni calguis en el abatimiento.

(Hana. 12, v. 3.)

Todos los perseguidores de la verdad han sido siempre tan artificiosos é hipócritas como injustos y crueles. Ved á Acab. Ese monarca impío aborrece de muerte al inocente y animoso Miqueas, porque este profeta le echa en cara sus vicios y le amenaza con los castigos de Dios. Sin embargo, él hace comparecer un día ante su inico tri-

bunal, compuesto de cuatrocientos profetas falsos, animados todos por el espíritu del demonio, al piadoso Miqueas, único profeta inspirado por Dios. El le ruega y le conjura que le descubra claramente la voluntad del cielo, mientras que en el fondo de su corazón sólo le pregunta con el fin de encontrar en sus respuestas una ocasión ó un pretexto para hacerle morir. En efecto, apenas el profeta habla, cuando su discurso lleno de modestia y de sinceridad, es mirado como un audaz insulto; uno de los satélites del rey, seguro de que agrada en ello á esta majestad indigna, imprime en el rostro del profeta una insolente bofetada, y el rey y su consejo acaban por condenar á Miqueas á la pena de muerte.

La palabra Miqueas significa: «Que es igual á Dios, ó Hijo de Dios.» ¿Y cómo no reconocer, dicen los Padres y los intérpretes, en este hecho acaecido en el tribunal de Acab, la historia anticipada, la profecía clara y terminante de lo que sucedió al verdadero Miqueas, al Hijo de Dios, igual á su Padre, cuando se presentó ante el tribunal de Caifas? Este Pontífice indigno, lo mismo que su tribunal compuesto de infames, profesaba un odio profundo á Jesús, porque este divino Salvador no cesaba de censurar su vida escandalosa y de anunciar los castigos próximos á estallar sobre él. Sin embargo, por una artificiosa malicia, le excita á hablar no para que se justifique, sino á fin de que sus palabras suministren un motivo de acusación contra él. Mas apenas abre la boca, cuando una bofetada sacrilega marchita su rostro sagrado, y jueces y pontífice se apresuran á condenarle.

¡Oh ultraje sangriento hecho á la majestad de Dios ante el tribunal de los hombres! El nos recuerda, dice San Pablo, que sólo por nosotros sufre Jesucristo una contradicción tan grande y una afrenta tan cruelmente ignominiosa. El nos enseña que no debemos entregarnos al resentimiento ni al rencor cuando recibimos una injuria por parte de los hombres, sino que por el contrario debemos sufrirla con paciencia, en vista de lo que el Hijo de Dios, tan santo y tan inocente, sufrió por nosotros.

Animados de estos sentimientos, debemos meditar hoy todas las circunstancias de la injuriosa bofetada, de la afrenta cruel que recibió nuestro Salvador, y examinar el misterio que en ella se encierra, las instrucciones que nos da y las gracias que puede alcanzarnos. Pero antes pidamos la gracia. *Ave Marta.*

A pesar de todos los medios de seducción, hermanos míos, á pesar de la autoridad suprema de que estaban investidos los magistrados y

tica la caridad con el pobre y la hospitalidad con el extranjero... Un hombre tal, a pesar de su exterior tosco, es mil veces más civilizado que el rico habitante de las ciudades que, bajo formas halagüeñas y distinguidas, oculta un corazón corrompido y un refinado egoísmo. El conocimiento y la práctica de la verdadera religión es lo que forma la civilización verdadera.

Redoblad, pues, vuestra vigilancia, padres de familia, maestros de la juventud, depositarios de la autoridad; redoblad vuestra influencia y vuestro celo para propagar en todas las clases del Estado el conocimiento, el amor y la práctica de la verdadera religión. Evitad á la sociedad con vuestros esfuerzos en prevenirlos, el escandalo, el oprobio y todos los males que causaron la ruina de la antigua capital del pueblo de Dios. Salvadla, en una palabra, de la desgracia de tener por magistrados y por administradores á esos hombres crueles cuyo corazón está siempre abierto á la injusticia y siempre cerrado á la compasión, y cuya frente jamás se ruboriza.

LA BOFETADA

Recogitate cum qui talem sustinuit á peccatoribus aduersus semetipsum contradictionem, ut ne fatigemini, animis vestris deficiatis.

Pensad en aquel que sufrió una gran contradicción por parte de los pecadores, para que no os desaniméis ni calguis en el abatimiento.

(Hana. 12, v. 3.)

Todos los perseguidores de la verdad han sido siempre tan artificiosos é hipócritas como injustos y crueles. Ved á Acab. Ese monarca impío aborrece de muerte al inocente y animoso Miqueas, porque este profeta le echa en cara sus vicios y le amenaza con los castigos de Dios. Sin embargo, él hace comparecer un día ante su inico tri-

bunal, compuesto de cuatrocientos profetas falsos, animados todos por el espíritu del demonio, al piadoso Miqueas, único profeta inspirado por Dios. El le ruega y le conjura que le descubra claramente la voluntad del cielo, mientras que en el fondo de su corazón sólo le pregunta con el fin de encontrar en sus respuestas una ocasión ó un pretexto para hacerle morir. En efecto, apenas el profeta habla, cuando su discurso lleno de modestia y de sinceridad, es mirado como un audaz insulto; uno de los satélites del rey, seguro de que agradará en ello á esta majestad indigna, imprime en el rostro del profeta una insolente bofetada, y el rey y su consejo acaban por condenar á Miqueas á la pena de muerte.

La palabra Miqueas significa: «Que es igual á Dios, ó Hijo de Dios.» ¿Y cómo no reconocer, dicen los Padres y los intérpretes, en este hecho acaecido en el tribunal de Acab, la historia anticipada, la profecía clara y terminante de lo que sucedió al verdadero Miqueas, al Hijo de Dios, igual á su Padre, cuando se presentó ante el tribunal de Caifas? Este Pontífice indigno, lo mismo que su tribunal compuesto de infames, profesaba un odio profundo á Jesús, porque este divino Salvador no cesaba de censurar su vida escandalosa y de anunciar los castigos próximos á estallar sobre él. Sin embargo, por una artificiosa malicia, le excita á hablar no para que se justifique, sino á fin de que sus palabras suministren un motivo de acusación contra él. Mas apenas abre la boca, cuando una bofetada sacrilega marchita su rostro sagrado, y jueces y pontífice se apresuran á condenarle.

¡Oh ultraje sangriento hecho á la majestad de Dios ante el tribunal de los hombres! El nos recuerda, dice San Pablo, que sólo por nosotros sufre Jesucristo una contradicción tan grande y una afrenta tan cruelmente ignominiosa. El nos enseña que no debemos entregarnos al resentimiento ni al rencor cuando recibimos una injuria por parte de los hombres, sino que por el contrario debemos sufrirla con paciencia, en vista de lo que el Hijo de Dios, tan santo y tan inocente, sufrió por nosotros.

Animados de estos sentimientos, debemos meditar hoy todas las circunstancias de la injuriosa bofetada, de la afrenta cruel que recibió nuestro Salvador, y examinar el misterio que en ella se encierra, las instrucciones que nos da y las gracias que puede alcanzarnos. Pero antes pidamos la gracia. *Ave Marta.*

A pesar de todos los medios de seducción, hermanos míos, á pesar de la autoridad suprema de que estaban investidos los magistrados y

los pontífices erigidos en jueces del Mesías, con todos sus esfuerzos y á pesar de haber mendigado y escuchado un gran número de falsas suposiciones, no habian podido encontrar un solo testimonio que pudiese hacerle alguna reconvencción digna de aprecio. Aquellos jueces inicuos habian puesto al preso en el caso de justificarse de las imputaciones presentadas contra él, con la intención bárbara de sacar de sus respuestas un motivo de acusación que en vano habian esperado encontrar en las deposiciones de los testigos; pero el Señor habia confundido sus culpables designios guardando un profundo silencio. ¿Qué hace entonces el astuto Caifás? Principia á interrogar á Jesús sobre los discípulos de que se habia rodeado y sobre la naturaleza y el objeto de su doctrina. El infame pontífice se lisonjeaba de poder descubrir por este medio alguna cosa censurable en su doctrina, supuesto que no habia podido encontrarla en su persona, y esperaba hacerle pasar por un ciudadano seditioso, jefe de sociedades secretas, é innovador peligroso en materia de religion.

Si Jesucristo, nuestro Redentor, no hubiera sido al mismo tiempo nuestro Maestro, hubiera eludido también esta capciosa pregunta de Caifás, guardando el mismo silencio y manifestando el mismo desprecio. Pero importaba á toda la Iglesia, que habia venido á fundar, saber que él no era autor de una doctrina oculta, que busca las tinieblas y aborrece la luz; y en este supuesto, pensando más bien en instruir á los futuros cristianos que en satisfacer la insidiosa curiosidad de los judíos presentes, responde con una voz grave y majestuosa: «Yo he hablado siempre públicamente á todo el mundo; yo he enseñado en la sinagoga y en el templo, y las doctrinas que he explicado privadamente, no son diferentes de las que he anunciado en público. Por consiguiente, en vez de preguntarme á mí, preguntad más bien á algunos de los que me han oído; ellos saben perfectamente y pueden decir lo que les he enseñado. ¡Oh respuesta admirable! El que con un tono tan imponente asegura haber hablado públicamente al mundo, se anuncia evidentemente y se revela como el verdadero Maestro y el verdadero legislador del mundo.

Por otra parte, no puede imaginarse una respuesta más dulce, más sensata ni más justa que ésta tomada en su sentido literal. El Salvador hizo alusión principalmente á los emisarios que los mismos sacerdotes habian enviado un día con la comisión de prenderle, mientras que enseñaba en el templo, y que se habian hecho sus admiradores y sus discípulos después de haberle oído. El dice que nada era más fácil que saber de boca de ellos lo que él habia enseñado, y que el camino más sencillo y más legitimo en un juicio semejante,

era el de dirigirse á ellos más bien que á él. Porque ¿se ha oído decir jamás que cuando se trata de doctrinas peligrosas ó sospechosas se comience por interrogar á los que las han propagado, sin preguntar antes á los que las han oído?

Mas ¡ah, hermanos míos! á pesar de una respuesta tan digna, ved cómo un lacayo del soberano pontífice, aquel mismo Malco, cuya oreja habia curado Jesús milagrosamente en el Huerto, se adelanta en medio de la sala donde Jesús estaba en pie, y tan cruel verdugo, como vil y bajo adulator, levanta su mano sacrilega, y con la intención de agradar al pontífice, hiere violentamente el sagrado rostro de Jesús. En vez de mirar esta brutal acción como una ofensa hecha á la dignidad del tribunal, todo el Sanhedrin la aplaude; de modo que, animado el insolente criado por estas señales de aprobación, añadiendo el insulto á la brutalidad, dice al Salvador: «Temerario, ¿es así como te atreves á responder al pontífice supremo?

¡Oh indignidad! ¡Oh afrenta! ¿Puede imaginarse un ultraje más sangriento ni un insulto más atroz? El rey de la gloria es maltratado por el más vil de los esclavos; el hijo de Dios es vilipendiado por un hombre, desecho de los otros hombres. ¡Ay! la tierra tembló, los cielos se llenaron de espanto, los ángeles se estremecieron de horror y se cubrieron el rostro con las alas al ver á este ministro de iniquidad ultrajar de una manera tan cruel y bárbara al Dios de majestad.

Ciertamente Jesús hubiera podido interpelar á Caifás, y llenar de reconvencciones á este señor inhumano, cuyo odio manifiesto habia animado la insolencia de su criado; él hubiera podido decirle con mucha más razón que San Pablo al gran sacerdote Ananias: «Dios te herirá por sí mismo, muralla blanqueada, que sufres y apruebas que yo sea cobardemente herido en tu presencia.» Mas no; conservando Jesús hasta el fin el respeto al sacerdocio en la persona de aquel que estaba revestido de él, á pesar del abuso indigno y escandaloso que del mismo hacia, se vuelve hacia el hombre que le ha herido, y sin manifestar enojo alguno ni alteración, se contenta con decirle modestamente: «Si he dicho alguna cosa que no deba decir, muéstrame en qué he hablado mal; y si nada he dicho que no sea justo y razonable, ¿por qué me hieres?

Pero, podrá preguntarse ¿por qué el Salvador, que siempre apoyó su doctrina con su ejemplo, no observó aquí lo que habia aconsejado que se hiciese en semejantes circunstancias? ¿Por qué no presentó la otra mejilla al que le habia dado la bofetada, y sufrió silencioso el insulto que acababa de recibir? Si en esta ocasión el Señor no presentó la otra mejilla sin proferir una palabra, obró así por muchas

razones, todas igualmente dignas de su sabiduría y de su tierno amor para con nosotros. En primer lugar, Jesús fué acusado, aperebido y castigado por el infame Malco en presencia del primer tribunal de la nación, porque había faltado al respeto al gran sacerdote. Pues bien, si él hubiera disimulado y guardado silencio ante esta grave acusación; si después de haber sido herido en la mejilla una vez, hubiera presentado la otra para recibir un segundo ultraje, hubiera podido creerse que se reconocía culpable, y que confesaba de una manera tácita haber faltado á la dignidad sacerdotal. Debí, pues, rechazar la acusación que se hacía pesar sobre él, quejarse con dulzura del tormento cruel que se le hacía sufrir y pedir una prueba del crimen que se le imputaba, á fin de que la imposibilidad que había de aducir esta prueba, hiciese brillar su inocencia á los ojos de todos, y pusiese en evidencia la injusticia de sus enemigos. Estas respuestas, estas palabras admirables encierran también una sabiduría profunda. Supuesto que Jesús se había colocado en lugar nuestro, era propio de su caridad infinita consentir en ser castigado como nosotros habíamos merecido serlo; pero convenía también á la sublime dignidad, á la excelencia de su ministerio y á la humanidad misma, que su vida resplandeciese pura de toda mancha, y que ni su inocencia ni su santidad infinita quedasen un solo instante dudosas é inciertas, á fin de que fuese evidente á todos que el pecado por que fué castigado era nuestro, y no suyo, y que si sufrió como uno de nosotros, sufrió tan sólo por nuestro amor.

Efectivamente; el Salvador no quiere sufrir una afrenta tan grande delante de los hombres, sino porque había de ser más grande aún la vergüenza que nosotros debíamos experimentar en vista de nuestros pecados al presentarnos delante de Dios. La bofetada ignominiosa que Jesús recibe de los pecadores es, por consiguiente, á un tiempo mismo expiatoria y consoladora; ella es, por decirlo así, el salvo-conducto concedido á los pobres pecadores para que pudiesen comparecer en presencia de Dios sin temor y sin afrenta. Porque en el momento mismo en que el Hijo de Dios recibió como uno de nosotros y aceptó por nuestro amor con tanta resignación un insulto tan injusto y tan atroz, su Padre, en vista del mérito inífluído de una expiación tan grande, borró generosamente de nuestra frente la marca de la ignominia que habíamos contraído por nuestras culpas, y nos sacó de la vergüenza que debía hacernos ruborizar y llenar de espanto en su presencia. Así, pues, al tomar el Redentor para sí solo la deshonra que nos pertenecía, nos mereció su propia seguridad y su propia confianza delante de Dios, así como por su muerte nos mereció su misma vida.

Luego, supuesto que el recuerdo de nuestros pecados y la conciencia de nuestra ingratitude y de nuestra indignidad nos cubren de confusión; supuesto que al levantarnos para ir en busca de Dios, sentimos dolerse nuestras rodillas y estremecerse nuestro corazón; supuesto que nuestra lengua vacila y tartamudea, y que el rubor se extiende sobre nuestra frente, hasta el punto de que no osamos levantar los ojos hacia él, ni dirigirle la palabra; debemos figurarnos en nuestra imaginación el ultraje infamante, el insulto cruel que Jesús experimentó por parte de los pecadores, para bien de los pecadores mismos; este será un medio á propósito para no abatirnos ni perder nuestro ánimo y confianza. Y dirigiendo el corazón á Dios debemos decirle entonces con el profeta: Señor, mi bajeza y mi infamia me hacen indigno de que echéis sobre mí una sola mirada de misericordia; pero mirad el rostro sagrado de vuestro Hijo Jesús; ved en él la señal de la cruel bofetada que recibí por mí; y por el mérito de su ignominia, borrad la mía, y volvedme vuestra confianza, vuestra protección y vuestro amor.

Al manifestarse el Salvador sensible al insulto que había recibido en la ocasión solemne de que acabamos de hablar, y al preguntar jurídicamente el motivo, oíró como nuestro Maestro y nuestro modelo; porque de este modo nos dió á entender que los primeros movimientos de impaciencia y de cólera que el hombre siente cuando recibe una injusticia ó una afrenta, no son pecados, supuesto que preceden á la reflexión y al juicio de la razón. El nos hizo comprender que al sentir muchas veces, hermanos míos, encenderse la sangre y agitarse el espíritu; al experimentar una repugnancia, una antipatía interior en el acto de encontrar á un enemigo personal, de oírle hablar, ó de escuchar su nombre, sobre todo si la herida está todavía ensangrentada y la ofensa es reciente; todos estos sentimientos que se elevan en nosotros sin nuestra participación, como movimientos de la naturaleza irascible, independientes de la voluntad, no nos hacen culpables á los ojos de Dios, y que, por el contrario, pueden ser un motivo de mérito, si los ahogamos en nuestro interior y los reprimimos con prontitud. El nos ha enseñado que la ley del perdón de las ofensas y del amor de los enemigos no nos obliga á abandonar nuestra inocencia bajo el peso de la calumnia, ni á condenarnos á un silencio tan absoluto que no podamos protestar contra la inica persecución que nos oprime; y que si ella quiere, que hablemos con sabiduría y con dignidad cuando nos vemos inculpados ó castigados injustamente, ella nos autoriza al mismo tiempo á pedir, á ejemplo de Jesús, la prueba y la razón de los crímenes que se nos imputan,

de los indignos tratamientos que se nos hace sufrir, y á poder decir igualmente: «Si he hablado mal, manifestad en qué; y si he hablado bien, por qué me herís?» Y, compadecido de nuestra miseria y de nuestra flaqueza, ha querido endulzar así la severidad de la ley que ordena el perdón de las ofensas, y facilitararnos su observancia.

Sin embargo, cuando Jesús se quejó de la afrenta que se le hacía, y pidió la razón de ella, habló, es verdad, con una admirable firmeza, pero también con mucha serenidad; él manifestó una majestuosa dignidad, pero al mismo tiempo una gran dulzura. Con esta conducta nos enseñó que nuestra paciencia, á pesar de ser noble, majestuosa y magnánima, no debe dejar por eso de ser humilde y sincera, lo mismo cuando perdonamos, que cuando somos el blanco de la injusticia. El nos enseñó á defender nuestra inocencia por las vías legítimas, á proteger nuestra virtud con las únicas armas que le convienen, y á rechazar la calumnia y la mentira, no con la cólera y la amargura, sino con la paz en el corazón y la verdad en los labios; á no otorgar la razón á nuestros enemigos con el espectáculo de nuestra impaciencia y de nuestro furor; á no volver amenazas por amenazas, odio por odio ni ofensa por ofensa; y, como él mismo nos dice por San Pablo: No debemos dejarnos vencer por el mal, volviendo mal por mal, sino por el contrario, debemos triunfar del mal por el bien, volviendo bien por mal.

En efecto, ¿con qué derecho nos atreveremos, siendo pecadores como somos, á quejarnos, á entregarnos á los arrebatos de la cólera y á alimentar proyectos de venganza, si sufrimos alguna injusticia de parte de nuestros hermanos, cuando vemos al Hijo de Dios, que es la inocencia misma, sufrir con tanta paciencia por nuestro amor el atroz insulto que le hicieron los hombres? ¡Ah! No seamos tan celosos del aprecio de nuestros semejantes ni tan susceptibles respecto al honor, supuesto que Jesucristo consintió ser ultrajado por nosotros: imitemos por el contrario su dulzura y su paciencia en sufrir las injusticias que experimentamos de parte de aquellos que tienen con nosotros la misma naturaleza de hombres, la misma condición de esclavos y la triste cualidad de pecadores.

Si Jesucristo no presentó la otra mejilla al que le ahofecó, como les había dicho que debía hacerse, nos da claramente á entender por su conducta, que este precepto ó este consejo del Evangelio debe tomarse, lo mismo que otros muchos, más bien según el espíritu que según la letra; que el Salvador exige para el cumplimiento de este precepto sublime, más bien las disposiciones del corazón que la ostentación material de las obras; que la acción de presentar la otra

mejilla puede omitirse, y que lo que nos importa en este precepto es perdonar al que nos injuria y nos ofende, aun cuando sepamos que está pronto á renovar contra nosotros las ofensas y las injurias. Porque puede suceder, y sucede efectivamente con mucha frecuencia, que mientras que se manifiesta exteriormente calma y paciencia al recibir las injurias, se alimente en el corazón el resentimiento y el odio; y entonces ¿qué significa á los ojos de Dios esa máscara de resignación?

Muy diferente es la conducta del Salvador. Por una parte respondió con verdad sin manifestar resentimiento, y por otra se resignó con la mayor tranquilidad á dejarse ahofecar otra vez y á sufrir otros insultos más bárbaros aún. Así, pues, Jesucristo confirma en este día con su ejemplo el gran precepto que nos había dado antes con estas palabras: Sabed que mi Padre celestial no os perdonará, sino que por el contrario os castigará del modo más severo, si vosotros no perdonáis con toda la sinceridad del corazón á vuestro hermano que os ha ofendido.

El nos enseñó que basta perdonar en el fondo del corazón, sin que sea necesario hacerlo con cierta afectación exterior, y que no es suficiente tener con los que nos han ofendido un trato amable en apariencia, si se conserva en el corazón el odio contra ellos. Es decir que Jesús condenó con su ejemplo, no solo esas discordias públicas, esas enemistades manifiestas, esos odios brutales que estallan siempre en injurias sensibles, en riñas violentas, en traiciones horribles, en asesinatos crueles; sino que también condenó esos odios, que yo llamaría dulces y cultos, esas enemistades emboscadas, esos rencores secretos que no ponen en la mano del ofendido un arma para derramar la sangre y quitar cruelmente la vida á su agresor, pero que aguzan su espíritu y su lengua para hacerles desgarrar la reputación y el honor, tesoros mucho más apreciables que la vida misma; y desgraciadamente esa especie de enemistades se encuentran entre los mismos que ostentan educación y afectan piedad.

¿No es cierto, en efecto, que si nuestro prójimo tiene la desgracia de ofendernos, aunque sea una sola vez, por un solo acto que la calumnia inventa con frecuencia, ó que la maledicencia exagera, aun cuando sea por broma ó por diversión, y aun por ignorancia ó por distracción; no es cierto, repito, que se nos hace horriblemente anti-pático, molesto y odioso? Seguimos observando con él los miramientos debidos; no osamos pronunciar en su presencia palabras ofensivas; pero en su ausencia no dejamos de rebajar su mérito, de desacreditar sus talentos, de suscitar dudas acerca de su pudor, de su honestidad

y de su religión, de censurar su conducta y de calumniar sus intenciones; no cesamos de paralizar su industria, de desanimar su clientela, de detener la marcha de sus negocios y de sus intereses; no cesamos de hacerle sospechoso á sus amigos, de introducir la desconfianza en sus superiores y de excitar contra él el odio de sus parientes. Y ¿qué importa que sigamos visitando á la persona que nos ha ofendido, que le prodiguemos saludos é invitaciones, que le colmemos de atenciones y de cumplimientos, si después le desgarramos en secreto? En nuestro pecho se abriga el odio, la envidia y la venganza, y tanto más odiosas, en cuanto al pecado de encubrir una enemistad positiva añadimos el crimen de la hipocresía y de la traición. Esa falsa generosidad, esas atenciones afectadas, á las que nos sometemos más bien por un principio de educación que por espíritu de religión, más bien por no ofender la vista delicada del mundo que por obedecer la ley de Dios, no bastan para obtener el perdón del padre celestial, que lo ha prometido, no á las reconciliaciones aparentes, sino al olvido sincero de las ofensas y al verdadero afecto del corazón.

No somos culpables, repito, al experimentar repugnancia respecto al que nos ha ofendido; pero pecamos en alimentar esta repugnancia, en secundarla y en manifestarla en nuestros pensamientos, en nuestras acciones y en nuestras palabras; pecamos en abandonarnos á las imprecaciones, á las maldiciones y á las injusticias contra el agresor, y este pecado es diametralmente opuesto al espíritu del Cristianismo, supuesto que el cristiano, según la bella expresión de Tertuliano, es el hombre que no tiene enemigos, el hombre que olvida y perdona.

Así, pues, cuando la pasión nos domina, cuando el amor propio nos excita á tomar venganza de las injurias recibidas, debemos decirnos: No puedo, no debo, no quiero hacerlo: soy cristiano. De este modo, pues, nos sentiremos fortalecidos, y de tal modo superiores á nosotros mismos, que podremos cumplir la ley del perdón y obtener la recompensa. Así sea.

LA NEGACIÓN DE PEDRO Á JESUCRISTO

*Antequam gallus canat, ter me negabis.
Antes que cante el gallo, me has de
negar tres veces.*

(MAT. XXVI, 34.)

Jesús, acabada la oración en el huerto de Getsemani, se ha levantado ya para salir al encuentro del traidor que lo había de vender á sus enemigos. Los aterra, y da con ellos en el suelo con solo una palabra; pero les permite levantarse inmediatamente, y entregase en sus manos; entonces fué arrastrado en medio de un populacho vil, ebrio de rabia y odio, por las calles principales de Jerusalén, poco ha testigos de su triunfo y de las aclamaciones del pueblo. Es llevado desde luego á Anás, suegro del pontífice Caifás. Preguntado acerca de su doctrina en presencia de testimonios que seguramente no podían encontrar falta ninguna en este inocente y santo por esencia, Jesús responde con modestia, y por lo común guarda silencio. Sin embargo, conjurado en nombre de Dios vivo por el pontífice de la antigua ley, que declare si él es verdaderamente el Cristo, Hijo de Dios vivo, esto es, Dios también como su Padre, responde: «Tú lo dices; lo soy»; y luego de haber dicho estas palabras, su boca divina se cierra para guardar silencio profundo. El gran sacerdote rasga sus vestiduras; exclama que Jesús blasfema y que es digno de muerte.

Todos pronuncian esta misma sentencia; y entonces, como la noche estaba ya bastante avanzada, se le deja mientras es hora de sueño y descanso, entregado á una herda de forajidos, hecho blanco de los más crueles ultrajes é insultos de parte de los guardias y del soez populacho. Su rostro es abofetado y cubierto de salivas; véndansele los ojos, y se le pregunta adivine quién le pega; y así, aquel á quien adoran los ángeles, aquel cuya inefable visión hará el gozo eterno de nuestra inmortal vida, y nos servirá de gloria superabundante, este mismo Señor está hecho vil juguete de todo lo que el más insultante

desprecio puede imaginar, de todo lo que la irrisión y el escarnio tienen de más humillante y dañino, de todo lo que la injuria sugiere de más ultrajante, de todo lo que la indignación y malos tratamientos inventan de más grosero y asqueroso.

Y no solamente, en una constitución perfecta de su naturaleza sensible á más no poder, apta para todo sufrimiento, padece todos los dolores imaginables y más allá, sino que su alma quiso también saturarse de amarguras, y apurar hasta la hez ese cáliz de oprobio, sin que una gota se perdiese, y sin que recibiese del cielo el menor consuelo y desagravio en tan críticos momentos. Pero lo que hay de más sensible para su corazón, y lo que servirá de asunto á nuestra instrucción de hoy, fueron la infidelidad, la traición misma de su apóstol, la negación de San Pedro. Os suplico me estéis atentos, amados hermanos míos. Conjuro al cielo penetre á vuestros corazones de recogimiento y del espíritu de oración, para que en vista de este ejemplo de la flaqueza humana, que es cabalmente nuestra historia, como debe ser nuestra escuela, aprendamos á llorar de veras nuestros pecados, y á esperar en la bondad de Dios. Pidamos antes la gracia. *Ave María.*

Sabéis muy bien, amados hermanos míos, que Pedro había sido colimado de favores y privilegios por su Maestro, desde el día mismo en que Jesús lo había encontrado en las orillas del lago de Genezareth; mientras estaba lavando sus redes y su barca, porque era pescador. Habíalo visto el Señor, y lo miraba con amor, con este amor que constituye la elección y la vocación divina. Díjole pues: «Signame.» Llamados así por Jesucristo, habían abandonado inmediatamente sus barcas y redes Pedro y Juan, en las orillas del lago, y se agregaron á su carrera apostólica. Desde entonces no le dejaron jamás, y fueron constantemente testigos de sus actos, como de sus divinas instrucciones. Un día, entre otros, en que Jesucristo se dignaba sondear á sus discípulos, les preguntó lo que pensaban de él las gentes: *Quem dicunt esse Filium hominis?* «¿Quién dicen que es el Hijo del hombre?» Y ellos respondieron: unos dicen que sois Juan Bautista, otros dicen que sois Elías; los otros que Jeremías ó algún otro de los profetas; y se levanta Pedro, y pronuncia entonces por la primera vez en la tierra esta profesión solemne que se ha estado repitiendo de edad en edad, y que ha fundado la Iglesia: «Pues yo digo que vos sois el Cristo, hijo de Dios vivo.» Entonces fué cuando el Salvador, para garantizar su fe por medio de un testimonio irrefragable, y para dar cumplimiento á uno de sus mayores designios, se dignó respon-

derle: «Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» Fué establecido entonces Pedro jefe de los apóstoles, vicario de Jesucristo, y revestido anticipadamente de todo este poder que acatamos todavía en su sucesor el jefe actual de la Iglesia católica.

Acercábase empero el momento más solemne y más crítico, y Pedro tenía que manifestar su fe y su amor, porque en verdad él amaba entrañablemente á su Maestro. El momento, pues, tan solemne como crítico, iba á llegar, y Jesús, deseando precaver á sus discípulos contra el escándalo de su Pasión, les dice: «¡Oh amigos míos! vosotros os escandalizaréis en esta noche á causa de mí.» Replica Pedro inmediatamente, y con ardor sincero, pero demasiado precipitado, y que tan caro le había de costar, dice resueltamente: «¿Cómo?... ¡Yo, aun cuando todos se escandalizaren á causa de vos, yo no me escandalizaré jamás; no, jamás!—Pedro, esta misma noche, no muy tarde, sino antes que cante el gallo dos veces, tu me habrás ya negado tres.—¿Cómo? Señor! ¡Yo!... pronto estoy á seguirlos en la cárcel, y aun en la muerte.—Y por más que necesario me fuera morir, nunca jamás os negaré.—Y el Salvador vuelve otra vez á predicarle su triple negación. Y todos los Padres han visto, amados hermanos míos, en esta presunción, que sin duda procedía de un corazón sincero, pero también de una excesiva confianza en su fuerza y voluntad propia; han visto, digo, el origen de esta caída deplorable que vamos á meditar juntos para nuestra instrucción y consuelo...»

Pedro era virtuoso; Pedro se había sacrificado en defensa de su Maestro; ya lo sabéis, en la primera ocasión que se presentaba, puso al instante mismo mano á su espada, é hirió á uno de los sagelites del pontífice; solo, entre los demás, intentó oponerse resueltamente á la fuerza armada, resistiendo sólo él á la opresión. Pero Jesús, con su mansedumbre y bondad acostumbradas, apela á un milagro para curar la herida que su celoso discípulo acababa de hacer. Pero el momento llega ya; Jesús es preso y maniatado; arrastrase como á un malhechor por las calles en medio de la algaraza y silbos de la soldadesca y de los criados del pontífice. En tal coyuntura, Pedro: ¿qué haces? Pedro seguía de lejos: *Sequidatur à longe*; no le seguía sino de lejos. ¡Ved cuán pronto se va resfriando su ardor! Y sin embargo, hermanos míos, no os engañéis; Pedro amaba entrañablemente á su Maestro; lo seguía empero de lejos; y entra, por una especial protección que encuentra por casualidad, hasta el interior del atrio del gran sacerdote. Y allí ¿qué hace? Se calienta. Hacia frío, y nada más natural y sencillo que armarse á la lumbre. Pero entre

tanto su Maestro padece, sufre; su Maestro está hecho el blanco de todos los ultrajes é insultos de monstruos en figura humana. Pedro se está calentando muy quieto, haciendo corro con los enemigos de su Maestro. Se queda allí, oye sus propósitos, escucha sus discursos. Parece que advirtiéndole su debilidad, y sobre todo acordándose de las palabras del Salvador, hubiera debido huir, desconfiar de su valor. Pero no; se está quieto, calentándose muy tranquilamente.

Mas he aquí un acontecimiento temible que va á sobrevenir, y que Pedro ha podido y debido prever muy bien. Oyese á un lado del corrillo una voz acusadora, maliciosa, y se dirige á Pedro. Es la voz de una mujer, de una mujer esclava, de una mujer sirvienta en el palacio del pontífice. «¡Ah! yo te he visto. Tú eras uno de sus discípulos.—¡Yo!... no sé lo que estás diciendo.—¡Ah! sí; yo te he visto, y tu lengua te descubre.—¿Cómo? ¡yo!... no conozco á ese hombre.» Para un momento. El gallo canta por primera vez. Pedro se queda todavía. Lo que tiene de más débil la naturaleza, una mujer esclava, da al traste con ese valor, con ese ardor del jefe de los apóstoles y del fundador de la Iglesia. Si se hubiere tratado de una seducción de otro género, la condición de la acusadora no importaba nada, nada hacia al caso, ó al menos era poca cosa; ciertas gracias exteriores hubieran podido suplir ó bastar. Pero el que triunfa aquí es el miedo, y una sola palabra salida de una boca débil sobre, á lo que parece, para derrocar esta columna, este apoyo de la religión y de la Iglesia de Jesucristo.

Entretanto llama la criada á otra compañera suya para asegurarse de haber tenido razón y dicho la verdad.—«Pues sí; yo lo he visto también; yo lo reconozco muy bien; él es; él mismo es.—No, replica vivamente Pedro, no; yo te digo que no conozco á tal hombre.» Y en seguida se pone á jurar y á hacer imprecaciones para hacerse creer: «No, no; yo no conozco á tal hombre.» La bulla de este altercado, el ruido y tumulto que naturalmente movía este alboroto, causado por las acusaciones y negaciones, llaman la atención de los guardias y de los criados: veíelos correr hacia el lugar de la disputa. Los oís exclamar: «Sí, sí; por vida nuestra, es galileo; y estaba con esta gente... yo lo he visto en el huerto con él... y yo lo he visto desenvainar la espada... y yo...» «Pero, ¿qué haces? Tiembla todo su cuerpo.—¡Yo! ¡yo!... ¡pero si es digo que ni aun lo conozco!—¿Cómo! ¿no es el quien fué un día á buscarte á las orillas del mar de Genezareth, y te llamó para siempre su discípulo, y te nombró su amigo? ¿Cómo! ¿tú no conoces á ese hombre, Pedro? ¡Y durante tres años te ha estado colmando de favores, acariciándote y llenándote de distinciones;

él ha abierto para tí todos los tesoros de su corazón, y sobre tí ha esparcido todos los dones celestiales de la palabra y gracia divina.—«No, no; yo no conozco á tal hombre!—¿Pedro! ¿tú no conoces á ese hombre? ¿Cómo! ¿No es el mismo el que viste andar sobre las aguas para venir á tu encuentro y sostenerte en medio de la borrasca para que las olas embravecidas no te sumergieran? ¿Cómo! ¿tú no conoces á aquel cuyo maravilloso poder llenó de peces tu barquilla y tus redes, en tanta abundancia que no podías volver á tierra? ¿No es por ventura á tí á quien dirigió aquella hermosa y sublime frase: «En adelante, yo te haré pescador de almas?»

«No, no; ¡yo no conozco á tal hombre.—Pero, si yo te he visto en el huerto con él, dícele uno de la turba.—¡A mí! ¡yo! no, jamás.» Pedro, ¿tú no conoces á ese hombre? ¿Cómo! ¿no es él quien muy poco ha, transfigurado en el Tabor, te hizo testigo de su gloria y su poder, cuando teniendo á sus lados como representantes de la antigua ley á Elias y á Moisés, te hizo oír aquella voz de lo alto de los cielos: «Este es mi hijo muy amado, en quien he puesto todas mis complacencias», manifestando así su gloria y poderío? y cuando le dijiste, tú, Pedro, con Santiago y Juan: «¡Oh! ¡qué bueno es estar aquí!» Si, sí, muy bueno era estar allí; pero en la pasión, en medio de los insultos y ultrajes con que se agobió á tu Maestro; cuando éste se ve humillado, menospreciado, maltratado, ¿cómo es que no lo conoces tú? «Yo no conozco á tal hombre; jamás lo he visto.» Pedro, ¿no conoces tú á ese hombre? ¿Cómo! Pues ¿no es el quien atraía á todos los pobres, hambrientos de su palacio, quien multiplicaba por miles los prodigios, quien con solos cinco panes alimentaba una muchedumbre innumerable en el desierto? Tú estabas allí, Pedro; tú eras el principal distribidor del alimento milagroso; ¿y no te acuerdas ya? ¿Cómo! ¿no es el quien hizo escuchar á tus oídos aquellos discursos llenos de sabiduría divina? ¿Pedro, Pedro! ¿tú no lo conoces? «No, no; yo no lo conozco; no lo he visto jamás; yo lo afirmo, juro, protesto.»

¡Ah, hermanos míos! viendo estáis la flaqueza humana y nuestra debilidad en presencia de la verdad, en presencia de los peligros, de los milagros, de la bondad, de la sabiduría, de la santidad y de la perfección divina del Salvador. Ved ahí este hombre; ved este apóstol, constituido jefe de la Iglesia; ved al que irá á llevar el Evangelio hasta los confines del mundo. ¡Ah! en verdad, hermanos míos, vosotros mismos convendréis en ello: llegará un día en que Pedro irá á plantar la cruz de Jesús en la cima del Capitolio, en el seno mismo de Roma, de la Roma pagana, y á luchar cuerpo á cuerpo contra el

poder y tiranía de los Césares. ¡Oh! al menos vosotros lo confesareis; no podrá él atribuir á su fuerza, ni á su valor, ni á ninguna cualidad suya los prodigios que obren su palabra y su celo. ¡Ah! vedla ahí, á esta flaqueza, á esta debilidad humana! Vedle ahí, á este hombre que cede al miedo, al espanto, á la palabra de una mujeruela, á los gritos descompasados de unos cuantos miserables, de algunos criados rebelados contra su Señor. El lo reniega; él dice: ¡Anatema! en adelante va á ser el objeto de su odio y de su olvido... No, no; yo me engaño. Pedro, tú amabas á tu Maestro. Es verdad que en esta hora, en esta circunstancia, á la vista del peligro, le amabas algo menos: le amabas menos que á tu vida, y era necesario amarle más que á tu vida; pero, en fin, tú le amabas; y te quedaste allí, á pesar de tu debilidad, á pesar de tu flaqueza, para ver la continuación de todos aquellos acontecimientos que seguramente te llegaban al corazón.

Hermanos míos, todos deploramos amargamente esta flaqueza, esta debilidad humana. ¿Creéis vosotros que hubierais respondido mejor que Pedro, resistido más que él, mostrado más fidelidad, más valor que él? ¡Como! jamás hubiera pronunciado vuestra boca aquellas lamentables palabras: «No, no; yo no lo conozco.» Decidme, os suplico, si vuestra boca no ha pronunciado estas palabras, si no habéis renegado así de vuestro Maestro y Salvador, con vuestros labios. Decidme: cuando el mundo ha pedido á vuestra conciencia y á vuestro corazón concesiones que reprobaba la ley de Jesucristo; cuando se os ha puesto en el aprieto, ó de seguir el Evangelio y practicar sus mandamientos y doctrinas, ó hin de obedecer á exigencias vanas, injustas, culpables, decidme: ¿qué partido habéis tomado? Si me interno en medio de vuestros hábitos y costumbres; si me pongo á tomar cuenta de cada una de las horas de vuestra jornada; si pregunto á esta vida de mollicie, de ociosidad, de dejar correr las cosas á su arbitrio; si pregunto á esas conversaciones peligrosas, disolutas, á esas malas lecturas, decidme: ¿es que declararéis entonces conocer bien á Jesús, reputaros por sus discípulos, y seguirlo hasta la muerte? Decidme, decidme, si en tanto que se os ve sin embargo bastante atentos en la oración, frecuentar los templos, cumpliendo con vuestro deber de asistir al santo sacrificio de la misa, una vez al menos por semana; si, os digo, se os preguntase en seguida, si en todo lo restante del tiempo, es Dios á quien servís, hombres de mundo, ó si al contrario vuestra vida es vana, enteramente fútil, impregnada de afecciones desordenadas, de preocupaciones mundanas ó pecunias; ¡ah! en verdad no sé lo que podríais responder.

Deplorad, sí, deplorad la flaqueza y debilidad del apóstol; pero

lorad, lorad mucho más sobre la vuestra; porque en el curso de vuestra vida, con vuestras acciones y por medio de vuestra conducta, habéis dicho más de una vez: «No, no; yo no conozco á ese hombre.» Decidme: cuando se os está viendo; cuando se os pregunta; cuando se consideran los ejemplos que daís; ¿se os reconocerá por verdaderos discípulos de mi Salvador, de mi Maestro? ¿Es acaso el Evangelio cuya práctica tomáis á pecho seguir, cuya doctrina os proponéis como regla en vuestro lujo desenfrenado, en vuestros placeres sensuales, en donde naufragan muy de ordinario la virtud y el pudor? Cuando venís á ofender á los ángeles de Dios con vuestros adornos inmodestos; cuando prodigáis á vuestra vanidad tesoros que habrían podido alimentar por largo tiempo numerosas familias de pobres; cuando disipáis así la substancia que Dios os confía, decidme: ¿es esa la vida de un discípulo de Jesucristo? No quisiera seguramente que mi palabra en este recito sagrado lastimase el corazón de quien quiera que sea: no quisiera exagerar nada en el fervor de la franqueza de mi ministerio apostólico; pero ¡ah! abatido yo mismo frecuentemente por el recuerdo de mi propia flaqueza; interrogando, con la experiencia de mi ministerio, la vida de la mayoría de los cristianos, aun de los que á los ojos del mundo pasan por muy arreglados, yo me pregunto á la vez: ¿en qué hemos imitado al Salvador, reproducido su vida, profesado su fe? ¡Ah, hermanos míos! me veo obligado á confesar que hemos renegado de él muchas veces; que lo hemos negado no dos, no tres veces, sino diez, ciento, y aun mil y más veces, amados hermanos míos. Había dicho que se reconocería á sus discípulos en la caridad, á la caridad en la disposición del corazón, á la caridad en la sobriedad y cordura en el hablar; decidme, os ruego; ¿vuestras palabras respetan convenientemente la reputación ajena? ¿No se os ve atentos sin cesar á notar las faltas de vuestros prójimos, á encarecer deslices, extravíos en que tal vez hayáis tomado vosotros una gran parte y que bajo este supuesto no os tocaba á vosotros censurarlos tan acremente? ¿Es esta la caridad que Jesucristo os predicó? Pues bien, ahora, reconociendo aquí mismo todos vuestra debilidad, vuestra flaqueza, viendo que vosotros habéis negado también á vuestro Salvador, habéis abandonado sus leyes, adulterado su espíritu y menospreciado su amor; viendo que vosotros habéis escandalizado quizás en vuestro corazón al mundo, y esparcido en torno de vosotros tristes influencias; ¡ah! humillaos y conjurad al Señor os perdone en esta misma hora; pero para obrar mejor en adelante; para seguirle más de cerca y no abandonarlo en medio de los desprecios y ultrajes de su Pasión; meditad este episodio lamentable y aprovechaos de las instrucciones que encierra.

Me dirigire á las almas piadosas y fieles, y seguramente se hallan aquí en gran número. Disimuladme, amados hermanos míos; ya no quiero hablar para los que están ausentes, sino para vosotros, para vosotros que me estáis escuchando, para vosotros que consoláis el corazón del Señor, que en vuestra vida ponéis en primera línea el deseo de agradarle, respondedme: en este recinto mismo, en los ejercicios de piedad, en la frecuencia de sacramentos, en vuestras confesiones asiduas, que yo alabaré con toda mi alma, en vuestras comuniones frecuentes, que quisiera ver yo todavía más frecuentes, decidme: ¿tracis vosotros bien y debidamente todas las disposiciones del corazón, y en especial esa disposición, ese deseo de reformar verdaderamente vuestra vida, de corregir y refrenar lo que Dios reprueba, y de desarraigar lo que él condena? ¿Sois fieles á la inspiración secreta de la gracia que habla en vosotros, á ese espíritu de Dios que os cubre y ampara en su sombra, y que solo anhela colmaros de bendiciones y dulzura? Decidme todavía: ¿estáis aún tan puros como al salir de la infancia, poco alejados todavía de las impresiones de piedad de la tierna edad, bajo la influencia de la tradición de una madre cristiana y santa? ¡Ah! entonces vosotros os sentiais penetrados del amor de Dios; nada, nada habia superior á él en vuestros corazones; ninguna otra cosa podia hallar lugar en vuestro pecho; pero después, en medio de esta fascinación hechicera del mundo, de estas cosas vanas y frívolas en el torrente que os arrastra, decidme: ¿no habéis seguido también á vuestro Señor, de lejos? Y aun algunas veces en vuestras palabras y en vuestros actos, ¿no habéis hecho ver también que no le conociais ya? ¡Ah, hermanos míos! En estos dias de recogimiento y oración; cuando Dios tiene tanta necesidad de expiación y desagravios, os conjuro siquiera descendáis á lo más profundo de vuestras conciencias y de vuestros corazones; preguntaos escrupulosamente si sois efectivamente discípulos de Jesucristo, si lo reconocéis por vuestro Maestro, por vuestro Salvador; si el Evangelio es vuestra ley; decidme si no es ya mundano vuestro espíritu, si vuestro corazón toma sus inspiraciones y sentimientos en el amor divino. Pero al menos, si después de haber ofendido á Dios por mas multiplicadas que hayan sido vuestras caídas y recaídas, por envejecidos que sean vuestros malos hábitos; ¡ah! creedme, si en el momento, en el instante mismo en que os habla Dios, sabéis recogeros y humillaros, pedid perdón y después no vacitéis en levantaros inmediatamente y caminar por el buen sendero.... Y aquí, hermanos míos, se nos presenta naturalmente la segunda lección que San Pedro nos da.....

Canta el gallo tres veces; Pedro advierte el aviso soberano; y se

acuerda, aunque demasiado tarde, de su Maestro: Jesús ha quedado muy mal parado de los soldados y criados. Estaba, pues, el allí; tal vez habria oido las palabras del discípulo que lo negaba, aunque nada nos dice el Evangelio acerca de este incidente. Pero ved, hermanos míos, lo que nos relata el Evangelio. «Vuelvete el Señor hacia Pedro, y miralo; á esta mirada Pedro vuelve en si mismo, sale del lugar, y llora amargamente toda su vida. Angeles del cielo, ángeles del arrepentimiento y de la paz, llorad también; pero tranquilizaos; este discípulo débil é infiel, ¡ah! ese mismo será algun dia el consuelo de los pecadores. No, no es sin gran motivo el que en lo secreto de su misericordia haya permitido la providencia del Señor esta caída y esta negación repetida tres veces. Pedro, tú te asentaras allá en el trono de Jesús; tu promulgarás la ley al universo; tu serás el representante de la verdad y del poder divino en la tierra. Pedro, tú has sido flaco, tú has sido pecador; permíteme que lo diga, yo me regocijo de ello, porque yo tambien he pecado, y al menos veo en ti el ejemplo de la misericordia y de la bondad del Señor. ¡Ah, amados hermanos míos! ¿vosotros que gemis ó podréis tal vez gemir bajo el yugo del pecado, que estáis forcejando entre la red del respeto humano, que no os resolvéis á romper los lazos que os aprisionan! ¡Ah! contemplad á este apóstol; él sale, vedlo; él sale; salid también vosotros: él se aleja; alejados también vosotros; y si tenéis alguna ocasión de caída, si se reproduce esa á vuestros ojos, en torno de vosotros, salid de nuevo, huid, escapaos; si os quedáis, caeréis, porque sois flacos, y no habéis comprendido esta palabra del Señor. «Verdad y orad para que no caigáis en la tentación.»

Ahora bien: vosotros habéis huido, os habéis escapado del peligro, roto vuestras cadenas; llorais, llorais amargamente; ¿no es verdad que estas lagrimas son dulces? ¿Cuánta dicha y cuánta paz se encuentra ¡oh mi Dios! en el arrepentimiento, cuando vos nos inspiráis el santo deseo de la penitencia! Así aprendemos pues á amarnos, ¡Ah Señor! en los recuerdos del pecado, en esa memoria lamentable de una vida pasada lejos del Señor, y en esas horas interminables entregadas á la iniquidad y á las pasiones, ¿cuánta alegría hacemos sentir al ángel de la paz y de la bendición, al ministro del sagrado arrepentimiento, de la confesión y penitencia! ¿Os he ofendido, mi Dios? Vos lleno de bondad, vos mi Salvador, mi hermano, mi amigo, vos que habéis llorado en el huerto de Gethsemani con tales angustias que hasta derramasteis un copioso sudor de sangre; vos que habéis estado harto de oprobios, que habéis sido vendido, negado, desamparado; pero, mi Dios, me llamasteis un dia, me tomasteis aparte, se arrepintió mi corazón y me bendijisteis.

Todavía hay más, hermanos míos. Me tomaba la libertad de decir un momento ha, que tal vez no conoceríais el Señor á quien servís. No, no; no lo conocéis; tengo mucha razón para deciroslo. No conocéis al Señor que tenéis; y bien, estadme atentos, quedaos aquí todavía algunos instantes, y estoy seguro de que vuestros corazones no dejarán este sagrado recinto sin bendecir la ocasión que se os ha dado de conocer mejor á vuestro Dios, recordando muchos acontecimientos después que Pedro ha llorado. Va á cumplirse la pasión del Salvador, trasportémonos á ese venturoso instante en que Jesús resucitado sale del sepulcro. Vedlo victorioso de la muerte, dueño del mundo, Señor de los infiernos; vedlo por todas partes resplandeciente de gloria y poderío. Tiene, notad bien, á Pedro cerca de sí; y era muy justo: Pedro le había vendido, Pedro le había sido infiel; Magdalena estaba también con él. Jesucristo los escogió á ambos; ambos le habían ofendido; Pedro está ante su Maestro; Pedro infiel; Pedro flaco, débil, en cierto modo apóstata; no porque haya renegado de la fe de Jesucristo, no; Pedro lo ha amado siempre; pero vedlo ante Jesucristo resucitado. Ahora va á pronunciarse la sentencia; oigamos el castigo así como la penitencia. Ved á ese Dios, vedlo rodeado de sus atributos, aun exteriormente lleno de gloria y poder. ¡Oh Pedro! ¿qué vais a ser ahora en presencia de vuestro Maestro resucitado y glorioso, vos, Pedro, que habéis llorado, en verdad, pero que le habéis vendido y abandonado? ¡Ah, hermanos míos! yo me figuro á un padre, una madre, cristiana a la faz de un hijo prevaricador é infiel: ¿cuáles serían sus palabras? ¿qué reprensiones no le harían? Pues bien: Jesús va también a dirigir á su discípulo sus reprensiones, va á imponerle sus castigos, infligirle sus penas; ¿qué le dice, pues? «Pedro, ¿me amas?» Y ved, hermanos míos, la pena, el castigo que Dios os impone, la penitencia que os pide.

¡Oh almas cristianas, que le habéis ofendido! jamás ahora mismo, amáis á vuestro Dios, á vuestro Salvador, inmolado por vosotros, sacrificado por vosotros? ¿Le amáis? Yo no os pregunto si le habéis ofendido durante muchos años, si vuestras caídas y recaídas han contristado su corazón; yo no os lo pregunto; ¡oh almas pecadoras! aunque tal vez tendría derecho de hacerlo; yo os pregunto solamente una cosa: ¿jamás vosotros al Salvador Jesús? Pedro ha negado tres veces á su Maestro y Señor; pues bien, Jesús le dirige tres veces la misma pregunta, para recordarle la triple negación. Por lo demás, por toda reprensión, por todo castigo, le confirma su poder, su autoridad, su misión. Pedro queda siendo el sostén de la Iglesia, el jefe de la religión y del cristianismo; su nombre será bendito para siem-

pre jamás, será venerado en el altar, rodeado de veneración y homenaje. ¡Ah, hermanos míos! conoced por fin el corazón de vuestro Señor y Maestro; y si habéis tenido la desgracia de ofenderle; si vuestro corazón se ha rendido por fin ya de tanto penar...; Y bien, todo lo podéis esperar en un instante. «¡Pedro! ¿me amas?» «¡Oh si me amas, apacienta mis ovejas.» Como prueba de este amor, de esta caridad, como reparación de su infidelidad, Jesús pide á Pedro que ejerza el apostolado del cielo, que vaya á buscar las ovejas de su rebaño que se hubiesen extraviado, perdido.

¡Oh hermanos míos muy amados! ¡admirable reparación de la penitencia! Vosotros también los que habéis permanecido fieles, ó que habéis vuelto al Señor, vosotros á quienes inspirará tal vez la gracia divina el cumplir con la ley de la penitencia y avivar dentro de vuestros corazones ese verdadero amor del arrepentimiento; ¡ah! tened por cierto que lo mejor para repararlo todo, para borrarlo todo, para atraer sobre vosotros las más abundantes bendiciones de vuestro Salvador y de vuestro Dios, es buscarle también almas, buscarle corazones tan desgraciados como hayan podido serlo los vuestros, tendiéndoles una mano caritativa, haciéndoles ver la misericordia y la bondad de Dios. No es seguramente una razón para permanecer siempre hechos el blanco ó la víctima de nuestras pasiones y malos hábitos. ¡Oh! no, mil veces no. Es menester que este amor verdadero del arrepentimiento, pasando y penetrando por toda nuestra vida, se manifieste en adelante por medio de una obediencia pronta, resuelta, generosa, á los mandamientos de Dios, á las leyes de la Iglesia. *Amén.*

LA NEGACIÓN DE SAN PEDRO

Antequam gallus cantet, ter me negabis.
Antes que cante el gallo, me has de negar tres veces.

(MATH. XVI, 34.)

Para curar al hombre de una grande presunción y de un orgullo excesivo, permite Dios, hermanos míos, dice Santo Tomas, que caiga en grandes pecados.

Pues bien, tal vez ningún hombre tuvo más necesidad que Pedro de este remedio tan triste y tan humillante para ser curado. El amaba tiernamente á su Divino Maestro; pero le amaba más bien por simpatía natural puramente humana, observa San Agustín, que por el don de esa caridad sobrenatural que forma los mártires, y con un apoyo tan frágil creyó que sus fuerzas igualaban sus deseos.

Por otra parte, á pesar de las advertencias reiteradas de su augusto Maestro, no cuidó de formarse con la oración un escudo contra las tentaciones. Por el contrario, creyendo poseer en sí mismo fuerzas bastantes para triunfar de todo, llevó la temeridad hasta el extremo de arrojarse voluntariamente al peligro, en el que le había anunciado el Salvador que perecería de la manera más lamentable.

Obcecado por su presunción, no conocía Pedro su flaqueza: mas Dios permite su caída para convencerle de su fragilidad, y darle así esta grande lección que muchos siglos antes había dado por boca del profeta: «El hombre no tiene en sí mismo más que el poder de perderse; en Dios sólo está su fuerza, su sostén y su apoyo.» El hombre, pues, nada puede sin la asistencia de Dios. Esta importante verdad es el fundamento de toda la moral cristiana; Jesucristo, dice San Agustín, ha querido enseñar en la persona de Pedro á todo el género humano.

Desde este punto de vista debemos considerar en el día de hoy este triste episodio de la Pasión del Señor, antes de salir de casa de Caifás. El nos ayudará á persuadirnos de que, abandonados á nosotros mismos, no podemos hacer otra cosa que correr á nuestra perdición; que

nuestro deber es poner nuestra confianza en solo Dios, y no recurrir más que á él, si queremos salvarnos. Imploramos antes el auxilio de la divina gracia. *Ave María.*

Cuando Jesús cayó en manos de sus enemigos, todos sus apóstoles le abandonaron, y Pedro salió huyendo lo mismo que los demás. Sin embargo, animado Pedro de un amor á Jesucristo más ardiente que los otros, y más confiado también en sí mismo, se volvió pronto atrás y se puso á seguirle de lejos: *Petrus autem sequebatur à longe*, porque no podía resolverse á separarse enteramente de su Divino Maestro. Esta conducta excita en nosotros un sentimiento de admiración y de respeto hacia Pedro, pues que á pesar del temor extraordinario que le inspira el odio de los judíos, no abandona enteramente al Salvador. El temor fué producido en este apóstol por la fragilidad de la naturaleza; su empeño en seguir los pasos de Jesucristo es la prueba de su tierno amor. Mas, pobre Pedro, exclama San Agustín; ¡ah! ¡cuán diferente es de lo que fué antes! Tan generoso como había estado en promesas, tan tímido se muestra, y tantas precauciones toma cuanto se acerca el peligro!

Con un corazón irreflexivo y helado llega Pedro á la casa de Caifás, donde la soldadesca había llevado ya al Salvador. El consigue penetrar en ella por la mediación de uno de los discípulos de Jesucristo, amigo del pontífice, sin sospechar siquiera que él mismo se mete en el lazo. Apenas entra en el patio de esta fatal casa, cuando se mezcla con la turba de soldados y de criados, se pone á conversar con ellos con la mayor familiaridad y franqueza, y se acerca al fuego para calentarse con ellos.

Vedle, pues, reunido á un grupo de hombres del pueblo bajo, de los que cada cual habla todo lo mal que puede de Jesús de Nazaret; él aparenta indiferencia, con la esperanza de que no será reconocido por discípulo suyo. Mas ¡ay! que esta frialdad que le impide defender á su Divino Maestro es un presagio muy triste. Es un primer paso hacia la infidelidad. En efecto, la mujer encargada de la custodia de la casa le reconoce y le señala á todo el mundo como uno de los discípulos del Nazareno. Con una serenidad imperturbable que se asemejaba á la inocencia, levanta Pedro la voz de modo que pueda ser oído de todos y responde sin turbarse: Mujer, yo no conozco al hombre de quien me hablas, yo no sé siquiera lo que quieres decirme. En seguida se retira de allí y se mezcla entre la soldadesca. Mas ¿de qué le sirve? Apenas ha pasado una hora desde su primera infidelidad, cuando niega á Jesús por segunda vez. Otra criada acaba

de reconocerle igualmente por uno de los discípulos del Nazareno; ella lo hace notar á los que componen el mismo grupo, y todos confirman su testimonio; ellos le habian conocido igualmente. En este momento se turba Pedro: «¿Qué decís? exclama, ¿qué decís? Yo no conozco á ese hombre, ni aun de oídas.» Y para apoyar sus palabras hizo un horrible juramento.

Después de estas dos caídas tan lamentables, ¿quién no esperaría que Pedro se hubiera apresurado á alejarse de aquel lugar funesto? ¡Ah! ¿Cómo podía estar segura la fe del discípulo en el lugar en que el Maestro era condenado á muerte como blasfemo? Mas no; Pedro recorre desde el pórtico hasta el patio, y pasa de la luz á la obscuridad, pero no puede resolverse á abandonar esta mansión homicida. Entre tanto, uno de los soldados se acerca á él y le dice: «¿Cómo estás tú aquí? Yo te reconozco: tú eres de la comitiva del preso.» Pedro lo niega, y protesta alzando fuertemente la voz. Mas el soldado replica: «Es excusado que lo niegues; tu acento galileo es una prueba de que tienes una patria común con el Nazareno y de que has vivido con él.»

A los gritos que dan durante este altercado, acude, entre otros muchos, un pariente de aquel Malco á quien Pedro habia cortado la oreja en Gethsemani, y le dice: «¿Cómo te atreves á negar que eres discípulo de ese hombre? Pues qué, ¿no te vi yo con mis propios ojos que estabas en su compañía en el huerto de las Olivas? Pedro no se acobarda ni se confunde con tantos testimonios. El insiste cada vez más en su negación; él disimula la molestia, el disgusto y la colera, y no contento con ser perjuro, lanza contra sí y contra los otros imprecaciones horribles, repitiendo en alta voz: «Yo no soy discípulo de ese hombre, yo no tengo nada de común con él, ni aun siquiera le conozco.» De este modo se cumple á la letra la predicción del médico celestial; el enfermo está convencido de presunción; porque Pedro se habia gloriado de que daría su vida por Jesucristo, y lejos de esto, hace justificar por el resultado lo que habia anunciado Jesucristo: que Pedro le negaría tres veces.

Después de haber jurado y protestado muchas veces que no se separaría jamás de él, rechaza ahora como una odiosa calumnia el honor de ser su discípulo, y aun se ruboriza de conocerle. ¡Ah! Ved aquí al primero de los discípulos de Jesucristo, exclama San Agustín, aquel á quien el Salvador amó tanto y distinguió entre todos las demás, vedle aquí renunciando públicamente su título de cristiano, vedle haciéndose apóstata y abjurando la doctrina, la fe y la Iglesia de Jesucristo. ¡Oh pecado monstruoso! ¡Oh espantosa caída!

Suspendamos nuestra admiración y nuestro dolor á vista de una falta tan grande, porque la infidelidad de este gran pecador es una lección saludable para todos los justos, como observa San Ambrosio.

La deplorable caída de Pedro se observa diariamente en un gran número de cristianos. Cada pequeño deseo es como una sirvienta astuta que asedia al hombre, le reconviene y le hace caer. En primer lugar, sorprendidos y aterrados á vista de tan gran caída, debemos temer continuamente por nosotros mismos, y pedir á Dios con el profeta que nos sostenga y nos salve, porque si el justo cae, ¿qué será del pecador?

En segundo lugar Pedro no sucumbe, sino porque omite la vigilia y la oración que Jesucristo le habia recomendado especialmente. ¡Temblad, pues, oh vosotros á quienes el enojo, la indolencia ó la frialdad alejan del servicio de Dios! Temblad al ver, por el ejemplo de este apóstol, la fuerza y el poder que tienen sobre las almas libias las asechanzas y las tentaciones del demonio.

San Jerónimo hace á este propósito una reflexión, y es que el primer pecado de Pedro fué una simple negación, una simple mentira. Mas al perseverar este apóstol en su negación, pasó de la mentira al perjurio, del perjurio á las imprecaciones, de las imprecaciones á los anatemas, y finalmente de los anatemas llegó hasta las blasfemias. ¿Qué camino tan horrible recorrió en el espacio de tres horas! De precipicio en precipicio, de abismo en abismo fué cayendo hasta sumergirse en el fondo de la infidelidad. ¡Tal es la historia del corazón humano, continúa el santo doctor; tal es vuestra historia, oh vosotros los que principiais la carrera del mal! Si vosotros despreciáis las pequeñas faltas, ellas os arrastrarán á una rápida pendiente. Acumulando continuamente pecados sobre pecados, y aumentando cada día más su número y su malicia, os precipitaréis bien pronto en el abismo de la corrupción y del endurecimiento.

Pedro, según observa San Ambrosio, no niega á Jesucristo en el monte ni en el templo, sino en el pretorio de Caifas, donde el Salvador se halla cargado de cadenas, y donde, por consiguiente, la verdad se halla condenada y la justicia prisionera. No procuréis, cristianos, introducirlos en los palacios de los grandes, de donde la justicia y la religión se hallan generalmente desterradas, y donde casi siempre se ve el hombre obligado á ruborizarse del pudor, á avergonzarse de la devoción, á lisonjear el vicio, á aplaudir el crimen y hacer traición á la verdad. Huid de las reuniones profanas; guardaos de manifestar ligereza en medio de los enemigos de la religión y de la piedad. Si no, acabareis por adoptar poco á poco sus

ideas, os acomodareis á sus sentimientos, hablareis su lenguaje e imitaréis sus acciones. ¡Y cuántos son, gran Dios, los que vencedores al principio de las más violentas pasiones, mientras permanecían en el retiro de sus casas, sucumben desgraciadamente después bajo el arma terrible de los respetos humanos, desde el momento en que se hallan expuestos al contacto del mundo.

Finalmente, San Agustín observa que Pedro era una columna, que era la piedra fundamental de la Iglesia. A pesar de esto, arrojándose en medio del peligro y exponiéndose á la ocasión de pecar, vacila al primer soplo de la tentación, y cae de la manera más espantosa en el abismo de la apostasía. ¿Y cuál suerte será la vuestra, hombres del siglo, frágiles cañas, si os exponéis á los peligros de un contagio capaz de corromper á los mismos santos? ¿No os manifiesta el ejemplo de Pedro el modo con que Dios, para castigar vuestra temeridad, puede privaros de todas sus luces y quitaros toda vuestra fuerza? ¿No os muestra del modo más sensible la terrible prontitud y el irresistible poder con que la ocasión acomete al corazón, lo subyuga, lo abate, lo arrastra, y lo convierte en juguete miserable de todos los vicios? ¡Ah! hermanos míos: el ángel del Señor mandó en otro tiempo á Lot, no sólo que saliese apresuradamente de Sodoma para no ser consumido por las llamas que iban á devorar á aquella ciudad, sino también que se alejase de sus alrededores, que hubiese muy lejos y se salvase en la montaña. Esto significa que no hasta huir las relaciones, las sociedades y los lugares donde arde el fuego de la voluptuosidad, sino que es necesario darles un eterno adiós. En vano nos hemosparemos de no caer, si volvemos á las ocasiones que nos habían vencido ya. ¡Ay! dice la Escritura Sagrada, perece siempre en el peligro el que, en vez de huir prudentemente de él, tiene la loca temeridad de buscarlo. Sería un milagro, contra las reglas comunes de la asistencia divina, si protegiera una presunción como ésta. Por fuerte, por virtuoso que se suponga al hombre, no es cosa extraña verle caer, pero sería cosa extraña verle sostenerse sin pecar en la ocasión peligrosa que el mismo hubiera buscado.

Puede negarse á Jesucristo de diversas maneras. En efecto; cuántos cristianos vemos que imitan la temeridad de Pedro; que hacen inútil en ellos la fe de Jesucristo que han recibido de Dios mismo, y que en tanto que confiesan á Dios con la boca, valiéndose de las palabras de San Pablo, le niegan con sus acciones! En efecto, el primer acto de la fe cristiana consiste en cumplir las leyes de Jesucristo; todo el que viola estas santas leyes, menosprecia y desconoce por el mismo hecho al legislador. Esta es la razón porque Tertuliano no

teme mirar como una verdadera apostasía los desórdenes en que caen tantos cristianos con desprecio de las leyes divinas. Semejantes á Pedro, su temeridad en exponerse á la seducción, su ciega confianza en sí mismos, los conduce á negar exteriormente los ejemplos y la vida de Jesucristo, aun cuando en el fondo de sus corazones conserven un resto de fe en su doctrina. Pero ¡desgraciados de ellos! por que Jesucristo, como les amenaza por su Evangelio, les negará delante de su Padre, á fin de castigarlos por haberle negado delante de los hombres en su fe ó en sus preceptos.

Sin embargo, en este extremo á que tal vez hemos sido arrastrados por nuestra imprudencia y nuestra malicia ¿qué otro medio hay para levantarnos, que el que nos ofrece la misericordia de ese mismo Dios á quien hemos desconocido? ¡Ay! El hombre no tiene en sí la luz del espíritu para conocer la verdad, ni la fuerza del corazón para practicar la virtud. Abandonado á sí mismo, no puede hacer otra cosa que perecer. La fuerza la recibe de aquel que le dió la existencia; en Dios sólo está su remedio, su apoyo y su auxilio. Esta triste verdad la experimentó Pedro en su persona, y nosotros podemos á ejemplo suyo experimentarla en nosotros mismos: supuesto que el Señor se dignó elevar al lado del más terrible ejemplo de la fragilidad humana un monumento magnífico de su misericordia.

La triple negación de San Pedro tuvo lugar, como observa San Agustín, en el tiempo mismo en que Jesucristo era víctima de todos los insultos y de todas las ignominias de que hemos hablado ya. Es igualmente cierto que esta infidelidad del principio de los apóstoles causó á su Divino Maestro más humillación y dolor que todas las afrentas que recibiera entonces de sus enemigos. Mas si Pedro jura que no conoce á su Jesús, Jesús por su parte prueba que no ha olvidado á su Pedro tan amado, y á quien ama todavía. En tanto que se halla expuesto á mil ultrajes, mientras que los testigos falsos le calumnian, los jueces inicuos le condenan, y la infame é insolente soldadesca le desfigura y le deshona, abrumándole con golpes y con indignas bofetadas, Jesús, el tierno Jesús se vuelve, dice el Evangelista, mira á Pedro, que á este tiempo mismo acaba de negarle por tercera vez, y arroja sobre él una de esas miradas que jamás puede olvidar el corazón. *Conversus Dominus respexit Petrum.*

¿Qué significa, pues, esta mirada del Salvador? ¡Ah! dice San Agustín, esta no fué una mirada de reconversión, sino de compasión; Jesús miró á su discípulo, no con ojos terribles para confundirle, sino con ojos misericordiosos para convertirle.

¡Oh, misterio inefable de misericordia y de bondad! El Evangelio

encierra ciertos rasgos que mucho mejor nos sienten el corazón, que los explica la lengua. Jamás la divina misericordia se ha pintado a sí misma con colores más vivos. Jamás Jesucristo ha expresado mejor la mansedumbre de su corazón. Jamás ha manifestado su bondad de una manera más tierna. Este Dios Salvador, tan cobardemente negado por su discípulo, lejos de tratarle con desprecio, echa todavía sobre él una mirada de tierno amor.

Esta mirada no es casual, estéril ni infructuosa; sino que á la gracia exterior añade una gracia interior, abundante y eficaz. Con esta mirada humilla Jesús á Pedro, mas al mismo tiempo le sostiene; él le hace avergonzarse de sí mismo, pero al mismo tiempo le penetra de compunción; le mira á la cara, pero al mismo tiempo le atraviesa secretamente el corazón; él introduce la turbación en todos sus afectos, pero también abre sus ojos á las lágrimas del dolor. En tanto que le hace conocer el horror de su pecado, le asegura su perdón; y si le invita al arrepentimiento, también le excita al amor. En una palabra, él le entristece y le consuela; él le hiere y le cura. ¡Oh, mirada de misericordia y de amor! Sin ella, jamás hubiera sentido Pedro la desgracia de su caída. Así, pues, en estas palabras: «El Señor se volvió... y miró á Pedro», está encerrada toda la historia de la infinita misericordia de Dios, y la de la miseria é ingratitud del hombre. En ellas se ve al hombre que cae por sí mismo, y que no se levanta sino con el auxilio de Dios. En ellas se descubre el exceso de la flaqueza humana y la necesidad de la gracia; ellas, finalmente, nos presentan en acción el misterio anunciado por el profeta, relativo á la fragilidad del hombre y á la necesidad de la gracia de Dios.

¡Ah! Nosotros tenemos indudablemente la libertad funesta de separarnos de Dios y huir lejos de él; pero no podemos volver á él si él mismo no nos llama, si él no da los primeros pasos, si no sale él mismo en busca nuestra! Nosotros podemos por nosotros mismos precipitarnos en el fondo del abismo, pero no podemos salir de él si Dios no nos tiende una mano compasiva: *Perditio tua, Israel; tantummodo in me auxilium tuum.*

Nosotros necesitamos, por consiguiente, que Jesucristo incline sus ojos hacia nosotros; pues que la mirada de Jesucristo, dice el venerable Beda, significa su gracia y su misericordia, sin las que ni aun podemos comenzar nuestra conversión y nuestra penitencia, y mucho menos consumirla.

Y para que no podamos dar por excusa de nuestra tardanza y de nuestra dilación, que no hemos alcanzado aun esa mirada de mise-

ricordia, á que están unidos la conversión y el perdón, el Santo Concilio de Trento tiene cuidado de advertirnos que esta mirada de misericordia no se niega jamás á quien la busca por medio de la oración, y que la gracia está siempre, por este medio, á disposición de todos.

Animo, pues; pidámos á Jesucristo que eche sobre nosotros una mirada de misericordia. Digámosle con San Agustín: Si apartáis de mi vuestro rostro adorable, perezo; mas un solo rayo de los que salen de vuestra faz me volverá á la vida. Abrid mis ojos á vuestra divina luz, porque yo no puedo elevar hacia vos una mirada de reconocimiento y de amor, si vos no inclináis antes sobre mí una mirada de misericordia y de piedad. Digámosle también con la Iglesia: Si, amable Jesús; dignaos volver los ojos hacia nosotros los que sucumbimos ó estamos próximos á sucumbir; que vuestra mirada nos levante y nos sostenga siempre firmes. ¡Ah! Si vos nos miráis, nos salvamos, porque podremos desde entonces lavar en las lágrimas de una verdadera contrición las culpas que hemos cometido, y recibir en ella la fuerza necesaria para no cometer otras nuevas, á fin de que, perseverando en la gracia del Señor, podamos alcanzar la eterna salvación. *Amén.*

LA SENTENCIA DE MUERTE

EN EL TRIBUNAL DE CAIFÁS

In iudicio ego in hunc mundum venit, ut qui non credunt videant, et qui vident non credant.

Yo he venido á este mundo para el juicio, á fin de que aquellos que no ven vean, y los que ven, queden ciegos.

(JOAN, XIX, 39.)

Este juicio, que el Salvador ha venido á ejercer en el mundo, hermanos míos, es un juicio de misericordia y de rigor, de bondad y

encierra ciertos rasgos que mucho mejor los siente el corazón, que los explica la lengua. Jamás la divina misericordia se ha pintado a sí misma con colores más vivos. Jamás Jesucristo ha expresado mejor la mansedumbre de su corazón. Jamás ha manifestado su bondad de una manera más tierna. Este Dios Salvador, tan cobardemente negado por su discípulo, lejos de tratarle con desprecio, echa todavía sobre él una mirada de tierno amor.

Esta mirada no es casual, estéril ni infructuosa; sino que a la gracia exterior añade una gracia interior, abundante y eficaz. Con esta mirada humilla Jesús a Pedro, mas al mismo tiempo le sostiene; él le hace avergonzarse de sí mismo, pero al mismo tiempo le penetra de compunción; le mira a la cara, pero al mismo tiempo le atraviesa secretamente el corazón; él introduce la turbación en todos sus afectos, pero también abre sus ojos a las lágrimas del dolor. En tanto que le hace conocer el horror de su pecado, le asegura su perdón; y si le invita al arrepentimiento, también le excita al amor. En una palabra, él le entristece y le consuela; él le hiere y le cura. ¡Oh, mirada de misericordia y de amor! Sin ella, jamás hubiera sentido Pedro la desgracia de su caída. Así, pues, en estas palabras: «El Señor se volvió... y miró a Pedro», está encerrada toda la historia de la infinita misericordia de Dios, y la de la miseria é ingratitud del hombre. En ellas se ve al hombre que cae por sí mismo, y que no se levanta sino con el auxilio de Dios. En ellas se descubre el exceso de la flaqueza humana y la necesidad de la gracia; ellas, finalmente, nos presentan en acción el misterio anunciado por el profeta, relativo a la fragilidad del hombre y a la necesidad de la gracia de Dios.

¡Ah! Nosotros tenemos indudablemente la libertad funesta de separarnos de Dios y huir lejos de él; pero no podemos volver a él si él mismo no nos llama, si él no da los primeros pasos, si no sale él mismo en busca nuestra! Nosotros podemos por nosotros mismos precipitarnos en el fondo del abismo, pero no podemos salir de él si Dios no nos tiende una mano compasiva: *Perditio tua, Israel; tantummodo in me auxilium tuum.*

Nosotros necesitamos, por consiguiente, que Jesucristo incline sus ojos hacia nosotros; pues que la mirada de Jesucristo, dice el venerable Beda, significa su gracia y su misericordia, sin las que ni aun podemos comenzar nuestra conversión y nuestra penitencia, y mucho menos consumirla.

Y para que no podamos dar por excusa de nuestra tardanza y de nuestra dilación, que no hemos alcanzado aun esa mirada de mise-

ricordia, á que están unidos la conversión y el perdón, el Santo Concilio de Trento tiene cuidado de advertirnos que esta mirada de misericordia no se niega jamás á quien la busca por medio de la oración, y que la gracia está siempre, por este medio, á disposición de todos.

Animo, pues; pidámos á Jesucristo que eche sobre nosotros una mirada de misericordia. Digámosle con San Agustín: Si apartáis de mi vuestro rostro adorable, perezo; mas un solo rayo de los que salen de vuestra faz me volverá á la vida. Abrid mis ojos á vuestra divina luz, porque yo no puedo elevar hacia vos una mirada de reconocimiento y de amor, si vos no inclináis antes sobre mí una mirada de misericordia y de piedad. Digámosle también con la Iglesia: Si, amable Jesús; dignaos volver los ojos hacia nosotros los que sucumbimos ó estamos próximos á sucumbir; que vuestra mirada nos levante y nos sostenga siempre firmes. ¡Ah! Si vos nos miráis, nos salvamos, porque podremos desde entonces lavar en las lágrimas de una verdadera contrición las culpas que hemos cometido, y recibir en ella la fuerza necesaria para no cometer otras nuevas, á fin de que, perseverando en la gracia del Señor, podamos alcanzar la eterna salvación. *Amén.*

LA SENTENCIA DE MUERTE

EN EL TRIBUNAL DE CAIFÁS

In iudicio ego in hunc mundum venit, ut qui non credunt videant, et qui vident non credant.

Yo he venido á este mundo para el juicio, á fin de que aquellos que no ven vean, y los que ven, queden ciegos.

(JOAN, XIX, 39.)

Este juicio, que el Salvador ha venido á ejercer en el mundo, hermanos míos, es un juicio de misericordia y de rigor, de bondad y

de castigo á un tiempo mismo; de misericordia y de compasión para los ciegos, á fin de que abran los ojos á la luz; de rigor y de castigo para los que ven, á fin de que queden ciegos hasta el punto de no poder distinguir cosa alguna.

Los ciegos que debían ser iluminados con la luz divina en este misterioso juicio eran los gentiles. Después de haber reconocido su ceguedad espiritual y de haberla confesado humildemente, debían recurrir al médico celestial que era el único que podía curarles, luego conocer á Jesucristo y creer en él, y, finalmente, dárnosle á conocer y hacernos creer en él. Por el contrario, los que veían, y en este juicio debían quedar realmente ciegos, eran los judíos que tenían en sus manos la ley y los profetas para ver y conocer en ellos al Mesías; pero que en castigo de su presunción y orgullo, no sólo no le reconocían, sino que le rechazaban y le harían morir; de modo que ellos y sus descendientes permanecerían en una ceguedad profunda con relación al misterio de la Redención y de la salvación eterna.

Tal es la explicación dada por el mismo Jesucristo. En efecto, pensando los judíos que estas terribles palabras se dirigían á ellos, le dijeron: «¿De quiénes habláis? ¿Seremos nosotros por ventura esos que ven y que se quedarán ciegos, como éstos?» Y el Salvador les responde afirmativamente, añadiendo estas palabras todavía más terribles: «Si fuereis ciegos y conociereis vuestra ceguedad, no seréis culpables; mas como sois ciegos y en vuestro orgullo pretendéis ver mejor que los demás, vuestro pecado permanecerá siempre en vosotros, y con el pecado subsistirá también vuestro castigo.»

Pues bien, este terrible juicio de castigo se cumplió solemnemente en el tribunal de Caifás. Allí, á pesar de que el Salvador revela y proclama en voz alta que él es el Hijo de Dios, la sinagoga, en nombre de toda la nación, se obstina en no reconocerle; ella le niega, ella le condena; y á medida que Jesús hace brillar su luz divina en los ojos de los judíos, se aumenta su ceguedad.

Consideremos, pues, en este día con un santo terror este misterio de la iniquidad de los hombres y de la justicia de Dios, á fin de que, instruidos con el ejemplo de los judíos, evitemos el pecado de la obstinación y del endurecimiento, para poder evitar también el terrible castigo que les está preparado. *Ave María.*

El silencio misterioso, hermanos míos, en que había permanecido constantemente el Salvador y que había hecho triunfar su inocencia y su divinidad mucho más que si hubiera hablado largamente, había

reducido á la desesperación á sus jueces ínicuos, porque les quitaba todo pretexto y motivo para condenarle. ¿Que hace entonces Caifás para vencer un silencio tan extraordinario y que tanta inquietud le causaba? Imagina conjurar á Jesucristo por cuanto había de más santo y de más terrible en la religión judía, por el augusto nombre de Dios, persuadido de que el Salvador, á causa de su profunda religión y de su piedad sincera, y por respeto á un nombre tan santo, había de dar una respuesta. «Vamos, le dice, ya es tiempo de acabar. Yo te conjuro en el nombre del Dios vivo y eterno que nos digas claramente si eres el Mesías, el Hijo bendito de Dios.» Oh, hombre perverso, si deseas oír de la boca misma del Salvador esta verdad, es sólo con el ánimo de calumniarle y perderle. Porque si Jesús se encerraba en una negación absoluta, Caifás le hubiera convencido al momento de mentira, supuesto que el Salvador había dicho muchas veces que él era el Mesías y el Hijo de Dios. Y si él respondía afirmativamente, el gran Sacerdote le declaraba al momento culpable de profanación contra la religión y usurpación de la divinidad. La pregunta, pues, era insidiosa, y de cualquier manera que el Salvador hubiera contestado á ella, hubiera puesto en manos de sus verdugos el cuchillo para inmolarle. Por consiguiente, Caifás no busca la verdad para creer, sino un pretexto para condenar. ¡Hombre impiol! Invoca el santo nombre de Dios para hacer morir al mismo Hijo de Dios.

Mas estos culpables designios, que una profunda hipocresía, cubierta con el manto de la religión, ocultaba á los ojos de los hombres, no podían escapar á la vista del Hijo de Dios, que penetra el fondo de los corazones. En efecto, Jesús responde á esta pregunta, sugerida por el infierno, en estos términos: «Si os digo que lo soy, sé muy bien que no me creeréis; si por el contrario os pregunto sobre los verdaderos caracteres del Mesías, sé de cierto que no me daréis respuesta alguna; de cualquier modo que sea, vosotros estáis resueltos á condenarme.»

¡Oh palabras divinas! ¿Qué es lo que en ellas debemos admirar? ¿Es la sabiduría que descubre los pensamientos más secretos? ¿Es la dulzura que se abstiene de toda reconvencción, y que omite toda reflexión severa contra unos hombres cuyos infernales designios acaba de desenmascarar? Porque es como si Jesús hubiera dicho al gran sacerdote: «Tú me conjuras, oh Caifás, para que te diga si soy el Hijo de Dios, el Mesías; tú finges un deseo sincero de conocer esta importante verdad. Mas yo, que leo tu corazón, sé que si te revelo la verdad, has resuelto no creerla, sino combatirla y reputármelo un cri-

men. ¡Desgraciado! Al hacer intervenir el santo nombre de Dios, le haces el ultraje más horrible, porque quieres hacerle cómplice de tu perfidia en la muerte de su Hijo.»

¡Cuán sabia y cuán preciosa es la declaración que el Salvador hace proceder á su respuesta! Nosotros vemos claramente por este preámbulo que si responde no es porque espere ser creído, ni porque la perfidia de Caifás le haya envuelto en sus redes. Porque antes de responder ha descubierto ya los lazos que se le tienden, y hecho ver que conoce todo cuanto Caifás quería en vano ocultar. Luego si responde, no es porque obedece á una interpelación cuya malicia ó hipocresía conoce, sino al respeto que se debe al santo nombre de Dios, aun cuando esté en los labios del impío que le profana. Si responde diciendo quien es, no es porque se deje arrancar imprudentemente una verdad que sus jueces son indignos de creer, determinados como están á hacer de ella el más deplorable uso; sino porque cree deber esta revelación á sí mismo, á su Iglesia y á nosotros. ¡Ay! ¿Qué hubiera sido de nuestra fe si en unas circunstancias tan solemnes hubiera Jesucristo guardado silencio acerca de su divinidad, ó si sólo la hubiera confesado con palabras ambiguas? La perfidia de los judíos que no quisieron creerle, hubiera sido en cierta manera excusable, y la fe de los gentiles hubiera estado seriamente comprometida. Por esta razón Jesucristo responde á las dos preguntas que le hace el sumo sacerdote: «Si, vos lo habéis dicho; yo soy verdaderamente el Hijo de Dios, el Mesías.»

Mas no era propio de la dignidad del Hijo de Dios responder simplemente como un esclavo, como un discípulo, ó como un acusado á quien se interroga; él debía hablar como Señor que manda, como Maestro que enseña y como juez que condena, y hacer conocer á aquellos hombres intencos ciertas verdades que no querían conocer. Jesús añade, pues, con un tono majestoso y severo: «Sin embargo, yo os declaro que llegará un día, en que vosotros, que os arrogáis el derecho de juzgar al Hijo del hombre, seréis juzgados por él mismo: vosotros le veréis entonces descender sobre las nubes del cielo á la diestra de Dios.»

¡Palabras terribles! ¡Funesta revelación! No, en tales circunstancias no puede ser éste el lenguaje de un simple mortal. Sola la sabiduría increada podía trasladar el pensamiento y el espíritu de los que le escuchaban, del tribunal de los hombres al tribunal de Dios, unir la revelación de su divinidad al recuerdo del juicio universal que es la prueba de ella, olvidarse de sí misma, pensar en la salvación eterna de los hombres que meditan su muerte y como-

verlos con palabras fulminantes á fin de convertirlos ó de hacerlos inexcusables. En efecto, es como si Jesús les hubiera dicho: «Que su condición era independiente de sus crímenes, de sus preocupaciones y de sus errores; que él no dejaba de ser Hijo de Dios, porque ellos se obstinaban en no reconocerle por tal; que si él comparecía ante ellos como su víctima, ellos, á su vez, comparecerían un día ante su tribunal como culpables; que si él se hallaba al presente entre sus manos para ser tratado como inocente serlo, ellos mismos caerán entre sus manos para darle cuenta de su injusticia, de su obstinación y de su incredulidad; que hay una diferencia infinita entre el juicio á que él se presenta libremente en este día, y aquel á que sus perseguidores se verán un día obligados á comparecer; entre Caifás y el Rey de la gloria, entre la asamblea de los impíos y el consejo de los ángeles, entre algunos falsos testigos y la inmensa multitud de los santos que pronunciarán con él su justa condenación; que ellos mismos, tan orgullosos hoy, tan insolentes y tan crueles, serán entonces confundidos, humillados y anonadados por la desesperación, y reducidos á servir de pedestal á aquel á quien abruman en este momento con su desprecio; finalmente, que ellos volverán á ver todo radiante de esplendor, de gloria y de majestad al que ven al presente caído en el último grado de humillación, y que supuesto que no quieren reconocerle por su tierno Salvador, experimentarán entonces en él un juez inexorable.»

Caifás aguardaba precisamente que esta respuesta saliese de la boca del Salvador; y para obtenerla había hecho intervenir el nombre de Dios. Al oírlo, pues, experimenta un perdido gozo en el fondo de su corazón. Porque siendo la cualidad de Mesías inseparable, según las profecías, de la dignidad de rey, Caifás creyó que desde el instante en que el Nazareno se proclamase el Mesías, podría deducir de aquí que aspiraba á hacerse rey, y que por consiguiente tendría derecho á acusarle, como le acusó en efecto ante Pilatos de aspirar á la soberanía. Por eso entonces finge exteriormente honda tristeza mientras que se regocia en su interior; él hace el papel de pontífice celoso por el honor de su Dios menospreciado, siendo así que sólo trataba de saciar su odio. Para producir Caifás una impresión más profunda en el pueblo, y hacer más vivo con demostraciones exteriores el horror que expresa en sus palabras, se abandona á movimientos violentos y á todos los arrebatos de un hombre que estuviera poseído de un dolor vehemente. El desgarrar con furor sus vestiduras y las insignias del sacerdocio, como lo hacían los judíos cuando oían blasfemar de Dios, y dando un gran grito exclama: ¡Qué blasfemia

ha pronunciado! ¡El miserable ha blasfemado! ¡Vosotros todos los que estáis presentes habéis oído la blasfemia! ¿Qué necesidad tenemos ya de buscar pruebas ni de examinar testigos para condenarle?

Desgraciado Caifás, que no comprendió en su ceguedad el misterio terrible que cumplía entonces por aquel acto de sacrilego frenesí, por aquella pantomina de dolor. Al desgarrar él mismo sus vestiduras, y pisar las insignias del sacerdocio, se degradó con sus propias manos, hizo dimisión voluntaria del honor y de la dignidad de gran sacerdote, y, criminal y verdugo a un mismo tiempo, ejecutó en su persona esta ignominiosa sentencia.

En efecto, observad que Jesucristo, antes de fundar su Iglesia sobre Pedro y de entregarle las llaves del reino de los cielos, quiso reconociera y confesara Pedro mismo su divinidad en estos términos: «Vos sois el verdadero Hijo de Dios vivo.» Pues bien, así como á la fe en la divinidad de Jesucristo que habia sido revelada por Dios á Pedro, y á la confesión que hizo de ella públicamente, fué á lo que debió el ser elevado al soberano sacerdocio de la Iglesia cristiana, así también la negación de este mismo dogma y la obstinación en rechazarlo públicamente según las sugerencias de Satanás, hicieron perder á Caifás el pontificado supremo de la sinagoga.

Otro rasgo de la *malicia infernal* de Caifás. Después de todo lo que ha hecho y lo que ha dicho, no pronuncia la sentencia por sí mismo, sino que finge querer recoger los votos de sus conuelegas. El se vuelve hacia los miembros que componian el consejo, y les dice: ¿Que os parece? ¡Oh! modestia hipócrita! ¡Aparentar querer oír los votos de los senadores, después que les ha declarado y les ha impuesto el suyo propio! ¡Fingir que quiere asegurarse si ellos piensan que el Nazareno es digno de muerte, cuando él mismo le ha condenado ya anticipadamente! ¡Oh! astucia infernal! Después de haber desgarrado él mismo sus vestiduras, con todas las señales del más profundo horror, después de haber llenado, con un acto tal, á todos los presentes de un religioso terror; después de haber calificado de horrible blasfemia la respuesta del Salvador, después de haber declarado que no habia necesidad de nuevas pruebas ni de nuevos testimonios para lanzar contra él una sentencia de muerte, ¿no es una irrisión amarga preguntar á los senadores su parecer?

La respuesta del gran consejo es tal como debia esperarse de unos viles aduladores, que rivalizaban con Caifás en odio contra Jesús, que participaban de su furor y que, de concierto con él, habian acordado pocos dias antes la muerte del Salvador. Todos se levantaron de sus asientos, y exclamaron á una voz: «Sí, nosotros creemos también que merece la muerte.»

¿Como, verdugos, condenáis así, sin más examen, á la pena de muerte al autor mismo de la vida? ¿Cosa incomprensible! Pilatos, aunque gentil, no querrá, como veremos después, condenar al Nazareno á ciegas. Él exigirá acusaciones precisas, pruebas sólidas y testimonios sinceros. Él usará de todos medios, aun ilícitos, para salvarle. Seis veces declarará que no encuentra en el crimen alguno, y al lavarse públicamente las manos, dará un testimonio solemne de la inocencia del Salvador. Y la sinagoga y los principes de los sacerdotes, en esta cuestión capital, de la que depende la libertad política, la gracia espiritual y la salvación eterna de la nación entera que aguarda un Mesías después de tantos siglos, no se cuidan de examinar la conducta, la vida, la doctrina y los milagros de Jesús de Nazaret; no hacen indagación alguna para asegurarse de si es ó no el Mesías, sino que confunden precipitadamente las cosas divinas con las humanas, y hurlándose de todo derecho y de toda justicia, sin motivos y sin pruebas, bajo la sola aserción de Caifás, tratan al Hijo de Dios de blasfemador de Dios; ellos le niegan, le condenan á muerte, y, según la profecía, corren ciegamente á derramar la sangre inocente y divina del que habia venido para salvarles.

Fijad también la atención en esta palabra: «Todos.» El Evangelista no la expresa sin intención.

Entre tantos personajes, todos distinguidos por su nacimiento ó por su saber, por su autoridad ó por su rango, es admirable que no se encuentre uno solo que tuviese bastante conciencia y bastante valor para invocar la justicia y protestar contra la falta de pruebas y contra las intrigas manifiestas. No; todos sin excepción ratifican y confirman esta sentencia de muerte, tanto más injusta cuanto más precipitadamente fué pronunciada.

Sin embargo, este consejo, compuesto del soberano pontífice, de los principes de los sacerdotes y de los ancianos del pueblo, representaba toda la nación judía. Y ved aquí á todo el pueblo judío, por el órgano de sus representantes, negando al Mesías que le estaba prometido, que nace de él, y que debia reconocer y adorar. Mas no se hace burla de Dios impunemente. Ved sino á ese mismo pueblo herido con un castigo terrible en el momento en que se hace culpable de un crimen tan enorme. En el momento es despojado de todos sus privilegios y de todas sus glorias. Entonces principia para él la horrible serie de desgracias que le han sido anunciadas por los profetas, por no haber conocido el tiempo de la visita, ni al Salvador divino que se ha dignado venir á verle en persona. Mas, en tanto que los judíos desconocen al Mesías, él se descubre á los gentiles. Jesucristo,

condenado por el soberano pontífice de los judíos, funda su sacerdocio eterno. Condenado como blasfemador de Dios, llama a sí a todas las naciones de la tierra para que le reconozcan; le bendigan y le adoren en espíritu y en verdad. Mientras figura como culpable, obra como juez; pronuncia una sentencia de muerte eterna contra el alma de aquellos que quieren quitarle la vida del cuerpo; y de este modo cumple la terrible misión que ha venido a ejercer en el mundo, en virtud de la cual vuelve la vista a los ciegos, que conocen su estado y piden humildemente ser iluminados, y castiga con una ceguedad terrible a los que tienen la presunción de creer que ven.

Esta sentencia del Salvador, que vemos hoy cumplirse contra los judíos en Jerusalén y en el tribunal de Caipás, ha continuado desde entonces y continúa aun ejecutándose en todos los países del mundo. A la hora misma en que nosotros hablamos, gracias a los esfuerzos generosos y sublimes de los Misioneros católicos, enviados por la verdadera Iglesia, y diseminados por toda la tierra, los países idólatras, las regiones más bárbaras y más inhospitalarias, los pueblos enteros, sentados por muchos siglos a la sombra de la muerte, encuentran la vista del alma y abren los ojos a la luz del Evangelio. Los ciegos ven a Jesucristo por el ministerio de sus nuevos apóstoles llenos de su espíritu y fortalecidos con su gracia; Jesús continúa aun desde lo alto del cielo la misión que principió a ejercer en la tierra, y por la que vino a vivir entre nosotros, la de iluminar al mundo. Mas en tanto que Dios, en su bondad, hace brillar la luz para tantos hombres, en su cólera, deja sepultados a otros muchos desgraciados en las más horribles tinieblas. ¡Ved, entre otros, a los llamados filósofos de Alemania, de Francia y de Inglaterra! A fuerza de estudios, de ratiocinios y de investigaciones, hechos deístas, panteístas ó ateos, han perdido las nociones más sencillas de Dios, de la religión y de la ley natural; han olvidado las creencias más universales y más comunes de la humanidad, y agitando en un círculo funesto de sistemas vergonzosos, contradictorios y absurdos, después de haber profesado todos los errores, han acabado por morir en la duda ó en la negación de toda verdad. ¡Ah! ¡Cuán dignos son de compasión! Su ciencia no es otra cosa que locura; sus doctrinas no son más que horribles extravagancias. Ellos se creen ilustrados, y andan vagando en la obscuridad; ellos piensan que ven, y, sin embargo, están ciegos; ellos creen ratiocinar, y no hacen más que delirar; y á pesar del soberbio título de racionalistas que se dan á sí mismos, han perdido no solamente la fe, sino también la razón.

¡Ah! En cuanto á esos espíritus á quienes una filosofía desarre-

glada ó una orgullosa herejía ha hecho salir de los caminos de la humilde fe, para lanzarse en los senderos de todos los errores, cuánto más preferible sería que no estuviesen dotados de razón, que no que abusasen de ella: mucho más les valiera no haber aprendido cosa alguna, que haber adquirido una ciencia funesta; más útil les sería ser ciegos de nacimiento, que ver falsamente; más les valiera ignorar el Cristianismo, que combatirlo, y carecer de toda noción del Evangelio, más bien que interpretarlo á medida de sus deseos y de sus pasiones. Ellos serian culpables indudablemente ante la ley natural, mas no ante la revelación positiva. Su pecado, como el de los gentiles, sería menos grave, y si ellos conociesen su ceguedad, si buscasen la luz de la verdadera fe con un espíritu humilde y un corazón dócil, la gracia que ilumina á tantos gentiles, los iluminaría á ellos, y acabarían ciertamente por no caer en ningún pecado. Mas ellos conocen el Cristianismo, y lo niegan; la Iglesia, y la persiguen; el centro de la unidad, y se alejan de él; la enseñanza católica, y la calumnian; las antiguas creencias de los pueblos cristianos, y las desechan bajo pretexto de que repugnan á su razón, siendo así que solo combaten su orgullo. Ved aquí por qué son verdaderamente ciegos; ved aquí por qué jamás curarán de la ceguedad, que es culpable en ellos, porque es voluntaria.

Esta sentencia divina se cumple también, aunque de diverso modo, en esos católicos que, presuntuosos á la par que ignorantes, engreídos con la ciencia de los colegios, con la moral de las novelas y con la erudición de los almanques, se imaginan ser más ilustrados en materia de religión que los eclesiásticos más sabios, los hombres más piadosos y las mujeres más instruidas en la escuela misma de la devoción. Así es que tratan el Evangelio con tanta ligereza como se trataría la mitología; declaran que sus dogmas son demasiado obscuros, sus misterios demasiado incomprensibles y su moral demasiado severa. ¡Desgraciados! Usan ellos este lenguaje porque creen saber mucho, y todo lo ignoran; imaginanse ver, cuando están ciegos, y su ceguedad crece cada día. Mas éstos son ciegos inexcusables, porque cierran voluntariamente los ojos al sol de la fe en su más brillante apogeo; éstos son ciegos más culpables que los mismos herejes, porque rechazan una luz que les ha alumbrado desde la cuna. Por consiguiente, su ceguedad, que es á la vez el pecado y el castigo de su espíritu soberbio y de su corazón corrompido, será eterna.

La religión no es un negocio de orgullosa discusión, sino de humilde creencia; Jesucristo no vino al mundo á establecer un colegio de sofistas, sino una asamblea de creyentes. La oración es el medio

por donde se instruye el hombre en su escuela; cuanto más humilde es, tanto más aprende, y los progresos son en ella tanto más rápidos cuanto más dócil es el discípulo. Obligad, pues, á vuestra inteligencia á que tribute homenaje á la verdadera fe; humildad vuestro orgullo, renunciad á la vanidad de vuestras luces; desconfiad de vosotros mismos y de toda doctrina que no os sea enseñada por la Iglesia, depositaria única y fiel de las verdaderas creencias, maestra inefable y columna sólida de la verdad; humillaos y orad. Y en tanto que los imitadores de los judíos soberbios permanezcan en las tinieblas del orgullo, vosotros seréis milagrosamente iluminados, á ejemplo de los primeros gentiles, nuestros padres en la fe, por esta luz divina, que al ilustrar vuestro espíritu, enardecerá también vuestro corazón helado, y os comunicará la inteligencia práctica de los divinos misterios, el apego y el amor á las leyes divinas, y la fuerza necesaria para cumplirlas. Desde entonces, tranquilos y felices durante la vida, lo seréis mucho más después de la muerte, y sobre todo en el día solemne en que el Hijo de Dios renovará de una manera pública y brillante el gran juicio que vino á ejercer, y que ejerce ahora en el mundo de una manera particular y oculta, iluminando á los ciegos y dejando ciegos á los que ven, porque entonces los hombres que, llenos de presunción y orgullo, pretendieron durante su vida ser iluminados con la antorcha de la ciencia profana, serán cegados y sumergidos en las tinieblas exteriores, mientras que los humildes, los hombres sencillos y piadosos, que prefieren permanecer durante su vida en su feliz ceguera y en medio de las santas obscuridades de la fe, gozarán en el cielo de una vida bienaventurada, y á la luz de la gloria podrán contemplar á Dios con amor durante los siglos de los siglos. Así sea.

EL TRIBUNAL DE PILATOS

Y LA REVELACIÓN DEL REINO DEL MESÍAS

*Attulerunt reges terrae, et principes con-
venerunt in unum adversus Dominum et
adversus Christum ejus... Qui habitat in
caelis irrudit eis... Ego autem constituta
sum rex ab eis super Sion, montem
sanctum ejus, praedicans praecipuum ejus.*

Los reyes de la tierra se levantaron, los príncipes se coligaron contra el Señor y contra su Cristo... El que habita en los cielos se burlará de ellos... Mas yo he sido por el establecido Rey sobre Sion, su monte santo, y en él publicaré su decreto.

(SALMO, II.)

El mundo religioso, cuando vino el que debía santificarlo, hermanos míos, estaba dividido en dos grandes familias, en dos grandes pueblos; el pueblo judío y el pueblo gentil. El Sanhedrin, residente en Jerusalén y presidido por el soberano pontífice, cabeza de la religión del verdadero Dios, representaba el pueblo judío. El pueblo gentil estaba representado por el Senado residente en Roma, y presidido por el emperador, que reunía la soberanía religiosa á la soberanía política, y era asimismo, bajo el título de soberano pontífice, la cabeza de la idolatría.

Mas como el Redentor debía ser inmolado por los dos pueblos, era necesario que los dos pueblos concurriesen unidos á su sacrificio. Ved aquí por que la sinagoga y el imperio, Caifás y Pilatos, César y Herodes, los judíos y los gentiles tomaron parte en la muerte de Jesús. David había anunciado este grande acontecimiento en terminos muy claros, cuando dijo: Los reyes de la tierra y los príncipes de los sacerdotes se coligaron, como un solo hombre, y con una horrorosa unidad de odio y de injusticia se levantaron contra el Señor y contra el Mesías su enviado. Pero el mismo profeta había anunciado igualmente que el Señor se burlaría de esta impia conspiración

de los hombres; y que el Mesías, por lo mismo que todos le condenarían, se haría el verdadero rey de todos y reinaría sobre el santo monte de la nueva Sión, su Iglesia, para publicar á todos el gran precepto de Dios, la verdadera religión y la verdadera ley de Dios.

Pues bien, esta profecía empezó á cumplirse cuando el Sanhedrin, después de haber condenado á muerte al Mesías, le citó ante el tribunal de Pilatos, gobernador romano y representante de César, para que él le condenase á su vez y le hiciese crucificar. Mas Dios se burló de la perfidia del uno y del otro, porque él se sirvió de esta ocasión para hacer reconocer la dignidad real de su Mesías y anunciar al mundo por él su religión santa.

Tal es el gran misterio que vamos á explicar, es decir, Jesucristo puesto por los judíos en manos de Pilatos, y revelado ante el mismo Pilatos su soberanía y su ley. Nosotros comprendemos en él cuán importante es observar esta ley para tener la gloria de pertenecer al reino celestial. Imploremos antes los auxilios de la gracia. *Ave María.*

De todas las pasiones humanas, hermanos míos, el odio y la envidia son las que ciegan más el espíritu, las que ejercen sobre el corazón el dominio más violento, é imponen al hombre á hollar su propia dignidad y á desconocer lo que se debe á sí mismo. Ved esa turba furiosa al redor del pretorio; ¿creéis, por ventura, que se compone tan sólo de gente perteneciente á la infima plebe? No: en medio de ella se halla el consejo supremo de la nación, tal como se encontraba reunido en la casa de Caifás; se encuentran los príncipes de los sacerdotes, los setenta senadores, los fariseos y los doctores de la ley, que se habían trasladado en cuerpo, con el gran sacerdote á su cabeza, al palacio de Pilatos. Todos estos hombres están dominados por un odio cruel que los ciega, los subyuga y los transporta; y, por consiguiente, así como no se ruborizaron de representar el papel de esbirros en el huerto de las Olivas, tampoco se avergüenzan ahora esos personajes tan respetables y tan graves de convertirse en verdugos y acusadores de Jesús para hacerle morir.

Los romanos, hechos dueños de la Judea, habían quitado al consejo supremo de la nación el derecho soberano de condenar á pena de muerte. Mas al despojar al Sanhedrin de los judíos del derecho de hacer morir á los culpables, les habían dejado, sin embargo, el juzgarles según sus leyes, con la reserva expresa de que el presidente romano debía confirmar la sentencia para que pudiese ser ejecutada. ¿Por qué, pues, los sacerdotes y los ancianos, que habían juz-

gado ya y condenado á muerte como blasfemo á Jesús de Nazaret, no se contentan con solicitar de Pilatos la confirmación de su sentencia? ¿Por qué le presentan el pretendido criminal cargado de cadenas, le llevan la causa original, y quieren que él mismo proceda á un nuevo juicio y condene á Jesús según las leyes romanas? Los judíos hicieron todo esto por diversas razones. Esto lo hicieron, en primer lugar, para salvar su reputación pará con el pueblo, admirador de Jesucristo. Porque mostrándole que no eran ellos los que condenaban á Jesús, sino que era condenado por el tribunal de Pilatos, no como un mal judío, sino como un ciudadano sedicioso, podrían hacer creer al pueblo con facilidad que ellos no habían tomado parte alguna en su sentencia de condenación. Esto fué en segundo lugar, porque ellos querían hacer morir á Jesús, más bien que como culpable de crímenes contra la religión, como convencido de crímenes políticos, como un sedicioso, un rebelde, un perturbador de la tranquilidad pública. Pues bien, Pilatos era el único juez competente para pronunciar una sentencia en esta materia.

Finalmente lo hicieron así, porque no bastaba al odio de los judíos que el Salvador muriese, sino que exigía que sufriese la muerte de los esclavos, que era la muerte de cruz, á fin de que el oprobio de su suplicio empañase para siempre la reputación de su persona y destruyese enteramente la creencia en que muchos estaban de que era el verdadero Mesías. Y como las leyes judaicas no admitían el suplicio de la cruz, que sólo estaba adoptado en la Judea cuando se aplicaban las leyes romanas, quisieron que la causa del Nazareno se sometiese al juicio del magistrado romano, que era el único que podía imponerle esta pena.

¡Oh judíos tan insensatos como perdidos! Al entregar á Jesús en manos de Pilatos para que sea crucificado, no tenéis otro objeto que el de saciar vuestro odio contra el Mesías, y sin embargo, ciegos como sois, no hacéis otra cosa que servir á su amor para con los hombres. Vosotros reunis todos vuestros esfuerzos para hacerle morir en la cruz, pero no hacéis más que cooperar al cumplimiento de sus designios y de sus predicciones, y proporcionarle el género de muerte que él mismo ha elegido independientemente de vuestra criminal voluntad. Así, pues, los pensamientos que ocupan vuestra imaginación son vanos, el odio que os agita es impotente, y Dios, el Mesías contra quien conspiráis de acuerdo con los gentiles, se burla de vuestro furor.

El evangelista advierte asimismo que los magistrados judíos, que llevaron á Jesús hasta el pretorio, le dejaron en la puerta; ellos no

pasaron el umbral, alegando que no querían contaminarse entrando en la casa de un infiel, sino conservarse puros para poder comer las víctimas que se inmolaban por espacio de siete días durante la pascua. ¡Oh detestable hipocresía! Ellos temen contraer una impureza legal entrando en la casa de un pagano, y no temen hacerse criminales yendo a solicitar la muerte del justo.

Pilatós, en esta circunstancia, verdadero modelo de jueces integros, no quiere proceder á ciegas, no quiere condenar por simples preveniciones, sino por hechos positivos. Antes de pronunciar su sentencia quiere conocer el proceso; él quiere juzgar, mas no oprimir; quiere aplicar la ley, pero no servir á las pasiones de otros. El acusado está presente. les dice: ¿cuáles son los crímenes? yo quiero hechos y no palabras.

Esta pregunta imprevista los desconcierta y confunde. Ocultando bajo el manto de un orgullo fingido su engaño y sorpresa, responden: «Si este hombre no fuese un malhechor, conocido públicamente por tal, no le hubieramos traído nosotros en persona á tu tribunal.» ¡Oh cielos, extremeces de horror! Aquel cuya vida ha sido una serie continua de gracias y bendiciones, aquel que cifraba sus delicias en sembrar á su paso los beneficios, es tratado de malhechor por los más criminales de entre los hombres. Y sin embargo él sufre todo esto con una paciencia inalterable, y guarda el más profundo silencio. ¡Oh hombre, tan propenso á irritarte por la más leve injuria; antes de abrir tu corazón al odio y abandonarte á la venganza, ah! ¡acuérdate que el hijo de Dios fué tratado de malhechor para atraer sobre ti el perdón de tus malas obras! Y vosotras, almas cristianas, almas justas, acordaos también de la horrible afrenta que vuestro Dios y vuestro Salvador sufre por vuestro amor, y consolaos, recogidos de sufrir los insultos de los mundanos por el amor de Jesús.

Sin embargo Pilatós, con su buen sentido, estuvo muy lejos de contentarse con una respuesta que nada probaba, por lo mismo que afirmaba demasiado. Quiere precisar sus acusaciones contra el Salvador.

Ellos le dicen: «Nosotros tenemos pruebas irrecusables de que este hombre sembraba la discordia entre el pueblo; que prohibe que se paguen al emperador los tributos que le son debidos, y que va publicando por todas partes que él es el Mesías y el rey de los judíos.» Nada habia más falso que estas acusaciones. La vida entera y el carácter dulce y humilde del Salvador su más solemne refutación. Pero nada habia tampoco más capaz por su gravedad de excitar el celo de

un hombre de Estado, supuesto que se trataba del crimen de lesa majestad, acusando á Jesús de haber aspirado á la soberanía. Mas Pilatós comprendió al momento que en estas acusaciones habia más odio y mala fe de parte de los acusadores, que culpabilidad en el acusado. Mas para hacer ver que no permanecía pasivo en un negocio que se presentaba con un aspecto tan grave, dejando á los judíos agitarse en tumulto fuera del pretorio, entra en la sala donde habia hecho colocar al Salvador, cuando los judíos le habian puesto en sus manos, y le hace comparecer en su presencia.

Pero ningún aprecio hace de los dos primeros capítulos de acusación presentados por los judíos contra el Salvador, porque sabia por experiencia que ninguna acusación de este género habia sido presentada jamás en su tribunal contra Jesucristo. El se limita únicamente al tercer capítulo, es decir, á sus pretensiones de ser rey. Sin embargo, no da á conocer á Jesús que ésta era la queja principal que los judíos, fuera del pretorio, tenían contra él, y esto á fin de que se explicase con más libertad. Preguntale simplemente, más bien con el acento de un amigo que conversa, que con la severidad de un juez que interroga: «¿Eres tú el rey de los judíos?»

Mas, ¿que puede la prudencia humana contra la sabiduría divina? Pilatós pretende con esta sencilla pregunta penetrar mejor los pensamientos del Señor, y Jesús le hace una pregunta que obliga á Pilatós á manifestar los suyos. Porque ella prueba que ha leído el corazón de Pilatós, y que ha conocido lo que los judíos habian alegado en su ausencia contra su persona: «¿Es verdaderamente como hombre, ó como amigo cómo procuráis saber. oh Pilatós, si yo soy rey? ¿ó me preguntáis más bien cómo juez, porque mi soberanía os ha sido presentada por los judíos como un capítulo de acusación?» El gobernador se queda estupefacto al ver que su pensamiento es adivinado por Jesucristo, y le confiesa con cierto embarazo que como juez le ha hecho efectivamente esta pregunta, porque ella se refiere al crimen de que los judíos le habian acusado. Pilatós, pues, responde: «Yo no soy judío. Los mismos de tu nación, los jefes de tu religión son los que te han acusado de ambicionar la dignidad real y me han remitido el juicio de esta causa. Yo deseo saber cómo has podido dar motivo para semejante imputación. ¿Eres, ó no eres efectivamente el rey de los judíos? ¿Y en qué sentido pretendes ser rey?»

Desde el momento en que Pilatós declara que no pregunta como hombre llevado por la curiosidad, sino como magistrado revestido de autoridad pública, el hijo de Dios no se niega á responder; y de una manera clara, precisa y que no deja lugar á duda acerca de sus pala-

bras, manifiesta y revela al universo el gran misterio de su soberanía. ¡Cuán hermoso es ver á nuestro Divino Maestro transformar todos los lugares y todas las circunstancias de sus ignominias en otras tantas escuelas donde explica los oráculos de su sabiduría y desde donde gobierna al mundo! Ved aquí, en efecto, lo que dice: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis vasallos sin duda pelearían para que yo no fuera entregado en manos de los judíos; mas ahora mi reino no es de aquí.» Con esta respuesta ha destruido de un solo golpe la falsa idea que los judíos habían formado del reino del Mesías. En estas pocas palabras nos ha dado la clave de la Escritura Sagrada; él ha explicado todas las profecías; ha manifestado el verdadero espíritu de la nueva alianza; nos ha dicho que el reino de Jesucristo no es político ni temporal, sino espiritual y divino; que se establece en los corazones por la fuerza de la gracia, se extiende por las armas de la paciencia y prospera por el menosprecio de las cosas terrenas; que nada promete de cuanto la concupiscencia mundana persigue sin descanso, sino que invita por medio de las humillaciones, atrae con la cruz y recompensa con el martirio; que este reino no tiene relación con el mundo presente sino para inspirar desprecio á él, y que descendió del cielo sin otro objeto que el de hacer felices eternamente en el cielo á sus súbditos.

Es claro que al hablar el Salvador á Pilatos de un reino propio, de un reino nuevo y exclusivamente suyo, se atribuía el título y la cualidad de rey. Pilatos, por consiguiente, le replicó: «Es cierto, pues, que tú eres rey.» Y Jesús responde con modestia: «Tú lo has dicho; yo soy verdaderamente rey.» En seguida, dando más fuerza á su voz y á sus palabras, continúa diciendo á Pilatos, y á nosotros en la persona del gobernador: «Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad, y todo el que pertenece á la verdad escucha con docilidad mi voz, la conoce y la cumple.»

La verdad en el sentido religioso no es otra cosa que el conocimiento de Dios y del hombre, de las relaciones que deben existir entre los mismos, y de las relaciones que deben unir á los hombres entre sí. La verdad es la verdadera religión que abraza el dogma, la moral y el culto; la religión que los judíos no conocían sino en expectación y en estado de figura, y de la que los gentiles no tenían idea alguna. Luego si nosotros conocemos al presente á Dios, si conocemos el misterio de las tres divinas personas; si conocemos al hombre y su origen, su condición y su fin, sus deberes, su caída y su reparación; el mediador y sus misterios, sus gracias y sus promesas, la ley divina y sus preceptos, sus amenazas y sus recompensas; si

tenemos la inestimable ventaja de profesar estas grandes é importantes verdades que el mundo antiguo había oscurecido con sus fábulas, ó perdido enteramente; estas verdades en cuya investigación había agotado la sabiduría humana todos sus esfuerzos por espacio de muchos siglos sin poder descubrirlas jamás; si conocemos, repito, estas verdades, es porque Jesucristo, verdadero rey de un nuevo reino puramente espiritual, sentado en el monte profético de la Iglesia, como en un trono, nos las ha hecho creer por su enseñanza y nos las ha hecho amar por su gracia, y ved aquí cómo ha reinado, cómo reina todavía y reinará para siempre en el espíritu y en el corazón de los hombres.

¿Y con qué objeto se ha hecho esta importante revelación? El Salvador mismo nos lo ha declarado cuando añadió: «Todo el que pertenece á la verdad escucha mi voz. ¿Quiénes son los que pertenecen á la verdad? son las almas humildes, sencillas y modestas que tienen un deseo sincero de conocer y un corazón inclinado á amar, y que están dispuestas á practicar la verdad. Pues bien, el Señor nos dice que esas almas escuchan la voz de Jesucristo y su enseñanza con docilidad y con fruto. Mas los que pretenden conocer la verdad con un espíritu de odio para combatirla y ahogarla, como hicieron los judíos; con un espíritu de desprecio para ponerla en ridiculo, como hizo Herodes, y con un espíritu de indiferencia para condenarla ó sacrificarla á la política ó á los respetos humanos, como hizo Pilatos, esos nada tienen de común con la verdad, ninguna simpatía secreta tienen con ella; ellos le son enemigos ó extraños, y ved aquí por qué se les niega la revelación divina. Esos no merecen oír la voz de Jesucristo, ni comprenderla en el sentido que podría ilustrarles, justificarles y salvarles; por el contrario sólo la oyen materialmente como un ruido vano, como un sonido privado de sentido, que los deja en su ceguera y pronuncia su condenación.»

En las circunstancias de que se trata, Pilatos es una prueba sensible de la verdad de esta profecía de Jesucristo. El no posee ese espíritu humilde, ni ese corazón dócil que dispone al hombre á recibir la verdad y á practicarla, y que establece un verdadero parentesco, una afinidad secreta entre el hombre y la verdad. Así pues, mientras que el Salvador le revelaba cosas tan sublimes acerca de su soberanía y de su reino, Pilatos oía el sonido de su voz divina, sin penetrar el sentido. Es verdad que, sorprendido de la manera nueva con que el Salvador habla de la verdad, la curiosidad le movió á preguntar, como preguntó en efecto, ¿qué cosa es la verdad? Mas esta era una curiosidad puramente excitada en él por el espíritu filosófico, y no

por el celo de la religión. En efecto, en el momento en que Jesucristo parecía dispuesto á responderle y á instruirle, Pilatos se levanta, abandona su tribunal, deja en cierto modo á Jesucristo con la palabra en la boca, y sin esperar la respuesta sale para arreglar á los judíos.

Ved aquí, hermanos míos, una pintura fiel de esos cristianos que tienen de tiempo en tiempo cierta veleidat, cierto deseo vano de oír la palabra de Dios y de conocer las obligaciones que su ley les impone; pero que en seguida, cuando esta palabra santa, esta augusta verdad comienza á sonar en sus oídos por medio de la predicación evangélica, se retiran, huyen y no quieren saber más. ¡Ah! Esto consiste en que ellos temen su voz importuna, su acción severa, su justa autoridad que ordena ciertos sacrificios, exige ciertas reformas, condena las injusticias y amenaza con el castigo, mientras que ellos no quieren que se les altere en lo más mínimo la vergonzosa felicidad que se ha creado en el seno del vicio y del desorden.

¡Cuán profundas son las palabras con que el Evangelista principia el relato que acabo de explicar! «Los judíos, dice, entregaron á Jesús en manos del gobernador Poncio-Pilatos. Este fué un acto solemne por el que el pueblo judío, representado por el gran consejo, renunció en nombre de todos los demás judíos presentes y futuros al Mesías prometido á sus padres y esperado por tanto tiempo, y se declaró satisfecho de no pertenecer ya al Salvador del mundo.

Desventurados judíos, ¡qué pérdida tan grande habéis sufrido! ¡qué precioso es el tesoro de que os habéis despojado abandonando así al Mesías, que era el único título de vuestra existencia y de vuestra gloria! Pero vosotros expiaréis sin duda alguna este gran crimen, y supuesto que habéis entregado á Jesús á los romanos para hacerle morir, vosotros caeréis también en poder de los romanos para ser humillados, abatidos y destruidos por ellos.

Desde este día comienza para vosotros, infortunados, una serie de espantosas desgracias. Ya no habrá para vosotros luz ni profecías, ni ciencia de Dios ni conocimiento de sus misterios y de sus leyes. La escritura será para vosotros un libro sellado, que leeréis sin comprender, y en el que encontraréis á Jesucristo en cada página, y sin embargo no lo veréis. Desde este día no tenéis ya templo, ni altar, ni sacerdote, ni sacrificio, ni ciudad ni reino. Este día fatal convertirá todas vuestras solemnidades en un amargo duelo y en un dolor eterno.

Al recibir Pilatos, como romano y como lugarteniente del emperador y del mundo pagano, al Redentor que los judíos le entregaron,

toma posesión de él en nombre de los romanos y en nombre de los judíos. En virtud de esta acción de los judíos, nosotros los gentiles hemos venido á ser los verdaderos hijos de la promesa, la raza de Abrahán, la verdadera casa de Jacob. La Iglesia Católica ocupa el lugar de la sinagoga. A ella se transmite la ciencia de las Escrituras, á ella se confía el depósito de la verdadera fe, á ella se ha trasladado el verdadero sacerdocio, el verdadero sacrificio, el verdadero culto, conocimiento de todas las leyes de Dios y la dispensación de todas las gracias de la salvación eterna. Roma se hace la capital del nuevo reino espiritual, que sin ser del mundo, ha venido el Redentor á establecer en el mundo; y el Vaticano se hace, en lugar de Sión, el verdadero monte santo sobre el que el Hijo de Dios, constituido rey por su Padre, coloca su trono y desplega su soberanía, su autoridad y su imperio, anunciando á todo el universo desde lo alto de esta montaña sagrada la verdadera religión y la ley divina.

Reconozcamos, pues, nosotros que somos cristianos y descendientes de padres gentiles, reconozcamos con San Pablo el acto de inefable misericordia por el que Dios nos sacó, sin mérito alguno de nuestra parte, de la gentilidad en la que hubiéramos permanecido viles esclavos de todos los errores y de todos los vicios, para trasladarnos al reino de Dios, y hacernos participantes del amor divino. Reconozcamos este inmenso beneficio con la gratitud más sincera y la adhesión más afectuosa. Reconozcámoslo sosteniendo, con la pureza de nuestras costumbres, el honor de pertenecer á un monarca tan grande; manifestémosnos llenos de celo por su gloria, llenos de un santo respeto por sus templos y observadores fieles de sus leyes, á fin de hacernos después participantes de sus recompensas eternas. *Amén.*

EL SILENCIO



Deus cum qui non nocerit peccatum, pro nobis peccatum fecit: ut efficiamus iustitiam Dei in ipsis.

Dios por nuestro amor trató á igual que no habia cometido el pecado, como si hubiera sido el pecado mismo: á fin de que nosotros fuésemos hechos justos por la justicia de Dios.

(II. CORINTH. 7. 21.)

No hay convenio ni unión posible entre la luz y las tinieblas, entre la inocencia y el crimen, entre la santidad y el pecado. Sin embargo, habiendo Jesucristo obtenido de su Padre la gracia de colocarse en nuestro lugar y cargar sobre sí todos los pecados del mundo, con objeto de expiarlos, estos pecados se hicieron en cierto modo suyos propios, como si él los hubiese cometido personalmente. Así se cumplió el grande é incomprensible misterio, predicado por San Pablo, que nos muestra la inocencia, aunque libre de la más pequeña culpa, sometida sin embargo en la persona del Redentor á todas las penas debidas al pecado. Aquel que jamás habia conocido el pecado, se hizo á los ojos de Dios como el pecado personificado, el pecado viviente. Ved aquí por qué él sufrió todos los castigos que habian merecido los pecadores, á fin de que, así como el Salvador se habia hecho en nosotros y por nosotros pecador en apariencia por nuestro propio pecado, nosotros nos hiciésemos también en él y por él santos y justos por la santidad y la justicia misma de Dios.

Uno de los castigos reservados á los pecadores era el de tener que sufrir un día un juicio terrible. Habiéndose colocado el Redentor en la condicion aparente de los pecadores, debió ser igualmente juzgado; mas no pudiendo tener por juez á Dios su Padre porque tiene la misma autoridad y la misma naturaleza que él, debió ser juzgado por los hombres. Tal es el misterio de la comparencia de Jesucristo ante los tribunales, en los que, antes de ser inmolado como victima, fué, á pesar de su inocencia, acusado é interrogado como el hombre más

culpable, como el representante de nuestra culpabilidad; porque así lo quiso su eterno Padre. Mas, supuesto que hemos visto ya la injusticia, la desvergüenza y la mala fe con que fué acusado, y que suministraron una prueba legal de que él no habia cometido ni aun la sombra siquiera del pecado; veámosle hoy condenado al silencio y á la confusión de un criminal; y esto con el fin de que nosotros nos librásemos de la horrible confusión que nos esperaba en el tribunal formidable de Dios, y que pudiésemos comparecer en él revestidos de su propia justicia.

Entremos, pues, en esta piadosa consideración, y aprendamos á abrir los ojos para no volver á caer en el horrible estado de que fuimos sacados por la misericordia divina. *Ave María.*

Pilatos, educado en la idolatría, profano por su condicion y sensualista por su filosofía, estubo muy lejos de comprender la doctrina profunda de Jesucristo acerca de la naturaleza divina y puramente espiritual de su reino. Sin embargo, dotado de una gran penetración y de cierta rectitud de corazón, comprendió perfectamente, por las respuestas del Salvador, y más aún por su majestuosa actitud en medio de su humillación, que Jesús no era un hombre de partido de quien debian temerse sediciones ó motines; que no era un ambicioso que pudiese aspirar á un poder soberano, que rivalizase con el del César; que si él era rey, su soberanía era religiosa y no política, y que por consiguiente no podia hacer sombra al representante del emperador ni excitar sus celos.

En esta íntima convicción, lleva á Jesús fuera del pretorio al lugar donde se habian detenido los principes de los sacerdotes, entre una turba inmensa de pueblo. «Yo he examinado cuidadosamente, les dice, al preso que me habéis presentado, y de mi examen, confrontado con vuestras imputaciones, resulta en mi juicio que las pruebas de los crímenes que le imputáis no existen ni aun en apariencia; que, por consiguiente, no hay motivo alguno de acusacion, ni mucho menos de condenación.

Ved aquí pues de parte de un juez sobre el que no puede caer la mas leve sospecha de parcialidad, por cuanto es extranjero, y porque ha sido elegido por los acusadores mismos; ved aquí, repito, una justificación en regla que no puede ser más clara ni más precisa, que ha sido precedida de un interrogatorio y que es pronunciada en presencia del pretendido criminal, de los acusadores y del pueblo. Burlados los judíos en su bárbaro designio por esta declaración de Pilatos, y tratados indirectamente de calumniadores, se entregaron abier-

tamente á todo su furor, acumularon contra el Señor nuevos cargos y nuevas calumnias, y pusieron tanta mayor energía en repetirlos, cuanto menos capaces eran de probarlos. ¿Qué hizo entonces el Hijo de Dios? A todas estas mentiras inventadas por los más inieusos de los hijos de los hombres, opuso la única justificación que convenia á su inocencia, á su grandeza y á su dignidad: una calma modesta, un severo y majestoso silencio. Cuando en las causas criminales se levanta una sospecha de calumnia, es obligación del magistrado poner fin inmediatamente á los debates. La tergiversación y continuación del interrogatorio no sirve más que para aumentar la audacia de los calumniadores. Esta es la razón porque después de haber hecho Pilatos una declaración tan terminante y solemne, debia al momento haber arrojado con indignación á los judíos de su presencia, haberles impuesto silencio y haberles amenazado castigarles por haber osado calumniar á un inocente en su tribunal. Pero su carácter no correspondia á su talento. Tuvo, si, la debilidad de no sostener la sentencia justa que habia pronunciado y de hacerla por el contrario dudosa en su efecto, interrogando de nuevo al Salvador. ¿Y qué pretendia con esto? Nada más que hacer hablar á Jesús. Con este objeto le dice: ¿No oyes los cargos que estos hombres hacen pesar sobre tí? Vamos, responde; pronuncia algunas palabras en tu defensa.

Pilatos insiste en hacer hablar á Jesús y le obliga á justificarse, porque tiene deseos de salvarle. Este magistrado, que ha reconocido y proclamado la inocencia del acusado, no se atreve á librarle, y pretende que el acusado se libre á sí mismo. Pero Jesús, á pesar de las vivas instancias de Pilatos, permanece en el más absoluto silencio.

En este silencio se encerraba una enseñanza sublime. En primer lugar, dice Orígenes, anunciaba una cosa maravillosa, grande y sublime de que no habia ejemplo entre los hombres. Porque jamás se vió un hombre colocado bajo el peso de una acusación capital, con la perspectiva de una muerte ignominiosa y cruel, permanecer en una tranquilidad tan imperturbable, guardar silencio y manifestar en su fisonomía una serenidad tan grande, en sus maneras una dulzura tan maravillosa, y en su semblante una dignidad tan perfecta.

El silencio del Señor no sólo excitó la admiración de Pilatos, sino que le inspiró también la idea de salvarle. Así, pues, cuanto hizo Jesús brillar en esta circunstancia su poder y grandeza, supuesto que se defendió sin responder, persuadió sin hablar, y con su silencio se hicieron más evidentes aun á los ojos de Pilatos su propia inocencia y la calumnia de sus enemigos. Desesperando éstos de hacerle pasar por un sedicioso, presentan su doctrina como subversiva;

dan gritos como frenéticos. «Es culpable, es culpable, exclaman; es una persona peligrosa, un hombre turbulento, que con su doctrina subleva á todo el pueblo judío, desde los confines de Galilea hasta Jerusalén; su predicación ha sembrado la discordia en las provincias y la paz ha cesado de reinar en ellas. ¿Y qué hizo entonces Jesús? Sin manifestar la más pequeña emoción ni la menor turbación, les deja gritar y continúa guardando silencio.

Por otra parte, los clamores furiosos, los gritos frenéticos con que proponian las acusaciones, no hacian otra cosa, dice el venerable Beda, que poner más en evidencia, por una parte, la ciega pasión y la perversidad de los acusadores, y por la otra, la inocencia del acusado.

El Señor no tiene necesidad, añade San Ambrosio, de tomar la palabra para su justificación personal, porque sus enemigos, en el modo y forma de acusarle, le justifican ellos mismos de sus propias inculpaciones, y le vengan de sus calumnias. Su silencio es su más bella apología; refusingo defenderse, da Jesús la prueba más evidente de que la defensa no le es necesaria.

No sólo este silencio es una apología de su propia inocencia, sino también un silencio expiatorio de las faltas de los hombres. Porque cuando Jesucristo habló, lo hizo siempre en cualidad de pastor que instrua á las almas; al presente, su silencio es el de un cordero lleno de mansedumbre que se inmola por nosotros. Recordemos los pecados y los innumerables excesos que los hombres cometen con la lengua. ¿Qué de imprecaciones y de blasfemias contra Dios! ¿Qué de murmuraciones y de calumnias contra el prójimo! ¿Qué de impaccinias y de maldiciones contra sí mismos! ¡Ah! Con la lengua es con lo que los hombres más frecuentemente pecan. Las personas mismas consagradas á la religión y á la piedad, que viven lejos de los vicios, no siempre pueden librarse del pecado de la lengua, y ofenden más ó menos gravemente en sus discursos á Dios y al prójimo. Pues bien, esa multitud espantosa de pecados que se cometen con la lengua, es la que expió Jesucristo con el silencio que observó en el momento más solemne de su defensa, y por el mérito infinito de su expiación, se nos ha prometido el perdón de los pecados de palabra, cuantas veces tengamos un dolor sincero de ellos.

Recordemos también que Adán y Eva agravaron su crimen al querer excusarse, y al echar la culpa, él á su esposa, y ella á la serpiente. En el naufragio en que pereció su inocencia, se privaron así de la verdadera tabla de salvación, que es la penitencia. Este segundo pecado de Adán y Eva debia ser expiado, porque añadía grave-

dad al primer pecado. Pues bien, Jesucristo, al guardar el silencio de un culpable ante las falsas acusaciones que se hacían pesar sobre él, cumple precisamente esta gran expiación del pecado verdadero, cometido por nuestros primeros padres.

Mas ¡ay! los pecadores no tendrán parte alguna en el mérito de esta expiación de que los justos gozarán abundantemente en el día del juicio. Esta eizaña será arrancada, según la predicción de Jesucristo, y atada en gavillas para ser quemada; es decir, que los hijos de la iniquidad serán separados por los ángeles, y reunidos por ellos, según las especies de sus pecados, en grupos de incrédulos, de herejes, de tiranos, de sacrilegos, de adúlteros, de voluptuosos, de ladrones, de falsarios, de perjuros, de calumniadores y de incestuosos, que todos verán con igual estupor su propia confusión y su propio silencio. Entonces será pasado ya el tiempo en que cada uno excusaba sus mismos pecados o los ocultaba al conocimiento de los hombres. En ese gran día se romperá el velo de la impostura, y caerá la máscara de la hipocresía. Cada uno llevará escrita en su frente la historia de su propia vida y la ignominia de su propio corazón. Cada uno parecerá entonces lo que realmente es.

Ahora es tiempo, amados hermanos, de evitar una desgracia tan grande y de librarnos de una venganza tan terrible. Jesucristo, la inocencia infinita, por el mérito de su silencio y de la confusión que sufrió al comparecer ante el tribunal de los hombres como un criminal, nos mereció ser libres de la confusión y del silencio á que nos habíamos de ver condenados en el tribunal de Dios. Sólo se trata de aplicarnos el fruto de esta grande expiación. Para esto, esforcémonos en vivir al presente unidos á él por la confusión de la verdadera fe y por la observancia exacta de sus preceptos. Procuremos participar de las ignominias, de la vergüenza y del humilde silencio del Redentor; á fin de que en el último día, en vez de ruborizarnos y de temblar entre los réprobos, ante la terrible majestad del supremo Juez, podamos presentarnos entre los elegidos, justos por su justicia y gloriosos por su gloria.

David había anunciado que el Mesías, el justo por excelencia, ordenaría todas sus palabras con una sabiduría admirable y un juicio exquisito. Pues bien, el Salvador cumplió exactamente esta profecía ante los tribunales. Es digno de notar que él dió al menos algunas respuestas á Pilatos, que había tomado parte en este juicio contra su voluntad, y que se negó á contestar á los príncipes de los sacerdotes, juzgándolos indignos de oír su voz por causa de su odio y de su apostasía.

Mas en tanto que Jesús castiga con su silencio á los judíos de su tiempo, anuncia igualmente el terrible castigo de los futuros judíos. En efecto, Jesucristo hablando á Pilatos con tanta majestad y tanta dulzura á la vez, revelándole la naturaleza de su reino y el objeto de su misión en el mundo, es Jesucristo lleno de misericordia que, recibido por los gentiles en la persona del gobernador romano y hecho en cierto modo su propiedad, debe ser un día de una manera especial el maestro y el Salvador de los gentiles. Jesucristo que calla en presencia de los judíos, es Jesucristo severo y terrible que no hará oír sus lecciones divinas á ese pueblo ingrato, en castigo de haber renunciado á él públicamente y de haberle rechazado entregándole en manos de Pilatos.

Comprended esta amenaza vosotros los que resistís á la misericordia divina con vuestra ciega obstinación. Si Dios os aflige con las enfermedades que amargan vuestra existencia, con las desgracias que agotan vuestros recursos, con los golpes imprevistos que destruyen la humana protección en que os apoyáis como en una frágil caña; si Dios os prueba con esas mudanzas imprevistas que os hacen perder la estimación de que gozáis ó el cargo que ocupáis; si él pone obstáculos á vuestros designios de fortuna y de engrandecimiento, y los hace desvanecerse en humo; si él hace estériles vuestras operaciones; si os aflige en medio de vuestros frenéticos gozos, y los convierte en luto; si derrama la amargura en las peligrosas dulzuras de vuestros placeres; si emponzoña vuestras diversiones y cubre de espinas el camino de vuestros desórdenes sembrado hasta ahora de rosas mortíferas; si Dios, en fin, hace resucitar con frecuencia en vuestro corazón los remordimientos que os destruyen, los pensamientos terribles que os atormentan de noche y no os dejan descansar de día; si os espanta con el peligro de una muerte repentina, con la severidad de sus juicios y el temor de los eternos castigos, no creáis que Dios está irritado entonces contra vosotros, ni le acuséis de severidad ni de rigor. Entonces es cuando, por el contrario, se muestra con vosotros como el Dios de clemencia, como el Dios lleno de ternura, aligido por la perversidad de vuestro corazón, de ese corazón que os precipita inevitablemente á la ruina. El procura hacer renacer en vosotros ese disgusto de una vida culpable que mata el pecado y salva al pecador. El Dios que os humilla y os aflige es el Dios que os habla todavía; y el Dios que os habla, aunque sea con un tono severo, es el Dios que todavía os ama; su voz aguarda la voz de vuestro arrepentimiento que debe hacerla callar; sus rayos aguardan una de vuestras lágrimas que debe apagarlos entre sus manos.

[Ah! comprended, pecadores, estas advertencias, y rendíos á estas invitaciones en las que, bajo una apariencia de rigor, se oculta una verdadera misericordia. Desde mucho tiempo há, que esta voz os llama; evitad, pues, el momento terrible en que, hecha importuna á vuestros oídos, y causada de dejarse oír, enmudezca para vosotros, y temed que Jesús no os deje ya oír su voz, como hizo con los judíos.

Resene vuestra voz fuertemente en el fondo de nuestro corazón por vuestras inspiraciones, y fuera de él por todas las pruebas que os dignéis hacernos sufrir. Aterradnos, afligidnos, abrumadnos bajo el peso de vuestra mano; humilladnos y probadnos según os plazca. Esos castigos, por severos que sean, no serán otra cosa que la corrección de un padre tierno que levanta la voz y castiga á su hijo extraviado con el objeto de hacerle volver de su extravío y salvarle. Pero libradnos del formidable castigo de vuestro silencio, que es la señal terrible y el precursor funesto de vuestro abandono.

Y vos, oh Padre eterno! haced que las humillaciones á que quisieris someter por nuestro amor á vuestro Divino Hijo, y la confusión que él experimentó guardando silencio como un criminal, como un pecador, siendo así que jamás conoció el pecado, sean el principio de nuestra enmienda, el medio de nuestra santificación y la prenda de nuestra salvación. Así sea.

BARRABÁS

Obstupescite vultu et portae corum decantant volentes: Duo male fecit populus meus: Me dereliquerunt fontem vitae viuae, et fuderunt sibi cisternas dissipatas.
¡Oh cielos! pasmosos, y vosotras, puertas del cielo, desoladas en gran manera, porque mi pueblo ha comido los grandes fallos: me ha abandonado á mí que soy fuente de agua viva, y ha cavado para sí cisternas impuras.

(JEREM. II, 12, 13.)

Si debiéramos juzgar el pecado según los principios y las máximas de la filosofía del mundo y de las pasiones, sería necesario decir que no es más que un síntoma de la fragilidad de una naturaleza desgraciadamente enferma; un momento de ilusión y de error; un corto sueño de la razón y de la fe; un consentimiento, mas bien escapado á la veleidad del alma naturalmente inconstante, que otorgado voluntariamente; un olvido en fin más bien que una ofensa de Dios.

Pero, según las ideas justas y verdaderas que la Escritura Sagrada nos da, el pecado es otra cosa muy diversa. Todo pecado encierra un desprecio de la ley de Dios; un desprecio de la justicia y del poder de Dios; un desprecio, una deshonra y un insulto hecho al mismo Dios.

Este desprecio de Dios, que el hombre manifiesta al cometer el pecado, es tanto más injurioso á su infinita Majestad, cuanto que no sólo es un desprecio absoluto, sino un desprecio de preferencia. En efecto, por el pecado no se desprecia á Dios que es el bien supremo, el bien infinito, por otro bien supremo é infinito también, sino por un placer de un momento, por un interés de un día; se prefiere la satisfacción y el goce de la criatura, al culto, á la obediencia y á la gloria del Criador.

Pues bien, aunque todo hombre que se hace culpable de un pecado comete este doble ultraje contra Dios, los judíos sin embargo

lo cometieron de una manera especial y sensible, cuando con la injusticia más enorme dieron á Barrabás la preferencia sobre el Mesías, sobre el Hijo de Dios; cuando pidieron que Barrabás fuese puesto en libertad, y Jesús clavado en la cruz. Ya se había quejado Dios de este terrible exceso por boca de su profeta, cuando dijo: ¡Oh cielos! estremeceos de espanto, y vosotras, puertas de la mansión eterna, cubrid de luto. Mi pueblo ha cometido dos males á la vez; él ha consumado dos crímenes en un solo exceso. El primer pecado ha sido el de abandonarme, á mí que soy su Dios; el segundo ha sido el de haberme despreciado, á mí, fuente inagotable y vivificante, para beber en las impuras cisternas.

Meditemos en el día de hoy acerca de esta preferencia sacrilega que los judíos dieron á Barrabás sobre Jesucristo, y en el crimen de que ellos se hicieron culpables reconociendo el que cometemos nosotros cuando ofendemos á Dios por el pecado, á fin de que, si nos horrorizamos á vista de los judíos que prefieren Barrabás á Jesucristo en quien no creían, experimentemos un horror todavía mayor á la sola idea de preferir por el pecado las criaturas, y nosotros mismos á Dios á quien adoramos.

Pidamos antes la gracia. *Avé María.*

La debilidad, hermanos míos, nos expone con frecuencia á cometer injusticias sin utilidad alguna. ¿De qué sirvió en efecto á Pilatos haber remitido á Herodes la causa de Jesucristo? El cometió á los ojos de Dios y de los hombres la falta de haber puesto en duda la inocencia del Señor, cuando él mismo la había ya proclamado, y no pudo conseguir, como lo ha esperado, cortar esta dificultad tan embarazosa para él. Porque habiendo devuelto Herodes á Pilatos el acusado y la causa en el mismo estado, volvió á poner al gobernador en el conflicto embarazoso de que creía haberse librado. La única ventaja que sacó de este desgraciado recurso de su política, fue que este acto de deferencia respecto á la autoridad de Herodes produjo su reconciliación; de modo que de enemigos mortales que eran por la rivalidad de su posición, se hicieron desde aquel día amigos inseparables.

¡Oh preludio! La reconciliación de estos dos personajes, el uno judío y el otro gentil, obrada por medio de Jesucristo que se remitieron mutuamente, es un gran precioso augurio. Ella anuncia que en este día se cumple el gran misterio, que nos fué anunciado después por San Pablo, de la reconciliación de los judíos y de los gentiles, por la pasión de Jesucristo nuestro pacificador y nuestro mediador;

que el odio que separaba á estos dos pueblos se apagó en su sangre adorable, y que en adelante no formarían más que una sola Iglesia y un solo pueblo.

Mas el escándalo es contagioso. El desprecio con que Herodes, judío, había tratado á Jesucristo, produjo una fatal impresión en el espíritu voluble de Pilatos, que al fin era gentil: debilitó mucho en él la ventajosa idea que había concebido del Salvador y le hizo deducir que el Nazareno, lejos de ser el hombre extraordinario que él se había figurado, no era, en el juicio mismo del astuto Herodes, más que un simple hombre, un imbécil que no merecía consideración alguna; que era, en una palabra, uno de aquellos esclavos considerados entre los romanos como cosas, y que por esta razón, sin el menor escrúpulo, se les hacía azotar por pasatiempo, y se les hacía morir por capricho.

Pilatos piensa, pues, que no se seguiría inconveniente alguno de mandar azotar á un hombre á quien Herodes, su propio rey, había reputado tan vil; creía también poder así librar por una parte al acusado de la muerte, y por otra apaciguar con esta satisfacción el odio de los judíos, que temía irritar más, negándose á todo. Habiendo pues convocado á los príncipes de los sacerdotes, á los senadores y al pueblo, les dice: «Vosotros me habéis presentado este hombre como un sedicioso que subleva el pueblo; sin embargo, ya habéis visto que habiéndole juzgado en vuestra presencia no he encontrado en él ni aun la sombra de los crímenes de que le acusáis; he remitido la causa á Herodes, quien mejor que otro alguno podía y debía conocer en ella, porque es judío como el acusado y rey de Galilea, y porque tiene por lo mismo más interés que otro alguno en castigar á cualquiera que ose aspirar á la soberanía, y Herodes tampoco ha encontrado cosa alguna que pueda dar motivo á una sentencia capital; yo debería, pues, poner inmediatamente en libertad al acusado, sin embargo, para convenceros de que quiero en algo complaceros, voy á mandar que Jesús sea azotado, y después le pondré en libertad.»

¡Oh cobardía! ¡oh injusticia de Pilatos! ¡Oh paciencia! ¡oh mansedumbre de Jesús Salvador! ¿Quién es el que hubiera podido contener su indignación al verse condenado á la pena de azotes por el mismo juez que poco antes había reconocido jurídicamente su inocencia? Mas ¡ay! más injusticias se cometen por los magistrados débiles que por los que son intencos, pero firmes y resueltos. En el tribunal de la debilidad el crimen triunfa cuasi siempre de la virtud, y la calma se sobrepone á la inocencia. Pilatos procede de la flaqueza á la injusticia al manifestar la intención de hacer azotar al Salvador, y

desciende después á una injusticia más cruel y más injuriosa al poner al Salvador en paralelo con Barrabás.

Recordemos á este propósito que en la época solemne de la Pascua, celebraban los judíos la memoria de dos grandes prodigios, la emancipación de sus padres libres de la tiranía de Egipto, y la libertad de sus primogénitos, escapados del degüello del ángel exterminador.

En memoria de este doble prodigio de la protección divina para con los hebreos, era entre ellos una costumbre antigua que el consejo supremo, en la fiesta de la Pascua, á petición y por elección del pueblo, concediese la libertad y la vida á un preso que estuviere condenado á muerte; y como esta costumbre formaba parte de la religión, los romanos la habían dejado á los judíos, con la sola diferencia de que no pertenecía ya al Sanhedrin pronunciar el indulto del preso, sino al gobernador romano, como representante y depositario de la autoridad suprema del César.

Pues bien; mientras que Pilatos arengaba á los principes de los sacerdotes á fin de que se diesen por satisfechos con someter á Jesucristo á la vergonzosa pena de azotes, y que después le dejasen en libertad, se presenta súbitamente una diputación del pueblo que venia á pedirle, según costumbre, la libertad de un reo condenado á muerte. Esta circunstancia, que Pilatos no había previsto, le pareció que debía favorecer sus designios, porque si el pueblo consentía en que el criminal que debía obtener su gracia aquel año fuese Jesús, el juez se veía dispensado, por esta elección, de pronunciar una sentencia definitiva, y al mismo tiempo de hacer ejecutar la de azotes que él había pronunciado con tanta ligereza y tanta injusticia. «Estáis satisfechos, dice á los diputados del pueblo; ¿queréis que el criminal que la costumbre nos obliga á librar por la Pascua, este año sea Jesús, rey de los judíos?» Los diputados se detuvieron un instante en contestar á esta proposición.

En este tiempo tenia Pilatos en sus prisiones, entre otros criminales que merecían la muerte, un célebre malhechor llamado Barrabás; éste era un insigne ladrón, y para colmo de su infamia, estaba convencido de asesinato y de sedición. Habiendo conocido, pues, Pilatos que los judíos dudaban en aceptar el partido que les había propuesto de poner en libertad á Jesús, imagina proponer de nuevo á la elección del pueblo el Nazareno en comparación de Barrabás, á fin de que los judíos se avergonzasen de preferir á Jesucristo, á quien pocos días antes habían saludado con sus aclamaciones como Mesías y como profeta, un criminal tan insigne como Barrabás.

¡Oh juez, no sé si llamarle inicuo ó insensato! Pilatos es injusto, porque coloca en una misma línea á un insigne malhechor convencido de crímenes que merecían todos ellos la pena de muerte, y á Jesús, cuya inocencia ha reconocido y proclamado Pilatos mismo. Se muestra también insensato, porque, según la costumbre, el pueblo sólo podía pedir gracia, y el príncipe tenía el derecho de concederla; pero Pilatos, en su imprudencia y cobardía, alteró é invirtió este orden, porque él, que representaba al soberano y ejercía sus derechos y su poder, es el que pide la gracia del preso, y transfiere al pueblo, que se hace más insolente y más feroz, el derecho de concederla.

Peró mientras Pilatos propone y discute, da lugar á los pontífices y á los senadores para hacer valer sobre el espíritu de los judíos la autoridad tan imponente del Sanhedrin. Por medio de sus emisarios secretos urdieron tantas intrigas, que á favor de promesas y de amenazas persuadieron á la multitud á que pidiese el perdón de Barrabás y la muerte de Jesucristo. Así es que, á esta segunda proposición de Barrabás, elevase del seno de aquel furioso populacho un prolongado é infernal clamor: «Muerte á éste, gritan, y libertad á Barrabás.» ¡Gran Dios! ¿Qué humillación para Jesucristo! ¿Qué insulto y qué ultraje! ¡El descendiente de David puesto en paralelo con un hombre de lo más bajo del pueblo! ¡El justo por excelencia con un malhechor! ¡El Hijo de Dios con el más corrompido de todos los hombres; y este le es indignamente preferido! ¡Con cuánto desprecio hacen los judíos esta odiosa comparación! Ellos ni aun siquiera se dignan nombrarle; como si temiesen manchar sus labios al pronunciar su nombre, este nombre santo y adorable que forma las delicias de los cielos, la esperanza y la salvación de la tierra, y gritan: «Muera éste; como si quisieran decir: «Quita del mundo á un hombre cuya existencia es un escándalo para el mundo y un deshonra para el pueblo. Si, por malo que sea Barrabás, es digno de indulgencia en comparación de este ser, Perdon, para Barrabás, y muerte para éste.»

Pilatos, que ni aun siquiera lo había sospechado, no puede resolverse á creer que el pueblo quiera realmente condenar al inocente y absolver al culpable, especialmente á un criminal como Barrabás. Vuelve, pues, á interpelar por tercera vez á los judíos, y les dice: «Y bien! supuesto que queréis que Barrabás sea indultado, cumplase vuestros deseos; pero Jesús no es culpable. La libertad del uno no lleva consigo la condenación del otro. Responded, pues: ¿Qué queréis que haga de Jesús, que se llama Cristo; de Jesús, rey de los judíos?» Observemos, antes de pasar adelante, que Pilatos no nombra

jamás á Jesús sin darle el título de Cristo, que quiere decir Mesías; y no se lo da por burla, como un título que Jesús ha usurpado, sino seriamente en un sentido absoluto, y como la expresión de una cualidad que le pertenece. El año aun á este agosto título el de *rey de los judíos* con la misma seriedad y la misma gravedad, queriendo dar á entender de este modo que le reconoce por verdadero rey, pero rey diferente de los demás, rey de un reino exclusivamente suyo, de un reino del que Jesús habia dicho al mismo Pilatos: Que no pertenece á este mundo.

Todas las diligencias de Pilatos son inútiles, y un grito general se levanta más fuerte y más cruel: «Que se le quite del mundo, claman, que sea crucificado!» Mas, ¿cómo? ¿por qué? El infortunado Pilatos no está tranquilo, ¿Qué mal ha hecho? ¿Qué culpa ha cometido para merecer tan gran castigo? Los judíos, sin embargo, como acometidos y poseídos por el demonio de la crueldad, responden con la violencia á la voz de la justicia; ellos oponen gritos al que pide razones, y con voces descompasadas y furiosas dicen: «Si, que sea crucificado!» Pilatos, sin embargo, no cede aun; toma la palabra por última vez y les dice: «Pero cuál es su crimen? que se me diga: ¿cómo puedo yo sentenciar á muerte á un hombre en quien no encuentro ni aun sombra de crimen capital? Ah! imponed silencio á vuestro encono, y renunciad á una exigencia tan atroz; contentaos con verle azotar, y permitid que le ponga en libertad.» Pero los clamores sediciosos resuenan cada vez más; el furor de los judíos llega á su apogeo; con el gesto y con la voz impiden que hable el gobernador, y piden que Jesús sea crucificado, tan solo porque así lo quieren. De modo que Pilatos, arrastrado por su debilidad, desanimado y vencido, consiente en un acto de la más odiosa injusticia, y satisface los horribles deseos del pueblo poniendo en libertad á Barrabás, y entregando á Jesús para que sea crucificado. ¡Oh ferocidad de las bestias salvajes! ¡Oh odio! ¡Oh furor del infierno! El pueblo de Dios comete en un solo exceso un doble crimen: el de haber puesto en libertad á Barrabás, prefiriendo á Jesús, y el de haber entregado á la muerte al mismo autor de la vida, el Cristo.

Pero, cosa extraña y admirable, apenas Jesucristo es condenado, cuando Barrabás es puesto en libertad.

La injusticia de Pilatos y el sacrilegio de los judíos no son otra cosa que los instrumentos ciegos que sirven al cumplimiento de los deseos de los justos, y al inmenso exceso de la bondad divina. Pilatos y el pueblo judío cometen dos grandes excesos de inaudita injusticia, Dios cumple dos excesos de inefable é incomprensible miseri-

cordia; aquellos desechan á Jesucristo, fuente preciosa de la vida, y reclaman la libertad de Barrabás; simbolo del pecado y de la muerte; Dios decreta, confirma y sella la muerte de su Hijo único, y la vida eterna de los hombres. De modo que no tanto es el Pretor romano como este Dios de infinita bondad quien, en la persona de Pilatos y por medio de él, cede y entrega su Hijo para la salvación del mundo. ¡Oh bondad! ¡oh misericordia! ¡oh amor de Dios!

¿Qué es lo que pudo inspirar á los príncipes de los sacerdotes y á los jefes de la nación judía un odio tan profundo y tan injusto contra Jesucristo, que sin embargo de haber oído al juez proclamar su inocencia, quisieron á toda costa condenarle á muerte como un criminal? San Juan nos ha revelado la causa de este misterio de iniquidad. El nos refiere que, pocos días antes de que estos hombres poseídos por el demonio se abandonasen á un exceso tal de injusticia y de crueldad, habian dicho, refiriéndose á Jesucristo, en una asamblea convocada expresamente y reunida en casa de Caifás: «¿Qué hacemos, porque este hombre se hace cada día más célebre y aumenta su poder con la multitud de sus milagros; arrastra los pueblos en pos de sí y principia á dominarlos? Tomemos bien nuestras medidas, porque si no contenemos este movimiento, los romanos acabarán por quitarnos el resto de autoridad que conservamos aun sobre el pueblo y acabaremos de perder toda la jurisdicción y todo el imperio.» ¡Muy poco les importa que Jesús sea ó no el verdadero Mesías prometido á la nación; ellos no se inquietan por nada! Las cosas de la religión y de la vida eterna les mueven muy poco! Por el contrario, entregados al lujo y sumergidos en los placeres de una posición ventajosa, temen perderlo todo; y arrastrados por el deseo desenfrenado de conservar las comodidades del tiempo, niegan á Jesucristo, le hacen condenar á muerte, y renuncian á las esperanzas de la eternidad. Pero muy insensato fué su cálculo, porque perdieron á un tiempo mismo el conocimiento de Jesucristo, la vida eterna y la felicidad temporal.

Si, infelices, vosotros habéis conseguido lo que reclamabais con tanto furor, y después de tantos siglos como han pasado, estáis experimentando todavía los efectos de vuestra culpable demanda. Por haber colocado á Barrabás en el lugar de Jesús, á un ladrón, á un homicida en el lugar del Salvador, habéis perdido la salvación y la vida; el demonio hace continuamente en vosotros, con un furor cada día nuevo, los más horribles estragos tanto respecto al alma como al cuerpo. Esto quiere decir, hermanos míos, que esos hombres sensuales, que quisieron asegurar los bienes temporales á expensas de los bienes eternos, perdieron á la vez los unos y los otros.

¡Ah! ¡ojala quisiera Dios que el pecado de los judíos no se renovase diariamente en el seno del Cristianismo! Pero ¡ay! todos esos cristianos desventurados que, a ejemplo de los judíos, aspiran a la libertad de creer lo que les agrada, y vivir como creen; todos esos que prefieren el bienestar del cuerpo a la pureza del corazón, la licencia de las pasiones a la severidad de la ley, las máximas del mundo a las doctrinas del Evangelio, los atractivos del vicio a la santa amargura de la virtud, las riquezas a la gracias, las ventajas del tiempo a los grandes intereses de la eternidad; todos esos cometen en realidad el pecado de los judíos, prefieren verdaderamente Barrabás a Jesucristo, la criatura al Criador, el demonio al mismo Dios. Y el pecado de los malos cristianos es más detestable aún que el de los judíos. Porque la indigna preferencia que los judíos dieron a Barrabás fué el resultado de un momento de ciego furor, mientras que los cristianos, entregados a sus pasiones, se forman tranquilamente un idolo de los honores, de la voluptuosidad y del oro; ellos consagran a este idolo todos sus pensamientos, todas sus afecciones todos sus cuidados, todas sus acciones, su tiempo y su existencia; ellos no viven sino por sus pasiones ni respiran sino para sus pasiones. Y bien, ¿no es esto una horrible apostasia, un homenaje de verdadera idolatria tributado a una vil criatura, en perjuicio del culto de alma y de corazón que el cristiano debe a su Criador, a su Redentor y a su Dios?

¡Ah! no seamos del número de esos insensatos, cuya locura no puede repararse con una eternidad de tormentos, de lágrimas y de dolores. Procuremos, ahora que todavía es tiempo, asegurar la salvación de nuestra alma. Escuchemos esas palabras que Jesucristo hace resonar en nuestros oídos: ¿De qué nos servirá haber brillado un momento en el mundo con unos honores inmerecidos ó con una fortuna mal adquirida? ¿De qué nos servirá haber llegado al goce de todos los honores, de todas las riquezas y de todos los placeres del mundo si perdemos nuestra alma? Apliquémonos, pues, al grande, al único negocio, al negocio importante, preciso y necesario de nuestra salvación. Prosigamos nuestra peregrinación sobre la tierra, con los ojos y el corazón fijos en el cielo, y ocupémonos en las cosas temporales de tal manera, que no comprometamos nuestros intereses eternos. Amén.

LOS AZOTES

Tunc ergo apprehendit Pilatus Jesum et flagellavit.
Pilatos, pues, tomó entonces á Jesús y azotóle.

(S. JUAN, XIX. 1.)

¿Cuándo se cumplió literalmente, hermanos míos, aquella profecía de Isaías acerca de la pasión de nuestro amabilísimo Redentor? Cuando se verificó aquella laceración y despedazamiento de su cuerpo adorable? *Vere langores nostros ipse tulit... ipse autem vulneris est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra.* En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades; mas él fué llagado por nuestras iniquidades, quehrantado fué por nuestros pecados. ¡Ah! esta predicción se verificó a la letra en los crueles azotes á que el Señor se sometió en casa de Pilatos y por su orden, porque por esta sangrienta ejecución el cuerpo adorable de Jesús fué herido de la manera más bárbara y como despedazado por causa de nuestros pecados.

La flagelación del Señor, obra del odio infernal y de la barbarie atroz de los hombres, es pues un grande é importante misterio. Así es que hoy, hermanos míos, debemos asistir en espíritu al drama sangriento que se representa en el pretorio de Pilatos, considerando con una piadosa emoción el modo con que este divino cuerpo fué azotado por nuestra causa. Pidamos antes humildemente la gracia. *Ave María.*

Aunque Pilatos hubiese dado ya libertad á Barrabás y consentido en que Jesús fuese crucificado, hermanos míos, sin embargo, antes de poner por escrito esta sentencia inicua, y de ejecutarla, vuelve á su primer expediente tan injusto como desgraciado. Manda, pues, azotar al Salvador, esperando que calmara así el corazón de los judíos, tigres sedientos de sangre, y que con el espectáculo del oprobio

¡Ah! ¡ojala quisiera Dios que el pecado de los judíos no se renovase diariamente en el seno del Cristianismo! Pero ¡ay! todos esos cristianos desventurados que, a ejemplo de los judíos, aspiran a la libertad de creer lo que les agrada, y vivir como creen; todos esos que prefieren el bienestar del cuerpo a la pureza del corazón, la licencia de las pasiones a la severidad de la ley, las máximas del mundo a las doctrinas del Evangelio, los atractivos del vicio a la santa amargura de la virtud, las riquezas a la gracias, las ventajas del tiempo a los grandes intereses de la eternidad; todos esos cometen en realidad el pecado de los judíos, prefieren verdaderamente Barrabás a Jesucristo, la criatura al Criador, el demonio al mismo Dios. Y el pecado de los malos cristianos es más detestable aún que el de los judíos. Porque la indigna preferencia que los judíos dieron a Barrabás fué el resultado de un momento de ciego furor, mientras que los cristianos, entregados a sus pasiones, se forman tranquilamente un idolo de los honores, de la voluptuosidad y del oro; ellos consagran a este idolo todos sus pensamientos, todas sus afecciones todos sus cuidados, todas sus acciones, su tiempo y su existencia; ellos no viven sino por sus pasiones ni respiran sino para sus pasiones. Y bien, ¿no es esto una horrible apostasia, un homenaje de verdadera idolatria tributado a una vil criatura, en perjuicio del culto de alma y de corazón que el cristiano debe a su Criador, a su Redentor y a su Dios?

¡Ah! no seamos del número de esos insensatos, cuya locura no puede repararse con una eternidad de tormentos, de lágrimas y de dolores. Procuremos, ahora que todavía es tiempo, asegurar la salvación de nuestra alma. Escuchemos esas palabras que Jesucristo hace resonar en nuestros oídos: ¿De qué nos servirá haber brillado un momento en el mundo con unos honores inmerecidos ó con una fortuna mal adquirida? ¿De qué nos servirá haber llegado al goce de todos los honores, de todas las riquezas y de todos los placeres del mundo si perdemos nuestra alma? Apliquémonos, pues, al grande, al único negocio, al negocio importante, preciso y necesario de nuestra salvación. Prosigamos nuestra peregrinación sobre la tierra, con los ojos y el corazón fijos en el cielo, y ocupémosnos en las cosas temporales de tal manera, que no comprometamos nuestros intereses eternos. Amén.

LOS AZOTES

Tunc ergo apprehendit Pilatus Jesum et flagellavit.
Pilatos, pues, tomó entonces á Jesús y azotóle.

(S. JUAN, XIX. 1.)

¿Cuándo se cumplió literalmente, hermanos míos, aquella profecía de Isaías acerca de la pasión de nuestro amabilísimo Redentor? Cuando se verificó aquella laceración y despedazamiento de su cuerpo adorable? *Vere langores nostros ipse tulit... ipse autem vulneris est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra.* En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades; mas él fué llagado por nuestras iniquidades, quehrantado fué por nuestros pecados. ¡Ah! esta predicción se verificó a la letra en los crueles azotes á que el Señor se sometió en casa de Pilatos y por su orden, porque por esta sangrienta ejecución el cuerpo adorable de Jesús fué herido de la manera más bárbara y como despedazado por causa de nuestros pecados.

La flagelación del Señor, obra del odio infernal y de la barbarie atroz de los hombres, es pues un grande é importante misterio. Así es que hoy, hermanos míos, debemos asistir en espíritu al drama sangriento que se representa en el pretorio de Pilatos, considerando con una piadosa emoción el modo con que este divino cuerpo fué azotado por nuestra causa. Pidamos antes humildemente la gracia.

Ave María.

Aunque Pilatos hubiese dado ya libertad á Barrabás y consentido en que Jesús fuese crucificado, hermanos míos, sin embargo, antes de poner por escrito esta sentencia inicua, y de ejecutarla, vuelve á su primer expediente tan injusto como desgraciado. Manda, pues, azotar al Salvador, esperando que calmara así el corazón de los judíos, tigres sedientos de sangre, y que con el espectáculo del oprobio

y dolor de esta ejecución cruel, los traería á no solicitar ya la muerte del pretendido criminal. Así es que el dar Pilatos la orden de azotar al Salvador, no fué por conformarse á la ley romana que prescribía castigar á los esclavos con varas antes de crucificarlos, sino por un sentimiento de compasión injusta y cruel. Pero ¿cómo es que los evangelistas no hayan escrito sino tan pocas palabras acerca de los azotes, castigo el más doloroso y humillante de los misterios de la Pasión de Jesucristo? ¿Por qué han querido ocultar á nuestra fe y á nuestra piedad el conocimiento de todas las circunstancias que debieron acompañarlo? Y si nada han querido decir ni de los instrumentos empleados en rasgar las delicadas carnes del Cordero divino, ni del número de azotes que recibió, ni de la abundancia de sangre que virtió, ni de la ferocidad brutal de sus enemigos. ¿por qué ocultarnos aun las disposiciones admirables en que se hallaba la víctima mientras que de tan cruel manera se estaba inmolando por nuestra salvación? ¿Sabéis la razón de este silencio? Es porque todas estas cosas se hablaban ya muchos siglos antes referidas de un modo muy detallado en los libros del Antiguo Testamento, que contienen no solamente las predicciones generales, sino aun los relatos circunstanciados de muchos hechos del Nuevo Testamento.

Apenas fué puesto el Salvador divino al arbitrio de una soldadesca desenfrenada, feroz é insolente, agárranle con extorsiones aquellas manos sacrilegas, arráncale violentamente sus vestiduras, y átanle con sogas á una columna del patio del pretorio. ¡Oh! y cuán vergonzosa confusión é ignominia para aquel Dios que extiende sobre la tierra una cortina de nubes, que cubre el cielo y la gloria con majestad esplendorosa, que viste las aves de vistosas plumas, las flores de un esmalte aromático, y que rodea de candor la azucena de los campos! ¡Cuánta confusión, pues, de verse expuesto como espectáculo en una vergonzosa desnudez, á las miradas licenciosas y á las sacrilegas bufonadas de todo un pueblo! Descended, bienaventurados espíritus, descendad á toda prisa; venid, cubrid con vuestras alas respetuosas este cuerpo sagrado, milagro de pureza y candor, salvado de las miradas impúdicas, de las burlas insolentes de los hijos del pecado... Pero no; suspended vuestro vuelo, ¡oh ángeles santos! y vuestro dolor por el no os haga olvidaros de que nosotros desgraciados tenemos también necesidad de compasión. ¡Somos nosotros esos infortunados sobre quienes ha pronunciado en su ira la divina Justicia el anatema terrible que nos condena á una confusión eterna! ¡Ah! sin la confusión, sin la ignominia que en este momento cubre el santo y adorable hijo de Dios, no podría ni borrarse ni expiarse la

nuestra. Dejad, pues, que se cumpla ese gran misterio de misericordia para con nosotros, porque él se digna sobrellevar así el oprobio de la desnudez, en lugar de nosotros, para alejar así lejos de nosotros la ignominia afrentosa que teníamos merecida.

Pero por más confusión que Jesucristo experimentase por la desnudez afrentosa á que habían reducido su cuerpo aquellos bárbaros, la experimentaba todavía mayor en su corazón. Jesucristo, como nos lo asegura David, tuvo un coloquio sentimental con su Padre, como con el solo que conocía toda la profundidad de sus afrentas, todo el exceso de su rubor. *Tu scis, Domine, opprobrium meum, et confusionem meam.* «Tú solo, Señor, conoces el oprobio y confusión que me cubren.» ¿Y cual es este oprobio secreto, esta confusión íntima, esta ignominia de su corazón, que le hace olvidar el oprobio, confusión é ignominia de su cuerpo? ¡Ah! dice San Buenaventura, es la vergüenza de verse cargado con todas las impudencias de los hombres y de llevar ante el acatamiento de Dios toda la responsabilidad que merecen, tomándola sobre sí, sin que ni aun sombra de pecado haya habido ni pueda haber habido en él. ¿Que afrenta, en efecto, para el Dios de la pureza verse expuesto así á los ojos del cielo y de la tierra como culpable de todos los pensamientos, de todas las condescendencias interiores contra la santa virtud de castidad y pureza, de todas las conversaciones licenciosas, de todas las miradas inmodestas, de todas las familiaridades impúdicas, de todos los groseros y brutales transportes de los sentidos, de que se ruborizarian hasta los irracionales, y de que hacen los hombres el hazmerreír, el asunto de sus triunfos satánicos, de sus infernales diversiones! ¡Qué vergüenza, que afrenta para Jesucristo representándose en espíritu, y trazando en su pensamiento purísimo su cuerpo místico, es decir, la Iglesia, y con las que los hombres mismos profanarian su cuerpo real, llevando un cuerpo y corazón inmundos á la celebración del tremendo misterio de la santidad y pureza! Estos excesos, de que se ve cargado, son los que le humillan más, y los que confunden y atraviesan su corazón; y mientras tanto, para expiarlos, se penetra más y más del sentimiento de la horrible y secreta ignominia que experimenta, y que ofrece en holocausto á su Padre, á fin de obligarle á recibirlo con agrado en toda su intensidad, en todo su mérito, en toda su virtud.

Añádese á esta ignominia el más cruel de todos los tormentos. ¡Oh espectáculo de horror para los ángeles, para los hombres y para el universo entero! El autor de la libertad es castigado aquí, es destrozado como un esclavo, y del modo más bárbaro, por los viles es-

clavos del pecado. Pero ¡oh misterio de bondad y amor infinito! En este momento el Hijo de Dios toma la forma de un esclavo malvado é indócil, que ha merecido ser castigado con azotes! Y después de haberse sometido á María y José, los mayores siervos de Dios entre los grandes siervos del Señor, aparece como el esclavo de los mismos judíos, esto es, como el esclavo de los esclavos del demonio. ¿No percibís, en efecto, en medio de esa insana algarabía, de esa alegría feroz, de esos aplausos crueles dados por los magistrados, por los soldados, por un pueblo, en fin, sonar los furiosos golpes de los verdugos azotadores? Han dado ya ellos principio al más atroz suplicio que se pueda hacer sufrir á un cuerpo humano. Al través y á favor de las luces divinas lo han visto ya los profetas, como acabamos de indicar, y nos lo han descrito con todos sus espantosos detalles, sin que sea necesario por nuestra parte otra cosa que recoger los rasgos y lineamientos esparcidos por todas partes, para formar un cuadro completo de este misterio de compasión y horror. Dícenos David que cuando el Señor fué llevado á la columna para ser atado á ella, el mismo se preparó, á pesar del indecible rubor que le costaba por la desnudez, para recibir en aquel poste, de mano de los hombres, la ingrata recompensa de su amor, y como un castigo por amarnos demasiado: *Quoniam ego in flagella paratus sum, Et fui flagellatus; et castigatio in matutinis*. Isaías añade que él presenta á los azotes su cuerpo inmaculado con la misma calma y serenidad, con el mismo amor y mansedumbre que había ofrecido sus mejillas adorables á los ultrajes y bofetadas. Los instrumentos de que se valieron en un principio para azotar al Salvador, fueron varas, porque los magistrados romanos tenían costumbre de azotar con ellas á los esclavos antes que se les cortase la cabeza; y por esta razón llevaban los lictores ó alguaciles ante los magistrados un manojo de varas, en medio de las cuales sobresalía un hacha. Ahora bien; á los primeros golpes que se dieron al Señor, nos dice Isaías que todo su cuerpo delicado apareció sureado de horribles llagas que se cruzaban en todos sentidos, y que se hinchó todo é por las contusiones. Esto nos pone de manifiesto que los golpes llovían sobre él sin cuento, y que le herían con igual furia en la cabeza, en las espaldas, en los brazos, en los muslos, en las piernas, en los costados, en el pecho; de suerte que ninguna parte de su cuerpo dejó de quedar horriblemente maltratada: *Vulnus et livor et plaga tumens*.

Y así, añade el mismo profeta, al fuerte sacudimiento de estos azotes no interrumpidos, ríase la piel, salta la sangre amoratada de los cardenales en donde estaba todavía estancada, las carnes se

desgarran, descúbrense hasta lo vivo, de suerte que no era posible ver parte sana en todo el cuerpo del Salvador, desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza. *A planta pedis usque ad verticem capitis non est in eo sanitas*. Pero ni aun quedó satisfecha con estos excesos la brutalidad de estos monstruos; ya no quedaba lugar donde pegar, y ellos, los bárbaros, no cesaban todavía de azotar, de sacudir crudos golpes. Y así es que se abren nuevas llagas sobre llagas ya formadas; ahondan estas heridas ya ensangrentadas otras heridas más anchas y más profundas; de suerte que se rompieron sus músculos, se desgarraron sus venas, saltaban á pedazos las carnes, y podían hasta contarse los huesos. Ahora bien, ¿quién sería capaz, no ya de explicar, sino ni aun de comprender los atroces tormentos que experimentó nuestro Señor en este atroz suplicio á que fué condenado, á que estuvo sometido un cuerpo tan delicado? ¡Ah! sí; entonces fué cuando nuestro amable Salvador vino á ser en toda su realidad el hombre de los dolores, como estaba ya predicho por Isaías: *Virum dolorum*. Esto es: que él es el hombre herido y afligido en todas las partes de su cuerpo inmaculado, el hombre anegado en el dolor, el hombre que reúne en sí toda la amargura, todos los tormentos, toda la vehemencia del dolor y de la pena; y, por consiguiente, el hombre de un dolor sin medida, sin ejemplo, y sin expresión. ¡Oh amabilísimo Jesús, y cuánto os ha costado mi pecado!

Los profetas, al referirnos las circunstancias de esta terrible tragedia, nos han revelado el alto y grande misterio que encierra, enseñándonos que la flagelación del Salvador ha sido tan útil para nosotros como ignominiosa y cruel para él. Porque Isaías, recorriendo el velo que enebria este misterio, nos muestra, bajo las manos visibles de los soldados, pero sacrílegas y bárbaras, otra mano invisible, pero mano sagrada, mano compasiva, la misma mano de Dios que hiere y destroza el cuerpo de su propio Hijo, objeto de todas sus complacencias, porque él le ve cargado de la maldición con que lo envuelven, á manera de vestido, todos los crímenes del mundo; haciendo que sea el hombre de dolores, porque ha querido hacerse voluntariamente el hombre del pecado: *Virum dolorum propter scelus populi mei percussi eam*. Contemplando á lo lejos el mismo profeta á este manso y tierno cordero como si lo tuviese presente á su vista, y viéndole en esa actitud de dolor tan grande, y de ignominia tan profunda, á que le había reducido su excesivo amor por nosotros: «Vedlo aquí, exclama, vedlo aquí; yo percibo al Mesías Salvador: aunque tan puro, apáreceme inundo y cubierto de llagas, cual un leproso. Siendo hijo de Dios, él se nos muestra como un objeto de aborreci-

miento para Dios, humillado y herido por la mano del mismo Dios. Yo llego empero á penetrar por entre esos velos el misterio de ternura infinita que se cumple en él. Esa fealdad que lo desfigura, ese dolor que lo acaba, esta flaqueza que lo abate, son verdaderamente nuestra flaqueza, nuestro dolor, nuestra fealdad. Esos golpes que lo abruman, esos azotes que lo destrozan, esas llagas que lo atormentan, son la obra funesta de nuestros vicios y pecados. Pero ¡oh permuta tan dolorosa para él como feliz para nosotros! Esos cardenales que recibe por nosotros, nos curan á nosotros; esa sangre que vierte por nosotros, nos purifica á nosotros, ese trato horrible que aguanta, que sufre por nuestro amor, nos reconcilia con Dios.

No es, pues, ya por saciar la ferocidad de los judíos, no ya por hartar la brutalidad de los gentiles que se destroza, se disloca, se descoyunta este divino cuerpo, sino por servir de remedio á nuestra salvación. ¡Misterio de horror de parte de los hombres que fueron su ciego instrumento en el exceso de su barbarie; pero misterio también de ternura de parte de Dios, que lo dispuso así en el exceso de su misericordia! Es azotado por el malvado. Aquel que es la bondad por esencia; el hombre culpable fué quien mereció el castigo, y es el inocente Jesús quien lo paga. ¡Ah! exclama San Cipriano, ¿qué hubiera sido de nosotros, desgraciados mortales, sin este tormento del hijo de Dios, pues que nuestras llagas estaban ya tan inveteradas, corrompidas y gangrenadas, que no podían ser curadas sino en el precioso bálsamo de la sangre que Jesucristo ha derramado por todas las llagas de que fué cubierto su cuerpo? El se ha abajado voluntariamente á la condición y estado en que debíamos estar nosotros mismos; él ha consentido ser azotado por los ministros de Satanás, porque nosotros debíamos ser azotados eternamente por los demonios; él ha querido que su carne pura e inocente pagase la deuda de nuestra carne manchada con crímenes; y por esta razón no debemos admirarnos de que las heridas del Señor sean sin cuento, pues que los azotes que merecía la carne del hombre pecador son también sin cuento. Después de una expiación tan grande, no tenemos necesidad sino de aplicarnos su mérito por medio de una penitencia verdadera. Con sólo ésta, con pequeñas expiaciones voluntarias, daremos á la justicia divina la satisfacción que le es debida por todos nuestros pecados sensuales. No estamos ya sujetos á la flagelación de Satanás; aun hay más, dice San Jerónimo; estamos ya libertados de la funesta necesidad en que nos habían puesto nuestras malas inclinaciones, de sufrir en esta vida los azotes y castigos temporales, así como hemos sido libertados también de los tormentos del infierno, que sin

remedio humano nos estaban aguardando en la otra vida: durante la eternidad.

Pero todos los misterios de Jesucristo han sido no solamente una expiación, sino además un remedio. Porque mientras que el Señor tomaba sobre sí todas las fragilidades y llagas de nuestra carne, se preparaba á curarlas, comunicándonos la virtud y santidad de la suya. Y así nosotros participamos por el misterio de la flagelación de la pureza de la carne inmaculada del Redentor, pues que en este doloroso castigo ha padecido las penas debidas á nuestra impureza; y que si hemos obtenido la gracia de poder domar nuestra carne, de reprimir sus inclinaciones sensuales, ha sido precisamente porque su carne divina fué destrozada, como si hubiera sido carne de pecador; y que en virtud de la pasión de Cristo y por su gracia, podemos convertirla en una carne virginal y santa. Por lo que el espíritu de pureza, de virginidad y de candor, que para mayor admiración de los voluptuosos gentiles fué tan común y esparcido en todas las edades, en todos los sexos y en todas las condiciones, así que se estableció entre ellos el Cristianismo; este espíritu, digo, de castidad que reina todavía en las naciones católicas, es el fruto y la gracia de la flagelación de Jesucristo.

Hermanos míos, llevemos en nuestro cuerpo la santa mortificación cristiana, para imitar y ostentar reproducida en nosotros la vida pura y penitente de Jesucristo. Manifestémosnos oyentes dóciles y fieles ejecutores de las elocuentes instrucciones que se sacan de este cuerpo todo magullado, de esta sangre acardenalada y salpicando la tierra, de estas llagas, de estas contusiones, porque todo esto nos testifica en su mudo lenguaje que Dios Padre, que ni aun ha eximido á su hijo único y consubstancial de un trato tan inhumano, no nos eximirá á nosotros, sus hijos adoptivos, de la ley de penitencia; y que si el Hijo de Dios, aunque sin pecado, no está empero sin dolores, ninguno de nosotros con mucha más razón estará sin sufrir los azotes de su cólera, pues todos estamos tan cargados de pecados. Estas llagas nos erban en cara nuestra mollicie, nuestra suma delicadeza, ese excesivo cuidado que tomamos á favor de nuestro cuerpo; estas llagas nos dicen y repiten la dura y útil advertencia que nos hace el Evangelio. El que es idólatra de su propia carne, el que la consiente, la lisonjea, la acaricia en la vida presente, la aborrece en realidad, pues que la prepara con esto á una ignominia profunda, y á dolores sin fin en la vida futura. *Qui amat animum suum, perdet eam*; y al contrario el que la castiga, el que mortifica su propia carne en este mundo, la ama en realidad, porque él la encontrará en la

otra vida, rodeada de una gloria eterna y de las más puras delicias; *Qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam eternam custodit eam.* ¡Ah, hermanos míos! no nos forjemos ilusiones; no puede entrarse en el cielo si no se lleva la preciosa divisa, la vestidura divina que nos hace semejantes al Hijo de Dios azotado por el hombre. Esta semejanza forma las armas de los predestinados; es el sello de los escogidos.

No mostremos, pues, tanto desdén, tanto alejamiento por la mortificación corporal, porque es la maestra de la humildad, la mediadora de la oración, la guardiana del pudor, la prueba de la contrición, la disposición al arrepentimiento y al perdón, la gala de Jesucristo, la cifra misteriosa de los escogidos, y la escala de salvación. Apresuremos con la práctica de la penitencia a llevar impresas en nuestros cuerpos, como de sí mismo lo decía San Pablo, algunas señales de las llagas de nuestro Señor Jesucristo. *Ego autem stigmata Domini Jesu in corpore meo porto*, porque si con él padecemos, triunfaremos, y reinaremos algún día con el eternamente. *Amén.*

HUMILLACIONES Y HOMENAJES

EN EL PRETORIO

Et placentes coronam de spinis, posuerunt super caput ejus, et arundinem in dextera ejus.

Y entrelazando una corona de espinas, la pusieron sobre la cabeza de Jesús, y le pusieron también una caña en la mano.

(MATE. XXVII, 29.)

Hermanos míos, quedamos atónitos siempre que contemplamos esa exquisita aplicación de todo suplicio inventado, para no dejar uno con qué atormentar al Salvador. Nunca, jamás, ley alguna pe-

nal, aun hájo los régimenes más duros, más severos, había llevado a tal punto la barbarie de sus torturas y tormentos; jamás habían tratado de saciarse hasta un extremo tal sobre sus víctimas los furoros, las iras, la refinada malicia de los tiranos. Mas para Jesús, para aquel de quien estaba escrito: «él será el hombre de los dolores,» no hay exceso en que no caiga y a que no llegue la rabia inhumana de sus verdugos, y vosotros acabáis de oír, amados hermanos míos, este pasaje que yo he sacado del relato evangélico: «Los soldados de Pilatos entretejieron una corona de espinas, y la pusieron en la cabeza de Jesucristo y le pusieron también una caña en la mano.»

Este es el misterio que vamos a contemplar juntos durante ciertos momentos; y nosotros podemos, y aun debemos llamarlo el misterio de real majestad de Jesucristo. Estas palabras del Evangelio nos han hecho traer a la memoria esa corona, esa caña, ese cetro, y los burlescos homenajes que se le hacen, como el espíritu y resumen de su miseria en la tierra. Si; este misterio encierra una doctrina asombrosa que es menester meditar con recogimiento y espíritu de oración. Veremos desde luego envilecida y profanada a esta majestad real de Jesucristo; la veremos en seguida, en medio y al través de los ultrajes, reconocida y adorada. Tal será el asunto y división de este discurso. Impléremos la asistencia de la Madre de dolores. *Ave María.*

Los padres de la Iglesia, y entre otros San Juan Crisóstomo, parecen haber formado empeño en disculpar a los soldados romanos de la invención de este nuevo género de suplicio: la corona de espinas, la caña y los ultrajes del escarnio y el insulto. Han pensado que era también la causa de este nuevo é inaudito género de tormento, la rabia de los fariseos y judíos, que perseguía a Jesucristo aun hasta lo interior del pretorio; han pensado era el dinero derramado con profusión, el que había corrompido a los soldados romanos hasta el punto de insultar al infortunio y a la inocencia en su más respetable retrato. Pero cualesquiera que sean los autores de esta invención, estos hombres reunidos en el pretorio de Pilatos, y que oyeran decir que el Salvador mismo había confesado su cualidad de rey, que sabían además que los judíos le habían acusado de tomar este título, y de atribuirse esta dignidad, concibieron desde luego el pensamiento de hacerle burlescamente esos honores. Traen un mal asiento, que será su trono, despojan a Jesús de sus vestiduras, que apenas acaban de ser puestas sobre las llagas crueles de la flagelación, y echan sobre su sacratísima carne desnuda un manto ó sayón

de púrpura; aderezan con toda prisa una corona entretrejida de espinas, se la ponen sobre su cabeza, se la introducen y clavan en ella á puros sendos golpes; en seguida, yendo á buscar un símbolo de flagelación, traen una caña, la ponen en las manos del Salvador á guisa de cetro real, y entonces, inclinándose sucesivamente todos é hincando delante de él la rodilla en tierra, le dicen: «Guardaos Dios, rey de los judíos.» *Ave, rex Judæorum.*

Aun no es esto todo; como era necesario que padeciese el dolor más cruel, al propio tiempo que el desprecio y la mofa, le arrancan esa misma caña de las manos, golpean sobre la corona de espinas, para meter y clavar mejor sus agudas puntas en la cabeza; la sangre mana hilo á hilo de cada una de ellas. Aun no se paran aquí: el Evangelio nos dice que á los indignos homenajes y burlescas saluciones, añaden los feroces, ultrajes los más soeces: escupían sobre su cara, escupían sobre todo su cuerpo, y con la más insolente algarrabía lo atronaban y escarnecían: *escupientes in eum*. Amados hermanos míos, majestad á la verdad vilipendiada hasta lo extremo, envilecida é insultada; era aquella del pretorio, que se había reconocido y confesado como rey. Es verdad, los profetas lo habían anunciado como el rey establecido sobre la montaña de Sión, y he aquí que aquellos hombres, por insultar á esta dignidad, cuyo sentido no comprendían, amontonan todo lo que pueden presentar de más amargo y penetrante, la injuria, el ultraje y el dolor. Y el Salvador en su apacible dignidad, en su indulgencia inalterable, se queda, escucha, recibe, aguanta todo sin quejarse, sin oponer jamás la injuria á la injuria. Amados hermanos míos, este espectáculo excita sin duda alguna en nosotros sentimientos de lástima y de compasión; hace nacer también sin duda alguna movimientos de una legítima indignación contra los verdugos cobardes en su víctima; pero tengo que decirles yo otra cosa en cumplimiento de mi ministerio...

Vosotros, cristianos y marcados con el sello regenerador del santo bautismo, habéis reconocido esta majestad real de Jesucristo. Si; vosotros profesáis obediencia á sus leyes, respeto á su nombre; se os oye alabar sus preceptos, su moral, y no quisierais, ni Dios lo permitía, abjurar este título que os une á la gran familia del Salvador. Permitidme sin embargo os diga; jacosos en vuestra misma vida cristiana y profesando la religión de Jesucristo, no ha habido ocasiones en que habéis dejado de repetir debidamente los derechos de su soberanía y tributarle el homenaje de vuestra obediencia? Los soldados romanos le han preparado una corona de espinas, la han puesto y clavado en su cabeza sagrada; y vosotros, hermanos míos, cuando

en lugar de consolar al Salvador con una vida atenta y afectá á su servicio y amor; cuando en lugar de establecer la regla de vuestra conducta, de toda vuestra vida, según sus documentos y doctrina, según su espíritu, según la autoridad y doctrina de la Iglesia, se os ve buscando sin cesar las vanidades y placeres del mundo, los intereses temporales, buscando cómo satisfacer á vuestros gustos y deseos, ¡ah! decidme: ¿no son esas otras tantas espinas que claváis en la frente del Salvador, como para deshonrar á su soberanía y majestad? Entonces ¿sois acaso hijos suyos, discípulos, vasallos leales? ¿Es su ley la que dicta vuestros pensamientos, rige vuestras acciones? Y cuando han penetrado sus gracias en vuestro corazón; y cuando ha descendido á vuestras almas la palabra evangelica, decidme: ¿no hay en ellas todavía esas solicitudes, esos afanes de la vida, esos intereses materiales, esas continuas distracciones que, según una parábola del Evangelio, vienen á sofocar la buena semilla como las espinas en el campo? ¿No se parece acaso vuestra alma á ese campo del perezooso, á esa viña del insensato, de quienes habla el Sabio? El ojo de Dios ha mirado despacio, detenidamente ha recorrido ese campo de vuestro corazón, esa tierra de vuestras almas, y os la ha confiado para que la embellezáis con vuestro cultivo, para hacer nacer y prosperar en ella frutos de bendición y de gloria, y ved que la han llenado y ocupado todos los abrojos de vuestros desórdenes, las espinas de vuestras malas inclinaciones.

No, no, hermanos míos; esta corona no es obra del soldado romano; es vuestra. ¡Ah! vosotros sois los que habéis aglomerado todas esas amarguras en torno de la augusta cabeza del Salvador; vosotros sois ¡ah! los que habéis levantado, erigido, con vuestros afanes y vanos desasosiegos, con vuestra vanidad, con vuestro orgullo, yo no sé qué falsa soberana majestad que desmiente á buen seguro vuestras palabras, vuestras acciones, vuestra fe, y que no es el homenaje debido al Rey de los reyes, á aquel cuya voluntad se ha de cumplir plenamente en la tierra y en el cielo. Por otra parte (tened á bien reconocerlo y confesarlo así), hay un imperio de nuestro dueño y señor Jesucristo que no podemos destruir: es un derecho absoluto, un dominio inalterable; es su reino íntimo en vuestras almas. Hermanos míos, respeto el Señor, en su bondad é indulgencia inescrutables, vuestra libertad; os dejó el poder de honrarle libremente, de prestarle una obediencia que pudieseis rehusarle. Por esto ha sido menester significar esa dulzura y esa condescendencia de su reinado con la caña puesta en su mano, y que le sirve de cetro. Era sí, en efecto, en aquella circunstancia y de parte del soldado romano, una burla,

un escarnio; y en tal circunstancia era una insignia de flaqueza, de flojedad, de miseria; todo esto es cierto, en verdad. Pero vosotros, cristianos, vosotros que conocéis á Jesucristo, vosotros que lo habéis reconocido por rey en vuestros corazones, en vuestras conciencias, en toda vuestra vida; vosotros que formáis parte de su reino, de su Iglesia, que él ha conquistado con su sangre, ¡ah! esta caña del Salvador, la blandura de sus mandamientos, la indulgencia de su autoridad habían de ser para vosotros un nuevo motivo para respetarlo y obedecerle mejor. Y bien: ¿sabéis lo que sucede? Aun hoy día mismo en el mundo se acusará la ley evangélica de flojedad, el cristianismo de impotencia; y se dirá todavía con cierto tono de convicción que el cetro del rey Jesús no es sino una caña débil: porque si fuera más fuerte, dicen, si fuera más poderoso, si la religión fuera divina, si fuera en realidad el imperio del Dueño del cielo y de la tierra, hablaría en esta sociedad que lleva su nombre, el nombre de cristiana; habría entre los que han participado de sus doctrinas y gracias tantas inconsecuencias! ¿Se verían acaso, como de hecho tristemente por desgracia se ven tantas incompatibilidades, tantas contradicciones con este mismo espíritu del Salvador?

Guardaos, amados hermanos míos, de creer que os acuse más de lo que merecéis. ¡Ah! sé muy bien que hay tiempos de gran bonanza espiritual en la carrera de vuestra vida. Más de una vez el fervor os ha revelado una inspiración divina; habéis acogido la gracia en vuestras almas con amor, y vosotros no ya corréis, sino voláis por el camino de los mandamientos del Señor. ¡Ah! al considerar esta caña, este cetro puesto en la mano del Salvador, amáis su flaqueza y la admiráis; y entonces no tenéis necesidad de fuerza ni de amenazas para obligaros á seguir al que hace consistir su fuerza en inspiraros amor. Pero después de pasado un día ó más de fervor y devoción pasajera, aunque tal vez habéis reformado momentáneamente vuestra vida, y armádoos de generosas determinaciones, se os ve imitando esa caña del desierto, agitada por todos los vientos de la opinión y del placer, comenzar todavía de nuevo vuestra historia deplorable, mostraros inconsecuentes é inconstantes, y sin permanecer fieles y hijos bajo esta mano que sólo quería mandaros para bendeciros y salvaros. No era sólo, pues, la cohorte romana, la que insultaba á la majestad soberana de Jesucristo. En nuestra propia vida, amados hermanos míos, en la continuidad misma de las acciones de la mayor parte de los cristianos, se encuentra también esta soberanía y majestad de Jesucristo desconocida, menospreciada, hollada, olvidando enteramente su autoridad: y así se ve que los sarcasmos, los

sofismas de los paganos y de los que se alejan del Evangelio están dirigidos también contra el poder y majestad divina del Salvador. ¡Oh amados hermanos míos! Cuanto más vemos aquí á Jesucristo en un estado de decaimiento, de flaqueza, debilidad aparentes; cuanto más es una burla de su soberanía esta corona; cuanto más apariencia de flaqueza y debilidad acusa esta caña puesta en su mano, tanto más debemos sentir en nuestros corazones una generosa resolución y decidida voluntad de establecer en todas partes su reino y su gloria. Si, nosotros debemos experimentar una santa rebeldía, una indignación noble, no contra aquellos ciegos soldados, no contra aquellos judíos extraviados por el odio, sino contra nosotros mismos, contra nuestras injurias, contra nuestras inconsecuencias, contra nuestros ultrajes, contra esa deshonra con que sin cesar insultamos á la majestad soberana de Jesucristo, á su ley, á su autoridad, á su reino, á su Evangelio. No quiero insistir más, amados hermanos míos, acerca de este incidente de mi asunto; y me apresuro á llegar á la segunda reflexión que os mostrará reconocida y honrada la soberanía y majestad de Jesucristo, aun en medio de los ultrajes é insultos.

Efectivamente, amados hermanos míos, en medio de los ultrajes é injurias de la pasión del Salvador, y al propio tiempo que su majestad era vilipendiada y cubierta de oprobios, por una secreta disposición de la Providencia, y por un designio profundo de la voluntad divina, descubrimos allí algo que ha de contribuir á que la majestad de Jesucristo sea para nuestros corazones una majestad y soberanía sagrada é inefable, y su corona más excelsa que los cielos y la tierra. Preguntásele si es el rey de los judíos, y responde inmediatamente y sin el menor embarazo ni reticencia: «Tu lo dices, yo lo soy.» Tu dices. Sin embargo, para adictar debidamente á Pilatos, é ilustrarle acerca del sentido de estas palabras; ha puesto un cuidado muy especial y muy notable en decirle que él no era de estos reyes del mundo, que llaman y levantan ejércitos á su defensa. No quería en este momento empuñar el cetro temporal, el poderío temporal y exterior; quería dar á entender que su poder era espiritual, y que él venía á establecer su imperio sobre las almas; y este es el sentido de aquellas palabras: *Regnum meum non est de hoc mundo*. Pilatos quedó sorprendido de la discreción de la respuesta: desasosegado y revoltado en su conciencia más que embarazosa, se presenta y dice al pueblo: «¿He de crucificar á vuestro rey? Y sabéis las palabras brutales con que respondieron: «Nosotros no tenemos otro rey sino al César.» Había preguntado Pilatos á Jesucristo; le había pedido tomase el mismo su defensa; quería mover su celo, y

de esta manera infundirle valor. «Pero no sabes, dice a Jesús el pretor romano, no sabes que tengo el poder de crucificarte ó de salvarte?» Y el Salvador le respondió: «No tendrías ese poder contra mí, si no te se hubiese dado de lo alto.»

Ya conocéis lo demás, queridos hermanos míos. No tengo necesidad de referiros la sentencia y el suplicio; pero tengo precisión de deciros, antes de pasar más adelante, que Pilatos, por un designio de la Providencia, hizo escribir para colocar sobre la cruz del Salvador, ese título que conocéis todos: «Jesús Nazareno, rey de los judíos.» Los judíos, bien lo sabéis, se irritaron contra esta inscripción tan extraña y pretendían que en tono de burla se leyera: yo soy el Rey de los judíos, y Pilatos les respondió, para proclamar á la faz de los siglos la verdad de ese reino de Jesucristo: «Quede escrito lo que he escrito.» Y esta cualidad, y esta calificación permanece para siempre jamás, y esta soberana majestad divina fué proclamada en la cruz y en medio de las ignominias y suplicio del Salvador. Tenía pues yo razón en deciros, hermanos míos, que la majestad de Jesucristo, aunque insultada, aunque menospreciada, aunque envilecida por el extravío de sus enemigos, había sido declarada sin embargo por aquel á quien Dios había querido escoger entonces por órgano suyo en tal circunstancia, por Pilatos mismo, aunque pagano, y gobernador nombrado por un imperio extranjero á su pueblo de Judá. Por otra parte, como nota un santo Padre de la Iglesia, San Ambrosio, por más que los soldados romanos hubiesen tenido una verdadera intención de burlarse; por más que tratasen de dar á sus acciones todas las trazas y apariencia de una insultante y cruel bufonería, no es menos cierto que ellos rendían y tributaban sin saberlo, y mal que les pesase, un honor soberano al Hijo de Dios. Ellos le pusieron una corona en la cabeza, y un cetro en la mano, ellos se inclinaron delante de él, fuese por burla, nada importa; á pesar suyo, ellos expresaban con tales actos, en su fondo é independientemente de su perversa voluntad, un honor que era debido á Jesucristo.

A pesar de esto, amados hermanos míos, no pueden menos de volver de continuo al pensamiento aquellas ignominias, aquella saliva infame, aquellas hefas é insultos, aquella debilidad y flaqueza del rey de los reyes que estaba allí, en cierto modo, abandonado á la rabia y á los caprichos de sus enemigos. Esperad, hermanos míos. Había en tal circunstancia, discútiase realmente allí la consagración misma de la soberanía y majestad divina en aquel menosprecio, en aquel dolor, en aquel decaimiento mismo. Indignábase, como vosotros, San Cirilo de Alejandria, contra aquellos desprecios, contra

aquellos ultrajes. Recógese sin embargo en sí mismo, y después, considerando en el fondo de su conciencia los dones de Dios que Jesucristo venía á traer á la tierra, los caracteres que debían constituir su reino en las almas; exclama: «Que sólo le convenía el menosprecio.» Y vosotros sabéis muy bien por otra parte que Bossuet ha osado decir que no había en la tierra otra cosa más digna del Hijo de Dios que el desprecio y los ultrajes. ¿Y por qué? No será yo quien tema deciros la verdad en toda su crudez y seriedad. No hay cosa más digna del Hijo de Dios en la tierra que el menosprecio y los ultrajes; porque los homenajes, los honores, las riquezas, las dignidades, los goces temporales, los placeres, todo lo que forma aquí bajo el fin y objeto de la ambición de los hombres, era muy inferior y no correspondía á la dignidad del Hijo de Dios. Era necesario é indispensable que su grandeza tuviese otros caracteres. Pues bien, sí; convenía, menester era reinase por el menosprecio, por el dolor.

Estadme todavía atentos. Nosotros á quien engrie sin cesar el amor propio; vosotros que no vivís sino de afectaciones de vanidad; vosotros que no sabéis andar sino en pos de la gloria mundana, que os alimentáis de las tristes sugerencias de la ambición humana; ved, ved á aquel á quien adoran los ángeles, á aquel que reina en los cielos y en la tierra, á aquel que con una sola palabra sacó al mundo de la nada, á aquel que dispone del universo entero según el libre, el absoluto, el independiente beneplácito de su voluntad, y cuyas leyes se cumplen con la mayor exactitud en esas esferas y mundos superiores. Ved, ved á aquel cuya justicia hará que su voluntad postrera reine sobre los perversos á su tiempo por medio de los castigos de su venganza justiciera, pues que no quisieron aceptar las recompensas de su misericordia; ved á aquel que sabrá cómo coronar los justos, á aquel que ha venido á enseñar á los cristianos la verdadera grandeza. Tened presente, amados hermanos míos, la grande y sublime lección del paganismo. Había buscado el sabio gentil, el filósofo pagano el perfecto ideal de la grandeza y de la gloria; y ¡cosa prodigiosa! llevado por la fuerza del ingenio y de la justicia en sus investigaciones hasta los últimos confines del humano saber, llega, por disposición de la Providencia, á la descripción del Justo perseguido, insultado, abatido, ultrajado, cubierto de oprobios y saturado de menosprecios; y deteniéndose aquí, exclama que nada hay ni puede haber de más digno, de más admirable y glorioso. Ese es, hermanos míos, el Dios á quien servimos, ese Rey Señor que proclamamos. Sí, amado Salvador, yo os honro y venero; yo os amo y os quiero entrañablemente en estas humillaciones y menosprecios; yo reconozco,

Señor, en aquellas y en éstos vuestra dignidad divina, y en ambas cosas veo vuestra grandeza y poder. Tales ultrajes, tales afrentas, tales desprecios escandalizarían enhorabuena é indignarían á almas vulgares; pero cuando es un Dios el que tales cosas padece, cuando es la grandeza misma, cuando es el poder mismo, tales aberraciones y ruindades de corazones bajos y socces se desprecian: es el paciente superior á los insultos, perdona las injurias, y reina por su bondad, reina por su clemencia. Y ved, amados hermanos míos, la faz sublime, el lado verdaderamente inefable de la soberanía y majestad de Jesucristo: ved lo que nos enseña. Y cuando se ciñe su frente con esta corona, y cuando se pone en su mano esta débil caña, sabed bien, ¡oh cristianos! cual y cuán elevado es el Dios que honráis, cual es el espíritu que reina sobre vosotros, cual es en fin la ley que os dirige y que arregla vuestra vida. Todo esto era necesario, si; y en esta suposición para consolaros, para alentarme yo mismo, debo decir que este Salvador que venía aquí bajo para ser sobre todo el rey de las almas pacientes y tentadas, debía de darnos él mismo el primero un vivo ejemplo de dolor é infortunios. ¡Ah! vosotros gemis, vosotros os quejáis. Muchos contratiempos se atraviesan en el discurso de vuestra vida; sembrados están los senderos de la virtud de dificultades que podrían apurar vuestra paciencia, que parecen agotar á veces vuestras fuerzas, y absorber vuestro valor. Y bien, ¡mirad! ¡mirad! ved al rey de dolores, ved al hombre del padecer, ved á la soberana majestad del sufrimiento y del infortunio!

¿Sabéis lo que decía todavía Bossuet al referir desgracias ilustres? Ese grande ingenio las llama «un no sé qué de perfecto y acrisolado que el infortunio añade á la grandeza.» Hermanos míos, examinad bien, y reconcentrad vuestra atención: si tuviérais que venerar á un Salvador rodeado de glorias y honores, asentado en un trono resplandeciente distribuyendo y dispensando á todos riqueza, no prometiéndolo sino regocijos y goces, ó yo me equivoco, ó lo apreciaríais mucho menos. Pero cuando lo veis reducido al exceso de la ignominia y del infortunio, anegado en un mar de penas, aceptando los golpes de todas las amarguras y de todos los padecimientos, ¡ah! vuestro corazón se llena de respeto, porque nada hay más digno de veneración y respeto que la desgracia y el infortunio: lo adoráis porque nada hay aquí bajo más digno de amor y deferencia que esos dolores sobrelevados tan pacientemente, sobre todo cuando es un sacrificio por la salvación del mundo. Decidme lo, amados hermanos míos; esas almas que se han hecho sobre la tierra los apóstoles de la caridad, que tanto han sufrido por bendecir, por socorrer, por salvar á sus prójimos, que no

temen sus achaques, abrazan con amor todos los trabajos, se privan de toda posición y goce temporal, de todas las ventajas de la vida, decidme, ¿no es verdad que todo esto os parece desde luego mejor, más grande, más respetable para vosotros que esa vida floja, muelle, sensual de los poderosos y ricos del siglo? ¡Ah! dejarán caer alguna limosna alguna que otra vez de sus manos en la del pobre; crearán haber hecho mucho, al menos lo bastante: pero no le consagrarán toda su vida, todas sus penas, todas sus fuerzas. Vedla, amados hermanos míos, ved y contemplad esta majestad soberana de Jesucristo en sus más sublimes rasgos; vedla proclamada y declarada á la faz del mundo. Ahora, volviendo en sí mismo cada uno de vosotros, yo os conjuro de meditar bien en todo este misterio, y postrados ante el acatamiento de esta majestad del menosprecio y del dolor, al venir á honrar conmigo esta consagración misteriosa del poder y majestad divina en la coronación de espinas y en esta fase de la pasión del Salvador, ¿os estaría bien vivir siempre ciegos, esclavos de los sentidos é inclinaciones de la carne y no buscar en todo sino vuestros gustos y conveniencias? ¡Ah! por cierto que los mártires no pensaban así. Por cierto que los santos tenían sentimientos muy diferentes: ellos tenían hambre y sed de trabajos, de ultrajes, de privaciones. Verdad es que Dios no os los exige como una obligación: hay todavía hombres que experimentan esta necesidad, que ansian por la cruz del Salvador, para sufrir y para expiar los pecados del mundo; pero para vosotros, amados hermanos míos, para nosotros todos, el Señor conociendo nuestra flaqueza y nuestros achaques, sabe muy bien hacerse cargo de nuestras necesidades y miserias, y acomodarse con nosotros según la muchedumbre de sus misericordias y los tesoros de su sabiduría. Podemos tal vez, en ciertos momentos de angustia, tachar de excesivamente rigurosas estas pruebas, esas enfermedades, esos reveses, esas contradicciones, y algunas veces esas injurias, esos errores que nos hieren en lo más vivo de nuestro ser, que nos abaten profundamente; pero mirad, mirad á nuestro Salvador coronado de espinas y teniendo una caña en su mano; vedlo, vedlo insultado, ultrajado, perseguido. Así es cómo predica la paciencia; entonces ¡ah! vosotros lo proclamaréis por vuestro rey, por vuestro Señor, y vosotros seréis también reyes por la fuerza y poder que tendréis para sofocar las rebeliones del amor propio herido, para imponer silencio á vuestro espíritu, que quisiera en tal coyuntura destilar la hiel de la injuria.

Si, vosotros seréis reyes, seréis grandes, seréis fuertes á ejemplo de Jesucristo, cuando acogiendo de manos de la Providencia el infor-

tunio y la prueba, los sobrellevaréis con paciencia, sabréis bendecir la mano que os castiga, veréis en ello un don, una gracia para expiación de vuestros pecados y desagravio de vuestros descalos; para conseguir la victoria sobre vosotros mismos, para atraeros nuevas gracias y bendiciones del cielo. Y he aquí la majestad y soberanía de Jesucristo, que yo quería haceros recordar en pocas palabras y cuyo recuerdo fio á vuestras religiosas meditaciones. Amados míos, entre nuestros hermanos acá en la tierra hay algunos que no tienen en dónde reclinár la cabeza, que carecen de medios para sufragar á su frágil existencia; que no tienen con qué satisfacer sus necesidades, con qué aliviar sus dolencias. Honraréis la soberana majestad pobre y abatida de Jesucristo, socorriendo á estos desgraciados. ¡Socorredlos como si tuvieses presente en ellos al Salvador coronado de espinas, ultrajado, insultado, sumido en un mar de amarguras y dolores! De este modo acumularéis nuevas gracias sobre vosotros, os encontraréis más fuertes en los combates del Señor, más dóciles y fáciles en la obediencia á este rey de los reyes, y alcanzaréis no la corona de espinas, sino la corona de gloria en el cielo que os deseo. *Amén.*

LA CORONACIÓN DE ESPINAS

*Epithimisi, filice Sion, et vultu repone
Salomonem in throno suo, qui coronatus
illum mater tua, in die desponsationis
illius, et in die torrens cordis ejus.*

Hijas de Sión, salid y mirad al rey Salomón con la diadema con que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón.

(CANT. III, 11.)

La Iglesia, hermanos míos, verdadera esposa del Hijo de Dios hecho hombre, es la que convida á las almas cristianas y fieles á considerar á Jesucristo su Rey y Señor, coronado de espinas y colmado

de ignominias y de oprobios por la Sinagoga, su cruel madrastra. Mas, ¿por qué llama la sagrada esposa día de bodas y de alegría para su divino esposo, este día que fué el de su muerte, el de su ignominia y el de su dolor? Porque por medio de estas humillaciones, de estos insultos y de estas penas ha expiado grandes crímenes; porque ha purificado nuestras almas, celebrando con ellas sus desposorios en el tiempo, para perfeccionarlos en la eternidad. Ved aquí por qué este día, marcado con tantas ignominias y tantos tormentos para su persona, es un día de gozo y de delicias para su corazón. Es decir que el misterio de la coronación de espinas ha sido para nosotros el misterio de expiación, de bendición, de gracia y de salvación.

¡Valor, pues, oh cristianos hijos de la verdadera Sion, hijos de la Iglesia! Salgamos de nosotros mismos, abandonemos esos pensamientos y esas afecciones profanas, para elevarnos á la altura de la fe. En esta pura región de las cosas divinas consideremos el augusto misterio de nuestro Salvador coronado de espinas, y abrumado por nuestra salvación, con los insultos de la infiel Sinagoga, á fin de que penetrados de un sincero reconocimiento y entregándonos enteramente á él, que tanto ha sufrido por nosotros, este día sea verdaderamente el de nuestros desposorios espirituales con él, así como el de la alegría y el triunfo de su corazón sobre nosotros. Para alcanzar la gracia acudamos á la Virgen. *Ave María.*

El mal ejemplo de los que mandan es contagioso, hermanos míos, porque desde luego es imitado por los que obedecen. Los soldados del pretorio se persuadieron que Pilatos, su presidente, no habia dado sino por burla tantas veces á Jesucristo el título de *rey de los Judíos*, y no fué necesario más para que, no contentos con haberle azotado y con haberle cubierto de heridas y de sangre, insultasen también esta soberanía que creían quimérica, vistiéndole con todas las insignias y tributándole todos los homenajes de un rey de burlas. Despojándole luego por segunda vez de sus vestiduras, le hacen sentar sobre una piedra, figurando un trono, y principian á remedar en torno de él las oficiosidades aduladoras de los cortesanos que se disputan el honor de acercarse y de servir á su soberano. ¡Ay! jamás fué la crueldad más fecunda en ingeniosos artificios para saciar su ciego furor, que en la pasión de nuestro Señor Jesucristo. Ellos forman una trenza de varias ramas de cierto junco marino que crece en abundancia en las costas del mar Rojo, y cuyas espinas son largas, duras y agudas; con estas espinas así tejidas componen una horrible ó ignominiosa diadema, no á manera de corona, sino en forma de casco; y se

la ponen en la cabeza. Concluidos estos preparativos, se arman de palos con los que le clavan esta corona con una violencia tal, que muy pronto las espinas atraviesan la piel, hieren el cráneo y penetran hasta el cerebro. Algunas de ellas, de una longitud extraordinaria, desgarran los tejidos delicados de su cabeza, se abren paso al través de la frente y el paladar, por los ojos y los oídos, por las sienes y las mejillas. La sangre corre por todas partes, los cabellos y la barba se inundan, todo su rostro se cubre de ella, de modo que Jesús se pone desconocido y ni aun conserva la figura humana. ¿Quién podría por consiguiente, no digo expresar, pero ni aun imaginar el dolor atroz que esta coronación bárbara hizo sufrir á aquella adorable cabeza, herida así á un tiempo con una multitud de enormes espinas?

¡Ah! aquí se verifica de la manera más sencilla y perfecta la profecía que dice: Que el Salvador debía hacerse el hombre de dolor porque se había hecho el hombre de nuestra enfermedad y de nuestro pecado. Mas ¡ay! no sólo es el hombre del dolor más intenso, sino que también es el hombre de la ignominia más atroz y de la confusión más profunda. En efecto, para un rey cuya dignidad real se quería poner en ridiculo, una corona de espinas exigía un manto ignominioso y un cetro ridiculo. Así pues, ellos le ponen en las espaldas por un manto real un harapo asqueroso de vieja púrpura, como prueba de su extraña miseria; y por cetro le ponen en sus manos fuertemente atadas una inmoble caña, á fin de indicar la vanidad de su título de rey y la fragilidad de su poder, y también para echarle en cara al mismo tiempo su ambición y su impotencia. Finalmente, para que los homenajes y los respetos que se acostumbran tributar á los reyes fuesen conformes respecto á Jesucristo, á la corona que adornaba su frente, y al cetro que tenía en sus manos y al manto que le cubría, los soldados se agrupan á su alrededor, é hincando primero la rodilla ante él, aparentan adorarle como una falsa divinidad, burlándose de este modo de él por haber querido fingirse el verdadero Dios; después, en medio de risas inmoderadas y de gestos insultantes, le hacen reverencias ridiculas y le saludan irónicamente, diciéndole: Dios te salve, rey de los judíos. Durante esta escena, unos arrojan á su rostro impuras salivas, otros descargaban en sus mejillas enormes bofetadas; estos le arrancaban la barba y los cabellos, aquellos le herían con los puños ó con los pies, y otros en fin le arrancaban la caña de las manos y se servían de ella para clavarle más las espinas, y renovar así todos sus dolores, desgarrando más sus heridas. ¡Oh escena de compasión y de horror, al mismo tiempo! ¡oh inocen-

cia cruelmente atormentada! ¡oh dignidad, oh majestad del Hijo del verdadero rey del universo, escarnecida y despreciada! ¡Ay! ¿de qué guardia han salido esas bestias feroces? ¿En qué escuela han podido aprender unas invenciones tan bárbaras?

No nos sorprendamos sin embargo, nos dice San Juan Crisóstomo, de esos actos de ferocidad inaudita. Lucifer, que había inspirado á esos seres criminales, de quienes había tomado posesión, la crueldad con que azotaron al Señor, les inspiró igualmente esos nuevos artificios de refinada barbarie para atormentarle y escarnecerle, y ese sentimiento de horrible complacencia que experimentaron en sus ignominias y dolores, y que manifestaron danzando alrededor de él como frenéticos. Así pues, el demonio no hizo cesar la flagelación del Señor ni detuvo los brazos de los soldados, instrumentos ciegos de su astucia cruel, sino para conservar á Jesucristo á fin de que sufriese este nuevo tormento, mucho más ignominioso y cruel. En efecto, él se lisonjaba de que este exceso de ignominia y de dolor le obligaría á manifestar el gran secreto que quería descubrir, á saber, si era ó no el verdadero Hijo de Dios, secreto que el silencio y la resignación del Salvador habían conservado durante los azotes sin permitir que el príncipe de las tinieblas lo penetrase.

Mas este segundo artificio, á pesar de ser tan bárbaro, no le fué más útil que el primero para descubrir el gran misterio que la sabiduría de Dios quería ocultarle. Jesucristo, en medio de tan horribles tormentos no hizo prodigio alguno de los que podía haber hecho un hombre Dios, ni dió señal alguna de impaciencia, de las que un simple mortal no hubiera podido abstenerse. Él se mantenía pacífico y tranquilo, como si tuviese una gran complacencia en los tormentos que sufría, porque la corona y los atributos que le cubrían de tanta ignominia, cumplían los grandes misterios de su misericordia para con nosotros, y aquel día, tan funesto para él, era el día de sus desposorios espirituales con nuestra naturaleza, el día que colmaba de delicias su corazón.

Proeuremos profundizar hoy para nuestra edificación y utilidad esos misterios de gracia y de salvación que el Señor obró entonces con sus ignominias y penas; y que el demonio no comprendió cuando se obraban para su ruina. Y para comprender el misterio de las espinas, es necesario remontarnos á la maldición terrible que Dios fulminó contra Adán, cuando le dijo: La tierra será maldita por tí, y no producirá más que abrojos y espinas. Esta maldición, pues, con que fué herida entonces la tierra material y visible no fué otra cosa que el velo y la figura de una maldición todavía más terri-

ble con qué fue herida también la tierra invisible y espiritual del corazón humano. Los ajros y las espinas, de que la tierra comenzó á ser tristemente fecunda desde aquel momento, no fueron otra cosa que el simbolo de la fecundidad todavia más funesta del corazón del hombre que, estéril desde entonces en virtud y en justicia, no produjo más que vicios y pasiones, nada más que obras inútiles ó injustas, capaces de herir el alma con las espinas aceradas del remordimiento, y buenas sólo para ser arrojadas al fuego.

Pues bien, Jesucristo, aunque se habia sustituido á nosotros, no podia cargar con la realidad de esta maldición, porque era esencialmente santo, justo y bendito, autor de toda justicia, de toda santidad y de toda bendición. Por consiguiente, sólo tomó de ella el signo exterior y visible; sólo tomó la figura, es decir, las espinas materiales que traspasaron su cabeza y extendieron el dolor y el sufrimiento por todo su cuerpo. Así, pues, la corona dolorosa con que el Señor permitió que cinesen su cabeza, significaba nuestros pecados, cuya responsabilidad y cuya pena habia tomado sobre sí, y que, semejantes á agudas espinas, son la única producción que germina en el terreno ingrato de nuestro corazón. ¡Bendita sea esta preciosa corona! En ella y por ella ha borrado Jesucristo la antigua maldición. Y así nuestra maldición, que habia comenzado por las espinas, concluyó también por las espinas, y la diadema de ignominia, que nos esperaba en los infiernos, se convirtió para nosotros en una diadema de gloria, que tenemos ya derecho á recibir en el reino de los ciclos.

¡Oh bondad (del) Padre celestial, de haber elegido la cabeza augusta de su Hijo muy amado para colocar en ella el signo de nuestra maldición y de nuestra esterilidad, y convertirlo después en un origen fecundo de bendiciones para nosotros! ¡Oh amor inmenso de Jesucristo, que consintió ser traspasado cruelmente por nuestras espinas á fin de hacer descender sobre nosotros esa unión celestial de gracia y de salvación que ha obrado y obra continuamente en nuestras almas tantos y tan señalados prodigios! En efecto, esta unión divina nos hace fecundos para el bien y cura la esterilidad del suelo de nuestro espíritu y de nuestro corazón; ella convierte su jugo emponzoñado y amargo en una savia preciosa que hace germinar en nuestra alma las plantas saludables de los santos pensamientos, las flores olorosas de los castos afectos y los frutos exquisitos de las buenas obras. Ella hace que nuestro espíritu tan vano pueda experimentar la suerte de humillarse delante de Dios, de pensar en Dios, de meditar en la magnificencia y en la bondad de Dios; ella hace que nuestro corazón tan duro sea sensible á las insinuaciones de la gra-

cia, que se embellezca con santos transportes del amor de Dios, y que se dilate en obras de caridad para con el prójimo.

Mas el Señor, en su misericordia, hizo cumplir otro misterio no menos consolador, cuando permitió que los soldados movidos por su ferocidad aumentasen su ignominia, colocando en sus espaldas un andrajo de púrpura, después de haberle despojado de sus vestiduras. Isaías habia visto ya en espíritu al Mesias cubierto con este manto de oprobio, y habia exclamado dirigiéndose á él: «Señor, ¿por qué os veo con ese vestido rojo? ¿Por qué vuestros vestidos se parecen á los de los viñadores que pisan la uva y exprimen el vino en el lagar?» Y el Señor le respondió: «La sangre de los hombres ha caído sobre mí, y mis vestidos han quedado manchados y empapados en ella. (Is. 62.)» Para comprender el sentido de esta respuesta, es necesario recordar que mientras que el Verbo eterno estuvo en los cielos y en el seno de su padre, no tuvo otra vestidura que el esplendor divino de su gloria (Ps. 103), y que esta vestidura divina, siempre blanca y siempre pura, no podia recibir mancha alguna. Mas cuando al hacerse hombre se vistió en la tierra de nuestra carne mortal y enferma, este vestido corporal y terreno pudo recibir manchas exteriores que le hiciesen parecer inmundado á los ojos de los hombres, mientras que ninguna cosa podia alterar su pureza interior. Es decir que en cualidad de hombre pudo recibir en su humanidad las manchas de sangre impresas por nuestros pecados, porque en cualidad de Dios no habia podido recibirlas en su vestidura de gloria. Así, pues, el girón de púrpura, con que se deja cubrir de un modo tan afrentoso para su divina persona, es el simbolo de la vergüenza y del rubor que debia extenderse sobre la frente de los hombres por los pecados que habian cometido y que cometerian aun con su lujo desenfrenado y su vanidad escandalosa. Mas al vestirse de un deshonror que en realidad no podia llegar á él, lo expió, lo borró, y nos aseguró la gracia de poder renunciar al lujo y á las vanas pompas, y de amar la sencillez y la modestia en nuestros vestidos; el nos mereció el deseo sincero de adornar nuestro cuerpo con las joyas preciosas de su abajamiento y de su pudor en la tierra, para poderlo vestir un día en el cielo con el brillante esplendor de su cuerpo glorioso.

Mas ¿qué diremos de la ridicula caña que Jesus consintió tener en sus manos? ¡Ah! ella representa nuestra fragilidad y nuestra inconstancia, así como las espinas representan nuestra esterilidad, porque el Salvador quiso expiar por nosotros todos estos vicios. Ningún otro simbolo más que la caña, planta hueca, frágil, movable y leve, podia expresar mejor nuestra grandeza fugitiva como la sombra, nues-

tra vanidad ridícula, nuestra fuerza prestada, nuestra ciencia rica de palabras y pobre de erudición, y además quimérica, orgullosa y sin solidez. ¡Ay! sobre esta caña de la grandera del siglo y de la ciencia puramente humana, fruto del delirio más bien que de la razón de los filósofos, es sobre la que se apoyan los hombres, y esta caña, impotente para sostenerlos, rompiéndose entre sus manos, los hiere y los deja caer en el fango de todos los vicios y en el abismo de todos los errores. Porque, en efecto, la falsa sabiduría unida a la presunción, a la vana confianza en sí mismo, y al orgullo, que era en la que se apoyaban nuestros padres gentiles antes de hacerse cristianos, no hacia otra cosa que condensar nuestras tinieblas en vez de disiparlas, y aumentar nuestros vicios en vez de curarlos.

Finalmente, la soldadesca insolente añade a todos estos ultrajes sus adoraciones burlescas y sus homenajes ridículos; ella le escarnea como a un dios de burlas y a un rey de teatro. Pues bien, al someterse el Salvador a los insultos dirigidos contra su persona, su soberanía y su divinidad; expió las innumerables impiedades, el culto abominable y las impuras supersticiones con que los pueblos del gentilismo ultrajaron al verdadero Dios; doblando la rodilla ante las obras de sus manos y ante las pasiones de su corazón, y prostituyendo a los vicios y a las criaturas la adoración suprema que únicamente se debe al Criador. El expió los excesos de la hipocresía y del culto material y aparente con que los Judíos, alterando el espíritu de la verdadera religión; insultaban al verdadero Dios en vez de honrarle. El expió finalmente los sacrilegios, la religión afectada y la piedad fingida de que un gran número de cristianos había de hacerse culpable hasta el fin del mundo; y en tanto que, con el mérito de sus oropellos, satisfacía por todos los ultrajes hechos a la majestad de Dios, alcanzaba a los hombres la gracia del verdadero culto, del culto interior, del culto del espíritu y del corazón. Con este culto sincero y eficaz debían los verdaderos cristianos adorar un día en espíritu y en verdad un solo Dios en tres personas, un Hombre-Dios, Salvador del mundo, y gloriarse de pertenecer a él como sus criaturas, sus subditos y sus discípulos.

Pero ¡ay! Jesucristo es tratado hoy de la misma manera por una gran multitud de cristianos; de modo que pudiera quejarse también de que nosotros le herimos y le traspasamos. ¿Y qué otra cosa sino espinas agudas presentamos a este Dios Salvador los incrédulos presuntuosos que en el seno mismo del Cristianismo, elevándose y perdiéndose en las nubes de sistemas vergonzosos, sacrifican la fe cristiana a los delirios de una filosofía absurda y extravagante? ¿No son tan-

bién espinas lo que le ofrecen los herejes orgullosos que vagando de secta en secta, de extravió en extravió, prefieren sus opiniones a los dogmas, sus errores a la verdad, su razón individual a la revelación, y los abortos monstruosos de sus cerebros enfermos a la fe constante y uniforme de la verdadera Iglesia? ¿No son finalmente espinas lo que le prepara esa multitud de malos católicos, cuyo espíritu y cuyo corazón nadan en un flujo y reflujo continuo de pensamientos lascivos, de complacencias criminales, de afecciones voluptuosas, de sentimientos de odio, de deseos de venganza, de cálculos de ambición, de ideas de vanidad, de proyectos de injusticia, de fraude y de opresión?

Por otra parte, nuestro Redentor, sobre cuya cabeza han colocado nuestros pensamientos licenciosos una corona de espinas, está también cubierto con un vil andrajó de púrpura ensangrentada. Y en efecto, ¿en qué ha venido a parar nuestra estola preciosa lavada en la sangre del Cordero y resplandeciente como una púrpura real, la estola de los méritos y de la gracia de Jesucristo y de las virtudes teologales con que fuimos revestidos en nuestro bautismo? ¡Ah, apenas ha quedado un girón desgarrado por los vicios, ensangrentado por los odios, las injusticias y los escándalos con que hemos cansado la muerte de tantas almas inocentes! ¿Qué ha sido de nuestro cuerpo, santificado por Jesucristo y en el que Jesucristo se digna ser representado, que recibió de él las vestiduras de la simplicidad, de la modestia, del pudor, de la edificación y de esa mortificación de Jesucristo, que deben edificar al prójimo? El manifiesta apenas alguna señal exterior de Cristianismo, debil recuerdo de su antiguo fervor; por lo demás, está cubierto de lujo, de mollicie, de púrpuras afeiminadas cuyo principio es la inmodestia, cuyo objeto es la vanidad, cuya regla son las modas; y que sólo son un escándalo a los ojos de los hombres y un manto de deshonra a los ojos de Dios; manto ignominioso, destinado a ser transformado un día en vestidura de maldición que nos rodeará de llamas devoradoras y nos cubrirá eternamente de deformidad y de vergüenza.

Se observan las leyes de los soberanos, se temen sus castigos y se agradecen sus recompensas. Diré más; ¿con cuánta exactitud no se observan las costumbres, las conveniencias, los deberes, en una palabra, las leyes del mundo, ó lo que es lo mismo, del demonio que es el padre de este siglo de corrupción? Y sin embargo estas leyes son generalmente más rigurosas que las del Evangelio. Y ¿cuántos gastos no hacen los hombres, a cuántos peligros no se exponen y a cuántos sacrificios no tienen que resignarse para merecer la aprobación del

muando y librarse de su censura? Y bien, ¿no es esto reconocer en el demonio y en las potestades de la tierra una autoridad positiva y real, un cetro de oro ó de hierro? Mas en cuanto al rey del cielo ¡ay! se violan sus leyes y sus preceptos; los cristianos se hacen sordos á su voz; desprecian sus invitaciones; no se mueven por sus ejemplos; son insensibles á sus gracias; no dan valor alguno á sus recompensas; profanan sus templos; menosprecian sus sacramentos; se rien de sus juicios y de sus venganzas. Sólo Jesucristo es tratado como un rey de quien no hay bien alguno que esperar, ni mal alguno que temer; como un rey cuyas promesas son fabulosas y cuyas amenazas son quiméricas, y que por lo mismo es tan impotente para castigar al que le ultraja como para recompensar al que le honra. Y ¿no es esto no reconocer en él más que un poder vano y quimérico? ¿No es esto ponerle en la mano, en vez de cetro, una caña ridicula y deshonrosa?

Finalmente, el homenaje que los malos cristianos tributan á Jesucristo es semejante á las insignias dolorosas y humillantes con que le visten. ¡Ay! si se exceptúa un pequeño número de almas piadosas y fieles que, no contentas con cumplir exactamente las leyes del Evangelio, ofrecen cada día y aun muchas veces al día el tributo de sus adoraciones, de su culto y de sus oraciones al Dios del Evangelio, la inmensa mayoría de los cristianos de nuestros días no sólo profanan las leyes de Jesucristo, sino que le niegan todo culto. Y quién es el que, en el interior de su casa y entre su familia, dobla la rodilla para tributar al Dios autor de nuestro ser, árbitro de nuestra vida, señor, juez y rey de nuestras almas, la adoración que le es debida de rigurosa justicia? Aun en los mismos templos, á los que generalmente se va obligado por la costumbre, por el bien parecer, por la curiosidad ó por los respetos humanos, hay muchos que sólo le tributan alabanzas mercenarias, alabanzas vanas en las que el corazón no toma parte alguna, alabanzas que no están animadas por ningún sentimiento de religión ni de piedad. Otros muchos, cuando nuestro Dios y Señor está solemnemente expuesto en la Sagrada Eucaristía para recibir el homenaje de su pueblo, ó cuando se muestra por la gloria de Dios y por la salvación de ellos en el tremendo sacrificio del altar, permanecen en pie en su presencia, con el espíritu distraído y el corazón disipado, sin hacerle ningún saludo, sin dirigirle ninguna súplica, buscando con sus miradas vagas los ídolos profanos, inclinándose apenas á la elevación del angusto sacramento, é insultándole á su propia vista en el tiempo y en el lugar mismo que está destinado á adorarle.

Y bien, ¿no es esto tributar á Dios un culto momentáneo, un culto de simple ceremonia y de pura apariencia; un culto hipócrita, irrisorio é ignominioso, un culto de adoración fingida y de verdadero ultraje? ¿No es esto adorarle como á un rey de burlas y adorarle como á un dios de teatro?

Cesemos, amados hermanos, de tratar como á un dios de madera, como á un rey de burlas, al Dios de majestad y de gloria, al rey inmortal de los siglos. No seamos tan temerarios ni tan insensatos que provoquemos contra nosotros la indignación y la justicia de un soberano cuyo poder no se limita á la vida ni al tiempo, sino que se extiende más allá de la muerte y por toda la eternidad. Despojémonos de nuestros malos hábitos de sacrilegio y de insulto á la majestad de Dios. Unámonos á las verdaderas hijas de Sión, á las almas religiosas y fieles. Y en el Dios que adoramos en la Eucaristía, contemplemos con frecuencia al Dios coronado de espinas por los judíos y lleno de oprobios por nuestro amor. Meditemos en este estado con una fe viva, adoremosle con una piedad sincera, honrémosle con una humildad profunda; abálemosle con una devoción afectuosa y amémosle con el amor mas ferviente. Convirtámonos sinceramente á él, á fin de que uniéndonos á él por su gracia, el día de nuestra conversión sea verdaderamente el día de las delicias de su corazón, supuesto que será también el de nuestros desposorios espirituales con él y el de nuestra salvación eterna. Así sea.

LAS INSIGNIAS DE LA DIGNIDAD REAL

DE JESUCRISTO



*Reis pacificus magnificatus est super
causa pignora terrae: cuius cultum deinde
rat iniqua terra.*

El rey pacífico excedió á todos los reyes del mundo en opulencia y en auidoria; y toda la tierra desea ver su rostro.

(EX VESP. NATIV. XXIII REG. 10. c. 28.)

El reino de Jesucristo no es político, sino religioso; no es terreno sino celestial; no es humano, sino divino; no es temporal, sino eterno. El reino de Jesucristo es su Fe, su Iglesia, su Religión. Engañarse, como los judíos, acerca del carácter y la naturaleza de su reino, es lo mismo que engañarse acerca de la verdadera Religión, acerca de la verdadera Iglesia; es perder la verdadera Fe; es perder el verdadero camino de la salvación eterna.

Pues bien, como era de la mayor importancia para nosotros que el Salvador del mundo nos diese una idea clara y precisa de su reino en la tierra, lo hizo no sólo con palabras sino también con sus obras. Porque no contento con haber declarado solemnemente que su reino espiritual, establecido en el mundo, se distingue de los otros reinos en sus principios, en sus medios, en su fin y en sus recompensas, *Regnum meum non est de hoc mundo*, consistió también en tener, como lo vimos ya, espinas por corona, un andrajo de púrpura por manto real, una vil caña por cetro y las burlas por homenaje; de este modo nos hizo conocer de una manera sensible, nos hizo ver con nuestras propios ojos el verdadero carácter de su dignidad real. El desplegó, en una palabra, toda la magnificencia de su reino, tanto más pacífico, dulce, humilde, pobre y miserable en apariencia, cuanto en realidad excede al de los reyes de la tierra; y cuando fue atormentado y escarnecido por los judíos de la manera más ignomi-

niosa y más cruel, se mostró cual grande y excelso monarca, objeto de los deseos y de las esperanzas del universo.

Desde este punto de vista nuevo é importante, debemos considerar hoy el inefable misterio de la coronación de espinas de nuestro Salvador, misterio de magnificencia y de gloria para él, misterio de expiación y de salvación para nosotros.

Nosotros veremos en él como en tanto que los satélites de la injusticia y de la tiranía insultan, profanan y ponen en ridículo la dignidad real de Jesucristo, no hacen otra cosa que establecerla, consignarla y darnosla á conocer en toda su grandeza y magnificencia.

Esta consideración tendrá por objeto decidimos á tributar el homenaje de nuestra fidelidad y de nuestro amor al divino monarca que arrebató todos los corazones. *Ave Maria.*

Si la horrible aglomeración de tormentos y ultrajes que Jesús sufrió en su coronación de espinas hubiera caído sobre el más inicuo y el más vil de los hombres, no podría, sin embargo, leerse el relato que de ellos hacen los Evangelistas sin estremarse de horror y sin moverse á compasión. ¿Qué será, pues, si se reflexiona que el que fue tratado de este modo tan bárbaro era el inocente y adorable Hijo de Dios? Terrible espectáculo, hermanos míos, el ver al Hijo de Dios, objeto de las complacencias eternas de su Padre celestial, de las adoraciones de los ángeles y de las esperanzas del universo, sentado ahora sobre una inoble piedra, todo cubierto de heridas y vertiendo sangre. ¡Contempladle! Su frente está ceñida con una horrosa guirnalda de agudas espinas que traspasan por todas partes su cabeza; un andrajo insultante de vieja púrpura cubre apenas sus espaldas; una caña ignominiosa, símbolo de la flaqueza, deshonra sus manos; se halla rodeado de una turba de soldados y de arqueros que, con todo el furor que les inspira su ferocidad infernal, le dan los más terribles golpes; clavan cada vez más las espinas en su cabeza, hieren sus mejillas adorables con crueles bofetadas, manchan su rostro con salivas, y se acercan después unos tras otros á ofrecerle de rodillas el tributo de sus adoraciones burlescas; después, con mil impuros sarcasmos, se mofan de él, saludándole como rey. ¡Oh envilecimiento! ¡oh degradación de la majestad de Dios! Las iniquidades que cometieron contra el Hombre-Dios en estas circunstancias, llegaron á su colmo; él sufrió las ignominias más atroces que pueden imaginarse, y bebió hasta la última gota del terrible cáliz del dolor. Entonces se cumplió á la letra el oráculo del Rey Profeta.

Que el Mesías sería cubierto de oprobios; que sería tratado como la afrenta de la humanidad, con el desecho del mundo, que le abrumarían con ultrajes y con insultos tales, como jamás se hicieron a ningún hombre, ni aun a ningún gusano de la tierra.

Mas no nos detengamos en las apariencias. Observemos que del mismo modo que Caifás, aunque pontífice impio, profetizó la muerte de Jesús sin saber lo que decía, así también los soldados del pretorio le llenan ahora de oprobios y dolores sin saber lo que hacen, y mientras que ellos creen saciar su sacrilego furor, ejecutan ciegamente los designios admirables de Dios, y nos preparan á nosotros los cristianos el cumplimiento de los mas consoladores misterios; porque esas horribles invenciones de crueldad sirven, contra la voluntad de los que la practican, para darnos una verdadera idea de la naturaleza del reino de Jesucristo, cuya gloria eclipsa á la de todos los demas reinos. Esos actos ejecutados para poner en ridiculo su dignidad real, son por el contrario los signos más expresivos, las pruebas más ciertas, los atributos más fieles de ella; de modo que cuanto más ridiculizada y menospreciada es esta dignidad divina, tanto más se descubre á los ojos de la verdadera fe en toda su magnificencia y en todo su esplendor.

En efecto, Jesucristo es rey; mas un rey que no promete á sus súbditos durante esta vida otras recompensas de su felicidad y de su amor que ignominias, persecuciones, sufrimientos y cruces. El es rey; pero no concede el honor de su presencia ni el favor de su amistad sino á los que renuncian á si mismos y están prontos á sufrir por su amor todos los dolores, todas las injurias y todos los martirios. El es rey; pero lo es con especialidad de las almas afligidas por la tribulación. El es rey; pero lo es de aquellos que caminan por la senda estrecha de la salvación, donde no se encuentra otra cosa que los vestigios de su sangre, los abrojos de la mortificación y las espinas de la penitencia. Por consiguiente, siendo necesario colocar en la cabeza de este rey una corona que indicase á primera vista el carácter de una soberanía tan nueva y diferente de la de otros monarcas, ¿qué corona podía imaginarse que fuese más conveniente, más adecuada y más expresiva que una diadema de espinas? Una corona de oro le hubiera asemejado á un rey de la tierra; una corona de flores le hubiera hecho parecer un rey voluptuoso; una corona de laurel le hubiera representado como un rey conquistador que hubiera sometido los pueblos por las armas. Todas estas coronas más honoríficas en apariencia, le hubieran deshonrado en realidad; ellas hubieran hecho de él un rey hombre, un rey de este mundo. La corona de espinas

por el contrario le proclama un rey de dolores, que sin embargo encuentra súbditos que le adoren, le sirvan y le amen y se crean dichosos en sufrir con él y morir por él. Así pues, mientras que esta corona le degrada y le envilece al parecer, no obstante al indicar el verdadero carácter de su dignidad real, le honra, le ensalza y le hace parecer lo que es en realidad, es decir un rey nuevo, un rey singular, un rey superior á los demás, un rey del cielo, un Rey-Dios.

En segundo lugar, Jesucristo vino á fundar su reino, no por la fuerza de las armas, sino por los atractivos de su gracia: no esparciendo el terror, sino trayendo la paz; no halagando los sentidos, sino arrebatando los corazones; no empleando la violencia, sino prescribiendo el amor. Jesucristo vino á someter los sabios por la locura, los robustos por la debilidad, los fuertes por la flaqueza, todo cuanto el mundo tiene de más grande, sublime y de más poderoso, por lo que hay en él de más frágil, de más vil, despreciable y nulo á los ojos del mundo; en una palabra, el vino á vencer á sus enemigos, muriendo por ellos. Pues bien, ¿qué otra cosa mejor que una caña, el más vano, flexible y frágil de todos sus vegetales, podía figurar la debilidad aparente de su poder, la nulidad visible de su imperio, el carácter especial de su reino, en el que el rey se basta á si mismo, y que se extiende y triunfa de todo por los medios mismos que debieran al parecer destruirlo?

Los judíos, de espíritu grosero y de corazón carnal, instruidos por los profetas de que el Mesías debía ser rey, y un rey grande, creyeron que este rey, prometido tantos siglos antes, debía, como los otros soberanos de la tierra, imponer tributos, amontonar riquezas, levantar ejércitos, alcanzar victorias, destruir ciudades, conquistar imperios, subyugar naciones, hacer temblar la tierra y extender su poder político por todo el mundo. Y como habían notado que Jesucristo no hacia nada de esto, sino que por el contrario le veían humilde, pobre, manso, pacífico, mortificado y penitente; lejos de reconocerle por Mesías y Salvador, le negaron y le crucificaron como á un vil esclavo. Es decir, que aquellos insensatos le despreciaron por la misma razón que tenían para reconocerle y hacerle el objeto de sus adoraciones. Perdonad, Señor; si hubierais venido al mundo como los judíos carnales os aguardaban y os aguardan todavía, rodeado de pompa, esplendor, riqueza y de todo el prestigio del poder real, nosotros, cediendo á la fuerza material, os hubiéramos temido como á nuestro conquistador, pero no os hubiéramos amado como á nuestro Salvador. Hubierais, si, logrado externas manifestaciones de respeto, pero no hubierais obtenido el homenaje de nuestro corazón. Nosotros os hubiéramos

obedecido como á un rey, pero no os hubiéramos adorado como á un Dios. Por el contrario, al veros desnudo y abatido, sin fuerza ni defensa, sin otras armas ni otro cetro que una caña ignominiosa, simbolo de la cruz; al ver que convertís, cuando os agrada, esa caña en cetro de hierro, y los cetros de hierro de los reyes de la tierra en frágiles cañas, que reducís á polvo los tronos más poderosos como si fueran vasos de barro, y que derrotáis á los monarcas más formidables que osan insultar la humildad, la flaqueza, la mansedumbre y la paciencia de vuestra Iglesia; entonces concebimos la más alta idea, la admiración más grande y el respeto más profundo acerca de vuestra persona y de vuestro poder.

En tercer lugar, la púrpura fué siempre y en todas partes el distintivo de los reyes. Por consiguiente, si hubieran puesto sobre las espaldas de Jesucristo una púrpura nueva, brillante por la viveza de su color, y espléndida por la riqueza de sus adornos, esta púrpura, á pesar de que le hubiera honrado y distinguido en apariencia, le hubiera sin embargo presentado al mundo como un rey semejante á los demás reyes, cuya púrpura está enrojecida muchas veces con una sangre derramada con injusticia y con furor, y esto los hace formidables. Mas cuando se le cubre de un girón de púrpura desechada como inútil por los reyes de la tierra, enrojecida solamente con la sangre de sus heridas, este andrágalo tan despreciable y tan vil nos anuncia claramente que Jesucristo es el verdadero y el único rey, angido y consagrado con su propia sangre, y que derramando su sangre preciosa y dejando desgarrar su carne inocente, es como debía fundar y extender su reino. Este harapo nos anuncia un rey único, que debía ir seguido de una multitud inmensa de mártires generosos, los cuales triunfarian con él, no dando la muerte á sus semejantes, sino sacrificando su propia vida; y ved aquí por qué este es el verdadero manto real, el único que conviene á su dignidad soberana, el que le honra y le distingue entre todos los reyes, sin embargo de degradarle al parecer; el único que le coloca sobre todos los monarcas, manifestándonos claramente la extensión de su poder, la magnificencia y la ternura de su caridad.

Notad también que en el momento mismo en que el se adorna con esta vestidura de ignominia, figura el misterio de su reino. En efecto, el Evangelista observa que los soldados, antes de cubrirle con este extraño vestido, le despojaron de sus propias vestiduras. Las vestiduras que tenía Jesucristo eran el emblema de la nación judía, en cuyo seno habia nacido; mas la púrpura que los soldados romanos echaron sobre sus espaldas fué el simbolo de la Iglesia de los genti-

les, recogida, como el múrice de donde toma su color de púrpura, en medio de los mares y de los escollos. Así, pues, Jesucristo, que permite se le despoje de sus vestiduras tejidas por manos de sus padres los judíos, y que se deja cubrir con la púrpura por manos de los gentiles, representa al Salvador que se despoja en este mismo instante de la sinagoga y se viste de la Iglesia, desechando á los judíos y adoptando á los gentiles. ¡Oh grande y delicioso misterio! ¡Quién hubiera creído jamás que este nuevo motivo de vergüenza para el fuese un secreto de su misericordia para con nosotros!

Finalmente, el reino de Jesucristo se distingue por el menosprecio de los bienes del mundo; su imperio es el de la humildad, de la dulzura, de la paciencia y del perdón, en presencia de los insultos, de las injusticias, de las blasfemias y de las persecuciones del mundo. Y ¿por qué otro medio podia nuestro Rey y Señor hacernos comprender mejor el espíritu de esta legislación sublime que recibiendo bofetadas y salivas por tributos, adoraciones burlescas, imprecaciones, sarcasmos y blasfemias por homenaje, y sufriendo todas estas pruebas con una mansedumbre inalterable y una paciencia divina?

Por consiguiente, sólo con verle así humillado y despreciado sabemos al momento quién es, y lo que ha venido á hacer y enseñar en el mundo; nosotros conocemos que es soberano de un reino que no pertenece á este mundo; nosotros conocemos al momento las condiciones con que podemos ser admitidos en este reino misterioso y divino, las leyes que es necesario observar en él, las obligaciones que es necesario cumplir, las virtudes que es necesario practicar, y las recompensas que deben esperarse. El espectáculo de Jesucristo, reducido á este miserable estado de humillación y de dolor, nos predica su Evangelio, y este ejemplo nos instruye tan eficazmente como sus palabras.

¡Acontecimiento nuevo y extraordinario! Si todos los santos y todos los filósofos del mundo, reunidos en congreso después de haber conocido el espíritu de la religion de Jesucristo, hubiesen tratado de determinar las insignias con que convendría anunciar su soberanía; no hubieran podido seguramente encontrar otras más perfectas ni más expresivas que las que le confirieron sus mismos verdugos. Porque las invenciones de su ciego furor tienen el sello de una Providencia superior y secreta que preside á sus consejos crueles para hacerlos servir á sus misericordiosos designios. Ellas nos demuestran que en todo cuanto ellos hacen, obedecen ciegamente á una inspiración divina, que no comprenden, y que concurren sin saberlo á hacernos ver en Jesucristo un rey que reina por su propia flaqueza,

que se hace adorar en sus oprobios mismos, y cuyo imperio, que no es de este mundo, triunfará desde luego del orgullo del mundo, no por la fuerza de las armas, sino por la paciencia y la humildad de los sufrimientos.

Al darnos á conocer Jesucristo que es verdaderamente rey, ha querido indicarnos también la clase de súbditos que deben ser los cristianos, y por lo que ha sufrido por nosotros, nos ha mostrado lo que nosotros debemos hacer por él. Su corona es de agudas espinas; y en vista de esto, ¿qué monstruosidad, qué vergüenza que los súbditos de un rey coronado de espinas sean flojos, afeminados y voluptuosos! Es necesario, pues, que depongamos á los pies de nuestro amado monarca la corona de rosas profanas, tejida por los pensamientos lascivos, por los deseos ambiciosos, con la que los partidarios del mundo, los súbditos de Satanás están tan dispuestos á adornarse en los fugaces días de esta vida mortal, diciendo: coronémonos con las rosas de los placeres. Arrojemos lejos de nosotros la corona de corrupción y de orgullo que Dios ha maldecido por boca de Isaías, cuyas flores, muy pronto marchitas, ocultan venenosos insectos, y cuya gloria efímera se convertirá un día en una ignominia eterna. Apresurémosnos, por el contrario, á colocar en nuestra cabeza la guirnalda dolorosa de nuestro Rey y Salvador, procurando coronarnos de las espinas de una vida austera, mortificada y pura.

Guñamos nuestra frente, santificada por el bautismo y adornada por la confirmación, con las espinas de santos pensamientos, meditando frecuentemente sobre los horrores de la muerte del pecador, la severidad de los divinos juicios, el rigor de las venganzas de Dios, la eternidad de las penas y lo horrible de las mismas. Si, estos pensamientos son dolorosos y amargos; estos pensamientos son espinas, pero espinas que curan el espíritu mortificando la carne; espinas que nos proporcionan la paz del corazón, conduciéndonos á la santa tristeza de la penitencia; espinas, que al mismo tiempo que reprimen las pasiones, hacen germinar en nosotros los lirios de la santa pureza y los frutos de todas las virtudes.

En segundo lugar, Jesucristo está desnudo: todo su vestido consiste en un andrajo de púrpura que cubre apenas sus espaldas. Por consiguiente, no es muy decoroso que los súbditos de un rey tan pobre procuren con tanto ardor brillar por el lujo y la pompa de sus vestidos, que pueden muy bien distinguirse á los ojos del mundo, pero que nos hacen más pequeños y despreciables á los ojos de los ángeles, é indignos de figurar en la comitiva y en la corte de Jesucristo. Procuremos siempre en nuestros vestidos la gravedad y la

decentia; pero jamás el lujo, el brillo ni la impudencia. Procuremos vestir nuestro cuerpo con la sencillez y la modestia cristiana, y con la púrpura del santo pudor que nos hace agradables á los ojos de Dios, y que es un adorno tanto más precioso, cuanto más rara es hoy esta virtud y más despreciada de los hombres.

En tercer lugar, en las manos de Jesús ponen á manera de cetro una frágil caña, emblema de la locura y de la flaqueza, y sin embargo el no la rechaza, ni la arroja lejos de sí, sino que la estrecha entre sus manos como un cetro de gloria. Así, pues, nosotros que somos sus súbditos, no debemos ruborizarnos de presentarnos ante el mundo armados con la caña de la locura aparente de Dios. No debemos avergonzarnos, sino por el contrario gloriarlos de ser mirados por amor de Jesucristo como hombres débiles. El destino del justo en la tierra es ser ridiculizado por el mundo á causa de su simplicidad. Pues bien, nosotros, súbditos de un rey, que lleva en sus manos el emblema de la debilidad, debemos cuidarnos poco de tales burlas y de tales censuras. Que el mundo nos desprecie todo cuanto quiera, por causa de nuestra fe y por nuestras obras de piedad; que diga que el defecto de luces y la falta de fuerza y de valor nos tiene bajo el imperio de las preocupaciones; que se ría de la delicadeza de nuestra conciencia, de la austeridad de nuestras costumbres, de la modestia de nuestras miradas y de la gravedad de nuestros discursos; que nos confunda entre la turba de necios, y nos llame, si quiere, personas toscas, insensibles, escrupulosas é hipócritas; que nos reconvenga por nuestro espíritu de retiro y nuestro aislamiento del siglo profano; que nos trate como insensatos porque hacemos á la humildad y á la mortificación de la cruz el sacrificio de la hermosura, de la juventud, de la fortuna, de todas las delicias sensuales y de todas las comodidades de la vida; que nos desprecie, en fin, como frágiles cañas: nosotros debemos hacernos superiores á estas injustas censuras, y repetir con San Pablo: «¿Qué me importa el mundo y sus juicios? Dios ve mi corazón. Dios es el que debe decidir sobre mi eterno destino, yo no temo más que sus juicios.» (1. Cor. 4.) A vista de esta santa fortaleza, ¿quién no reconoce en ella la verdadera fuerza de espíritu, la elevación y la nobleza de sentimientos, la grandeza de un alma libre, y esa independencia de corazón que la verdadera religión inspira?

Finalmente, Jesucristo es insultado con homenajes fingidos y adoraciones burlescas; su soberanía es villipendiada y su divinidad ridiculizada; y él sufre estos ultrajes con una calma inalterable, con una paciencia invencible. Así pues nosotros, súbditos de un rey cubierto

de tantos oprobios y sin embargo tan pacífico, sujeto á tantos tormentos y no obstante tan resignado, debemos reprimir en nuestro interior la sed devoradora de honores, de distinciones, de alabanzas y de títulos. Nosotros debemos ahogar en nuestros corazones el deseo ambicioso y desenfrenado de elevarnos sin méritos, de dominar á nuestros inferiores y de eclipsar á nuestros iguales. Debemos también renunciar á ese espíritu de altanería que hace que no podamos sufrir ni perdonar, no sólo las ofensas, pero ni siquiera los daños involuntarios que nos hacen nuestros hermanos.

Ved aquí, amados hermanos, las condiciones con que podemos ser reconocidos por verdaderos súbditos de un rey pobre y afligido; ved aquí los tributos que él exige de nosotros, los homenajes que él agradece, y á los que dará sus recompensas eternas. Pongamos, pues, nuestras obras en armonía con nuestra fe. No nos contentemos con adorar á Jesucristo como Dios, con saludarle como rey con nuestras palabras; sino, por el contrario, representemos en nuestra conducta sus humillaciones y dolores, y Jesucristo nos recibirá, en el día de nuestra muerte, en su reino, donde nos hará participar de sus consuelos y de su gloria. Así sea.

LA SENTENCIA DE MUERTE DE JESUCRISTO

Cepit in unicum Justo, et sanguinem innocentem commisit.
Los malvados se coligaron contra la vida del Justo, y condenaron la sangre inocente.

(Ps. 33, v. 21.)

La verdad encuentra ordinariamente tres clases de enemigos en las personas que tienen la misión de defenderla: los unos la persiguen con furor, los otros la tratan con desprecio, y los otros en fin la sacrifican á su debilidad. Los primeros se mueven por el interés, los segundos por el orgullo, y los últimos por la política. Y aunque las

causas sean diferentes, el efecto es sin embargo igualmente funesto; es decir que la verdad encuentra más perseguidores que mártires en los hombres que debieran defenderla, y que ella es inmolada con frecuencia por las manos de los mismos que debieran hacerla reinar.

Ved, pues, este triste destino de la verdad en la angusta persona de Jesucristo, que ha dicho de sí mismo que no sólo es el maestro y el oráculo de la verdad, sino que también es la verdad subsistente y personificada. Su causa se presentó en tres tribunales diferentes: en el de Caifás, en el de Herodes y en el de Pilatos. En todos ellos fué proclamada legal y públicamente la santidad y la inocencia de su vida. Y sin embargo el Hijo de Dios, la verdad por esencia, es perseguido en el Sanhedrin con una crueldad inaudita, es orgullosamente ridiculizado en la Corte, y cobardemente sacrificado en el Pretorio. Estos tribunales infames conspiran todos tres reunidos á cumplir esta profecía de David: Que hombres diversos, con un mismo objeto, aunque por diferentes causas, se coligarán contra la vida del Justo por excelencia ó del Mesías, y que condenarán ó harían derramar la sangre reconocida por inocente y pura.

Ya hemos visto cómo se cumplió este horrible misterio de iniquidad en el tribunal de Caifás y en el de Herodes; dirjámonos hoy al tribunal de Pilatos. En él veremos cómo la sangre del Hijo de Dios es condenada cobardemente á ser derramada, y la vida de Jesucristo á ser sacrificada. Llenos de horror al ver la enorme injusticia con que los judíos quitan la vida á Jesús por medio de sus calumnias, nos guardaremos bien de desgarrar la reputación de nuestros prójimos con nuestras murmuraciones. *Ave María.*

Es necesario convenir que Pilatos se valió de todos los medios posibles para librar al Salvador de las manos y del furor de los judíos, á excepción del medio único que podía producir efecto, es decir, la firme resolución de preferir la verdad á la política, y la justicia á los respetos humanos. En efecto, después de haber agotado inútilmente todos los recursos, hace el último esfuerzo. Toma á Jesús de la mano, y le conduce al balcón desde donde acostumbraba hablar al pueblo: Ved aquí, dice á los judíos que estaban en tumulto, ved aquí, yo os lo presento por última vez, para que os acabéis de convencer de que yo no encuentro en el crimen alguno. ¡Y en este mismo tiempo apareció en lo alto del palacio el Redentor!... El tiene en su cabeza su horrible diadema de espinas; el girón de púrpura con que le habían vestido por irrisión cubre sus espaldas; tiene en sus manos una vil caña; su rostro está todo acurdenalado y manchado con las

impuras salivas, y de todo su cuerpo, desgarrado por los azotes y acerbillado de heridas, corre la sangre en abundancia. ¿Qué corazones no se hubieran enternecido, qué bestias feroces no se hubieran amansado a vista de este espectáculo? En efecto, la esperanza de ablandar aquellos duros corazones fué la que hizo á Pilatos presentar á Jesús al pueblo, exclamando: Ved aquí el hombre. Ved aquí el hombre cuya muerte solicitáis con una obstinación tan ciega y tan bárbara. ¿No estáis todavía satisfechos? Ved el estado lastimoso á que le habéis reducido.

¿Qué demencia la de suponer que podría desarmar la injusticia de los judíos al presentarles el ejemplo de su propia crueldad, y de creer que contendría su ciego furor, después de haber condescendido hasta aquel punto? ¿Qué locura la de creer que el odio rebelde de los judíos se extinguiría, cuando por el contrario se había enardecido con el ejemplo de barbarie que Pilatos les había dado cubriendo de heridas al Salvador del mundo; y que unos enemigos tan feroces dejarían de pedir la muerte de Aquel á quien habían hecho sufrir tantos tormentos! El pueblo, que no estaba poseído por las pasiones de sus jefes, pareció comoverse á vista de la paciencia inalterable que Jesús mostraba bajo el peso de tantas ignominias y de tantos dolores; mas los pontífices, los magistrados y los fariseos, verdaderos perros rabiosos y ávidos de sangre, insolentes y bárbaros, al ver abogar en él los movimientos de una compasión naciente, se adelantan, y levantan su voz gritando antes que todos con nuevo furor: Lejos de nosotros ese criminal; quitale de nuestra vista; crucifícale, crucifícale. No, responde Pilatos, que no conozca bastante el odio de los judíos, ni su propia debilidad; no, yo no me resolveré jamás á crucificar á un hombre á quien reconozco inocente; tomadle vosotros, si tenéis valor para ella, y crucifícadle. El debe morir, replican con insolencia los judíos, porque él se ha supuesto el Hijo de Dios, y según nuestra ley, un crimen como éste merece la muerte. Si, hombres ciegos, injustos y crueles, según vuestra ley, Jesús debe morir. Vuestra ley es la ley de Moisés, vuestra ley son las profecías y los salmos donde la muerte del Mesías en la cruz se encuentra anunciada claramente. Esta ley la hizo el mismo Jesucristo de acuerdo con su Padre. El morirá pues; es más, él debe absolutamente morir, porque es imposible que lo que él mismo hizo escribir en la ley, y lo que hizo anunciar por los profetas, no se cumpla. El morirá, él debe morir; más en virtud de sus decretos, emanados de su libre voluntad, y no á consecuencia de vuestro odio. El morirá, y debe morir, no porque se dice el Hijo de Dios, sino porque siendo verdaderamen-

te Hijo de Dios, se hizo al mismo tiempo hijo del hombre para salvar á los hombres. Así pues, mientras que vosotros blasfemáis, hombres impíos, habláis como profetas. Vosotros anunciáis este gran misterio: Jesucristo, porque es Dios y Salvador de los hombres, debe morir en la cruz, como ha sido anunciado, para dar la vida á los mismos que preparan su muerte.

Al oír esta nueva acusación contra el Salvador: «El se ha supuesto el Hijo de Dios», ¡quién lo creyera! Pilatos se llenó de un temor respetuoso. En efecto, el silencio de Jesucristo, la sabiduría profunda de sus respuestas, el milagro evidente de su mansedumbre y de su paciencia, su grandeza y majestad, y aquel esplendor divino que brillaba siempre en su semblante, sugirieron á Pilatos la idea de que lo que echaban en cara los judíos al Salvador como un crimen, fuera realmente una verdad; que aquel personaje tan extraordinario fuese verdaderamente el Hijo de Dios, y que por consiguiente él mismo se haría culpable de una impiedad enorme al pronunciar una sentencia de muerte contra un hombre que tenía por padre á Dios. Esta es la causa por que tiembla Pilatos; esta es la causa por que se llena de espanto.

Así, pues, poseído Pilatos de esta agitación interior vuelve á entrar en el pretorio con Jesús, y con tono respetuoso y afable le pregunta: Dime por favor claramente: ¿de dónde eres? ¡Oh dichosa mudanza verificada en el espíritu de Pilatos! No pregunta ya al Salvador, como la primera vez: ¿De qué te acusan? ¿Cuáles son los crímenes que has cometido? sino que se limita á preguntarle: ¿De dónde eres? Con estas palabras quería decirle: ¿Perteneces á la tierra, ó desciendes del cielo? Eres solamente hombre, ó eres acaso Dios? El Señor le había hablado ya muchas veces, pero sin utilidad alguna. Por consiguiente, haciéndole oír de nuevo su voz no le hubiera hecho más celoso ni más fuerte para sostener la justicia, ni menos débil y cobarde para sacrificar la inocencia á los respetos humanos. Y supuesto que la gracia, después de haber llamado largo tiempo en vano, acaba por guardar silencio; Jesús por dichos motivos no dió respuesta alguna á la pregunta de Pilatos.

Como no hay cosa más irritable que el orgullo, Pilatos se ofende del silencio que Jesucristo guarda; deja pues entonces de hablarle con el respeto que antes, y con un tono altanero le dice: ¿Quién eres tú para no querer responderme? ¿Ignoras quién soy yo? ¿No sabes que tu vida y tu muerte están en mi mano? ¡Oh juez insensato! por esas palabras descubres tu injusticia y pronuncias tú mismo tu condenación. Si es cierto, como te jactas de ello, que tienes el poder de

absolver y de condenar, ¿por qué no has librado, por qué has hecho azotar al acusado, cuya inocencia has reconocido y proclamado?

La Sabiduría encarnada no creyó sin embargo que debía dejar pasar esta réplica sin revelar lo que tenía de inocente. ¿Qué decís, Pilatos? le contesta Jesús, ¿por qué tanto orgullo en hacer vuestra autoridad superior á la mía? Sabed que no tendrais poder alguno sobre mí, si no se os hubiera concedido de lo alto; nada podrais sobre mí si mi Padre no me hubiera sometido á vuestro juicio, y yo mismo no hubiese aceptado este juicio de mi propia voluntad. Vos creéis ser el árbitro, y no sois más que un instrumento ciego. Sin embargo, á fin de que Pilatos no se forjase ilusión hasta el punto de no creerse culpable de injusticia por haber sometido á Jesucristo á los azotes, y por querer condenarle á muerte, el Salvador añade: Sabed, sin embargo, oh Pilatos, que el pecado del que me ha entregado á vos es mucho más enorme que el vuestro. Y en estas pocas palabras desahbre Jesús á Pilatos el horrible atentado que los judíos cometieron al entregarle á él y que tampoco él era inocente y si su crimen, triste fruto de la timidez y de la debilidad, era menos grave que el de los judíos, no por eso era menos positivo, que él debía, como aquellos, ser castigado por las venganzas celestiales.

Pilatos sintió toda la fuerza de esta reconvenção, y comprendió que esta amenaza hecha con la dulzura de un amigo y la majestad de un soberano, era inspirada por la equidad y estaba llena de sabiduría. Desde entonces trató Pilatos de buscar otro medio para poner al Salvador en libertad. Mas la infame malicia de los judíos conoció bien pronto las nuevas disposiciones del presidente en favor de la compasión y la justicia, y volvieron á comenzar el tumulto y los gritos, diciendo: Sabed, Pilatos, que si dais libertad á este hombre, será para nosotros una prueba de que no sois amigo ni representante del César, sino su enemigo y rival; porque todo el que se hace rey, como éste, se declara contra el César; y todo el que protege á un rebelde, se muestra también rebelde al César. Así, pues, los sacerdotes y los magistrados judíos comenzaron por condenar al Salvador en su Sanhedrón como culpable de blasfemia; ellos le acusaron en seguida de rebelión en el tribunal de Pilatos; después, renunciando á acusarle de alta traición, le inculparon de nuevo como blasfemo y como usurpador sacrilego de la divinidad; y ahora, dejando á un lado el crimen contra la religión, renuevan contra él la acusación de crimen de estado. Por la variación de estos testimonios, que se destruyen al mismo tiempo que se suceden, manifiestan ellos que sus acusaciones no tienen fundamento alguno, y que en esta causa no hay

otra cosa evidente y cierta sino la debilidad del juez y el furor infernal de los acusadores.

Pero lejos de intimidarse Pilatos por estas amenazas y de mirar al Salvador como culpable por haberse llamado rey de los judíos, desde su tribunal proclama él mismo solemnemente la soberanía de Jesús, diciendo al pueblo: «Aquí tenéis á vuestro rey.» A esta declaración inesperada de Pilatos, los judíos no fueron ya dueños de contener su furor; ellos se creyeron más que burlados, se consideraron insultados; y lanzando todos á la vez un grito inmenso de ferocidad, exclamaron: ¡Haced desaparecer al momento ese monstruo! ¡matadle! ¡crucifícadle! Pilatos replica: Jesús es vuestro rey; y ¿me exigis que crucifique á vuestro rey? Más furiosos, más terribles que nunca responden los judíos: ¿Qué rey es ese? ¿de qué rey nos hablais? nosotros no reconocemos más rey que el César, él solo es nuestro legítimo soberano. ¡Oh ceguedad! ¡oh blasfemia! El Mesías prometido á los judíos debía tener, según las profecías, el título de rey de los judíos. Aun cuando su soberanía debía ser de una naturaleza diferente de la de los otros monarcas, sin embargo los judíos le esperaban y le esperaban todavía como rey. Decir en un sentido general y absoluto: Nosotros no queremos reconocer más soberano que el César, era excluir, no solo cualquier otro rey contemporáneo, sino también cualquier otro monarca futuro; era repudiar de una manera explícita aun al mismo Rey-Mesías, el rey que les había sido prometido de la raza de Abraham, de la casa de David, y entregarse para siempre en manos de un rey gentil, de un rey extranjero, enemigo de su ley y de su nación; era desear el reino y los beneficios del Mediador, del Redentor y del Autor de la salvación eterna; era, finalmente, abandonar el punto capital de su fe y abjurar la verdadera religión.

Pues bien, una impiedad tan grande sufrirá su justo castigo; Dios concederá á los judíos lo que han pedido; ellos tendrán el soberano que han elegido. Por haber preferido su dominación á la de Jesucristo; por haber preferido el reinado del hombre al de Dios, ellos tendrán, en lugar del Rey-Mesías que debía salvarles, el rey tirano, el César que han invocado; ellos tendrán á Vespasiano, que vendrá á degollarlos, á dispersarlos y á destruirlos.

Por fin Pilatos suscribe la sentencia de muerte de aquel cuya inocencia había reconocido y proclamado, y entrega á Jesús á los soldados para que sea crucificado. ¡Oh debilidad! ¡Oh injusticia! Así debía cumplirse esta profecía. La vida del justo será sacrificada de una manera iníca, y la sangre inocente será injustamente conde-

nada. A pesar de esto, para hacer más auténtico y más solemne el cumplimiento literal de esta profecía, al entregar á Jesús para ser conducido á la muerte, practica una ceremonia misteriosa y absolutamente nueva en los anales de la justicia, haciendo que le llevasen agua al balcón donde se hallaba, se lava las manos en presencia del pueblo, y exclama con voz sonora: Sabed, oh judíos, que yo me declaro inocente de la sangre de este justo; esto os pertenece á vosotros, y vosotros responderéis un día de la iniquidad que cometéis.

Indudablemente, los judíos responderán un día ante la justicia de Dios por haber provocado la muerte de Jesucristo por un sentimiento de injusto furor; pero tú también, Pilatos, tendrás que responder de haber cooperado, con una debilidad inexcusable, á un atentado tan enorme.

¡Qué espectáculo tan bello para la fe el ver á Jesús declarado inocente, con una solemnidad tan extraordinaria y tan imponente, por boca del mismo juez que le condena á muerte y en el acto mismo de condenarle! Este acontecimiento, único y maravilloso, nos prueba que la persona que es objeto del mismo, es sin duda un ser maravilloso y único. Todas estas declaraciones, todas estas pruebas tan multiplicadas y tan públicas de la santidad del Mesías eran necesarias para refutar las calumnias futuras de los herejes y de los incrédulos, para quitar á la muerte de Jesús el escándalo, para alejar y hacer imposible la sospecha de que su castigo fué merecido, y probar que su muerte fué un sacrificio puro y voluntario. ¡Oh sabiduría! ¡oh poder de mi Dios, cuán visible os mostráis en todas las cosas! Vos solo, gran Dios, podiais inspirar al juez ese nuevo valor de eternizar el mismo la memoria de su injusticia y de la inocencia de nuestro Hijo, vos solo podiais preparar el encadenamiento de todas estas circunstancias, esta complicación de hechos extraordinarios y contradictorios, pero que tan bien se armonizan en la muerte del Redentor, que le justifican sin faltarle, que rinden homenaje á su santidad sin impedir su sacrificio.

No había acabado Pilatos de pronunciar estas palabras justificativas: «Yo estoy inocente de la sangre de este justo; vosotros sois los que responderéis de ella,» cuando el pueblo todo entero, dando un grito unánime, exclama: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. ¡Petición criminal! ¡Imprecación impia y horrible! Pues que estas palabras podian entenderse así: Nosotros responderemos voluntariamente de esa sangre que vos llamáis la sangre del justo. Nosotros consentimos, si es que debe ser vengada, en que la venganza caiga toda entera sobre nuestra cabeza y las de nuestros

hijos. Si es un crimen derramar esta sangre, nosotros queremos que este crimen sea nuestro, nosotros lo aceptamos, y lo aceptamos como nuestro, nosotros cargamos con toda su responsabilidad y su odiosidad; y con tal que sea derramada, estamos dispuestos á que el castigo pese sobre nosotros, sobre nuestras familias y sobre toda nuestra posteridad.

¡Impios! sucederá lo que queréis. ¡Ay! esta imprecación infernal tendrá un eco terrible en toda la tierra, este deseo sacrilego será satisfecho. La única parte que podis de esta sangre es el placer cruel de derramarla; esta parte os será concedida. Esta sangre divina caerá sobre vosotros, pero será para perderos en vez de salvaros. También caerá, según vuestras imprecaciones, sobre vuestros hijos, que por muchos siglos se verán envueltos en vuestro crimen y maldición. Ella imprimirá en su frente la marca del deshonor y de la infamia, de modo que, sin nacionalidad, diseminados y fugitivos por toda la tierra como Cain, serán aborrecidos de Dios y de los hombres. A vista de vuestros descendientes, cómplices de vuestra apostasia y de vuestra impiedad, todos los pueblos de la tierra se llenarán de horror y desprecio para con ellos; volverán sus ojos para no verlos, porque leerán escrita en su rostro con caracteres de sangre esta palabra indelible: *Deicida*.

Por nuestra parte, amados hermanos, convirtamos el insulto en homenaje, la imprecación en súplica, y digamos á nuestro Salvador, con los sentimientos de una humilde piedad y de una viva confianza: Señor, haced que vuestra sangre preciosa descienda sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Derramada en nuestro espíritu para ilustrarlo, en nuestro corazón para convertirlo, en nuestra carne para purificarla, en nuestras familias para santificarlas y en nuestras casas para protegerlas. Haced que esta sangre divina nos libre de los castigos temporales y eternos que hemos merecido por nuestras culpas, como en otro tiempo la sangre del cordero, con que fueron señaladas las casas de los israelitas en Egipto, las salvó de la cólera de aquel ángel exterminador. *Sanguis tuus super nos et super filios nostros*. Haced que sea nuestra santificación, nuestra defensa y nuestro consuelo en la tierra, á fin de que podamos repetir un día en los cielos este himno de reconocimiento. Os damos gracias, oh Dios de infinita bondad, por haberos dignado redimirnos con vuestra sangre, dándonos de ese modo un derecho sagrado á vuestro reino celestial. Así sea.

JESUCRISTO PROCLAMADO POR PILATOS REY Y MESÍAS



Nunc aliquid possum loqui, nisi quod jussit Dominus, et quod posuerit in ore meo. Ad benedictum adductus sum, et benedictum prohibere non valeo.

Puedo yo decir otra cosa que lo que el Señor ha mandado, y lo que él ha puesto en mi boca? Dios me ha traído para bendecir, y yo no puedo estorbar la bendición.

(Núm. 23, v. 12, 20.)

Balaam, aquel rey impio de los mohabitas, había empleado en vano las amenazas más terribles, las promesas más lisonjeras y las más brillantes ofertas para obligar a Balaam a maldecir al pueblo de Israel. El profeta, en vez de imprecaciones y anatemas, pronunció sobre el pueblo elegido palabras de paz y le anunció su prosperidad futura diciendo: Que una estrella maravillosa se elevará un día sobre este pueblo, y que ella sería el signo del nacimiento y de la dignidad real del Mesías. Reconviéndole entonces el rey furioso por haber cumplido su misión de una manera contraria a las órdenes que le había dado, es decir, por haber bendecido a su enemigo común, y hecho votos por su ventura y gloria, en vez de llamar sobre él la maldición del cielo, le responde Balaam: «Príncipe, es en vano que hagáis estallar vuestro furor contra mí. Yo no puedo decir más que lo que el Dios de los Hebreos me ha ordenado, y lo que él mismo ha puesto en mi boca. Ese Dios me ha conducido aquí para que bendiga a su pueblo; y un impulso secreto e irresistible ha arrebatado mi espíritu; ha cambiado mi corazón y ha forzado mi lengua de tal manera que no he podido articular más que palabras de bendición y de prosperidad.

Pues bien, Dios, para honrar la muerte de Jesucristo, renovó el prodigio que había obrado para ilustrar su nacimiento. Del mismo modo que Balaam, que pertenecía a la familia de los gentiles, que

profesaba la religión idólatra y ejercía la profesión de adivino y de impostor, fué forzado por Dios a proclamar contra su propia voluntad, a Jesucristo Hombre y Rey en su nacimiento; así también Pilatos, salido igualmente del pueblo gentil, nacido en la religión pagana, y ejerciendo una profesión militar y política, fué obligado por el mismo Dios a proclamar a Jesucristo Hombre y Rey de los judíos antes de condenarlo a muerte. En efecto él había pronunciado estas palabras: «Ved aquí al hombre;» y luego escribe el mismo este título: «Este es Jesús de Nazaret, rey de los judíos.» De modo que Pilatos hubiera podido responder a los bárbaros judíos que esperaban una sentencia de infamia contra Jesucristo, y no un himno de gloria: que Dios había dirigido su lengua y conducido su mano, que había puesto en su boca estas palabras, y las había hecho salir de su pluma, y que él no había podido hacer otra cosa que glorificar al Señor en el tiempo mismo en que los judíos querían que le deshonrase. ¡Qué grande y magnífico espectáculo para nuestra fe el ver a nuestro Salvador condenado a muerte por el juez que le proclama al mismo tiempo de la manera más clara, más auténtica y más solemne Hombre-Dios, verdadero Mesías y Salvador del mundo!

Consideremos, pues, este primer evangelio, esta primera predicación hecha por un gentil, de las cualidades, del ministerio, de la grandeza y de la gloria de Jesucristo, remitiendo y explicando unidas estas dos grandes y misteriosas declaraciones de Pilatos: «Ved aquí el hombre; ved aquí el rey de los judíos;» y aprendamos por el ejemplo de un pagano a reconocer en Jesucristo no sólo con las palabras, sino también con las obras, nuestro verdadero Dios, nuestro rey y Salvador. *Ave María.*

Pilatos, al presentar a Jesucristo a los judíos, en el estado deplorable a que le había reducido una ferocidad brutal, con una corona desgarrada en la cabeza, una caña en la mano y un andrajo de púrpura en los hombros, desfigurado por las salivas, cubierto de heridas y de sangre, no tuvo otro objeto que el de mover el pueblo a compasión. Cuando después, alzando la voz, dijo a los judíos: «Ved aquí al hombre,» quiso decirles: Ved aquí el estado en que se encuentra el hombre a quien queréis hacer morir. ¡Ah! si el título de rey que él se ha arrogado excita vuestra envidia e indignación, que al menos la abyección profunda a que se ve reducido, pues que nada tiene ya de humano, excite vuestra piedad y atraiga sobre él vuestro perdón.

Mas esta expresión: *Ved aquí al hombre*, está fuera de todas las reglas ordinarias del lenguaje humano. El título de hombre que Pilatos

da á Jesucristo en su sentido universal y absoluto es evidentemente misterioso, y supone que se ha hablado ya de este hombre. Y bien, ¿cuando y dónde se ha anunciado jamás que debía venir al mundo este hombre extraordinario que Pilatos declara hoy haber venido ya? Para comprender la significación de estas sublimes palabras, recordemos que desde el instante que el hombre desobedeció á Dios, el temor y el miedo de Dios se apoderó de los corazones de todos. Los antiguos, al solo nombre de Dios, temblaban como tiembla el vasallo al oír el nombre del soberano contra quien se ha rebelado, ó como el culpable al oír el del juez que debe condenarle. La alegría estaba entonces desterrada de las fiestas religiosas. La religión era el culto del temor, pues por medio de ceremonias lúgubres y de ritos bárbaros se apresuraba el género humano á aplacar á la divinidad enojada. Los hebreos, más familiarizados con Dios, no experimentaban un terror tan grande; pero sus corazones se abrían más fácilmente al temor y al miedo que á la confianza y al amor. La desgraciada humanidad conocía que tenía necesidad de que el mismo Dios descendiese á salvarla; pero necesitaba un Dios bueno, dulce, humilde, pobre y misericordioso, un Dios semejante al hombre, hijo y hermano del hombre, y que fuese verdadero hombre, á fin de que pudiese calmar su temor, inspirar la confianza y excitar el amor. Ved aquí por qué la humanidad, representada en la Sion Dorosa, suspiraba continuamente por la venida del Salvador, y en sus sentidas paces no cesaba de llamar al Hombre que la reconciliaba con Dios.

Pues bien; este hombre tan deseado y prometido tantos siglos antes, había venido al fin; este era Jesucristo, que se llamó á sí mismo el *hijo del hombre*, su amigo y su hermano, y que se hizo verdaderamente hombre para salvar al género humano. Y aunque este hombre tan lleno de ternura, de compasión y de amor se haya ocupado en la salvación del hombre desde su nacimiento, se muestra más principalmente el hombre salvador del hombre en medio de los dolores de los azotes, de la coronación de espinas y de las demás ignominias de su pasión. Cuando Pilatos le presenta en este estado á los judíos y á los gentiles que asisten á tan triste espectáculo, cuando le presenta así al mundo entero, cuando finalmente exclama: Ved aquí al hombre, *Ecce-Homo*, es, no sólo el representante del César, sino también el vicegerente de Dios. No sólo un hombre movido á compasión, sino un profeta inspirado por el Espíritu Santo, que en nombre de Dios y por su orden dice á la humanidad paciente: Hombres, enjugad vuestras lágrimas; cesad de elevar paces al Señor para obtener de él el hombre de quien tenéis necesidad. Este hom-

bre, objeto de tantos deseos, ha venido ya; vedle, yo os le presento. Ved aquí el verdadero hombre que tiene la naturaleza humana sin tener sus manchas, que tiene la carne sin la concupiscencia, y la miseria sin el pecado. Ved aquí, por consiguiente, el hombre que es la imagen perfecta de Dios, el hombre tipo, el hombre modelo, el hombre perfecto, el único que puede rehabilitar al género humano, porque es verdadero Dios, sin embargo de ser verdaderamente lo que aparece: el verdadero hombre. ¡Ah! si la justicia de Dios, que habéis provocado tantas veces con vuestros extravíos, os aterra, si la majestad de Dios os espanta, si la grandeza de Dios os amedrenta y os hace temblar; ahora que este Dios se presenta á vosotros en la actitud amante y misericordiosa del hombre, y que en este Dios que os rescata no veis más que el hombre que os ama, desterrad el temor de vuestros corazones para dar lugar en ellos á la confianza y al amor.

Pilatos recibió de Dios la misión de proclamar, no sólo la dulzura, la bondad y el amor que caracterizan á Jesucristo, sino también su dignidad y su grandeza; misión que cumplió á pesar suyo y sin comprenderla, con la fidelidad de un profeta, con el celo de un apóstol y de un evangelista. Desde el principio hasta el fin del proceso, jamás dejó Pilatos de dar á Jesús el título de Cristo, es decir, de ungido y de rey de los judíos. Su lengua jamás se detuvo en darle esta calificación; su juicio en este particular jamás fue incierto. En vano los judíos le amenazan con la desgracia del César, si pone en libertad á Jesucristo, que había dicho en presencia del representante del emperador: «Si, yo soy rey.» Esta amenaza, que debía al parecer aterrar á un desgraciado gobernador que carecía de valor y de firmeza; esta amenaza, que debía al parecer impedirle que diese el título de rey al pretendido criminal, y reconociese en él una dignidad tan eminente; esta amenaza, repito, lejos de obligar á Pilatos á retirar sus expresiones y á mudar de lenguaje, le inspira un nuevo valor. No sólo no considera ya el título de rey de los judíos como una usurpación de parte de Jesucristo, sino que el mismo se lo da como su propio nombre, como una cualidad que le pertenece; y no contento con haberle llamado muchas veces *rey de los judíos*, de una manera accidental y como de paso, le confirma este título y se lo confiere de una manera auténtica, jurídica y solemne.

El evangelista San Juan dice que después de los gritos amenazadores de los judíos, los que debieron al parecer haber intimidado á Pilatos, éste, por el contrario, entra en el pretorio, toma á Jesús de la mano, le conduce de nuevo al balcón de palacio que dominaba la

plaza donde estaban reunidos todos los judíos; en seguida hace trasladar la silla de piedra en la que acostumbraba pronunciar las sentencias; se sienta en ella como un magistrado que va á decretar un fallo importante, y presentando á Jesucristo al pueblo reunido en masa en aquel lugar, con voz majestuosa y sonora, pronuncia estas palabras: «Pueblo judío, ved aquí vuestro rey.»

Al decir Pilatos á los judíos: «Ved aquí vuestro rey», no habló como hombre privado, sino como juez; no emitió una opinión, sino que formuló una sentencia; no dijo una lisonja, sino que pronunció en última instancia, como juez supremo, una sentencia verdadera, justa é inapelable. Y ¿qué fue lo que motivó esta sentencia? Jesucristo había declarado muchas veces que él era el verdadero Mesías ó el verdadero rey de los judíos. Los judíos no querían reconocerle como tal; lejos de eso, le acusaron de haber usurpado esta cualidad eminente. Se necesitaba, pues, un juez, extraño á la religión, al pueblo, á las preocupaciones y á las pasiones de los judíos, para que decidiese solemnemente esta importante cuestión. Pues bien: Pilatos es un juez romano y gentil, elegido por los mismos acusadores, y, por lo tanto, no puede ser sospechoso. El observa en este gran proceso todas las formalidades de un verdadero juicio. Oye á Jesucristo, que afirma que es el rey de los judíos, y á los judíos que lo niegan absolutamente. Después de haber oído á las partes en sus debates contradictorios, y de haber sometido el asunto á un maduro examen, decide en favor de Jesús, y declara en forma de sentencia: Que Jesús es el verdadero rey de los judíos, ó el Mesías que se les había prometido y que ellos esperaban.

Mas esto no es bastante en los consejos de Dios; esta grande declaración, esta magnífica sentencia, esta verdad importante, salida de la boca del supremo juez, debía ser consignada por escrito, y colocada sobre el trono del nuevo rey en caracteres inteligibles á todos los pueblos de la tierra, á fin de que los que no habían podido oír, pudiesen al menos leerla y comunicarla á los demás, de modo que nadie pudiese alegar ignorancia con respecto á ella. Esto es justamente lo que hace Pilatos en la inscripción que debía ser colocada sobre la cruz, redactada en estos términos: «Este es el rey de los judíos.» Á la vista de este título de *rey de los judíos*, título augustó y sagrado que constituía la soberanía de Jesucristo, y que, á excepción del Mesías, no podía, sin cometer un gran crimen, aplicarse á ningún hombre, aun cuando fuese rey ó emperador; los principes de los sacerdotes se escandalizaron y se llenaron de confusión y horror. El Sanhedrin se presenta en cuerpo á Pilatos, y con un acento de

rabia y un tono de amenaza le hace observar que según costumbre debía escribirse sobre el patíbulo de los sentenciados los crímenes que los habían llevado al suplicio; que la inscripción que él había puesto sobre la cruz daba á entender que Jesús era verdaderamente rey de los judíos, debiendo expresar por el contrario que él había usurpado este título; que ella indicaba la soberanía de Jesucristo sobre los judíos como un derecho legítimo y no como un atentado; que por consiguiente debía reformar esta inscripción, escribiendo en su lugar que Jesucristo *pretendió* injustamente ser el rey de los judíos, pero que *en realidad* no lo era. Pilatos responde decididamente á las instancias, al furor y á las amenazas de los judíos: Vosotros exigis demasiado. A pesar de vuestros clamores, el título permanecerá tal como lo he trazado; no se hará en él la más pequeña alteración. Lo que yo he dicho está dicho, y lo que he escrito está escrito.

Observemos con respecto á esta sentencia misteriosa, que, teniendo los romanos la costumbre de escribir en latin las sentencias que se fijaban sobre el patíbulo de los criminales, la sentencia de Jesucristo se escribió en latin, en hebreo y en griego, es decir, en las tres lenguas más conocidas entonces en el mundo. Y esto sucedió por una disposición particular de Dios, á fin de que fuese notorio desde aquel momento que todas las naciones debían sujetarse un día á Jesucristo. Los crímenes de los dos ladrones estaban expresados sobre sus cruces en una sola lengua; mas la cruz en que estaba suspendido el Salvador se distinguía de las otras dos por una inscripción en tres lenguas, la cual, lejos de mencionar un delito ó una cualidad usurpada, indicaba por el contrario una dignidad personal é inamisible, un título de honor que le pertenecía verdaderamente; porque en ella se decía en un sentido positivo y absoluto: Este es el rey de los judíos.

«Oh grande y sublime misterio! Cuando Jesús nació en la gruta de Belén, los santos reyes magos se presentaron diciendo: Nosotros sabemos que el verdadero rey de los judíos ha nacido. Decidnos dónde se halla; porque queremos reconocerle y adorarle. Y ahora que Jesucristo muere en el Calvario, Pilatos atestigua también que Jesús es el verdadero rey de los judíos. Luego sí, como ya hemos dicho, *Rey de los judíos* significa Mesías, es claro que Jesucristo fué reconocido y proclamado como Mesías y Salvador del mundo en su nacimiento y en su muerte, cuando era todavía un niño en Belén, y cuando fué crucificado en el Gólgota. Los magos revelaron á los judíos que Jesucristo, que acababa de nacer, era el Mesías, cuando los judíos intrigaban con Herodes para degollar al mismo Mesías en su cuna; y Pilatos les hace la misma revelación en el momento en que

ellos obligan á este gobernador, por medio del temor, á que haga morir al Mesías en la cruz. Los judíos procuran evitar que los gentiles reconozcan al Mesías, y los gentiles son los primeros en predicar el Mesías á los judíos. Los extranjeros le confiesan como Redentor, en tanto que su pueblo le niega y le desprecia.

Pilatós, sin saberlo, ejerce el ministerio más noble, el más santo y el más augusto; anuncia el triunfo, la soberanía, la gloria y la grandeza de Jesucristo. Es verdad que él no conoce la alta dignidad ni la noble misión de que Dios le ha revestido; mas no por eso deja de cumplirla con fidelidad. Y ¿qué importa la intención con que habla ó obra? Cuanto menos reflexiona, más evidente es que en estas graves circunstancias es el instrumento de los profundos misterios de Dios. Pilatós nada comprende de cuanto dice y hace; mas no por eso es menos cierto que sus palabras y sus obras son sublimes, maravillosas y llenas de verdad; porque Dios es el que mueve la lengua de este nuevo Balaam, como una madre hace pronunciar á su tierno hijo palabras cuyo sentido le es desconocido; Dios es el que guía su mano como un maestro guía el brazo de su discípulo y le hace escribir lo que todavía ignora; y con una asistencia tal, bajo esta inspiración divina no puede errar Pilatós, ni puede hacer otra cosa que anunciar á Jesucristo. ¡Oh amados hermanos, cuán grande y cuán magnífica es la religión!

La constancia de Pilatós en proclamar en alta voz y por escrito á Jesús rey de los judíos y Mesías, y esto contra todos los cálculos humanos del interés, del honor y de la política, fué seguramente un admirable prodigio de la inspiración divina; pero también fué un prodigio terrible de la inspiración del demonio: la ciega obstinación de los judíos en despreciar á este mismo Jesús, su rey y su Mesías, y en negarle á vista de un gentil, de un extranjero que le revela y le anuncia tan solemnemente... ¡Mas ay! ¡desgraciados de ellos! ¡Cuán horrible es la venganza que este rey, este Mesías tan odiado y tan despreciado por ellos ya á descargarse sobre sus cabezas! Apenas consumaron su decisión en tiempo de Tiberio, cuando comenzaron, bajo el imperio de Calígula su sucesor, á ser repelidos de una manera espantosa. Procuraron después sacudir este yugo de hierro; mas Nerón los castigó por su rebelión, llevando la desolación por toda la Judea. Finalmente Vespasiano puso sitio á Jerusalén, y sufrieron ellos entonces unos tratamientos tan bárbaros y unos males tan excesivos, que no se puede leer sin estremecerse la relación que de ellos hace el historiador hebreo Joséfo, testigo de estos sucesos.

Y para no dejar duda alguna acerca de la causa que acarrió so-

bre ellos tantas desgracias, el mismo historiador nos dice que fueron tratados de la misma manera que ellos habían tratado á su Mesías, á su rey y á su Señor Jesucristo; habían querido someter al Salvador á una flagelación bárbara, y hacer caer á pedazos su carne virginal, y ellos también, al momento que salían de la ciudad y caían en poder de los romanos, eran cruelmente azotados y desgarrados de la manera más atroz. Á los tormentos inauditos que ellos habían hecho sufrir á Jesucristo, habían añadido todas las ignominias y todos los insultos; y ellos á su vez, obligados á sufrir los tormentos inventados por el odio de los vencedores, tuvieron que devorar en silencio todo género de afrentas, de burlas y de oprobios. Finalmente, con sus clamores tumultuosos y con sus amenazas de sedición habían obligado á Pilatós á crucificar á Jesús, y ellos perecieron igualmente en el suplicio de la cruz, á pesar de la costumbre que los romanos habían observado hasta entonces de cortar la cabeza á sus prisioneros de guerra, ó de atravesarlos con su lanza. Además, las cruces en que se les suspendía fueron colocadas en frente de los muros de la ciudad, de la misma manera que ellos habían colocado la cruz de Jesucristo. Cada día, durante esta guerra de exterminio, más de quinientos de aquellos infortunados eran entregados á este horroroso suplicio, y no se encontraban ya maderos bastantes para crucificar los cuerpos ni terreno suficiente para colocar las cruces. ¡Oh espectáculo terrible! ¡oh escena de horror! Figúraos la ciudad de Jerusalén rodeada de millares de cruces, de las que pendían otros tantos cuerpos humanos, los unos expirando en medio de las más espantosas contorsiones, los otros ya muertos, en una actitud horrible, y la mayor parte esparciendo en los aires un pestífero olor. ¡Ah! indudablemente era Dios el crucificado, cuya muerte es vengada con tantas víctimas.

¡Ay! el crimen de los judíos se renueva diariamente entre los cristianos. En efecto, Jesucristo tiene dos especies de imperio en este mundo: el uno, como Dios criador, sobre todos los hombres en general; el otro, como Dios redentor, sobre los cristianos en particular. El uno es el imperio de su naturaleza, el otro es el imperio de su gracia; el primero lo ejerce sobre todas las personas, y el segundo lo ejerce mas especialmente sobre los corazones de sus fieles, que reciben su doctrina, escuchan sus preceptos, observan su ley y esperan sus recompensas. El imperio de la naturaleza es esencial á Jesucristo; es necesario, absoluto, eterno, inamisible ó independiente de la voluntad de los hombres; mas el imperio de su gracia en los corazones es adquirido, accidental, exento de toda violencia moral ó material, y dependiente de nuestra voluntad, y por esta razón podemos dispu-

társelo y aun arrebataré, sino en cuanto al derecho, por lo menos en cuanto al hecho. Todos nuestros esfuerzos y toda nuestra mala voluntad no pueden hacer que Dios creador y señor del universo deje de ser esencialmente nuestro Rey y nuestro Señor. Pero podemos impedir que reine en nuestros corazones por su gracia, como Rey-Redentor, supuesto que nos ha dejado la libertad de permanecer bajo su obediencia ó sacudir su yugo. De manera que, á pesar de las obligaciones que nos unen á él y de las ventajas que reportamos de ser sus fieles súbditos, podemos, como los judíos, rechazar su soberanía, no queriendo reconocer más rey que el César, es decir, nuestros apetitos sensuales, nuestra concupiscencia, nuestras pasiones y el demonio que las halaga y las endurece.

Comprended bien esto, cristianos alejados del espíritu del Cristianismo y desertores de sus principios y de sus leyes. Cuando abrazáis una doctrina diferente de la que Jesucristo ha revelado y de la que sola la Iglesia es la fiel depositaria y el intérprete infalible; cuando violáis atrevidamente la ley que él ha promulgado; cuando ponéis en ridiculo á los que la observan, y los tratáis de espíritus débiles, supersticiosos y preocupados; cuando miráis con indiferencia los castigos que él tiene suspendidos sobre vuestra cabeza y las recompensas que hace brillar ante vuestros ojos; cuando menospreciáis el santo temor de Dios, el espíritu de abnegación y de sacrificio, la delicadeza de conciencia, la piedad y la devoción de los verdaderos creyentes; cuando tomáis por regla de vuestra conducta los principios, las ideas y las máximas del mundo, las satisfacciones de la ambición, del interés y de la voluptuosidad, entonces rechazáis como los judíos, de una manera positiva, física y real, el reinado de Jesucristo sobre vosotros. Entonces declararéis verdaderamente que no queréis reconocerle por Rey, por Mesías ni por Redentor, porque rechazáis las condiciones esenciales de su soberanía, de su misión y de su redención, las únicas condiciones con que quiere y puede salvaros; entonces preferís indudablemente el reinado profano del César, el reinado del demonio, de las pasiones y del pecado, al reinado de la gracia de Jesucristo.

Pero no es esto todo. En medio de esa vida puramente carnal, de esos goces terrenos y profanos, alimentaréis siempre en vuestro interior el deseo infernal de que otros se arrojen, como vosotros, en las cadenas del pecado, y abandonen al Salvador como vosotros le habéis abandonado; vosotros queréis hacer desaparecer del mundo la fe de Jesucristo rechazando sus misterios, su ley como demasiado severa, su predicación como harto importuna, y su espíritu de caridad, de

pureza, de humildad y de paciencia como pesado y molesto; vosotros deseareis, por lo menos, que Jesucristo, con su culto y su religión, se contente con permanecer encerrado en sus templos, con reinar solamente sobre el pueblo, sobre el sexo devoto y sobre los espíritus sencillos é imbéciles, sin que pueda ejercer acción ni influencia alguna sobre los individuos, sobre las familias ni sobre la sociedad; de este modo deseareis que el sea desconocido, ignorado y cubierto de ignominia y de dolor. Y bien; al abrigo en el fondo de vuestros corazones estos deseos diabólicos y sacrilegos, aun cuando no siempre tengáis la horrible sinceridad de manifestarlos en vuestros discursos, ¿no os negáis formalmente á reconocer el reinado de Jesucristo, y confundís con una infernal armonía los gritos de vuestro corazón con los clamores de los judíos, para obtener que el Hijo de Dios sea despreciado, y que el Mesías sea crucificado de nuevo para siempre?

Pero, ¡desgraciados de vosotros! Así como habéis renovado el crimen de los judíos, sufriréis también su castigo. En el momento de la muerte, separándose el alma criminal de vuestro cuerpo, caerá en manos de ese Rey inmenso, infinito, omnipotente y eterno, rodeado de gloria y de majestad, que ejercerá sobre vosotros una justicia tanto más severa y más terrible, cuanto mayor es la bondad, la paciencia y la misericordia que muestra hoy por vosotros. Así como el César, cuyo imperio prefirieron los judíos al de Jesucristo, reconociéndole por su único rey, fué después su destructor y exterminador; así esos genios del infierno, cuyas inspiraciones preferís á los movimientos de la gracia, dándoles en vuestro corazón el lugar de Jesucristo, serán también vuestros verdugos después de la muerte, así como son vuestros tiranos durante la vida. La justicia eterna os entregará en su poder para que seáis también eternamente insultados, atormentados y crucificados por ellos, de la misma manera que vosotros ultrajáis, atormentáis y crucificáis ahora á Jesucristo. ¡Ay! ¡oh Rey inmortal del cielo y de la tierra! ¿Quién será el hombre tan temerario, tan sacrilego y tan insensato, que ose todavía insultar vuestra majestad, negar vuestra doctrina, hollar vuestras leyes, profanar vuestra religión, roirse de vuestro poder, despreciar vuestros juicios y mofarse de vuestra venganza?

¡Ay, hermanos míos! No seamos nosotros del número de esos desventurados; formemos desde este día la resolución de servir fielmente á nuestro Rey y Señor. No nos contentemos con creer en él, tratémosle de obedecerle. No nos limitemos á adorarle, procuremos al mismo tiempo amarle. Destruyámos en nosotros el reinado de la culpa.

Oremos de manera que Jesucristo reine solo en nuestro espíritu por su fe, en nuestro corazón por su gracia, en nuestra conducta por sus ejemplos, en nuestras personas, en nuestras casas y en nuestras familias por su protección; á fin de que, reinando en nosotros y con nosotros en el tiempo, podamos un día reinar en él y con él en la eternidad. Así sea.



LA SALIDA DE JESÚS DE JERUSALÉN

*Et apprehensus cum egerunt extra viam, et occiderunt.
Y apoderándose de él, le echaron fuera de la viña, y le mataron.*

(MATH. XXI, 39.)

El dueño de una viña grande y fértil, dijo Jesucristo á los judíos pocos días antes de morir, la había arrendado á varios colonos, después de haberla provisto de todo lo necesario. Mas al tiempo señalado envió á sus siervos para que cobrasen la renta convenida, y aquellos criminales, en vez de pagar al dueño de la viña lo que le debían, hicieron sufrir á sus siervos los más bárbaros tratamientos; á unos los arrojaron á pedradas, á otros los apalearon, y á otros los mataron. Habiendo el dueño mandado después otros siervos, que no tuvieron mejor suerte que los primeros, resolvió finalmente enviar su propio hijo á aquellos colonos ingratos, diciendo: «Yo espero que ellos respetarán siquiera á mi hijo.» Pero, ¡vana ilusión! Cuando los renteros le divisaron desde lejos, dijeron entre sí: «Allí viene su hijo, allí viene su heredero. ¡Pues bien! Matemos también al hijo, matemos al heredero.» Y apoderándose de él, le echaron fuera de la viña, y le mataron.

Jesucristo indicó en esta parábola el crimen que los judíos estaban entonces próximos á cometer. La viña era la verdadera sinagoga, la verdadera Iglesia que el Dios Padre había confiado á la nación judía. Mas aquel pueblo infiel, en vez de tributar al Señor supremo los fru-

tos de fe, de virtud y de piedad que éste tenía derecho á esperar de él, se atrevió á maltratar á sus fieles servidores; porque, en efecto, él había perseguido, apedreado y dado muerte á casi todos los profetas enviados por Dios para anunciarle sus oráculos y llamarle á la religión y al cumplimiento de sus deberes. Dios le envió finalmente, en la persona de Jesucristo, su Hijo único hecho hombre. Mas los pérfidos judíos no perdonaron tampoco á este divino Hijo; después de haberse apoderado de él y haberle condenado á muerte, le sacaron fuera de las puertas de Jerusalén para crucificarle; así cumplieron á la letra lo que el Señor había anunciado en su parábola profética, cuando dijo: Que la muerte del heredero, del hijo, debía verificarse fuera de la viña. Sin embargo, como el Redentor había anunciado claramente la circunstancia de que el teatro de su muerte sería fuera de Jerusalén, y como, por otra parte, el relato de los Evangelistas nos enseña que esta profecía se cumplió literalmente, es imposible que ella no encierre un gran misterio. Pues bien; este misterio de Jesús sacado de Jerusalén para ser crucificado, es precisamente el que vamos á explicar en el día de hoy. Asunto ciertamente, hermanos míos, digno de llamar nuestra atención, y de aumentar al mismo tiempo nuestra fe y nuestra piedad. *Ase María.*

Entre los romanos había la costumbre de que los soldados condujesen al suplicio y diesen muerte á aquellos á quienes los magistrados habían condenado á muerte capital. Por esta razón los soldados del pretorio fueron los que se apoderaron de Jesús y se le llevaron, tan luego como Pilatos pronunció la única sentencia que condenaba al Señor á morir en la cruz; pero Jesucristo se sirvió de esta costumbre para presentar un gran misterio. El sacrificio del Calvario debía reconciliar y salvar indistintamente á los judíos y á los gentiles, y de estos dos pueblos se debía formar un solo pueblo y una sola Iglesia; por consiguiente quiso que los dos concurriesen unidos á su cumplimiento; y como los judíos habían ya contribuido á él pidiendo la crucifixión del Redentor, ahora los gentiles, en persona de los soldados, concurren á él por su parte poniendo en ejecución la sentencia de muerte.

Ellos quitaron pues de los hombros de Jesús el manto irrisorio con que estaba cubierto, y le pusieron sus propias vestiduras, las cuales, según la costumbre, debían ser propiedad de los verdugos después de la crucifixión. Dios hizo servir también á este misterio el vergonzoso cálculo del interés. Las vestiduras de Jesucristo, como veremos más adelante, eran la figura de su Iglesia. El debía, pues,

llevarlas hasta el Calvario, ponerlas al pie de la cruz y teñirlas con su sangre, porque la Iglesia debía hallarse presente en el Gólgota y ser allí regada con la sangre de su divino Esposo.

Entre tanto, presentan á Jesucristo la cruz, que, según la costumbre de los romanos, debía llevar el mismo sentenciado que había de ser clavado en ella. Mas el Redentor, para enseñarnos el anhelo, el gozo, ó al menos la sumisión con que debemos recibir nuestra cruz, no espera á que los soldados vengan á imponerle la suya. Apenas vió el instrumento de su muerte y de nuestra salvación, objeto de sus más vivos deseos desde el instante mismo de su concepción, corrió á su encuentro; y con la calma en el semblante, y la alegría en el corazón, la puso el mismo sobre sus hombros sañados por los azotes. Esta circunstancia se manifiesta claramente por el Evangelista que dice, que Jesús se cargó el mismo la cruz.

Ved aquí, pues, al Hijo adorable de Dios cargado con el infame patíbulo reservado únicamente á los más criminales de entre los hombres; ved aquí al Señor del mundo llevando la enseña del más vil esclavo. ¡Oh espectáculo sorprendente! Mientras que la impiedad no encuentra en él más que un objeto de irrisión, la verdadera fe admira un misterio sublime. Si, que los ímpios en su orgullo sacrilego se rían cuanto quieran de un rey que no lleva más emblema de su soberanía que el instrumento ignominioso de su suplicio; en cuanto á nosotros, que estamos iniciados por la fe en los secretos de Dios, vemos claramente en él el rey de la gloria que, llevando la cruz en la que pronto había de morir, la santificó, la ennobleció, y no sólo inspiró á sus humildes discípulos el valor necesario para gloriarse en ella y llevarla como un consuelo, sino también á los mismos monarcas de él de colocarla sobre sus frentes como un regio adorno.

La profecía que anunciaba cómo los pérfidos colonos sacarian de la viña al heredero para matarle, se cumplió. El Salvador cargado con el pesado madero de la cruz, precedido de los lictores, que al son de la lúgubre trompeta anuncian el paso del sentenciado, rodeado de dos filas de soldados, seguido de una inmensa turba del pueblo, escoltado ó más bien arrastrado por los verdugos, en medio de las burlas de los malos y la compasión de los buenos, y atravesando las calles más principales de Jerusalén, sale de la ciudad y camina hacia el Calvario. Sus fuerzas se agotan, sus carnes caen á pedrazos, todo su cuerpo se debilita y se quebranta por las heridas; el camino que conduce al Calvario es escarpado y difícil; el madero de la cruz es de un peso enorme, y sin embargo Jesús no pide que le alivien en su pesada carga. ¡Jerusalén, adiós! Jesús sale de tus muros para no

volver á entrar en ellos; Jesús te deja para no volver á verte más! ¡Oh ciudad infortunada! muy pronto sabrás quién es el que conduces á la muerte; porque ¡desgraciada la ciudad, desgraciado el pueblo, desgraciada el alma infiel, ingrata y pecadora, de quien el Señor se aleja! ¡Desventurada Jerusalén, que rechazas la persona de Jesucristo, y vosotros, pecadores, que rechazáis su gracia, sus inspiraciones, sus palabras, su misericordia y su amor, vosotros seréis rechazados también por Jesucristo; en el instante mismo en que no queréis oír hablar más de Jesús, Jesús tampoco quiere oír hablar de vosotros; en la hora en que abandonáis á Jesús despreciando su ley, su culto, su fe, su Iglesia y su religión, sois abandonados vosotros á la justicia de Dios!

Mas los judíos, arrendatarios ingratos y pérfidos, no ven otra cosa en su infernal obcecación por la utilidad funesta que esperan reportar de la muerte del heredero; ellos no piensan en el terrible castigo que les espera, y ved aquí por qué, animados de un gozo feroz, le echan fuera de la viña para inmolarle, le sacan de la ciudad para crucificarle. La historia de la Pasión es un cuadro admirable de los bárbaros tratamientos que Jesucristo visiblemente sufre de parte de los judíos y sayones, y de los misterios sublimes que el Dios oculto cumple con una independencia absoluta. Los judíos, para cubrir de ignominia al Señor, imaginaron crucificarle fuera de la ciudad, y el mismo fué quien preparó esta circunstancia para representar en ella un gran misterio. San Pablo descorrió un extremo del velo que ocultaba este misterio, y nos lo presentó á nuestra admiración y piedad, diciendo: Recordemos que las antiguas víctimas eran inmoladas y consumidas por las llamas fuera del campo hebreo, y por esta razón Jesucristo, á fin de santificar á su pueblo con su propia sangre, quiso morir fuera de las puertas de Jerusalén. Es necesario, pues, según San Pablo, no ver en Jesucristo, sacado de la ciudad para ser crucificado, otra cosa que el Redentor del mundo que cumplía entonces las antiguas profecías y las antiguas figuras. Mientras que él se mostraba bajo la forma de un criminal conducido al suplicio por sus propios delitos, era en realidad la angustia víctima cuya figura eran las antiguas, y que iba á inmolarse para expiar los crímenes de otras. Y notad bien la perfección con que se realiza la figura en aquel que es objeto de ella.

En el día de la expiación solemne, una vez al año, el soberano pontífice, extendiendo las manos sobre la víctima, confesaba públicamente las iniquidades de Israel, las depositaba en el inocente animal, é invocaba sobre él todas las maldiciones y todos los anatemas.

mas que debían caer sobre la nación por causa de sus pecados. Todo el pueblo repetía las mismas imprecaciones después de este preludio, la víctima era llevada fuera del recinto, como un objeto maldito é impuro, cuya presencia hubiera podido manchar el campo hebreo; en seguida era degollada públicamente. ¡Oh ceremonia verdaderamente misteriosa! En dos copas se recogía la sangre de esta víctima, y el soberano pontífice las llevaba al santo de los santos, donde el solo tenía derecho á entrar. Con esta sangre, tenida al principio como impura, purificaba en seguida á todo el pueblo, el altar de los holocaustos y el santuario mismo. Así, pues, Israel creía recibir la expiación y el perdón de sus pecados, del oprobio, de la maldición pública y de la muerte de un animal; y la sangre de una víctima, cargada poco antes de las imprecaciones y anatemas de todo el pueblo, se hacía la prenda de la reconciliación del pueblo con Dios, y el motivo de su confianza en él.

¡Oh riqueza, oh magnificencia, oh armonía de los libros santos! Podía Dios hacer representar en el antiguo testamento de una manera más clara y precisa el sacrificio que su Hijo había de consumir en el nuevo? En efecto, Jesucristo era una víctima santa, pura, inocente y separada de los pecadores; sin embargo, Dios, que es el soberano pontífice, único verdadero, confesó y puso sobre él todas las iniquidades del mundo, y la hizo por nosotros el objeto de la maldición y del pecado de todos los hombres. El pueblo repitió igualmente sobre él estas imprecaciones y estos anatemas; los judíos y los gentiles, después de haberle blasfemado, insultado y escarnecido, piden su muerte con grandes gritos; y temiendo que manchase la ciudad con su presencia, le levaron, como á las antiguas víctimas, fuera de los muros para inmolarle allí. Pues bien, supuesto que las antiguas víctimas, inocentes en sí mismas, eran sacrificadas así por los pecados del pueblo, Jesucristo, al ofrecerse como una víctima, nos da á conocer de una manera sensible que, aunque por un sacrificio más noble y más eficaz, va á morir inocente, pero cargado con todos los pecados de las hombres y con todos los anatemas que ellos han merecido. Además, como la sangre de la víctima, tenida como impura antes de su inmolación, era después una sangre que santificaba todas las cosas, esta particularidad, dice San Pablo, nos da á entender claramente que la sangre de Jesucristo, que va á ser derramada en el Calvario con tanta ignominia y tanto oprobio, será una sangre mucho más santificante, supuesto que lavará á su pueblo y santificará á su Iglesia, verdadero Tabernáculo de Dios en la tierra, que Jesucristo, por la efusión de su sangre divina, destruirá el pecado pa-

blico y universal del mundo, y que al consentir hacerse maldición por el pecado, atrajo sobre sí mismo é hizo cesar todos los anatemas pronunciados contra los hombres.

Tal es el grande y consolador misterio que se encierra en estas palabras tan sencillas del Evangelio. Ellos le condujeron fuera de la ciudad. Y observad que donde San Mateo se vale de la palabra *le sacaron*, lo cual parece que indica violencia y necesidad, San Juan dice por el contrario que Jesús *saló por el mismo* fuera de la ciudad, expresión que indica una voluntad libre é independiente de parte de Jesús. Pues bien, estas dos expresiones son igualmente ciertas, porque aunque es verdad que los judíos le condujeron fuera de los muros de Jerusalén para hacerle morir sobre el Gólgota, también lo es que no fué llevado sino porque así lo había dispuesto y lo había querido él mismo. Es verdad que fué conducido á la muerte como una víctima, cuya vida depende de la violencia ó del capricho de otro; pero también lo es que el mismo se ofreció á la muerte como dueño de su propia vida, según su voluntad y con una independencia absoluta. Es verdad que apareció á los ojos de los hombres como un criminal que iba á sufrir su castigo fuera del recinto de su morada, por temor de que profanase la ciudad con su vida ó con su muerte; pero no es menos cierto que á los ojos de Dios su Padre, Jesucristo á la vez en calidad de Pontífice universal de este mismo Padre, fué á ofrecer, ofreciéndose á sí mismo, un sacrificio universal, no sólo en su principio, sino también en sus efectos.

Así, pues, los judíos, pérfidos y obcecados, conduciendo al Salvador fuera de Jerusalén, no hacen más que servir á sus misteriosos designios y cumplir su voluntad, porque el decreto que moriría al descubierto, para indicar de una manera visible que no se ofrecía por un solo pueblo, sino por todos los pueblos; que todos tendrían derecho á su sacrificio, y que los efectos de su muerte no se limitarían al recinto de una sola ciudad, de una provincia ó de un reino, sino que se extenderían á todo el universo. ¡Ah! ¡Cuán admirable es este misterio de Jesús muriendo fuera de los muros de su ciudad! Se necesitaba para este sacrificio una Iglesia distinta del templo de Salmón, cuyo ministerio, todo figurado, estaba consumado ya en la persona de Jesucristo. Se necesitaba un lugar distinto de Jerusalén, cuya destrucción próxima debía ser el castigo de su deicidio. Un recinto particular no convenia á una hostia universal ofrecida por todos los tiempos, por todos los lugares y por todas las criaturas. La cruz debía ser expuesta en un sitio público, á vista de todos, para que fuese el altar, no de un solo templo, sino de todo el mundo.

Sin embargo, al revelar San Pablo la circunstancia del lugar donde va á morir Jesús, no sólo manifiesta un gran misterio que el Salvador ha cumplido, sino que nos da á conocer también una obligación imperiosa que Jesucristo nos ha impuesto y que nosotros debemos cumplir, porque concluye diciendo: Unámonos, pues, á Jesucristo, salgamos con él de Jerusalén para ir á un campo abierto, y sigamos sus pisadas cargados con la gloriosa ignominia de la cruz. Jerusalén, esa ciudad infiel y deicida de donde sale el Señor, es la figura del mundo que desprecia y niega á Jesucristo, de este mundo de quien Jesucristo declaró haberse separado, cuando dijo: Yo no soy de este mundo, y cuando lo excluyó de su oración, al decir á su eterno Padre: Yo no os ruego por el mundo. Por consiguiente, aquellos que hacen causa común con el mundo, que profesan el espíritu y las máximas del mundo, que no piensan ni trabajan sino para asegurarse una posición brillante en el mundo, no siguen á Jesucristo al Calvario por el camino de los sufrimientos y de las humillaciones, sino que permanecen en Jerusalén, de donde Jesucristo creyó que debía salir; permanecen en este mundo que Jesucristo ha anatematizado.

Fijemos, pues, los ojos de nuestro espíritu en este misterio hecho sensible para nosotros por la salida de Jesús de Jerusalén. En los judíos endurecidos que permanecen en su recinto y dejan ir solo á Jesús, y en las mujeres piadosas que le acompañan en el Gólgota, reconocemos la gran separación de los elegidos y de los reprobos; distingamos los que aman á Jesucristo de los que le desprecian; los que desean permanecer á su lado de los que huyen de él; los que suspiran por su patria de los que aman su destierro; en una palabra, los que siguen el camino del cielo de los que van por el camino del infierno. Apresurémonos á salir de esta deicida Jerusalén, ó más bien de esta Babilonia donde Jesucristo es desconocido y olvidado; donde la ley divina, el pudor, la devoción y la piedad son calumniadas y ridiculizadas; en otros términos, separémonos de la sociedad, del trato y de la vida de los ambiciosos, de los sensuales, de los que no tienen más ídolo que el interés. Guardémonos de sustituir el Evangelio del mundo al Evangelio de Jesucristo. Guardémonos de tomar por regla lo que se piensa, lo que se dice y lo que se practica en el mundo.

Pero podrá decirse tal vez: «Todos obran así en la actualidad, todas las personas de mundo tienen esta creencia; este es el uso, la costumbre y la moda del día.» ¡Vanos pretextos! Esto no prueba más que una cosa, y es que la corrupción está hoy extendida general-

mente en el mundo, que la licencia predomina en él, y que el escándalo es común. Estas razones no tienen fuerza alguna delante de Dios; todo esto no nos dispensa de la ley de Dios, no nos absuelve en su tribunal ni podrá sustraernos á sus castigos, pues al maldecir al mundo nos prohibió vivir según el espíritu, las leyes y las costumbres del mundo. Procuremos, pues, no conformar nuestra conducta á la del mayor número si no queremos perecer irremisiblemente; tratemos de imitar al pequeño número si deseamos salvarnos. Alistémonos entre los cristianos humildes, piadosos y fieles; caminemos con ellos por la senda de la penitencia bajo el estandarte de la cruz en compañía de Jesucristo; gloriémonos de sufrir la ignominia y el menosprecio del mundo por Jesucristo y con Jesucristo, si queremos tener parte en su reino.

Después de haber referido el Salvador á los judíos la parábola de los viñadores homicidas, añadió: ¿Qué hará ahora el dueño de la viña para vengar este asesinato? El vendrá ciertamente para hacer perecer á esos malvados, y arrendará su viña á otros colonos más honrados, más agradecidos y más fieles. Esta terrible profecía se cumplió á la letra. Jerusalén fue presa de las llamas y destruida enteramente; sus habitantes fueron degollados, y los restos, dispersados y desterrados de toda la comarca. Por haber osado echar á Jesús fuera de la antigua Jerusalén, sufrieron los judíos un castigo nuevo. No sólo se les prohibió habitar en la nueva ciudad reconstruida por el emperador Adriano, sino que no se les permitió que entrasen en la ciudad, para llorar sobre las ruinas de su antigua patria, si no se sometían á pagar un tributo exorbitante. Mas la pérdida de la Jerusalén terrena fue para los judíos la figura de la pérdida mucho más deplorable que experimentaron de la celestial Jerusalén. El reino de Dios, constituido por la verdadera religión y la verdadera Iglesia, arrebatado á los judíos, fue entregado á los gentiles, y se hizo patrimonio nuestro. En efecto, los gentiles de Occidente, hechos cristianos, han dado á este reino de Dios en la tierra, es decir, á la Iglesia, un número infinito de mártires generosos que la han regado con su sangre, de doctores sublimes que la han defendido con su talento, y de santos de todas condiciones y de todas edades, de todas las lenguas y de todas las naciones, que la han embellecido con la maravillosa variedad de las más heroicas virtudes.

Dios, infinitamente misericordioso, es también infinitamente justo. El crimen de los judíos, al renovarse entre los gentiles, podrá atraer sobre ellos la misma venganza. ¿Y en cuántos países que formaban parte del gentilismo en otro tiempo, y que después fueron

convertidos al Cristianismo, no se ha realizado ya este misterio formidable de la justicia divina? Ellos han tenido la incomprensible temeridad de rechazar á Jesucristo en la persona del soberano Pontífice, su Vicario en la tierra; le han calumniado, le han perseguido, le han llenado de amargura y de escarnio de mil maneras distintas; ellos han procurado alejarle de Roma, y han deseado ver destruido para siempre su reinado. Ved aquí por qué esos países infieles á la gracia, ingratos al beneficio de la revelación cristiana, han perdido la verdadera fe, el verdadero cristianismo, la verdadera Iglesia, y se hallan hoy sometidos al yugo de la herejía ó del cisma.

Este mismo castigo deben temer también esas naciones católicas en las que apenas queda del Catolicismo más que el nombre, donde todas las fuerzas del espíritu, todos los recursos de la política y el desbordamiento de costumbres más audaz y más desenfrenado que existió jamás, se reúnen para hacer á la Iglesia Católica, con una perseverancia infernal; la guerra más insensata, más sacrilega y más impia: ¡Desgraciados países! El reino de Dios, arrebatado á su ingratitud y á su infidelidad, podrá ser trasladado á esas naciones dispersas en el grande Océano, que sumidas en la ignorancia, sólo esperan el momento en que les sea revelado, para establecerlo en ellas y hacerle fructificar. ¡Ay! conservemos, amados hermanos, el precioso tesoro que poseemos, la verdadera fe que tenemos la dicha de profesar; defendámosla dentro de nosotros mismos contra la influencia de las doctrinas erróneas, y más aún contra la influencia de las malas costumbres que pudieran hacérsela perder, á fin de que, conservando en nosotros en toda su integridad el reino de Dios, ese precioso depósito de su fe y de su gracia, podamos ser admitidos un día en el reino de su gloria. Así sea.

EL VIAJE AL CALVARIO

*Si quis vult post me venire, abneget se-
metipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.*

*Si alguno quiere venir en pos de mí,
renúnciese á sí mismo, tome su cruz y
sigueme.*

(MATH. XVI, 24.)

Cuando el Salvador del mundo pronunció estas profundas y misteriosas palabras, que ninguna lengua humana había pronunciado jamás, ninguno de cuantos las oyeron comprendió la importante lección que ellas encierran; por el contrario, les pareció que el Señor había usado de un lenguaje que carecía de significación. La cruz era en aquella época el suplicio infamante de los esclavos y de los criminales, y jamás se había propuesto á los justos de la ley antigua como una condición esencial de la verdadera virtud. Ninguno, pues, podía admitir la extraña doctrina de que para ser discípulo de Jesucristo era necesario renunciarse á sí mismo, cargar con el instrumento de su propio suplicio y seguir sus pisadas, ó en otros términos, que, supuesto que el Mesías enviado por Dios debía llevar su cruz y morir en ella, sus discípulos debían también llevar sus cruces en pos de él, y ser en ellas crucificados por él y con él.

Sin embargo, San Pablo dice: Está decretado en los consejos eternos de Dios, que ninguno podrá entrar en el cielo si no representa en sí mismo la vida y los ejemplos de su divino Hijo, si no se hace la imagen perfecta de Jesucristo. La doctrina que nos enseña á imitar y á seguir á Jesucristo es, por consiguiente, la doctrina de las doctrinas, la ciencia de las ciencias, la filosofía de las filosofías, la doctrina, la ciencia y la filosofía de la salvación eterna.

¿Y qué ha hecho nuestro divino Maestro? El no se ha contentado con explicarnos en su Evangelio esta importante doctrina; ha querido ponérsela ante los ojos, como en acción, en su viaje al Calvario, llevando él mismo su cruz sobre sus hombros, y enseñándonos de ese modo cómo debemos llevar nosotros la nuestra.

convertidos al Cristianismo, no se ha realizado ya este misterio formidable de la justicia divina? Ellos han tenido la incomprensible temeridad de rechazar á Jesucristo en la persona del soberano Pontífice, su Vicario en la tierra; le han calumniado, le han perseguido, le han llenado de amargura y de escarnio de mil maneras distintas; ellos han procurado alejarle de Roma, y han deseado ver destruido para siempre su reinado. Ved aquí por qué esos países infieles á la gracia, ingratos al beneficio de la revelación cristiana, han perdido la verdadera fe, el verdadero cristianismo, la verdadera Iglesia, y se hallan hoy sometidos al yugo de la herejía ó del cisma.

Este mismo castigo deben temer también esas naciones católicas en las que apenas queda del Catolicismo más que el nombre, donde todas las fuerzas del espíritu, todos los recursos de la política y el desbordamiento de costumbres más audaz y más desenfrenado que existió jamás, se reúnen para hacer á la Iglesia Católica, con una perseverancia infernal; la guerra más insensata, más sacrilega y más impia: ¡Desgraciados países! El reino de Dios, arrebatado á su ingratitud y á su infidelidad, podrá ser trasladado á esas naciones dispersas en el grande Océano, que sumidas en la ignorancia, sólo esperan el momento en que les sea revelado, para establecerlo en ellas y hacerle fructificar. ¡Ay! conservemos, amados hermanos, el precioso tesoro que poseemos, la verdadera fe que tenemos la dicha de profesar; defendámosla dentro de nosotros mismos contra la influencia de las doctrinas erróneas, y más aún contra la influencia de las malas costumbres que pudieran hacérsela perder, á fin de que, conservando en nosotros en toda su integridad el reino de Dios, ese precioso depósito de su fe y de su gracia, podamos ser admitidos un día en el reino de su gloria. Así sea.

EL VIAJE AL CALVARIO

*Si quis vult post me venire, abneget se-
metipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.*

*Si alguno quiere venir en pos de mí,
renúnciese á sí mismo, tome su cruz y
sigueme.*

(MATH. XVI, 24.)

Cuando el Salvador del mundo pronunció estas profundas y misteriosas palabras, que ninguna lengua humana había pronunciado jamás, ninguno de cuantos las oyeron comprendió la importante lección que ellas encierran; por el contrario, les pareció que el Señor había usado de un lenguaje que carecía de significación. La cruz era en aquella época el suplicio infamante de los esclavos y de los criminales, y jamás se había propuesto á los justos de la ley antigua como una condición esencial de la verdadera virtud. Ninguno, pues, podía admitir la extraña doctrina de que para ser discípulo de Jesucristo era necesario renunciarse á sí mismo, cargar con el instrumento de su propio suplicio y seguir sus pisadas, ó en otros términos, que, supuesto que el Mesías enviado por Dios debía llevar su cruz y morir en ella, sus discípulos debían también llevar sus cruces en pos de él, y ser en ellas crucificados por él y con él.

Sin embargo, San Pablo dice: Está decretado en los consejos eternos de Dios, que ninguno podrá entrar en el cielo si no representa en sí mismo la vida y los ejemplos de su divino Hijo, si no se hace la imagen perfecta de Jesucristo. La doctrina que nos enseña á imitar y á seguir á Jesucristo es, por consiguiente, la doctrina de las doctrinas, la ciencia de las ciencias, la filosofía de las filosofías, la doctrina, la ciencia y la filosofía de la salvación eterna.

¿Y qué ha hecho nuestro divino Maestro? El no se ha contentado con explicarnos en su Evangelio esta importante doctrina; ha querido ponérsela ante los ojos, como en acción, en su viaje al Calvario, llevando él mismo su cruz sobre sus hombros, y enseñándonos de ese modo cómo debemos llevar nosotros la nuestra.

Acompañemos, pues, en ese día á nuestro Redentor, que lleva esta dolorosa y humillante carga; acompañémosle á fin de aprovecharnos de los misterios que el nos revela en esta circunstancia, de los ejemplos y de las lecciones que nos da, y comprender al mismo tiempo la necesidad, la importancia y las ventajas de la renuncia voluntaria, y la gloria que adquirimos al seguir sus pisadas por el camino del Calvario, con la cruz sobre nuestros hombros. Pidamos antes la gracia, *Ave María*.

Increíble parece que después de haber deseado el Redentor tan ardientemente la cruz, y haberla aceptado con un gozo tan grande, se mostrase en seguida tan débil para llevarla, que apenas salió de Jerusalén cayó en un desfallecimiento tal, que fué necesario buscar uno que la llevase por él, por temor de verle sucumbir bajo su peso. ¡Ah! no nos sorprendamos de esta flaqueza. Ella no proviene del agotamiento de sus fuerzas, sino de la vehemencia de su caridad; no es una enfermedad, sino un prodigio; no es un escándalo, sino un misterio.

Efectivamente; en el salmo treinta y nueve que, según San Pablo, no se aplica más que á Jesucristo, el Salvador habla de sí mismo en estos términos: «Mis iniquidades me han abrumado con su peso de tal manera, que no puedo ni aun mirar al cielo. Su número es mayor que el de los cabellos de mi cabeza, y mi corazón, abatido y desiado, ha caído en un desfallecimiento.» No es, pues, la carga material de la cruz lo que abruma el cuerpo de Jesucristo, sino el peso misterioso de las iniquidades del mundo que, acumuladas sobre la cruz, la hacen tan pesada y abaten su corazón. Porque así como esta escrito de Isaac, figura admirable de Jesucristo, que Abraham cargó sobre sus hombros la leña sobre que debía ser inmolado; así también se ha dicho de Jesucristo, por boca de Isaías, que su eterno Padre puso en sus hombros, juntamente con la cruz, la carga todavía más pesada de las iniquidades de los hombres. ¡Desgraciados de nosotros si Jesús hubiera llevado su cruz con tanta facilidad y tanta firmeza que llenara de admiración á sus enemigos en el Calvario, como los llenó de terror en Gethsemani! La cruz, llevada así con ademán de triunfo, hubiera sido la cruz de su inocencia, y no la del pecado; hubiera sido gloriosa para él, pero inútil é ineficaz para nosotros; ella no nos hubiera representado; nosotros no hubiéramos tenido parte alguna en ella, hubiéramos sido ajenos á la misma. Mas llevándola Jesús en medio de las ignominias y de los insultos, con los esfuerzos y la dificultad que debe experimentar un

hombre, con los sentimientos y las disposiciones de un criminal, temblando bajo su peso y cayendo con el rostro contra la tierra, llevándola como hubiéramos podido llevarla nosotros que somos pecadores, si la justicia de Dios nos hubiera cargado con ella, nos hace ver claramente que él se ha colocado en nuestro lugar, que ha cargado con nuestra cruz y la ha aceptado en nuestro nombre. Este abatimiento del Señor es, por consiguiente, el principio de nuestra esperanza y de nuestro consuelo. Su flaqueza fortifica la nuestra; ella eleva los corazones abatidos y sostiene á los mártires.

Es indudablemente un milagro que los mártires, hombres débiles y enfermos, hayan manifestado alegría en medio de los tormentos; pero mayor milagro es todavía que el Hijo de Dios, siendo fuerte por sí mismo, se haya hecho débil y se haya dejado abatir bajo el peso de la cruz. Este es el más grande de todos los misterios, que no puede explicarse sino por el más grande de todos los amores. ¡Oh flaqueza prodigiosa! ¡Oh desfallecimiento milagroso de Dios Salvador! El Hijo de Dios, revestido de la enfermedad de mi carne y cayendo á tierra en mi presencia, me enseña á postrarme á sus pies, á sacrificarle mi miserable orgullo, á humillarme, á hacerme enfermo ante esta Divinidad que se hizo voluntariamente enferma, y obligar así á este Dios, poderoso en su abatimiento, á que me alargue una mano compasiva para levantarme.

Hay asimismo una razón muy poderosa para que Jesucristo sintiera en que otro le ayude á llevar su cruz. Viéndole los judíos caer en tierra desfallecido, temieron que muriese durante el tránsito, y que se privasen ellos del placer bárbaro de verle expirar en la cruz. Así, pues, no es por aliviar sus trabajos por lo que se dan prisa á socorrerle, sino por prolongar su suplicio; no para darle vida, sino para reservarle á la muerte más cruel. Con este objeto detienen á un hombre de Cyrene, llamado Simón, que volvía del campo y pasaba casualmente por aquel sitio; ellos querían hacerle cargar con la cruz del Salvador; pero como Simón rehusase aceptar esta carga, le obligan á llevarla por fuerza.

¡Oh, amados hermanos, todo está ordenado admirablemente en la pasión del Señor! Dios se sirve de este mismo acto de compasión bárbara de los judíos para figurar grandes misterios de misericordia y de salvación para con nosotros, y darnos graves é importantes lecciones. En primer lugar, no fué por casualidad el que Simón se encontrase de paso en el momento en que Jesucristo caía desfallecido bajo el peso de su cruz y de sus dolores. La casualidad es una palabra vacía de sentido. No es tampoco la injusticia ni la violencia de

los judíos la que obliga á Simón á participar de la ignominia y de la carga del Salvador; es el mismo Dios que, por una disposición amorosa de su providencia, ha dispuesto todas estas circunstancias. En efecto; no es un judío el que se ve obligado por sus compañeros á prestar este auxilio al Salvador, porque el judío, no sólo no era digno de llevar la cruz del Redentor que habia despreciado, sino que ni aun merecia tocarla. Este hombre afortunado, elegido por Dios para una misión tan honrosa, es un gentil; él se llama Simón, palabra que significa *obediencia*; él es de Cyrene, que quiere decir *herencia*; él viene de una granja, es decir, de la campiña, ó bien de un bosque que los antiguos llamaban *pagus*, lo cual hizo designar á los gentiles con la denominación de *paganos*, porque estos pueblos celebraban en los bosques sus ceremonias supersticiosas. Así, pues, este Simón es la figura de los pueblos de la gentilidad que, dejando el paganismo ó abandonando sus supersticiones idolátricas, debían un día ser los primeros en creer en él, en confesar y en adorar su cruz, y en gloriarse de esta cruz, para los judíos objeto de horror y de confusión. ¡Cosa sorprendente! dice San Cirilo; el Hijo de Dios no se avergonzó de cargar con la cruz que habíamos merecido; y nosotros, desventurados ingratos, nos ruborizamos de llevar la cruz que Jesucristo santificó; rehusamos además sufrir las molestias más leves, inseparables de la vida cristiana y nos avergonzamos de sufrir cosa alguna por el amor de Jesucristo. ¡Desgraciados de aquellos, exclama San Pablo, que, por no desagradar al mundo, no se atreven á parecer cristianos, y se conducen como enemigos declarados de la cruz de Jesucristo! La gloria mundana que buscan, se convertirá un día para ellos en una confusión eterna.

Después de haber conocido el misterio oculto en la elección que Jesús hizo de Simón, para que llevase su cruz, procuremos comprender las importantes lecciones que ella encierra.

Ciertamente, después de María, que tuvo la inmensa gloria de concebir al Verbo Eterno en su seno virginal; después de José, que tuvo la dicha de estrechar con frecuencia en sus brazos el cuerpo sagrado de Jesús, no hubo en el mundo un hombre más honrado ni más dichoso que Simón Cirineo, que llevó la cruz que el Salvador habia ya santificado al tomarla con sus divinas manos y colocarla en sus hombros. Simón, al pasar por el lugar en que cayó el Señor, no pensaba ni aun remotamente en el honor que le aguardaba. Al principio no sólo no lo comprendió, sino que miró como una ignominia intolerable, para un hombre bien nacido, la de llevar en medio del día y entre un inmenso pueblo el patíbulo de un sentenciado, y ser

considerado como ayuda de verdugo. El procuró evadirse de esta triste comisión de tal modo, que fué necesario emplear la violencia para decidirle á cargar con la cruz. Mas cuando después de la resurrección del Señor, hecho Simón cristiano con sus dos hijos, Alejandro y Ruto, conoció claramente á este Jesús, cuya cruz habia él llevado, ¡oh! entonces y sólo entonces comprendió la alta dignidad á que Dios le habia elevado, llamándole á llevar el instrumento del suplicio de su Hijo, y asociándole el primero al mérito, á la gloria y á la virtud de la cruz. Entonces, penetrado del más vivo reconocimiento, tributó á Dios sinceras gracias por lo que le habia parecido ser un castigo inmerecido, una humillación injusta, pero que sólo habia sido un efecto de amorosa predilección de la bondad divina. Y bien, ¿puede encontrarse un hecho más claro, más elocuente ni más eficaz que éste, para hacernos comprender la injusticia de la impaciencia y de la murmuración con que nosotros sufrimos nuestras tribulaciones y nuestras cruces? Ellas nos parecen efectos de una ciega casualidad, cuando son disposiciones admirables de la Providencia. Ellas nos parecen el resultado de la voluntad perversa de los hombres, no siendo otra cosa que señales de la protección divina. ¡Ah! indudablemente los hombres que nos despojan, que nos calumnian, nos humillan y nos oprimen, son verdaderos judíos que nos obligan á cargar con la cruz de Jesucristo, que nos proporcionan el honor de Simón Cirineo; pero Dios es el que hace de ellos sus instrumentos ciegos para purificar nuestras almas, mortificar nuestros vicios, extinguir el fuego de nuestras pasiones, acrecentar nuestro mérito y perfeccionar nuestra virtud. Reformemos, pues, nuestros pensamientos y nuestros sentimientos acerca de las tribulaciones que nos vemos obligados á sufrir. Doblemos la cerviz bajo su peso con piadosa resignación.

Cuando Jesús se muestra á nuestros ojos abrumado bajo el peso de su cruz, subiendo con ella la escarpada pendiente del Gólgota al través de innumerables ultrajes, parece que nos dirige estas palabras: «Hombres, miradme con atención; yo soy el hombre de la humillación y del dolor, yo camino por la senda de los sufrimientos, yo no doy á los que me siguen otra cosa que tribulaciones y cruces. ¡Y bien! ¿quién de vosotros tiene el valor de seguirme? Pensadlo bien; yo quiero en pos de mi amigos y no esclavos, discípulos voluntarios y no cautivos arrastrados por la fuerza; yo quiero, en una palabra, que vuestra cruz sea libre. El estado en que me veis os hará conocer que no seréis los primeros en andar el camino en que yo me encuentro; que yo soy el que os lo preparo, y que vosotros no haréis

más que seguir mis pisadas; que yo mismo principio á hacer lo que quiero que hagáis vosotros; que vosotros no seréis los primeros en morir por mí, supuesto que no haréis más que agradecerme el amor que me lleva á la muerte por vosotros; y que yo voy delante de vosotros como vuestro Señor, vuestro Modelo y vuestro Salvador, alentándoos con mi ejemplo y con mi auxilio. ¿Qué respondéis, pues, y qué resolución tomáis? ¿Consentís ó rehusáis formar parte de mi comitiva?

Si Jesucristo, supuesto que se encargó libremente de nuestra redención, debió cargar con la cruz, con mucha más razón debemos nosotros llevarla para obtener los frutos de esta redención.

La cruz es la condición más universal é indispensable de la vida humana, y ved aquí por qué ella es planta de todos los climas y de todos los países. La cruz se encuentra en los palacios de los grandes y en las chozas de los pobres. No hay poder alguno en la tierra, no hay dignidad, grado ni condición, que esté exceptuada, ni pueda evadirse de ella. Dónde menos se cree que ella está, allí se encuentra más pesada y más sensible. Las cruces de los pobres son de madera; más toscas y más pesadas en apariencia, pero en realidad son más ligeras. Las cruces de los ricos y de los grandes del mundo son de oro; brillantes en apariencia, pero tanto más pesadas, cuanto el oro es más pesado que todos los metales. Las calumnias y las persecuciones son cruces; las miserias y las enfermedades son cruces igualmente; las humillaciones y los infortunios, las pérdidas imprevistas de las personas que amamos, de los bienes y del honor, las traiciones de los hombres y las tentaciones de los demonios, las exigencias de la sociedad, los deberes del estado, los cuidados de la paternidad y los sacrificios, exigidos por la condición de cada uno, son otras tantas cruces. Mas así como Jesucristo sufrió el peso enorme de todas estas cruces, cada hombre, cada cristiano deberá llevar igualmente la suya, porque Dios elige para cada individuo la cruz más adecuada á sus fuerzas, á sus necesidades espirituales, al estado de su alma, al grado de sus virtudes ó de sus vicios, al número de sus méritos ó de sus pecados, y á la energía de sus buenos deseos, ó de sus pasiones, supuesto que las cruces son, no sólo una fuente de méritos, sino también un castigo, un auxilio y un remedio.

El Cirineo, rehusando al principio á cargar con la cruz del Salvador que se le imponía, y obligado después á sufrirla, á pesar de su oposición y repugnancia, representa al cristiano que hace todos los esfuerzos posibles para evadirse de la cruz que Dios le envía directa ó indirectamente. ¡Vanos esfuerzos! supuesto que nuestra re-

paguancia, nuestras quejas y nuestras murmuraciones ante la cruz que nos está preparada, ó bajo el peso de la que se nos ha impuesto, no pueden alegrarla de nosotros ni librarnos de ella, y sólo sirven para hacérnosla más pesada. Por consiguiente, cuando Jesucristo, que hubiera podido evadirse de cargar con la cruz, la toma sin manifestar la menor impaciencia ni proferir una sola palabra, abrazándose á ella con toda la calma de la resignación y todo el anhelo de la alegría; cuando con su ejemplo y con su auxilio consigue decidir á Simón á llevar, con las santas disposiciones que tiene el mismo, una cruz contra la que se sublevó en vano ¡oh! entonces Jesucristo nos da una profunda enseñanza. Entonces nos dice que debemos llevar con los mismos sentimientos que él la cruz que se nos impone á pesar nuestro; que obligados á aceptarla por necesidad, debemos apropiárnosla por virtud; que es necesario convertir en sacrificio voluntario lo que muchas veces es un castigo merecido por nuestras culpas; que no sólo debemos doblar pacientemente la cerviz bajo su peso, sino tomarla nosotros mismos con valor, abrazarla con alegría, estrecharla con gozo contra nuestro seno, como una cosa que nos es propia, como un remedio de nuestras enfermedades, ó como la condición indispensable de nuestra salvación; y esto no por una sola vez, ni por un solo día, sino como el mismo Salvador lo dice por San Lucas, continuamente todos los días, toda la vida.

No se contentó el Salvador en su misterioso viaje al Calvario con predicarnos con su ejemplo, sino que quiso instruirnos también con sus palabras; porque además de los guardias que le rodeaban iba acompañado de una turba inmensa y seguido de un grupo de mujeres compasivas, que profundamente afligidas y vertiendo abundantes lágrimas á vista de sus ignominias y de sus penas, atestiguaban con su llanto y gemidos la inocencia de Jesús y la injusticia de sus Jueces. El Señor se vuelve, y desde la cumbre del monte dirige una mirada majestuosa sobre esta multitud que se extendía á sus pies en la pendiente del Gólgota; y con aquel poder divino con que en Gétsemani había dejado inmóviles á los judíos al dirigirles sus reconvenções, deja ahora bofetadas de terror á los jueces, á los soldados y á los verdugos haciéndoles oír sus amenazas. Tranquilo y sereno, con aire de Señor que manda, con un tono de maestro que instruye y de legislador que impone sus leyes al universo, se dirige más particularmente á las mujeres que veía tan afligidas y las dice: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, yo no camino á la muerte sino por mi voluntad. Llorad más bien por vosotras mismas, hijas infortunadas, verted lágrimas amargas sobre vuestros hijos, porque no está lejos el

dia en que estallará sobre Jerusalén la terrible catástrofe que la cubrirá de luto. ¡Dichosas entonces las mujeres estériles que no han lactado hijos! ¡y desgraciadas las madres cuya fecundidad sólo habrá servido para proveer de victimas á la justicia divina! ¡Ay! los males de la vida presente no seran más que una débil imagen de los que mis enemigos los pecadores deben sufrir en la vida futura. ¡Qué horror no se apoderará de ellos cuando se presenten en el formidable tribunal de este mismo Mesías que tanto deseo tienen ahora de ver suspendido en la cruz! Ellos pedirán entonces como un favor que las montañas caigan sobre ellos para aplastarlos, y que los collados se bajen para cubrirlos. Porque si el Hijo de Dios, árbol verde de gracia y de virtud, es probado hoy por la justicia divina con tanta dureza, ¿qué trato deben esperar las ramas secas é inútiles, es decir, los pecadores enemigos de Dios?

¡Oh Dios lleno de misericordia! ¡oh palabras inflamadas de amor! Bajo el peso de la cruz, marcando el camino del Calvario con sus caídas y su sangre, en medio de las burlas de los sacerdotes, de los insultos del populacho y de los golpes que le daba la soldadesca, en tanto que su cuerpo estaba entregado á todos los dolores y su persona expuesta á todas las ignominias, Jesús sin embargo no olvidó ni abandona al pueblo deicida. El judío le ultraja, y él le instruye por compasión; el judío le desprecia, y él le llama; el judío le conduce á la muerte, y Jesús le invita á la penitencia, á la reconciliación, al perdón y á la vida. Por esta razón le pone ante los ojos la severidad de los juicios de Dios, el horror de sus venganzas, las adversidades del tiempo y las penas de la eternidad.

Estas palabras fueron, en la persona de los judíos presentes á tan triste espectáculo, dirigidas igualmente á los cristianos futuros, que olvidados de sí mismos, se mostrarían un día escandalizados, confundidos y afligidos por los bárbaros tratamientos, las ignominias y los ultrajes que el Hijo de Dios sufrió en su pasión. Por consiguiente, al decir á estos cristianos: volved sobre vosotros mismos la compasión que manifestáis por mí, quisó decirles: En vez de entristeceros y de ruborizaros de las ignominias y de los dolores que yo he sufrido voluntariamente como Redentor, por la salvación del mundo, estremeced al pensamiento terrible de que yo mismo vendré un día, con todo el esplendor de la majestad de mi Eterno Padre, á juzgar al mundo como juez inexorable. En vez de gemir por las penas del Salvador de los creyentes, llorad por la locura y la impiedad de los temerarios que perecen.

Sin embargo, en medio de la corrupción general de costumbres,

de la tibieza en la fe y del olvido del evangelio en que ha caído la mayor parte de los cristianos, Jesucristo conserva todavía una porción escogida de castas vírgenes y de jóvenes de alma pura que, renunciando á los atractivos y á los placeres del mundo, van á sepultar en los claustros los encantos de la juventud, de la gracia y de la belleza, ó que permanecen en el mundo, pero que le desprecian, y están separadas de él como si no vivieran en el mismo. Jesucristo conserva todavía, en todas las condiciones, en todas las clases y en todos los lugares, un gran número de almas fieles y fervorosas que observan una vida distribuida cristianamente entre las obligaciones de su estado y las practicas de religión, cuya primera atención es la salvación de su alma, cuyas ocupaciones preferentes son las lecturas piadosas y la frecuencia de sacramentos, cuyo tesoro es la gracia, y cuyas delicias son la caridad, la oración y la devoción. Hay todavía un gran número de almas justas, que no reportan otra recompensa de su justicia que el olvido, la persecución y el menosprecio. Y bien, esos cristianos sinceros, que siguen verdaderamente á Jesucristo, y que llenos de su espíritu llevan también su cruz y se dirigen místicamente por el camino del Calvario para ser allí continuamente crucificados con él, excitan con frecuencia, en su vida humilde y penitente, la compasión de los mundanos, como Jesús excitó la de los judíos. ¡Hijas desgraciadas! dicen, desventurados jóvenes! ¿encerrarse así en la flor de su juventud en una especie de tumba, sin otra sociedad que la tristeza, el silencio y la mortificación!

Pero estas almas santas, á imitación de Jesucristo, su Salvador y modelo, responden á su vez á los mundanos: ¡Oh hijos de la impia Jerusalén! hijos del siglo corrompido, no lloréis ni os aflijáis por nuestra suerte; mucho más molesto nos sería gozar de las delicias de nuestro mundo, que á vosotros privaros de ellas; en pos de Jesucristo, entre las espinas de la mortificación, en las lágrimas de la penitencia y en la austeridad del retiro, en la aflicción, en las tribulaciones y el menosprecio gozamos de la calma y de la paz del corazón; nosotros somos felices en poseer la gracia y tener la esperanza de la salvación; por consiguiente, ninguna necesidad tenemos de vuestra compasión ni de vuestras lágrimas hipócritas. Pero vosotros, con el pecado en el alma, en desgracia con vuestro Dios, en peligro continuo de morir con la muerte de los pecadores, en presencia del infierno, abierto siempre bajo vuestros pies, vosotros sin fe, sin esperanza y sin amor, decidinos, ¿tenéis acaso, en medio de vuestras intrigas, de vuestros placeres y de vuestras diversiones, un solo día sin penas, una noche sin cavilaciones, un momento sin disgustos, sin

amarguras interiores, sin temores y sin remordimientos? ¡Ah! vosotros os creéis libres, la alegría está pintada en vuestro semblante, pero sois esclavos miserables y vuestro corazón está lleno de tristeza y de amargura. Nosotros somos dignos de envidia, y vosotros dignos de ser llorados. Y si queréis llorar por los demás, llorad por vuestros hijos, realmente desgraciados por tener unos padres tan poco religiosos y tan corrompidos. Gemid sobre vuestros hijos, á los que no dejaréis otra herencia que una fortuna mal adquirida, vuestros vicios, y un nombre cubierto de infamia. Hijos infortunados! Dios os los había dado para el cielo, y vosotros los educáis para el infierno; y por lo tanto, herederos de vuestras máximas corrompidas y del escándalo de vuestra vida, participarán un día de vuestro castigo. Llorad, pues, sobre ellos y sobre vosotros al mismo tiempo, ó más bien, comenzad desde ahora, vosotros con ellos y ellos con vosotros, ese llanto eterno á que seréis condenados.

Jesucristo, al ponernos á la vista el terrible cuadro de sus tremendos juicios, nos excita á que los evitemos; y en la persona de las hijas culpables de Jerusalén, llama á las almas pecadoras, hijas de su Iglesia, á llorar sobre sus culpas para obtener el perdón. Respondamos á estas invitaciones amorosas de la divina misericordia. Volvamos á colocarnos en pos de Jesucristo por el arrepentimiento y por el firme propósito de observar una vida cristiana, á fin de que, después de haber sido sus compañeros en la tierra por la gracia, seamos un día en el cielo, como nos lo ha prometido, compañeros de su gloria. Así sea.

LA CRUCIFIXION

Venerant in locum, qui dicitur Calvaria, ubi crucifixerunt eum.
Llegados que fueron al lugar llamado Calvario, allí le crucifizaron.

(S. LUC. XIII, 33.)

Verdaderamente es un espectáculo muy tierno el del joven Isaac que, en el momento en que sabe que es la víctima escogida por Dios, se entrega con una resignación absoluta á todo cuanto su padre quiere hacer de él. Con la leña que ha llevado sobre sus propios hombros, le ayuda á levantar la hoguera sobre que debe ser consumido; él mismo se corona de flores y se coloca espontáneamente sobre el altar, presenta sus manos á las cuerdas destinadas á atarle; él abraza el instrumento de su suplicio y tiende su cuello al hierro centellante que debe herirle; y después, resignado y tranquilo, se dispone á recibir la muerte de manos del mismo de quien recibió la vida.

¿Y como es posible dejar de reconocer en el sacrificio heroico del hijo único de Abraham, la figura anunciada tantos siglos antes y la pintura más viva de las circunstancias que acompañaron al sacrificio de Jesucristo, Hijo único de Dios? El también llevó sobre sus hombros la leña de su holocausto, la cruz; él mismo se colocó en ella como Isaac; él ofreció también sus manos y sus pies, no para ser atados con cuerdas, sino para ser atravesados con clavos; él, en fin, sobre este altar de dolor, obediente y resignado hasta la muerte, espera que su eterno Padre, arrebatado por el fuego de su caridad por la salvación del mundo, venga á herirle por manos de los judíos. Y para que no falte ningún rasgo de semejanza entre los hechos y la figura, el monte Moria es el mismo que el Calvario, y el sacrificio de Isaac se verificó en el mismo lugar en que fué crucificado Jesucristo.

Abraham conoció desde luego de una manera profética este grande é inefable misterio del Dios Padre, que debía inmolar un día á su Hijo único en el mismo lugar en que este santo patriarca ofreció el suyo. Y ved aquí por qué en el éxtasis que le causó esta maravilla, y

en su piadoso reconocimiento, dió á este lugar el nombre de *Moria*, palabra que significa *el Señor ve*. Y después comenzó á usarse esta expresión: Dios verá sobre este monte. Y como la vista de Dios es la manifestación de su misericordia, esta expresión, *Dios verá sobre el monte*, fué una profecía luminosa de lo que había de suceder un día sobre este monte, de donde la misericordia divina debía descender al mundo. Meditemos hoy sobre las circunstancias históricas de la crucifixión del Redentor. En ella veremos tantas señales de esperanza y tantas pruebas de confianza como nos han venido del Calvario, á fin de que tengamos siempre fijas en este monte las miradas de nuestro corazón, y obtengamos los auxilios que no pueden venirnos sino de Dios por la mediación de Jesús crucificado. *Ave Maria.*

Es cosa digna de notarse que, mientras muchas particularidades de la pasión de nuestro Señor, que referidas por uno ó dos Evangelistas, se pasan en silencio por los otros, todos cuatro hayan notado, con una atención especial, la circunstancia de que Jesucristo fué crucificado «en el lugar del Calvario ó de la Calavera». Pero no os admiréis por esto: la grandeza, la impertancia y los efectos de la crucifixión del Salvador están ligados en gran parte á la circunstancia del lugar de su muerte. Porque en este mismo monte fué en el que Noé, Melquisedec, Abraham y todos los pontífices descendientes de Aarón ofrecieron á Dios sacrificios, cada uno de los cuales representaba una de las particularidades del sacrificio de Jesucristo. Así, pues, al repetirnos los Evangelistas que Jesucristo fué crucificado en el Calvario, quisieron darnos á entender que todos los antiguos sacrificios, tan frecuentes, tan magníficos y tan solemnes, y que habían sido ofrecidos sobre este mismo monte por hombres de una santidad tan imminente, eran la figura del grande y augusto sacrificio de Jesucristo; que de este sacrificio tomaban aquellos su eficacia, que por esta inmolación eran aquellas hostias agradables á Dios; que viéndolo Jesucristo á inmolarse sobre este monte misterioso, colocó su sacrificio en lugar de todos los otros, aboliéndolos todos para siempre; que él realizó todas las figuras, llenó todas las profecías y cumplió toda la ley. Finalmente, que la gran misericordia y los auxilios poderosos que la humanidad esperaba del monte Calvario con una esperanza tímida, los tienen seguros ya todos los hombres que manifiesten deseos de alcanzarlos, echando hacia ese monte una mirada de fe.

¿Sabéis vosotros de quién es esa calavera, esa cabeza angosta de la que tomó su nombre el monte Calvario? Una tradición constante

enseña que el primer hombre, salido de las manos de Dios, fué sepultado en el Calvario, en el mismo lugar en que el Salvador fué crucificado, á fin de hacer patente que, así como todos los hombres estaban muertos en Adán, todos debían renacer en Jesucristo.

Así lo afirman casi todos los padres, y no como una opinión particular, sino como una creencia tradicional, que conservaban los más sabios de entre los hebreos.

¡Oh rasgo inefable de la bondad divina! El autor del pecado es el primero que participa de la sangre del autor de la justicia. El autor de la muerte ve morir sobre sí al autor de la vida; y la malicia del primer Adán experimenta los méritos del segundo. Gracias os sean dadas, ¡oh santos evangelistas! por habernos transmitido la circunstancia importante de que Jesucristo fué crucificado y murió sobre el cuerpo de Adán; así nos habéis descubierto las relaciones secretas y misteriosas que unieron la muerte, la sepultura y la resurrección del segundo, supuesto que nos habéis dicho que todos estos acontecimientos sucedieron en un mismo lugar; vosotros nos habéis hecho conocer que Jesucristo murió por aquel primer padre, por aquel primer hombre, cuyo hijo se dignó llamarse en el Evangelio, designándose siempre á sí mismo con el nombre de hijo del hombre, es decir de Adán. De este modo nos habéis dado á conocer que en la misericordia inmensa, usada con nuestro primer padre, fuimos comprendidos nosotros, que somos sus desventurados hijos. ¡Oh monte querido del Calvario! ¡oh precioso recuerdo! A este pensamiento desaparece nuestra timidez, nuestra confianza renace, nuestro corazón palpita de esperanza, y nosotros aguardamos de este monte santo con una confianza filial el auxilio de Dios todopoderoso, que es el único que puede salvarnos.

Mas en tanto que nosotros nos detenemos en estas consideraciones, los judíos presentan al Salvador la bebida de los condenados á muerte. ¡Mas ay! ¡oh invención del infierno! esta bebida no está compuesta de vino y mirra, como la que se acostumbraba dar á los sentenciados á muerte, á fin de hacerles caer en una especie de letargo, quitarles la reflexión y debilitar en ellos el sentimiento de dolor. Para Jesucristo se compuso de vino corrompido y de hiel; y aquellos criminales convirtieron así en un nuevo motivo de tormento esta especie de alivio, y dieron una prueba de su impia crueldad en el tiempo mismo en que querían aparecer animados de sentimientos de humanidad.

Sin embargo, el Salvador no permite sin un misterio profundo este artificio diabólico de barbarie. Adán había pecado por intempe-

rancia y por gula, y esta pasión le hizo echar una mirada atrevida y extender su mano rebelde hacia el árbol de la muerte. Y nosotros también, hijos de aquel primer pecador, cediendo á esta misma pasión, abusamos de los alimentos que Dios nos presenta, y nos entregamos con frecuencia á los placeres de la gula y á los excesos de la intemperancia. Así pues, cuando Jesucristo gustó esta horrible bebida, quedando emponzoñada su lengua y paladar, único sentido exceptuado hasta entonces, expió la intemperancia de Adán y la de todos los hombres.

El Evangelista añade sin embargo que apenas paladeó Jesús esta bebida emponzoñada, rehusó beberla. Y ¿cómo puede comprenderse que rehusase nuestra amargura el que jamás rehusó ninguno de nuestros dolores ni de nuestros oprobios? No, él no rehusó la amargura de que estaba lleno este nuevo cáliz; él rechaza la malicia con que se lo han preparado. Y si en el colmo de una paciencia harto excesiva hubiera bebido en silencio este hrebaje cruel, hubiera hecho erocer á los judíos que la sabiduría incarnada no había conocido el fraude infernal que había convertido en mortal ponzoña un licor que debía ser confortativo; hubiera dejado oculto esta nueva muestra de la barbarie de sus enemigos; les hubiera proporcionado el gozo feroz de haber hecho morir con el veneno al que debía morir por su caridad; hubiera tragado finalmente un veneno, cuyo efecto hubiera sido destrozar sus sagradas entrañas, que debían permanecer intactas. Por otra parte, al rehusar esta bebida, en apariencia confortativa y deliciosa, y en realidad emponzoñada; al manifestar que había descubierto el fraude con que habían querido engañarle y hacer circular la muerte por sus venas para escarnecerle después, expió la loca credulidad que hizo á Adán ceder á la tentación de la serpiente, y devorar como un remedio saludable el fruto fatal que el demonio había convertido en mortal veneno; él nos manifestó que moría sobre aquel monte para descubrir y burlar la astucia de la serpiente, y asegurarnos los auxilios necesarios para eludir los horribles artificios de Satanás, y alcanzar sobre él gloriosos triunfos.

Ministros ávidos de sangre, daos prisa á colocar sobre su altar al Cordero sin mancha. El está más impaciente por ser inmolado, que vosotros por sacrificarle. En efecto, ved, amados hermanos, con cuánta ansia, con cuánta mansedumbre y con cuánta tranquilidad se ofrece á los verdugos que, más crueles que las bestias feroces, le arrancan con el horrible furor sus vestiduras pegadas ya á las heridas, causándole así dolores inmensos.

Detengámonos aquí un instante en considerar cómo se prepara el

Salvador para tomar posesión de su cruz; despojante de todas sus vestiduras; y en este estado de desnudez subió al trono de su dolor. Así es cómo debe presentarse al combate el cristiano que quiera triunfar con Jesucristo; á ejemplo del Salvador, debe despojarse de todas las grandezas del siglo.

Admirad entre tanto cómo Jesucristo no necesita de que le hagan violencia; obligado tan sólo por su obediencia á su Eterno Padre, y por su amor á los hombres, se inclina hacia tierra, y él mismo se coloca, con las espaldas todas desgarradas y sangrientas, sobre el madero tosco de la cruz; extiende sus brazos y sus manos y presenta sus pies para que sean atravesados por duros clavos. ¡Oh espectáculo horrible! El verdugo fija en medio de la palma de la mano un clavo enorme, sobre el cual hace retumbar un pesado martillo, y no cesa de dar fuertes golpes hasta que atraviesa de parte á parte la mano y el madero. ¿Quién podrá imaginar las convulsiones y los dolores que debió experimentar aquella humanidad delicada en este destroz de las carnes, en esta rotura violenta de los nervios, de los músculos, de las venas y de las arterias que se unen en esta parte del cuerpo? La otra mano es sometida al mismo suplicio; mas no pudiendo extenderse hasta llegar al barreno que habían hecho en el otro brazo de la cruz, á causa de la contracción de los músculos producida por el destroz de la primera, los verdugos tiran de ella violentamente con cuerdas. El mismo tormento le hacen sufrir en sus sagrados pies: de modo que al dolor que sufre por la crucifixión se junta el que le causa la dislocación de los huesos.

Adán y Eva pecaron extendiendo sus manos rebeldes al árbol prohibido, y para expiar este crimen extendió Jesucristo sus manos inocentes para que fuesen clavadas en el árbol de la cruz. Mas al satisfacer el Señor por el pecado del padre, ha satisfecho también por los pecados de los hijos. Por el mérito de los dolores que sufrió cuando taladraron con los clavos sus sagrados pies, nos alcanzó á todos anticipadamente el perdón de la audacia con que hemos abandonado tantas veces los caminos de los divinos preceptos, para caminar por los senderos de la iniquidad; nos ha preparado el título con que, después de nuestros largos extravíos, somos llamados por la voz de la gracia á volver al Señor á quien hemos abandonado cobardemente. ¡Oh, dulce Jesús mío! que yo, miserable pecador, he caminado sin otra guía que la necia vanidad de mis pensamientos y las ilusiones de mi corazón, por los senderos de necios extravíos, y de errores voluntarios. ¡Ah! por el mérito de las llagas de vuestros sagrados pies, afirmad los míos de tal modo que, sin temor de caer,

comience á seguir vuestros caminos; en adelante no quiero caminar sino por la senda de vuestros divinos preceptos. ¡Ah! haced que una vez entrado en este camino no le abandone jamás.

Era costumbre entre los romanos, como lo hemos dicho en otro lugar, que los vestidos del ajustado se repartiesen entre los que habían sido encargados de quitarle la vida. Y ved aquí que aquellos ministros de crueldad, acercándose tranquilamente al pie de la cruz, después de haber crucificado al Salvador, se apoderan al momento de sus vestiduras, y hacen de ellas cuatro partes, una para cada soldado. Mas cuando tratan de partir la túnica de Jesús, ó el vestido interior que tocaba á su carne divina, viéndola sin costura y de una sola pieza, no quieren cortarla, la surtean para que decida la suerte quien ha de ser su poseedor, cumpliendo así á la letra, sin saberlo, esta clara profecía de David: «Ellos dividieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes.» Este acto de sordida avaricia y de audacia brutal de parte de los soldados, merece fijar nuestra atención, porque él encierra un misterio lleno de consuelo para nosotros.

Las vestiduras sagradas de Jesús fueron la figura de su Iglesia; porque así como el cuerpo está envuelto y encerrado en los vestidos, así también el cuerpo de Jesucristo con su espíritu se encuentra encerrado en su Iglesia; y así como los vestidos caen á tierra si no los sostiene el mismo que los lleva, así la Iglesia se sostiene por Jesucristo. La Iglesia es una; ella es al mismo tiempo universal y se extiende á los cuatro puntos cardinales del mundo; por consiguiente, las vestiduras, de que los soldados hicieron cuatro partes, representaron la universalidad de la Iglesia, y la túnica sin costura figuró la unidad producida por los lazos de una misma caridad. ¡Cuán encantadora es la descripción que nos hace San Juan de esta preciosa túnica del Salvador, obra admirable de las castas manos de la Virgen María! El nos dice que no estaba formada de diferentes partes, de tal modo que separándolas quedase cada una de ellas entera; nos dice que era sin costura y de un solo tejido, de un solo hilo, que entretejido bajo cierta combinación por una misma mano desde arriba hasta abajo, figuraba el cuerpo con todas sus proporciones, y que, por consiguiente, toda ella era una obra sencilla, igual y uniforme; que nada había en ella extraño ó accesorio.

¡Imagen fiel y admirable de la Iglesia! Una sola mano divina la formó con un solo designio y con un solo espíritu. Desde su origen hasta el fin no se encuentra en ella división alguna, sino una serie sucesiva y continua de pastores, que se remonta, como un solo tejido,

hasta Jesucristo, y termina en el último cristiano, siempre la misma. Desde arriba hasta abajo, todo se une en ella y se sostiene. Las innovaciones no se toleran en ella; en todos y para todos hay la misma fe, la misma moral y el mismo culto. No puede romperse un solo hilo sin poner en peligro toda la obra. Los herejes y los cismáticos, que la niegan y la abandonan, no hacen otra cosa que separarse de esta unidad y renunciar á ella; pero no pueden alterarla. La Iglesia es siempre una, siempre la misma. Tantas naciones como se han separado de ella no han dejado en ella señal alguna de división; su forma divina y sus proporciones son ahora lo que han sido siempre, y su unidad permanece siempre intacta. Lo repito, los disidentes se privan del principio de vida que reside en ella; mas no pueden destruir su unidad, ni comprometer su duración.

Observad también que los soldados que se reparten las vestiduras del Salvador son romanos, es decir, gentiles. Los judíos no entran en parte con ellos; no conociendo el valor de estas vestiduras, ni del que las llevaba, las abandonaron á los extranjeros que, como representantes del gentilismo, tomaron posesión de ellas. Ved aquí por qué la Iglesia de Jesucristo, figurada en sus vestiduras, se hace desde este momento el rico despojo, el patrimonio de los gentiles, de los romanos. Los judíos son excluidos de ella, quedan privados de ella, porque habiendo negado á su Padre han perdido todo el derecho á su herencia.

Los cuatro soldados, colocados hacia los cuatro puntos cardinales de la tierra, hacen cuatro partes de las vestiduras del Señor, una para cada uno; y esta división significa que los gentiles de los cuatro ángulos del mundo deben tener parte en la Iglesia. Sin embargo, ellos no dividen la túnica, sino que dejan á la suerte que decida á quien de ellos debe pertenecer; esto significa que las naciones no pertenecerán á la Iglesia sino por una gracia que, á los ojos de los hombres, parece un efecto de la suerte, pero que realmente Dios es quien la prepara y la dispensa en el libre ejercicio de su soberanía; porque no es llamado el hombre á la fe en virtud de sus cualidades y de sus méritos personales, sino por una disposición secreta de los juicios de Dios.

Todos los padres y los doctores, que han reconocido unánimemente el misterio de la unidad de la Iglesia en la túnica inconsutil de Jesucristo, no dejan de clamar contra el crimen de los herejes y de los cismáticos que, con sus divisiones y errores, desgarran de una manera deplorable el seno de la Iglesia, que es la túnica divina del Redentor. ¡Oh! ¡qué violentas son las reconvenções que les

hacen! ¡Oh! ¡cuán terribles son los castigos con que les amenazan! Salud de vuestro sueño, oh vosotros cristianos desventurados que estáis fuera de la Iglesia; abrid los ojos al peligro en que os halláis, é imitad á los soldados del Calvario. Dejad de obstinaros en querer cortar con vuestras herejías y cismas esta túnica inconsútil del Salvador. Renunciad á los esfuerzos insensatos que hacéis para desgarrar la Iglesia, trabajo infernal que, sin causarle mal alguno, no hace otra cosa que dividirnos á vosotros, reduciros á la triste condición de los judíos, y excluirnos como á ellos de todos los beneficios de la religión de Jesucristo. Y nosotros los católicos, guardémonos también de desgarrar esta túnica divina, sembrando la desconfianza y la discordia entre la cabeza y los miembros, entre el padre y los hijos, entre el pastor y las ovejas, ó bien separando la fe de las obras y los dogmas de los preceptos, ó últimamente perteneciendo á la Iglesia solo exteriormente, y viviendo separados de ella por el desarreglo de nuestras costumbres. Trabajemos de consuno para apropiarnosla como el patrimonio particular de cada uno de nosotros, por la santidad de nuestras obras y el ejemplo de nuestra vida, y abracémosla con todo el valor de nuestra profesión y todo el ardor de nuestro celo.

Apenas Adán y Eva consumaron su pecado con su desobediencia, cuando se avergonzaron y se ruborizaron de verse desnudos; y habiendo entretenido varias hojas de higuera, se hicieron unos cintos con los cuales se cubrieron. ¡Inútil artificio! las hojas del árbol fatal que les había quitado la vida, no podían cubrir su desnudez. A pesar de este tejido frágil que les embarazaba sin cubrirles, no cesaban de ruborizarse de sí mismos á sus propios ojos y á los ojos de Dios. Así es que, como dice la Escritura, corren á ocultarse en la espesura del bosque, debajo de un árbol, procurando formarse un asilo con su ramaje. Pues bien, á este mismo árbol va á buscarlos el Señor; y allí es donde, después de echarles en cara su pecado y pronunciar su sentencia, les revela el profundo misterio del Salvador que debía un día rescatarlos. Compadecido de su desnudez y de su sonrojo, hace inmolrar dos corderos, forma con sus pieles dos túnicas ó vestidos fuertes y durables, y lleno de amor se los pone con sus propias manos.

¡Pero qué! ¿no estaba Adán desnudo antes de pecar? ¿Por qué no se avergonzó de verse en aquel estado sino después de su culpa? ¡Ah! porque la desnudez de su cuerpo era la figura de la horrible desnudez de su alma; porque por el pecado había perdido la vestidura blanca de la inocencia, de la gracia y de la justicia original; porque

el desorden y los movimientos de la concupiscencia rebelde que principió entonces á experimentar en su carne fueron el indicio y el efecto del desorden y turbación de las pasiones que comenzó á sentir en su corazón. Fué, pues, un instinto misterioso y profético, lo que hizo correr á Adán para buscar en el árbol un asilo, una defensa contra las miradas y contra la cólera de Dios. El presenta ya que el hombre pecador no encontraría refugio ni vestido sino en el sagrado árbol de la cruz. Por esta misma razón, al vestir Dios con la piel del cordero á Adán escondido en el árbol, revela desde este momento un profundo misterio, y nos enseña que los hombres pecadores se vestirán un día al pie del árbol de la cruz con las vestiduras del Cordero divino, y con la gracia de Jesucristo.

Ved, hermanos míos, como esta admirable profecía se cumple en el Calvario. Debiendo el Redentor satisfacer por los pecados del hombre y reproducir en sí mismo sus diversos estados, debió tomar también la desnudez y la vergüenza de Adán después del pecado. Mas como la inocencia y la gracia eran inseparables de él, que es la santidad por esencia, y como no podía tomar la desnudez interior del alma, ni la vergüenza del espíritu de Adán despojado de la gracia, tomó la desnudez exterior y la vergüenza que Adán experimentó cuando advirtió su desnudez corporal. ¡Oh espectáculo digno de compasión! A excepción de un velo que la piedad de su Madre le dió por respeto al pudor, el Hijo de Dios, que tiene la luz por vestido, que cubre al cielo de nubes, á las aves de plumas y á la superficie de la tierra de plantas y de flores, quiso ser crucificado desnudo y elevado así en la cumbre del Calvario, expuesto á las miradas insolentes de todo un pueblo. Y por el mérito de esta desnudez humillante para su augusta persona, de este sonrojo sensible á su corazón, nos alcanzó á todos la gracia de adornarnos como con una vestidura preciosa, con la gracia santificante que hemos recibido en el bautismo.

¡Ay! ¿en qué ha venido á parar para muchos cristianos esta vestidura preciosa de la gracia? ¡Desgraciados pecadores! Al abandonarnos á los vicios, la habéis sortado, la habéis desgarrado, la habéis perdido. ¡Cuán insensatos sois al envaneceros de los vestidos lujosos con que cubris vuestro cuerpo! El pobre que despreciáis porque está cubierto de harapos repugnantes, la humilde persona de quien os moñáis porque lleva el hábito religioso del claustro, ó el vestido de la sencillez y del pudor; todos esos, si están en gracia de Dios, se hallan vestidos ricamente y adornados con verdaderas joyas que cautivan la atención de los ángeles y atraen las miradas y el

amor de Dios. Pero vosotros, con todo el lujo de vuestros vestidos, que ostentan la riqueza, os halláis verdaderamente desnudos y sois un objeto de horror para los ángeles, é insufribles á los ojos de Dios. ¡Oh almas viciosas y perversas! en vez de bajar los ojos de confusión, en vez de ruborizaros de esa horrible desnudez, de esa profunda miseria que os hace objeto de desprecio para el Dios que os ha criado, hacéis de ella un objeto de gloria y un motivo de vanidad. Cuanto más pecadores sois, y por consiguiente más pobres y más desnudos, tanto más eleváis vuestra soberbia frente, ostentando en ella la audacia y la insolencia. ¡Desgraciados! ¿cuál será vuestra confusión cuando en el momento de la muerte vuestra alma, tan desnuda de gracia y de virtud, comparezca ante el tribunal de Jesucristo? ¡Ah! entrad dentro de vosotros mismos y llenaos de confusión. Buscad con empeño la vestidura preciosa de la gracia que habéis perdido; trabajad para vestiros de Jesucristo.

Arrojémonos, pues, á los pies de Jesucristo crucificado, de quien proceden todos los méritos; fijemos en él nuestras miradas y más aún nuestro corazón. Acercuémonos al sacramento de expiación, que recibe de la cruz todo su poder; despojémonos del hombre viejo, á fin de que pueda Jesucristo vestiros del hombre nuevo, borrar nuestros pecados y adornarnos con su gracia. Entonces, dirigiendo al Calvario nuestras miradas de reconocimiento, podremos dar gracias eternamente á nuestro Creador y Redentor por habernos concedido el auxilio poderoso de nuestra salvación. Así sea.

EL PERDÓN

Si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum.
Si alguno pecare, sepa que tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo, que es justo.

(I. JOAN, II, 1.)

¡A la montaña, á la montaña! ahora es el tiempo, hoy es el día de los grandes misterios. El verbo de Dios hecho hombre, la Sabiduría increada, la verdadera luz que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo, en el momento mismo en que parece próxima á extinguirse, brilla con un resplandor extraordinario desde el madero de dolor y de oprobio en que está enclavado. El Dios de majestad y de gloria publica su religión de amor. El gran monarca del universo promulga su código de perfecta justicia. El Hijo de Dios habla por última vez á los hijos de los hombres. El enviado de los cielos manifiesta á la tierra sus oráculos eternos. El más tierno de los padres declara su última voluntad y dicta su testamento en favor de sus hijos ingratos.

¡Oh testamento precioso, cuya primera disposición es una súplica llena de una ternura y de una eficacia infinita para nosotros! pues al implorar de su Padre la reconciliación, el perdón y el olvido, aseguro á todos los pecadores el perdón, el olvido y la reconciliación. Este misterio de infinita misericordia fué el que San Juan anunció en estos términos: Si alguno de vosotros tiene la desgracia de caer en el pecado, no desespere de su perdón; porque nosotros tenemos en Jesucristo, muerto por nosotros, un abogado para con el Padre Eterno, un protector siempre poderoso por su justicia, siempre compasivo por su bondad. El no sólo es nuestro mediador, sino también la víctima de propiciación, víctima por nuestros pecados y por los de todo el mundo.

Consideremos, pues, en el día de hoy esta disposición amorosa de Jesús, este legado de infinito valor que nos ha dejado nuestro Padre

en el momento en que se ofrecía a la muerte por nosotros. Penetrados de reconocimiento por un beneficio tan grande, y de confusión á vista de nuestra ingratitud, detestaremos nuestras culpas al pie de la cruz con la contrición de la Magdalena y la humildad del buen ladrón, y con estas disposiciones podremos recibir hoy el perdón que Jesucristo nos ha prometido y alcanzado, así como podremos comprobar también que él es realmente nuestro abogado solícito para con el Padre, y la verdadera víctima de propiciación por nuestros pecados. Para lograr esta gracia, invoquemos á la Virgen. *Ave María.*

Un reo, por muy criminal que sea, es, según las leyes romanas, un ser respetable y sagrado en el momento que sufre el castigo. *Hes sacra reus.* Ese reo tiene derecho á la compasión de los jueces que han pronunciado contra él la sentencia de condenación, y aun á la de los verdugos que le dan la muerte: á ninguno es permitido complacerse en sus tormentos, ultrajar su persona, ni insultar su dolor. Mas ¡ay! ¡pueblo desnaturalizado y cruel! esas consideraciones que la naturaleza manda, que las leyes sancionan y que han sido observadas siempre con los más culpables de entre los hijos de los hombres, se olvidan enteramente cuando se trata del Hijo de Dios.

Apenas se enarboló la cruz, apenas el crucificado es expuesto á la vista del pueblo inmenso que habia acudido á esta sangrienta ejecución, cuando todos los espectadores palpitando de gozo, y sin enterarse ni ablandarse ante el cruel espectáculo que presenta un cuerpo tan perfecto y delicado pendiente de tres clavos, cubierto de heridas y manando sangre, todos dejan en paz á los dos malhechores crucificados á sus dos lados, y principian á vomitar contra Jesucristo los insultos más amargos, las provocaciones más sacrílegas y las blasfemias más atroces. Los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la ley y los ancianos de Israel, olvidando su dignidad y el respeto que se deben á sí mismos, confundidos con el populacho, no se avergüenzan de tomar parte en el insulto, y agrupados en torno de la cruz de manera que pudiera Jesús oír sus palabras decíanse mutuamente: «¡Oh! ¡qué poderoso es el Salvador que nos habia venido! El ha salvado á otros, y no puede salvarse á sí mismo. Mira, pueblo judío, al que tuvo la audacia de suponerse el Hijo de Dios. Si él representa la verdad, ¿por qué Dios su Padre no se apresura á librar de nuestras manos á su Hijo muy amado en quien tiene todas sus complacencias? Los mismos soldados romanos, aunque ajenos al sentimiento de odio infernal de que estaban animados los judios contra el Salvador, le insultaban también diciéndole: «¿Podemos creer

que eres el rey de los judios? ¡Pues bien! si eres realmente el Rey y Mesias, sálvate á ti mismo y muéstranos tu poder.» Hasta los transeuntes, que no habian tomado parte alguna en su condenación, al ver la cruz elevada en el Calvario, mezclan sus blasfemias con las injurias de los que, colocados alrededor de la cruz, se recrean en las penas y en los oprobios de Jesús crucificado. Y así, mueven la cabeza en señal de desprecio, y le dicen en tono de ironía insultante: «Miserable, tú que quieres destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días, tú que te jactabas de poder obrar un prodigio tan grande, ¿por qué no haces un milagro mucho más pequeño de salvarte á ti mismo? Si eres el Hijo de Dios, prueba lo bajando de la cruz. En una palabra, toda piedad parece extinguida en aquella multitud feroz; judios y romanos, príncipes y pueblo, espectadores y verdugos se muestran dominados por un furor incomprensible. Los mismos gritos de odio y de desprecio contra Jesús salen de todas las bocas, porque estos sentimientos están en todos los corazones; y elevándose de todos los puntos desde donde podia verse la cruz un concierto unánime de maldiciones, de reconvenções, de sarcasmos, de blasfemias y de insultos, hacia resonar el aire con una armonía infernal, que un oco de horror repetía en la funesta montaña. ¡Oh crueldad! ¡oh barbarie! ¡oh humanidad ultrajada! ¡oh majestad de Dios vilipendiada! Desde el principio del mundo, jamás los hombres habian llevado á tal exceso el endurecimiento, el orgullo, la crueldad, la impiedad y el sacrilegio.

Pero ¡qué veo! el ciclo se oscurece, la tierra tiembla, el sol se eclipsa y se niega á alumbrar un crimen tan atroz. La naturaleza entera no puede sufrir el horroroso atentado cometido contra su divino autor; todas las criaturas gimen. ¡Qué desgracia! El Altísimo se prepara á la venganza, el crucificado eleva al cielo sus ojos tristes, y hace subir hasta el trono de su Padre su voz agonizante. «Padre mio, exclama, Padre mio, antes que muera os pido una sola gracia, y es que perdonéis á los judios y á los gentiles, á los acusadores y á los jueces, á los príncipes y al pueblo, á los ministros y á los verdugos, á los sacerdotes y á la plebe todos los tormentos, todos los oprobios que me hacen sufrir en este dia; ellos no me han conocido, Padre mio, y, más ciegos que culpables, no saben lo que hacen.» ¡Oh buen Jesús! ¡oh tierno y amable Jesús, cuánta confianza y cuanto gozo no debe excitar en nuestros corazones esta súplica tan dulce! Ella nos descubre los torrentes de suavidad celestial y de unión divina que vos derramáreis en el corazón de las almas fieles que os buscan, que os sirven y os aman, supuesto que derramáis con tanta abundancia el óleo de vuestra misericordia sobre los que os crucifican.

Notad el cuidado con que procura excusar la enormidad de un crimen que no admite excusa alguna: «Ellos no saben lo que hacen,» dice. Ved aquí lo que quiso decir con estas palabras: «Ellos no me han conocido, oh Padre mio, por lo que soy, por vuestro Hijo y su Salvador. Esta es la causa porque ultrajan al que debieran adorar, y aborrecen al que debieran amar. Perdonadles su malicia por causa de su ignorancia; tened piedad de ellos porque son fragiles, porque están obcecados por las pasiones que no les permiten entender lo que dicen ni ver lo que hacen.» Ningún defensor se ha mostrado jamás en sus discursos tan solícito ni tan ingenioso para salvar á su cliente de la muerte temporal, como Jesucristo se ha mostrado en esta súplica de infinita misericordia para librar á sus verdugos de la muerte eterna. El pronuncia el informe más elocuente, la defensa más completa y el discurso más convincente y más eficaz, y de este modo prueba que es el más tierno, el más compasivo, el más ingenioso y el más elocuente de los defensores para con Dios, no menos por la santidad de su persona que por los transportes de su caridad.

Como pudo decir Jesús que los judíos no sabían lo que hacían, cuando la injusticia de su perfidia, de su odio y envidia, la maldad de sus acusaciones y su obstinación cruel en pedir su muerte habían sido tan palpables y evidentes, que el mismo Pilatos se convenció de ellas? ¡Hubo jamás una malicia más voluntaria, más consumada y, por lo mismo, más inexcusable? Todo esto es muy cierto; pero no lo es menos que los judíos pidieron la muerte del autor de la vida porque no le conocieron.

Detengámonos un instante en considerar esta escena única en la historia del mundo. Jesucristo no confundió los pecadores con los pecados; el distinguió nuestras culpas de nuestras personas; el quiso destruir aquellas y salvar estas. ¡Ay! ¡qué sería de nosotros si el no hubiera hecho esta distinción! Al amarnos así Jesucristo, nos ha enseñado como debemos amarnos mutuamente; nos ha enseñado que en las ofensas que se nos hacen debemos hacer una distinción entre la injusticia de nuestros enemigos y la condición de su naturaleza, distinguir lo que hacen de lo que son, detestar su pecado sin odiar sus personas, como el buen médico que odia la enfermedad y la combate, sin dejar por eso de mostrarse compasivo con el enfermo y asistirle. En efecto: las pasiones del que nos ofende injustamente son verdaderas enfermedades de su espíritu, y nuestras oraciones y nuestra caridad tienen mayor fuerza para curarlas que el odio y la venganza.

San Bernardo nos exhorta á que excusemos, á ejemplo de Jesu-

cristo, la intención del que nos ofende, si no podemos excusar su acción; él nos excita á que atribuyamos la injusticia, que nos lastima, á ignorancia, á inadvertencia, ó á cualquiera otra circunstancia casual, más bien que á malicia. Mas ¡ay! estos ingeniosos artificios de la caridad son raros entre los cristianos de nuestros días; el ofendido procura abultar á sus propios ojos y á los de otros la injuria que ha recibido, para justificar, con su exageración, su odio y su resentimiento y la prisa que se da á satisfacerlos.

Pero, ¡desventurados cristianos! ¡deseariais que Dios os tratase como tratáis á vuestros hermanos, y que á la más leve falta que cometáis hiciese estallar su cólera y vibrase sus rayos para castigaros en vuestra fortuna, en vuestro honor, en vuestra familia, en vuestra persona y en vuestra vida? Seguramente que no. ¡Cuán injusta es, pues, vuestra pretensión! Vosotros, seres miserables, vosotros ultrajáis á Dios por el pecado, y queréis que Dios os perdone, mientras que en vuestro resentimiento y en vuestro implacable orgullo, no queréis perdonar á un hombre semejante á vosotros. Vosotros no sois más que un poco de polvo, un gusano de la tierra, y no queréis excusar al polvo, y pretendéis que el gran monarca de los cielos haga descender el perdón sobre vosotros. ¡Vana ilusión! Dios no permite que nosotros tengamos dos pesos, dos reglas y dos medidas. No es posible que Dios reserve su misericordia para nosotros, y su justicia para los demás; porque Jesucristo ha dicho que Dios usará con nosotros la misma medida que hayamos usado con los demás; es decir, que la deuda inmensa que hemos contraído con Dios no nos será perdonada, si por nuestra parte no echamos el velo del olvido sobre las ofensas que se nos han hecho.

Acordaos del siervo inicu del Evangelio, á quien su señor había perdonado la deuda enorme de diez mil talentos, y que no quería perdonar á uno de sus compañeros de la de algunos denarios. El señor, justamente irritado, retiró la palabra de perdón que le había dado, hizo resucitar contra este siervo cruel su antiguo crédito, le hizo encerrar en una prisión oscura y le entregó á los verdugos. Pues bien; así es, dice Jesucristo, como obrará mi Padre celestial con vosotros; lejos de perdonaros vuestras culpas, os castigará severamente si no perdonáis de corazón á vuestros hermanos. ¡Dichosos vosotros, cristianos sinceros, discípulos fieles de Jesucristo, vosotros que, dóciles á sus lecciones y ejemplos, no conserváis resentimiento alguno por las injurias que habéis recibido, sino que respondéis á las imprecaciones con las súplicas, á las ofensas con los beneficios, y al odio con el amor! En tanto que vosotros perdonáis las injusticias con que os

persiguen, Jesús implora y obtiene para vosotros el perdón de los pecados que habéis cometido. Mientras oráis por vuestros enemigos, Jesús pide por vosotros. Mientras que vosotros derramáis vuestros beneficios sobre los que os han ofendido, Jesús derrama su sangre sobre vosotros. En tanto que os constituís defensores de vuestros hermanos ante vosotros mismos, Jesús desempeña en vuestro favor el oficio de abogado ante Dios. El excusa vuestras faltas y os viste de sus méritos; él os lava con su sangre y os muestra su protección; vosotros os hacéis sus amigos y sus hermanos, supuesto que participáis de ese espíritu de caridad con que él se inmolo en la cruz, y por esta causa os estrecha contra su corazón, os oculta en sus llagas, os comunica su filiación divina y os hace entrar con él en posesión de su herencia celestial.

Mas, quizá dirá alguno; el Señor no imploró el perdón más que para los judíos y los gentiles, autores injustos y crueles de su muerte. No fué así; él lo solicitó igualmente para nosotros, para todos los pecadores, porque sobre su trono de dolor defendió nuestra causa como defensor poderoso, porque es justo, y su propiciación eficaz é infinita, comprendió no sólo nuestros pecados, sino los de todo el mundo. En efecto, observad que en su oración no se expresó en términos limitados. El no dijo: «Perdonad á los judíos ó á los gentiles, á Caifas ó á Pilatos.» Habló, si, en términos generales diciendo: «Perdonadlos. Es decir que oro por todos aquellos que de cualquier manera cooperaron á su muerte y fueron causa de ella. Es muy cierto que habiendo muerto Jesucristo por las iniquidades de todos, supuesto que su Padre le había cargado con la obligación de pagar todas nuestras deudas, todos los hombres contribuyeron más ó menos con sus pecados á su crucifixión y á su muerte. Cuando San Pablo nos dice que todos los que, después de haber sido regenerados por el bautismo, vuelven á caer en el pecado, no hacen otra cosa que crucificar de nuevo al Hijo de Dios, nos da á entender claramente que todos los pecadores le han crucificado ya otra vez. Por consiguiente, todos los hijos de Adán, pasados, presentes y futuros, han contribuido á derramar esta sangre, supuesto que fué derramada por los pecados y la santificación de todos. La muerte del Redentor no fué sólo un crimen producido por la injusticia de Pilatos y el odio de los judíos, sino que fué también un misterio exigido por la miseria y los extravíos de todos los hombres.

¡Oh dulce Jesús! ¡oh tierno y amable Jesús! nosotros os damos gracias con toda la efusión, con todos los transportes de nuestro corazón, por habernos tenido presentes á todos sobre la cruz á los ojos

de vuestra bondad y misericordia. Os damos gracias por habernos comprendido á todos en vuestra oración, y por haber hecho valer en ella y por ella nuestras excusas, por haber presentado nuestra defensa, defendido nuestra causa, desarmado la cólera divina, y habernos alcanzado á todos el perdón. Con esta súplica habéis hecho que la gracia exceda al crimen; lo que habéis satisfecho por nosotros á la justicia infinita es más de lo que le debíamos; lo que habéis pedido por nosotros es mucho más de lo que necesitábamos; lo que nuestro Padre celestial podía negar justamente á nuestra indignidad, á nuestra ingratitud y á nuestra malicia, no puede negaros á vos que sois su Hijo, que lo habéis pedido para nosotros, que continuáis sin descanso pidiéndolo en nosotros y con nosotros, con la única condición de que nos unamos á vos. Con esta sola condición, la justicia divina, á la que fiemos satisfecho abundantemente, está como obligada á volvernos su confianza y su amor.

Esta es la razón porque, subyugados y confundidos por las señales de vuestra tierna caridad, sentimos un excesivo dolor de haber pecado, y juramos al pie de la cruz no volver á pecar en adelante. Mas si tenemos alguna vez la desgracia de correr por la pendiente resbaladiza del mal, por grande que sea nuestra malicia, por monstruosa que sea nuestra ingratitud, ¡ah! jamás añadiremos á la injuria, que os habremos hecho hollando vuestra santa ley, la injuria, todavía mas sensible á vuestro corazón, de desespear del perdón que habéis solicitado y obtenido para nosotros. La multitud de nuestros pecados podrá humillarnos, confundirnos y quebrantarnos de dolor, pero no podrá desespararnos ni abatirnos. Nosotros recordaremos siempre la súplica tan tierna y tan eficaz que dirigisteis por nosotros á vuestro Padre, y mientras que ella nos hable de vuestro amor para guardarlos contra el pecado, y nos repita nuestra ingratitud, nos dará también la esperanza de alcanzar vuestro perdón, porque ella nos dirá que tenemos siempre en vos, para con el Padre celestial, un abogado, á cuya justicia y caridad nada puede negarse, á quien todo se ha concedido, y que es por consiguiente la propiciación infalible, la fianza perpetua y la prenda segura del perdón, no sólo de todos nuestros pecados, sino también de los de todo el mundo.

No puede dudarse que el Padre Eterno oyo todas las súplicas que le dirigió Jesucristo, supuesto que el Salvador dijo á su Padre: Yo sé, Padre mio, que vos me escucháis siempre. Es indudable, por consiguiente, que la súplica que Jesús crucificado hizo á su Padre para atraer el perdón sobre sus verdugos fué oída, aun con respecto al tiempo, al modo y á las dolorosas circunstancias en que tuvo lu-

gar. Porque por la eficacia omnipotente de esta oración sublime, el perdón fue concedido al buen ladrón, al centurión, á los soldados que habían crucificado á Jesús, á la multitud que volvió del Calvario hiriéndose el pecho en señal de dolor, y á aquellos millares de judíos que se convirtieron después en la predicación de San Pedro, y formaron la primitiva Iglesia.

Y ¿por qué tan sólo aquellas pocas personas fueron las que se convirtieron y alcanzaron el perdón? ¿Sería porque Jesús no oró más que por ellas? No. La palabra genérica *illis*, á todos ellos, significa claramente que el Señor comprendió en su súplica á todos los que directa ó indirectamente habían cooperado á su pasión y muerte; que esta súplica fue como una amnistía general, un jubileo universal, un perdón que se extendía á todo el mundo, del que ninguno fue excluido ni exceptuado, y del que el mismo Judas hubiera podido aprovecharse si hubiera recurrido á la penitencia, arrojándose en los brazos de Jesucristo, y si la desesperación no le hubiera arrastrado al suicidio. Luego si una súplica hecha por todos no sirvió más que á un pequeño número, fue porque Jesucristo, al hacerla, no aseguró la impunidad á todos los pecadores, sino que imploró y obtuvo el perdón para todos los penitentes que quisiesen borrar sus crímenes con una fe viva y un arrepentimiento sincero. Pues bien, como la mayor parte de los judíos, ciegos voluntarios, insensibles y endurecidos contra el prodigio de tantas virtudes y contra la virtud de los numerosos prodigios que señalaron la muerte del Salvador, opusieron una resistencia infernal á su gracia, y se obstinaron en su atentado con una terquedad diabólica, no participaron por lo mismo del gran beneficio del perdón divino. Ved aquí, pues, la importante lección que nos ofrece este misterio; á saber, que aunque el perdón fue solicitado para todos sin excepción alguna, sin embargo no participan de él sino aquellos que se aplican su fruto por una sincera penitencia.

No nos forjemos ilusión; la mediación de Jesucristo, su intercesión y perdón, lejos de dispensarnos del arrepentimiento de nuestros pecados, nos imponen, por el contrario, una obligación rigurosa de participar del sacramento de la penitencia, en el que se nos aplica el mérito infinito de la oración de Jesucristo. Con esta sola condición podremos disfrutar de las ventajas que nos ha proporcionado esta oración sublime. Con esta condición podremos pedir á la justicia divina, sin temor de ser rechazados, y con la confianza de ser oídos, y de que salde nuestras cuentas y borre nuestras deudas. Con esta condición, en fin, podemos gloriarnos santamente de tener en

Jesucristo, nuestro Redentor, un abogado tan justo como poderoso, que nos hará propicio á su Eterno Padre, á pesar de los pecados que hemos cometido, y que nos alcanzará el perdón, la gracia y la salvación eterna, supuesto que puede obtener todo esto, aun para el mundo entero. Así sea.

EL ABANDONO, LA SED Y LA CONSUMACIÓN

Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

Habiendo amado Jesús á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

(JOAN. XIII, 1.)

Quando el Hijo de Dios, yendo por la última vez á Jerusalén, anunció á sus apóstoles la muerte que esperaba en esta ciudad decidida, no designó de una manera clara quién había de ser el que le diese muerte, sino que se limitó á decir: El Hijo del hombre será entregado, para ser crucificado. ¿Y por qué obró así el Redentor? Porque ni era una persona sola, ni un solo motivo lo que debía conducirle á la cruz.

En efecto, visiblemente y en el tribunal de los hombres, Jesús fue entregado á la muerte por Judas, el discípulo que le hizo traición; lo fue igualmente por el odio de los fariseos; lo fue por el furor de toda la nación y de los sacerdotes sus jefes; lo fue finalmente por la debilidad, por la injusta y cobarde política de Pilatos. Pero invisiblemente y ante el tribunal de Dios fue entregado por el grito de todos los pecados del mundo y por la justicia inexorable del Padre celestial, que no perdonó ni aun su propio Hijo desde que le vió cubierto con el manto de pecador; y principalmente, ¡oh tierno y delicioso misterio! él fue como impulsado y arrastrado á la muerte por su amor, por su caridad infinita, que le obligó á inmolarse por nosotros.

gar. Porque por la eficacia omnipotente de esta oración sublime, el perdón fue concedido al buen ladrón, al centurión, á los soldados que habían crucificado á Jesús, á la multitud que volvió del Calvario hiriéndose el pecho en señal de dolor, y á aquellos millares de judíos que se convirtieron después en la predicación de San Pedro, y formaron la primitiva Iglesia.

Y ¿por qué tan sólo aquellas pocas personas fueron las que se convirtieron y alcanzaron el perdón? ¿Sería porque Jesús no oró más que por ellas? No. La palabra genérica *illis*, á todos ellos, significa claramente que el Señor comprendió en su súplica á todos los que directa ó indirectamente habían cooperado á su pasión y muerte; que esta súplica fue como una amnistía general, un jubileo universal, un perdón que se extendía á todo el mundo, del que ninguno fue excluido ni exceptuado, y del que el mismo Judas hubiera podido aprovecharse si hubiera recurrido á la penitencia, arrojándose en los brazos de Jesucristo, y si la desesperación no le hubiera arrastrado al suicidio. Luego si una súplica hecha por todos no sirvió más que á un pequeño número, fue porque Jesucristo, al hacerla, no aseguró la impunidad á todos los pecadores, sino que imploró y obtuvo el perdón para todos los penitentes que quisiesen borrar sus crímenes con una fe viva y un arrepentimiento sincero. Pues bien, como la mayor parte de los judíos, ciegos voluntarios, insensibles y endurecidos contra el prodigio de tantas virtudes y contra la virtud de los numerosos prodigios que señalaron la muerte del Salvador, opusieron una resistencia infernal á su gracia, y se obstinaron en su atentado con una terquedad diabólica, no participaron por lo mismo del gran beneficio del perdón divino. Ved aquí, pues, la importante lección que nos ofrece este misterio; á saber, que aunque el perdón fue solicitado para todos sin excepción alguna, sin embargo no participan de él sino aquellos que se aplican su fruto por una sincera penitencia.

No nos forjemos ilusión; la mediación de Jesucristo, su intercesión y perdón, lejos de dispensarnos del arrepentimiento de nuestros pecados, nos imponen, por el contrario, una obligación rigurosa de participar del sacramento de la penitencia, en el que se nos aplica el mérito infinito de la oración de Jesucristo. Con esta sola condición podremos disfrutar de las ventajas que nos ha proporcionado esta oración sublime. Con esta condición podremos pedir á la justicia divina, sin temor de ser rechazados, y con la confianza de ser oídos, y de que salde nuestras cuentas y borre nuestras deudas. Con esta condición, en fin, podemos gloriarnos santamente de tener en

Jesucristo, nuestro Redentor, un abogado tan justo como poderoso, que nos hará propicio á su Eterno Padre, á pesar de los pecados que hemos cometido, y que nos alcanzará el perdón, la gracia y la salvación eterna, supuesto que puede obtener todo esto, aun para el mundo entero. Así sea.

EL ABANDONO, LA SED Y LA CONSUMACIÓN

Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

Habiendo amado Jesús á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

(JOAN. XIII, 1.)

Quando el Hijo de Dios, yendo por la última vez á Jerusalén, anunció á sus apóstoles la muerte que esperaba en esta ciudad decidida, no designó de una manera clara quién había de ser el que le diese muerte, sino que se limitó á decir: El Hijo del hombre será entregado, para ser crucificado. ¿Y por qué obró así el Redentor? Porque ni era una persona sola, ni un solo motivo lo que debía conducirle á la cruz.

En efecto, visiblemente y en el tribunal de los hombres, Jesús fue entregado á la muerte por Judas, el discípulo que le hizo traición; lo fue igualmente por el odio de los fariseos; lo fue por el furor de toda la nación y de los sacerdotes sus jefes; lo fue finalmente por la debilidad, por la injusta y cobarde política de Pilatos. Pero invisiblemente y ante el tribunal de Dios fue entregado por el grito de todos los pecados del mundo y por la justicia inexorable del Padre celestial, que no perdonó ni aun su propio Hijo desde que le vió cubierto con el manto de pecador; y principalmente, ¡oh tierno y delicioso misterio! él fue como impulsado y arrastrado á la muerte por su amor, por su caridad infinita, que le obligó á inmolarse por nosotros.

Y precisamente para hacer ver que su bondad para con nosotros fué el principal móvil de su sacrificio, y que fué inmolado por las manos de la caridad, en la víspera de su muerte hizo brillar de una manera más viva, más tierna y más generosa el amor que nos había manifestado durante su vida. Ya hemos visto, en efecto, que extendido sobre la cruz, como en un lecho de ignominia y de dolor, cubierto de oprobios, saciado de amarguras y abrumado de tristeza, olvidado de sí mismo, no piensa más que en nosotros. En las tres primeras palabras que pronunció desde la cruz, alcanzó el perdón para los pecadores, abrió el Paraíso á los justos, y legó á los fieles por madre á su propia Madre. Este amor iba creciendo cada vez más á medida que se acercaba la hora del último sacrificio, y en las palabras que pronunció después, en las que se quejaba de su abandono, declaró que sentía una sed abrasadora, y anunció la consumación del gran misterio, dejándonos prendas todavía más preciosas, y pruebas todavía más tiernas y más patéticas de su caridad. Esto es lo que debemos considerar en el día de hoy en la explicación de estas inefables palabras, á fin de que formemos de una vez la firme resolución de darnos enteramente á aquel que se dio todo á nosotros y que se sacrificó por nosotros. *Ave María.*

Después de haber dirigido la palabra Jesús á su Madre, elevando al cielo su rostro sagrado, sus ojos bañados en lágrimas, y más aún su corazón, habla á su Padre, y con una voz fuerte y sonora le dice: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Y ¿qué! ¡el Hijo Eterno de Dios, consubstancial á él, se halla abandonado por su mismo Padre en este terrible momento? No; guardémosnos de encañarnos en la inteligencia de estas palabras. Aunque en Jesucristo hay dos naturalezas, no hay, sin embargo, más que una persona, la persona divina del Verbo, y ésta no abandonó ni pudo abandonar la naturaleza humana á la que estaba íntima y substancialmente unida. Pues bien, así como el Padre está en el Verbo y el Verbo en el Padre, así como la naturaleza humana de Jesucristo no se separó jamás de la persona del Verbo, así tampoco la persona del Verbo fué abandonada jamás por la del Padre, porque el Verbo no podía separarse del Padre. ¿Cuál es, pues, ese abandono de que se queja el Salvador moribundo, y cuál es ese misterio en el que Jesús nos prepara la última prueba de su amor?

Recordemos, en primer lugar, que estas palabras son las primeras del salmo veintitavo. Pues bien; al decirnos el Evangelista que el Señor pronunció en alta voz este primer versículo, quiso hacernos conocer que recitó el salmo entero desde la cruz.

David, en este salmo, profetizó y describió con la exactitud de un evangelista la historia entera de la Pasión, de la Muerte y Resurrección del Mesías. El anunció que el Salvador tendría las manos y los pies taladrados, y que sus vestidos serían repartidos entre sus verdugos, y su túnica inconsutil echada á la suerte. El anunció con las mismas palabras los cargos que los príncipes de los sacerdotes habían de hacerle porque ponía su confianza en el Señor, y la provocación sacrilega hecha á Dios para que le librase de la cruz, como una prueba de que era su Hijo. Él vió en espíritu y consignó la particularidad de que todos los que viesen la cruz desde lejos le insultarían y moverían la cabeza en señal de desprecio. Todas estas circunstancias se cumplieron á la letra mientras que Jesús estaba en el altar de su sacrificio. Por consiguiente, al recitar el Salvador este salmo, que lo sabían de memoria los judíos y los sacerdotes que asistían á este espectáculo, y en el que sabían estaban anunciados los sufrimientos y las glorias del Mesías, les obligó á recordar, á pesar suyo, una profecía tan importante, ofreciéndoles así un nuevo medio de conversión y de salvación.

¿Y qué cosa más á propósito, en efecto, para cubrirlos de confusión, para convencerlos, para ablandarlos y moverlos á penitencia? Lanza ante todo una vehemente exclamación; después, recita el salmo en que está anunciada la historia de lo que sucede en el Calvario en aquel momento, y guardando en seguida un silencio profundo, les da tiempo y ocasión para reflexionar sobre el mismo salmo, para confrontar la profecía con los hechos, y observar la exactitud con que este gran oráculo se cumple entónces á su vista y por su ministerio. De este modo, con un artificio de amor divino, les llama á que reconozcan en el Crucificado, á quien insultan, el Mesías anunciado tantos siglos antes; los instruye sin amenazarlos, los convence sin recovvenirlos, y los hace conocer la enormidad de su crimen sin castigarlos. ¡Oh nuevo rasgo de misericordia, de bondad y de amor! El Redentor no cesa hasta el último instante de apiadarse de los judíos sus verdugos, de excitarlos al arrepentimiento y ofrecerles el perdón.

Al llamar Jesús á los judíos á la verdadera fe con esta estrategia de amor, confirma á los cristianos en esta misma creencia. En efecto; al recitar este salmo en unas circunstancias tan solemnes, nos manifiesta claramente que este salmo se refiere á él; que es una profecía de los padecimientos que sufría entónces en la cruz, y de los misterios que cumplía en ella, y, por consiguiente, borra el escándalo de sus dolores y de sus ignominias; convierte las circuns-

tancias más humillantes para su persona y más contrarias á su dignidad en otros tantos testimonios que atestiguan la verdad de su título de Mesías y de Redentor, y la de la religión cuyos fundamentos echaba entonces; y con este deseo de instruirnos y confirmarnos en la fe, nos da hasta el fin pruebas cada vez mayores de su ardiente caridad.

El Redentor, agonizando, nos ha revelado en estas palabras un sublime y patético misterio. Es muy cierto que interiormente y con relación á la naturaleza divina, que hace que el Padre y el Verbo sean una misma cosa, el Padre no dejó ni pudo dejar á su divino Hijo; mas exteriormente y respecto á la naturaleza humana que el Verbo había tomado de nosotros, parecía, observa San Bernardo, que el Padre Eterno le había dejado, supuesto que le puso en poder de sus enemigos, le entregó al furor de los hombres y de los demonios, á todos los oprobios, á todos los ultrajes, á todos los tormentos y á todos los horrores del suplicio de la cruz. Esta indiferencia aparente, esta negligencia en impedir con su omnipotencia y vengar con su justicia los bárbaros tormentos que hacían sufrir á su Hijo adorable, fué un verdadero abandono exterior y visible, y á este abandono aludía el Salvador.

Sin embargo, según San León, al decir Jesucristo á su Padre: «¿Por qué me has abandonado?» no trata de quejarse, sino de invitarnos á reflexionar sobre el motivo de este abandono en las manos de los verdugos feroces y crueles; con estas palabras quiere decirnos: «Considerad atentamente la razón por qué me veo abandonado así de mi Padre. Esto consiste en que llevo la librea de vuestros pecados, y en que soy vuestro verdadero Salvador. Este abandono no es efecto de mi miseria, sino de mi ternura, y lo sufro, no porque estoy privado del auxilio divino, sino porque me he ofrecido espontáneamente á morir sin auxilios por vuestro amor».

En efecto: el Padre deja exteriormente á su Hijo en este triste abandono, porque Jesucristo fué clavado en la cruz en lugar nuestro, porque se cargó con nuestros pecados y contrajo la obligación de expiarlos; y porque, en fin, representa al viejo Adán, al hombre viejo á quien debe destruir. La humanidad entera había sido abandonada por Dios á causa de su pecado; mas el Hijo de Dios se constituyó nuestro abogado, y en esta queja no hizo otra cosa que deplorar la desgracia de aquellos cuya culpa se encargó de expiar, probando de este modo cuanta razón tienen en llorar los que pecan, supuesto que el que jamás había cometido falta alguna no pudo dejar de gemir. Por esta razón, añade San Agustín, el grito desga-

rrador que lanzó el Salvador no es tanto una queja dirigida á su Padre, cuanto una instrucción preciosa é importante dirigida á nosotros.

¡Cosa admirable! Jesucristo es el verdadero Hijo de Dios, consubstancial y coeterno con el, puro, inocente, sin la sombra siquiera de pecado, colmado de todas las riquezas de la santidad y de la gracia, y, por consiguiente, objeto único de las complacencias eternas de Dios; el hijo más perfecto del más perfecto de todos los padres. Sin embargo, porque se halla revestido, no por necesidad, sino por amor, del vestido exterior del pecado, de la semejanza sola de pecador, este Padre, tan bueno, no perdona á su Hijo muy amado. Pero si este es el tratamiento que el Hijo se ve obligado á sufrir, ¿qué será de los siervos? Si éste, que sólo tiene la forma exterior de pecador, es castigado con tanto rigor, ¿con cuánto lo seremos nosotros, hombres de pecado, que tenemos toda la malicia, todo el desorden voluntario y toda la corrupción del pecado?

Comprendedlo bien, cristianos, vosotros los que os abandonáis á los vicios y á las pasiones, y que acumuláis faltas sobre faltas con tanta tranquilidad y tanto descaro, vosotros sois un objeto de horror para Dios. El pecado de que, no sólo estáis vestidos, sino penetrados hasta los huesos, os hace odiosos á los ojos de Dios. Desde el momento en que os ve y reconoce pecadores, no descubre en vosotros su obra; sólo ve en vosotros unos vasos de cólera, dignos de ser arrojados al fuego. En tanto que permanecéis en ese estado, no acepta vuestras alabanzas ni vuestros sacrificios; y así no tenéis derecho alguno á su misericordia, á su protección ni á su amor; vosotros no tenéis derecho más que á su indignación y á sus venganzas; el no puede inclinar los ojos hacia vosotros sino para castigaros. Mirad al Hijo de Dios entregado al furor de las pasiones humanas, sólo desnudo, sin que nadie se encargue de su defensa, ni le consuele en sus penas; abandonado de la tierra, parece que lo está también del cielo; despreciado de los hombres, parece que está abandonado de Dios de tal manera, que no puede detener la queja en sus labios. Pues bien; Jesucristo es, en este estado, la imagen viviente del pecador obstinado que incurre en el abandono de Dios y en la privación de todo consuelo por parte de los hombres.

Considerad que, en rigor de justicia, el pecador debería permanecer siempre bajo el peso de este abandono, especialmente si después de haber obtenido la reconciliación que el Redentor le había merecido por su oración, ha vuelto á caer en el pecado, y, sobre todo, si de esta misma facilidad de obtener el perdón, ha hecho un

motivo de nuevos desórdenes y de penitencia, correspondiendo así a un exceso de bondad con un exceso de ingratitud. Si, esos pecadores ingratos deberían permanecer para siempre en el estado que han elegido; deberían ser abandonados para siempre a sus propias pasiones y a las venganzas de Dios; y, sin embargo, mientras estamos en el mundo, no aparta Dios su vista de nosotros inexorablemente para castigarnos por nuestra insensibilidad. Aun cuando al cometer el pecado abandonemos realmente a Dios, este Dios tan bueno, en consideración al abandono de su Hijo, no nos abandona jamás definitivamente por muchas que sean nuestras reincidencias. El camino para volver no se cierra jamás; la tabla de la penitencia está siempre de nuestra parte; la gracia de la conversión no se nos niega jamás; el seno de Dios está siempre abierto para recibirnos, y su mano siempre levantada para absolvernó.

El Salvador no se contentó con obtener de Dios que no nos abandonara; él quiso también prepararnos los medios para que no nos olvidáramos de Dios ni de nosotros mismos. Esto fué lo que hizo cuando pronunció esta consoladora palabra: «Tengo sed.» Palabra que trató de explicarlos.

Después de habernos Jesús asegurado el perdón, después de habernos prometido el cielo, de habernos dejado por madre a su propia Madre, y de habernos alcanzado la gracia que nos salvó del abandono de Dios, parecía que nada le quedaba que decir ni hacer por nosotros antes de consumir su sacrificio. San Juan observa que después de haber dicho el Señor las enaños primeras palabras, vió que todas las profecías relativas a su vida y a su muerte se habían cumplido. Pero quedaba todavía una circunstancia anunciada por David; a saber, que habían de dar al Mesías vinagre para aplacar su sed.

Es verdad que al llegar el Redentor al Calvario, le prepararon los judíos, como un confortativo, un vino corrompido y emponzoñado. Mas esta bebida, que le había sido ofrecida espontáneamente por los judíos, no cumplía la profecía cuyas palabras dicen claramente que el Mesías experimentaría la sed; que manifestaría esta necesidad, y que en consecuencia de esta manifestación le darían a beber vinagre. Por lo tanto, para cumplir esta profecía en sus más pequeñas circunstancias, Jesús moribundo lanzó desde la cruz este grito: «Tengo sed.»

Esta reflexión del santo Evangelista es admirable. Ella nos manifiesta que Jesús crucificado, olvidado del presente, sólo se ocupa en la profecía hecha en el pasado y en los misterios que tienen por objeto la salvación de todos los hombres, y con una gran serenidad de

espíritu hace comparecer ante sí a todos los siglos, recorre la Escritura, lee en ella todo cuanto tiene relación con su sacrificio, y procura cumplir todo cuanto en ella está figurado y anunciado. Esta reflexión nos revela que en medio de los gritos prolongados de sus enemigos, en medio de los dolores y de los oprobios que le abrumaban, siempre presente a sí mismo, todo lo ve, todo lo ordena y todo lo dispone a fin de consumir el gran sacrificio que, ofrecido una sola vez, conserva sin embargo toda su eficacia para santificar y salvar al mundo.

Habían preparado al pie de la cruz, según el uso, ó más bien por una disposición divina, un vaso lleno de vinagre. Al oír á Jesús quejarse de la sed que padece, uno de los verdugos toma una esponja, la sumerge en el vaso, y cuando se llena de vinagre la coloca en el extremo de una caña y la aproxima á la boca del Salvador. Jesús aspiró con sus labios secos el licor amargo que le presentaron, y así se cumplió la profecía.

Jesucristo tenía sed, sed positiva y ardiente; pero era al mismo tiempo, dice San Cipriano, el símbolo de la sed, todavía más verdadera y más ardiente que devoraba su corazón, es decir, la de su amor infinito, la del deseo que le abrasa por la salvación de los hombres.

¡Qué contraste sublime y abyecto, tierno y horrible al mismo tiempo entre el odio y el amor, la ferocidad y la compasión, la barbarie y la bondad! Los judíos dicen á Jesús con una cruel ironía: «Desciende de la cruz; y le provocan de ese modo á que interrumpa su sacrificio. Mas el Salvador responde á su provocación sacrilega con una sola palabra: «Tengo sed; manifestando de este modo un deseo ardiente de consumir su sacrificio por la salvación de ellos mismos. Cuanto más indignos se muestran los judíos con sus gritos insultantes de ser redimidos por él, tanto más persevera Jesucristo repitiendo estas palabras de amor: *Tengo sed*, en la sincera y piadosa resolución de salvarlos.

¿Quién creerá, sin embargo, que esto mismo está sucediendo diariamente entre los cristianos? Jesucristo sentado en el trono de su gloria, rodeado del esplendor de los santos, y en el gozo de una felicidad infinita, no sólo como Dios, sino también como hombre, no está sujeto á las privaciones ni á los dolores; pero si en su humanidad no puede ya sufrir la sed, sin embargo, su corazón divino está todavía devorado por la sed ardiente de nuestra salvación, como si faltase alguna cosa á su felicidad, mientras no la comparte con nosotros; como si no reinara ya como Dios, y no se encontrase en compañía de los hombres redimidos con su sangre.

He aquí por qué te dice á ti, desventurado hereje: *Tengo sed*, es decir, yo deseo y mando que profeses una fe humilde, sencilla, perfecta, clara, precisa, firme y acompañada con las obras; una fe cuyo fundamento sea la revelación, su intérprete la Iglesia y su término la santidad; una fe, en fin, como la que se encuentra sólo en la Iglesia Católica. ¿Y de cuántas maneras inefables no te manifiesta este ardiente deseo de que abandones el sendero del error y que entres en el camino de la verdad? *Tengo sed*, te dice por esas luces que hace brillar en tu espíritu, y que en ciertos momentos te hacen ver la verdad católica en toda su pureza y en toda su claridad. *Tengo sed*, te repite por esos deseos frecuentes que excita en tu corazón de volver cuanto antes á la verdadera Iglesia y pertenecer á la gran familia de Jesucristo. *Tengo sed*, te dice finalmente por los ejemplos de tantos correligionarios tuyos como se convirtieron todos los días en tu patria, y en tu propia familia, y que el amoroso Jesús pone ante tus ojos á fin de darte el valor suficiente para romper la barrera de los respetos humanos. Además, el disgusto que tus mismas opiniones te inspiran y las dudas que atormentan tu inteligencia, son otras tantas voces amorosas con las que él te habla, te llama y te hace conocer su deseo ardiente, su inmenso deseo de que vengas á buscar tu salvación al seno del Catolicismo.

Tengo sed, te dice, mal católico, el Dios Salvador, es decir: Yo deseo ardientemente que pongas tu vida en armonía con tu conciencia, y que todo cuanto haces sea santo y justo, así como todo lo que crees es verdadero. Yo deseo que después de haber roto las cadenas del pecado, derramando lágrimas sobre tu vida criminal, vengas á implorar á mis pies el perdón que debe reconciliarte y salvarte. Oh, almas queridas, criadas á mi imagen, fortalecidas con mis llagas, purificadas con mi sangre, y vivificadas por mi muerte; almas queridas, regeneradas en mi bautismo, educadas en mi escuela, hijas de mi Iglesia, colmadas de mis gracias, herederas de mi gloria, objeto de mi misericordia y de mi amor, ¿por qué os obstináis en perecer? Yo tengo sed de vuestra salvación. ¡Oh! ¡si supieseis cuánto siente mi corazón perderos! Tales son las advertencias que Jesús nos hace incesantemente por las luces del espíritu, las inspiraciones del corazón, los remordimientos de la conciencia, los temores, los disgustos y las amarguras que derrama sobre nuestra culpable felicidad.

Pero vosotros, pecadores, ¿qué le ofrecéis para que apague su sed ardiente de misericordia y de caridad? Alguna oración pronunciada distraidamente, algún acto de religión practicado por hipocresía, alguna limosna hecha por vanidad, tal vez una misa oída cada se-

mana por costumbre, una confesión anual hecha sin dolor, una comunión pascual recibida por respetos humanos, el perdón de las ofensas concedido por interés, la continencia del cuerpo acompañada del desarreglo criminal de la imaginación y de la corrupción del corazón. Pues bien; esto no es otra cosa que falsas virtudes y verdaderos vicios; esto no es más que un poco de bien aparente con mucho mal positivo y real; esto no es más que una mezcla de virtudes y costumbres cristianas con las preocupaciones del siglo y las obras del mundo; en una palabra, no es más que el nombre de católico ocultando una vida corrompida; obrar así con Jesucristo, es darle á beber, no sólo vinagre, sino vino mezclado con hiel; y con este horrible licor, que al mismo tiempo que provoca el enojo de Jesucristo os pierde á vosotros mismos, es con el que os lisonjeáis aplacar la sed que el tiene de vuestra salvación eterna, y con que creéis ser cristianos y salvados.

¡Ah! no seamos tan ingratos á su amor, ni tan ciegos acerca de nuestro peligro. Cesemos de renovar así el crimen de los judíos, si no queremos ser envueltos en el mismo castigo. Ofrezcamos al Señor el vino escogido que regocija á Dios y á los hombres: es decir, una fe pura y una vida cristiana, á fin de que en el día de nuestro juicio particular merezcamos oír de la boca de Jesucristo estas palabras de amor: «Venid, benditos de mi padre; venid, almas queridas. Yo tuve sed de vuestra santificación y de vuestra salvación, y vosotros os apresurasteis á aplacarla observando mis leyes, llorando vuestras culpas, y aprovechándoos de mi sangre y de mi redención.»

Al beber Jesús el vinagre que los judíos, por un refinamiento de crueldad, le ofrecieron para aplacar su sed, cumplió la última profecía. Así pues, cuando después de recorrer en su tranquila imaginación los cuarenta siglos que separaban el día en que Adán murió espiritualmente sobre el árbol prohibido de aquel en que muere el mismo sobre el árbol de la cruz, conoce que nada faltaba ya á la grande obra que vino á realizar en el mundo, da á su corazón amante un testimonio solemne capaz de consolar el nuestro, diciendo en alta voz: «Todo está consumado: *Cum ergo accepisset Jesus acetum, dixit: Consummatum est.*» (Joan.) Es de notar que el Salvador no habla de la consumación de ninguna cosa particular, sino que dice en un sentido general y absoluto: «Todo está consumado», para indicar que todo se cumplió en el y por él. ¡Oh palabras inefables, cuántos misterios recuerdan! ¡Oh oráculo profundo, cuántas verdades encierra! ¡Oh grave sentencia, cuántos errores previene! ¡Oh declaración preciosa, cuántos consuelos prepara! ¡Oh lección sublime, cuántas virtudes recomienda!

¡**TODO ESTÁ CONSUMADO!** El Hijo de Dios quiso decir á su Eterno Padre: el cáliz de vuestra cólera se ha derramado sobre mí hasta la última gota; ya nada tengo que hacer; mi obediencia termina con mi vida; mi carrera de dolores ha llegado á su fin; la medida de mis sufrimientos y de mi ignominia está colmada; mi ministerio está cumplido; mi misión está concluida.

¡**TODO ESTÁ CONSUMADO!** Lo que está escrito con relación al Mesías en el libro de los eternos decretos, lo que fué figurado en los patriarcas; anunciado por los profetas; representado en los sacrificios, prometido por Dios y esperado por el universo, todo está ya consumado. La esperanza de la tierra está ya satisfecha, los votos del cielo han sido oídos, el universo está rescatado, el demonio vencido, la sabiduría humana confundida, la concupiscencia refrenada, la idolatría abatida, la ley antigua abrogada, el velo de la Escritura desgarrado, el Evangelio descubierto, Dios conocido, el hombre salvado, la Iglesia fundada, el verdadero sacerdocio establecido, la nueva alianza sellada, y la ley del antiguo temor, propia solamente para formar esclavos, ha sido sustituida por la ley de adopción de los hijos de Dios.

¡**TODO ESTÁ CONSUMADO!** No quedan ya más misterios que descubrir, más verdades que revelar, más leyes que imponer, más auxilios que preparar, ni más bienes que prometer, y que la razón no tiene ya nada que investigar, ni la filosofía cosa alguna que inventar para el culto de Dios, para la salvación del hombre y para la perfección de la sociedad. ¡**TODO ESTÁ CONSUMADO!** Es decir, ya no es tiempo de raciocinar, sino de creer; no es tiempo ya de discutir, sino de obrar. Ninguna otra doctrina, ninguna otra ley, ninguna otra religión es ya posible. La humanidad no encontrará jamás una cosa más perfecta que la religión del Calvario, la doctrina de Jesucristo y el código del Evangelio. El verdadero progreso consiste en el perfecto desarrollo, en la aplicación sincera y en la práctica fiel de esta religión, de esta ley y de esta doctrina.

¡**TODO ESTÁ CONSUMADO!** Oh hijos de los hombres, vosotros nada tenéis ya que temer; vuestras deudas están satisfechas, vuestro rescate está pagado; se ha satisfecho por vosotros á la justicia de Dios; la sentencia de condenación está anulada, la reconciliación está estipulada, el perdón está prometido, la participación de la gracia está asegurada, la bendición divina pedida para vosotros se ha obtenido, vuestra resurrección está decretada.

Lo que Jesucristo solo podía hacer por nosotros, está ya concluido; pero lo que depende de nosotros, no ha comenzado aún. Nosotros hemos invertido nuestros mejores años en proporcionarnos una posi-

ción brillante en el mundo; hemos abusado de nuestra salud y de nuestra vida para perdernos; y así no hemos hecho nada aun por nuestra salvación. Nosotros no hemos pensado jamás en ella de un modo serio; lejos de ocuparnos en este gran negocio, hemos diferido de año en año nuestra conversión, hemos vivido y vivimos todavía como si nuestra existencia no debiera acabar, como si el tiempo estuviera en nuestra mano, como si la eternidad no debiera comenzar jamás.

¡**Ay!** apresurémonos desde ahora á hacer lo que quisiéramos haber hecho á la hora de la muerte. Formemos la resolución de utilizar para nuestra salvación los días de penitencia, gracia y perdón que nos concede la divina misericordia. Principiemos por una conversión pronta y sincera, de tal modo, que en nuestra última hora no falte más que consumir y completar una obra comenzada mucho tiempo antes. Hagamos por nosotros mismos lo que Jesucristo hizo por nosotros, á fin de poder, llenos de la confianza de los justos, repetir con él en aquel terrible momento: La obra de mi salvación está consumada. Así sea.

LA MUERTE DE JESUCRISTO

Preclara in conspectu Domini morte sanctorum eius.

La muerte de los elegidos es preciosa delante del Señor. ®

(PSALM. CXV, 16.)

No sólo la vida de los elegidos es admirable ante la presencia de Dios, sino que su muerte es igualmente dulce y preciosa á sus ojos.

Sin embargo, los santos, dice San León, han recibido á su muerte la recompensa y la corona de sus obras; pero no han podido merecerla á los demás. Su fin ha sido para sus semejantes un ejemplo de paciencia, por el valor con que lo han sufrido; pero no han podido

hacerse para otros una fuente de méritos y de virtudes. Y si á pesar de esto la muerte de los santos es preciosa á los ojos del Señor, ¿qué será de Jesucristo, que solo entre todos los hijos de los hombres ha dado su vida por los demás y no por sí mismo; que se ha inmolado en cualidad de Señor y de Salvador; que ha representado en sí todos los hombres, los ha ofrecido todos á su Eterno Padre, los ha asociado todos á su sacrificio como una sola hostia, les ha comunicado todo el mérito de su crucifixión, de su muerte y de su resurrección, y ha santificado de este modo la vida de los verdaderos cristianos, y hecho su muerte preciosa?

Hoy, pues, que vamos á celebrar de nuevo la memoria siempre tierna y dolorosa de la muerte del Dios Salvador, no separemos estas ideas para honrarla con los sentimientos que ella exige de nuestra fe y piedad; y vérelos cómo, por las circunstancias que la acompañaron y por los efectos que produjo, ha sido á un tiempo mismo preciosa para él y para nosotros, pues que ha comunicado un inmenso valor á nuestra muerte.

Oh cruz santa, símbolo de flaqueza, de crimen, de dolor, de oprobio y de muerte; pero que el Salvador ha convertido en vara maravillosa, en mérito de santidad, en fuente de gozo, en trono de gloria y en remedio de resurrección y de vida! Prosternados delante de ti, te adoramos con humildad, te alabamos con entusiasmo y te invocamos con confianza, como el fundamento de nuestra fe, el sostén de nuestra esperanza y el motivo poderoso de nuestro amor para con Dios. *O cruz, ave, spes unica!* Haz que, por el mérito infinito de la muerte preciosa que el Redentor del mundo sufrió en tus brazos, la muerte de los hombres á quienes vino á redimir sea igualmente preciosa á sus ojos. *Ave Marta.*

Lo que causó uno de los mayores escándalos de la muerte del Salvador, fue que tuvo lugar en medio de las burlas é insultos, de las maldiciones y blasfemias de todo un pueblo, y que, lejos de haber sido mirada como un sacrificio voluntario, apareció como el suplicio ignominioso de un criminal. Pero, ¿cómo pudo ser consumado con unas circunstancias tan infamantes el gran holocausto de los siglos, ofrecido á Dios por su mismo Hijo para su gloria y para la salvación del género humano; el acto más sublime de adoración, el homenaje más perfecto de religión que ha recibido Dios jamás; la ofrenda más magnífica, más sublime y más santa que la tierra ha hecho jamás al cielo; la grande obra, la obra divina por excelencia, el exceso de la divina misericordia y de la caridad infinita? ¿Como

Jesucristo, provocado por la audacia infernal de los judíos á descender de la cruz para probar su divinidad, pudo sufrir este insulto sacrilego sin manifestar alguna señal de su grandeza, de su majestad y poder?...

¡Pero, insensato! ¿qué es lo que estoy diciendo? Si la cruz hubiera estado rodeada de un pueblo fiel, religioso y reconocido; si todos hubieran asistido al gran sacrificio del verdadero Melquisedec con las señales de un profundo recogimiento; si el sacrificio de Jesucristo hubiera estado acompañado de preeces públicas, de humildes y sinceras acciones de gracias, de lágrimas de arrepentimiento y de amor, de testimonios de religiosa compasión, ¡cuán infortunados seríamos entonces! Este sacrificio no se hubiera ofrecido por nosotros. Nosotros éramos injustos, éramos pecadores, y, por consiguiente, dignos de una confusión pública, universal y eterna; habíamos merecido en verdad ser burlados, insultados y escarnecidos por todas las criaturas y á presencia de todo el mundo. Mas como el sacrificio consumado en el Calvario era el nuestro, como era ofrecido en nuestro nombre, en nuestro lugar y en nuestro provecho, era necesario que la víctima sufriese nuestra confusión y desprecio. Una muerte que era sufrida por los pecadores, debía reunir un oprobio excesivo á un inmenso dolor. A las heridas hechas por los clavos debían juntarse las causadas por los dardos, más acerados aún, de las lenguas. Al dolor de las contusiones debían juntarse las reconvenções más acerbas, la ironía más amarga, los insultos más atroces y los ultrajes más indignos. Era necesario que la víctima apareciese bajo la forma de un criminal, que se viese rodeada de los anatemas y de los desprecios del universo. No era suficiente que el Hijo de Dios ofreciese en sacrificio su cuerpo desgarrado por los tormentos, era necesario también que sacrificase la dignidad de su persona y el honor de su nombre.

Pues bien; esto es lo que sucede en el Gólgota. Por consiguiente, las profundas ignominias que rodean la cruz, lejos de escandalizarnos, nos edifican, nos mueven y nos excitan á contrición. Porque nosotros comprendemos claramente qué este sacrificio nos pertenece, que es ofrecido por nosotros; que Jesucristo, que sufre y muere como nosotros deberíamos sufrir y morir, sufre y muere para expiar nuestros pecados, y, por lo tanto, es verdaderamente nuestro Salvador. De aquí resulta que el oprobio mismo que sufre es una prueba del ministerio que ejerce. Y de este modo, la muerte del Santo de los santos, que es un escándalo para los profanos, es edificante para los fieles y preciosa á los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

¡Cuán ciegos, pues, y cuán insensatos son los judíos que blasfeman diciendo: «El ha salvado á otros, y no puede salvarse á sí mismo! Si él confía en Dios, como en su propio Padre, ¿por qué Dios no se apresura á librarle? Si él es Hijo de Dios y el Mesías, que descienda de la cruz, y creéremos en él.»

Si Jesucristo hubiera descendido de la cruz, esto hubiera sido para él lo mismo que abandonar el altar, al que había subido voluntariamente; interrumpir el sacrificio que había comenzado con tanto amor; anular el precioso testamento que había hecho, y que no podía ser eficaz sino por la muerte del testador; despojarse de su carácter de pontífice de los bienes futuros, y renunciar á su alta dignidad de Redentor.

Al ver al Salvador que permanece en la cruz á pesar de las provocaciones que le dirigen para hacerle bajar de ella; al ver que todos los ultrajes con que los judíos le deshonran, todas las blasfemias con que le envilecen, y todas las excitaciones que le hacen, no le separan un momento del ministerio sublime que ejerce; al ver que en vez de irritarse por tantos insultos, y de confundirlos con el milagro que piden, les confunde con un milagro todavía mayor, el de una paciencia invencible, el de una dulzura inalterable y una caridad infinita; al considerar que se complace de los mismos que insultan su paciencia, cuyo misterio ignoran, y que pide para ellos el perdón, y se lo asegura, si quieren aprovecharse de su ejemplo, ¡ah! por estas señales reconocemos en Jesucristo crucificado la hostia viviente, anunciada por tantos siglos, que se ofrece por todos los hombres; reconocemos en él el Cordero divino, deseado por tanto tiempo, que se inmola por todos; el verdadero sacerdote que sacrifica por todos; el verdadero pontífice de los bienes futuros que, bajo el velo de su carne cubierta de llagas y de ignominias, entra en el santuario eterno y abre sus puertas. Nosotros reconocemos en él el verdadero mediador que se presenta en nuestro nombre ante el trono de Dios para aplacar su cólera; el verdadero testador que escribe con su sangre y confirma con su muerte el gran Testamento de los siglos, en el que la herencia y la investidura del reino eterno se aseguran á los hijos de la promesa; reconocemos, en una palabra, al verdadero Mesías, al verdadero Hijo de Dios, al Salvador del mundo. Y, por consiguiente, esta muerte, rodeada exteriormente de tantos oprobios y tantos escándalos, pero acompañada interiormente de tantos prodigios y de tanto amor, es á nuestros ojos un objeto de adoración, de alabanza, de reconocimiento y de piedad, así como es un objeto de complacencia infinita á los ojos de Dios. Por esta razón, Señor, sustituyendo la

alabanza á la blasfemia, y el homenaje al insulto, os decimos: Si, divino Jesús, porque vemos que no descendéis de la cruz, y que, despreciando las provocaciones impías de vuestros enemigos, insistís en morir en ella por nuestro amor, por eso os reconocemos como el verdadero rey de los judíos, el verdadero Mesías, el verdadero Hijo de Dios, nuestro Señor y nuestro Redentor.

Pero aun exteriormente, Jesús, aunque humillado, degradado y envilecido por la crucifixión como un criminal, manifiesta, por la virtud de su espíritu, la santidad, el poder y la gloria de Dios. En efecto; reconcentrando todas sus fuerzas, lanza de nuevo un grito vehemente: *Jesus autem iterum clamans voce magna.* (Matth.) ¡Oh muerte del Hijo de Dios, bien diferente por cierto de la de los hombres! En nosotros los mortales, la voz se pierde antes que el espíritu nos abandone. La muerte hiela nuestra lengua antes de separar el alma del cuerpo. Cuando morimos, dice San Jerónimo, nuestra voz se pone ronca, se debilita, y va disminuyendo por grados hasta que se extingue totalmente antes que exhalamos el último suspiro. Así mueren los hijos de Adán. Pero Jesucristo expira lanzando un fuerte grito, que anuncia que se halla lleno de fuerza y de vida aun en el completo desfallecimiento de su carne; habla, sí, con voz sonora, majestuosa y sublime. Así, pues, el que da su vida por los hombres nos revela con este grito que él no muere como los demás hombres; que no es un simple mortal; que si él muere, no es por necesidad, sino por su propia elección; no por la voluntad de los hombres, sino por su propia voluntad.

He aquí, pues, como este grito seguido de la muerte, anunciando que ella no había venido, por decirlo así, sino porque había sido llamada, prueba, dice San Jerónimo, que Jesús expira reinando sobre la muerte y por un acto supremo de su poder.

¡Cuán majestuoso es, pues, este grito que manda á la muerte, y á quien la muerte se apresura á obedecer!

Y ¿qué significa esta poderosa exclamación: «Padre mío, en vuestras manos encomiendo mi alma: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum!*» (Luc.) ¡Oh tiernas y afectuosas palabras! Observemos que las pronuncia con los ojos elevados al cielo. Él las dirige á Dios que está en el cielo; y al llamar Padre á este Dios hasta el último instante, declara, dice Beda, revela y manifiesta que es el verdadero Hijo de Dios. Al encomendarle después su alma, manifiesta una plena confianza en él y un poder igual al suyo. Quiso pues decirle: Padre mío, yo os he confiado mi causa, y ahora os confío mi alma. Yo deposito la una y la otra en vuestro seno, yo las pongo bajo la custodia

de vuestro amor. Y como mi causa, protegida por vuestro amor, será victoriosa, mi alma, abrigada en vuestro seno, me será devuelta, y así como mi nombre triunfará, así también mi vida se hará inmortal; *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.*

Esta palabra dice más aún; porque tal es la fecundidad y la virtud de la palabra divina, que puede tener y tiene a un mismo tiempo muchos sentidos, que están muy lejos de excluirse mutuamente, todos los cuales los tuvo Jesús muy presentes, y todos ellos son igualmente ciertos.

En efecto, el Evangelista se expresa de este modo: «Jesús lanzando de nuevo un fuerte grito: *Jesus autem iterum clamans.* (Matth.). Pues bien; es muy conveniente notar estas palabras, de nuevo, que San Mateo hace proceder al grito de Jesús, tanto más, cuanto que por estas palabras nos da claramente á entender, que entre estos dos gritos, los únicos que Jesús dió en la cruz, el uno cuando se dejó del abandono de su Padre, y el otro cuando le encomendó su alma, hay una relación íntima; y tienen el mismo objeto y el mismo fin. Ya hemos visto que, aunque Jesús pronunció las primeras palabras por sí mismo, se referían también á nosotros; por consiguiente, el debió dar también este segundo grito, por sí y por nosotros á un mismo tiempo. Es decir, que así como en la primera exclamación pidió encarecidamente á su Padre que no nos abandonase, así en la segunda le dió gracias por haber sido oído por nosotros. Por esta razón, después de haber llamado la primera vez á su Padre: «Dios mío!» llama ahora á Dios: «Padre mío!» En la primera invocación apareció turbado; ahora se manifiesta tranquilo. Entonces dejó entrever el miedo; ahora manifiesta la confianza, la seguridad y el amor. La turbación con que acompañó su primer grito indicaba el temor de que fuésemos abandonados; la calma con que acompaña el segundo revela la alegría por habernos librado; y, por lo tanto, así como el primer grito fué el de una súplica humilde y ardiente, el segundo es el del reconocimiento y amor. Mas supuesto que, por la virtud de su oración, el seno del Padre se abrió para nosotros y sus brazos se extendieron hacia nosotros, así también en la expresión de su reconocimiento se apresuró á depositar en los brazos y en el seno de su Padre á todos los que había salvado del abandono de Dios; esto es lo que hace cuando dice: Padre mío, en tus manos encomiendo mi alma: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.*

Mas si al ofrecernos Jesús, y encomendarnos á su Padre con estas afectuosas palabras, nos ha dado una nueva prueba de su ternura, nos ha revelado también una verdad de mucho consuelo. Antes que

el Redentor muriese, antes que la sangre de esta augusta víctima fuese derramada sobre la tierra para aplacar al cielo, y nos abriese la puerta, cerrada inexorablemente á la raza de Adán, las almas más justas y más santas, al separarse de sus cuerpos, descendían al limbo, al horror de una profunda noche. Allí la luz estaba tan sólo en expectativa y en esperanza; la visión de Dios, el reposo en el seno de Dios, los consuelos de la patria eterna se diferían hasta un término ignorado.

Cuando Jesús al morir exclamó: «Padre mío, en vuestras manos encomiendo mi alma,» esto es: «En vuestras manos encomiendo las almas de mis fieles que mueren,» nos enseñó claramente, que había concluido el tiempo en que no se podía subir de la tierra al cielo, ni volar hacia Dios al dejar á los hombres, y que desde aquel instante las almas de los justos, purificadas durante la vida por la penitencia y los sacrificios del amor, seguirán cuando salgan del cuerpo el mismo camino, y llegarán al mismo término que el alma santa de Jesucristo, es decir, á los brazos y al seno de Dios.

Sin embargo, por estas palabras tan afectuosas, no sólo nos reveló el Salvador al morir lo que debemos creer y esperar, sino que también nos enseñó como debemos creer y como debemos orar. Del mismo modo que una madre tierna enseña á su pequeño hijo la manera con que debe hablar á su padre, así nuestro Salvador, siempre lleno de ternura para con nosotros, nos ha enseñado en esta oración el lenguaje de confianza y de amor con que debemos invocar en la hora de la muerte á nuestro Padre celestial, y poner nuestra alma en sus manos; él nos ha comunicado al mismo tiempo el valor necesario para repetir en su nombre estas mismas palabras, con la misma fuerza de su espíritu y con la misma confianza. Según este ejemplo de Jesucristo, ha adoptado la Iglesia el uso de poner esta misma súplica en la boca de sus hijos moribundos, y los santos han aprendido á repetirla en el momento supremo en que sus almas abandonan sus cuerpos. Y, en efecto, reflexionándolo bien, poner su alma al morir en las manos de Dios y repetir el tierno lenguaje del Redentor, es sustituirse á él, es poner en él toda su confianza, es unirse á su sacrificio, aplicarse sus méritos, hacer una dulce violencia al corazón de Dios, y obligarle á recibir nuestra alma en su seno, como en un asilo de paz, de seguridad y de salvación. Al salir esta palabra de la boca y del corazón del Hijo de Dios, adquirió una fuerza infinita. Ella es capaz de hacer descender abundantemente el espíritu de gracia sobre el cristiano que la repite con la misma confianza y el mismo amor con que fué pronunciada la primera vez, y con un corazón

lleno de fe y de esperanza; ella se hace un escudo impenetrable contra los asaltos del tentador, y un remedio eficaz contra los temores que atormentan en el último momento aun á las almas de los justos.

Finalmente, la encomendación de su alma que el Salvador hace al espirar, encierra aún otra advertencia muy útil. Ella nos recuerda que si Dios es nuestro primer principio, es también nuestro último fin; que él nos ha criado y puesto en este mundo, á fin de que sirviéndole durante la vida, como á nuestro único Señor, podamos poseerle en la otra como á nuestro único remunerador; que supuesto que el espíritu que nos anima, el soplo divino que conserva nuestra vida, ha salido de Dios, debe volver á Dios; que así como el confío este espíritu á nuestro arbitrio, y lo puse, por decirlo así, en nuestras manos, nosotros debemos un día volverlo á poner en las suyas; que supuesto que sus manos lo formaron; sus manos deben también recibirlo; en una palabra, que nosotros debemos, durante la vida y después de ella, ser de Dios y para Dios, y repetir con el corazón y con la boca: Padre mío, en tus manos encomiendo mi alma.

¡Ay! ¿tendremos nosotros la dicha de pronunciar estas palabras con el verdadero sentimiento de una fe viva, de una esperanza firme y de una caridad ardiente? ¿Confiamos entonces el depósito de nuestra alma á las manos de Dios que la ha criado, ó á las manos del enemigo que la ha seducido? ¿Será nuestro último suspiro un acto de confianza y de amor, como el de Jesucristo, que pondrá el sello á nuestra salvación, ó será un grito de desesperación y de vergüenza interior que consumará nuestra reprobación? Al salir nuestra alma del cuerpo, encontrará un padre amoroso que la reciba, ó un juez severo que la condene? Nosotros lo ignoramos. ¡Oh terrible obscuridad! ¡Oh espantosa incertidumbre!

¡Cuán instructiva, cuán consoladora, cuán magnífica y poderosa es esta última palabra del Dios Salvador! El Señor, al pronunciarla, cumplió un misterio, reveló una verdad, nos preparó una lección, nos aseguró un auxilio, nos dió una instrucción importante, y de este modo por su muerte preciosa nos dejó los medios necesarios para hacer la nuestra igualmente preciosa á sus ojos. *Preciosa in conspectu Domini mors sanctorum eius.*

Todos los evangelistas advierten que, después de haber pronunciado Jesús estas palabras de ternura, inclinó dulcemente su cabeza adorable sobre su pecho. Pues bien, estos historiadores divinos revelan esta circunstancia, como las demás que acompañaron esta muerte singular y única, para hacernos comprender mejor su misterio, su prodigio y su magnificencia. En efecto, los hombres exhalan prime-

ro su espíritu, y después su cabeza no solamente se inclina, sino que cae y se abandona; Jesucristo, por el contrario, inclina voluntariamente la cabeza, y después expira, manifestando en esto que es dueño de todas las cosas.

¡Oh precioso movimiento de nuestro Salvador! Todo su cuerpo, sujeto por los clavos, está inmóvil sobre el altar en que es inmolado; sola su cabeza está libre; este es el único miembro que puede mover, y él la inclina con un humilde respeto sobre su pecho, á fin de hacernos conocer más y más que él da su vida voluntariamente, que acepta gozoso la muerte de manos de su Padre, que se somete á ella con una resignación amorosa, una tranquilidad profunda y una obediencia entera y perfecta: *Factus obediens usque ad mortem.*

Sin embargo, al inclinar Jesús la cabeza, no solo acepta la muerte, sino que la invoca. No contento con haberla llamado con aquella vehemente exclamación, viéndola lenta y tímida, la anima con el semblante, porque la muerte jamás se hubiera atrevido á aproximarse á él, si él mismo no la hubiera invitado. Inclina, pues, la cabeza, y de este modo permite á la muerte ejercer sobre él el imperio funesto que el pecado le había dado sobre todos los hombres. Cede pues y abandona con gozo su preciosa vida. Además, por este último movimiento permite también al demonio que prevalezca sobre su vida para quitársela, como le había permitido prevalecer sobre su carne sagrada para desgarrarla: le permite, en una palabra, que ejerza injustamente sobre él la autoridad que ejercía con justicia sobre los pecadores, cuyo representante y cuyo Salvador es Jesucristo.

Nosotros no tenemos como Jesús el privilegio de morir libremente. Ni el tiempo, ni el lugar, ni el género de muerte dependen de nuestra voluntad. La justicia de Dios nos la envía cuando le place y cómo le place; nosotros no hacemos más que sufrirla, sin poder suspender su golpe, ni retardarlo un solo instante. Nuestra muerte, en el decreto de Dios que la estableció, no es otra cosa que un castigo impuesto á nuestra desobediencia. Mas supuesto que nuestro Redentor, al inclinar la cabeza ante la muerte, se sujetó á ella por obediencia y la aceptó libremente, varío por este mismo hecho la condición de la muerte, respecto á aquellos que se aplican el fruto de la suya. Esta es la causa porque se ve aun á los más tímidos y más débiles de entre los verdaderos fieles, á pesar de la repugnancia que tienen á la muerte, inclinar su cabeza, como una señal de su humilde resignación, y entregar voluntariamente á Dios la vida que de él han recibido. Así, pues, el verdadero cristiano, cuando muere, no es un criminal que sufre una pena á que ha sido condenado, sino un sa-

cerdote que ofrece á Dios un sacrificio voluntario y la ofrenda meritoria de su propia vida en unión con la de Jesucristo. Es un navegante que se refugia en el puerto; es un desterrado que vuelve á su patria; es un peregrino que vuelve á tomar el camino de su casa; es una esposa que sale al encuentro de su esposo; es un hijo que se duerme tranquilo en el seno de su madre. Por consiguiente, Jesucristo, con este movimiento misterioso, ha borrado el oprobio de nuestra muerte; ha disminuido su dolor; y de la pena más terrible y repugnante á la naturaleza humana, ha hecho una rica recompensa, y, por decirlo así, un triunfo, ó en otros términos, un tránsito deseado, un venturoso viaje, un dulce sueño y una redención preciosa: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

El Redentor ha dado de este modo á los hombres la última prueba de su tierno amor. La justicia de Dios no tiene ya nada que exigir, ni su misericordia más que hacer. El Padre Eterno no tiene ya nada que mandar, ni su Hijo divino cosa alguna que cumplir. Ya no falta más sino que el gran sacrificio, comenzado desde la eternidad en las entrañas de la bondad infinita del Padre celestial, y continuado en el seno virginal de su Madre en la tierra, se cumpla con la muerte del Hijo de Dios y del hombre, para reconciliar eternamente al hombre con Dios.

Sin embargo, las milagrosas tinieblas, que habían comenzado desde el instante en que el Redentor había sido clavado en la cruz, se hacen más densas. Los ángeles de paz, que asisten á este angustioso sacrificio con el reconocimiento divino de una adoración profunda, se cubren el rostro de dolor y prorrumpan en amargo llanto; el altar ó la cruz, sobre que debe ser ofrecido este holocausto, tiembla; la víctima que debe ser degollada, ó la vida del Dios hecho hombre, está pronta y sumisa; el sacerdote encargado de inmolarla, ó la justicia de Dios, se adelanta; la espada destinada á sacrificarla, ó el pecado, está ya levantada; yo veo brillar el fuego sagrado ó el amor que debe consumirla. El golpe se ha dado... ¡Oh, amado Jesús de mi corazón! Su frente se cubre de palidez, sus ojos se apagan, vierte ya la última lágrima, inclina la cabeza, arroja un prolongado suspiro de caridad, y muere: *Et inclinató capite tradidit spiritum.*

¡Oh muerte bárbara é inhumana! ¿por qué quitas así de la tierra ó Jesucristo que había descendido del cielo, y que era el sostén, las delicias, el ornato y la gloria de ella? ¡Oh muerte bárbara é inhumana! ¿por qué nos arrebatas á nosotros, desventurados hijos de los hombres, nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, el compañero fiel de nuestro destierro, y finalmente nuestro Salvador? ¡Oh

muerte!... Pero ¡ay! ¿de qué nos lamentamos? La muerte de nuestro Salvador ha sido tan útil para nosotros como cruel é ignominiosa para él! Lo que en ella hemos ganado es mucho más de lo que habíamos perdido.

Si Jesucristo, después de haber agotado todas las enfermedades y todas las miserias de nuestra vida, hubiera desdeseado sufrir el terror, la agonía y los dolores de nuestra muerte, no hubiéramos podido tener en él una entera confianza. No hubiéramos podido mirarle como un pontífice verdaderamente compasivo á nuestros males, supuesto que había rehusado experimentar el mayor de todos. Al verle impasible é inmortal, é infinitamente superior á nuestra condición, no nos atreveríamos á acercarnos á él. A pesar de su inmensa bondad, nos inspiraría más temor que confianza, más respeto que amor. Pero al verle sujeto á la condición más penosa y humillante de nuestra naturaleza; al ver como manifiesta de tal suerte su perfecta semejanza y su tierna comunión por nosotros, nos atrevemos á presentarnos á él, á postrarnos á sus pies sin temor, á arrojarnos en sus brazos con entera seguridad, á hablarle con la confianza más íntima y la más estrecha familiaridad como á un hermano, á nuestro verdadero amigo, á nuestro padre y á nuestro Salvador. Y, por lo tanto, la muerte de Jesucristo es también el fundamento y el motivo de nuestra esperanza y de nuestro amor.

Debemos, pues, recordarla, hermanos míos, con los mismos sentimientos que manifestaron aquellos buenos soldados y aquellos buenos judíos que la presenciaron. Por consiguiente, humillados, confundidos y afligidos por haber contribuido con nuestros extravíos, los más deplorables, á la dolorosa pasión y muerte cruel de nuestro Salvador; humillados, confundidos y afligidos por haber respondido á su ternura con el óvido de su bondad, el abuso de su gracia y la violación de su ley; humillados, confundidos y afligidos por no haber reconocido sus beneficios sino con nuestros ultrajes, y su amor con nuestro odio, debemos salir de este santo templo, y volver á nuestras casas dándonos golpes de pecho, ó al menos excitando en nuestros corazones un dolor sincero de haber sido tan ciegos, tan ingratos y tan ingratos á vista de tanto amor: *Percutentes pectora sua revertebantur.* Es necesario también que procuremos, á ejemplo de los penitentes del Calvario, volver pronto sinceramente á Dios, y comenzar á vivir como verdaderos cristianos, verdaderos creyentes y discípulos de Jesucristo, que se dignó darse todo á todos y morir por todos; á fin de que, preparándonos para nuestro tránsito con una vida conforme á la de los santos, podamos alcanzar de la misericordia

divina la gracia de morir con la muerte de los justos: esta es la suerte más feliz que puede tocar al hombre; así como también el espectáculo más agradable á los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum eius*. Así sea.



Dios nos amó desde la eternidad. Cuando preparaba la hermosa estructura de los cielos, cuando fijaba los fundamentos de la tierra, cuando rodeaba los mares en su término y ponía leyes á las aguas, para que no traspasasen sus límites, ya nos amaba. Cuando afirmaba arriba la región étera y abría las fuentes de las aguas, cuando ordenaba toda la naturaleza en su prodigioso é inalterable curso, ya nos amaba. Cuando hacía nacer en los cielos una luz indeficiente, cuando embellecía los prados y llenaba de vida y de esperanza los collados eternos, cuando ordenaba todas las cosas, ya nos amaba, y eran sus delicias el estar con los hijos de los hombres. En prueba de eso, su encendido amor no dejó jamás de dirigirles su cariñosa y santa palabra en lecciones de vida eterna. Ya por medio de ostentosos y nunca vistos signos y estrellas en el firmamento, ya por las instrucciones de sus profetas, ya por las criaturas irracionales, ya por los prodigios multiplicados, ya en fin por las amenazas y los castigos,

siempre y en todo tiempo nuestro buen Dios estuvo hablándonos como en testimonio eterno de su amor. Sin embargo velaba su rostro omnipotente y se hacía inaccesible á los ojos mortales, ó con una nube, ó con el humo de un incendio, porque tenía dicho: *no me cerci el hombre vivoiente*; y hablaba ya en palabras simbólicas y misteriosas como en Oreb, ya en idioma aterrador y formidable como en el Sinai.

Hoy, cristianos, nos da la prueba más grande de su amor; y por eso nos habla cara á cara por medio de su Hijo Jesús, patente y descubierta á la vista de todos, entre el cielo y la tierra, desde la cadera de su cruz, en que está, no sentado cual maestro y Dios, sino colgado de un horrendo patíbulo, fijo en él con duros, agudos y mortales clavos como en actitud suplicante, en el acto mismo de firmar su doctrina con su sangre y de sellarla con su muerte. El testamento eterno del Hombre-Dios es lo que vamos á oír; las palabras sublimes, divinas, de paz, de vida y salvación, que reconcilian al cielo con la tierra y que abren de par en par las puertas de la gloria, cerradas por el pecado más de cuatro mil años. Toda la esencia de su ley santa, todo lo más importante para la vida cristiana, todo lo más dulce y consolador que encierra el Evangelio, sale en sentenciosos y cortados conceptos de los agonizantes labios del Unigénito del Padre, en el largo espacio de tres horas que dura su terrible y mortal padecer. Horas tristísimas para toda la naturaleza, horas de lágrimas y dolor para los bienaventurados, horas de mortal tormento para la Madre santísima que está presente; pero horas preciosas y benditas para nosotros los cristianos, enseñados en ellas y redimidos por ellas.

¡Y qué enseñanza tan universal, tan fecunda en resultados para el mundo! Ella, hermanos míos, será en el día del juicio, si la aprendemos y aprovechamos, el título de nuestra gloria; y si la desatendemos cerrando el corazón á su inlujjo benéfico y salvador, la sentencencia de nuestra eterna desgracia.

Vamos, pues, á oír como habla nuestro amante Jesús, al tiempo de morir, y durante su penosa y amarga agonía. Levantemos con piadoso y humilde corazón nuestra vista á ese angusto trono, en que está pendiente la sabiduría increada, y á sus pies no dejemos de contemplar á esa purísima criatura, á la Virgen madre, que también agoniza de pena con su Hijo divino. Y tú, Virgen desconsolada, alcánzanos á todos la gracia de la docilidad, y de la unión santa á mi, para que yo hable cual es debido en este asunto, y para que los fieles oigan y se aprovechen, como conviene, de las luminosas lecciones de Jesús. *Ave Maria*.

divina la gracia de morir con la muerte de los justos: esta es la suerte más feliz que puede tocar al hombre; así como también el espectáculo más agradable á los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum eius*. Así sea.



Dios nos amó desde la eternidad. Cuando preparaba la hermosa estructura de los cielos, cuando fijaba los fundamentos de la tierra, cuando rodeaba los mares en su término y ponía leyes á las aguas, para que no traspasasen sus límites, ya nos amaba. Cuando afirmaba arriba la región étera y abría las fuentes de las aguas, cuando ordenaba toda la naturaleza en su prodigioso é inalterable curso, ya nos amaba. Cuando hacía nacer en los cielos una luz indeficiente, cuando embellecía los prados y llenaba de vida y de esperanza los collados eternos, cuando ordenaba todas las cosas, ya nos amaba, y eran sus delicias el estar con los hijos de los hombres. En prueba de eso, su encendido amor no dejó jamás de dirigirles su cariñosa y santa palabra en lecciones de vida eterna. Ya por medio de ostentosos y nunca vistos signos y estrellas en el firmamento, ya por las instrucciones de sus profetas, ya por las criaturas irracionales, ya por los prodigios multiplicados, ya en fin por las amenazas y los castigos,

siempre y en todo tiempo nuestro buen Dios estuvo hablándonos como en testimonio eterno de su amor. Sin embargo velaba su rostro omnipotente y se hacía inaccesible á los ojos mortales, ó con una nube, ó con el humo de un incendio, porque tenía dicho: *no me cerci el hombre vivoiente*; y hablaba ya en palabras simbólicas y misteriosas como en Oreb, ya en idioma aterrador y formidable como en el Sinai.

Hoy, cristianos, nos da la prueba más grande de su amor; y por eso nos habla cara á cara por medio de su Hijo Jesús, patente y descubierta á la vista de todos, entre el cielo y la tierra, desde la cadera de su cruz, en que está, no sentado cual maestro y Dios, sino colgado de un horrendo patíbulo, fijo en él con duros, agudos y mortales clavos como en actitud suplicante, en el acto mismo de firmar su doctrina con su sangre y de sellarla con su muerte. El testamento eterno del Hombre-Dios es lo que vamos á oír; las palabras sublimes, divinas, de paz, de vida y salvación, que reconcilian al cielo con la tierra y que abren de par en par las puertas de la gloria, cerradas por el pecado más de cuatro mil años. Toda la esencia de su ley santa, todo lo más importante para la vida cristiana, todo lo más dulce y consolador que encierra el Evangelio, sale en sentenciosos y cortados conceptos de los agonizantes labios del Unigénito del Padre, en el largo espacio de tres horas que dura su terrible y mortal padecer. Horas tristísimas para toda la naturaleza, horas de lágrimas y dolor para los bienaventurados, horas de mortal tormento para la Madre santísima que está presente; pero horas preciosas y benditas para nosotros los cristianos, enseñados en ellas y redimidos por ellas.

¡Y qué enseñanza tan universal, tan fecunda en resultados para el mundo! Ella, hermanos míos, será en el día del juicio, si la aprendemos y aprovechamos, el título de nuestra gloria; y si la desatendemos cerrando el corazón á su inlujjo benéfico y salvador, la sentencencia de nuestra eterna desgracia.

Vamos, pues, á oír como habla nuestro amante Jesús, al tiempo de morir, y durante su penosa y amarga agonía. Levantemos con piadoso y humilde corazón nuestra vista á ese angusto trono, en que está pendiente la sabiduría increada, y á sus pies no dejemos de contemplar á esa purísima criatura, á la Virgen madre, que también agoniza de pena con su Hijo divino. Y tú, Virgen desconsolada, alcánzanos á todos la gracia de la docilidad, y de la unión santa á mi, para que yo hable cual es debido en este asunto, y para que los fieles oigan y se aprovechen, como conviene, de las luminosas lecciones de Jesús. *Ave Maria*.

PRIMERA PALABRA

*Pater dimitte illis, non enim sciunt
quid faciunt.*
Padre, perdónalos, porque no saben lo
que hacen.

(S. LUCAS, c. 23, v. 34.)

Cristianos, el mansísimo cordero Jesús, conducido a ser víctima sin abrir su divina boca para lamentarse de tantos tormentos y ultrajes, y de muerte tan acerba y dolorosa, al fin, próximo a expirar, habla, sí, pero sólo para dirigirse a su eterno Padre, demandando, no justicia, castigos ni venganza contra sus fieros verdugos, sino indulgencia y perdón. ¡Lección sublime, jamás oída ni esperada en toda la sucesión de los siglos! Advertid, hermanos míos, que no es un justo Job, que disimula a su insultante mujer y a sus imprudentes amigos las injustas reconvencciones que le hacen por su sufrimiento y virtud; que no es un Moisés que pide perdón del desacato que contra Dios comete el pueblo, y esto después de haber manifestado su cólera; ni es un David que encarga la custodia de Absalón rebelde, al paso que destaca un ejército contra él; es Jesús, el Hombre-Dios; es el mismo que recibe los ultrajes, que sufre las penas, que arrostra los dolores y la muerte, con resignación y paciencia infinitamente mayor que la de todos los afligidos, que todos los desgraciados y que todos los mártires de los pasados y venideros siglos. No forma argumentos y discursos para convencer la injusticia é indiscreción; no saca la espada vengadora y busca parciales que le ayuden a derramar la sangre de los idolatras; no dispone de ejércitos que exterminen y anonaden a sus contrarios, aunque pudiera rogar a su Padre, que le enviase más de doce legiones de ángeles. Ruega, sí, a su Padre, pero es por el perdón de aquellos mismos que le crucifican, y las razones de que se vale, y los medios de que echa mano y las armas en que se apoya, son la ignorancia de sus mismos enemigos, que le sirven de argumento para excusarlos: *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.*

Ellos, aunque debieran conocerme, al fin es cierto que no me conocen; aunque tienen sobrados motivos para saber que yo soy el verdadero Mesías, su bienhechor, su salvador y su Dios; pero de seguro todo lo han olvidado, y la causa de ello es, porque mi rival y ene-

migo está ciego, y también a ellos los ha cegado, y así: *no saben lo que se hacen.* Es cierto, cristianos, que no lo sabían; si hubieran conocido a su Dios, nunca le hubieran crucificado. Y también lo es, que el demonio se engañó, creyendo que obtenía un gran triunfo, atizando contra Jesús la cólera de los judíos, cuando por este medio servía sin saberlo a las altas miras de la redención, que le disminuían considerablemente el imperio sobre todos los redimidos.

Con estas razones, ese buen Jesús, esfuerza su voz penetrante, poderosa y divina, muda y silenciosa hasta entonces, para pedir por ellos indulto y perdón a su eterno Padre: *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.* Lección sublime y divina, repito; lección importante y necesaria para nosotros, cristianos; lección que el mundo no conoce, ni aprende, ni quiere nunca practicar. En vez de buscar razones, pretextos y motivos para disminuir y salvar la culpabilidad de los que injurian y dañan, es moneda corriente la de inventar sutilezas, fingir razones y soñar circunstancias para agravar, engrandecer y dar importancia a las culpas ajenas, acaso imaginarias. Pues sabed, hermanos míos, que las costumbres y prácticas del mundo son enemigas de Dios; que en cien lugares de la divina ley se nos encarga, se nos recomienda y manda expresamente el perdón de los enemigos, el disimulo de las injurias, el indulto de los agravios. *Perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores,* decimos cada día al rezar el Padre nuestro. Ahí está la sentencia pronunciada por nuestros mismos labios; si no perdonamos a los que nos dañan, perjudican y ofenden, nosotros mismos pedimos al Señor que no nos perdone.

Esta celestial doctrina, que es lo más grande y más excelso de la religión cristiana, fué la primera que Jesús nos enseñó con su ejemplo en la cruz. Pero no sólo perdonar y excusar a los enemigos, sino hacerles bien y pedir a Dios por ellos, es lo que se nos manda; porque así lo practicó Jesús, nuestro maestro y nuestro Salvador. Por grandes que sean los agravios que nos hagan, por irreparables las injusticias que en perjuicio nuestro cometan, por dolorosos los padecimientos que nos hagan sufrir, por inmensos los daños, injurias y males que nos irroguen, ¿llegarán a crucificarnos? Y si llegasen, ¿qué mayor gloria para nosotros que la de imitar a Jesucristo? Pero atended: esos mismos que os dañan, perjudican y persiguen, ¿lo harían si supiesen y estuvieran convencidos de que obran mal, y de que el mal se lo hacen a sí mismos? Creo que no; luego, hay siempre la misma razón que tuvo Jesús para perdonarlos y pedir por ellos: la ignorancia. *Perdónalos, porque no saben lo que se hacen,* debemos repetir cuando nos veamos perseguidos y agravados.

Hombres vengativos, iracundos, soberbios, perdonad a vuestros enemigos, á los que os hacen daño, porque Jesús los perdona y pide por ellos; también pide por vosotros, que le ofendéis y crucificáis, cuando ofendéis á vuestros hermanos, ó cuando no los perdonáis. Esta es la primera palabra que habla Jesús en la cruz, y la primera que debemos aprender. No quede ya ninguno en este templo, en mi auditorio, que no se abraze con su enemigo, que no lo perdona de corazón; y que no pida á Dios por él. El que no esté dispuesto á hacerse sinceramente y con verdad, huya de aquí, y entienda que es cual si se apartara del seno de la Iglesia, porque para él no hay redención: ¡lo oís?

No, ni bien Jesús, todos perdonamos ya á los que nos han ofendido para que tú nos perdones; todos repetimos de lo íntimo de nuestra alma, verdaderamente arrepentidos y reconciliados: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.*

SEGUNDA PALABRA

Hodie mecum eris in paradiso.
Hoy estarás conmigo en el paraíso.

(S. LUCAS. C. 23, v. 43.)

Jesucristo sufrió, entre sus ignominias y afrentas, la de ser crucificado entre dos facinerosos ladrones: uno de ellos, convencido de la injusticia con que los judíos daban muerte á Jesús, cuya divinidad é inocencia llegó á conocer en aquella hora suprema, por gracia y misericordia del mismo Señor, le pidió perdón y el don de la salvación en estos términos: *Acuérdate, Señor, de mí, cuando estés en tu reino.* Jesús, conociendo su fe y su arrepentimiento, en consecuencia práctica y en prueba demostrativa y evidente de la sublime doctrina que ya había enseñado por su primera palabra, le consoló, le perdonó y dijo: *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* Y esta fue la segunda, que habló en la cruz.

Observemos, cristianos, los medios rápidos, pero indispensables, por donde el buen ladrón llegó, tan ligera y repentinamente, á ganar y obtener su justificación y salvación; observemos la infinita misericordia del Señor, y aprendamos á no desconfiar jamás de la bondad y clemencia de nuestro gran Dios.

El ladrón estaba oyendo las injurias y blasfemias que vomitaban

contra Jesús las fieras lenguas de sus implacables enemigos. Oyó también, con dolor y extrañeza, por lo que se vio después, que su infeliz compañero imitaba á aquella chusma feroz, y que blasfemaba asimismo contra el Señor, sin considerar la triste suerte en que todos se hallaban, ni la más triste aún y eternamente desgraciada que le iba á caber en breve; y dirigiéndole la palabra con una sentida y enérgica reconvencción le dijo: *Cómo, ¿pi aún tú temes á Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Pero nosotros estamos con justicia, pues que recibimos el condigno castigo de nuestros hechos; mas éste nada malo hizo. Y en seguida le dice á Jesús: Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu reino.* Conoció á Jesús este infeliz indudablemente; tuvo fe, y fe verdadera, y fe eficaz, porque confesó su divinidad, la publicó y la defendió con valor y energía. Conoció también sus delitos, y también los confesó con dolor y arrepentimiento; pidió perdón y lo obtuvo; porque, ¿qué otra cosa que una fe ardiente y eficazísima de la divinidad de Jesucristo, son estas palabras: *ni tú temes á Dios en cuya pena, esto es, en lo que sufre Dios, estás complicado? ¿Qué otra cosa que confesión y arrepentimiento significan las otras: nosotros sufrimos el condigno castigo de nuestros hechos, y con justicia? Y qué sino amor grande, encendido para con Dios, demuestra la defensa que hace de Jesús, la publicación de su inocencia y la súplica del perdón? ¿Qué fe, qué amor, qué arrepentimiento, qué confesión y qué confianza, hermanos míos, más sinceras, verdaderas y saludables, que las que están lacónicamente expresadas en las últimas palabras de su súplica: Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu reino!*

Si nosotros viviésemos todo este cúmulo de virtudes, aunque fuésemos en la proximidad de la muerte, seguros podríamos estar de nuestra salvación; seguramente oiríamos las dulcísimas y consoladoras palabras de Jesús: *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* Pero ¡ah! no es fácil confiar en tan santas disposiciones en aquella hora tremenda, si antes se ha vivido mal. Es verdad que el ladrón también fué malo, facineroso y perverso, y se salvó; pero Dios quiso por su infinita misericordia inspirarle aquellas santas disposiciones; ¿sabemos nosotros, podemos penetrar, nos atreveremos con ojo píspicaz y temerario á esceder en los impenetrables decretos de la sabiduría infinita, los motivos que tuvo el Señor para obrar esta conversión tan maravillosa? No.

Con todo, es indudable que la obra, grande y estupenda, de esta conversión, fué hija de la gracia y misericordia infinita del Señor. Reconozcámosle siempre, defendámos con fe su santidad é inocencia, invoquemos su piedad aun en la hora de la muerte; pero, arre-

pentidos como el ladrón, y tengamos firme confianza en su misericordia, de que como él oiremos la dulce promesa y seguridad de la salvación.

TERCERA PALABRA

Ecco filius tuus... ecce mater tua.
He ahí á tu hijo... he ahí á tu madre.

(S. JUAN, c. 19, v. 26 y 27.)

Palabra de inefable consuelo para los hombres, es la tercera que pronuncia Jesús, pendiente del patíbulo ignominioso y cruel, en que le han puesto los mismos hombres! En la persona del discípulo amado, nos declara hijos adoptivos de su misma madre. Aquella Virgen purísima que había dado á luz al Hijo de Dios encarnado, no pudiendo ya tener en la tierra presente para su gloria, alegría y consuelo al Hijo de sus entrañas, porque iba á morir por los hombres, recibe como legado suyo á los mismos hombres, con quienes ejerza el cariñoso oficio de madre, y de quienes reciba los debidos obsequios y atenciones de hijos. Encargo reciproco, que si bien nos proporcionaba todos los encantos y dulzuras de la Madre del Amor hermoso, también nos empeña á cumplir con esta Señora los altos cuidados y respetos de humildes y afectuosos hijos.

Un grande y distinguido consuelo, cristianos, es el que en esta palabra nos suministra, para la vida del mundo y para la eterna; el agonizante Jesús; pero un consuelo, que exige de nosotros obligaciones y deberes sagrados de la más elevada importancia. ¿Por dónde, en qué títulos, con qué razones hubieran podido creer jamás los miseros hijos de Adán, los desapiadados verdugos que con sus pecados y maldades crucificaban al Hijo de Dios, que entonces mismo, cuando le iban á sacrificar, él hubiera de subrogarse á su propia Madre? ¿Puede darse mayor prueba del amor y ternura que el Señor nos tuvo desde la eternidad? Reflexionado bien, pecadores: la Virgen inmaculada, la criatura más justa, más santa y querida de Dios, su verdadera madre es ya madre nuestra: *Ahí tienes á tu madre.*

Pero también somos nosotros sus hijos: *ahí tienes á tu hijo.* Pues bien; cuidado, que este incomparable legado, este inmenso y rico tesoro exige un esmero y una fidelidad sin límites para su custo-

dia. Ya verá el Señor la vigilancia y escrupulosidad con que lo guardáis; la pureza, la humildad, el respeto con que lo servís; la atención y miramiento con que le obedecéis; la prontitud y fidelidad con que ejecutáis sus mandatos: sabed que al que mucho se le ha dado, mucho se le pedirá. Sois hijas de Maria, virgen pura, santa y virtuosa, en tan alto grado que con justicia se la llama *reina de las virtudes*. Pues el mejor modo de cumplir con los oficios de hijos suyos, es imitarla y esforzarse á copiar cada cual en su conducta las virtudes de esta digna madre.

Tened entendido, además, que Jesús para eso os declara por sus hijos. Mirad bien, repito, la ocasión y circunstancias en que os transmite este encargo, y el objeto con que lo hace. Va Jesús á exhalar muy pronto el último aliento, y debéis acompañar á su triste y desconsolada Madre. ¿Se engañará Jesús en la confianza que hace de vosotros? ¿Sereis ingratos á su distinguido favor?

¡No, buen Jesús! jamás olvidaremos tan importante encargo, nunca seremos ingratos á tan singular beneficio. De hoy en adelante nos portaremos como dignos hijos de Maria. Y vos, Madre afligidísima, aquí tenéis en cada uno de nosotros un hijo adoptivo, solicito para agradaros, humilde para obedeceros y tierno para compadecer vuestras penas: *ahí tienes á tu hijo.* Nuestra vida toda y todos nuestros anhelos serán el imitar vuestras virtudes, el acompañaros en vuestra orfandad y el ser tus dignos hijos. Manifiestanlo tú que eres nuestra madre con tu protección y amparo en todos los peligros y lances difíciles de la vida. Alcanzamos gracia, santidad y virtud, para que nosotros podamos siempre decirte dignamente: *ahí tienes á tu hijo; en el mundo y en la eternidad.*

CUARTA PALABRA

Dios meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me!
Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

(S. MATEO, c. 27, v. 46.)

Encargada al cuidado del discípulo Juan la Virgen, y en él puestos bajo la égida cariñosa y maternal de esta Señora todos los hombres, por cuya salvación moría el Hombre-Dios; llegando ya el término de su penosa agonía, pues era cerca de la hora nona, esto es,

las tres de la tarde, y por consiguiente hacia ya cerca de tres horas que Jesús estaba pendiente de la cruz, haciendo el Señor un esfuerzo extraordinario, y levantando su voz, en tono lastimero y penetrante, se quejó a su eterno Padre del desamparo en que le tenía constituido. *Dios mío, Dios mío*, le dice con voz vehemente, *¿por qué me has desamparado?*

Cristianos, ved la situación tristísima y lamentable en que está el Hijo del Altísimo; ni discípulos, ni amigos, ni criaturas insensibles, ni sus fieros verdugos, más encarnizados é inhumanos que tigres, le consuelan; todos le abandonan y desamparan; busca alivio y consuelo en su eterno Padre, y en él encuentra también el mismo desamparo. Así lo habían anunciado los profetas, y así debía cumplirse, y se cumplió. Pero como, oh eterno Padre, como abandonas así a tu Hijo amado, a ese Hijo, que es la figura de la substancia, el esplendor de tu gloria, y en él que has dicho que están cifradas tus complacencias? ¿Por qué causa sobreviene ahora tanto desvío, tanto enojo, tan cruel desamparo? ¿No ha sufrido ya bastante? ¿Es justo acaso aumentar la aflicción al que padece? ¿Qué delito ha cometido, si es la misma inocencia, la justicia y santidad misma? ¿Por qué, pues, se le niegan hasta aquellos tristes consuelos que excita la natural compasión, hasta la humanidad misma, en favor de los criminales más famosos? ¿Por qué no le envías un ángel que le conforte ahora y sostenga como en el buerto? ¿O era que allí aún no estaba en poder de la justicia, bajo la potestad de las tinieblas, y porque no rehusase el sufrir, le quisiste sostener? Y ahora que ya se ve atado y fijo en la cruz, con duros clavos que le desgarran sus divinos pies y manos, ¿queréis hacer que beba y apure hasta las heces el cáliz amargo de tu ira contra el pecador?

Ah, hermanos míos! la imaginación se pierde en un abismo de dudas y temores, y el corazón se anonada y palpita azorado, al considerar el extremo de angustia y mortal agonía en que se halla Jesús. El pecado y sólo el pecado, por el cual ha salido responsable, es la causa de tan amargo penar! Si así se corta en el leño verde de la inocencia de Jesús, ¿qué sucederá en el seco de nuestras maldades? ¿Y extrañaréis ya, pecadores, si os veis abandonados de Dios, en justo castigo de vuestros pecados?

Por sólo la semejanza de pecador y por la obligación voluntaria que acepta Jesús de satisfacer por el pecado, su eterno Padre le desampara y le deja en el mayor desconsuelo y abandonado á sí mismo, sin otro consuelo que el de su propio dolor. Las fuerzas naturales como hombre le faltan y desfallecen; y las sobrenaturales de Dios

se las retira el eterno Padre, por un milagro, para hacerle padecer más; y he aquí el motivo de su queja y desmayo.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Pobre y afligidísimo Jesús de mi alma! ¿quién te consolará, si el eterno Padre te desampara? ¿Nosotros? ¡Ah miserables! ¡si somos cabalmente la causa del desamparo de Jesús! Meditadlo bien: ¿sois capaces, cristianos, de condoleros del desamparo y abandono en que se ve el Hijo del eterno Padre, vuestro salvador y redentor? ¿Os atrevéis á suministrarle algún lenitivo, algún consuelo en su extrema aflicción? ¿Podéis hacerlo?... Si podéis.

El arrepentimiento y el dolor de vuestros pecados es el único balsamo de consuelo que de vosotros espera. ¿En qué os detencéis? Arrojaos á sus pies, con el corazón herido por el dolor y la contrición: decidle de lo íntimo de vuestra alma: oh mi Jesús, desamparado por mis culpas; arrepentido ya de veras, nos tenéis aquí para ofreceros el consuelo de una firme resolución de no ofenderos ya más; admitidlo, Señor, y consoladnos á nosotros en las aflicciones en que de continuo nos ponen nuestros extravíos: no nos desamparéis en esta vida, ni nos dejéis de vuestra mano misericordiosa hasta la eternidad.

QUINTA PALABRA

*Sitio
Sed tengo.*

(S. JUAN, c. 19, v. 28.)

El inocente y desterrado Ismael, abandonado de su padre Abraham, y lanzado de su casa con su infeliz madre Agar, cansado y fatigado en medio del desierto, se abrasa de sed; llora, gime, se desconsuela levantando su voz al cielo, porque tiene sed. Esto mismo dice Jesús con voz apagada y agonizante: Sed tengo. Era un efecto natural de la falta de sangre, que es el líquido de la vida, y de la cual ya le quedaba muy poca, porque la había derramado gota á gota por sus mortales heridas. Era un efecto amoroso de su caridad, porque aún no estaba satisfecho de padecer por los hombres y tenía sed de padecer más. Era una invitación energética y misteriosa que hacía á todos los pecadores, de cuya salvación tenía sed: no le bastaban los innumerables justos que por su redención se habían de salvar, desde

el principio del mundo hasta el fin; deseaba que ninguno se perdiese, y tenía aun sed de que fuesen más copiosos los frutos sobreabundantes de su pasión. *Síto, dice Jesús; sed tengo!*

¿Oís, pecadores? Aunque Jesús se ha hartado de oprobios, como dijo Jeremías, aunque ya no caben en la posibilidad humana más tormentos y martirios, pues que ha derramado á torrentes su preciosísima sangre en tantas llagas y heridas como tiene abiertas su sacratísima Inimicidad; el concilio, el pretorio, la casa de Anás, Caifás y Pilatos, las calles de Jerusalén, el camino del Calvario y el Calvario mismo está todo regado de esa sangre divina, precio de la redención del mundo, no extrañéis que Jesús tenga sed: ese es un tormento más, una fatiga cruel, una angustia inexplicable, capaz por sí sola de hacerle morir: considerado bien y condoleos de este nuevo martirio, ¡Oh! ¿y quién pudiera templar la sed del abrasado corazón del Hijo de la Virgen! Angeles del paraíso que oísteis enternecidos el llanto de Ismael y le suministrasteis agua, ¿cómo no refrigeraréis ahora al Hija del Eterno? Pecadores, corred con un vaso de agua á templar la sed del que muere por vosotros. Sed tengo, dice Jesús.

Pero no, no lo comprendéis. Esa sed es de padecer más; no está satisfecho Jesús, quiere más tormentos, más azotes, más espinas, más dolores, más heridas, más clavos, más cruz; desea padecer más todavía; nuevas afrentas, mayores injurias, otros desprecios é insultos; quiere, anhela, desea, tiene sed y pide que le deis otra muerte, mil muertes; pues su amor por vosotros es infinito, inmenso, no tiene límites ni término, ni tampoco su deseo de padecer. *Sed tengo; así, pues, pecadores, armad vuestra diestra sin piedad, y descargad cuantos golpes queráis y os sugieran vuestras pasiones, vuestra malicia y el demonio sobre el despedazado y adorable cuerpo del pacientísimo Jesús; los aguarda, los espera, tiene sed de ellos; no dejéis que su paciencia se canse, que su sed se mitigue y satisfaga; mirad que si se quiere padecer más es porque ninguno se pierda ni condene. Haya abundantes martirios para Jesús, para que haya abundante número de redimidos y santos.*

Sed tengo; no bastan en la inmensa caridad y ardiente celo de Jesús por la salvación de los hombres, el prodigioso número de patriarcas, profetas y justos de la antigua ley; el lucido escuadrón de tantos millones de martires, que darán su vida por la defensa de la nueva, que es el Evangelio sellado con su sangre; el candido coro de las vírgenes, el penitente rango de las anacoretas; el respetable colegio de los confesores y la prodigiosa multitud de tantos y tantos varones y mujeres ilustres, que renunciando el mundo y practicando

la virtud perfecta, habían de ser un irrefragable testimonio del poder salvador de su cruz; no quiere que ninguno se pierda, y así tiene una sed devoradora por salvarlos á todos.

¿Y nos salvaremos nosotros? ¿Seremos del glorioso número de los que mitiguen y sacien la sed que de más almas tiene el Redentor? De nosotros depende. Ninguno se pierde sino por su propia causa. Así, pues, cristianos, vamos á procurar en adelante saciar la sed que tiene Jesús por hacer justos y santos, siéndolo nosotros.

SEXTA PALABRA

*Consummationem est
Todo está cumplido.*

(S. JEAN, c. 19, v. 30.)

Todo está cumplido. La iniquidad de los hombres, la injusticia de los judíos, la impiedad de la sinágoza, la envidia cruel de los escribas y fariseos, y la pasión de Jesucristo, y la redención del mundo, y la satisfacción que Dios exigía por el pecado, para abrir de par en par las puertas del cielo á los delincuentes hijos de Adán; todo está ya hecho; todo está cumplido.

¡Ah cristianos! Jesús lo dice, colgado de un horrendo patíbulo entre el cielo y la tierra: *todo está cumplido.* ¿Ha podido hacer más por nosotros? ¿No ha bajado desde el seno del Padre para tomar nuestra naturaleza? ¿No ha cargado sobre sí todas nuestras miserias para remediarlas? ¿No le veis en esa cruz próximo á morir para que nosotros vivamos? ¿Pues que otra cosa ha debido hacer, que no la haya hecho? El establecimiento de una religión santa y consoladora, toda amor y caridad, en cuyo seno solamente nos podemos salvar; las abundantes gracias que se nos franquean copiosamente en los santos sacramentos para conseguir por su medio la salvación; la ley santa del Evangelio, sellada con su preciosa sangre; el inefable consuelo de la presencia angusta del mismo Señor, que se quita con nosotros sacramentado para servirnos de alimento; en fin, la bienaventuranza anticipada que se nos prodiga y prepara; todo, todo está ya hecho.

¿Pero lo está igualmente por nuestra parte? Pregúntese cada uno á sí mismo, y con la mano en el corazón de la respuesta. Las iras, las venganzas, la vida licenciosa ó indiferente, la inmoralidad, la irreligión en las obras; las blasfemias, los juramentos, las obscen-

nidades y escándalos en las palabras: la torpeza, la inmoralidad, los juicios temerarios, los proyectos inicuos, los planes impíos en el pensamiento, ¿están ya acabados? ¿Pensamos ya sólo en Dios y en la eternidad? ¿Hablamos sólo para edificar á los otros y para dar gloria á Dios? ¿Practicamos sólo acciones dignas de penitencia, de arrepentimiento y virtud cristiana? Si así no es, digamos que aún no está todo consumado; digamos que nuestra vida es y será, como hasta aquí, vida de disipación, de desorden y de abandono; y que no está todo acabado, porque falta consumarse nuestra condenación eterna. Resolvámoslo, pues, vosotros, pecadores.

De otra manera es indispensable que empecemos una vida nueva, desnuda del hombre viejo y de sus actos, como nos encarga el Apóstol, y vestida del nuevo, que esté adornada según Dios, de justicia, santidad y verdad. Acabese todo lo que ofende á los ojos de la majestad de nuestro Dios, y que ha consumado el sacrificio de su hijo Jesús. Enumeremos nuestras costumbres, y seamos tan firmes en el propósito de vivir bien, que podamos decir con verdad á Jesucristo: Señor, todo está ya consumado también por nosotros; los vicios, la mala vida, los pecados, vuestras ofensas, todo, todo se ha concluido. Seremos buenos cristianos, fieles y agradecidos á los beneficios que nos habéis otorgado con vuestra pasión y muerte, pues para realizarlo confiamos en vuestra gracia, de la que nadie, ni nada del mundo será capaz de apartarnos, porque nuestra santa resolución está consumada.

SÉPTIMA PALABRA

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

S. LUCAS, c. 23, v. 46.

No desmayéis, os ruego, hermanos míos, cobrad aliento y preparaos para el último golpe; ya Jesús encomienda su purísima alma, agitada por el espasmo de la muerte, en las manos de su eterno Padre. Da el último adiós al mundo, la postrera lección: tenedla presente. Su alma santa y bienaventurada desde el feliz momento de ser criada por Dios y unida á la santa humanidad en el vientre virginal y purísimo, parece que es una redundancia el entregarla ahora en

las manos del Padre, pues siempre estuvo en ellas, y siempre gozó de la visión beatífica. Pero Jesús obra aquí como hombre para instruir á los hombres y enseñarles un importante deber, que ha de echar necesariamente el último sello á la vida cristiana, y ha de ser como la llave maestra que cierre la puerta al mundo, y á la vez abra la de la eternidad.

He aquí, de una ojeada, toda la sublime enseñanza que nos da el Maestro divino desde la cátedra sangrienta de su cruz, al tiempo de morir. Las obras más perfectas de la caridad cristiana, que consisten en amar, perdonar y hacer bien á los enemigos, esforzándose con decidido anhelo y ardiente sed, porque consigan su salvación. Esto lo vemos enseñado por Jesús en sus primeras cuatro palabras, y practicado con su divino ejemplo, salvando al ladrón y dejándonos por madre y maestra á su Madre misma, que es la viva representación del amor más tierno y de la virtud más perfecta. La otra parte de la caridad, que es el amor de Dios, está asimismo claramente manifiesta en las tres últimas, cerrando toda la lección misteriosa, esa entrega voluntaria, aunque precisa, que debemos hacer todos, de nuestro espíritu en las manos de Dios que lo crió á su imagen y semejanza. ¡Ojalá que nuestra dicha sea tan cumplida, y nuestro destino en el mundo tan fielmente desempeñado, que al fin vaya nuestra alma al seno de Dios, que la crió para salvarla!

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, dice por último Jesús. Mi misión sublime sobre la tierra, que era la de redimir á los hombres con mi propia sangre y vida, se ha llenado en todas sus partes; ya voy á unirme á aquel que me envió. Procuremos, cristianos, llenar la nuestra aprendiendo y practicando las importantes lecciones que nos ha dado el Maestro divino. Sea tal nuestra vida, que al acercarse el momento de la muerte, podamos confiados decir con el Apóstol: *yo he peleado una buena pelea, he consumado mi carrera, he conservado la fe, ya no me resta más que recibir la corona de justicia que me tiene preparada y dará el justo juez; sea tan pura y perfecta nuestra virtud; nuestro amor de Dios y del prójimo, como con su divino ejemplo nos lo ha enseñado Jesús, y apoyados en él, tengamos tanta fe en su santa palabra, que al oír la triste noticia de la muerte, se exalte de júbilo nuestra alma y digamos con el Profeta: *me he regocijado en las cosas que se me han dicho; yo voy á la casa de mi Señor.* En fin, nuestra fe, nuestra confianza y nuestro deber cristiano, es siempre dejar nuestra alma y cuanto á su salvación toca, en las manos de Dios, y principalmente á la hora suprema, con fieles imitadores de Jesucristo.*

Padre: en tus manos encomiendo mi espíritu, dijo por última palabra Jesús, y diciendo esto, *expiró*, dice el evangelista. ¿Lo habéis entendido? Y al decirlo, *expiró*. Ahora, pecadores, si que está consumada vuestra obra; ya os podéis dar por satisfechos, porque Jesús ha muerto á causa de vuestros pecados; ¿queréis más? ¿No os basta lo que habéis hecho? Pues entonces tomad lanzas y abridle su corazón amoroso, sacadle cuanta sangre le quede; heridle; blasfemad de su santo nombre, deshonradle con vuestra conducta impia y atroz; pero temed su justicia.

¡Ah pecadores! muevao esta á contrición, si ya no os mueve su amor; muevao á la enmienda de la vida, al arrepentimiento y al dolor. Porque sabed, repito, que nosotros le hemos crucificado y muerto: á nuestro Jesús, á nuestro Dios, á nuestro Redentor y Salvador. Este conocimiento, esta confesión pide lágrimas, en lugar de reflexiones, en vez de palabras. Derramadlas en abundancia á los pies de este buen Señor, y de lo íntimo del alma decidle: Señor mío Jesucristo, yo no queremos vivir, sino morir con vos y para vos eternamente. *Amén*.

LA SEPULTURA DE JESUCRISTO

Quippe consummationem unius, quae de eo scripta erant, dependentes cum de ligno, posuerunt cum in monumento.

Y después que cumplieron todas las cosas que estaban escritas de él, le quitaron de la cruz, y lo pusieron en el sepulcro.

(Act. xiii. v. 29.)

Parece extraño é inconcebible á primera vista que Dios, según la narración del Génesis, después de haber terminado en seis días la creación del mundo, descansase el séptimo, como el que está fatigado de una obra grande y trabajosa. La obscuridad de este pasaje pro-

viene de que se atribuye sólo á Dios, como Dios, lo que es propio del Hombre-Dios, de que se quiere entender de lo pasado lo que es una profecía brillante de lo futuro, y de que se aplica á la figura lo que sólo se verifica literalmente en el que es la realidad. El mismo Dios que crió el mundo fué el que lo reparó. La misma sabiduría eterna, que en otro tiempo formó al hombre en el sexto día, le rescató precisamente en el sexto día, muriendo por él; con la diferencia sin embargo de que mientras que la creación del mundo fué como un juego del poder divino, la redención fué un verdadero trabajo, fué la obra de Dios por excelencia; mientras que la creación fué el efecto de un precepto general, de una palabra emanada de Dios, la redención fué un trabajo penoso y largo, una verdadera fatiga para el divino artifice que la llevó á efecto.

Efectivamente, más trabajo costó á Jesucristo, si me es lícito hablar así, disipar las tinieblas de la idolatría, que criar la luz; más trabajo para destruir los vicios, que para producir los animales; más se afanó para reparar en el hombre la imagen de Dios desfigurada por el pecado, que para formarla la primera vez. Al revelarnos la Escritura que Dios, en cuanto Dios, descansó al séptimo día, después de acabada la obra de la creación, quiso anunciar de antemano que el Hombre-Dios descansaría en la tumba al séptimo día, después de haber consumado la obra mucho más sublime é importante de la Redención del género humano. Ved aquí porque la historia del reposo del Dios Criador se lee el sábado santo bajo el título de *profecía*, porque ella es en efecto una profecía del reposo del Dios Redentor; y porque este misterio debía cumplirse en sábado, fué por lo que los judíos celebraron siempre el sábado como un día de gran solemnidad. San Pablo, en sus famosos discursos á los judíos, en los que refería la historia de la Redención, llamaba particularmente su atención sobre este misterio, diciéndoles: «Después que los discípulos hicieron todo lo que estaba escrito de él, le bajaron de la cruz, y le pusieron en el sepulcro. Meditemos pues en el día de hoy sobre los misterios secretos encerrados en estas sencillas palabras, apenas consideradas por los cristianos; encontremos en ellas motivos para instruirnos cada vez más, y para abrasarnos en el amor de Dios que murió por nosotros.

Prosternados delante de vos, os adoramos, y os suplicamos rendidamente que dejéis caer sobre nuestras pobres almas una sola gota de esa sangre divina con que fuisteis regada, para que borre en nosotros las manchas del pecado, nos alcance la gracia y el perdón, acreciente nuestros méritos y nos asegure las recompensas eternas: *O cruz, ave, spes unica. Ave Maria*.

Padre: en tus manos encomiendo mi espíritu, dijo por última palabra Jesús, y diciendo esto, *expiró*, dice el evangelista. ¿Lo habéis entendido? Y al decirlo, *expiró*. Ahora, pecadores, si que está consumada vuestra obra; ya os podéis dar por satisfechos, porque Jesús ha muerto á causa de vuestros pecados; ¿queréis más? ¿No os basta lo que habéis hecho? Pues entonces tomad lanzas y abridle su corazón amoroso, sacadle cuanta sangre le quede; heridle; blasfemad de su santo nombre, deshonradle con vuestra conducta impia y atroz; pero temed su justicia.

¡Ah pecadores! muevao esta á contrición, si ya no os mueve su amor; muevao á la enmienda de la vida, al arrepentimiento y al dolor. Porque sabed, repito, que nosotros le hemos crucificado y muerto: á nuestro Jesús, á nuestro Dios, á nuestro Redentor y Salvador. Este conocimiento, esta confesión pide lágrimas, en lugar de reflexiones, en vez de palabras. Derramadlas en abundancia á los pies de este buen Señor, y de lo íntimo del alma decidle: Señor mío Jesucristo, yo no queremos vivir, sino morir con vos y para vos eternamente. *Amén.*

LA SEPULTURA DE JESUCRISTO

Quisque consummationem unius, quae de eo scripta erant, dependens cum de ligno, posuerunt eum in monumento.

Y después que cumplieron todas las cosas que estaban escritas de él, le quitaron de la cruz, y le pusieron en el sepulcro.

(Act. xiii. v. 29.)

Parece extraño é inconcebible á primera vista que Dios, según la narración del Génesis, después de haber terminado en seis días la creación del mundo, descansase el séptimo, como el que está fatigado de una obra grande y trabajosa. La obscuridad de este pasaje pro-

viene de que se atribuye sólo á Dios, como Dios, lo que es propio del Hombre-Dios, de que se quiere entender de lo pasado lo que es una profecía brillante de lo futuro, y de que se aplica á la figura lo que sólo se verifica literalmente en el que es la realidad. El mismo Dios que crió el mundo fué el que lo reparó. La misma sabiduría eterna, que en otro tiempo formó al hombre en el sexto día, le rescató precisamente en el sexto día, muriendo por él; con la diferencia sin embargo de que mientras que la creación del mundo fué como un juego del poder divino, la redención fué un verdadero trabajo, fué la obra de Dios por excelencia; mientras que la creación fué el efecto de un precepto general, de una palabra emanada de Dios, la redención fué un trabajo penoso y largo, una verdadera fatiga para el divino artifice que la llevó á efecto.

Efectivamente, más trabajo costó á Jesucristo, si me es lícito hablar así, disipar las tinieblas de la idolatría, que criar la luz; más trabajo para destruir los vicios, que para producir los animales; más se afanó para reparar en el hombre la imagen de Dios desfigurada por el pecado, que para formarla la primera vez. Al revelarnos la Escritura que Dios, en cuanto Dios, descansó al séptimo día, después de acabada la obra de la creación, quiso anunciar de antemano que el Hombre-Dios descansaría en la tumba al séptimo día, después de haber consumado la obra mucho más sublime é importante de la Redención del género humano. Ved aquí porque la historia del reposo del Dios Criador se lee el sábado santo bajo el título de *profecía*, porque ella es en efecto una profecía del reposo del Dios Redentor; y porque este misterio debía cumplirse en sábado, fué por lo que los judíos celebraron siempre el sábado como un día de gran solemnidad. San Pablo, en sus famosos discursos á los judíos, en los que refería la historia de la Redención, llamaba particularmente su atención sobre este misterio, diciéndoles: «Después que los discípulos hicieron todo lo que estaba escrito de él, le bajaron de la cruz, y le pusieron en el sepulcro. Meditemos pues en el día de hoy sobre los misterios secretos encerrados en estas sencillas palabras, apenas consideradas por los cristianos; encontremos en ellas motivos para instruirnos cada vez más, y para abrasarnos en el amor de Dios que murió por nosotros.

Prosternados delante de vos, os adoramos, y os suplicamos rendidamente que dejéis caer sobre nuestras pobres almas una sola gota de esa sangre divina con que fuisteis regada, para que borre en nosotros las manchas del pecado, nos alcance la gracia y el perdón, acreciente nuestros méritos y nos asegure las recompensas eternas: *O cruz, ave, spes unica. Ave Maria.*

La flor de Nazareth habia inclinado ya sobre su tallo su cabeza lánguida. El autor de la vida habia sufrido voluntariamente la muerte más cruel. Jesucristo habia consumado ya el grande e incomprendible misterio de su caridad y de nuestra salvación; y de su corazón amoroso, atravesado de parte á parte por una lanza cruel, del seno del nuevo Adán, que dormía un sueño de muerte, habia nacido ya, purificada en su sangre, cubierta del rocío de su gracia y rica con sus méritos, la nueva Eva, brillante y gloriosa, la Iglesia. Y sin embargo, ¡oh indiferencia! ¡oh cobardía de los discípulos! Ninguno de ellos se presenta para tributar los últimos deberes al cuerpo adorable de su Divino Maestro; del mismo modo que le habian abandonado cuando estaba vivo al furor de los soldados en el huerto de Getsemani, así tambien después de su muerte le abandonan en el Calvario al furor de los judíos, que ya se disponen á insultar estos divinos despojos, sepultándolos sin consideración alguna al pie del Gólgota en la fosa común de los ajusticiados.

Peró no temáis, hermanos míos; el Padre Eterno vela sobre los preciosos despojos de su Hijo. Los ángeles, que le forman un cortejo invisible con sus innumerables legiones, le defienden al mismo tiempo que le adoran.

José, originario de Arimatea, y que habitaba en Jerusalén, distinguido por la nobleza de la sangre y por sus riquezas, y condecorado con las más altas dignidades, pues que era uno de los setenta magistrados que componian el consejo supremo de *los ancianos del pueblo*, es el hombre que la Providencia ha elegido en sus sabios consejos para la alta misión de dar sepultura al cuerpo del Hijo de Dios. José cree que ha llegado el momento en que es necesario que el discípulo de Jesucristo se declare y no se ruborice de su Maestro; él se presenta, pues, á Pilatos con ademán intrépido y corazón resuelto; y sin temer la política del gobernador, más inhumana aún que su crueldad, le dice: «Sabe que yo soy también discípulo de Jesucristo y me honro de serlo. En esta virtud vengo á pedirte su cuerpo: él me pertenece.» Pilatos, sorprendido y confuso al oír esta libertad de lenguaje, no le objeta que el cuerpo de un ajusticiado pertenece á la justicia pública, y que un simple particular no puede tener derecho á reclamarle. Sólo se contenta con mandar llamar al Centurión, encargado de asistir á la sangrienta ejecución del Calvario, é informarse de él si Jesús estaba efectivamente muerto; permitiéndolo Dios así, para que la certeza de esta muerte, que nos ha dado la vida, quedase más consignada con respecto á nosotros. Después de haber oído Pilatos de la misma boca de este testigo fiel, que

Jesús habia expirado realmente lanzando un gran grito, mandó que el cuerpo de Jesús se entregase á José, á quien en cierto modo hizo un regalo de él. ¡Regalo magnífico! ¡precioso tesoro!

El generoso Nicodemus se asocia al intrépido José en este precioso deber; él lleva una composición exquisita de mirra y áloe, como unas cien libras, para embalsamar, según costumbre, el cuerpo del Señor. Cualquier otro que José se hubiera ofendido de esta generosidad, y hubiera dicho: «Guarda tus perfumes, Nicodemus; ¿no soy yo bastante rico para dar aun más de lo que sea necesario? Yo doy espontáneamente el sepulcro, yo puedo también dar la mirra.» Pero no, una misma gracia ha elegido estas dos almas generosas, una misma caridad y una misma religión las une. El piadoso José ve con un santo gozo á su colega en el Sanhedrin asociarse á él para tributar los últimos honores á la sepultura de Jesucristo.

¡Oh providencia de Dios! ¡cuán admirable os mostrasteis en los honores de que quisisteis rodear los despojos mortales de vuestro Hijo! ¡Cómo supisteis vengar su memoria y su nombre, y confundir el odio ciego y la grosera calumnia de sus enemigos! Los fariseos, en su insolente orgullo, habian dicho hablando del Salvador: «¿Quién es este hombre que dice ser el Mesías? ¿Acaso ha creído en él alguno de los principios de los sacerdotes ó de los senadores? El no encuentra partidarios sino entre las mujeres, el bajo pueblo y los ignorantes que no conocen la ley, personas todas que, por lo mismo, están como malditas de Dios.» Pero ved aquí que Dios da un mentis solemne á estas palabras insultantes. Ved aquí que dos de los miembros más ilustres, más opulentos y más influyentes, y, sobre todo, los únicos hombres de probidad, los únicos piadosos del Sanhedrin, se declaran abiertamente discípulos de Jesucristo después de su muerte, y tributan á su inocencia y á su divinidad un testimonio público y solemne. A la vista de un pueblo inmenso suben á la cruz, que no era todavía el adorno de la diadema de los emperadores, sino solamente un infame patíbulo. Ellos son los primeros discípulos que se glorian de la cruz, que adoran la cruz, que publican las grandezas de la cruz.

¡Con qué sentimientos de ternura y de respetuoso temor en su corazón, con cuánta modestia, con cuánto recogimiento y con cuánta devoción acercan sus manos puras para tocar el cuerpo inmaculado de Jesucristo, el tabernáculo de la divinidad! Nicodemus, dice San Buenaventura, quita los clavos, y José recibe este cuerpo sagrado en sus brazos, y dichoso con tan preciosa carga, le estrecha contra su corazón. Maria asiste á este acto de piedad y de religión con el cora-

zón atravesado por la espada del dolor, pero con la frente serena, el semblante tranquilo y majestuoso, y la actitud sublime como convenia á la Madre de tal Hijo. De pie al lado de la cruz, recibe primeramente en su seno los clavos que atravesaron cruelmente las manos y los pies de aquella Humanidad tan amada de su corazón. Ella recibe igualmente en sus brazos aquel cuerpo adorable, y le coloca en el mismo seno virginal que le habia lactado. Después, toda absorta en tan sublimes misterios y como en el éxtasis del dolor, estrecha contra su seno la prenda tan amada de sus castas entrañas, y la ofrece al Padre Eterno por la salvación de todos los hombres. Juan, el discípulo amado, se precipita sobre los divinos despojos, y reclina por segunda vez su cabeza virginal en aquel pecho sagrado, santuario del amor infinito, sobre el que habia tenido la dicha de reposar la víspera de su pasión. Magdalena toma en sus manos, riega con lágrimas y cubre de piadosos besos aquellos pies divinos inmóviles, de los que habia recibido en otro tiempo tanta contrición, tanta gracia, tanta paz y tanto amor. En una palabra, todas las personas santas y devotas presentes á esta triste ceremonia, las santas mujeres, el Centurión y sus soldados convertidos, se apresuran á porfia á tocar con una respetuosa ternura aquella carne divina, de la que emana un perfume y una virtud inefable que infunden el consuelo y la paz en todas las almas.

José y Nicodemo, después de haber embalsamado y envuelto en lienzos muy blancos el cuerpo del Hijo de Dios, lo levantan en alto y lo ofrecen al Padre Eterno por sus pecados personales y por los de todo el mundo; ellos son los primeros en continuar este sacrificio eterno que durará en nuestros altares hasta el fin de los siglos; para perpetuarse después en el cielo en los abismos del amor infinito. En verdad no consagran aquel cuerpo divino de una manera eucarística, porque lo tienen visible y realmente en sus manos; mas lo ofrecen á Dios y lo presentan desde la cumbre del Gólgota á la adoración de los hombres. ¡Ah! en el mismo lugar en que Jesús y su Santísima Madre ofrecieron el sacrificio sangriento, se ofrece por sus discípulos el mismo sacrificio de una manera incruenta. La Iglesia aprendió de estos santos hombres el modo de tratar, de sepultar místicamente y de recibir el cuerpo de Jesucristo. Para conservar la memoria del acto de José y de Nicodemo que embalsamaron este cuerpo sagrado, le envolvieron en lienzos sumamente blancos, y le depositaron, no en un ataúd, sino en un sepulcro abierto en la roca, la Iglesia usa también por altar una piedra de una sola pieza, sobre la que derrama ciertos perfumes y deposita el augusto Sacramento en unos lienzos blancos

que del cuerpo del Señor toman el nombre de *corporales*; costumbre muy antigua de la Iglesia que el pontífice San Silvestre convirtió en ley.

En otro tiempo José, el esposo inmaculado de María, suministró blancas telas de lino en las que esta divina Madre envolvió á Jesús en su nacimiento; y los santos reyes magos llevaron la mirra misteriosa para honrarle. Ahora que Jesucristo acaba de morir, otro José proporciona el lienzo sagrado destinado á envolverle, y Nicodemo, y las Marías, como otros reyes magos, llevan la mirra para embalsamarle. Hay sin embargo la diferencia de que el lino y la mirra de que se sirvieron en su nacimiento fueron el emblema de la condición de su cuerpo *real*, mientras que los lienzos y la mirra de que usaron para sepultarle son una enseñanza para la conducta de su cuerpo *místico*, es decir de los fieles. La blancura de los lienzos y el olor de la mirra que rodean su cuna, significa que Jesucristo viene al mundo para observar una vida pura, pero llena de amarguras; una vida inocente pero mortificada; que, á excepción de la sombra misma de pecado, se verá sujeto á las enfermedades, al dolor, á la ignominia, á la pasión, á la muerte y á todas las penas del pecado; ellos representan en una palabra á Jesucristo santo é inmaculado, porque es verdadero Dios, pero pasible y mortal, porque es verdadero hombre. Al contrario, por la blancura del lienzo en que Jesucristo quiere ser envuelto después de su muerte, y por la mirra y el aloe, enseña al alma fiel que las disposiciones con que debe recibirle en la tumba mística de su corazón, deben ser la pureza del alma, la amargura de la penitencia y la mortificación del cuerpo.

El misterio del sepulcro ofrece otras lecciones todavía más importantes. Observemos en primer lugar, que si Jesucristo no hubiese muerto, no podia resucitar, y que si no hubiese resucitado, su muerte de nada nos hubiera servido. ¡Ah! exclama San Pablo, si el drama de una pasión tan ignominiosa y tan cruel no hubiera tenido la resurrección por desenlace, Jesucristo no hubiera sido más que un hombre justo, mártir de su celo por la ley de Dios y de su amor por el prójimo, pero no hubiera sido el Hijo de Dios y Redentor del hombre. Nuestras deudas para con Dios no estarían satisfechas; nuestros pecados subsistirían aún, y con ellos nuestra esclavitud y nuestra condenación. La resurrección de nuestro Salvador borra los oprobios de su muerte, y nos hace conocer que esta muerte fué de un valor y de una eficacia infinita para redimirnos, supuesto que nos prueba que el que la sufrió era verdaderamente Dios, y ella es por consiguiente la piedra fundamental de la verdad de su religión. Pero el

misterio de la sepultura es el que une y hace evidentes los dos dogmas tan importantes de la muerte y la resurrección de Jesucristo.

El misterio de la sepultura de nuestro Salvador es también la manifestación y la prueba de otros tantos misterios no menos importantes. En primer lugar, este sepulcro no es propiedad suya ni de su familia; es una concesión que se le ha hecho por la piedad de otro. ¡Cosa sorprendente! El Hijo de Dios hecho hombre no tuvo cuna en su nacimiento, y ahora después de su muerte tampoco tiene un lugar propio en donde ser sepultado. ¿Tenía acaso necesidad de sepulcro el que tiene los cielos por morada? ¿Tenía necesidad de sepulcro el que sólo había de permanecer en el por espacio de tres días, no como un cadáver, sino como un hombre recostado para descansar? Así pues, si Jesús no tuvo casi sepultura propia en el mundo, esto prueba que su reino no es de este mundo, que él tampoco es de este mundo, y si nada poseyó en propiedad, consistió en que es el dueño de todas las cosas.

Los grandes de la tierra, según el pensamiento de San Ambrosio, se construyen magníficos mausoleos, para tener un lugar donde disolverse con honor. Pero el vencedor de la muerte no tenía necesidad de un lugar especial para reducirse en él a polvo, como los demás hombres. El fué encerrado en la tumba para que la verdad de su muerte quedase consignada, pero no para sufrir allí la corrupción; fué puesto allí como en un depósito para salir al momento; mas no para permanecer allí como en la región eterna de la muerte.

Los fariseos, después de haberse asegurado de que el cuerpo de Jesucristo estaba encerrado en el sepulcro, y haber comprobado su identidad, le encerraron de nuevo, y volvieron a asegurar con cal y con betún la enorme piedra que lo corraba; después, con licencia que habían obtenido de Pilatos, hicieron construir una especie de barrera al rededor del sepulcro, y lo rodearon de guardias pretorianas armados de centinelas militares que se relevaban por turnos, para prohibir que nadie se acercase. Finalmente, para evitar toda infidelidad por parte de los mismos centinelas, pusieron, todo al rededor de la losa que lo cubría, los sellos de la sinagoga, de cuya integridad hicieron responsables á los soldados. Los judíos reúnen allí centinelas y guardias por odio á Jesús; pero Dios, valiéndose de ellos, los envía para honrar la tumba de su Hijo, y en tanto que los judíos agotan todos sus esfuerzos para impedir que el cuerpo de Jesús sea robado, sólo trabajan para hacer creer muy pronto que ha resucitado.

Observemos también que el sepulcro de Jesucristo, prestado sólo por algunas horas, es propiedad de José, que es el que lo da. ¡Oh

admirable coincidencia de funciones de nombres! Jesucristo entró en el mundo á la sombra de la castidad de José, esposo de María, y ahora sale del mundo á la sombra de la piedad de otro José. El sepulcro nuevo es la imagen de la virginidad de María. El primer José había tomado á María por esposa, y por el milagro de su castidad la dejó intacta al Verbo Eterno para que pudiese ser concebido en su seno virginal; del mismo modo, el segundo José había construido una tumba para sí; pero, arrebatado por su piedad, la cede pura é intacta á Jesucristo á fin de que pueda en ella resucitar. Depositarios afortunados del mismo tesoro, el uno viste á Jesús en su nacimiento, y el otro le reviste después de su muerte; el uno fué testigo de su milagrosa concepción y de la virginidad de la Madre, y el otro lo es de la resurrección y de la divinidad del Hijo.

El sepulcro es sencillo y sin fausto; en él no se ven mármoles ni metales, ni adornos, y Jesús condena así el loco orgullo y la abiección insensata de los grandes que no quieren separarse de sus riquezas ni aun después de su muerte. Mas sin embargo de renunciar el Salvador á la vanidad, no por eso renuncia á la pureza; porque el quiso ser depositado en un sepulcro sencillo, pero nuevo, así como en otro tiempo quiso nacer de una madre pobre, pero virgen. Ninguno más que Jesús fué concebido en las castas entrañas de María, ni antes ni después de él; así ni antes, ni después de él, nadie fué colocado en el sepulcro que recibió el cuerpo del Salvador. ¡Oh cuerpo verdaderamente santo, adorable y bienaventurado por haber tenido la virginidad por madre y la justicia por guarda! Jesucristo se muestra siempre y en todas partes verdadero hombre y verdadero Dios. Verdadero hombre, pasando por los estados más abyectos de la humanidad; verdadero Dios, no mostrándose celoso sino por la santidad y la pureza, la única compañía digna de su persona, el único don que conviene á su majestad.

Ved aquí porqué, así como en su nacimiento despreció los palacios de los reyes, así en su muerte rehusó los mausoleos de los Augustos. Mas, así como á pesar de nacer en una pobre cabaña quiso que esta humilde gruta estuviese adornada con la virginidad de María, con la fe de José, con la inocencia de los pastores y con la humildad de los magos, del mismo modo, al morir, quiso ser depositado en un sepulcro sencillo, abierto en la roca; él no permitió, sin embargo, que ninguna mano profana, que ninguna mirada maldévola, que ningún corazón inhumano se acercase á él; por el contrario quiso tener por cortejo todas las virtudes, es decir, la constancia de María su Madre, la virginidad de Juan su discípulo, las lágrimas de

penitencia de Magdalena, la piedad de las Marías, el valor de Nicodemus, la justicia de José y la fe del Centurión. Las mismas flores del pequeño huerto donde estaba el sepulcro, abriéndose en el momento en que se presentó en aquel lugar el cuerpo de Jesús, é inclinandose sobre sus tallos para rendirle homenaje, fueron el emblema de las flores mucho más agradables á sus ojos de todas las virtudes que le acompañaron y le anunciaron como el Dios de la santidad infinita. Sólo á un Hombre-Dios correspondía morir como murió Jesús, sin debilidad. Sólo á un Hombre-Dios correspondía ser sepultado, como lo fué Jesús, rodeado de pureza y de santidad.

Nuestro Salvador no separó jamás, en estos misterios tan sublimes y tan tiernos, la causa de Dios de la causa del hombre, ni los intereses de Dios de los intereses del hombre. Ved aquí porqué en el misterio de su sepultura no sólo tuvo presente el triunfo de su religión y la gloria de su divinidad, sino también nuestra instrucción y consuelo.

En primer lugar, el apóstol San Pablo descubrió en la sepultura de Jesucristo una enseñanza profunda sobre el espíritu de la moral y la santidad del Evangelio: «Sahed, decía á los primeros cristianos, que nosotros hemos recibido el bautismo para expresar en nosotros, con todas sus circunstancias, la muerte de Jesucristo, de modo que estar bautizado es estar sepultado con él. El bautismo es, pues, según la Escritura, una obligación solemne que contraemos en presencia del cielo y de la tierra, de morir y de sepultarnos místicamente con Jesucristo, para participar del mérito de su muerte y de su sepultura real, y recibir el carácter, los privilegios y las gracias de estos dos grandes misterios figurados por el bautismo. No basta que el cristiano, para ser fiel á las promesas del bautismo, haya renunciado á todo y haya muerto con Jesucristo; es necesario también que sepultado en el secreto de su fe, en la obscuridad de sus virtudes, y como un hombre á quien cubre la piedra del sepulcro, no se ocupe en la estimación ni en el desprecio del mundo, y observe una vida oculta en Dios con Jesucristo. ¡Felices aquellos que mueren de este modo, y son místicamente sepultados en espíritu para el mundo, antes de serlo corporalmente! Dichosos los que se desprenden desde ahora, por espíritu de fe y de virtud, de todo lo que es terreno, antes que la muerte los sorprenda y los obligue á este sacrificio por una triste é inevitable necesidad! El misterio de la sepultura de Jesucristo no sólo es para nosotros una magnífica lección, sino también un motivo de valor y fortaleza. Indudablemente fué para el Hijo de Dios una gran humillación que su cuerpo sagrado, unido á la persona del Verbo,

envuelto en una sábana, perfumado con aromas y cubierto el rostro con un sudario fúnebre, á ejemplo de los cadáveres comunes, permaneciese encerrado é inmóvil en la tumba, y que el que es la resurrección y la vida reposase en la región de las tinieblas. Mas esta humillación era necesaria para fortificarnos, y en este supuesto Jesús no se negó á sufrirla. Si al momento que expiro hubiera resucitado sin pasar por el sepulcro, hubiera dado á entender que desdenaba una de las condiciones más humillantes para el hombre, la de verse obligado á entregar su cuerpo á la tierra antes de volverle á tomar glorioso en el cielo; hubiera cuasi hecho dudar de su perfecto amor, de su perfecta semejanza con el hombre, supuesto que rehusaba someterse á esta condición universal de la humanidad. Pero, supuesto que consintió en permanecer en la tumba, lo mismo que había querido reposar en la cuna, como el resto de los hombres; supuesto que quiso tener la sepultura semejante á la nuestra, lo mismo que había tenido el nacimiento y la muerte; al verle pasar así por todos los estados, por todas las condiciones y todas las miserias del hombre, por estos inefables rasgos, quedamos convencidos de su misericordia y de su tierno amor al hombre, y le miramos como el verdadero hermano del hombre, semejante en todo al hombre.

Por otra parte, al tomar el Hijo de Dios nuestras miserias nos hizo participantes de sus riquezas; al experimentar todas las condiciones, aun las más pobres, las más abyectas y dolorosas de la humanidad, las elevó en cierta manera, las santificó, las divinizó y las convirtió en gérmenes de consuelo y de gloria. Del mismo modo que, cuando nació pobre, cuando se humilló, cuando sufrió y murió, nos hizo amables y preciosas la pobreza, las humillaciones, los sufrimientos y la muerte, así también, al querer ser sepultado como nosotros, quitó al sepulcro el horror natural que inspiraba. Ved aquí porqué las almas verdaderamente cristianas no tiemblan ni se espantan, como las almas irreligiosas y profanas, á la idea de que un poco de tierra va á cubrir muy pronto su cadáver. La soledad, la obscuridad y la insensibilidad de la tumba no las aterra. Jesucristo pasó por este camino, y mudó su condición; ellos le miran como el pedestal desde donde deben remontarse al cielo. ¡Con cuánto gozo hablan de ella, con cuánta indiferencia la esperan, con cuánto valor la llaman, y con cuánta alegría descienden á ella! No diriais que son hombres que mueren por necesidad, sino hombres que van á reposar para olvidar sus trabajos.

Trinidad adorable, fuente augusta de salvación, recibid hoy las acciones de gracias, las bendiciones y las alabanzas de todas las in-

teligencias creadas. Mas, en tanto que nuestros homenajes se elevan hacia vos, haced descender sobre nosotros la abundancia de vuestra gracia; bendecidnos, á fin de que, después de alcanzar nuestro triunfo en la tierra, alcancemos también la recompensa eterna en los cielos. *Amén.*



¿No veis la señal gloriosa que consuela de nuevo á la Iglesia y á todos los verdaderos fieles? ¿No recordáis el signo de triunfo que ha de ostentarse á los ojos del mundo, para dicha y corona de los buenos; terror y confusión de los malos, participando de la gloria y majestad del Hijo del hombre, cuando al último día de los siglos venga á juzgar el universo? Es el glorioso estandarte de nuestra libertad; llenos de júbilo, cristianos; la enseña venturosa de la salud del hombre, el instrumento adorable de la restauración del pecado, la que ha conquistado el cielo, cerrado por la culpa de la descendencia de Adán! El árbol bello y frondoso que va cubriendo con sus ramas toda la redondez del orbe, el árbol misterioso, cuyo fruto es un antídoto eficaz contra la amargura mortífera que causó el fruto vedado del primer árbol del paraíso, es la cruz triunfante y gloriosa; oyentes míos, la esperanza de los fieles, y la desesperación de los impíos que la desprecian, porque no la conocen; *nascit homo pretium eius*. Signo antes de ignominia, es hoy un sello de gloria y de fidelidad que premia y ennoblece á los siervos de Dios.

En la opinión de todas las naciones era la cruz el más infame de todos los suplicios; era maldito, en la Palestina ó la Judea, el que moría en ella, y los romanos hacían expirar en tan ominoso patíbulo

á los esclavos que atentasen contra la vida de sus señores; pero desde que la cruz se vió salpicada con la sangre nobilísima y real del Hijo de un Dios, sobre la cima del Gólgota, enclavado en ella, adquirió el más alto honor; y los mismos romanos dieron testimonio de esta verdad, prohibiendo el uso de la cruz en el castigo afrentoso de los mayores delitos; con la idea de que en adelante no recibieran los reos en vez de infamia, honor, y en lugar de castigo, una recompensa. Hoy es la cruz la piedra más preciosa de las coronas imperiales, el ornamento de los grandes, el premio de los héroes, y en sentir de San Cirilo de Alejandría, la gloria de las glorias; el mayor oprobio del hombre es hoy el más glorioso timbre del cristiano. No hay blasón tan ilustre como padecer por amor de Jesucristo en la cruz. El Apóstol que subió hasta el tercer cielo por la escala de las tribulaciones y de los tormentos, ha fundado sus delicias y toda su gloria en la cruz de Jesucristo. Bien podía establecerla sobre la sabiduría del Hijo de Dios, en su majestad ó sobre su gloria, mas halló la sabiduría en la locura de la cruz, halló la majestad en la humillación de la cruz, y halló su poder en la flaqueza de la cruz, en expresión de San Agustín. Los sabios del siglo se avergüenzan del oprobio de la cruz; mas el Doctor santo de las gentes encontró en él una gloria, que le hace superior al mundo.

Algunos se glorian del favor de los reyes ó de los poderosos; otros suelen gloriarse en la ciencia vana, carnal y diabólica que hincha el corazón; éstos en la libertad y potencia de satisfacer sus pasiones mezquinas; aquéllos, en fin, en la señal de una victoria, conseguida de sus enemigos en el campo de batalla; mas el Apóstol funda todo el resplandor de su gloria en el Omnipotente, dueño único de todos los tesoros de la naturaleza y de la gracia; su favorita ciencia es la cruz, pues hace alarde de no saber otra cosa más que Jesucristo crucificado. Si la cruz es locura para los que se pierden, es la virtud y el poder de Dios para los que se salvan; es la libertadora de los hijos de Dios; en ella ha sido crucificado el hombre viejo de la culpa; es el glorioso estandarte de la victoria conseguida por Jesucristo contra el demonio, llevándole aherrojado al carro de su triunfo, después de haberle vencido y derrotado sobre la cima del Calvario. Mas advertid, hermanos míos, que una devoción exterior y vana es motivo y objeto de gloriarse algunos, así como la circuncisión fomentaba la vanidad y orgullo de los judíos; pero es evidente que no hay sólida y verdadera gloria fuera de la cruz, que llama el Padre San León *fuentes de todas las bendiciones y causa de todas las gracias*. Un antiguo doctor decía en otro tiempo á los gentiles, que el cristiano es un

hombre destinado por su profesión á los trabajos y á la muerte, y que sólo es grande cuando padece, porque no se conocen los héroes de la virtud hasta que son probados en el crisol de las tribulaciones. Los trabajos, los tormentos y la muerte labraron á los mártires la corona de su inmortalidad, y las aflicciones sufridas con paciencia por amor de Jesús, adquieren al cristiano la mansión de las delicias eternas. Ya se deja columbrar por estas reflexiones, que pretendo hacer ver en la cruz la misteriosa nave que nos ha de llevar al puerto de la gloria. Para conseguir tan alto fin, imploremos la protección de María Santísima, que nos dió el ejemplo de marchar la primera por la senda del dolor, y saludémosla con el ángel. *Ave María.*

Amados fieles, dos puntos de vista ostenta el misterio de la cruz, uno á los ojos de la fe, y otro á los del mundo; éste sólo descubre dolor, pobreza y oprobio en la naturaleza humana; mas la fe descubre en el dolor un tesoro de inefabes consuelos, en la pobreza riquezas inmensas de gracia y de salud, y en el oprobio, en fin, todos los motivos de una verdadera gloria. He aquí por qué todo fiel que se alimenta de la fe y de la razón, siente los consuelos que le hacen confesar que el yugo de la cruz es muy suave; siente la necesidad de llevarla con gozo y paciencia, porque es el precio único que nos adquiere la gracia de la salvación, y porque es la compañera inseparable del hombre desde que nació hasta que muere; tan suave y fácil de llevar al justo, como insoportable y terrible al pecador. Esta verdad es dura, inaccesible al espíritu humano, entorpecido por las nieblas del error y maligno vapor de las pasiones; es muy áspera á la malicia y flaqueza del hombre mundano; pero se insinúa del modo más admirable en los corazones conducidos por la divina gracia, hasta conocer el gran misterio consumado en los brazos de la cruz, donde, según San Pablo, fue derogado el decreto de nuestra condenación, y donde solamente halla el cristiano la ciencia de la salvación.

El triunfo de la cruz, en el último día, no sólo resplandecerá contra los judíos y los gentiles, sino también contra todos los falsos cristianos, que viven en el cristianismo sin adorar á un Dios crucificado, sin dar la menor señal de gratitud á su amor para con el hombre, sin imitarle, sin seguir á Jesús hasta entrar con él en el huerto de las olivas, y agonizar por su amor, como los fieles discípulos. Será la cruz un juez terrible, cuya sola vista llenará de confusión y horror á todos los que San Pablo llama con lágrimas *enemigos de la cruz.* Al brillo de la cruz bramarán los amantes de la vida sensual,

los ociosos, los que hoy nadan en los placeres y opulencia, injusta y sacrilegamente adquiridos, con ultraje de la humanidad doliente y desvalida. ¡Ay del avaro y del usurero en el día último, cuando sus ateridos y fieros rostros caigan heridos por el resplandor de la cruz! ¡Ay de aquellos hipócritas piadosos que sólo se contentan con adorarla exteriormente sin abrazar sus mortificaciones! La cruz será su tormento, y un tormento forzado; en estéril llanto verterán lágrimas eternas. Será por la cruz el triunfo de la justicia de un Dios crucificado contra todos los impíos y los pecadores; contra los réprobos que despreciaron los méritos de la muerte del Salvador, que renunciaron á los gustos y delicias que la religión de Jesús mezcla con sus aflicciones y penas, queriendo más anegarse en el torrente de amarguras que derrama el mundo en sus falsos y efímeros placeres!

Siempre que Dios quiere renovar los prodigios de su gracia en la conversión del pecador, dice San Bernardo que, para desprender su corazón de los afectos criminales, suele derramar amarguras sobre los antiguos placeres, porque el vicio y la virtud son incompatibles, y la caridad no puede entrar en un alma poseída de la sensualidad; por lo cual, antes de establecer Dios su reino en el corazón del pecador, entra debilitando primero el furor de las pasiones que le dominan, con todos los afectos desordenados, derramando disgustos y amarguras en todos los objetos de su amor. Así trata Dios, amados oyentes, á los pecadores que quiere convertir; de lo cual, entre otros innumerables, un testimonio auténtico y nada sospechoso nos ofrece de sí mismo el santo y grande Agustino, confesando al Señor, que después que le miró con ojos de misericordia, había comenzado á derramar amarguras en todos los consuelos de su vida. Salomón, en todas las grandezas y deleites mundanos, no encontró más que vanidad y aflicción. Y en esto, al par de la misericordia, resplandece la sabiduría de Dios; si no, la sociedad se convirtiera en un caos horrendo, la religión misma sería un desorden, porque mandándonos aborrecer al mundo, por estar lleno de perversidad y de corrupción, si no dejamos de amarlo, aunque sintiendo sus amarguras, ¿quién podría frenar nuestro injusto amor, si estuviera lleno de placeres? No habría para nosotros otro Dios que la pasión, y daríamos á las criaturas el culto del Ser supremo, y los deleites ilícitos aumentando la ceguera al insensato, le precipitarían en el abismo de su eterna perdición. Por esta causa la divina misericordia, derramando continuamente hiel sobre todos los placeres mundanos, los desprende de nuestros corazones, y el disgusto y tedio que hallamos en las cosas de la tierra, nos obligan por necesidad á buscar los bienes del cielo.

Por otra parte, ¿qué sería del pobre sobre la tierra, si la virtud probada por los trabajos, no llenara su corazón de inefables delicias? Las varias aliciones de la vida humana, según el apóstol Santiago, son el motivo de la mayor alegría; no sólo constituyen la futura, sino también la presente felicidad. Tal es el honor que hace á la religión cristiana un filósofo de la Francia moderna. Así como Dios con su divina visión forma la dicha de los predestinados en la mansión del descanso eterno; así con la tribulación hace felices á los buenos en el valle de las fatigas, en este mundo que es el reino de la fe. Por esto dice San Juan Crisóstomo, que la alegría del mundo es la alegría de los ojos, porque solamente consiste en el placer que ocasiona la vista de terrenas hermosuras; pero la alegría que Dios concede á los que padecen por él, es la alegría del corazón tranquilo y puro, en que rebosaba el corazón del Rey profeta: *desisti iustitiam in corde meo*. Es el gozo que se funda en la fe, una alegría que se robustece con su oposición á la alegría mundana, cimentada en la ilusión y falsedad; porque no se ha visto todavía en más de cuarenta siglos, un hombre halagado por el mundo con sólidos y verdaderos placeres sobre la tierra.

Durante la vida del hombre, la risa está mezclada con el dolor, la tristeza sucede á la alegría, y ésta le dispone para la miseria; de modo que, si bien se reflexiona, en los gustos humanos son infinitamente más, en calidad y número, los males que los bienes; pero el deleite santo del corazón del justo es como aquellas fuentes cuyas cristalinas aguas saltan hasta la vida eterna, pues empezando en esta vida, dura por toda la eternidad, sin disgustos ni menoscabo alguno; conforta nuestras almas, animándonos á despreciar unos placeres falsos y caducos por las delicias que promete la esperanza de los bienes eternos.

Los pecadores que viven llenos de regalos, delicias, honores y riquezas, por más duración que tengan esas cosas, estarán por ventura libres de cruz? Según los filósofos paganos, no hay mortal ninguno exento del dolor; de modo que el que rehusa seguir la cruz, ésta le seguirá por todas partes, porque así como todos mueren, padecen todos; *Una gran fatiga*, dice el Espíritu Santo, *se vió para todos los hombres, y un yugo pesado sobre los hijos de Adán, desde el día de su nacimiento hasta el de su sepultura*.

Cuando el navegante por alta mar vaya gozoso y sin temor alguno de los escollos y peligros que le rodean, entonces podremos creer que el hombre está libre de la cruz de la tribulación. Los deleites ilícitos llevan consigo un germen de muerte, que sólo producen tedio

y temor, y el mismo desorden de la fruición es un cáncer mortal que devora los corazones.

Los reyes y los grandes del siglo que están más halagados por el aura del placer y de la gloria, son unos pobres esclavos de los deberes que los fatigan día y noche, ó de mezquinas pasiones, que como los filisteos á Sansón les sacan los ojos; yacen amarrados con cadenas de oro y en una esclavitud espléndida; son oprimidos con una tribulación formidable.

En cambio, juzgaos dichosos y creed, hermanos míos, afanzado todo el gozo, cuando seáis probados en varias tribulaciones; alegraos, porque os esperan ricas y brillantes coronas en el cielo; éste es el dogma consolador del cristianismo.

Y ved ahí también la razón de amar, no sólo la cruz en sí misma, sino á todos aquellos que na la ocasionen: en eso consiste la perfección cristiana; este amor tan fino es la enseña de la cruz. *Amad*, dice Jesucristo, *á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen*. ¿Qué cosa más justa que correspondermé á mí; que he padecido por vosotros, tantos y tan crueles tormentos? ¿Qué cosa tan dulce y gloriosa como tornarme heridas por heridas, injurias por injurias y sangre por sangre? ¿No es por ventura un honor para el siervo, el que beba en la copa de su señor y su rey? Por esto dije á los dos hermanos que anhelaban sentarse en mi trono: beberéis en verdad mi cáliz, por ser un signo de amor haceros en la tierra participantes del cáliz de mi pasión.

¡Ojalá entiendan estas cosas los hijos de los hombres, que tan desalados corren á beber en cisternas llenas de fango, buscando empleos, honores, riquezas, vanidades y locuras! Cuando la cruz de Jesucristo, amados oyentes, es ciertamente más preciosa que el cetro imperial, ¿quién no deja todas las cosas del mundo por abrazarla? El que ama ardentemente á Dios, dice un santo doctor, muy perseguido y atribulado, primero elige llevar por él las pasiones y la cruz, que habitar en el cielo; porque no da tanto lustre á la cabeza del hombre una corona de piedras preciosas, como la cadena de hierro, las aliciones, las persecuciones y la cruz que se lleva con paciencia por Dios.

La cruz de Jesucristo es aquel árbol grande, á cuya deliciosa sombra descansa el alma cristiana como la Esposa de los Cantares, y aprende del divino Maestro las sublimes lecciones de caridad, mansedumbre, paciencia y humildad, atesorando el caudal de todas las virtudes cristianas. La meditación sobre la pasión y tormentos de Jesús es la escuela grande de la perfección cristiana; hallan en ella los

santos su alegría y sus consuelos, y las almas se recrean en ella con los frutos suavísimos de la devoción y del amor. ¿Dónde se formó el espíritu de un San Bernardo, sino en la pasión de Cristo? ¿Dónde adquirió su prodigiosa sabiduría el santo obispo de Hipona, sino, como él mismo dice, en las heridas del Redentor? De aquí salieron los dulces ardores que abrasaban el corazón del Serafín de Asís. El Sol de Aquino, ¿dónde aprendió su portentosa ciencia y sus excelsas virtudes sino en el libro de la cruz? A los pies de un Crucifijo encontraba el Doctor evangélico el tesoro de luces, virtudes, gracias y sabiduría que le enriquecieron. San Buenaventura, en los místicos ayes de su corazón, tan inflamados del amor divino, parece que no tenía otro papel que la cruz, ni más pluma que la lanza, ni conocía más tinta que la preciosa sangre de Jesús. ¡Oh cuán bueno es habitar siempre á vista de la cruz! exclama el seráfico Doctor. Hagamos también nosotros tres tabernáculos para nuestra morada en las llagas de nuestro crucificado Redentor: uno á sus pies, otro en sus manos y el tercero en su divino costado; allí quiero yo descansar, allí velar, allí leer, allí conversar. Según el Apóstol, Dios prohíbe al cristiano el gloriarse en otra cosa que en la cruz de Jesucristo; y ¿qué es gloriarse en una cosa? Es amarla y apreciarla como el cimiento de nuestra mayor grandeza, como la fuente de nuestros bienes y nuestra felicidad; el espíritu de la cruz hace á Dios reinar en nuestras almas. ¿Será posible, cristianos, que nuestra pureza, insensibilidad y malicia, resistan todavía la fuerza de su gracia omnipotente, sin ablandarse nuestros corazones con el ruego divino de su amor? El amor propio, el orgullo, la impaciencia, la sensualidad, no descansan como la Esposa mística á la sombra de la cruz; y si no volvemos en nosotros, perdemos con ella el reino de los cielos. ¡Ah! ¿podremos mirar atentamente un Crucifijo, sin penetrarnos de un vivo dolor, llenos de vergüenza y confusión, al vernos por nuestras culpas tan enemigos de la cruz, careciendo de sus admirables frutos? No, ¡dulcísimo Jesús! por el triunfo de vuestra gloriosa victoria del mundo, del pecado y del infierno, os pedimos humildes el espíritu de la cruz, para domar nuestra obstinación y formar con él y en él nuestros corazones. La santa cruz es el admirable misterio del amor que atrajo á sí todas las cosas; su devoción nos ofrece el mans escondido en ella, que produce la conversión de las almas; si arreglamos la vida por el modelo que nos presenta la cruz, ésta de seguro será la mística nave que nos lleve al puerto de la eterna felicidad. *Amen.*

DE LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ

Sicut Moyses excolavit serpentem in Deserto, ita excoltari oportet Filium hominis.

Como Moisés alzó la serpiente en el Desierto, así también es necesario que sea levantado el Hijo del hombre.

(S. JEAN, c. 3, v. 14.)

Un glorioso encomio de la cruz, á la cual aludió en las citadas palabras el divino Redentor, pensó formar San Juan Damasceno, diciendo que estuvo vestida de la virtud y sabiduría de Dios. Oid qué bellamente explicó su pensamiento. «Según el Apóstol, dice el santo Doctor, cada uno de nosotros, que ha sido bautizado en el nombre de Jesucristo, fué en virtud de su muerte regenerado á la gracia en el sacramento. Además, cada uno de nosotros que ha sido bautizado, ha vestido en el bautismo á Jesucristo. Y Jesucristo, ¿no es la virtud y la sabiduría de Dios? Pues del mismo modo, concluye el Damasceno, que en virtud de la muerte de Jesucristo, esto es, de su cruz, nos hemos vestido de Jesucristo mismo, igualmente nos hemos vestido del poder y de la sabiduría de Dios.» Así que, debiendo yo hablar de la cruz misma en honor de la invención de la santa cruz, seame lícito no apartarme nada del bello pensamiento del citado santo Padre, dirigiéndome mi discurso á mostraros, sin perder de vista ni la solemnidad del día ni vuestro provecho, que por virtud de la cruz se comunica el poder y la sabiduría de Dios. *Ave María.*

Queriendo, hermanos míos, probar San Pablo á los corintios que Jesucristo, como advirtió el Cartusiano, aun con esta divisa, por otra parte poco honorífica del crucificado, es verdaderamente la virtud y sabiduría de Dios, dió por motivo, que lo que en Dios parece flaqueza y locura, es cosa más fuerte y más sabia que el mayor poder y la mayor sabiduría de los hombres; lo cual, según la opinión de San Atanasio, no se ha de entender solamente de la pasión de Jesucristo,

de sus dolores, de sus oprobios y de su muerte, sino también de aquellos hombres rudos, despreciables y débiles, que fueron los primeros que llevaron la cruz en triunfo por todo el mundo, animados no con otra fuerza y virtud, que la grande y eficaz que les comunicaba la cruz misma. De esta verdad nos dió un claro testimonio el Apóstol en el mismo capítulo a los corintios, donde diciendo que no había venido á anunciarles el Evangelio, envuelto en vanas, artificiosas y altisonantes palabras, da esta razón: *para que no seaвана la cruz de Cristo; esto es, para que no fueran inútiles, ó no se dejasen de atribuir á la cruz los maravillosos efectos de su predicación.* Por tanto, la cruz de Jesucristo era la que infundía virtud en las palabras de Pablo; y si la infundía en las palabras, ¿por qué no la había de infundir en los demás ministerios suyos apostólicos? Y si la infundía en él, ¿por qué no había de infundirla en los demás apóstoles? Era muy conveniente que aquella cruz, que tanto les había comunicado las penas, la pobreza y la ignominia de Jesucristo, les comunicase igualmente la virtud y sabiduría del mismo. Así, pues, figurados á los apóstoles en aquellos trescientos valerosos soldados de Gedeón, los cuales, habiendo entrado de noche en el campo enemigo y cercádolo todo, llevando en la mano izquierda lámparas encendidas y en la derecha sonoras trompetas de guerra, gritaron: *la espada del Señor y de Gedeón*, y desbarataron de un modo extraño y nunca visto el formidable ejército de los madianitas. En estos bravos campeones se figuró San Gregorio, en sus *Morales*, á los apóstoles, y añade: reconoced en el sonido de aquellas trompetas el sonido de la predicación evangélica, y en aquellos vasos de barro, en que está encerrada la llama, reconoced el cuerpo débil y frágil que aprisiona al espíritu. Si con el tirano hierro de los perseguidores es atormentado y despedazado el cuerpo, vereis resplandecer inmediatamente como una lámpara el espíritu con la gloria y los milagros, triunfando así del enemigo infernal y obligándole á una vergonzosa fuga. Pero, ¿y la espada? ¿aquella milagrosa y prodigiosa espada que hace tantas cosas estupendas? ¿Qué quiere significar, pregunto, esta espada? No era otra cosa, á mi entender, que la cruz, lo cual aseguró con tanta más confianza, que diciendo el pontífice San León, como al universo, no con el hierro, sino con un leño, vino á manifestar que la cruz, en manos de los apóstoles, fué lo que suele ser la espada en manos de un valiente capitán. Y en efecto; si queréis verlo claramente, mirad á Andrés. Empuña él esta espada, y venciendo todos los grandes obstáculos que se le presentan, se introduce en la Escitia, penetra la Tracia, y gritando: la espada del Señor y de Andrés, basta esto para

que el indómito escita y el fiero trace se postren á sus pies vencidos y humillados. Mirad á Tomás: empuña esta misma espada, y trasladándose con ella á la India, grita: la espada del Señor y de Tomás; y no necesita valerse de otro medio para que abandone sus falsas deidades y su antiguo culto el desnudo indiano. Con esta espada va Pablo á Corinto, se adelanta hasta Grecia y pasa á Atenas, y sólo con mostrarla y gritar: la espada del Señor y de Pablo, inmediatamente se transforma todo. El soberbio Areópago queda confundido, la pérdida Grecia se hace fiel, y la inconstante Corinto se convierte á la verdadera religión. Con esta espada acomete Juan al Asia y Matias á la Etiopia: muéstranla entrambos gritando: la espada del Señor y de Juan, la espada del Señor y de Matias; y no pudiendo resistirse el negro etiope ni el afinado asiático, abrazan reverentes la ley evangélica que se les anuncia, haciéndose fieles observadores de ella. Va finalmente Pedro, intrépido y magnánimo, á embestir á la reina del mundo, á la altiva Roma, y exclamando: la espada del Señor y de Pedro, Roma, la gran Roma, abre á Pedro las puertas, recibe en triunfo la cruz y la coloca en el trono, haciendo desde allí temblar, en los estrechos límites de su desmembrado imperio, al madianita infernal. ¡Oh grandes victorias de nuestra fe y de la santísima cruz! ¡Cuán consolatorio y glorioso es para nosotros sólo el recordarlos!

Y no creáis, católicos, que á los apóstoles ó á su tiempo se limitaron tan estupendos prodigios obrados por la cruz; en todos los tiempos se ha comunicado por medio de ella á los fieles el poder de Dios, y para demostraroslo permitidme que en obsequio del misterio que hoy se celebra, os recuerde aquella memorable victoria del emperador Constantino. Bien sabéis, oyentes míos, que con pocos escuadrones, ya intimidados y casi sublevados, se había de alzar á un ejército numeroso compuesto de gente brava y aguerrida y mandado por muy valerosos capitanes, siendo general en jefe el mismo Maxencio, famoso magico, que tenia grande inteligencia con el diablo; pero entonces fué cuando, para alentar las desanimadas tropas de Constantino, se vió brillar en el aire el gran distintivo de la salud, el cual reconocido y acogido con militares aplausos de todo el campo, y pintado ó estampado majestuosamente en todas las banderas, inspiró tanto valor y tanta fortaleza á los soldados, que impacientes y seguros de vencer, presentaron la batalla al soberbio enemigo. Id, pues, felices escuadrones, que al ver tremolar esa señal augusta en vuestras banderas, os anuncio el triunfo y la victoria con la misma confianza que un profeta. Y ¿cómo puede quedar vencido vuestro sobe-

rano que ha salido para salvar su pueblo, para salvarlo con su Cristo? A la verdad, del mismo modo que un rayo sobre las elevadas torres, que el aquilón sobre las selvas, ó una tempestad sobre las sazoadas mieses, se arroja Constantino sobre sus innumerables enemigos, y en un momento los vence, los desbarata y los destruye, y á la manera que Faraón en el Egipto, queda ahogado Maxencio en las aguas del Tiber. La adorable señal de la cruz no se cansó nunca de obrar cosas estupendas en beneficio del pueblo fiel.

Mas si es así, pregunto: ¿por qué no las obra también por los fieles de nuestros tiempos? La cruz, según el Crisóstomo, es la esperanza de los cristianos, el consejo de los justos y el consuelo de los afligidos. Armados sólo con la cruz, los mártires se presentaron alegres y animosos á los verdugos y á la muerte. Por amor únicamente de la cruz se resolvieron tantos santísimos religiosos á profesar una vida austerísima en los más rígidos monasterios. Confiadas nada más que en la cruz, pudieron tantas vírgenes ofrecer inmaculada al Señor la azucena de su pureza. ¿Qué más? La cruz es escudo contra todos los asaltos, es la ley de los impíos, la delicia de los sacerdotes y el apoyo de la Iglesia. Pues, ¿por qué, vuelvo á preguntar, no muestra ser todo esto á los cristianos de nuestros tiempos? Yo os lo diré, mis amados oyentes, aunque deba amargar la verdad. La causa es que unos la tienen por cosa ridícula, como el gentil, y que otros se escandalizan de ella, como el judío, teniéndola en el mismo aprecio en que éstos la tuvieron. Y ¿cuál fué? ¡Ah católicos! no adorariamos nosotros en los altares aquel sacrosanto leño, si no fuera por la admirable providencia de nuestro sapientísimo Dios; porque ya lo hubiesen por costumbre, ya, como es más verosímil, por odio, muerto que fué Cristo, los envidiosos y malignos judíos enterraron su cruz en un profundo hoyo, y juntamente con ella las de los dos leones crucificados con él. Mucho tiempo después de haberse escondido cuidadosamente, casi se habia borrado del todo su memoria, y si vivía alguien en aquel tiempo que tuviera noticia del secreto sitio, ¿á quién lo habia de haber revelado el pèrdido y obstinado hebreo? A esto se agrega que para hacerlo más sospechoso y más abominable á los fieles, habian erigido sobre él los judíos un infame simulacro de la impura deidad de Venus. Pero ¿qué puede contra la sabiduría eterna la vana sabiduría del mundo? *Te di un corazón sabio é inteligente*, dijo Dios á Salomón, después de haberle infundido en un misterioso sueño la sabiduría; y lo mismo imagino yo que diría á Santa Elena, después de aquella visión celestial, en que se le declaró que habia de encontrar la santa cruz. En efecto, inmediatamente que

llegó á Jerusalén, frustró los artificiosos pretextos con que se le quería ocultar el respetable arcano, llegó á descubrirlo por medios incógnitos y ocultos á la humana penetración, hizo demoler el ara sacrilega, desenterró las cruces, las puso á la prueba de un milagro para conocerlas y distinguirlas, guiada de una luz sobrenatural, y descubierta así la cruz de Jesucristo, la expuso finalmente á la veneración pública. ¡Leño adorable y arca de salvación en nuestro común naufragio! Heme aquí postrado en tu presencia, y digan lo que quieran el gentil, ó el hebreo, ó tal vez alguno de nuestros cristianos; yo te ofrezco reudido mis más humildes adoraciones. Mirete el cielo, y quede atónito y asombrado; mirete la tierra, y líenese de alhorozo; mirete y brame y tiembale atemorizado el infierno. Y vos, gran reina, que nos habéis hallado el más apreciable tesoro, y fuisteis no menos sabia que aquella tan celebrada en la Escritura, que jugaba á su pueblo al pie de una palma; vos, digo, tendréis un nombre inmortal en los fastos de la Iglesia; y mientras que permanezca el testamento eterno de Jesucristo, os tendrá el pueblo fiel por venturosa sobre todas y os dará las más sinceras gracias. Mas ¡oh!, cuántos cristianos hay, que avergonzándose de la cruz, la ocultan cuidadosamente y no osan mostrarse como secueces suyos! ¡Cuántos que quieren unirla con otras cruces, y procuran llevar á un mismo tiempo la cruz de Cristo y la del mundo! ¡Cuántos que han llegado hasta á hollarla y despreciarla enteramente, erigiendo sobre ella abominables ídolos, como el ídolo soberbio de la ambición, el ídolo impúdico de la carne, el ídolo avaro del interés, el ídolo vengativo del honor, y así de otros muchos! Y ¿cómo este árbol de vida, tan mal cultivado, aunque en un terreno regado por los sudores y la sangre de un Dios, ha de producir aquellos frutos que prodajo felizmente en otras tierras menos feraces, pero mucho mejor cultivadas? A tierra, á tierra esos ídolos, y entonces se verá á la santa cruz obrar y repetir en todas partes sus antiguos prodigios; entonces se nos comunicará por medio de ella la virtud y sabiduría de Dios, para que no temamos ni los fraudes ni las fuerzas de nuestro espantoso enemigo; entonces se santificará el cristianismo, se ilustrará la Iglesia, se humillará el infierno y se polhará cada vez más el cielo, que pido al Señor nos conceda á todos. Así sea.

TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ

Ego si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum.
Cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré á mí.

(JOAN. XII, 32.)

¿Quién podría persuadirse, hermanos míos, si la religión misma no nos lo enseñase, de que los hebreos, aquella porción predilecta, aquel pueblo privilegiado, aquella nación escogida para ser blanco de los carinos de Dios y tierno objeto de sus más dulces finezas, había de haber desconocido al verdadero Mesías, hasta llegar al exceso monstruoso de perseguirle, escarnecerle y crucificarle? Ellos eran los depositarios únicos de los libros santos, en cuyas venerables páginas se veía formada con tanta perfección la historia de Jesús antes de realizarse, que es tan conocido el hijo de la Virgen por los profetas que le precedieron, como de los discípulos que después le predicaron. Su cuna y sepulcro, su vida y muerte, sus discursos y acciones, sus abatimientos y su gloria, las ignominias de su cruz y su triunfo, todo esto y mucho más se pinta en el Antiguo Testamento con aquellos colores con que se manifestó en el Nuevo. Miqueas representa á Belén, ciudad la menos populosa de Judá, ennoblecida con su nacimiento; Isaías, que había anunciado la virginidad de su madre, profetiza la dichosa ansia de los reyes, que en alas de la fe habían de venir á rendirle adoración de regiones muy distantes; Jeremías pondera el dolor y lágrimas que derrama Raquel sobre sus hijos, víctimas sacrificadas en una edad la más tierna; Oseas nos le hace ver fugitivo en tierra extraña y llamado por su padre desde Egipto; Malaquías nos señala con el dedo su entrada en el templo de Jerusalén como ángel del Nuevo y eterno Testamento; Baruc nos anuncia su dulce trato y amable conversación con los hombres; Zacarías describe su modesto triunfo bajo el símbolo de un rey pobre que entra en Jerusalén lleno de mansedumbre; y á pesar de todos estos vaticinios que veían los judíos realizados con la mayor exactitud

en el hijo de María santísima, le persiguen, le ultrajan, le escarnecen, le crucifican. ¡Destino horrendo! ¡Dureza imponderable! ¡Ceguedad indecible! Pero ceguedad, obstinación y dureza que imitaron, por desgracia, sus hijos.

Ellos vieron comprobadas también en Jesús la profecía de David respecto de sus baldones y tormentos, la de Isaías en sus ignominias, abatimiento y dolores, la de Zacarías en la herida del pastor y dispersión de las ovejas, y la de Daniel que había anunciado la Semana grande, en cuya mediación debía quitarse á aquel pueblo la hostia y el sacrificio; en la que sería trasladado á otra parte el sacerdocio y por consiguiente la legislación y el reino; en la que los misterios, el arca y la alianza transmigrarían á otro pueblo que haría mejor las obras de justicia; y en la que el templo quedaría como una casa desierta, allanada y expuesta á una devastación bélica. Ellos sabían que en la muerte de Jesús, eclipsado el sol, obscurecido el día, temblando la tierra, hundiéndose los peñascos, rasgándose el velo del templo, abriéndose los sepulcros, descendieron precipitadamente de la cumbre del Calvario la lobreguez, la consternación y el terror, é inundando la ciudad deicida la llenaron todo de horror y espanto por la inaudita barbarie cometida contra la vida del justo, á cuyos discípulos los vieron no mucho tiempo después testificar su resurrección, su ascensión, divinidad y milagros, confirmando su divina doctrina con maravillas; pero ciegos, duros y obstinados, bañados en la divina sangre sacrilegamente vertida por sus padres, errantes de pueblo en pueblo, sin ley, sin tabernáculo, sin altar, sin sacerdotes, sin sacrificio, sin profetas, llevando consigo de provincia en provincia el baldón y la marca de su deicidio, resisten sujetarse á la Cruz, que á pesar de sus errores, de su obstinación, ceguedad y dureza ha triunfado gloriosamente del corazón del hombre. Y veí ya, amados en el Señor, descubierto el plan de este disearso, reducido todo á demostrar esta única proposición: el triunfo de la Cruz sobre el corazón del hombre, y por consiguiente la virtud de este árbol sacrosanto.

Salvador adorable, que tantas gracias nos dispensas desde ese trono de amor; concédeme la de hablar con dignidad y con fruto á tu pueblo del asunto que le he propuesto, pues para obligar más tu bondad interponemos la mediación poderosa de María santísima, á quien reverentes saludamos con devoción y ternura diciendo: *Ave María.*

Por densas que fuesen las tinieblas que ocupaban en tiempo de

Paraón al Egipto, eran mucho más temibles las que dominaban en el mundo antes de la predicación del Evangelio: la idolatría, la impureza, la avaricia, la soberbia, todos los vicios cubrían de horror la faz de la tierra. En este estado se hallaba el universo, cuando Dios formó el misericordioso designio de purgar el corazón humano de toda corrupción y el entendimiento de todos los errores; y el medio de que se vale para esta empresa prodigiosa es el árbol santo de la Cruz, cuyo triunfo sobre el corazón del hombre, juntamente con la virtud de este árbol sacrosanto, voy á manifestaros con el favor del Señor. Os suplico encarecidamente que me estéis atentos. Doce hombres escogidos entre el vulgo, sin otra ciencia que la de Jesucristo, sin otro libro que la Cruz, sin otros talentos que la paciencia, sin otra erudición que la virtud del Espíritu Santo, que descendiendo sobre ellos de un modo el más admirable los muda en otros hombres, son los instrumentos que el Salvador destina para los triunfos de la sacrosanta Cruz. Estos son los apóstoles, que revestidos del majestuoso carácter de la divina misión, impelidos y transportados del seplio impetuoso del omnipotente espíritu, salen de su retiro como generosos leones; todo lo arrastran tras de sí con una santa violencia, les son desconocidos todos los peligros, no les hace caer de ánimo la severidad del Evangelio. El furor de los idolátras, la rabia de los hebreos, la crueldad de los suplicios aumentan su fortaleza y acrecientan su constancia: se manifiestan en medio del día con tal seguridad y celo que no puede ceder ante obstáculo alguno: predicán con tal intrepidez que llenan de espanto á la Sinagoga: echan en cara á los judíos el haber llenado la medida de sus crímenes por haber puesto sus sacrilegas manos en el Mesías verdadero, linéndoles con su sangre preciosísima: anuncian en todas partes á Jesús crucificado, hablando por boca de ellos una sabiduría que confunde á los doctores de la ley, hace enmudecer los filósofos, disipa las tinieblas del paganismo, ilustra las gentes, ilumina al mundo y le precisa, por decirlo así, á buscar los tesoros de la verdadera sabiduría en la Cruz de Jesucristo: haciendo tan numerosas conversiones que sólo San Pedro, en los dos primeros sermones, gana para la Cruz ocho mil almas. La sociedad cristiana, capaz ya de poner en guardia á los sacerdotes y doctores de la ley, se forma alrededor de ellos, y en poco tiempo produce la santa Cruz la mies más hermosa y abundante: el celo de sus propagadores, animado con la felicidad de los primeros ensayos, toma un vuelo más rápido y aspira á abrirse aun á costa de su sangre una carrera más extensa. Atenas y Roma, que eran el centro de las ciencias y las artes, y también de los vicios y pasiones, no fueran

privadas de su presencia, y en ellas fructificó su doctrina: los límites de la dominación romana, por vasto que fuese el conlorio que abrazasen, no servían de barrera á sus fervorosos afanes, y se dispersan por todas partes para anunciar la Cruz del Salvador divino. Asia, África y Europa oyeron las verdades de la fe por boca de San Pedro y de San Pablo: la Siria, la Cilicia, la Phidia, el Ponto, la Capadocia, la Macedonia, la Acaya y la Liria, las regiones marítimas y las islas los vieron sucesivamente confundiendo á los empedernidos judíos, afirmando á los nuevos fieles, estableciendo el orden y la disciplina en las sociedades cristianas, proveyéndolas de pastores y reformando los abusos que ya comenzaban á introducirse en ellas. San Juan, que siempre es llamado en el Evangelio el discípulo amado de Jesucristo, funda en el Asia un gran número de iglesias: San Andrés fué enviado á la Escitia desde donde pasó al Epiro y á la Grecia: Santo Tomás se encaminó á los partos y penetró hasta la India: San Simón el cananeo eligió para teatro de su misión la Mesopotamia y la Persia: San Mateo extendió el conocimiento de Jesucristo en la Etiopía; y los demás apóstoles trabajaron en otras diversas regiones del universo: no habiendo país alguno en donde no hubiese resonado su voz según el oráculo del Señor por el profeta.

Ni los vastos mares, ni los profundos ríos, ni las ardientes arenas de la Arabia y de la India, ni los perpetuos hielos del Cáucaso y de la Escitia pueden retardar la rapidez de sus progresos apostólicos: penetran hasta los pueblos más bárbaros, á donde todavía las águilas no habían extendido su vuelo: ganan almas para la Cruz en parajes inaccesibles á las mismas fieras; y por cualquiera parte donde resuena su voz persiguen los más antiguos abusos: arrancan de los pueblos más feroces los ídolos que siempre habían adorado sus mayores: imponen silencio á los oráculos del demonio: destruyen los altares que el inieño y las ofrendas de tantos siglos habían hecho al parecer respetables: predicán la locura y el escándalo de la Cruz (hablando en frase de la Escritura santa) por toda la redondez del orbe: plantan este árbol sacrosanto en los pueblos mismos en donde poco antes había sido adorado el demonio, levantan el edificio del Evangelio sobre las ruinas de la idolatría, y donde quiera se aumenta el número de los discípulos de la Cruz de Jesucristo.

Expiran los apóstoles, y en el tiempo de su muerte había ya la Iglesia adquirido una sólida consistencia: estaban fijados sus dogmas, establecida su disciplina, explicada con la mayor claridad la doctrina de su moral y determinados los grados de su jerarquía; sin embargo bramaba por todas partes la tempestad contra la Cruz

de Jesucristo: el sacerdocio pagano despojado de todas sus ventajitas y expuesto á verse sepultado bajo las ruinas de sus altares, llamó en su favor á la superstición y al delirio: vencida y degradada la vana filosofía, se valió de todas sus sutilezas y sofismas; la potestad humana empleó todo su poder para sostener el culto de los ídolos. Bastaba en aquellos siglos para ser reputado por delincuente el ser cristiano: este nombre solo se conceptuaba como el mayor de los crímenes; y no se necesitaba más, para ser juzgado digno de padecer todos los suplicios, que la profesión de cristiano. Los mismos Trajanos y Antoninos, aquellos príncipes amigos de la humanidad, llegaron á ser furiosos para con los cristianos, sólo porque rehusaban incensar á los falsos dioses de Roma. Considérense sucesivamente todas las épocas desde Nerón á Constantino; á excepción de algún intervalo, estuvo siempre encendido en toda la extensión de la dominación romana el fuego de la persecución más violenta: los cadáveres de los cristianos palpitan en los anfiteatros; sus entrañas arrancadas por los osos, los tigres y los leones cubrían las arenas; sus brazos esparcidos por todas partes se veían á cada paso en las plazas públicas; se tenían los ríos con su sangre y llevaban con horror los restos libertados de la voracidad de las llamas: aquí se veía á unos atormentados en los potros, estrellados bajo las ruedas, precipitados desde la cumbre de las rocas; allí se veía á otros sumergidos en la profundidad de las aguas, arrastrados por bestias feroces, ahogados con la infeción de los calabozos, hechos pedazos con ruedas llenas de agudas puntas y hojas cortantes. En fin, recórrase el universo desde el oriente hasta las islas más remotas del occidente y hasta los helados climas del norte, desde las orillas del Eufrates y del Indo hasta las riberas del Rhin y del Danubio, y por todas partes se verá ejemplar en aquellos siglos las mayores crueldades contra los cristianos de cualquier sexo, edad, condición y estado: mujeres delicadas, cortésnes alimentadas en las delicias, tiernas doncellas que no conocían todavía más que las dulzuras de la casa paterna y las inocentes caricias de sus madres, ancianos encorvados con el peso de los años, artesanos, habitantes de los campos, obispos y sacerdotes que habían encañecido á la sombra del santuario, y aun algunas veces niños que apenas habían salido de los brazos de sus nodrizas, éstos eran continuamente los objetos de aquel furor implacable.

Y ¡qué los parece, amados en el Señor, que la navicilla de la Iglesia se sumergía impelida del furioso viento de tantas persecuciones? Nada menos; la Cruz de Jesucristo hacia cada día nuevos progresos; la sangre de los mártires era en todos los lugares, según la

hermosa expresión de Tertuliano, una semilla fecunda de cristianos: ella persuade (mejor que pudiera hacerlo la elocuencia más penetrante) aquella religión celestial, tan evidentemente demostrada, tan sensiblemente grabada con el sello de la divinidad; y con una suave violencia que en nada perjudica á los derechos del libre albedrío, obliga á los hombres á sujetarse á la Cruz del Salvador. Y á la verdad, cuando se ve á los mártires confesar libremente á Jesucristo en medio de aquellos tormentos, hasta entonces inauditos, que se inventaban contra ellos expreso y cuya sola imagen hace temblar y estremeceerse; cuando se ve el gozo en sus ojos y la serenidad grabada sobre su frente, aun cuando no es ya su cuerpo, sino sus llagas las que se despedazan; ¿podía nadie dejar de exclamar que era su religión divina? ¿Podía alguno ser testigo de su heroica constancia sin admirar una religión que elevaba el hombre á la clase de las puras inteligencias, desprendiéndole de la afección á su cuerpo y á sus sentidos, y haciéndole, digámoslo así, impenetrable á las impresiones del dolor? De ahí provenía que aun los mismos sacrificadores idólatras á pesar de las preocupaciones que los cegaban, no podían menos de admirarse, y muchos de enemigos de Dios se hacían discípulos de la Cruz venerable y sacrosanta; y así después de estos siglos de pruebas y al propio tiempo de gloria, la divina Cruz dominaba en todas partes; y aunque la herejía emulo en furor y en crueldad á la idolatría, triunfo igualmente de ella, condenando sus errores en los sagrados concilios.

¡Qué gloria! ¡Qué felicidad, hermanos míos! Las ramas de este árbol venerable se extienden á todas las edades, á todos los sexos, á todos los estados; y se ven sus preciosos frutos entre las fatigas apostólicas del ministerio pastoral en los Gregorios, los Agustinos, los Crisóstomos; entre los cuidados del matrimonio en las Adelaidas y las Margaritas; en la soledad de la vindex en las Paulas y en las Mónicas; en la inocencia de la virginidad en las Ineses, las Teresas y las Rosas. Transportaos con la imaginación á los espantosos desiertos del Egipto, de la Palestina y de la Tebaida; penetrad en ellos y mirad aquellos famosos solitarios; unos están continuamente llorando á las orillas del Nilo; otros en no interrumpida abstinencia en los paramos del Ponto; éstos penetrados de frío entre las nieves de Escitia; aquellos tostados por los ardores del sol en las arenas de Libia; y allí se trasladaron unos desde el trato impuro del mundo, otros desde los más espléndidos deleites; éstos desde las más halagüeñas diversiones, aquellos desde las más lisonjeras delicias, y ahora viven olvidados de sí mismos, pensando sólo en el cielo. Y ¿quién produjo

tan ópimos y preciosos frutos? La Cruz de Jesucristo. Toda la firmeza de la Iglesia y toda su virtud para fructificar en la vida eterna, nace de este árbol saludable de la santa Cruz: de ella proceden los rios de los sacramentos que la riegan, la fertilizan y fecundan; de ella las fuentes de las gracias, el perdón de las culpas, la justificación de los pecadores, la gracia de los justos, la gloria de los bienaventurados; de ella la fe de los patriarcas, la esperanza de los profetas, la fortaleza de los mártires, la sabiduría de los doctores, la penitencia de los monjes, la perseverancia de los confesores, la pureza de las vírgenes: *Cruz tua*, dice el P. San León, *fons est omnium benedictionum et omnium causa gratiarum*. Debemos gloriarlos en ella, dice el apóstol San Pablo: *nos autem gloriari oportet in cruce domini nostri Jesu Christi*: porque de ella pende todo nuestro bien, nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección: *In quo est salus, vita, et resurrectio nostra*: de suerte, dice el P. San Juan Crisostomo, que como las aguas fecundan y conservan la tierra, así la Cruz sostiene al mundo cristiano: No hay fe, ni esperanza, ni caridad, ni remisión de pecados sino en virtud de la Cruz; no nacerá en la Iglesia una yerbecilla saludable, un pensamiento bueno sino en virtud de la Cruz: ella en verdad, dice el mismo santo padre, debe ser el fundamento de la Iglesia.

De aquí infirió San Juan Damasceno que la sagrada Cruz merecía mejor el nombre de árbol de la vida que el que puso Dios en medio del paraíso para conservación de la vida corporal. Tanto durará, dice el Señor, mi pueblo (que es la Iglesia), cuanto durare este precioso árbol de vida; del que depende y en el que está fundada. Esta doctrina dió Jesucristo á Nicodemo, que acudió al divino maestro para que le instruyese en los misterios de su gracia y reino celestial. Como Moisés exaltó la serpiente en el desierto, así conviene sea exaltado el Hijo del hombre, para que todo el que creyese en él, no perezca, sino consiga la vida eterna. Como el remedio, vida, salud, aliento y todo remedio de las mordeduras de las serpientes dependió de la de metal que Moisés levantó en un madero, así la vida espiritual, dones y todo cuanto es necesario para alcanzar la vida eterna, estriba en la Cruz en que fue levantado Jesucristo. Este es el fundamento de la doctrina del cielo: sin la Cruz no hay vida ni gracia para el hombre. La Iglesia sin este árbol divino no podría conservar la vida, el honor y los bienes que adquirió para ella con su sangre su divino esposo Jesucristo. El que miraba la serpiente que daba sano, no por la virtud de aquel metal, sino por la del Salvador divino y por la virtud de su Cruz que en ella se simbolizaba. El prin-

cipio de vida y de salud no podía encerrarse en un tronco de metal inanimado: la Cruz de Jesucristo es fuente de vida y de salud por la virtud de la sangre de inestimable precio que en ella se ofreció por la redención de los hombres.

De este madero santo en que fue clavado Jesucristo, ha colgado su eterno Padre, según la expresión de Isaias (cap. 22), todos los ricos vasos de su casa, desde los más pequeños, hasta los más grandes, más preciosos y de más valor. Los vasos que constituyen la riqueza y gloria de la casa de Dios, son los santos; y las virtudes y méritos de estos amigos del Señor dependen de tal manera de la sagrada Cruz, que sin ella no tendrían aceptación ni valor en la presencia divina. Si fueron eficaces las lágrimas y penitencias de la Magdalena, el dolor continuo de San Pablo, el amargo llanto de San Pedro y las penitencias de los demás santos, que habían sido en otro tiempo pecadores, todo esto fué por la Cruz de Jesucristo. Si los patriarcas tuvieron una fe viva, si los profetas una esperanza cierta, los apóstoles encendida caridad, los mártires invencible fortaleza, los doctores admirable sabiduría y las vírgenes hermosa limpieza y castidad, todo pendió de la Cruz de Jesucristo. Si los pecadores se justifican, los justos tienen gracia, los bienaventurados gloria, todo les viene de la Cruz de Jesucristo; todos estos dones, estas virtudes, esta gloria que hacen las delicias de la casa del padre celestial, todo pende y estriba de la Cruz de Jesucristo. Y como jamás podrá faltar de aquella morada celestial la felicidad y la gloria, tampoco faltará jamás en ella el madero santo que ha sido su origen. El Señor se conservará eternamente en sentir de muchos padres, singularmente de San Juan Crisostomo, preservándole del fuego voraz que ha de asolar el mundo. Estará siempre á vista de los bienaventurados, que reconocidos á las mercedes y dones que por su medio les vinieron, rendirán á sus pies sus coronas y homenajes. Por tí, dirán, oh Cruz benéfica, fuimos redimidos: por tí fuimos libres del yugo del demonio, de la tiranía del pecado y de las penas del infierno: tú eres la gloria del mundo, el árbol de la vida y el principio de nuestra gloria: nosotros la tendremos en cantar eternamente tus alabanzas.

Por último, si quieres saber, ¡oh cristiano! (dice el mismo santo padre), la virtud de la sagrada Cruz y las cosas que pueden decirse en su alabanza, escuchame: escuchadle, hermanos míos, y oiréis también sus triunfos. La Cruz, dice el santo, es la esperanza de los cristianos, la resurrección de los muertos, la luz de los ciegos, el camino de los desesperados, el baculo de los cojos, el consuelo de los pobres, el freno de los ricos, la destrucción de los soberbios, la pena

de los viciosos, el triunfo contra el demonio. La Cruz es el pedagogo de los jóvenes, el piloto de los navegantes, el puerto de los que peligran, el padre de los huérfanos, el defensor de las viudas, el consejero de los justos, el descanso de los atribulados, el defensor de los párvulos, la cabeza de los varones, el fin de los ancianos. La Cruz es la luz de los que están sentados en las tinieblas, la sabiduría de los ignorantes, la gloria de los mártires, la abstinencia de los monjes, la castidad de las vírgenes, el gozo de los sacerdotes. La Cruz es el fundamento de la Iglesia, el honor de los templos, la repulsión de los ídolos, la ruina de los impíos, la virtud de los débiles, el médico de los enfermos, la limpieza de los leprosos, el descanso de los paralíticos, el pan de los hambrientos, la fuente de los sedientos, la protección de los desnudos. Esto y mucho más, dice el padre San Juan Crisóstomo de la santa Cruz, á cuyos pies postrados todos pedid que triunfe de vuestros vicios y que derrame sobre vosotros sus virtudes: que triunfe de vuestro orgullo, de vuestra altivez y soberbia, y que seáis desde este momento humildes; que triunfe de vuestra ira, y que seáis desde este instante mansos; que triunfe de vuestra avaricia, y que seáis desde ahora generosos; que triunfe de vuestra gala, y que seáis desde este momento templados; que triunfe de vuestra impureza, y que seáis desde este mismo día castos; que triunfe de vuestra envidia, y que seáis desde este instante caritativos; que triunfe de vuestra pereza, y que seáis desde ahora diligentes en el servicio del Señor; que triunfe de vuestra inmodestia, y que seáis desde este instante modestos; que triunfe de todos vuestros vicios y que os adorne desde este momento con todas las virtudes.

Si, Cruz adorable, Cruz preciosa, Cruz bendita, Cruz sacrosanta, triunfad de nuestro corazón, de nuestra alma, de nuestro cuerpo, de nuestras potencias, de nuestros sentidos, de nuestros vicios, de nuestros desórdenes, de nuestros escándalos; adornadnos con vuestros frutos, con vuestros dones, con vuestras virtudes; y vos, Salvador divino, recibid nuestros afectos, nuestros homenajes, nuestras adoraciones: *Adoramus te, Christe*. Aceptad nuestros loores, nuestras alabanzas, vuestras bendiciones: *Et benedicimus tibi*. Dignaos de no desear estos votos que os tributamos, porque en ese leño adorable nos redimisteis del pecado, nos librasteis del demonio, nos librasteis del infierno: *Quia per sanctam crucem tuam redimisti mundum*; y porque esperamos en vuestra bondad, en vuestra clemencia y en vuestra misericordia que nos haréis participantes en la eternidad de la felicidad y de la dicha que nos alcanzasteis en la santa Cruz: sí, Dios mío, esperamos veros en el cielo por los siglos de los siglos. *Amén*.

DE LA SANGRE DE NUESTRO SR. JESUCRISTO

Habentes ungue, fratres, fusciam... in sanguine Christi.
Teniendo confianza, hermanos... en la sangre de Cristo.

(S. PABLO A LOS HEBR. c. 10, v. 19.)

Alegraos, mortales, porque se ha acercado vuestra redención; alegraos, pecadores, porque vuestro remedio está ya preparado; alegraos, justos, porque vuestra virtud tiene ya su apoyo. Con estas sencillas, pero enérgicas expresiones, me ha parecido conveniente empezar mi oración. Al hablaros de la sangre preciosísima de Jesucristo que, según juzga San Juan Crisóstomo, fué causa de nuestra vida, no podía menos de empezar por tan feliz anuncio; y excluir una sola persona, sería injuriar en lo más vivo al divino Salvador. Todo el género humano, sepultado tanto tiempo en el sueño profundo de sus desórdenes, levanta la cabeza, para mirar gustoso las aguas teñidas de sangre que deben limpiarle enteramente de las heces del pecado. Pero, ¿ha variado, por ventura, hermanos míos, el orden de las cosas? ¿Se habrá olvidado el sencillo y natural idioma del corazón? A la verdad, cuando mi objeto no debia ser otro que hacer suceder el luto á la alegría, la palidez del rostro á la serenidad, la tristeza á la expansión, y que toda la naturaleza se vistiese las negras sombras del dolor; y os exhorto á que desterréis la tristeza de vuestro corazón, y á que vuestra alma, entre lisonjeras esperanzas, se deje transportar de los dulces sentimientos de la alegría. ¡Dios eterno! vos habéis dado justo motivo al hombre, para que su corazón sensible se preste á las dulces efusiones del gozo. Como os habéis olvidado de vuestra justicia, en otro tiempo amenazadora y destructora de la obra de vuestras manos, es justo que ésta, siguiendo los sentimientos del Criador, salga del espanto en que estaba, y corra sin sobresalto por las regiones de la paz.

En efecto, hermanos míos; ya no se oye entre nosotros el espantoso ruido del trueno; ya no se ve la lóbrega luz del relámpago; ya

de los viciosos, el triunfo contra el demonio. La Cruz es el pedagogo de los jóvenes, el piloto de los navegantes, el puerto de los que peligran, el padre de los huérfanos, el defensor de las viudas, el consejero de los justos, el descanso de los atribulados, el defensor de los púrvulos, la cabeza de los varones, el fin de los ancianos. La Cruz es la luz de los que están sentados en las tinieblas, la sabiduría de los ignorantes, la gloria de los mártires, la abstinencia de los monjes, la castidad de las vírgenes, el gozo de los sacerdotes. La Cruz es el fundamento de la Iglesia, el honor de los templos, la repulsión de los ídolos, la ruina de los impíos, la virtud de los débiles, el médico de los enfermos, la limpieza de los leprosos, el descanso de los paralíticos, el pan de los hambrientos, la fuente de los sedientos, la protección de los desnudos. Esto y mucho más, dice el padre San Juan Crisóstomo de la santa Cruz, á cuyos pies postrados todos pedid que triunfe de vuestros vicios y que derrame sobre vosotros sus virtudes: que triunfe de vuestro orgullo, de vuestra altivez y soberbia, y que seáis desde este momento humildes: que triunfe de vuestra ira, y que seáis desde este instante mansos: que triunfe de vuestra avaricia, y que seáis desde ahora generosos: que triunfe de vuestra gala, y que seáis desde este momento templados: que triunfe de vuestra impureza, y que seáis desde este mismo día castos: que triunfe de vuestra envidia, y que seáis desde este instante caritativos: que triunfe de vuestra pereza, y que seáis desde ahora diligentes en el servicio del Señor: que triunfe de vuestra inmodestia, y que seáis desde este instante modestos: que triunfe de todos vuestros vicios y que os adorne desde este momento con todas las virtudes.

Si, Cruz adorable, Cruz preciosa, Cruz bendita, Cruz sacrosanta, triunfad de nuestro corazón, de nuestra alma, de nuestro cuerpo, de nuestras potencias, de nuestros sentidos, de nuestros vicios, de nuestros desórdenes, de nuestros escándalos: adornadnos con vuestros frutos, con vuestros dones, con vuestras virtudes; y vos, Salvador divino, recibid nuestros afectos, nuestros homenajes, nuestras adoraciones: *Adoramus te, Christe*. Aceptad nuestros loores, nuestras alabanzas, vuestras bendiciones: *Et benedicimus tibi*. Dignaos de no desear estos votos que os tributamos, porque en ese leno adorable nos redimisteis del pecado, nos librasteis del demonio, nos librasteis del infierno: *Quia per sanctam crucem tuam redimisti mundum*; y porque esperamos en vuestra bondad, en vuestra clemencia y en vuestra misericordia que nos haréis participantes en la eternidad de la felicidad y de la dicha que nos alcanzasteis en la santa Cruz: sí, Dios mío, esperamos veros en el cielo por los siglos de los siglos. *Amén*.

DE LA SANGRE DE NUESTRO SR. JESUCRISTO

Habentes ungue, fratres, fusciam... in sanguine Christi.
Teniendo confianza, hermanos... en la sangre de Cristo.

(S. PABLO A LOS HEBR. c. 10, v. 19.)

Alegraos, mortales, porque se ha acercado vuestra redención; alegraos, pecadores, porque vuestro remedio está ya preparado; alegraos, justos, porque vuestra virtud tiene ya su apoyo. Con estas sencillas, pero enérgicas expresiones, me ha parecido conveniente empezar mi oración. Al hablaros de la sangre preciosísima de Jesucristo que, según juzga San Juan Crisóstomo, fué causa de nuestra vida, no podía menos de empezar por tan feliz anuncio; y excluir una sola persona, sería injuriar en lo más vivo al divino Salvador. Todo el género humano, sepultado tanto tiempo en el sueño profundo de sus desórdenes, levanta la cabeza, para mirar gustoso las aguas teñidas de sangre que deben limpiarle enteramente de las heces del pecado. Pero, ¿ha variado, por ventura, hermanos míos, el orden de las cosas? ¿Se habrá olvidado el sencillo y natural idioma del corazón? A la verdad, cuando mi objeto no debia ser otro que hacer suceder el luto á la alegría, la palidez del rostro á la serenidad, la tristeza á la expansión, y que toda la naturaleza se vistiese las negras sombras del dolor; y os exhorto á que desterréis la tristeza de vuestro corazón, y á que vuestra alma, entre lisonjeras esperanzas, se deje transportar de los dulces sentimientos de la alegría. ¡Dios eterno! vos habéis dado justo motivo al hombre, para que su corazón sensible se preste á las dulces efusiones del gozo. Como os habéis olvidado de vuestra justicia, en otro tiempo amenazadora y destructora de la obra de vuestras manos, es justo que ésta, siguiendo los sentimientos del Criador, salga del espanto en que estaba, y corra sin sobresalto por las regiones de la paz.

En efecto, hermanos míos; ya no se oye entre nosotros el espantoso ruido del trueno; ya no se ve la lóbrega luz del relámpago; ya

no aparecen sobre nuestras tierras ejércitos asoladores de mosquitos; ya, en fin, no se descubre en nuestro hemisferio aquel ángel exterminador, que afilando su espada exterminó a nuestros amigos y a nuestros queridos hijos: sólo los benignos influjos de la amorosa bondad del Criador se dejan sentir en el universo. Dilata, oh mortal, puedo decir con muchísima razón, dilata el corazón tuyo; respira ya el aire puro de la esperanza, y sólo para los enemigos del género humano deja la melancolía y la desesperación. No vuelvas a mirar la atrevida y traidora mano, que cogiendo el fruto vedado, derramó sobre los hombres el mortal veneno; mira, sí, el dulce hálamo de nuestras heridas, que las manos del Salvador, clavadas en el madero de la cruz, derraman sobre todos nosotros. Si hasta aquí se ha reducido a una porción de su herencia, en adelante se extenderá a todos los hijos de Adán. No lo dudéis, hermanos míos, os diré con Casodoro; porque es tanta y tan grande la virtud y eficacia de la sangre de Jesucristo, que es comparada a un diluvio que, anegando toda el universo, lo limpia de sus inmundicias. Si, hermanos míos, la sangre de Jesucristo ha reconciliado al mundo con el Eterno Padre; y ved aquí el motivo de nuestra esperanza: ved también el centro en donde se reúnen todas las líneas de mi discurso. La sangre de Jesucristo motivo de confianza para el pecador; primera idea: la sangre de Jesucristo motivo de confianza para el justo; segunda idea: ¡dichoso yo, si a proporción que os interesa este asunto, logro radicarlo en vuestros corazones!

Adorable Salvador, humillados ante vuestro divino acatamiento, adoramos profundamente vuestra sangre preciosa y le tributamos los homenajes que le son debidos. Nosotros la veneramos unida a vuestra divinidad, la confesamos derramada por nosotros, y por eso mismo la aclamamos nuestra libertadora y el motivo de nuestra confianza. Por ella, pues, haced que no se frustren mis deseos: antes bien dad a mis palabras la fuerza suficiente, y a mis oyentes la docilidad que les incumbe. Esta es una gracia, Señor, que esperamos también alcanzar por los ruegos de María, cuya sangre es la que corre por vuestras venas, y a quien para ello devotamente saludamos con las palabras del ángel. *Ave María.*

No es capaz la tierra, a pesar de sus atroces é innumerables delitos, de retardar un instante los designios amorosos del Altísimo. El hombre creado por Dios, ocupa un lugar preferente en su corazón y por eso no puede olvidarle. Parece que, cuanto más éste le ultraja, se empeña otro tanto su divina Majestad en beneficiarle. Es un enie-

ma no muy fácil de explicar que, a proporción que crece la ingratitude de los hombres, se aumenta el amor de Dios hacia ellos. Si, es una verdad bien notoria, confirmada por San Pablo en sus cartas. No hay por qué dudarlo, escribía a los romanos; yo he observado que en donde han sido los delitos innumerables, la gracia de Jesucristo no ha tenido término. Como que se recrea su divina bondad en derramar sus rayos benéficos sobre esas tierras baldías é infructuosas. Con que, Dios mío, ¿será preciso para atraer sobre nosotros los benignos influjos de vuestra misericordia correr descendentemente por el camino de los vicios? ¡Ah! esto sería ultrajar, esto sería blasfemar la misericordia del Señor. Lo que su divina Majestad hace para dar motivo de confianza al pecador, no debe servir é este de medio para ofenderle á cara descubierta.

Pero si trocándose los efectos del corazón, llega este infeliz á dudar de su remedio, ¿qué mano caritativa podrá curar sus llagas? Yo veo á toda la tierra armada contra el hombre: los brutos que antes le rendían homenaje y le reconocían por su rey, han levantado el estandarte de la rebelión; los elementos se han conjurado abiertamente en daño del hombre; y lo que más asombra, su cuerpo mismo le arma lazos y asechanzas. ¡Infeliz! y á qué parte te volverás para tu socorro? ¿Qué áncora afianzará tu consuelo? La sangre de Jesucristo, cristiano mío.

Si, mis queridos hermanos: mi corazón se llena de alegría al pronunciar estas dulces palabras: la enormidad de mis pecados queda sobrepajada por la sangre de Jesucristo; y mis delitos, aunque sean sin número, no igualan á las gotas de sangre que derramó el divino Salvador. Es verdad que mis pecados han sido capaces de enojar al Eterno Padre y de privarme de todo derecho á la bienaventuranza eterna; me han despojado del vestido de la gracia, más precioso que el oro y diamantes de la tierra; me han privado de los dones del Espíritu Santo; y mi corazón, templo antes de tan dulce y soberano Espíritu, ahora es trono del demonio; pero la sangre de Jesucristo me ha restituido de un golpe todos estos bienes. Ella ha mudado el justo enojo del Padre Eterno en amor y benevolencia, y ha establecido entre Dios y el hombre una paz sólida y duradera. Esta mi alma preciosa ya ha dejado su antiguo ser por medio de la sangre de Jesucristo, siendo de nuevo cara esposa del Espíritu soberano y enlazando de nuevo la íntima comunicación que entre estos dos espíritus había. Ya la noche oscura del pecado se ha convertido en el día más claro de la primavera, porque los rayos del Espíritu que la ilumina destiebran toda sombra y dejan al alma bañada de sus amorosas influencias.

Derramad, Espíritu consolador, en el alma del pecador que quiere venir á vos, vuestros dones y gracias, y derramadlas con abundancia; porque desde que la sangre de Jesucristo es su abogada, se ha quitado el obstáculo que impedía la continuación de vuestros dones, y queda constituida por precisión, cristianos míos, templo del Espíritu Santo, morada de la beatísima Trinidad y descanso del salvador Jesús. Entonces la sangre de Jesucristo imprime en el corazón del impío aquellos consoladores sentimientos, con los cuales puede ya desterrar hasta la menor sombra de temor y fijar su esperanza en el único y verdadero Dios; entonces desaparecen de un golpe los sobresaltos, los sustos y las agonías que continuamente le afligian, y aparecen la paz, la serenidad y la alegría; entonces, desterrando la negra desesperación, se sustituye la verdadera confianza. ¡Oh! ¡qué efectos causa la sangre de Jesucristo en el alma del pecador! ¡Oh! ¡qué motivo de confianza para el que desea salir de la inmundicia de sus vicios!

¡Ah! bendigaos, sangre preciosa, el cielo por esas finezas que obráis en favor del hombre; bendigaos la tierra, porque sin merecerlo la laváis de sus inmundicias; bendigaos todas las criaturas, porque á todas habéis reconciliado con el Juez del universo.

Así me parece debe exclamar el pecador á vista de lo que la sangre de Jesucristo le ha beneficiado. Cual otro San Pedro á presencia del Salvador, debe llenarse de temor reverencial, y adorar profundamente á la que es el remedio de sus dolencias. Pero al mismo tiempo, lleno de un santo esfuerzo, debe decir con el principe de los apóstoles: Señor, en tu nombre echaré la red en la mar. Bien es verdad, Dios mio, que me cubre desde la cabeza hasta los pies la multitud de mis pecados; pero en nombre de vuestra sangre me arrojo á los pies de vuestro ministro, para que aquella limpie á mi alma. Bien es verdad que desde que tuve la desgracia de apartar mi vista de vuestro dulce rostro, no hice caso de la virtud, menosprecié los ejercicios de devoción, y me burlé de las inspiraciones más santas; pero en nombre de vuestra sangre voy á emprender el camino de la virtud, á abrazar los ejercicios de devoción y no apartarme un punto de vuestros divinos llamamientos. Esta sangre preciosa es la que ha de trocar mi corazón en un corazón nuevo; y así ¿á quién temeré, si la sangre de Jesucristo está en mi favor? ¿Al demonio? Pero la sangre de Jesucristo le ha vencido. ¿A mis pecados? Pero la sangre de Jesucristo los ha borrado. ¿A Dios justamente irritado? Pero la sangre de Jesucristo ha aplacado su indignación. Yo estoy bien seguro de que nada puede haber capaz de acobardarme, una vez que la sangre de Jesucristo se

interesa en mi favor. Ella es la espada de dos filos que guarda el paraíso de mi alma, y el ejército que defiende el castillo de la gracia. Yo no sé como explicarme: nosotros somos lavados en la sangre de Jesucristo; nosotros somos justificados con la sangre de Jesucristo. Si, Dios mio, yo confieso esta verdad, y para confesarla me basta mi propia experiencia.

Estas reflexiones, hermanos míos, son bastantes para convencernos de que la sangre de Jesucristo es motivo de confianza para el pecador. Pero adelantemos el discurso, y veamos si podemos aclarar más esta verdad. Los méritos de Jesucristo son nuestros, y por consiguiente nuestra es la sangre del Salvador. Jesucristo es nuestra cabeza, y nosotros somos sus miembros; y de aquí se sigue, que así como por razón de ser el cabeza participó de nuestras miserias, así por razón de ser nosotros miembros nos comunica sus bienes. Todo lo que mereció por su sangre, todo se ha transmitido á nosotros: Jesucristo no lo necesitaba, y por eso lo cedió en favor del hombre. ¡Qué motivo de confianza! Jesucristo dice al pecador: tanta sangre como he derramado en el discurso de mi pasión, es tuya. Yo ni una sola gota me reservo para mí; lo que siento es no tener más para poderle dar. Recibela, hijo mio, como un testimonio de mi amor el más auténtico.

Y si antes de hablar de la abundancia de la sangre del Salvador, nos queremos entretener un poco en considerar las figuras que representaban esta sangre preciosa, ¿no podrá el pecador ensanchar su corazón, y desaliar á los espíritus malignos, de que á pesar de sus sugestiones, confiará siempre en la sangre de Jesucristo? La profética piscina; ved aquí una de las figuras de la sangre de Jesús. Cualquiera que entre en la sangre del divino Redentor, quedará sano y limpio de todas las manchas que pueda haber contraído. Con esta diferencia, que para arrojarse en las aguas teñidas de sangre, no se necesita el movimiento del ángel, así como se necesitaba en las aguas del antiguo Testamento. El ángel que las mueve es Jesucristo, que en todo momento aguarda al pecador para sanarle. Será blasfemo el que de aquí adelante diga: «yo no tengo hombre que me arroje en las aguas, luego que son movidas por el ángel. Treinta y seis años ha que aguardo á ver si alguno, acordándose de que soy su hermano, ejercitará conmigo una obra de la más fina caridad. Los otros vienen y sanan; y yo paso aquí los años enteros, y me quedo con mis dolencias.» No, hermanos míos, estas expresiones sólo pueden nacer de un corazón impío, y de uno que tenga poco conocimiento de los méritos del Redentor. ¿De cuando acá no puede uno arrojarse, cuando quiera, en la sangre de Jesucristo, sin aguardar á que ni el sol con

sus rayos ilumine nuestro horizonte, ni á que las negras sombras cubran la faz de la tierra? ¿De cuándo acá hay momento exceptuado, en que el pecador no pueda bañarse en estas aguas saludables? ¿De cuándo acá la virtud y eficacia de la sangre de Jesucristo no puede en cualquiera hora santificar al pecador? Desengañémonos: si nosotros no sanamos, nuestra es la culpa, y no de la sangre de Jesucristo.

Añadamos, hermanos míos, á esta figura, otra más propia, que demuestre más la eficacia de esta sangre, y es por eso mayor motivo de confianza para el pecador. ¡Ah! sólo el recuerdo de aquella noche terrible para los egipcios debe animar á cualquiera á confiar en la sangre de Jesucristo. ¡Infelices todos los que habitáis las regiones del Egipto, pues en una noche van á perecer á vuestra vista todos los primogénitos! La cólera del Dios vivo ha subido hasta el más alto punto, y sólo falta que deje caer el fatal golpe. En un instante se verán los pueblos llenos de confusos é interminables lamentos. Las madres entregadas al dolor no clamarán más que por sus hijos, y entre llantos y sollozos pronunciarán sus nombres. Ya se acerca la hora en que se ha de representar esta trágica y funesta escena; ya baja el ángel blandiendo la espada por los aires, como ministro de la justicia y venganza del Dios eterno. Pero deteneos, soberano espíritu: ¿y los primogénitos de Israel también están comprendidos en este cruelísimo castigo? Moisés, tú que eres entendido en los misterios de la religión, defiende á tu pueblo de la ira que le amenaza. En efecto, hace matar un cordero con cuya sangre señala las puertas de los hijos de Israel; y ved aquí que degollando el ángel en una noche los primogénitos de los egipcios, perdona á los del pueblo del Señor, la sangre del cordero, figura de la de Jesucristo, libra á los tales del furor del Altísimo. Bien podía haber mandado Moisés que todos se pudiesen en oración, para escaparse del castigo; bien podía intimarles el arrepentimiento para aplacar al Eterno; bien podía ordenarles la limosna...; pero no, Moisés veía, que habiendonos Jesucristo de redimir con su sangre, no había medio más eficaz para librarlos á su pueblo de la espada exterminadora que señalarlos con la figura de la sangre de Jesús. ¡Oh! y qué motivo de confianza para el pecador. ¡qué consuelo para un alma que desea librarse del cautiverio del pecado! Porque si la figura obra tan prodigiosos efectos, ¿qué hará la realidad?

Pero dejemos las figuras, y pasemos á su cumplimiento. Y si poco ha decía que la sangre de Jesucristo debe ser motivo de confianza para el pecador por ser nuestra, debemos confesar lo mismo por ser

superabundante. A la verdad toda la sangre de Jesucristo fué derramada sin quedar ni una sola gota, y nos la quiso dar toda. El Salvador intentaba que el pecador no dudase que le quería salvar; que en la sangre que derramaba, tenía el motivo de su esperanza, y que si se aprovechaba de ella, infaliblemente se salvaría. Pues ¿por qué te detienes, alma mía, te diré con San Anselmo? Corre, acércate, y recoge aquellas gotas suavísimas. Si, cristiano mío, acércate y recoge con veneración aquella sangre que sale del cuerpo de Jesucristo en el huerto de Getsemani, aquella sangre que derrama Jesús á causa de los azotes, y en la coronación de espinas. ¡Ah! ¡Y qué río abundantísimo de sangre divina! Aquí, pecador, párate, y deja caer sobre ti la sangre de Jesucristo, que así la dejaron caer una María Egipcíaca, una Margarita de Cortona, un Raimundo Lulio y otros santos que veneramos en los altares: déjala caer, porque será tu remedio y salud; déjala caer en fin porque ella te conducirá á la bienaventuranza eterna. ¡Oh sangre de Jesucristo, motivo de confianza para el pecador! *Habentes itaque, fratres, fiduciam... in sanguine Christi.*

Después de unos motivos tan relevantes para infundir en el pecador la confianza en la sangre de Jesucristo, sería preciso trastornar todas las ideas del Salvador, si no las confesásemos mucho más relevantes en la persona del justo. Es verdad que Jesucristo vino al mundo principalmente para buscar al pecador; pero eso no excluye que el justo sea las delicias y complacencias de Jesucristo. Si todas las palabras del Evangelio son otras tantas pruebas para animar al pecador, no dejan de serlo para el justo; y por ese motivo me valdré de las expresiones del real profeta David, quien hablando al justo, le da de parte de Dios una solemne embajada por estas palabras: *Dicite justo quantum bene:* decid al justo que bien. Decidle que en hora buena él nació, y que en hora buena morirá, y que bendita será su vida y su muerte, y lo que le sucederá después de ella; porque la sangre de Jesucristo ha salido garante de todos estos bienes. Decidle que en todo le sucederá bien; en los placeres y en los pesares, en los trabajos y en el descanso, en el honor y en la deshonra; porque la sangre de Jesucristo sostiene al justo en medio de la tribulación y de la bienandanza; en esta, para que su espíritu no se envanezca; en aquella, para que su corazón no se abata. Decidle que bien; pues desde que la sangre de Jesucristo ha sido derramada, le está aparejado el mayor bien de los bienes, que es Dios; y está libre del mayor mal de los males, que es la compañía de Satanás; porque la sangre de Jesucristo ha abierto las puertas del cielo y ha cerrado las del infierno, mereciendonos los auxilios necesarios para alcanzar lo uno y evitar

lo otro. Ya no estarás detenido millares de millares de años en el seno de Abraham, antes de ver la cara dulcísima de Dios; apenas saldrás de esta vida, cuando serás condenado á coger los frutos que habra producido tu alma regada con la sangre de Jesús. ¡Oh sangre de Jesús! ¡vos sois mi confianza! Decidle que bien; porque desde que la sangre de Jesucristo ha sido derramada, está escrito su nombre en el libro de la vida, y Dios Padre le ha tomado por hijo, y el Hijo por hermano, y el Espíritu santo por su templo vivo. Pero ¿podré prometer otro tanto á vosotros que me escucháis? ¿o seréis como aquellos perdidos que sacrilegamente clamaban: su sangre venga sobre nosotros, y sobre nuestros hijos? ¡Ah! infelices de vosotros, si teniendo el remedio á la vista, no os dignáis alargar la mano para tomarlo. Entonces la sangre de Jesucristo será el peso que os arrojará en el abismo; será la marca con que Dios os destinará á las llamas eternas: entonces mudando de condición, clamará venganza contra todos aquellos que atrevidamente la profanaron. La sangre de tu hermano, que es Jesucristo, profanada en aquellas usuras con que desuellas á tu prójimo, clama venganza á mí desde la tierra: la sangre de tu hermano, que es Jesucristo, profanada en aquellas conversaciones inmorales, clama venganza á mí desde la tierra: la sangre de tu hermano, que es Jesucristo, profanada con la inmodestia y poca reverencia en los templos, clama venganza á mí desde la tierra: la sangre de tu hermano, que es Jesucristo, profanada en los santos sacramentos que indignamente recibes, clama venganza á mí desde la tierra: la sangre de tu hermano, que es Jesucristo, profanada con esta vida que llevas, mas de gentil que de cristiano, clama venganza á mí desde la tierra: la sangre de tu hermano, que es Jesucristo... Pero ¿y de qué nos serviría el haber sido derramada por nosotros, si hubiésemos de oír el formidable anatema pronunciado por la boca del Altísimo? Vosotros, ministros del altar, con el sacrificio inmenso que ofrecéis todos los días al eterno Padre, acallad los clamores de la sangre de su Hijo. Y vosotros, que unidos en santa confraternidad, sois distinguidos por especial favor de la sangre del Cordero, y á quienes en cierto modo el Altísimo ha hecho depositarios y custodios de este bálsamo precioso, y por consiguiente los hijos más queridos y allegados á Jesucristo, juntad vuestras peticiones con las del ministro del altar: mezclad vuestros clamores con los suyos, para que mirando Dios á la humildad de sus hijos, se olvide de su justo enojo. Entonces derramará sobre vosotros sus santas bendiciones; y llenando á todos de bienes espirituales, nos llevará á gustar los dulces y sabrosos frutos de su sangre preciosa allá en el cielo por siglos de siglos. *Amén.*

SOBRE LA RESURRECCIÓN

*Surrexit, non est hic.
Resucitó, ya no está aquí.*

(S. MARCOS, XVI, 6.)

El hombre que coloca una lápida sobre la tumba de un semejante soyo, acostumbra á grabar en ella la lúgubre y monótona inscripción: *Hic jacet*; aquí yace, aquí reposa... Para todos los hijos de los hombres, el epitafio no puede ser jamás sino un recuerdo de muerte. Mas para el que fué á un tiempo mismo hijo del hombre é Hijo de Dios, he aquí la magnífica inscripción que un ángel radiante, y en el colmo de la alegría, trajo del cielo y colocó sobre su sepulcro: *Surrexit, non est hic*; ha resucitado, ya no está aquí. Así se cumplió la grande profecía del hijo de Amos: «Su sepulcro será rodeado de gloria, su sepulcro mismo le será glorioso: *Et erit sepulchrum ejus gloriosum.* Toda grandeza, todo poder de los reyes de la tierra concluye en la tumba; mas, al contrario, en el sepulcro comienzan el poder y el imperio del Rey de los cielos.

Hoy, pues, nuestro Divino Salvador puede gloriarse de haber sepultado en su tumba todos sus padecimientos, todos sus oprobios, y, como dice San Pablo, la misma muerte. Cumplió, pues, su palabra, realizó sus promesas, dejó probada su misión, confirmó su doctrina, y dió al mundo, según San Pablo, la prueba más brillante y más cierta de su divinidad. Porque, según San Gregorio, por su muerte especialmente nos reveló su amor, y por su resurrección nos ha revelado muy particularmente su poder.

Y pues que la gloria de la cabeza debe resaltar sobre sus miembros, aplaudamos hoy con transporte, hermanos míos, la gloria de nuestro amado Salvador como si fuese nuestra propia gloria. Justifiquemos el santo júbilo que el recuerdo de ese misterio excita en todos los corazones cristianos, y para ello recordemos primero las magníficas profecías que habian predicho ese misterio, y en seguida los prodigios que le acompañaron. ¡Ojalá podamos nosotros encontrar en

el un motivo poderoso para elevar nuestros espíritus y nuestros corazones de las miserias de acá abajo á la riqueza de los bienes del cielo! Pero imploremos desde luego la asistencia de la Reina de los cielos, felicitándola por el triunfo de su Hijo, que es también su triunfo. *Ave María.*

Una de las pruebas más luminosas de la divinidad de Jesucristo, es que ha sido el único hombre cuya vida entera ha sido referida antes de su nacimiento. Porque los misterios de Jesucristo no sólo han sido predichos todos por las palabras de los profetas, sino figurados todos por las acciones de los patriarcas; porque, como dice San Agustín, la vida de los patriarcas fué toda profética.

En efecto, así como la doble substancia del primer hombre en la unidad del ser figuró la doble naturaleza de Jesucristo en la unidad de persona; como Moisés figuró su nacimiento, Abel su inocencia y su diluzura, Noé su ministerio, Melchisedech su sacerdocio, Isaac el sacrificio, Jacob la fecundidad, Job los padecimientos, David las persecuciones, Salomón la dignidad real, José la exaltación y Sansón la muerte, así también fué reservado á Jonás figurar su sepultura y su resurrección. El mismo Jesucristo quiso interpretar y aplicar á su persona esa grande figura histórica, cuando dijo: «Como Jonás después de haber pasado tres días y tres noches en el vientre de la ballena salió de ella vivo, del mismo modo el Hijo del Hombre, después de haber pasado tres días y tres noches en el seno de la tierra, saldrá de ella resucitado.» Ved, pues, hermanos míos, con qué fidelidad el misterio de este día ha sido pintado de antemano en ese antiguo cuadro.

Jonás pidió el mismo ser arrojado al mar: *Tollite me, et mittite me in mare* (Jonás, I, 12); y Jesucristo libremente se entregó en manos de los judíos para ser arrojado en lo que los profetas habían llamado el océano de las humillaciones y de las penalidades: *Magna est velut mare contritio tua* (Thren., II, 13.) Porque la Iglesia entera, dice San Máximo, no podía evitar la perdición, si Jesucristo no era entregado á la muerte de cruz, del mismo modo que la nave de Jonás no podía escapar del naufragio si el profeta no era arrojado al seno de las olas.

¿Quién es, pues, ese hombre tan extraordinario, tan singular, vuelve á preguntar San Máximo, que se deja arrojar con tanta confianza y singularidad en el seno de la mar embravecida? ¿Quién es ese hombre que, cayendo en la boca devoradora de un monstruo marino, pudo ser engullido pero no devorado? ¿Quién es ese hombre que, lanzado fuera de las condiciones de la humanidad, y como des-

terrado de la vida, no deja de viajar asociado con la vida y vencedor de la muerte? ¡Ah! ese hombre prodigioso, verdadero prodigio el mismo, es Jesucristo en elige, Jesucristo en figura, de quien la muerte, monstruo implacable, quiso apoderarse para devorarle, pero de quien la muerte quedó cautiva y reducida á temblar delante de aquel en quien había hecho presa. Es el mismo Dios que en otro tiempo, mandando á la ballena, la obligó á dejar en tierra sano y salvo al Profeta, y el mismo que mandando á la muerte, la obligó á devolver al mundo al Salvador resucitado.

¿Quién podría, continúa San Máximo, celebrar bastante el poder de Dios, cuando, por el asombroso prodigio de la libertad del Profeta, quiso pintar de antemano, con rasgos tan pronunciados y tan fieles, el prodigio todavía más asombroso de Jesucristo, libre de las ligaduras de la muerte? ¿Quién podría tampoco celebrar bastante la sabiduría de Dios, cuando quiso dar de ese modo con anticipación la prueba más sensible del misterio de este día, y preparar de lejos al mundo á creer en él? ¿Cómo, en efecto, se atrevería nadie á negar en la persona del Señor un prodigio cumplido hacia ya muchos siglos en la persona del siervo?

Pero, independientemente de esa grande y espléndida profecía en acción, hizo Dios predecir también el mismo misterio de Jesús resucitado por las palabras de todos los profetas, y muy particularmente de David. Por boca del Santo Rey, el Mesías mismo dijo con más de diez siglos de anticipación: «Mi carne reposará en la esperanza, porque Dios no dejará mi alma en los lugares subterráneos, y preservará el cuerpo de su Mesías de la corrupción del sepulcro.» Por boca del mismo David, el Mesías dijo también: «Dormiré con toda seguridad el sueño de la muerte; pero resucitaré, porque mi humanidad ha sido unida á la Divinidad.» Y, en fin, por boca de David, Jesucristo pronunció aquellas admirables palabras: «Mi carne volverá á comenzar á florecer.» ¡Palabras admirables! hermanos míos, porque, dice San Ambrosio, la carne del Salvador refloreó verdaderamente cuando resucitó.

¿Podría imaginarse una profecía más suave y deliciosa? Esa carne imaculada, esa carne, como divinizada por el misterio de la Encarnación, puede decirse muy bien que había florecido en cuanto fué unida á la persona del Verbo. Entonces fué cuando aquella flor nazarena, llena de gracia y de verdad, salió de la vara de Jesús, del seno virginal de María. El cisgo furor de los judíos quiso desarraigar aquella amable flor de la tierra de los vivientes, de que era el ornamento y las delicias. Y he ahí que esa flor divina consintió por sí

misma, de buen grado, en ser hollada, pulverizada para utilidad y provecho de los mismos que la pisoteaban. Cediendo no tanto á la crueldad de aquellos, como á su caridad, se la vió inclinarse á la tierra, pálida, deshojada, marchita cuando Jesucristo murió en la cruz y fué enterrado en el sepulcro. Pero no perdió nada de su perfume; la muerte, al separar realmente del cuerpo de Jesucristo su alma santísima, no separó el alma ni el cuerpo de la Divinidad, á la que toda la humanidad de Jesucristo se hallaba bipostática é inseparablemente unida. Así, aquel santo cuerpo, que reposó tres días en el seno de la tierra, conservó siempre, permaneciendo unido á la persona del Verbo, el principio, el germen de la inmortalidad y de la vida. Por consiguiente, esa divina flor, al recobrar hoy su alma y la fuerza de su vegetación divina, ha podido levantar de nuevo sobre su tallo su abatida cabeza, ha podido reanimarse y desplegar con nueva magnificencia todos los encantos, todas las riquezas de sus colores y de su belleza. Por manera, que la resurrección del Salvador no fué más que la nueva florescencia de su santa humanidad.

¡Cuán dulces bajo todos los aspectos, cuán tiernos, cuán deliciosos, cuán sublimes de meditar son los misterios de la religión! ¡Cómo hablan á un tiempo al espíritu, al corazón, á la imaginación, á todo el hombre para realzarle, ennoblecerle y santificarle!...

¿Nos será ahora licito el volver á expresar fielmente con nuestras palabras la gloria de los prodigios que acompañaron esa *reflorescencia* y esa resurrección admirable, tan magníficamente figurada y predicha, y hoy tan divinamente cumplida?... En un solo y mismo instante, por la virtud del Verbo, el alma de Jesucristo se reunió á su cuerpo, y el cuerpo *reivindicado* se revistió de la gloria de la Divinidad. Este santo cuerpo, en efecto, deponiendo el sudario que le envolvía, haciendo desaparecer la sangre de que se hallaban bañados sus miembros, y cerrando todas las llagas que le desfiguraban, excepto las de su costado, de sus pies y manos convertidas en brillantes cicatrices, en gloriosos testimonios de su identidad, aquel santo cuerpo adquiere de repente todos los privilegios de un cuerpo glorificado. Estaba en sufrimiento y dolor, y se hizo impassible; era pesado, opaco, mortal; y se trasformó en ligero, transparente é inmortal.

¡Oh cuerpo bienaventurado de mi Salvador, cuánta belleza te *adorna!*... ¡cuánta gracia te *decora!*... ¡cuánta luz te *reviste!*... ¡cuánta majestad y gloria te *rodea!*... Si, en su primera florescencia, el vástago de Jesé fué el más bello entre los hijos de los hombres. En esa nueva florescencia está la belleza misma, la misma gracia, la misma luz; porque en ella se ve penetrar por todas partes la hermosura, la gracia y la luz del Hijo de Dios.

Transformado de ese modo, aquel divino cuerpo se lanza fuera del sepulcro sin quebrantar sus puertas: lo mismo, dice San Agustín, que al nacer salió del seno de su divina Madre sin alterar su virginidad.

¡Oh judíos, tan insensatos como malvados! ¿De qué os sirvió, exclama San Gregorio, el rodear de empalizadas el sepulcro, cercarlo con centinelas, cerrar la entrada con una gran piedra, y poner en ella el sello de la Sinagoga y del Imperio? Encerrando de ese modo el cuerpo del Señor, ¿habéis podido encerrar también su divinidad? La muerte, que puede retener al hombre, no puede aprisionar á Dios. El sepulcro no podía, pues, retenerle, porque el universo entero no basta á circunscribirle.

¡Cuán hermoso es, añade San Pedro Crisólogo, cuán nuevo ese prodigio!... ¡He aquí suspendido y cambiado el orden natural!... Los sepulcros consumen los cadáveres, y ¡he ahí un sepulcro que devora la muerte misma!... Si, la tumba ha concebido; recibió un cuerpo muerto, y devuelve un cuerpo vivo. Y ese segundo nacimiento, añade San León, es todavía más admirable y más asombroso que el primero. El seno de la Virgen dió á luz á Jesucristo sujeto á la muerte, y el sepulcro le produce hoy dotado de una vida inmortal.

A ese gran prodigio de su propia resurrección, Jesucristo hizo suceder, casi en el mismo instante, el prodigio de la resurrección de muchos patriarcas, muertos ya hacia largo tiempo, y los envía á Jerusalén á mostrarse á un gran número de personas, y hacer más auténtica la resurrección del Maestro, pues que ellos, servidores suyos, acababan también de ser resucitados.

A esos prodigios, que pertenecen al orden de la gloria, acompañaron otros prodigios en la naturaleza. En el mismo momento en que Jesucristo salió triunfante de su sepulcro, tuvo lugar un gran temblor de tierra, según el Evangelio.

Y así, la tierra, temblando de júbilo en aquel momento, como había temblado de horror y de espanto en el instante de la muerte del Salvador, atestiguó que el que acababa de resucitar era verdaderamente su Criador, Rey y Señor. Por otra parte, el sol, que tres días antes se había eclipsado por no alumbrar el decidido, salió ese día antes de la aurora para festejar con radiante luz la resurrección de Jesucristo, y parecía resucitar con él á una nueva vida, como había parecido morir en su muerte, anunciando también que Jesucristo es el verdadero Criador, Rey y Señor de los cielos.

En fin, para completar la gloria de tan grande triunfo, he ahí que con el júbilo de los amigos-sinceros, de los fieles servidores de

Jesucristo, contrasta la consternación, el abatimiento y el terror de sus adversarios.

Apenas salió Jesucristo del sepulcro, cuando un ángel, según la narración del Evangelio, descendiendo de los cielos, apartó, por un acto de su poder sobrenatural, la piedra que cerraba la entrada, y parecía decir á la muerte con desprecio: «¡Oh muerte! ¿En dónde está tu victoria?... ¿En dónde tu triunfo? El traje de aquel ángel, dice el Evangelio, era más blanco que la nieve, y su rostro más temible que el rayo.

¡Imaginad la sorpresa y el terror de los que guardaban el sepulcro, á vista de tantos y tan simultáneos prodigios, la tierra que temblaba, la piedra que salta, el sepulcro que parece hundirse, la luz que los deslumbra y el ángel que les amenaza! El Evangelio refiere que quedaron helados de espanto y como muertos de terror.

Los jefes de los sacerdotes, los doctores y fariseos, habían podido presentir ya algo de ese gran acontecimiento. Las numerosas apariciones de Santos, referidas en el Evangelio, debían excitar á cada momento sordos rumores. En la ciudad reinaba la agitación y el desorden: el anuncio de la resurrección, circulando de boca en boca, recogió á los buenos é hizo estremecer á los malos.

¿Cuales fueron la rabia y el espanto de los principales judíos, cuando á los vagos rumores de la multitud se unió el testimonio de los guardas que acudieron temblorosos á referir lo que habían visto! Al oír aquella nueva, los principales sacerdotes, con la palidez en el rostro y la rabia y la consternación en el corazón, se reunieron en consejo, y después de una larga discusión con los ancianos del pueblo, llamaron á los guardas y les dieron tanto dinero como podían apetecer. «Id, les dijeron, y guardaos muy bien de referir las cosas tales como han pasado. Decid que durante la noche, y mientras dormíais, los discípulos de Jesús se dirigieron al sepulcro y sacaron el cuerpo. No tengáis cuidado por las consecuencias, pues nosotros nos encargamos de arreglarlo con el presidente y de ponerlo á cubierto.

¡Perversidad profunda!... ¡Infernal obstinación de voluntades rebeldes á la luz divina!... ¡Procurando encubrir por medios tan bajos la resurrección del Señor, reconocían ellos mismos la verdad, y rehusaban creer lo que no podían negar!...

Recordad aquí, hermanos míos, que durante la agonía de Jesucristo sobre la cruz, esos mismos judíos insultaban su dolor, y le decían: «Si eres verdaderamente Hijo de Dios, baja de la cruz; por esa señal reconocemos tu divinidad. No convenia entonces al amor del Salvador interrumpir la grande obra de nuestra salvación. No conve-

nia, ni á la majestad de Dios, ni á la independencia del Arbitro Supremo arreglar la economía de sus prodigios á las pretensiones insensatas y blasfemadoras de los más viles y malvados de los hombres. Jesucristo, pues, no respondió entonces á aquel insolente desafío, ó, por mejor decir, respondió susitiuyendo á los prodigios de poder que se le pedían, los prodigios todavía más grandes de su caridad. Respondió pidiendo para ellos á su Padre el perdón de su nuevo crimen.

Pero era también digno de su amor y de su Majestad divina que, rehusando á los judíos el prodigio tan insolentemente solicitado, obrase otro todavía mucho mayor y más capaz de confundir á un tiempo mismo su obstinación y de vengar su Divinidad. Y eso es lo que hace hoy, nos dice San Gregorio, saliendo del sepulcro, cuando no había querido bajar de la cruz. ¿No hay, en efecto, un prodigio mayor en triunfar de la muerte por la resurrección, que en bajar de la cruz para conservar la vida?...

Esos hechos con todas las circunstancias que los acompañan, esos hechos que se suceden y coordinan con tan admirable sabiduría, no ha podido inventarlos el hombre. Forman en su conjunto la demostración más brillante de la Divinidad de Jesucristo, la más alta glorificación de su virtud y de su misión divina. ¡Confúndanse los judíos que se atrevieron á desafiarle aun en la cruz, y los incrédulos que en la sucesión de los siglos se han escandalizado del misterio de la Cruz!... ¡Que se confundan todos los que quisieran precipitar los designios de Dios, y obligarle á condensar en un solo día, y en un mismo punto, todos los milagros de su gracia!... Dios sabe siempre escoger el tiempo; la eternidad es suya. Juzguemos de sus designios por todo lo que pasó y se sucedió en los tres días de su pasión y de su resurrección. Supo entonces, y sabrá siempre, desplegar con oportunidad su poder, vengar todos sus derechos, y reducir al silencio á los audaces despreciadores de su Divinidad.

Hemos visto desarrollarse ante nosotros todo el orden de los decretos de Dios, ya en la magnificencia de las profecías y de las figuras, por las cuales, durante largos siglos, fue predicho el grande hecho de la resurrección, ya en la gloria de los prodigios que acompañaron su cumplimiento.

Reanimese, pues, nuestra fe, hermanos míos, y celebremos con regocijo el triunfo de Jesucristo en el sepulcro, preparándonos debidamente para alcanzar algún día la dicha de contemplarle glorioso en los cielos. *Amén.*

DEL ANUNCIO DE LA RESURRECCIÓN

Resurrexit; non est hic... dicite discipulis eius.
Resucitó; ya no está aquí... Id. á decirlo á sus discípulos.

(S. Marcos, xvi, v. 6 y 7.)

El Evangelio nos dice, hermanos míos, que al rayar el alba el día siguiente al sábado, las santas mujeres que habían asistido á la muerte del Salvador se dirigieron al sepulcro, llevando consigo aromas preciosos para esparcirlos sobre el santísimo cuerpo, según costumbre de los judíos, y para dar de ese modo á su amado Maestro y Salvador ese último testimonio de su amor y de su piedad. «¿Cómo haremos, decían entre sí, para levantar la inmensa piedra que cierra el sepulcro? No habían concluido de hacerse esta pregunta, cuando, mirando al sepulcro, vieron que la piedra se hallaba levantada y su entrada libre y expedita. Entraron, pues, en él con un sentimiento de piedad y de temor religioso; mas apenas habían dado un paso, retrocedieron asustadas. Porque en vez del santo cuerpo que buscaban, vieron un ángel radiante de luz y de hermosura celestial. El mensajero del cielo las tranquilizó, y con el tono de la más dulce familiaridad y la más afectuosa benevolencia, les dijo: «No temáis; conozco vuestras intenciones puras y santas; sé muy bien que buscáis á Jesús el Nazareno que ha sido crucificado; ya no está aquí; acaba de resucitar, como lo había prometido y predicho; acercaos y ved el sitio en que había sido depositado el Señor. Id, pues, presurosas á llevar á los discípulos, y particularmente á Pedro, la venturosa nueva de su resurrección. En seguida, marchad todos juntos á las montañas de Galilea, adonde os procederá el Señor, como ya os había predicho, y tendréis el consuelo de verle según su promesa. He ahí lo que tengo que anunciaros.»

Veamos, hermanos míos, para nuestra instrucción y consuelo, con cuánta delicadeza de afecto, de condescendencia y amenidad ha sido

anunciado este gran misterio, después de su cumplimiento. *Ave María.*

Tal fué el discurso del ángel, como acabáis de oír, hermanos míos; y aquí, los que no han comprendido todavía el designio del que, según el Profeta, bajó de los cielos para descender hasta nosotros, pueden preguntarse: ¿Es posible que un habitante de los cielos, uno de esos nobles espíritus que brillan como astros en la corte celestial, venga á conversar con tanta bondad con unas pobres y sencillas mujeres? ¿Y por qué nó?... Ese ángel, ¿no es el ministro de ese mismo Dios de bondad que, como atestigua la Escritura, se complace en conversar con preferencia con las almas piadosas y sencillas? Mirad: en otro tiempo unos sencillos pastores fueron los primeros que supieron en Belén, por boca del ángel, el nacimiento del Salvador; y he ahí que hoy son unas sencillas mujeres de Jerusalén las primeras también que saben, por el mensaje de un ángel, la revelación de la resurrección de ese mismo Salvador. Los Apóstoles verán también á su vez al Señor resucitado, para poder atestiguar al mundo, como testigos oculares, un prodigio tan grande. Pero la primera noticia sólo la recibirán de las mujeres, y sólo las mujeres tendrán el privilegio de saberlo de boca de un ángel. ¡Oh cuán importante es esta lección! Porque Dios prefiere siempre la sencillez á la ciencia, la humildad al talento, y la rectitud del corazón á la elevación de la condición. He ahí lo que explica por qué, en grandes y solemnes ocasiones, ha colocado al pobre sobre el rico, á los pequeños sobre los grandes de la tierra, y á la mujer verdaderamente piadosa y perfecta sobre el hombre: «Se complace en conversar con los sencillos.»

Acordaos también de que ese mismo ángel era el que acababa de derribar al suelo con su fulminante mirada á los centinelas del sepulcro, y que ese mismo ángel exhortaba entonces á la confianza y al júbilo á los santos discípulos de Jesucristo: *Nolite timere vos.* «No temáis vosotros.» Observad bien, si os place, la palabra *vosotros*, colocada al fin de la frase *Nolite timere vos*; cuán consoladora es colocada de ese modo?... Es como si el ángel les hubiese dicho: «Quiero que teman y que tiemblen los judíos que han pedido la muerte del Señor; Pilatos, que tan cobardemente la ha consentido; los soldados, que no se han negado á ser sus ejecutores, y el pueblo, que ha venido á renegar de él y blasfemarle hasta en su suplicio. Pero vosotros, almas piadosas, almas sinceramente adictas al Dios Salvador, vosotras que le habéis acompañado al Calvario, que le habéis ado-

rado en la Cruz, vosotras que le buscáis en su sepulcro, vosotras, para quienes Jesús crucificado es siempre vuestro Salvador y vuestro Dios, vosotras nada tenéis que temer de su justicia, y si que esperar todo de su bondad. *Nolite timere vos.*

¡Cuánto pudiéramos decir, si después de haber mirado y profundizado las palabras del ángel, nos detuviésemos algunos instantes en las palabras del mismo Jesús!... ¡Qué abismo de bondad y de condescendencia hay en esa sola palabra dirigida a la Magdalena: *Mulier, quid ploras?* Mujer. ¿por qué lloras? ¡Ah! no olvidemos que esa mujer fué en otro tiempo el escándalo de la ciudad. Aquellas lágrimas eran bien derramadas para reparar el desorden de su vida... Y Jesucristo quiso dar á entender que el gran misterio de la Resurrección debe fortalecer y consolar para siempre á los que por la penitencia han alcanzado el pasar de la muerte á la vida. No era ella sola la que debía ser consolada; había entre los discípulos tímidos y cobardes, uno que le había negado. Pues bien; ninguno será exceptuado del misterio de reconciliación y de vida, sino aquel que voluntariamente ha perecido, porque voluntariamente ha llegado á ser un hombre de perdición. He ahí que el vencedor de la muerte y del pecado no teme ningún contacto deshonoroso, ninguna afinidad envilecedora. Dijo á la Magdalena: *Noli me tangere.* «No te me acerques.» Lo cual podría muy bien significar: No te me acerques por un afecto que podría ser todavía demasiado sensible, mientras que vuestras afecciones no pasen por los cielos para volver á bajar hasta mí. Pero no penséis que los pecadores me causan repugnancia alguna, disgusto alguno. Id, pues, á anunciar á todos mis Apóstoles, sin exceptuar á ninguno, que todos son siempre mis hermanos, que mi Padre es siempre su Padre, que mi Dios es siempre su Dios. Si, decidles que si yo subo hacia mi Padre, es para acordarme de que es el Padre de todos vosotros; que si subo hacia mi Dios, es para acordarme que es siempre vuestro Dios.

Pues bien, hermanos míos; las palabras que Jesucristo pronunció por sí mismo, ó por sus ángeles, en el día de su resurrección, deben resonar para siempre en el mundo. Para siempre, Jesucristo resucitado ha venido á traer la paz, la reconciliación y el arrepentimiento sincero. Para siempre también, Jesucristo, glorificado, proclama por sí mismo y por sus ángeles el doble carácter de su Evangelio. A su entrada en este mundo hizo profetizar por un santo anciano que sería para unos ruina y muerte y para otros resurrección y vida; para unos terror y guerra de exterminio, y para otros paz y júbilo inalterables. En el grandioso día de su resurrección, la misma alternativa fué solemnemente proclamada.

¡Que tiemblen, pues, esos filósofos llenos de orgullo, esos incrédulos insensatos, esos hombres de Estado soberbios é insensibles que no tuvieron jamás sino desprecio para la religión del Crucificado! ¡Que tiemblen también esos herejes indóciles y rebeldes, que, mas audaces que los verdugos, no titubean en desgarrar la preciosa túnica del Salvador, que jamás han comprendido el grande misterio de la unidad, y que blasfeman del Evangelio verdadero, en nombre de su Evangelio falso! ¡Que tiemblen también los malos católicos que no han podido ser atraídos ni por la palabra de Jesucristo ni por la de sus ángeles! Todos esos son los que, á imitación de los judíos carnales, han soñado en un Mesías terrestre como ellos, en un Mesías cómplice de todos sus vanos deseos, de todas sus locas pasiones.

Mas para vosotras, almas sinceramente cristianas, almas generosas y puras, para quienes Jesucristo es siempre el Dios de vuestro destierro; para vosotras, que habéis aprendido de Jesucristo con cuántas tribulaciones y trabajos se consiguen el reposo y la gloria; para vosotras, que no cifráis vuestra honra más que en servirle, vuestra felicidad en amarle, y vuestra esperanza en poseerle algun día; para vosotras, que entre tanto le suplicáis esté siempre con vosotras, en vuestro espíritu por la fe, en vuestro corazón por la caridad, en vuestros miembros por la mortificación; vosotras nada tenéis que temer, ni con el pensamiento de la resurrección de Jesucristo, ni de vuestra propia resurrección. *Nolite timere vos: scio quia Jesum Christum crucifixum quartis.* Vosotras nada tenéis que temer: sé lo que buscáis: buscáis á Jesús crucificado antes de buscar á Jesús glorificado. Mereceís encontrarle en su crucifixión y en su reposo, en sus humillaciones y en su gloria. No habéis renegado de El en el destierro, y tampoco El os abandonará en la patria. *Nolite timere vos.*

No creáis que el haber sido pecadores, y muy grandes, sea un motivo para alarmaros. ¡Qué importa lo que hayáis hecho, cuando tenéis por juez al que trinafa hoy, al que sepultó en su tumba y entregó al olvido todo lo que habéis sido, todo lo que habéis hecho, con solo la condición de que por medio de la penitencia os sepultéis en una misma tumba con vuestro Salvador? ¿No habéis oído el mensaje confiado á las santas mujeres por el enviado celestial: Decid á los discípulos, y particularmente á Pedro: *Dicite discipulis et Petro?* ¿Y por qué esa señal de distinción en favor de Pedro? ¿No fué ese jefe de los Apóstoles el que contristó á su Maestro, negándole tres veces? Pues precisamente por eso, la buena nueva de la resurrección debía serle notificada de una manera enteramente especial. Su falta, es cierto, excedió toda medida; pero era necesario que no desespera-

se. Estaba harto desconsolado para que su falta pudiese serle perjudicial.

El veneno del pecado tendrá, pues, siempre, merced á los méritos del Salvador, un seguro contraveneno en el dolor que nos causa.

¿Cuál fué, por otra parte, el objeto del mensaje confiado á las santas mujeres? «Decid á los discípulos, y particularmente á su jefe arrepentido, decid á Pedro que el Salvador os precederá á las montañas de Galilea. Esa misteriosa Galilea en donde Dios se revela, no es más que la figura de esa revelación inefable, que sólo nos será concedida en los cielos cuando, viendo á Dios frente á frente, lleguemos á ser semejantes á El por efecto de esa misma visión. ¡Ánimo, pues, supuesto que los pecadores arrepentidos son llamados allí lo mismo que los justos!... ¡Ánimo, pues, el que nos ha precedido fué bastante poderoso para atráernos y transportarnos allí él mismo! ¡Ánimo, pues, que la piedra del sepulcro, por la que es necesario pasar primero, ha sido levantada delante de nosotros, y la entrada ha quedado libre para todo el mundo!

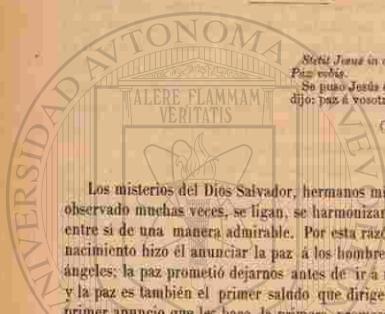
¿Qué nos resta, pues, hacer? La Iglesia y todos sus Santos Doctores nos lo han indicado suficientemente en los textos sagrados que durante estas solemnidades ofrecen á nuestra meditación. Debemos, como quiere San Pablo, en esos días de los ácidos de Pascua, llegar á ser ácidos nosotros mismos; es decir, excluyendo de nuestros corazones todo lo que Jesucristo reprueba, ir á El con los deseos más sencillos y las intenciones más puras! *In azymis sinceritatis et veritatis*. Debemos ir á buscar á Jesucristo en su sepulcro, allí adonde había sepultado su libertad, su gloria y su vida. Jamás estamos más seguros de encontrarle que allí en donde es necesario humillarse y morir para sí mismo. Debemos, pues, partir al rayar el día, y procurar llegar al salir el sol, es decir, á los primeros resplandores de la gracia, y convencernos bien de que para unirnos á Jesucristo es preciso despojarnos de la tenebrosa vestidura de nuestros vicios. Debemos llevar con nosotros aromas y perfumes preciosos, es decir, ofrecer á Dios el incienso sincero de la oración, encaminarnos á Dios por medio de continuas aspiraciones, y regocijar á la Iglesia de Dios con el bien olor del ejemplo y con la práctica edificante de las más amables virtudes.

¿Por qué tardamos á ponernos en camino? El verdadero amor no conoce obstáculos ni entorpecimientos. Mirad el presuroso anhelo del verdadero amor, personificado en la Magdalena y en el discípulo amado. Reconoced el verdadero amor en esas tiernas preocupaciones que absorben el corazón de la Magdalena; reconocedle también en

esa rápida carrera que parece haber dado alas al más joven de los Apóstoles. Acordaos de la piedra del sepulcro que el ángel tuvo cuidado de apartar. No olvidéis que, bajo la ley de gracia, los obstáculos de la virtud no existen, sino en cuanto son necesarios para excitar la vigilancia y la emulación. Si; por la resurrección del Señor todas las leyes han llegado á ser fáciles, toda perfección ha llegado á ser accesible, todos los misterios han sido revelados, todos los tesoros de gracias y de auxilios han sido abiertos. Si; la gracia que, á contar desde ese día, debe esparcirse por el mundo, realizará la seguridad dada por el Salvador de que su yugo es suave y su peso ligero. La gracia de Jesucristo debe, en efecto, hacer agradable al entendimiento el yugo de la fe, y ligero al corazón el peso de los mandamientos. El amor humilde lo cree todo, el amor perseverante lo obra todo, el amor generoso obedece á todo, y todo lo soporta.

De ese modo, no lo dudéis, hermanos míos, alcanzaremos la felicidad que os deseo, y que espero para todos nosotros; de ese modo tendremos la felicidad de encontrar á Jesucristo en la verdadera Galilea de la manifestación eterna; le veremos en toda su grandeza, en toda su magnificencia; le veremos en toda su esplendor, en toda su gracia y en toda su hermosura. Si, le veréis todos los que hayáis subido morir para resucitar con El. Yo os lo declaro, y os lo aseguro en su nombre. En este día de júbilo, no debo hablarlos sino para comunicaros este mensaje: *Idi cum vidēbitis, ecce prędixi vobis.* (San Mateo, XXVIII, 7). Así sea.

JESUCRISTO RESUCITADO Y SUS DISCÍPULOS



Stetit Jesus in medio eorum; et dixit eis: Pax vobis.
Se puso Jesús en medio de ellos, y les dijo: paz á vosotros.

(LUCAS, XXIV, 36.)

Los misterios del Dios Salvador, hermanos míos, como ya hemos observado muchas veces, se ligan, se armonizan y se corresponden entre sí de una manera admirable. Por esta razón, al tiempo de su nacimiento hizo el anunciar la paz á los hombres por medio de los ángeles; la paz prometió dejarlos antes de ir a morir por nosotros, y la paz es también el primer saludo que dirige á los Apóstoles, el primer anuncio que les hace, la primera promesa que les renueva y el primer don que les concede hoy, que por la vez primera se presenta á ellos resucitado de la muerte á la vida: *Stetit Jesus in medio eorum, et dixit eis: Pax vobis.* Porque el Hijo de Dios tomó carne humana, murió y resucitó para volver á los hombres al camino de la paz, que habían abandonado.

Pero Jesucristo no eleva hoy á sus discípulos á la esperanza y al amor con sus promesas, sino después de haberles confirmado en la fe con las pruebas más ciertas de su resurrección. No les da la paz del corazón sino después de haberles dado la paz de la inteligencia. Grande y estupendo milagro, que la gracia del Redentor ha renovado hoy y renueva continuamente en sus verdaderos fieles, cuyas primicias y cuya figura fueron los discípulos, infundiendo la paz en sus entendimientos por medio de la verdad de la fe, antes de poner en paz sus corazones por medio de la unción de su caridad.

Por lo cual, hermanos míos, he creído que debemos hoy considerar esta paz divina en orden al entendimiento; para lo cual trataré de explicar el milagro de la gracia de la verdadera fe, en dar la calma, la quietud y la paz al espíritu humano; á fin de que, penetrados del más vivo reconocimiento por el gran beneficio que hemos reci-

hido; correspondamos al amor con amor, y tenga yo hoy la satisfacción de dejaros unidos á Dios con la paz, no solo del entendimiento, sino también del corazón. *Ave María.*

La muerte de Jesucristo, hermanos míos, semejante á una violenta borrasca, como dice San Pedro Crisólogo, así como había trastornado toda la naturaleza, así también había conmovido y desconcertado el ánimo de los discípulos. Ellos no podían conciliar en su mente tantos milagros obrados por Jesucristo con los oprobios de su pasión, tantos argumentos de su poder con la catástrofe de su muerte, ni tantas pruebas de su divinidad con tantas miserias de su humanidad. Así como una nave, continúa este santo doctor, sorprendida en alta mar por una fiera borrasca y combatida por vientos encontrados, unas veces es elevada sobre las crestas de las irritadas olas, y otras precipitada en los abismos; de la misma manera el ánimo de los discípulos, agitado por contrarios afectos, unas veces se elevaba hasta el cielo y otras descendía hasta la tierra, y no podían ellos arribar al puerto de la paz del espíritu y de la tranquilidad del corazón.

Viendo el Dios escudriñador de los corazones, el amoroso Maestro, esta turbación de sus discípulos, les salió al encuentro, y con aquella misma virtud poderosa con que á una señal disipó en otra ocasión las tormentas y convirtió en tranquilidad la tempestad del mar iritado, volvió la paz á sus entendimientos desconcertados. Así es que resucitado, se presenta en medio de sus apóstoles y discípulos, y les dice: «La paz sea á vosotros, yo soy, no temáis.»

Y notad bien estas palabras: *La paz sea á vosotros*; porque ya había el Señor con su resurrección, anade el citado doctor, restituido la estabilidad á la tierra estremecida, el esplendor al sol eclipsado, el orden á la naturaleza descompagnada, y reorganizado toda la creación, turbada por la muerte del criador. Por consiguiente, al decir: «La paz sea á vosotros», *Pax vobis*, fué lo mismo que si hubiese dicho: «Cuando todo goza ya de nuevo la paz, sólo vuestros ánimos están todavía turbados, porque os halláis combatidos aun entre la infidelidad y la fe. Por lo mismo vengo á pacificaros también á vosotros, después que he pacificado ya todo el universo.»

Considerad la poca fe de los discípulos. Al verlo entrar con las puertas cerradas y presentarse de repente en medio de ellos, lo creen un espíritu: *Existimabant se spiritum videre*; porque sola la substancia espiritual es la que no se detiene por los obstáculos materiales. Reconocen, pues, en Jesucristo, que se les aparece, continúa el Crisó-

logo, un fenómeno natural de su alma humana, y no un prodigio de su divino poder.

Además, Jesucristo les dice: «Yo soy; no temáis; ¿porqué estáis turbados?» *Ego sum; nolite timere. Quid turbati estis?* De lo cual se deduce claramente que el espíritu de los discípulos estaba lleno de temor, de espanto y turbación. Pero, ¿porqué? El mismo Salvador nos lo ha revelado, añadiendo: «Y ¿qué pensamientos son esos que se levantan en vuestro corazón?» *Et cogitationes ascendunt in corda vestra.* Es decir, que los apóstoles no revolvían en su imaginación las revelaciones divinas que Jesucristo les había traído del cielo, sino pensamientos humanos que, salidos de la tierra, habían subido como una mala yerba á apoderarse de sus corazones. Y ¿qué extraño era que sus espíritus estuviesen desconcertados, sus corazones turbados y sus imaginaciones trastornadas?

¡Oh cuadro admirable! ¡Oh pintura fiel del alma humana privada de la luz divina! Ella está agitada, desordenada y en guerra continua consigo misma; porque la inteligencia humana está formada para la verdad infinita, de tal manera, que sólo la verdad de Dios puede satisfacerla; así como el corazón humano está formado para el bien infinito, de tal manera, que sólo la caridad de Dios puede hacerlo feliz. La verdad de Dios, que se percibe en el cielo por la bienaventuranza de la visión, aquí en la tierra no se comunica al alma sino por la revelación de la fe, así como la caridad de Dios se difunde en el corazón por la posesión de la gracia; y así como no tiene paz el corazón que no posee la gracia de Dios, así tampoco tiene paz la inteligencia que se halla privada de la fe divina; así como no tiene paz el corazón que resiste y desprecia la voluntad de Dios ó la ley de Dios, así tampoco tiene paz el entendimiento que resiste y desprecia la ciencia de Dios, que es la enseñanza de su fe; así como todos los bienes criados no pueden satisfacer el corazón, formado para el bien increado, así tampoco todas las ciencias puramente humanas pueden satisfacer el entendimiento, formado para la verdad increada; así como el corazón que carece de la divina gracia está siempre inquieto y turbado, aun en la posesión y el goce de todos los honores, de todas las riquezas y de todos los placeres; de la misma manera el entendimiento que carece de la fe divina, aunque se halle colmado de todos los conocimientos humanos, se halla siempre agitado, siempre incierto y siempre infeliz.

Al fin el amoroso Jesús se compadece de sus extraviados discípulos. El había conservado en su santísimo cuerpo las cicatrices de sus llagas. Y ¿para qué? Para curar, dice San Agustín, con este remedio,

digno de su sabiduría y de su amor, las llagas que sus pobres discípulos tenían en el corazón. Y ¿qué llagas eran éstas? Las llagas de la incredulidad.

¡Mirad con cuánto cuidado, con cuánto amor y caridad ejecuta esta curación importante! ¿Qué teméis? les dice. Yo soy vuestro Jesús, vuestro Padre y Maestro: *Ego sum, nolite timere.* Acercaos á mí, examinad bien los agujeros de mis manos y de mis pies y la herida de mi costado, que los clavos y la lanza me hicieron en la cruz. Ved que soy yo el mismo que ha sido sacrificado por vosotros: *Ostendit eis manus et pedes et latus, et dixit eis: Videte manus meas et pedes meos; quia ego ipse sum.* Pero no os fiéis sólo de la vista; extendid sobre mi las manos; tocadme, palpádmelo bien, y os convenceréis de que yo tengo un verdadero cuerpo humano, de carne y hueso como el vuestro, y que, por consiguiente, no soy un fantasma que no tiene huesos ni carne, sino vuestro mismo Jesús: *Palpate et videte, quia spiritus carnis et ossa non habet, sicut me vidistis habere.*

Pero, no contento con esto, les pide de comer, y come en presencia de ellos, no por necesidad que tuviese de alimento, sino para convencerlos más de la realidad de su cuerpo. Y cuando los ha confirmado en la verdad de su resurrección, abre con su divina luz su entendimiento, y les concede la gracia de comprender el sentido espiritual y misterioso de las Escrituras, y les hace ver que no sólo David en sus salmos, y los demás profetas en sus vaticinios, sino también Moisés en los cinco libros de la ley, y toda la religión antigua en sus ritos y sacrificios, han referido anticipadamente su vida, sus milagros, sus obras, sus misterios y sacramentos; y que todo cuanto él ha hecho, todo cuanto él ha padecido, todo cuanto les ha enseñado, ha sido el cumplimiento exacto de lo que había sido simbolizado en tantas figuras y anunciado en tantas profecías; y, finalmente, que los tormentos y las ignominias de su pasión y muerte, lejos de ser un motivo para hacer dudar de su misión divina, han sido, por el contrario, el sello y la prueba de ella; porque á esta pasión y á esta muerte ha sucedido una resurrección gloriosa; y porque no sería él el verdadero Mesías si no hubiese muerto y resucitado. En seguida, soplando sobre los Apóstoles, les dice: «Recibid el Espíritu Santo, en cuya virtud, cuantas veces perdonaréis ó retuvieréis á los hombres los pecados, los serán perdonados ó retenidos por Dios; y de este modo instituyó el sacramento preciosísimo de la penitencia. Finalmente les manda predicar en su nombre la penitencia y el perdón de los pecados á todas las gentes, comenzando desde Jerusalén. Con estas palabras, después que había revelado ya la verdad de su

cuerpo real, reveló también la unidad de su cuerpo místico, la Iglesia, y anunció que esta Iglesia, nacida en Jerusalén y esparcida por toda la tierra, compuesta de judíos y de gentiles, no sería más que una sola Iglesia.

Mientras que el amoroso Señor ejercía sensiblemente con sus palabras este magisterio divino en los oídos de sus discípulos, su luz y su gracia obraban invisiblemente en sus entendimientos y en sus corazones. Así es que mientras escuchan tan importantes verdades, las creen, las admiten y aman. Por consiguiente, aquellos discípulos que poco antes habían tenido ante sus ojos al Señor sin verlo, y lo habían oído hablar sin conocerlo, ahora, que creen, lo contemplan y lo reconocen por lo que es, el Redentor resucitado en su mismo cuerpo glorioso. Y ved aquí cómo esta fe santa y divina produce su efecto, porque pacifica sus entendimientos turbados, disipando todas las dudas y ahuyentando todo temor; y esta paz de la inteligencia, fruto de la fe, descendiendo a sus corazones y apaciguando sus afectos conmovidos, se espárece en ellos y se convierte en gozo; gozo que brilla en sus ojos, se divisa en sus semblantes, se pinta en sus obras y en sus palabras, y se manifiesta con expresiones de una alegría inmensa: *Gavisí sunt discipuli, viso Domino*.

La doctrina católica no es otra cosa que esta misma doctrina que el Hijo de Dios ha revelado hoy á sus primeros discípulos. Lo que Jesucristo ha hecho hoy con ellos, continúa haciéndolo la Iglesia en su nombre, por su orden y autoridad respecto á todos los fieles, que por lo mismo, escuchando dócilmente á la Iglesia, es como si escuchasen al mismo Jesucristo: *Qui vos audit, me audit*; y ven también con los ojos del entendimiento y de la fe á este Salvador resucitado. Por lo mismo, la enseñanza de la Iglesia produce en el entendimiento y en el corazón de los verdaderos fieles los mismos efectos preciosos que ha producido hoy en el entendimiento y en el corazón de los discípulos la revelación y la enseñanza de Jesucristo; infunde en ellos la tranquilidad y la paz del alma, que después se convierte en sentimiento de gozo interior para el corazón.

En efecto: la paz de Dios es el vehículo misterioso que une, que armoniza todas las cosas y las dispone en el orden que les es natural. Por esta razón se difunde por todas partes, se espárece sobre todas las criaturas, y la armonía y el orden que en ellas produce es lo que constituye principalmente su hermosura y belleza. En cuanto á nosotros los hombres, compuestos como estamos de dos substancias, alma y cuerpo, participamos de esta paz de dos modos: respecto al cuerpo, tenemos en nosotros la tranquilidad y la paz cuando

los elementos que lo componen se hallan en su equilibrio natural, y cuando los miembros del mismo se hallan perfectamente armonizados entre sí por sus formas y proporciones; en el primer caso, esta paz corporal se llama *sana*, y en el segundo *belleza*. Pero con respecto al alma, participamos de esta paz por el cuidado en practicar las virtudes, por las que comunicamos con Dios. Esto significa, en otros términos, que la inteligencia y el corazón del hombre no se hallan en paz sino en cuanto están colocados en su orden natural, y no se hallan colocados en su orden natural sino en cuanto el entendimiento y el corazón están unidos á Dios por las relaciones del conocimiento y del amor de Dios. Dios no se conoce sino por la revelación de la fe, así como no se ama sino por la comunicación de la gracia. Y como la religión católica es la única verdadera y legítima revelación de la fe, por eso ella sola coloca la inteligencia en su orden natural respecto á Dios; y por eso ella sola, según la profecía, hace que se siente el pueblo fiel en el seno de la belleza y en la tranquilidad de la paz: *Secebit populus meus in pulchritudine pacis*.

Por eso la doctrina católica, colocando así el entendimiento humano en su estado natural, lo desarrolla, lo rectifica y lo perfecciona, porque la perfección de las cosas depende también de hallarse colocadas en el estado que les es natural. De aquí nace el juicio recto, el buen sentido, la razón perfecta, que distingue á las naciones católicas de las que no lo son. Considerad, en efecto, las naciones que no son católicas, y hallaréis que, á medida que ellas se alejan de la doctrina católica, son más necias, más extravagantes, más ciegas y más ilusas; tienen una manera de juzgar las cosas más defectuosa y exagerada, un sentido práctico más alterado, anómalo ó incoherente, una lógica más imperfecta, una razón á la que siempre parece que falta algo. Vosotros veréis que entre ellos el hombre, en su modo de pensar, de juzgar y de conducirse, es inferior al dictamen de su razón, á la verdadera norma de la humanidad; en tanto que las naciones católicas, en su misma diversidad de costumbres, de usos, de leyes y de idiomas, presentan al filósofo observador un tipo igual, una forma harmónica de juzgar bien las cosas, una lógica sana, un sentimiento recto, un tacto delicado, común á todos. Por lo mismo el verdadero hombre, el hombre natural, el hombre perfecto, en quien la razón está perfecta, se encuentra, generalmente hablando, en los países católicos, en compañía del cristianismo entero, de la doctrina sana, de la fe verdadera, de la religión perfecta, y la doctrina católica forma también el verdadero hombre al formar el verdadero cristiano.

Pero estos preciosos efectos que la enseñanza católica engendra en el orden natural, no son otra cosa que la consecuencia de los efectos, más importantes aún, que ella produce en el orden sobrenatural. La verdadera fe jamás se halla separada de la gracia, que la produce y que, mientras la fortifica, la eleva, la perfecciona y la hace ser para el entendimiento un origen secreto de paz y de tranquilidad espiritual y divina, á la que el hereje y el protestante son absolutamente extraños, y son ellos una prueba viviente de la verdad de la sentenencia de Isaías: «Que el corazón del impio es semejante á un mar combatido siempre por la tempestad.» Así en verdad, hermanos míos, os confieso, para gloria de Dios y edificación de todos, que conozco todo el valor y la suerte de ser hijo y discípulo de la verdadera Iglesia, siento todo el peso del reconocimiento que debo á Dios por tan gran beneficio, y experimento un sentimiento tan exquisito de consuelo y de gozo espiritual, que no puedo explicarlo.

Estos mismos sentimientos los experimentais vosotros, que tenéis la misma gloria y la misma felicidad de poseer la certeza, la seguridad, la plenitud y la paz de la verdadera fe; los experimenta toda alma católica que cree con una fe humilde, sincera, ferviente y amorosa la palabra de Dios, revelada y enseñada por el magisterio infalible de la Iglesia católica. ¡Oh felicidad del verdadero hijo de la Iglesia, y por lo mismo verdadero discípulo de Jesucristo! Seguro él de poseer la verdad de Dios, no sólo la sostiene con cuidado y la estrecha contra su seno con placer, sino que se abandona á ella, se coloca en ella y reposa en ella con una inmensa confianza, con una tranquilidad perfecta. Apenas se encuentra ya diferencia entre ver y creer, entre poseer y esperar; le parece que tiene ante sus ojos lo que cree con el entendimiento y con el corazón, y de este modo experimenta aquí en la tierra, por medio de la fe, las primicias de aquella inteligencia, de aquel gozo infinito, que será el fruto de la visión de Dios en los cielos: *Gavisí sunt discipuli, viso Domino.*

Pero recordemos que ni aun nosotros mismos los católicos podemos gozar de esta paz deliciosa de la inteligencia, fruto de la verdadera fe, si no tenemos en el corazón la paz de los afectos, que es el fruto de la gracia. El corazón en tumulto por el desorden de las pasiones, no permite que se sienta el gozo del entendimiento, que se halla en calma por la verdad de la fe. Cuando se vive como se cree, cuando la fe está en armonía con las obras, la profesión con la vida y el entendimiento con el corazón, entonces solo es cuando la paz de Dios, que excede á todo deleite mundano, desciende sobre el hombre, posee toda su alma y la hace verdaderamente feliz aun en la

tierra. ¡Oh paz del alma, que el mundo promete siempre, sin poderla dar jamás! ¡Oh paz del alma, que todos la buscamos, y son pocos los que la encuentran! ¡Oh paz del alma, verdadero tesoro, consuelo y delicia de quien la posee! ¡Oh paz del alma, que desciende de las llagas de Jesucristo resucitado, que sólo se encuentra al pie del árbol de la cruz, y que sólo germina en el campo de la verdadera Iglesia! ¡Oh paz del alma, que comienza en la inteligencia por la fe de la palabra divina, y desciende al corazón por la posesión de la divina caridad! ¡Ay! ¡Conservadla cuidadosamente, cristianos, si tenéis la suerte de poseerla, y si os halláis privados de ella, sacrificad voluntariamente el entendimiento y el corazón para adquirirla por medio de la humildad de la fe y santidad de la vida, porque el que procura esta paz celestial y divina en el tiempo, puede con confianza esperar con la gracia del Señor encontrarla después en la eternidad. *Amen.*

SOBRE LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

Christus resurrexit ex mortuis.... Absorpta est mors in victoriam. Ubi est, mors, victoria tua!

Jesucristo ha resucitado de entre los muertos.... La muerte ha sido absorbida por la victoria. ¡Oh muerte! ¿en dónde está tu victoria?

(S. PABLO, I, AD COR. XV, V. 50 Y 54.)

Al comenzar, hermanos míos, los cuarenta días de salud y de penitencia, que la Iglesia renueva periódicamente para nuestra santificación, el sacerdote del Señor derramando sobre nuestras cabezas humilladas el triste simbolo de nuestra mortalidad, nos recuerda la flaqueza de nuestro ser y la nada de nuestro principio, dirigiéndonos estas lúgubres y aterradoras palabras: *pulvis es et in pulverem revertetur.* Mortales: la hoz inexorable de la muerte siega nuestras generaciones, como se corta la yerba de los campos. Su bárbara mano se

Pero estos preciosos efectos que la enseñanza católica engendra en el orden natural, no son otra cosa que la consecuencia de los efectos, más importantes aún, que ella produce en el orden sobrenatural. La verdadera fe jamás se halla separada de la gracia, que la produce y que, mientras la fortifica, la eleva, la perfecciona y la hace ser para el entendimiento un origen secreto de paz y de tranquilidad espiritual y divina, á la que el hereje y el protestante son absolutamente extraños, y son ellos una prueba viviente de la verdad de la sentenencia de Isaías: «Que el corazón del impio es semejante á un mar combatido siempre por la tempestad.» Así en verdad, hermanos míos, os confieso, para gloria de Dios y edificación de todos, que conozco todo el valor y la suerte de ser hijo y discípulo de la verdadera Iglesia, siento todo el peso del reconocimiento que debo á Dios por tan gran beneficio, y experimento un sentimiento tan exquisito de consuelo y de gozo espiritual, que no puedo explicarlo.

Estos mismos sentimientos los experimentais vosotros, que tenéis la misma gloria y la misma felicidad de poseer la certeza, la seguridad, la plenitud y la paz de la verdadera fe; los experimenta toda alma católica que cree con una fe humilde, sincera, ferviente y amorosa la palabra de Dios, revelada y enseñada por el magisterio infalible de la Iglesia católica. ¡Oh felicidad del verdadero hijo de la Iglesia, y por lo mismo verdadero discípulo de Jesucristo! Seguro él de poseer la verdad de Dios, no sólo la sostiene con cuidado y la estrecha contra su seno con placer, sino que se abandona á ella, se coloca en ella y reposa en ella con una inmensa confianza, con una tranquilidad perfecta. Apenas se encuentra ya diferencia entre ver y creer, entre poseer y esperar; le parece que tiene ante sus ojos lo que cree con el entendimiento y con el corazón, y de este modo experimenta aquí en la tierra, por medio de la fe, las primicias de aquella inteligencia, de aquel gozo infinito, que será el fruto de la visión de Dios en los cielos: *Gavisí sunt discipuli, viso Domino.*

Pero recordemos que ni aun nosotros mismos los católicos podemos gozar de esta paz deliciosa de la inteligencia, fruto de la verdadera fe, si no tenemos en el corazón la paz de los afectos, que es el fruto de la gracia. El corazón en tumulto por el desorden de las pasiones, no permite que se sienta el gozo del entendimiento, que se halla en calma por la verdad de la fe. Cuando se vive como se cree, cuando la fe está en armonía con las obras, la profesión con la vida y el entendimiento con el corazón, entonces solo es cuando la paz de Dios, que excede á todo deleite mundano, desciende sobre el hombre, posee toda su alma y la hace verdaderamente feliz aun en la

tierra. ¡Oh paz del alma, que el mundo promete siempre, sin poderla dar jamás! ¡Oh paz del alma, que todos la buscamos, y son pocos los que la encuentran! ¡Oh paz del alma, verdadero tesoro, consuelo y delicia de quien la posee! ¡Oh paz del alma, que desciende de las llagas de Jesucristo resucitado, que sólo se encuentra al pie del árbol de la cruz, y que sólo germina en el campo de la verdadera Iglesia! ¡Oh paz del alma, que comienza en la inteligencia por la fe de la palabra divina, y desciende al corazón por la posesión de la divina caridad! ¡Ay! ¡Conservadla cuidadosamente, cristianos, si tenéis la suerte de poseerla, y si os halláis privados de ella, sacrificad voluntariamente el entendimiento y el corazón para adquirirla por medio de la humildad de la fe y santidad de la vida, porque el que procura esta paz celestial y divina en el tiempo, puede con confianza esperar con la gracia del Señor encontrarla después en la eternidad. *Amen.*

SOBRE LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

Christus resurrexit ex mortuis.... Absorpta est mors in victoria. Ubi est, mors, victoria tua!

Jesucristo ha resucitado de entre los muertos.... La muerte ha sido absorbida por la victoria. ¡Oh muerte! ¿en dónde está tu victoria?

(S. PABLO, I, AD COR. XV, v. 50 y 54.)

Al comenzar, hermanos míos, los cuarenta días de salud y de penitencia, que la Iglesia renueva periódicamente para nuestra santificación, el sacerdote del Señor derramando sobre nuestras cabezas humilladas el triste simbolo de nuestra mortalidad, nos recuerda la flaqueza de nuestro ser y la nada de nuestro principio, dirigiéndonos estas lúgubres y aterradoras palabras: *pulvis es et in pulverem revertetur.* Mortales: la hoz inexorable de la muerte siega nuestras generaciones, como se corta la yerba de los campos. Su bárbara mano se

cebará en vosotros hasta destruíros: pronto os veréis reducidos á frías cenizas, encerrados en un sepulcro. Pero en este día el más dichoso, el más augusto de todos los días consagrados á Dios nuestro Señor, en este día en que la Iglesia, animada por un júbilo y entusiasmo celestial celebra la Resurrección y el triunfo del Restaurador de la inmortalidad, el espíritu de Dios me manda sustituir á las cenizas que habíamos impreso en vuestras frentes, señales de alegría y de gloria; y á las fútiles palabras de polvo y de podredumbre las palabras consoladoras de vida y de eternidad. Vengo, pues, hermanos míos, en este solemne día, á manifestaros cómo la Resurrección de Jesucristo es prenda segura de nuestra resurrección futura, y la que anima nuestra esperanza. *Ave María.*

Entre todos los milagros, hermanos míos, de nuestra religión, ninguno, dice San Agustín, ha sido más impagnado que el milagro de la resurrección de los hombres: porque no hay otro que más los contenga en su obligación, ni que más los sujete á las leyes divinas. Porque si los hombres han de resucitar, luego hay otra vida distinta de ésta y así todas nuestras esperanzas no se acaban con la muerte; luego tenemos un destino bueno ó malo que esperar en la eternidad; luego nos reserva Dios para otras recompensas ó para otras penas distintas de las que vemos; siendo el asunto de nuestra mayor importancia el trabajar aquí para merecer las unas y evitar las otras; luego es necesario dirigir nuestras acciones á este fin, y todo lo demás debe sernos indiferente; y de esta suerte somos reprobables cuando nos turbamos con las miserias de esta vida y nos dejamos arrastrar del lustro de las prosperidades humanas; luego la virtud sola es en este mundo nuestro sólido y nuestro único bien. Todas estas consecuencias se infieren necesariamente del principio de la resurrección de los muertos; por lo que Tertuliano empieza la excelente obra que compuso sobre esta materia con estas elegantes palabras: *Fiducia christianorum, resurrectio mortuorum*. La resurrección de los muertos es la esperanza de los cristianos. Por el contrario, dice San Pablo, si nosotros no hemos de resucitar, y nuestras esperanzas están dadas á la felicidad de este mundo, somos los más miserables de todos los hombres, porque todo cuanto hacemos es inútil. En vano es que nos exponamos á tantos peligros, y en vano que yo haya sostenido en Efeso tantos combates por la fe; ya no hay más conducta, ni más regla que observar; y se puede conceder á los sentidos todo lo que pidan y quieran; la obligación y la piedad son bienes imaginarios, y el interés presente es el único bien que debe gobernarnos. Observad,

cristianos, que de este error: *los hombres no han de resucitar*, sacaba el apóstol todas estas conclusiones por un discurso teológico, cuya eficacia aun en el día hay pocas personas que la comprendan: pero San Juan Crisóstomo le aclaró bien, reflexionando contra quiénes tenía entonces que disputar San Pablo. No era, observa aquel Padre, contra los herejes, que reconociendo la inmortalidad de las almas, no quisiesen reconocer la resurrección de los cuerpos, pues su argumento hubiera sido nulo; combatía, si, á los libertinos y ateístas, que niegan la resurrección de los cuerpos, porque no quieren creer en la inmortalidad de las almas, ni en la vida eterna. Porque aunque estos dos errores tienen entre sí una conexión absolutamente necesaria, no obstante, están juntos inseparablemente en la opinión de los impíos, que procurando borrar de sus espíritus la idea de las cosas eternas para ponerse en posesión de pecar con más libertad, y sin temor del castigo, quieren abolir primeramente la fe de la resurrección de los cuerpos, y por una continuación y progreso propio de la infidelidad, y que es casi inevitable, se ciegan después hasta persuadirse de que las almas no son inmortales. Y ved porqué usa San Pablo de las mismas armas para destruir estas dos impiedades.

Pero, sea lo que fuere, yo digo, cristianos, para conirme precisamente á mi asunto, que en la Resurrección de Jesucristo tenemos una prenda sensible y segura de nuestra resurrección; y la razón es, porque en la Resurrección del Salvador hallamos á un tiempo mismo el principio, el motivo y el modelo de la nuestra. El principio por donde Dios puede resucitarnos, el motivo que obliga á Dios á resucitarnos, y el modelo según el cual quiere Dios resucitarnos; esto pide toda vuestra atención.

Primeramente quiero haceros ver que nosotros tenemos en la Resurrección del Hijo de Dios el principio de la nuestra; y la razón es, porque esta resurrección milagrosa es de parte de Jesucristo el efecto de un poder y virtud soberana y omnipotente. Pues si tuvo poder para resucitarse á sí mismo, ¿porqué no podrá hacer en los demás lo que hizo en su persona? ¿Acaso es menos poderoso en mí, y para mí, que lo es en sí, y para sí? Si tiene siempre la misma virtud, ¿no estará siempre en estado de obrar los mismos milagros?

Con este infinito poder penetrará los abismos del mar, las entrañas de la tierra, lo profundo de las grutas y de las cavernas, y los lugares más incultos y tenebrosos del mundo; recogerá las reliquias de nuestros cuerpos que la muerte había destruido, y juntará todas estas cenizas dispersas, y aun estando entonces todas insensibles, las hará escuchar su voz y las reanimará.

Así lo comprendía San Pablo hablando a los primeros fieles: Jesucristo ha resucitado, hermanos míos, les decía aquel maestro de las naciones, esto se os anuncia y vosotros lo creéis; pero lo que me admira, añadía aquel grande apóstol, es que habiendo resucitado este Dios hombre, aún liaya entre vosotros algunos que se atreven a dudar de la resurrección de los hombres. Pero lo uno es consiguiente a lo otro; y este Dios que ha resucitado reparará las ruinas de la muerte, y restablecerá vuestros cuerpos en su primera forma y en su primer estado: *Qui reformabit corpus humilitatis nostrae*. Pero, aun pregunto: ¿y cómo obrará este milagro? ¿Será solamente por el efecto de su intercesión? ¿Será solamente por la virtud de sus méritos? No será por esto, observa San Juan Crisóstomo, antes el apóstol nos da a entender que esto será por el dominio absoluto que tiene este Hombre-Dios sobre toda la naturaleza: *Secundum operationem qua etiam potest subicere sibi omnia*.

Del mismo modo lo comprendió el patriarca Job, aquel hombre suscitado por Dios tres mil años antes que Jesucristo, para que hablase en términos tan precisos y tan fuertes, y para que vaticinase tan claramente la Resurrección del Salvador y la nuestra. Yo creo, exclamaba para animarse a sí mismo y para sostenerse en sus trabajos, yo creo y sé que mi Redentor está vivo, y que después de los trabajos de esta vida, y después de haber pagado tributo a la muerte, he de resucitar en mi propia carne: *Scio enim quod Redemptor meus vivit*, estas palabras son dignas de atención, *et in novissimo die de terra surrecturus sum*. Ved, pues, el enlace que pone entre estas dos resurrecciones: la de Jesucristo su Redentor y la suya propia. ¿Qué hubiera dicho si viviera en nuestros días, y hubiera sido testigo, como nosotros, de esta resurrección gloriosa del Hijo de Dios, en la que, no solamente hallamos el principio de la nuestra, sino en la que también vemos el motivo de ella?

Porque es natural que los miembros estén unidos a su cabeza; y habiéndose esta resucitado a sí misma, ¿no es consiguiente el que haya de resucitar consigo a sus miembros? Jesucristo es nuestra cabeza, y todos nosotros somos miembros de Jesucristo: con que bien puedo aplicar a este misterio lo que San León decía de la triunfante Ascensión del Salvador a los cielos, que allí donde subió la Cabeza, deben seguirle sus miembros: y así como Jesucristo, según el pensamiento de este gran santo, no solamente volvió a entrar en la morada de su gloria para sí mismo, sino para nosotros, esto es, para abrirnos las puertas de ella, y para llamarnos a ella después de él; por la misma regla, y en el mismo sentido puedo yo muy bien inferir, que por

nosotros rompió las puertas de la muerte, que por nosotros salió del sepulcro, y que por nosotros ha resucitado. Y ciertamente, si quiere, según la cualidad que tiene de cabeza nuestra, que sus miembros obren como él, que padezcan como él, que vivan como él, y que mueran como él, ¿por qué no querrá que resuciten también como él? ¿No es justo que haciéndonos tomar parte en sus trabajos, nos haga tener parte también en su recompensa? Y pues una parte de ella es la gloria de su cuerpo, pues este cuerpo adorable entró con su alma a participar de los méritos, ¿no es por esto mismo equitativo el recompensar en nosotros el cuerpo y el alma juntamente? Esta es la excelente Teología de San Pablo, que está llena de consuelo; y por esto este grande apóstol le llama Primicias de los muertos: *Primicias dormientium*, y el Primogénito de entre los muertos: *Primogenitus ex mortuis*. Las primicias suponen haber más; y para ser primogénito, ó si queréis, para que sea el primero que ha resucitado de entre los muertos, es necesario que éstos deban renacer igualmente al fin de los siglos, y vuelvan a tomar una nueva vida. Verdad es esta tan indisputable en la doctrina de San Pablo, que no tiene dificultad en decir, que si los muertos no habían de resucitar después de la Resurrección de Jesucristo, y en virtud de esta bienaventurada resurrección, se seguiría, que no había sido aquella sino una resurrección imaginaria y supuesta: *Si autem resurrectio mortuorum non est, neque Christus resurrexit*.

Verdad es, amados oyentes míos, que nosotros resucitaremos por Jesucristo, y por el poder de Jesucristo; verdad es que resucitaremos porque Jesucristo ha resucitado; y para poner el complemento a nuestra esperanza, añado, que aun resucitaremos semejantes a Jesucristo, y que su resurrección es el modelo de la nuestra. Pregunta San Agustín: ¿Por qué quiso Dios que la Resurrección de su Hijo fuese tan evidente? ¿Y por qué el Hijo único de Dios puso tanto empeño en dárla a conocer y en publicarla? ¡Ah! responde este santo doctor, esto fué para descubrimos sensiblemente en su persona la vasta extensión de nuestras pretensiones, y para hacernos comprender, viendo lo que es Cristo resucitado, lo que seremos nosotros, y lo que podemos llegar a ser. Yo no tengo que hacer más que representarme lo más hermoso y brillante del triunfo de mi Salvador; no tengo más que contemplar aquella humanidad gloriosa, y aquel cuerpo que, aunque material, está adornado con todas las cualidades de los espíritus, y está resplandeciente y coronado con un resplandor eterno. Este es el dichoso estado a que yo mismo he de ser elevado, y lo que la fe me promete. Esperanza es esta, fundada sobre la palabra

misma de Dios, pues palabra de Dios es la de su apóstol, y éste dice: Cuando Dios vendrá á sacar nuestros cuerpos del polvo y á reanimarlos con su aliento, será para conformarlos con el divino ejemplar que se nos propone en la Resurrección de Jesucristo. Ahora están nuestros cuerpos sujetos á la corrupción y á la podredumbre; ahora son cuerpos frágiles y sujetos á la muerte, y ahora no son más que una carne grosera, vil y despreciable; pero entonces, por una mutación tan pronta como prodigiosa, tendrán, por decirlo así, la misma incorruptibilidad que el cuerpo de Cristo, la misma impassibilidad, la misma inmortalidad, la misma sutileza y la misma claridad: *Configurabimur corpori claritatis sue*. Todo esto, hermanos míos, sucederá; pero ha de ser con una condición, y es que nosotros trabajaremos en la presente vida para santificarlos por medio de la mortificación y penitencia cristiana. Porque si hemos halagado nuestros cuerpos, si hemos idolatrado en ellos, si les hemos concedido cuanto pedía un deseo sensual, y si por este motivo hemos hecho de ellos unos cuerpos de pecado, resucitarán, es verdad, pero ¿cómo? Como objetos de horror, para servir de confusión al alma, y para darla parte en su tormento, después de haber servido y sido cómplice en sus delitos.

¡Ah, cristianos, qué verdades tan grandes! ¡Desgraciado del que no las cree; desgraciado del que las cree y vive como si no las creyera, y dichoso mil veces aquel que, no contento con creerlas, las hace regla de su vida, y saca de ellas poderosos motivos para animar su fervor!

Pero vosotros me diréis: ¿cómo se ha de comprender esta resurrección de los muertos? No se trata aquí, amados oyentes míos, de comprenderla para creerla, sino de creerla aun cuando fuera absolutamente incomprendible. Porque, que la comprendáis ó no, no es esto lo que la hace más ó menos verdadera, más ó menos cierta, ni por consecuencia, más ó menos creíble. No obstante, tengo motivo para admirarme, amados hermanos míos, de que haya quien se glorie de tener una penetración y talento superior, y forme sobre este punto tantas dificultades: como si esta resurrección no fuera evidentemente posible á Dios nuestro Criador, porque, como dice San Agustín, si de la nada ha podido crear nuestros cuerpos, ¿no podrá formarlos segunda vez de su propia materia? ¿Y quién le estorbará que restablezca ó restaure lo que antes era, pues pudo hacer lo que jamás había sido? Como si esta resurrección no fuese fácil á Dios que es todo poderoso, y que nada resiste á su poder sin límites; y como si todas las criaturas no nos diesen un testimonio sensible de esta resurrección. Un grano de trigo muere entre la tierra, esta es la com-

paración de San Pablo, y es necesario, en efecto, que este pequeño grano se pudra y muera; pero, después, ¿no le vemos nosotros renacer? ¿Y no es extraño, que lo que os hace dudar de vuestra resurrección sea lo mismo con que ha querido la Providencia hacérsela más inteligible? Como si esta resurrección no fuera muy conforme á los principios de la naturaleza, que por la inclinación mutua del cuerpo y del alma, y por el estrecho enlace que hay entre uno y otro, pide que eternamente estén unidos. Como si la fe de esta resurrección no fuese una de aquellas nociones más universales y más comunes que se han esparcido por el mundo; aquellos mismos, decía Tertuliano, que niegan la resurrección, la reconocen á pesar suyo en las ceremonias que se ejecutan con los difuntos. El cuidado de adornar y hermosear sus sepulcros, y el de conservar sus cenizas, es un testimonio tanto más divino, cuanto es más natural. No solamente, añadia, se ha creído entre los cristianos y entre los judíos, que los hombres habían de resucitar, sino también se ha creído entre los pueblos más bárbaros y entre los paganos é idólatras; y no ha sido ésta solamente una opinión vulgar, sino el dictamen de los sabios y de los doctos. Como si Dios, en fin, no nos hubiera hecho fácil y posible esta resurrección por otras que se han visto y refieren testigos fidedignos, y que no podemos tener por sospechosos sin desmentir las Divinas Escrituras y las historias más auténticas. ¡Ah! amados oyentes míos; recurramos al origen del mal, y aprendid bien de una vez á conocer á vosotros mismos. Vosotros tenéis dificultad en persuadirlos que hay otra vida, una resurrección y un juicio al fin de los siglos, porque persuadidos de esto sería necesario tener una conducta enteramente nueva, cuyas consecuencias teméis; pero las consecuencias de vuestro libertinaje, ¿son para vosotros menos terribles y menos espantosas? Dios, independientemente de vuestra voluntad, os ha creado sin vosotros, y sabrá muy bien resucitaros sin vosotros, y á pesar vuestro. Dice San Agustín: Vuestra resurrección no depende de vuestra fe; pero la felicidad ó desgracia de vuestra resurrección depende de vuestra fe y de vuestras obras. ¡Qué susto tendréis, y qué desesperación en aquel último día, si habéis de resucitar para oír la sentencia auténtica y solemne de vuestra condenación! Si habéis de resucitar para entrar en las tinieblas del infierno, desde las sombras de la muerte, y si habéis de resucitar para consumir vuestra condenación por la reñición de alma y cuerpo, ¿porqué en un asunto de tanta importancia no habréis querido tomar un partido tan sabio y tan cierto como el de creer y el de vivir bien?

Arabemos, amados oyentes míos. Dichoso aquel que cree y espera

una resurrección gloriosa, y con el ejercicio de todas las obras cristianas y con la santidad de sus costumbres, se pone en estado de merecerla. Esto era lo que animaba á San Pablo, lo que consolaba á la Iglesia cuando estaba en su cuna y perseguida, y lo que en la sucesión de los siglos ha sostenido á tantos mártires, á tantos solitarios y á tantos religiosos. Nosotros, decían, padecemos, mortificamos nuestros cuerpos y nos privamos de los placeres que el mundo nos presenta; pero esto no es en vano, que, pues estamos seguros de que el alma sobrevive al cuerpo, y que en la última consumación de los tiempos el cuerpo ha de volverse á juntar al alma para empezar juntos una vida inmortal; nosotros tenemos motivo para alegrarnos y regocijarnos con el pensamiento de que entonces quedaremos abundantemente pagados con una felicidad absoluta de todo lo que hayamos dejado en el mundo, y de todos los sacrificios que hubiéramos hecho á Dios. Esto debiera inspirar el mismo celo y el mismo fervor á todas las almas piadosas que aquí me escuchan; y aun digo más, esto es lo que debe santificar á todos los cristianos con quienes hablo. Penetrámonos, pues, hermanos míos, de tan saludables verdades, y entonces fácilmente, con la gracia del Señor, domaremos nuestras pasiones y concupiscencias, reduciendo á servidumbre nuestro cuerpo, como dice el Apóstol, y así podremos confiados, esperar que nuestros cuerpos, así como fueron en la tierra instrumento y medio de santificación de nuestra alma, también participarán de su gloria en el cielo después de la resurrección en el último de los tiempos. Así sea.

ASCENSIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Non in manufacta sancta introivit Jesus, exemplaria verorum sed in ipsis cunctum ut appareat nunc vultus Dei pro vobis.

Jesucristo no entró, en el santuario, obra del hombre y simple figura de lo verdadero, sino que entró en el cielo mismo, para presentarse eternamente por nosotros ante la faz de Dios.

(HEBR., IX, v. 24)

Al gran sacerdote de los judíos, hermanos míos, estaba reservado el derecho de entrar, una vez al año, en aquella parte del templo de Jerusalén llamada el *Santo de los Santos*. Aquel santuario, obra de las manos de los hombres, y construido por orden de Salomón, no era más que el símbolo y la representación de las realidades futuras. *In manufacta sancta exemplaria verorum*. Así que, el gran sacerdote no comparecía más que delante del Arca, monumento de la alianza divina, pero en la que Dios no hacía descender su gloria sino excepcionalmente y por un verdadero milagro.

A Jesucristo pertenecía entrar el primero en esa mansión celestial, obra del mismo Dios, morada de gloria y de felicidad sin fin: *In ipsum caelum*. A él, en quien habitaba corporalmente la Divinidad, pertenecía el presentarse sin velos ni símbolos, ante el rostro de Aquél cuya gloria y esplendor expresa y refleja: *Ut appareat nunc vultus Dei*.

La entrada del sumo sacerdote de los judíos en el santuario terrestre no era más que una ceremonia estéril, que no tenía otra utilidad que preparar la revelación de nuestras esperanzas y figurar su cumplimiento. Pero la entrada de Jesucristo en el santuario de los cielos es el complemento de la misión del Redentor, es la toma de posesión de la herencia que había venido á conquistar á la humanidad entera, es la continuación de ese sacrificio ofrecido por nosotros en el tiempo, y que debe perpetuarse en la eternidad.

Es, pues, para nosotros de un interés inmenso el ministerio que

Jesucristo fué á inaugurar en ese día, y para nosotros, en los cielos. Por nosotros, y por nuestra salvación, habia humillado ó abatido su gloria; abatimiento inefable, que en la lengua de la Iglesia no ha podido ser expresado más que con estas palabras: «Descendió de los cielos.» *Descendit de caelis.* También por nosotros, y en nuestro provecho, en este día ha realizado su gloria, y ha opuesto á lo profundo de su abatimiento la sublimidad de su exaltación.

Illuminado por el Espíritu de Dios, el rey David habia conocido perfectamente, más de diez siglos antes del acontecimiento, todo cuanto en él habia de magníficas ventajas y de inefable utilidad para nosotros en el misterio de la Ascensión. He ahí por qué, lleno de entusiasmo profético, exclamaba: «Pueblos y naciones del mundo entero, aplaudid con las manos, entregaos delante de Dios á los transportes del más vivo júbilo y de la más santa satisfacción; entoned himnos de triunfo en honor del que desde el Oriente se eleva sobre los cielos.»

Para justificar, pues, esos transportes de alegría, para despertarlos más y más en los corazones de los verdaderos cristianos, y para depurarlos completamente haciéndolos servir para nuestra santificación, queremos hacer como una reseña histórica de la ascensión del Salvador, y exponer en seguida, según San Pablo, alguna cosa acerca del grande ministerio que Jesucristo llena por nosotros en los cielos. *Ave Maria.*

Habiendo, hermanos míos, terminado la misión que habia venido á cumplir sobre la tierra, Jesucristo quiso darla una conclusión digna de sí mismo y del que le habia enviado. Eligió los testigos de su triunfo, como ya habia elegido los de sus humillaciones. Sólo que aquí son más numerosos; porque si el Salvador no llama más que á las almas escogidas para las más terribles pruebas, tiene para sostener el valor de los débiles la esperanza de la recompensa. Además, como Dios habia decretado fundar sobre el testimonio la prueba auténtica de la religión, quiso que el grande hecho de su Ascensión gloriosa fuese comprobado por testigos irrecusables. En presencia, pues, de todo el colegio apostólico, de su Santísima Madre, de las santas mujeres y de todos los que en seguida se encerraron en el cenáculo, Jesús, dejando impresos sobre la piedra los vestigios de sus pies adorables, comenzó á elevarse hacia los cielos por la sola virtud de su omnipotencia. *Videntibus illis elevatus est.*

¡Oh ascensión!... ¡Oh partida!... ¿Es posible, dice San Cipriano, imaginar nada más magnífico ni más glorioso que esa partida y esa ascensión?

Cuéntase del profeta Elias que fué arrebatado al cielo en un carro de fuego; para darnos á entender, dice San Gregorio, que Elias, aunque profeta de Dios, en el fondo no era más que un hombre, y tenia necesidad de un auxilio exterior para elevarse sobre la tierra. Pero de Jesús se dice que se elevó el mismo para que fuese notorio que siendo Dios y hombre á un mismo tiempo, sólo su virtud divina le bastaba, y que el que crió todas las cosas no tenia necesidad del ministerio ni del auxilio de criatura alguna.

San Lucas nos ha transmitido otra particularidad tocante á la ascensión; y es que nuestro amable Salvador, en el momento de abandonar la tierra, elevando hacia lo alto sus divinas manos, bendijo con tierno afecto á sus Apóstoles, á su Santísima Madre, á las santas mujeres y á todos sus discípulos. No lo dudemos, bendijo en ellos á toda la Iglesia que habia fundado, á toda la humanidad que habia rescatado, y á la que ofrecia la gracia del Evangelio; á toda la tierra que habia santificado con la efusión de su sangre, que habia al menos preparado para la propagación de su religión santa, y en que ciertamente habia debilitado el imperio del demonio. No sólo bendecía ya cuando sus sagrados pies tocaban todavía á la tierra, sino que el autor sagrado añade que el amable Salvador cuando se elevaba, continuaba bendiciendo á derecha y á izquierda, no dejando en su camino más que bendiciones. Así se completaba el carácter de la misión del Salvador, carácter todo de benignidad y ternura, comprobado por el príncipe de los Apóstoles, cuando después de Pentecostés proclamaba en el templo esta verdad consoladora: Dios, resucitando á su Hijo, le ha enviado bendiciéndonos.

¡Cuán misteriosa, cuán fecunda, cuán eficaz es esa bendición!... Se dice en el *Génesis* que Dios, después de haber criado las plantas, los animales y el hombre, bendijo á todas sus criaturas; y he ahí que el Redentor también después de haber hecho en el orden de la gracia una creación nueva, bendice todo lo que ha regenerado. Como á consecuencia de la bendición del Dios Criador, los animales comenzaron á multiplicarse, la raza humana á propagarse, la tierra á adornarse de flores y de frutos; del mismo modo, á consecuencia de esa bendición del Dios Redentor, se vio á los fieles multiplicarse, á la Iglesia extenderse, y al universo adornarse de las flores y frutos de todas las virtudes.

El Profeta-Rey, ese Evangelista por anticipación, nos habla de los cautivos que el Salvador debia asociar á su triunfo. «Os habéis elevado, dice, hacia las alturas del cielo, y os habéis llevado con Vos numerosos cautivos.» Según la tradición de los Apóstoles, los Santos

Padres han visto en esos cautivos el acompañamiento de todos los Santos salidos de este mundo antes de la venida de Jesucristo, de todos los Santos Patriarcas, de todos los Santos Profetas, de todos los justos que aguardaban en el limbo el día de su libertad. Así se realiza la esperanza de todos los siglos; y esa multitud de nobles prisioneros, arrancados para siempre a la envidea de la muerte y del infierno, viene a realizar la gloria del triunfo de la Ascensión, y a dar a todas las generaciones la seguridad de que el cielo se halla abierto, y que no lo está para Jesucristo solo, sino para todos los que creen y esperan en él.

Al mismo tiempo, dice además aquel Profeta, la creación se conmueve, la tierra se estremece de júbilo, todas las esferas se abajan, todos los cielos se entrecienden, toda frente se inclina, toda rodilla se dobla, toda inteligencia se postra a su paso; todos los ángeles aplauden, todos los santos entonan himnos, todos los instrumentos celestiales hacen oír sonidos melodiosos y arrebatadoras armonías; un júbilo universal estalla y publica ese triunfo, toda criatura adora y rinde homenaje al Rey que se eleva para ir a tomar posesión de su trono, al Dios altísimo, al Dios terrible, al Dios grande sobre todos los dioses.

¿Y por qué el Salvador muestra en su ascensión que es el triunfador sobre todos los triunfadores? ¿Un Rey sobre todos los reyes? Escuchad una voz que ha resonado en las bóvedas celestiales: «Espíritus evangélicos, príncipes de los cielos, quitad las barreras eternas, apresuraos a abrir en toda su latitud las puertas de la mansión celestial, de que sois custodios; y dejad entrar al Rey de la gloria.—¿Y cuál es ese Rey de la gloria? contestaron las falanges celestes.—El Rey de la gloria es el Señor fuerte y poderoso, el que acaba de señalar su fuerza y su poder en la lucha contra el vicio y la corrupción. El Rey de la gloria es el Dios de las santas milicias, el Dios de todos los que se hacen ilustres por los trabajos de la virtud.» Así habló la voz celestial. Penetremos, hermanos míos, en el sentido profundo de esos celestes oráculos: los triunfos de la virtud son los que Jesucristo, al entrar en los cielos, quiso reasumir y realizar en sí mismo. He ahí por qué no se contentó con hacer su entrada magnífica y gloriosa, sino que quiso que fuese la gloria y la magnificencia misma brillando y manifestándose de manera que eclipsase toda gloria y toda magnificencia.

Pero al penetrar en esas sublimes profundidades, no olvidemos que hay en ellas secretos cuya sublimidad, inaccesible a la inteligencia del hombre, es necesario respetar; secretos que no es dado a ninguna lengua humana el repetir acá abajo.

Por eso Jesús desapareció a las miradas de sus discípulos, y una inmensa nube resplandeciente de luz le envolvió y le ocultó a su vista. Ya no pudieron seguirle más que con los deseos de su corazón, con sus bendiciones y sus protestas de fidelidad y de amor.

Mas para que nada falte a la gloria del triunfador, escuchad, hermanos míos, lo que dos ángeles fueron a decir a los dichosos espectadores de su triunfo. Habían quedado completamente absortos, en un éxtasis de tristeza, a la par que de júbilo y de admiración. No podían apartar sus ojos del lado del cielo por donde Jesucristo había desaparecido. «Hombres de Galilea, les dijeron los dos mensajeros celestiales, ¿por qué tenéis fija la mirada en el cielo? El mismo Jesucristo que acaba de dejaros para subir a los cielos, volverá un día de la misma manera que le habéis visto elevarse sobre las nubes.

¡Cuán graves son esas palabras!... ¡Cuán terrible es esa profecía!... Los mensajeros del cielo nos lo significan. Cuando Jesucristo vuelva, no será ya con el exterior de la humillación, de la debilidad y del sufrimiento, como en su primer advenimiento, sino desplegando toda su gloria, su poder y su majestad, como en su ascensión a los cielos; volverá tal como subió, no como había bajado, dice San Bernardo. No será como la primera vez para ser juzgado y condenado por los hombres, sino para juzgar a su vez a los que le desconocieron, ofendieron, despreciaron, persiguieron, le mofaron y dieron muerte. Si; vendrá para juzgar el que vino para ser juzgado, dice San Agustín. Es decir, que el que había venido para salvar a los pecadores, volverá para perderlos; el que había venido para expiar el pecado, volverá para castigarle. Y así como el día de su primer advenimiento fué un día de bondad, de misericordia, de perdón, de paz, de esperanza y de alegría, el día de su último advenimiento será un día de justicia, de cólera, de amargura, de desolación y de horror.

Pero no alteremos el santo júbilo de este día con este triste pensamiento; continuemos más bien regocijándonos con San Cipriano, de una cosa tan nueva, tan extraña como el ver a nuestra naturaleza terrestre que en la persona de Jesucristo se ha elevado hoy sobre el regio trono de los cielos.

Los primeros cristianos hacían de este grande prodigio el objeto de sus meditaciones, de sus delicias y de su amor. En efecto; en las Catacumbas de Roma, por ejemplo, y particularmente en las de Santa Inés, en las que se practican excavaciones hace algunos años, en aquellos sitios subterráneos en donde vivían ocultos nuestros antiguos padres, los discípulos de los Apóstoles, los héroes del cristia-

nismo, ¿sabéis la pintura que se encuentra con más frecuencia? Pues es la de Jesús en traje de pastor, que con una oveja sobre los hombros se va al cielo, es decir, justamente el misterio de este día. Ya sabéis que el buen Pastor de que se habla en la parábola, dejando en el desierto las noventa y nueve ovejas, marchó en busca de la centésima que se le había extraviado, y habiéndola encontrado, la colocó gozoso sobre sus hombros, y la volvió al redil: sabéis, digo, que ese buen Pastor es el Verbo Eterno, el Hijo de Dios mismo, que habiendo dejado en los cielos las jerarquías angelicas, vino a la tierra a buscar a la humanidad, esa oveja extraviada por la falta del primer padre, y expuesta a ser la presa de los lobos infernales. No contento con llamar a sí con su predicación, de atraer por su gracia, y de lavar con su sangre a la raza humana en su generalidad, unió a sí, incorporó consigo y tomó sobre sí las primicias de esa humanidad por su encarnación. Jesucristo, pues, que en este día entra en el cielo con alma y cuerpo de nuestra naturaleza, y con esa oveja tomada de nuestro rebaño, Jesucristo, según San Epifanio, es el buen Pastor, que en su persona lleva sobre sus hombros y comienza a introducir en el redil celestial a la humanidad antes extraviada, la ofrece como don y homenaje a su eterno Padre.

¿Cómo, pues, hermanos míos, explicar este delicioso misterio de la humanidad elevada al cielo para reinar en él? Para ello, recurramos a la doctrina del Apóstol de las gentes, que es el que parece ha penetrado más profundamente los misterios de Jesucristo, el que conoció antes sus razones ocultas bajo la corteza de la letra, y el que mejor ha comprendido las relaciones que tienen con los hechos del Antiguo Testamento. En una palabra; San Pablo es el que mejor conoce el cielo, y todas sus magnificencias. ¿Y porqué? Porque queriendo Jesucristo que sus hermanos que quedaron acá abajo conociesen, en cuanto lo permite su condición presente, alguna cosa de su vida gloriosa, y sobre todo que conociesen bien la influencia que desde lo alto de los cielos ejerce sobre su Iglesia, concedió a San Pablo un favor muy superior a su condición mortal. Le elevó por el éxtasis y el raptó hasta el tercer cielo; le reveló directamente su Evangelio en toda su plenitud, en cuanto a la letra y en cuanto al espíritu; le hizo entender los más profundos arcanos de la Divinidad, que no le es permitido a ningún hombre articular acá abajo, y le hizo medir desde aquella altura, desde aquella latitud y desde aquella profundidad, todo lo que podía ser comunicado a las inteligencias por la fe. San Pablo, en todo lo que escribe de Jesucristo, ha hablado de lo que vió con sus propios ojos, de lo que recogió de la boca misma de

Jesucristo. Si queremos adquirir nuevas de nuestro Hermano amadísimo que está en el cielo, si queremos saber lo que hace allí por nosotros, es necesario preguntárselo a San Pablo. El nos instruirá en su admirable epístola que, dirigiéndose directamente a los hebreos, puede ser considerada como dirigida por orden de Jesucristo a la Iglesia entera.

En ella San Pablo nos hace observar que aquella solemne ceremonia de la entrada del gran sacerdote en el Santo de los santos, no era más que una figura sensible del misterio de la Ascensión de Jesucristo. *Que parabola est instantis temporis.*

En efecto, según el testimonio de Josefo, historiador judío, que en cuanto a eso nos ha transmitido el pensamiento de Salomón y de los judíos restauradores del templo, el Santo de los santos, en el que nadie podía entrar, representaba de una manera sensible el cielo que pertenece exclusivamente a Dios, y en el cual estaba prohibida la entrada al hombre caído por causa del pecado.

El gran sacerdote, único que podía entrar en el Santo de los santos, llevando en sus manos la sangre de la víctima inmolada en presencia del pueblo, representaba de manera más evidente a Jesucristo, único verdadero Gran Sacerdote, único digno de entrar en el cielo y de ofrecer allí eternamente a su Padre, en el secreto de los cielos, la víctima que él mismo había sacrificado públicamente sobre el Calvario.

Pero el Santo de los santos, después de entrar allí el gran sacerdote, volvía a quedar cerrado el resto del año, para él y para los demás. Aquella ceremonia, que se repetía cada año, y siempre sin efecto, figuraba muy bien el misterio futuro de la inmolación de Jesucristo, pero no podía darla su complemento: era muy propia para indicar sus circunstancias, pero no podía producir sus efectos, y ese Santo de los santos, inaccesible a todos, decía docuamente que el camino del cielo permanecía cerrado, aun para los escogidos de Dios, en tanto que durase el templo antiguo.

Hoy día han variado las cosas: Jesucristo, nos dice San Pablo, verdadero Pontífice de los bienes futuros, llevando en sus manos, no la sangre de los animales, sino la suya propia, ha entrado en el verdadero Santo de los santos, y ha dejado sus puertas abiertas para siempre, porque concurrió el secreto de la redención eterna. Hoy Jesucristo no entra en un tabernáculo de fábrica humana, sino en el mismo cielo, de que el tabernáculo terrestre no era más que la figura; y ya no sale de él, sino que se queda allí, para permanecer eternamente ante su eterno Padre como intercesor, y para continuar allí

en nuestro favor las funciones de Sacerdote y de Pontífice, según el orden de Melchisedech.

Estas magníficas palabras de San Pablo nos descubren los lazos secretos, las misteriosas armonías del Antiguo y del Nuevo Testamento, las figuras y sus realidades, las profecías y su cumplimiento, la economía de las Sagradas Escrituras y la unidad de la Religión. Esas palabras nos revelan también el ministerio de misericordia, de compasión y de amor, que Jesucristo ha ido a ejercer por nosotros, continuando en ser en el cielo lo que fué para nosotros sobre la tierra, nuestro medianero, nuestro patrono, nuestro abogado, no cesando, no cansándose, ni olvidando jamás el interesarse por nuestra salvación. Así nos lo hace conocer San Pablo con un lenguaje singularmente enérgico cuando parece no señalar a la permanencia de Jesucristo en los cielos otro objeto, otro fin, otra razón de ser que su continua intercesión en nuestro favor, viviendo eternamente para interceder por nosotros: ¡Palabras deliciosas y consoladoras!... ¡Jesucristo en el cielo hace, pues, de esa intercesión su ejercicio único, su exclusiva ocupación, su única delicia!... ¡Y en el seno de la gloria celestial, su vida es siempre lo que fué sobre la tierra, un recuerdo eterno de nosotros, un acto de amor no interrumpido para con nosotros, una incesante solicitud por nosotros!...

He ahí, dice San Ambrosio, porque no quiso borrar las cicatrices de sus llagas, y si llevarlas consigo al cielo, para presentar sin cesar a su Padre el rescate de nuestra libertad. Así, para interesarse a su Padre en nuestro favor, no tiene necesidad de hablar; le basta presentarse; y eso es lo que quiso decir San Pablo con estas palabras: «Ha entrado en el cielo para estar siempre delante del rostro de Dios, é interceder en nuestro favor.» En efecto, las sagradas llagas, de que después de su resurrección quiso conservar, no solo las cicatrices, sino también los agujeros, son la prueba siempre viva del sacrificio sangriento que el Hijo de Dios ofreció por nosotros, del premio infinito que pagó por nosotros, y de los méritos innumerables que nos ha adquirido. Por esas llagas, Jesucristo es verdaderamente ese Górdero siempre vivo y siempre degollado, de que nos habla San Juan en el Apocalipsis. Es decir, que por esas llagas, que siempre fluyen sangre y siempre están radiantes de luz, Jesucristo se halla en los cielos en estado continuo y permanente de sacrificio, en estado de víctima siempre inmolada, y siempre inmolándose por nuestra defensa y nuestra salvación. Así, pues, su actitud, su posición de víctima siempre en presencia y a la vista de Dios, es por sí sola una elocuente plática, una súplica de una eficacia y de un valor infinito en favor nuestro: *Ut appareat nunc vultus Dei pro nobis.*

No sucede con esta inmolación de Jesucristo lo que con la oblación necesaria al gran sacerdote de la antigua ley, para entrar una vez al año en el Santo de los santos. Jesucristo no tiene necesidad de renovar su inmolación por una nueva efusión de sangre, como no necesita venir á inmolarse desde el principio del mundo, ni de repetir esa inmolación en toda la sucesión de los años de los tiempos antiguos. Le bastó el presentarse una sola vez con su *hostia* para destronar y despostrar para siempre el pecado, y para sumergir en la inmensidad de sus expiaciones la inmensidad de la deuda de los pecadores. ¿Así, lo que se hace eternamente en los cielos, no es más que la aplicación de lo que ha sido hecho y consumado en una sola vez?... ¿Tendremos ya una idea suficiente de la eficacia y de la excelencia de los méritos de Jesucristo y de su poderosa mediación?... Escuchad, es necesario penetrar todavía más en ese misterio, y para ello referir lo que se dijo en la Epístola á los hebreos, á lo que el mismo San Pablo dice en la Epístola á los efesios. Allí, aquel grande Doctor de las naciones nos revela que Jesucristo no sólo nos asoció de antemano á la gloria de su resurrección, sino también á toda la gloria, á todas las consecuencias de su ascensión al cielo. Nos ha hecho sentir de antemano con él en lo más alto de los cielos. Somos nosotros mismos; es, no tan sólo nuestro espíritu, sino toda nuestra substancia humana, espíritu y cuerpo, que le plugo colocar á la vista inmediata de su Padre. Esto es una consecuencia del gran misterio de la Encarnación del Verbo, misterio que no expresa una sencilla asimilación, sino una especie de *unificación* de los redimidos y del Redentor. Y contrayéndonos á las consideraciones particulares del misterio de este día, podemos decir que por esa unión de todos nosotros en un solo cuerpo, en una sola persona moral, Jesucristo quiso hacer como imposible una negativa por parte de aquel con quien intercede. Observado bien: todos los hombres, tanto de los antiguos como de los presentes y futuros tiempos, los judíos como los gentiles, los justos como los pecadores, se hallan de ese modo como recapitulados y representados en nuestro Señor Jesucristo. El rayo de la justicia, pronto á herir á los pecadores, queda como en suspenso, y no puede tocarlos sin pasar por la humanidad santa que se sacrificó por todos. Sólo la obstinación de los que perseveran en rechazar ó deshonrar esas magníficas prerrogativas, puede armar de nuevo el brazo de la justicia, y llegando á ser definitiva, hacerla implacable.

¿Cuán mal hacen, y en qué extraño error, en qué triste ignorancia se hallan los que desesperan de las promesas de la misericordia divina!... Justos ó pecadores, ¿porqué han de dar cabida á la tenta-

rión de la desesperación, cuando un Dios tiene cuidado de revelar-nos de ese modo las riquezas de su misericordia, los inagotables tesoros de su caridad?...

¡Ah! hermanos míos, alegrémonos en este día de gloria y exaltación de nuestro divino Salvador; consideremos que si Jesús murió por nuestros delitos y resucitó para nuestra justificación, también subió a los cielos para nuestra propia gloria y triunfo. *Amen.*



ASCENSIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

*Pro nobis praecursor introiit Jesus.
Jesucristo entró en el cielo como nuestro precursor.*

(HEBR. VI, 20.)

El profeta David había dicho, hermanos míos, que el Mesías nos revelaría los caminos ocultos que conducen a la verdadera vida, a esa vida que consiste en ver a Dios cara a cara, a esa vida que eleva el alma hasta la diestra del mismo Dios, a esa vida que inunda el alma de delicias y de felicidad sin fin. Y, en efecto, como el mismo Jesucristo dijo cuando conversaba con los hombres sobre la tierra, él mismo ha sido para nosotros el camino, la verdad y la vida. El camino por sus ejemplos, la verdad por sus doctrinas, la vida por los prodigios de su amor. Con todo, dice San Ambrosio, sólo por el misterio de la Ascensión de Jesucristo al cielo se cumplió la profecía de David en toda su plenitud: por su Ascensión Jesucristo ha abierto en realidad el camino del cielo, en donde se encuentra la verdadera vida; ese camino cerrado e ignorado hacia tantos siglos, y que desde este día comenzó a ser conocido de todos y accesible a todos. Tal es, en efecto, el importante resultado de la ascensión que San Pablo nos invita a meditar, cuando nos presenta a Jesucristo, no como un triunfador que sólo goza de su victoria para sí mismo, sino como un precursor que fué a preparar la entrada del cielo al que quiera seguirle. *Pro nobis praecursor introiit.*

Justamenté ese grande y precioso resultado es el que voy a estudiar con vosotros en el misterio de la Ascensión. Con vosotros examinaré, en primer lugar, cuál es el último término, el objeto supremo de nuestra existencia acá abajo; y en segundo, cuál es el camino que debe conducirnos a ese término deseado. Esos dos puntos se encontrarán resueltos por el desarrollo del misterio de la Ascensión. *Ave María.*

Toda la economía de la Redención, hermanos míos, se encuentra en esta verdad fundamental que nos ha sido revelada por San Pablo, a saber: que la humanidad entera ha sido reunida y representada en Jesucristo. Porque Jesucristo, dice San León, reunía en sí la naturaleza de todos, excepto el pecado, pudo abogar por la causa de todos.

Representados de ese modo, y comprendidos todos en Jesucristo, podemos afirmar con verdad que todos esos misterios nos son comunes. Y así como, nos dice San Agustín, su Resurrección es el fundamento de nuestra esperanza, del mismo modo su Ascensión es nuestra propia gloria y nuestro propio triunfo. Ha entrado hoy en el cielo, no tanto para sí mismo como para nosotros: ha entrado en él como nuestro representante, como nuestro delegado, para tomar posesión de él en nuestro nombre. Nos ha indicado el camino, y nos ha asegurado los medios de llegar a él.

«Observad bien, en efecto, dice ese mismo Padre, que Jesucristo no subió al cielo sino en cuanto era hombre; porque en cuanto Dios, Hijo de Dios y Verbo de Dios, jamás abandonó el cielo, el seno del Padre que le engendró desde toda eternidad.» La Ascensión no tuvo, pues, lugar sino en esa naturaleza humana que tomó por nosotros y en favor de nuestra humanidad, para que, como lo dice él mismo, sus ministros, sus servidores, sus amigos, sus hermanos, estén con él y en el mismo lugar que él. No tendremos, pues, ninguna dificultad en comprender estas palabras de San Juan Crisóstomo: «Hoy, en la persona de Jesucristo, las palabras de nuestra humanidad han subido al cielo.» En el mismo sentido dice San Agustín: «Está en mi ese cuerpo que fué colgado en la cruz, que reposó en el sepulcro, que resucitó al tercer día, que hoy sube al cielo.» Por consiguiente, cuando Jesucristo entra en el cielo, la naturaleza humana, esa humanidad mortal, transportada al centro mismo de la inmortalidad, toma posesión de él en la persona de Jesucristo.

Si Jesucristo no hubiese resucitado, jamás se hubiera podido creer en la resurrección de los hombres. San Pablo lo había comprendido

muy bien cuando decía: «Si Jesucristo no hubiese resucitado, nuestra fe sería vana y sin fundamento.» Del mismo modo si Jesucristo no existiese con su cuerpo viviente en el cielo, jamás habiéramos podido creer que esos cuerpos terrestres, mortales y corruptibles, aun depurados y transformados, fuesen encontrados dignos de ser admitidos en el cielo. Mas ahora sabemos, no sólo por la promesa revelada, sino también por el prodigio cumplido; no sólo por la palabra, sino también por el hecho, á qué atenernos por nuestra propia condición; no tenemos más que fijar la mirada de la fe sobre nuestro Señor Jesucristo. Como su Resurrección ha sido la prenda de la nuestra, del mismo modo su Ascensión es la prenda de nuestra ascensión. Lo que nosotros vemos realizado en el cuerpo de Jesucristo, nos garantiza lo que podemos esperar para el nuestro. Si nuestro propio cuerpo, como el suyo, será recibido en el reino celestial.

Pero, cómo conciliar todo eso con la declaración formal que Jesucristo ha hecho en el Evangelio, diciendo: «Nadie puede subir al cielo, excepto el que ha bajado del cielo, excepto el que, llegando á ser el Hijo del hombre, no ha cesado de residir en el cielo como Hijo de Dios?» «Guardaos, dice San Agustín, de encontrar aquí la menor dificultad; por esas mismas palabras que parecerían prohibirnos la entrada en los cielos, Jesucristo nos llama á ellos y proclama el derecho que tendremos para entrar en ellos, si lo queremos.» En efecto, en este pasaje no habla de sí mismo como individuo de nuestra especie, habla de sí mismo como jefe de la humanidad restituida de la que todos los hombres somos miembros. En virtud de esa unidad, estábamos con él cuando descendió de los cielos, bajándose hasta nosotros; lo mismo que fuimos con él, elevándonos y transportándonos hasta las más sublimes alturas de los cielos.

Así, por su Ascensión al cielo, aunque nosotros hemos permanecido sobre la tierra, no nos hemos separado de él. Somos siempre con el ese grande cuerpo de la Iglesia, de que es el jefe ó la cabeza. Su Ascensión no es la elevación de un individuo que puede permanecer separado de los demás de la misma especie; es la elevación de un gran cuerpo que es la Iglesia, y esa cabeza no puede estar separada de sus miembros. No puede permanecer incompleto; si la cabeza está en el cielo, los miembros deben encontrarse allí también, y deben reunirse con ella. La cabeza no ha precedido á los miembros sino para sostener su esperanza.

Jesucristo, al decirnos que nadie sube al cielo más que él, quiso darnos á entender esta importante verdad: que si deseamos subir al

cielo debemos no tan sólo asemejarnos á él, sino llegar á ser él mismo, es decir, unirnos íntimamente á él, por la fe en sus doctrinas, y por la esperanza en sus promesas, por la caridad, celosa observadora de sus leyes, y por la gracia santificadora que nos incorpora á él, que nos hace llegar á ser una sola cosa con él, y que realiza entre nosotros y él, y entre todos nosotros, la unión de las tres personas divinas entre sí. Nos dijo, en una palabra: «Sed mis miembros si queréis subir al cielo.»

¡He ahí, pues, revelado el grande misterio del fin del hombre, de su porvenir eterno!... El último fin del hombre es su íntima unión con Dios en el cielo por toda la eternidad; unión íntima y perfecta, unión consumada por la asociación de todo nuestro ser, cuerpo y alma, con el cuerpo y el alma del divino mediador!...

Al pensar en la gloria y magnificencia que acompañó á la Ascensión de Jesucristo á los cielos, no puede uno dejar de exclamar con San Bernardo: «¡Dichoso término, feliz conclusión de la peregrinación del Hijo de Dios en la tierra! Consideremos de qué lugar partió el divino triunfador, y veremos en seguida con qué condiciones podemos tener parte en su triunfo, y cual es el camino que debemos seguir para aspirar á reunirnos con él en la mansión celestial.

Jesucristo, al subir á los cielos, partió de la cima del monte de las Olivas: partió junto al huerto de Getsemani; es decir, se elevó hacia los cielos, en el sitio mismo en que se prosternó en tierra; desplegó su majestad de Rey; allí donde había sido maniatado como un esclavo; fué recibido por los ángeles, en donde se vio cercado por viles satélites; apareció en todo su poder de Dios, allí donde había agonizado como el más débil de los hombres, y completó su triunfo en donde había comenzado su pasión.

¿Puede haber algo más instructivo, más elocuente... Por ese medio aprendemos, de la manera más clara é inequívoca, que no se puede seguir por el camino de la gloria, según el pensamiento de San Pablo, sino después de haberle seguido por el camino de los oprobios. Sabemos que no es posible compartir sus consuelos hasta después de haber participado de sus penas y dolores. Sabemos que no se puede subir al cielo sino después de haber salido con él á la cruz. Si sufrimos con él, con él seremos glorificados: si somos asociados á sus padecimientos, lo seremos también á sus consuelos.

Esta grande lección dada por el Hijo, ha tenido completa aplicación en la Madre. Si María se halla tan cerca de él en los cielos, es porque fué la que estuvo más inmediata á él en el Calvario. No ha sido

acclamada y colocada sobre el trono como Reina de los ángeles y de todos los Santos, sino porque fué la Reina de los mártires sobre la tierra. Si ha obtenido la parte más rica en la gloria y en las alegrías de Jesucristo, es porque más que ninguna otra criatura participo de sus ignominias y dolores. Así, dice San Bernardo, la historia de María viene a su vez á elevar la voz y á unirse á la historia de Jesucristo, para repetirnos la grande lección de que es preciso haber seguido á Jesucristo subiendo sobre su cruz, para tener el derecho de seguirle subiendo al paraíso. Mucho tiempo antes de su pasión y muerte, el Salvador y preceptor del mundo había dicho: «El que quiera seguirme, que renuncie á sí mismo; coloque su cruz sobre sus hombros, y marche en pos de mí.»

Para penetrarnos bien de esta enseñanza, no olvidemos que la cruz, entre los antiguos, era, como la horca y los patibulos modernos, el suplicio de los más viles y odiosos criminales. La cruz, hasta entonces, jamás había sido propuesta á los justos como el signo de la verdadera felicidad. Cuando el Hijo de Dios pronunció aquellas sublimes palabras que ninguna lengua humana había jamás escuchado, nadie comprendió un lenguaje tan nuevo como extraño.

¿Qué hizo, pues, el Hijo de Dios? Quiso añadir el acto á las palabras, el ejemplo á la lección. El fué el primero en llevar su cruz, y de ese modo nos mostró á un mismo tiempo la necesidad y la manera de llevar á la vez nuestra cruz.

Pues bien: ese misma lección práctica, la reproduce hoy en el monte de las Olivas. Porque ¿ese monte no fué, en efecto, el primer teatro de su Pasión? ¿No fué en ese monte en donde acepto en su oración la cruz de las manos de su Padre celestial? ¿No fué allí en donde comenzó á llevarla en su corazón, antes de llevarla sobre sus hombros? ¿No fué allí en donde la tierra regada con su sangre atestigüó su martirio, lo mismo que la vía Dolorosa y la cima del Gólgota? Aquí, pues, sin necesidad de palabras, y por solo el hecho más elocuente que ningún otro lenguaje, nos repite aquella importante doctrina é invitación: «El que quiera seguirme, que renuncie á sí mismo, que tome su cruz, la coloque sobre sus hombros, y marche detrás de mí.»

Así son condenados de antemano ciertos sistemas tan absurdos como funestos, que tienden á hacer que cese todo padecimiento sobre la tierra, y niegan con la mayor audacia la necesidad de llevar la cruz.

Y digo absurdos, ya que el mismo Jesucristo dijo: «Tendréis siempre pobres entre vosotros;» y añadió luego: todo hombre tendrá que

sufrir padecimientos y llevar una cruz durante su vida: *Tollit crucem suam*. Pues bien: ¿qué cosa más absurda, por no decir impía é insensata, que el pretender oponerse al cumplimiento de un doble oráculo que salió de los labios del Hijo de Dios? ¿Qué cosa más absurda que el pretender en nombre del Evangelio dar un solemne mentís al Evangelio mismo? No, hermanos míos; no será así: el cielo y la tierra concluirán antes de que quede sin efecto y resulte vana una sola de las palabras del Vuestro encarnado. Ahi está la historia de la humanidad para garantizar nuestras aseveraciones.

Mientras haya hombres sobre la tierra, habrá pasiones, pecado y desorden; y por consecuencia, habrá también miserias, enfermedades, padecimientos físicos y morales, aun sin hablar de los castigos de Dios, que no faltarán.

La cuestión no podría ser, pues, más que de más ó de menos. La pobreza y los padecimientos, ¿encontrarán ó no alivio en los gobiernos y en el desprendimiento de la caridad? Ese es el problema que hay que resolver. Querer buscar otra cosa que paliativos, dulcificantes y la disminución del mal, es lo mismo que rebelarse contra una sentencia que no por eso dejará de tener cumplida ejecución; es querer realizar quimeras y cuanto de más absurdo han producido los delirantes sueños de la imaginación humana.

Debemos añadir que esos sueños no tan sólo son absurdos, sino que son también en extremo funestos. En efecto, la ciencia humana, la política humana, las leyes y las constituciones humanas, impotentes para curar los males que proceden de la voluntad, y más impotentes todavía para curar los que resultan de la naturaleza misma del hombre, no pueden asegurar á todo el mundo el bienestar y la felicidad que son el sueño de todos. En esas utopías se promete, pues, lo que á ningún hombre le es dado realizar: el bienestar y la felicidad. De ese modo se sobreexcitan la ambición y las aspiraciones febriles de la indigencia hacia su felicidad imposible, mientras que se la despoja de los bienes reales que son los que dan la tranquilidad, la resignación, la esperanza cristiana. Se despiertan en las masas horribles instintos, y para satisfacerlos no se las presenta más que el crimen y fantasmas. Así, tratando de realizar el bienestar corporal, se degrada y se embrutece á las almas, se las promete una mentida felicidad sobre la tierra, y se las coloca en la imposibilidad de conseguir la única felicidad verdadera, la del cielo. Se las hace olvidar sus destinos inmortales, y renunciar á la sociedad de los ángeles, para convidarlas á los goces de los brutos.

Los que, impulsados tal vez por un sentimiento generoso, han

emprendido semejante camino, deben tener mucho cuidado con lo que hacen. Han querido presentarse como los amigos de los hombres, librándolos de la cruz, y pueden muy bien llegar á ser sus más crueles enemigos, sus verdaderos verdugos, proporcionándoles irremediables tormentos. Ya lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo; sus esfuerzos tienden nada menos que á luchar contra un decreto divino, irrevocable é inflexible. La cruz es la condición imprescindible de la felicidad que nos espera en el cielo. Ese decreto, impreso ya y grabado en la constitución presente de la humanidad, ha sido sellado en la regeneración misma del hombre, ha sido escrito con la sangre misma de un Dios, y Jesucristo le ha llevado consigo al cielo como para guardarle en los eternos archivos, hasta el día en que el signo augusto de la cruz preceda al Juez Supremo al bajar de los cielos.

Creednos, hermanos nuestros: con grande repugnancia os repetimos estas terribles lecciones tan contrarias á las máximas del mundo, tan duras quizá y tan amargas para la delicadeza de algunas personas. Hombres también, y por vocación é inclinación amigos de los hombres, no quisiéramos, por todos los tesoros del mundo, afligir ni disgustar inútilmente á nuestros amigos, á nuestros hermanos. Quisiéramos, por el contrario, poder decirlos sin engañaros, que no cuesta nada á la naturaleza el llegar á ser discípulos de Jesucristo. Quisiéramos poderlos decir que halagando á la carne, procurando honores, acumulando riquezas, sometiéndose al mundo y á sus preocupaciones no criminales, y caminando por sendas risueñas y sembradas de flores, se puede llegar al reposo y á la felicidad del cielo.

Pero si usase ese lenguaje, en vez de ilustraros os engañaría, en vez de edificaros os escandalizaría, y os mostraría el camino de la perdición en vez del de la bienaventuranza. Daría en este día un mentís sacrilego á mi Maestro, que es también el vuestro, y á mi Señor y Dios, que es también nuestro Dios y Señor. Largo tiempo antes de su muerte había dicho, y me parece haberlo confirmado más y más el día de su Ascensión: «El reino de los cielos es el premio de la violencia, la recompensa de aquellos que para no tener ninguna violencia de lo exterior, comienzan por contrariarse á sí mismos.» El es quien paso por condición esencial para nuestro alistamiento entre sus discípulos, y para nuestra participación en su victoria y en su triunfo, estas tres cosas indispensables: la abnegación de sí mismo, el llevar la cruz, y la imitación de los ejemplos del Redentor. La huella de sus pasos marcada en el antiguo teatro de su agonía, el signo de la cruz con el que da á los discípulos su suprema bendición,

permanecen como sus últimas notificaciones de la irrevocable sententia. Lo único que puedo decir para consolaros es que, marchando en pos de Jesucristo, veréis á la fe perder sus dificultades, á la ley sus repugnancias, á la penitencia sus amarguras, á la piedad sus tristezas, al camino de la salvación sus espinas, y á la muerte sus horrores. Puedo hablaros así con toda seguridad y con toda autoridad, porque Jesucristo mismo es quien ha dicho: «Mi yugo es suave y mi peso ligero.» He ahí porque, á mi parecer, Jesucristo no quiso dejar definitivamente la tierra el día de sus angustias y de su muerte. Desde su resurrección hasta el día de su partida á los cielos, todo fué calma y serenidad en él y en derredor suyo: jamás se apareció á sus discípulos sin desearte y darte la paz. He ahí porque sin el auxilio de criatura alguna, y sin ningún esfuerzo de su humanidad, se elevó hacia los cielos. Hubiera podido elevarse en medio de truenos, relámpagos y tempestades. Pero entonces no nos hubiera dado esa grande enseñanza que nos da la apacibilidad de su triunfo. Porque si los esfuerzos, la lucha, las torturas, son la condición del triunfo, la virtud divina que resplandece en nosotros por las operaciones de la gracia, cuando á Dios place, nos eleva tanto sobre la naturaleza, que las tempestades, los terrores, las persecuciones, las angustias y los dolores pasan como si no lo fuesen, y entonces, impelidos por la gracia divina, nos elevamos hacia un mundo superior, con mucha mayor facilidad que con la que caemos en virtud de nuestra pesadez ó gravedad natural hacia las cosas ó lugares inferiores.

Considerad, pues, hermanos míos, con los ojos de la fe el grandioso y magnífico espectáculo que nos presenta la Iglesia militante viajando por la tierra, siguiendo las huellas del Salvador, antes de llegar á ser, por su libertad, la Iglesia triunfante. A su cabeza se halla Jesucristo, que desde lo alto del Calvario, y señalando su cruz, va repitiendo esta grande lección: «El que quiera seguirme, que renuncie á sí mismo, que coloque sobre sus hombros su cruz, y siga mis pasos.» Inmediatamente después sigue la augusta María, su divina Madre, llevando la cruz de sus dolores materiales, tan pesada como la corona de sus privilegios, de sus méritos y de sus virtudes. Vienen en seguida los Apóstolos con la cruz de su apostolado, los mártires con la cruz de sus tormentos; los doctores con la cruz de sus estudios y de sus luchas contra el error; los confesores con la cruz de sus pruebas y de las persecuciones de toda especie; las vírgenes con la cruz de sus privaciones y mortificaciones, coronada con el lirio de su pureza; los penitentes con la cruz de sus vigiliat, de sus tentaciones, lágrimas y austeridades; y, en fin, la innumerable multitud

de los fieles adoradores del verdadero Dios, todos los justos, todas las almas puras y santas de los dos Testamentos, todos los verdaderos discípulos de Jesucristo, de toda edad, de todo sexo, de toda condición, con las diversas cruces de todos sus heroísmos públicos y secretos, de todas sus penalidades interiores y exteriores, de todas sus privaciones, de todos sus enemigos, de todos sus desamparos. Entre esa inmensa multitud de fieles que marchan en pos del Hombre-Dios, no hay uno solo que, cargado con su cruz, no presente a un mismo tiempo el signo del dolor, marcado sobre su frente, la tristeza del dolor impresso en su rostro, las lágrimas del arrepentimiento en sus ojos, las huellas de la penitencia en su cuerpo, y las llagas de la abnegación en su corazón.

Mas al mismo tiempo observad también ¡Cuán radiante brilla en esa santa catavana el júbilo sincero ¡sin ningún temor!... ¡Cuán intrépida es su marcha, y cuán seguro su paso!... No os asombréis; sus intenciones son puras, y se fijan siempre sobre el objeto único y perceptible para los ojos, perspicaces de su corazón. Sus sentimientos son sublimes: nada contiene ni retarda el vuelo de esas palomas afectuosas, que con ala segura se lanzan hacia Dios. Su vida es perfecta; y no tienen temor de aspirar a cosas demasiado elevadas, ni de tomar por modelo un tipo demasiado perfecto, en la escuela del que ha dicho: «¡Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial!»

No, no, nada debe asombrarnos aquí: la fe es la base de todo el edificio de su virtud; la fe es el primer motor de todos sus movimientos; la fe es la vida de su vida. La confianza, nacida de la fe, los sostiene; el ejemplo de Jesucristo, autor y consumidor de la fe, los alienta; la caridad, transformación de la fe que obra por amor, la caridad los hace superar, devorar, por decirlo así, todos los obstáculos: el espíritu de Dios, espíritu de fuerza a la par que de dulzura, es para ellos una unión que consuela, llama que depura y santidad que adorna.

¡Cuán augusta, cuán amable a los ojos de Dios y de los hombres es esta santa sociedad de los elegidos de Dios, viajeros de la tierra y ciudadanos del cielo!... ¡Oh! ¿quién os proporcionará a vosotros, a mí, a todos nosotros, marcados con el sello de Jesucristo, quien nos proporcionará el ser incorporados a él? ¿No podemos al menos, aun cuando seamos hijos degenerados del Padre común, no podemos al menos deslizarnos en esas gloriosas filas, a favor de la sombra de la cruz, por la tolerancia de esa tierna Madre, que no quiere que perezca ninguno de sus hijos?... ¡A presurémosnos: todavía es tiempo de ser inscritos en esa augusta milicia!... Si no podemos ocupar un lu-

gar entre los inocentes y las vírgenes, podemos y no depende más que de nosotros, ser admitidos entre los penitentes. Nadie está excluido: todo hombre es invitado, llamado al séquito de Jesucristo, con tal que se presente con la cruz sobre los hombros, la abnegación en el corazón y en los labios, y la resolución de marchar por los mismos pasos de Jesucristo, expresada por todos los actos de su vida.

¡Dichosos, hermanos míos, si la muerte nos sorprende en medio de esa santa sociedad, en ese camino en apariencia tan aspero, tan escarpado, tan impracticable, pero en realidad tan tranquilo, tan seguro, tan delicioso!... Ese es, en último resultado, el único camino que conduce al cielo. No dilatemos, pues, el entrar en él, porque cuando hayamos tenido el valor de seguir a Jesucristo en el Calvario, en su cruz, en su dolor, en su humillación, en su muerte, seremos admitidos a participar de su eterna gloria, de su eterna vida: *Si compatimur, ut et conglorificemur*. Así sea.

PENTECOSTÉS Ó VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

*Enviate Spiritum tuum, et creabuntur;
et renovabis faciem terrae.
Envíad nuestro espíritu, y todo será
creado, y renovaréis la faz de la tierra.*

(SAL. 68, 30.)

Hablando de la tierra que la omnipotencia de Dios acababa de sacar de las profundidades de la nada, hermanos míos, el historiador sagrado nos dice que estaba vacía y estéril, y que, rodeada de densas tinieblas, no era más que caos y abismo. También se ha dicho que el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas, como para fecundizarlas. Así, la virtud del espíritu de Dios no debió permanecer extraña ni a la creación de la luz y de los astros, ni a la fecundación de las plantas que revistieron el globo terrestre.

Esas profundas palabras, históricamente verdaderas, eran también

de los fieles adoradores del verdadero Dios, todos los justos, todas las almas puras y santas de los dos Testamentos, todos los verdaderos discípulos de Jesucristo, de toda edad, de todo sexo, de toda condición, con las diversas cruces de todos sus heroísmos públicos y secretos, de todas sus penalidades interiores y exteriores, de todas sus privaciones, de todos sus enemigos, de todos sus desamparos. Entre esa inmensa multitud de fieles que marchan en pos del Hombre-Dios, no hay uno solo que, cargado con su cruz, no presente a un mismo tiempo el signo del dolor, marcado sobre su frente, la tristeza del dolor impresso en su rostro, las lágrimas del arrepentimiento en sus ojos, las huellas de la penitencia en su cuerpo, y las llagas de la abnegación en su corazón.

Mas al mismo tiempo observad también ¡Cuán radiante brilla en esa santa catavana el júbilo sincero ¡sin ningún temor!... ¡Cuán intrépida es su marcha, y cuán seguro su paso!... No os asombréis; sus intenciones son puras, y se fijan siempre sobre el objeto único y perceptible para los ojos perspicaces de su corazón. Sus sentimientos son sublimes: nada contiene ni retarda el vuelo de esas palomas afectuosas, que con ala segura se lanzan hacia Dios. Su vida es perfecta; y no tienen temor de aspirar a cosas demasiado elevadas, ni de tomar por modelo un tipo demasiado perfecto, en la escuela del que ha dicho: «¡Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial!»

No, no, nada debe asombrarnos aquí: la fe es la base de todo el edificio de su virtud; la fe es el primer motor de todos sus movimientos; la fe es la vida de su vida. La confianza, nacida de la fe, los sostiene; el ejemplo de Jesucristo, autor y consumidor de la fe, los alienta; la caridad, transformación de la fe que obra por amor, la caridad los hace superar, devorar, por decirlo así, todos los obstáculos: el espíritu de Dios, espíritu de fuerza a la par que de dulzura, es para ellos una unión que consuela, llama que depura y santidad que adorna.

¡Cuán augusta, cuán amable a los ojos de Dios y de los hombres es esta santa sociedad de los elegidos de Dios, viajeros de la tierra y ciudadanos del cielo!... ¡Oh! ¿quién os proporcionará a vosotros, a mí, a todos nosotros, marcados con el sello de Jesucristo, quien nos proporcionará el ser incorporados a él? ¿No podemos al menos, aun cuando seamos hijos degenerados del Padre común, no podemos al menos deslizarnos en esas gloriosas filas, a favor de la sombra de la cruz, por la tolerancia de esa tierna Madre, que no quiere que perezca ninguno de sus hijos?... ¡A presurémonos: todavía es tiempo de ser inscritos en esa augusta milicia!... Si no podemos ocupar un lu-

gar entre los inocentes y las vírgenes, podemos y no depende más que de nosotros, ser admitidos entre los penitentes. Nadie está excluido: todo hombre es invitado, llamado al séquito de Jesucristo, con tal que se presente con la cruz sobre los hombros, la abnegación en el corazón y en los labios, y la resolución de marchar por los mismos pasos de Jesucristo, expresada por todos los actos de su vida.

¡Dichosos, hermanos míos, si la muerte nos sorprende en medio de esa santa sociedad, en ese camino en apariencia tan aspero, tan escarpado, tan impracticable, pero en realidad tan tranquilo, tan seguro, tan delicioso!... Ese es, en último resultado, el único camino que conduce al cielo. No dilatemos, pues, el entrar en él, porque cuando hayamos tenido el valor de seguir a Jesucristo en el Calvario, en su cruz, en su dolor, en su humillación, en su muerte, seremos admitidos a participar de su eterna gloria, de su eterna vida: *Si compatimur, ut et eam glorificemur*. Así sea.

PENTECOSTÉS Ó VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

*Enviat Spiritum tuum, et creabuntur;
et renovabis faciem terrae.
Enviaid nuestro espíritu, y todo se creará,
y renovaréis la faz de la tierra.*

(SAL. 138, 30.)

Hablando de la tierra que la omnipotencia de Dios acababa de sacar de las profundidades de la nada, hermanos míos, el historiador sagrado nos dice que estaba vacía y estéril, y que, rodeada de densas tinieblas, no era más que caos y abismo. También se ha dicho que el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas, como para fecundizarlas. Así, la virtud del espíritu de Dios no debió permanecer extraña ni a la creación de la luz y de los astros, ni a la fecundación de las plantas que revistieron el globo terrestre.

Esas profundas palabras, históricamente verdaderas, eran también

misteriosamente proféticas; y al mismo tiempo que nos revelan el estado del mundo material, en el origen de las cosas, han predicho y pintado también de antemano el estado del mundo moral en el tiempo de la redención: han sido una espléndida profecía de los efectos de la acción divina en la regeneración de las almas.

Si, en el momento en que el Hijo de Dios subió al cielo, la tierra estaba vacía de verdad, estéril de virtudes: *Terra erat inanis et vacua*. Estaba envuelta en las tinieblas y en las nubes de todos los errores, y cubierta del fango de todos los vicios. El mundo moral, el mundo social, no era más que un verdadero caos, un abismo de desórdenes: todo era en él ignorancia y corrupción: *Et tenebris erant super faciem abyssi*.

Pero el día en que el Hijo de Dios envió su espíritu sobre sus Apóstoles, ese espíritu trajo a las almas la luz de todas las verdades y el fuego sagrado de todas las virtudes. A esa doble maravilla del poder creador hacia alusión el Rey Profeta, cuando decía: «Envíad vuestro espíritu, y todo será creado, y renovaréis la faz de la tierra.» Lo cual era decir en realidad que la venida del Espíritu Santo, cuyo solemne aniversario hoy celebramos, sería como una nueva creación, y cambiaría el estado de los espíritus y de las costumbres en el mundo entero. Ese será también el asunto de este discurso. Al tiempo mismo que vamos a exponer las circunstancias de la venida del Espíritu Santo a la tierra, describiremos los efectos maravillosos que ha operado en las inteligencias y en los corazones: doble ventaja asegurada a toda alma que tiene la dicha de recibirle. La conclusión deberá, pues, ser que si tenemos la felicidad de poseerle, le conservaremos con exquisito cuidado; y que si nos hallamos privados de él, procuraremos obtenerle por medio de la penitencia. *Ave Maria*.

Lo que desde luego debe llamarnos la atención en el grandioso misterio de este día, hermanos míos, es lo que dice el texto sagrado: «De repente se oyó un ruido del cielo, semejante al de un viento impetuoso, que llenó toda la casa en donde estaban.» Aquella casa, como sabéis, era el cenáculo. Allí se encontraban la Santísima Virgen, alma de la Iglesia; Pedro, cabeza de la Iglesia; los Apóstoles, columnas de la Iglesia; y los primeros fieles, primicias de la Iglesia de Jesucristo. Aquella casa era, pues, la Iglesia de Jesucristo, la verdadera Iglesia: luego cuando se dice que el Espíritu vino a llenar aquella casa, el historiador sagrado quiere decirnos que desde hoy el Espíritu Santo ha descendido sobre la Iglesia, está unido a ella ó incorporado con la misma, para no dejarla jamás, para vivificarla, il-

minarla y dirigirla siempre. El Dios Padre, el Criador, colocó los cimientos de esa Iglesia por su poder; el Dios Hijo, el Redentor, ha consolidado sus partes con su sangre; el Dios santificador, el Espíritu Santo, la ha llenado de sí mismo. Así dice San Agustín, lo que el alma es para el cuerpo del hombre, el Espíritu Santo comienza hoy a serlo para la Iglesia, que es el cuerpo de Jesucristo. El alma, llenando el cuerpo todo entero, comunica a cada miembro la energía, y da a cada uno la capacidad de desempeñar su función particular: por medio del alma ven los ojos, oyen los oídos, obran las manos y se mueven los pies. Del mismo modo el Espíritu Santo toma hoy posesión de la Iglesia, para dar a todas las partes que componen ese cuerpo místico el poder de ejercer sus funciones respectivas. En efecto, por el Espíritu Santo los Apóstoles evangelizan, los doctores enseñan, los taumaturgos obran prodigios, los Pastores gobiernan, y los fieles reciben la luz y la gracia para obedecer. Tal es el misterio que nos revela San Pablo cuando nos dice: «Hay en ella una gran variedad y una gran diversidad de gracias, de estados, de condiciones y de funciones; pero en la Iglesia de Dios, siempre es el mismo y único Espíritu el que obra en todo y por todas partes. Tal es esa unidad de principio y de forma, de vida y de acción que constituye la más hermosa prerrogativa y la base fundamental de la Iglesia; unidad que nos garantiza todas sus demás prerrogativas, que nos garantiza su infalibilidad, su santidad y su inmortalidad. Esa hermosa unidad era la que admiraba a San Agustín, cuando exclamaba: «Amad la verdad, contemplad la unidad, adheríos a la caridad, y llegaréis a la eternidad.»

Mas ¿por qué el Espíritu Santo descendió en forma de lenguas de fuego? Efectivamente, leemos en el texto sagrado: «Entonces se les aparecieron como unas lenguas de fuego que se dividieron, y el fuego reposó sobre cada uno de ellos.» San Gregorio el Grande nos dará la respuesta y la interpretación. La lengua, según aquel gran Pontífice, tiene una relación íntima, necesaria, con el pensamiento y el verbo interior de la inteligencia humana, porque por la lengua, nuestra inteligencia se manifiesta en lo exterior, y hace conocer su pensamiento; su razón, su verbo. San Pablo nos ha dicho que el grande misterio de Jesucristo nos ha sido revelado por el Espíritu Santo. Nuestro Señor mismo nos ha dicho: «Cuando venga sobre vosotros ese espíritu de verdad que voy a enviáros, os instruirá de toda verdad, os hará conocer todo lo que me concierne; os pondrá en disposición de comprender y de confesar que yo he venido de Dios.» El Espíritu Santo es, pues, la lengua del Verbo divino. El es el que ex-

presa en lo exterior el pensamiento substancial de Dios, el que revela sus misterios, sus grandezas, porque las conoce de toda eternidad, pues es coeterno y consubstancial con el Verbo. Era, por tanto, conveniente que apareciese en forma de lenguas, porque de ese modo enseñaba, de la manera más sencilla é inteligible, lo que en efecto es y debe ser su operación, ya con relación á la Iglesia, ya con respecto á los miembros de ella.

«Queréis ver, hermanos míos, cómo el Espíritu Santo, lengua divina del Verbo divino, instruyó en este día á los Apóstoles en los misterios del Verbo? Pues venid, escuchad á esos Apóstoles antes tan ignorantes, tan estúpidos, tan groseros y tan dispuestos á tomar en el sentido más material las palabras de su Divino maestro. Escuchad en particular á San Pedro, hablando en presencia de todo el pueblo, de los sacerdotes y de los doctores de la ley. ¡Gran Dios!... ¡Qué transformación tan milagrosa!... ¡Qué sublimidad de pensamientos!... ¡Qué elevación de lenguaje!... ¡Qué conocimiento tan profundo de la Sagrada Escritura y del sentido de las profecías, tocante á la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo!... ¡Qué fuerza de raciocinio, qué majestuosa elocuencia para probar la inocencia y la divinidad de Jesucristo!... Toda la multitud quedó estupefacta, conmovida, hasta el punto de derramar lágrimas, y convencida hasta en el fondo de su corazón. Anonadados, subyugados por aquella elocuencia de un nuevo género, pues que era la elocuencia del Espíritu Santo, humillados, confundidos por haber crucificado al Autor de la vida, mostraron al momento la docilidad de los verdaderos penitentes, y dijeron á San Pedro y á los demás Apóstoles: «¿Qué debemos hacer, hermanos nuestros?...» El perdón no se hizo esperar. Pedro los tranquilizó y los excusó de lo que habían hecho por ignorancia; el arrepentimiento y el bautismo fueron las únicas condiciones que les impuso. Y he ahí que en aquel mismo instante tres mil personas se arrepienten, creen en Jesucristo, reciben públicamente el bautismo, y se hacen cristianos. No os asombréis, dice San León, de esa sabiduría y de esa ciencia que brillaron en los Apóstoles, y que obraron con tanta prontitud y tan eficazmente sobre aquella multitud. El Espíritu Santo, la lengua del Verbo divino, era la que acababa de instruirlos y vivificaba su palabra: en la escuela de Dios, el hombre aprende sin lentitud.

Ese mismo prodigio, para quien sabe observarle, se renueva todos los días. Yo no diré que de la misma manera y con igual facilidad obran los misioneros católicos, esos nuevos apóstoles, sobre los pueblos bárbaros, y los conduzcan al conocimiento y al amor de Jesu-

cristo. Pero os diré: «Mirad lo que pasa en derredor nuestro y á vuestra vista: interrogad á los que se titulan filósofos, que quieren hacer ostentación de sabiduría sin Dios y contra Dios, fuera de la Iglesia y contra la Iglesia. Preguntadles qué es lo que saben, qué es lo que creen acerca de Dios, del alma y de la vida futura. Se verán sumamente embarazados para formular una respuesta. No saben articular mas que palabras altisonantes, frases incoherentes, y sistemas falsos y absurdos que les sirven para encubrir la ignorancia de toda verdad, la falta de toda creencia y de toda convicción. Lo mismo sucederá con los herejes, que han tomado por lo serio los principios de la herejía: compelidos á formular su fe y su símbolo, se hallarán bastante embarazados, y no encontrarán en su entendimiento ni en su lenguaje más que vaguedad é incertidumbre.

Por el contrario, interrogad, no os diré al teólogo católico, sino á un sencillo aldeano, á una mujer, á una niña que sabe el catecismo, y le oiréis exponer con la mas asombrosa facilidad, con la mayor exactitud, las mas sublimes doctrinas acerca de Dios y de sus atributos, acerca de Jesucristo y de sus misterios, acerca de los sacramentos y de su eficacia, acerca del hombre y de su origen, su caída y su destino, y acerca de la vida futura, sus castigos y sus recompensas. Por manera que los filósofos, aun los más profundos, fuera de la Iglesia no hacen más que tartamudear como niños: mientras que los niños de la Iglesia, aun los más inocentes y sencillos, hablan como verdaderos sabios, como filósofos profundos. El profeta lo había predicho: «Dios ha hecho elocuentes las bocas de los niños más pequeños.» No os sorprendáis de eso: cuando vuestras bondadosas madres, cuando vuestros preceptores cristianos y los ministros de la Iglesia os enseñan la doctrina cristiana, es el Espíritu Santo mismo, la lengua del Verbo divino, la que os enseña á Jesucristo y su religión, y con semejante Maestro se aprende pronto y bien lo que se enseña: *Ubi Deus magister est, cito discitur quod docetur.*

Regocijémonos, pues, de encontrarnos en esta Iglesia, con la que ha prometido estar siempre. Adhirámonos para siempre á esta Iglesia, de que ha hecho, como dice San Pablo, la columna y el apoyo indestructible de la verdad.

No hubiera sido suficiente que el Espíritu de Dios, descendiendo sobre la tierra, espaciese en ella la abundante efusión de su luz, por la enseñanza de la verdad. Era preciso, sobre todo, que espaciese en ella los principios y los gérmenes de las virtudes por la abundante efusión de su gracia.

No olvidemos lo que he dicho al comenzar este discurso, que to-

das las criaturas en el orden natural han nacido del Espíritu de Dios, que era llevado sobre las aguas en el origen del mundo. «En efecto, dice San Cipriano, su calor vivificante es el que todo lo anima, todo lo fecunda y lo conduce á su perfección.» No porque el Espíritu Santo sea el alma substancial de todos los cuerpos y de todo el universo, porque ese sería el error del panteísmo, sino porque el Espíritu Santo es el que de su riqueza da á la materia y á todos los cuerpos su propia naturaleza, sus fuerzas y sus propiedades.

Pues bien; lo que el Espíritu Santo habia hecho en el orden de la naturaleza desde el principio del mundo, lo repitió de una manera más magnífica en el orden de la gracia al nacimiento del cristianismo.

La virtud no era menos rara sobre la tierra que la verdad. Todos los pueblos del mundo, á excepción de uno solo, sumergidos en las tinieblas de la idolatría, se arrastraban por el fango de todos los vicios. Los filósofos, con sus sistemas de una moral enteramente humana, no corrigieron ningún vicio, ni lograron el persuadir, ni aun el inculcar una sola virtud. Ann aquellos que colocaban el supremo bien en la honestidad, no tenían valor para dar el ejemplo de ella. Aquella supuesta honestidad y honradez no excluía de la conducta de la vida las acciones más vergonzosas, las más contrarias al orden social. Ni es menos constante y probado que el orden social pagano no presenta más que un conjunto de violencias, de injusticias, de imposturas, de guerras perpetuas, de esclavitud, de torpezas ú obscenidades, de furores políticos, de falsa moral y de falsa religión. En vano buscaríais allí la humildad, principio de toda perfección moral, y la caridad, fundamento de toda prosperidad social. La antigüedad pagana ni siquiera concibió la idea de esas grandes virtudes; puesto que ni aun tomó su nombre en sus labios, y, por otra parte, está bastante probado por los hechos que toda la virtud pagana no fue más que egoísmo y orgullo.

Mas apenas el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles en lenguas de fuego, cuando en seguida veis, al lado de las más importantes y majestuosas verdades, brotar las más sublimes virtudes. En efecto, por lo mismo que el Espíritu Santo se apareció bajo la forma de lenguas luminosas para anunciar que venia á iluminar las almas, quiso también que esas lenguas fuesen una llama abrasadora, para atestiguar que venia á purificar, santificar y fecundar los corazones. He ahí, pues, propagado ese incendio en el que nuestro Señor Jesucristo deseaba tan vivamente ver abrasadas todas las almas.

Fija desde luego vuestra atención en esos Apóstoles, antes tan

groseros, tan débiles y tan tímidos, los veis en seguida transformados en sabios, en filósofos, en héroes intrepidos, enales la antigüedad no conoció jamás. El usurero Mateo llegó á ser un Evangelista, un historiador, que supo dejarse degollar por atestiguar sus narraciones: el incrédulo Tomas fue á llevar el testimonio de su fe á las extremidades del universo. No necesitamos ir enumerándolos á todos uno por uno: Jesucristo los eligió á todos por mártires de su causa. Ved con qué calma aceptan hoy su misión, hoy que ven claramente y sin celajes, su objeto y sus peligros. Mirad sobre todos al primero entre ellos, Pedro, que habia negado tres veces á su divino maestro; Pedro, cuyo valor flaqueaba á la voz de una débil mujer; miradle hoy arrostrar á un mismo tiempo al magistrado romano, la sinagoga, el furor de la multitud y la suspicaz envidia de Herodes. ¿Dedríaís creer que eso fuese el resultado de un entusiasmo apasionado?... ¿Qué interés podia inflamar aquellos corazones antes tan helados? Su tranquila intrepidez basta para demostrar que no hubo ni pudo haber otro móvil que la acción del espíritu divino sobre unos hombres transformados, regenerados, elevados sobre sí mismos. Oídles expresar, sin ostentación ni rídeos, el motivo determinante de aquella actitud tan nueva que tomaban á presencia de todo Jerusalem, y que sabian tomar á presencia del mundo entero: «Considerad, dicen á los poderosos adversarios de Jesús, considerad si es justo, en presencia de Dios, escucharos á vosotros mas bien que á Dios. ¿Podemos dejar de atestiguar lo que hemos visto y oído? Bien pronto los veréis despreciar los calabozos, los tormentos, la flagelación, las hogueras, todo género de suplicio y de muerte cruel; y lo que es humanamente inexplicable, no sólo la calma, sino la alegría inundará su corazón, y se reflejará en sus miradas y en sus discursos. Fueron aprisionados, cargados de cadenas, y no los dejaron hasta después de haberlos azotado atrocemente, como á esclavos y malhechores. «Fellos se retiran llenos de gozo porque delante de Dios habian sido encontrados dignos de sufrir los suplicios y las afrentas por el nombre de su divino Maestro.» Evidentemente sintieron en sí mismos los efectos de esta promesa: «Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que sobrevendrá en vosotros. Seréis penetrados, revestidos de una energía divina, que no puede venir sino de lo alto.» Y fueron transformados en seres nuevos, sobrehumanos, divinizados.

Por la virtud del mismo Espíritu, más tarde, dieciocho millones de mártires de todas edades, de todos sexos, de todas condiciones, jóvenes vírgenes, ancianos, y hasta niños, asombraron, desesperaron y confundieron á los más feroces tiranos, y supieron despreciar

amenazas, promesas, seducciones y suplicios. Por la virtud del mismo Espíritu, no sólo los primeros cristianos, sino también los verdaderos cristianos de todos los tiempos y de todos los lugares, han sabido renunciar el oro por la pobreza, la gloria por la humillación, los deleites carnales por las mortificaciones de toda clase, la venganza por el perdón de las injurias, y el egoísmo é interés personal por la abnegación de la caridad. Sólo el Espíritu Santo ha podido infundir en el corazón del hombre y hacer germinar en él esas virtudes que caracterizan al cristianismo y que son desconocidas fuera de él.

Ahora ya sabéis lo que debéis pensar de esos supuestos filósofos, que quieren establecer el orden por la fuerza, la virtud por la ciencia, y la moral sin Dios. Dejémosles practicar sus ensayos de fundar la sociedad en el derecho con exclusión del deber, en las pasiones con exclusión de la virtud, y en el interés con exclusión de la abnegación y del desprendimiento. Como los filósofos de la antigüedad, y mas vergonzosamente todavía, se disiparon y perderán en la vanidad de sus orgullosos pensamientos. Los mismos filósofos paganos no dejaron de conocer algunas veces la necesidad de la acción divina. Aunque pagano, Cicerón rindió homenaje á la verdad, hoy desconocida: que toda grandeza moral no puede venir más que de la inspiración divina. Bajo el imperio del cristianismo sería ignominioso retrogradar aún más allá del paganismo. Como la abnegación de Jesucristo por el hombre y del hombre por Jesucristo es lo que constituye la santidad de la Iglesia, del mismo modo la abnegación de los padres por sus hijos y de los hijos por los padres, es lo que forma los lazos de la familia: la abnegación del poder por el pueblo y del pueblo por el poder, es lo que conserva la fuerza y la seguridad del Estado; la abnegación de los pueblos para con los demás pueblos, ayudándose y respetándose mutuamente, es lo que forma la verdadera civilización del mundo y la ventura de la humanidad. Pues bien; la abnegación no es más que el sacrificio de sí mismo en obsequio de los otros. No puede haber abnegación sin la inmolación del egoísmo, sin la caridad de Dios; y no puede haber caridad de Dios sin el Espíritu Santo, pues por el Espíritu Santo, la caridad se espere en las almas.

Por esto la Iglesia santa nos invita á meditar hoy en un misterio tan sublime á la par que atractivo, en el misterio del divino Espíritu, que desciende sobre los apóstoles y los primeros fieles para colmarlos de todos sus dones. *Repleti sunt omnes Spiritu Sancto*. He aquí el efecto de la perpetua y divina intercesión que Jesucristo ha ido á ejercer cerca de su Padre celestial. ¡Cuán magnífico, cuán inefable es,

exclama San Agustín, ese primer testimonio de la bondad divina! ¡Cuán tierna es la solicitud del Criador por la restauración de su criatura!

Desciende el divino Espíritu bajo la forma sensible de lenguas de fuego, al percibirse aquel gran ruido, que venia del cielo, semejante al de un viento impetuoso, para significarnos misteriosamente que el Espíritu Santo en la Iglesia es lengua que instruye, fuego divino que ilumina y fecundiza, y aliento ó sople que dirige.

Tales son, hermanos míos; los admirables efectos que produce en las almas al derramar en ellas sus divinos dones. ¡Ah, venid, Espíritu Santo, consumid en nuestros corazones enfermos todo lo que sea opuesto á vuestra santidad y rectitud. Hay en nuestros corazones tortuosidad y rebeldia. Vos solo podéis doblegar, enderezar, enternecer los corazones empedernidos y poner fin á sus extravíos. *Flecte quod est rigidum, fove quod est frigidum, rege quod est devium*.

Venid, Espíritu Santo, morad por medio de vuestros consuelos en aquellas almas, en las que ya moráis por la gracia. Solo vos poseéis este bálsamo divino de paz y de esperanza que sabéis derramar en un corazón marchito. Así la Iglesia os ha llamado el mejor consolador, el huésped más afectuoso, el refrigerio más dulce para el alma desolada. *Consolator optime, dulcis hospes animae, dulce refrigerium*. Derramad, en fin, sobre nosotros vuestros siete dones, sostenednos con vuestra fuerza, durante nuestra vida, para entonar algún día el himno de los justos y gozar de las inefables delicias de la gloria. Así sea.

PENTECOSTÉS Ó VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO



*Repleti sunt omnes Spiritu Sancto.
Todos fueron llenos del Espíritu Santo.*

(HECHOS DE LOS APÓSTOLES, II, 4.)

El misterio de este día representa á nuestro espíritu la admirable visión que nos refiere San Juan en su Apocalipsis. Este amado evangelista nos representa á la celestial Jerusalén como una esposa que desciende del cielo ricamente adornada en compañía de su divino Esposo. El Espíritu Santo abrió las doce puertas que dan entrada á esta ciudad sacramental, á cuya habitación son llamadas todas las naciones del mundo, y con el fuego de su amor purificó el oro de que están sus muros construídos. La multiplicidad de formas, que San Pablo atribuye á la gracia del Espíritu Santo, son las que adornan la Iglesia de una rica variedad de dones y virtudes: las que constituyen el precio y el diferente resplandor de las piedras preciosas que componen sus fundamentos. La luz de este divino Espíritu hace resplandecer día y noche la lámpara del Cordero que ilumina el mundo con sus rayos, y la que forma, como dice San Pedro, la casa espiritual, el templo santo del Señor, que subsistirá hasta el fin de los siglos.

Pero hablemos ya sin figuras. El Espíritu Santo vivificó á toda la Iglesia; y como descendió en otro tiempo sobre los apóstoles, para que fuesen columnas firmes del augustó templo de la Iglesia universal, desciende aún invisiblemente sobre los cristianos, para que sean otros tantos templos particulares, que quiere consagrar con su presencia. De este descenso invisible del Espíritu Santo sobre las almas, pretendo hablaros en este día. La materia es de sumo interés. Mas para entrar en el fondo del misterio con algún orden y la brevedad posible, considero por ahora únicamente dos suertes de cristianos: unos que por su fervoroso amor y caridad atraen sobre sí una más abundante efusión del Espíritu Santo, y otros, que después de haberle perdido por la culpa, le recobran por una verdadera conversión. En dos palabras, el Espíritu Santo aumenta en su descenso la

santidad de los justos que perseveran en su gracia, y el Espíritu Santo obra la conversión de los pecadores que son fieles á los movimientos de su gracia. Dos breves reflexiones que dividen justamente el discurso, dignas de esta cátedra, de vuestra atención y de mis débiles conatos. Pidamos todos la asistencia de este divino Espíritu por la poderosa intercesión de María Santísima. Saludémosla humildes con el ángel. *Ave María.*

Nada más frecuente en las Santas Escrituras que expresiones figuradas, en que los hombres son llamados templos del Espíritu Santo. ¿Qué templo en efecto más santo que un alma en gracia? Como el Espíritu Santo es el principio y origen de la santificación del hombre, la fuente de donde descienden todos los dones y gracias que adornan y perfeccionan el alma, es fácil concebir que la efusión de este divino Espíritu es la que forma el templo espiritual, en que reside la plenitud de la divinidad. En confirmación de esta verdad dijo el príncipe de los apóstoles: *Si fueris injuriado en nombre de Cristo, serás bienaventurado, porque el honor, la gloria y virtud de Dios, como asimismo su divino Espíritu, descansan sobre vosotros.*

Mas aunque este templo espiritual subsista siempre en nosotros, mientras perseveramos en gracia, ¿quién ignora que hay tiempos particulares, en que el Señor se complace en adornar estos templos vivos con una mayor efusión de sus dones? En efecto, como el Espíritu Santo eligió este gran día para descender sobre sus apóstoles de un modo tan brillante y singular, puede decirse que renueva anualmente el misterio de su descenso sobre los justos, y que nosotros celebramos hoy la dedicación de este templo sagrado, que llevamos en nuestro interior; porque así como el templo de Salomón fue consagrado por aquel fuego celestial que los israelitas vieron descender sobre la casa del Señor, así la primera consagración de los templos vivos de los fieles se hizo por el descenso de estas lenguas de fuego sobre la cabeza de los Apóstoles; cuya memoria, acompañada de las gracias de este divino Espíritu, se celebra hoy en la Iglesia con la mayor alegría.

No es, pues, una visita pasajera la que nos hace. Establece, dice San Agustín, una morada fija y un domicilio permanente dentro de nosotros. Ni se contenta, añade este Padre, con derramar sobre nuestras almas el precioso perfume de su gracia: quiebra, por decirlo así, el vaso que contiene este sagrado bálsamo, para que todas las cosas, donde espiritualmente habita, queden santificadas. En esta ocasión, pues, deben florecer las plantas de la casa del Señor; los muros

de Jerusalén deben ser edificadas de piedras preciosas, y las almas justas deben hacer progreso en la virtud. Hoy es cuando la alegría, la caridad y la paz, frutos preciosos del Espíritu Santo, se multiplican; cuando las tres Personas de la adorable Trinidad toman una nueva posesión de nuestras almas; cuando los santos son santificados más; cuando el reino de Dios, que está dentro de nosotros, recibe aumento de fortaleza, de riqueza y gloria.

Esta efusión del Espíritu Santo se obra sobre los justos por un aumento de luces en el entendimiento y una renovación de fervor en la voluntad. *El Espíritu que yo os enviaré*, decía Jesucristo á sus discípulos, *os dará testimonio de mí*. Este Espíritu de luz correrá el velo de vuestros ojos, y os revelará las maravillas de mi ley. Os representará esta Religión apoyada sobre una infinidad de testigos, que son garantes infalibles de la verdad; sobre el testimonio, digo, de millones de mártires que han derramado hasta la última gota de sangre en su defensa; sobre las luces de una infinidad de doctores, que en sus escritos han hecho más brillante la verdad que el sol en medio del día; sobre el ejemplo de una innumerable multitud de vírgenes, confesores y anacoretas, que han vivido entre las mayores austeridades, para merecer las recompensas eternas; sobre estos Libros sagrados, por decirlo de una vez, depósito de la verdad y de las voluntades del Eterno. El Espíritu de verdad que yo os enviaré, dice Jesucristo, os enseñará todas las cosas. En la cruz, tan ignominiosa en apariencia, os hará ver un trono más brillante que el de Salomón en toda su gloria; os representará encadenados los demonios, vencida la muerte, abiertas las puertas del cielo y rotas las cadenas que aprisionaban al pecador.

Vosotros no ignoráis, señores, la mutación maravillosa que este divino Espíritu obró en aquellas almas felices que su providencia había escogido desde la eternidad para columnas de su Iglesia. Hablo de los Apóstoles, tan tímidos, que desde la muerte de su Maestro no osaban presentarse delante de los que le habían crucificado, para reprenderlos por su horrible delicto. Mas apenas descendió sobre ellos el Espíritu Santo, ¡qué intrepidez, qué valor no les infunde! Sabed, dice el príncipe de los Apóstoles á los escribas, fariseos y doctores de la ley, sabed que el Dios de nuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, ha glorificado á su Unigénito. Este mismo Jesús, que vosotros entregasteis en manos de Pilatos, haciéndole firmar la sentencia de muerte, que él mismo rehusaba, por conocer su inocencia; este Jesús, respecto del cual preferisteis á un malvado homicida; este Jesús á quien hicisteis morir vergonzosa-

mente, sin atender á que era verdadero justo y autor de la vida; este es el que Dios ha resucitado, y nosotros somos de ello testigos.

Así habla aquel apóstol que poco antes temblaba á la voz de una criada. ¡Qué maravilla no causa ver hoy á este hombre, apenas ha dejado las redes y la barca, empezar las funciones de su apostolado de un modo tan prodigioso! Elevado en un momento sobre la bajeza de su oficio, sobre la obscuridad de su nacimiento y la grosseza de su lenguaje, enseña los más altos misterios de la religión á los doctores de la ley, á los pontífices de Jerusalén. ¡Qué vergonzosa confusión para los sabios según la carne! ¡Qué diriais vosotros, filósofos arrogantes, si hubierais visto la conversión de tres mil almas en el primer sermón de este apóstol? ¿Cuál sería, señores, vuestra admiración, si transportados en espíritu á Jerusalén, hubieseis visto á estos discípulos, tan tímidos poco antes, encendidos entonces en aquel sagrado fuego que les comunicó el Espíritu Santo, pasar del cenáculo á las calles y plazas públicas, predicar el Evangelio y anunciar en todas lenguas la divinidad de Jesucristo?

¿Y terminó en Jerusalén su ministerio? ¿No pasaron bien presto á todas las extremidades del mundo, para encender por todas partes el fuego que los abrasaba? Los tribunales del universo, los anfiteatros, las cárceles ¿no fueron bien presto santificados por su predicación, por sus cadenas, por su martirio? *In omnia terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terre verba eorum*. San Agustin los contempla como antorchas animadas y estrellas inteligentes, que habiendo recibido las luces de la fe en su mismo origen, salen á llevarlas hasta los climas más remotos y desconocidos. La sabiduría de Dios dispuso que el nacimiento de su Iglesia fuese acompañado de tan grandes prodigios, para que los caracteres de su dedo divino, impresos visiblemente sobre los fundamentos de su religión, permaneciesen indelebles hasta el fin de los siglos. Elige, pues, la debilidad, para abatir la fuerza; trastorna el imperio del demonio con la cruz; postra al dragón infernal con las manos clavadas, y dispone que unos hombres rudos, y aun bárbaros, según la expresión del Crisostomo, destruyan la idolatría, confundan el orgullo de los sabios y prudentes según la carne, y exalten la gloria del Crucificado.

Si, señores, el Dios que se sirvió de un débil pastor para postrar al soberbio Goliath, que insultaba al pueblo de Israel; el que hizo descender de la montaña aquella pequeña piedra que echó por tierra la estatua de Nabuco; el que encerró en los cabellos la invencible fuerza de Sansón; el que al sonido en fin de las trompetas trastornó en un momento los muros de Jericó; este mismo hizo descender en este

dia su divino Espíritu sobre el colegio de los Apóstoles, para que destruyesen el culto del demonio y estableciesen el de Jesucristo. Los milagros, el don de lenguas, y las señales visibles que acompañaron este descenso del Espíritu Santo, fueron, dice San Gregorio, como una lluvia ó rocío fecundo, con que la eterna sabiduría regó este frondoso árbol de la Iglesia, cuyas ramas se extienden desde el Oriente al Occidente, desde el Aquilón al Mediodía. Mas luego que arrojó profundas raíces y las ayes del cielo anidaron entre sus ramas; es decir, cuando los emperadores, los reyes y los mayores sabios abrazaron la fe de Jesucristo, suspendió la Providencia el curso de estas gracias visibles y extraordinarias, contentándose con suscitar de cuando en cuando nuevos Constantinos, Teodosios y Fernandos que celen el honor de la Iglesia, contra la cual jamás prevalecerán las puertas del infierno; porque el Espíritu Santo que la dirige y la sostiene, no sólo desciende sobre ella, aumentando la santidad de los justos, sino también obrando la conversión de los pecadores: segunda reflexión, que pasó á demostrarnos con la posible brevedad.

Todos los justos, hermanos míos, que participan por medio de la gracia de la unión de la divinidad son templos de Dios en su interior. Oid á San Pablo: *Ignoráis, dice á los fieles de Corinto, ignoráis que sois templo de Dios, y que habita en vosotros el Espíritu Santo?* Si tuvierais una fe viva, descubriríais las bellezas de un alma en gracia, y los secretos atractivos que arrebatan el corazón de su celestial esposo. Veríais estas ocultas riquezas de la hija de Sión, que saca de su interior toda su gloria; conoceríais la razón por que el Señor mira como sus delicias habitar entre los hijos de los hombres; y miraríais con el mayor horror el pecado, que es únicamente el que os puede privar de tanta felicidad; y para decirlo de una vez, preferiríais con el Profeta ser los últimos en la casa del Señor á ocupar los primeros sitios en los tabernáculos de los pecadores.

Mas á proporción que un alma justa presenta un tan bello espectáculo á los ojos de la fe, nada hay más odioso que un alma desfigurada por la culpa. Jeremías nos la representa negra como el carbón: *Denigrata est super carbonem*. Extinguido en ella el fuego del amor y de la caridad, nada hay más horrible, nada más tenebroso. Es un templo profanado, arruinado, negro por los humos del fuego infernal de la concupiscencia y del incienso sacrilego que en él se ha quemado al ídolo Dagon.

Traed, os ruego, á la memoria la triste y deplorable descripción que hace el Espíritu Santo de la profanación del templo de Jerusalén en el principio del libro primero de los Macabeos. Despojado el

tabernáculo de sus adornos y cubierto de inundicias; los tesoros y los vasos sagrados abandonados al pillaje; interrumpidos los sacrificios, y un ídolo execrable colocado sobre las alas de los querubines; la sangre de los sacerdotes y de los levitas derramada en lugar de víctima; todo en fin entregado á la avaricia y á la impiedad de Antioco. ¡Qué triste, pero qué natural pintura de un alma manchada por la culpa!

¡Ah! si en el momento que aquí hablo nos mostrara Dios las abominaciones de su pueblo, como en otro tiempo al Profeta Ezequiel, ¡qué multitud de reptiles y animales inmundos, figuras de las pasiones dominantes, no veríamos ocupar en los corazones el lugar que debía habitar solamente el Señor! ¡Qué de esclavos de la fortuna, que vueltos de espaldas al altar, no reconocen más divinidad que la ambición y las riquezas! Veríamos una idolatría abominable derramada sobre la faz de la tierra, y ocupando en el mundo el lugar de Dios.

Tal era, hermanos míos, el universo cuando el Espíritu Santo descendió á purificarlo. Casi todos los hombres eran templos manchados por la culpa: la carne toda, no menos que en tiempo de Noé, había corrompido sus sendas, y Dios la hubiera destruido, si la sangre del inocente Abel, que acababa de morir sobre la cruz, no hubiese clamado misericordia á favor de tanto delincuente. La sangre adorable de Jesucristo había ya arrojado el germen de conversión en el corazón de muchos judíos: los testigos de los prodigios que acompañaron su muerte, cuando se retiraron del Calvario, se daban golpes en el pecho, confesando que era verdadero Hijo de Dios.

Mas estos primeros momentos de compunción no hubieran tenido consecuencia, si el Espíritu Santo, á quien San Agustín llama vicario de Jesucristo, no hubiese acabado su obra. Cuando oyeron pues predicar su divinidad y su resurrección, la gracia del Espíritu Santo hizo nacer prontamente frutos dignos de penitencia de la simiente que la sangre del Salvador había arrojado. *¿Qué haremos, dicen á San Pedro, para expiar nuestra culpa?* Siete mil conversiones fueron el fruto de los dos primeros discursos de este apóstol. El nombre de Jesucristo resucitado resuena por todas partes; los oráculos de su Evangelio son públicamente anunciados en el templo, donde los sacerdotes y pontífices se conjuraron contra su vida. El rebaño primitivo de los cristianos se multiplica diariamente, y el sepulcro de la sinagoga viene á ser bien presto la primera silla de la Iglesia.

No obstante, la virtud de la sangre de Jesucristo no obraba aún sino en Jerusalén, donde había sido derramada. Los Apóstoles, estas

nubes misteriosas que vió Isaías, destinadas á derramar sobre todos los pueblos un rocío divino y saludable, con arreglo á lo dispuesto por su Maestro, trabajaban al principio en congregar las ovejas dispersas de Israel. Mas el Espíritu Santo, como un viento favorable y vehemente, llevará bien presto estas nubes por todo el mundo, para derramar, como dice San Pedro, la lluvia fecunda de la sangre del Salvador: *In asperionem sanguinis Jesu Christi*: bien presto hará que se resuelvan en copiosas aguas, que conducidas por los torrentes de la predicación, inundarán toda la tierra: *Flabit spiritus ejus, et fluent aquæ*: bien presto suscitará, entre otros, un Apóstol de las naciones, que de las mismas piedras hará salir hijos de Abraham y congregará los dispersos de Israel.

¡Que no pueda yo, cristianos, detenerme á tratar con extensión de las operaciones del Espíritu Santo en la conversión de este grande apóstol, obra maravillosa de la gracia y su más fiel obrero! Baste decir, que el Espíritu divino le convirtió en un momento de león en cordero, de perseguidor de la Iglesia en vaso de elección, destinado por la Providencia á llevar el nombre de Jesucristo ante los príncipes y reyes de la tierra. El corrió con pasos de gigante por casi todo el mundo habitado. Esta nube misteriosa y benéfica difundía por todas partes la lluvia de la celestial doctrina del Evangelio, plantaba iglesias, y el Espíritu Santo daba incremento á estas nuevas plantas, que dieron bien presto copiosos y dignos frutos de penitencia.

Así lo testifica el mismo Apóstol; y San Cipriano observa, que el divino Espíritu apareció siempre bajo símbolos análogos á las operaciones de la gracia, en la conversión de los pecadores. Ya apareció sostenido sobre las aguas, porque lava las manchas del pecado con las lágrimas de la contrición; ya en forma de fuego, porque purifica las almas por el ardor de la caridad; ya bajo el símbolo de paloma, para denotar que eleva las almas, apoyadas en las alas de la fe, sobre los sentidos y afecciones terrenas. Esta paloma, dice San Agustín, es la que gime y suspira en las almas penitentes. ¿Cómo en efecto podrian ellas gemir, si la gracia del Espíritu Santo no les comunicase lágrimas que desarmasen la justicia del Padre?

¡Felices palomas las que entraren hoy en el arca con el ramo de oliva, llevando en su pico y en su corazón señales verdaderas de su reconciliación con Dios! ¿Las reconocéis vosotros en vuestra conversión, cristianos? ¿Da vuestro interior pruebas de haber recibido al Espíritu Santo? ¿Oís en el fondo de vuestra alma los gemidos de esta paloma, esto es, los sollozos de vuestro arrepentimiento? ¿Habéis purificado el templo interior de vuestras almas por medio del sacrificio

de un corazón contrito y humillado? ¿Habéis dicho al Señor con los sentimientos penitentes del Profeta: *no me arrojeis de vuestra presencia, ni me privéis de vuestro divino Espíritu!* ¿Habéis repasado con amargura de corazón los años de vuestra vida? ¿Estáis resueltos á abrazar los ejercicios de penitencia? Indispensable es, hermanos míos, que los que han contristado al Espíritu Santo y violado el templo de Dios, como dice el Apóstol, sean rigurosamente castigados.

Si queréis, pues, restablecer el templo de Dios en vuestro interior, es necesario que, á imitación de los israelitas, cuando purificaban el templo de Jerusalén profanado por Antioco, edificáis con una mano y con la otra os defendáis de vuestros enemigos; es decir, que debéis por una parte combatir contra los vicios, y por otra trabajar en el edificio de las virtudes; abandonar las sendas torcidas de la iniquidad y seguir el recto camino de la justificación; desuadaros del hombre viejo criminal, para vestirlos de Jesucristo; abandonar el mundo corrompido, sus pompas, sus vanidades y la soberbia de la vida, para recibir la gracia del Espíritu Santo, que no sólo descendió sobre su colegio, sino diariamente desciende sobre nosotros, con el designio de aumentar la sanidad de los justos, y de obrar la conversión de los pecadores.

Venid, Espíritu consolador, venid sobre nosotros: arrojad un rayo de vuestra luz inaccesible, que disipe las tinieblas de nuestro entendimiento. Enviadnos el fuego ardiente de vuestro amor y caridad, que derrita nuestro corazón cual blanca cera; hacendos arrojar profundos gemidos, que nazcan de un verdadero dolor de nuestras culpas, y lágrimas abundantes que purifiquen nuestras manchas, á fin de que se renueve hoy vuestra gloria en el templo de nuestras almas. *Amén.*

UNIVERSIDAD
 PALOMA DE NUEVO LEÓN
 CENTRAL DE BIBLIOTECAS

SOBRE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

*Ut sint unum sicut et nos.
Para que sean una sola cosa como lo
somos nosotros.*

(SAN JUAN, c. 27, v. 11).

La Iglesia nos llama hoy, hermanos míos, á la celebración del más grande de los misterios de Dios, en el cual estriba todo el edificio de la religión y toda la economía de nuestras creencias; pero, después de habérnoslo propuesto y anunciado, corre sobre él el augusto velo de la fe, y nos manda postrarnos y adorar. No debemos, á pesar de esto, desconsolar nuestra esperanza; no debemos desalentar á nuestra razón; no debemos, sobre todo, desechar lo que no podemos comprender y que, por lo mismo, está destinado á hacer las delicias de nuestra inteligencia en el gran día de la completa manifestación de la verdad. Aunque actualmente sea para nosotros incomprensible el misterio que hoy veneramos, forma, sin embargo, la parte rudimentaria de la educación del cristiano, y constituye, al propio tiempo, el último término de la ciencia infinita. Por esto es la primera cosa que se enseña al niño desde los pechos de las madres y la postrera que se descubre al bienaventurado como glorioso complemento de su dicha inmortal. De suerte que, en el Cristianismo, el misterio de la Trinidad adorable es, para decirlo así, el alfabeto de la sabiduría de la fe; es, además, la fórmula precisa que da solución á todas las dificultades que encontramos en los caminos de la divina ciencia, mientras peregrinamos por este mundo de tinieblas, y es, á la vez, la última intuición, la última luz que se revela á los santos cuando son incorporados y anegados en el sempiterno esplendor de los cielos.

Mas yo no quiero detenerme ahora en este lado especulativo y sublime del misterio. Temo, hermanos míos,—y lo digo francamente,—temo dar con alguno de los dos escollos tan frecuentes en el estudio é investigación de los dogmas cristianos: la ignorancia que no

quiere admitir nada, y la ciencia que todo quiere explicarlo. La razón, sin embargo, nos indica que entre dos escollos extremos debe de encontrarse algún sendero fácil y florido, por el cual podamos enderezar nuestros pasos y contentar nuestra vista con una perspectiva tan dilatada y tan bella como los horizontes de la felicidad.

En efecto, siendo la religión el fondo de nuestro ser y apoyándose la verdad religiosa en el misterio, éste debe adaptarse necesariamente á nuestra naturaleza, pobre hoy, pero destinada á tan grandes iluminaciones en la vida verdadera, y debe de tener una importancia inmensa en los destinos del género humano. No hay ninguna duda, hermanos míos; el misterio es tan inherente á la humanidad en las condiciones de su vida actual, que sin él se desvanecerían todos los encantos de nuestra existencia y hasta la ilusión de todas las pasiones y de todas las virtudes que, si lo consideramos bien, veremos que viven y se nutren de la fe. A pesar de esto, en tratándose de los misterios de la religión, que son los más elevados y de más vital interés para nosotros, no podemos hacer otra cosa que fijar sus nociones para conservar teológicamente su doctrina, y entretenernos, si acaso, en el examen de su parte práctica, á fin de descubrir en ellos la profunda sabiduría de su autor y la acción moral que sobre la humanidad hayan ejercido. El hombre terrestre, como todo ser que se halla aún en estado de educación, tiene más necesidad de la santificación de la voluntad que de la iluminación de la inteligencia. He aquí por qué el objeto directo de la verdadera religión sobre la tierra es purificar el corazón del hombre é irlo preparando de este modo para las superiores lúces que le esperan á su entrada en el reino de Dios.

Por esto todos los misterios tienen para nosotros, además de su parte enigmática y escondida, tres condiciones inefables, que el Creador les ha puesto en la tierra para asegurar la paz de sus criaturas: todos satisfacen nuestros deseos con algún don; todos dirigen nuestras costumbres con algún ejemplo; todos excitan y alimentan nuestras esperanzas con alguna promesa. Además, todos los misterios son ejemplos, ha dicho un padre de la Iglesia, y el cristiano debe imitar todo cuanto cree. En una palabra, los misterios de nuestra religión son como aquella columna que en otros tiempos guiaba por el desierto al pueblo escogido: por un lado noche profunda; por otro torrentes de luz, á fin de que sea racional y meritorio á la vez el obsequio de nuestra fe.

Pero si los misterios cristianos están dotados de condiciones tan importantes, el de la Trinidad, como fundamento y raíz de todos

ellos, abre además un campo inmenso á los estudios de la filosofía y á las investigaciones de la razón, ya se la considere en los admirables atributos de Dios, ya se examinen á la luz de la ciencia histórica sus numerosos vestigios en todas las tradiciones del Oriente, cuna probable de una primera revelación; ya se la estudie en su acción moral sobre la humanidad y sobre el mundo. Detengámonos, hermanos míos, en este último punto, y procuremos descubrir, consumada por la influencia del augusto misterio de la Trinidad, la unidad moral del género humano, es decir, cumplidos los deseos de Jesucristo de que todos nosotros fuéramos una sola cosa, como El y el Espíritu Santo lo son con su Padre celestial. *Ut sint unum sicut et nos.* He aquí la materia de mi discurso. Pidámos los auxilios de la gracia por la intercesión de la Santísima Virgen, saludándola y diciéndola: *Ave María.*

El misterio de la Trinidad que la Iglesia glorifica hoy con un culto especial, es en el Cristianismo lo que los primeros principios en las ciencias exactas, indemostrable en sí mismo, pero fundamento y raíz del dogma de nuestra justificación y por consiguiente, de la verdadera moralización del mundo. Dejando de contemplarlo en su parte aislada y especulativa y considerándolo puesto en acción, lo vemos realizar, por medio de los elementos que lo constituyen, si es permitido hablar así, la suprema santidad, la suprema justicia, el supremo amor y la unidad suprema, por la caridad que nos une á Jesucristo para unirnos á Dios y hacernos así participantes de su naturaleza, que es la unidad por excelencia. Colocado de esta suerte en el plan de la revelación cristiana, este misterio deja de ser una abstracción enigmática y se convierte en una visible operación de la divinidad, que obra elementísima en la regeneración y salvación de los hombres y recibe en su misteriosa naturaleza las adoraciones que en nosotros excita la perenne y espléndida manifestación de su amor.

He aquí por qué el misterio de la Trinidad, que antes había sido considerado por la filosofía incrédula como una superfluidad de la razón humana, como un contrasentido y un absurdo, después que ha sido estudiado desde el punto de vista de los designios morales de Dios sobre el hombre, ofrece ya distinto aspecto y se hace, no sólo accesible á la misma razón, sino que la enamora y la cautiva. Por esto casi todos los esfuerzos que de algún tiempo á esta parte está haciendo la filosofía sintética para constituir la unidad de la ciencia, acaban por reconocer el origen de esta misma ciencia en una concepción trinaría

de la Divinidad. Y no es extraño, hermanos míos, si se atiende á la noción de Dios, tal como se ha reflejado constantemente en la inteligencia humana.

Esta ha reconocido siempre en Dios una cosa radical que, no ofreciendo al espíritu ninguna idea determinada, sólo ha podido concebirla como base de todas las varias propiedades por cuyo medio se muestra á la razón del hombre la idea de Dios. Todas las lenguas del mundo han querido dar nombre á esa cosa primitiva é incomprendible en sí, y en la nuestra se conoce por la palabra *infinito*.

Pero al mismo tiempo que la inteligencia humana declaraba á Dios inexplicable, iba tomando del lenguaje, de las figuras y de las observaciones todos los nombres, hasta los que parece que envuelven ideas más opuestas, para aplicarlos á Dios y componer con ellos su nombre adorable; á la vez uno y múltiple. Esta profusión de nombres, de imágenes y de símbolos, parece oscurecer más bien que aclarar la noción de Dios, si no se procura descubrir el necesario enlace de las ideas que representan; pero cuando este enlace llega á ser conocido; cuando la revelación viene en auxilio de la humanidad para hacerle palpar este enlace, entonces aquella gran noción de Dios se manifiesta y desenvuelve á su vista con sublime y pasmosa claridad.

Si por un momento fijamos nuestra atención en esto, veremos, con efecto, que todos esos nombres y todas esas ideas se hallan divididos en dos clases: los unos expresan los caracteres incommunicables del ser divino, lo que pertenece á Dios solo, lo que no puede comunicarse á las criaturas; los otros denotan, al contrario, lo que de hecho es participado por las criaturas, lo que, en este sentido, es común á Dios y á ellas. La unidad absoluta, por ejemplo, la infinitud, la eternidad, la inmensidad y la inmutabilidad son nombres que indican lo que distingue á Dios de las criaturas. El poder, la inteligencia, la sabiduría, el amor, la bondad, la justicia y misericordia, expresan algo de lo cual participan las criaturas, aunque en un grado finito y limitado. Por esto decimos que el hombre es poderoso, sabio, justo, etc.; calificaciones que se refieren necesariamente á un tipo primordial, á la fuente de todo lo perfecto, al Dios soberano.

Es esto tan cierto, hermanos míos, que si examinamos atentamente la primera clase de los nombres divinos, veremos que las ideas que se expresan con ellos, van al fin á resolverse y confundirse en una idea radical: no son, para decirlo así, más que fases diversas, relativamente á nuestra débil inteligencia, de la idea del infinito ó de la unidad absoluta: la inmensidad es el infinito en sus relaciones

con el espacio; la eternidad el infinito en sus relaciones con el tiempo; la inmutabilidad el infinito como exclusivo de toda variación. Si consideramos la segunda clase de los nombres de Dios para descubrir igualmente en ellos cuáles son las ideas primitivas de las que estos mismos nombres presentan las varias fases, relativamente á nuestra manera de concebir, veremos que todas esas nociones se reducen precisamente á tres: el poder, la inteligencia y el amor.

Ved ahí, hermanos míos, cómo sin pensarlo he venido á exponeros, aunque en hoquejo, una teoría filosófico-teológica de la Trinidad. Por un lado, todo lo que expresa los caracteres incommunicables de Dios, se resume en la idea única, pura y simple del infinito: por otro lado, todo lo que es participable por las criaturas se reasume en las tres nociones primordiales que acabo de indicar: el poder, la inteligencia y el amor. La primera idea se refiere al Dios uno; las tres nociones especiales de esta idea se refieren al Dios trino. Una y otras juntas componen la idea del Dios uno y trino, del Dios verdadero, de la beatísima Trinidad.

Más es; la unidad infinita, bajo esas tres nociones, no sólo constituye la idea de Dios; sino que constituye al propio tiempo el motivo por que Dios es á la vez para el hombre incomprensible é inteligible. Incomprensible, porque siendo incommunicables los caracteres propios de su ser, es, desde este punto de vista, inaccesible á todas las inteligencias criadas; y estas, por lo mismo que existen como criaturas, por lo mismo que son inteligencias limitadas, no pueden comprender lo que constituye el infinito. Para que hubiera igualdad entre la inteligencia de esas criaturas y el objeto infinito, sería necesario que, perdiendo su carácter propio, fuesen transformadas en Dios. Pero al mismo tiempo éste es para ellas inteligible, porque encuentran en sí mismas, aunque en su condición de finitas, las tres grandes propiedades esenciales de la augustísima Trinidad, propiedades que en Dios no son solamente tales, sino que importan y significan personalidades completamente distintas.

Pero he dicho que Dios es inteligible para las criaturas, porque éstas encuentran en sí mismas, en su condición de finitas, las tres condiciones fundamentales de la ciencia divina. ¿Queréis saber cómo? «Si imponemos silencio á nuestros sentidos, dice un gran prelado del siglo xvii, y entramos por un momento en el fondo de nuestra alma, es decir, en ese lugar donde se hacen oír siempre los acentos de la verdad, encontraremos en ella una especie de imagen terrestre de la Trinidad que adoramos. El pensamiento que sentimos nacer como el germen de nuestro espíritu, como el hijo de nuestra inteligencia, nos

da alguna idea del Hijo de Dios, concebido eternamente en la inteligencia del Padre celestial. Por esto el Hijo de Dios es llamado verbo, palabra, para que conozcamos que nace del seno del Padre; no como nacen los cuerpos, sino á la manera que nace en nuestra alma esa palabra interior que en ella sentimos cuando contemplamos la verdad.

Más la fecundidad de vuestro espíritu no se limita á esa palabra interior, á ese hijo intelectual, á esa imagen de la verdad que en nosotros se forma.

Amamos esa palabra interior, y el espíritu de donde procede, y amándolos, sentimos en nosotros algo que nos es tan precioso como nuestro espíritu y nuestro pensamiento; algo que es resultado de uno y otro, que los une, que se une á ellos y que forma con ambos una sola y misma vida.»

He aquí, en cuanto es posible hallar lógica entre la Divinidad y el hombre, de la manera que se produce en Dios el amor eterno que sale del Padre que piensa y del Hijo que es su pensamiento, para hacer con él y con su pensamiento una misma naturaleza igualmente dichosa y perfecta.

Pero insensiblemente me he ido separando del propósito que os había anunciado y me queda ya muy poco espacio para descubrirlos la fecundidad admirable de mi tema. Vuestra ilustración, sin embargo, suplirá lo que faltare á mis brevísimas indicaciones, que procuraré exponer con la posible claridad.

La actividad libre del hombre tiene marcado un fin único, el fin mismo de la creación, que es el perpetuo desarrollo del universo por medio de una participación siempre creciente del ser de Dios. Pero esta actividad se ejerce de dos maneras distintas correspondientes á los dos elementos esenciales de toda criatura. A menos de abandonarnos lastimosamente á las aberraciones del panteísmo, que hace ilusoria la idea de la creación y del universo, no podemos concebir los seres criados ó finitos sino como subsistiendo por la combinación íntima de dos elementos: uno común y otro individual; es decir, como partes del todo y como hallándose dotado cada uno de ellos de una vida propia, individual é incommunicable. Desde el primer punto de vista se hallan unidos los seres entre sí y con el primero de todos ellos, que es Dios, y desde el segundo son distintos unos de otros, hasta el punto de que si el individualismo predominara alguna vez, acabarían por separarse.

La actividad de los seres inteligentes, y del hombre en particular, tiene, pues, simultáneamente por objeto, de una parte el conocimien-

to y observancia de las leyes que atraen los seres á su centro común y eterno, y de otra la expansión de la vida individual, por la que cada uno tiende á efectuar, hasta cierto punto, su evolución propia. De aquí resultan necesariamente dos maneras distintas de actividad; porque en efecto, el acto por el cual el hombre obra con relación al centro común, difiere esencialmente del acto por el cual se constituye á sí mismo en centro particular. El uno es un acto de sacrificio y de obediencia; el otro un acto de satisfacción y de libertad. La religión, por consiguiente, debe de necesidad apoyarse en la distinción de esos dos órdenes fundamentales, de esos dos elementos de nuestra naturaleza; porque si no reconociere el primero no sería religión; y desconociendo el segundo, no sería la religión del hombre, cuya individualidad habría destruido ó tendería á destruir.

¡Cosa admirable, hermanos míos! El misterio de la Trinidad, que parece el más abstracto y el más repugnante á la razón, es sin embargo el cimiento de una religión que nos ha sido revelada como la forma sensible de la verdad que nos ilumina y del amor que nos vivifica; de la verdad que ilumina á todos los espíritus y es el sol de todas las inteligencias, y del amor que es la fuente de la vida y la vida de todos los corazones; de la verdad que ha ilustrado al individualismo humano hasta el punto de modificarlo y casi anularlo, haciéndole cambiar sus propias tendencias, y del amor que ha realizado la unión de los seres finitos entre sí y con el ser soberano; en una palabra, de la verdad que es el Verbo de Dios y del amor que es el Espíritu Santo de Dios; de la verdad y del amor que han renovado la faz de la tierra y que sin destruir los dos elementos esenciales de la humana naturaleza, los han hecho servir de un modo maravilloso y nunca pensado á la glorificación del mundo inteligente por su incorporación directa á la unidad infinita; de la verdad y del amor que han convertido el egoísmo humano, origen de todos los males de esta pobre tierra, en una virtud desconocida antes, llamada caridad, que es para nosotros el germen y la indefectible prenda de todos los bienes del cielo; de la verdad y del amor que, dirigiendo la actividad libre del hombre por las vías de la santidad y de la justicia, han proporcionado á la humanidad, ver consumado en el tiempo el fin único de la creación, el perfecto desenvolvimiento del universo por medio de una participación que no puede ser más cumplida del ser de Dios; de la verdad y del amor en fin que han hecho del hombre un Dios, asociándolo tan íntimamente, por la gracia y por los sacramentos, á su esencia infinita, que él mismo nos llama, no solamente amigos y hermanos, sino miembros suyos, carne de su carne y hueso de sus

huesos, asegurándonos que los que reciban esa verdad y ese amor, poseen ya la vida eterna y que él los resucitará para glorificarlos en el último día.

Ved ahí, hermanos míos, en compendio y en último resultado, la que ha hecho de la humanidad y en el mundo la revelación y la influencia del dogma de la Trinidad. La unidad universal que ha sido siempre el sueño beatífico de las inteligencias privilegiadas y que en los tiempos de la filosofía más pura no pasó de ser un idealismo místico, desvanecido siempre al soplo de la más pequeña contradicción, ha venido á ser en los días venturosos de la nueva ley, el estado normal y la forma precisa del mundo regenerado y de la humanidad iluminada por el Verbo de Dios. Es preciso estudiar este fenómeno; es preciso ir siguiendo, paso á paso, las operaciones de la gracia sobre la naturaleza y los adelantamientos de la naturaleza, conducida por la gracia en los caminos de esa regeneración y de esa unidad, para poder comprender el valor de todo cuanto nos rodea, y la inmensidad de los destinos á que somos llamados como consecuencia necesaria y feliz de las condiciones de nuestro estado actual. Es verdad que el hábito y la influencia de la atmósfera cristiana en que vivimos hacen que ese trabajo no nos sea muy fácil; pero es menester emprenderlo alguna vez en la vida, aunque no sea sino para entender siempre más y más nuestro reconocimiento hacia el que tanto bien nos ha hecho y para que el espectáculo de sus beneficios vaya estrechando cada vez con más fuerza los sagrados é indisolubles vínculos que á él nos ligan, para ligarnos á la par y recíprocamente con todos los seres del universo, con todas las criaturas de Dios.

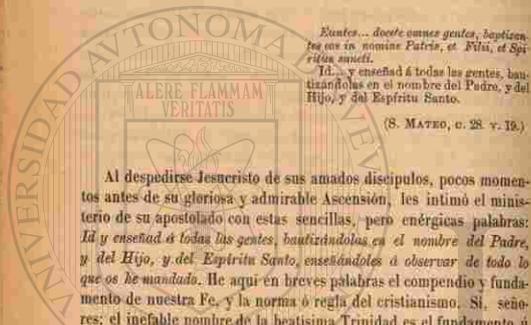
Pero yo no puedo desenvolver ahora estas consideraciones que seguramente inundarían nuestras almas de consuelo y de felicidad. Recordad tan sólo lo que era el mundo antes de la revelación de este misterio, y comparadlo luego con lo que ha sido incesantemente después. Contemplad á esa Roma, escogida para ser la infatigable obra de la unidad del mundo; ¿qué resultado dan sus colosales esfuerzos, reproducidos siempre con idéntica perseverancia, por tantas generaciones? Los pueblos se van mezclando en su seno, es verdad; mas á medida que se extiende su dominación y se propaga su influjo político, se van relajando los vínculos morales, y llega un día en que el egoísmo es el rey de los asociados, en que el individualismo amenaza á la sociedad con los horrores de una disolución monstruosa, en que su Dios es el oro y el placer, su ciencia la duda, su gloria el exterminio ó la esclavitud de los vencidos, y su religión la más superstitiosa, corrompida y abominable idolatría.

¡Ah! si yo pudiera levantar de aquí el velo que envuelve ese abismo de todas las miserias del hombre degenerado! ¡Verías salir de él prodigios de ignominia que ruborizarían vuestro santo pudor cristiano! No parece sino que el Altísimo había querido permitir aquel horrible desenfreno de todos los vicios y de todas las maldades, para hacer sentir mejor á la tierra la necesidad del remedio que quería enviarte. Efectivamente, en medio de la más general descomposición que la humanidad haya presentado jamás, vino el Verbo al mundo á rehabilitar lo que estaba perdido, fué engendrado en la tierra y llovido del cielo, según la expresión profética, empezando de este modo la obra que venia á consumar: la transfiguración de la naturaleza humana, en la persona del Cristo, á la naturaleza inefable de Dios. Desde aquel momento empezó la humanidad á progresar tan rápidamente hacia la noción de la verdad pura, que al poco tiempo se despojó de sus antiguas creencias como de un ropaje gastado, y abrazó creencias nuevas que á la vez que satisfacían más noblemente al individualismo, aseguraban de una manera gloriosa para todos la suspirada unidad. Es esto tan cierto, hermanos míos, que algunos años después, cuando San Juan publicó su Evangelio y dió á conocer á la sabiduría del mundo la sublime procedencia de aquel Verbo de Dios, toda humana ciencia tornó hacia él su vista asombrada, y hasta la filosofía nacional que creyó ver en él al Logos de Platón y al Espíritu puro de los alejandrinos, se quedó extática de admiración, se hizo cristiana y convirtiéndose á sus discípulos más distinguidos en padres de la Iglesia naciente, empezó á trabajar en la grande obra de la unidad moral del mundo, por la que tanto había suspirado aquel Verbo que se hizo carne para habitar con nosotros y para iluminar á todos los hombres al venir á este mismo mundo, al cual acababa de mostrarse como unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Y los resultados correspondieron admirablemente á tan magnífica empresa, porque lo que había empezado el Verbo, lo consumó el Espíritu; porque en adelante el amor puro fué el pasto de todos los corazones, como la verdad pura era ya el alimento de todas las inteligencias; porque así como la Verdad, sacrificándose por todos, había comprado con el precio de la sangre el derecho de exigir del individualismo humano algo de su libertad y de su expansión propia, el amor había santificado la unidad del todo, derramando sobre el mundo el torrente inagotable de sus gracias y atractivos, y envolviendo á la tierra como un torbellino, según la bellissima expresión de los libros santos, en la embriaguez de sus castas y divinas delicias. Ya no se conocieron desde entonces judíos ni gentiles, griegos ni bárbaros,

romanos ni escitas, ni ninguna de aquellas otras funestas denominaciones que tantas lágrimas hubieron de costar á la pobre humanidad: el Espíritu Santo, el amor inefable de Dios, espíritu de verdad y de caridad, que predica y enseña, que amonesta y corrige, que absuelve y perdona, que santifica y salva, introduciéndose en los corazones, hizo de todos los hombres una familia de hermanos, hijos de un mismo Padre, herederos de iguales promesas, y destinados todos á una misma vida, á una misma patria y á una misma gloria. *Ut sint unum sicut et nos.* Influyendo igualmente sobre el rey y el legislador como sobre el último de los esclavos, borró todos los títulos, anuló todas las categorías, niveló todas las eminencias, y escogiendo siempre los individuos conforme á los designios de su gracia, hizo de un publicano un evangelista, de un pescador un apóstol, de un perseguidor un heraldo de la fe y un vaso de elección, y de una pecadora pública una santa. Y para que en la sucesión de los tiempos no se alojases en los lazos que con la humanidad había venido á contraer, antes de que el Verbo se volviera á la mansión eterna de su gloria, conjurando y agotando todo el poder de su Padre y todo el amor de su Espíritu, como dice San Agustín, instituyó el gran sacramento, reproducción perenne en la tierra del misterio de la Trinidad y postrer sello de la unidad de los dos mundos, para mancomunarnos con él y para que todos nosotros viviéramos la misma vida que vive él con el Padre y el Espíritu Santo. *Un sint unum sicut et nos.* Así rectificó Dios, por medio de su Verbo y de su Amor, la actividad libre del hombre y los dos elementos esenciales de esta actividad de que al principio es he hablado, á fin de consumir esa soberana unidad que nos salva, que nos glorifica, que nos hace casi dioses en la tierra para ser introducidos después en los tabernáculos de la augustísima Trinidad en los cielos, juntamente con nuestros cuerpos, obra del Padre, rescate del Hijo y Templo del Espíritu Santo. *Amén.*

SOBRE LA SANTÍSIMA TRINIDAD



Plures... docete omnes gentes, baptizantes eas in nomine Patris, et Filii, et Spiritus sancti.

Idem... y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

(S. MATEO, c. 28 v. 19.)

Al despedirse Jesucristo de sus amados discípulos, pocos momentos antes de su gloriosa y admirable Ascensión, les intimó el ministerio de su apostolado con estas sencillas, pero enérgicas palabras: *Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles á observar de todo lo que os he mandado.* He aquí en breves palabras el compendio y fundamento de nuestra Fe, y la norma ó regla del cristianismo. Si, señores; el inefable nombre de la beatísima Trinidad es el fundamento ú origen de nuestra augusta religión y la raíz de toda justificación, según el testimonio infalible de la Iglesia en el Concilio de Trento. En este adorable nombre, dice San Agustín, es bautizado el catecúmeno, confirmado el cristiano, absuelto el pecador y santificado el justo.

Mas, ¿quién es capaz, señores, de hablar dignamente de tan alto é incomprensible misterio? ¡Ah! yo oigo al profeta Moisés, ministro destinado por Dios para librar á su pueblo de la esclavitud de Egipto, que preguntando al Señor por su nombre, para ser creído de los hebreos, sólo recibe por respuesta: *Yo soy el que soy; dirás, pues, á los hijos de Israel: El que es, me envía á vosotros.* Oigo asimismo al profeta Isaías, que alega hallarse inepto para hablar de Dios y manifestar su voluntad al pueblo: oigo al Espíritu Santo en los Proverbios, que el curioso investigador de la Majestad será oprimido de su gloria: ¿Qué podrá, pues, decirnos de tan inefable misterio un hombre carnal y sumergido en el terreno?

Mas soy, señores, ministro delegado por Dios para anunciaros su Evangelio, y espero que el Señor, que prometió dar virtud, palabras

y energía á los que evangelizan su doctrina, purificará mis labios, como los de su profeta, para que no profane su divino testamento. Hablo además á un auditorio dispuesto á recibir y grabar en su espíritu las verdades de la religión y la moral. He aquí lo que me anima á anunciaros, con la posible sencillez, lo que la fe y la moral de Jesucristo nos enseñan acerca de este inefable misterio, objeto fundamental de nuestra creencia, y regla de nuestras costumbres, si esperamos nuestra justificación. Esta es la materia que me propongo ilustrar en un breve discurso, dirigido á honra y gloria de Dios, á bien de nuestra alma y de nuestros hermanos. Mas deseando proceder con algún orden, análogo á vuestra instrucción, dividiré el discurso en tres reflexiones. En la primera os haré ver que el acto de fe en un solo Dios trino y uno es el más sublime y glorioso que podemos hacer; en la segunda os mostraré que el acto de fe en Dios trino y uno es el más sólido fundamento de nuestra esperanza; y en la tercera os manifestaré que el misterio de la beatísima Trinidad es el principal motivo y modelo de la caridad cristiana: tres breves reflexiones, dignas de esta cátedra, de vuestra atención y de mis débiles conatos. Pidámos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesión de su augusta Esposa, saludándola con el ángel. *Ave María.*

Un Dios inmutable, omnipotente, eterno, inmenso, uno en esencia y trino en personas, que distintas entre sí tienen una misma naturaleza divina, una misma voluntad, un mismo entendimiento, una misma sabiduría, eternidad y omnipotencia; un Dios Padre, que por el conocimiento de su grandeza é infinitas perfecciones engendra en la eternidad un Hijo, su divina Palabra, en todo igual y consubstancial á su Padre; un Dios Espíritu Santo, que procede eternamente del Padre y del Hijo, como su amor, substancial divino y eterno, sin haber más que un Dios en esencia con trinidad de personas, ¡qué misterio, señores, tan incomprensible, qué infinitamente distante de nuestros alcances! Pero de esto mismo, como de principio irrefragable, concluyo que el acto de fe de tan inefable misterio es el homenaje más sublime, el más glorioso que podemos ofrecer á nuestro Dios.

En efecto, ¿qué protesta, qué profesión de fe más sólida y meritoria en orden á este misterio podemos jamás hacer; que decir con sumisión: Señor y Dios mío, aunque yo aplique todos las luces del entendimiento que me habéis dado; aun cuando tuviera las de todos los ángeles y bienaventurados; no podría comprenderlos, ni formar idea justa y completa de vos trino y uno. Mis luces en esta hipótesis distarían infinitamente de su objeto, y vos no seriais lo que sois, si

pudiese yo comprenderos. Confieso, pues, que sois incomprendible, y que si quisiera acercarme á investigar vuestros inefabables misterios, sería oprimido de su gloria. Protesto, Señor, que sólo vos os podéis comprender; mas en esto mismo, según el pensamiento de San Agustín, empiezo á conocer que sois mi Dios, mi Padré, mi Criador, y yo hechura de vuestras manos.

Cautivo, pues, mi entendimiento en obsequio de vuestra fe, venero lo que no alcanzo, adoro lo que no puedo penetrar; y después de confesar que sois el Ser supremo, principio y fin de todas las cosas, sabio, con una sabiduría infinita, justo con una justicia que soy incapaz de penetrar, moderador del universo con una providencia superior á todo humano conocimiento; creo firmemente lo que es más difícil de todo, á saber, que sois trino y uno en esencia, y trino en personas; Padre, Hijo y Espíritu Santo, que por toda la eternidad tienen la misma naturaleza, y son una cosa misma. Sacrificio gustoso mi razón; detesto las dudas, discursos y cavilaciones que podría ella oponer á tan incomprendible misterio. Vos, Señor, que sois la verdad por esencia, nos lo habéis revelado, y vuestra infalible esposa la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, nos lo ha enseñado. ¿Cómo podría yo disentir de la fe de un misterio, que por más incomprendible y arduo, es el más sublime, el más glorioso y rendido homenaje que puedo ofrecer de corazón á vuestra adorable Majestad?

Enmudece aquí, razón humana, humilla tu orgullo y altivez. Abate las alas de tus discursos, y adora con sumisión este inefable misterio que, á proporción de su mayor incomprendibilidad, es el acto más glorioso de su fe, el más sublime homenaje que haces á tu Criador! Es verdad que sin la revelación nos parecería esto imposible y contrario á la razón; por carecer totalmente de ideas acerca de ello en lo humano; pero afirmados en la palabra del Señor, infinitamente más cierta é irrefragable que todos los discursos humanos, cautivamos gustosos las luces de nuestro entendimiento en obsequio y homenaje de la fe de un misterio, que aun de los mismos profetas, á quienes se reveló, es considerado como una luz inaccesible, como un abismo sin fondo, como un ser incomprendible. Este es el gran sacrificio que la razón esclava debe hacer á su señora la Fe, y el acto más sublime que podemos ofrecer á nuestro Dios, por ser el más difícil y el más remoto de nuestra débil comprensión. ¡Adorable incomprendibilidad de Dios trino y uno, tú elevas nuestra fe al grado más heroico, más alto y aceptable á los ojos del Señor!

¡Ojalá, amados hermanos en Jesucristo, supiésemos nosotros imi-

tar en defensa y honor de este adorable misterio á los fieles primitivos! Aquellos, dice San Paciano, sabían morir por la fe, y no sabían disputar. Mas ¡ah, infelicidad de nuestro siglo corrompido! En él no sólo lamentamos una innumerable multitud de libertinos y deístas, racionadores importunos que, desvanecidos por los paralogismos y falacias de una vana filosofía, niegan este inefable misterio, sino infinidad de cristianos que, lejos de estar dispuestos á derramar su sangre en su defensa, á imitación de sus padres en la fe, ó miran con la mayor indiferencia carecer de su instrucción, ó con una total indolencia su culto y adoración; como si la fe de este inefable misterio no fuese absolutamente necesaria para salvarse, ó como si estuviéramos exonerados de adorarlo en espíritu y verdad. Extraña ceguedad! lamentable estado! ruina inevitable! Confesemos, pues, hermanos míos, que en la fe de este incomprendible misterio no sólo ofrecemos á Dios el más glorioso homenaje, sino también que es el áncora más firme de la esperanza cristiana: segunda reflexión.

En orden á la instrucción del cristianismo, tocamos, dice un célebre orador, una cosa bien extraña y poco reflexionada de nosotros. Para aprender cualquiera otra ciencia, arte ó facultad, empezamos siempre por lo más fácil, para venir por grados á lo difícil; pero en la instrucción cristiana sucede todo al contrario: comenzamos en efecto por lo más arduo y más incomprendible. Balbuciente aún el párvulo, la primera instrucción que de sus padres ó maestros recibe, es la de un solo Dios, con tres personas distintas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que son una cosa misma en su esencia y naturaleza. ¿No es esto en realidad empezar por lo más arduo y difícil que contiene la religión?

Pero si me preguntáis la causa de ello, os responderé con el santo Concilio de Trento, que como sin la fe es imposible agradar á Dios; siendo el misterio de la beatísima Trinidad el principio y raíz de toda justificación, es necesaria ante todas cosas su instrucción, como medio indispensable para salvarse. Hay algunos misterios que basta creerlos con fe implícita; es decir, creyendo todo lo que cree y nos propone nuestra santa madre la Iglesia; pero otros, á saber, la existencia de Dios trino y uno, justo remunerador, la encarnación del Verbo eterno, su muerte y resurrección para redimirnos del pecado, y abrirnos las puertas del cielo: es absolutamente necesario saberlos y creerlos con fe explícita y actual, para ser salvos; sin que pueda excusar á ningún adulto la ignorancia invencible de ellos. Siendo, pues, el misterio de la beatísima Trinidad el origen y la raíz de todo, por él debe empezar la instrucción del cristiano, por más que sea incomprendible y superior á nuestras luces.

¿Pero qué mucho, si aun esta misma especie de violencia que la razón, atendiendo únicamente á lo natural, experimenta cuando firmemente cree un misterio el más incomprensible, es el principal sacrificio que puede hacer en obsequio de la fe, y por consiguiente el más firme apoyo de la esperanza cristiana? Acordaos á este fin, dice el Crisóstomo, de lo que sucedió á Abraham. Habiale Dios prometido en Sara, estéril y anciana, un hijo en el cual serian bendecidas todas las naciones de la tierra. La promesa tuvo su cumplimiento en el tiempo señalado. Pero después tentó Dios á Abraham: mandóle tomar á su hijo Isaac, y que fuese á sacrificarle sobre un monte que le mostraria. Abraham obedece al punto; sube con su hijo al monte; prepara la leña para el sacrificio y holocausto; liga á Isaac sobre ella, y cuando levanta el brazo con la espada desnuda para quitarle la vida, el angel del Señor lo detiene, y le dice: *ahora conozco que temes á Dios; mas yo mismo te juro que por haber hecho esto, y no haber perdonado, por obedecer mi mandado, á tu hijo unigénito, yo te bendeciré y multiplicaré tu prole como las estrellas del cielo... y en ella serán benditas todas las gentes de la tierra, porque has obedecido á mi voz.*

¿No podré yo, hermanos míos, concluir de aquí, proporcionalmente hablando, con un célebre orador, que al hacer nosotros en obsequio de la fe semejante sacrificio, nos corresponde un premio análogo? En efecto, al creer en Dios trino y uno, ¿no sacrificamos la razón, que es nuestro hijo primogénito y único, por más que, siendo incomprensible en sí mismo, nos parezca repugnante á nuestras luces, apoyados únicamente en la revelación? Si Abraham, por obedecer fiel, creyendo en las promesas y esperando contra la esperanza misma, va á sacrificar á su unigénito, y como premio le denomina Dios padre de los creyentes, ¿porque no recibiremos nosotros las bendiciones del cielo en abundancia, cuando cantivamos nuestro entendimiento y sacrificamos la razón en obsequio de la fe? Porque no viviremos de ella, según el oráculo del Espíritu Santo, cuando animados de la caridad y apoyados en la revelación, creemos en el misterio de Dios trino y uno, áncora la más firme de nuestra esperanza, principio y raíz de toda justificación?

Pero ¿qué digo? ¿No es en la fe y el nombre de la beatísima Trinidad, en lo que recibimos los mayores beneficios espirituales? Manchados por la culpa original y excluidos por ella del reino de los cielos, para entrar en la Iglesia, fuera de la cual no hay esperanza de salud, ¿no es la única puerta el Sacro bautismo que se nos confiere en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? Cuando somos confirmados en la Fe, ¿no es en el nombre del Padre, del Hijo y

del Espíritu Santo? Para reconciliarnos con Dios por medio del sacramento de la penitencia, ¿no se da la absolución en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? El que recibe el orden sacro para ministro de Dios, ¿no es en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo?

¿Qué más? ¿No nos amonesta San Pablo, que cuando comamos, bebamos ó hagamos cualquiera otra cosa, sea todo en el nombre de Dios? De aquí la práctica de los fieles en los siglos primitivos de santiguarse al empezar cualquiera obra; práctica religiosa que han pretendido abolir, y en parte lo han conseguido los herejes y libertinos de los últimos tiempos; práctica adoptada por la Iglesia universal al empezar los divinos oficios, y al acabar los himnos y los Salmos con que alaba á su divino Esposo. ¿Cuánto sería de desear la observásemos todos con espíritu de humillación y de fervor!

¿Con qué respeto, pues, con qué veneración, con qué confianza no debemos pronunciar los augustos nombres, Padre, Hijo y Espíritu Santo? Nombres de majestad y de gloria, nombres que causan la alegría del cielo, el consuelo de los verdaderos fieles y el terror del abismo; nombres divinos de un solo y único Dios con tres personas distintas en una misma esencia, fundamento de nuestra verdadera religión, apoyo de nuestra esperanza y modelo de nuestra caridad. Tercera reflexión de este discurso, que paso á exponeros con la posible brevedad. Seguidme atentos.

Tres son, señores, las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, sin cuya noticia y práctica nadie puede ser salvo. Pero entre ellas la mayor es la caridad, nervio y alma del cristianismo, cuyo modelo nos pone á la vista el misterio inefable de la beatísima Trinidad. En él habéis ya visto lo más sublime de nuestra fe y el motivo más firme de nuestra esperanza; y por poco que reflexionéis, hallaréis también el vínculo substancial del amor mutuo que es debe animar. En este adorable misterio de Dios trino y uno creemos que las tres divinas personas en una esencia tienen un mismo entendimiento, una misma voluntad, una plena concordia, una paz inalterable, un amor mismo, y que Dios es la caridad por naturaleza. He aquí, pues, el ejemplar de la caridad cristiana, que nos propuso Jesucristo en la tiernísima oración que á favor de sus discípulos hizo á su Padre celestial, cuando se acercaba la hora de ser entregado en manos de los pecadores y al poder de las tinieblas: *Padre, santifícalos en verdad, dice... para que todos sean una misma casa, como nosotros lo somos.*

Además ¿no sabemos por San Lucas en los Hechos de los Apóstoles, que los fieles primitivos *tenían un solo corazón y un alma sola*, sin

que ninguno de ellos dijese que era suyo lo que poseía, sino común á todos? ¿No era esto imitar en el modo posible lo que Jesucristo hacia presente á su eterno Padre cuando le dijo: *Padre, todas mis cosas son tuyas, como las tuyas son mías?* Pero ¿qué digo? ¿no es este el espíritu de la religión que profesamos? Yo os ruego, dice el Apóstol, que os toleréis unos á otros en caridad; que seáis solícitos en conservar la unión de espíritu con el vínculo de la paz. Dios es caridad, y sin ella todo es vacío en su presencia.

El mismo Apóstol en su Epístola á los de Éfeso expone el fundamento de esta esencial obligación del cristianismo. Vosotros, les dice, no tenéis más que un Dios, una fe, un bautismo: únicamente formáis un cuerpo, que es la Iglesia; justo, pues, será que tengáis un mismo espíritu de amor, de unión, de paz. Vosotros sois hijos de Dios, en quien debéis adorar un Padre que os ha adoptado, un Hijo eterno, de quien somos hermanos, y un Espíritu Santo, que nos anima y vivifica. ¡Qué monstruosa sería, dice un célebre orador del siglo pasado, que siendo hijos de un mismo Padre, viviésemos como extraños! ¡que siendo hermanos de Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, no se viese en nosotros ninguna señal de fraternidad! ¡que descando todos vivir de un mismo Espíritu Santo, manifestásemos sentimientos del todo contrarios! ¡Qué trastorno de juicio no imitar en el modo posible el ejemplar de unión que nos presenta la fe en el inefable misterio de Dios trino y uno! ¡Qué demencia pleitear diariamente, y vivir por bagatelas en irreconciliables enemistades! ¿No nos enseña la Fe que somos miembros del cuerpo místico de Jesucristo? ¿Quién vio jamás rebelarse y tratarse mal unos á otros los miembros de un mismo cuerpo?

Desconsolador es por cierto el que este sea en el día el crimen casi universal del pueblo cristiano. Parece haber llegado los tiempos infelices que Jesucristo nos anunció por San Mateo, cuando dice: que unas gentes se levantarán contra otras y reinos contra reinos; que habrá pestes, hambres y terremotos en diferentes partes; que serán aborrecidos sus ministros; que habrá muchos escándalos; que reinará un odio mutuo, y se entregaran unos á otros; todo ello porque abundará la iniquidad, y se refriará la caridad de muchos.

¡Ah! si considerásemos que no hay más que un Dios y una fe, habría sin duda entre nosotros más unión y caridad. ¡Con qué benevolencia, con qué amor no vemos tratarse, para confusión nuestra, los profesores de cualquiera de las sectas anticatólicas! Todo el mundo es testigo del mutuo auxilio que de ordinario se prestan, no para sostener la unidad de su fe, que es nula, sino para conservar la

mentira, el cisma y el error. ¡Qué vergüenza, hermanos míos, que la unidad de la verdadera fe entre nosotros no produzca ni aun sentimientos de benevolencia, de sociedad, de compasión, y mucho menos de caridad! ¿Con qué podremos cohonestar en el día terrible de la cuenta esos odios, esas envidias, esos desprecios que hacemos á nuestros prójimos, esas expresiones picantes é inciviles con que los insultamos? Todo esto cesaría, si nos animase el espíritu de caridad; todo esto cesaría, si observásemos el mandato que Jesucristo nos dejó por testamento, á saber: *que nos amáramos mutuamente, como él mismo nos amó*; todo cesaría, si atendiéramos á que somos todos hermanos y miembros del cuerpo místico de Jesucristo; todo cesaría, si creyendo que somos hijos adoptivos de Dios y herederos de su reino inmortal, tomásemos por modelo de nuestra caridad con el prójimo el amor eterno con que el Padre y el Hijo se aman en el Espíritu Santo. ¡Qué ocupación tan buena y de tanto gozo sería conservar entre hermanos esta unidad de espíritu! ¡Qué amables serian entonces los tabernáculos de Jacob! ¡Qué fax tan diversa presentarían entonces las virtudes cristianas! ¡Qué unión, qué paz en el mundo, qué alegría para el cielo no produciría este espíritu de caridad! *Eccc quam bonum, et quam jucundum habitare fratres in unum.*

Formad, hermanos míos, os ruego, una justa idea de la religión que profesáis. El fundamento de ella es Dios trino y uno, en quien nos movemos, vivimos y somos. La fe de este incomprendible misterio es el más glorioso homenaje que podemos ofrecer á nuestro Criador; el apoyo más firme y sólido de nuestra esperanza, y el verdadero vínculo y modelo de nuestra caridad. Miradlo, pues, desde este momento no sólo como objeto de vuestra fe, sino como regla de vuestra moral y modelo de vuestras costumbres. Sacrificad en su obsequio vuestra razón; animad en este mismo vuestra confianza, y no dejéis apagar en vuestro corazón la llama de caridad que Jesucristo vino á encender sobre la tierra, para que ardiese sin cesar en el espíritu de los fieles. Haced, en fin, todas las cosas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, pues digno es Dios trino y uno de recibir el honor, la gloria, la alabanza y la acción de gracias por los siglos de los siglos. *Amén.*

FIESTA DEL CORPUS

Caro mea vere est cibus.
Mi carne es verdaderamente comida.

(S. JUAN, c. 6, v. 56).

Ved cómo el Salvador del mundo, hermanos míos, hizo en dos palabras el elogio de su cuerpo santísimo y de su carne santa y divina. No he de hablaros hoy de la persona de Jesucristo, ni tampoco de su divinidad, ni de su alma, sino de su carne. Y para llegar cuanto antes al asunto que me he propuesto tratar, observad conmigo, si queréis, que en las palabras de mi texto, queriendo el Hijo de Dios recomendar su cuerpo a los judíos, no les dijo que era el templo del Espíritu Santo, ni la obra principal de las manos y del poder del Señor, sino que era alimento y comida: *Caro mea vere est cibus*. Pero la cualidad que tiene de comida y de alimento ¿no es la más imperfecta? Verdad es, amados oyentes míos, si lo entendemos de esta comida común que sirve para reparar las fuerzas y mantener la vida natural de nuestros cuerpos; pero una comida sacramental, una comida, que aun siendo material, tiene la virtud de conferirnos la gracia, de darnos una vida sobrenatural y espiritual, de pacificarnos y santificarnos, esto nos la debe hacer muy preciosa, y esto es lo que causa su excelencia.

Puede ser, cristianos, que os admire el asunto que me he propuesto en este discurso; pero me atrevo a decir, que si queréis aplicaros a comprenderle bien, os parecerá muy acomodado al misterio de este día, y llenará perfectamente la idea que tenéis de esta festividad. Quiero manifestaros que hoy es por excelencia la festividad del cuerpo de Jesucristo, porque éste es el título que tiene y sobre el cual ha sido instituido; y mi designio es justificar para con vosotros este título, haciéndoos ver que el cuerpo de Jesucristo no podía ser más honrado que lo es en el misterio de la Eucaristía divina; esta es mi proposición general, y no es menester más que reducirla a algunos puntos particulares y dividirla. A este fin considero el cuerpo de

Jesucristo de dos modos, ó diciéndolo más bien, hallo que Jesucristo tiene a un tiempo mismo un cuerpo natural y un cuerpo místico. Su cuerpo natural es su propia carne, esta carne, digo, de que se vistió por nosotros; y su cuerpo místico es la Iglesia que está unida é incorporada según la doctrina de San Pablo. Hoy, hermanos míos, es la grande festividad de uno y otro; y la razón es, porque hoy es a un tiempo mismo el triunfo de la carne de Jesucristo y el triunfo de la Iglesia de Jesucristo. El Salvador del mundo no podía dar más honor á su carne, que levantarla a sacramento, y el sacramento más augusto de nuestra religión, que es la Eucaristía. Y añado que no podía tampoco el Salvador del mundo dar más honor á su Iglesia, que dejarla su carne, ensalzada al honor de Sacramento. Así la Iglesia y la carne de Jesucristo son honradas recíprocamente la una por la otra; porque la gloria del cuerpo de Jesucristo es haber sido dado á la Iglesia en el santo sacramento del altar; esto veréis en la primera parte. Y la gloria de la Iglesia es haber recibido y poseer el cuerpo de Jesucristo en este sacramento; y esta será la segunda parte. Virgen santísima, en cuyas castas entrañas fue concebido este sagrado cuerpo, vuestra carne inocente y pura ha sido la carne de Jesucristo; por obra del Espíritu celestial se consumó este inefable misterio; y para con este Espíritu divino imploro vuestra asistencia. *Ave María.*

Era muy justo que la carne de Jesucristo fuese honrada, y que el mismo Jesucristo trabajase en hacer que se le diesen las veneraciones y respetos que se le deben. Dos razones le obligaban á ello: la primera, el honor que había hecho a esta carne, contrayendo con ella una tan estrecha alianza, y uniéndola en la encarnación á su divina persona; y la segunda, los abatimientos grandes á que la había reducido en su pasión. ¿Habéis, cristianos, reflexionado vosotros alguna vez la excelente expresión de San Juan, para expresar el misterio de la Encarnación del Verbo? No dice que el Verbo se hizo hombre, tampoco dice que se unió á una naturaleza inteligente y espiritual, como la de los ángeles, ni dice que tomó un alma racional como la nuestra, sino sencillamente dice que el Verbo se hizo carne: *Et Verbum caro factum est*. ¿Y qué, dice San Agustín, no es la carne del hombre, lo que hay en el hombre de más imperfecto, en lo que el hombre es semejante á las bestias; pues por qué atribuir sólo á la carne este admirable misterio de la unión que se hizo entre Dios y el hombre? ¡Ah! responde aquel santo doctor, esto es para enseñarnos lo que Dios ha hecho por nosotros, lo que ha querido ser por nosotros, y hasta qué extremo se ha anonadado por nosotros; pues siendo Dios,

se ha dignado hacerse carne. Verdad es esto, cristianos; pero también por este medio nos ha hecho comprender el Espíritu Santo lo que era importante que supiésemos, esto es, la dignidad de la carne de Jesucristo, pues á consecuencia de aquellas divinas palabras: *Et Verbum caro factum est*, se puede decir, según todos los principios de la teología y de la fe, que la carne de Jesucristo fué la carne de un Dios; que subsistió con la subsistencia de un Dios; que fué parte de un todo que era Dios; y que así como encarnando el Verbo vino á ser carne, así también la carne del hombre vino á ser por la encarnación carne de un Dios. De aquí debemos inferir que no hay gloria ni culto que no se deba á la carne de Jesucristo; y que el mismo Jesucristo, después de una alianza tan noble, no podía hacer demasiado para honrar su carne.

Con mucha más razón debía ser así, porque la redujo en su pasión á los últimos y mayores abatimientos; pues esta carne venerable fué por nosotros llena de ignominias y de oprobios; fué despedazada con azotes, fué profanada con las manos de los verdugos, y, para decirlo en una palabra, fué, si se me permite usar aquí de esta expresión, la que hizo toda la costa de nuestra redención. No fué el alma de Jesucristo la que sirvió de víctima para nuestra salvación: su cuerpo fué y su carne virginal. Ella fué la que el Salvador crucificó sobre el altar de la cruz; ella era santa, y la hizo un objeto de maldición; y ella era digna de todos los respetos de los hombres, y permitió que fuese expuesta á todos sus insultos. Era necesario, pues, que la recompensase y que la honrase otro tanto como había sido humillada y abatida, ó más bien, otro tanto como él mismo la había humillado y abatido. Y esto fué justamente lo que hizo Jesucristo en la divina Eucaristía; este es el fin que se propuso en la institución de este misterio, y este es también el motivo por que celebramos hoy la festividad de su cuerpo.

En efecto, cristianos, la Eucaristía sola da más honor á la carne de Jesucristo que todos los demás misterios gloriosos de este Hombre-Dios; ni la gloria que comunicó á su cuerpo cuando salió del sepulcro, se pudo comparar con la que le había dado y la que le da todos los días en su Santo Sacramento. Esta proposición os parecerá extraña, pero escuchadme y os la demostraré. Yo confieso, hermanos míos, que saliendo Jesucristo del sepulcro dió á su carne admirables cualidades de impassibilidad, sutileza, agilidad, luz y esplendor; pero al fin, todas estas cualidades nada tienen que supere al orden de la criatura; pero en la Santa Eucaristía es elevada la carne del Salvador á un orden del todo divino, toma allí un ser, y adquiere unas propie-

dades que no convienen sino á Dios. ¿Y qué más? Sería necesario un discurso entero para explicarlo. Yo sólo me detendré en lo que hay allí más esencial, y en lo que debe interesaros y moveros más. Yo no os diré como esta carne bienaventurada posee en el augusto Sacramento del Altar una especie de inmensidad, pues que es cierto que no está limitada ni cobida en el por espacio alguno, y que en virtud de este misterio, puede estar á un tiempo mismo en todos los lugares del mundo, cualidad que es propia de Dios. No os diré tampoco que viene á ser en el Sacramento todo espiritual, pero muy de otro modo que en su resurrección: pues la carne de Jesucristo está en la hostia á la manera de los espíritus, toda en todo, y toda en cada parte, que es otra cualidad milagrosa. Digo también lo que advirtió el abad Rupert, que es como eterna é incorruptible en este Sacramento; porque estará en él hasta la consumación de los siglos, ó sino que muere allí todos los días, pero con una muerte mil veces más admirable que la inmortalidad misma que goza en el cielo; pues es para renacer allí continuamente por medio de las palabras de la consagración. Todos estos son otros tantos efectos del poder divino para honrar el cuerpo del Salvador.

Pero el milagro grande, el que comprende en sí todos los demás, el que Jesucristo nos manifestó más expresamente en el Evangelio, el que los hombres consideran menos, el que debía meditarse más, y el que hallo sin disputa más glorioso para la carne del Hijo de Dios, ya lo he dicho, pero es necesario aclararlo más, es el que la carne de Jesucristo sea en la Eucaristía el alimento de nuestras almas. Aunque ella no sea más que una substancia terrena y material, tiene la virtud de vivificar nuestros espíritus, y siendo así que el espíritu es el que debe naturalmente vivificar la carne, aquí es la carne la que por un prodigio hien admirable vivifica al espíritu; le sostiene, le anima y le sirve de alimento para conservarle. Os pido que atendáis á esta reflexión de San Ambrosio. Cuando el Hijo de Dios hablaba á los judíos de este sacramento, no les decía: *Ego sum cibus*. Yo soy comida; sino les decía: *Caro mea verè est cibus*. Mi carne es comida, de que es necesario que os alimentéis espiritualmente. No es el alma ni la divinidad de Jesucristo lo que hace nuestro alimento espiritual en la Eucaristía, sino su carne. Si la divinidad y el alma se hallan allí, es por concomitancia, como habla la escuela; pero lo que nos alimenta, y lo que directamente se nos da en cualidad de comida, es la carne de este Hombre-Dios, con la que nuestra alma se sustenta y se fortalece, y, para usar de la expresión de Tertuliano, con ella está nutrida. ¡Qué honor, pues, para una carne ser ella la que nos hace del todo espiri-

tuales, la que nos comunica la gracia, y la que nos hace vivir con la vida del mismo Dios! Si, cristianos; yo repito que este milagro sólo eleva la carne del Salvador del mundo á un orden sobrenatural y divino: pues sola la carne de un Dios puede obrar tales maravillas, y tomando Dios una carne, no podía honrarla más que dándole poder y virtud de producirlas. Todo esto es propio de la carne de Jesucristo en la Eucaristía, y esto es lo que la Iglesia expresa en aquellas palabras con que nos la presenta y ofrece por las manos de los sacerdotes. Recibe, cristiano, nos dice, recibe el cuerpo de tu Señor y de tu Dios. ¿Y para qué? Para que conserve tu alma en la vida eterna. Ved, amados oyentes míos, la inestimable prerrogativa del cuerpo de Jesucristo. En el orden de la naturaleza es propio del alma conservar el cuerpo; pero en el orden de la gracia, el cuerpo de Jesucristo conserva nuestras almas; y este orden de gracia para nosotros, es para Jesucristo un orden de gloria, y de la gloria más eminente y más sublime.

Esto supuesto, no hay que admirarse de que Dios, por una conducta llena de sabiduría, y por una disposición de su providencia, nos haya propuesto este cuerpo divino para que le adoremos en sus templos. ¿A quién daremos con más justicia el culto de la adoración, que á una carne que es el principio de nuestra vida y de nuestra inmortalidad? ¿Y en dónde la adoraremos con más razón que en su Sacramento, que es donde Dios la ha hecho poderosa para animarnos con la vida de la gracia, y vivificarnos según el espíritu? Si, hermanos míos, dice San Ambrosio, nosotros aún adoramos hoy la carne de nuestro Redentor, y la adoramos en los misterios que él mismo ha instituido, y que se celebran todos los días en nuestros altares.

Por esto ha instituido la Iglesia esta festividad que solemnizamos con el título y á honor del cuerpo de Jesucristo, queriendo conformarse con los designios, intenciones y ejemplo del mismo Jesucristo. Jesucristo procuró honrar su carne en la Eucaristía, y la Iglesia honra la Eucaristía por dar honor á esta misma carne.

¿Cuál debe, pues, ser la ocupación de un alma cristiana durante los santos días de esta octava? Escuchad, hermanos míos; y ved en qué debéis ejercitar vuestra piedad. La ocupación de un alma cristiana en este santo tiempo debe ser la misma y con las mismas intenciones que las de la Iglesia, y honrar con ella la carne del Redentor. En esto se debe emplear. ¿Qué quiere decir honrar la carne del Redentor? Quiere decir, que le demos todo el culto que puede recibir de nosotros en el Sacramento del Altar, y que imitemos á la Magdalena, que tuvo un afecto muy particular á esta carne santa, regándole con

sus lágrimas, enjugándola con sus cabellos, y derramando sobre ella preciosos unguentos. Ejercicio, dice Santo Tomás, por el cual la alabó el Hijo de Dios aun estando ya resucitado, porque quería y deseaba ver honrada su carne. Así debemos nosotros postrarnos continuamente en la presencia de este sagrado cuerpo, ofrecerle allí mil sacrificios de alabanzas, mil adoraciones interiores, mil respetos y mil acciones de gracias. Debemos decirle algunas veces con una fe viva y con una devoción ardiente: cuerpo divino y bienaventurado, vos fuisteis el precio de mi salvación; ¿pues qué no debo yo hacer para daros gloria? Pues os quedasteis en el Sacramento para recibir en él el tributo de gloria que os es debido, ¿cómo hay cristianos tan impíos, que vengán á profanaros en él? A lo menos, yo iré á presentaros y ofrecereros el incienso que debo, y quisiera llevar conmigo á este mismo fin á todos los hombres del mundo. Estos son los sentimientos e intenciones que debemos tener, porque la gloria del cuerpo de Jesucristo está en haber sido dado á la Iglesia en el Sacramento del Altar; y la gloria de la Iglesia está en haber recibido y poseer el cuerpo de Jesucristo en este Sacramento. Os pido una nueva atención en esta segunda parte.

Si el Hijo de Dios estaba interesado en honrar su carne, no lo estaba menos en honrar su cuerpo místico, que es la Iglesia. Nosotros todos, dice San Pablo, formamos un mismo cuerpo con Jesucristo: Vos estis Corpus Christi, et membra de membro. En cuanto Salvador, es Jesucristo nuestra cabeza; y en cualidad de justos somos todos miembros suyos, y como es honor de los miembros tener una cabeza coronada de gloria, así también es honor de la cabeza comunicar á sus miembros toda la gloria de que son capaces; esto es lo que Jesucristo hizo en la institución de la divina Eucaristía, que podemos propiamente llamar también la festividad de la Iglesia ó la festividad del cuerpo místico de Jesucristo. Porque en este misterio es la Iglesia más honrada, y él es el que la hace más gloriosa delante de Dios.

No pudo el Salvador del mundo con toda su magnificencia hacer por su Iglesia cosa ni de más honor, ni más grande, que dejarla el Sacramento de su cuerpo; éste era el complemento de toda la gloria que podía procurarle; y puede decirse muy bien, que este Hombre-Dios había realizado plenamente con esto el designio que se había formado de tener, como dice el Apostol, una Iglesia ilustre, brillante y enriquecida con los más bellos adornos como esposa suya: *Ut exhiberet sibi gloriosam Ecclesiam*. Porque con efecto la posesión del cuerpo y sangre de Jesucristo da á la Iglesia todas estas ventajas y cualidades. ¿Queréis saber cómo? ¡Ah, amados oyentes míos! ¡Qué rica y abun-

dante materia se ofrece aquí para vuestras reflexiones! Antiguamente se consideraban los judíos sobre todas las naciones del mundo, y se glorian por que tenían un Dios que no se desdénaba de estar en medio de ellos y de caminar con ellos. No, decía Moisés, no hay pueblo alguno que tenga los dioses tan cerca de sí; y por consecuencia, no hay alguno en el mundo tan honrado como nosotros. ¿Pero de qué manera estaba Dios con los judíos? Por medio del Arca de la alianza, en la que daba sus oráculos, y á la que había ligado su protección. Pero esta arca era acaso el verdadero Dios de Israel? No por cierto, no era más que su figura y su tabernáculo; y no obstante, porque se colocaba en medio de las doce tribus, porque lo acompañaba en todas sus marchas, y porque la llevaban en sus campos y en sus ejércitos, se glorian de que su Dios los acompañaba á todas partes, y de que estaba presente siempre con ellos. Pero, cristianos, ¿qué es esto, si lo comparamos con el honor que recibe la Iglesia, y con el que todos recibimos en la Eucaristía? Un Dios en su propia substancia, y con toda la plenitud de su divinidad permanece corporal y realmente entre nosotros, reside en nuestros templos, viene hasta nuestras casas, se deja no solamente acercar, sino tocar, y aun comer; y así, bien podemos decir nosotros desde hoy: *Nephe est alia natio tan gravis, que habeat Deos appropinquantes sibi.* Ezequiel nos habla de una ciudad misteriosa, cuyas grandezas y riquezas nos describe, y de ella nos dice que no tenía otro nombre sino éste: Esta es la habitación y morada de Dios, y Dios está en ella. Esta ciudad no podía ser sino la Iglesia cristiana, de la que Dios representaba ya la excelencia á este Profeta; porque ¿qué nombre más propio puede darse á la Iglesia? Allí es donde habita Dios, allí es donde, por un empeño irrevocable se halla obligado á permanecer hasta la consumación de los siglos. ¿Y cuál empeño es éste? El de la Eucaristía, que le tiene como ligado á su Iglesia, sin que pueda jamás separarse de ella. *Et nomen civitatis, Dominus videm.*

¿Pero es éste todo el honor que resulta á la Iglesia por este Sacramento? No, cristianos, aun hay en esto cosas más importantes; escuchadlas. Ser honrado con la presencia de un Dios, es cosa muy grande; pero ser honrado con sus conversaciones, con su trato y familiaridad más íntima, es otra gloria muy distinta. Esta es la ventaja que tiene la Iglesia con el Sacramento del cuerpo de Jesucristo. ¿Qué hace Jesucristo en este misterio, pregunta el abad Ruperto? En el converso y trata con los hombres, y en él es visitado por ellos; allí escucha sus quejas, recibe sus peticiones y súplicas, concilia las diferencias que entre sí tienen, y los instruye y consuela; porque los

hombres son miembros de su Iglesia, y á ésta la ilustra y condecora con todo este honor. Esta es, digo yo, la prerrogativa de la Iglesia de Jesucristo, poder tratar familiarmente con su Dios; y por este medio, dice San Juan Crisóstomo, tenemos en algún modo sobre la tierra la misma ventaja que los bienaventurados en el cielo; porque la felicidad del cielo está en poseer á Dios, y en la divina Eucaristía le poseemos todo entero.

Cristianos, ¿se puede encarecer ó añadir á estos pensamientos? Si, hermanos míos, aun se puede; y ved unas ventajas mil veces mayores; ¿cuáles son, me diréis? Tolerad que os las proponga en compendio, y que solamente os apunte la idea de ellas, capaz de llenar de admiración á los ángeles y á los hombres. La gran ventaja es que el Sacramento de la Eucaristía es para nosotros, y para todos los fieles que le reciben, una extensión continua y perpetua del misterio de la Encarnación. Así se explican los Padres; y vosotros sabéis á qué grado de honor fue elevada la humanidad de Jesucristo en el feliz instante que se unió al Verbo divino. Yo, pues, digo, que dándose Jesucristo á nosotros en el Sacramento del Altar, hace que todos los miembros de su Iglesia tengan parte y comuniquen de la misma gloria; pues viene á nosotros, se une á nosotros, y se hace, explicándolo así, uno con nosotros. Y este es el principio, según la doctrina de San Cirilo, fundada sobre la expresión del Hijo de Dios, de donde viene que este Sacramento se llame *Comunión*. De donde se infiere también, que según una cierta propiedad de términos, el Salvador del mundo está á cada instante como si encarnara de nuevo en las manos de los sacerdotes, que son sus ministros.

¿Pero por qué hemos de llegar á penetrar los secretos de la divina Eucaristía, para conocer los privilegios de gloria que la Iglesia tiene por ella? Detengámonos en lo que á la primera vista se nos presenta en este misterio, en lo que hace toda su substancia, en lo que vemos y tocamos. En él, donde Jesucristo por honrar á su Iglesia la sustenta con su cuerpo; la da su sangre por bebida y su cuerpo por alimento, esto es, la carne de un Dios, la sangre de un Dios y el cuerpo de un Dios. ¡Ah! cristianos, ¿qué podemos añadir á esto? Podemos expresar nunca lo que excede á toda expresión; á todos nuestros pensamientos, y aun á todos los deseos de nuestro corazón? Alimentarse con la carne de un Dios, era un honor reservado á la Iglesia, como á la hija de Sión, como á la esposa del rey de la gloria, y particularmente como al cuerpo místico de Jesucristo; porque es razón que la esposa sea criada y alimentada conforme á la grandeza de su esposo, la hija con respecto á la nobleza de su padre, y los miembros del

cuerpo según la dignidad de su cabeza; luego para la esposa de un Dios, para la hija de un Dios y para el cuerpo místico de un Dios, sólo la carne de un Dios era el alimento proporcionado. Para los judíos, que fueron los esclavos de Dios, era bastante, dice San Jerónimo, comer el maná, llamado en la Escritura *Pan de los ángeles*, mas para nosotros, á quienes Dios ha ennoblecido haciéndonos sus hijos adoptivos, y para la Iglesia que ha sido engendrada con la sangre de Jesucristo, no basta el pan de los ángeles, es necesario que sea el pan de Dios, y por esto Jesucristo nos le da en la Eucaristía.

De todo lo dicho saquemos, cristianos, dos sentimientos, que son las consecuencias naturales de este discurso: el uno el respeto y veneración á la Iglesia, y el otro el celo por la inocencia y pureza de nuestros cuerpos. Respeto y veneración á la Iglesia, que es el cuerpo místico de Jesucristo; porque, ¿podemos nosotros honrarla demasiado, después que el mismo Jesucristo la ha honrado tanto? Por ella nos da su carne y su sangre, á ella quiere que seamos deudores de este beneficio, pues la ha hecho depositaria de él, y si recibimos esta carne y esta sangre divina por otras manos que por las suyas, la carne y sangre de Jesucristo, no solamente no nos serán saludables, sino que vendrán á ser para nosotros el veneno más mortal. Es verdad que María, madre de Jesucristo, fue quien primeramente nos dió este sagrado cuerpo; pero María, al fin, no nos le dió más que una vez, y la Iglesia nos le da todos los días; María nos le dió á todos en general, y la Iglesia nos le da á cada uno en particular; María, finalmente, nos le dió como Salvador que habia de reinar sobre nosotros, y la Iglesia nos le da como un alimento que se une á nosotros. De lo que siempre nos es fácil inferir lo que debemos á esta esposa del Hijo de Dios, con qué fidelidad debemos permanecer unidos á ella, con qué ardor debemos defender sus intereses, con qué docilidad debemos recibir sus órdenes y preceptos, y con qué piedad y sumisión debemos ejecutarlos.

También debemos sacar de todo esto un gran celo por la inocencia y pureza de nuestros cuerpos. Si, amados oyentes míos; aun siendo tan despreciables por otra parte, debemos, si se me permite decirlo así, darnos honor á nosotros mismos, pues participamos todos de la gloriosa cualidad del cuerpo místico del Redentor, y porque nos conviene á nosotros, como á la Iglesia, lo que San Pablo dijo: *Vos estis Corpus Christi*. Vosotros sois el cuerpo de Jesucristo. Por más viles que sean nuestros cuerpos por sí mismos, debemos, no obstante, tenernos un cierto respeto, que la fe de la Eucaristía debe inspirarnos, y que la piedad debe conservar; y la razón es, no solamente porque

nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, según la Escritura; esto quiere decir mucho, pero todavía no dice bastante: no solamente porque son los santuarios vivos en donde descansa el cuerpo de Jesucristo, pues aun esto es poco; sino porque por virtud de la comunión, vienen á ser miembros del mismo Jesucristo, según nos lo enseña el Apóstol: *Nescitis, quoniam corpora vestra membra sunt Christi?* ¿No sabéis, decía á los corintios, que vuestros cuerpos son miembros de Jesucristo; y de consiguiente, que no sois dueños de disponer de ellos, sino que pertenecen á Jesucristo, que están afectos á él, y que son de su cuerpo? *Et non estis vestri.* ¡Ah, cristianos, qué verdad tan grande, y qué motivo tan singular para conservar nuestros cuerpos inocentes y puros!

Esta es la importante moral sobre que insistía continuamente San Pablo en las instrucciones que hacia á los cristianos. Él tenia celo por la santificación de sus almas, pero tenia también un celo especial por la santificación de sus cuerpos; porque los consideraba como miembros de Jesucristo. Sobre este punto se explicaba con las expresiones más elegantes y eficaces. Honremos pues en la tierra con la santidad de nuestros cuerpos la santidad del cuerpo de este Hombre-Dios, para poder participar de su gloria en el cielo, á donde nos conduzca. *Amén.*

FIESTA DEL CORPUS

O DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO



Qui manducant meam carnem, et bibunt meum sanguinem; in me manent, et ego in eo.

El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él.

(S. JUAN VI, c. 6, 57.)

¡Qué justa, debida y santa, hermanos míos, es la presente acción de gracias! Consagrar al Omnipotente Dios una solemne acción de gracias por el beneficio más estupendo de su grandeza y amor, es lo que pretende la Iglesia en este día en que la veis llena de júbilo, adornada de pompa y gloria, solemnizar segunda vez la divina Eucaristía, que había festejado ya en el Jueves santo. Entonces la ocurrencia de otros misterios no la permita detenerse lo justo en la dulce contemplación de este objeto, ni el dar un testimonio de su gratitud tan público y tan solemne; pero ahora, concluida la serie de festividades que dedica á los misterios del divino Verbo humanado, como cuidadosa con tan agradable memoria, vuelve á hacer conmemoración mucho más solemne del mismo augusto Sacramento. Animada del espíritu de agradecimiento, manda que en todo el cristianismo resuenen por toda la redondez de la tierra en estos ocho días continuos las aleluyas, los himnos y cánticos de alabanza á Cristo sacramentado.

Ved aquí una ocasión en que me era preciso tener una divina elocuencia, y que por toda la tierra se difundiese el acento de mi voz, y llegasen mis palabras hasta los confines del mundo (Rom., 10, 18.); pues vengo en nombre de la Iglesia universal á dar gracias á Dios por un beneficio y misericordia que llena toda la tierra. Pero ya que yo no puedo, ayudadme en esta empresa todos los que sois testigos y participantes de este beneficio; acompañadme á mí, y acompañad á la Iglesia en los júbilos y alabanzas: *Exulta et lauda*; que yo con

vuestra licencia tomaré por argumento de esta oración el ponerlos á la vista los justos motivos de alegría en esta festividad: quiero prepararos con el júbilo, para inclinar vuestro corazón á fervorosas alabanzas: á los elogios del gran Dios, por haberse sacramentado, por querer habitar entre nosotros y dentro de cada uno de nosotros.

¿Mas de dónde me ha de venir una luz celestial? ¿De dónde un sagrado fuego que inflame mi alma? ¿De dónde aquella gracia de devoción, precisa para insinuarme en los corazones de los hombres, y para moverlos á una santa alegría? ¿De dónde sino de vos ¡oh Virgen Señoral que sois la causa de nuestro gozo? ¿De dónde, sino de vos, que fuisteis la primera y más gustosa habitación del Santo de Israel? Vos, que lo sabéis por experiencia, dad á entender á mi alma cuánto nos debemos alegrar, por tener en nuestros pechos el dulcísimo fruto de vuestras purísimas entrañas. *Ave María.*

Es verdad, hermanos míos, que el misterio de la encarnación del Verbo fue el deseo de los eternos collados, como se explica la Escritura: *Desiderium collium eternorum* (Gen. 49, 26.); y que los suspiros de los Profetas, las promesas de los Patriarcas, las peticiones de los justos se dirigían solamente á la venida de Dios al mundo; pero si hubiera parado aquí nuestra felicidad, tendríamos mucho menos motivo para alegrarnos. Si el Hijo de Dios, después de obrar los misterios de la redención del mundo, se hubiera ausentado al cielo sin la institución de este augusto Sacramento, si nos hubiera dejado solos y peregrinos sobre la faz de la tierra, ¡qué desconuelo y soledad sería la nuestra! ¡Ah! que si el día de su Ascensión gloriosa sería por una parte festivo por ver un hermano nuestro sentado á la diestra del Padre, coronado de gloria, de honra y majestad, hubiera sido por otra parte bien triste, porque viéndonos huérfanos, ¿quién podría contener las lágrimas? En nuestra íntima é inextinguible pena nunca pudieramos borrar de la memoria aquel día en que perdimos su compañía amabilísima. Levantaríamos sin cesar los ojos al cielo, y los irían siguiendo los corazones: preguntariamos á las nubes por nuestro Dios; á las nubes digo, porque ellas nos le robaron de la vista: *Et nubes suscepit eum ab oculis eorum*. Bien se ve con cuánta más justicia que los antiguos patriarcas pudieramos requerirlas para que nos lloviesen al justo: santa y razonable sería nuestra envidia á los primeros hijos de la Iglesia, porque merecieron vivir en la tierra con el Salvador del mundo; y andaríamos peregrinando tristes por los santos lugares con el fin de lograr á lo menos el consuelo de besar reverentes los vestigios sagrados de sus divinos pies. En vano clamaria-

mos por los tiempos pasados, ó por los futuros; tristes porque no veíamos, y tristes porque ya no nos era permitido ver á nuestro libertador.

¿Qué larga sería la noche de este siglo, en que nuestra alma vive como aprisionada en una oscura y tenebrosa cárcel, sin acabar de nacer aquel día dichoso en que viese al Sol de Justicia! (Con qué ansia preguntáramos con el profeta Isaías: ¿En qué altura iba la noche? *Custos quid de nocte? Custos quid de nocte?* (Isai., 21, 11.) Y ¿qué descónsuelo sería el nuestro, si siempre nos respondiesen que no había nuevas del día: *Veni nox?* Andaríamos como la Esposa buscando de noche á nuestro Amado, y preguntando por él á todas las criaturas, sin poder hallarle jamás: *Nam quem diligit anima mea, vidisti?* (Cant. 3, 3.)

Mas ¿adónde me lleva el pensamiento, y para qué entristecernos con una ausencia imaginada? No sucede así, hermanos míos; allí está vuestro Amado, vuestro Padre, vuestro libertador; allí está vuestro Dios; alegraos: si no le veis, no tengáis duda, porque está encubierto: *In ipse stat post parietem.* (Cant. 2, 9.) Es verdad que no le veis; pero allí está escondido, y nos está mirando: *Respiciens per fenestras,* etc. Consolémonos, pues con nosotros está, con nosotros vive, y con nosotros mora el verdadero Dios. Allí es su habitación, en donde asiste de día y de noche, y en donde ha querido morar entre los hombres. Si queréis hablar al Hijo de Dios vivo, no andéis preguntando: en estas dos partes le hallaréis: ó en el empuje entre los serafines, ó en aquel Sacramento entre nosotros. Alégrate, Iglesia santa, y ya no andes suspirando por tu Esposo, pues le tienes en tus brazos hasta el fin de las edades; no tengas susto, porque puedes decir seguramente que no te dejará: *Tenui eum, nec dimittam.* (Cant. 31, 4.)

Permitidme por un rato una imaginación alegre. Representaos que estáis en la Palestina con los doce Apóstolos, tratando familiarmente con el Salvador del mundo. Si le vieseis junto á vosotros, semblante hermoso y alegre, palabras blandas, trato suave y amoroso, y en todas sus acciones no sé que ademán que respira divinidad, me parece que vuestra alma estaría tan satisfecha, alegre y elevada, que nada la podría herir, ni daría pena: aun cuando os vieseis cercados de enemigos en medio de los estragos y mortandad, y entre los mismos horrores de la muerte, pudierais decir tranquilos: *In medio umbrae mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es.* (Psal. 22, 4.) Esta compañía del Salvador por sí sola os daría consuelo y ánimo, os haría olvidar los sustos y temores. ¿Qué agradable pensamiento! Pero salte nuestro corazón de alegría, que esta dicha no es sólo imaginada, sino

que verdaderamente junto á nosotros tenemos al Dios fuerte y al Señor de los ejércitos; descansad.

Cuando con la fuerza del temor sintiereis palpar vuestro afligido corazón, bien podéis sosegar diciendo con David: Aunque los enemigos lleguen á poner su campo en frente de mí, no temerá mi corazón. Aunque contra mí se encienda una funesta guerra, en este Dios he de fundar mis esperanzas. La única cosa que desco y pretendo es estar en el tabernáculo en donde habita el Señor. Creedme, hermanos míos, sin Cristo toda tribulación es grande; pero á los pies de Dios Sacramentado, todo trabajo es suave. *En el día de mi tribulación,* dice David, *ful á buscar á mi Dios, y me puse en su presencia de noche y de día con las manos levantadas, y no salté engañado. Es verdad que mi alma se negaba á todo consuelo; pero me acordé de Dios, y quedé consolado.* ¿Y qué consuelo sentiría David si hubiera podido orar delante de Dios Sacramentado? ¿Si como nosotros hubiera podido llegar á sus pies noche y día, y en todos los instantes? ¿Si hubiera podido hablar de cerca á un Dios, que bajó desde los cielos para hacer compañía á los atribulados? ¡Oh bendita sea mil veces nuestra felicidad!

Esta entrada fácil á hablar á Jesucristo; esta certidumbre de que allí oye nuestros gemidos, y que debajo de aquel velo está viendo correr nuestras lágrimas, ¡oh católicos! esto consuela, esto anima mucho; no necesitamos dar grandes voces, como decía Elías á los falsos profetas, que suponían que su Dios estaba muy lejos, y á fuerza de altas clamores querían vencer la distancia: *Clamate voce majore.* (3. Reg. 18, 27.) Bien cerca está el Dios á quien sacrificamos nuestro corazón herido, desangrado, y todo consumido en el fuego de la tribulación. Si elevarnos á los cielos, tenemos con nosotros en la tierra al que puede mandar á los vientos y mares; y reducir toda esta tormenta á una suma tranquilidad.

¿Cuántas veces habrán saltado las lágrimas aun al más animoso entre vosotros, sin que tenga otro consuelo el corazón obscuro, triste, inquieto, angustiado, y sin saber dentro del pecho! Bien podemos decir con el Profeta en lamento semejante: *Intraverunt aqua: usque ad animam meam.* Las amargas aguas de la tribulación nos han anegado á todos, y han llegado hasta lo íntimo del alma. Ahora necesitamos de un remedio, que también entre hasta el alma, para arrojar de los más íntimos senos del corazón nuestra tristeza.

Mas ya viene Jesucristo á nuestro pecho: ya viene, no en figura, sino en su misma persona á visitar el corazón afligido. ¡Oh qué maravilla! ¡Pásmense los Angeles del cielo! ¡El Unigénito que está en

el seno del Padre, va á entrar en los pechos de unos viles gusanos de la tierra! El Principe de la gloria sale á hacer esta visita de amor. ¡Qué ventura! ¡qué felicidad! ¡qué gloria! Huye toda la tristeza y aflicción, y han desaparecido sus efectos, que son el pavor y susto. Mas ¿cómo puede haber tristeza en el alma que, como dice Santo Tomás, está bebiendo la dulzura espiritual en su propia fuente? Aquel impetuoso río de alegría, que como dice el Profeta inunda en júbilo la ciudad de Dios, y llena todo el empireo y tiene sumergidos en mares de gozo á todos los bienaventurados: todo ese río de contento está real y verdaderamente en vuestros pechos: ¿cómo podéis estar tristes? *Inebriabitur ab ubertate domus tua, et torrente voluptatis tuæ potabis eos.* (Psál. 33, 9.) Ahora sí, mi Dios, que esos pobres afligidos se embriagarán dulcemente con la abundancia de vuestra casa, y los daréis á beber del torrente de vuestras delicias. Aquí está, hermanos míos, aquel vino del cual está escrito que alegra el corazón del hombre, y hace que le rebose el júbilo en el semblante. Ved ahí el pan que da fortaleza al corazón de los mortales.

¿Qué importa, pues, que tengáis el corazón herido, y (permiúdmelo que así lo diga) echando sangre, si vuestro amoroso Dios hizo que saliese de su costado abierto el bálsamo precioso de la divina sangre! No viváis, católicos, por más tiempo afligidos, dejad toda tristeza, y venid á buscar en la santa embriaguez del vino de los ángeles el olvido dulce y suave de cuanto aflige en el mundo. Recibid con frecuencia este divino pan; y veréis cómo conforta vuestro corazón: *Et panis cor hominú confirmat.* A la verdad, hermanos míos, que no habrá cosa que dé contento al que no se alegra teniendo dentro de sí mismo la alegría de los cielos.

No dudo, antes confieso, católicos, que un justo temor nos retira, ó nos retarda al presentarnos ante el rostro de Dios, porque le suponemos airado. La espada divina que estamos viendo levantada sobre nuestras cabezas, nos deslumbra, aterra y deja desparovoridos. Sabemos que la ira de Dios es justa, poderosa su mano, y sus golpes terribles, hasta para los mismos ángeles que se le rebelaron. ¡Qué será para nosotros, viles criaturas de la tierra, que tuvimos la osadía de ofender su propia honra! Justo es, hermanos míos, justo es y bien fundado vuestro temor; pero todavía es más justa la confianza en Jesús Sacramentado. ¡Ah! que no advertís que tenemos allí una hostia pacífica, un sacrificio tan agradable al Altísimo, que tiene valor para expiar todos los delitos de los hombres. Si vuestro temor se funda en los pecados del mundo, allí tenéis al Cordero de Dios que, pues quita los pecados del mundo, también desterrará vuestros temores.

Yo no niego que, según está escrito, no hay remisión de pecados sin efusión de sangre; pero si en aquel sacrificio ofrecemos la sangre ya vertida de una víctima sin mancha, no será preciso que se derrame más sangre para aplacar la ira de Dios. No vacile vuestro corazón, ni vuestro pensamiento se perturbe de tal modo, que dudéis de lo que es dogma de fe. Allí tenéis sobre aquel altar preparado el mismo sacrificio que, cuando se celebró en el Calvario, aplacó toda la ira de Dios. Este sacrificio fué el que hizo revocar la sentencia de condenación, firmada contra todo el género humano: hizo que se rasgase el decreto, y quedase pendiente del mismo altar como trofeo de la victoria. Ahora tenemos preparada la misma víctima, el mismo Sacerdote y el mismo sacrificio, como dice el sagrado Concilio de Trento. Por mano de aquel ministro suyo hoy Jesucristo, eterno Dios, ha de ofrecer de nuevo á su Padre su pasión y muerte, todos sus merecimientos y lágrimas, todos sus trabajos y tormentos, y ha de ofrecer su misma divina sangre. Aquel altar que allí vives será hoy un nuevo Calvario. No os asustéis, que no se va á renovar el nefando sacrilegio de los judíos, sino que se va á repetir el agradable sacrificio de Jesucristo.

Decidme ahora: si vieseis con vuestros ojos sobre aquellos corpóculos llenos de sangre divina al mismo Jesucristo herido, ensangrentado, y clamando á Dios por el perdón de nuestros delitos, ¿quién habría que no se llenase de alegres esperanzas? Pues creed, católicos, que este sacrificio no tendría más valor en la estimación del Padre Eterno, ni le tuvo en otro tiempo la pasión del Señor, que el que ahora tiene aquel incurso sacrificio; de tal suerte, que á no estar ya redimidos los hombres, sólo con esta Misa, á que asistís devotos, quedaría hoy rescatado todo el mundo, abiertas las puertas del cielo, arruinados los infernales calabozos, perdonado todo el género humano, y completamente satisfecha la Justicia divina. ¡Oh, gran Dios, qué pasmosas, qué admirables, qué incomprensibles son vuestras maravillas!

¿Qué mayor asilo, pues, podéis querer para libertaros de la ira del Señor, ó que más seguro escudo que os defienda, que aquella hostia sacrosanta? Cuando la eleva el sacerdote, ó cuando delante de aquel trono nos postramos á los pies del Sacramento divino, se me representa á mí, que Jesucristo es exaltado otra vez en la cruz como medianero entre Dios y los hombres, ofreciendo su divino cuerpo para escudo que repare los golpes de la divina Justicia. Refugiémonos, pues, también debajo del augusto Sacramento: animemos nuestra fe, y digamos al Eterno Padre: *Respice in faciem Christi tuí*

(*Psalm.* 85, 16.), que atienda á su propio Hijo. ¿Acaso no tendrá ya en sus ojos el mismo mérito aquella divina sangre, ó no le será agradable aquel Señor de quien dijo claramente, que era su Hijo amado en quien mucho se complacia? ¿Acaso su sacrosanta pasión no será suficiente para satisfacer por todo cuanto le debemos? ¿Qué motivo, pues, habrá para que no pongáis vuestra esperanza en el divino Sacramento? Ahora alabad al Dios del cielo, y dadle gracias delante de todos los vivientes, porque ha usado con vosotros de su gran misericordia. ¿Qué mayor misericordia que ésta! Antes de venir á enseñarnos por las inmensas sumas de nuestras deudas, como escondido, y en las apariencias de un poco de pan, pone en nuestra mano todo el precio con que le podemos pagar. ¿Qué mayor misericordia, pues habiendo de vibrar contra nosotros la lanza de la divina Justicia, que el darnos primero un escudo con que podamos defendernos de sus golpes! ¿Qué mayor misericordia, no habiendo en nosotros méritos para ser oídos, que el darnos los merecimientos de su propio Hijo para ofrecérselos!

¡Oh qué justa y razonable es nuestra alegría en la presente solemnitad, y qué fervorosas deben salir de lo íntimo del pecho las alabanzas á Dios Sacramentado! Mas ¿qué testimonio podemos dar de nuestro reconocimiento; ó qué acción de gracias será digna por un favor tan relevante? No obstante, tenemos ¡oh fieles! una acción de gracias digna del beneficio recibido. Alegraos, que bien podemos dar un testimonio de nuestra gratitud, que en nada es inferior á la merced que recibimos. El incruento sacrificio del altar no solo es hostia de propiciación que nos reconcilia con Dios, sino hostia de alabanza y acción de gracias por los beneficios recibidos. Los méritos de Jesucristo, que concedidos á nosotros son dádivas de Dios, ofrecidos por nosotros son agradecimiento digno de esa dádiva infinita. Todo nos viene de Jesucristo; este Señor nos hace los beneficios, y nos da con qué agradecerlos: sufre las injurias, y da satisfacción por los castigos. Sea, pues, la Misa, este incruento sacrificio, la mejor parte de tan solemne acción de gracias.

Gracias se os den, Dios y Señor Omnipotente, porque estando airado contra nosotros, trocasteis vuestro furor con la más estupenda maravilla; olvidado de nuestros delitos, convertiste el castigo en el más dulce y eficaz consuelo. Ved allí en donde está mi Dios y Salvador; viví con grande ánimo, lleno de confianza, y no temeré: porque toda mi fortaleza es el Señor, y á él se dirigirán mis alabanzas: se hizo hombre y ahora de propósito se hace sustento para salvarme. Bien podéis llegar todos á su divino costado, y beber llenos de júbilo

de las fuentes del Salvador, de las fuentes de agua viva que causan vida eterna.

Llegad á beber del vino de los ángeles, y del torrente de delicias que inunda la santa ciudad. Mas cuando logréis tanta dicha, no os olvidéis de dar en aquel día gracias al Señor, de invocar su santo nombre, de publicar y hacer que conozcan todos los pueblos las invenciones é industrias maravillosas que idearon su amor y sabiduría para quedarse con nosotros. Acordaos de que su santo nombre es grande, glorioso y excelso. Cantad al Señor y entonad himnos armoniosos en justa alabanza suya, porque obró magníficamente: id publicando esta grande obra por toda la tierra. Y tú ¡oh Iglesia santa! nueva Sión, llénate de júbilo y contento, y desata tu lengua en fervorosas alabanzas, porque estás hecha habitación perpetua y morada de tu Dios: en medio de ti adoramos al Santo y Santísimo de Israel: ahora le adoramos escondido, hasta que después adoremus manifestado al Santo, Santo, Santo Señor Dios de los ejércitos. *Amén.*

TRIUNFO DEL AMOR DE CRISTO EN LA EUCARISTÍA

Qui manducant meum carnem, et bibunt meum sanguinem, in me manent, et ego in eo.

El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él.

(S. JUAN, c. 6, 57.)

Gloria sea dada á nuestro Dios, gloria, honra y alabanza. Justo es que se desaten en sus elogios nuestras lenguas, que los corazones salten de placer dentro del pecho, y que de los ojos corran dulces lágrimas de contento, pues vemos un triunfo tan glorioso de un Dios Sacramentado. Vencisteis, Señor, vencisteis: ya esos rebeldes enemigos que tanto habian resistido, esos hombres que se habian hecho

fueres contra vuestro omnipotente brazo, al fin se han rendido; ahí los tenéis en vuestro poder: *In me manet*. Ya entrasteis gloriosamente en la fortaleza inexpugnable del corazón humano: *Et ego in eo*. Ya sois en él adorado, amado y reconocido. Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres. Paz á nosotros, católicos, que somos sus cautivos. Cantemos alegres cánticos al grande triunfador, y démonos mil parabienes por nuestra dicha.

Escrito está, que un rescua de aquel fuego que se sacó del altar, purificó los labios del profeta Isaias. ¿No sois Vos, oh Dios Omnipotente, ascua de divino fuego, que ardiendo estáis en ese sagrado altar? Con razón, pues, os suplico que purifiquéis mi lengua, que abraéis mi corazón y le llenéis de aquel fuego que es propio para inspirar los afectos debidos en todos los que concurren á este triunfo.

¿Quién me concediera, católicos, llenar de júbilo y contento á los que quedaron cautivos, y herir con santa y penetrante envidia á los rebeldes infelices! Puede ser que envidiando nuestra felicidad, vengan con ansia á ver ese triunfo, para rendirse como esclavos á Jesucristo Sacramentado. Dios lo quiera: pidámosto á la Virgen nuestra Señora. *Ave María*.

No hay victoria más gloriosa, porque no la hay más difícil, hermanos míos, que la que se consigue del corazón del hombre. En toda la vasta naturaleza, ni en la tierra ni en los cielos hay fuerzas suficientes para obligarle á que se rinda. Le crió Dios para sí, y sólo para sí fabricó sus recordados sonos: como quería poner en él el trono de su gloria, debía hacerle superior á todas las criaturas, y no había de consentir que ninguna pudiese dominarle.

Esta grande y suprema autoridad que gozamos sobre nuestros afectos, es dádiva del gran Dios, y en ella se divisa impreso cierto carácter de omnipotencia, y debiera esto obligarnos á que nuestro corazón á sólo el Dios que le crió rindiere vasallaje. Esta corona real de dominio sobre nuestras acciones, sólo debíamos ofrecerla á los pies de aquel que la puso sobre nuestras cabezas: no obstante, no ignoráis, católicos, que contra el Omnipotente ha ostentado nuestro corazón todos los derechos de su libertad. Apenas le vereis tocado del afecto á una vil criatura, le miraréis rendido á sus pies; y al mismo tiempo advertiréis que combatido por un Dios con empeño, y por mucho tiempo, siempre es rebelde. ¿Qué gloria, pues, será para un Dios Sacramentado entrar en esta fortaleza inexpugnable, rendirla y cautivarla sin romper los fueros de su libertad! Para gloria de nuestra triunfador veamos este combate.

El derecho que tenía Dios á nuestro corazón, fundado en el título de Criador y de Padre, ya nos le había alegado: en público lo manifestó, requiriéndonos que aunque el corazón fuese nuestro, voluntariamente le entregásemos, pues éramos sus hijos: *Probe fili mihi cor tuum*. (Prov. 23, 26.) Este pregon que Dios mandó que se oyese en todo el mundo, manifestó su justicia y derecho á los corazones de los hombres: se le negaron, y empezó á combatirles con las más fuertes armas. Hablo, hermanos míos, de las inexplicables finezas que Dios ha obrado por nosotros desde el principio de los siglos. Jamás vinieron al pensamiento de los hombres, ni aun de los mismos ángeles, las tiernísimas demostraciones de amor con que Dios quería rendirnos, y vuestra fe me dispensa de referirlas: bien sabéis que nos ha amado con un amor omnipotente, que nos ha amado como un Dios empeñado en amar. Sabéis que siempre anheló por nuestro corazón, que lo estima y desea con tanto exceso, que se ha desentrañado en finezas. Efectivamente, no fueron inútiles sus armas: unos se rindieron heridos con una saeta, otros con otra, no obstante la mayor parte se obstinaron.

Por último, resolvió el Señor dar al corazón humano como un asalto general, y llover sobre él por todas partes saetas de fuego amoroso, obrando en obsequio muy enantas finezas ya había hecho, como quien empeñaba todas sus fuerzas en una sola acción.

Ya habréis entendido, católicos, que hablo de la Sagrada Eucaristia; pues como se explica el Profeta: *Hizo un compendio y memoria de sus maravillas el misericordioso y compasivo Señor: dió una comida á los que le tentaban*. Le temían, y ahora por último le amaron: ya se sentían movidos, y ahora del todo se rindieron. ¡Ah! que el que hubiere de rendirse á alguna fineza de Dios, no puede resistir á la de ese divino Sacramento, pues todas en ella se incluyen, y todas se renuevan.

Veo llover desde el cielo otro nuevo y más gustoso maná para los que gustan de delicias celestiales: veo un pan de vigor y esfuerzo para aquellos que, fatigados, hambrientos y desfallecidos, van como Elias huyendo de sus enemigos. Veo una columna maravillosa, que si á los ojos por una parte parece blanca nube; si la miro por otra, es fuego que resplandece, y sirve para guiar en esta obscura peregrinación á los verdaderos hijos de Israel. Veo más. ¿Si acaso estará iluso? No, porque la luz de la fe no me puede engañar. Veo en la sagrada Eucaristia una nueva Encarnación del Hijo de Dios, como se explican los santos Padres, y veo que en vuestro pecho entra el mismo Verbo eterno que entró en las purísimas entrañas de la Virgen:

el mismo, creedlo así, hermanos míos, porque el mismo Dios así lo dijo. ¡Ah! qué poca envidia tendréis al Santo José, pues se os permite, si no verle como á él, á lo menos á ojos cerrados dar reverentes y amorosos oscúlos en los sagrados pies del Salvador, abrazarle tiernamente y recogerle con cariño en el propio seno! Hermanos míos, alegraos, y si vuestras almas heridas del santo amor sienten vivas soledades por ausencia de vuestro Esposo, no andéis preguntando: *Indico mihi ubi pascat, ubi cubet in meridie* (Cant. 1, 6); allí le tenéis junto á vosotros, allí descansa las noches, allí pasa los días, y algunas veces bien solo: podéis, como Marta, ministrar corporalmente á vuestro huésped divino, sirriendo á los grandes misterios del altar, ó como María sentados á sus pies elegir la dulce contemplación de su belleza y oír su voz suavísima, aquella voz que solo se percibe dentro del corazón que no está inquieto.

Cuando comulgáis devotamente inclinados ante los altares, podéis tiernamente estrecharle entre los brazos, diciendo con la Esposa: *Teniet cum meo dimittit* (Cant. 3, 4.); en este momento baja realmente sobre vosotros el Espíritu Santo, y llueven divinos dones desde el cielo sobre vuestras almas: una nueva luz aviva nuestra fe, y nuevas llamas de amor prenden en los corazones. ¡Oh! que estas llamas son las que dan la victoria á Jesucristo, porque ¡quién habrá que pueda resistirse á tantas maravillas juntas! Por eso el Señor se gloria en el Evangelio, diciendo: El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él.

Se pasan los ángeles del cielo y, llenos de asombro, están como alóntos y suspensos. El Hijo de Dios, el que es las delicias del amor de su Padre, quiere dar su corazón á un hombre después de haberle amado con todo exceso, y se le quiere dar realmente. Para esto empuña su omnipotente brazo, y junta los cielos con la tierra, con el fin de obrar tan estupenda maravilla. Se rompen las cataratas del cielo, y un diluvio de amor inunda al mundo. ¡Y qué sucede! El Unigénito que está en el seno del Padre se halla realmente en el pecho de un pobre pecador, y allí el divino corazón palpitando con ímpetus amorosos, está ardiendo en llamas de caridad. ¡Qué hombre tan venturoso es éste! Es un feliz cristiano que acaba de comulgar, y tal vez un pobre é infeliz según el mundo. ¡Qué admirables, qué pasmosos, qué incomprensibles son los consejos de Dios! A este pobre, pues, á quien el mundo soberbio desprecia teniéndole debajo sus pies, á éste, á éste estiman los ángeles del cielo, le van acompañando, le abrazan y, mientras su pecho es animada custodia de ese Sacramento divino, se postran delante de él, y no se atreven á mirar con libertad, dice

San Juan Crisóstomo, á causa del resplandor que da en los ojos. Por una y otra parte, como los sesenta fuertes, cercan los ángeles el lecho del divino Salomón, el tálamo de sus delicias y el trono de su gloria. Entonces el alma que medita bien este punto, siente que se le sale el corazón, que empieza á dar saltos dentro del pecho, y que semejante al hierro en presencia del imán, está todo inquieto, dice San Agustín, hasta que descansa en Dios.

Es verdad que no ve el alma á su Esposo; pero le siente á la puerta, y ya conoce su voz: *Vox dilecti mei pulsantis* (Cant. 3, 2). Por las santas inspiraciones, toques de la mano de Dios, siente que está llamando á la puerta: yo soy el que tantas veces te pedí el corazón, y ahora vengo á entrar en él para tomar posesión, y hacerle mío, si tú, hijo, me le quieres dar. Decidme ahora: ¿como le podrá negar el alma? El mismo Hijo de Dios viene en persona á la tierra, y nos pide nuestro corazón para dar en cambio el suyo: ¿se le podremos negar? Tan empeñado está el Omnipotente en que le amemos, que no duda dar por este amor su sacratísimo cuerpo, su alma, su amistad, su reino, y todo cuanto tiene nos ofrece. ¿Qué es esto, hermanos míos? ¿qué es lo que digo? Es un Dios empeñado en rendir á finezas el corazón humano, el corazón de los viles gusanos de la tierra. ¿Dirá el mundo todavía que no tienen razón los que de tal modo se entregan á Dios? ¿Podrán todavía tener por almas pequeñas á las que se dejan cautivar de Cristo Sacramento? ¿Proseguirán en murmurar de los que niegan el corazón al mundo por dárselo á Jesucristo, consagrándose á él enteramente?

¿Hasta cuándo, mi Dios, ha de permanecer sobre los corazones de los mundanos el grosero velo de las pasiones terrenas, aquel velo que así les impide el veros cuando os tienen tan cerca? No haya, Señor, otro velo que el de los accidentes, velo preciso para el mérito de la fe, y para el crédito de la religión: ese velo que, si por una parte aumenta la sed á quien desea veros, por otra nos proporciona el poder gozaros dentro de nuestros pechos; si por una parte nos oculta vuestro hermosísimo rostro, para que nos egeñemos con la clarísima luz que despide, por otra no impide al que os abre su corazón, que os sienta allá en su interior. ¡Quién me concediera que los mundanos probasen y vieses lo suave que sois (Psal. 33, 9), y que llegasen á conocer la felicidad de los cautivos que se os rinden!

Yo, hermanos míos; quiero tener el gusto de pintarla, y ponérsela delante de los ojos. El que comulga dignamente es ciudadano de los Santos, y doméstico de Dios, como se explica San Pablo (*ad Eph.*); porque come el pan de los ángeles, y se sienta á la mesa del Omni-

potente. El que comulga dignamente, vive lieto entre las llamas del horno de Babilonia, y con el rocío de la gracia se conserva como si fuera un ángel, libre de las llamas de la concupiscencia. (Dan. 3, 22.) El que comulga dignamente, logra una santa embriaguez con el vino celestial de la sangre de Jesucristo, que le hace, como á los mártires, no sentir los cuchillos, las lanzas, el fuego, las injurias, ni la muerte. El que comulga dignamente, aun cuando va peregrinando por el desierto de esta vida, ya prueba el fruto suavísimo de aquella tierra de promisión adonde camina: siempre va lleno de esperanza, porque tiene una segura prenda de la eterna felicidad, y porque lleva consigo el precio con que se adquiere el reino de los cielos.

El que comulga dignamente, celebra los desposorios de su alma con el Hijo de Dios, y desde luego le da la posesión real de su santísimo cuerpo; y para alimentar el casto amor de las almas puras á su Dios, se las permite que abracen estrechamente á su amado Esposo, ya que todavía no pueden ver con claridad su divino rostro hasta que amanezca el día. El que comulga dignamente, puede decir con San Pablo: *Yo vivo, pero ya no soy yo: Cristo es el que vive en mí.* En una palabra: el que comulga dignamente, como dice Jesucristo, vive con el una vida divina, así como este Señor vive con su Eterno Padre una misma y única vida. Bien sabéis que el hombre vive por el corazón y el alma; luego si comulgando dignamente tenéis en vuestro pecho el corazón de Dios y el alma sacrosanta de Jesús, ¿cómo no habéis de vivir una vida divina? Ved aquí las felices consecuencias de comulgar dignamente; esto es, las que logran los que se rinden cautivos al Santísimo Sacramento.

Pero es preciso que sepáis igualmente las condiciones de este feliz cautiverio. Ser prisionero de Dios, es poder decirle con David: *Me cogisteis de la mano, y me llevasteis conforme á vuestra voluntad, y con gloria tomasteis posesión de mí.* Ser prisionero de Dios, es seguir el espíritu del Evangelio, y no las máximas del mundo: es declararse públicamente cristiano; quiero decir, hombre que en su conciencia y en sus obras da testimonio á los ángeles y al mundo de que él sigue á Jesucristo: es retirarse, como Tobías, á adorar el Dios de sus padres, cuando el torrente de los mundanos corre en tropel á adorar los becerros de oro (Tob. 1, 5.); es, como se explica el Apóstol, despojarse del hombre viejo con todas sus acciones, y vestirse del hombre nuevo. Ser prisionero de Dios, es ir siempre siguiendo á Jesucristo, y no dar un paso que no sea por los vestigios y pisadas que dejó impresos nuestro Salvador; los preceptos, quiero decir, y los consejos del Evangelio.

Mas no os parezca que es pesado este yugo: comparadle con el que todavía oprime á vuestros hermanos que no han querido rendirse, y le hallaréis muy ligero. ¡Oh qué duro cautiverio aquel que ellos falsamente llaman su libertad! Ellos niegan su corazón á Dios; pero en cambio, vedle despedazado por mil partes á manos de sus violentas pasiones, y repartido como presa de lobos carnívoros y famélicos. ¿Cuánto mejor sería entregarlo á solo Dios? Ved el corazón de muchos entregado al mundo, sirviendo al más cruel tirano, que es severo en sus leyes, contrario en sus pareceres, loco en sus máximas, injusto en los premios, falso en sus promesas, y en las más leves ofensas implacable. ¿No fuera mejor haberle entregado á Dios?

Acaso habéis vivido así vosotros algún día; pero, gracias al Señor, os habéis rendido á Jesús.

¿Qué bien compensada se ve hoy la antigua libertad con este suave yugo de nuestro Salvador! Dijo mal. ¿Cuán bien compensado se ve ahora el antiguo yugo del pecado que os oprimía, con la presente libertad de hijos de Dios! Es verdad que sois cautivos de Jesucristo, pero así venceréis á vuestros enemigos: algún día os verán en el cielo triunfantes y sentados con Jesucristo en su propio trono, según lo que está escrito (Apos. 3, 21.): *Qui vicerit, dabo ei sedera mecum in throno meo.* ¡Qué honor! ¡qué gloria! ¡qué felicidad!

¡Oh, qué dicha! Permittedme, hermanos míos, que hable de esta felicidad á los que están distantes, á los que huyen de Jesucristo como si fuese un tirano, á los que desprecian el divino corazón que Dios les ofrece en el Santísimo Sacramento, por querer más su propio corazón manchado y corrompido. Sin duda que ignoran vuestra suerte venturosa; pero decidse la vosotros, benditos hijos de Jacob, que pereciendo de hambre todo el mundo, hallasteis pan abundante en el cautiverio: id y contad á vuestros hermanos los bienes de Egipto para conducirlos con vosotros; decidles que si han de dar su corazón al mundo ó al demonio, será mejor que le entreguen á Jesucristo Sacramento: prometedles sobre la infalible palabra del Evangelio, que el Señor les dará como á vosotros su divino corazón y su alma sacrosanta. ¡Oh qué dichosos habéis sido, y qué venturosos serán ellos también si os siguiesen!

Ya solo resta que llenos de júbilo cantemos alegres cánticos al gran Triunfador. Los que hemos quedado cautivos, recibamos muchos parabienes, y al son de las amorosas cadenas entonemos alegres himnos. Es verdad que vivimos en un valle de lágrimas; pero aunque sea sentados en las riberas de los ríos de Babilonia, bien podemos cantar los cánticos de Sión: no dudéis que nuestro vencedor nos

llevará a los excelsos montes cantando salmos alegres: *Super excelsa mea deducet me victor in psalmis canentem.* (Habac. 3, 19.) Y vosotros, ángeles santos, que en este lugar asistís en multiplicados coros, ayudadnos a celebrar este triunfo, y entrelanto que nosotros ofrecemos devotos incienso, ofreced vosotros al Altísimo nuestros deseos: con las expresivas manifestaciones de gozo y reconocimiento queremos protestar nuestra fe viva y el fuego de amor divino que arde en nuestros corazones; avivad más esta fe, encended más este fuego, haced con nosotros un mismo coro, y no, no ceséis de cantar, si vieis tal vez que nosotros interrumpimos las voces mezclando lágrimas dulces, bien sean de ternura, ó bien de pena, por el Dios que no vemos. Nosotros bien advertimos que va triunfando entre los que somos sus esclavos; pero es imposible el verle: ¡oh qué ventura la vuestra! No obstante, iremos clamando al Hijo de David, cerrados los ojos como el fuego del Evangelio: acompañad nuestros clamores con vuestra protección; y si en día de tanto júbilo pregunta el Señor qué queremos: *Dominus, ut videamus*, decidle, que nuestros deseos son de verle. ¡Oh! quiera Dios que así sea!

LA EUCARISTÍA COMO MISTERIO

Mentem fecit mirabilium incensum, misteriosa et miserator Dominus: coram deo timentibus et.

Dejó memoria de sus maravillas, el Señor misericordioso y compasivo: dió sustento á los que le temen.

(SALMO CX. A. G.)

La fe en la Eucaristía, hermanos míos, es la fe que han guardado todos los cristianos, han confesado todos los mártires, han enseñado todos los doctores; es la fe que todos los obispos han profesado, todos los apologistas han defendido, y que ocho concilios generales han confirmado. Esta ha sido la fe de todos los siglos, de todos los tiem-

pos y de todos los lugares. Y, no obstante, la Eucaristía es el más incomprendible de todos los misterios cristianos; y una de las razones porque se le llama el misterio de fe por excelencia, *mysterium fides*, porque es el misterio que exige los mayores esfuerzos de la fe, el que más ejercita y somete á mayores pruebas la misma fe.

Pero reconociendo y confesando todo esto, afirmamos que el dogma de la Eucaristía es tanto más razonable cuanto más incomprendible, y tanto más admirable cuanto parece más increíble.

En efecto; la razón no inventa lo que no comprende. Lejos de poder inventarlo la razón, cuando no tiene de ello idea alguna, rechaza cuando se le propone todo lo que es superior á ella; así como la sensibilidad se rebela contra todo lo que le atormenta. Así, pues, lo que es incomprendible al hombre, no ha podido nacer en el espíritu del hombre, no ha podido tener al hombre por autor, no ha podido ser imaginado, inventado ni forjado por el hombre, y por consiguiente ha sido revelado necesariamente por Dios.

Pues bien, la doctrina de la Eucaristía es y será siempre una doctrina incomprendible, y por consiguiente es indudable que no ha podido nacer en el espíritu del hombre, sino que es el pensamiento de la sabiduría de Dios, la obra de su poder, la revelación de su bondad y la palabra de su amor. ¡Cuántas bellezas y armonías descubrimos en la Eucaristía! Hoy, hermanos míos, quiero solamente fijarme en la Eucaristía en cuanto es un misterio, y haceros ver cómo de este misterio incomprendible para nosotros y rodeado de obscuridades por todas partes, brota hermosa y copiosísima luz, que ilumina los misterios de nuestra fe, siendo por lo mismo el sostén, la gloria y la aureola resplandeciente del dogma católico. *Ave Maria.*

Todo el dogma cristiano, hermanos míos, se resume en el gran misterio de la Encarnación. Pues bien; la Eucaristía es la renovación perpetua, la aplicación personal, y, por consiguiente, el complemento de este delicioso misterio.

En efecto, por las palabras de la consagración de la Eucaristía, convirtiéndose la substancia del pan en la substancia del cuerpo de Jesucristo, este divino Salvador es en cierto modo producido y engendrado de nuevo en ella. Esto hizo exclamar á San Agustín: «¡Oh admirable dignidad del sacerdote! Pues que por estas palabras que él pronuncia por orden de Dios: *Este es mi cuerpo*, el Hijo de Dios se encarna en sus manos, como se encarnó en otro tiempo en el seno de la Virgen por aquellas palabras que por inspiración de Dios dirigió ella al ángel: *Hágase en mí según vuestra palabra.*» Esto hizo decir á San

llevará a los excelsos montes cantando salmos alegres: *Super excelsa mea deducet me victor in psalmis canentem.* (Habac. 3, 19.) Y vosotros, ángeles santos, que en este lugar asistís en multiplicados coros, ayudadnos a celebrar este triunfo, y entrelanto que nosotros ofrecemos devotos incienso, ofreced vosotros al Altísimo nuestros deseos: con las expresivas manifestaciones de gozo y reconocimiento queremos protestar nuestra fe viva y el fuego de amor divino que arde en nuestros corazones; avivad más esta fe, encended más este fuego, haced con nosotros un mismo coro, y no, no ceséis de cantar, si vieis tal vez que nosotros interrumpimos las voces mezclando lágrimas dulces, bien sean de ternura, ó bien de pena, por el Dios que no vemos. Nosotros bien advertimos que va triunfando entre los que somos sus esclavos; pero es imposible el verle: ¡oh qué ventura la vuestra! No obstante, iremos clamando al Hijo de David, cerrados los ojos como el fuego del Evangelio: acompañad nuestros clamores con vuestra protección; y si en día de tanto júbilo pregunta el Señor qué queremos: *Dominus, ut videamus*, decidle, que nuestros deseos son de verle. ¡Oh! quiera Dios que así sea!

LA EUCARISTÍA COMO MISTERIO

Mentem fecit mirabilium incensum, misteriosa et miserator Dominus: coram deo timentibus et.

Dejó memoria de sus maravillas, el Señor misericordioso y compasivo: dió sustento á los que le temen.

(SALMO CX. A. G.)

La fe en la Eucaristía, hermanos míos, es la fe que han guardado todos los cristianos, han confesado todos los mártires, han enseñado todos los doctores; es la fe que todos los obispos han profesado, todos los apologistas han defendido, y que ocho concilios generales han confirmado. Esta ha sido la fe de todos los siglos, de todos los tiem-

pos y de todos los lugares. Y, no obstante, la Eucaristía es el más incomprendible de todos los misterios cristianos; y una de las razones porque se le llama el misterio de fe por excelencia, *mysterium fides*, porque es el misterio que exige los mayores esfuerzos de la fe, el que más ejercita y somete á mayores pruebas la misma fe.

Pero reconociendo y confesando todo esto, afirmamos que el dogma de la Eucaristía es tanto más razonable cuanto más incomprendible, y tanto más admirable cuanto parece más increíble.

En efecto; la razón no inventa lo que no comprende. Lejos de poder inventarlo la razón, cuando no tiene de ello idea alguna, rechaza cuando se le propone todo lo que es superior á ella; así como la sensibilidad se rebela contra todo lo que le atormenta. Así, pues, lo que es incomprendible al hombre, no ha podido nacer en el espíritu del hombre, no ha podido tener al hombre por autor, no ha podido ser imaginado, inventado ni forjado por el hombre, y por consiguiente ha sido revelado necesariamente por Dios.

Pues bien, la doctrina de la Eucaristía es y será siempre una doctrina incomprendible, y por consiguiente es indudable que no ha podido nacer en el espíritu del hombre, sino que es el pensamiento de la sabiduría de Dios, la obra de su poder, la revelación de su bondad y la palabra de su amor. ¡Cuántas bellezas y armonías descubrimos en la Eucaristía! Hoy, hermanos míos, quiero solamente fijarme en la Eucaristía en cuanto es un misterio, y hacerlos ver cómo de este misterio incomprendible para nosotros y rodeado de obscuridades por todas partes, brota hermosa y copiosísima luz, que ilumina los misterios de nuestra fe, siendo por lo mismo el sostén, la gloria y la aureola resplandeciente del dogma católico. *Ave Maria.*

Todo el dogma cristiano, hermanos míos, se resume en el gran misterio de la Encarnación. Pues bien; la Eucaristía es la renovación perpetua, la aplicación personal, y, por consiguiente, el complemento de este delicioso misterio.

En efecto, por las palabras de la consagración de la Eucaristía, convirtiéndose la substancia del pan en la substancia del cuerpo de Jesucristo, este divino Salvador es en cierto modo producido y engendrado de nuevo en ella. Esto hizo exclamar á San Agustín: «¡Oh admirable dignidad del sacerdote! Pues que por estas palabras que él pronuncia por orden de Dios: *Este es mi cuerpo*, el Hijo de Dios se encarna en sus manos, como se encarnó en otro tiempo en el seno de la Virgen por aquellas palabras que por inspiración de Dios dirigió ella al ángel: *Hágase en mí según vuestra palabra.*» Esto hizo decir á San

Ambrosio «que Jesucristo, no solamente se encarna, sino que renace en su sacramento»; y esto mismo hizo afirmar a otro Padre que la consagración eucarística hace del Hijo de la Virgen el parto de los labios del sacerdote: *Partus Virginis est fetus labiorum!*

Nada es más exacto que esto. El nacimiento no es otra cosa que el origen de un ser viviente de otro ser viviente, en la semejanza de la misma naturaleza. Pues bien: Jesucristo es reproducido vivo en el pan consagrado, y es reproducido en la semejanza de la naturaleza humana y de la operación divina del sacerdote, que obra como hombre y habla como Dios; así como nace siempre vivo del seno del Padre en la semejanza de su naturaleza divina; y como nació también vivo del seno de la madre en la semejanza de su naturaleza humana. Por consiguiente, un verdadero nacimiento del Verbo de Dios se verifica en las manos del sacerdote que consagra la Eucaristía, así como se verificó en el seno de la Virgen y en el seno de Dios.

La fe católica, hermanos míos, reconoce tres nacimientos diferentes del Salvador. El primero tuvo lugar en el cielo, antes del principio de los tiempos; el segundo tuvo lugar en la gruta de Belén, en la plenitud de los tiempos, y el tercero ha tenido y tendrá lugar en el altar, hasta el fin de los tiempos. El primero es eterno, el segundo fue temporal, y el tercero será perpetuo.

Por su primer nacimiento Jesucristo nació Hijo de Dios, en forma de Dios: *Qui cum in forma Dei esset* (Philip, II), contra la blasfemia de Arrio, que hizo de él un hombre; por el segundo nació hijo del hombre con la forma de siervo: *Formam servit accipiens* (Ibid.), contra la blasfemia de Marción, que hizo de él un fantasma; por el tercero nace siempre el mismo, verdadero alimento del alma, bajo la forma de pan: *Caro mea vere est cibus* (Joan, VI), contra la blasfemia de Calvino, que no ve en la Eucaristía más que un signo y un juego.

En el primer nacimiento, el Verbo divino es engendrado como un término del nacimiento de Dios; en el segundo, como el fruto de las entrañas de María; en el tercero, como el efecto de las palabras del sacerdote.

El primer nacimiento se verifica por una emanación permanente, el segundo por una concepción divina, y el tercero por una transubstanciación milagrosa. ¡Oh bellas y magníficas armonías del dogma cristiano!

Mas de estos tres nacimientos, el nacimiento eucarístico es el que nos toca más de cerca y el que nos es más propio y más personal.

Por su primer nacimiento, el Verbo de Dios, encerrado en el seno

del Padre eterno, permaneció, durante toda una eternidad que precedió a la creación del hombre, extraño al hombre. Por su segundo nacimiento, sólo habitó durante el corto espacio de algunos años con un solo pueblo, en un rincón de la tierra. Por su nacimiento eucarístico, se encuentra, dieciocho siglos ha, en todos los puntos de la tierra, aun los más oscuros; conversa con todos los pueblos cristianos, aun los menos civilizados, y con cada cristiano en particular, y permanecerá de este modo hasta el fin del mundo.

Siendo así que el Verbo divino por su primer nacimiento no salió del seno de su Padre, y permaneció en las profundidades de la naturaleza divina, no pudo ser conocido sino al través del enigma de sus obras. Cuando por su segundo nacimiento apareció como hombre en medio de los hombres, se le pudo conocer, verle, oírle y conversar con él en persona; pero sólo por su tercer nacimiento es posible unirse íntimamente a él, alimentarse de él e identificarse con él; porque por la comunión eucarística no se da el en figura, sino en verdad; no se da de un modo místico, sino de un modo real; no se da por una emanación de su gracia, sino por la comunicación de su persona.

Por la encarnación no se unió más que a nuestra especie, y por la Eucaristía se une a cada uno de sus individuos; por la encarnación contrajo un verdadero parentesco con nuestra naturaleza, y por la Eucaristía entra en los límites de nuestras personas. La Encarnación fue una especie de comunión general de la naturaleza divina con toda la humanidad, y la comunión eucarística es una especie de encarnación personal por la que el Hombre-Dios se une de la manera más íntima a cada hombre en particular. Recordemos que en la antigua Iglesia los cristianos y los obispos, en señal de unidad en la misma creencia, se enviaban mutuamente el pan consagrado. No se consideraba que confesaba una misma doctrina sino el que participaba de la misma comunión; porque, así como el símbolo es la comunión de los espíritus, la comunión es el símbolo de los corazones. Según el bello pensamiento de un piadoso y sabio obispo, la Eucaristía es respecto a la encarnación lo que el dogma de la Providencia es con respecto a la creación. La Providencia, que nos conserva, no es otra cosa que la misma acción del Dios criador, ó la creación misma, extendida, aplicada y particularizada a cada uno de los hombres; y la Eucaristía es la misma acción del Dios redentor, extendida, aplicada y particularizada a cada uno de los cristianos. Sin la Providencia la creación hubiera sido imperfecta, y, por decirlo así, casi vana; porque ¿de qué nos hubiera servido haber sido criados, si el mismo poder que nos dió el ser no hubiera cuidado de conservarnosle? Y sin

la Eucaristía parece que la redención hubiera dejado mucho que desear: porque, no solo teníamos necesidad de ser redimidos, lo que se verificó por la muerte de Jesucristo, y de que se nos aplicase personalmente el beneficio de esta redención, lo que se hace por el bautismo, sino que necesitábamos también un medio poderoso y eficaz para mantenernos siempre en las condiciones sobrenaturales y divinas en que la redención nos colocó, y para vivir una vida sobrenatural y divina, lo que sólo se verificó por la Eucaristía. Luego, así como la Providencia es el último término del amor del Dios criador, la Eucaristía ha sido, dice el evangelista San Juan, el último término, el non plus ultra, del amor del Dios redentor: *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexisset eos.* (Joan. XIII.)

Esto es lo que San Pablo llama, como hemos dicho ya, las profundidades de Dios: *Profunda Dei*, los grandes e inescrutables misterios de Dios, que contienen toda la obra de Dios y toda la esperanza para el hombre, y que reúnen en un todo armónico y completo todas las relaciones entre Dios y el hombre. Quitad el misterio de la presencia real, y este inefable todo, esta sublime armonía, cesa, y parece que falta una cosa á las manifestaciones de la bondad de Dios, á la perfección, á la felicidad y á los consuelos del hombre. Ved aquí cómo el misterio de la Eucaristía es el complemento, no sólo del misterio de la Encarnación, sino de todos los misterios y de todas las obras de Dios.

Mas, por lo mismo que la Eucaristía completa estos inefables misterios, estas grandes obras; las prueba también, las persuade y es el Memorial divino de ellas, como la llama Santo Tomás; el Memorial perpetuo, permanente, siempre antiguo y siempre nuevo, que mantiene siempre presente su memoria, siempre poderosos sus atractivos, siempre vivas sus esperanzas, siempre activo y fecundo su amor en los corazones: *Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus; escam dedit timentibus se.* Esto consiste en que, por la Eucaristía, los efectos generales de la encarnación se repiten en cada cristiano que la recibe.

Por la encarnación se establece una unión íntima entre la naturaleza divina y la naturaleza humana. En Jesucristo, la humanidad tomada en la persona divina del Verbo, comienza á vivir, en el Verbo y por el Verbo, una vida divina; y por la Eucaristía el cristiano se une á Jesucristo de la manera más íntima y más perfecta, por la unión que resulta de la manducación, por la que la cosa comida se transforma en la substancia del que la come; de modo que, después de la unión hipostática de la persona del Verbo con su humanidad, no hay

una unión más íntima ni más perfecta que la de Jesucristo con el cristiano que comulga; de modo que por esta misma comunión, como nos lo enseña el mismo Jesucristo de la manera más clara, más explícita y formal, el cristiano que comulga permanece en Jesucristo, como Jesucristo permanece en él, y vive en Jesucristo y por Jesucristo, vive con la misma vida divina de Jesucristo: *Qui manducavit me, in me manet et ego in eo, et ipse vivet propter me.* (Joan., VI.) Unidos de la manera más íntima al viejo Adán, representados en él y encerrados todos en él, como una raza entera se encierra en su cabeza; habíamos pecado en él y con él; su corrupción había pasado á nosotros, se había infiltrado hasta la médula de nuestros huesos, nos había invadido, nos había viciado enteramente, no sólo con respecto al espíritu y al corazón, sino también con respecto á la carne y á la sangre. Para ser regenerados y curados teníamos necesidad, dice San Bernardo, de que el nuevo Adán se uniese íntimamente á nosotros y se comunicase á todo nuestro ser. Pues bien: esta unión, que comienza por el bautismo, se completa por la Eucaristía, á la que se refieren todos los sacramentos. Pues por la comunión el Salvador se une, no sólo á nuestro corazón y á nuestro espíritu, sino también á nuestra sangre y á nuestra carne; él ocupa todo nuestro ser, y el Dios que crió á todo el hombre, que redimió á todo el hombre y que glorificó á todo el hombre, identifica con él á todo el hombre y lo convierte en sí mismo. Y Bossuet ha dicho igualmente: «En la Eucaristía el Hijo de Dios, tomando la carne de cada uno de nosotros, comunica á nuestro ser las cualidades divinas del suyo, y consigue de este modo el objeto final de la religión sobre la tierra.»

Por la encarnación Jesucristo reconcilió los hombres con Dios y los hombres entre sí, y formó de ellos una familia, una sociedad de hermanos, que tienen á Dios por padre. Por la comunión se repite continuamente el mismo misterio. Es verdad que, si hemos perdido la amistad divina por nuestros pecados después del bautismo, sólo por la absolución sacramental volvemos á estar en gracia con Dios; pero también es cierto que el cristiano no acaba de sentirse ni de creerse en estado de gracia con Dios y perfectamente reconciliado con él sino cuando, con el permiso que para ello le da el ministro de Dios, se acerca á la sagrada mesa; y que el gozo que estas palabras del sacerdote: *Te es absolvo*, producen en el alma del penitente, no se completa sino por estas otras palabras: *Id á comulgar*. Al recibir á Jesucristo es cuando el cristiano, que acaba de borrar sus culpas con las lágrimas del arrepentimiento, no tiembla ya como enemigo de Dios, no se mira ya como extraño á Dios, sino que se considera como

su amigo y su hijo, reintegrado en todos sus derechos a los abrazos, a los besos y a las ternezas de Dios. Sólo entonces su confianza es entera y su seguridad perfecta, sólo entonces es cuando la paz de Dios lo posee y el consuelo celestial lo inunda. Así como todas las diferencias y todos los odios entre el hombre se terminan en la mesa de la familia, al comer un mismo alimento terreno, de la misma manera toda frialdad, toda enemistad entre el hombre y Dios se termina en la santa mesa, al comer el alimento divino que la saliduría encarnada, como estaba anunciado, preparó ella misma, convirtiendo el pan en su cuerpo y el vino en su sangre: *Sapientia miscuit vinum, et posuit messam suam.*

El Verbo por la encarnación trajo la verdad al mundo, y la Eucaristía es también una fuente de luces para el cristiano que la frecuenta; porque ella es ese pan misterioso que la profecía llama el pan de la vida y de la inteligencia y el agua de la sabiduría y de la salud: *Panis vita et intellectus, et aqua sapientia salutaris*; y que, vivificando el corazón, esclarece el espíritu, lo eleva y le da el conocimiento de las cosas divinas. No es esto decir que la Eucaristía nos revele verdades nuevas, distintas de las que hemos aprendido por la enseñanza de la fe; sino que, iluminando estas mismas verdades, nos hace ver y sentir mejor su razón, su conveniencia, su credibilidad, su valor, su encanto, su grandeza y su armonía.

Por la frecuencia de la Eucaristía, la revelación general que ha procedido del misterio de la encarnación se presenta, dice San Juan Crisóstomo, rodeada de nuevos resplandores y de nuevos atractivos al espíritu y al corazón del cristiano. Siendo la Eucaristía el misterio por el que Jesucristo se une al cristiano y se encarna en cierto modo en el cristiano, es en sí misma la prueba sensible y permanente que nos persuade, mejor que todos los discursos, que en Jesucristo se ha unido Dios al hombre, se ha encarnado en el hombre, ha tomado nuestra propia carne y nuestra propia humanidad, y que Jesucristo es verdadero hombre y verdadero Dios.

Así pues, en la sagrada mesa es donde los verdaderos católicos se instruyen y adquieren esa convicción profunda, esa persuasión íntima, esa creencia intrépida, firme e incontrastable, en el dogma cristiano, que, manifestadas por su lenguaje y por sus acciones, son un objeto de extrañeza, de confusión y desesperación para el hereje perfiado y para el filósofo incrédulo, que no comprenden ni pueden comprender este misterio de una fe que procede del amor y que se afirma por el amor. Al oír á estos verdaderos católicos hablar de los grandes misterios de la religión, parece que la fe ha perdido para

ellos sus angustias tinieblas, que se ha despojado de su velo sagrado, y que ellos ven todo cuanto creen, como parece también que ellos poseen todo cuanto esperan y que abrazan todo cuanto aman. ¡Oh! ellos no necesitan hacerse la menor violencia para cautivar su inteligencia en honor de la verdad de Dios, que el hombre no puede comprender. Los misterios más abstractos y más incomprensibles, lejos de aterrar y de rechazar su inteligencia, la atraen á sí, la obligan á descansar en ellos con una completa seguridad, y forman sus delicias y ventura. Esto consiste en que la luz que el misterio eucarístico derrama en el alma que se acerca á él con frecuencia, quita toda dificultad, todo peso y toda dureza al yugo de los dogmas revelados, sea cualquiera su profundidad y su incomprensibilidad; y de este modo, solo con el rocío de la gracia y con el calor secreto del amor, se produce la fe en tales almas, sin esfuerzo alguno, como esas plantas útiles y esas yerbas aromáticas que brotan espontáneamente en ciertos terrenos privilegiados. Ella no parece ser como un razonamiento del espíritu, sino como un sentimiento del corazón; ella es una expansión natural del alma, es sencilla, fácil, pacífica, tranquila y feliz en sí misma; esta es la fe amorosa, hija del amor que cree; porque el amor es adivino y la ternura es crédula. Para estas almas creer es amar, así como amar es creer; y amando los profundos misterios que ellas creen, creen mejor y entienden mejor esos mismos misterios que aman.

El fruto del árbol de la ciencia había oboceado nuestra inteligencia; el fruto del árbol de la cruz, que los paganos llaman el árbol de la necesidad: *Gentibus stultiam* (San Pablo), la ilustra. «El vino de nuestros campos, dice un elocuente escritor, nos hace perder la razón humana, y el vino del altar nos vuelve la razón divina. Nuestra razón, los ojos de nuestra alma, no veían ya, después de la caída, las cosas tales como eran. Sin duda el Verbo iluminaba continuamente, pero nuestros ojos interiores estaban enfermos. La Eucaristía, la carne de un Dios, la sangre de un Dios, cura las pasiones, esa fiebre del alma, contraída en los vínculos de la carne y de la sangre del pecado. Dando al hombre el atractivo espiritual, que contrarresta el atractivo sensible, quita la obscuridad esparcida sobre nuestra razón.

¡Oh eficacia maravillosa de esta institución divina! El misterio de la fe por excelencia: *Mysterium fidei*, el misterio que exige el mayor esfuerzo de fe, el misterio que ejercita de la manera más fuerte la fe, es al mismo tiempo el misterio que excita más la fe, que la fortifica; que la afirma, que la hace más fácil, más homogénea al espíritu y más simpática al corazón; que la adorna, la embellece y la perfecciona.

na! El misterio de fe es también el misterio maestro, el misterio que enseña todas las verdades.

He aquí, pues, hermanos míos, cómo el misterio de la Eucaristía completa y afirma el dogma; cómo es el misterio más razonable y fecundo, y es por lo mismo el firme sostén de nuestra fe.

Audamos, hermanos míos, a la divina Eucaristía; allí encontrará luz nuestra inteligencia para reconocer y admirar los altos misterios de la fe, y fuego de la caridad nuestro corazón para agradecer tantas muestras de amor infinito; y de este modo al pie del tabernáculo santo obtendremos aquella firme esperanza, de que así como ahora contemplamos a Jesucristo velado por los accidentes eucarísticos, algún día tendremos la dicha inefable de verle y adorarle sin velos ni sombras en la gloria. *Amén.*

LA EUCARISTÍA COMO SACRAMENTO

*Memoriam fecit mirabilem suarum,
misericors et miserator Dominus; escam
deit timentibus se.*

Dejó memoria de sus maravillas, el
Señor misericordioso y compasivo: á
sintento á los que le temen.

(SALMO CXI, 4, 5.)

Qué palabras, hermanos míos, podré recordaros en estos momentos, más adecuadas, que las del real Profeta, que he tomado por tema para expresar los portentos de amor de Jesucristo, en la sagrada Eucaristía, donde se da a sí mismo en alimento a aquellos que verdaderamente le sirven, le aman y adoran? *Memoriam fecit mirabilem suarum misericors et miserator Dominus; escam deit timentibus se.*

Sí, hermanos míos, la Eucaristía lo es todo para nosotros. La Eucaristía es Dios, compañero de nuestro destierro, Dios objeto de nuestro culto, Dios que borra nuestros pecados y nos llena de su gracia, Dios a un mismo tiempo precio de nuestro rescate, alimento de nues-

tras almas y prenda de nuestra inmortalidad; la Eucaristía es el misterio de los misterios, la maravilla de las maravillas, el prodigio de los prodigios, que comprende en sí misma y que renueva continuamente por sí misma todos los misterios, todas las maravillas, todos los prestigios del amor divino.

La eterna bondad, tan magnífica en la preparación del alimento de nuestros cuerpos, se excedió cuando trató de prepararnos el alimento de nuestras almas. Para el cuerpo puso a nuestra disposición sus dones, y para el alma se nos da ella misma. El fruto del árbol del Edén nos había causado la muerte, y el fruto del árbol del Calvario, la carne del Verbo, carne divina y esencialmente vivificante, lleva la vida divina a nuestras almas y hace participar de ella a nuestros cuerpos. Así como por la manducación del alimento prohibido con la amenaza de la muerte temporal, aun el espíritu del hombre se había hecho carnal, por la manducación del alimento prescrito bajo la promesa de la vida eterna, aun la misma carne del hombre se hace como espiritual, porque la carne del Verbo, esencialmente vivificante, es también esencialmente espiritualizadora. ¡Oh belleza inefable del sacramento de la Eucaristía! ¡Oh inapreciables dones los que están encerrados en la comunión eucarística!

¡Ah, hermanos míos, vengo a hablaros en estos momentos, de este pan divino, del sacramento de la Eucaristía, haciéndoos ver las elevadas razones, las conveniencias divinas de su institución; su conformidad y homogeneidad con las condiciones y estado del ser humano. Mas para esto necesitamos de la gracia divina. *Ave María.*

Dios, primer principio, hermanos míos, y último fin del hombre, no es para el hombre un objeto accidental, extraño é indiferente, sino un objeto esencial, íntimo y necesario. Ved aquí por qué todo lo que es defectuoso y perecedero, todo lo que no es infinito y eterno, puede entretenerle, pero no satisfacerle, puede recrearle, pero no hacerle dichoso. Es cierto que muchas veces se extasia ante unas verdades secundarias y se complace en unos bienes frívolos y caducos. Pero al mismo tiempo que se detiene en estas verdades y que persigue estos bienes, quiere conocerlo todo, desea gozarlo todo y para siempre, busca incesantemente lo absoluto, lo inmenso, lo eterno, lo bello y lo perfecto; pero lo absoluto, lo inmenso, lo eterno, lo bello y lo perfecto es Dios. Luego, aun al abrazar el error que le extravia, al seguir el mal que le degrada, al entregarse a las criaturas que le alejan de Dios, aun en todo lo que no es Dios, el hombre busca intuitivamente a Dios y procura entregarse a Dios; porque a Dios es a

quien se conoce implícitamente; como dice Santo Tomás, en todo lo *conoscible*; á Dios es á quien se ama implícitamente en todo lo que es amable.

Por otra parte, así como la tierra se dirige hacia el sol con toda su masa; así el hombre se dirige hacia Dios con todo su ser. Por consiguiente, no sólo su espíritu y su alma, sino también su corazón material, como dice la Escritura Santa, su cuerpo, su carne, sus huesos humillados por los pecados, se dirigen á Dios, buscan á Dios, aspiran á Dios, se estremecen de impaciencia y de esperanza por estar cerca de Dios y saltan de gozo y de ventura en presencia de Dios. Así, pues, el hombre no está ni puede estar satisfecho con poseer á Dios en su inteligencia por la fe y en su corazón por la gracia, sino que quiere verle con sus ojos, tocarle con sus manos, estrecharle en sus brazos, besarle con sus labios, estar en relaciones sensibles con él, vivir corporalmente en su unión y en su compañía.

De ahí nace, hermanos míos, ese instinto profundo, constante é invencible del hombre de delinear, de pintar y de escribir á Dios ó á aquello que toma por Dios; ese instinto es sin duda alguna el que ha creado las bellas artes, que después se han degradado, haciéndolas servir tan sólo para figurar las criaturas, pero que no por eso dejan de tener su principio, su razón y su inspiración primera en la inclinación natural que tiene el hombre (y que nada es capaz de extinguir) de representarse á su Criador bajo formas sensibles. De ahí también nació esa especie de manía de todos los pueblos paganos de multiplicar hasta lo infinito los ídolos ó las imágenes de los falsos dioses, llenando de ellos, no sólo sus habitaciones y sus casas particulares, sino también los campos, las ciudades, las calles, las plazas, los caminos y los edificios públicos, y de llevar consigo ciertas reliquias ó pequeños ídolos. De ahí, finalmente, el mismo empuje de los verdaderos católicos en valerse de toda especie de maderas, de piedras, de metales, de telas y aun de papel, para hacer imágenes del verdadero Dios y de los santos, los verdaderos amigos de Dios; de colocar en todas partes estos signos sagrados, representativos de la Divinidad en sus más bellas obras, los santos; de llenarlo todo de ellos, de llevarlos consigo, de estrecharlos contra su corazón, de besarlos y de tributarles un culto de religión y de amor.

Pero no hemos dicho cuanto hay que decir de las tendencias del hombre hacia Dios. Todo ser que ama, aspira á asimilarse al ser amado y á parecerse á él. El hombre, por un instinto natural, por un impulso de su corazón, se dirige hacia Dios y ama á Dios; y, por consiguiente, le es natural desear parecerse á Dios y asimilarse á Dios.

Así, pues, cuando Satanás sugirió á nuestro primer padre el deseo de ser como Dios, comiendo del fruto prohibido, no le infundió un pensamiento absurdo en su espíritu ni un sentimiento sacrilego en su corazón, supuesto que parecerse á Dios ó asimilarse á Dios es para el hombre una necesidad de su naturaleza, una inclinación de todo su ser. Satanás le engañó únicamente prometiéndole conseguir, por la desobediencia á Dios, por la rebelión contra Dios y por el odio rival de Dios, esta semejanza con Dios, que no podía ni debía ser más que el premio de su obediencia, de su fidelidad y de su amor. Adán sólo se engañó en la elección de los medios, y no en el pensamiento del fin. Su deseo de hacerse semejante á Dios fué, en cuanto á su origen, el exceso desarreglado de un instinto legítimo, más bien que el desorden de una voluntad perversa, porque el hombre no puede encontrar su perfección y su felicidad más que en su unión íntima y en su semejanza misteriosa con Dios.

El modo más propio de asimilarse á una cosa, de parecerse y de identificarse á ella es comerla; porque la cosa que se come se transforma en la substancia del que la come. De ahí nace la tendencia del hombre á acercarse á la boca todo cuanto ama. Ved aquí por qué el beso es en el hombre la expresión más fiel y la necesidad más impetuosa del amor. Ved esa madre tierna que estrecha á su pequeño hijo en su seno, lo aplica á sus labios, lo llena de besos, y en cierta manera parece que se lo quiere comer. ¿Qué es lo que intenta hacer ella con esos extremos? Las palabras con que ella los acompaña nos lo dicen demasiado.

Hay más aun; el filósofo cristiano, descendiendo á las profundidades del corazón del hombre con la antorcha de la fe en la mano, encuentra en el oculto, bajo sus pliegues, un incomprendible y misterioso deseo-deseo tímido, avergonzado de sí mismo y ocultándose de sí mismo, como toda pretensión exorbitante é imposible de realizarse; encuentra el deseo innato é íntimo de recibir á Dios, de unirse á Dios, de alimentarse y nutrirse de Dios; encuentra el apetito del hambre misma de Dios! ¿Queréis una prueba sin réplica de este maravilloso instinto? Id á sorprender los pueblos en el momento del ejercicio de su culto en todas las épocas de la humanidad; y sea cual fuere el grado de su civilización ó de su barbarie, sean cuales fueren sus creencias, sus ritos, sus hábitos y sus costumbres, los veréis á todos comerse lo que ha sido ofrecido á su dios; lo que ha sido bendecido por el sacerdote ó consagrado por la religión, como una cosa sobrenatural, celestial y divina, como si fuese el mismo dios. Los veréis á todos, no sólo asistiendo al sacrificio de la víctima inmolada

en honor de Dios, sino repartiéndose y comiendo piadosamente sus restos. Los veréis á todos considerando y practicando la *comunión* como una de las ceremonias integrantes y esenciales del culto. Pues bien; todo lo que ha sido practicado por todos los hombres, en todos los tiempos y en todos los lugares, es indudablemente una ley de la humanidad, y procede del fondo mismo de la naturaleza humana.

La verdad, la realidad de estas tendencias, de estos instintos del hombre con respecto á Dios, se revelan en todos sus actos, y aun en sus funestos extravíos del verdadero camino y del verdadero modo de honrar á Dios. Nada, es, pues, más evidente ni más cierto que la realidad de las tendencias inefables y misteriosas, pero naturales, del hombre, durante esta vida, de poseer á Dios bajo formas sensibles para unirse á él, no sólo con su inteligencia y corazón, sino también con su cuerpo; para poder conversar familiar é intimamente con él; para poder complacerse en él, alimentarse de él e identificarse con él.

Pero recordemos, hermanos míos, que, según la alta filosofía de los libros santos, la única filosofía verdadera, como Dios, que es su autor, el hombre en este mundo es, con respecto al orden espiritual, semejante á un niño que acaba de nacer; que, por consiguiente, entregado á sí mismo; no juzga ni habla *sino* como un niño de las cosas de la eternidad de Dios y del Dios de la eternidad; y que sólo en el cielo es donde deja todos los defectos de la infancia y donde se hace hombre adulto, hombre completo, hombre perfecto, con la plenitud, la perfección y edad de Jesucristo.

Ahora bien, hermanos míos, el niño recién nacido siente sus necesidades, pero no las comprende; las da, sí, á conocer por sus contorsiones, por sus gritos y por sus lágrimas; pero no sabe formularlas ni expresarlas con la palabra, y mucho menos conoce ni puede proporcionarse el medio de satisfacerlas. Experimenta, por ejemplo, esa necesidad de alimento que se llama *hambre*, antes que su madre haya conseguido por los ensayos y los esfuerzos de muchos días aplicarle á su seno. La anuncia estremeciéndose, gritando y llorando; pero no sabe ni sospecha siquiera que allí, y sólo allí, en la substancia misma, convertida en leche, de la que le ha dado la vida, es donde puede encontrar el alimento que le conviene y puede saciarle. La madre es quien, en virtud de un instinto inteligente y de una maravillosa aptitud de que le ha dotado la providencia del Dios Criador, advina todas las necesidades de su hijo, las causas de su malestar y de sus dolores, y se apresura á satisfacerlas.

Esto mismo exactamente le sucede al hombre espiritual: siente en sí la inmensa necesidad de Dios, la necesidad de tenerle siempre con-

sigo, de unirse á él con su inteligencia, con su corazón y aun con su cuerpo; de identificarse con él; la necesidad de que Dios se humane, á fin de que él pueda ser deificado; la necesidad de acercarse á Dios y de asemejarse á él por todos los medios, aun por la manducación; el siente, en una palabra, el hambre de Dios, que le devora; pero, entregado á sí mismo, podrá manifestar esta hambre, como lo hace frecuentemente, por los extravíos de sus errores, por las torpezas de sus vicios y por el ciego instinto con que se adhiere á las criaturas; pero jamás la comprenderá ni sabrá darse razón de ella, y mucho menos podrá por sí solo imaginar que el medio de satisfacer real y completamente esta necesidad de intimidad con Dios, esta hambre misteriosa de Dios, era posible; y aun estaba ya dispuesto, en las riquezas de la bondad de Dios con respecto á él, y mucho menos hubiera podido proporcionárselo el mismo. ¡Ah! Si el mismo Dios no se lo hubiera dicho, jamás el hombre hubiera podido sospechar, ni aun remotamente, que un día había de encontrar en la ternura maternal de su redentor, Dios y hombre, el modo de tenerle siempre consigo, de comer de él y de alimentarse de su substancia bajo los accidentes de pan.

Este alimento substancial, este alimento divino, este pan misterioso, es el que pedían con sus gritos y llantos aquellos desventurados niños de que habla el Profeta, es decir, los hombres, antes de la venida del Hijo de Dios en la tierra, y que nadie pudo jamás proporcionárselo. Los cultos idolátricos no ofrecían al hombre más que pan mojado en la sangre de sacrificios infames y horribles, pan emponzoñado; porque, como único medio de comunicarse con Dios y de unirse á Dios, le indicaban el crimen, que insulta á Dios; la disipación, la embriaguez, el homicidio, el sacrilegio, personificados en ciertos hombres que habían convertido en dioses. Entre los judíos y entre aquellos gentiles que seguían la verdadera religión, estaba Dios conversando con ellos por medio de sus ángeles, por medio de sus patriarcas, de sus profetas y del arca del Testamento, que contenía el maná, figura de la Eucaristía, que ellos llamaban *el Señor*, que caminaba siempre con ellos y residía en medio de ellos. Además comunicaban también con Dios por la manducación del cordero, de los panes de proposición y de los restos de las víctimas ofrecidas á Dios; porque por estos medios participaban ellos en cierto modo por la fe de las mismas gracias de que participamos nosotros por la Eucaristía. Esto les hace decir: No hay en el mundo una nación más privilegiada que nosotros, porque ninguna nación está tan cerca de sus dioses ni tan unida á ellos como nosotros lo estamos del

nuestro; el está siempre en medio de nosotros, con nosotros y en nosotros, escuchando nuestras oraciones y satisfaciendo todas nuestras necesidades.

Mas esta unión íntima con Dios y esta comunión de Dios se debía más bien á la esperanza, á la figura y á la profecía, que á la fe, á la realidad y al hecho, y á pesar de que satisfacían las necesidades esenciales que tenía el hombre de esta unión y de esta comunicación, estaban muy lejos de saciarle completamente y de alegrarle. Este era el pan de echada de que habla el evangelista San Juan (XII), que es también un alimento, pero no un alimento tan substancial ni tan agradable como el pan de trigo. Mas el pan del trigo de los elegidos, de que habla Zacarías (Zach., IX), y el verdadero pan de la vida y del entendimiento, que había cantado la Sabiduría, estaba prometido, se esperaba, se buscaba por todas partes, pero no se encontraba en ninguna.

Y ¿qué fue lo que hizo el Hombre-Dios? Se constituyó él mismo en madre del hombre; porque, escuchad lo que él nos hizo decir por su profeta: *Siom, dice Isaías, se ha quejado de que Dios la ha abandonado; y el Señor respondió: ¿Qué dices tú, pobre humanidad? ¿Es posible que una madre olvide á su hijo? Pues bien; yo te digo que aun cuando una madre pueda olvidar al fruto de sus entrañas, yo, tu Señor y tu Dios, no te olvidaré jamás.*

En efecto, nuestro amable Salvador hizo por nosotros lo que una madre buena, compasiva y amorosa hace por su pequeño hijo. El conoció todos nuestros instintos y todas nuestras necesidades espirituales, porque somos obra suya, porque somos el barro que el modeló con sus manos; y, supuesto que entre estos instintos y estas necesidades se encuentra el de tener realmente á Dios con nosotros y en medio de nosotros bajo especies sensibles, para poder conversar íntimamente con él, vivir siempre en su compañía y unirnos perfectamente con él, aun corporalmente, con todo nuestro ser; supuesto que entre esos instintos y esas necesidades se encuentra también el de alimentarnos de la substancia misma de nuestra madre divina, que nos ha dado á luz en el orden de la gracia, como el niño experimenta el instinto y la necesidad de participar de la substancia de la madre humana, que le ha dado á luz en el orden de la naturaleza; nos reveló el mismo ese instinto y esa necesidad que nosotros experimentábamos sin comprenderla, y se apresuró á satisfacerla por un medio que jamás hubiéramos podido pensar; y que jamás hubiéramos creído posible; porque ved aquí cómo habló él y cómo obró, según el Evangelio: Hijos míos, dijo él un día, no temáis, no lloréis; porque

yo sé lo que necesitáis. ¡Vosotros necesitáis que yo esté siempre con vosotros, en medio de vosotros! ¡Pues bien! Yo os prometo que así será: el amor que os profeso me ha hecho encontrar el modo de permanecer siempre realmente con vosotros hasta el fin de los siglos, y de estar siempre á vuestra vista bajo otra forma, cuando bajo la forma actual no me podáis ya ver. Yo sé muy bien que vosotros tenéis necesidad de un pan substancial y celeste; que vosotros tenéis hambre de este pan, sin conocerlo ni comprenderlo, aun después que os sea dado. Pues bien; mi Padre, que es también vuestro Padre, os proporcionará este pan verdadero del cielo, que ni los autores de falsas religiones, ni aun el mismo Moisés, han podido daros. Este pan que yo os daré, de acuerdo con mi Padre, es mi propia carne; que es la vida del mundo. Porque os aseguro que yo sabré convertir mi carne en verdadera comida y mi sangre en verdadera bebida. De este modo habré provisto á todas vuestras necesidades, habré satisfecho todos vuestros instintos y llenado todos vuestros deseos, porque saciados con mi carne y refrigerados con mi sangre, alcanzaréis la vida eterna. Y con estas intenciones, que la ceguera voluntaria del hereje y el orgullo insensato del filósofo no comprenden, porque son indignos de comprenderlas; con estas intenciones tan dignas de su sabiduría y de su amor, consagró el pan y el vino en su última cena, y dijo á sus discípulos: «Hijos míos, tomad y comed: *Este es mi cuerpo*, este mismo cuerpo que os voy á dar (entregándolo á la muerte); bebed todos de este cáliz: *Esta es mi sangre*, la sangre del Nuevo Testamento, esta misma sangre que será derramada por vosotros. Y él instituyó, de la manera más cierta, más formal y evidente, la Eucaristía, el sacramento inefable de su divino cuerpo, el más grande prodigio de su omnipotencia, el recuerdo, la prenda más preciosa de su bondad, por el que este amoroso Salvador, cumpliendo su promesa y realizando su palabra, no sólo se quedó con nosotros y en medio de nosotros, sino que se hizo el alimento de todos los que le temen como á su Señor y le aman como á su Padre.

Pero el prodigio y el misterio de la Eucaristía, prodigio de prodigios y misterio de misterios, á pesar de lo incomprendible que es en sí mismo, nos es perfectamente conocida en sus relaciones con nuestra propia naturaleza. Ciertamente que la razón permanece y permanecerá siempre admirada y abismada ante este prodigio permanente, en el que, según San Agustín, la sabiduría, la riqueza, el poder y la bondad infinita de Dios se agotaron en cierto modo en favor del hombre. Mas, según lo que acabamos de considerar respecto á los instintos más extraños, á las necesidades más profundas y á las relaciones

más íntimas y más ocultas de la naturaleza humana con Dios, sin poder jamás comprender el *cómo* por virtud del cual este gran sacramento se obra, comprendemos perfectamente el *por qué* en cuya virtud ha sido instituido. Nosotros comprendemos perfectamente sus elevadas razones y sus conveniencias divinas, su conformidad y su homogeneidad con las condiciones y con el estado del ser humano; nosotros comprendemos su importancia y aun su necesidad.

Hemos visto, hermanos míos, que el hombre siente una necesidad inmensa de estar siempre junto a Dios, de tener siempre á Dios consigo, de conversar íntimamente con Dios, de recibir á Dios en su propia persona, de unirse á Dios y de transformarse en Dios, alimentándose de Dios; y que esta necesidad es para el hombre una necesidad sagrada, íntima é intrínseca, que hace del fondo mismo de su naturaleza, y forma el carácter distintivo de su ser y de su modo de ser. Pues bien, era muy natural que esta necesidad del hombre fuese satisfecha, y que, queriendo Dios satisfacerla, hiciese servir su poder infinito á este gran designio de su sabiduría infinita y de su infinita bondad. Todo esto se verifica completamente por la Eucaristía. Nosotros comprendemos, pues, que este misterio, á pesar de ser un misterio que sólo la inteligencia infinita ha podido imaginar, y que sólo el poder infinito ha podido cumplir bajo la inspiración del amor infinito, es, sin embargo, el misterio más conforme á la naturaleza de Dios y del hombre; y que, á pesar de ser divino y sobrenatural, porque se eleva infinitamente sobre toda la virtud de la naturaleza, y porque se le cree sin comprenderlo, en virtud de una fe sobrenatural y divina, es, sin embargo, el misterio más sencillo y más natural en sus relaciones con el pensamiento de Dios y las necesidades del hombre.

• Hemos visto que la ausencia de Dios deja un vacío inmenso en el corazón del hombre, y que el hombre, devorado por el hambre y la sed de Dios; se ve dominado por el instinto violento de asimilarse á Dios por la manducación. Pero el mismo Dios fue quien, al criar al hombre, abrió en el corazón del hombre ese vacío que nada finito puede llenar, á fin de que el hombre pudiese recibir lo infinito. El mismo Dios fue quien, al formar la naturaleza humana, le dió esa hambre, esa sed de Dios, ese instinto de comer de las cosas divinas ó del mismo Dios, que ningún bien criado puede aplacar, y que el mismo Dios hizo legítimas y auténticas, poniendo en ellas su sello divino. Pues bien: era muy conveniente y muy justo que la caridad del Dios redentor proporcionase al hombre el medio más propio, más fácil y más eficaz de llenar este vacío y de hacer cesar esta hambre y

esta sed, de satisfacer este instinto, que es obra de la sabiduría de Dios criador. El hombre obtiene todo esto por medio de la Eucaristía. Nosotros comprendemos también que, á pesar de lo indigno que era, por su baja y por su pecado, de este inmenso beneficio, sin embargo, supuesto que la caridad infinita de su Salvador se había obligado libremente á rescatarle, á restaurarle en todo su ser, y á elevarle al estado deífico y perfecto, era muy conveniente y muy justo que esta misma caridad infinita estableciese con la institución de la Eucaristía una perfecta ecuación entre las dichas necesidades é instintos, como divinos del hombre, y el gran objeto que les es propio; y por consiguiente, comprendemos que nada era más conveniente ni más justo que la institución de este sacramento.

Hemos visto además, hermanos míos, que poseer á Dios bajo formas sensibles es una necesidad para el hombre, porque él no puede satisfacer las inclinaciones divinas, las tendencias secretas de su espíritu, de su corazón y de su cuerpo, sino de este modo. La Eucaristía pone á Dios á disposición del hombre bajo formas sensibles. Nosotros comprendemos, por consiguiente, que, sin este sacramento, quedaría todavía al amor infinito algo que hacer para comunicarse al hombre en toda la extensión de su terrena; y una cosa quedaría todavía al hombre que desear respecto á su felicidad terrena; y por consiguiente, comprendemos que la Eucaristía no es un misterio accidental, secundario ó superfluo para el hombre, y sin el que el hombre podía pasar perfectamente, sino que es un misterio que nace necesariamente en cierto modo, como una consecuencia de sus principios, del amor infinito y decidido de llegar hasta el último término de sus manifestaciones en favor del hombre: *Cum dilexisset suos.... in finem dilexit eos* (Joan., XIII), y de la miseria extrema del hombre, que no podía desaparecer completamente sino ante este exceso, como lo llama el Evangelio del amor divino; y que este es un sacramento esencial y necesario, y que procede de cuanto hay más íntimo y más misterioso en la naturaleza humana.

Finalmente, nosotros hemos visto que el hombre tiene necesidad de que Dios permanezca con él, no sólo bajo formas sensibles, sino bajo formas amables; no sólo de modo que calme su temor, sino que excite toda su confianza; no sólo despojado de todo el brillo de su majestad divina, sino ocultando también su figura humana bajo unas especies que él encuentre fácilmente, y que cualquier ministro de la verdadera religión pueda con facilidad hacerlas servir al uso del divino misterio, á fin de que el hombre pueda siempre y en todas partes encontrar á su Dios, y hallar en él el compañero de su

destierro, el consolador de sus penas, el amigo de su confianza, el alimento de su alma, el germen divino de la resurrección de su cuerpo y la prenda de su inmortalidad. Jesucristo en la Eucaristía es todo esto y obra todo esto. Algunas palabras pronunciadas por el sacerdote sobre un pedazo de pan y sobre algunas gotas de vino, substancias que se encuentran en todas partes y que forman el alimento más común del hombre, bastan para encerrarle bajo unos frágiles accidentes y ponerle en estado de encontrarse siempre personalmente en medio de los hombres esparcidos por la superficie de la tierra, y de darse personalmente a cada uno de los hombres en todos los tiempos y en todos los lugares. Nosotros comprendemos también que no era bastante para nuestro amable Salvador asegurarnos su perdón, reconciliarnos con su sacrificio, atraernos con su gracia, ilustrarnos con su doctrina, incorporararnos a su rebaño y prometernos su protección, sino que debía dejarnos este sacramento, como nos lo dejó en efecto, a fin de que podíamos incorporarernos a él mismo; que no era bastante para él perpetuar su presencia moral y alegórica entre nosotros, en su Evangelio, siempre fecundo, en sus otros sacramentos, siempre eficaces; en su sacerdocio, siempre santo, y en su Iglesia, siempre infalible; sino que debía regalarnos también con su presencia personal y real, en el misterio de los altares; que la Eucaristía, no sólo nos era necesaria, sino que nos era necesaria precisamente en las formas bajo que la estableció, y que, para agotar todo su amor y satisfacer todos nuestros deseos, debía instituirlo precisamente del modo que la instituyó: Se ve pues que, al paso que la Eucaristía es el remedio, la perfección y como la deificación de nuestra naturaleza; las miserias, las enfermedades y las necesidades íntimas de nuestra naturaleza nos explican la institución y nos hacen comprender mejor la verdad de la Eucaristía.

¡Cuán ingrato es, por consiguiente, hermanos míos, y cuán necio y ciego respecto a sus verdaderos intereses el cristiano que vive separado del altar eucarístico! ¡Qué de bienes pierde, qué de males experimenta, qué de peligros le rodean, en qué abismo tan profundo se precipita!

Y vosotros, almas verdaderamente cristianas, para quienes Jesucristo en la Eucaristía no reside en vano en el tabernáculo, ni se administra en vano en la sagrada mesa; sino que cifráis vuestras delicias en visitarle, en adorarle, en honrarle y en recibirle frecuentemente, ¡cuán sabios sois respecto á lo que más os importa saber y practicar! Apresurémonos, pues, á seguir tales ejemplos, á fin de gozar de sus ventajas, y para que después de haber vivido cristiana-

mente en este mundo, tengamos todos la dicha de encontrarnos un día en el cielo y de alabar y bendecir unidos á nuestro amable Salvador por haberse dignado perpetuar la memoria y renovar el beneficio de los prodigios de su misericordia y bondad en su Eucaristía, en el alimento divino que ha dejado á sus fieles servidores: *Memoriam fecit mirabilium suorum, misericors et miserator Dominus: escam dedit timentibus se. Amén.*

LA EUCARISTÍA COMO SACRIFICIO

Memoriam fecit mirabilium suorum, misericors et miserator Dominus: escam dedit timentibus se.

Dejó memoria de sus maravillas, el Señor misericordioso y compasivo: dió sustento á los que le temen.

(SALMO cx, 4, 5.)

La más grande de las obras de Dios, hermanos míos, no fué la creación, sino la redención del mundo. Para criar el mundo, sólo tuvo Dios que triunfar de la nada; mas para redimirlo, tuvo que triunfar del mal, y el mal resistió á Dios más que la nada.

¡Ved aquí porque á los ojos del mayor talento, de la más admirable personalidad del cristianismo, San Pablo, el misterio de Dios, fecundando con una palabra la nada y haciendo salir de ella el universo, fué solo como un juego. «Dios, dice él, llamó á lo que no existía, y lo que no existía le respondió como lo que existe: *Vocat ea que non sunt, sicut ea que sunt.*» (Rom., VII.) ¡Y ved aquí también porque mucho antes que San Pablo, el mismo David había resumido en estas dos palabras toda la historia de la creación: «Dios dijo, y todas las cosas fueron hechas; Dios mandó, y todas las cosas fueron criadas.» Mas en cuanto al misterio del Hijo de Dios hecho hombre, derramando su sangre y muriendo por el hombre, San Pablo lo llama «la obra maestra de la sabiduría y del poder de Dios, en la que

la misma sabiduría y el mismo poder de Dios aparecieron en todo el brillo de su majestad, en todo el esplendor de sus prodigios.» Y otro profeta, aludiendo al mismo misterio, dijo: «Esta es la obra propia de Dios, esta es la obra de Dios por excelencia, cumplida, vivificada en medio de los tiempos y reuniendo en sí y dominando por sí misma todos los tiempos.

Mas, á diferencia de las obras del hombre, que apenas se concluyen, cuando se convierten en acontecimientos pasados, y cuyas inscripciones y monumentos, con los que se pretende eternizarlas, no hacen otra cosa que predicar su caducidad y muerte; la grande obra de Dios, la obra maravillosa é inmensa de la restauración del universo por la cruz, cumplida y realizada diez y nueve siglos ha, es una obra siempre presente, siempre subsistente y siempre viviente. Porque Dios, en el exceso de su misericordia y de su bondad, como lo habia hecho anunciar por su profeta en términos muy claros, quiso perpetuar su recuerdo en el inefable y delicioso misterio de la Eucaristía.

En efecto, hermanos míos, la Eucaristía no es solamente un gran misterio y un gran sacramento, sino que además es el más grande y augusto de los sacrificios, en el cual perpetuándose hasta el fin de los siglos de un modo incombustible el gran sacrificio infinito de Cristo en el Calvario, se reúnen en este sacrificio del altar toda la eficacia, mérito y gloria de todos los sacrificios. He aquí la idea, hermanos míos que paso á exponer. Mas antes pidamos la gracia. *Ave Maria.*

El sacrificio, hermanos míos, se define generalmente: «La ofrenda de una cosa exterior y sensible que el sacerdote legítimamente ordenado hace á Dios, y por la que la cosa ofrecida se convierte en otra cosa ó es destruida; y todo esto para significar que la criatura racional reconoce el dominio absoluto del Dios criador sobre ella y se somete á él; y á fin de tributar por medio de este rito al Altísimo el culto supremo de latria que le es debido.» En efecto, al ofrecer á Dios la cosa criada, le reconocemos por Criador, Autor y Señor de todas las cosas; y al consumirla ó al destruirla, confesamos: 1.º, que Dios, que lo ha criado todo de la nada, no tiene necesidad de nuestros dones exteriores; 2.º, que al considerarle como el único Señor de nuestra vida, no queremos abusar de ella, sino emplearla como la hostia que le ofrecemos por su gloria; 3.º, que nos hallamos dispuestos á dar aun nuestra propia vida por el cuando y como él quiera pedirla; y 4.º, en fin, que en nuestra cualidad de pecadores, nos creemos indignos de gozar de esta vida y obligados á sacrificársela; pero que

sabiendo que este Dios de bondad no exige que nos demos la muerte, queremos sustituir otras víctimas que mueran por nosotros, á fin de satisfacer su justicia y obtener los auxilios de su misericordia.

Tal es, hermanos míos, la grandezza, la importancia y la necesidad del acto religioso que se llama *sacrificio*; acto transcendental é inmenso, cuya idea no ha podido el hombre encontrar en sí mismo; acto que él no ha podido inventar por sí mismo; acto que ha sido conocido y realizado por todos los hombres, en todos los tiempos y en todos los lugares (de modo que la historia religiosa de todos los pueblos del universo se resume en la historia de sus sacrificios), sólo porque el mismo Dios fué quien lo reveló y lo estableció en el mundo desde el principio del mundo. Pues bien; por la Eucaristía y en la Eucaristía Jesucristo ofreció, y nosotros los cristianos ofrecemos, según su institución y sus órdenes, su propio cuerpo, obra del Espíritu Santo y divinizado por la unión hipostática con la persona divina del Verbo: nosotros ofrecemos la víctima más pura, más santa, más noble, más augusta y más perfecta; por consiguiente, el sacrificio de la Eucaristía es el más puro, el más santo, el más noble, el más augusto y el más perfecto de todos los sacrificios.

Sino decidme, ¿qué es lo que hizo nuestro divino Salvador en su última cena? Al consagrar separadamente el pan y el vino, y al poner inmediatamente su cuerpo bajo los accidentes del pan y su sangre bajo los accidentes del vino, separó el mismo su sangre de su cuerpo. Ved aquí, pues, una verdadera inmolación, porque la inmolación no es otra cosa que la separación de la sangre del cuerpo de la víctima.

Así encerró á un mismo tiempo todo su cuerpo bajo cada partícula del pan y su sangre bajo cada gota del vino. Es decir, que el oculto bajo estas humildes especies, no sólo su divinidad, sino su humanidad; se empequeñeció y se anonadó en ellas; se colocó en ellas en un estado de insensibilidad y de muerte; porque, á excepción de su palabra divina, que lo revelaba á la fe de los discípulos, nada lo indicaba, nada lo revelaba á sus sentidos, presente como se hallaba todo entero en las especies consagradas. Finalmente, por la comunión que siguió á esta consagración, y por la destrucción completa de las especies después de comidas, cesó de encontrarse encerrado en ellas, dejó de estar en ellas bajo la forma sacramental, y fuera de los efectos de su gracia, nada quedó ya de él bajo la forma misteriosa de víctima, ni sobre la mesa de la consagración ni en el interior de los que habian comulgado. Ved aquí, pues, una verdadera muerte, una destrucción completa de la víctima, *con respecto á los*

sentidos, lo cual es una condición esencial del sacrificio. Al cumplir el Salvador esta acción sublime, la acción por excelencia, como la llama la Iglesia, dió gracias á su Padre: se reconoció, en cuanto hombre, inferior á él, y le honró como á su Señor y á su Dios. Al mismo tiempo dijo: «Este es mi cuerpo, que es dado por vosotros. Esta es mi sangre, que es derramada por vosotros para la remisión de los pecados: *Hoc est corpus meum quod pro vobis datur. Hic est sanguis meus, qui pro vobis funditur, in remissionem peccatorum;*» y de este modo declaró que se inmolaba también por los hombres, para alcanzarles el perdón de sus culpas y la abundancia de la gracia. Ved aquí, pues, el verdadero Gran Sacerdote, el Sacerdote eterno, el único digno, el único capaz de tributar á Dios, siendo Dios también, un culto infinito y perfecto; que, á pesar de vivir en sí mismo, se inmolaba mística y sacramentalmente á sí mismo, ofrece y sacrifica enteramente la única víctima que á tal sacerdote convenía ofrecer, con el doble objeto de tributar un culto supremo á Dios y asegurar la santificación y la salvación de los hombres. Ved aquí, en una palabra, un sacrificio verdadero y real, pero el más sublime, el más magnífico y el más solemne de los sacrificios; porque una víctima más noble no había sido jamás ofrecida, ni volverá á serlo jamás por manos más puras. Este era el Sacerdote-Dios ofreciendo á Dios una víctima divina para honrar á Dios y reconciliarle con el hombre.

El mismo Hijo de Dios hecho hombre, con un ademán de poder y de imperio, añadió entonces estas magníficas palabras: «Haced vosotros también en mi memoria lo que yo acabo de hacer á vuestra vista; y todas las veces que comiereis de este pan y bebiereis de este vino, representareis la memoria de vuestro señor hasta el día en que venga.» Que fue como si hubiera dicho: «La memoria de mi sacrificio futuro se ha conservado hasta ahora viva en el espíritu de mis fieles servidores, y se ha perpetuado por los sacrificios de los toros y de los corderos; mas la memoria de mi sacrificio pasado, que yo he de cumplir en la cruz, se conservará y se perpetuará de una manera muy diferente. Para acordaros siempre de la muerte que voy á sufrir por vosotros, sólo debéis hacer lo que me habéis visto hacer ahora. Vosotros no debéis inmolár más cuerpo que mi cuerpo, ni debéis derramar más sangre que mi sangre, de la misma manera mística y sacramental con que yo mismo acabo de hacerlo, y este sacrificio, comenzado hoy por mí y continuado por vosotros y por vuestros sucesores, será la única representación sensible de mi muerte hasta el fin del mundo.

Es, pues, evidente que en esta memorable circunstancia no hizo el

divino Salvador una ceremonia pasajera, sino que estableció una institución permanente; que abolió con una palabra el antiguo sacerdocio de los sacrificios antiguos, y que le sustituyó un sacerdocio nuevo y único, y un nuevo sacrificio, como el único sacrificio útil en adelante al hombre y agradable á Dios. Como en la misa no hacemos otra cosa que pronunciar, según sus órdenes, las mismas palabras que él pronunció sobre la misma materia del pan y del vino, y repetir la misma ceremonia que él hizo en la cena, y como esta ceremonia fué un verdadero sacrificio, por esta razón la misa es también un verdadero sacrificio, y de la misma naturaleza, de la misma excelencia y de la misma grandezza que el que el Hijo de Dios ofreció por sí mismo la víspera de su muerte; con la diferencia de que los antiguos sacrificios duraron hasta la época en que la redención se cumplió por la efusión de la gracia, mientras que este sacrificio nuevo durará hasta que esta misma redención sea consumada por la participación de la gloria de todos los elegidos. Los antiguos sacrificios eran el único consuelo de los justos de la ley, que esperaban al Mesías que debía padecer y morir; mientras que el sacrificio nuevo es el único consuelo de los justos del Evangelio, que esperan á Jesucristo que debe triunfar y reinar. Los antiguos sacrificios fueron para un tiempo, y el sacrificio nuevo será para todos los tiempos hasta el fin de los siglos: *Mortem Domini ammentibus donec veniat.*

La materia remota del sacrificio de la misa es, por consiguiente, el pan y el vino, y esto es realmente lo que lo hace más precioso; porque esta es una materia que se encuentra en todas partes sin dificultad, y por la que las más sencillas y más puras producciones de la tierra sirven para cubrir y simbolizar el don más rico y más espléndido del cielo; esta es una materia por la cual el primero y el más necesario de los alimentos del cuerpo, para sostener la vida temporal, sirve para proporcionar al alma el más sólido y más substancial alimento para la vida eterna; esta es una materia, en fin, por la cual el fruto de los trabajos y de los sudores del hombre se hace la materia del sacrificio para el culto y el honor de Dios.

La materia próxima de este sacrificio es el cuerpo y la sangre de Jesucristo, el Hijo único y consubstancial de Dios, y Dios en sí mismo; pero Dios que, habiéndose hecho hombre, habiendo padecido y muerto por la salvación del hombre, es la víctima más agradable á Dios, y cuyo valor, cuya excelencia, cuya dignidad y cuyo mérito son infinitos!

Es verdad que nuestros sacerdotes tienen y ejercen una verdadera potestad sobre el cuerpo real del Señor; ellos inmolan también esta

hostia divina por medio de las palabras de la consagración, ellos la ofrecen también realmente, ellos la manejan, la administran y la conservan, y por lo mismo son unos verdaderos sacerdotes. Sin embargo, el primero y el verdadero sacerdote del sacrificio del altar es el mismo Jesucristo. Porque su poderosa palabra es la que, repetida por el sacerdote, convierte la substancia del pan y del vino en la substancia del cuerpo y de la sangre del Salvador. Luego el mismo Jesucristo es en el altar, como en otro tiempo en el cenáculo, la víctima de su sacrificio y el sacerdote de su víctima. Los sacerdotes son sus ministros, sus instrumentos y sus órganos vivientes; pero él es quien habla por la boca y obra por las manos de ellos. Por consiguiente, el sacrificio de la misa conserva á Jesucristo su privilegio sublime de único sacerdote, verdadero principio y cabeza de todos los verdaderos sacerdotes, y á quien, por un juramento solemne, ha establecido Dios como el único verdadero sacerdote por toda la eternidad.

Mas esta víctima que es ofrecida, y este sacerdote que la ofrece en nuestros altares, es la misma víctima que fué ofrecida y el mismo sacerdote que la ofreció en el Calvario. El sacrificio de la Eucaristía es, por consiguiente, dice el santo concilio de Trento, la repetición del sacrificio único y verdadero del Calvario. Es Jesucristo ofreciéndose continuamente á sí mismo por el ministerio del sacerdote. Pero es Jesucristo ofreciéndose bajo formas y símbolos diferentes, ofreciéndose de una manera invisible é inefable, por el solo poder de su amor, que la malicia y la injusticia de los hombres no puede ofuscar en manera alguna.

Esto no es solamente su memoria, sino que es también la representación verdadera de su pasión y muerte; es la pasión y la muerte presentadas continuamente á los ojos de los fieles, y puestas á su disposición, para ofrecerlas á su vez á Dios, pero bajo símbolos que nada tienen de sangrientos ni de horribles, y á los que, por el contrario, nada excede en sencillez, en inocencia y en pureza; y por consiguiente, es el sacrificio elevado al grado de perfección que conviene á la universalidad de su uso y á la perpetuidad de su duración. Esta es la excelencia y la grandeza del sacrificio de la misa; y aquí direé ahora de su riqueza, de su mérito y de su eficacia?

Como el sacrificio de la Eucaristía reemplazó por sí solo á todos los antiguos sacrificios, puede ofrecerse sólo por los mismos fines por los que se ofrecían aquellos, y con mucho más mérito y más provecho, en razón de su excelencia infinita y de su perfección. El sacrificio del altar es también un *holocausto* ó sacrificio de *Israhel*, por el

que tributamos al Dios supremo el culto y la adoración perfecta, porque por este sacrificio, no sólo ofrecemos nosotros al eterno Padre la víctima más noble y más digna de su majestad y más agradable á su amor, que es su propio Hijo, sino que esta víctima se ofrece ella misma sobre el altar, en nuestro nombre, con la misma humildad profunda, con la misma reverencia devota, con la misma obediencia perfecta y con la misma caridad infinita con que se ofreció en la cruz.

Juntamente con esta augusta víctima, Jesucristo, la Iglesia, su esposa, se ofrece ella misma, y todos los fieles se ofrecen también á la Santísima Trinidad por el mismo sacrificio. De modo que es imposible tributar á Dios un culto más noble y más perfecto que el que se le tributa en el sacrificio de la misa.

En segundo lugar, la palabra *Eucaristía* significa *acción de gracias*. Y el sacrificio del altar se llama *eucarístico* porque es la acción de gracias por excelencia. ¿Y que podemos nosotros ofrecer más propio, más agradable ni más precioso, para manifestar á Dios los beneficios de toda especie que nos concede á cada instante, que su propio Hijo, en el que la divinidad habita corporalmente en toda su plenitud (San Pablo), y que renueva en nuestros altares, de una manera mística y en el estado de la más grande humillación y anonadamiento, el mismo sacrificio sangriento que él ofreció una vez por nosotros en el Calvario? El sacrificio de la misa es, pues, un sacrificio de acción de gracias, y este noble carácter reconocia y celebraba en él el Profeta en los términos más claros, en recompensa de los bienes con que su misericordia me ha enriquecido? Ved aquí lo que yo haré; yo invocaré en auxilio de mi pobreza y de mi insuficiencia al mismo Dios á quien debo dar gracias, yo le presentaré con mi mano el mismo cáliz que mi Salvador le habrá presentado por mi salvación; en este cáliz yo ofreceré Dios á Dios mismo, y el mismo Dios, autor único de todo mi bien, será también el precio único de mi reconocimiento.

En tercer lugar, Jesucristo, al instituir el sacrificio eucarístico, dijo: «Esta es mi sangre, que será derramada para la remisión de los pecados.» Según estas palabras, es evidente que este sacrificio es también un sacrificio *propiciatorio*. Así, pues, en unión con toda la Iglesia y por su inspiración, lo ofrecemos por la remisión de los pecados, no sólo del pueblo cristiano en general, sino también de cada cristiano en particular, que tiene necesidad de esta propiciación divina para volver á entrar en la gracia de Dios, cuyas leyes ha violado.

Y ¿qué ofrenda podemos hacer á Dios, que sea más capaz de hacernos *propicio* y de obtener el perdón de nuestros pecados, que la misma ofrenda que el verdadero Cordero inmaculado, su divino Hijo, le hizo de sí mismo en la cruz por los pecados de todo el mundo y cuya *sangre borra los pecados del mundo*? Si los sacrificios llamados *propiciatorios* ó *sacrificios por los pecados*, en la ley antigua, conseguían, en efecto, aplacar á Dios y hacerlo propicio al pueblo ó al hombre prevaricador, esto no sucedía por lo que ellos eran, sino por lo que significaban; no era esto porque se inmolaban toros ó carneros, porque *es imposible*, dice San Pablo, que la *sangre de estos animales borre los pecados* (Hebr.), sino que esto tenía lugar porque figuraban la inmolación de Jesucristo en la cruz. Pues Dios no puede encontrar fuera de sí mismo una cosa digna de sí y que le indemnice de los ultrajes que se le hacen, y sólo por la virtud y el mérito infinito de la sangre de Jesucristo puede Dios aplacarse y perdonar á la criatura que ha pecado. Y si tal era la eficacia del sacrificio de la cruz en figura, ¿cuál será la eficacia de este mismo sacrificio en su realidad? Porque en el altar no se hace otra cosa que renovar y perpetuar de una manera mística el mismo sacrificio de la cruz.

No es esto decir que hasta asistir á una misa con un verdadero espíritu de humildad y de piedad para que nuestros pecados sean perdonados, sin someterlos al poder de las llaves por el sacramento de la penitencia, sino que como lo ha definido y declarado la Iglesia, reunida en el santo concilio de Trento, el sacrificio de la misa, ofrecido á Dios con el sentimiento de una verdadera fe, de un temor saludable, de una humilde reverencia y de un arrepentimiento sincero, atrae sobre nosotros las miradas de la misericordia de Dios, nos alcanza el don de la verdadera contrición, el espíritu de penitencia y la gracia de cumplir todas sus condiciones, inclusa la de la confesión, y de este modo nos prepara y nos asegura el perdón de los pecados. En este sentido atribuimos al sacrificio de la misa una virtud *expiatoria* y lo creemos un sacrificio *expiatorio*.

Nosotros creemos también que el sacrificio del altar, en virtud de su eficacia infinita, es *expiatorio*, no sólo de los pecados de los vivos, sino de las culpas leves de los muertos, y que él mitiga, abrevia ó hace cesar las penas de las almas del purgatorio. Conformándonos, pues, con la fe y la práctica constante de la Iglesia, que el testimonio de todos los padres y las más antiguas liturgias de todas las iglesias nos atestiguan, ofrecemos también el sacrificio de la misa por todos los fieles difuntos en general y por un difunto en particular; y es para nosotros un motivo de consuelo y de esperanza poder implor-

rar el perdón, el consuelo, la paz y la luz eterna por las almas de nuestros padres y de nuestros hermanos, muertos en la gracia del Señor y en la comunión de la fe, asociándonos á las admirables preeces que la Iglesia dirige á Dios en la misa por los difuntos.

Finalmente, Dios no puede negar casa alguna á la intercesión de su propio Hijo, que, inmolándose por nosotros y presentándose como nuestro mediador y nuestro abogado, y que teniendo la naturaleza humana como nosotros por quienes pide gracias, participa de la misma naturaleza divina con aquel que la concede. El sacrificio de la Eucaristía es, por consiguiente, también *impetratorio*. Así es que una de las principales partes de la liturgia de la misa son las preeces que en ella se hacen. En cada misa estas admirables preeces, que sólo el Espíritu Santo, el verdadero doctor y el alma de la Iglesia ha podido dictar, se repiten tres veces en honor de la Santísima Trinidad, y cada vez se pide la misma gracia por los méritos infinitos de Jesucristo, y en particular por el mérito de su sacrificio, que se ofrece en el altar, y de la comunión eucarística que á él se sigue. En estas preeces no olvida la Iglesia ninguna de las necesidades, ninguna de las miserias, ninguna de las condiciones del simple fiel ni del pueblo cristiano en general. En ellas se pide por la conversión de los pecadores, por la perseverancia de los justos, por la corrección de todos los vicios, por el aumento de todas las virtudes; en ellas se pide la fuerza para los débiles, la providencia para los pobres, los socorros para los desgraciados, los consuelos para los afligidos, la conservación de la salud, la cesación de las enfermedades, la protección divina durante la vida, la fuerza para la hora de la muerte, el bienestar para las familias, la tranquilidad para los estados, el alajamiento de todos los azotes; todas las gracias para el alma, todos los auxilios para el cuerpo; la prosperidad en el tiempo y adquisición de la eterna bienaventuranza. En este sacrificio coloca su confianza todo el pueblo cristiano; en él y por él alcanza el simple fiel el remedio de sus miserias y de sus flaquezas, y la Iglesia sus victorias, sus triunfos, sus conquistas y sus virtudes.

Por el sacrificio eucarístico se tributa á la majestad infinita de Dios el culto que le es debido, se ofrece á su bondad la acción de gracias más perfecta, se implora y se obtiene el perdón del pecado, se solicitan y se alcanzan todas las auxilios y todas las gracias espirituales y corporales.

Así, pues, las cuatro especies de sacrificios de la ley antigua se reúnen en el único sacrificio de la ley nueva; él es por sí solo lo que aquellos sacrificios eran cada uno en su clase; él es sacrificio *latré-*

lítico ó holocausto, sacrificio eucarístico ó de acción de gracias, sacrificio expiatorio ó de remisión de los pecados, y sacrificio impetratorio ó el medio de pedir y obtener toda gracia. El sacrificio del altar reúne, pues, en sí la virtud, la eficacia, el mérito y la gloria de todos los sacrificios.

Pero el sacrificio de la misa no acaba con la misa. Quedando nuestro divino Salvador, después de la misa, en el santo copón bajo las especies de pan-consagrado, permanece allí en el estado de víctima, de sacerdote y de sacrificio. Lejos de poder expresarlos con palabras, ni aun siquiera podemos imaginar los grandes misterios que él cumple en un estado de tanta pequenez: los clamores que eleva por nosotros al cielo, cuando parece que guarda un silencio tan profundo: el fuego del amor que le devora bajo unos accidentes tan fríos é indiferentes, ni la magnificencia y la bondad que manifiesta en el estado de una obscuridad tan perfecta. Lo que sabemos por San Pablo es, que estando insensible y muerto, en cierta manera, á nuestros sentidos, está vivo siempre para repetir en la tierra el misterio de piedad y de amor, y las funciones de intercesor nuestro, que no deja jamás de ejercer en el cielo. Lo que sabemos es, que nuestro Pacificador y nuestra Paz en persona está allí trabajando continuamente para reconciliar al mundo consigo mismo y con Dios; él está allí como la señal visible, el testimonio perpetuo; la prueba auténtica, el recuerdo vivo del amor de Dios á los hombres, y el medio más poderoso para excitar el amor de los hombres hacia Dios; él está allí como la bandera blanca de la paz y de la reconciliación, como la alianza irrevocable y eterna del Redentor con los hombres redimidos por él.

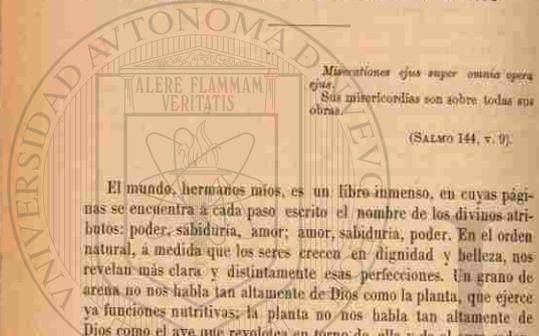
Tal es, hermanos míos, el grande, el inefable, el sublime y tierno sacrificio de la misa, objeto de tantas invectivas y de tantas blasfemias por parte de la herejía, desde Lutero y Calvino, y de tantos sarcasmos sacrílegos por parte de la incredulidad, desde Voltaire; y para cuya abolición se han hecho por ambas partes tantos inútiles como sacrílegos esfuerzos. ¡Oh pensamiento horrible! ¡Oh pensamiento tan estúpido como impío! El sacrificio es la base, el vínculo, el signo augusto, la dignidad y el esplendor de la religión. No hay religión sin sacrificio, y por esta razón comenzó él con la religión, es decir, con el mundo. Aun antes de que la ley mosaica prescribiese las diferentes especies, la materia, el tiempo, el lugar ó el rito del sacrificio, todos los pueblos habían ofrecido sacrificios, y consideraron esta ceremonia religiosa como el acto supremo de adoración debido al Dios criador y Señor del Universo. Abel y Cain, los primeros hombres nacidos de mujer, y después Noé, Melquisedech,

Abraham, Isaac, Jacob y Josef, todos ellos sacrificaron, y en todos los lugares y en todos los tiempos la religión pública se ha identificado con el sacerdocio y el sacrificio. Negar la presencia real, y por consiguiente el sacrificio de la Eucaristía, es quitar á la religión cristiana, que desecha toda otra especie de sacrificio, la única ofrenda latréutica, exterior y sensible que hace respeto á Dios: la expresión pública más augusta y más solemne del culto; es quitarle todo sacrificio, es hacerla inferior al paganismo; porque todos los pueblos paganos, de diferentes maneras, han sacrificado siempre y en todas partes, y sacrifican aún.

Si, hermanos míos, tenemos los católicos en la iglesia no sólo verdadero sacrificio, sino también el más augusto de los sacrificios, como quiera que no se diferencia sino en la manera y forma de ofrecerse del que ofreció Jesucristo en la cruz; es la perpetuación, como hemos dicho, de éste, y si es lícito hablar así, su repetición. Tenemos, pues, en él un holocausto que ofrecer, para dar á Dios toda la gloria de que es digno; una acción de gracias, cual lo merece la infinita misericordia de Dios, una expiación para la remisión de todos nuestros delitos y pecados, y un medio eficaz de impetrar y obtener toda gracia con este sacrificio; en una palabra, aplacamos la justicia de Dios y nos hacemos propicia la divina misericordia, la cual es prenda segura de la eterna bienaventuranza. *Amén.*

LA EUCARISTÍA OBRA DEL AMOR

DE LA SABIDURÍA Y DEL PODER DIVINO



*Miserationes eius super omnia opera
eius.
Suis misericordias son sobre todas sus
obras.*

(SALMO 144, v. 9).

El mundo, hermanos míos, es un libro inmenso, en cuyas páginas se encuentra a cada paso escrito el nombre de los divinos atributos: poder, sabiduría, amor; amor, sabiduría, poder. En el orden natural, a medida que los seres crecen en dignidad y belleza, nos revelan más clara y distintamente esas perfecciones. Un grano de arena no nos habla tan altamente de Dios como la planta, que ejerce ya funciones nutritivas; la planta no nos habla tan altamente de Dios como el ave que revolotea en torno de ella y da al aura cadenciosos trinos a la sombra del follaje; el ave no nos habla tan altamente de Dios como el hombre cuya sublime faz mira al cielo, y cuya inteligencia se pasea por las levantadas serenas regiones de las eternas verdades. En el orden sobrenatural, y de especialísima manera en el misterio que estudiamos, sucede al revés; la escala de las revelaciones parece como invertida, y por un singular contraste, cuanto una cosa es a los ojos de nuestra carne y de nuestra razón más humilde, vulgar y aun repugnante, en mayor grado acusa y nos revela los divinos atributos. Concretémoslos a nuestro caso.

La Eucaristía, escudado del inérédulo, que no acierta a descubrir en ella sino humillación, extravagancia e impotencia, es por antonomasia la obra del amor, de la sabiduría y del poder divino: ya que en este sacramento el amor fija el objeto a que se ha de tender; la sabiduría determina los caminos y medios más aptos para conseguirlo; y el poder los pone en práctica, y superando todas las dificultades, da al amor la posesión de su fin. El desarrollo de tan sublimes y consoladores pensamientos va a ocupar vuestra atención en

estos momentos. Mas antes imploremos humildemente la gracia. *Ave María.*

El amor, ved ahí, hermanos míos, el gran *criterium* de las obras divinas. El amor hace que Dios se dé a la criatura cuanto ésta es capaz de recibirle; el amor excita y despierta en nuestra naturaleza, deletznable y frágil, esas magníficas aspiraciones, esos ensueños de grandor, esa divina nostalgia de abrazarse con su principio, de verle, de tocarle, de oírle, de gozar de su presencia; y él no excita esas aspiraciones, esos ensueños, esos anhelos sino para realizarlos. Sabemos que el hombre en la investigación de su felicidad ha errado de una manera lastimosa, cayendo en extravagancias, en absurdos, y hasta en immoralidades a las veces; todo dependía de no buscar ni hallar a Dios donde Él se manifestaba, y no seguir humilde y pacientemente el progreso de sus comunicaciones.

Porque Dios se comunicaba, hermanos míos, no sólo por los signos admirables que nos habían de El sobre la tierra y en los cielos; por medio de esas armonías de seres, de movimientos y de vida, que día y noche pregonan su gloria y bendicen su nombre; sino que también por medio de solemnes manifestaciones, ó de visitas íntimas y confidenciales, que le estrechaban más y más de día en día con el hombre, su criatura privilegiada. Oíase el ruido de sus pasos, blando como el soplo del céfiro, en el delicioso jardín llamado a ser la cuna de una raza inocente y bendecida; y nuestro primer padre conversaba con El mano a mano. Ofendido por la ingratitud y la prevaricación de aquéllos a quienes había colmado de beneficios, no se retiró a las alturas del cielo, dejándonos abandonados a las trizezas del aislamiento, a las consecuencias de una indeleble maldición y a la corrupción de nuestra caída naturaleza; sino que de tiempo en tiempo descendía a nosotros, aunque algunas veces como vengador revestido de justicia, para traernos a buen camino. Veía en efecto a toda carne dominada por la lascivia; oía los gritos orgullosos de los de Babel, los impúdicos cantos de Sodoma y Gomorra, las blasfemias del egipcio y asirio, que amenazaban exterminar a su pueblo; veía a este pueblo infiel como le olvidaba por Baal y sus ídolos, y entonces exclamaba: *Descendamus*, descendamos. Y descendía armado de ultrazozote, y descargábalo severo sobre la culpable y rebelde humanidad hasta tanto que exterminaba a los prevaricadores, aunque a veces sus gritos de arrepentimiento y perdón le desarmaban. En estas visitas portábase como dueño y señor. La generalidad de las veces, empero, acordábase que era padre y amigo, y su amor le traía a nosotros

para amonestarnos, consolarnos y hacernos espléndidas promesas.

Tal sucedió á Abraham, cuando señalándole las estrellas del cielo, le prometió que su descendencia las excedería en número. Bajo la forma de rendido caminante, preséntase en una ocasión á este su viejo amigo, que se encontraba entonces tranquilamente sentado á la entrada de su tienda; Abraham le acoge con humanidad, lívale los polvorosos pies, parte con él su patriarcal mesa, y á cambio y en premio de su hospitalidad, recibe una magnífica profecía. El interrumpió el sueño de Jacob, para probar las fuerzas de éste. Multiplica las apariciones para instruir, solazar y alentar á Moisés, legislador de su pueblo. Convoca los jueces, inspira á David, habla á Salomón. El es quien en nube misteriosa dignase bajar al propiciatorio, y hacer oír su voz por entre las alas de los dos gloriosos querubines. El se revela á los profetas bajo formas, ora luminosas y radiantes, ora terribles y grandiosas, y les mueve á bosquejar en inspirados oráculos, sucesos del porvenir. Visitas todas estas de amigo, pero de amigo que no ha entregado aún totalmente el corazón, y dejaban el ánimo sobrecogido y tembloroso. De ahí el ¡ay! popular por el temor arrancado en estas revelaciones, y transmitido de generación en generación: «Hemos oído, hemos visto á Dios; ¡ay moriremos!

Mas, en breve, la era del temor pasa, y Dios nos prepara ya una aparición ante la cual resultarán patidas é incoloras las antiguas; como que en ella se propone Dios echar el resto, permitaseme la frase, de su ilimitado y tiernísimo amor hacia los hombres. No busquéis ya figuras terribles, ni llamas, ni carros de fuego, ni huracanes, ni nada de cuanto intimide á almas generosas y esforzadas, y espeluzne á los santos. ¿Qué, buscaremos, pues? Escuchad... Una voz dejase oír en el medio de los tiempos: He aquí, que yo mismo vengo: *Ecco venio*.—¿Sois vos, Señor? ¿Vos, el esperado de los patriarcas, el deseado de los justos, el anunciado al mundo por los profetas? ¿Si, hermanos míos, el mismo! Humanidad, virgen necia, mira; tu esposo llega; no viene ya como dueño; viene, si, más bien que como amigo, como regio esposo de las almas... Ah! tienes, pues, el esposo; corre, sal á su encuentro, *Exite obviam ei*.—¿Y cuáles son sus señas? ¿En qué le reconoceré? ¿En las flores que echen su frente? ¿En la púrpura de su ropaje? ¿En el oro y piedras preciosas que le adornen? ¿En el aire festivo, que colorea el rostro del esposo cuando va á visitar á su amadísima esposa?—No, en nada de eso; con esas señas no darías con él. Reconocerás á tu esposo en su abatimiento, en su pobreza extrema, en sus enfermedades, en sus lágrimas, en su frente ensangrentada y coronada de espinas, en la cruz que carga sobre sus desfallecidos

hombros, en la angustia y quebranto de su corazón, grande como el mar. Estas son sus señas; ese es tu esposo. *Ecco sponsum!*

A este esposo, hermanos míos, no le desconocéis; es Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, igual con el Padre, y grande sobre toda la grandeza criada. «El se anonadó, en sentida frase del Apostol, hasta tomar forma de siervo.» *Et inaniuit semetipsum formam servi accipiens*. Y durante treinta y tres años alegró con su presencia el corazón de aquellos que tuvieron la dicha de gozar de su intimidad y afable trato. ¡Con qué terneza los miraba! ¡Con qué amor departía con ellos! ¡Como les permitía que le tomasen las manos y le besasen los pies! Y qué palabras más dulces y regaladas les dirigía: «Amigos míos, amados míos, hijitos míos: *Amici, dilecti, filii*; yo quiero hacer con vosotros lo que ha hecho conmigo mi Padre.» Y vivía en compañía de ellos; y á pesar de distinguir á la humanidad con su grata y dulcísima compañía, su amor no se consideraba satisfecho. Y entregó á la divina justicia la carne de los pecadores, de que estaba revestido, y sufrió en ella todos los trabajos y azotes que nosotros merecíamos, y murió sobre una cruz para librarnos de eternal muerte.

¿Cesarán con esto las esperanzas de nuevos favores? ¿El tiempo de la visitación del Hijo de Dios y de sus generosos sacrificios se cerraría definitivamente con el doble triunfo de la Resurrección y Ascensión, y no viviría mas que en la memoria de los cristianos, resignados á no comunicar en adelante con la persona y los méritos de Cristo, más que por medio de la fe? Herético fuera el sostenerlo, hermanos míos. Únicamente dentro de la herejía cabe el suponer que la amorosa constancia de las comunicaciones divinas parase en cruel ausencia. Y la herejía al discurrir así se olvida de que el amor, sea divino, sea humano, es siempre una fuerza que tiende enérgicamente á la unión con el amado.

¿Quién ignora, hasta por experiencia propia, que la unión, la unión perpetua, la unión sin las dolorosas intermitencias que á los corazones apenas, es una de las exigencias del amor? Hasta los afectos más acendrados, puros y santos y por Dios benditos, ahorrecen naturalmente la separación. Jamas deseara uno verse privado, antes bien quisiera gozar sin interrupción de la presencia de sus amigos y que sonase sin cesar en nuestros oídos su voz siempre grata. Y cuando imperiosas necesidades reclaman la ausencia, en la imposibilidad, al despedirse, de permanecer en persona entre ellos, déjaseles algún recuerdo, una prenda de ordinario uso, una flor, un retrato, una señal, una de esas monedas tan insignificantes como encantadoras, que nos despiertan y avivan continuamente memoria del ausente. Y

á esas pequeñas reliquias, consérvaselas con singular cuidado, tócaselas con respeto, miraselas con amor, depositanse en ellas tiernos ósculos, y diríase que con ellas se siente uno menos alejado de la persona amada. A veces, el corazón divirtiéndose en dulces esplazamientos, fantasea atravesar largas distancias y vagar por los lugares que al objeto de sus amores encierran. ¡Ah! si fuera dable y posible partir allá, sin ausentarse no obstante! ¡Si se pudiera multiplicar indefinidamente los testimonios de afecto más intenso con una no interrumpida presencia! Más todavía: ¡si se pudiera uno como encarnarse en los que ama, vivir en ellos y hacer que ellos viviesen con nuestra propia vida! ¡Ay! que todo esto no pasa de ensueños é irrealizables caprichos!...

Empero, lo que al hombre se le niega, ¡talitara á Dios virtud para realizarlo? No, hermanos míos, y á mayor abundamiento lo desea. Lo desea más apasionada y ardentemente que ansiamos nosotros la unión de corazones y de almas. Sus deseos son órdenes eficacísimas, y no hay miedo de que salgan fallidas. Los antiguos dijeron que el amor volvía á los hombres locos: *Amor facit insanire*. Triste verdad, que más de uno de vosotros habrá en sí mismo comprobado. No tropieza en este escollo el amor divino, guiado, como va, por la eterna Sabiduría: «Fiel compañera de mi gloria, la dice El, casta ejecutora de mis deseos, amada Sabiduría, ilumíname con tus consejos.» Y la Sabiduría, dócil y obsecante, le responde al momento: «Amor, mi dulce y santo amigo, lo que tú quieres es digno de nosotros dos. No quiebres la cadena de tus dones, ni interrumpas con inexplicable intermitencia la armoniosa serie ascendente de tus finezas. Las comunicaciones divinas comenzaron, coronémoslas entrambos.» Cruel sermón sería haber alimentado por espacio de cuarenta siglos las nobles aspiraciones de la humanidad para condenarla ahora á sentir más vivamente el vacío de una ausencia sempiterna. Las apariciones de los antiguos tiempos vino á coronarlas la Encarnación del Verbo; ya, pues, que El no ha tenido á mal habitar entre los hombres, que continúe viviendo en la tierra, sin que el cielo que lo reclama se vea privado de su presencia. ¡Cuánto no ganará en santidad y nobleza la religión de la humanidad regenerada, si ésta puede estar segura de que Dios mora en medio de los hombres, y puede así acercarse hasta El para rendirle sus homenajes! Y dado que no hay religión sin sacrificio que perdure la inmolación del Calvario, con lo cual el hombre tendrá á mano los merecimientos del Hijo de Dios crucificado, para ofrecérselos cotidianamente al Padre Eterno; y pues todo sacrificio se consume con el banquete de la víctima, dese en co-

mida el Hijo de Dios. Así crearemos entre el cielo y la tierra una religiosa, sublime armonía. El mismo Dios, que con su augusta majestad llena los cielos, residirá corporalmente en los templos cristianos; el Cordero, ante quien se postran los coros celestiales, estará siempre sobre los altares, en torno de los enales humea el sacro incienso de los humanos; el pan de los ángeles lo será también de los hombres; Dios, que comunica en la gloria su esencia, comunicará en la tierra la naturaleza con que se desposó; el infabulable misterio de la Encarnación, que no hizo más que unir el Verbo con la humana naturaleza, se verá como acrecido, perfeccionado y completado por la íntima unión de la carne divina con todas las almas cristianas, y todos podrán exclamar con el Apóstol: «Vivo yo, mas ya no yo, sino que vive Cristo en mí;» y con la posesión de ese soberano bien que embriaga á los bienaventurados, se les harán más llevaderas á los pobres mortales las miserias de su destierro, y esperarán con más aliento la gloria é inabarcable deleite de la patria celestial.

Amor, amor, ¿no son éstos tus deseos? ¡No son éstas tus órdenes? Bien; yo, Sabiduría eterna, apruebo tus deseos y suscribo gustosa tus órdenes; pero ahora escucha mis consejos:

Si nuestro amadísimo Jesús ha de permanecer en la tierra, que sea sin el radioso vestido de gloria con que se adornó en la Resurrección; ¿quién osará llegarse á El viéndole en ropaje tan deslumbrador? Nunca falta al hombre alguna miseria que deplorar, y siempre adolece, cuando menos, de imperfecciones que le incapacitarían para arrostrar sereno la presencia de Cristo glorioso. Y si á El se acercaba, haríalo temblando y sin atreverse á comunicarle sus necesidades, trabajos, y aun su amor.

¿Qué sacerdote osaría tomar en sus manos, aunque consagradas, el cuerpo radiante del Salvador para ofrecérselo al Eterno Padre? ¿Y qué fiel por su parte osaría decirle: «Entrad en mi interior?» No; nada de gloria; desnúdese Cristo y oculte sus incomparables esplendores que eclipsan el brillar del sol y de los astros todos. ¡Cuánto El parezca menos glorioso, más se conquistará el cariño de sus tímidos hijos! Abájese por ende hasta velar su humanidad, ya que las divinas comunicaciones van en aumento, y á par de ellas agrándese la fe. En los días de la Encarnación, únicamente la divinidad estaba escondida; y con todo, mereció bien de Jesús aquella confesión de «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo;» doble mérito entrañará ahora esa misma confesión, cuando, velada también la humanidad, no se vea ésta por otro medio que por la fe.

Cristo, pues, estará presente en el sacramento, pero oculto bajo

un velo; y aun á trueque de apurar nuevos ultrajes, ha de permanecer en él de continuo y darse sin restricción á todos. Cuando vayan sus amigos, tocados de veneración y pios deseos á prosternarse ante el signo que su majestad encubre, que lo encuentren allí. Cuando vayan almas mercenarias á demandarle favores á cambio de sus interesados servicios y su logrado amor, que lo encuentren allí. Cuando almas tornadizas y volubles vayan á decirle, de tiempo en tiempo, que se acuerdan de él, y á cuestar prodigalidades y finezas, de que no harán el debido uso, que lo encuentren allí. Cuando sus enemigos vayan á violentarlo y hospedarlo á viva fuerza en sus pechos sacrilegos, que lo encuentren allí. Incesante, incesantemente viva en el Sacramento, que si El estipula el retirarse, cuando osen los indignos recibirlo, ese convenio será cruelísimo torcedor de las conciencias delicadas, y colmará de angustias el corazón de los santos. No, pues se abusaría de la humildad de éstos desalentándolos en su timidez. Si conocieran como posible esa mutación bajo el misterioso velo que á Dios encubre, ¿no andarían preocupados con mil dudas, acerca de su ausencia, en vez de gozar tranquilos de su presencia? Con la mira, pues, de alejar del todo preocupaciones, angustias y torturas tales: que Jesús deponiendo su gloria se someta á vivir de un modo estable y permanente en la Eucaristía.

¿Y cuál será la substancia llamada á contribuir por su dicha á ese soberano prolongamiento de la Encarnación, ocultando entre sus pliegues á Cristo humillado, para engrandecimiento y glorificación del hombre? ¿Dónde hay que produce en abundancia la tierra, las cuales recoge y guarda el hombre con especial cuidado y de que principalmente se sirve: el pan y el vino. Bajas substancias, cierto, pero á la manera que Cristo, desdeshando los vanos atavíos de la cloencencia humana, contentase con que sus verdades se revistan con la humilde túnica de la palabra evangélica; por igual razón esas humildes substancias no le displacerán, ni habrá miedo que desluzcan ó destorden su persona. El pan y el vino, además, como andan en manos de todos, facilitarán al rey de los pobres el honrar con su presencia los lugares y personas más pobres. El pan y el vino, ofrecidos ya por Melquisedec, y figurando entre los sacrificios simbólicos de la antigüedad, evitarán á los observadores de la nueva ley presenciar el espectáculo siempre repugnante de la sangre derramada. Y, por último, el pan y el vino, alimento y bebida del hombre, su robustez y gozo, no pueden menos de hacerle comprender, al verlos tan portentosamente convertidos en su propia carne y sangre, cuán apretada es la unión á que Jesús aspira, y cómo una carne divina pasa á ser su alimento en la vida de la gracia.

Y después, ¿cuan simbolicas no son ambas substancias! El pan, en su origen, no es más que una insignificante semilla que se confía á la tierra. Allí tras largos meses germina, y al aparecer en la superficie, se ve expuesta á todas las inclemencias. Triunfante de los peligros que la amenazaban, corona su rica espiga, su esbelto y flexible tallo. En la espiga recíbase el fruto de un misterioso himeneo, ó séase el grano, en un alvéolo fino y transparente. Crece así el grano hasta su completa madurez, y entonces se efectúa la siega; recógelese de seguida en gavillas, se trilla, se aventá, y podéis admirarle ya en toda su belleza. Después, se le muele, se le reduce á harina, se le amasa, se le cuece en el horno, y tenéis el pan. La historia del trigo es la de Jesucristo. Sembrado en Adán, germinó tras largo espacio en los patriarcas y en los reyes. Las tempestades que agitaron tan hondamente la vida del pueblo judío, no lograron ahogarle; y cuando llegó el tiempo providencial de su nacimiento, fué recibido en el casto seno de una Virgen por el Espíritu Santo fecundada. Treinta años de una vida retirada y oscura impidieron á todas las miradas reparar en su crecimiento y eflorescencia, hasta que las maravillas obradas por El en su vida pública dieron á conocer toda su valía. Entonces vino la tribulación, cargo sobre El, y molido, amasado en la Pasión y caldeado con el horno de su caridad encendidísima, resultó el pan vivificante!

Y el vino, ese generoso licor, que corre espumante bajo los pies de los viñadores, ó bajo la ingente prensa, ¿no simboliza los purpurinos raudales exprimidos de la carne del Salvador bajo la presión enérgica de la divina justicia? El pan y el vino, compuestos de infinitos granos fundidos en una sola masa y en un solo licor, ¿no representan la gran asamblea de los cristianos, los cuales á causa de su unión con Jesús, forman un solo cuerpo místico?

¡Amor, amor! ¡Ahí tienes el pan y el vino! ¿Consientes en que el Hijo de Dios baje de ellos se anonade eclipsando su gloria y su poder?

Así habla la divina Sabiduría, hermanos míos, y el amor condesciende á todo. Nada me importan, dice, cuantas humillaciones, desprecios y ultrajes me sobrevinieren; y á trueque de evidenciar á los hombres hasta qué grado llega mi caridad, en la noche misma de las más execrandas traiciones y del más horrible entre los crímenes, daré yo al mundo á nuestro amantísimo Jesús. Y á fin de perpetuar este rasgo de mi generosidad y de mi ternura, los sacerdotes, al renovar cotidianamente este beneficio incomparable, dirán ante todo: *¡In qua nocte trahebatur*. Ea, pues, Sabiduría, mi divina hermana, hora es ya de realizar la obra; llamemos al poder en nuestra ayuda.

Y el poder responde: «Heme aquí; *Eccc venio*». Toma incontinenti las substancias destinadas de antemano, las domina, las compenetra, las transforma, las separa y multiplica; salva las trabas que le oponen las leyes naturales, las supera y las contraria. Obra fuera, sobre y contra la naturaleza, y lleva a cabo los suspendentes milagros del acto sacramental y de las manifestaciones sacramentales, superiores, según la atrevida frase del Angélico, al prodigio de la creación.

¿Veis ya cómo en esas, al parecer, insignificantes cosas, tan despreciadas por los incrédulos, se lee mejor que en las armonías del cielo y de la tierra, mejor que en la sublimidad y angusto continente de la naturaleza humana, mejor que en otro cualquiera de los misterios sobrenaturales en que adunan la divinidad y la humanidad, estos tres levantados nombres: Amor infinito, sabiduría infinita, poder infinito?

Fuerce enhorabuena a su placer la herejía el sentido de las palabras de mi Dios; multiplique indefinidamente la orgullosa razón sutiles y especiales objeciones; tenga en poco y mofese la impiedad de los míseros signos de humillación e impotencia en este angusto Sacramento: nada hará claudicar mi fe, porque yo creo y confío y descanso en la caridad que Dios me tiene, manifestada en la sagrada Encaristía, que si es la obra por excelencia de su poder y sabiduría, lo es también de su amor. *Amen*.

LA EUCARISTÍA ALIMENTO DE NUESTRAS ALMAS

Ó SEA LA COMUNIÓN

ACTO VITAL POR EXCELENCIA DEL CRISTIANO

Amen dico vobis, nisi manducatis vestra corpus filii hominis et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.

En verdad os digo, que si no comierdes la carne del Hijo del hombre y no bieres su sangre, no tendréis vida en vosotros.

(S. JUAN, 6, 54.)

Nuestra vida espiritual, hermanos míos, obedece en sus evoluciones, según hermosísima doctrina del Angélico, a leyes del todo parecidas a las que presiden al desarrollo de nuestra vida corporal, imagen de las maravillas que obra el Altísimo en nuestras almas regeneradas.

Por la generación recibimos la vida del cuerpo, y una vez que existimos, la naturaleza se encarga, mediante generosos esfuerzos, de perfeccionarnos y regenerarnos. Mas después de perfeccionados y regenerados, nos es preciso buscar fuera de nosotros medios que nos conserven en este estado, es decir, necesitamos de alimentos, que restauren incesantemente en nosotros la vida, a proporción que esta se gasta y debilita.

Análogo es el procedimiento en la vida del espíritu. Engendrados por el Bautismo, recibimos en la Confirmación nuestro primer complemento, y entonces es cuando tenemos necesidad de un alimento reparador y conservador. Este alimento nos lo ha dejado nuestro dulcísimo Salvador en un sacramento admirable, que llamarse puede la obra maestra, el resumen de todas las finezas de Jesús. Escuchad, sino, al mismo Salvador: sus palabras no pueden ser más terminantes. Yo soy, dice, *el pan de vida, el pan descendido del cielo, a fin de que quien comiere de él no muera... y el pan que yo daré para*

la vida del mundo es mi propia carne. En verdad, en verdad os digo; que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebieris su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el día novísimo. Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo en él. Al modo que el Padre que me ha enviado, vive, y yo vivo por el Padre, así quien me comiere vivirá por mí.

Con el objeto, pues, de que comprendáis toda la grandeza y sublimidad de este sacramento inefable, consideremos á la Eucaristía como alimento, ó sea á la Comunión como acto vital por excelencia del cristiano, *Ave María*.

Recordemos, ante todo, hermanos míos, las enseñanzas del Angelico sobre el cargo y funciones de la Eucaristía en el desarrollo de nuestra vida sobrenatural. Ella no engendra esa vida, ni le da mediante especiales gracias y divinos dones el vigoroso impulso que la robustece y viriliza; pero ella la repara, la sostiene, la conserva, la acrece como verdadero alimento. De forma que la Comunión es para nuestra vida sobrenatural, lo que la nutrición para la vida del cuerpo.

Ahora bien, hermanos míos, ¿qué efectos tiene la nutrición? Varios, á saber: reparar al ser viviente, sostenerlo, conservarlo, acrecerlo mediante la asimilación de las substancias de que se alimenta; á lo cual debe añadirse que esta asimilación está en razón directa de la constitución y temperamento del ser viviente.

De intento he dicho el ser viviente, porque los seres inanimados nada se asimilan. Advuértense en ellos, si, yuxtaposiciones de átomos y moléculas, pero no esas portentosas transformaciones que acusan el funcionar de un organismo! ¡Qué infinidad de seres en la naturaleza, así inertes como animados! La creación es un inmenso banquete donde se encuentran perpetuamente millares de convidados. «Comed, hebed, confortaos, saciaos, queridos míos,» les dice la Providencia; y de la mañana á la noche se reparten entre sí los copiosos dones con que dadivosa ella los colma. La planta busca en la tierra y hasta en las peladas y áridas rocas los jugos que aspira; y en la atmósfera la luz, los gases, el rocío que bebe con avidéz. Una vez absorbidos todos estos elementos, conviértelos en savia, y la savia en tallo, ramas, botones, hojas, flores y frutos. El animal, más exigente á medida que es más perfecto, busca para nutrirse otro género de substancias; y como carece de los delicados tejidos y trans-

parentes fibras de las plantas, no va en pos de elementos vitales diseminados, sino que busca por lo general para su nutrición seres vivientes. Más dueño que la planta de los alimentos que recibe, se masticla, los pasa, obra energécticamente sobre ellos, y los transforma en sangre propia, en carne, en huesos, en la maravillosa corriente de vida que circula sin cesar por ese movable edificio orgánico; en que cada parte se restaura y crece invisible, proporcional y metódicamente para no destruir la armonía del conjunto. La planta y el animal, por tanto, comulgan á su manera con los bienes que la Providencia les ha dispensado; y se observa que su comunión está regulada por las dos siguientes leyes: 1.º el ser animado se repara, se sostiene, se conserva, acrece por la asimilación de los alimentos: 2.º la asimilación está en razón directa de la constitución y temperamento del ser viviente.

También el hombre, rey del gran festín de la creación, se halla sometido á estas leyes. Se le aplican, si, en mayor escala, dotado como está de un organismo superior al de cuantos animales le rodean; pero las leyes subsisten. Animal por su cuerpo, el hombre se repara, se conserva, se sostiene, acrece por la asimilación de otros seres de que él se apodera ó se le ofrecen de buen grado. El encuentra su alimento en el seno de su madre, por los feraces campos, en las generosas ramas de los árboles, en las carnes de los animales domésticos ó salvajes sometidos á su regia dominación; y de todas esas substancias forma el bello cuerpo cuya magnífica estructura y prodigiosas funciones no pueden enos que admirarnos, y que, producido por generación, no vive sino á expensas de sus comuniones con la naturaleza material.

Inmaterial é inmortal por su alma, el hombre se repara, se sostiene, se conserva y acrece por la asimilación de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero. Cuanto más se nutre de ellos, más grande y fecunda es su inteligencia, más levantados sus pensamientos, más firme y seguro su juicio, más recta su voluntad, más delicada su conciencia; en una palabra, es más hombre.

Però no vayáis á creer que de esta comunión con los seres susceptibles y eternos recibe el hombre toda la perfección que su naturaleza exige. El hombre, por su constitución sobrenatural principalmente, es un ser divino. ¿No sabéis, hermanos míos, como enseña la Fe, que Dios, al crearlos, nos prefirió por su infinita misericordia un término final, cuya consecución no se alcanza fuera de la divina esencia? ¿que nuestro destino es ver á Dios cara á cara poseyéndole y gozándole por una eternidad? ¿No sabéis que este sublime fin ex-

cede nuestra naturaleza en términos, que no ya conseguirle, más ni concebirle y desearle nos es dado? ¿que si estamos llamados á ver á Dios, á poseerle, á ser felices en El y por El, esto no puede llevarse á cabo sino mediante una transformación en nuestra naturaleza, que nos haga participantes de la esencia, de la naturaleza, de la vida de Dios? ¿que á todo trance hemos de recibir en nosotros la vida de Dios para que nos eleve y divinice, y sea como raíz y fuente de todas nuestras operaciones y merecimientos sobrenaturales, por igual modo que la naturaleza es raíz y fuente de todas nuestras operaciones y merecimientos naturales? Finalmente, ¿no recordáis como la vida divina, generosamente inculada en nuestro primer padre, y perdida por el pecado fué reconquistada á costa de la sangre y muerte de Jesucristo; y como vuelve á ser inculcada en nuestra celda natural por la virtud generadora del bautismo, y fortificada y enriquecida con los dones del Espíritu Santo en la confirmación; y que todo cristiano, lo vuelvo á repetir, todo cristiano es un ser divino?

Y aun esta frase no es bastante expresiva, hermanos míos. Dios mora en nosotros por su gracia; nosotros participamos de su naturaleza divina: *Divinae consortes naturae*. El es vida de nuestra alma como nuestra alma es vida de nuestra carne: *anima vita est carnis; anime vita Deus*. Ahora bien, respondedme: ¿de qué se alimentará esa vida divina, que en nosotros reside; ese divino viviente que somos nosotros? ¿Qué asimilación se adaptará á nuestra divina constitución, á nuestro temperamento divino? ¿Ah! en vano la naturaleza ofrecería cuanto hay de más exquisito y delicado en las miriadas de seres que se agitan en su seno efervescente; nuestra alma, de mayores miras y más nobles ambiciones que las deidades paganas del Olimpo, no se contentará con néctar y ambrosía, del sentido tan sólo embriagadores. Ni la verdad misma, ni la belleza, ni el bien creados, por santos y elevados que se les suponga dentro del orden natural, podrían añadir lo más mínimo á esa misteriosa entidad, que transforma nuestra alma, la eleva sobre sí misma y la hace vivir á lo divino. Lo divino no puede alimentarse sino de Dios. Tres personas hay sentadas en el eterno banquete de vida divina: Padre, Hijo y Espíritu Santo; y todas tres comulgan con una misma esencia, una misma substancia y una misma naturaleza divinas. ¿Con qué comulgaran los llamados con verdad hijos de Dios, y como dioses, por lo mismo que son hijos de Dios, según la bella expresión de San Agustín: *Si filii Dei facti sumus, et dii facti sumus*? Paréceme que esta pregunta trae consigo aparejada la respuesta: á un hijo de Dios debe comulgársele con Dios; su vida divina, alimentación divina pide.

Ese alimento, hermanos míos, no es otro que la Eucaristía; sacramento de Cristo inmoldado, recipiente sagrado de su cuerpo, de su sangre, de su alma, de su divinidad; don de un Dios, que en delicada y tierna frase de San Agustín, parece una madre lactando á sus hijuelos. Oid cual nos describe el águila de Hipona la maravillosa y dulce economía de nuestra divina alimentación.

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. He aquí el manjar eterno, el manjar de los ángeles; el manjar de las soberanas virtudes; el manjar de los espíritus celestiales, el manjar con que todos ellos se nutren y mantienen su vida en toda su entereza y vigor. Pero ¿qué hombre mortal podría sufrirlo? ¿Qué corazón tereno podría tolerar tan fuerte alimento, sin ser previamente confortado? Porque en comparación de las virilidades naturales, que pueblan el cielo, no pasamos nosotros de tiernos infantes. Debía ser, por tanto, convertido en leche tan sólido alimento, si nosotros nos habíamos de alimentar con él. ¿Y como el alimento se convierte en leche sino encarnándolo? Una madre da á comer á sus hijitos el mismo pan que ella come; pero como el pan en su nativo ser no está proporcionado al estómago del niño, como lo está al de la madre, por eso ésta lo encarna, lo come, lo digiere, lo transforma y se lo da gota á gota á su caro pequeñuelo en el dulce licor que sus pechos destilan. Por igual modo nos alimenta de la divinidad la eterna sabiduría. «El verbo se hizo carne,» y merced á esta humillación, el hombre puede comer el pan de los ángeles.»

Come de él primeramente por medio de la fe; es decir, creyendo en el misterio de la encarnación. Pero el amor divino parece no quedar satisfecho con esta recepción, inicial é imperfecta. Quiere que recibamos dentro de nosotros mismos la carne de Cristo real y substancialmente, y por eso habilita á todo el organismo de nuestra vida sobrenatural para que pueda tomar de su mismo origen ó principio el sustento que ha de reparar, conservar y acrecerle. «Mi carne es verdaderamente manjar, y mi sangre es verdaderamente bebida» dice el Salvador. «Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros.» «Quien come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo en él.» «Quien me come vive por mí, como yo vivo por el Padre.»

Fijaos bien en este misterio, hermanos míos. No sólo exigió nuestra débil condición, que se le adaptase el fuerte alimento de los ángeles á su capacidad, suministrándosele bajo la forma de un manjar más accesible, sino que rescatados por los padecimientos y muerte de Jesús y reconquistada por tal inmoldación nuestra vida divina, con-

venia que nuestra comunión se hiciese con la inmolada carne de Cristo. Y notad al propio tiempo, cuántas precauciones se han tomado en este misterio para orillar las repugnancias de nuestra carne. No es la carne de Jesucristo lo que se toca, se mastica, se digiere y se apropia inmediatamente, para extraer de ella sus principios vitales; no; todo eso se hace con las especies sacramentales, y el Dios encarnado, que ellas esconden á nuestros sentidos, va derecho al alma, de él solo ganosa y hambrienta.

¡Oh admirable encuentro de nuestra vida divina con su origen! Suplícos, con todo, hermanos míos, que veáis en él algo más que un alto honor y materia copiosísima de celestial gozo. Ciertamente que es honra señaladísima para nosotros recibir tan noble huésped, y no le haríamos debidamente los honores de la casa sin convocar á todas nuestras potencias para festejarle y adorarle, cuando, disfrazado con el humilde arreo que vela su majestad, envía sus ángeles á llamar á las puertas de nuestra alma para que le franqueemos la entrada. *Attollite portas.* Abrid las puertas, nos dicen ellos, y entrará el Rey de la gloria. *Et intrabit rex gloriæ.* Abrimos las puertas, y nuestra ruina naturaleza truécase, por la comunión, en palacio del Rey de la eterna gloria: ante el pecho del comulgante puede uno caer de rodillas como ante el tabernáculo. Cierzo también que es por extremo gozoso participar de las maternales ternezas de María, que tuvo la dicha incomparable de estrechar contra su seno al Hijo de Dios. ¡Qué gozo el abrazarle como ella le abrazaba, y prodigarle en el misterio de su presencia íntima las dulces caricias y apasionados ósculos que inspira el amor! Enorgullecámonos, pues, enhorabuena, con honra tanta; abandonémonos á tan celestial gozo; pero no nos detengamos aquí, vayamos todavía más allá. La comunión es algo más que el culto religioso de un alma reverente y tierna; la comunión es un acto vital. Jesús al darsenos bajo las especies eucarísticas de su cuerpo, no dijo: «Tomad y adorad;» pero sí «Tomad y comed.» *Accipite et comedite.* Cuando Jesús, por tanto, se digne venir á nuestras almas, no nos contentemos con saludar su venida y presencia por medio de cordiales testimonios de veneración y amor; que esto no fuera comulgar. Comulgar es aplicar los labios de nuestra alma á la carne hendida, que á sí propia se nos entrega, al modo que tierno niño aplica sus ávidos labios al pecho de su madre; comulgar es extraer de la santa humanidad del Salvador, cual de fecunda mama, el sagrado alimento que ha de nutrir nuestra vida sobrenatural; comulgar es trabajar en lo más recóndito de nuestro ser por asimilarnos la vida divina, real y substancialmente encerrada en la Eucaristía.

¡Asimilarnos la vida de Jesús! ¿Será posible? Sin ninguna clase de duda, hermanos míos, toda vez que el mismo Jesucristo nos ha dicho: «Yo soy pan de vida; quien come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo en él; quien me comiere vivirá por mí, ó de mi propia vida.» Pero entonces, ¿cñemos de creer que el pan de los ángeles pasa por iguales modificaciones que las que sufren los bajos alimentos por nuestra carne asimilados? En modo alguno, hermanos míos. La asimilación sobrenatural consiguiente á la nutrición eucarística verificase, por decirlo así, en sentido inverso de la asimilación natural; debido cabalmente á la ley que preside á las transformaciones. La transformación se hace de una substancia inferior en otra superior. Y de ahí el que nuestro cuerpo más noble, activo y vivaz que las diversas materias de que se sustenta, las obligue á perder primero la subsistencia, á entrar á componer sus elementos después, y, por último, á perder la forma que les es característica. «Lo que poco ha era pan, una vez que yo lo he digerido, deja de serlo, para convertirse en mi carne y sangre.» Pues bien, hermanos míos, en virtud de esa misma ley, y con las salvedades indispensables en favor de vuestra alma, que no puede ser descompuesta ó aniquilada en su transformación sobrenatural, no el alma, sino el alimento encarnístico, naturaleza superior y más perfecta, realiza la asimilación. Nosotros no dejamos de existir; moramos en Cristo y Cristo mora en nosotros; pero quien vive en nosotros y á nosotros da vida, es Cristo. Escuchad las bellísimas palabras que á San Agustín parecía oír salidas del sagrario á raíz de su conversión: *Cibus sum grandævus, crescit et manducatis me.* «Manjar soy de robustos, crece y me recibirás. Y no me cambiarás á mí en ti, cual harías con una comida corporal, sino que tú te cambiarás en mí.» *Nec tu mutaberis in te sicut cibum carnis tuæ, sed tu mutaberis in me.* Habéis oído, hermanos míos; Cristo, pan de vida, nos cambia en sí mismo. En el acto vital de la comunión, en el instante mismo en que comemos su carne sacratísima, nos toma, nos penetra, se apodera de nuestra vida, la dirige en pos de su santa vida conforme nuestras tendencias y costumbres con sus costumbres y tendencias, y obra el gran prodigio que el Apóstol pregonaba extasiado, en estos sentidos términos: «Vivo yo; ó más bien, no vivo yo, sino que vive Cristo en mí.» *Vivo ego, jam non ego vivit vero in me Christus.*

Me preguntaréis ahora, ¿porqué un acto tan honroso, tan dulce, tan eficaz como el acto de la comunión es un acto transitorio que no dura sino algunos momentos? Os respondo, que sin duda de ningún género «el vivificante Verbo comunicó á su carne la propiedad de vivificar á su vez;» y así ésta puede prolongar indefinidamente sus di-

vinas efusiones en toda alma que la posea; pero á condición de que se la posea. Ahora bien; su presencia está ligada á la de las especies sacramentales, bajo las que se oculta; y estas especies desaparecen ¡ay! bien pronto á causa de la ciega elaboración de nuestros órganos, los cuales para nada se acuerdan de las necesidades y piadosa avidez de nuestras almas. Apresuremonos, por ende, á absorber vida, porque tras breves minutos, Jesús habrá desaparecido.

Pero entonces, ¿cómo dice San Pablo que Cristo vive en él, y sostiene todo, cómo explicar las palabras del Salvador que promete á los comulgantes morar en ellos y que vivirán con la vida de él? *¡Qui manducat me vivet propter me!* Tras el fugaz comercio de su carne con el alma que se ha misteriosamente desprendido, ¿deja á ésta en su despedida una prenda que la haga acreedora á todas las gracias indispensables para alimentarse sobrenaturalmente; y por esa prenda, como por arcaduz invisible, continúa descendiendo de la humanidad del Salvador á su esposa, las efusiones de vida iniciadas en la comunión? ¿Queda el Verbo divino prendido, por especial favor, á la dichosa alma que se ha nutrido con su carne que ha desaparecido? ¿O deberemos creer con el melifluo San Buenaventura, que al beber la sangre del Salvador bebemos su alma santísima, la cual, infinitamente más poderosa que los ángeles á quienes es dado visitarnos con frecuencia, permanece unida á la nuestra comunicándole sus pensamientos, sus inclinaciones, sus deseos, sus anhelos, su conformidad con las necesidades y exigencias de nuestra vida sobrenatural? Escoged la explicación que más os agrade, hermanos míos, con tal que creáis firmemente en las promesas de Jesucristo, y os persuadáis de que la comunión nos estrecha con El más íntima y vivamente que cualquier otro sacramento. Las flores, al pasar por una habitación, y el incienso, al ser quemado en las iglesias, dejan en pos de sí el ambiente embalsamado, bien así como aun después de haber desaparecido el sol del horizonte, conserva la tierra su calor vivificante. Aun cuando no quedase, pues, en nuestras almas otra cosa que el perfume y el calor de Cristo luego de la comunión, nos quedaría de sobra para poder exclamar regocijados: *Mihi vivere Christus est.* Cristo es mi vida. *Amén.*

LA EUCHARISTÍA Y SUS ADMIRABLES EFECTOS

POR LA VIDA DIVINA EN NUESTRAS ALMAS

Vivo ego, jam non ego, nihil vero in me Christus.

Vivo yo, mas no yo, sino que Cristo vive en mí.

(S. PABLO Á LOS GALATAS, II, 20.)

Verdaderamente, hermanos míos, se siente el hombre desfallecer, al pretender explicar el acto vital de la comunión eucarística ó sea aquella vida sobrenatural que nos comunica este alimento divino, el pan eucarístico. ¿Qué cosa más sublime! Nuestra vida sobrenatural exige un alimento divino, el cual no es otro que el mismo Cristo en el sacramento de su cuerpo y sangre, y, por consiguiente, Cristo, manjar divino, es quien nos transforma y vive en nosotros.

Pero sube de punto nuestro asombro al considerar los maravillosos efectos causados por esta vida divina de Cristo en nuestras almas. Santo Tomás los resume admirablemente en estas sencillísimas palabras: «Cuantos efectos produce el alimento material en nuestros cuerpos, produce, ni más ni menos, Cristo, manjar divino, en nuestras almas, á saber: las repara, las sustenta, conserva, acrece y deleita.»

Partiendo, hermanos míos, de las ideas que os acabo de indicar, podemos estudiar la vida que nos comunica la Eucaristía, bajo dos aspectos; en sus relaciones con el mundo inferior, enemigo declarado de nuestro ser divino, y en sus relaciones con el mundo superior, acicate que sin cesar nos estimula á consumir nuestra perfección final y suprema. Bajo el primer aspecto es una fuerza que rechaza constantemente las invasiones de la muerte, siempre en acecho, para destruirnos; bajo el segundo, es un vigoroso y fructivo impulso de nuestro ser divino hacia la unión suprema que la ha de perfeccionar y beatificar eternamente.

Detengámonos algunos momentos en el desarrollo de tan sublime y consoladora doctrina. *Ave María.*

La condición misma de nuestra existencia terrena nos obliga á rechazar incessantemente los asaltos é invasiones de la muerte; combate sin tregua y sin cuartel es la vida del hombre sobre la tierra. Por dentro y por fuera multiplica nuestro enemigo encarnizado arremetidas y mandobles. Bien se resiente de ellos nuestro misero cuerpo; y siempre amenazando ruina, se hace indispensable repararlo y sostenerlo de continuo; tanto, que un sabio fisiólogo se creyó facultado para definir la vida, diciendo: que es «el conjunto de funciones que resisten á la muerte.» Esta lucha por la existencia no está circunscrita á nuestra naturaleza física; también nuestra alma, vivificada por la gracia, rese amenazada, atacada, malparada ni más ni menos que nuestro cuerpo. Harto sabemos, hermanos míos, por experiencia propia, la triste necesidad de pelear; ocasión, no lo niego, de gloriosísimas victorias, pero también, y las más veces, ¡ay! de vergonzosísimas derrotas. Sucumbimos en la refriega y la muerte desaloja de su posición á la vida; esa muerte triunfante se llama el pecado. No se ordena la Eucaristía directamente á devolvernos la vida extinguida por el pecado, que el sustento tan sólo á los vivos aprovecha; y aun que se llenase de él á la hoz de un cadáver, no por eso se conseguiría el reanimarlo. Aunque también es verdad que no empeoraría de condición, mientras que un pecador comiendo indignamente la carne del Salvador, tragase su propio juicio y condena. Mas, si el alma pecadora torna á vivir, merced al sacramento de la resurrección, como realmente lo es la Eucaristía y se acerca á comulgar, encuentra en el pan divino una fuerza reparatriz y medicinal bastante á restablecer el perdido equilibrio de sus potencias y á robustecerla para nuevas luchas.

El pecado, dice un autor alemán, cuyo nombre ignoro, cuando se le da cabida en el alma, descentraliza en cierto modo las facultades, perturba sus operaciones y causa anomalías y trastornos análogos á los que ofrece un organismo descompuesto. Así se explica el que, después de la reviviscencia espiritual, adolezca todavía el alma de la perturbación de que ha sido víctima, y que sus desorientadas facultades suspiren por su centro vital. A él las encamina con fuerte dulzura y dulce fortaleza el gran principio vital que la comunión introduce en nuestras almas. El atrae hacia sí toda nuestra vitalidad, restablece el orden en nuestro desarreglado organismo, le anima al contacto misterioso de su carne inmolada y le vuelve á poner en condiciones normales.

A este primer trabajo de reparación general consiguiese otro de reparación parcial que apuntala todas las agrietadas partes de nues-

tra alma. Porque aunque el pecado no consiga derribar siempre todas las almas; ninguna, sin embargo, deja de resentirse más ó menos de sus certeros golpes; ninguna deja de sentir continuas pérdidas de gracia y energía. La vida divina consumiríase por completo á causa de estas pérdidas, y arrastraríamos fatalmente nuestra debilidad á una mortal catástrofe si no fuera misericordiosamente confortada con periódicas restauraciones. Pero á la manera que la comida material restaura las pérdidas del calor natural que la vida diariamente consume, así el pan eucarístico restaura las pérdidas del divino fuego de la caridad que amortiguan nuestras cotidianas ligeras faltas. «Este pan cotidiano, son palabras de San Ambrosio, tómate como un remedio de nuestras cotidianas enfermedades.» *Iste panis cotidianus emitit in remedium quotidianæ infirmitatis.* ¿Cómo podría el amor viviente unirse á nosotros sin excitarnos á vigorosos actos, que subsanasen los desfallecimientos de nuestro amor?

Reparar los daños del pecado, prueba ostensiva de nuestra debilidad y miseria, no es cegar las fuentes de donde proceden nuestros deterioros en la vida espiritual. Las pasiones fermentan en nuestra naturaleza decaída, y el enemigo de nuestra salud no sólo las pone á contribución para perdersen, sino que echa leña al fuego fomentando su levadura. He ahí los principios á cual más deletéreos contra los cuales necesita estar siempre en guardia nuestra vida, y hasta ser, para domeñarlos, poderosamente confortada. Si el hambre nos obliga á languidecer, «el pan, al decir del Salmista, corrobora nuestras fuerzas. *Panis cor hominis confirmet.*» Y bien nutrido el hombre, entregase con más ardor á la lucha y al trabajo. Ahora bien, hermanos míos, ¿qué pan entranera más vigor y esfuerzo que la carne de un Dios? ¿Qué vida más eficaz para sostenernos y reanimarnos en los peligros de la tentación que la vida de Jesús, en quien todo protesta contra las debilidades á que nos inclinan nuestros depravados sentidos hondamente excitados por el maligno espíritu que maquina y desea á todo trance nuestra perdición?

Pretados en demasia de nosotros mismos, y admirando con excesiva complacencia los dones de que Dios nos ha colmado, ¿nos sentimos tentados alguna vez á olvidar su origen en el culto insensato que á nuestra excelencia rendimos? Jesús-Eucaristía pesa sobre nuestra alma orgullosa con todo el peso de sus prodigiosos abatimientos. Ha ocultado tan profundamente su majestad, se ha ahicicado en tanto grado para darse á nosotros, que es imposible de toda imposibilidad no complacerle ocultando á los ojos del mundo, ocultándonos á nosotros mismos cuanto de bueno y excelente poseamos; humillándonos con Él, anonadándonos en Él á fin de no vivir más que para Él.

¿Sentimonos apegados á los bienes y honores mundanos, preocupados por demás en adquirir cuantiosas riquezas, ó extensa nombradía pagados del aura popular? Jesús-Eucaristía nos amonesta que todos esos bienes huecos y ficticios parécense al maná de un desierto en que se ha de morir en breve, *Patres vestri, manducaverunt manna et mortui sunt*; al paso que El es «el pan descendido de la patria de los verdaderos y sólidos bienes y de la no mentida gloria; del cual pan quien comiere vivirá feliz y dichoso por eternidad de eternidades: *Hic est panis de caelo descendens, ut si quis ex ipso manducet vivet in aeternum.*» E impregnándonos de su virtud, endereza nuestros deseos y fija nuestras esperanzas en el imperecedero maná, que en El hay, como que lo gustamos de antemano.

¿Sentimonos cautivados por la frágil belleza de las criaturas, y prontos á derramar nuestro corazón en peligrosos amos? Jesús-Eucaristía ¡ay! ¡cuán amable y tierno es! Su presencia en nuestras almas parece una prolongada caricia, y su dulce voz nos dice: *Gustate et videte quoniam suavis est Dominus.* Nuestro alucinado corazón ve entonces desvanecidas cual humo sus ilusiones, y vuelto hacia el verdadero y digno objeto de sus amores, exclama: «¿Cómo no volver amor por amor á quien tanto me ama? *Sic nos amantem quis non redamnet?*»

¿Sentimonos atormentados por las concupiscencias de la carne, ese terrible enemigo de nuestra vida espiritual, siempre dispuesto á animalizar el espíritu y á revolverlo por el riego? Jesús-Eucaristía nos da á beber en las dulces llagas de su martirizada carne el vino que engendra virgenes. Cuerpo virgen el suyo, amasado en las purísimas entrañas de una Virgen, imprime tan hondo en nosotros el respeto á su pureza, que arranca á nuestra alma medrosa estas pías exclamaciones: ¡Oh templo, oh santuario, oh tabernáculo de una vida tan pura y santa! ¡Y habrías tú de enlodarte con los mas asquerosos y abominables pecados! «Purificaos los que recibis el cuerpo de Cristo, vaso sagrado de su divinidad. *Mandamini qui fertis vasa Domini.*»

Así fortificados con el pan eucarístico contra las causas intrínsecas de nuestros desfallecimientos, podemos aguardar sin temor al enemigo extrínseco; que sus cómplices silenciosos no osarán obedecerle y ejecutar sus torpes designios. La sola presencia en nuestras almas de la divina víctima, cuya muerte derrocó su infernal imperio, hasta para abatir su audacia y dejar burlado su diabólico poderío. No estamos gimiendo entonces, no, bajo la tiranía de sus cruces caprichos, cual corderos inofensivos de que el triunfa con facilidad;

antes, como dice San Crisóstomo: «salimos de la comunión como leones, que respiran fuego divino, y á cuya mirada espantadora huye amedrentado el diablo.»

Dado, hermanos míos, que el acto vital de la comunión se limitase á los efectos de reparación y confortamiento de que acabo de hablarlos, variase ya suficientemente cumplidas las palabras: «Tomad y comed», empleadas por Jesús al instituir la; y nosotros deberíamos darle gracias cordialísimas con el Salmista por habernos preparado una mesa donde remediar nuestras miserias y cobrar esfuerzo contra nuestros enemigos: *Parasti in conspectu meo mensam altivarsu eos qui tribulant me.*

Pero la espléndida vida de nuestro Dios ¿había de ser menos eficaz que las vulgares é ínfimas substancias cuya asimilación nos acrece y deleita sobre repararnos y confortarnos? Oigamos á nuestro Angélico Maestro: «La Eucaristía aumenta en nosotros la gracia y la vida espiritual, con la mira de hacer al hombre enteramente perfecto en su unión con Dios... Y no se cibe á infundirnos únicamente hábitos de gracia y virtud; sino que nos inclina á obrar, según aquellas palabras del Apóstol: «La caridad de Cristo nos urge: *Charitas Christi urget nos.*» Ved sino lo que pasa todos los días en la naturaleza con el poder del radioso astro cuyo vivificante calor baña y penetra cuanto existe. Las plantas reciben la vida de su germen, y sus fibras y moléculas de la savia; mas ¿cuanto no se aviva esta savia excitada por un rayo de sol! ¡Como hierve, con qué rapidez circula, cuán pronto hace que se abran los botones, que se extiendan las hojas y que se esponjen las flores! ¡Qué cambios de día en día, y hasta de hora en hora, y sobre todo, qué ondas de perfume exhala! ¡Cuán poco parece todo ello, sin embargo, comparado con los prodigios obrados en las almas de los comulgantes al divino calor del sol eterno! El irradian en el centro mismo de nuestra vida espiritual. Apodérase allí de los santos hábitos y sublimes virtudes con que nos han enriquecido otros sacramentos; enciéndelos, avívalos, perfeccionalos. Germinad, creced, floreced, fructificad, plantas divinas; el amor de Cristo os urge. *Charitas Christi urget vos.*

Que un alma tiene fe; Jesús-Eucaristía le abre los ojos sobre los misterios ante los cuales prosternaba humillosa su razón, y aunque no llega á comprenderlos todavía, los ve tan clara y distintamente, que á ellos con todo su corazón se aficióna. Y no es raro oír en tales casos á hombres pobres, rudos, ignorantes é iliteratos y hasta á mujeres del pueblo cantar, rivalizando con los ángeles, magníficos cánticos, estupor de los más profundos teólogos por su hondo sentido místico y su pasmosa y sencilla sublimidad.

Que un alma suspira por el cielo; Jesús-Eucaristía le da á gustar un como dejo ó trasunto de los deleites celestiales, y ya tenéis á esa alma dispuesta á abandonarlo y sacrificarlo todo á trueque de asegurar la posesión de tan subidos bienes. «Escucha, hija mía, dícela el Dios que dentro de sí posee, y mira y préstame atento oído; quiero que olvides tu pueblo y la casa de tu padre, porque el Rey de reyes codicia tu hermosura.» Y suben en ella de punto los anhelos de pertenecer de día en día; más á Dios; y á proporción de las veces que Dios se da á ella en este sacramento, crece en la misma la impaciencia de estrecharse con su amado, hasta que llega á exclamar: «Ansio morir para estar con Cristo. *Opto dissolvi et esse cum Christo.*»

Que un alma se resigna con su cruz; Jesús-Eucaristía la hace amar eso mismo que la crucifica. En la callada y misteriosa soledad de la comunión; rehíele cuanto ha padecido en el mundo, y la inefable gloria con que Dios ha coronado tales padecimientos; y embriagala con el dulzor de su palabra y con la virtud de su sangre. ¡Oh mundanos que gemís bajo el peso de los sufrimientos, id á buscar enhorabuena con más generosas instancias distracciones y consuelos que adormezcan vuestras inquietas almas! Esclavos de la materia, andando por ese camino dais en la más degradante de las humillaciones. El cristiano renuncia á ser embriagado y esclavizado por otra cosa que no sea el cáliz divino que le torna placenteras las más horribles torturas.

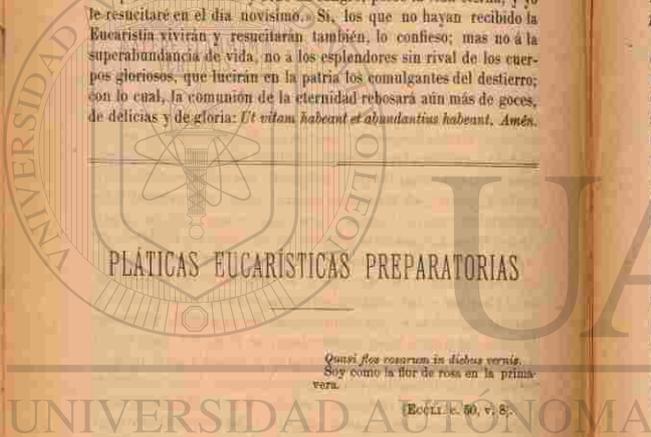
Después de recibir en sus pechos el Dios-Hostia era cuando los mártires desafiaban y sufrían impávidos los suplicios y la muerte. «Y así hostias agradables á Dios ofrecían ellos en los tormentos por el heroísmo que cobraban en la mesa del Señor. *Hoc fecerunt tanti martyres; talia enim Deo exhibuerunt qualia de mensa Domini perciperunt.*» ¿Adónde no me llevaría, hermanos míos, el querer aplicar á todas las particularidades de nuestra vida espiritual estas sencillas palabras del Doctor Angélico: La Eucaristía nos mueve á obrar: *Per hoc sacramentum excitatur in actum.* Oiríamos á la caridad de Cristo decir á todas las virtudes, á la prudencia, á la justicia, á la fortaleza, á la templanza, al desprendimiento, á la mortificación, á la castidad: ¡adelante, adelante! Veríamos con San Bernardo, cómo el hombre «vuélvese más dócil á la corrección, más paciente en los trabajos, más cauto para huir el mal, más inclinado á obedecer, más devoto en la acción de gracias y más abrasado en el amor. El ardor del amor, he ahí sobre todo el gran efecto de la comunión. Haciendo al hombre más amador lo hace más perfecto; y el hombre anhela ser más perfecto para poder amar más y más.

El amor le acrece, el amor le deleita; porque los íntimos abrazamientos con su Dios son prenda y como anticipado gustar de la bienandanza, cuya posesión constituirá su felicidad eterna.

Es muy posible, cristianos, que en vuestras raras y tardías comuniones, no hayáis experimentado todos estos deleites; mas no por eso ha dejado de haber y hay por dicho en la actualidad cristianos ferrosos, que dan al olvido el mundo al acercarse á la Eucaristía, volviendo transfigurados de la sagrada mesa. La profundidad de su recogimiento, y la paz de todo su porte hablan más elocuentemente que todos los deliquios de sus almas; y al verlos, pareceme leer en su faz estas palabras del Salmista: «¡Cuán precioso es, Señor, el cáliz que me embriaga. *Calix meus inebrians quam preclarus est.* Reparación, confortamiento, perfeccionamiento, deleite, todas estas ventajas saca el alma del vital acto de la comunión. ¿Y no tocará nada al cuerpo, que transmite al alma ese pan de vida? Y debera por igual modo que las fragiles especies de se oculta la carne inmortal de Cristo, decir á su compañera saturada de vida divina: «Mi substancia es como una nonada ante la tuya. *Substantia mea tanquam nihilum ante te.*» ¡Pobre cuerpo, su suerte está fallada, fuerza es que perezca! Sus médicos han venido á concluir tras largas experiencias que huerto alguno del mundo producía yerbas ó preservativos contra la muerte.

¿Será esto cierto, hermanos míos? Yo tengo para mí que los médicos se engañan; sé de un huerto,—la Iglesia de Cristo,—en cual huerto hay una santa montaña,—el altar,—la cual montaña lleva un remedio para no morir, un contra-veneno de la muerte, un germen de vida, una planta incorruptible abierta en el seno de una virgen, la carne sacramental del Salvador. Ciertamente que Jesús se une inmediatamente al alma; con ésta es con quien se desposa en la comunión; pero sin separarla del compañero, del instrumento, del complemento de su vida. Al nutrirlo con su substancia, infúndele vitalidad tanta, que de ella se desborda y redunda en todas las partes que ésta anima, haciéndolas aptas hasta cierto punto para la resurrección. Y el mismo Jesucristo lleva su amor hasta el extremo de considerar á nuestro cuerpo como suyo en atención al beneficio que nos presta y le presta, sirviendo como de canal que le permite llegar hasta el centro de nuestra vida; creyéndose por ende obligado más que por ningún otro sacramento á darle parte de su gloria corporal. Tal es la doctrina consignada por cuantos Padres de la Iglesia han tratado de esta materia. «Cristo, dicen ellos, se da á nuestros miembros y á todo nuestro ser. Su carne alimenta nuestra carne y su cuerpo hace subsistir á nuestro cuerpo. Unese al cuerpo de los fieles por medio de su carne,

á fin de que el hombre, incorporándose á lo inmortal, participe de la incorrupción. A la manera que se oculta un carbón bajo ceniza para conservar una semilla de fuego, así Jesucristo, Señor nuestro, oculta en nosotros la vida bajo su propia carne depositando en ella un germen de inmortalidad, anulador de toda clase de corrupción.» No quiere decir esto, hermanos míos, que Dios haya abrogado la indeclinable ley que nos condena á todos, sin excepción alguna, á morir, sino que nos ha empeñado su palabra de librarnos de la muerte. «El que come mi carne y bebe mi sangre, posee la vida eterna, y yo le resucitaré en el día novísimo.» Si, los que no hayan recibido la Eucaristia vivirán y resucitarán también, lo confieso; mas no á la superabundancia de vida, no á los esplendores sin rival de los cuerpos gloriosos, que lucirán en la patria los comulgantes del destierro; con lo cual, la comunión de la eternidad rebosará aún más de goces, de delicias y de gloria: *Ut vitam habeant et abundantius habeant. Amén.*



PLÁTICAS EUCARÍSTICAS PREPARATORIAS

Quasi flos rosarum in diebus vernis.
Soy como la flor de rosa en la primavera.

[Ecclesi. 30, v. 8.]

Esta es la ocasión, amados hermanos míos, en que el celestial Esposo, mirando por entre las celosías de los cándidos accidentes que le ocultan en este adorable Sacramento, os convida, como á la Esposa de los Cantares, á gozar sus dulces y cariñosos abrazos. ¡Oh amiga mía, dice al alma fiel, amiga mía por la caridad que derramé en tí para que me amaras; paloma mía por la sencillez que te aconseje para que me buscaras á mi solo; hermosa mía por la imagen que imprimí en tí para que me imitaras; levántate del amor de las cosas terrenas, del sueño de la tibieza; acércate al Esposo, á tu Maestro, á tu Señor; ven como hija al Padre, como esposa al esposo, como discípula al

maestro, como sierva al señor, como enferma al médico, como sedienta á la fuente de aguas vivas, como hambrienta al pan del cielo! He aquí aquel Esposo que te visitó por ministerio de los ángeles, que se acercó á tí por las promesas hechas á los Patriarcas, que te anunció la aceleración de su venida por los vaticinios de los Profetas, que se te presentó en carne mortal, que atendió á tus necesidades con repetidos milagros, que te habló por sus Apóstoles: cubierto hoy con el velo de los accidentes de pan y vino, te convida á esta celestial mesa que te preparó su divina sabiduría. *En dilectus loquitur: Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni.*

No te me excuses con el hielo de tu flojedad y con el lodo de tus carnales deseos: después que pasaste por el fuego de la contrición y por las saludables aguas de la penitencia, no refuses el refrigerio que te ofrece mi amor. Ya se pasó el invierno de los fríos afectos, cesaron ya las importunas lluvias de la tribulación que anega á los que obran la iniquidad: *Hiems transit, imber abiit et recessit.* Las semillas de virtud que mis ministros arrojaron en el místico campo de tu corazón, empiezan ya á brotar, y prometen con las flores de sus deseos unos abundantes frutos de justicia y santidad: *Flores apparuerunt in terra nostra.*

Levántate y ven á este jardín ameno de la Sagrada Eucaristia: en él ballarás aquella flor divina que debe ser el modelo de las que tú has de producir. Jesucristo en este adorable Sacramento nos está diciendo: Yo soy la flor del campo y la azucena de los valles: Yo soy la flor de rosas en los días de la primavera. *Quasi flos rosarum in diebus vernis.* Le veréis aquí cercado de espinas, y percibiréis el olor suave que exhala. Mirad á este verdadero Salomón en el estado á que lo redujo la Sinagoga su madre. El se nos presenta en estado de inmolación, en estado de víctima, en estado de muerte; renueva con una oblación incruenta el sacrificio sangriento de la cruz. Mirad ese cuerpo cubierto de heridas profundas y dolorosas; esa cabeza coronada de espinas, inclinada hacia vosotros, que parece os pide que la sostengáis; esos ojos que se mueven y van á cerrarse á todas las cosas del mundo; esa boca bañada en hiel y vinagre que no se abre sino para pronunciar pocas palabras; esos pies que no pueden moverse; esas manos taladradas que extiende á un pueblo incrédulo y rebelado contra él; ved ahí las espinas que rodean la divina flor que brotó de la raíz de Jesé.

Pero entraos en los agujeros de la mística piedra: como amantes palomas, penetrad las llagas de ese cuerpo que el Salvador presenta de continuo á su eterno Padre: cada una de ellas expresa su cariño,

á fin de que el hombre, incorporándose á lo inmortal, participe de la incorrupción. A la manera que se oculta un carbón bajo ceniza para conservar una semilla de fuego, así Jesucristo, Señor nuestro, oculta en nosotros la vida bajo su propia carne depositando en ella un germen de inmortalidad, anulador de toda clase de corrupción.» No quiere decir esto, hermanos míos, que Dios haya abrogado la indeclinable ley que nos condena á todos, sin excepción alguna, á morir, sino que nos ha empeñado su palabra de librarnos de la muerte. «El que come mi carne y bebe mi sangre, posee la vida eterna, y yo le resucitaré en el día novísimo.» Si, los que no hayan recibido la Eucaristía vivirán y resucitarán también, lo confieso; mas no á la superabundancia de vida, no á los esplendores sin rival de los cuerpos gloriosos, que lucirán en la patria los comulgantes del destierro; con lo cual, la comunión de la eternidad rebosará aún más de goces, de delicias y de gloria: *Ut vitam habeant et abundantius habeant. Amén.*



PLÁTICAS EUCARÍSTICAS PREPARATORIAS

Quasi flos rosarum in diebus vernis.
Soy como la flor de rosa en la primavera.

[Ecclesi. 30, v. 8.]

Esta es la ocasión, amados hermanos míos, en que el celestial Esposo, mirando por entre las celosías de los cándidos accidentes que le ocultan en este adorable Sacramento, os convida, como á la Esposa de los Cantares, á gozar sus dulces y cariñosos abrazos. ¡Oh amiga mía, dice al alma fiel, amiga mía por la caridad que derramé en ti para que me amaras; paloma mía por la sencillez que te aconseje para que me buscaras á mi solo; hermosa mía por la imagen que imprimí en ti para que me imitaras; levántate del amor de las cosas terrenas, del sueño de la tibieza; acércate al Esposo, á tu Maestro, á tu Señor; ven como hija al Padre, como esposa al esposo, como discípula al

maestro, como sierva al señor, como enferma al médico, como sedienta á la fuente de aguas vivas, como hambrienta al pan del cielo! He aquí aquel Esposo que te visitó por ministerio de los ángeles, que se acercó á ti por las promesas hechas á los Patriarcas, que te anunció la aceleración de su venida por los vaticinios de los Profetas, que se te presentó en carne mortal, que atendió á tus necesidades con repetidos milagros, que te habló por sus Apóstoles: cubierto hoy con el velo de los accidentes de pan y vino, te convida á esta celestial mesa que te preparó su divina sabiduría. *En dilectus loquitur: Surge, propterea, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni.*

No te me excuses con el hielo de tu flojedad y con el lodo de tus carnales deseos: después que pasaste por el fuego de la contrición y por las saludables aguas de la penitencia, no refuses el refrigerio que te ofrece mi amor. Ya se pasó el invierno de los fríos afectos, cesaron ya las importunas lluvias de la tribulación que anega á los que obran la iniquidad: *Hiems transit, imber abiit et recessit.* Las semillas de virtud que mis ministros arrojaron en el místico campo de tu corazón, empiezan ya á brotar, y prometen con las flores de sus deseos unos abundantes frutos de justicia y santidad: *Flores apparuerunt in terra nostra.*

Levántate y ven á este jardín ameno de la Sagrada Eucaristía: en él ballarás aquella flor divina que debe ser el modelo de las que tú has de producir. Jesucristo en este adorable Sacramento nos está diciendo: Yo soy la flor del campo y la azucena de los valles: Yo soy la flor de rosas en los días de la primavera. *Quasi flos rosarum in diebus vernis.* Le veréis aquí cercado de espinas, y percibiréis el olor suave que exhala. Mirad á este verdadero Salomón en el estado á que lo redujo la Sinagoga su madre. El se nos presenta en estado de inmolación, en estado de víctima, en estado de muerte; renueva con una oblación inculenta el sacrificio sangriento de la cruz. Mirad ese cuerpo cubierto de heridas profundas y dolorosas; esa cabeza coronada de espinas, inclinada hacia vosotros, que parece os pide que la sostengáis; esos ojos que se mueven y van á cerrarse á todas las cosas del mundo; esa boca bañada en hiel y vinagre que no se abre sino para pronunciar pocas palabras; esos pies que no pueden moverse; esas manos taladradas que extiende á un pueblo incrédulo y rebelado contra él; ved ahí las espinas que rodean la divina flor que brotó de la raíz de Jesé.

Pero entraos en los agujeros de la mística piedra: como amantes palomas, penetrad las llagas de ese cuerpo que el Salvador presenta de continuo á su eterno Padre: cada una de ellas expresa su cariño,

cada una de ellas es una lengua que explica su amor. La caridad, que como la rosa lo es de las flores, es la reina de las virtudes, mueve a Jesucristo á ponerlas todas en movimiento en la Sagrada Eucaristía por nuestro provecho. Porque nos ama, se humilla, se aniquila, se anonada en este Sacramento; ocultando no sólo los resplandores de su Divinidad, mas aun los rasgos de su humana naturaleza. Porque nos ama, sufre las blasfemias de los incrédulos, los insultos de los herejes, los sacrilegios de los malos cristianos que no tienen horror de colocar esta mística arca al lado de los ídolos que adoran en su corazón. Porque nos ama, está escondido en esta hostia sin movimiento, sin acción, sin señal alguna de vida. Porque nos ama, está día y noche encerrado en un tabernáculo, sale presuroso de nuestros templos para acudir á nuestras necesidades, entra en nuestras casas, nos consuela con su visita en las graves enfermedades, no desdena la pobreza de las más humildes chozas, se une con nosotros, nos acompaña hasta la entrada de la eternidad. Su amor emplea su infinito poder, compendiando en la Eucaristía todas sus innumerables maravillas: su amor apura su sabiduría, inventando medios como unirse, como estrecharse con nosotros, como transformarnos á nosotros en él: su amor abre los tesoros de sus gracias para derramarlas á manos llenas en el alma en cuya morada hace consistir sus delicias. Si Jesucristo en el Sacramento es sufrido, es paciente, es mortificado, es humilde, es generoso, es magnífico; es porque el amor le empeña á ejercer sus virtudes en favor de nosotros. La caridad de Jesucristo en la Eucaristía huele á las flores de todas las virtudes, y las produce todas en las almas, que reciben en su seno esta semilla de la bienaventurada inmortalidad. Jesucristo en la Eucaristía es una flor que brotando de en medio de las espigas de sus trabajos y humillaciones, y conservando todo el vigor de la primavera sin marchitarse jamás, adorna el campo místico de la Iglesia con la hermosa variedad de flores de los escogidos: *Ego flos campi.... quasi flos rosarum in diebus vernis.*

Venid, pues, á coger esta mística flor que tan generalmente se os ofrece, y trasplantada al jardín de vuestra alma; presentadle una tierra limpia de arroyos, un corazón vacío de afectos terrenos, un espíritu desprendido de los bienes caducos, un pecho libre de los carnales deseos, un alma pura que sea un campo escogido donde el Divino Esposo tome su descanso. Es verdad que nosotros no podemos acercarnos á él como conviene, si su Padre celestial no nos atrae con su gracia; pero Él lo hará si se lo pedimos con sinceridad y fervor. Nuestras flaquezas nos obligan á decir con el apóstol San Pedro: Se-

ñor, apartaos de nosotros, porque somos grandes pecadores; pero la bondad de este Padre de familias nos llamará á su convite aunque seamos flacos y débiles en su servicio.

Esposo Divino, enamorado de nuestras almas, atraednos en pos de Vos; nosotros correremos tras el suave olor de vuestros perfumes. Vednos aquí en vuestra presencia dispuestos á arrancar del campo de nuestro corazón las malas yerbas de los vicios y arraigar en él los fecundos árboles de las virtudes: deseosos de que vengáis á recrearos en nuestra alma como en el huerto á que os convidó la Esposa en los Cantares, nos esforzamos con los más vivos sentimientos de contrición á purificarla de las zarzas de las pasiones: anegados en lágrimas y penetrados de dolor, os decimos más con el corazón que con los labios: *Confiteor Deo.*

Vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem seculi.
Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.

(MATTH. c. 28, v. 20.)

(Cuán admirables son todas las obras de Dios! Quien mire con reflexión el cielo, la tierra, todas y cada una de las criaturas, ¿no se sentirá arrebatado de admiración y prorrumperá en aquellas palabras de David: Admirables son, Señor, vuestras obras: así lo confiesa y reconoce mi alma? El que pare la atención en la Encarnación del Verbo Divino, ¿no se admirará de que el que es invisible con los suyos, se haya hecho visible en nosotros; el que es ante todo tiempo, haya querido nacer en él; el Señor del universo tomar la forma de siervo; el imposible no desdenarse de ser pasible; el inmortal sujetarse á las leyes de la muerte? Y el que fijó los ojos en este adorable Sacramento, ¿no admirará renovados en él todos los prodigios y señales del Verbo Divino encarnado en las entrañas de la soberana Virgen María? Aquí es donde nuestro corazón se confunde á vista de la grandeza de esta obra; y se dilata después, considerando la inefable dignidad de su bondad. Este misterio parece que tenía presente el profeta David cuando llamaba á todas las criaturas para que vieran las obras del Señor y los prodigios que habia puesto sobre la tierra. Su bondad y su sabiduría proyectan y realizan la grande obra de su Encarnación; y el sacramento de la Eucaristía es el espejo en que resplandecen estas perfecciones. Exceso de la bondad de Jesucristo. Invenciones de su sabiduría. *Vobiscum sum omnibus diebus.*

Exceso de la bondad de Jesucristo. Realizada la ruina de los Angeles y la caída de los hombres, se propuso Dios restaurarlo todo en el cielo y en la tierra, dice San Pablo. He aquí, amados hermanos míos, manifestada ya la grandeza de su incomprensible bondad. Comunicase á sí mismo infinitamente en la Encarnación del Verbo y en la institución de la Sagrada Eucaristía. En la Encarnación, cuando el Verbo Eterno se une á la naturaleza humana de Cristo; y en la Eucaristía, cuando en la misma noche en que ha de ser vendido, instituye este divino Sacramento, en que, siendo Dios y hombre, se comunica á todos los que quieren recibirle. ¡Cuántos testimonios de su amor para con los hombres no había dado desde la cuna! No le dolieron prendas para acreditarlo. Pero al fin de su vida determina quedarse con nosotros en el Sacramento del Altar, y ved aquí el exceso de su amor. *Vobiscum sum omnibus diebus.*

¿Y en qué tiempo lo determináis, oh Dios mío? ¡Ah! La hora de las tinieblas se acerca; pero la de vuestro amor se adelanta. Vuestros enemigos se disponen para salir á prenderos por envidia; Vos os entregáis antes á los hombres por caridad. Ellos andan sedientos por prenderos; Vos estáis más sediento de comunicaros. Ellos corren en fuerza de esta sed; Vos corréis más en fuerza de vuestro amor. *Cucurri in siti.* Tomáis en vuestras divinas y venerables manos los elementos del pan y del vino; los convertís en vuestro cuerpo y en vuestra sangre, para alimento del hombre. Obra que no tenía semejanza desde el principio del mundo. En este Sacramento es donde le hallamos siempre dispuesto para darse á los amigos y á los enemigos. Si sólo permitiera que gozase de este incomparable beneficio la Santísima Virgen, los Apóstoles ó los hombres de una especial santidad, su bondad sería celebrada en todos los siglos. ¡Cuánta mayor es la de darse á los dignos y á los indignos, entrar en el pecho de Pedro igualmente que en el de Judas, ofrecerse á todos, permanecer con todos hasta la consumación de los siglos! ¡Cuánta no hubiera sido su bondad, si hubiera elegido para estar con nosotros algún monte célebre como el Tabor, ó alguna ciudad distinguida como Roma! ¡Cuánta, si se hubiese quedado en una sola hostia y en ciertas solemnes dias! ¡Cuán infinita, no haberse limitado ni á un lugar, ni á una hostia, ni á ciertas horas, ni á determinado tiempo! El está en casi todos los lugares del mundo y en todas las hostias consagradas; para que todos los hombres le tengan, le visiten, le adoren y experimenten los efectos de su bondad. ¡Cuán bueno es tu Dios, oh Israel! ¡Cuán bueno es Jesucristo, instituyendo este Sacramento! ¡Cuán bueno, viniendo á nosotros! ¡Cuán bueno, quedando con nosotros! ¡Cuán

bueno, anivelando su amor á las leyes de su sabiduría en este augustísimo Sacramento!

En fuerza de las santas invenciones de su sabiduría, halló Jesucristo el secreto de que su sagrado cuerpo esté juntamente en el cielo y en la tierra. Dos amores se me figura que luchan entre sí en el corazón de Jesucristo, cuando está para pasar al Padre, y le inclinan á dos términos opuestos: uno á subir al cielo, otro á quedarse en la tierra; uno á habitar en la casa de Dios, de donde salió; otro á morar entre los hombres, por quienes va á morir; uno le dice que es necesario quedarse en la tierra para que los enemigos de la Iglesia no prevalezcan contra ella; otro, que no descenderá el Espíritu Santo sobre esa Iglesia, si él no se vuelve al Padre. ¿Qué hará nuestro Salvador en este caso? ¿A dónde se inclinará? Si deja la tierra para subir al cielo, la Iglesia queda sola y sus hijos huérfanos; si no sube al cielo y permanece en la tierra, ni el Espíritu Santo bajará á visitarnos, ni se nos abrirán las puertas de aquella celestial Patria. ¿Qué hará, pues, Jesucristo? ¡Ah! Subirá al cielo y quedará en el mundo. Su Sabiduría hallará el modo de unir y conciliar estos dos extremos. Subirá al Padre en la propia forma que tomó, y quedará con nosotros en forma de comida sacramental. ¡Pueden ser más admirables su bondad y su sabiduría en este sacramento admirable de la Eucaristía, á cuya participación somos llamados? *Vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem seculi.*

El que así se ha quedado por nosotros y con nosotros en este mundo, ¿nos convidará en vano á que vengamos á él? ¿No nos está prometiendo que el que comiere su carne, vivirá una vida eterna? ¿No nos ofrece un alimento que llenará todos nuestros deseos? ¿Qué nos detiene, pues, para que, cual otros sedientos ciegos, corramos á él como á la fuente de aguas para apagar nuestra sed? Adoremos mil veces las preciosas sendas de su bondad; veneremos los admirables designios de su incomprensible misericordia; reconozcamos las prodigiosas invenciones de su sabiduría, y ofrezcámonos en cuerpo y espíritu á un Dios que con tan amoroso convite, solicita ganar nuestros corazones: postremonos ante sus sagradas plantas, y humillados digámosle de corazón: *Confiteor Deo.*

*Cum dilexisset suos qui erant in, sum.
de, in finem dilexit eos.*

Como hubiese amado á los suyos que
estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

(JOAN, 13, v. 1).

Cada misterio de nuestra redención es un argumento notorio del amor que nos tuvo nuestro Redentor. Pero todas las pruebas de su caridad excesiva las resume, las renueva, y aun las supera con un exceso maravilloso, el misterio de nuestros altares. En este Sacramento augusto están reunidos los amorosos portentos de su Encarnación, de su Nacimiento, de su Pasión y de su Muerte. Habiendo Jesús amado á sus hijos, dice San Juan, los amó hasta el fin: *Cum dilexisset suos, in finem dilexit eos*. Parémonos aquí, hermanos míos, y penetremos del más vivo reconocimiento. Jesucristo en este Sacramento se nos da sin reserva, sin distinción, sin fin. Ved aquí el prodigio por excelencia de su caridad. Por sincero que nos parezca el amor de nuestros amigos, siempre es mayor para con ellos que para con nosotros. Solo al Señor Sacramentado le pertenece amarnos con un amor generoso, con un amor indivisible, con un amor perseverante hasta la consumación de los siglos.

La Encarnación, la vida, la muerte de nuestro Salvador, ¡qué dones tan espléndidos é inapreciables! Pero para completar su amor le quedaba todavía un regalo más magnífico, cual es el de la Eucaristía. El se había dado por nosotros, se había revestido de nuestra carne, sujetádose á nuestras enfermedades, inmoládose por nuestra salvación. Pero aquí se une á nosotros, á nuestra naturaleza y á nuestra persona; vive por nosotros y dentro de nosotros; hace en algún modo una redención diaria, más extensa, más copiosa que la del Calvario. En su misión á la tierra, dice San Bernardo, nos da su alma como un Pastor misericordioso; en este Sacramento, como un Pastor santamente pródigo, nos da su cuerpo con su alma. Allá es generoso; aquí es grande y magnífico: es un médico caritativo que puede y quiere curar nuestras llagas; es un Pastor vigilante que llama con ansia sus ovejas; es un juez favorable que perdona al delincuente; es un Padre amable, es un Dios que se nos da á sí mismo, que es lo mejor que nos puede dar, concluye San Bernardo. ¡Un Dios se consagra todo entero á nosotros; se hace el compañero de nuestro destierro, el remedio de nuestras flaquezas, el alimento de nuestros males, nuestro pan, nuestra vida! ¡Exceso de un amor incomprensible!

¿Qué le queda ya que darnos á nuestro Redentor? Almas tiernas y agradecidas, sólo en su abundancia habéis de buscar con qué suplir vuestra miseria. Cuando os dierais á él mil veces, jamás le dariais tanto como le debéis.

Examinémosnos á nosotros mismos, y preguntémosnos: quiénes somos nosotros y quién el Dios que se nos da. Si los cielos de los cielos no pueden conteneros á Vos, Dios mío, exclama Salomón, ¿cómo podréis venir á morar en esta casa, que apenas es un punto insignificante respecto del universo? Espíritus bienaventurados; vosotros en quienes la culpa más ligera no desfiguró jamás vuestra belleza; vosotros en quienes la gracia siempre nueva y siempre viva formó una imagen halagüeña á los ojos purísimos del Esposo celestial; vosotros podríais ser morada digna del Dios de las bondades. ¿Pero nosotros, viles gusanos, pecadores indignos, esclavos de la culpa; nosotros, templo de Jesús Sacramentado?... ¡Oh finezas de un amor sin distinción! Prevea el Salvador que indignos por nuestras miserias, ingratos por nuestra insensibilidad, pisáramos su cuerpo y su sangre, que haríamos comer á los perros el pan de los hijos, que como otros Judas le entregaríamos á la muerte y al Calvario. Con todo, nada de esto pudo debilitar su amor. Su liberalidad le hubiera parecido imperfecta, si no hubiese sido universal. Quería darse tanto á los pequeños como á los grandes, á los pobres como á los ricos, al impío como al justo. La cabaña le había de ser tan preciosa como el palacio, los calabozos como los templos. Todos los hombres habían de lograr la dicha de poseer al Hombre-Dios. Si un tal amor no nos mueve á amarle, ¿qué bastará para ello?

¿Qué cosa más digna de mi amor que un Dios que se inmoló por mí, que un Dios que quiere el mismo servirme de alimento, que un Dios siempre pronto á recibirme, escucharme y consolarme? ¡Ah! Si yo no puedo hacer por Vos, adorable Salvador mío, todo lo que quisiera, debo, á lo menos, hacer todo lo que puedo. Supuesto que sobre este altar Vos os sacrificáis por mí, yo me sacrificaré por Vos, me haré por Vos, según la expresión de San Pedro, una hostia espiritual; supuesto que os anonadáis por mí, yo también me anonadaré por Vos; ya que os ofrecéis por mí al Eterno Padre, yo os haré también un perfecto ofrecimiento de todo lo que soy y pueda ser. Si es una afrenta no amar á los bienhechores, ¿qué horror sería no dar todos los afectos de mi corazón á aquel que tan pródigamente me franquea los de su magnificencia?

Vamos, pues, amados hermanos míos, á este Dios lleno de majestad y de dulzura. Vamos á ofrecer á este Dios presente por nos-

otros, los homenajes y obsequios de nuestro espíritu con la sumisión de nuestra fe. Vamos a rendir á este Dios presente por nosotros, el vasallaje de nuestro corazón con el ardor de nuestro amor. Vamos á manifestar á este Dios presente por nosotros, nuestras adoraciones. Vamos á tributarle á este Dios presente por nosotros, nuestra gratitud y nuestro reconocimiento. Si nosotros le honramos y adoramos en este Sacramento adorable, mereceremos el venturoso cumplimiento de sus promesas, que será verle y amarle por toda la eternidad en el cielo. *Amen.*



Dirige filius Sion: Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.
Decid á la hija de Sión: Aquí viene tu Rey lleno de dulzura.

(S. MATH. c. 21, v. 5).

Palabras consoladoras con que el profeta Zacarías anuncia la venida del Mesías y dispone á los judíos á recibirle. Palabras que el evangelista San Mateo aplica á la entrada solemne de Jesucristo en Jerusalén. Palabras que nosotros podemos aplicar á la entrada de Jesús en nosotros por la Comunión. Si un Rey viene á nosotros; un Rey con autoridad de Soberano, y un Rey con amor de Padre para con nosotros; un Rey que anonadándose por nosotros en este Sacramento, nos enseña la humildad con que debemos acercarnos á recibirle: *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

Cuando fijo los ojos en este Rey Sacramentado, apenas puedo persuadirme que sea el mismo esplendor de la substancia del Padre, el Verbo encarnado que reúne en sí todas las perfecciones; el Dios inmenso, infinito, eterno, omnipotente, el Ser Supremo que todo lo mueve al imperio de su voluntad. Ningún vislumbre descubro de aquella majestad que asombra á los espíritus bienaventurados, de aquella inmensidad que lo llena todo, de aquella gloria que embriaga á los Santos. Ningún eco oigo de aquella voz magnífica que, en frase del Profeta, conmueve á los desiertos y troncha los cedros del Líbano; de aquella voz grande que aterra á los soldados que van á prenderle en el huerto; de aquella voz imperiosa á que obedecen los elementos y prestan homenaje todas las potestades. Ningún rasgo distingo de aquella potestad que abre camino por entre las aguas á los israelitas, que los sorprende con truenos y relámpagos, que para el sol en medio de su carrera para los Josueses. Ninguna señal diviso de aquella sabiduría eterna que lo distribuye todo con número, peso

y medida; que ilustra el entendimiento de los Salomones y llena el de los Apóstoles, y les comunica el don de lenguas. Ninguna señal... Pero ¡qué vacilación, hermanos míos! ¡Tan débil sería nuestra fe que, por no ver en este Sacramento las señales majestuosas de una potestad suprema, le negásemos las justas adoraciones que de nosotros exige! ¡Ah! Dejemos á los impíos el impropio vergonzoso trabajo de medirlo todo con sus luces. Creamos á ojos cerrados que recibimos en este Sacramento á un Dios, que no es menos grande porque nos oculta su grandeza, ni menos poderoso porque nos esconde su poder, ni menos sabio porque no nos muestra su sabiduría, ni menos majestuoso porque se nos presenta con tanto abatimiento. Es tan resplandeciente como el sol que las nubes roban á nuestros ojos; tan hermoso como la belleza que un velo nos usurpa. El estado de víctima en que se ofrece por nosotros, no le permite hacer ostensión de sus incomparables prerrogativas. La humillación, la obediencia, el abatimiento, ved aquí el tren majestuoso que acompaña á este nuevo Rey. Parece que se desnuda de aquellos dictados magníficos con que le anunciaron los oráculos de los Profetas; de Dios excelsa, de Rey poderoso, de Conquistador insigne, de Príncipe del futuro siglo; parece que se despaña de quien es, para enseñarnos que viene á nosotros como un Rey manso, pacífico, humilde, anonadado. *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

¡Oh portento de humildad! ¡oh exceso de abatimiento! ¿Un Dios olvidado de quién es; un Dios viniendo á mí con tan profundo anonadamiento? ¡Oh!... Justos del antiguo testamento: ¡qué asombro hubiera sido el vuestro, si hubierais visto venir con tanta mansedumbre aquel Dios, que sólo os hablaba por la voz del trueno y del relámpago! Para nosotros estaban reservados estos días felices. A nosotros había de venir este Rey pacífico. ¿A nosotros? ¡Ah! Juan Bautista, el Precursor de Jesucristo, canonizado por la boca de la verdad misma, no se cree digno de desatar la correa de las sandalias del Salvador; ¿y nosotros nos juzgaremos dignos de que penetre hasta nuestro interior? ¿Es la humildad y abatimiento, y no el orgullo y altanería, lo que vive de asiento en nuestro corazón? ¿Es la dependencia y humillación, y no la vanidad y soberbia, lo que nos acompaña al encuentro del Señor? ¿Es la modestia y el respeto, y no el desdén y menosprecio, lo que nos dirige á recibir á un Dios, que tan humilde viene á nosotros, que anonadándose por nosotros en este Sacramento, nos enseña la humildad con que debemos acercarnos á recibirle? *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

Si no nos acompañan estas necesarias disposiciones, pidámoslas

á lo menos al que nos las puede comunicar. Postrémonos humildes á su presencia, y floremos delante de él nuestras vanidades: *Procidamus ante Deum, floremus coram Domino*. Penetremos de nuestra vileza é indignidad. Confesemos y detestemos nuestros altivos pensamientos. Adoremos al Soberano Rey de nuestras almas con sentimientos del más profundo respeto y anonadamiento. Adorémosle en espíritu y en verdad, para merecer verle y gozarle eternamente en el cielo.

Homo quidam fecit cenam magnam.
Un hombre dispuso una gran cena.

(Luc. 14. v. 16).

A este convite que nos tiene preparado el celestial Padre de familias es al que vengo á invitaros, amados hermanos míos. ¡Cuán grande es la bendición prometida á los que son llamados al convite de las bodas del Cordero, dice el Apocalipsis! ¡Cuán grande es el amor que nos manifiesta Dios en semejante convite! ¡Cuán grande su liberalidad! ¿Y nos haremos nosotros insensibles á tantas finezas? La esposa miserable, cuyos padres disiparon todos sus bienes, y que se halla huérfana, abandonada, abatida, ¿no admitirá el honor, el consuelo, la riqueza que se le ofrece? Consideremos, pues, y admiremos la generosidad de Dios en este convite.

Todos los convites de que nos habla el Antiguo Testamento, son pálidas sombras y figuras de aquel que preparo Dios en la Eucaristía para las almas débiles y fatigadas. En ella nos sirve de manjar el pan que bajó del cielo, el pan de los ángeles; y no lo comen cinco mil personas solamente, sino el mundo entero, y todos quedan con el saciado: *Savit una, savant mille*. Ella es el compendio de la liberalidad y magnificencia de Dios. Aquí, dicen los Santos Padres, el que prepara esta cena, es Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre; la instituyó antes de su pasión, al celebrar la Pascua con sus discípulos; sirviéndose después de ella el manjar espiritual de su precioso cuerpo y sangre. A ella son invitados los grandes y poderosos, los robustos y sanos, los pequeños y desamparados, los pobres y enfermos, los letrados, los artesanos, las viudas y pupilos que suspiran en esta triste soledad, los paralíticos que padecen en el lecho del dolor, los cautivos que sufren en las cárceles, y los navegantes que se hallan en medio de los peligros del mar. *Venite ad nuptias*.

¿Y cual es el manjar que se nos sirve en el convite de estas celestiales bodas? ¡Oh naturaleza humana abatida por el pecado! nos dice el Padre celestial que á ellas nos invita. Yo me he acordado de ti, compadeciéndome de tu miseria, y quiero consolarte. Nada tengo más precioso y estimado que mi propio Hijo, y te lo entrego para remedio de tus males. El será tu esposo, y derramará hasta la última gota de su sangre preciosísima, con tal que pueda sacarte del estado infeliz en que te encuentras. El te dará mil pruebas del más fino amor; tomará la forma de esclavo para librarte de tus miserias; por ti nacerá en un pobre establo; por ti sufrirá el rigor de la circuncisión á los ocho días de nacido; por ti huirá á Egipto; por ti enseñará en el templo; por ti ayunará en el desierto, y predicará en Samaria y en Judea; por ti será azotado en Jerusalén, y, finalmente, crucificado en el Calvario. El te dispensará del enorme peso de la ley de Moisés, comutándole en el yugo suave y carga ligera de su ley evangélica. Instituirá el Bautismo para librarte del pecado original, la Penitencia para purificarte del actual, la Confirmación para fortalecerte en la confesión de la fe, el Orden para distinguir la jerarquía del sacerdocio, la Extremunción para reparar tu debilidad y disponer para el viaje á la vida eterna. Dispondrá su testamento, y te instituirá heredera de su cuerpo y sangre; entonces te invitará á la cena y se renovarán estos santos desposorios á que ahora te llama. *Venite ad nuptias*. Si deseas saber quién es el Esposo, es aquel Dios que no tiene principio ni fin; él es el grande y es llamado Hijo del Altísimo. Si quieres conocer sus riquezas, del mismo son el cielo, la tierra, todo cuanto existe. Si quieres saber sus perfecciones, él es el más hermoso entre los hijos de los hombres, y en sus labios está derramada la gracia; su poder es tal que sobre su voluntad soberana descansa el globo de la tierra, y sola su voz es suficiente para poner freno á las embravecidas olas del mar; nada hay que á su poder oponga resistencia. Si deseas conocer su felicidad, él no puede engañar, ni puede tampoco ser engañado; si su ciencia, él ha conocido todas las cosas antes que tuviesen el ser; si su probidad y virtud, él nunca ha pecado; y él fraude no puede jamás tener cabida en su corazón ni en su boca. Si quieres saber cuales sean sus obras, él curará á los enfermos, dará vista á los ciegos, resucitará á los muertos, y de su persona saldrá una virtud poderosa para beneficio de todos. *Venite ad nuptias*.

De este modo, amados hermanos míos, propone el Padre Eterno los desposorios de su Hijo Unigénito con la naturaleza humana. Y si bien es verdad que se celebraron éstos con toda propiedad en la re-

dención que obró el Hijo de Dios, no lo es menos también que quedó confirmada y establecida esta alianza en aquella cena sagrada, en la que el Señor se quedó para siempre con nosotros hasta la consumación de los siglos. Y como por causa de nuestra debilidad é inconstancia podía temerse con fundamento que esta alianza no sería permanente y duradera, nos aseguró el mismo Salvador que aquel que come el pan de esta divina mesa vivirá eternamente.

¡Cuán admirables son los efectos de este prodigioso convite! Solamente el pan que bajo del cielo es el que alienta al alma: él es el pan de los Angeles, dice San Jerónimo; el pan de los fuertes, dice San Agustín. Alimentadas con este pan las almas, ya no se fatigan en el camino, no sienten el peso de la mortalidad, no hallan dificultad en subir á la montaña de la perfección, no les faltan bríos para presentarse á la lucha, ni armas con que triunfar de sus enemigos. No solamente quedan fortalecidas, sino también saciadas. *Saturati sumus*. Tienen á Jesús en su corazón, y con Jesús lo tienen todo. Ya no tienen hambre, como antes, de las cosas temporales. Comieron el pan verdadero, el cuerpo de Jesucristo, su alma, su Divinidad, su humanidad, y con este alimento preciosísimo los bienaventurados todos exclaman: Estamos saciados; *Saturati sumus*. ¡Oh! si el tiempo me permitiera confirmar este mismo con varios prodigios! ¿Qué es lo que me diría un San Buenaventura de tantas almas que salieron de este sagrado convite llenas de consuelo, de alegría y de fortaleza? ¿Qué San Gregorio Nacianceno de tantos enfermos que se levantaron sanos y robustos tan pronto como hubieron gustado este pan divino? ¿Qué es lo que me dirían también las vidas de tantos fieles, que con este sólo pan sustentaron por muchos días su vida corporal, como el emperador Ludovico Pio, Santa Clara, Santa Catalina de Sena y muchos otros? Pero lo que llevo dicho es ya suficiente para que admiremos, veneremos y ensalcemos la liberalidad de Dios en la sagrada Eucaristía. Y ¿cómo correspondemos nosotros á ella?

¡Ah! nada más natural que humillarnos ante la presencia de aquel á quien debemos tanta liberalidad, amarle en cuanto nos sea posible y sujetarnos en todo á su santísima voluntad. Y ¿es así como nos portamos? ¿En qué hemos empleado los años que contamos de vida? ¿Qué gracias damos á Dios por los beneficios de la creación y redención, y por el que nos ha dispensado dejándonos su cuerpo y su sangre en este sagrado convite? ¿De qué modo hemos correspondido á las grandes y repetidas finezas de este Esposo de nuestras almas? Necesario es por cierto que nos avergoncemos de nuestro comportamiento. Vil y despreciable polvo de la tierra como somos y misera-

bles gusanos, nos atrevemos á ofrecer á Dios un corazón ingrato, frío, insensible; y el amor que debiéramos profesar á Dios, lo tenemos á las criaturas, á la vanidad, á la mentira, á las cosas caducas que presto desaparecen y dejan vacías las manos y lleno de tristeza el corazón. Y ¿cuántas almas dicen con sus obras, que rehusan estos sagrados desposorios! No quieren aceptarlos porque traen consigo severas condiciones; porque sujetan las pasiones, reprimen la licencia prescriben la mortificación, y hacen dichas almas todo lo posible para excusarse de asistir á estas bodas celestiales: *Habe me excusatum*. ¿Yo, hay quien exclama, he de cargar sobre mis espaldas esta carga tan pesada, que tanto se opone á mi libertad? ¿Quién es este Esposo que propone á mi alma la negación de sí misma, que le manda cargar con la pesada cruz, que le prohíbe la satisfacción de los sentidos y que viene á canonizar la miseria y el dolor? De este modo hablan muchos cristianos con el fin de excusarse de asistir á este celestial convite: *Habe me excusatum*.

Pero entremos, hermanos míos, dentro de nosotros mismos. ¿Qué es lo que hallamos en las criaturas que con tanta fuerza nos arrastre hacia ellas y ningún caso hagamos de Jesús que se nos entrega tan generosamente en esta mesa divina? ¿Amaremos á las criaturas, y en nada tendremos al amante más fino de nuestras almas? ¿Rehusaremos acercarnos á nuestro dulce y tiernísimo bienhechor, y no querrémos pactar alianza con él? ¿Qué atractivo nos arrastra hacia las criaturas? ¿Será tal vez su hermosura? Jesús es infinitamente más hermoso. ¿Serán sus palabras? Jesús es más fiel. ¿Será el gusto que hallamos en el trato y familiaridad con las mismas? Los consuelos, las delicias que experimenta un alma en amar de todo su corazón á Jesús, en ser su esposa y su humilde esclava, son incomparablemente superiores á todo cuanto hay de atractivo y gustoso en este mundo. ¿Quién pues se atreverá á decir á Jesús: No quiero estas bodas, no quiero asistir á ese convite: *Habe me excusatum*? Vosotras no, almas puras, almas abrasadas en el fuego del amor divino. Cada una de vosotras exclamará con el Apóstol: El mundo está crucificado para mí, y yo soy crucificado para el mundo: yo no quiero gloriarme sino en la cruz de Jesucristo: yo he menospreciado la opulencia terrena, los adornos, el aparato, el lujo, las delicias, las diversiones, las alegrías del siglo, por el amor de mi Señor Jesucristo, á quien he visto, á quien he amado, en quien he creído: y en quien tengo puesto mi corazón. Yo no tengo otra vida que la de Jesucristo. Morir por él es la utilidad, la ventaja, la vida verdadera. No hay cruz tan pesada que no se vuelva ligera con el amor de Jesús, ni tribulación tan amar-

ga que no se convierta en suave dulzura al llegar á esta sagrada mesa.

Estas son las disposiciones con que quiero acercarme á vos, Señor, Criador y Redentor mio. Vos sólo podéis hacer que me abrase yo en este amor: y puesto que bajasteis del cielo para encender con él á toda la tierra, dignaos hacer que también quede abrasado en él mi corazón. Pero este convite augusto, estas místicas bodas á que Vos me llamáis, son el estímulo más poderoso para atraerme á Vos; porque mi alma y mi corazón sólo anhelan vivir por Vos, sólo alegrarse en Vos. Permaneced pues Vos en mí, y permanezca yo en Vos para siempre. Permanezcan en Vos mis pensamientos, que hasta ahora se habían ido derramando en todos los vanos objetos de este mundo; permanezca en Vos mi memoria, que se había desviado del buen camino; permanezca en Vos mi voluntad, que había corrido desalada tras los falsos bienes de esta vida; permanezca en Vos mi alma toda, y quede cautiva de vuestro amor. Jamás lleguen á romperse estas preciosas cadenas; nada quiero yo sino amaros en esta peregrinación, y amaros después en la vida eterna.

*Intitavit nobis eiam novam et vicentem
per velamen, id est, carnem suam.
Nos abrió camino nuevo y de vida
para entrar por el velo, esto es por su
carne.*

(HEBR. c. 10, v. 20).

Una de las principales razones por que el Verbo Divino se hizo hombre, fué sin duda para abrir á los hombres el camino del cielo, cerrado por los pecados de nuestros primeros Padres. Anduvo un camino lleno de espinas y sellado con la humildad, mortificación, paciencia y otras trabajosas virtudes. Pero antes de partir de este mundo, instituyendo la augustísima Eucaristía, nos dejó un nuevo y vivo sendero de llegar felizmente al Paraíso; como lo explicó el Apóstol San Pablo á los hebreos y lo comentó el Angel de las escuelas; nos abrió camino nuevo y de vida, para entrar por el velo, esto es, por su carne, expuesta bajo los accidentes eucarísticos.

¿Qué es este Sacramento, amados hermanos míos, sino la prenda más segura de la santidad para el hombre, por la íntima unión que adquiere con Dios? ¿Es posible que entrando en un corazón humano toda la divinidad y humanidad de un Dios, no lo santifique de un golpe? ¿qué no le haga experimentar la actividad de sus atributos y

que en cierto modo no lo divinice? Apenas encuentra el sol una nube, cuando toda la reviste con sus rayos, toda la dora con sus resplandores, hasta hacerla parecer casi otro sol. ¿Y podrá este Divino Sol Sacramentado, no visto solamente del hombre, sino unido á él estrechamente y recibido en el íntimo de su corazón, dejar de comunicarle todos los efectos de sus divinas perfecciones? Si el anciano Simeón nada echó ya de menos sólo por haber visto al niño Jesús, ¿qué hará Dios en este Sacramento, donde no sólo es visto, sino íntimamente albergado en el corazón del hombre? Yo sólo sé decir con San Cirilo, que la humanidad de Cristo, por estar unida con el Verbo, que es la misma vida tiene la virtud de resucitar al alma. Para hacer revivir la hija del Príncipe de la Sinagoga, la toma el Señor por la mano, y vedla ya en pie. Para resucitar al hijo de la viuda de Naim, toca su rostro con la mano, y ved ahí que está vivo ya. ¿Qué prodigio! Si el contacto, si una mano de Cristo, argumenta el citado Padre, basta á resucitar en un momento los cadáveres, ¿qué hará en el hombre, no una mano, sino el cuerpo entero del mismo Jesucristo, no con un toque pasajero, sino con una larga, firme é íntima demora? ¿Te parece posible que al instante no le resucite con su gracia, que no lo colme de sus bendiciones, y no lo trueque en un hombre poco menos que divino?

Tanta verdad es que el Señor en este Sacramento dispensa juntamente al hombre todas aquellas gracias que reparte en todos los otros Sacramentos, y le enseña en compendio rápidamente todos los preceptos de la perfección evangélica. Cuando en los demás Sacramentos la gracia se ordena á perfeccionar alguna particular virtud ó á preservar de algún particular vicio, la Eucaristía es instituida para enriquecer al hombre de todas las virtudes, y para corregir en él todas sus mal nacidas pasiones. Celeb্রেse cuanto quiera el dicho de Séneca, aprobado por la experiencia: «que el camino más corto para poseer las ciencias no es el de los preceptos que se aprenden de oído, sino el de los ejemplos que se ven con los propios ojos;» que yo no me apartaré de este Sacramento para verlo confirmado. Levantaré los ojos hacia él, y leeré en un punto todos los ejemplos de la virtud cristiana que me ha enseñado mi Divino Maestro. En los ázimos consagrados repararé la pureza; en la amorosa estrechez del Tabernáculo la paciencia; la dignación que usa con los más viles del mundo, la caridad para con el prójimo, la prontitud con que desciende á las manos del Sacerdote. En suma, como los que estaban mordidos de la serpiente, quedaban enteramente sanos con sólo mirar la de bronce erigida por Moisés, cualquiera enfermo de sus pasio-

nes puede con la Eucaristía curar de sus espirituales dolencias, y convertirse de soberbio en humilde, de furioso en pacífico, de incontinente en puro, de cautivo en libre y sano. ¡Prodigiosos efectos de este Sacramento! ¡Senda de santidad! ¡Camino el más breve para el cielo!

Ea pues, alma mía, ¿qué es lo que te detiene de correr por esta senda de santidad? ¿Acaso el apego a las cosas terrenas, la tibieza y frialdad, el olvido de los beneficios incomprensibles de Dios? Rompe de una vez los lazos que te aprisionen a los bienes del mundo, y empieza a arrastrar con gusto las cadenas de una esclavitud amorosa bajo el imperio de tu Dios y Señor. Si con tanta precipitación has corrido los caminos de la iniquidad hasta llegar al borde del precipicio, ¿por qué no los has de dejar regados con las lágrimas de un arrepentimiento sincero y verdadero? ¿Por qué...? Pero suspende tus clamores, alma mía. Tu Dios ha olvidado ya tus errores, y te espera ansiosamente a este celestial banquete. Ven corriendo, acércate a él: mirale qué manso, qué dulce, qué amoroso te espera: observa: recíbele, pero dile primero con el Profeta: Preparado está, sí, preparado está mi corazón para recibirlo. He extinguido ya las llamas del amor propio, he borrado las semillas de la vanidad y de la soberbia. Vuestro soy con todo cuanto puedo y valgo. Y si tal vez han quedado en mí algunas reliquias de mi pasada prevaricación, borrádmelas, Dios mío; yo os protesto que mi resolución es de seguirlos constantemente por esta senda que me trazaís por vuestro divino Sacramento, que ella es la más breve para gozaros en el cielo. *Amén.*

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

ORIGEN DE ESTA DEVOCIÓN

Unus militum lancea latus ejus aperuit.
Uno de los soldados abrió su costado con una lanza.

(S. JUAN, c. 19, v. 24).

No sólo diferentes, hermanos míos, sino diametralmente opuestos son los caminos de Dios y los de los hombres. Estos llevan hasta el extremo su odio contra el Ungido del Señor; aquel despliega las inmensas velas de su caridad en beneficio de los hombres: estos, monstruos de ingratitud y fiereza, no contentos con dar la muerte al Autor de su vida, ejercen su inhumanidad en el adorable cadáver del Salvador, atravesando su costado con una lanza; aquel portento de amor, no satisfecho con ofrecer el sacrificio de su vida por los ejecutores de su muerte, lleva más adelante sus padecimientos y su caridad, y dilata la llaga de su costado, para franquearnos a todos la entrada hasta lo más íntimo de su corazón.

¡Oh cristianos! ¿es posible que á vista de ese abismo insondable de amor nos resistamos todavía á ofrecerle el sacrificio de nuestros corazones? Pero es tal nuestra miseria, que como si no existiéramos con otro objeto que para cubrir de oprobio á la naturaleza, correspondemos por lo general á las finezas del amor divino con el más insolente menosprecio de un Dios que así nos ama; es tal nuestra ceguera y locura que, á pesar de ver la generosidad con que todos los días se sacrifica por nosotros en el más adorable Sacramento, tenemos la osadía sacrilega, no sólo de reproducir en él todas las ignominias de la pasión y la crueldad de la muerte, sino de atravesar inhumanos su sacratísimo pecho con la frecuente repetición de nuestros pecados. ¡Imprudentes! ¿podremos hallar una excusa razonable á nuestro enorme crimen? El Salvador constituido en las agonias,

¿tratará de disculparnos diciendo á su Eterno Padre que ignoramos lo que hacemos? ¿podrá compadecerse de nuestra miseria? ¡Ah! si; no puede menos de compadecerse, porque no puede dejar de amar-nos. Y ¿cómo es posible resistir el atractivo de tan inmenso amor?

Almas devotas, ¿no veis reproducido el milagro que se obró por vuestro amor en el Calvario? ¿no veis brotar del corazón amante de Jesús una fuente inagotable de gracias y bendiciones? ¿no veis allí ese nuevo saludable baño, en que se purifican, se fortalecen vuestras almas; ese vago fuego de la caridad, en que se inflaman por el celo de la honra de Dios, hasta el punto de querer reparar por sí solas cuantos agravios le inflieren todos los mortales? Oídmе, os ruego, con atención, porque no pretendo más que persuadiros de estas verdades, y fomentar en vosotros estos afectos en el presente discurso, en que voy á recordaros la institución del culto que se ofrece al sagrado corazón de Jesús.

Grandes frutos debéis esperar del cabal desempeño de este asunto; pero ya conocéis que no pueden ser obra de mi tibieza ó ignorancia, y si sólo de la gracia del Señor omnipotente. En tal caso, pedidse-la con humildad por el sacratísimo corazón de su Hijo y por la mediación de su Madre purísima. *Ave María.*

Entre las horribles tentativas que ha sugerido el infierno para combatir la religión y vulnerar el honor de Jesucristo, no obtienen el último lugar las que lia hecho dirigir contra el adorable Sacramento de nuestros altares. El judío, el mahometano, el hereje sacramentario, el ateo, el cristiano pervertido... terribles enemigos de este Dios humanado, muerto y sacramentado por vuestro amor! ¿En qué pudo ofenderos? ¡Ay! el corazón más tibio se horroriza al acordarse de las abominaciones que ni aun se atreven á proferir mis labios, y se siente inflamar al contemplar la mansuetudine, la infinita bondad de un Dios omnipotente, que pudiendo, sin la menor resistencia acabar en un solo instante con todos sus enemigos, les dispensa cada vez mayores finezas, les abre de nuevo su corazón, les manifiesta todo el lleno de su caridad, los atrae con vinculos más deliciosos, y derrama sobre ellos en copiosos raudales los tesoros de su beneficencia. El Señor, repito, abre de nuevo su corazón á los mortales, inspirándoles hacia él la más tierna devoción. ¿Qué! ¿lo dudáis? Habra, por ventura, entre nosotros quien alucinado con la moderna ilustración de una filosofía irreligiosa, pretenda deshechar como quimera de una imaginación preocupada esta práctica, de tanta gloria para Dios y de tanto interés para los cristianos?

Previendo este inconveniente la Sabiduría infinita, permitió que las almas imbuidas en las máximas del mundo opusieran en su principio la más vigorosa resistencia á este piadoso instituto; determinó que la religión y la piedad objetaran con un tesón, al parecer excesivo, presentando toda clase de razones y valiéndose de cuantos medios estaban á su alcance, para sofocarlo en la cuna; dió facultades al infierno para maltratar con la misma fiereza con que fué probada la virtud del paciente Job, á una persona incomparablemente más débil por su sexo y complexión; se valió de la autoridad y precepto expreso de los superiores que lo impiden con la mayor severidad, y del consentimiento casi unánime de los directores y maestros espirituales que lo reprueban; dispuso todo esto para conseguir mejor sus adorables designios. Así es; una sola joven, ciega observadora de la obediencia, una sola religiosa, desconocida fuera de su convento, despreciada, insultada, perseguida de cuantos la conocen, la venerable Margarita, supera todas las dificultades, logra convencer y persuadir á los más obstinados en oponérsele; por cuyo medio la devoción triunfa, se dilata, es aprobada por los pastores de la Iglesia, engrandecida por los soberanos pontífices y practicada en todo el orbe cristiano. En menos de treinta años se habían ya erigido, con aprobación de los obispos y de su jefe universal, mas de trescientas congregaciones en Francia, Alemania, Polonia, Flandes, Italia, las Indias, la China. Los sumos pontífices Inocencio XII, Clemente XI, Inocencio XIII y Benedicto XIII, le franquearon el tesoro de las indulgencias. Todos los reinos, todas las corporaciones, todos los individuos del cristianismo desean con ansia, apenas la conocen, ser agregados á ella; y lo más extraño es que la fomentan con más eficacia y la practican con mayor entusiasmo las mismas personas, que no conociendo su origen divino, la habían perseguido con mayor tenacidad: prueba evidente de que la Providencia dirigió sus dudas, como la de Santo Tomás apóstol, para manifestar al mundo que la voluntad expresa del Señor era ser glorificado por medio de esta devoción.

Estas dudas hicieron examinar escrupulosamente, y ver cumplidas con la mayor exactitud innumerables profecías que llevaban consigo el carácter de la Divinidad. Tal era la del inimitable San Francisco de Sales, Colombière, y las que tantas veces se hicieron á la heroica Margarita Alaouque. Por este medio se palparon numerosos y estupendos milagros, que no pudo recusar la crítica más severa; por este medio se hizo pública la aprobación del oficio eclesiástico del corazón sagrado de Maria, como el de su divino Hijo, hecha por tres vicarios apostólicos, dos arzobispos y doce obispos; por este me-

dio fueron atraídos a esta devoción todos los hombres verdaderamente grandes de aquel tiempo, y se averiguó haber sido antes aplaudida y practicada por San Francisco de Sales, Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Sena, Santa Matilde, Santa Gertrudis, Santa Clara y por una multitud de santos, que enriquecieron extraordinariamente sus almas con los tesoros espirituales que á todas horas hallaban en ella; por este medio se hizo evidente el cumplimiento de tantas, tan singulares, tan interesantes promesas como son las que el Señor había hecho á los devotos de su santísimo corazón. ¡Promesas consoladoras y atractivas! ellas aseguran al pecador la penitencia, el fervor al libro y la perfección al fervoroso; ellas aseguran al sacerdote el fruto de su ministerio y al lego el de su devoción; ellas aseguran al religioso y al seglar, al sano y al enfermo, á los cristianos de todos los estados y condiciones la tranquilidad de sus almas, la paz para sus familias, el alivio y consuelo en sus trabajos, la bendición del cielo en todas sus empresas, un refugio seguro en todas las necesidades de la vida, y una especial asistencia en el momento terrible de la muerte; ellas... ¡oh! ¡con qué gusto me detendría á referir las promesas con que el Señor sostuvo, fortaleció, hizo triunfar á la heroica promotora de esta devoción en medio de tantas y tan terribles contradicciones! Mas no pudiéndose admitir esta dilación en los límites de un breve discurso, las compendiaré todas en una que por sí sola es suficiente para inspirar la más segura confianza á todos los cristianos, especialmente á los amantes de esta devoción. *Solo te podrá faltar*, dijo el Señor á la que tanto anhelaba por extender el culto de los sagrados corazones, *solo te podrá faltar la protección del cielo, cuando carezca de poder el Omnipotente.* ¡Podríaís llevar mas adelante vuestros deseos? ¿O podréis temer que sean unas promesas tan vanas como lisonjeras, por las que se ofrece tanto más de lo que podríais pensar vosotros? Pero, ¿qué fué pues lo que motivó este cambio de ideas? ¿Quién transformó en promotores eficacísimos del nuevo instituto á los mismos que le habían hecho constantemente la guerra más obstinada? ¿Quién sino los grandes prodigios que vieron obrados por su medio? Conversiones de pecadores, anunciadas con anticipación y realizadas por los medios más extraordinarios; curaciones repentinas de enfermedades jurídicamente declaradas incurables; el cruel azote de la peste levantado de las numerosas poblaciones, que estaban ya para desaparecer del globo... Mas ¿qué necesidad hay de detenernos á referir individualmente los prodigios que deponen unánimes tantos y tan irrecusables testigos? Si la orla del vestido de Jesucristo, si una pequeña porción de la cruz, de las espinas y de los clavos, si la sola

imagen de aquel rostro divino, si las menores reliquias de los santos, si la sombra que hacia el cuerpo de San Pedro han obrado tantas maravillas; ¿qué milagros parecerán, no digo imposibles, pero ni aun difíciles al corazón sacrosanto de un Hombre-Dios? Si una sola gota de sangre es más que suficiente para redimir á todo el universo, ¿qué dificultades podrán oponer la naturaleza y el infierno á la fuente de aquella sangre divina? ¿Acaso interesará más al Señor mirar por el honor y culto de los santos, que tal vez fueron un tiempo insignes pecadores, que promover la propia gloria, la gloria del Santo de los santos; aquella gloria que costó al Omnipotente el abatimiento de su majestad y grandeza, la efusión de toda su sangre, el sacrificio de su misma vida? Si la vista sola de una pequeña parte de la tierra que regó con su sangre, que santificó con sus plantas el Salvador, excita una tierna devoción, por la que se hacen acreedores los cristianos á los prodigios de la Omnipotencia, ¿cuál será la devoción, cual la confianza, cuáles los afectos, qué activo el fuego del amor, que encienda la presencia del corazón amantísimo de Jesús? ¡Oh! aquí faltan las palabras; de nada pueden servir los adornos de la elocuencia; ni la naturaleza ni el arte tienen colores para pintar este cuadro embelesador. Lo experimenta el alma; pero es del todo imposible que lo declare la lengua.

A vuestro juicio apelo, almas contemplativas; ¿qué es lo que sentís, cuando enteramente desprendidas del mundo, recogidas en el interior de vuestro corazón, conversando familiarmente con el Rey soberano de los cielos, miráis con solicitud el corazón divino de Jesús, lo veis rodeado de unas voraces llamas, que sin cesar le están abrasando sin consumirlo nunca; coronado de aquellas penetrantes espinas que lo atraviesan con la más deliciosa crueldad; grabada en él la cruz, teatro afrentoso de sus ignominias y origen de toda vuestra gloria; inmensamente dilatada la puerta que en él abrió la lanza del amor, para recibirlos á vosotros, que fuisteis la causa de todos sus tormentos? No es posible mirarlo sin enternecerse; no es posible ver atravesado por nuestro amor el sacratísimo corazón de Jesucristo, sin que nos sintamos inclinados á abrir de par en par el nuestro á las inspiraciones de la gracia y á los impulsos de la caridad; no es posible ver tan humillado y abatido á aquel Señor Omnipotente, sin reprobar y abatir el hombre su orgullo.

¡Ay, cristianos! ¡cuanto aprenderíamos, si tratáramos de estudiar en aquella sagrada cátedra! ¡qué lecciones tan edificantes! que exhortaciones tan eficaces nos dirige el Señor desde ella! A mi me parece oírle decir: «He ahí la obra de vuestra soberbia y de mi humildad,

de mi amor y de vuestra ingratitude; así, así me atormentan los sacrilegos y profanadores; cada nuevo desprecio que me hacen los hombres; á quienes yo he redimido á costa de mi sangre y de mi vida, introduce más allá la lanza que atraviesa mi tierno corazón y, sin embargo, no es suficiente á abogar la ardiente llama del amor que lo devora. *Venid, venid á mi todos los que os halláis oprimidos y necesitados, que aquí tenéis el alivio y el remedio... aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.* Ved aquí cuánto vale la gloria de Dios y cuán caro cuesta el rescate de las almas pecadoras: aquí, sólo aquí podéis conocer hasta dónde llegan mi amor y caridad.»

Sería por cierto temerario empeño tratar de referir los tiernos coloquios de Dios con el justo, siendo yo un pecador miserable tan indigno de oírlos; en mis labios se desfiguraria, perdería toda su fuerza la descripción de las deliciosas lágrimas que derraman en la presencia del Señor los que tienen la dicha incomparable de experimentar semejantes gracias; el implacable odio que conciben á la culpa, los afectos de humildad y devoción, el amor de Dios, el celo por su gloria, la caridad al prójimo y el anhelo por su felicidad de que se sienten penetrados. De aquí esas prácticas en que se ejercitan sobreponiéndose á todas las censuras del mundo; de aquí ese solemne culto, esa respetuosa adoración que dan á Jesús Sacramentado con el piadoso fin de promover su gloria más aún, si les fuera posible, de lo que le ultrajan los indignos pecadores; de aquí esa frecuencia de sacramentos, que no pueden menos de admirar y elogiar interiormente los mismos que tanto la critican en presencia de los compañeros de su impiedad; de aquí ese amor entrañable que profesan á sus hermanos, y que les hace lamentar sus males, compadecerse de sus miserias, visitarlos, consolarlos, proporcionarles todo género de alivios en sus dolencias y enfermedades; de aquí...

No quiero seros molesto. Por las entrañas de Jesucristo, por su amorosísimo corazón, y, si queréis, por el de su santa Madre, huid, os ruego, de toda afectación en vuestras devociones, amados míos, no deis parte al amor propio en vuestras obras de misericordia; estadud incesantemente en ese augusto libro del divino corazón; obrad con arriego á los sentimientos que él os inspire, y pedidle con eficacia, con humildad y confianza el remedio de tantos males como nos aquejan, y de otros no menos graves que nos amenazan. Vuestra devoción, instituida precisamente cuando daban principio las guerras más impías contra la religión, es un firmísimo escudo con que el Señor quiere defender á ésta de los tiros de sus encarnizados enemigos: vuestra devoción ha contenido el brazo de la justicia infinita,

levantado ya contra nosotros para sepultarnos entre las ruinas de los templos y de los imperios; y esta nación toda agradecida á tan singular favor, se acoge con ansia á su abrigo y protección. Bendecid, pues, al Señor; que determina engrandecerla por unos medios tan opuestos al parecer; opond la constancia de vuestra religión á la impiedad de los ateos; dad gloria á Dios, para que envíe sobre vosotros su bendición; pedidle la conservación y propagación del catolicismo, la tranquilidad para su Iglesia, la paz para sus estados, la conversión para todos los pecadores, la perseverancia para todos los justos y la gloria para todos los mortales. *Amén.*

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

OBJETO DE ESTA DEVOCIÓN

Inproprium expectavit cor meum et miseriam et angustiam: qui simul contristatur et non facit, qui consolaretur et non invenit.

MI corazón aspiró el impropio y la miseria, y esperó que alguno se contristara conmigo y no le hubo, y quien me consolara y no le hallé.

[PSALM. LXXIII, 21].

Diez siglos contaba de existencia la religión de Jesucristo hermanos míos, sin que hubiese sido perturbada la paz con que creía y de la que gozaba su Iglesia acerca la fe del Sacramento del altar. Las Escrituras sagradas, la tradición apostólica, la confesión uniforme de todos los santos Padres y la fe extendida por todos los fieles, no dejaban lugar á temer algún error contra este inefable misterio del amor inmenso de nuestro Salvador Jesús.

En el siglo x empezó y con más furor en el xv apareció un torrente de herejes empeñados en destruir la fe del único sacrificio y el mayor Sacramento de nuestra religión.

A este impío designio dirigian también sus ocultos conatos algunos falsos místicos que pretendian que debía contemplarse solamente la espiritualidad de Dios, excluyendo de nuestra meditación la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. Todos los errores que tendian á borrar la fe y destruir la adoración del Sacramento adorable de la Eucaristía, y el empeño también con que procuraban los llamados Jansenistas apartar á las almas de la frecuente comunión, con el pretexto de que la recibiesen con más temor y preparación, atrajeron sobre el Sacramento de nuestros altares un diluvio de profanaciones, sacrilegios y abominaciones que no es posible referir. Los cristianos verdaderos y fieles lloraban llenos de dolor, así el desvío, la tibieza y frialdad de los mismos cristianos, como las blasfemias y sacrilegos insultos de los herejes. Contemplaban la imponderable ingratitud de los unos, y el ciego furor de los otros contra el misterio que era la obra del amor y la sabiduría omnipotente de un Dios-Hombre. Consideraban el íntimo dolor que, hablando según el modo humano, sentiría el corazón ó el alma de Jesucristo al verse tan mal correspondido de aquellos mismos á quienes habia sentado á su mesa para alimentarlos con su cuerpo y con su sangre, y estas consideraciones causaban en aquellas almas un dolor semejante. Les parecía oír al mismo Jesús decir lo que antes habia dicho de él el real Profeta: «Mi corazón esperó el impropio y la miseria, y esperé que alguno se ocontristara conmigo y no le hubo, y quien me consolara y no le hallé;» y en vista de estas quejas amorosas de nuestro Salvador comenzó á despertarse en las almas sensibles y piadosas la contemplación de las injurias é ingratitudes que llovian sobre el amante corazón de Jesús. Estos santos y nobles sentimientos los extendían é inflamaban los discípulos y discipulas de San Francisco de Sales, fundándose no solo en revelaciones privadas y en lo que el Señor se dignaba manifestar á su sierva, sor Margarita María Alcoque, religiosa de la Visitación del monasterio de Paroy, en el ducado de Borgoña, á quien destinó el Señor para dar á conocer al mundo la devoción al corazón sagrado de Jesús, sino también en la doctrina segura y la piedad sólida del santo Obispo, su maestro y fundador.

Jamás ha habido en la Iglesia otra devoción que haya sido en verdad tan combatida y tan probada como ésta. Tuvo tan grandes protectores, como detractores y enemigos por el espacio de un siglo entero. Y como no habian de oponerse á que se uniesen los fieles á consolar á Jesús de los improprios que sufría en el Sacramento del altar los que querian borrar la fe de este Sacramento y los que no querian que se contemplase jamás la humanidad de Jesucristo y su

pasión, ni los ultrajes que recibió en la cruz y que recibe en la hostia pacífica del misterio de su cuerpo y de su sangre? El Señor lo dispuso, y así ha sucedido. A pesar de los esfuerzos y obstáculos de todo género; á pesar de la crítica maligna de enemigos poderosos, creció el celo de los amantes de Jesús por honrar á su corazón y desagraviarle, dándole mayor culto que agravios pudiera acumular la impiedad contra las finezas de su amor en el Sacramento. La Iglesia, en fin, aprobó solemnemente esta devoción, y destinó un día para honrar con oficio y misa propia al sagrado corazón de Jesús, y ha dado no sólo su aprobación á las muchas confraternidades y esclavitudes que por toda la cristiandad se han erigido bajo el título del sagrado corazón de Jesús, sino que ha franqueado en beneficio suyo sus tesoros, concediendo innumerables indulgencias y gracias. Hoy nos reunimos á honrar y ofrecer nuestros cultos y nuestros consuelos á ese divino corazón, nos gloriamos de estar asociados en su nombre y de pertenecerle, somos sus devotos, y en elogio de este mismo corazón y aprovechamiento nuestro voy á manifestaros el objeto de la devoción al sagrado corazón de Jesús y su utilidad.

Inflamad mi corazón en el incendio divino en que arde el vuestro, dulce Jesús, para que yo logre que todos os amen y sean vuestros verdaderos devotos. Dadnos vuestra gracia por la intercesión de vuestra Madre. *Ave María.*

No tiene por qué embarzarse el cristiano, hermanos míos, cuando se trata del objeto de la devoción al corazón sagrado de Jesús. El cristiano sencillo y enemigo de rodeos, sabe y dice con seguridad que el objeto á que se ordena el culto que se da al corazón de Jesús, es el mismo Jesús según su divinidad y humanidad, y según que mira y juzga su alma ó su corazón, las injurias que hacen los hombres inicuos á la mayor obra de su amor. Así, dice el angelico doctor Santo Tomás, son adorables con culto de latría todas y cada una de las partes de la santa humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, sea el pie, la mano, la cabeza, el costado. El objeto principal de este culto no es otro que la persona de Jesucristo según que consta de su divinidad y humanidad. El que besa ó adora los pies de Jesucristo crucificado ¿á qué otro objeto dirige su devoción sino al mismo Jesús? ¿A qué otro objeto tiende el que besa sus rodillas ó alguna de sus llagas? Si jamás se ha entendido entre los cristianos que hubiese otro objeto en la adoración del pie, la mano ó cualquiera otra parte de Jesucristo, que el mismo Jesucristo, que se significa bien en cualquiera de dichas partes, ¿no se entenderá también y se significará

lo mismo con su corazón? ¿A qué perderse en preguntas odiosas de si es el corazón separado ó unido, si es el corazón físico ó simbólico? Todo y de todos modos es adorable y en todo es adorado Jesucristo. El mismo nos da á conocer su persona por su corazón. Mi corazón esperó el improperio y la miseria, nos dice en boca del Profeta rey; y si esperó su corazón esperó su alma, su divinidad, toda su persona.

Confesemos sinceramente que el término último á que se ordena la devoción al corazón de Jesús y sus ejercicios no es puramente el corazón físico de Jesús, aunque adorable con culto de latria como la persona de Jesucristo, sino como lugar ó asiento donde creemos racionalmente que pasan los más finos sentimientos de amor y de la ingratitud, con que no solamente los infieles y herejes, sino también los cristianos respondemos á los beneficios infinitos que Jesucristo nos hace en el Sacramento del altar.

No solamente contemplamos aquí las injurias atroces que los herejes y apóstatas de nuestra religión han hecho y hacen cada día al Sacramento de la carne y la sangre de Jesucristo, sino que juntamos á éstas las que añaden los cristianos de puro nombre, y que sumergidos en sus malas costumbres, en sus ocasiones próximas, en sus usuras, tratos ilícitos y demás vicios se llegan al altar y le reciben sacrilegamente como Judas. Contemplamos también la indiferencia y tibieza de tantos otros fieles, que aunque no se lleguen á recibir este Sacramento en pecado, llegan obligados del precepto, fríos, con poca fe y sin aquel fervor y santas disposiciones que pide un beneficio tan grande.

Jesucristo, que vino á poner fuego á la tierra y que nada desea tanto como el que se enciendan en este fuego del amor divino las voluntades y los corazones de todos, ¿qué desagrado tan indecible deberá sentir al ver con su admirable y penetrante ciencia la insensibilidad de unos, la tibieza de otros, el menosprecio de éstos, el odio infernal de aquéllos contra el Sacramento de su cuerpo, en el que dejó este fuego sagrado, poderoso y eficaz para encenderlo todo? Si el Señor fuera susceptible de alguna pasión, de dolor ó de pena, sería mayor ésta que todas las penas del infierno, por ver menospreciado de esta suerte todo su amor por nosotros, y todos sus esfuerzos que su infinito poder y sabiduría puso en este misterio para santificarnos y hacernos infinitamente dichosos. Pero aunque nuestro divino Salvador no sea ya capaz de dolor, ni pasible por su divinidad é inmortalidad, es intolerable en nosotros el querer ser insensibles por nuestra malicia. Si, como nos dice el Apóstol, debemos suplir en

nosotros las pasiones que faltaban cumplir á Jesucristo en su cuerpo y en su alma, conoceremos que mal suplimos en nuestro corazón las pasiones que ya no puede Jesucristo padecer en el suyo ni en su cuerpo, y que por esta falta venimos á hacernos un objeto casi tan desagradable para Jesucristo como los mismos que le aborrecen y ultrajan. Como estas pasiones se sienten de ordinario en el corazón, porque allí hierve la sangre con el celo, ya de la hora propia, ó de la de nuestros amigos, nos aproximamos por esto al corazón, y le tomamos por señal, y por la parte principalmente herida y sensible de estas pasiones.

No es, pues, el objeto de la devoción al sagrado corazón de Jesús adorar solamente la carne ni todo el corazón de Jesús, sino principalmente condolerse de las injurias que todo Jesucristo recibe en el Sacramento del altar, y que deben hacer, á nuestro modo de sentir, una herida insondable y causar un dolor inmenso en su santísimo corazón.

¿Y habrá algún cristiano que conozca á Jesucristo, y le ame algún tanto, que tenga por inútil y superfluo tan importante y admirable objeto? ¿Y no será del agrado de Jesucristo sentir sus ultrajes en un tiempo en que, resfriada en tanto grado la caridad y piedad, no se halla en los cristianos sino la frialdad, el endurecimiento, la indolencia y la insensibilidad á las voces de Dios, de la religión y aun de la razón; en un tiempo en que tanto se han multiplicado los enemigos de Jesús y de su venerable Sacramento? Pues á escuchar las quejas y sentimientos de Jesús y condolerse con él, es á lo que se reúnen los adoradores del corazón de Jesús. ¿No deberán unirse á este objeto todos los cristianos y lavar con sus lágrimas no solamente los pecados propios, sino los de tantos pecadores sacrilegos que manchan el tabernáculo de Dios y derriban su santuario?

El real Profeta, después de hacernos una relación del estado de desolación, abatimiento y tristeza de Jesucristo y de su aflicción y dolor, nos pinta la pasmosa ingratitud de los hombres y aun de sus escogidos, y por eso nos dice en el salmo LXXVIII en boca de Jesucristo: Mi corazón esperó el improperio y la miseria, y aguardé que alguno se contristara conmigo y no le hallé, y quien me consolara y no lo hubo. Esta es la hiel más amarga que he bebido, y el vinagre más acerbo que pude gustar en mi sed. Y á la verdad, no hay dolor igual para un corazón noble y sencillo, que ver hechos insensibles é indolentes á aquellos por quienes padece. Volvi la consideración hacia otro lado, decía el Eclesiastés, y vi que entre las mayores y más graves calamidades que suceden debajo del sol, no había otra mayor

que no aparezca consolador algún para las lágrimas y la opresión de los inocentes; y por tanto tuve por más dichosos á los muertos que á los vivos, y más que á unos y á otros á aquellos que nunca nacieron. Entre los delitos que cometieron contra José sus hermanos, el que se pondera más es el haberse ellos sentado á comer sobre la boca de la cisterna donde le acababan de echar sin compadecerse de él. No hay pena que no se endulce cuando hay quien consuele, dice San Juan Crisóstomo. Por esto no hubo trabajo que abatiese más el corazón de Jesucristo, que esta indolencia de los hombres, y por eso los amenaza con penas crueles. Su mesa, sigue hablando el divino corazón en el salmo propuesto, será para ellos un lazo de escándalo, su morada quedará desierta, y no habrá quien habite en sus tabernáculos. Sus ojos serán oscurecidos para que no vean; serán borrados de la tierra de los vivientes, y sus nombres no se escribirán con los de los justos. Estas y otras execraciones terribles pronunció el corazón de Jesús contra los indolentes que no consideran su impropio y su miseria, y no le consuelan ni se compadecen de él. Y si el mismo Jesucristo pronunció en su Evangelio sentencia de fuego eterno sobre los que no ejercieren las obras de misericordia, visitar al enfermo, dar de comer al hambriento, consolar al triste y demás; ¿qué suplicio será bastante para el hombre duro é insensible que no consuela en su tribulación al corazón de su Criador y Salvador? Por lo tanto, dice San Bernardo, acerquémonos al corazón de Jesús, porque si los que se alejan de él serán escritos en la tierra, los que nos acercaremos tendremos nuestros nombres escritos en los cielos.

No es otro, pues, el objeto de la devoción al sagrado corazón de Jesús: considerar las injurias y desasosos que sufre en el Sacramento de su amor: llegarse á él para consolarle con esta compasión, y no ser envueltos en la maldición de aquellos que se alejan de él y que por lo mismo son borrados de la tierra de los vivientes.

Diran los enemigos de esta devoción, que para esto se da culto y se han establecido las fiestas y las cofradías en honor del santísimo Sacramento; que éstas no tienen otro objeto que desagrar públicamente á Jesucristo de los ultrajes de su pasión y de los que sufre por parte de los herejes y pecadores, y que por lo menos es superfluo el culto del santísimo corazón de Jesús. Verdad es que el culto del santísimo Sacramento, las procesiones solemnes en que con tanto aparato y ostentación es llevado por las plazas y calles de las ciudades y pueblos, son un triunfo solemne que le ha consagrado la religión en desprecio del oprobio con que le trataron y le tratan sus enemigos. Sin embargo, digo, que después de todo esto tiene lugar la

necesidad y utilidad de la devoción al santísimo corazón de Jesús, y que todavía está por satisfacer aquella queja de Jesús: *Improprium expectavit cor meum.*

Mi corazón espero verse cubierto de impropio y miseria, y busque alguno que se contrastase juntamente conmigo y no le hubo, ó que alguno me consolase, y no le hallé. Para inteligencia de este asunto debemos tener presente que en todos los pecados podemos considerar y llorar dos cosas distintas: una, la desgracia de los pecadores que los cometen; otra, el agravio y el desprecio de Dios contra quien se cometen. El mismo Jesucristo en su pasión nos hizo advertir esta diferencia, cuando volviéndose á las mujeres piadosas que lloraban al verle les dijo: Hijas de Jerusalén, no queráis llorar sobre mí, sino sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. Llórrese enhorabuena la muerte y pasión del Hijo del hombre, dice San Agustín; pero llórrese principalmente las culpas por las que el Hijo del hombre llora y padece esa muerte. Ambas cosas son dignas de lágrimas; y si los dolores de la pasión, la muerte y los ultrajes que recibe en el augusto misterio de la cena los compadecen y desagravian los que veneran y honran con sus cultos al augusto Sacramento, lo que se proponen considerar y llorar los que honran y adoran al corazón de Jesús, es propiamente aquello por lo que se contrasta y aflige el mismo divino corazón. Esto es, la infelicidad de los pecadores, en quienes por su propia malicia se pierde el fruto de la muerte y pasión de Jesús. Esto es lo que contrastaba al corazón de Jesús, y en lo que no halló quien se contrastara con él. Los discípulos, la Magdalena y demás almas piadosas lloraban y se dolían carnalmente de la pérdida de una vida mortal, y Jesús quería que su tristeza y dolor mirase á aquellos ciegos que quitaban la vida al Médico que venía á sanarlos. En esto procuran acompañar á Jesús los que honran á su santísimo corazón, en dolerse con él de los extravíos y la pérdida de los hombres.

Ahora bien, hermanos míos, ¿necesitaré ya detenerme á manifestar la utilidad de esta devoción tan conforme con los sentimientos de Jesucristo y tan del agrado de Dios? Os diré con el venerable Padre Fray Luis de Granada, fundado en el capítulo IX de Ezequiel y el VII del Apocalipsis, que el llorar los pecados públicos del reino y todos los que se cometen en la Iglesia es una señal de predestinación. Os diré que el que considere y sienta los ultrajes, injurias y desaires que hacen al corazón de Jesús los pecados ajenos, no podrá menos de sentir el dolor de sus pecados propios; que cuando sintamos que nuestro celo se mueve contra los profanadores del Señor y el Sacramento de sus altares, si mirando las profanaciones y culpas ajenas nos ha-

haremos comprendidos en el motín y rebelión contra Jesús, que tal vez hemos levantado las señales de guerra, ó que vamos siguiendo voluntariamente las banderas de sus enemigos; no podremos tardar en arrepentirnos y decir como Job acusándonos á nosotros mismos: *Peccavi, quid faciam tibi, ó custos hominum?* Os diré con San Pedro Damiano: que en el corazón de Jesús hallamos las medicinas más específicas para todas nuestras dolencias; que en él se hallan todos los tesoros, como dice San Bernardo. Os diré que el hielo mortal que congela los corazones de los pecadores, la sequedad que no admite unión alguna, la rigidez que no cede á la compunción, y la insensibilidad que no los deja dolerse ni de sus males ni de los ajenos, todo desaparece acercándose al ardiente corazón de Jesús; no hay quien se esconda de su calor; sus eloquios son de fuego, y el cristiano que se aplica á oírlos dirá como la esposa de los Cantares: Mi alma se ha derretido desde que el esposo le habló. Os diré que el corazón de Jesús es como una cera derretida, y no puede acercársele corazón alguno por duro que sea que no se derrita y se inflame con su divino fuego. Os diré que acercándose al divino corazón de Jesús oíremos y hallaremos que nos trata con la dulzura que recibió y habló á la Magdalena; con la bondad que trató á la mujer sorprendida en adulterio; con la afabilidad que habló á la Samaritana, á la Cananea, á Pedro, al Centurion y al mismo Judas, porque su corazón todo es mansedumbre, bondad y misericordia.

Frecuentad esta devoción, honrad y venerad al santísimo corazón de Jesús, y con sus tesoros no tardaréis en enriquecer vuestras almas; doleos con él de los improprios y miserias de los hombres, empezando por las vuestras; acercaos á él, y el fuego del amor divino en que arde no podrá menos de ablandar la dureza de vuestros corazones, de romper y derretir el hielo en que están sumidos; empezarán á entenderse y ábrusarse en el amor santo y puro de Dios y de los hombres; gustarán las dulzuras de la virtud, y suspirarán por unirse para siempre con el amado de su alma en la mansión eterna y feliz de la gloria. *Amén.*

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

FIN Y FRUTOS DE ESTA DEVOCIÓN

Repleti fructu justitiae per Jesum Christum, in gloriam et laudem Dei.
Llenos de fruto de justicia por Jesucristo, para gloria y loor de Dios.

(S. PAB. Á LOS FILIPINENSES, C. I, V. 11).

Al proponerme en este día, hermanos míos, hablaros de la excelencia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, me bastaría recordaros el objeto de la misma, ya que toda devoción saca su excelencia principalmente de su objeto. De este modo os diría que es la devoción más excelente, como quiera que nada hay más grande, más noble ni más excelente que el corazón de nuestro Señor Jesucristo. Excelencia que se toma, no sólo de las cualidades naturales del corazón, sino también de su unión con el alma, la más perfecta y la más pura que hubo jamás, de la cual este divino corazón ha sido el más noble órgano en la producción de sus afecciones sensibles; y, sobre todo, de su unión con el Verbo eterno; unión que, haciendo de este Sagrado Corazón realmente el corazón de un Dios, le eleva infinitamente por encima de todo ser creado y da á todos sus movimientos un mérito infinito.

Pero, prescindiendo en estos momentos de tan altas y elevadas consideraciones, quiero fijarme en otra consideración práctica y utilísima para el aprovechamiento espiritual de vuestra alma.

Cuando se quiere dar cuenta exacta de una institución y apreciar su valor, hay un medio seguro que emplear, esto es, el estudiar en ella el fin y los frutos. Este medio no engaña nunca.

Me propongo, pues, hoy, hermanos míos, el mismo medio para instruirlos de una manera infalible sobre el valor de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Ciertamente sabemos, ante toda averiguación, que esta devoción no puede dejar de ser muy perfecta y excelente, puesto que ha sido practicada, no solamente por los más gran-

haremos comprendidos en el motín y rebelión contra Jesús, que tal vez hemos levantado las señales de guerra, ó que vamos siguiendo voluntariamente las banderas de sus enemigos; no podremos tardar en arrepentirnos y decir como Job acusándonos á nosotros mismos: *Peccavi, quid faciam tibi, ó custos hominum?* Os diré con San Pedro Damiano: que en el corazón de Jesús hallamos las medicinas más específicas para todas nuestras dolencias; que en él se hallan todos los tesoros, como dice San Bernardo. Os diré que el hielo mortal que congela los corazones de los pecadores, la sequedad que no admite unción alguna, la rigidez que no cede á la compunción, y la insensibilidad que no los deja dolerse ni de sus males ni de los ajenos, todo desaparece acercándose al ardiente corazón de Jesús; no hay quien se esconda de su calor; sus eloquios son de fuego, y el cristiano que se aplica á oírlos dirá como la esposa de los Cantares: Mi alma se ha derretido desde que el esposo le habló. Os diré que el corazón de Jesús es como una cera derretida, y no puede acercársele corazón alguno por duro que sea que no se derrita y se inflame con su divino fuego. Os diré que acercándose al divino corazón de Jesús oíremos y hallaremos que nos trata con la dulzura que recibió y habló á la Magdalena; con la bondad que trató á la mujer sorprendida en adulterio; con la afabilidad que habló á la Samaritana, á la Cananea, á Pedro, al Centurion y al mismo Judas, porque su corazón todo es mansedumbre, bondad y misericordia.

Frecuentad esta devoción, honrad y venerad al santísimo corazón de Jesús, y con sus tesoros no tardaréis en enriquecer vuestras almas; doleos con él de los improprios y miserias de los hombres, empezando por las vuestras; acercaos á él, y el fuego del amor divino en que arde no podrá menos de ablandar la dureza de vuestros corazones, de romper y derretir el hielo en que están sumidos; empezarán á entenderse y ábrusarse en el amor santo y puro de Dios y de los hombres; gustarán las dulzuras de la virtud, y suspirarán por unirse para siempre con el amado de su alma en la mansión eterna y feliz de la gloria. *Amén.*

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

FIN Y FRUTOS DE ESTA DEVOCIÓN

Repleti fructu justitiae per Jesum Christum, in gloriam et laudam Dei.
Llenos de fruto de justicia por Jesucristo, para gloria y loor de Dios.

(S. PAB. Á LOS FILIPENSES, c. i, v. 11).

Al proponerme en este día, hermanos míos, hablaros de la excelencia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, me bastaría recordaros el objeto de la misma, ya que toda devoción saca su excelencia principalmente de su objeto. De este modo os diría que es la devoción más excelente, como quiera que nada hay más grande, más noble ni más excelente que el corazón de nuestro Señor Jesucristo. Excelencia que se toma, no sólo de las cualidades naturales del corazón, sino también de su unión con el alma, la más perfecta y la más pura que hubo jamás, de la cual este divino corazón ha sido el más noble órgano en la producción de sus afecciones sensibles; y, sobre todo, de su unión con el Verbo eterno; unión que, haciendo de este Sagrado Corazón realmente el corazón de un Dios, le eleva infinitamente por encima de todo ser creado y da á todos sus movimientos un mérito infinito.

Pero, prescindiendo en estos momentos de tan altas y elevadas consideraciones, quiero fijarme en otra consideración práctica y utilísima para el aprovechamiento espiritual de vuestra alma.

Cuando se quiere dar cuenta exacta de una institución y apreciar su valor, hay un medio seguro que emplear, esto es, el estudiar en ella el fin y los frutos. Este medio no engaña nunca.

Me propongo, pues, hoy, hermanos míos, el mismo medio para instruirlos de una manera infalible sobre el valor de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Ciertamente sabemos, ante toda averiguación, que esta devoción no puede dejar de ser muy perfecta y excelente, puesto que ha sido practicada, no solamente por los más gran-

des santos, sino que está también expresamente aprobada por la Iglesia. Sin embargo, la idea que os he propuesto no dejará de seros utilísima, porque así conoceréis las razones por las cuales esta devoción, tan querida por las almas santas, debe ser también la de todos nosotros. Veamos, pues, en la primera reflexión cuál es el fin de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y en la segunda cuáles son sus efectos. *Ave María.*

Uno de los fines de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, hermanos míos, es devolver á este Corazón Divino amor por amor: pues él nos ha amado y nos ama siempre más de lo que se puede decir y más allá de lo que se puede imaginar.

¡Amor! ¿Quién nos dirá lo que es el amor del Corazón de Jesucristo? El misterio de este amor tiene las mismas profundidades que el del Verbo encarnado. Jesucristo es á la vez Dios y hombre: es el Hombre-Dios. Según esto, del mismo modo que en su persona adorable uno dos naturalezas distintas, la de Dios y la del hombre, así su divino corazón es, si puedo expresarse así, el único foco de un doble amor. En Jesucristo, es Dios que ama y el hombre á quien se ama... y este doble amor es el de su Corazón. En Jesucristo, es Dios que ama!... Cuando por el pensamiento nos elevamos á la contemplación de los atributos divinos, hay uno de ellos que nos atrae y nos arrebatá más que los otros: es la bondad de Dios, esta bondad que se nos manifiesta por el amor!... Dios, nos dicen los Libros sagrados, nos ha amado desde toda eternidad (Jer., XXXI, 3): A su amor debemos el ser y la vida. Este mundo que nos rodea, este aire que respiramos, estos alimentos que sirven para nuestra nutrición diaria, son otras tantas pruebas de su amor por nosotros. Cuando el pecado de nuestros primeros padres hubo roto, entre Dios y el hombre, los lazos formados por su amor, éste no disminuyó; Dios nos ha amado tanto, que nos ha dado á su Hijo (Joan., II, 16); y el amor que nos ha rescatado, ha sido más maravilloso todavía que el que nos había criado. Pues bien, es desde luego este amor de un Dios que debemos considerar en Jesucristo. En efecto, Jesucristo es Dios; y, por esta misma razón, todas las obras que el divino amor ha realizado en el tiempo le son igualmente debidas. Ya el Corazón del Verbo eterno calculaba el barro de Adán para darle la vida; y este mismo corazón, después de la caída, se ofrecía en holocausto por su salvación!... ¿Cómo nos ama el Corazón de Jesucristo? La respuesta es fácil: nos ama como Dios puede amarnos. No obstante, en Jesucristo está igualmente el hombre que nos ama; y ¿cómo enumerar

aquí las incomparables riquezas de la naturaleza humana de su Corazón? Esta naturaleza humana es la nuestra... Y reconociendo las inferioridades sin número que nos colocan por debajo de Jesucristo, podemos, no obstante, comprender mejor como su humanidad nos ama. Pongamos la mano sobre nuestro propio corazón, cuando una afección pura y santa le toca y le imprime sus más nobles impulsos: escuchemos como late; démosnos cuenta de la asombrosa pujanza que comunica á todo nuestro ser; amamos, y una vida nueva parece despertarse en nuestra alma; amamos, y según una expresión de San Agustín, no hay ya ni trabajo ni pena que sea para nosotros un peso; amamos, y nuestro único deseo es darnos generosamente; amamos, y toda nuestra felicidad está en amar!... Ahí! si tal es el amor de una criatura pobre, manchada por el pecado, desgarrada por sus pasiones, enfiada por sus intereses, despojada de los más bellos privilegios, ¿qué será por consiguiente el amor de Jesucristo? Su corazón pertenece por completo á Dios y á nosotros: para Dios, él tiene ardores infinitos, y para nosotros, maravillosas ternuras! Si queréis aprender cómo el Salvador nos ama, leed su Evangelio, esa tierna historia de su corazón. Su primera lágrima y su primer suspiro en la cuna de Belén nos advierten ya que su corazón se conmueve por nosotros: la humildad de su vida oculta en la casa de Nazáret, es la primera enseñanza que su corazón nos da: *Aprended*, nos dirá, *cómo soy dulce y humilde de corazón*. Si abre la boca, es su corazón quien habla; si cura á los enfermos, si consuela á los afligidos, si perdona á los pobres pecadores, es también su corazón quien obra: si se entrega á los verdugos y sufre una pasión cruel, es únicamente porque nos ama, exclama el Apóstol. *Ef. II, 4.* Y cuando expira en la cruz, ¿qué hace? muere de amor por nosotros.

Por último, cómo al dar su vida por nosotros, no quería sin embargo abandonarnos y dejarnos huérfanos, después de haber sido para nosotros un Padre tan cariñoso, instituyó el sacramento de la Eucaristía, por medio del cual permanece en medio de nosotros, rogando sin cesar, continuando ofreciéndose á cada instante á Dios su Padre por nuestra salvación, y llamándonos á él para otorgarnos sus gracias, consolarnos en nuestras penas, fortalecernos en nuestras debilidades, ilustrarnos en nuestras dudas, y alimentar nuestras almas con su propia substancia.

He aquí cómo el Corazón de Jesús nos ha amado; he aquí cómo él nos ama; he aquí cómo ama á todos los hombres que existen en la tierra; he aquí cuál es su amor por cada uno de nosotros en particular. Pues bien, supongamos que sea un hombre quien nos ama así:

supongamos que sea un amigo, un hermano, quien haya hecho por nosotros lo que Jesús, y aun mucho menos; ¿no pensáis que nuestro deber será devolverle amor por amor, y que seremos horriblemente ingratos obrando de otra manera? Luego, si nuestro deber será devolver amor por amor á un hombre que nos haya amado y hecho mucho bien, ¿cuánto más no estamos obligados á devolver amor por amor al Corazón de Jesús, que nos ha amado y hecho más bien que no podrían hacernos todos los hombres á la vez! Pues bien, uno de los fines de la devoción al Corazón de Jesús es precisamente hacer que correspondamos á este divino Corazón, amor por amor. ¡Qué otra cosa más justa, más noble y más tierna puede darse! Y aun cuando esta devoción no se recomendara por ningún otro título, no sería suficiente para hacérnosla abrazar con la mayor diligencia. ¡Ah! si, cristianos, seamos devotos del Sagrado Corazón de Jesús, y amémosle con todo el ardor de nuestro propio corazón. Nunca le amaremos bastante, nunca le amaremos demasiado, hagamos lo que hagamos, porque jamás nuestro amor podrá igualar al suyo. Hagamos, por lo menos, lo que podamos, dándole nuestro corazón, que por lo demás él nos lo pide de una manera tan tierna cuando nos dice: *Hijo mío, dame tu corazón*. Pero démoselo de una manera más completa y sin reservas, para que sea el dueño para siempre.

El segundo fin, pero quizás el principal de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, es reparar todos los ultrajes que este divino Corazón ha recibido y continúa recibiendo, principalmente en el sacramento de la Eucaristía, llamado también el sacramento de su amor. Que el corazón de Jesús nos haya amado como lo ha hecho, es lo que no podía ciertamente concebirse antes de su realización; después, se siente, mejor que no se explica, que una bondad infinita pudiera sin duda llegar á eso. Pero, lo que no puede comprenderse de ningún modo, es que los hombres, amados por el Corazón de Jesús como lo han sido, y como lo son siempre, hayan podido llevar la ingratitud, la dureza y la insolencia respecto de él, hasta el punto de desconocer, desdeñar, despreciar y aun negar su amor! Sin embargo, nada es más común, y esta monstruosidad se ve por todas partes adonde se dirija la mirada. Los herejes, en efecto, niegan resueltamente que Jesucristo haya sido bastante bueno para dárseos en la Eucaristía, y para mostrar bien cuáles son sus sentimientos respecto de él, no hay ninguna clase de tratamientos ignominiosos que no hayan infligido al sacramento de su amor. Los cristianos ímpios, sin negar de una manera absoluta el sacramento del amor de Jesús, lo menosprecian, lo ridiculizan y se burlan de él. La masa de cristianos

indiferentes lo desdeñan y no se toman el trabajo de pensar en ello. Por último, ¿cuántos cristianos, aun entre los que practican la religión, permanecen frios por Jesús sacramentalmente, no asistiendo á la mesa santa más que cuando la Iglesia les obliga, bajo pena de pecado mortal, y no se toman molestia jamás de ir á sus pies á ofrecerle sus homenajes, y pedirle las gracias que les tiene reservadas, y que desea conceder para ayudarlos á conseguir su salvación! ¡Ah! como una tal frialdad é indiferencia, un olvido semejante deben ser crueles al Corazón tan tierno de Jesús!

Pero, ¿qué sentimientos, por otra parte, esta negra ingratitud de los hombres hacia el Corazón de Jesús, no debe inspirar á las almas rectas y sinceras? ¿No es verdad que, en su dolor y amargura deben sobre todo sentir la necesidad de pedir perdón al Corazón de Jesús por los culpables, y de amarle doblemente, para indemnizarle del amor de que es frustrado por tantos desgraciados ingratos? Pues bien, esta necesidad de reparación se encuentra plenamente satisfecha en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que tiene por objeto honrar lo más que se pueda y consolar á este divino Corazón. Esta necesidad es, por otra parte, un deber. Si se ultrajara á un amigo, á nuestro hermano, á nuestro padre, ¿no os creeríais obligados á compartir su dolor, á tomar en ello parte, y, al mismo tiempo, ensayar dulcificarse por un aumento de ternura y de afectión? ¿Pero Jesús no es para nosotros á la vez un amigo, un hermano, un padre, y, más que esto todavía, nuestro Criador, nuestro Salvador y nuestro Dios? ¿Qué obligación no tenemos, por consiguiente, para aligerarnos con él por sus penas, para compensar con un amor más ardiente la criminal indiferencia de los hombres, y para reparar con adoraciones más profundas los ultrajes de que está lleno su divino Corazón! Pues bien, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús tiene precisamente también por objeto hacernos cumplir esta obligación. Ved, pues, cuán justa es esta devoción y cuán santa en sus fines, y cómo debe sernos preciosa, puesto que practicándola cumplimos, ya con los deberes que tenemos de justificar al Corazón de Jesús, nuestro propio amor, ya con nuestro particular deber de reparar las injurias que recibe de los pecadores. ¿Que extraño, pues, que esta devoción tan excelente por sus fines, y que nos impone prácticas tan santas, produzca los más saludables frutos?

Estos frutos son tan numerosos como preciosos: nos limitaremos á señalar solamente los principales.

Desde luego, la devoción al Sagrado Corazón produce la dulzura, porque es la primera virtud que brilla en este Corazón divino, según

lo que el mismo Salvador nos ha dicho: *Aprended de mí, que soy dulce... de corazón*. Si, así pues, la dulzura brilla de un modo particular sobre todas las virtudes en el Corazón de Jesús, ella atrae de una manera singular la atenta consideración de los que practican la devoción á este divino Corazón, y les mueve á dedicarse con empeño á la adquisición de esta virtud. Así que, aunque no hubiese el Salvador revelado, como lo ha hecho, el fondo de su corazón, todas sus acciones hubieran hablado por él. Era, en efecto, tan dulce, sobre todo para los pobres pecadores, que sus enemigos hacían de ello un crimen y tomaban motivo para acusarle de ser su amigo. Pero en donde su dulzura apareció de una manera más conmovedora, fué durante todo el tiempo de su pasión. Ved cómo se conduce con Judas que le vende, con los soldados que vienen á prenderle, con los criados que le abofetean y le escupan á la cara, con los magistrados y los príncipes que se lo envían de unos á otros para juzgarle, con Pedro que le niega, con los verdugos que le crucifican: con todos no tiene más que palabras de paz y de perdón, y por todas partes se muestra como un cordero dispuesto á sufrirlo todo sin hacer oír la menor queja. ¿No vemos también que, en la santa Eucaristía, sufre, sin jamás defenderse como pudiera hacerlo, de que se le trate sin respeto y que se le ultraje también, sea recibéndole con una conciencia manchada, sea profanando las santas especies y de mil maneras impías igualmente todas? Pues bien, yo pregunto: los que son devotos del Divino Corazón de Jesús, y que, por consiguiente, ocupan sus pensamientos habitualmente en todo lo que acabamos de recordar, ¿pueden no ser dulces á su vez? No: sino que se convierten forzosamente y, en cierto modo, sin tener necesidad de quererlo. La atmósfera en la cual vive su alma, basta para impregnarla de dulzura, como un vestido se impregna de olores deliciosos, cuando se le tiene encerrado en un lugar perfumado.

Otro fruto de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, es la humildad. Esta virtud forma el segundo carácter del retrato que Jesucristo nos ha trazado de su Corazón, cuando ha dicho estas palabras que hemos citado poco ha: *Aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón*. La humildad, unida á la dulzura, he aquí, según Nuestro Señor, las dos virtudes características de su Corazón. No es necesario más que echar una ojeada sobre su vida para ver que toda ella ha estado consagrada lo mismo á la humildad que á la dulzura. Él, que hubiera podido nacer de padres ilustres, ha elegido por madre á una pobre mujer que vive del trabajo de sus manos y casada con un sencillo carpintero. Él, que hubiera podido venir al mundo sobre el

más poderoso trono de la tierra, ha querido nacer aquí bajo en un establo, en medio de la mayor desnudez. Él, que podía habitar la capital más renombrada, ha querido pasar treinta años de su vida en una aldea tan despreciada, que se decía que de ella no podía venir nada que valiera. Él, que ahora podría permanecer en la Eucaristía con magnificencia, prefiere estar sin gloria y oculto. Luego, este espectáculo de universal y constante humildad, ¿qué puede producir en un corazón que le contemple habitualmente, sino la humildad? ¿La experiencia no prueba, en efecto, que se hace uno sobre el modelo de lo que se ama y de aquellos con los cuales se vive? Pues bien, el Corazón de Jesús siendo completamente humilde, los devotos de este divino Corazón son necesariamente movidos á practicar esta virtud.

Un tercer fruto, por último, de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, es la caridad. Si el Corazón de Jesús es un modelo de dulzura y de humildad, ¿cuánto más lo es de caridad! La caridad, en el Corazón de Jesús, no es solamente una virtud, es una pasión, y una pasión que gobierna toda su vida, que es el principio de todas sus acciones. ¿Quién dirá cuál ha sido el amor de este Corazón Sagrado respecto á Dios, su Criador y su Padre? Desde el primer instante que el Corazón de Jesús ha comenzado á latir, no ha cesado nunca de elevarse hacia Dios, de unirse á él, de ocuparse en sus intereses y de ofrecerse para su gloria. ¿Quién dirá igualmente cuál es el amor de este divino Corazón para con los hombres, sus hermanos? ¿No es este amor quien ha empujado á Jesús á trabajar, como lo ha hecho, por su redención y por su salvación? ¿No es este amor quien le ha hecho sufrir las fatigas de su vida apostólica, sobrellevar las persecuciones de sus enemigos y sufrir los crueles tormentos de su pasión? ¿No es este amor quien le ha hecho verter su divina sangre hasta la última gota? ¿No es este amor quien le ha hecho sustituir el maravilloso sacramento de la Eucaristía, y quien le retiene en medio de nosotros prisionero en nuestros tabernáculos, para derramar sobre nosotros gracias, todas las veces que queramos ir á pedirselas? Pues bien: yo pregunto, por última vez, que fruto producirá necesariamente en un corazón, la consideración asidua de este amor, de estas manifestaciones y de estos actos. Será evidentemente la caridad, la caridad por Dios y por el prójimo, y no una caridad especulativa y ociosa, sino una caridad efectiva y constantemente activa. Pues bien: puesto que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús consiste precisamente en meditar de una manera asidua las perfecciones y las virtudes de este divino Corazón, en particular su caridad, que las resume todas, se ve que es verdaderamente justo decir que la caridad es uno de los frutos lógicos y naturales de esta devoción.

Helo aquí todo á la vez, cristianos, los fines y los frutos de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, es decir, lo que se propone con esta devoción y lo que se gana practicándola. Lo que se debe proponer, es dar al Corazón de Jesús amor por amor, y ofrecerle reparaciones por los ultrajes que se le prodigan. Lo que se gana es llegar á ser semejantes al Corazón de Jesús, por la participación de sus virtudes preferidas; la dulzura, la humildad y la caridad. Fines tan elevados y tan justos, frutos tan preciosos y tan saludables, ¿pueden dejar de movernos á la devoción al Sagrado Corazón? Para permanecer insensibles, nos sería preciso ser tan indiferentes al honor de Dios como á nuestros propios intereses. Pero semejante indiferencia no podría encontrarse entre cristianos, ni tampoco entre hombres justos y prudentes. Inscríbámonos, pues, desde ahora, en el gran ejército de los devotos al Corazón de Jesús: este ejército es el que está llamado, en nuestros días, á salvar de la barbarie revolucionaria á la sociedad cristiana, esperando que cada uno de sus miembros vaya á recibir en el cielo su recompensa. Así sea.

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

ESTA DEVOCIÓN ES LA MÁS PROPIA

PARA UNIRNOS

Á JESUCRISTO POR LOS VÍNCULOS DE SU AMOR

DIRECCIÓN GENERAL DE

*Dabo vobis cor novum.
Et dare un corazón nuevo.*

(EZECH. XXXVI, 26).

A pesar de la tenaz oposición, hermanos míos, que la fuerza ó el saber humano suscitaron en un principio contra la tierna y afectuosa devoción del santísimo Corazón de Jesús, vémosla hoy con júbilo flo-

recer admirablemente por todo el orbe católico. Unos trataron de ridiculizarla presentándola cual parto extraño de una imaginación mujeril; otros, entre los cuales contábanse hombres instruidos y considerados, acusábanla de error, y los más prudentes y cautos la tenían por sospechosa, ó vana, ó enteramente inútil. Loor y gloria, pues, á la mujer fuerte, á la virtuosísima Margarita de Alacoque, á quien Dios escogió para cimentar sólidamente tal devoción y propagarla maravillosamente por toda la cristiandad. Con efecto, en mucho menos de un siglo, después de haber desvanecido las dudas y superado los obstáculos que se le oponían, vémosla pasar de Francia, donde nació y se desarrolló felizmente, á las comarcas de Italia; de aquí propagarse rápidamente á España, Germania, Bohemia y Lituania; luego, partiendo de Europa y atravesando la inmensidad de los mares, la vemos derramarse por las más remotas regiones del Canadá y de la China, y establecerse en ellas gloriosamente sobre las ruinas de la idolatría. Si, hermanos míos; sobre trescientas eran ya en tiempo de José Gallifet, según escribía este fiel narrador de las glorias de esta devoción, sobre trescientas eran las piadosas asociaciones instituidas para la práctica de la misma, muchas las ciudades y provincias que se habían obligado á celebrar su fiesta, muchísimos los obispos que la habían recomendado con honrosos decretos. A todos estos timbres hay que añadir los breves de muchos Sumos Pontífices, quienes, además de confirmarla, la ilustraron y enriquecieron con tesoros de indulgencia. Ahora, pues, que esta devoción está en pacífica posesión de sus gloriosas conquistas, ¿de qué servirá salir á su defensa y rechazar los ataques de unos enemigos que ya no existen? Vuestra piedad, hermanos carísimos, no pide disputas sutiles, sino tiernos afectos que enciendan y aviven en vuestros corazones el amor á esa devoción. Eso supuesto, prescindiendo de toda otra consideración, voy á proponeros sencillamente dos ideas que demuestran la excelencia y utilidad de una devoción por cuyo medio se realiza la renovación de nuestros corazones, que el Señor nos tiene prometida por boca de Ezequiel: *Dabo vobis cor novum*. Digo, pues, que esta devoción es la más propia para unirnos á Jesucristo por los vínculos del amor (primera reflexión). Esta devoción es la más adecuada para estrechar y mantener esta misma unión (segunda reflexión). ¿Y qué mayor excelencia puede darse, supuesto que en esta unión está cifrada nuestra perfección? ¿ni qué mayor utilidad, toda vez que en la intimidad y subsistencia de la propia unión se halla cimentada nuestra felicidad? Este es, hermanos míos, el tema que voy á explicar en el presente discurso. Prestadme, os ruego, benévola atención: *Ace Maria.*

— María Margarita de Alcoque, religiosa de la Visitación, residente en Parai, ciudad de Borgoña, virgen dotada de grandes virtudes y gracias celestiales, hallábase un día de la Octava de Corpus orando con el mayor recogimiento delante del santísimo Sacramento expuesto en aquellos días á la pública veneración, cuando el divino Esposo, que gustaba de conversar á menudo familiarmente con ella, fortaleciendo con una luz superior sus débiles ojos, le hizo ver su corazón atravesado por una profunda herida y despidiendo llamas de ardiente caridad, y le dijo: Contempla mi corazón: mira cual arde y se consume de amor por los hombres; y sin embargo, en pago de este grande amor tan sólo recibo de ellos ingrátitudes y pecados, sobre todo en aquel Sacramento donde más lo he prodigado. ¡Ay de mí! ¡qué cruel angustia padece por ello mi corazón! Mas si tú, hija mía, tienes compasión de mí, y quieres dar algún alivio á mis aliciones, pídotte que consagres el primer viernes siguiente á la octava de mi cuerpo, á honrar mi contristado corazón; y si procuras que otros te acompañen en esta piadosa obra, desde ahora te prometo derramar sobre tí mis más preciosas gracias. Tal es, hermanos míos, el verdadero origen de la devoción al sagrado Corazón de Jesús. Sin embargo, conviene advertir que esta devoción no nos ofrece el corazón de Jesucristo como una parte preciosísima de su cuerpo, segregada de los otros miembros y separada del alma, sino que nos lo presenta divinizado por su unión con la persona del Verbo vivo, y animado de aquella vida, que, según la expresión del Angélico, es vida toda del corazón, vida del amor. En segundo lugar, nos lo presenta piadosamente aligido al ver que los hombres, lejos de mostrarse agradecidos á su amor, lo pagan con frialdad é indiferencia, y hasta con injurias y ultrajes. ¡Y no son éstos, hermanos carísimos, los medios más eficaces que semejanse á la devoción que ofrecemos para unirnos estrecha y amorosamente con Jesucristo? Será posible que ese amor ardentísimo, que según la expresión del Profeta, ha derretido su corazón cual blanda cera, no encienda en nosotros fervientes afectos de gratitud? Será posible que al ver la pena acerbísima que ese amante corazón padece por causa de la ingratitude de una gran parte de los hombres, no procuremos aliviársela en cuanto podamos con nuestro reconocimiento?

Compadecido Dios del mundo después del diluvio, y volviendo á él sus misericordiosos ojos, determina y promete que por muchas que sean las iniquidades de los hombres, no volverá á exterminarlos con otro diluvio universal; y en prenda de la promesa que hace á Noé y sus descendientes, pone en las nubes del cielo el arco de paz y

alianza. Mira, oh tierra, este arco propicio, contempla en él la señal visible de la bondad de Dios, y deja, si puedes, de tributarle benedicciones y acciones de gracias. Decidme, pues, hermanos míos, ¿acaso Jesucristo no procede con nosotros de una manera semejante? Mucho nos ha amado, mucho nos ama; ¡ah! ¿porqué no correspondemos nosotros á su amor? ¿Porqué los miles de objetos hermosos que nos rodean, al paso que tanto llaman nuestra atención hacia sí, dejan impresa en nuestra mente tan débil idea del amor de Jesucristo? Nuestro Salvador nos dice: Opondré á sentido, y entre las nubes de las cosas creadas, haré brillar á los ojos de los hombres una señal tan resplandeciente, que les embelesará juntamente la vista y el espíritu. Esta señal es mi propio corazón, que abriga dentro de sí una llama inextinguible y por un prodigio más admirable que el de la zarza de Moisés, arde siempre sin consumirse jamás. ¡Ah! ¿podréis contemplarlo, hermanos míos, sin que mil dulces recuerdos acudan á vuestra memoria y embarguen vuestro espíritu? Considerad que este corazón es una parte nobilísima de aquella humanidad de que el Hijo unigénito del Padre se revistió para salvarnos; es aquel corazón que tanta y tan pura alegría experimentó, é infundió tanto valor al cuerpo para recorrer con heroica firmeza la ardua y fatigosísima senda de la redención; es aquel corazón que padeció tantas ansias y congojas por el vivísimo deseo de lavar nuestras culpas en un lavacro... ¡ay de mí vosotros, azotes, vosotros, espinas, vosotros, clavos, le formasteis este doloroso lavacro, rompiéndole las venas, por las cuales salió á torrentes su preciosa sangre. ¿Podría yo, empero, enumerar los recuerdos todos que suscita la vista de este corazón, corazón que ha dado movimiento y aliento y término á una vida consagrada entera y exclusivamente á nuestro amor? Mas no; no ha dado término á esta vida divina, pues revive inmortal á la diestra del Padre, y sigue ocupándola en beneficio nuestro, no sólo en el cielo, donde Jesús es nuestro medianero, propiciación y salud nuestra, sino también aquí en la tierra, donde con admirable consejo de ingeniosa omnipotencia supo hallar medio de permanecer con nosotros, digo poco, de comunicarse íntimamente con nosotros; diré más, de transformarse casi en nosotros por una infalible sacramental unión de su cuerpo con nuestro cuerpo, de su alma con nuestra alma, de su divinidad con nuestra humanidad. ¡Oh, humanidad! no debes ya temer tu ruina, pues que sin necio orgullo puedes aspirar á los honores de la divinidad! Mas ahora que este Hombre-Dios nos lo ha dado todo consigo mismo, ¿se verá, por fin, recompensado su corazón? Responded, hermanos míos. Agotados están los inmensos tesoros de su liberalidad,

sin que por esto se hayan visto ni con mucho satisfechas las aspiraciones de su amor. Jesucristo nos lo ha dado todo para obligarnos á amarle; estas son sus miras; á esto se encaminan sus deseos, y casi diré los esfuerzos de su incansable munificencia; ¿y qué es lo que obtiene en recompensa? Tibieza, indiferencia, desvío, y ¡ay de mí! horror causa el pensarlo, injurias, desacatos ó iniquidades sin fin. ¿Qué hará, pues, Jesús para vencer la obstinada dureza de estos corazones pecarinosos? ¡Ah! cambia, al fin, el amor ofendido en una justa indignación; y los misericordiosos designios en anatemas de maldición! Así opinaba el apóstol San Pablo, y así lo aconseja la recta razón; mas no así opina Jesucristo, que sólo consulta los impulsos de su corazón. Antes que castigarlos, dijo, prefiero atraérmelos por otros medios. Les haré ver cuánto me contrista y aflige su ingratitude; les mostraré mi corazón rodeado de espinas y chorreando sangre por las profundas heridas que ellos le han causado. ¡Ah! no podrán resistir, no, á tan lastimoso espectáculo; la compasión triunfará, al fin, de su insensibilidad. En cuanto á vosotros, oyentes míos, no me cabe duda que os habéis ya rendido á tantas manifestaciones de amor; pues así me lo aseguran los tiernos sentimientos que veo pintados en vuestros semblantes. ¡Oh devoción! que nos inspiras sentimientos y afectos tales, que ablandan é inflaman los corazones más duros y tibios! ¡Oh corazón de Jesús! al ver el amoroso fuego que te abrasa, ¿cómo no arderé yo en amor por ti? Y al contemplar tus heridas y tu sangre, ¿cómo no he de arrepentirme de mi pasada ingratitude! Siento ya, Jesús mío, la suave violencia de aquella caridad, que, como al Apóstol, me inclina y me mueve y casi me obliga á unir en amor mi corazón con el vuestro. Unión estable y firmísima que, según dije al principio, es otro de los saludables efectos de esta devoción; como os lo demostraré brevemente.

Si, conforme acabáis de ver, Jesucristo, con los estímulos de esta devoción no aspira más que á unirnos con él por los vínculos de la caridad, fácilmente comprenderéis con cuánto empeño ha de procurar la subsistencia de esta unión. Bien claramente lo manifestó el mismo á la inclita virgen Margarita de Alcoque. Yo te prometo, la dijo, que mi corazón se complacerá en derramar abundantemente mis gracias sobre aquellos que lo honren y veneren. Bien lo experimentó ella misma primero que otro alguno, creciendo maravillosamente, por medio de esta devoción, en amor y en heroicas virtudes. Experimentólo Claudio la Colombiere, hombre, como escribe el erudito obispo Languet, de claro entendimiento, de extensos y variados conocimientos y de consumada virtud, confesor de Margarita, y de

quien ella se valió, por mandato del mismo Jesucristo, para propagar la nueva devoción; experimentáronlo comunidades enteras, y sobre todo la Orden respetabilísima de la Visitación de María, y lo experimentaron, por último, personas de todas clases y estados, que por este medio obtuvieron tesoros de gracia, de perfección y de salud, según aquel dogma apostólico: *De plenitudine eius omnes accipiunt*. Sólo de la plenitud de Jesucristo puede provenirnos la gracia; mas si queréis llegar hasta la fuente de ella, introducidos en el abier-to costado del Redentor y penetrad en su corazón. Ved aquí, dice San Agustín, *vita estium*, la puerta feliz de la vida; ved aquí de donde emanaron los Sacramentos para nuestra Santificación; ved aquí, añado yo con el apóstol San Juan, una fuente de agua vivificante y eterna. No es esta, no, una fuente cerrada y sellada; una lanza homicida la abrió, y una voluntad clementísima quiso que permaneciera abierta. Venid, pues, hermanos míos, acercaos á esta fuente. ¡Con qué alegría de vuestra alma sacaréis de ese inagotable manantial abundantes aguas de expiación, de sabiduría, de suavidad, de consuelo, de fortaleza, de protección y de gloria! Convertidos en otros hombres totalmente distintos de los que antes erais, os maravilláis de vosotros mismos. Alabad al Señor Dios nuevo, os diréis unos á otros, transportados de júbilo; merced á él, hemos encontrado el secreto tesoro de todas las virtudes y de todas las gracias; sabedlo, ¡oh pueblos! y aprovechaos de este conocimiento. ¡Feliz el que, guiado por esta devoción, cual otra santa paloma vaya á albergarse por entre los agujeros de las piedras en la mística concavidad del corazón de Jesús! ¡Oh! cuán bueno y cuán agradable es habitar en este corazón! decía San Bernardo abad, y lo repetirán todos cuantos hagan con él la experiencia. ¿Qué mas puedo yo desear? Este corazón es el corazón de un rey magnífico que dá todas las riquezas, de un hermano tiernísimo que se consume de amor, de un amigo fiel, que nunca falta á la amistad. Hele encontrado, sí, y nunca jamás lo abandonaré. Mundo, infierno, vapores serán cuantos esfuerzos hagáis para separarme de él. En cualquier estado en que me hallo, pobre, enfermo, desamparado ó afligido, tendré siempre en el corazón de Jesús un asilo seguro, tranquilo y consolador. En él me refugiare, en él descansaré, en él acabaré en paz los días de mi vida: *Hæc requies mea: hic habitabo*. Amén.

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

DULZURAS Y FINEZAS DE SU AMOR



Venite ad me, omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris.

Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cansados, y yo os refrigeraré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí á ser humildes y mansos de corazón, y hallaréis el descanso para vuestras almas.

(MATH. XI, 28, 30.)

¿Qué intento tan temerario, hermanos míos, qué empresa tan imposible he tomado á mi cargo al ocupar en este día la cátedra de la verdad? ¡Señor! ¡Esperaré por ventura correr el velo que os oculta á nuestra vista! Siendo polvo y ceniza, peregrino y desconocido hasta de mí mismo, ¿me honraré de conoceros y de dar á conocer vuestro corazón? ¡Corazón abrasado de Jesús! ¡Amor puro y santo! ¡Caridad celestial! Yo me confundo y anonado al contemplarte. ¿Cómo me he de atrever yo á manifestar los arcanos de tus ocultos caminos? Temo profanar tu gloria, y conozco que sólo un apóstol que sabía amar, sólo un discípulo que era amado, sólo un espíritu bañado de tus luces podrá ponderar algún tanto lo que sois y lo que obráis en las almas que se entregan del todo á vuestra dirección, y se abrasan en vuestros celestiales incendios. Yo no me avergüenzo de confesar, que después de tanto tiempo aun no conozco á Jesús, á este Dios escondido. Someto mi entendimiento á las verdades eternas que me revela la fe, pero mi tibio y débil corazón no arde en aquel amor divino que comunica su inteligencia. Perdonadme, hermanos míos, si no lleno vuestros deseos, y si para formar el elogio de ese Divino Corazón tomo un camino nuevo, pero útil, y en vez de entrar á sondear su profundidad, las dulzuras y finezas, los excesos de su amor,

os hago ver el interés propio que á vosotros mismos os resulta de amarle. Si logro que vuestros corazones se enciendan en el amor de Jesús, nada más deseo ni nada más necesitáis para vuestra dicha.

Hoy voy á conducirlos por el camino de vuestro propio bien. ¿No es verdad que abrigáis dentro de vosotros mismos una inclinación á todo lo bueno? ¿No lo es que involuntariamente apeteceis vuestra felicidad? ¿No lo es también que trabajáis y os afanáis por encontrarla? Pues venid, os diré lo mismo que Jesucristo en las palabras del Evangelio que he elegido por tema: Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cansados, que yo os refrigeraré. Tomad mi yugo sobre vosotros, aprended de mí, imitadme á mí manso y humilde de corazón, y aquí hallaréis la felicidad y el descanso para vuestras almas. *Et invenietis requiem animabus vestris.* Tengo descubierto el asunto de mi discurso.

Estoy en vuestra presencia, soberano Señor, ante quien tiemblan y enmudecen los Angeles; y ¿qué podré yo hablar, miserable pecador, sin los auxilios de vuestras luces? Auxilios que sólo me atreveré á pedir por la intercesión del sagrado corazón de María Santísima. Por el amor y los merecimientos de esta divina Señora dispensadnos vuestra gracia. *Ave Maria.*

El mejor empleo que podemos hacer de nuestro corazón es entregarle enteramente á Dios... Digo, pues, con el padre San Agustín, que si pudiésemos disponer de nuestro arbitrio de nuestro corazón, el mejor uso que podríamos hacer de él era entregarle enteramente á Dios, no sólo para ser perfectos y santos, sino también para ser felices y vivir con tranquilidad en esta vida. Convengo en que esta tierra que habitamos es un lugar de destierro y más feraz de sinsabores que de placeres; en que la felicidad verdadera y permanente está reservada para la patria celestial; en que la felicidad perfecta, como enseña el angélico doctor Santo Tomás, excluye todo mal y sacia todo deseo, y que la vida presente está sujeta á innumerables males que no podemos evitar: á la ignorancia por parte del entendimiento, á los afectos desordenados por parte de la voluntad, y á infinitas penalidades por parte del cuerpo. Que el deseo del bien no podemos saciarle en esta vida, en la que nada hay estable ni permanente, y todo está sujeto á la corrupción y la muerte; pero es preciso convenir en que si hay ó puede haber alguna felicidad aunque imperfecta en esta vida, como admite el mismo santo Doctor; si el hombre es capaz de gozar en esta vida las primicias de la paz y del contento interior, las hallará ciertamente, no en las riquezas, en los

hombres, en la fama, en la potestad, en los deleites, sino en el amor y correspondencia á ese divino corazón de Jesús.

El hombre que ama con sinceridad y hace depositario de su corazón á Jesús, su Dios y Señor, conoce y confiesa su poder, su bondad, su providencia, su justicia y todas sus infinitas perfecciones y atributos. ¿Qué le faltará, pues, para vivir en la dulce calma que caracteriza al corazón del justo? ¿Qué podrá perturbar su alegría y su reposo? ¿Qué males le pueden afligir? ¿Qué bienes no puede esperar? Al verse bajo la protección poderosa de un Dios justo, se gloriará en el Señor, en la prosperidad y en la desgracia: si sus enemigos se levantan contra él, no temerá, porque está firmemente persuadido de que está de su parte el Señor. Si desaparecen sus bienes, no por eso desaparecerá la tranquilidad de su corazón, porque cree que el Padre celestial apacienta á los animales y las aves que ni siembran ni recogen, y viste y adorna majestuosamente á las flores del campo. Cuando llegue á verse próximo á concluir su carrera y exhalar el último suspiro, crecerá su gozo y consolación contemplándose más inmediato á gozar del cumplimiento de sus ansias y deseos, y dirá como el Apóstol: *Capitò dissolvi et esse cum Christo*. Al hombre que ama á su Dios ni le abaten las desgracias, ni le ensorbecen las honras, ni los enemigos le arredran, ni los aplausos, ni los insultos y desprecios, ni la vida ni la muerte arrancan de su corazón el sosiego y la quietud en que reposa; ¿qué más puede desear para ser feliz en esta vida?

Esta es la doctrina que inculcaba con más energía el Apóstol á los primeros fieles: No os fatiguéis, hermanos míos, les decía, no os fatiguéis en buscar sendas y caminos para llegar á ser perfectos; sea todo vuestro estudio y cuidado el echar hondas raíces en el amor de Dios, y aquí lo encontraréis todo. *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis*. El cristiano que ama de veras á su Dios, no carecerá de ningún género de virtudes. Será celoso para ofrecer á Dios el holocausto de su corazón, porque es imposible amarle y no entregárselo todo; hallará gusto en los rigores de la penitencia, porque es imposible amar á un Dios crucificado, sin amar su cruz; perdonará á sus más injustos perseguidores, porque en los enemigos que le aborrecen no vera sino la mano vengadora, aunque de padre piadoso, de un Dios á quien ama; será manso y pacífico, porque nuestros antojos y desabrimientos proceden del amor propio á quien reprime y destruye el amor de Dios; será amparo de pobres, porque no tendrá corazón para ver correr las lágrimas de aquellos por quienes Jesu-cristo derramó su sangre; será hombre de retiro y oración fervorosa,

porque cuando se ama á Dios se le habla con gusto, y se le oye con deleite. En una palabra: para tener todas las demás virtudes, solamente le faltará la ocasión de practicarlas, y si no las tiene, procurará tener este mérito por medio del deseo y de la voluntad. Todo lo hallará en el amor á su Dios. Luego en este amor se encuentra la felicidad de esta vida. *Et invenietis requiem animabus vestris*.

Una caña frágil que está para caer y derribarse en tierra, una hoja que se deja arrebatar de todo viento es la imagen del corazón del hombre considerado en sí mismo. ¿En dónde hallará el apoyo y guía que le sostenga y conduzca á la quietud y descanso? ¿Acaso en el bullicio, en el estrépito y en los desahogos y diversiones del mundo? Pero para un gusto momentáneo ¿cuántos días hay tristes y desasosegados? ¡Deleites vanos que sólo llegan á la superficie del alma, y que por vivos y activos que sean, no penetran hasta sus profundos senos! ¿Los penetrará acaso el halagüeño gusto de la amistad? ¡Ay, amados míos! Quiera la Providencia preservar milagrosamente vuestro corazón de tantas falsas y aparentes amistades que son la burla del alma y el velo de la traición; de tantas amistades interesadas que se terminan en la fortuna sin llegar hasta la persona. Desengañaos, os diré con San Agustín; por más escollos que evite vuestro corazón, no se verá libre de tempestades, ni dejarán de oprimirle pesadumbres y desabrimientos hasta que descanse en el amor de su Dios: *Irrequietum est cor nostrum donec requiescat in te*. Si, sólo este amor divino puede dar la paz á vuestras almas, porque en él sólo hallaréis la dulzura de la más grata y sincera correspondencia. El pobre y el rico, el súbdito y el monarca, el grande y el pequeño, el sabio y el ignorante, el hombre más defectuoso y el de mayores prendas, hombres de todos caracteres, de todos estados, de todas condiciones, á ti, hermano mío, quien quiera que seas, á ti te ama Dios con toda la efusión de su corazón; aun no le conocías, y él te amaba: *Prior dilexit nos*. No pensabas en él, y él te escogió para sí. Aunque es tu Criador, no quiere ser ni llamarse tu dueño, sino tu amigo: *Jam non dicam vos servos, vos autem dixi vos amicos*; y ansioso por mostrarte el amor más fino, te brinda generosamente con todos sus tesoros. No, no temas aspirar á la conquista del corazón de tu Dios: tuyo es si le quieres, y todo él está á tu disposición; él mismo se anticipa á tus deseos, él te llama, te convida: *Venite ad me omnes*; él te pide tu corazón para obligarte á que le pidas el suyo: *Fili, probe mihi cor tuum*. Su amor es inimitable y constante; jamás se apartará de ti si tú no te resuelves temerariamente á apartarte de él, y ¡oh bondad infinita de tan amante corazón!: aun después de haberle ofendido, injuriado

y perdido su amistad, puedes fácilmente recobrarla. Una palabra, una lágrima, un suspiro que salga de un corazón verdaderamente contrito, no es menester más para que este Dios amorosísimo nos admita otra vez á su gracia, olvidándose de la traición que le hicimos y del ultraje con que tratamos á su amor.

El sepulcro, tan funesto para los amigos del mundo, ¿de qué te privará á tí? O por mejor decir, ¿qué es lo que no te dará? En él fenecen los gustos y deleites de las felicidades humanas; pero en él empiezan las prosperidades, el reino, el triunfo del amor divino. Dios estará con nosotros y nosotros con él por toda una eternidad.

Inventis requiem animabus vestris.

Si en sentir del Padre San Bernardo, el desencfreno de las pasiones reduce al hombre á una servidumbre vergonzosa, no así el amor del Señor. No os alucinéis creyendo que su yugo es áspero é insoportable y su carga es pesada, no; no creáis que no es dable amar á Dios sin estar sujetos á una rigurosa esclavitud; al contrario, en su amor hallaréis la verdadera libertad y la más suave independencia. El Apóstol os la ofrece, ella os espera y os convida: Amad á Dios, añade San Agustín, y al momento pondrá en vuestras manos el centro y sus derechos. *Ama, et fac quod vis.* Amad á vuestro Dios y ohrad fuego según las leyes de vuestro antojo y de vuestro gusto, porque entonces ya no querréis sino lo que Dios quiere, ni apeteceis sino lo que Dios apetece, ni desearéis sino lo que Dios desea, y aunque no hubiera ley de Dios que os mandara, solamente por agradarle y complacerle cumpliríais toda su voluntad. Nada, pues, puede dar el descanso y felicidad á vuestras almas sino el amor de Dios.

Voy á manifestaros lo que á primera vista os parecerá una paradoja. El mundo busca toda su felicidad en la satisfacción de las pasiones: pues yo no quiero que viváis sin ellas, quiero que las deis la más completa y debida satisfacción, y en el amor á Jesús las satisfaceréis todas. Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida; ó lo que es lo mismo, amor, interés y deseo de gloria son las pasiones del hombre, de donde se derivan todas las demás. Amad á ese divino corazón, os repito, y las saciaréis todas. ¿Deseáis emplear vuestro corazón en amar? Pues buscad un objeto á quien podáis entregaros con una total confianza y completa satisfacción, sin sustos, sin sobresaltos; un objeto que sea digno de vuestro afecto, y abandonaos entonces al júbilo y al gozo interior en que se verá anegada vuestra alma. ¡Y qué! ¿Vuestro corazón espera, pide, busca todavía este objeto? ¿Con que no conoceréis, ni querréis conocer todavía á vuestro Dios? Solo él es el objeto más noble, el más ex-

celente; su grandeza, su majestad, sus perfecciones le hacen amable en sí mismo y por sí mismo. Todos los demás objetos ¿qué variaciones no sufren? Mudanzas de fortuna que los levanta y abate sin motivo; mudanzas que el tiempo introduce por el orden incontestable de la naturaleza; mudanzas de la voluntad, que á pesar de las promesas y de los más firmes y sólidos juramentos, es más voluble que una hoja de árbol expuesta á los vientos. Si no podéis fijar vuestra misma voluntad y ser señores de ella como quisierais, ¿qué esperanza podéis tener de asegurar la voluntad ajena?

¿Ansiáis por satisfacer vuestro interés y vuestra vanidad? Pues no os entreguéis á unos bienes caducos y perecederos; no os contentéis con el humo de unos incensos corruptibles que hoy tenéis y mañana os faltarán; no mendiguéis vilmente los intereses y las honras; entregad vuestro corazón á Jesús, y vuestra ambición y soberbia quedarán más que sobradamente satisfechas y contentas. ¿Quién podrá daros más que un Omnipotente Señor, ciego de amor por vosotros, si es lícito explicar así lo inmenso de sus cariños? Todo es suyo, de todo puede disponer á su arbitrio; los límites de su poder es su voluntad; la masa de donde extrae las criaturas, la nada; su imperio todo lo que existe; el cielo y los astros, dice la Escritura, son el lecho donde reposa; la tierra y los mares la base de su trono; las alas de los vientos y las impetuosas olas, el apoyo y descanso de sus pies; las luces del sol y de las estrellas, un destello amortiguado de su resplandor; las prosperidades y la decadencia de las monarquías, una risa de su providencia; lo pasado, lo presente y lo futuro, un instante indivisible que registra con una simple mirada; él es el autor de todo, él no depende de nadie, él solo es feliz, porque nada puede aumentar ó acelerar su felicidad, y porque ninguna cosa de cuantas son capaces de felicidad puede ser feliz sino por él. El solo es justo, santo, perfecto, libre... Y á pesar de tanta grandeza, gloria, majestad, santidad y perfección, se digna por su amor ser nuestra comida, nuestra bebida, nuestro alimento en la sagrada Eucaristía, pudiendo así unirnos, estrecharnos y hacernos una misma cosa con él. Indagad, pues, hermanos míos, si hay en el mundo ó fuera de él objeto alguno que pueda llenar más cumplidamente la medida de vuestro corazón; si hay bienes semejantes á estos bienes, si hay honras que se parezcan á estas honras, y si fuera de aquí hallaréis una vida y felicidad eterna.

Dejaré de hablar para que podáis oír á los que, alucinados como vosotros, se dejaron arrastrar por algún tiempo de los encantos del mundo y después se volvieron á Dios; y su ejemplo y sus pala-

bras os persuadirán mejor que yo, que en el amor de Dios encontrarán, no una felicidad imaginaria, una felicidad equívoca y falaz, una felicidad transitoria y sembrada de sinsabores y disgustos, sino la felicidad verdadera, permanente, inalterable, ajena de todo remordimiento, la paz y el descanso de sus almas, que no pudieron hallar entre los placeres del mundo. Un David se alige y entristece en medio de los deleites y riquezas, y repite mil veces que sólo es feliz el que entrega su corazón al Señor. Un Pablo, después que gusta las dulzuras del amor de Dios, no acierta sino á aborrecer y renunciar las del mundo: *Mihi munus creaturas est, et ego mundo*. Preguntad á la Magdalena qué se han hecho sus amadores, dónde fueron á parar sus adornos y sus galas, cuando volverá á sus antiguas amistades y diversiones, y os dirá con su ejemplo que ya no acierta en otra cosa sino en amar mucho á Jesús y buscarle hasta en el sepulcro.

Oid á la Samaritana suspirar con más ansia por las dulzuras de la virtud y la gracia que por los deleites del vicio. *Domine, da mihi hanc aquam*. A un San Agustín confesar que su corazón estuvo inquieto, aun en medio de los encantos más halagüeños del placer y del desenfreno, hasta que descansó en el amor de su Dios. Veréis reyes á quienes el amor y celo por la honra y gloria de su Dios, llenó más su corazón que la magnificencia y aparato de sus tronos. Veréis pecadores convertidos en mártires saltando de alegría en medio de los más acerbos tormentos, porque en el amor á Dios hallan todo su placer. Veréis vírgenes en la primavera de sus años huir y detestar los deleites que las solicitan, por entregar todo su corazón al Esposo divino de sus almas. Veréis enfermos y moribundos que esperan con una santa resignación el término de sus días, porque en el amor al Señor hallan todos los socorros de sus almas: *Et incontinenti requiem animabus vestris*.

Digamos, pues, que si hay felicidad en esta vida, solamente se encuentra en el amor del Señor; que ni el mundo, ni los deleites, ni las riquezas, ni los aplausos pueden aquietar nuestro corazón, y que para aprender á ser feliz no hay otra escuela que la del Sagrado Corazón de Jesús.

No pretendo decir con esto, que sea preciso ser individuo de alguna esclavitud ó corporación destinada á dar culto especial al Corazón de Jesús. Bueno es unirse los fieles con un objeto tan piadoso y cultivar una devoción tan útil y que tantos beneficios reporta, y tan enriquecida está de los bienes del tesoro de la Iglesia; pero no es necesario, ni yo exijo tanto de todos. Lo que Jesucristo nos manda es: Que vengamos á él todos: *Venite ad me omnes*. Que cumplamos su

ley santa: *Tollite jugum meum super vos*. Que sigamos su ejemplo y seamos humildes y mansos de corazón: *Discite á me, quia mitis sum et humilis corde*. Esto es lo que podemos hacer todos en cualquier estado y condición. Pues ¿qué delirio enemigo de nuestra paz nos agita cuando le robamos á Dios nuestro corazón y le sometemos á la servidumbre vergonzosa del mundo? ¿Hombres engañados, qué mal os queréis cuando inclináis vuestro corazón á las cosas de la tierra! ¿Es posible que hayáis de sujetar ese corazón tan tierno, tan compasivo, tan fácil, tan pronto en recibir las impresiones del temor, de la inquietud; ese corazón centro del amor, que sabe amar con tanta fineza, que con tanta dificultad se desprende de lo que ama; es posible, digo, que le habéis de sujetar al yugo pesado del mundo, de ese mundo extravagante y antojadizo, de ese mundo altanero y soberbio, de ese mundo inconstante y mutable, de ese mundo ingrato y desleal? ¡Infelices sois ciertamente si le amáis, y más todavía si sois amados! Desengañaos ya, que no gozará vuestro corazón de tranquilidad y reposo hasta que descance en el amor de aquel Dios inmutable y eterno. Venid á él todos, y en él hallaréis el descanso de vuestras almas. Jesús mismo nos llama, nos convida, nos aguarda; acerquémonos á él y hagámosle la entrega de nuestro corazón; postrémonos en su presencia y alabémosle que todos alaben, bendigan y glorifiquen al Santísimo Corazón de Jesús, que todos le amen para ser felices en esta vida y después en la eterna. *Amén*.

SAGRADO CORAZÓN DE JESUCRISTO

AMOR DE ESTE DIVINO CORAZÓN

Y AGRADECIMIENTO QUE EXIGE DE NOSOTROS



*Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi eum
manete in dilectione mea.*

Como el Padre me amó, así os he
amado yo; permaneced en mi amor.

(S. JUAN, c. 15, v. 9).

Para hablar dignamente, hermanos míos, del amor de Jesucristo y de la ternera de su corazón para con el hombre, debía yo estar, cristianos, inflamado de aquellos santos ardores que abrasaban el corazón del amado discípulo, cuando en la noche de la Cena estaba recostado sobre el pecho de su divino Maestro, ó con el fuego de caridad que animaba al apóstol de las gentes San Pablo, cuyo corazón era el de Cristo, según el Crisóstomo: *cor Pauli, cor erat Christi*. Pero sumergido en las tinieblas de mi propia ignorancia y cubierto con la asquerosa lepra del pecado, ¿qué podré deciros que satisfaga vuestra piedad é inflame vuestro espíritu en el amor de nuestro Salvador, para corresponder en el modo posible a la fineza de su corazón?

Conociendo mi insuficiencia, enmudecería ciertamente, sin osar acercarme al trono de la caridad de Jesucristo, si no me sirviesen de apoyo las palabras de mi tema, capaces por sí solas de encender vuestro espíritu en el amor de Dios y de alentar vuestra confianza en el Señor. Como el Padre me amó, nos dice Jesucristo, así os he amado yo; permaneced en mi amor. De aquí, concluye San Agustín, que para honrar á Dios es necesario amarle. No puede, pues, formarse justa idea del amor del Sagrado Corazón de Jesús para con el hombre, sin que éste le haga una total entrega del suyo: *dilexi vos; manete in dilectione mea*. He aquí, hermanos míos, el asunto que dividiré en dos reflexiones. En la primera os haré ver el amor que os tiene el corazón de Jesús, y en la segunda el que exige de vosotros. La materia no pue

de ser más interesante; pide toda vuestra atención y todo mi celo por vuestra salud espiritual. Para sacar todos el deseado fruto, postrémonos con sumisión ante aquel angusto y adorable Señor Sacramentado, principio, fuente y origen de toda gracia. *Ave María*.

La Iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, ha mirado siempre como privilegio de ciertas almas perfectas, penetrar la ternera del sagrado corazón de Jesucristo en orden al hombre. Parece, dice un sabio, que reservó Dios á los Bernardos, Buenaventuras, Franciscos de Sales, Juanes de la Cruz y Teresas de Jesús, hablar dignamente del amor de nuestro Salvador. Su corazón amante, que vela sin cesar sobre la eterna felicidad del linaje humano, se dignó durante su vida mortal manifestarnos ciertos rasgos de su infinita bondad, como otros tantos irrefragables monumentos de su inefable caridad. La Judea, el Calvario y el Altar serán siempre mirados por los fieles como angusto teatro de su amor. Allí su tierno corazón busca solícito al pecador, instruye misericordioso al ignorante, cura pasivo al enfermo. En la cruz ofrece el sacrificio cruento de su preciosa sangre por todo el género humano, y sobre el altar se inmolaba diariamente por todos los hijos de la Iglesia, en toda la redondez de la tierra, conforme al oráculo de un profeta. ¡Qué caridad, qué amor, qué ternera de corazón! ¡qué lugar tan distinguido ocupa el hombre en él!

Consultemos los Evangelios, monumentos eternos de las bondades de Jesucristo y de los sentimientos de su corazón para con los pecadores, acerca este grande objeto de su misión divina. Allí notaremos con admiración sus fatigas por buscarlos, sus tiernas lágrimas á causa de su obstinación, su prodigalidad con el arrepentido que le busca é invoca, su paciencia en esperar al delincuente, su alegría al verle dócil á su gracia. ¡Samaritanas, Magdalenas, Lázarus, Pablos, Hijos pródigos, presentaos aquí por un momento á darme testimonio de la ternera del corazón de Jesucristo con vosotros! Tranquilo en orden á los justos, á quienes anima con su gracia, protesta que no viene á llamar á éstos, sino á los pecadores, porque los sanos, dice, no necesitan de médico, sino los enfermos.

¡Que confianza, cristianos, no deben inspirar al pecador estas bondades y la ternera con que le llama sin cesar el Sagrado Corazón de Jesús! No le consideréis ya como un Dios de las venganzas, que amenaza al pecador por sus profetas, sino como un Dios de misericordia y de todo consuelo, que le ama y excita por medio de su gracia, para que le invoque, á fin de perdonarle. ¡Qué adorables lentitudes no em-

plea de ordinario con el pecador antes de castigarle! Con frecuencia le da tiempo para la penitencia, acreditando por este medio que le castiga como violentado por su justicia y en pena de su obstinación.

¿Pero qué mucho? ¡Habéis olvidado por ventura que para desahogo del inmenso amor de su corazón, se ofreció voluntariamente á su Padre celestial sobre el Calvario por víctima de los pecados de todo el mundo? ¿No satisfizo con su sangre preciosísima á la justicia divina? ¿No manifestó su voluntad sincera de salvarlos á todos, sin querer que ninguno se pierda, sino por la rebeldía de su corazón y el abuso de la gracia? Cuando considero, pues, que esta adorable sangre es de un precio inestimable é infinito, y que todos pueden aprovecharse de ella, no puedo dejar de exclamar: ¡oh inmensa bondad de Dios! ¡oh amabilísimo Corazón de Jesucristo, que en el gran sacrificio de nuestra reconciliación comprendiste á todo el género humano, sin querer que nadie perezca! El perdido discípulo, que por un precio vil le ha de vender y entregar á los judíos; éstos, que le cubren de injurias y derramaron sobre el Calvario su preciosa sangre; el ladrón que á su lado le blasfema; los que se burlaron de sus últimas palabras sobre la cruz, ninguno, hermanos míos, estaba excluido de su amante Corazón; por todos ruega á su eterno Padre; á todos los disculpa; ninguno quiere que perezca.

¿Qué prueba más auténtica del inefable amor de su Corazón para con el hombre? ¡Avergonzaos aquí, miserables hijos de Adán, en presencia de la manséduro é inmensa caridad de este Dios-Hombre en medio de las más atroces injurias y calumnias! ¿Qué hombre ó qué profeta llevo tan lejos el amor y la dulzura? Job, en el exceso de su aflicción, maldijo el día de su nacimiento y respondió con dureza á los amigos que censuraban su conducta. David, próximo á la muerte, mandó á Salomón que no dejase sin castigo los atentados de Joab y los ultrajes que le había hecho Semai. Isaías, perseguido de muerte por sus enemigos, pide que Dios sea el testigo y el vengador de ella. Jeremías, oprimido bajo un promotorio de piedras, cubre de maldiciones á los judíos, y concluye con estas terribles palabras: *Señor, no tea perdonada ni tolle jamás su pecado delante de sus ojos.* Pero qué distinto lenguaje el de Jesucristo sobre la cruz! *Padre mto, perdónadlos, que no saben lo que hacen.* Convenia ¡oh amabilísimo Jesús! que fueses vos más caritativo que todos los justos del mundo, como fuente que sois inagotable de amor y santidad.

Mas para acabar de conocer la ardiente caridad de este inflamado corazón, acerquémonos al altar, teatro augusto y eterno monumento de su amor. ¡Quién tuviera, hermanos míos, el ardor de los serafines

y la elocuencia de los Nazianecenos y Crisóstomos, para describir dignamente este compendio de las maravillas del Señor! Sólo el Discipulo amado, que en la noche de la Cena se recostó sobre el pecho de nuestro Salvador, puede darnos idea de los adorables secretos que le reveló Jesucristo. Sólo este apóstol nos descubrió en breves palabras la fineza, la magnificencia, la prodigalidad y duración del tierno amor del Sagrado Corazón de Jesús á los hombres. *Sabienlo, dice, que era llegada su hora* (esto es, la de ser entregado en manos de los pecadores, para consumir el sacrificio de la cruz y redención del género humano), *habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin*, dejándoles un monumento eterno de su amor.

Tal es el Sacramento de nuestros altares, donde adoramos su cuerpo, su sangre, su divinidad, sus perfecciones y atributos: sacrificio inefable y monumento auténtico de su amante Corazón; sacrificio universal, que se ofrece en todos los lugares del mundo, todos los días y casi en todos los instantes; sacrificio constante, que debe durar hasta la consumación de los siglos para memoria de las maravillas del Salvador y eterno monumento de su amor al hombre. Sacramento inefable, en que se nos da por alimento para dedicarnos y hacernos una misma cosa con él, como proporcionalmente hablando lo es nuestro adorable Salvador con su Padre celestial.

¡Oh amor incomprendible del Corazón de Jesucristo, que mira como sus delicias habitar entre los hijos de los hombres! ¡Oh amor inefable, que espera con paciencia las adopciones de algunas almas justas, sufriendo al mismo tiempo el desprecio de infinito número de herejes, incrédulos, libertinos y malos cristianos! ¡Oh amor incomparable, que sin cansarse de la ingratitud del hombre va á buscarle, como el buen pastor á la oveja descarriada, en las cercanías de la muerte, para servirle de viático en su partida á la eternidad, llamándole como padre amoroso á su rebaño, antes de sentenciarle como juez inexorable! Todo, hermanos míos, conspira á manifestarnos el inexplicable amor de Jesucristo á los hombres, y que por más criminales que sean, ocupan, mientras viven, un lugar en su corazón; es decir, que desea sinceramente la salvación de todos, con tal que correspondan á su gracia. Ninguno quiere que se pierda: *noletis aliquos perire*; pero exige, al mismo tiempo, que como nos ha amado le amemos: *Dilecti vos; manet in dilectione mea.* Segunda reflexión que paso á exponeros con brevedad.

Jesucristo que, por un efecto de su inmensa bondad é infinita misericordia, se dignó amarnos hasta el fin, dándonos lugar en su Corazón, y quedándose sacramentado entre nosotros hasta la consu-

mación de los siglos, para servirnos de alimento espiritual en el desierto de esta vida y hacernos coherederos de su gloria, sólo nos pide el corazón en recompensa: *probe, fili mi, cor tuam mihi*; y esto con el fin de hacer en el ostentación de su magnificencia é inmensa caridad. ¿Habrá, pues, entre nosotros quien rehusé tal ventaja? ¿Habrá quien se niegue á tan interesante petición?

¡Ah! reconoced, hermanos míos, que nuestra verdadera felicidad consiste en amar á Jesucristo, para tener lugar en su Corazón. Esta es el áncora de nuestra esperanza; y nuestra mayor gloria estriba en que nuestro Salvador quiera recibir nuestro corazón y tener lugar en él. ¡Oh amabilísimo Jesús! ¿quién es el hombre, ó qué has visto en él, que tanto le engrandezes? ¿Necesitás acaso de su amor para ser feliz por toda la eternidad? ¿Puede él añadir algo á vuestra gloria esencial? Nada de eso. Cuando nos pide pues el corazón, es decir, el amor, *manete in dilectione mea*, es un puro efecto de su infinita bondad, que mira á nuestro propio interés. Ni juzguéis con error que esta petición que nos hace del amor, sea un mero consejo ó una obra de supererogación: es un figurado precepto que incluye la caridad, en que estriba toda la ley que nos impuso para ser salvos. Es, pues, necesario este amor, para permanecer en Jesucristo, y para que el Señor permanezca en nosotros: *dilexi vos; manete in dilectione mea*. A este fin nos pide el corazón: *probe, fili mi, cor tuam mihi*.

Mas nos lo pide todo entero, segregado de los objetos seductores del siglo, de los placeres culpables que embriagan á los mundanos, de la soberbia, ira, lujuria y demás vicios capitales que deshonran nuestra profesión de cristianos, y que nos han atraído más de una vez la indignación de Dios. Exige, pues, de justicia corazones generosos, fervorosos y constantes en su amor; corazones que le amen con ternura como á Padre y Redentor; corazones que lo desprecien todo por Jesucristo, que ceden su honra y gloria; corazones que estén preparados y resueltos á defender sus inviolables derechos, á sostener el sagrado vínculo de caridad que nos debe unir en el Señor; corazones que sufran con paciencia las persecuciones, por defender el depósito de la fe y verdadera religión de nuestros padres, hasta agomizar por la justicia; corazones benéficos á sus prójimos, llenos de piedad con el desnudo, de conmiseración con el afligido y de misericordia con el pobre.

Mas dónde están, os ruego, estos corazones tiernos, generosos y constantes, que ardan inflamados en el amor de Dios y de su prójimo? ¿Dónde entre vosotros aquel sagrado fuego, que su corazón amante vino á traer sobre la tierra, con el fin que ardiere en todos

sin cesar su inefable caridad? ¡Ah! permitidme, hermanos míos, lamentar la falta casi universal de este precioso gaje de la felicidad eterna. A excepción de ciertos corazones puros é inocentes, de ciertas almas solícitas, que velan sinceramente sobre el negocio arduo de su salvación; que meditan de día y de noche en la ley santa de Dios, siguiendo las inspiraciones de su gracia, ¿qué otra cosa se ve en el mundo que aquella olla encendida que se presentó al Profeta, arrojando llamas de lujuria, de odio, de venganza, de orgullo, de amor propio y afecto á lo terreno? Se ven corazones tiernos y sensibles, no para llorar sus pecados y tributar á Dios los debidos homenajes, sino para sentir la pérdida del oro, de una belleza frágil, de una vil criatura ú otros miserables objetos de esta naturaleza, á quienes tienen erigida ara é idolatran. Corazones tiernos, á quienes conmueve en la escena la desgracia de un héroe fingido, quedando indolentes é insensibles al oír pronunciar de parte de Dios la terrible sentencia de su condenación, si no se empuñan: *Si poenitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis*.

¿Es éste por ventura el corazón contrito y humillado que el Señor nos pide? ¡Ah! yo, hermanos míos, me estremezco cuando oigo á San Pablo cubrir de anatemas al que no ama á Jesucristo: *Qui non amat Dominum Jesum Christum, anathema sit*. ¿Y qué podremos alegar para no amarle con ternura y generosidad? ¿Cómo no ofrecerle todo nuestro corazón? Pero advertid, hermanos míos, que para serle agradable esta oferta, es necesario que nuestro corazón sacrifique generosamente todo lo que se opone á la ley de Jesucristo; es decir, las bajas y criminales pasiones, por no ser dignas, según el Apóstol, de la gloria que Dios nos tiene prometida, y de los designios del corazón de su Unigénito, que consisten en que le amemos sin reserva sobre todas las cosas. Este fué el sistema de religión que siguieron los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes y demás justos, que alaban sin cesar al Cordero sin mancha. Este desprendimiento de todo lo terreno, esta pobreza de espíritu por amor á Jesucristo, esta generosa y firme resolución de adorarle en espíritu y verdad con preferencia á todo, es la única senda que la religión nos propone para dar á nuestro adorable Salvador el debido lugar en nuestro corazón y obtener por este medio la eterna felicidad.

Yo bien sé que en esta senda se experimentan tribulaciones y trabajos. No ignoro que la concupiscencia, este *ángel de Satanás*, de que tanto se lamentaba San Pablo, se rebela con frecuencia contra el espíritu; que nos solícita, nos atrae, nos arrastra hacia el mal, y que

pretende hacernos fuerza. Pero el reino de Dios, dice Jesucristo, *pa-dece violencia, y sólo con violencia se arrebatá*. Es necesario, pues, para salvarse, hacer frente con firmeza al torrente de las pasiones y enemigos del alma. Y pues nuestra vida no es otra cosa, según el Espíritu santo, que una cruda guerra y continúa lucha contra ellos, para conservar el precioso depósito de nuestra fe, informada por la caridad, peleemos con esfuerzo y generosa constancia, para dar á Jesucristo en nuestro corazón el lugar que de justicia nos exige, cuando dice: *permaneced en mi amor: manete in dilectione mea*.

En efecto, hermanos míos, no son ardores pasajeros, que á manera de fuegos fatuos se apagan prontamente; ni movimientos de fervor, que abogan al momento los objetos seductores del siglo, los que Jesucristo exige de nosotros. Un corazón voluble, dice un sabio, un corazón errante, un corazón que se abre al amor y se cierra con frecuencia; un corazón hoy de fuego y mañana de hielo, no es digna habitación de Jesucristo. Su reino inmortal sólo está prometido al que perseverare hasta el fin. Prescindiendo en efecto, por ahora, de los Tertulianos, Orígenes y Julianos, ¿cuántos brillantes astros de la Iglesia no se eclipsaron, por no haber perseverado en el amor del Salvador? ¿Cuántos, después de haberle servido muchos años, le han arrojado de su corazón, para colocar en él el abominable idolo del pecado? ¡Ah! sus corazones volubles é inconstantes mudaron de objeto, y, por consiguiente, mudó su destino.

¡Temblad, justos, y estremeeos! *El que está en pie*, dice el Apóstol, *cuide de no caer*. Armaos del escudo de la fe, sin perder jamás de vista la caridad, alma y nervio del cristianismo. Esta virtud será coronada en el cielo, al paso que el amor criminal á las criaturas será castigado en los abismos. Vosotros, pues, que tanto os preciáis de ser constantes en vuestros propósitos, no siendo á veces los más inocentes, y que mirarais como un deshonor faltar á vuestra palabra, cumplid con exactitud la que disteis al Señor en el sacro bautismo, cuando fuisteis reengendrados en Jesucristo, para amarle en vida y gozarle en la eternidad. Entónces renunciasteis solemnemente de Satanás y de todas sus obras; entónces os revestisteis de Jesucristo, despojándoos del viejo Adán y de todas las pompas y vanidades del mundo; entónces os constituyó Dios templos vivos del Espíritu Santo, y su amor ocupó vuestro corazón, encendiendo en él el fuego de la caridad, que vino á traer sobre la tierra, para que ardiese sin cesar en el corazón de todos. Entónces fuisteis alistados bajo las banderas de Jesucristo para defender su honra y gloria, su religión santa, su divinidad, sus atributos y misterios, contra todos sus enemigos, lle-

vando por escudos inexpugnables su fe, su esperanza y su caridad en el fondo de vuestro corazón. Con tales armas tenéis segura la victoria de vuestros enemigos, porque Dios, que es fiel en sus promesas, sólo nos pide el corazón: *probe, fili mi, cor tuum mihi*.

¿Cómo podremos, pues, rehusar la entrega de nuestro corazón á Jesucristo, siendo este amor tan puro, y que tanto nos interesa? No despreciéis, os ruego, las voces de su corazón benéfico, que os ha dado muestras nada equivocadas de su inefable amor, no sólo durante su vida, sino sobre el árbol de la cruz y en el augusto Sacramento de nuestros altares. Y pues sin mérito de nuestra parte nos dió lugar en su Corazón, erigiendo entre nosotros un monumento eterno de su amor, correspondamos fieles á tanto beneficio, entregándole el nuestro por medio de un amor tierno, fervoroso, sin reserva y constante, para acreditar que somos católicos y verdaderos hijos de la Iglesia: *dilexi vos; manete in dilectione mea*. Jesucristo os amó hasta el fin; permaneced, pues, constantes en su amor; que digno es su corazón amante de recibir el honor, la gloria y la acción de gracias por los siglos de los siglos. Amén.



NOVENARIO

EN SUFRAGIO

DE LAS BENDITAS ALMAS DEL PURGATORIO

DÍA PRIMERO

EXISTENCIA DEL PURGATORIO

*Miseremini mei, miseremini mei, saltem
vos, amici mei.
Compadecedos de mí, á lo menos vos-
otros que sois mis amigos, compadecedos
de mí.*

(Jon. 19, 21.)

Cortos son, hermanos míos, los días del hombre sobre la tierra. Nuestra vida en el presente siglo se parece á un sueño veloz, á una sombra que pasa, á una flor que se marchita, á una nube que se disipa tocada por los rayos del sol. Sin embargo, hay algo más allá del sepulcro. El hombre es un compuesto de alma y cuerpo. Si el cuerpo se desorganiza en calidad de materia organizada, el alma espiritual es de su naturaleza incorruptible, y en virtud de disposición divina, jamás se aniquila. Aun hay más. Alma y cuerpo en este mundo han sido compañeros inseparables. Después del juicio universal habrán de juntarse de nuevo para recibir ambos la retribución competente, según que en esta vida hayan sido obedientes ó rebeldes á las leyes de la justicia divina. Mientras se aguarda este juicio, el alma queda aislada en la otra vida, participando ella sola del premio ó castigo que haya merecido. No obstante, muchas se hallan en un estado en que son impedidas de gozar del premio final á que se han hecho acreedoras, y desde allí dirigen sus gemidos á nosotros, para que nos compadezcamos de sus tormentos.

Este estado en que se hallan detenidas tales almas, se llama lugar de purgación ó purgatorio, porque allí quedan purificadas de sus manchas. Contra la existencia del purgatorio han clamado los Aerios los Petrobrusianos, Albigeneses, Valdenses y los Novadores protestantes. A pesar de esto, la Iglesia santa establece como dogma de fe la existencia del purgatorio. En este primer día, pues, del presente novenario, consagrado al alivio de esas almas, vengo á convencerlos de la existencia de ese lugar.

Virgen Santa, Vos que sois toda compasión y ternura, dad unción á mis palabras para poder dar un remedio á nuestros hermanos difuntos, que nos lo piden desde aquella mansión de tormentos, mientras os saludamos con el Angel. *Ave Maria.*

El purgatorio no viene á ser otra cosa que aquel lugar de expiación, en donde, para satisfacer á la Divina Justicia; se hallan detenidas las almas de los difuntos, hasta que hayan pagado las deudas que habian contraído al partir de este mundo. La fe y la razón de consuno nos convencen de la existencia de este lugar.

En la profesión de fe mandada por Pio IV, encontramos estas palabras: «Creo firmemente la existencia del purgatorio y que las almas allí detenidas son socorridas con los suffragios de los fieles.» Semejantes palabras se hallan en el Concilio de Trento, quien además exhorta y manda á los obispos que procuren con todo cuidado predicar, enseñar y hacer creer á los fieles la sana doctrina del purgatorio que nos han dejado los Santos Padres y Concilios. Finalmente, fulmina un anatema contra aquellos que enseñan, que, después de perdonada la culpa, no queda reato alguno de pena que se haya de satisfacer en esta ó en la otra vida.

Penetremos bien, hermanos míos, de lo que importa el pecado. ¿Qué hace el hombre cuando peca? El hombre, pecando, se aparta de Dios, bien infinito é inmutable, convirtiéndose á una criatura bien transitoria y aparente. Ya sea mortal, ya sea venial el pecado, siempre entraña estas dos cosas, ó en su totalidad ó en parte. De esto se desprende que, exigiendo la justicia la reparación del pecado por medio de la pena correspondiente, debe de haber dos penas. ¿Cómo se pagan éstas? *Per que quis peccat per hoc et punietur.* El hombre, pecando, ¿se aparta de Dios? Debe ser, pues, castigado con la privación de Dios. Pecando, ¿ha pospuesto á Dios prefiriendo una criatura? Debe, pues, una criatura ser también su suplicio. La Justicia Divina exige estos dos castigos, y éstos subsistirán mientras permanezca la culpa, así como ésta no se borrará del todo hasta que se haya sufrido aquéllas.

Para el hombre que tenga la desgracia de morir en pecado mortal, el apartamiento de Dios debe ser perpetuo, del mismo modo que la pena sensible producida por una criatura ha de ser interminable; porque subsistiendo eternamente la causa, debe durar siempre el efecto. Como sin embargo Dios es tan misericordioso como justo, mientras el hombre viva en el destierro de este mundo, puede hermanar estos dos atributos divinos, impetrando la misericordia divina sin menoscabo de su justicia. En la culpa tuvo el hombre un verdadero placer, apartándose de Dios; siguiendo, pues, un camino contrario, por medio de la verdadera contrición puede obtener el perdón de la culpa, porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. No obstante, para quitar el desequilibrio entre Dios y el hombre que había ocasionado la culpa; es preciso que, después del dolor, se pague aquella adhesión á las criaturas por medio de penas satisfactorias que restablezcan una especie de igualdad entre Dios y el hombre. Cuando un sujeto roba á otro una cantidad de dinero, no basta la humillación y sentimiento del delito para reparar la injuria irrogada, sino que es preciso devolver al menos la cantidad usurpada, exigiendo á veces nuevas satisfacciones. Pues bien; el hombre cuando peca, comete un verdadero robo á Dios, y es necesario que le tribute no sólo el arrepentimiento para obtener el perdón, si que también le pague aquella adhesión indebida á la criatura, y que de justicia pertenezca exclusivamente á él.

¿Y hasta qué punto llega tal satisfacción debida al Señor? No lo sabemos. Sólo nos consta que el hombre por el pecado mortal se había hecho reo de una pena eterna, y que ésta se convierte en temporal después de la absolución. De esto se desprende, cuan grande debe ser esta satisfacción, así como la que corresponde por el pecado venial; que, después del mortal, es el mayor de todos los males. Esta satisfacción la da el hombre en esta vida sufriendo con paciencia cristiana las tribulaciones que Dios le envíe, ó imponiéndose voluntariamente penas que moderen sus pasiones. Pero si el hombre muere poco después de perdonados sus pecados mortales, ó con algún afecto á los veniales, sin haber tenido tiempo de pagar el reato de la pena, ¿debe aquél hombre quedar sumergido en un infierno de dolores? No, hermanos míos, porque muere amigo de Dios, y esa amistad no puede consentir un divorcio perpetuo entre el Criador y la criatura. No obstante, tampoco puede gozar inmediatamente de la mansión de los justos; porque Dios es santo en grado infinito, y esa santidad no puede avenirse con la más ligera sombra de pecado. Preciso es, pues, que el hombre expie en este caso en el otro mundo

la falta que cometió, ya que no lo hizo en el presente. Ved ahí, hermanos míos, tan clara como la luz del día la existencia del purgatorio.

Registrando las sagradas páginas, encontramos en el libro de los Macabeos estas incontestables expresiones. Santo y saludable es el pensamiento de orar por los difuntos, á fin de que sean absueltos de sus pecados: *Sancta et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur*. Luego, según este libro inspirado por el mismo Dios, no sólo nada tiene de vanidad el orar por los difuntos, sino que es del todo saludable. Luego hay difuntos que padecen, pero cuyas penas pueden mitigarse por medio de la oración de los vivientes. Si esos muertos no sufrieran, y sus quebrantos no pudieran dulcificarse, ¿cómo conservaría Dios la oración de los vivos en favor de las almas? Esto nos demuestra, hermanos míos, que hay una comunicación íntima entre nosotros y los difuntos que padecen: que hay verdaderas relaciones entre unos y otros; y que esta amistad no sólo reina entre nosotros y Dios que nos oye, sino también entre los difuntos que padecen y Dios que se compadece de sus miserias por el santo olor de nuestras oraciones. No se acaban, pues, en este mundo las penas de los hombres, sino que hay también en el otro un lugar de tormentos. Pero entendamos que este lugar, del que nos habla la Escritura Santa, no es el infierno eterno de los condenados. Jamas podrá haber amistad entre Dios y los réprobos, de quienes dice el Señor: *Non populus meus, non ero vester*. Jamas podrá Dios tener misericordia de los condenados, cuyo orgullo y odio contra Dios van siempre en aumento: *Superbia eorum qui te oderunt, ascendit semper*. Cuando, pues, nos excita Dios á que oremos por los difuntos, nos revela por esto mismo: que existen almas, que padecen después de esta vida, y cuyas penas no habrán de ser perpetuas: pues es santo el pensamiento de orar por tales difuntos, para que sean absueltos de sus pecados. *Ut à peccatis solvantur*.

De esto se infiere, que hay pecados cuya absolución se obtiene en la otra vida. Fácil es esto de concebir, recordando que todo pecado trae en sí el reato de pena; y aunque la absolución de la culpa se verifique en este valle de lágrimas por medio de la contrición, puede alcanzarse y alcanza realmente á algunos después de la muerte el reato de pena. No sólo esto, sino que además, muriendo el hombre sin arrepentimiento del pecado venial, no pudiendo ser perpetua la pena de éste, y siendo preciso que permanezca la pena, mientras dure la culpa; esta culpa debe absolverse en la otra vida, lo más tarde en el momento que se acabe la pena.

Si hay pecados, pues, de los que el hombre queda desatado en la otra vida, ¿de quiénes serán esos pecados? ¿serán de los condenados? No, hermanos míos. Los condenados lo son únicamente por pecados mortales que acompañaron al hombre hasta el sepulcro, y tan luego como cierre el hombre sus ojos á la luz del día contaminado de pecado mortal, renuncia para siempre el perdón de Dios. No puede haber perdón sin arrepentimiento, y éste no tiene lugar después de la muerte. En donde caiga el árbol, allí se quedará. Si el hombre muere en odio de Dios, este odio será eterno; y si el hombre muere en caridad, jamás ésta se apagará. Sin libertad no tiene la criatura mérito ni desmérito, y la libertad se acaba, cuando acaban los días sobre la tierra. El arrepentimiento del condenado es un arrepentimiento rabioso y desesperado, pero sin fruto: tal arrepentimiento no merece la misericordia divina. El arrepentimiento verdadero va precedido de la gracia de Dios que no luce sobre el condenado. Delante del hombre se había colocado la vida y la muerte: lo que más le acomode, esto se le dará. ¿El condenado ha escogido el infierno muriendo sin arrepentimiento? El infierno, pues, será su mansión perpetua; porque, después de su muerte, no le ha quedado la libertad de volver atrás.

No podemos pues, hermanos míos, orar por los difuntos que rabian en el infierno, siendo así: que sus pecados son imperdonables; ni sería tampoco laudable el pensamiento de hacerlo por los que están en el cielo, porque ni allí tienen pecados que llorar, ni necesitan de nosotros, bastándoles sólo á Dios. Los difuntos en favor de los cuales podemos interceder y que de una ú otra manera están ligados con pecado, son difuntos que viven unidos con Dios por la caridad; pero que no pueden entrar en los Cielos, hasta que hayan satisfecho el último cuadrante; pues que en el cielo no puede entrar mancha ni arruga. Tenemos por consiguiente, que hay difuntos amigos de Dios, y que purifican sus manchas en un lugar de purgación denominado purgatorio, desde donde claman á nosotros que nos compadezcamos de sus miserias. *Miserentini mei, miserentini mei, autem vos, amici mei*.

Deber nuestro es, pues, hermanos míos, creer con la Iglesia católica la existencia del purgatorio. Es un dogma de fe tan lejos de estar opuesto á la razón, que esta misma nos convence de su realidad. Oremos por lo tanto en favor de esas benditas almas con las que estamos unidos por el vinculo de la caridad. Si en este mundo no nos hacemos sordos al llanto de nuestros compatriotas y hasta extraños, mucho menos debemos ser insensibles á los gemidos de nuestros

deudos y amigos que padecen atroces tormentos. Si con nuestras oraciones y penalidades apresuramos su entrada en los Cielos, podemos creer que desde allí se interesarán por nuestra suerte. Al propio tiempo suframos también con resignación cristiana las adversidades de la vida, con las que satisfaremos a Dios por las faltas en que incurramos cada día. Apliquemos igualmente nuestras penalidades en favor de nuestros hermanos difuntos, y de este modo ellos y nosotros podamos eternamente ser compañeros en la gloria de los Cielos. Amén.

DIA SEGUNDO

PENA DE DAÑO

*Quare persequimini me sicut Deus?
Por qué me perseguís como Dios?*

(Jon. 19, 22.)

Al oír las palabras que acabo de pronunciar, pensaréis acaso, hermanos míos, que vengo á hablaros de aquel héroe insigne de la Escritura Santa, de aquel prodigio de paciencia, del incomparable y afigidísimo Job. El era quien con ánimo sereno y tranquilo oyó las tristes nuevas de la irrupción de los Sabeos sobre sus bienes, de haber caído fuego del cielo y haber consumido todas sus ovejas y pastores, y del destrozo causado por los Caldeos en sus camellos y criados. El era quien en un mismo instante recibió la noticia de la muerte de sus siete hijos y tres hijas. El era quien fué atormentado sin compasión por el mismo demonio que le cubrió de pies á rabeza con una llaga cruel y vergonzosa; sin que en tan horribles sufrimientos le fuese dado encontrar alivio alguno ni en su misma esposa, ni en sus amigos que para nada le servían, como no fuera para hacerle más insoportable su dolor. El era quien, no teniendo otra habitación que un lugar inhumano y viéndose obligado á limpiar su lepra con un canto de feja, se vió en el estado más aflictivo en que puede hallarse constituido un hombre viador; y afogado más por sus amigos que por sus llagas, exclama con estas palabras: ¿Por qué me atormentáis con un rigor igual á aquel con que me atormenta Dios? *¿Quare persequimini me sicut Deus?*

Job es una imagen de aquellas tristes almas que están padecien-

do en las obscuras cárceles del purgatorio, de las cuales hoy me propongo hacer os conmemoración. Todos los tiranos juntos, amados hermanos míos, no son capaces de idear tormentos tan atroces, que puedan compararse á los que están sufriendo las pobres almas en el purgatorio. Reducidas al más miserable estado, se encuentran circuidas de un fuego tan activo como el del infierno, según opinión de San Agustín. Sujetas á una perpetua vigilia no tienen otro lecho que los dolores, otro desahogo que los gemidos, otro refrigerio que las ascuas, otra luz que las tinieblas, otro alivio que la débil esperanza fundada en la piedad de los parientes y amigos.

Afortunadas, si como Job pudiesen á lo menos dar un grito tan fuerte que pudiera ser oído por todos los moradores de la tierra; si pudiesen ser oídas cuando claman *¿Quare persequimini me sicut Deus?* De seguro encontrarían entonces alivio en sus penas. ¿Cómo podría encontrarse corazón tan cruel que se negara á procurarlas este alivio, sabiendo la necesidad extrema en que se hallan? Pero ya que ellas no pueden presentarse á la vista de sus parientes y amigos para reprender la dureza de su corazón con las palabras de Job; yo, revestido del carácter de embajador suyo, en expresión de San Juan Crisóstomo, me presento ante vosotros para informaros de su triste estado; y seguro que os sentiréis movidos á compasión. No creáis empero que venga hoy á tratar del lugar en que padecen las almas, ni de lo penetrante de aquel fuego intolerable. Otra cosa ha de ocupar vuestra atención, á saber: lo muy atormentadas que se hallan por verse privadas de la vista de Dios; y de aquí podréis deducir, cuanto más atormentadas se hallan por esta misma privación las almas de los que padecen en el infierno. El objeto es interesante, y reclama toda vuestra atención, ya para no diferir los sufragos de las almas que están padeciendo; ya para no caer eternamente en las manos de la justicia de un Dios vengador.

Virgen Santísima: Vos, que no os interesáis menos en la redención de las almas del purgatorio que en la salvación de las nuestras, poned en mis labios palabras dignas de la atención de mis oyentes. Para el bien de los mismos igualmente que para un feliz acierto, os pido, que me alcancéis las luces de la gracia divina. *Ave Maria.*

Al decir que las almas del purgatorio son atormentadas por Dios, no penséis, hermanos míos, que quiera hablar de Dios como á justo vengador de sus delitos y exactor severo de sus deudas. Para esto sería menester hablar de los atroces castigos á que su divina justicia las tiene por un determinado tiempo condenadas. Al hablar de Dios

como autor de este tormento que quiero ahora ponderar en las almas, hablo de Dios como á centro deseado, al cual se dirigen constantemente las almas, y que constituye para ellas un martirio, mientras no les es permitido alcanzarlo. Hablo de Dios, amados hermanos míos, como infinitamente bueno y amable; y por lo mismo de un noble atormentador de aquel que anhela echarse á sus brazos y no lo consigue. Este Dios, pues, de cuya amistad están ciertas las almas, cuyo rostro ansían mirar, cuya posesión les está prometida, y de cuya bondad tienen un perfecto conocimiento, es el tirano que dulcemente las atormenta y allige. Desean ardentísimamente gozar de su presencia; y la dilación que sufre el cumplimiento de sus esperanzas es para ellas un cruel martirio. Los ardientes deseos de llegar á un bien prometido, forman un equivalente de todos los suplicios capaces de atormentar el corazón. Un deseo, si es grande, allige al que lo tiene mucho más que todos los tormentos reunidos. San Gregorio Niceno le da el nombre de dulce tirano, que con los lazos de finezas tiene siempre en tortura á la libertad. San Basilio de Selencia le apellida, pasión de todas las pasiones más crueles. Las riquezas no poseídas atormentan, porque son deseadas; el agravio recibido nos allige, mientras deseamos la venganza; y un objeto ausente tiene en congoja á nuestro corazón, sólo porque deseamos su presencia. Penas son estas que, no por ser menos ruidosas, dejan de ser por esto más aflictivas; semejantes en esto á un río cuyas aguas miden mayor profundidad precisamente en aquella parte en que corren más silenciosas y modestas.

La Esposa de los Cantares recorre las calles y plazas, buscando bálsamo con que curar la herida que la ausencia de su Esposo amado ha abierto en su corazón. Absalón, en medio de las delicias con que le brinda una corte floreciente, se tiene por infeliz, sólo porque ve dilatarse la vista del rostro de su padre David. Se le comueven las entrañas á José, porque se le retarda el momento en que pueda abrazar afectuosamente á su hermano Benjamín. Pero ¿qué son, amados hermanos míos, todos estos deseos en comparación de aquellos con que las almas del purgatorio ansían ver á Dios? Aquellos eran unos deseos sin fuerza, como que eran concebidos por unas almas encerradas aún en la cárcel del cuerpo; los vuestros empero, vivísimos espíritus del purgatorio, como que la materia no os sirve de obstáculo, os tienen siempre condenados á una dolorosa vigilia. ¡Oh deseos más grandes que todos los deseos! ¡Oh tormentos superiores á todos los tormentos! Desterradas las almas de la Jerusalén celestial, detenidas en una cárcel tenebrosa, me hallo colocada, dice cada una

de vosotras, en un lugar lleno de tinieblas como los muertos sempiternos. Vivis seguras de que seréis admitidas á la posesión del sumo bien; sabéis que algún día habéis de entrar á contemplar su hermoso rostro; mas no sabéis por otra parte, cuando empezareis á gozar de dicha tan inefable. La misma esperanza de poseerla es para vosotras el verdugo más cruel.

Al modo que se lamentaban los israelitas sentados sobre las riberas de Babilonia, acordándose de Sión; al modo como exclamaba el real Profeta: *¿Quién podrá comparecer, Señor, ante vuestra presencia?*, así se lamentan también y exclaman las almas santas del purgatorio. Cuando salieron de la cárcel de su cuerpo, emprendieron su viaje á la gloria; mas cuando estaban ya para entrar en ella, fueron detenidas en su camino para ser purificadas en el purgatorio por el espíritu de ardor, por el espíritu de incendio, por el espíritu de combustión, como dice Isaías. Estaban ya á punto de poner su pie en el empuje, y á la misma puerta fueron hechas prisioneras por la Justicia divina; que las encerró en la cárcel del purgatorio para hacerlas padecer. Dios, á quien se representan ellas en su imaginación con toda su bondad y rodeado de toda su gloria, les sirve de un tormento inexplicable, aumentando sus ansias y deseos de gozar de su divina presencia. ¡Cuanto más ardiente y más penoso es el deseo de la felicidad para aquel que está más cercano á su posesión!

Tal es, hermanos míos, la pena de aquellas almas escogidas para la posesión de un reino incomparablemente más apreciable que todos los reinos de la tierra. Estando en camino para la Jerusalén de la gloria, á vista de aquella ciudad majestuosísima que las aguarda para honrar su mérito con una corona; detenidas en su camino y cargadas de cadenas en la espantosa cárcel del purgatorio; reconociendo á Dios como objeto de su amor y de sus ansias; sabiendo non que ternura les ama su Majestad... ¡Ah!... ¿Quién podrá decir lo mucho que las atormenta el deseo de llegar el momento de arrojarle en sus amorosísimos brazos? Ya no tienen cuerpo que las estorbe, ni objetos de la tierra que las distraigan; ya no hay bellezas mundanas que las halaguen, ni intereses caducos que les arrebaten su amor. Absortas en Dios, la majestad del mismo es el único objeto de sus deseos y de su cariño. Un vehemente impulso las arrebató hacia el centro amado de la bondad divina. Claman desde lo íntimo de sus corazones; mas no son oídas: el cielo se ha hecho de bronce para ellas, y nadie hay que enjigne sus lágrimas. Mártires del amor, os buscan á vos, oh Dios mío, y Vos huis de ellas; se ofrecen á Vos, y Vos os ocultáis; ruegan á Vos, y Vos las repeléis; se acercan á Vos, y Vos os alejáis; se ele-

van hasta Vos, y Vos las precipitáis. En tan miserable estado de abandono, exclaman ellas, ¿quién nos proporcionará la dicha de ponernos á cubierto de los azotes de la Divina Justicia en este lugar subterráneo? Para mitigar algún tanto nuestro sufrimiento, decidnos á lo menos: ¿cuándo llegará la ocasión de poseeros?

Tan cierta cosa es, que el deseo de un bien que se mira cercano y no puede llegar á poseerse, es un tirano que va insensiblemente desangrando al alma, causándole una profunda herida. El que se hallara acosado de una sed ardiente, ¿cuánto más tendría que sufrir si, teniendo cerca de sí una fuente cristalina, se hallara imposibilitado de aplicar á ella sus labios? Llorosa la Magdalena junto al sepulcro de su Señor; fija su mirada en la lápida del mismo, y evocando tristes recuerdos, me parece que exclamaría sin duda de este modo: «Los verdugos me lo arrebataron; pero ¡hisonjeábame la esperanza de poderle ver despedazado y muerto; mas ahora me encuentro sin el débil consuelo de poder desahogar algún tanto mi pena. ¡Miserable de mí que ni puedo saber siquiera hacia donde debo dirigir mis suspiros. Me han quitado á mi Maestro, y no sé en donde lo han colocado. Yo inundaré en lágrimas su sepulcro durante todo el día, si tal puede ser llamado aquel en que no amanece el divino Sol.»

Verdadera imagen por cierto de aquellas tristes almas que, hallándose aún más próximas al centro de su amor, ignoran sin embargo el día en que deberá disiparseles el velo sutil que las impide la vista de su hermosísimo rostro. ¡Oh terrible martirio! Habitar en un lugar de tormentos insufribles, en donde sólo se suspira por la vista de Dios, y en donde ningún otro objeto está más próximo á ser poseído que Dios mismo. Ellas saben de cierto que con un ligerísimo vuelo que las fuera permitido dar hacia Dios quedarían trocadas en coronas de príncipe sus cadenas de esclavo; los negros carbonos en bellísimos diamantes, y sus tristes ayes y lamentos en cánticos de alegría. Esta es indudablemente la mayor pena que en el purgatorio sufren las almas: vivir heridas de un dardo ardentísimo de ver á Dios, y no llegar á verlo; conocer perfectamente su bondad, y no gozar de ella; tener cerca de sí mismas, aquel adorado centro hacia el cual son arrebatadas con todo el ímpetu, y no llegar jamás al momento de descansar en él. Pero menos sensible fuera para ellas esta pena, si los que vivimos en este mundo fijáramos más su atención en ella. ¿Será posible que aquellas almas tan hondamente afligidas no hayan de merecer nuestra piedad? Para remediar su necesidad extrema, ¿se necesita por ventura tanto como para rescatar un esclavo? ¿Quién sabe, si con sólo visitar una iglesia, con aplicar una

misa, con un ayuno, con una indulgencia, con una limosna, podríais tal vez abrir las puertas del paraíso á una de estas almas? ¿Y nos escusaremos aún, amados hermanos míos, si tan fácil nos es redimir las de la durísima esclavitud que están padeciendo en el purgatorio? Ellas os avisan de lo mucho que sufren por la privación de Dios, y de cuán incomparablemente mayor es la pena que por esta misma privación aflige á los condenados en el infierno.

El primer castigo del pecador en el infierno será el estar eternamente separado de Dios. ¡Separación cruel! ¡separación horrible! ¿Quién podrá debidamente ponderarla, fuera del réprobo que la experimenta, ó el Santo que está ya para siempre preservado de ella? Probemos, no obstante, decir de ella alguna cosa; y á este fin consideremos la perpetua separación de Dios en su objeto y en sí misma, en la pena que causa y en el condenado. En su objeto es infinita; perder á Dios es perderlo todo: en la pena que causa es terrible; nada hay que atormentar más al condenado que este pensamiento: yo he perdido á Dios. Señor, poned en mi boca palabras dignas de vuestra cólera, y en el corazón de mis oyentes el horror que inspiran tan terribles verdades.

Pérdida de Dios: pérdida infinita en su objeto. ¿Quién es capaz de explicarla dignamente? Cuando San Pablo dijo á los fieles de Mileto: Hijos míos muy amados, á quienes he engendrado yo para la Iglesia y á quienes tengo en mi corazón; preciso es que me separe de vosotros. Ya no escuchéis más esta voz que os anuncia el Evangelio; ya no veréis más esta frente tantas veces regada con el sudor; estas manos que con tanta frecuencia os han distribuido el pan de la vida, y estos pies que os han llevado la buena nueva de la paz, serán cuanto antes cargados de cadenas; dentro breve tiempo esta lengua estará muerta; y Pablo, vuestro padre, vuestro maestro, vuestro amigo se hallará bien pronto bajo la espada del verdugo y en los horrores del sepulcro. Al oír estas palabras, dice el Sagrado Texto, la consternación fué general, todos exhalaban sentidos ayes, y las lágrimas corrían abundantes por las mejillas de todos. *Magnus fletus factus est omnium.* Hasta entonces, dice San Juan Crisóstomo, habían escuchado sin conmoverse las terribles predicaciones del Apóstol. Cuando les anunciaba que unos lobos crueles habían de entrar en el aprisco para despedazar su rebaño reunido por última vez bajo sus alas, sin embargo estaban tranquilos; estas fieles ovejas nada temían á la sombra de un tal pastor. Pero cuando llegó á esta parte de su discurso en que se despedía de ellos, el dolor se desahogaba con suspiros y se manifestaba por las lágrimas. *Magnus fletus factus est omnium.* Y vie-

ronse venir á tropel para echarse en sus brazos y besar aquella cara que no debían ver ya más. Acompañáronle hasta la ribera con funebre aparato: sus miradas cariñosas hubieran querido detener la embarcación, si posible les fuera. Volvieronse silenciosos, víctimas del amor, y preocupados siempre por aquellas tristes y melancólicas palabras, de que no verían ya más á su Apóstol.

Si la pérdida de un San Pablo apareció de tanta monta á los primeros cristianos, ¿cuánto lo será para los réprobos la pérdida de Dios? Aquellos sabían muy bien que, á la vuelta de algunos años de separación, le encontrarían en la gloria, sin temor de perderlo ya otra vez; mas en el infierno, después que el Señor habrá hecho resonar en los oídos de los condenados aquellas terribles palabras: «Yo no quiero tener más sociedad con vosotros, ni yo seré vuestro Dios, ni vosotros seréis mi pueblo; os privo ahora de mi herencia, como vosotros me habéis negado vuestro amor; no quiero veros más, ni vosotros gozaréis tampoco de mi vista; ¿quién será entonces capaz de obligarle á que revoque esta sentencia? En vano, sepultados aquellos infelices en el fondo del abismo exclamarán diciendo: Señor, manifestadnos vuestro hermoso rostro; ese rostro al cual los ángeles nunca se cansan de contemplar; ese rostro al cual los querubines no se atreven á mirar de frente sin cubrirse con sus alas; ese rostro cuya hermosura siempre nueva y siempre bella nada pierde jamás de su brillantez; ese bellissimo rostro al cual, si una vez siquiera nos es dado contemplar, sea cual fuere el término de nuestras penas, nos tendremos ya por felices y salvados. *Outende faciem tuam et salvi erimus.* En vano, digo, hermanos míos, exclamarán, pues no obtendrán del Señor otra respuesta que aquel trueno horrible que resonará por toda la eternidad en el infierno: *Ite, maledicti.* Alejaos, malditos. Un velo eterno robará á vuestros ojos la vista de mi esplendor. *Non videbitis faciem meam.* ¿Qué palabras! ¿Qué pérdida, hermanos míos! Pérdida de amigos, pérdida de parientes, pérdida de honor, de salud, ¿qué son en comparación de la pérdida de Dios? Ann cuando nada tengáis, todo lo tenéis, si tenéis á Dios; mas si perdéis á Dios, ¿qué os queda? Despojados de todos los bienes de naturaleza, de gracia y de gloria, sois unos hijos sin padre, un rey sin corona, un ciudadano sin patria. Culpable de un doble crimen, me excluirá de su reino este Dios vengador, decia un rey penitente. Que me quite mi corona; pero que me reserve la de los Santos; que me arroje de mi trono; mas no de su presencia. En cuanto á mí, dice el Crisóstomo, la sola pérdida de Dios la tengo por más insuportable que mil infiernos.

¿Y mira del mismo modo el condenado esta pérdida? Si, herma-

nos míos. Nosotros, no viendo á Dios sino al través de los sentidos, no sabemos concebir como Dios sea tan duro que quiera que los condenados no lleguen á poseerle jamás. Pero cuando, rasgado el velo de la carne, conducidos hasta las puertas del cielo se nos dará á conocer aquella majestad que derrama la luz como el polvo, y que sostiene sobre tres dedos la máquina entera del universo; aquella majestad cariñosa que nada ha escaseado á fin de ganarnos para sí, promesas, amenazas, instrucciones, lágrimas, sangre, Calvario; aquella majestad paciente que ha suspendido por tanto tiempo el rayo con que debía herirnos; aquella majestad á la que basta ver sólo una vez para ser eternamente feliz; cuando se nos habrá permitido dirigir una mirada á aquel lugar lleno de delicias, de un modo semejante á los Israelitas, á quienes, para que sintieran más su desgracia, se les hacía dar una mirada al sol antes de privarles de su luz; cuando se nos habrá dicho: mirad bien esta Sión santa, en la cual no entra ni la muerte ni el dolor, en la que corren incesantemente ríos de paz, y cuyos moradores son reyes y príncipes; contemplad bien esta morada celestial. ¿Os admira semejante espectáculo? Pues entendad que no es para vosotros. Entonces los ojos se derritarán en lágrimas; los corazones se abismarán en la más profunda tristeza y se consumirán en inútil remordimientos. *Magnus fletus erit omnium.*

¿Podrá tal vez el condenado apartar su espíritu de la consideración de tan desoladora pérdida? No, hermanos míos. El Señor mantendrá fija su atención. Abandonado el pecador á sí mismo, atravesará de una sola ojeada los espacios inmensos que le separan de los cielos. Vuelto en sí, abrirá los ojos y verá... ¡oh! qué triste espectáculo!... verá á aquellos hombres á quienes ponía debajo sus pies y á los que miraba con desden; á aquella mujer sencilla, á aquel pobre jornalero, á aquel Lázaro despreciado, á aquellas almas devotas, de las cuales se fiaba, los verá entonces colocados en el seno de Abraham, inundados en torrentes de delicias y coronados con la gloria de Dios; mientras que él, con todo su valor, con todas sus riquezas y con todos sus títulos será abismado en un mar de desdichas, no llegando á Abraham por padre, no, sino á los demonios por verdugos. A la vista de este espectáculo, que se le representará sin cesar, se irritará contra sí mismo, bramará de desesperación, concebirá deseos estériles de conseguir aquella bienaventuranza, que comenzará entonces á conocer, forcejará para elevarse con el fin de arrebatarse alguna de aquellas coronas con que mirará adornadas las sienes de los bienaventurados; pero abismado en el infierno por el peso de sus propios pecados, conocerá que no es posible ya encontrar remedio

á su desgracia. Ved ahí porque los Padres de la Iglesia nos dicen que el Paraíso de los Santos es el infierno de los condenados. De aquí aquel odio implacable mezclado con un amor necesario; amarán á Dios como á su centro, y le aborrecerán como á su enemigo; le amarán como el objeto único capaz de llenar cumplidamente sus deseos, y le aborrecerán al mismo tiempo como autor de sus penas. Quisieran por una parte aniquilarle y por otra desearían ser admitidos en su reino celestial. ¡Oh amor! tú serás su martirio. Su delito consistió en querer extinguirte aquí en la tierra; su tormento será no poderte acallar en el infierno. ¡Oh aborrecimiento! tú constituirás el suplicio de los mismos, puesto que jamás les será permitido darte cabal satisfacción. ¡Oh aborrecimiento! ¡Oh amor! ¡Oh imperiosas pasiones! Vosotras desgarraréis alternativamente sus corazones en guerra encarnizada, guerra en la que el condenado será siempre el vencedor y el vencido.

Espantosa infelicidad, hermanos míos. Pecadores, que quisierais ser inmortales sobre la tierra; esclavos miserables, á quienes la memoria de la celestial Jerusalén no arranca un solo suspiro; vosotros que vivís con tal glacial indiferencia separados de la sociedad de Israel, como dice el Apóstol, y sin Dios en este mundo; temed que el Señor borre vuestros nombres del libro de la vida, y os arroje de su presencia, si vosotros horraís al Señor de vuestros corazones. Salvad vuestra alma, os dice mudamente el infierno mismo: no aguardéis por más tiempo: el peligro se acerca por momentos; no falta más que un instante para que caiga el árbol, y nada más que un día para que el sarmiento inútil sea arrojado á las llamas. ¿No veis el incendio que os amenaza? ¿el humo de aquel fuego que sube hasta vosotros? El infierno va á envolveros. Huid pues; ¿pero á dónde? ¿A dónde, Salvador mío, sino á vuestras llagas? Ellas están abiertas aún al arrepentimiento, y los demonios no pueden perseguirnos hasta allá. Sí, Señor: á la sombra de ellas venimos á esperar. Queremos salvar una alma á la que Vos también queréis salvar. Bien sabemos que nuestros pecados nos hacen reos de un suplicio eterno y de un total abandono vuestro. Hemos llorado tantas veces de Vos, que somos indignos de vuestra presencia. Pero, ¿qué sería de nosotros si por una eternidad hubiéramos de estar privados de vuestra cara! ¡Desgraciados de nosotros! ¡tantas miserias sufridas en este valle de lágrimas!... No añadáis á éstas la más cruel de todas. Vos sois nuestro amantísimo Padre. Castigadnos en esta vida, mientras nos salvéis en la otra. *Hic ure, sic seca, sic non parcus, ut in eternum parcus. Amén.*

DÍA TERCERO

PENA DE SENTIDO

*Abluet Dominus cordes filiarum Sion
in spiritu ardoris.*
El Señor purificará las manchas de las
hijas de Sion con espíritu de fuego.

(ISAÍ. CAP. 4. VERS. 4.)

¡Cuán agradecidos debemos estar al Señor por habernos separado del gremio de aquellos espíritus fuertes, que se atreven á negar la realidad del purgatorio! Perfectamente convencidos de la verdad de este dogma, inútil fuera el proponernos atacar á la incredulidad, á la herejía, á la obstinación. En vano os recordariamos las decisiones de la Escritura Santa, los oráculos de la tradición, los principios de la fe y la evidencia de la razón: en vano ofreceríamos á vuestra consideración la piadosa ceremonia de un Judas Macabeo; las resoluciones de un San Antonino en el siglo tercero y de un San Agustín en el cuarto; las verdades que la fe nos propone en orden á su existencia, y la evidencia que de la verdad de ésta nos ofrece la misma razón natural. Dejemos, pues, hermanos míos, para los ministros de los países inundados por la herejía el empeño de refutar estos errores. Vos, Dios mío, nos habéis mirado con ojos más propicios, dotándonos de un espíritu más docil á la fe de vuestros dogmas: habéis desterrado de nuestros países aquellos espíritus de discordia que, engreídos con la posesión de una ciencia que envanece, no hacen más que arrebatarnos á vuestros adoradores en espíritu y en verdad; nos habéis solidado en las ideas incontrastables de vuestra justicia, á fin de que, temiéndola, aprendamos á hacernos dignos de vuestra misericordia; nos habéis anunciado por boca del profeta Isaías, que tenéis preparado un lugar, en donde lavaréis las manchas de las hijas de Sion con el espíritu del fuego. *Abluet Dominus cordes filiarum Sion in spiritu ardoris.*

Existe, según enseñan el angélico maestro Santo Tomás y San Agustín, un lugar subterráneo en que las almas de los fieles difuntos, deudores aún á la Divina Justicia, se desquitan de las penas que merecen por sus pecados, perdonados si, en cuanto á la culpa y á la

pena eterna; por los cuales empero, antes de morir, no dieron satisfacción cumplida á la justicia de Dios. Allí es, en donde Dios las tiene impedidas de gozar de su presencia amable por un tiempo determinado: allí es, donde las tiene condenadas á experimentar todo el rigor de su justicia hasta que hayan cumplidamente satisfecho por sus culpas; allí es, donde se hallan imposibilitadas de abreviar por sí mismas la duración de sus sufrimientos: allí están aguardando que los que en este mundo vivimos, haciéndonos sensibles á sus ojos lastimeros, barremos con suffragios las deudas que para con Dios tienen contraídas. A aquel lugar es á donde pretendo yo, hermanos míos amados, llevaros con la consideración; para que, siendo testigos de sus penas, no dilatéis un momento siquiera el proporcionarlas los recursos que están ellas esperando de vuestra piedad. Pero, ¡ah! que el explicar exactamente lo que en el purgatorio se sufre, sólo puede hacerlo ó el Autor de aquellas penas, ó una de aquellas afligidas almas que las están padeciendo. Yo no puedo hacer más que bosquejarlas, limitándome á las penas sensibles y muy especialmente á la del fuego. Esto os moverá sin duda á aliviarlas; y á temer la pena de sentido que en el infierno sufren los condenados, que últimamente ponderaré. *Abiuet Dominus sorites filiarum Sion in spiritu ardore.* Dos serán las partes en que lo dividiré. Ojala sea mayor el número de los que se muevan á aliviar á aquellas pobres almas! Para conseguirlo á medida de mis deseos y de sus necesidades, obliguemos el favor de la purísima Virgen, saludándola con el Angel. *Ave María.*

Verdad es, hermanos míos, que el modo como Dios purifica á las almas predestinadas, y el tiempo que deben padecer, son para nosotros cuestiones que no nos es dado conocer; Pero, aun cuando no pueda decir exactamente hasta que punto llegan sus penas, dire sin temor alguno de extralimitarme, que sus tormentos exceden á todos los tormentos que en este mundo han podido sufrir todos los hombres. Dad á vuestra imaginación la libertad de reunir en un solo tormento las penas y los dolores de todos los demás: débil bosquejo será, imperfecta imagen de los agudos dolores que en el purgatorio sufren las almas de los fieles. *Umbra sicut ad tua tormenta,* dice San Agustín.

¡Hablaré yo, hermanos míos, de las penas sensibles? También estas tienen lugar en el purgatorio. En esto están conformes todas las escuelas. El pecador, cuando peca, no se contenta en apartarse del sumo bien, sino que al mismo tiempo se adhiere también á los bienes sensibles. Debe por consiguiente ser castigado el pecador no sólo

con la privación del bien supremo, sino que debe serlo también con males sensibles. ¡Diré con los teólogos que hay en el purgatorio un fuego que atormenta á las infelices almas de un modo que no puede nuestro entendimiento concebir? ¡Diré con San Agustín que las penas del purgatorio son mayores que todo lo mas formidable que nos sea posible imaginar? ¡Diré con Santo Tomás que la pena más leve que se sufre en aquel lugar de destierro es superior á los mayores suplicios que pueden padecerse en este mundo? ¡Quién pudiera representaros ahora aquellos profundos abismos, aquellas cárceles formidables, aquellas ascuas encendidas, aquellos torrentes de fuego!... ¡Ay de mí! exclama al tratar de esto San Jerónimo; ¡cuán insensato es el pecador! ¡El mismo se prepara los acerbos tormentos que algún día ha de padecer en el otro mundo! ¡No es necesario, hermanos míos, ser muy enemigos de nosotros mismos para exponernos á tantas desgracias y miserias?

Abrios cárceles tenebrosas: presentad á nuestra vista el rigor de vuestros suplicios y la actividad de vuestras llamas. Y vosotros ermitos celestiales que las visitáis con tanta frecuencia, iluminad aquellas oscuras regiones para descubrirnos el horror de aquel clima y las miserias de aquella infeliz morada. El abismo está abierto ya: ¿qué es lo que miro en él?... ¡ay de mí! ¡qué espantosa noche!... ¿cuántos infelices cautivos sumergidos en horrosas llamas nos alargarán sus manos á fin de mover nuestra caridad y ablandar nuestro corazón! ¡Qué no pueda yo manifestaros, tan vivamente como los experimentan las almas, los dolores agudos que las penetran! Es opinión comúnmente admitida por los Padres de la Iglesia, que las almas en el purgatorio son purificadas con los ardores del fuego; y San Agustín lo dice claramente exponiendo aquellas palabras de David: «No nos reprehendáis en vuestro furor, ni nos castigéis en vuestra ira.

Haced, ó Dios mío, dice el Santo Doctor, que no sea yo del número de aquellos á quienes Vos diréis algún día: «Id, malditos, al fuego eterno.» No me castigéis con vuestra cólera; pero purificadme de todos mis pecados en esta vida, de modo que pueda salvarme sin necesidad de pasar por el fuego, según expresión del apóstol San Pablo. En el purgatorio es, en donde la divina venganza ha encendido aquel fuego; en él serán bantzados los que allí están. El bautismo del agua nos lava de las primeras manchas contraídas por el pecado original; el del fuego nos purifica de nuestras últimas fragilidades; y así como el primero fué necesario para hacernos miembros de la Iglesia de la tierra, así lo es el segundo para hacernos entrar

en la Iglesia del cielo: *Ignis uno baptizabuntur*, dice San Gregorio. ¡Qué fuego aquel, hermanos míos, con el cual son atormentadas las almas santas! No es eterno como aquel que la Justicia Divina tiene encendido en los infiernos para castigo de los réprobos; pero su acción sobre las almas afligidas es tan fuerte y tan viva que San Gregorio el Grande no le teme menos que el del infierno; y para juzgar de su rigor basta saber, que la mano misma de Dios es quien lo enciende. Es un fuego al cual Dios eleva á aquellos efectos que son sobre la naturaleza; un fuego del cual se vale Dios para vengar las injurias y ejecutar sus juicios, y la actividad del cual debe por lo mismo corresponder á la gravedad de la injuria que por su medio es castigada: un fuego que obra inmediatamente contra el alma que, estando separada del cuerpo, tiene los sentidos más delicados que cuando estaba unida á él: un fuego en el que están sepultadas y sumergidas las afligidas almas, como dice San Agustín. ¡Qué estado tan deplorable, oh gran Dios, el de estas almas! En cuanto al tiempo son atormentadas no por espacio de una hora ni por espacio de un día, sino tal vez por siglos enteros. En cuanto al modo, obrando aquel fuego como instrumento de la Divina Justicia y destinado á purificar á aquellas almas, les causa un dolor que penetra toda la substancia de las mismas.

¡Oh Dios! qué formidable suplicio! Aquí se pierde la imaginación. Si, dice Tertuliano: en este fuego, como en un tesoro de indignación, se juntan todas las penas que pudo inventar la malicia de los tiranos y sufrir la magnanimidad de los mártires. La pena menor que en el purgatorio se padece excede á las mayores que se padecen en esta vida; y las mayores que pueden sufrirse en este mundo, comparadas con aquellas, son alivios, refrigerio y consuelos: *Velut solatio erant*, dicen San Cirilo y Santo Tomás. Ved ahí, amados hermanos míos, porque exclaman con aquellas palabras de David: *Los dolores de la muerte y del infierno nos rolean por todos lados*. ¡Por qué, pues, oh Dios de las justicias, por qué despreciáis nuestros suspiros? ¿Cuándo llegará el día en que pondréis fin á nuestros intolerables dolores? ¿Cuándo nos será concedido romper estas cadenas que nos tienen tan fuertemente atadas? ¿Cuándo se nos dará libre entrada en la celestial Jerusalén? ¡Por qué agraváis más nuestros sufrimientos alejando de nosotros á nuestros parientes, á nuestros amigos, que nos miran al parecer como objetos de abominación y de horror? Padece mucho, padecer por largo tiempo, y no poder de modo alguno templar tales padecimientos; terrible situación! Vosotros á lo menos que podéis aliviarla, ¿vosotros nos olvidaréis también? Si algún resto de amor

os ha quedado, acordaos de nosotros; y si os acordáis, tened lástima y compasión de nuestro estado. La mano de Dios nos tiene abatidas; pero la vuestra puede levantarnos. La Justicia Divina nos affige; pero vuestra caridad puede consolarnos. Nosotros pagamos la pena que tenemos merecida por nuestros pecados; aligeradla vosotros con limosnas, ó á lo menos con oraciones y sufragos. ¿Queréis acaso perseguirnos como Dios, y alegraros de nuestra aflicción? Dios nos persigue con su justicia, y vosotros nos perseguís con la dureza de vuestro corazón. Dios con sus justos castigos, y vosotros con vuestro olvido y con vuestra ingratitud. Estas son las quejas amargas, hermanos míos, que los fieles difuntos dirigen contra aquellos de vosotros que las olvidan y pasan tal vez con frecuencia delante de sus sepulcros, sin pensar siquiera en dirigirles estas palabras: «La bendición del Señor sea con vosotros: nosotros os bendecimos en el nombre del Señor.» ¿Y no les alargaremos algún socorro que les acorte la duración de aquellas intolerables penas? ¿No les aliviaremos con nuestras limosnas? ¿No rogaremos por ellos, movidos por la compasión que nos causan las cadenas de su esclavitud? ¿No procuraremos que otros rueguen también por ellos á fin de alcanzar su libertad? A esto nos obligan sus penas sensibles: así como á temer las del infierno.

Aun cuando son muchas las criaturas destinadas por Dios para ser ejecutoras de su justicia en el infierno, sin embargo, lo es de un modo especial el fuego, según la sentencia fulminada por el mismo Jesucristo contra los pecadores: *Ita in ignem eternum*. Yo considero al fuego bajo dos respectos, á saber: en sí mismo, y en la mano de Dios. En sí mismo es un fuego real; en la mano de Dios es un fuego milagroso. Yo sé, hermanos míos, que las pasiones no quieren amoldarse á semejante doctrina, y las pasiones se declaran abiertamente contra la existencia de ese fuego; pero la palabra de Jesucristo es terminante. Es un Juez el que habla. ¿Y no es justo por otra parte que un fuego sea castigado por otro fuego, y que las llamas impuras en que los cuerpos voluptuosos se abrasaron, sean extinguidas por otras llamas aun más devoradoras que las del placer? Así hablaba Tertuliano. ¡Qué funesta la actividad de ese elemento terrible! Es el mismo que, cayendo sobre aquellas abominables ciudades; de que nos habla la Escritura Santa; convirtió en un momento un vasto país en un brasero encendido; é hizo de aquellas regiones malditas una especie de imagen del fuego del otro mundo, dice San Judas. Es el mismo que en el fin de los siglos ha de consumir los cielos; secar los mares; reducir á cenizas á todo el universo; sepultar al mundo dentro del

mundo mismo, y caminar delante del Señor para anunciar á sus enemigos sus terribles juicios, como dice el Profeta.

Entrad con la consideración en aquellas cárceles llenas de fuego: *Veni et vide*. Mirad allí á los infelices cautivos que lloran, cargados de cadenas encendidas. El fuego no les rodea solamente, sino que, dice Jesucristo, están abismados en el fuego, sepultados en él, de un modo semejante hermanos míos, como un muerto está en su sepultura. (Justicia de mi Dios, qué terrible eres! ¿No podrán á lo menos estas almas templar el rigor del fuego que las devora? ¡Ah! yo no veo dice el rico avariento, yo no toco más que fuego; yo mismo no soy otra cosa que fuego, ¡Ah! padre Abraham! si á lo menos Lázaro con la punta del dedo mojado en agua viniera á mi para refrescar mi abrasada lengua, esto serviría de lenitivo á mis males. ¡Qué alivio una gota de agua para un mar inmenso de llamas! Sin embargo, ni esto se le concede. Todo se ha cambiado ya, hijo mío, le responde Abraham. Tú gozaste en la tierra de todos los placeres; justo es que apures ahora hasta la última gota el cáliz de fuego con que el Señor te había amenazado en sus Escrituras. Tal es en el ejemplo de uno sólo el castigo de todos, hermanos míos. En vano reclaman una gota de agua al Dios que por ellos derramó toda su sangre. Ha pasado ya el tiempo de la misericordia; el Cordero de Dios se convierte para ellos en león; y ahora tiene todo el furor de éste, así como antes tenía toda la mansedumbre de aquél.

¿Quién de vosotros, me atrevo á preguntaros, como en otro tiempo el profeta Isaías, quién de vosotros podrá habitar en medio de aquel fuego devorador? *¿Quis ex vobis poterit habitare cum igne devorante?*

Fuego verdadero; pero fuego sobrenatural en manos de Dios. Dios es quien lo enciende, quien lo aplica, quien abrasa con él á las almas de los condenados, dice Zacarías. ¿Qué diferencia entre el fuego de la tierra, verdadero don de la bondad de Dios, y el fuego del infierno, ejecutor de la justicia del mismo! Aquel va perdiendo por grados y por intervalos su intensidad; su acción es siempre sucesiva y mesurada; el del infierno acomete de golpe, y en un instante mismo hace sentir toda su actividad. Reunid todos los hombres de pecado, dirá Dios á los ministros de su ira; atad sus manos profanadas con mil vicios, sus pies siempre dispuestos á correr por los caminos de la iniquidad, su lengua que ha destilado la hiel de una maligna murmuración, todos sus sentidos mancillados con secretas libertades; atad á esa alma criminal con su cuerpo degradado; estos perdidos amigos que recíprocamente se han pervertido; estos esposos y esposas que

por sus detestables complacencias se han condenado mutuamente; estos enemigos irreconciliables que se han odiado y perseguido sin cesar; reunid todas estas víctimas de mi justicia irritada, y sufran todos los rigores del fuego eterno. La orden es al punto ejecutada, y vedes ya como están ardiendo. *Colligent eum, in ignem mittent, et ardet*. Nuestro fuego con su misma actividad abrevia los males que causa con sus rigores; destruye los cuerpos al propio tiempo que los atormenta; su vivacidad es extremada; pero los dolores que causa son de corta duración. El fuego del infierno conserva al cuerpo al mismo tiempo que le abrasa: le da igual fuerza para sufrir, que la que tiene él para atormentar; es como una sal que, preservando de la corrupción la víctima, le da una triste inmortalidad mil veces más funesta que la misma muerte. Nuestro fuego causa solamente un dolor; el del infierno los produce todos al mismo tiempo.

¿Qué son todos los males de la tierra, amados hermanos míos, sino una sombra en comparación de los del infierno? *Risus vult*, dice San Juan Crisostomo. Vosotros os compadecéis de aquellos infelices á quienes una penosa enfermedad obliga á exhalar los más amargos gemidos; prodigáis las lágrimas á la vista de un miserable que está próximo á morir de hambre, á quien por otra parte no es posible aliviar; suspiráis á la vista de los esclavos que están llorando dentro de oscuras cárceles. ¿Qué suplicios! exclamáis. Comparadlos, sin embargo con los del infierno, y veréis que nada son. Cuando Dios permite que la muerte acabe con vuestras familias, que las tempestades asolen vuestras cosechas, que la guerra ponga fin á la vida de tantos de vuestras compatriotas, decís: ¡Cuán irritado está el Señor! Pero por mucho que lo esté, no hace más que destilar sobre nosotros algunas gotas del cáliz, que los réprobos se ven obligados á beber hasta las heces.

¿Y habrá todavía quien no tema la justa venganza del Señor? ¿Habrá quien perseverare en el pecado después de haber visto el rigor con que Dios lo castiga en el fuego eterno? ¿Habrá quien prefiera gastar toda su vida en la iniquidad, que librarse de aquellas devoradoras llamas preparadas para Satanás y sus secuaces? ¿Cómo será posible que, conociendo cuán grande sería nuestra desdicha, permanezcamos en el pecado por un solo instante? ¿No tememos que el Señor descargue sobre nosotros el brazo indignado de su justicia? ¡Ay, Padre mío amantísimo! No me reprendáis en vuestro furor, ni me castigéis en vuestra ira. *Domine ne in furore tuo arguas me, neque ira tua corripias me*. ¿Serían acaso bastantes todos vuestros rayos para castigar á este pecador cubierto de culpas y delitos? Ah cuando

descargaréis sobre mi todo el furor de vuestro brazo, ¿bastaría por ventura toda la severidad de vuestros castigos para unos desórdenes, cuyo recuerdo me confunde y me oprime? No queráis, Dios mío, atender á lo que de mí reclaman vuestra ira y vuestra justicia. Ya que no os es posible castigarme como merezco, dejad caer de vuestras manos la espada que me está amenazando; miradme con ojos de piedad y misericordia; y no cerréis, no, vuestras paternales entrañas á mis súplicas y á mi dolor: *Miserere mei, Domine, quoniam infirmus sum, sana me, Domine*. Recordad, Padre misericordiosísimo, que he nacido con un corazón frágil que, seducido por el mal ejemplo, se ha rendido fácilmente á las ocasiones. Pero Vos que lo conocéis, tened misericordia de mí: *Miserere mei, Domine, quoniam infirmus sum, sana me, Domine*. Hacéos cargo de mi flaqueza, y dadme el valor necesario para resistir á todos los peligros y ocasiones, mereciendo estar con Vos algún día en la gloria. *Amen*.

DÍA CUARTO

TORMENTO QUE PADECEN LAS ALMAS DEL PURGATORIO PRODUCIDO POR LA CLARIDAD Y LUZ DE SU ENTENDIMIENTO

Intellectum tibi dabo, et instruum te in via hac qua gradieris.

Te daré entendimiento e instrucciones sobre el camino que andas.

(PSALM. 31, v. 8.)

David, reconvenido por Natán, hermanos míos, á causa de los delitos que perpetuó contra el honor y la vida del religioso y valiente Urias, lloraba su pecado; pero gloríabase del perdón, según la promesa del Profeta. El Señor le declara que deberá expiarlo, sufriendo toda su vida en la familia la severidad de su justicia: promete darle entendimiento y enseñanza. Ya le había dicho por medio de Natán que dejaría descansar sobre el su brazo, y con prometerle entendimiento y enseñanza cumplió su palabra de aligerarle: *Intellectum tibi dabo, et instruum te in via hac qua gradieris*. ¿Puede imponerse mayor pena á un infeliz que el que conozca claramente su miseria, que una

ilustración de las cosas que le indujeron á hacerse reo; que una luz que le descubra la cualidad de su castigo; y la ocasión que perdió de evitarlo? David hubiera sentido menos la severidad de Dios, sintiéndola sólo mientras padecía; mas este entendimiento y estas luces le hacían sentir con anticipación las aflicciones, y cuando éstas llegaban, se le hacían intolerables.

Semejante á éstas es, amados hermanos míos, el tormento que padecen las almas del purgatorio. Si una nube ofuscase su entendimiento, y no tuviesen oído para percibir las tristes nuevas que se les comunican, sufrirían sólo la acción del fuego y demás tormentos; mas la perspicacia de su entendimiento y el conocimiento que adquieren, todo eso las hace sufrir cruelísimas penas, como os lo voy á manifestar, esperando que me escuchéis con atención. Veréis cuán intenso tormento les causa la claridad y luz de su entendimiento, y descubriréis en ese tormento el olvido en que vivís de vuestra salvación. *Intellectum tibi dabo, et instruum te in via hac qua gradieris*. Antes de aducir pruebas, impléremos la asistencia de María Santísima, saludándola con el *Ave María*.

Nuestro entendimiento suele ser tardío en sus conocimientos, porque sus actos dependen totalmente de los sentidos. Aunque es de sí perspicaz y capaz de conocer cualquier objeto, como para estar en ejercicio debe valerse de las facultades exteriores, informado por éstas, que no siempre le son fieles, incurre muchas veces en error, aprobando lo que no debiera; se distrae del objeto que le conviene; no tiene consistencia en sus juicios; y según las varias especies que le presentan los sentidos, no fija atención en lo que le causa molestia ó agrado. Mas no sucede de esta manera cuando no depende de la carne ni de la materia. Entonces vuela con libertad á considerar los objetos tales como son, sin que le detenga la perezoza desidia de los sentidos, ni le sujeten sus ilusiones y mudanzas, ni espera sus informes para ponerse en ejercicio. Si se le presenta un objeto que le plazca, está siempre contemplándolo; y si se le pone ante la vista otro que le lastime, lo tolera sin que se distraiga en otra consideración.

Tal es el modo, amados hermanos míos, con que obra el entendimiento de las pobres almas del purgatorio. Independientes ya de la materia, conocen á fondo la intensidad de sus sufrimientos, el motivo porque los padecen, las ocasiones que han tenido para evitarlos, y no pueden distraerse de estos pensamientos que les causan más tormentos que el fuego. ¿Cuán amargos les han de ser, pues, estos

recuerdos! Hubo saeta que más hondamente hiriese el corazón del rico avariento, que las siguientes palabras que le dijo Abraham: «Acuérdate, hijo, de que recibiste bienes en tus días: ¡Ah! ¡y cómo es verdad, diría el infeliz, que en mi vida recibí muchos bienes de la naturaleza y de la gracia! Pude valerme de ellos para evitar que cayese en este lugar de suplicios. Pude adquirir el cielo con mis riquezas, odiéndolas para remedio de las miserias ajenas. Hice el sordo á tantas inspiraciones como el Señor dispensaba á mi corazón. Veo á pesar mio que recibí muchos bienes y que abusé de ellos. ¡Ojalá se borrasen de mi memoria tantas ocasiones oportunas como tuve de salvarme! Más cruelmente me aflige este pensamiento, que todos los demás tormentos».

Con igual proporción atormenta también á las almas del purgatorio la claridad con que ven las cosas que fueron la causa de que se vean tratadas con tanta severidad en aquella espantosísima prisión. Ahora nosotros no conocemos bastante lo que importa una ofensa inferida á Dios; pero á la luz que despiden aquellas llamas del purgatorio, lo conocen bien las afligidas almas, y penetrado su corazón de amargura, lloran los pasados descuidos que no cesan de representarseles. Por una parte tienen conocimiento de la infinita amabilidad de Dios, y por otra de su tibieza en servirle mientras vivieron. Aquí ven juntos todos los trabajos que sufren y les esperan; allí otras almas más afortunadas y sabias que, padeciendo con santa resignación los pesares durante su vida, hicieron de ellos un equivalente de las penas del purgatorio. Ahora su imaginación les reproduce con la mayor viveza las delicias de que gozan los bienaventurados en la gloria: luego piensan en el criminal olvido que tuvieron en el mundo de las prácticas de mortificación y de piedad, con que pudieron en todo ó en parte haber satisfecho por el reato de sus pecados: después extienden la mirada á la inmensidad de los tormentos que padecen por culpa suya; y no hallando razón para disculparse, maravillanse de sí mismas, y derraman lágrimas á proporción de su dolor y de sus tormentos. Ningún pensamiento cruza por su imaginación que no las martirice. Cada acto de su memoria es un tirano, cada recuerdo una lanza; y una lanza que abre á cada golpe una profunda herida, quitándoles todo consuelo, alegría y goce.

Las santas almas del purgatorio claman de la misma manera que Antiocho exclamaba en la hora de su muerte: «Ahora me acuerdo de mis maldades, y las conozco como origen de todas las miserias á que estoy sujeto.» Acostadas en aquel doloroso lecho de llamas, y consumidas de tristeza, recorren con la imaginación toda su pasada vida,

y arrancando de sus corazones suspiros que movieran las piedras á compasión, exclaman también con las palabras de Antiocho: *Nunc remiscor*. Ahora me acuerdo, dirá cada una, de aquellos delitos que, aunque lavados con el agua santa de la comunión, debo expiarlos atormentada por estos ardores temporales en que se me ha conmutado la pena eterna; ahora recuerdo aquella mentira odiosa, aquella negligencia con que asistía al Santo Sacrificio, aquella libertad que manifestaba delante los altares, aquel olvido en que viví de quien padecía estos ardores. *Nunc remiscor*. ¡Y cómo se presentan á mi vista tantas lentitudes, tantos descuidos, tantas faltas en la vida cristiana! ¡Ahora me acuerdo con insufrible dolor de aquella indiferencia con que oía hablar en el mundo de estos tormentos, teniendo por estudiadas hipérboles de los oradores! *Nunc remiscor*. ¡Ah! ¡Y cómo conozco, bien que ya tarde para remediarlo, que todas estas cosas reputadas en aquel tiempo por ligerezas, me han conducido á este lugar de tormentos á experimentar la severidad de la Justicia divina! Justo sois, Señor, pero severo; misericordioso, pero recto. No me quejo de la severidad con que me tratáis; pero el recuerdo de que pude fácilmente haberme portado en el mundo de modo que evitase estos tormentos, es para mí un martirio. *Nunc remiscor*.

Cuando el infeliz Croso miraba arder la pira al momento en que los verdugos iban á echarle en ella, empezó á gritar en alta voz: ¡Ay, Solón, Solón! ¡Ay maestro mio, comenta Herodoro! ¡cuántas veces me advertías de este lance, más como á profeta que como á maestro! Si yo me hubiese rendido á tus persuasiones, no me encontraría ahora en esta angustia. En verdad que me predicabas y prevenías; mas yo no te escuchaba. Solón, Solón, ¡cuán amarga me es la memoria de aquellas sabias lecciones que despreciaba! ¿Y no son esos mismos, amados hermanos míos, los lamentos de aquellas benditas almas del purgatorio? Rodeadas de un fuego tan penetrante que las consume, y de un humo tan espeso que las obliga á derramar continuas lágrimas, claman desde aquella prisión: Oh predicadores, oh predicadores; ¡cuántos avisos no nos disteis acerca la acrimonia de este fuego, y no dábamos créditos á vuestras palabras! ¡cuántos medios no nos enseñasteis para evitar que cayésemos en él! ¡qué empeño no pusisteis en aterrarnos con el temor de estos tormentos! ¡Oh indulgencias tan liberalmente concedidas por el Vicario de Jesucristo, y despreciadas por nosotras! ¡oh necias, cuán fácil nos era ganar una con la que pudiésemos librarnos de estas penas! ¡Oh ejercicios de piedad y de devoción practicados con tanta tibieza! ¡Oh vanidades, oh pasatiempos, oh chanzas, oh bisonjas que erais nuestro alimento mientras vi-

viamos, y ahora vuestro recuerdo nos sirve de tirano! ¿Qué locura la nuestra, no creyendo que con la penitencia y piedad podíamos anticipadamente y de un modo menos sensible satisfacer en el mundo por el reato de nuestros pecados, evitando así el padecer en este lugar de purgación! Así es, que sin reposo, clamaremos día y noche sin más lenitivo de nuestro dolor que las llamas, y sin más fruto que la amargura que nos causa el recuerdo de aquellas ocasiones oportunas que perdimos.

No dudéis, no, de que la perspicacia de su entendimiento y la tenacidad de su memoria son los más crueles tiranos que las martirizan. Cuan afortunadas serian si sobre ellas cayese una densa nube, que, robándoles toda su luz natural, quedasen sus potencias en la más tenebrosa oscuridad. Menos molestas les serian entonces todas las demás penas juntas, que el dolor que les causa ahora el vivo conocimiento de la bondad de Dios de que son privadas, y el recuerdo de aquellos delitos de que hicieron tan poco caso mientras vivieron. Tal es el tormento que les hace sufrir la perspicacia de su entendimiento: *Intellectum tibi dabo*; tormento que declama contra el olvido en que vivimos de nuestra salvación: *et instruat te in via hac qua gradieris*.

Ningún negocio descuidamos tanto como el de la salvación, supuesto que no trabajamos en él con la eficacia que nos incumbe. No hay más que dos medios para salir bien de él: ó conservar la primitiva inocencia del bautismo, ó reparar los desórdenes de una juventud descuidada y peligrosa. Pero esta inocencia ¿quien puede gloriarse de poseerla, amados hermanos míos? ¡Oh gracia que se me otorgó cuando se imprimió en mi alma el sello de adopción! ¡Oh gracia que me elevaste á la dignidad de Hijo de Dios, dignidad mil veces más alta que la de los reyes de la tierra; ¿cuántas veces no te he expuesto en ocasiones delicadas, en qué la virtud no siempre sale victoriosa y resplandeciente? ¿Cuántas no te he sacrificado á mis resentimientos, á mi orgullo, á mis calumnias, á mi injusticia? ¡Oh vestido del Cardero que el Pontífice santo, al imponerme el Evangelio sobre mi cabeza, me encargó lo presentase á mi Juez sin mancha y con toda su hermosura! ¿No puedo decir de ti lo que los hijos de Jacob de la túnica de su hermano José, que habia sido pasto de un hambriento lobo: *Fera pessima devoravit*! Votos de mi bautismo, solemnes juramentos, ¿cuántas veces no os he violado! Un solo pecado mortal basta para perder la inocencia; y ¿cuántos he yo cometido en una tierna edad en que el demonio cuenta casi tantas conquistas como tentaciones sugiere, tantas victorias como combates libra;

en una edad en que todo arrastra al pecado, un espíritu voluble, una imaginación delicada, unos sentidos más vivos, un corazón más sensible! A vuestras conciencias apelo: ¿no habéis ofendido nunca á vuestro Dios en aquellos días malos y tenebrosos que deben ser siempre el objeto de vuestras lágrimas, y que no podéis reparar más que con una seria penitencia? He aquí vuestro caracter.

¿Qué viene á ser un penitente? Tertuliano os lo dice: Un penitente es un hombre que trae en todas las partes el remordimiento de su conciencia y la imagen de su pecado; un hombre que, como David, por una sola flaqueza se condena á descansar sobre ceniza y mezclar el pan con sus lágrimas; un hombre que imprime el fuego de la mortificación sobre una carne sellada con el vergonzoso caracter del pecado, privándole de todos los gustos á ella permitidos para castigar uno que era ilícito. ¿Puedo vivir en las delicias de la tierra yo que he ofendido al Dios del cielo, decía un antiguo penitente? Un penitente es un hombre armado contra si mismo para vengar los intereses de la justicia de su Dios; un hombre crucificado al mundo, extraño en la tierra, y siempre ocupado en las cosas eternas; un hombre, en fin, que en todas partes ve incierta y fugitiva la salud, y que trabaja en conseguirla temiendo y temblando. Tal es el retrato del penitente verdadero. ¿Es éste el vuestro? ¿Venís vosotros comprendidos en esta pintura? Mientras le delineaba, ¿habéis podido decir: Yo soy éste? ¿Vuestra penitencia, es sincera y universal? Habéis sacrificado una inclinación, pero ¿habéis sacrificado todas vuestras pasiones? Habéis combatido á un enemigo; ¿no hay aun otro con quien contemporizáis? Vuestra penitencia ¿es sincera y sin contemplación? El Apóstol castiga su cuerpo con dolorosas maceraciones, temeroso de ser reprobado. Era un San Pablo, y vosotros sois unos pecadores, é idolatráis vuestro cuerpo: este ha sido el origen de vuestros desórdenes, y vosotros habéis fomentado sus inclinaciones. ¿Es constante vuestra penitencia? Hoy lloráis; mañana os divertís; hoy servís á Jesucristo; mañana asistís á las fiestas mundanas. ¿En dónde están las señales de vuestro cambio de vida; en dónde los frutos de vuestra conversión? ¿Está vuestra salvación en mejor estado que antes? ¿Podéis presentar más obras meritorias á vuestro Juez? ¿Cuan exacto es lo que dice San Ambrosio, al asegurarnos que es muy raro hallar verdaderos penitentes!

Los apologistas del mundo dicen que la salvación no está tan descuidada como decimos; aunque uno no sea cristiano perfecto, no por eso deja de hacer obras buenas! Pero á los que tal dicen, les preguntaré: ¿Trabajan ellos para su salvación? Hacen obras para salvar-

se; pero, ¡cuántos las practican con miras del todo diferentes! Estos frutos, hermosos en la apariencia, ¿no son devorados por el gusano del orgullo, de la vanidad, del amor propio? ¿Aseguraréis que sólo Dios tiene parte en vuestras acciones? Obras así estériles; gastadas por motivos extraños, estas injusticias del hombre que un día serán pesadas con el peso del Santuario; serán reprobadas, dice Jesucristo, tendrán tan vana recompensa como vanas son ellas; es decir, serán aplaudidas por el mundo, y reprobadas por el cielo.

Practican obras para salvarse, es verdad; pero ¿las practican estando en gracia? Sin la caridad, dice el Apóstol, yo nada soy; aunque repartiésemos todos mis bienes entre los pobres, si lo verifico estando en pecado, los bienes del cielo no son para mí. Aunque derramase tantas lágrimas como los anacoretas de la Tebaida, si estuviere en pecado, aun sería condenado á cruji de dientes y á llorar eternamente. Aunque me echase sobre las llamas, en estado de culpa, no dejaría de ser mi alma el blanco del fuego devorador del infierno. Practican obras para salvarse; pero ¿las practican en el número indispensable para conseguirlo? ¿Qué! ¿Crecéis que ciertas horas del día, determinados días de la semana consagrados á la devoción; prodigando sin reserva el tiempo restante á la vanidad; á cosas inútiles, al deleite; ya os bastaran para merecer el cielo? Si así fuese, el cielo ya dejaría de ser la corona de la inmortalidad; que no puede conseguirse sin combatir, sin vencer, sin morir con las armas en la mano; ya no sería la ciudad santa edificada sobre la cima de las más altas montañas; á la que no se puede llegar sino caminando sobre rocas y precipicios. Los santos se hubieran engañado trepando por sendas tan escabrosas. Si con tanta facilidad se pudiese conseguir la salvación, si cuesta tan poco el salvarse, dejad ya los cilicios, penitentes; enjugad vuestras lágrimas, anacoretas; renunciad á vuestros votos, religiosos; y á vuestros velos, vírgenes santas que os habéis sacrificado al claustro; ¡cuán ignorantes sois en querer salvaros á tanta costal!

Desengañaos, hermanos míos; infinidad de almas hay en el infierno, que han hecho mucho más que vosotros, y no obstante han sido condenadas por no haber hecho lo bastante. Sin embargo, no desesperéis. Dios es testigo de que yo no quiero infundiros un temor vano. Verdad es que todo lo habéis de temer; pero todo lo podéis evitar. Podéis salvaros: es verdad de fe, y ésta es la voluntad de Dios. Vos lo queréis, Señor. Si vuestro Hijo expira tendido en la cruz, es para borrar el decreto de mi condenación; si su sangre corre por el Calvario, es para apagar las llamas de mi suplicio; si yo no me salvo, sólo á mi debo culpar. El Señor todo lo ha puesto en obra para sal-

varme: sus luces, sus inspiraciones, sus gracias, sus Sacramentos, su Evangelio; nada ha escaseado. Aun el mismo infierno sirve para nuestra salvación: el atemoriza á las almas duras que el amor de Dios no ha podido ganar. No puede caberos la menor duda de que Dios quiere salvarlos; y ¿lo queréis vosotros? ¡Qué locura la vuestra, sino lo quisierais! ¿Tendría Dios menos gloria, si fueseis réprobos? Salvad, pues, vuestra alma; es lo único que me resta decirlo: *Salva animam tuam*. Puede que ya estéis á las puertas de la muerte. Si Dios os la enviase en este momento, ¿qué alma le presentaríais? ¿Este pensamiento os causa alarma; experimentáis disgusto en que os perturbe con una memoria tan importuna? Yo siento que os disguste; pero ¿puedo disimular? Salvad, pues, vuestra alma: *Salva animam tuam*. Quizás es preciso sondear los abismos, repasar con amargura la vida que llevasteis durante vuestros primeros años. ¿A qué aguardáis? Arreglad vuestras conciencias. Si lo diferís, todo está perdido para vosotros: abierto está el abismo y de par en par sus puertas, dice Isaías; el humo se eleva hasta vosotros; las vengadoras llamas empiezan á rodearos; huid, pues, y salvaos. Salvaos; yo os conjuro por aquella sangre que os ha rescatado; si mi conocimiento acertara encontrar otro medio más poderoso, me valdría de él para conjuraros *Salva animam tuam*.

Con tal que me deis almas, ¡oh gran Dios! quedaos con todo lo demás, decía el apóstol San Pablo, cuando estando en un bajel combatido por las olas, conjuraba al Dios que gobierna los vientos y los mares, que salvase la vida á los que le acompañaban en su viaje. Respondióle el ángel que, habida consideración á sus méritos, había Dios dado la vida á todos los que con él estaban en la embarcación. La misma súplica me atrevo á haceros ¡oh Dios mío! Vos veís los peligros que nos amenazan; estamos al borde de mil precipicios: los vientos nos combaten en todas direcciones; estamos siempre á punto de naufragar. Verdad es que no soy un San Pablo: no soy más que un siervo inútil; ningún merito tengo para presentaros, sino pecados que me hacen temblar. Pero, Señor, el Apóstol os pedía socorro para inheles; yo os lo pido para cristianos: el no os podía más que una vida mortal y pasajera; yo os pido almas inmortales y nacidas para el cielo; accedid á mi súplica, ¡oh mi Dios! Acordaos de que no habéis venido á la tierra para ir en busca de justos, sino de pecadores: por ellos fuisteis clavado en esta cruz, en la que nosotros tenemos fundada toda nuestra confianza. ¿Y ahora nos echaríais de vuestra presencia, para sacrificarnos al rigor de vuestra justicia? No, Padre mío; no cerréis vuestro oído á nuestros compasivos clamores:

apartad vuestra vista de nuestras iniquidades: *Averte faciem tuam a peccatis meis*. Baste para aplacar vuestra cólera el dolor con que os decimos que nos pesa de haber pecado. *Amén*.

DIA QUINTO

PENAS QUE SIENTEN LAS ALMAS DEL PURGATORIO PRODUCIDAS POR EL AMOR QUE ELAS TIENEN A DIOS Y A LOS HOMBRES

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



*Penam suam et vitium suum super se
portant, quasi coactis.
Coloca tu ran y vino sobre la sepultura
del justo...*

TOBIAE CAP. 4. v. 18.

Así hablaba el anciano Tobias a su hijo, recomendándole como una de sus más esenciales obligaciones la piedad con los difuntos. El crimen más odioso en la moral de los paganos era el de faltar a los deberes, que la costumbre prescribía para con los muertos. Después de los templos nada les parecía más sagrado, que los sepulcros de los hombres. Tenían por virtud, perseguir al enemigo hasta la muerte; pero tenían por sacrilegio, negarle los honores fúnebres. Este sentimiento grabado tan generalmente en los corazones no puede provenir sino del Autor de la naturaleza. Cuando quiso perfeccionarla con la gracia, no destruyó este sentimiento; le dio más fuerza y más extensión. Los paganos no pasaban los límites de la sepultura: el que los cristianos llevasen sus sentimientos hasta los secretos de la otra vida; que los muertos y los vivos separados por la naturaleza viviesen unidos con el invisible comercio de la fe y de la caridad. Tal es la comunión de los santos; comunión, que observamos como otra de las mayores ventajas de la religión del verdadero Dios; comunión, que se extiende a los santos triunfantes en el cielo, a los justos vivientes sobre la tierra, a los pacientes en el purgatorio. Todo cuanto es venerado bajo el nombre de fiel y de santo, va comprendido en esta mística unión. Así como todas las potestades del cielo, tierra é infierno están sometidas á Jesucristo y le doblan la rodilla; todos los santos detenidos en estas tres diferentes moradas le

están unidos como á origen de toda santidad, como los miembros á la cabeza, y con la fuerza de sus méritos tienen entre ellos las relaciones convenientes á su estado. Nosotros vivimos en medio de los difuntos; entre los que están en el cielo, y los que se hallan en el purgatorio. Ante la idea de los sufrimientos de nuestros hermanos debemos, presentar al trono de Dios, como poderosos medianeros, los clamores que nos suben del purgatorio. Purgatorio he dicho; no puedo menos de introducirme en aquellas oscuras cavernas, en que gimen nuestros antepasados, para reanimar vuestros eficaces deseos de aligerar sus penas.

Abramos la cárcel del purgatorio, y representémosnos las almas de los hijos, de los padres, de los maridos, de los proximos; para que la vista de sus penas nos merezca la merced por la que suspiran. Pero ¿por dónde podrá divagar mi imaginación, que pueda formar un diseño de aquel infeliz estado? El amor, el más dulce de todos los afectos, es el verdugo más desapiadado de estas almas benditas. Engañado en sus transportes, rechazado de los inocentes objetos de sus ansias, ocasiona en ellas el característico é imperceptible dolor que las devora. Aman á Dios como á su dulcísimo esposo; aman á los hombres como unidos á ellas con los vínculos de caridad y naturaleza, como aquellos de quienes pueden esperar el socorro. Su amor á Dios encuentra un juez que las rechaza, las azota; su amor á los hombres encuentra unos corazones de enemigos, que por exceso de desconocimiento las olvidan, las abandonan. Ved aquí los dos amores, que forman sus más sensibles penas, y que yo me esforzaré en avivaros para excitar vuestra compasión en su favor.

Almas elegidas, tal es la espada de dos puntas que penetra hasta vuestro espíritu, y que os hace probar dentro de vosotras mismas las angustias en que gemis. Ojalá que sepa yo dar de ella alguna leve idea á este devoto auditorio; para que, movidos todos á compasión á favor vuestro, os den una prueba y un testimonio de que no son enemigos que os abandonen, sino amigos que os socorran; y logren así, que vuestro Dios, por quien tanto suspiráis, no sea un juez que os castigue, sino un esposo dulcísimo que os reciba, dándoos el premio de la gracia. *Ave María*.

Salé el alma justa de los lazos de la carne con ímpetu más veloz, que el del río cuando corre al mar, y el del cuerpo grave al dirigirse á su centro; siéntese arrebatada hacia aquel Dios de cuyas manos salió. Dos vehementísimos afectos la dan las alas; uno natural con que vuela á Dios su último fin y centro nativo de todo bien; otro de

apartad vuestra vista de nuestras iniquidades: *Averte faciem tuam a peccatis meis*. Baste para aplacar vuestra cólera el dolor con que os decimos que nos pesa de haber pecado. *Amén*.

DIA QUINTO

PENAS QUE SIENTEN LAS ALMAS DEL PURGATORIO PRODUCIDAS POR EL AMOR QUE ELAS TIENEN A DIOS Y A LOS HOMBRES

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



*Penam suam et vitium suum super se
portant, quasi coactis.
Coloca tu ran y vído sobre la sepultura
del justo...*

TOBIAE CAP. 4. v. 18.

Así hablaba el anciano Tobias a su hijo, recomendándole como una de sus más esenciales obligaciones la piedad con los difuntos. El crimen más odioso en la moral de los paganos era el de faltar a los deberes, que la costumbre prescribía para con los muertos. Después de los templos nada les parecía más sagrado, que los sepulcros de los hombres. Tenían por virtud, perseguir al enemigo hasta la muerte; pero tenían por sacrilegio, negarle los honores fúnebres. Este sentimiento grabado tan generalmente en los corazones no puede provenir sino del Autor de la naturaleza. Cuando quiso perfeccionarla con la gracia, no destruyó este sentimiento; le dio más fuerza y más extensión. Los paganos no pasaban los límites de la sepultura: el que los cristianos llevasen sus sentimientos hasta los secretos de la otra vida; que los muertos y los vivos separados por la naturaleza viviesen unidos con el invisible comercio de la fe y de la caridad. Tal es la comunión de los santos; comunión, que observamos como otra de las mayores ventajas de la religión del verdadero Dios; comunión, que se extiende a los santos triunfantes en el cielo, a los justos vivientes sobre la tierra, a los pacientes en el purgatorio. Todo cuanto es venerado bajo el nombre de fiel y de santo, va comprendido en esta mística unión. Así como todas las potestades del cielo, tierra é infierno están sometidas á Jesucristo y le doblan la rodilla; todos los santos detenidos en estas tres diferentes moradas le

están unidos como á origen de toda santidad, como los miembros á la cabeza, y con la fuerza de sus méritos tienen entre ellos las relaciones convenientes á su estado. Nosotros vivimos en medio de los difuntos; entre los que están en el cielo, y los que se hallan en el purgatorio. Ante la idea de los sufrimientos de nuestros hermanos debemos, presentar al trono de Dios, como poderosos medianeros, los clamores que nos suben del purgatorio. Purgatorio he dicho; no puedo menos de introducirme en aquellas oscuras cavernas, en que gimen nuestros antepasados, para reanimar vuestros eficaces deseos de aligerar sus penas.

Abramos la cárcel del purgatorio, y representémosnos las almas de los hijos, de los padres, de los maridos, de los proximos; para que la vista de sus penas nos merezca la merced por la que suspiran. Pero ¿por dónde podrá divagar mi imaginación, que pueda formar un diseño de aquel infeliz estado? El amor, el más dulce de todos los afectos, es el verdugo más desapiadado de estas almas benditas. Engañado en sus transportes, rechazado de los inocentes objetos de sus ansias, ocasiona en ellas el característico é imperceptible dolor que las devora. Aman á Dios como á su dulcísimo esposo; aman á los hombres como unidos á ellas con los vínculos de caridad y naturaleza, como aquellos de quienes pueden esperar el socorro. Su amor á Dios encuentra un juez que las rechaza, las azota; su amor á los hombres encuentra unos corazones de enemigos, que por exceso de desconocimiento las olvidan, las abandonan. Ved aquí los dos amores, que forman sus más sensibles penas, y que yo me esforzaré en avivaros para excitar vuestra compasión en su favor.

Almas elegidas, tal es la espada de dos puntas que penetra hasta vuestro espíritu, y que os hace probar dentro de vosotras mismas las angustias en que gemis. Ojalá que sepa yo dar de ella alguna leve idea á este devoto auditorio; para que, movidos todos á compasión á favor vuestro, os den una prueba y un testimonio de que no son enemigos que os abandonen, sino amigos que os socorran; y logren así, que vuestro Dios, por quien tanto suspiráis, no sea un juez que os castigue, sino un esposo dulcísimo que os reciba, dándoos el premio de la gracia. *Ave María*.

Salé el alma justa de los lazos de la carne con ímpetu más veloz, que el del río cuando corre al mar, y el del cuerpo grave al dirigirse á su centro; siéntese arrebatada hacia aquel Dios de cuyas manos salió. Dos vehementísimos afectos la dan las alas; uno natural con que vuela á Dios su último fin y centro nativo de todo bien; otro de

caridad, con que se levanta hacia Dios como soberano esposo y soberanamente amado de todo su corazón. Se alegra al verse libre de este valle de lágrimas, se siente aligerada de la terrena mole del cuerpo, está cierta de que es predestinada para la gloria, mira preparado el tálamo de las eternas bodas y la silla dichosa de su perenne gloria. Se apresura, se levanta para encontrar al esposo, para gozar de sus abrazos, para ver descubrió su rostro, y recibir los eternos ósculos de sus labios; clama con la Esposa de los Cantares: ¿en dónde podré encontrarle, y darle un ósculo de paz? ¿pero qué? Ordenan las inmutables leyes de la Justicia divina, que no entre mancha alguna en aquel reino de pureza, y que no pase á la posesión de la herencia inamisible el que, deudor de alguna falta, no la haya satisfecho todavía. Las almas del purgatorio, manchadas por pecados veniales, ó reas de algunas faltas, por la gracia santificante avanzan con estos movimientos poderosísimos hacia su Dios; llegan á él... Mas ¡ay! El las descubre su rostro; mas no aquél, con que en otro tiempo prometió á Moisés todos los bienes; rostro de severísimo juez, que llene de majestad centellea y despidе rayos: que amenazador y airado no desplega otras divinas que las de su rigor. ¿Cuál será la confusión, el dolor, las angustias de estas almas, cuando vean un enemigo en aquel rostro, donde añhelaban un esposo! Amenazas donde buscaban caricias; ¿en además de castigar aquel Dios, que aman como su dulce amigo, y cuya unión beatificante desean con imperceptibles ímpetus de un ardiente afecto? ¡Cielos! ¿Qué tormentos, qué desolaciones, capaces de abatir los más generosos corazones!

Ester, aquella privada de Asuero, quebranta las órdenes reales, entra en el palacio, ve al Rey en su trono; mirala este con seriedad; y ved ahí que, penetrada de temor, sofocada de vergüenza, cae en un mortal deliquio; ¡Dios mío! ¿Qué tiene que ver la vista enojada de un hombre con la vuestra? ¿Qué proporción hay entre los aprietos de Ester para obtener una gracia de Asuero con los ímpetus de las almas separadas y justas para poseer su bien amado? ¡Ah! Mirad, dice el angelico maestro Santo Tomás, un río que, dividido primero en muchos arroyos, se une por fin con todos en un solo lugar; y superando los reparos, formado de toda la fuerza de las aguas, corre con rapidez hacia al mar. Las almas justas oprimidas con el peso de su cuerpo, no podían libremente correr al amor de Dios: por condición del cuerpo, por apego de la voluntad tenían esparcidos los afectos entre tantos objetos terrenos, que amaban, entre parientes, comodidades de la vida, estudios, honores, divertimientos, salud; cortados, por fin, todos estos objetos, unidos los afectos en el solo amor de

Dios, excitados con vehemencia, quitado el obstáculo del cuerpo, se apresuran para sumergirse todas en Dios, como en su todo, como en su único y universal contento. Pero Dios, este mar inmenso de bienes, lejos de acogerlas, las rechaza; antes de darles la paz, las prueba en la tempestad; lejos de recibirlas en su inmenso seno, las agita y las trastorna. No pueden dejar de buscar su vista, mas él se la esconde; le dirigen sus afectos, mas él los rechaza; no pueden tener otro reposo, mas él no se lo concede. Si en vida les faltaba algún bien, podían poner los ojos en otro, ó á lo menos dejar de desearlo; mas separadas del cuerpo no pueden vivir un instante sin pensar en su Dios, no pueden dejar de desear á Dios, y este Dios que tan intensamente desean, se les oculta entonces. Dadme un amante, y un amante de esta suerte, os diré con San Agustín, y entenderá esta pena. Estén seguras cuanto quieran, que por fin este Dios que las repele, se les aplacará, y que poseerán el bien que ahora les es negado. Esta confianza no tranquilizará sus corazones, hará más dolorosa la privación de su amado. Esta confianza inflamará sus afectos por la proximidad de la eterna patria; pero estos deseos despedazarán sus corazones al verse diferidos, según palabras del Espíritu Santo. Esta confianza avivará el fuego de su amor; pero este amor inocente será la ocasión de su mayor martirio. Almas benditas, que salidas de esta tierra con la gracia santificante os halláis debajo el lindar del Paraíso, y en las cercanías de aquel Dios, que deseáis como Padre, como esposo, y como vuestro único bien; y á quien no podéis ver: ¿qué violentas son vuestras angustias, vuestras conmociones!

¿Qué? ¿Esperan acaso como Jacob en una región amena la suspirada compañía de su amante? ¡Ah! Justicia de Dios, despreciada de los hombres, que formidable te manifiestas! Están abismadas en una caverna de llamas, en un abismo de tinieblas, en una región de tormentos: en el mismo fuego, dice San Agustín, que abrasa la paja y purifica el oro. Aquí están detenidas estas almas santas, aquí son purificadas estas esposas del Cordero, circuidas del fuego que las penetra, angustiadas del fuego que las hace probar todo género de tormentos, mas acerbos que los que inventaron los tiranos, y los que puede padecer un mortal en la tierra.

En esta tenebrosa concavidad de penas esperan las almas de nuestros amados la venida de su bien. Vos, Dios eterno, las miráis como vuestras carísimas esposas, como que entre aquellas llamas conservan el carácter de reinas. No, no queréis, que los verdugos del infierno sean los ministros de vuestra justicia. Vos mismo sois el que con vuestras manos las atormentáis, dice el Angelico Doctor. Ved

ahí otra de las penas, que por este medio causa en ellas el amor. El no ser atormentadas de los demonios lo miran como un privilegio: el serlo de su esposo, lo sienten como el pesar más terrible. ¿Miran la acerbidad de las penas? Experimentan el mayor aborrecimiento. ¿Miran la mano que las aflige? La bendicen con entera resignación. Es un Juez el que las castiga; pero es un esposo que las purifica: es un Padre; pero rigoroso: es un castigador; pero amante: no pueden sosogar, porque se lo prohíbe el dolor: no pueden enojarse, porque el amor se lo impide: penetradas de amargura, sienten el más vivo de los tormentos; pero sometidas sin hablar palabra, besan la diestra que las oprime. No puedo dejar de exclamar aquí con San León Papa: *Oh tormenta misericordie: cruciat Deus et amat!* Qué terrible combate entre el amor y las penas de estas almas atormentadas! ¿Qué lanzas, que por todas partes atraviesan sus corazones! ¡Oh Juez, pero Juez amantísimo! ¡Oh esposo, pero esposo justo! ¡Oh angustias, oh penas, oh tormentos!

Gimen sin intermisión, y ¿quién hay que las consuele? Levantan sus compasivas voces, y ¿quién hay que las escuche? Despiden sus lastimosos ayes, y ¿quién hay que las libre? Lloran, suspiran, gritan, y ¿quién hay que tenga piedad de ellas? ¡Alternativa penetrante de amor! Han de bendecir continuamente la severidad de aquella justicia, que las detiene en aquella profundidad de tormentos. Tomad satisfacción de nosotras, exclaman, cual la exigen nuestras imperfecciones. Justo es que os volyamos con nuestras penas la gloria que os quitamos con nuestros desvíos. Que se aumentan aún nuestras penas, llamas encendidas glorificada á nuestro Criador, traspasad nuestros corazones: tal es el castigo que merecen nuestros yerros. Somos aquellos padres tan cuidadosos de la fortuna de nuestros hijos, y tan omisos en su salvación; tan ambiciosos de verlos ricos, y tan poco de verlos cristianos. Somos aquellos hijos tan fáciles en dejarnos arrastrar del calor de la juventud, y tan descuidados en seguir las huellas de nuestros padres. Somos aquellas mujeres tan temerosas de disgustar al mundo, y tan poco de omitir los ejercicios de devoción. Somos aquellos sacerdotes tan tibios en el cumplimiento de nuestras obligaciones, tan omisos en la reforma de un mundo corrompido. Satisfaced en nosotras las omisiones, las flojidades, los vanos temores, los descuidos. Pero ¡ah! cuando, á lo menos, se acelerará el plazo determinado? ¿Cuándo fenecerán nuestras angustias, y nuestro amor podrá veros cara á cara? Olvidad un instante vuestras aliecciones, almas dichosas. Por leyes invariables de la justicia eterna os detiene vuestro Dios en esa abrasada hoguera; pero por exceso de miseri-

cordia pone en las manos de los vivos las llaves de vuestra prisión.

Estas llaves, amados hermanos míos, las tienen los hombres sobre la tierra; los hombres sus hermanos por religión, unidos á ellas por amistad y por la sangre. Las de la prisión del afligido esposo están en poder de la esposa que tanto ama: las de la del padre se consignaron al hijo; las del amigo las tiene el otro que lo sobrevive. Al arbitrio de éstos dejó el Juez que las castiga el abrir las puertas y hacerlas entrar triunfantes al cielo. A un objeto tan consolador, ¿no menguarán sus tormentos? ¿No enjugarán sus lágrimas? ¿No rebosarán de confianza? ¡Ah! estas mismas reflexiones las arrancarán los más profundos suspiros. Ven su libertad en las manos de los vivos, colocan en ellos su confianza; pero sus esperanzas cada día se les frustran de nuevo. Su amor ha encontrado en un Dios amante, un Juez severo por el rigor de su justicia: ese mismo halla á los hombres más amados, trocados en crueles por exceso de desconocimiento. ¡Qué extraña mutación! ¡Qué colmo de ingratitud! Soberbios mortales despojados de toda humanidad: ¿es esta la gratitud que las debéis á las que por vosotros se desentrañaron? ¿Es esta la correspondencia al amor que todavía os profesan? Vosotros creéis desempeñar esta obligación con ofrecer al difunto cadáver una pompa funeraria, establecida más para consuelo de los vivos, que para alivio de los difuntos. Sentimientos laudables, pero frívolos é insuficientes! ¿Qué se le da á este cuerpo; incapaz de sentimiento, de ser conducido con ostentación al sepulcro, ó de ser echado en la tierra? El alma afligida en sus miserias, insensible á las honras que se hacen al cuerpo, es tristemente abandonada á los rigores de su juicio. Vosotros hacéis brillar vuestra liberalidad para con el cuerpo, y el alma experimenta vuestra avaricia. Dejad el fausto, cercenad los gastos, moderad el aparato. Sea vuestro cuidado pagar á los difuntos el tributo de vuestras limosnas, y no el de vuestro llanto. ¿Pensáis que ignoran, que de vosotros depende su libertad? ¿No conocen que con los sufragios, con las oraciones, buenas obras, sacrificio inmenso de infinito precio queda satisfecha la justicia divina? ¿De qué las sirve que vuelvan hacia vosotros sus compasivos ojos, si ven que las volvéis las espaldas, y que quedan burladas en aquellas atroces esperanzas? ¡Oh desconsuelo! ¡Oh tormento el más penetrante de sus miserias!

Miradlas, hermanos míos, combatidas por justo juicio de Dios entre las olas de un mar borrascoso de amor, en expresión del Profeta, sin fuerza para superar su vehemencia. Miradlas como llenas de confianza os tienden sus afectuosos brazos, os envían sus continuas súplicas. ¿Y vosotros insensibles, no las compadeceís; inhumanos,

no las compadecéis? En todo pensáis, menos en aliviarlas. ¡Qué angustia, que amargura tan cruel es esta, que las traspasa! Estar agitadas entre tantas penas; es un extremado mal, pero tolerable; mas ser combatidas á los ojos de sus más amados que pueden socorrerlas y no lo quieren, es el tormento más aflictivo de sus corazones. ¡Qué sentimiento para ellas ver el empleo que hacen los mortales de sus bienes! ¡Ver que emplean el fruto de sus sudores en vanas superfluidades, en fomentar tanto lujo, en alimentar tantas modas, en juegos y pasatiempos excesivos! ¡Ver que han substituido la alegría á las lágrimas de su entierro; que todo lo prodigaron para asegurarse en el mundo estado, comodidad, y que todo lo escasaron para adelantarlas el reposo celestial! ¡Afflicciones insuportables! ¡Angustias insufribles! Alentadas, ángeles del Señor; fortaleced su espíritu; avivad su confianza; consoladlas en medio de tantos alances.

Pero ¿quién podrá describir el pesar de aquellas almas, cuando, arrebatadas del amor á los hombres, se acuerdan que son acreedoras á los mas generosos rasgos de caridad; cuando, si bien desposeídas de los bienes terrenos, piensan que tienen aún derecho á que se las socorra de lo que fué suyo? ¡Oh! Las almas suspirarán en el purgatorio, y los mercaderes gozarán de sus capitales, y los hijos de sus posesiones: ellas les traerán á la memoria la más justa obligación de gratitud; ellas se revestirán de la crueldad de Bera, se volverán otros tantos crueles parcidasas, en frase de San Cipriano: ellas les recordarán los pios legados con que los gravaron en la cesión de sus bienes: ellos pretextarán mil excusas para no cumplir sus últimas voluntades: se envanecerán de sus títulos, de sus riquezas, si; pero las penas de sus hermanos no tendrán parte en sus corazones: *Oblivioni datus sum tanquam mortuus à corde*. Desengañémonos de una vez; la piedad de la mayor parte de los cristianos para con los difuntos, es una piedad ineficaz, falsa, insuficiente, hipócrita. Siglo de apariencia, siglo ilustrado en el arte de aparentar lo que no es, quitate la máscara, no te desdices de manifestar alguno de los modelos que ocultas de una piedad falsa y fingida. ¡Dios eterno! ¿En cuatro lágrimas exteriores ha de parar toda la piedad de los hombres para con los difuntos? ¿Y cuando se persuadirán, que otro de los mayores martirios que atormentan las santas almas, es el amor que les profesan como á sus más íntimos amigos y parientes?

No seamos sordos á sus compasivos lamentos: mirémoslas á las puertas del purgatorio, anhelantes por el Paraiso, exclamar vivamente: *Aperite mihi portas justitiæ*, y á los ángeles que les responden que no es todavía tiempo. Traigamos á la memoria los lazos que nos

unen á ellas. Nosotros poseemos sus bienes, llevamos su nombre; de ellos recibimos las riquezas, la fortuna, la elevación; ellos nos imprimieron sus gracias, beneficios y afectos: mientras vivían les debíamos el alimento en la vida, el consuelo en la vejez, el auxilio en la enfermedad, el ánimo en la adversidad, el sustento hasta el último aliento de su vida. ¿Y ahora todo habrá muerto para nosotros junto con ellas? ¿Habrán cesado sus necesidades? ¿Ya no son nuestros amigos ni parientes? ¿Ya no hay entre ellos y nosotros relación alguna ni alianza? ¿Ya no tenemos para ellos ni bienes, ni sentimientos, ni terneza, ni reconocimiento, ni corazón? ¿Ya para nada les conocemos? *Et tamen succulentibus prosperis, oblitus es?* ¿Dónde está nuestra fe, donde nuestros sentidos, donde nuestra memoria? ¿Será posible que nos gloriemos de ser sus descendientes, de ser sus herederos, de ser de su linaje; y que seamos insensibles á los clamores que nos dirigen por nuestra común Madre la Iglesia, que olvidemos los altares y los templos de Dios, que miremos con ojos enjutos las penas de nuestros allegados?

Padre de misericordia: ya que no nos enternecen las penas de nuestros antepasados, imprimidnos un claro conocimiento de la recompensa que nos aguarda el aliviarlas. Vos habéis dicho, que pondréis en cuenta á favor nuestro un vaso de agua dado en vuestro nombre. Con esta confianza trocamos ya nuestra insensibilidad en la más generosa beneficencia para con las santas almas. Aliviadlas, Señor; atended á las fervorosas súplicas con que os lo pide la Iglesia. Sus deseos son de unirse á Vos como término de su amor; no prolonguéis sus ansias: admitidlas en vuestros brazos, entradlas en vuestra patria eterna, donde *requiescant in pace. Amén.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

DIA SEXTO

MARTIRIO EN EL PURGATORIO ENCENDIDO POR EL AMOR
Y PROLONGADO POR LA ESPERANZA

¡Qué preciosa es a los ojos de Dios la muerte del justo, dice el Profeta! ¡Dichoso el que muere en el Señor, exclama San Juan en el Apocalipsis! Bienaventurado aquel, á quien el espíritu dice que descansan después de sus trabajos! Ya no tiene riesgos que evitar, enemigos que temer, desgracias que recelar. Toco dichosamente al puerto donde no se temen ni vientos, ni piratas, ni tempestades. Dolores, tristezas, enfermedades, inquietudes, pesadumbres, sobresaltos, todo está desterrado para siempre de su mansión. Una alegría pura y llena, una paz duradera, una calma inalterable, una gloria real y sobreabundante, es lo que reina en aquella patria, en cuya posesión se entra por medio de una preciosa muerte. ¡Qué acendrado es el oro de sus murallas, en frase de San Juan! ¡Qué exquisito el valor de sus puertas! ¡Qué amenos los ríos de delicias que la bañan! ¡Qué contentos los Príncipes que la habitan! El imperio de la muerte destruido, los funestos efectos del pecado desterrados, la concupiscencia cambiada en virtudes, las pasiones transformadas en otros tantos impulsos santos; ¡Oh! ¡Qué consuelo para el justo que muere en el Señor! Su muerte es el origen de una nobleza la más augusta, de una grandeza la más respetable, de una felicidad eterna, que ni el tiempo puede consumir, ni las revoluciones alterar, ni el mismo Dios, como inmutable en sus decretos, puede turbar su posesión. Rotos los lazos de la mortalidad, disipadas todas las sombras, rasgados todos los velos, descifrados todos los enigmas, entrará en el gozo de aquel Dios grande é inmenso, en el trono de su gloria, en el esplendor de su substancia, en el piélago de sus infinitas perfecciones: de aquel

Quis mihi tribuat auditorem, ut desiderium meum audiat Omnipotens.
¡Quién me diera uno que desaspañadamente me oyese, y que el Todopoderoso otorgase mi petición.

(Joa. c. 31. v. 30).

Dios que reveló su gloria á Abraham y sus leyes á Moisés; de aquel Dios que después de haber hablado por los Profetas, nos habló por su propio hijo; de aquel Dios que truenan en los cielos, y conmueve la tierra hasta en sus fundamentos; de aquel Dios que recibe á los santos en los eternos tabernáculos, y los embriaga en torrentes de alegrías. ¡Feliz tránsito á la inmortalidad!

Pero ¡ah! amados hermanos míos. ¡Cuántas son esas almas privilegiadas, para quienes el momento de la disolución de su cuerpo, sea el de su reposo eterno? ¡Cuántas son esas almas justas, cuya inocencia les dé el derecho de presentarse enteramente justificadas en el tribunal de un Dios justiciero? Pálido, enlutado altar, fúnebre monumento, negros ornamentos, tristes trofeos de la muerte, vosotros me recordáis en este día, que están en cautiverio algunas almas justas que quedaron deudoras á la divina Justicia: algunos hermanos nuestros que, según lo expresión de la Esposa de los Cantares, maltratados y heridos, claman por el alivio de sus penas: algunos hermanos nuestros, que nos reconviene para que digamos á su amado el trabajo en que se hallan, los dolores que sufren, la desnudez que pasan, la enfermedad en que las tiene el amor con que suspiran por su dulce adorado dueño *Quis mihi tribuat auditorem, ut desiderium meum audiat Omnipotens.* No: no son tan felices todas las almas santas, á quienes se les perdonaron sus pecados, que desde el lecho de la muerte vuelen á la región de la inmortalidad. Todavía les queda el reato de la pena temporal que reprime la rapidéz de su vuelo. Salieron de la cárcel de su cuerpo con el perdón de sus pecados; pero aun se hallaron en descubierta. Quedaron destinadas para ser el objeto de las complacencias de Dios; pero han de sufrir al presente todo el peso de su justicia en las cárceles del purgatorio. Han de sufrir un martirio doloroso. Y ved aquí toda la idea de este discurso. Un martirio encendido por el amor, primera parte: un martirio prolongado por la esperanza, segunda parte. Martirio que puede finalizar con los sufragios de los vivos. Martirio que las obliga á exclamar: Haced, Señor, que alguno de nuestros parientes ó de vuestros ministros interceda por nosotros, y nos obtenga una mirada favorable de vuestra misericordia: *Quis mihi tribuat auditorem, ut desiderium meum audiat Omnipotens.*

Virgen adolorida: Vos tenéis un dominio pleno sobre el purgatorio, escribe San Bernardino de Sena. Os abraza un amor de madre para con las almas atormentadas. Echad sobre ellas el manto de vuestra protección: escuchad los clamores con que piden que se las aplique la sangre del cordero sin mancha, y se las cubra la desnudez.

dezd con el manto de vuestro favor. Entre tanto que yo, débil intérprete de sus sentimientos para reanimar la piedad de los vivos, voy á bosquejar un retrato de su martirio, si me alcanzáis los auxilios de la gracia. *Ave María.*

No hay martirio igual al que se padece por el amor. ¿Qué suplicio hay tan grande como el amar, conocer y suspirar por el objeto amado? El mismo efecto que hace la muerte sobre los sentidos del cuerpo, tiene el amor respecto las pasiones del alma, dice San Gregorio. Nada es capaz de moderar el ardor del amor. Un corazón que ama, no puede hallar reposo sino cuando posee su deseado bien. El amor es un fuego ardiente, dice San Ambrosio, que se derrama en el corazón de los santos, consume todo lo que hay en el de terreno, y purifica todo lo que toca. Dadme, decía en otro tiempo San Agustín, un corazón que ame, y se hallará en estado de comprender lo que digo. Fuego santo, fuego abrasador que enciende el martirio de las almas del purgatorio. Las claras y señaladas ideas que tienen de Dios, lo animan; el conocimiento que tienen de la felicidad, que es poseerle, lo aumentan; y las pasiones que enfrían en nosotros la caridad, no lo disminuyen.

¡Cuán en vano nos esforzamos por ver abiertas en esta vida las puertas de la divinidad y de sus perfecciones! Un cuerpo corruptible, dice el sabio, es gravoso para nuestras almas. Acá, todo son delirios que nos enagenan, acaso que nos sorprenden, ilusiones que nos seducen, gustos que nos embelesan, empeños que nos arrastran, engaños que nos roban las noticias claras de Dios. ¡Vanos empeños de un cuerpo deleznable! Nada pueden contra el conocimiento de Dios que tienen las almas del purgatorio. ¡Ah! Libres ya de los lazos de la carne y sangre, no agitadas por los objetos sensibles que nos rodean no se dirigen ya sino á Dios, su soberano bien, al que conocen distintamente. Conocen entonces aquellos secretos impulsos con que las guió insensiblemente por los caminos de la santa Sión: aquellos imprecipitables desazones con que las hizo aborrecer los ajos y cebollas del Egipto: aquella dulce violencia con que las separó de la corrupción de Babilonia: aquella esforzada valentía con que redujeron como el Apóstol el cuerpo á servidumbre: aquella sensible complacencia en vestir el saco y cilicio: aquel dolor que se insinuó en su alma: aquel amor con que las vistió la estola de la gracia. Lo conocen derivado todo del perenne raudal de beneficios que derramó sobre ellas la fuente de la bondad misma por esencia. Ni los desvíos casi inevitables, ni las disipaciones inadvertidas, ni las flojidades

imprevistas, ni los movimientos inopinados, ni las inclinaciones menos rectas son capaces de separarlas de la idea distinta de Dios y de su bondad. Idea viva, idea encantadora, ella inflama el amor que las arrastra hacia el único bien de que han de quedar privadas. El conocimiento, en sentencia del Angel maestro Santo Tomas, es la medida de la caridad. A proporción que el se aumenta, crece el deseo de unirse con el suspirado objeto. Una alma separada, ilustrada con el superior conocimiento de Dios infinito y de su bondad, padece casi todo lo que hay de más cruel en el infierno, según el idioma del más sabio de los monarcas.

Almas santas y atormentadas: vosotras, al través de esos destellos de luz que alumbran vuestro entendimiento, penetráis por entre las regiones de los bienaventurados: y veis allí (¿qué suplicio tan amargo!) á vuestros compañeros nadando en torrentes de alegrías, cogiendo el fruto de sus fatigas, poblando la ciudad de los escogidos, recibiendo los tiernos osculos del esposo celestial, reclinándose sobre los brazos de su amor. Entreveís la felicidad de gozar á un Dios sin temor de perderlo jamás, el gozo de recrearse sobre su pecho, el descanso de sentarse á su lado, la alegría de gozar sus puras é inamissibles delicias. ¡Mas ay! Desconsoladas almas. Ese mismo espectáculo aumenta más vuestro martirio. Vuestras naturales inclinaciones, vuestros amorosos impulsos os arrebatan hacia vuestro último fin y centro nativo de todo bien: hacia vuestro esposo soberanamente amado y conocido. Desprendidas de las ligaduras del cuerpo, ¿con qué claridad conocéis que sólo Dios es capaz de llenar toda la extensión de vuestros deseos y hacer vuestra felicidad! ¿Con qué empeño no os ocupáis en otro objeto que en Dios, sin poder descubrir al que buscáis como centro de vuestra dicha! ¿Con qué impetuosidad correis á él con la inclinación más violenta, sin hallaros, no obstante, en estado de gozar inmediatamente de sus delicias! En efecto, ¡qué dolor! Vuestros rápidos y dulces movimientos se encuentran con un obstáculo que vosotras querriais y no acertáis á vencer: os sentís rechazadas por una mano poderosa que os detiene y aparta. Amar á Dios, ser amado de Dios, y verse apartado de él: ¡qué terrible suplicio! Tan cierto es que el amor es un martirio para las almas del purgatorio. El no se da por contento del afecto, dice el Angel de las Escuelas; busca, suspira por la unión. Ni los amigos se contentan con quererse bien; procuran, anhelan el verse, y su mayor gusto es su reciproca unión. Venga, si es posible, una alma que más intensamente ame á Dios, que más solícita lo busque, que más ardentemente lo suspire, que las del purgatorio, y conocerá el martirio que las irroga la privación

de Dios. ¡Oh! ¡Y cuán acelerados son sus pasos! cuán inflamados sus deseos! cuán rápido su vuelo! cuán ardientes sus suspiros! cuán incasantes sus clamores! Pero, ¡cuán infructuosos sus movimientos para unirse á su esposo entrañablemente adorado! Hombres de carne y sangre, juguete de vuestras pasiones, árboles movedizos al arbitrio de vuestros apetitos, ¿qué dirán vuestros amores profanos en vista de los castos impulsos de las almas del purgatorio? Ellas se dejan llevar de una amorosa natural inclinación hacia un Dios que ha de formar su felicidad. Desengañaos de una vez: los afectos del corazón sólo se deben á aquel de quien tiene el ser y la existencia.

Vuestros mismos hermanos encerrados en las cárceles del purgatorio con elocuentes voces os gritan: que por más que amaron á Dios, no le amaron con la pureza de amor con que él les amó: que las imperfecciones de su amor cuando vivían, les retardan ahora la suspirada unión con Dios; que no hay que confiar demasiado de la vehemencia del amor: que delante de aquel Dios de pureza, ni aun los cielos parecen bastante puros: que en aquella ciudad angusta que él habita, no entra mancha alguna, en expresión del Eclesiástico. Ellos os manifiestan que sus faltas no rompieron los vinculos del amor con que vivieron enlazados con Dios. Ellos, es verdad, no le amaron con todo el fervor de su corazón; pero no arrastraron las cadenas de la culpa. Se hallaron alguna vez en las asambleas del mundo; pero se postraron también, ante el altar de Jesucristo. Buscaron las comodidades; pero socorrieron á los necesitados. No vivieron sin defectos; pero no tuvieron vicios notables. Entraron á veces en su corazón las chispas del amor propio; pero no dejaron de arder en el de la caridad. Mas dignas de lástima que un Jacob, lloran la separación de un Dios, de un Rey, de un Padre que las hace probar todas las amarguras de su ausencia. El amor pone en movimiento todos sus resortes y sus impulsos vehementes. ¡Ay de nosotros! me parece que exclaman: ¡Cuán ineficaces son nuestros suspiros, cuán vanas nuestras súplicas, cuán inútiles nuestros clamores! El cielo es de bronce para nosotros, y nadie enjuga nuestros lágrimas. A vos os buscamos, Dios mío, y vos huís de nosotros. ¿Cuándo, amor nuestro, nos será concedido ver vuestro hermoso rostro? ¿Cuándo llegará el día...? Mas, ¡ay de nosotros! La misma esperanza de poseeros prolonga el martirio que encendió en nosotros el amor con que os adoramos.

Un solo día que padezca el amante ausente de su bien amado, sufre como una eterna duración de tormentos, pondera el Santo obispo de Nacianzo. Cual otra paloma afligida, levanta su lúgubre vuelo, anda de árbol en árbol, de peña en peña, en busca de su amado,

Pregunta como la Esposa de los Cantares á las hijas de Jerusalén, si han visto al amado de su alma, por qué está impaciente, por qué no puede sufrir más tardanza, por qué desfallece de puro amor. Siglos le parecen los instantes que tarda en estrecharse entre sus brazos, y darle mil ósculos de paz. Se le conmueven las entrañas á José, porque se le difiere la libertad de abrazar á su adorado Benjamín, dice San Ambrosio. Tobías y Ana no sosiegan con la esperanza del regreso de su hijo, Magdalena acusa de tardanza á los primeros alhores del día, por qué le difieren el encuentro de su Maestro. Tanta verdad es que uno de los mayores tormentos que pueden afligir á un alma amante es la prolongada esperanza de unirse á su objeto estimado.

No queráis, amados hermanos míos, que yo afiance la certeza de estas verdades en otros testimonios que en los mismos de las almas de vuestros hermanos encerrados en el purgatorio. Deducid el martirio de su esperanza de los santos impulsos de su amor. Contraponed sus ardientes ansias á las del corazón enamorado de David, á las de la ilustrada Seráfica Doctora: las vereis como el primero, correr apresuradas á su Dios, á la manera que corre el siervo sediento á la fuente de las aguas; las oiréis exclamar como la segunda, que no pueden tolerar la pena que les acarrea el deseo de ver á Dios. Nivelad su amor al de los Santos más enamorados del Señor, y observaréis que lo superan con ventaja increíble. Ansias tan ardientes, impulsos tan santos, amores tan puros, movimientos tan arrebatados, pero privados de tocar al término, ¿qué podéis engendrar en el corazón de aquellas almas, sino tristeza y dolores por la tardanza de unirse á su dueño? No dirige con más vehemencia el fuego su vuelo hacia su esfera; no sale con más impetu la saeta del arco, de lo que vuelan aquellas almas en alas de la más ardiente caridad á apoyarse sobre el soberano bien. No suspira con más ansia Job por ver la cara de Dios, que ellas por entrar en su patria. No anhela con más lágrimas Absalón por la cara de su Padre, que ellas por la del Señor. No lloran tanto los Israelitas sentados en las riberas de Babilonia al acordarse de Sión, como ellas, sumergidas en un océano de penas al acordarse de la celestial Jerusalén. No siente más David su detención entre los habitantes de Cedar, que ellas la del purgatorio. No desea con más anhelo el Apóstol romper las ligaduras de su cuerpo, que ellas tocar al término de su destierro y unirse con Dios. ¿Qué objetos humanos hay que las distraigan? ¿Qué aficiones terrenas que las desvien? ¿Qué inclinaciones torcidas que las arrastren? ¿Qué deseos menos puros que las sorprendan? ¿Qué indolencia que las entorpezca? ¿Qué actividad que las arrebate? ¿Qué tibieza que las debilite? ¿Qué ligereza

que las enagene? Tan puros sus deseos como rectas sus aficiones; tan justamente enamoradas como legítimamente atormentadas, no se quejan de la mano que las hiere; sólo imploran el favor de un Dios airado; no se levantan contra un Dios que las castiga; sólo apelan á la misericordia que las sostiene, no se envanece de su inocencia; sólo se echan en los brazos de una clemencia que olvida las ofensas. No reprechan los juicios de Dios; sólo sus deseos impacientes no pueden sufrir más la dilación de ver á Dios cara á cara: *Spes qua differatur, affligit animam*, según el oráculo del Espíritu Santo.

Una ausencia breve es para un amante un manantial de un dolor sumo, dice San Bernardo. Ahíenven cuanto quieran las almas del purgatorio sus vivas esperanzas; afiancen más la certeza de que algún día han de ver á su Dios; inflamen más las llamas de su caridad; insisten más impertinamente, para que se las acorte el plazo de tan dolorosa ausencia; pidanle con el Profeta al Príncipe de la santa Sión, que las franquee sus puertas eternas: ¡Esfuerzos inútiles, empeños infructuosos! No por eso será menos duradera su separación; no por eso ablandarán la dureza del Dios que las castiga; no por eso serán admitidas más pronto á las bodas del celestial esposo. Para un alma que de veras ama, cada momento que tarda en descansar en el centro de sus esperanzas, es un siglo de martirio. ¡Qué tormento para el enfermo sediento cada instante que le retardan la bebida que apetece! ¡Qué pena para el moribundo entre dolores de entrañas la dilación del bálsamo que lo alivie! ¡Qué inquietud para vosotros, esclavos de un amor profano, la prolongada esperanza de poseer vuestros ídolos animados! ¡Y para vosotras, almas afligidas, la misma esperanza que debiera alentaros, qué nuevo realce da á vuestro martirio! Ni un instante siquiera calma vuestros deseos. Es el dolor prolongado, por lo mismo que es tan esperado el sumo bien. ¡Oh recio combate entre su amor y su esperanza! Yo las veo volar por el amor con rapidísimo vuelo á la unión con Dios; y por la esperanza haber de encoger las alas; por el amor soltar las riendas á sus suspiros cariñosos; por la esperanza haber de poner un candado á sus labios; por el amor entrar sus ojos en las regiones de aquella paz inalterable; por la esperanza haber de echar una venda sobre ellos. Yo veo que cuanto el amor las alienta, tanto las abate la esperanza; que cuanto aquéllas arrastra, tanto ésta las detiene: que cuanto el primero las martiriza, tanto la segunda prolonga más su martirio. ¡Si á lo menos á medida de sus deseos castos pudieran volar á los brazos de su Padre! Mas ¡ay de mí! ¡Qué importa que tengan el nombre de santas, que merezcan las coronas inmortales, que sean predestinadas para la gloria!

Han de satisfacer primero la justicia de un Dios vengador, han de gemir entre los grillos, han de esperar que quede desagaviado el Juez que las aflige. *Non exies hinc donec reddas novissimum quadranten*: dice San Mateo.

Tal es la dolorosa situación de las almas del purgatorio. Ellas pueden, es verdad, dar lo que deben á la Divina justicia. Son del número de aquellas ovejas que oyeron la voz del Pastor; de aquellas esposas por quienes el divino Jacob sufrió tanto en la tierra; de aquellos hijos fruto de los dolores y tormentos de la redención. Pero no tienen libertad para adquirir mérito alguno, ni para sí, ni para otros, en sentencia del Doctor angélico. El día de la gracia finalizó para ellas, con el último de su vida. El Señor dice el Profeta, ha derribado las murallas de esta Sión; no halla en sus virtudes apoyo, ni socorro el más leve. Ya sus solemnidades no enternecerán al Altísimo. Es en vano que solicite obligarle con ofensas y sacrificios. Ellas están, sí, en una impotencia absoluta de acelerar el principio de sus dichas. Está al arbitrio de los vivos el procurarles el término de sus martirios. Lo esperan de los parientes, de los amigos, de los allegados. Es el único apoyo sobre que afianzan su pronta libertad. Mas, ¡apoyo débil, apoyo vano, apoyo movedizo! ¡Cuántas veces quedan frustradas sus esperanzas! ¡Qué ansiedades entre la esperanza y el temor de si será breve ó largo su cautiverio! ¡Qué recelos de que los vivos que debieran ser sus libertadores, como dice San Agustín, se truequen en endurecidos! ¡Qué sospechas de que los amigos no les abandonen á un total olvido! ¡Qué dudas de si se les aplicará á su favor todo el mérito de los vivientes! ¡Qué temores de que por la dureza de sus hermanos se les dañara más el momento feliz de abrazar al divino esposo por quien tan ardientemente suspiran! Con cuánta razón el martirio que enciende en ellas el amor y que prolonga la esperanza las obliga á exclamar: ¡Cuándo alguno de nuestros parientes, ó de los ministros del Señor intercederá por nosotras, y nos obtendrá una mirada favorable de la divina misericordia? *Quis mihi tribuat auditorem, ut desiderium meum audiat omnipotens!*

Pero consolaos hoy, hermanos nuestros, que gemís en el purgatorio. Este pueblo feliz enternecido de vuestro martirio, estos compasivos devotos agotan toda su piedad en favor vuestro. Estos son los que invocan por vosotros á su Divina majestad con oraciones, con limosnas, con el sacrificio del altar. Ellos los que excitan la piedad pública con estas fúnebres demostraciones. Ellos los que mueven los oídos y el corazón de Dios con místicas y acordes voces. Ellos los

que costean generosos la magnificencia de esta piadosa conmemoración. Ellos los que ofrecen por vosotros la preciosísima sangre de Jesucristo crucificado. Anímaos, pues, ó almas santas, y esperad que el Señor oirá sus clamores, aliviará vuestras penas, y os acortará el tiempo del purgatorio. La sangre derramada en la cruz y nuevamente ofrecida en el caliz, ella romperá los hierros de esa cárcel; y os dará el último baño; para que salgáis purificadas ya de esas penas.

Ea pues, hermanos caritativos, perseverad constantes en rogar por las almas de vuestros compañeros difuntos. Vivid asegurados de lo mucho que Dios se interesa en que vosotros les aliviéis. El los ama, y ellos por medio de los mismos ejercicios que vosotros practicáis, se grangearon su amor. Mas él no los admitirá en su reino, hasta que hayan satisfecho sus deudas. Vosotros podéis satisfacer por ellos, y acelerarles el suspirado día. Conmuneñase vuestras entrañas al considerar sus penas. Continudad para con ellos vuestra caridad, y encendidla en los corazones menos piadosos. Abridles las puertas de la celestial Jerusalén, donde sean vuestros medianeros.

Divino Jesús crucificado; recibid el holocausto que os ofrecemos por las almas de nuestros hermanos difuntos. No desechéis los ruegos de estos devotos que tan encarecidamente se interesan por estas almas. Revocad, Señor, el terrible decreto que firmasteis contra ellas; suspended vuestros golpes. Si la justicia arma vuestro brazo, desármelo vuestra bondad; si sus faltas os han irritado, os enternezcan vuestras lágrimas. Nosotros somos vuestros hijos, y aquellos á quienes perseguís vuestra venganza, son nuestros hermanos. Si ellos os son deudores, aquí estamos nosotros para prestar caución por ellos; aquí estamos para cargarnos de sus deudas; aquí estamos para apelar al tesoro de vuestros merecimientos; aquí estamos para pagarlos con vuestros propios dones. Dad, Dios mío, nuestros gemidos; dejaos vencer en favor de esas almas abrasadas de la sed de vuestra presencia. Dadles el reposo eterno por el que suspiran con tanto ardor. Introduzcalas vuestra majestad para siempre en la morada de la luz eterna. *Lux perpetua luceat eis. Amen.*

DIA SÉPTIMO

CAUSA DE LAS PENAS DEL PURGATORIO Y MOTIVOS PARA EMPRENDER LA PENITENCIA

Justus es, Domine, et rectum judicium tuum.
Vos sola justo, Señor, y vuestros juicios son rectos.

(PSALM. 118, v. 137.)

Entre las adorables grandezas de Dios, su misericordia y su justicia han sido siempre los principales objetos que la religión nos ha propuesto. Con estas dos soberanas perfecciones regula Dios en todos tiempos su conducta con respecto á los hombres: con la primera, para gozar nuestro corazón por medio de los atractivos de su benignidad y con el halago de la recompensa; con la segunda, para que refrenemos nuestras pasiones ante el temor del castigo. ¿Era posible que su sabiduría adoptase medios más poderosos para movernos y obligarnos á obedecer? Sin embargo, sucede con frecuencia que el hombre, para desgracia suya, hace inútiles estos dos medios y se separa de Dios. ¿Hasta dónde llega su desorden! Si el modo como se anticipa Dios por un misericordioso efecto de su bondad, no es bastante poderoso para atraernos á él, al menos el fijar la vista en sus venganzas, debería alguna vez valerlos; y ya que el atractivo de una dulce esperanza no nos hace más fieles, el sentimiento de un justo temor debiera hacernos más atentos. ¿De dónde proviene que el temor cause tan poca impresión en nosotros? Es porque conformándose mejor la misericordia con los intereses de nuestro amor propio, todos se inclinan á ella con una secreta complacencia; al paso que no viendo en la justicia más que terror y castigo, cada cual procura apartar de ella el pensamiento y la memoria. Nosotros decimos como los hijos de Israel: «No nos hable el Señor, no sea caso que muramos.» La extensión que damos á esta bondad mal entendida, disminuye de tal modo la idea de la justicia, que ya no deja de sí más que una ligera impresión; y he ahí el fecundo origen no sólo del desorden de los pecadores, sino también de la relajación de los justos en los caminos de la salvación.

Queremos, amados hermanos míos, procediendo con buena fe, reformar nuestros juicios con respecto á la justicia de Dios? Bajemos mentalmente á las tenebrosas prisiones, en donde su poderosa y terrible mano tiene encadenadas á las almas de nuestros difuntos hermanos. En este lugar conoceremos que el Señor es justo, y que son rectos sus juicios: *Justus es, Domine, et rectum iudicium tuum.* ¿Qué veremos en tal lugar de suplicios, sino almas justas, objeto de mucha complacencia por parte de Dios, ya que llevan impreso el sello de la gracia y de la adopción; almas destinadas á ser vivas piedras del templo en que Dios habita, y ornamento sempiterno de la celestial Jerusalén? No obstante, las veremos condenadas á ser purificadas en el fuego por el mismo Dios, que las ama con el mayor cariño. Ante tan horrible espectáculo, ¿podremos dejar de exclamar con San Agustín: ¡Ay, Señor! en dónde está aquella misericordia cuya idea ha conservado hasta ahora en nuestros corazones la presunción? ¡Ah! Es que nuestro Dios la ha atemperado á aquella adorable equidad, á aquella justicia que nunca comprendemos bien mientras vivimos. Es que aquel Dios que las castiga sin olvidar que es bueno, las hace experimentar ahora que es justo. *Justus es, Domine, et rectum iudicium tuum.*

¡Deplorable ceguera la de aquellos que desieren la penitencia para el purgatorio! Aunque fuese cierto, que Dios deja en libertad de hacerla en él, ¿qué error practicarla en un lugar en donde será tan rigurosa y de tan larga duración! Para desengaño de éstos y para alivio de los que padecen en el purgatorio, no toméis á mal que me proponga evidenciaros las causas porque son atormentadas aquellas almas: esta evidencia naturalmente os moverá á expiar en vida vuestras culpas por medio de la penitencia. Causas de las penas del purgatorio: motivos para emprender la penitencia; he ahí dos reflexiones que os convencerán de la justicia de Dios. *Justus es, Domine, et rectum iudicium tuum.* Virgen Santísima, dispensadme los auxilios de la gracia, á fin de que tenga acierto en las pruebas. *Ave María.*

¿Quiénes son las almas detenidas en el purgatorio? Y ¿quién es el Dios que allí las castiga? La respuesta á estas dos preguntas es el medio para entrar en conocimiento de las causas porque padecen. ¿Qué han hecho ellas para que sean tan rigurosamente atormentadas? ¿Son por ventura pecadores obstinados, asidos tenazmente á sus desórdenes, y que han muerto impenitentes? No, amados hermanos; son pecadores penitentes que, si bien ofendieron en otro tiempo á Dios, se arrepintieron luego y dieron señales de sincera conversión,

recobrando el reposo de su alma; mas les faltó tiempo para que sus cuerpos pagasen toda la pena debida á sus deleites y desobediencia; ó bien son justos cuya alma no ha sido jamás inficionada, y cuya inocencia nunca ha sido empañada por pecado mortal; pero que, víctimas de la humana fragilidad, incurrieron en leves culpas, cuya satisfacción no exigiria quizás el tribunal humano, que juzga de distinto modo que el del Santuario. Y ¿quién es el Dios que con tanta severidad las castiga? ¡Ah! ¿qué extraña violencia para un corazón tan tierno y amoroso como el suyo, verse precisado á destinar en aquel lugar de tormentos unas almas á quienes ama y de las que es amado con ardor; á separarlas de su bondad para inollarlas á su justicia! ¿Qué vivo dolor tener que herir y castigar unas almas que por especial predilección él ha sacado de la masa corrompida, unas almas á cuya vista ha de ostar toda la magnificencia de su gloria; unas almas que un día han de reinar con él por perpetuas eternidades! ¡Ay Señor, qué terrible lucha entre vuestra misericordia y vuestra justicia! Vos amáis y castigáis: esas almas que sufren, son á la vez objetos dichosos y desgraciados de vuestro amor y de vuestra justicia. Si; como á justas y marcadas con el sello de la gracia y de la adopción, él las llama; pero como á deudoras á la Divina justicia de algunas ligeras faltas, las repele. Aunque todo lo puede, no cabe franquearles la entrada en la posesión de su gloria, mientras no estén purificadas con el fuego del purgatorio. ¿Puede darse más violenta situación? Quisiera ejercer los oficios de Padre, y de Padre tierno; y no puede ejercer más que los de Juez, y de Juez severo. En resumen: él las atormenta, dice San León, y las ama: *Cruciat et amat.*

¿Cuáles serán, pues, las causas porque son atormentadas unas almas justas, á las que Dios ama con entrañable cariño? ¿Cuán leves me parecen en el mundo las faltas que las almas expían en el purgatorio! Padecen á causa de muchas faltas que falsamente nos parecen ligeras, y cuya individualidad y circunstancias puede cada cual conocer fácilmente, si examina su corazón; padecen á causa de algunos desuertados pasos que dieron en el servicio de Dios; de algunos leves extravíos que más bien fueron efecto de su débil y frágil naturaleza, que de voluntad maligna; de mil pensamientos volátiles que una piedad demasiado lenta y menos recelosa no repelió con bastante prontitud y fidelidad; de muchas expresiones indiscretas; de muchas leves velleidades engendradas por el orgullo; de muchos movimientos de las demás pasiones que no fueron reprimidos inmediatamente por una fe atenta; de muchas inconstancias hijas del amor

propio, origen funesto y general de todos los males; de la flojedad ó negligencia en el cumplimiento de algunas obligaciones; de la vana complacencia en algunos defectos y desentidos habidos en la oración ó en otras prácticas de piedad; de alguna demasiada energía en defender sus propios intereses; ¿qué digo? Estas materias son delicadas, y no nos internemos tan adentro, pues corremos el riesgo de padecer equivocaciones. *In transitorio igitur*, dice San Agustín, *non capitula, sed minima purgantur*.

¿Qué dirán en vista de lo que antecede aquellos cristianos que tan indiferentes se muestran en la multiplicación de sus leves caídas? ¿Cuántos hay en los tiempos que corremos que se engañan á sí mismos en detrimento suyo? ¿cuántos que disputan con Dios sobre lo venial ó mortal del precepto ó del consejo, confundiendo éste con aquél; justificando por sí mismos lo que la ley califica de crimen; y llevando algún fondo de reprobación bajo alguna apariencia de probidad? Sea como fuere, lo cierto es que hay una infinidad de caídas leves, ó que al menos se reputan por tales, que sin embargo deben ser purificadas con inexplicables tormentos. He aquí, concluye San Agustín, lo que alimenta las devoradoras llamas del purgatorio: *Non capitula, sed minima purgantur*. ¡Pobres almas, separadas de Dios por estas faltas; cómo se reprende cada una de ellas en medio de tantas penas, á la manera que lo hacia en otro tiempo el profeta David! ¿En dónde está tu Dios á quien debias poseer á estas horas? *Ubi et Deus tuus?* Tú te has privado de su vista por un placer momentáneo, por algunas palabras indiscretas que rechaza la prudencia cristiana, ó que no podía suportar la delicadeza de la caridad; por algunas proclividades de orgullo que la religión no pudo reprimir instantáneamente. ¿En dónde está tu Dios? ¿Es posible que yo haya adquirido un derecho á la herencia eterna, que esta rica posesión me haya tocado en suerte, y que el reino de Dios me pertenezca; y que no obstante me vea precipitada en estas lúgubres prisiones! ¡Oh desgraciados placeres, qué alegrías tan grandes me habéis robado! ¡Oh! ¡Ociosidades, diversiones, cuantas penas no me habéis engendrado! ¡Alegres recuerdos, de cuán penetrantes dolores no habéis sido causa! ¡Inútiles discursos, afectos extremadamente humanos, pasatiempos funestos, á qué precio os he comprado, supuesto que me costáis si no la pérdida, al menos la privación de mi Dios! Tales son los vivos pesares y los importunos recuerdos de aquellas almas, en algún modo desheredadas, y que son purificadas por el fuego como el oro en el crisol. ¿Y no nos persuadiremos de que las causas de sus penas sólo son faltas leves? La consideración de los tormentos que padecen por

faltas de que nosotros no hacemos caso; ¿no nos inducirá á que empleemos todos nuestros recursos para librarlas de aquellas penas! ¿Haremos el sordo y no prestaremos oído á las lecciones de precaución que ellas nos dan desde aquellas prisiones, á fin de que no caigamos en las miserias en que ellas se encuentran envueltas? ¿Diferiremos para expiar en el purgatorio los pecados, que en este mundo podemos expiar con la penitencia? He aquí algunas lecciones muy provechosas.

Después de la remisión del pecado, que es efecto de la penitencia del corazón, el Concilio de Trento ha decidido, contra Lutero y Calvino, que aun queda de ordinario el padecer la pena del pecado en esta ó en la otra vida. En este principio de fe está fundada la obligación de satisfacer á la Justicia Divina con obras penales. Esta obligación disminuye á proporción de la penitencia interior; y puede ser la contrición tan grande y perfecta que satisfaga por toda la pena, y traiga consigo la entera extinción del pecado en sí mismo y en sus efectos. Pero, á más de que se ignora absolutamente á qué grado ha de alcanzarse la contrición para producir este feliz efecto; á más de que el penitente, lejos de poder venir en conocimiento de si ha conseguido este grado de contrición, ni siquiera puede, sin que se le revele, estar positiva é infaliblemente cierto de que tiene contrición: esta disposición es un milagro tan grande y por consiguiente tan rara que no cabe temer el sentar por regla general y universal, que debemos satisfacer á Dios con penitencia exterior aun después de alcanzado el perdón de los pecados. Profundicemos esta verdad. No acojáis con prevención lo que os aseguro, y sedme atentos hasta concluir.

Es una verdad, y lo ha dicho el mismo Salvador, que todos los pecados proceden del corazón; luego éste debe hacer penitencia de ellos. Pero el cuerpo, dice Tertuliano, es el motivo principal y la más ordinaria tentación del pecado. En el cuerpo casi siempre se cumple la obra del pecado. ¿No es justo, pues, y puesto en razón que tenga parte en la pena del pecado? El pecado es común al cuerpo y al alma; ¿y no sería igualmente común á los dos la penitencia? Los dos, á saber de San Agustín, han querido complacerse á despecho de la justicia: ¿y no han de ser los dos justamente castigados para que á la vez sean misericordiosamente purificados? Tales son los primeros pensamientos y pasos de un alma verdaderamente arrepenida. No hay señales más ciertas, ni efecto más seguro de la verdadera penitencia del corazón, que este espíritu de penitencia corporal. La experiencia que tiene el pecador de la infinita misericordia que con tanta ternura le

recibe, le impulsa á no omitir por su parte cosa alguna para dar testimonio de todo su agradecimiento. La confusión en que se encuentra con motivo de verse cargado de tantas deudas, le induce á valerse de todos los medios imaginables para pagarlas; el odio que concibe contra su carne enemiga que le ha arrastrado al desorden, le obliga á vengar á Dios en sí mismo, y á hacer expiar á un cuerpo de pecado las desgraciadas satisfacciones en pos de las cuales ha corrido. ¿Qué sensibles pero asombrosos ejemplos de esta verdad nos da la Historia Eclesiástica! Abandonar al mundo; renunciar á las más inocentes diversiones; sacrificar la voluntad y la libertad; sepultarse vivos en un claustro ó en un desierto; hacer guerra á todas las exigencias de la naturaleza con rigurosas penitencias y con incesantes ayunos; emplear los días en un trabajo humilde y penoso; pasar las noches en vigilia y oración; tomar sobre el suelo ó sobre una estera algunos momentos de descanso porque el sueño viene, y por obligar á ello el cansancio y la debilidad de fuerzas; despedazar cruelmente la carne con disciplinas de sangre; armarse con cilicios, con cadenas de hierro; y con todo eso creer que no hacen lo bastante... Pero, ¿en dónde estoy? ¿con quienes pienso estoy hablando? Detengámonos, y no llevemos más adelante una relación, cuya sola idea puede causar horror á vuestra delicadeza.

Sin duda me habéis prevenido, y ya interiormente me habéis contestado, que no son para vosotros tantas austeridades como os acabo de enumerar. Os lo concederé en parte, hermanos míos. Pero decidme: los pecados que habéis cometido ¿no os imponen la obligación de satisfacer á la Divina justicia? ¿Se os ha dispensado de la ley general del Evangelio, que manda á todos aborrecer al mundo y á sí mismos, tomar la cruz y llevarla todos los días? ¿No hablaba para vosotros San Pablo cuando en términos formales daba á los Colosenses la orden de que mortificasen su carne; cuando declaraba positivamente á los mismos que los que pertenecían al Señor habían mortificado su carne? ¿Os ha exceptuado á vosotros Jesucristo cuando ha amenazado en general á todos los pecadores que se perderían sin remedio, si no hacían frutos dignos de penitencia? Dícese vulgarmente que las mortificaciones corporales son buenas para aquellas almas que viven retiradas en los claustros; pero que no son convenientes ni ocupan bien su lugar en el mundo. Son buenas para los religiosos, es verdad; realmente las practican; pero más bien se adoptarían aún á las personas de mundo, que son mucho más frágiles, que corren más riesgo, y que por lo mismo tienen necesidad de más poderosos preservativos.

¿En virtud de qué regla, pregunta San Bernardo, un alma criminal y llena de abominaciones se creará con derecho para excusar de mortificación á un cuerpo que ha tratado siempre como su divinidad; y al mismo tiempo juzgará, que todos los rigores de la penitencia son propios para un alma inocente, cuyo cuerpo nunca ha sido contemplado por ella? ¿Desde cuándo son menos necesarios los remedios á los enfermos, que á aquellos que gozan cabal salud? ¿Pues qué, continúa Eusebio Emiseno: personas sanas, que no tienen que temer el contagio, toman, sin embargo, extremas precauciones, privarse de todo, desprendense de todo, condenanse al más molesto y duro régimen; y almas y corazones llenos del contagio del pecado crearán no estar obligados á cosa alguna para curarse, para purificarse? ¿Será que uno puede salvarse sin mortificar el cuerpo? Es de todo punto imposible al hombre inocente que observe la ley de Dios, si no está resuelto á negar á su carne en determinadas ocasiones mil cosas que desea; si no está resuelto á oponerse, á hacer guerra á su carne, á fin de que esté sujeta al espíritu y éste á Dios. Si el precaverse con esta mortificación es necesario al justo, ¿cuánto más necesaria será al pecador tomada como remedio? En vano espera el pecador salvarse sin hacer penitencia; bien la practique con el ejercicio de la oración, en el cual están contenidos todos los actos de religión en orden á Dios; bien con el de la limosna, en el cual se comprenden todos los de misericordia en orden al prójimo; bien con el de ayuno, en el cual radican todas las prácticas de austeridad que uno puede ejercer en orden á sí mismo.

Desvanecidos, por consiguiente, tales pretextos, ¿habrá quién pueda dispensarse de hacer penitencia, amados hermanos míos? Es preciso que no haya pecado el que no se crea en el deber de hacerla; pero, una vez cometido el pecado, ¿queda otro remedio que exima de abrazarla, si se quiere que sea perdonado? Ella es difícil; pero para los pecadores. Nosotros lo somos, lo confesamos, y con todo no quisiéramos oír hablar de penitencia. Pero, ¿podemos expiar los pecados, si no la emprendemos? ¿Qué viene á ser una confesión ó declaración de los pecados, si no va acompañada de dolor, que es la virtud de la penitencia y la penitencia del corazón; si no la siguen las prácticas de penitencia, que son la penitencia del cuerpo? Jesucristo, nuestro Padre y nuestro Salvador, despedazado su cuerpo con llagas, lleva la cruz á cuestas y sube al Calvario para ser crucificado; y nosotros, hijos ingratos é inhumanos, nos mostraremos insensibles á sus penas y nos negaremos á tomar parte con él en la penitencia que por nosotros practica? Esta dolorosa cruz en que os vemos clavado,

nos la predica. Vos nos decid desde ella que nos apresuremos a tomar parte en vuestras penas. Aquí nos tenéis, pues, dispuestos á participar de vuestra cruz. *Ece venio*. Si Vos, sin conocer la culpa, habéis expirado en una cruz, tan sólo porque habiais cargado sobre vuestros hombros nuestros pecados, ¿cómo podremos nosotros rehusar la que Vos nos deparéis? No, Dios mio, no queremos gloriarnos sino en vuestra cruz. Por amargo que sea el cáliz que nos presentéis, lo beberemos con toda resignación, para que siendo penitentes en esta vida, podamos ser gloriosos en la otra. *Amén*.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

DIA OCTAVO

INTERÉS DE DIOS Y NUESTRO EN ROGAR
POR LOS DIFUNTOS
Y MEDIO PARA ALIVIAR SUS PENAS

Sancta et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut á peccatis solvantur.
Es un pensamiento santo y saludable el rogar por los difuntos para que queden libres de las penas que merecen sus pecados.

(LIT. 2. MACC. 12)

Cierre su boca la ignorancia, que ha tenido la osadía de calificar de superstición el rogar por los difuntos. Para juzarlo así, ¿no sería preciso sofocar los sentimientos de la naturaleza, que nunca despierta en nosotros el recuerdo de nuestros parientes sin acompañarlo de tan respetuosa inquietud que nos mueve á desear su descanso? ¿no sería preciso dar un grito de condenación contra todas las naciones del mundo, en algunas de las que ni la barbarie ha podido impedir que reverenciase las cenizas de sus padres? ¿no sería preciso desacreditar la conducta de los antiguos patriarcas, que daban limosna á los pobres sobre los sepulcros? ¿Hay algún rincón en la tierra hasta donde se haya extendido la Iglesia desde el siglo tercero, en el cual no se hayan ofrecido sacrificios y oraciones á favor de los difuntos?

Detengámonos, hermanos míos, en los siglos de la piedad y de la ciencia. Veremos en Italia á un San Ambrosio tan fiel en orar como

en ofrecer sacrificios por su hermano Satiro, y á Santa Mónica solicitar con insistencia oraciones para su alma, y rogar á su hijo que se acordase de ella en el altar; en Africa, á un San Agustín que indica los medios para aliviar á los difuntos, y que el mismo practica, diciendo á su pueblo que si valen los sacrificios para honrar á los mártires, sirven también para amenguar las penas de los que no vivieron con la debida santidad; en la Palestina, á un San Jerónimo conducir las Paulas al sepulcro con las mismas ceremonias que practicamos en nuestros días; en Ponto y en Capadocia, á los Gregorios Nicenos y Naciancenos y á los Pedros de Sebaste reunirse alrededor del sepulcro de sus padres, para celebrar allí sus pompas fúnebres con oraciones, sacrificios y limosnas; en Mesopotamia, al santo diácono Efrén ordenar en su última disposición ofrendas y sacrificios; en la Tehaida, á un Arsenio que muere inquieto y sin sosiego, pecando en su alma y encargando á sus discípulos que la favorezcan con sus oraciones; en Chipre, á un San Epifanio haciendo mención de la disciplina del siglo quinto, que dice así: «Se hace conmemoración de los difuntos, nombrándolos y ofreciendo á favor suyo el sacrificio y otras oraciones.»

Ante el testimonio de hombres de tan elevada jerarquía, ¿podremos dejar de afirmar con el libro segundo de los Macabeos, que es santo y saludable el pensamiento de rogar por los difuntos para que queden libres de sus pecados? *Sancta et salubris est cogitatio pro defunctis exorare ut á peccatis solvantur*. En todos tiempos ha sido tenida la oración por los difuntos como una obligación esencial; pues atrae sobre ellos el saludable refrigerio por el que suspiran. Suplicamos, Dios mio, decia en otro tiempo un Santo Pontífice celebrando las exequias del emperador Teodosio, que concedáis el eterno descanso al alma de nuestro siervo Teodosio; sus virtudes han merecido mi aprecio, y su muerte no ha menguado el ardor con que le amaba. Señor, no me olvidaré de él hasta que vuestra divina bondad le haya franqueado la entrada á la patria celestial; no omitiré votos ni oraciones para conseguir esta gracia. A imitación suya, debemos rogar por las almas del purgatorio y no cesar de hacerlo hasta que descansen en el seno de Abraham. Las ventajas de tales oraciones son las que he determinado manifestaros en este discurso. Es interés de Dios, y nuestro, el rogar por los difuntos; primera reflexión: tenemos medios para aliviar sus penas; segunda reflexión: obligación pues de rogar por las ánimas, y modo de hacerlo. Virgen soberana, interceded para que mis palabras cooperen al bien de las almas del purgatorio, enseñando bien el modo de rogar por ellas. *Ave Maria*.

El estado de una alma en el purgatorio es como violento por parte de Dios. Y he ahí por qué el interés de Dios no nos permite mirarlo con indiferencia. En el purgatorio ve Dios unas almas que ama con ardor, con tierno y paternal cariño; y á las que, no obstante, no puede aliviar: almas llenas de mérito, de santidad, de virtud; y á las que, sin embargo, no puede recompensar á causa de su justicia; almas que son sus elegidas y sus esposas; y á las que no puede dejar de herir y castigar. ¿Hay algo que se oponga tanto á las inclinaciones de un Dios tan misericordioso y caritativo? No, no se complace el Señor, dice Isaías, en castigar á los culpables. No, no se satisface con su miseria. Siéntate aquel Padre, el mejor de todos, el castigo de sus hijos; y no lo ejecuta sino cuando se ve precisado á hacerlo. La justicia que ejerce sobre las santas almas, no es, digámoslo así, mas que una justicia forzada; una justicia que facilmente queda satisfecha, y que no quiere sino que un intercesor la apacigüe. A nosotros toca librarle de la necesidad á que le obligan en algún modo, á pesar del cariño con que las ama, su justicia y su santidad. Quiere en este caso dividir con nosotros su autoridad. Reserva el infierno á su justicia, y el purgatorio á nuestra caridad. Hazed pedazos sus cadenas, rompied sus nudos; parece que nos dice. Vosotros aumentaréis mi gloria, haréis que mi bondad triunfe, y os conformaréis con las secretas disposiciones de mi justicia. Está dispuesto á ponerse de acuerdo con nosotros, si se lo pedimos; y nos precisa á que apartemos los obstáculos que le impiden el derramar sus más dulces consuelos sobre las desventuradas almas. No nos dice como á Moisés: «Deja que manifieste mi resentimiento; deja que obre mi furor con libertad: mi pueblo es delincuente; se ha sublevado contra mí; es preciso que experimente qué cosa es estar su Dios irritado.» No por cierto, habla otro lenguaje. «Oponéos á mi venganza, nos dice, no queráis que atormente por más tiempo á unas almas que amo y que vosotros debéis tambien amar. Cueste lo que cueste á mi justicia, sed sus libertadores: apresurando su triunfo, aumentaréis mi gloria.» ¿Habrá corazones tan endurecidos que opongan resistencia á tan tierno combate?

Hace Dios á corta diferencia en favor de las almas en particular, lo que hace para todos los hombres en general; y no exige de nosotros para su libertad más que lo que pidió á su muy querido Hijo para nuestra salvación. Los pecados de los hombres y su baja, la justicia de Dios y sus imprescriptibles derechos impedían, al parecer, los pasos para nuestra reconciliación: su santidad tenia horror á nuestros crímenes: su justicia pronunciaba decretos y anatemas con-

tra nosotros; mas su misericordia se oponia incessantemente á la ejecución. Para conciliar tan encontrados intereses, envió Dios á su Hijo para que fuese nuestro mediador, nuestro fiador y nuestra víctima; y con este invento de su sabiduría y amor concilió la paz con la justicia: *Justitia et pax osculatae sunt*. Lo mismo hace para que sean trasladadas al lugar de refrigerio las almas del purgatorio. Porque son culpables de algunas ligeras faltas, el orden exige que Dios reciba de ellas una conveniente satisfacción; mas, porque la gracia final ha coronado su predestinación, les profesa un amor paternal, y nos ha elegido á nosotros para que conciliemos su justicia con su misericordia, como ha ideado su sabiduría. Si, nosotros somos, ¡oh Dios mío! en esta parte los coadjutores de vuestra justicia. Supuesto que las almas del purgatorio no pueden satisfacer vuestra justicia, nosotros debemos, á imitación del Apóstol, castigar nuestra carne; padeciendo de este modo por las almas predestinadas, dignos miembros de vuestro cuerpo místico, que es la Iglesia. Vos hacéis respecto de las almas que sufren, lo que hace el mejor de los padres respecto de sus hijos. Queréis perdonarles sus transgresiones; pero queréis que se os ruegue, dice San Ambrosio. Queréis que alguien se interponga entre Vos y ellas en calidad de mediador. Queréis usar de misericordia; pero queréis que nosotros satisfagamos los derechos de vuestra justicia. Queréis perdonarles la deuda; pero que nosotros seamos sus fiadores. Tales son vuestros designios con respecto á aquellas almas, y tales los medios que habéis elegido para su realización. No queréis de nosotros en favor de ellas mas que lo mismo que habéis hecho vos en favor nuestro; y, si nos gloriamos de amaros, ¿no las socorreremos?

Mas no penséis, hermanos míos, que pretenda hacer depender de la criatura la felicidad del ser Supremo: sé que es soberanamente dichoso y que él sólo se basta para su felicidad. Pero se también que siendo Dios la bondad por esencia y poseyendo un inagotable caudal de riquezas, desea y solicita comunicarse y difundirse. Sus delicias son estar con los hijos de los hombres. Habiendo en algún modo confundido sus intereses con los nuestros, toma como á propio el agravio que les hacemos, y se venga. Sé también que si Dios se interesa por todo lo que pertenece al hombre en general, mucho más se interesa por las almas del purgatorio en particular. Si especialmente por ellas bajó del cielo y se revistió de nuestras flaquezas y miserias; si las almas que padecen son del número de las queridas ovejas que oyen su voz; de las esposas predilectas para quienes el verdadero Jacob tanto ha padecido en la tierra; de los hijos tan esti-

mados que engendrò entre crueles dolores y tormentos en la cruz; si Jesucristo es la cabeza de las almas del purgatorio, y ellas sus miembros; si los trabajos de éstas le mueven à compasion y se alegra de su dicha, ¿no será de todo punto verdadero que se interesa por ellas? Y si nosotros estamos bien persuadidos de esta verdad, ¿titubearemos siquiera un instante en rogar por ellas?

Cuando el interés que Dios se toma en favor de las santas almas, hermanos míos, no bastase à impulsarnos à rogar por ellas, ¿podría dejar de ser suficiente para que lo hicierais, la consideración del fruto que nos reportará su alivio? ¿Qué premio no deberéis esperar de Dios, à quien prestáis tan agradable servicio, inclinándole à dar parte de su gloria à unas almas que tanto ama, y de las cuales es tan amado? ¿Qué no deberéis esperar, y cuán grande no será el agradecimiento de las almas à las que habréis sacado de sus prisiones, abriéndoles con vuestras oraciones las puertas del cielo? El copero de Faraón, libre de sus pesadas cadenas, se olvida de José, quien tan favorablemente interpretó su sueño. El esplendor y la felicidad pueden alejar à los hombres, y fácil es que se olvide de los desgraciados el que deja de serlo. Mas ¿podrá formarse la misma idea de las almas del purgatorio? Dios las hará conocer à sus benefactores; y ¿con qué celo no solicitarán ellas la salvación de los que habrán apresurado su dicha? Y aun cuando, suponiendo un imposible, aquellas almas se olvidasen de vosotros, ¿seriais por ventura olvidados de Dios? Lejos de nosotros, Señor, sospechas tan injuriosas à vuestra infinita misericordia. Vos lo habéis dicho (y vuestras palabras son otros tantos oráculos infalibles), que os apiadaréis de los que se habrán apiadado del prójimo. ¿Podréis ver terminadas las miserias de nuestros hermanos difuntos, hechas pedazos sus cadenas, asegurada su grandeza, sin darnos la recompensa? Ciertamente que no. Si él ha prometido que no quedará sin recompensa à favor nuestro, un vaso de agua fría dado en nombre suyo; si es prestarle à usura el esparcir nuestras dádivas por el campo del prójimo, ¿qué no deberemos esperar, si después de nuestra muerte, nos encontramos sepultados, como aquéllos por cuya causa nos interesamos tanto, en las terribles llamas del purgatorio? Movido el Señor por su bondad infinita, nos aplicará los infinitos tesoros de su Iglesia; hará que descienda sobre nosotros tantos votos, tantas oraciones y tantos sacrificios ofrecidos, pero inútilmente, por un sin número de réprobos. La misericordia que habréis ejercido sobre ellos, dice la Escritura Santa, será la medida de la que Dios usará con vosotros. Pero ¿por qué fatal desgracia olvidamos tanto el rogar à favor de unas almas, cuyo alivio tanto interesa à Dios y à nosotros?

La memoria de los difuntos, hermanos míos, perece de ordinario con el sonido, según la expresión del salmo; y à excepción de algunas lágrimas superficiales, de algunos aparatos fúnebres, fruto las más veces de la ceremonia, de la costumbre y razón de estado, ninguna oración, ningún sacrificio, ninguna limosna por los muertos; como si exterioridades fueran capaces por sí mismos de acelerarles su eterno descanso; ó como si nuestros difuntos no tuvieran derecho à otros sufragios que à ceremonias puramente externas.

No es mi ánimo reprobar aquí el honor que se les hace. Yo sé bien que Jesucristo lloró sobre el sepulcro de Lázaro; sé que permitió que con el precio en que fué vendido se comprase un campo para sepultura de los peregrinos; sé que San Miguel enterró el cuerpo de Moisés; sé que San Rafael presentó à Dios la piedad de Tobías con los muertos; sé la solicitud de Abraham en prevenir à su esposa su enterramiento; sé en fin, que en todos tiempos ha mirado la Iglesia como un acto de piedad los funerales. Mas esto no basta, hermanos míos, son menester limosnas para acelerarles su felicidad.

Nosotros no podemos darlas, oigo decir à algunos. ¡Ah! acaso podríais ahorrando de vanidad, de lujo de vestido, de juego y de mesa, con algunos otros gastos superfluos, por no decir criminales, que os ponen de ordinario en imposibilidad de cumplir tan estrechas obligaciones. Examinad sin indulgencia vuestro interior, hijos del siglo, disipados en la gula y diversiones teatrales, y hallaréis un testimonio auténtico de esta verdad. ¡Ah! ¿cuanto os pesará ella el día de la ira?

Mas yo quiero ser indulgente en esta parte con algunos de vosotros. Concedo que no podáis dar limosnas para alivio de las almas; pero podéis y debéis orar por ellas. Podéis bautizaros por los muertos, según la práctica de la Iglesia, que nos enseña San Pablo; es decir, podéis ayunar y mortificaros por ellos, para sufrir en vuestra carne las pasiones ó mortificaciones que à ellos faltan, y que no pueden satisfacer por no haber ya lugar; podéis y debéis ofrecerles el santo sacrificio del altar, esta hostia inmaculada, que la Iglesia ofrece cada día por los vivos y los muertos; éste Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo; esté abogado de los hombres, que ruega sin cesar por ellos ante su Padre celestial, de quien siempre es oído, por la reverencia que le es debida; esta inefable víctima de todos los siglos, precio infinito de vuestra redención; cuya sangre clama siempre ante el trono de Dios, no ya venganza como la de Abel, sino indulto, perdón, misericordia.

¿Qué pediremos pues à este soberano mediador, que no conceda

en beneficio de sus afligidas esposas? Pedid y conseguiréis, nos dice Jesucristo; todo el que pide recibe; el que busca halla; el que llama a las puertas de su misericordia, se le abren; y si aun dudáis con los incrédulos y libertinos de nuestro siglo de tinieblas del fruto de la oración fervorosa al Dios de las bondades, para alivio de vuestras aliciones ó las de vuestros hermanos, arrojad por un momento la vista sobre la historia de nuestra religión, y hallaréis monumentos auténticos de estas verdades. Oró Moisés, á favor de su pueblo, perseguido por los egipcios, y se dividieron las aguas del mar Rojo para que pasasen á pie enjuto. Oraron los jóvenes en el horno de Babilonia, bendijeron á Dios en medio de las llamas, y salieron ilesos. Oró Josué, y detuvo el sol en su carrera para concluir la derrota del amorreo. Pidieron Mardoqueo, Ester y Judit, y obtuvieron la libertad de su pueblo. Pidieron Elías y Eliseo, y siempre con fruto. Pidió Daniel, y salió libre del lago de los leones. Pidieron Manasés, David y el Publicano, y obtuvieron el perdón de sus culpas. ¿Por qué no con seguirémos nosotros? ¿Está por ventura abreviada la mano del Señor? ¿Se ha disminuido ya su misericordia? ¿O podrá contenerla en medio de su ira?

Pedimos, decís, y no recibimos. ¿Sabéis por qué, hermanos míos? Porque no pedis bien, dice Santiago. Pedid lo que conduzca á honra y gloria de Dios, al bien de vuestra alma y al de vuestros hermanos, y conseguiréis vuestra petición. Pedid con viva fe, y trasladaréis los montes en caso necesario. Purificad, os ruego, vuestras conciencias, y hallaréis á Dios propicio, no sólo para vosotros, sino á favor de vuestros hermanos como lo tiene prometido. Oid el triste lamento de vuestros padres, de vuestras madres, de vuestros hijos, de vuestros amigos, que imploran vuestra misericordia desde aquella terrible cárcel de la justicia de Dios, y mordidos á piedad por las atroces penas que padecen, privadas sus almas santas de la presencia del Señor, y en medio de un vivísimo fuego que las devora sin consumirlas; orad por ellas y ofrecedles el santo sacrificio de la misa, limosnas ó indulgencias, en desempeño de la estrecha comisión que Dios os ha dado de acelerarles su eterna felicidad, y en cumplimiento de las leyes inviolables de la caridad.

Apresuraos, pues, entretanto á socorrer á estas almas; postraos á los pies de los santos altares; humillaos en presencia del Señor: *procidamus ante Deum*: levantemos nuestra voz hasta los cielos, lloremos: *ploremus coram Domino*: recordemos sus antiguas misericordias; porque tenemos un Dios misericordioso y compasivo: *misericors et miserator Dominus*.

Vos, Señor, ¡Sacerdote santol inmaculada victima, recibid, en esta hora nuestras oraciones como un sacrificio agradable en vuestra presencia. Tened misericordia de estas almas: ¡Padre benéfico! no atormentéis más á vuestros hijos. ¡Pastor benigno! no inmoléis ya vuestras ovejas. ¡Esposo casto! no mortificuéis más á vuestras esposas. Si la justicia ha armado hasta aquí vuestro brazo, que lo desarme ya vuestra bondad. Si el vicio os ha irritado, que os enterezcan vuestras lágrimas. Nosotros somos hijos vuestros, y los que padecen son nuestros hermanos: nosotros intercedemos por ellos y les serviremos de caución, mandándoles aplicar el tesoro infinito de vuestros méritos. Aceptad, Señor, por sufragio de estas almas los gemidos de la Iglesia y los ardientes deseos de estos mis hermanos y de este devoto pueblo, que con la fe más viva os pide que os dignéis recibir y coronar de gloria las almas de nuestros hermanos. *Amen*.

DIA NOVENO

LA HUMANIDAD PRACTICADA Á FAVOR
DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO
AUMENTA LOS INTERESES DE LA RELIGION

Oh vos omnes qui transitis per viam, attendite, et videte si est dolor sicut dolor meus.

¡Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, attendid, y mirad, si hay dolor como mi dolor.

(JEREM., c. 1, v. 12.)

¿De quién proceden estos penetrantes lamentos, bastantes para ablandar la dureza de los corazones más empedernidos? ¿De quién es esta voz fúnebre y melancólica que despierta nuestra atención y vigilancia? ¿Es acaso la voz de un Profeta que á la vista de las desgracias ocurridas en la infeliz Jerusalén, de la cautividad á que la redujeron sus enemigos, de la profanación que ejercitaron sobre sus vírgenes, sacerdotes y su templo, invita á todos los hombres á que consideren que no hay alicción que pueda compararse con la de aquella ciudad sumergida en un mar de dolor? ¿Es quizás la voz de un Dios hecho hombre, que, entregado al poder de las tinieblas, cu-

en beneficio de sus afligidas esposas? Pedid y conseguiréis, nos dice Jesucristo; todo el que pide recibe; el que busca halla; el que llama a las puertas de su misericordia, se le abren; y si aun dudáis con los incrédulos y libertinos de nuestro siglo de tinieblas del fruto de la oración fervorosa al Dios de las bondades, para alivio de vuestras aliciones ó las de vuestros hermanos, arrojad por un momento la vista sobre la historia de nuestra religión, y hallaréis monumentos auténticos de estas verdades. Oró Moisés, á favor de su pueblo, perseguido por los egipcios, y se dividieron las aguas del mar Rojo para que pasasen á pie enjuto. Oraron los jóvenes en el horno de Babilonia, bendijeron á Dios en medio de las llamas, y salieron ilesos. Oró Josué, y detuvo el sol en su carrera para concluir la derrota del amorreo. Pidieron Mardoqueo, Ester y Judit, y obtuvieron la libertad de su pueblo. Pidieron Elías y Eliseo, y siempre con fruto. Pidió Daniel, y salió libre del lago de los leones. Pidieron Manasés, David y el Publicano, y obtuvieron el perdón de sus culpas. ¿Por qué no con seguirémos nosotros? ¿Está por ventura abreviada la mano del Señor? ¿Se ha disminuido ya su misericordia? ¿O podrá contenerla en medio de su ira?

Pedimos, decís, y no recibimos. ¿Sabéis por qué, hermanos míos? Porque no pedis bien, dice Santiago. Pedid lo que conduzca á honra y gloria de Dios, al bien de vuestra alma y al de vuestros hermanos, y conseguiréis vuestra petición. Pedid con viva fe, y trasladaréis los montes en caso necesario. Purificad, os ruego, vuestras conciencias, y hallaréis á Dios propicio, no sólo para vosotros, sino á favor de vuestros hermanos como lo tiene prometido. Oid el triste lamento de vuestros padres, de vuestras madres, de vuestros hijos, de vuestros amigos, que imploran vuestra misericordia desde aquella terrible cárcel de la justicia de Dios, y moridos á piedad por las atroces penas que padecen, privadas sus almas santas de la presencia del Señor, y en medio de un vivísimo fuego que las devora sin consumirlas; orad por ellas y ofrecedles el santo sacrificio de la misa, limosnas ó indulgencias, en desempeño de la estrecha comisión que Dios os ha dado de acelerarles su eterna felicidad, y en cumplimiento de las leyes inviolables de la caridad.

Apresuraos, pues, entretanto á socorrer á estas almas; postraos á los pies de los santos altares; humillaos en presencia del Señor: *procidamus ante Deum*: levantemos nuestra voz hasta los cielos, lloremos: *ploremus coram Domino*: recordemosle sus antiguas misericordias; porque tenemos un Dios misericordioso y compasivo: *misericors et miserator Dominus*.

Vos, Señor, ¡Sacerdote santol inmaculada victima, recibid, en esta hora nuestras oraciones como un sacrificio agradable en vuestra presencia. Tened misericordia de estas almas: ¡Padre benéfico! no atormentéis más á vuestros hijos. ¡Pastor benigno! no inmoléis ya vuestras ovejas. ¡Esposo casto! no mortificuéis más á vuestras esposas. Si la justicia ha armado hasta aquí vuestro brazo, que lo desarme ya vuestra bondad. Si el vicio os ha irritado, que os enterezcan vuestras lágrimas. Nosotros somos hijos vuestros, y los que padecen son nuestros hermanos: nosotros intercedemos por ellos y les serviremos de caución, mandándoles aplicar el tesoro infinito de vuestros méritos. Aceptad, Señor, por sufragio de estas almas los gemidos de la Iglesia y los ardientes deseos de estos mis hermanos y de este devoto pueblo, que con la fe más viva os pide que os dignéis recibir y coronar de gloria las almas de nuestros hermanos. *Amen*.

DIA NOVENO

LA HUMANIDAD PRACTICADA Á FAVOR
DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO
AUMENTA LOS INTERESES DE LA RELIGION

Oh vos omnes qui transitis per viam, attendite, et videte si est dolor sicut dolor meus.

¡Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, attendid, y mirad, si hay dolor como mi dolor.

(JEREM., c. 1, v. 12.)

¿De quién proceden estos penetrantes lamentos, bastantes para ablandar la dureza de los corazones más empedernidos? ¿De quién es esta voz fúnebre y melancólica que despierta nuestra atención y vigilancia? ¿Es acaso la voz de un Profeta que á la vista de las desgracias ocurridas en la infeliz Jerusalén, de la cautividad á que la redujeron sus enemigos, de la profanación que ejercitaron sobre sus vírgenes, sacerdotes y su templo, invita á todos los hombres á que consideren que no hay alicción que pueda compararse con la de aquella ciudad sumergida en un mar de dolor? ¿Es quizás la voz de un Dios hecho hombre, que, entregado al poder de las tinieblas, cu-

hierto de oprobios y desamparado de su Padre, tendría más derecho que ningún otro á preguntar si ha habido nunca humillaciones que pudieran tener alguna proporción con todo lo que él tuvo que sufrir? ¿Es por ventura la voz de los mártires que, abandonados al furor de los tiranos, experimentan, cuanto de mas atroz cabe en la crueldad, cuanto de más furioso puede caber en la muerte, y que en la excesiva intensidad de sus penas pueden decir con harta razón que ningún hombre sin auxilio extraordinario podría sufrir padecimientos tan reiterados, ni soportar suplicios tan atroces? Esta voz compasiva es de aquellas almas que son atormentadas, por disposición del Altísimo, en las oscuras prisiones del purgatorio; y solicitan con sus ecos lastimeros mover á compasión y ternura á los mortales: *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.*

¿Qué gloria, pues, para nosotros, que dicha, amados oyentes míos, romper las cadenas del Israel cautivo; enjugar las lágrimas de Jeda, que, desterrado á lejanas tierras, suspira por las fiestas y solemnidades de Sión! Tales son las almas de nuestros antepasados que, entre los rigores que las hace experimentar la Divina justicia, esperan, de nuestra Religión y de nuestra humanidad el alivio de aquellas insufribles angustias. *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.* La Iglesia santa nos congrega el día de hoy en este santo templo á fin de que la acompañemos en tan santa y cristiana obra; os conduce como á Ezequiel á los campos llenos de despojos humanos, para que, pronunciando sobre los huesos áridos palabras de bendición, les alcancéis la dicha de oír la voz del Criador; os conduce como al Rey de Babilonia al borde de aquella fosa en donde estaba el justo Daniel, á fin de que, penetrados de sus gemidos, levantéis la losa que los tiene encerrados; ó á lo menos, á imitación del profeta Abacuc, les alarguéis algún socorro para alivio de sus trabajos. *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.* Penetremos de los religiosos sentimientos de la esposa de Jesucristo á favor de los difuntos, y aprendamos á compadecernos cristianamente de ellos. La Religión nos lo pide; la humanidad lo exige. He ahí el fundamento del auxilio que debéis dar á las almas del purgatorio, y que yo os descubriré con esta proposición: que el alivio que los fieles procuran á favor de las almas del purgatorio, da esplendor á la Religión, adquiriendo sus intereses; y á la humanidad, recobrando sus derechos. Mas claro: la humanidad practicada á favor de las almas del purgatorio, aumenta los intereses de la Religión. Preparad vuestros sentimientos para tomar alguna parte en los vehementísimos dolores de las almas del purgatorio, que os hará ver el discurso que voy á comenzar. *Ave Maria.*

Uno de los caracteres de nuestra sacrosanta Religión es la prescripción de todas las obras, que tienden á ser de interés para Dios, para el prójimo y para nosotros mismos. Lo que caracteriza á la humanidad es el ejercicio de la piedad con tanto mayor fervor, cuanto más íntimamente nos están unidos los que son acreedores á ella. Condoliérase la Religión, defraudados sus intereses, cuando viese abandonados los de Dios, los del prójimo y los nuestros. Experimentarían opresión los derechos de la humanidad, si los infelices dignos de compasión permaneciesen en sus penas sin recibir socorro alguno. ¿Y no quedan removidos estos obstáculos, cuando los fieles practican la humanidad en favor de las almas del purgatorio? ¿No recobra la humanidad sus derechos y la Religión sus intereses? Permitidme, pues, que yo me extienda en ponderaros cuán acreedoras son estas almas á que se ejerza sobre ellas la humanidad, á fin de que en vista de su práctica resalte más y más el interés que redundan en pro de la Religión, aliviándolas. Almas desamparadas... mas, ¿qué digo! almas predilectas del Padre de las misericordias, ¡cuán lastimosa es vuestra situación! Queridas de Dios, y destinadas á sufrir la prisión de unas llamas devoradoras? ¿Objetos de su misericordia, y trofeos de su justicia? ¿Acreedoras al premio, y sacrificadas al castigo? ¿Qué violencia! El Señor, dice Isaías, no se complace en el suplicio de los delinquentes. Disgusta á este Padre el castigar á los fieles, y no lo ejecuta sino cuando se ve precisado á hacerlo. ¿Qué extraña violencia para un corazón tierno y amoroso como el de este Padre el detener en aquel lugar de tormentos á unas almas, que él ama y de las que es ardentísimamente amado; el separarlas de su bondad para inmolárlas á su justicia! ¿Qué dolor tan vivo verse forzado á herir á unas almas que por especial predilección ha sacado de la masa de la perdición; almas á cuyos ojos ha de manifestar toda la magnificencia de su gloria, almas que un día han de reinar en su compañía por perpetuas eternidades! ¡Ah, Señor, qué terrible lucha entre vuestra misericordia y vuestra justicia! Vos amáis y castigáis; esas almas que sufren, son á la vez objetos dichosos y desgraciados de vuestro amor y de vuestra justicia. Si, católicos, cómo á justas y marcadas con el sello de la gracia y de la adopción, él las atrae; como deudoras á la Divina justicia de algunas ligeras faltas, las repele; aunque dueño y todopoderoso, no puede franquearles la entrada en la posesión de su gloria hasta que estén purificadas con el fuego del purgatorio.

Figúrome más dignas de compasión estas almas que Jacob; llorando, no la pérdida de un hijo, sino la de un Dios, que los hace sentir á un mismo tiempo las amarguras de su separación y los rigo-

res de su justicia. Representólas tan desgraciadas en tener á Dios presente como en tenerlo ausente; desgraciadas en el primer caso, porque las hace experimentar el peso de su brazo formidable, los efectos sensibles de su indignación, los terribles azotes de su venganza; desgraciadas en el segundo, porque les parece que no tiene entrañas de misericordia, ni sentimientos de amor, ni conmociones de lástima con respecto á ellas; desgraciadas en tener á Dios presente, porque las hace padecer los más penetrantes remordimientos, las más insufribles amarguras, las más dolorosas perplejidades; desgraciadas en tenerlo ausente, porque las priva de todo consuelo, de todo alivio, de toda dulzura. ¡Cuán vanamente claman, suspiran, suplican! Los suspiros carecen de eficacia; son vanas las súplicas, los clamores inútiles. Para ellas el cielo se muestra intransigente, y nadie enjuga sus lágrimas. Buscan á Dios, y Dios huye de su presencia; ofrecen á Dios, y él se les oculta; suplican á Dios, y éste las repele; acércanse á Dios, y él se aleja de ellas; elevanse á Dios, y Dios las precipita. En estado tan deplorable, exclaman vivamente con las palabras de Job: ¡Ah, Señor! quién nos pondrá á cubierto de los formidables dardos de vuestra justicia en este tenebroso lugar! Para fijar á lo menos alguna moderación á nuestras penas, señaladnos el tiempo en que podremos poseeros. Está, esta privación de Dios es para las almas detenidas en aquel lugar de suplicios el más insostenible de todos los tormentos. ¡Qué dolor sentirse impelidas hacia Dios por la violencia de su amor, y verse repelidas por la severidad de su justicia! ¡Qué tormento estar unidas con Dios y separadas de Dios! Unidas por la caridad, y separadas por el pecado, del cual fueron perdonadas, y del que, no obstante, sufren la pena!

¿Pero qué? ¿Son acaso la causa de sus penas algunas faltas graves, algunos notables delitos con los que se hayan acarreado la indignación de Dios? ¡Oh! ¡qué confusión para los cobardes en el servicio de Dios, para los infieles á las obligaciones que les parecen de poca trascendencia, para los tibios en el cumplimiento de la ley, para los poco escrupulosos en el arreglo de sus costumbres, al ver á las santas almas tan atormentadas! Afectos pecaminosos, respetos humanos, venganza, maledicencia, indocilidad, soberbia, desarreglo, olvido de las obligaciones esenciales, pecados graves... ¡eh!... quitad: no, no sois vosotros los que habéis excitado la Justicia Divina contra estas afligidas almas. No, no pagan tributo como los que, embriagados con el mortal veneno que era el deleite de su vida, son funestas, y eternas víctimas de todo un Dios-airado en las regiones del horror y del espanto. No penséis que las hayan arrastrado á aquel lugar de suplicios

unas aficiones vehementes y pecaminosas, sino unas amistades demasiado afectuosas y tiernas; no el orgullo que exige adoraciones, sino la delicadeza que se resiente de una ofensa; no la avaricia que ninguna opulencia puede saciar, sino el empeño en no cercenar bastante el fausto y los caprichos del siglo; no la calumnia que desacredita al prójimo, sino la sátira que le contrasta un instante; no la rebeldía que resiste á la gracia, sino la inaplicación que cede á los impulsos de la naturaleza; no el olvido de las obligaciones hasta el punto de abandonar las virtudes cristianas, sino las imperfecciones de las más heroicas virtudes que alteran su mérito; el demasiado ardor del celo, la excesiva complacencia en el ejercicio de la caridad, la demasiada política en la circunspección, el demasiado recato en la afabilidad, la excesiva franqueza en la sinceridad, la excesiva austeridad en la rectitud, la demasiada entereza en la constancia, la demasiada humillación en la humildad, la demasia de exceso en la devoción; en dos palabras, virtudes que, ó no se practicaron hasta el punto fijado por Dios, ó salvaron la valla que las constituía en sus verdaderos límites. Son pecados, es verdad; pero son pecados de inadvertencia, pecados momentáneos, pecados de fragilidad, pecados que al cometerlos no se perciben perfectamente, y que luego de cometidos apenas queda recuerdo de ellos. ¡Oh Dios de infinita justicia! ¿quién podrá presentarse justificado á vuestros divinos ojos, si estas almas que parecían inocentes y puras, sufren ahora los más horribles tormentos en las prisiones del purgatorio? ¡Qué abismo de tormentos!

Abrid vuestras puertas, calabozos en los que hay espesimas tinieblas: presentad á nuestra vista el rigor de vuestros suplicios y la actividad de vuestro fuego. Y vosotros, espíritus celestiales, que giráis visitas á esas oscuras cárceles, iluminad esas tenebrosas regiones á fin de que veamos de manifiesto el horror de ese clima y las miserias de esa infeliz habitación. El abismo está ya abierto. ¿Qué es lo que veo en él? ¡Ay de mí, qué espantosa noche! ¡Cuántos infortunados cautivos sumergidos en las horribosas llamas tienden hacia nosotros las manos para movernos á caridad y ablandar la dureza de nuestros corazones! ¡Qué no pueda yo manifestaros tan sensiblemente como los experimentan las almas, los agudos dolores que penetran su corazón! Desde este lugar os diría con los teólogos que un fuego vengador atormenta á estas almas de un modo tan verdadero, que su concepción no está en nuestras alcances; os diría con San Agustín que las penas sensibles que padecen son más acerbas que todo lo más cruel que nos es dado imaginarnos; os diría con el an-

gético maestro Santo Tomás que la más ligera pena que se padere en aquel lugar de destierro excede á los más intensos suplicios que se pueden sufrir en este mundo... Pero, corramos un velo á la enumeración de tantas penas, á vista de las cuales si vuestros corazones no se excitán á compasión, no sabré que nombre dar á vuestra dureza é insensibilidad.

Prestemos, no obstante, oído á las reprensiones que se dirigen á sí propias, como lo hacía en otro tiempo el real Profeta. ¿En dónde está nuestro Dios, exclaman, á quien deberíamos ya poseer en la hora presente? Nosotras nos hemos privado de su vista por un placer momentáneo; á causa de algunas indiscretas palabras que la prudencia cristiana no permite proferir, ó que no puede sufrir la delicadeza de la caridad; de algunas proñititudes hijas del orgullo que la religión no alcanzó á reprimir instantáneamente. ¿En dónde está nuestro Dios? ¿Es así que nosotras nos hayamos conquistado un derecho á heredar la eternidad bienaventurada; y que nos veamos forzadas á permanecer por ahora en estas oscuras tinieblas? ¡Infelices placeres, qué alegrías tan grandes nos habéis robado! ¡burlescas ociosidades, cuántas penas nos habéis ocasionado! ¡inútiles discursos, funestos pasatiempos, á cuán subido precio os hemos comprado, puesto que nos costáis no la pérdida, mas sí la privación de nuestro Dios! ¡Ay de nosotras! ¡No habrá quien pompa estas cadenas que nos tienen aprisionadas? ¡Pueden darse idénticos tormentos á los que nosotras padecemos? *Attendite et videte sicut dolor sicut dolor meus*. Mundiando, no emitáis juicio sobre la amargura de estas almas movidas por la inclinación de vuestros carnales sentimientos; vosotros, ocupados en los objetos del amor profano, no sabéis cuán grande es la pena producida por la privación de las castas caricias del celestial esposo; pero comprendedla por medio de la inquietud que experimentáis, al estar privados por algún momento del objeto que idolatráis arrestrados por una pasión delincente.

A estas almas no les es dado poder por sí propias acelerar el momento de su eterna felicidad: Sumergidas en aquella noche de tinieblas, en la que, según oráculo del Hijo de Dios, nadie puede obrar ni contraer méritos, esperan, como el paraltico del Evangelio, que una mano caritativa las ayude á entrar en la piscina al instante en que descienda el Angel libertador. Dirigiéndose á nosotros, nos dicen que nos compadecemos de sus tormentos; que son hermanos nuestros; que son cristianos como nosotros; que la mano del Todopoderoso las oprime y las hace sufrir penas tan formidables. ¿Y nosotras nos negaremos á derramar algunas gotas de agua sobre aque-

llos braseros que las devoran, y á procurarlas algún refrigerio en la sed que las ahoga? ¿De quién son las ardientes suplicas con que se nos da á entender que lo hagamos? ¿De quién es aquella voz cuyos ecos se perciben por entre aquellas penas? Será la voz de aquellos sacerdotes, de aquellos pontífices que fueron los doctores de nuestra fe y los maestros de nuestras costumbres. Será la voz de aquellos generosos protectores que nos dirigieron con sus consejos, que nos patrocinaron con su autoridad, que nos abrieron las puertas de la fortuna. Hijos desnaturalizados, esta voz que percibís es la de vuestro padre, de aquel padre á quien debéis la vida y la educación, de aquel que tanto hizo por vosotros, y cuyos bienes poseéis en la actualidad. Padres insensibles, la voz que escucháis, es la de vuestros hijos que ahora se encuentran atormentados á causa de vuestros desvíos: vosotros sois los autores de sus males; y vuestra excesiva ceguedad y necia ternura los ha precipitado en el abismo de dolor; y vuestra inflexible dureza los detiene allí. Esposos sin corazón, la voz que oís, es la de vuestras esposas. ¿No percibís sus lamentables clamores? ¿os habéis olvidado de lo que les debéis? ¿habéis dado al olvido el juramento hecho al pie de los altares de amarlas con eterno amor? ¿Pensáis que, por habérosias arrehatado la muerte de vuestros brazos, no merecen ya vuestra ternura? ¿Qué no son acreedoras á ninguna especie de afecto después de la muerte? Cristianos crueles, ese clamor que sentís, procede de aquellos amigos tan amados de vosotros en otro tiempo; de aquellos que fueron reengendrados en las mismas aguas del Bautismo. ¿Y os mostraréis insensibles á los reiterados gemidos y amargas lágrimas que os dirigen al objeto de excitar vuestra caridad? ¿Qué endurecimiento! ¿qué crueldad! ¿qué barbaridad! exclama San Agustín. Un enfermo tendido en el lecho del dolor hablará vuestro corazón, moverá vuestras entrañas y excitará vuestra compasión: ¿y mirareis con sangre fría y sin lágrimas en los ojos á unos ilustres desgraciados; que por sus culpas ó faltas personales, aunque leves, y tal vez por las vuestras, suspiran en las voraces llamas? ¡Ah! temblad, temed; que nuestro endurecimiento se levantará contra vosotros mismos, y seréis asimismo objeto de olvido por parte de vuestros mejores amigos! Mas no: ¿Qué es lo que vaticino? Un celo indiscreto en favor de las almas del purgatorio me arrebatava.

Socorredlas, pues, hermanos míos, y recordad lo que ya os tengo dicho acerca del premio, que debéis esperar de Dios, á quien prestáis tan agradable servicio, induciéndole á hacer partícipes de su gloria á unas almas que tanto ama y de las que él es tan amado;

como también respecto al reconocimiento que tenéis derecho á esperar de aquellas almas, las que solicitarán con gran celo la salvación de todos los que habrán acelerado su felicidad; y finalmente, tocante á la imposibilidad del olvido de vosotros por parte de dichas almas y aún más de Dios mismo.

¿Qué más esperáis que os diga á fin de que pongáis en ejercicio vuestra humanidad en favor de las almas del purgatorio? Todo contribuye á mover vuestra compasión hacia ellas. Son unas almas (como habéis visto), predilectas de Dios, libres de toda culpa mortal, y no obstante, atormentadas por la privación de Dios, por el fuego y por otras sensibles penas. Están unidas á vosotros con los más perfectos y estrechos vínculos. Libres de las penas, serán en el cielo sin duda las más poderosas intercesoras para con vosotros. ¿Y no son poderosos estos motivos para que practiquéis la humanidad en su favor? He aquí cómo, aliviando los fieles á las almas del purgatorio, procuran el interés de Dios, quien para gloria suya desea su libertad; el interés del prójimo, sacándolas de unos dolores que exceden á toda ponderación; el interés propio, supuesto que todas las almas libertadas son otras tantas protectoras en la presencia de Dios de los que han hecho pedazos de sus cadenas. En breves palabras: con el alivio que los fieles procuran á las almas del purgatorio, se da esplendor á la Religión, adquiriendo sus intereses, y la humanidad, recobrando sus derechos, ó bien: la humanidad practicada á favor de las almas del purgatorio, aumenta los intereses de la Religión.

Ea, pues, cristianos, si las penas de las almas del purgatorio han hallado eco en vuestro corazón, ya sea por un sentimiento de caridad, ya por un sentimiento de justicia, no les neguéis los socorros que está en vuestra mano darlos. Sedles de ayuda con vuestras limosnas, con vuestros sufragios y con vuestras oraciones; rogad y procurad que otros rueguen á favor suyo. Dirigios á Dios, y decidle frecuentemente con toda la Iglesia: *Lux perpetua luceat eis*. Manifestaos, Señor, á las almas que sólo suspiran por vos; franqueadles la entrada en la gloria, á aquella eterna gloria que constituye la felicidad de los bienaventurados, y en donde Vos brilláis con el resplandor de los santos: *Lux perpetua luceat eis*. Os lo pedimos, Dios mío, no porque ellas sean almas inocentes, sino porque Vos sois un Dios misericordioso: *Quia pius es*. Os lo suplicamos, no por sus méritos, ni por los nuestros, sino por los infinitos de vuestro Hijo, por la sangre de aquella víctima sin mácula que se os ha inmolado sobre los altares, y la que por sí misma es el más rico don que nosotros hemos recibido de vuestra benéfica mano: *Quia pius es*. Pensad, Señor, en nosotros al

propio tiempo que pensáis en ellas. Ayudadnos y favorecednos á fin de que practiquemos los medios para entrar en vuestra santa gloria en el mismo momento en que el espíritu se separe del cuerpo que nos agobia en este valle de lágrimas. Así sea.

DÍA EN ACCIÓN DE GRACIAS DEL NOVENARIO EL SOCORRO Á LAS ALMAS DEL PURGATORIO ASEGURA LA SALVACIÓN DE NUESTRAS ALMAS

*Misererenti mei, misererenti mei, saltem
cor amici mei: quia manus Domini tetigit
me.*

Tened piedad de mí, habed de mí compasión, al menos vosotros mis amigos; porque me ha tocado la poderosa mano de Dios.

(Job. c. 19, v. 21.)

No hallamos en las sagradas páginas de la Escritura ni en los fastos de la Iglesia católica, un hecho más autorizado ni más sólidamente establecido, que la piadosa devoción de rogar por los fieles difuntos, á fin de que Dios les perdone en la otra vida las deudas en que los alcanzara la Divina justicia, cuando salieron de este mundo. Doce mil dracmas de plata; dicen los libros santos, envió Judas Macabeo á Jersalén, que son novecientos veinte pesos, para ofrecer un sacrificio en favor de los difuntos; práctica religiosa, no menos introducida entre los judíos de la antigüedad, que autorizada por los profetas y santos varones de la ley. La existencia del purgatorio, de aquel lugar de expiación donde se purifican las almas, como el oro en el crisol, antes de subir al gozo y alegría del Señor en la mansión de la gloria, es un dogma de fe católica, sostenido por los santos Doctores de la Iglesia y conocido hasta por los filósofos y sabios de la gentilidad. Según el oráculo del divino Salvador, hay ciertos pe-

como también respecto al reconocimiento que tenéis derecho á esperar de aquellas almas, las que solicitarán con gran celo la salvación de todos los que habrán acelerado su felicidad; y finalmente, tocante á la imposibilidad del olvido de vosotros por parte de dichas almas y aún más de Dios mismo.

¿Qué más esperáis que os diga á fin de que pongáis en ejercicio vuestra humanidad en favor de las almas del purgatorio? Todo contribuye á mover vuestra compasión hacia ellas. Son unas almas (como habéis visto), predilectas de Dios, libres de toda culpa mortal, y no obstante, atormentadas por la privación de Dios, por el fuego y por otras sensibles penas. Están unidas á vosotros con los más perfectos y estrechos vínculos. Libres de las penas, serán en el cielo sin duda las más poderosas intercesoras para con vosotros. ¿Y no son poderosos estos motivos para que practiquéis la humanidad en su favor? He aquí cómo, aliviando los fieles á las almas del purgatorio, procuran el interés de Dios, quien para gloria suya desea su libertad; el interés del prójimo, sacándolas de unos dolores que exceden á toda ponderación; el interés propio, supuesto que todas las almas libertadas son otras tantas protectoras en la presencia de Dios de los que han hecho pedazos de sus cadenas. En breves palabras: con el alivio que los fieles procuran á las almas del purgatorio, se da esplendor á la Religión, adquiriendo sus intereses, y la humanidad, recobrando sus derechos, ó bien: la humanidad practicada á favor de las almas del purgatorio, aumenta los intereses de la Religión.

Ea, pues, cristianos, si las penas de las almas del purgatorio han hallado eco en vuestro corazón, ya sea por un sentimiento de caridad, ya por un sentimiento de justicia, no les neguéis los socorros que está en vuestra mano darlos. Sedles de ayuda con vuestras limosnas, con vuestros sufragios y con vuestras oraciones; rogad y procurad que otros rueguen á favor suyo. Dirigios á Dios, y decidle frecuentemente con toda la Iglesia: *Lux perpetua luceat eis*. Manifestaos, Señor, á las almas que sólo suspiran por vos; franqueadles la entrada en la gloria, á aquella eterna gloria que constituye la felicidad de los bienaventurados, y en donde Vos brilláis con el resplandor de los santos: *Lux perpetua luceat eis*. Os lo pedimos, Dios mío, no porque ellas sean almas inocentes, sino porque Vos sois un Dios misericordioso: *Quia pius es*. Os lo suplicamos, no por sus méritos, ni por los nuestros, sino por los infinitos de vuestro Hijo, por la sangre de aquella víctima sin mácula que se os ha inmolado sobre los altares, y la que por sí misma es el más rico don que nosotros hemos recibido de vuestra benéfica mano: *Quia pius es*. Pensad, Señor, en nosotros al

propio tiempo que pensáis en ellas. Ayudadnos y favorecednos á fin de que practiquemos los medios para entrar en vuestra santa gloria en el mismo momento en que el espíritu se separe del cuerpo que nos agobia en este valle de lágrimas. Así sea.

DÍA EN ACCIÓN DE GRACIAS DEL NOVENARIO EL SOCORRO Á LAS ALMAS DEL PURGATORIO ASEGURA LA SALVACIÓN DE NUESTRAS ALMAS

*Misererenti mei, misererenti mei, saltem
cor amici mei: quia manus Domini tetigit
me.*

Tened piedad de mí, habed de mí compasión, al menos vosotros mis amigos; porque me ha tocado la poderosa mano de Dios.

(Job. c. 19, v. 21.)

No hallamos en las sagradas páginas de la Escritura ni en los fastos de la Iglesia católica, un hecho más autorizado ni más sólidamente establecido, que la piadosa devoción de rogar por los fieles difuntos, á fin de que Dios les perdone en la otra vida las deudas en que los alcanzara la Divina justicia, cuando salieron de este mundo. Doce mil dracmas de plata; dicen los libros santos, envió Judas Macabeo á Jersalén, que son novecientos veinte pesos, para ofrecer un sacrificio en favor de los difuntos; práctica religiosa, no menos introducida entre los judíos de la antigüedad, que autorizada por los profetas y santos varones de la ley. La existencia del purgatorio, de aquel lugar de expiación donde se purifican las almas, como el oro en el crisol, antes de subir al gozo y alegría del Señor en la mansión de la gloria, es un dogma de fe católica, sostenido por los santos Doctores de la Iglesia y conocido hasta por los filósofos y sabios de la gentilidad. Según el oráculo del divino Salvador, hay ciertos pe-

cados que no se perdonan en este mundo ni en el otro; luego hay algunos que en el otro se perdonan. Son éstos unos defectos que, si bien ligeros á la verdad, no dejan de manchar las almas justas de los que mueren sin haber satisfecho por ellos.

Hasta el oro, dice San Pablo, tendrá necesidad de ser purificado por el fuego. En efecto, cristianos, pocas virtudes aparecen ejercitadas sin mezcla alguna de imperfección; razón por la cual las buenas obras, si bien hechas en gracia de Dios, son cortas en número las que no van acompañadas de muchos defectos. El fuego de la otra vida, dice el Apóstol á los fieles de Corinto, consumirá este orni, quemará esta leña, abrasará esta paja y purificará este oro, *omnis usque opera ignis probabit*, para que las almas de los que mueren en gracia puedan entrar en las mansiones de la gloria, donde no se da entrada ni á la mancha más ligera, según el profeta de Patmos.

Por aquí conoceremos, hermanos míos, cuán pocos son los fieles que hayan satisfecho plenamente á la Divina justicia antes de su muerte, y cuán corto es el número de los que después de morir no tengan necesidad de purificar las ligeras faltas con que salieron de este mundo. ¡Es preciso satisfacer con las penas, lo que no es posible con los méritos. ¡Oh santo cielo! ¿pues á qué penas, y por cuánto tiempo serán condenadas las infelices almas que salen de esta vida cargadas de deudas! Si los santos y los justos pasaron algunos de ellos por el purgatorio, ¿qué será de los que no fueron tan santos, ó de los que fueron pecadores? Es indecible, sin embargo, es grande y poderoso el recurso que Dios ha dejado á aquellas afligidas almas, en los tesoros de la Iglesia y en la caridad de los fieles. Grande por tanto sería nuestra dureza y crueldad humana, oyentes míos, si los que aun estamos vivos, por la misericordia de Dios, y muchos de nosotros ligados con aquellas almas angustiadas por los lazos de parentesco, interés y amistad, unidos todos con los sagrados vínculos de la Religión, todos miembros del cuerpo místico de la Iglesia, sería la más inaudita crueldad, vuelvo á decir, el negar nosotros á nuestros amigos, á nuestros padres, á nuestros hermanos, á nuestros bienhechores el alivio y sufragios de nuestros sacrificios y oraciones, que tan fácilmente pueden sacarlos de aquellos atrozísimos tormentos. Ved aquí, porque viendo nuestra ingratitude, exclaman las tristes almas del purgatorio, dirigiéndose á los extraños: tened piedad de mí, habed de mí compasión, ó vosotros, amigos míos, porque la poderosa mano del Señor me ha herido; siquiera vosotros, que nada tenéis conmigo, acordados de mí con algún sufragio, para que resalte más el heroísmo de vuestra caridad, sobre la negra ingratitude y el-

vido criminal de los que un día eran mis amigos, mis hijos, mis parientes, mi favorecidos, y que hoy deben lo que son y lo que valen al rico patrimonio de mis haciendas y caudales, piadoso legado que yo les dejé en mi favor, y que sin acordarse de mí, violando los sagrados fueros de la justicia, le han convertido en fomento de vicios y en tristes instrumentos de su perdición.

¿Cae, por ejemplo, un hombre en un precipicio, en un río, en el mar? Todos compadecidos le alargan la mano por un impulso natural, y se reputa al que no lo hace por un bárbaro, y un hombre sin corazón. Y ¿qué diríamos del que negase tal socorro al amigo, al bienhechor, al hermano, á la hermana, á sus padres? Que sería un ingrato, un infame, un criminal. Ahora bien, católicos; considerad si hay frases bastantes para condenar la ingratitude y olvido del que se hace sordo á los lamentos de aquellas almas que gimen en el lugar de expiación. Yo en estos momentos para moveros en favor de las mismas, sólo os diré, que el tal es enemigo de Dios y de sí mismo, al paso que, el que con limosnas, buenas obras, oraciones y todo género de sufragios, procura socorrer las almas del purgatorio, asegura la salvación de su alma, satisfaciendo á Dios por sus pecados en esta vida. He aquí el principal objeto de mi discurso. *Ave María.*

Sólo Dios, que pesa las acciones del hombre en la balanza del santuario, podrá graduar el peso de satisfacción y mérito y el inefable tesoro de salud y santidad que encierra el pensamiento practico de orar por los difuntos. Acción la más heroica que pudiera inspirar el Espíritu Santo, porque la caridad y la misericordia no reconocen otra más agradable á los divinos ojos. Si los paganos entre las nieblas del error, sin los rayos luminosos de la fe, siempre sentados á las sombras de la muerte, apreararon tan justamente la imponderable acción de Eneas sacando á su padre de las llamas de Troya, y los consuelos del anciano Anquises cuando su hijo le visitó en los infiernos, ¿quién apreciará dignamente la acción de un cristiano, que por todos los medios posibles libérase á sus padres, hermanos, ó bienhechores oprimidos con cadenas de fuego en los espantables hornos del purgatorio? Esto excede los estrechos límites del entendimiento humano; y ¿cuál sería el mérito y recompensa del que ejerciera la mencionada acción con el mismo Jesucristo? Esto es incomprendible á la penetración de los ángeles. Pues esta sublime acción la recibe Dios como hecha con su persona divina, cuando se le envían por los vivos sufragios de todo género en favor de unas almas tan amadas del Señor.

Las almas que padecen en los ardientes calabozos del purgatorio son las herederas del cielo, cuya eterna posesión tienen asegurada, y sus nombres están escritos entre el de los príncipes de aquel reino; Dios las ama tiernamente como á sus esposas; las enriquece con sus preciosos dones y con los ornamentos de su gracia; desea derramar sobre ellas el torrente de sus delicias, descubriéndolas la luz inefable de su gloria. Sólo su justicia se opone y le detiene, para no sacarlas tan pronto de aquel terrible destierro, como desea su divino amor; por lo cual son detenidas en la mansión del tormento hasta que hayan satisfecho completamente sus deudas. Tal es, amados hermanos míos, el odio de Dios á la más leve mancha de pecado, y la oposición que hace á su infinita misericordia la culpa más pequeña.

Su tierno amor, no obstante, las recomienda á los sufragios y socorros que nosotros debemos y podemos darles, como miembros que somos de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo, el cual nos convida á aplacar su justa ira, con la mediación de nuestras oraciones, á fin de aliviar aquellas afidísimas almas del peso de Divina justicia. Si las obras de caridad ejercitadas aun en la persona del malvado; si una leve limosna dada á un pobre tiene su galardón asegurado en las divinas promesas, y son el verdadero carácter del cristianismo, y el alma de la Religión católica, ¿cuál será la corona que recibirán del supremo dispensador los que ejerciten una caridad tan grande con los amigos y los hijos de Dios, que padecen la necesidad más dolorosa y extrema? Todas las buenas obras del cristiano penetran los cielos, como la oración del justo, y hacen descender sobre la tierra una copiosa y fecunda lluvia de gracias y bendiciones; empero la virtud de la misericordia ceñirá en el último día de los siglos una corona inmortal á los que la ejercitan. Esta caridad, hecha en favor de aquellas tristes almas, aparece no menos provechosa á ellas que útil á nosotros, y tan piadosa en sí misma, como gloriosa para Dios.

Si considera un cristiano lo que son aquellas santas cautivas y lo que sufren, no necesita más estímulo para ejercer con ellas esta obra de misericordia, en que cifran su deseada libertad. Los santos que gozan ya de Dios, las almas del purgatorio, y nosotros, todos somos miembros del cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, formando aquellos la Iglesia *triumfante*, éstas la *paciente* y nosotros la *militante*, de las cuales se compone la Iglesia universal, que al fin de los siglos será única y todas formarán la Iglesia triunfante de la celestial Jerusalén. De consiguiente, vivimos unidos con las almas del purgatorio, que son la Iglesia paciente, por los vinculos de la caridad y de la comunión de los santos. Si en frase del Apóstol, sucede con los

miembros de un mismo cuerpo, que cuando es herido uno, el otro se complace, ó se alegra de sus bienes, sería una cosa impia y cruel ver á un hermano en las llamas y no darle la mano para sacarle ó no prestarle todos los auxilios posibles, y tan fácilmente como nosotros podemos. Su alta dignidad es un nuevo estímulo de nuestra fraternal compasión. Aunque al presente viven distantes de Dios, sepultadas en ardientes y horribles calabozos, entre onda de líquidos fuegos; sin embargo, son del número feliz de sus escogidos. Están unidas á Dios por gracia, amanle sobre todas las cosas, y en medio de sus tormentos no cesan un instante de bendecir y alabar al Supremo juez, adorando la severidad de su justicia con santa resignación y amor.

Estas almas no son las de los condenados, enemigos de Dios, y destinadas al rigor de los fuegos inextinguibles; sino que son las almas de los ilustres conquistadores del demonio, del mundo y del infierno; son unos espíritus llenos de méritos y gracias, que llevan la prenda de su dignidad y honor en la vestidura nupcial del cordero con que van adornadas. Son santas y son hijas de Dios y herederas de su gloria. Están al presente en un estado de tormentos, padeciéndolos mayores que cuanto se pueda imaginar capaz de sufrirse en esta vida mortal. Padecen la privación de Dios, dice el Concilio florentino, que es el más terrible de todos los tormentos. No hay lengua que pueda expresar la pena que es esta para un alma separada de su cuerpo, y que desea con ansia llegar al descanso de su centro, que es Dios. Atraídas las almas del purgatorio de los divinos encantos del Señor, y propensas á él por una inclinación, cuya fuerza es inconcebible, sientense al mismo tiempo violentamente apartadas y como repelidas de una fuerza superior, de donde las viene la indecible agonia y tormento que padecen.

Si podemos satisfacer por ellas á la Divina justicia, podemos de consiguiente consolarlas y disminuir las penas que padecen, hasta libertarlas absolutamente; ahora bien: es una verdad reconocida por la Iglesia en todos los siglos, que nuestras buenas obras son medios establecidos por el mismo Dios, para esta satisfacción, y para ejercitar esta caridad con los fieles difuntos, nuestros hermanos. Las buenas obras toman de la sangre y méritos de Jesucristo la virtud que necesitan para impetrar de la divina misericordia algún favor especial, ya para nosotros ó para otros, ya en satisfacción de nuestros pecados, ó ya para pagar el reato de los ajenos. Ved aquí, hermanos míos, la satisfacción que debemos en caridad y en justicia á las almas del purgatorio, lo primero por ser natural acción de un cristiano santificada por el mismo Dios, lo segundo porque las obras de

misericordia, dejando á un lado los motivos ordinarios que nos ligán á ellas, obligán de justicia en necesidades que según juicio prudente sean graves, luego con más razón en necesidades gravísimas como ésta; porque ya no están las infelices en estado de merecer, ni satisfacer con buenas obras, las deudas que contrajeron en esta vida, de las que tienen que dar cuenta en la otra, no pueden tener parte en el tesoro común, sino por la cesión y comunicación que nosotros les dispensemos.

Queda pues, en último resultado, que así como nosotros podemos rescatar nuestras almas con limosnas, oraciones, ayunos y santas obras, con las mismas podemos rescatar las de nuestros hermanos difuntos, á quienes las aplicamos. Aun hay otro motivo no menos interesante y provechoso, que ostenta lo grande y pasmoso de la misericordia del Señor. Así como Dios se contenta con poco, para perdonarnos mucho, cuando en este mundo queremos satisfacer por nuestros propios pecados, así mismo cuando queremos satisfacer por aquellas almas cautivas en los hornos abrasadores del purgatorio, una penitencia de pocas horas ó de pocos días, una corta limosna, una sola misa, puede acaso bastar para que la Divina justicia las libere de aquellos suplicios terribles, á que justamente podía tenerlas condenadas muchos años y aun muchos siglos. Pues bien, hermanos míos, estas ligeras obras de caridad que nada nos cuestan, esta cosa levisísima, es lo que nos piden, en la viveza y la inmensidad de sus tormentos aquellas santas almas; ellas nos conjuran por nuestra antigua amistad, por los vínculos de la sangre, por los más fuertes motivos de la caridad cristiana, que las tendamos siquiera una mirada de compasión, que pagando sus deudas prestemos algún alivio á sus crueles tormentos. Por otra parte, mayor es aun nuestro interés pues ellas están ya seguras, podemos exclamar con el Padre San Bernardo: La misma caridad que las dispensamos las empeñará en un generoso reconocimiento hacia nosotros.

Llegará un día, hermanos míos, en que nos veremos nosotros en la misma necesidad, nos hallaremos padeciendo las mismas penas. Y no creamos que aquellas dichosas almas olviden nunca, los beneficios que hayan merecido de nuestra caridad. Aunque nuestros sufragios no las hubiesen anticipado la posesión de la gloria, sino un solo instante; ellas algún día emplearán con Dios todo su valimiento, en nuestro favor, para libertarnos de aquellos suplicios espantosos. Desventurados aquellos que cierran los oídos á los sentidos clamores, á los gritos lastimosos de las benditas almas, y que á vista de sus horribles tormentos ostentan una estéril compasión.

Pues de seguro pueden contar con lo contestación del patriarca Abraham al rico soberbio que negaba al pobre Lázaro los desperdicios de su mesa; y que les dirá el discípulo amado de Jesús: ¿cómo es posible que tenga amor á Dios el hombre abastecido de bienes, que ve la extrema necesidad de su hermano y no le socorre? Si esto presenta como imposible la salvación de los ricos que no remedian las necesidades de los pobres, ¿qué será de los cristianos que desoyen los gritos del purgatorio? No hay que temer, amados fieles míos, que por pagar las deudas ajenas nos falte para cubrir las nuestras, como dijo el demonio á Santa Gertrudis. Es verdad que apareciéndosele la dijo: ¿oh qué soberbia eres, temeraria y contigo mismo cruel! ¿Qué mayor soberbia, que los caudales con que podías pagar por tí, darlos á otros? Ya, ya nos veremos en el día de tu muerte. Tú lo pagarás ardiendo en el fuego del purgatorio, y entonces me reiré de tu locura, cuando tú lores tu desatino. Empero no es menos verdad, que apareciéndosele Jesucristo su divino esposo, en seguida la consoló diciéndola: «para que entiendas cuán grata me ha sido la caridad que has usado con las almas del purgatorio, desde ahora te perdono todas las penas que debías pagar en él; y porque prometí dar ciento por uno, además de perdonarte, aumentaré con liberalidad tu gloria, en premio de la caridad con que has hecho la cesión universal de tus buenas obras satisfactorias, á mis amigas las almas del purgatorio.»

Así premia Jesucristo, oyentes míos, á los fieles devotos de las almas que, encendidos en caridad, hacen la total donación de sus obras, para imitar á su redentor Jesús, pues cierto es, que el que socorre á las almas es honrado con el glorioso renombre de Redentor. Esta caridad es la más fácil y heroica que pueden hacer todos los fieles, y tanto más agradable á Dios, más útil á las almas del purgatorio, y más provechosa para nosotros, cuanto más procuremos multiplicar nuestras buenas obras.

No fallamos por esto al deber justo y sagrado que tenemos de rogar por nuestros padres, amigos, hermanos y bienhechores, pues que la Virgen santísima sabe mejor que nosotros cuáles son nuestras obligaciones, y quienes han mayor necesidad de nuestros sufragios, y de su cuenta corre la distribución. Cuando libramos á cualquier alma del purgatorio con nuestros sufragios, dice Santa Brigida, una acción es esta tan agradable á Jesucristo su divino esposo, como si el mismo fuera redimido de aquellas ardientes prisiones, y á su tiempo nos volverá el bien que hacemos. Una voz oyó la misma santa, que en aquellos encendidos senos decía: sea dada la paga y remuneración

a todos cuantos nos remedian en nuestras necesidades, y otra voz más sonora que así exclamaba: ¡Oh Dios y Señor! Usando de tu potestad incomprendible, remunera con ciento por uno á cuantos vivientes nos socorren con sufragios, y nos elevan á luz de la deidad; y oyó también la voz de un ángel que decía: bendito sea en el mundo el que socorre aquellas pobres almas con sus oraciones, buenas obras, y penas corporales. Cuanto por motivo de piedad demos en favor de las almas de los difuntos, dice San Ambrosio, todo se conmuta en nuestros merecimientos, y después de la muerte lo recibirá el justo cien veces duplicado. Plenamente convencido de esta verdad el papa Benedicto XIII, en uno de los sesenta sermones que predicó del purgatorio, y mandó imprimir, lizo y ratificó en beneficio de las almas de los difuntos, la total donación de sus obras satisfactorias.

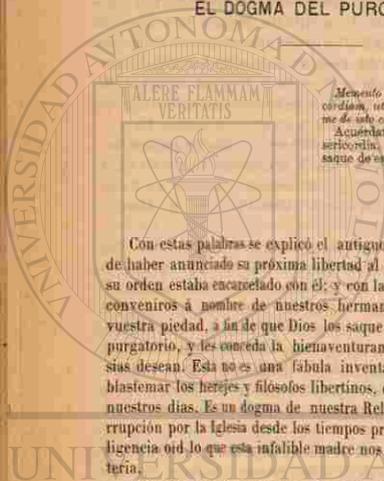
Esta caridad heroica, de renunciar todas las buenas obras; este acto nobilísimo de favorecer y aliviar las almas del purgatorio, con todos los medios posibles y fáciles de un cristiano, consta en un documento público impreso en las principales poblaciones del mundo católico; ha sido fervorosamente practicado por innumerables personas de todos estados y dignidades; por muchos varones doctos y santos, por muchas comunidades religiosas; defendido de insignes teólogos, confirmado y privilegiado por muchos soberanos pontífices, incluso el santo y grande papa Pio VI en decreto del año 1788. Las gracias, dones, bienes y provechos espirituales y temporales que gana el cristiano por una acción tan generosa, sólo podrá saberlo enteramente con sumo gozo y consuelo de su alma, en la tremenda hora de su muerte. Más importante y meritorio puede ser este acto para nosotros, que todas las penitencias, oraciones, ayunos y buenas obras que hacemos. El apóstol San Pablo llamaba su gozo y su corona, á aquellos gentiles que habia sacado de las tinieblas de la idolatría, á la luz de la verdad, convirtiéndolos á la fe y ganándolos para Jesucristo, *gaudium meum et corona mea*. Pues bien, fiel y caritativo cristiano: las almas que tú libras de aquellas horriboras prisiones, serán también tu gozo, tu corona y tu gloria, eternamente publicarán que deben su rescate al heroísmo de tu caridad, y que su gloria en parte ha sido fruto de tus oraciones y buenas obras. Te aclamarán delante de Dios y de los ángeles por su libertador y redentor. La grandeza de esta acción resalta más comparada con los tormentos que sufren las almas santas cautivas en aquella cárcel horrible. Según San Agustín y otros santos doctores y prelatos de la Iglesia, fundados en las palabras de San Pablo, las almas en el purgatorio padecen un fuego material como las del infierno, que las penetra y mar-

tiriza con la mayor actividad. El mismo fuego tal vez atormenta á los condenados en el infierno, y á los justos en el purgatorio, por lo cual estas penas son superiores á todos los suplicios de los malhechores, y todos los tormentos de los mártires, que se pueden padecer y aun imaginar en esta vida; así lo siente San Agustín, el venerable Beda y Santo Tomás, con otros sabios y santos doctores. Aquellas infelices, como ya no tienen voz propia que les adquiera consuelo alguno, toman prestada la de la Iglesia, y la de sus ministros sagrados, que para expresar sus lamentos y excitar nuestra compasión, gritan exclamando por ellas, con las palabras de Job: Tened piedad de mí, habed de mí compasión, al menos vosotros mis amigos, porque nosotros nada podemos ya en nuestro favor. Vosotros podéis darnos vuestro auxilio y sufragios.

Y vosotros que nos habéis conocido en la tierra; vosotros que nos habéis amado, ¿cómo nos abandonáis así? El amigo se prueba en la necesidad: pues, ¿hay alguna comparable con la nuestra? Acaso las almas de algunos nuestros, estarían padeciendo por nuestra causa, por nuestra culpa, por el amor que nos profesaron, ó por los pecados á que nosotros dimos ocasión con nuestros escándalos; por lo cual no sólo la caridad en tal caso, sino la justicia, están exigiendo de nuestra gratitud todos los sufragios posibles. Ya que todos los motivos expresados pesaran poco para nosotros, no pudiera dejar de movernos al ejercicio de una acción tan heroica, el interés, el honor, la satisfacción y gloria que nos resulta. Bienaventurados, dice Dios, los misericordiosos, porque ellos hallarán misericordia. Si hermanos, nuestra compasión practicada en favor de aquellas afligidísimas almas, nos merecerá la herencia celestial, en nuestro temible tránsito del tiempo á la eternidad; juntemos, pues, nuestras oraciones y santas obras á los sufragios que dispensa la Iglesia por las almas de los que murieron en el Señor. *Requiescant in pace.*

TRIDUO DE ÁNIMAS

EL DOGMA DEL PURGATORIO



Memento mei... et facias mecum misericordiam, ut superas Pharaonem, ut educares me de isto carcere.

Acuérdate de mí y usa conmigo de tu misericordia, y sugiere á Faraón que me saque de esta cárcel.

(GÉNESIS, c. 40, v. 14.)

Con estas palabras se explicó el antiguo y casto José en ocasión de haber anunciado su próxima libertad al copero de Faraón, que de su orden estaba encarcelado con él; y con las mismas, no dudo yo conveniros á nombre de nuestros hermanos difuntos, solicitando vuestra piedad, á fin de que Dios los saque de la terrible cárcel del purgatorio, y les conceda la bienaventuranza que con tan vivas ansias desean. Esta no es una fábula inventada á placer, como osan blasfemar los herejes y filósofos libertinos, deístas y materialistas de nuestros días. Es un dogma de nuestra Religión, sostenido sin interrupción por la Iglesia desde los tiempos primitivos. Para cuya inteligencia oíd lo que esta infalible madre nos enseña acerca de la materia.

Como es de fe que todos han de morir, lo es también que han de ser juzgados por sus obras, no solamente en el juicio universal, en que debemos todos comparecer en cuerpo y alma ante el tribunal de Jesucristo, en el cual serán manifestadas á todo el mundo vuestras obras buenas ó malas, y por ellas recibirán todos el premio ó castigo eterno que hayan merecido; sino que también tenemos que sufrir un juicio particular, el cual ejerce el Señor en el momento de apartarse el alma del cuerpo. Entonces el infeliz que muere sin la fe ó en culpa mortal, va su alma al infierno por una eternidad; y su desgraciado cuerpo, que desde la hora de su muerte va á ser presa de gusanos, se le unirá en la resurrección universal á experimentar para

siempre iguales tormentos, privado de la vista de Dios, y envuelto con su alma en un fuego inextinguible. Si el que muere se halla en gracia, y ha expiado plenamente en vida el reato de pena temporal que á cada culpa grave ó leve corresponde, su alma es inmediatamente recibida en la bienaventuranza y coronada de gloria según sus méritos: su cuerpo recibirá igual galardón en el último día. Pero si aunque muera el hombre en gracia no ha expiado totalmente la pena temporal que corresponde á sus delitos ó imperfecciones leves, su alma carecerá de la vista de Dios y será abrasada de un vivísimo fuego; cárcel terrible! de donde no saldrá hasta pagar el último cuadrante, porque nada manchado es digno de la presencia del Señor. He aquí lo que se llama purgatorio, cuya materia pretendo ilustrar en estos tres días. A cuyo fin en el primero trataré del dogma. En el segundo de las terribles penas que padecen las almas de nuestros hermanos en este lugar de tormentos. Y en el tercero os haré ver la estrecha obligación que la religión nos impone de trabajar por su alivio. Mas para proceder con acierto, pidamos la gracia, *Ave María*.

En vano, hermanos míos, me cansaría yo en manifestaros el dogma del purgatorio, disertando sobre su existencia, si viviéramos en un siglo menos corrompido. Mas como por desgracia alcanzamos unos tiempos, en que bajo el velo de ilustración y de crítica, ya oculta, ya abiertamente se combate la religión, se hace irrisión de sus misterios y ministros, se ridiculizan sus dogmas y sus más augustos sacramentos, he creído ser de mi obligación disertar brevemente, para preservaros de error, sobre la existencia del purgatorio; esta verdad católica, que la Escritura, la tradición y la razón misma concurren á demostrar.

Abrid, os ruego, esos libros santos, inspirados por el Espíritu de Dios, y sagrado depósito de su divina palabra, y hallaréis irrefragables testimonios de la existencia de un lugar de tormentos, que la Iglesia llama purgatorio, donde las almas de nuestros hermanos que murieron en gracia, pero sin haber ido purificadas de sus manchas, como el oro en el crisol, padecen gravísimas penas, y esperan nuestros sufragios, que son los que únicamente pueden acelerarles su eterna felicidad. Aquí veréis á un Judas Macabeo, este hombre suscitado por Dios para conducir su pueblo y sostener sus derechos contra los enemigos de su nombre, que movido de piedad por los que habían fallecido en una justa guerra, recoge hasta doce mil dracmas de plata, y las remite á Jerusalén para que ofrezcan sacrificios por los que habían muerto en la piedad; afirmando que era pensamiento

santo y saludable orar por los difuntos, para que se les perdonen sus pecados.

Testimonio verdaderamente ilustre, y que nos manifiesta abiertamente la disciplina de la sinagoga, depósito en aquel tiempo de la verdadera religión y su piedad con los muertos. Testimonio, repito, tan expreso, que no pudiendo eludir su fuerza los herejes y libertinos de los últimos siglos, han tomado el necio partido, de mirarlo como intruso y espurio. ¡Recurso miserable y ordinario de los que cierran de propósito los ojos á la luz de la fe. Si no estuvieran obstinados, mirarían como auténtico un testimonio universalmente recibido en tiempo de San Agustín, no solo por los judíos, como el mismo se explica, sino por la Iglesia católica. Verían que el libro de los macedoneos se tenía por canónico en tiempo del concilio III, cartaginense, y que además de San Agustín, Inocencio I en su carta á Exuperio, Gelasio en el decreto de los libros canónicos y otros padres lo numeran en el canon de los libros santos.

Si no estuvieran obstinados, repito, verían con Isaias que Dios purificaba las manchas de las hijas de Sión (esto es, de las almas justas), por medio de un espíritu de juicio y de ardor. Verían con Miqueas sentarse las almas en tinieblas para levantarse después á ver su luz, que es Dios; las verían con el mismo sosteniendo la ira del Señor en castigo de sus pecados, hasta que juzgada su causa y celebrado su juicio, salgan á nueva luz y vean su justicia. Verían con Malaquías que sentado el Señor de propósito, enciendia y limpiaba la plata, purgando á los hijos de Levi, y colándolos como al oro y la plata.

¿Que más? Oirían al santo Tobias intimar á su hijo aquel precepto: pon tu pan y tu vino sobre la sepultura del justo, donde los expositores entienden el sacrificio que se ofrece por las almas. Oirían al rey Profeta que en nombre de las mismas clama: pasamos por el fuego y por el agua (de la tribulación), y nos has concedido el refrigerio. Oirían á Zacarías que hablando de Jesucristo dice: tu, Señor, con la sangre de tu testamento has sacado á tus prisioneros del lago en que no hay agua. Verían á los habitantes de Jabes, Galaad y el rey David ayunar por la muerte de Saúl, por la de Jonatas y Abener. Verían con san Mateo una terrible cárcel, de donde no saldrá el alma hasta pagar el último cuadrante. Verían con san Pablo que las obras de cada uno se revelarán algún día, y que el que fuere salvo lo será como por medio del fuego. Verían finalmente que el mismo Apóstol, hablando de la verdad de la resurrección, hace un invencible argumento en comprobación de este dogma, de la inviola-

ble práctica de los fieles en bautizarse por los muertos; es decir, en orar y mortificarse por su alivio. ¿A qué fin, dice, bautizarse por los muertos, si estos no resucitan del todo?

A unos testimonios tan expresos: ¿qué tendrán que reponer los miserables discípulos de los valdenses, husitas, albigenses y viclefistas? ¿Dirán por ventura con Calvino y su escuela, que el dogma del purgatorio es una detestable ficción de Satanás, injuriosa á la cruz de Cristo, á su misericordia y á nuestra fe, como osa blasfemar este impio? ¿O dirán con el sacrilego Lutero y los suyos, que el santo sacrificio de la misa es invento detestable de la avaricia de los sacerdotes, que pretenden saciar su codicia bajo el velo especioso de aliviar á las almas? ¿Pueden oírse sin indignación semejantes delirios y blasfemias? ¿O podremos mirar sin desprecio unos errores opuestos abiertamente á las Santas Escrituras?

Mas aun cuando sus oráculos no fueran tan expresos, ¿no bastaría la tradición constante de la Iglesia católica para autorizar la verdad de este dogma?

No es, hermanos míos, mi ánimo presentaros aqui todos los testimonios que acreditan esta tradición entre los padres griegos y latinos. Bastará insinuar algún otro para que á primera vista conozáis la furiosa obstinación de nuestros enemigos contra este dogma. «Acercándose el venerable obispo, dice el grande Areopagita, hace oración sobre el difunto ó invoca la divina clemencia, para que le remita sus pecados, colocándole en la luz y región de los vivos.» El Nacimiento exhorta á su pueblo á que oren por los vivos y los muertos. San Atanasio dice, que las almas de los difuntos perciben grande utilidad de las oraciones de los vivos. El Crisóstomo afirma, que los apóstoles establecieron la costumbre de orar por los difuntos, en la ciencia cierta que les servía de grande utilidad (esta memoria omito á san Eftén, san Cirilo y san Epifanio, que testifican esta verdad).

Ni es inferior el testimonio de los padres latinos. Tertuliano numera entre las tradiciones apostólicas los sufragios por los muertos. San Cipriano testifica esta inviolable costumbre en la iglesia de Africa, San Ambrosio consolando á Faustino por la muerte de su hermana, le aconseja no emplee tanto tiempo en llorarla como en pedir á Dios por su alma. San Gerónimo consolando á Panmaquio por la muerte de Paulina, dice: «los demás maridos rocian sobre el túmulo de sus mujeres violetas, rosas, lirios y otras flores; pero nuestro Panmaquio riega los huesos de la suya con el bálsamo de la limosna, sabiendo que como el agua extingue el fuego, así la limosna el pecado.» San Paulino, san Agustín, san Gregorio; en una palabra, los padres todos confirman esta verdad.

Tradición tan constante y no interrumpida, que no se atrevió á negar Calvino. Hace mil trescientos años, dice, que está en uso orar por los difuntos. ¿Tanta es, hermanos míos, la fuerza de la verdad! Dios que supo arrancarla de la boca de Caifás, haciéndole profetizar; y aun de la de los mismos demonios, obligándolos á confesar la divinidad de Jesucristo, dispuso que este impio confesase abiertamente la verdad del purgatorio. ¿Pero qué infiere de aquí este infame y delirante herejía? Oído (no sin escándalo). Que todos hasta su tiempo se habían engañado con un error grosero.

¿Santo Dios! ¿Es este el héroe tan decantado por los protestantes? ¿Que solo Calvino, este genio violento, audaz, desenvuelto y esclavo de las más vergonzosas pasiones, deberá prevalecer contra el testimonio auténtico de Las Escrituras y de la Iglesia toda, hasta su tiempo? ¿Ah, Jerusa! en agustia! ¿Así os abandonó por espacio de mil trescientos años nuestro espeso, sin embargo de la promesa que os hizo de estar con vos hasta la consumación de los siglos? ¿Tan profundo letargo ¡oh hija de Sión! ha sorprendido al Custodio de Israel? ¿Que todo el coro de los padres no han enseñado más que errores hasta el tiempo de Calvino? ¿Que los concilios africanos, cartaginenses, braecarenenses, wormacienses, lateranenses, florentinos y tridentino, han sido una asamblea de idiotas, y solo estaba reservado á Calvino el conocimiento de la verdadera religión? Pero dejamos ya á este infeliz y sus secuaces delirar, y examinemos la verdad de este dogma á la luz de la misma razón.

Reconciliado el hombre con Dios por medio de la confesión (de la confesión digo fructuosa), y remitida la culpa y pena eterna por medio de este sacramento, le queda aun por expiar el reato de pena temporal que corresponde á cada crimen. A este fin se imponen por el ministro las obras de satisfacción; y de este mismo origen dimanó el rigor de los cánones penitenciales. Por esta causa están de acuerdo los teólogos, que aunque el pecado se remita por la confesión en cuanto á la culpa, no se remite enteramente en cuanto á la pena, cuyo resto debe expiarse por las obras penales, limosnas, oraciones é indulgencias, ó en el fuego del purgatorio. Esta ha sido siempre la practica y espíritu de la Iglesia, sin que nadie hasta los últimos siglos haya osado negarla.

La sagrada historia nos provee innumerables ejemplos de esta disciplina de la Iglesia. Prescindiendo, en efecto, por ahora del rigor de los cánones penitenciales, impuestos por la primitiva iglesia sobre cada crimen y su satisfacción temporal, vemos á un David que, aunque perdonado por Dios de aquel execrable adulterio y homicidio, em-

prende un género de vida austera, mortificada y penitente, pidiendo al Señor con instancias le perdonase y lavase aun más de su pecado. Le vemos mezclar su pan con lágrimas, y servirle éstas de sustento al acordarse de la ofensa hecha á su Dios. Le vemos cubrirse de un saco y de ceniza, y traer siempre delante de los ojos su pecado. Le vemos humillado y debilitado á fuerza de ayunos y mortificaciones, levantarse de madrugada para meditar en el Señor. Vemos al príncipe de los apóstoles que, convertido á la gracia de Jesucristo, lloró el resto de su vida el haber negado á su Maestro. Vemos á una Magdalena que, perdonada por el Salvador en fuerza de su amor, llora toda su vida sus profanidades. Vemos á un Saulo que, convertido por Jesucristo y hecho vaso de elección, con todas las gracias de su apostolado para llevar y sostener su santo y adorable nombre delante de los príncipes y magistrados, castiga su cuerpo y lo reduce á servidumbre, creyéndose el menor é indigno de ser llamado apóstol por haber perseguido en algún tiempo la iglesia de Dios. Vemos una infinidad de víctimas de penitencia, esqueletos animados de mortificación, habilitando las malezas y entrañas de la tierra.

¿A qué fin, os ruego, esta dureza con sus miembros? Para satisfacer en vida el reato de pena temporal que correspondía á sus delitos: altamente persuadidos de que siendo Dios infinitamente justo, y no pudiendo entrar cosa alguna manchada en su reino, si no expiaban prontamente en vida sus pecados, debían ser purificados después de su muerte en el fuego del purgatorio para satisfacer á la divina justicia; pues no en vano dice el Espíritu Santo: no dejes de temer aún la culpa que se te ha perdonado.

Y ¿qué diremos de los pecados veniales é imperfecciones leves, que aunque no nos priven de la vida espiritual, afean el alma? Dios, la pureza por esencia, y que descubre manchas en los angeles, no ejercerá su juicio en nuestra materia, ó no nos purificará en el espíritu de ardor que nos ha intimado por su profeta? ¿Ha prescrito la divina palabra con el tiempo? ¿Avergonzamos aquí, filósofos delirantes, hijos del siglo y de tinieblas, y confesad de buena fe un dogma que la Escritura, la tradición y la razón misma autorizan; un purgatorio, digo, que confiesan abiertamente los judíos, los gentiles y aun los mahometanos, cuyos testimonios pudieran ver nuestros presuntuosos críticos en Josefo, en Platón, en el Corán, en Cicerón y en Claudio: un lugar, finalmente, de tormentos, donde las almas de nuestros hermanos que murieron en gracia, pero sin acabar de satisfacer en vida por sus pecados, padecen gravísimas é incomparables penas. Pero de esta materia debo tratar mañana. Entretanto rogad al

Señor que por su infinita misericordia les conceda su eterno descanso. *Amén.*



*Miseremini mei, miseremini mei, solum
pro uno me, quia manus Domini tetigit
me.*
Tened misericordia de mí, tened misericordia de mí, vosotros á lo menos mis amigos, porque me ha gravado la mano del Señor.

(Jon. c. 19. v. 21).

Así se explica el santo Job, este varón justo, recto, temeroso de Dios, y sin semejante sobre la tierra, reducido en un momento de la fortuna más brillante y halagüeña á tener por lecho un inmundado estercolero, cubierto de una vasta llaga. Así se queja de la crueldad é inhumanidad de sus amigos, que viéndole afligido por la mano de Dios, lejos de consolarle en tanta desolación, después de haber observado siete días con sus noches un profundo silencio, sólo abrieron sus labios para cubrirle de oprobios. Y adoptando yo en este momento sus mismas palabras, en nombre de nuestros hermanos difuntos, no dudo reconvenirlos con ellas para solicitar de vosotros su alivio. Avivad, pues, vuestra fe y piedad, para oír los tristes gemidos de estos ilustres prisioneros, que reclaman vuestra beneficencia, rodeados de las más terribles penas. Paso á exponerlas con la gracia divina, que humildemente imploro. *Ave María.*

Lutero, este infame apóstata de la Religión y fe de sus mayores, enumera entre las penas de estas almas la desesperación y el temor del infierno. ¡Error grosero! justamente condenado por la Iglesia, y refutado por todos los teólogos, que sólo distinguen dos penas, am-

bas gravísimas: la de daño y la de sentido; la primera, en castigo del menosprecio de Dios que lleva consigo el pecado; y la de sentido, en pena de la preferencia que damos á las criaturas respecto de Dios cuando pecamos. Reflexionad sobre una y otra pena, para dilatar vuestra caridad.

¿Qué cosa es el alma? Es una imagen de Dios, capaz de ver á Dios, criada para gozar de Dios, y que no tiene descanso ni saciedad sino en Dios. Es un ser espiritual, que separado de los vínculos de la carne, esta dura esclavitud que tanto afligía á San Pablo, se lanza con sumo ardor hacia su centro que es Dios; y como no estar en la patria, si la patria se desea, es gran pena, y la esperanza que se difiere, alige al alma, según el oráculo del Espíritu Santo; de aquí proviene su extrema é incomparable aflicción. Llámola *incomparable* después de San Agustín, San Gregorio, Beda, San Anselmo y San Bernardo. En efecto, ¿qué pena igual á la de un alma que ama á su Dios, que le desea gozar, que le busca con el mayor conato al mismo tiempo en que el Señor se le esconde, le oculta su divino rostro, y hace inútiles todos sus conatos?

Vosotros, vanos amadores del siglo, vosotros sabéis bien lo que cuesta la ausencia del objeto amado. ¡Qué desolación! ¡qué tristeza en la privación de vuestros ídolos! Figuraos un valido á quien su fortuna ó sus méritos han elevado á la gracia del príncipe, que le amaba y distinguía. Como las amistades humanas son tan inconsistentes, el privado cayó en breve de la estimación del soberano. Un decreto perentorio le aparta de la corte. Oprimido este infeliz de su desgracia, se abandona á la violencia de su dolor. Entregado á las inquietudes de la ausencia, se sumerge en la soledad, é insuportable á sí mismo, nutre con sus funestas reflexiones el dolor que le atormenta, sin hallar cosa que le consuele sino la presencia de su príncipe. La vista de lo que se ama encierra en sí tan dulces placeres, que basta estar privado de ella para caer en la más profunda tristeza.

La Escritura nos proporciona un ejemplo de esta verdad. Queriendo Absalón vengar la violencia hecha á su hermana Tamar, ocultó su funesto designio bajo el velo de amistad. El incestuoso Amnón fué asesinado por orden suya entre la alegría de un suntuoso convite. David, padre de los dos, lloró esta muerte; y Absalón se retiró á Gesur para evitar las consecuencias del fratricidio, que podrían serle fatales. Desde su retiro solicitó por medio de Joab su regreso á Jerusalén. En fuerza de una parábola que este primer ministro puso en boca de una mujer prudente, logró inclinar el corazón de David.

Permitió que Absalón volviese á la corte; pero con la prohibición de ver su rostro. Esta privación fué pena tan dura para Absalón, que juzgaba ser mayor que la muerte misma. ¿A qué fin, dijo un día á Joab, á qué fin he vuelto de Gesur? Vea yo el rostro del rey, y si se acuerda aun de mi crimen, que mande quitarme la vida.

¡Ah! ¿con cuánto más ardor que Absalón desearán estas almas ver el rostro de Dios su padre y criador? Meditad las gravísimas penas que han sufrido los mártires por Jesucristo. Mas todas ellas son nada si se comparan con la privación de ver á Dios. El fuego de su amor es su mayor tormento. ¿Quién es capaz de expresar las terribles penas que las hace sufrir la caridad? Digo la caridad, porque estas almas han muerto en la justicia: ellas dieron su último suspiro en el seno de su Esposo, sobre el corazón de su muy-amado, entre los brazos de su amor. Esta idea reanima su ardor, inflama sus deseos, se lanzan hacia su Dios, como un grave peso que busca naturalmente su centro. Páreceme oírles clamar: abrid, príncipes de la celestial Sión, abrid las puertas. ¡Esfuercos vanos, conatos inútiles! Una mano poderosa las detiene, y oyen la voz de un príncipe irritado, que las dice: no saldréis de esa cárcel hasta pagar el último cuadrante. Considerad, viadores, ¿si hay dolor semejante á este dolor? ¿Qué pena igual á la de ser del número de los santos, y no gozar aún la bienaventuranza? ¿Haber merecido coronas, y gemir aún entre cadenas? ¿Saber que están predestinadas para la gloria, y no ver aún al Dios de majestad? ¡Almas santas que me escucháis, vosotras comprendéis cuán incomparable es el martirio de la caridad!

¿Y es esta únicamente la pena que sufren estas almas? No, señores: padecen además la pena de sentido en medio de un vivísimo fuego que las abrasa sin consumirlas: fuego tan activo, dice San Agustín, que les causa más dolor que todas las penas que se pueden ver, sentir ni meditar en este mundo. Prescindiendo por ahora de la naturaleza de este fuego, si es ó no de la misma especie que el nuestro elemental, pues aunque esto último es muy probable, despues de la autoridad de San Agustín, San Gregorio y el común de los doctores escolásticos, la Iglesia no ha hablado aun, y no es dogma de fe. Prescindiendo asimismo del modo con que este fuego, aun siendo corpóreo, como se cree comunmente, alige á las almas incorpóreas. Cuando nos sea revelado como el espíritu es forma del cuerpo, no habiendo proporción entre uno y otro: como el alma, siendo puro espíritu, se puede unir á la carne y comunicarle vida; entonces concebiremos como el espíritu puede unirse al fuego para que éste cause en él la sensación de dolor. Entretanto oigamos á San Gregorio describir el rigor de este fuego sobre las almas.

En el fuego, dice este Padre, serán bautizadas. Este es el último bautismo. El bautismo de agua nos lava de nuestras primeras manchas; el de fuego nos purificará de nuestras últimas fragilidades; y así como el primero fué indispensable para incorporarnos á la iglesia de la tierra; así es también necesario el segundo para entrar en la iglesia del cielo. ¡Santo Dios, cuán terrible es vuestra justicia! ¿Dónde están vuestras antiguas misericordias? ¿No vinisteis, Señor, á redimir con vuestra sangre á estos ilustres prisioneros? ¿No son esposas vuestras estas almas? ¿No las tenéis ya preparada una corona inmortal de gloria en premio de sus trabajos y victorias? ¿No sois su centro y su fin último? ¿Por qué no las desatáis del cautiverio de este fuego, de este lugar terrible de tormentos? ¿Dónde están, repito, vuestras misericordias antiguas?

¡Ah! está el Señor como ligado, y padece, para decirlo así, cierta especie de violencia: al verse impedido por su propia justicia; pues siendo igualmente justo que misericordioso, no puede permitir que nada manchado entre en su reino, y por tanto las purifica como el oro en el crisol de toda mancha y escoria. Es pues la Divina justicia la que enciende y nutre este fuego, para vengar el reato de pena temporal que corresponde á cada crimen y á los pecados veniales, que tan poco cuidado nos dan en vida.

Si meditáramos con reflexión las Escrituras, veríamos los grandes castigos que Dios ha aplicado á veces á las infidelidades que llamamos leves. Tan cierto es que toda culpa es horrible á los ojos del Señor, y que no puede dispensarla en su juicio. Permitidme una breve enumeración sobre esta verdad. Aquí una curiosidad temeraria fué castigada de muerte: los hetemitas perdieron en gran número la vida por haber osado mirar el Arca del testamento, cuando volvía libre de la cautividad de los filisteos. Allí la indiscreta vanidad de David numerando su pueblo, causó á Israel una terrible desolación. La peste arrebató desde Dan hasta Bersabée setenta mil personas. Aquí una inobediencia privó á Saul de su trono; pues no quiso Dios reinarse sobre Israel, por haber perdonado la vida al rey de los amalecitas. Allí un movimiento de desconfianza privó á Moisés de la posesión de la tierra prometida.

¿Qué más? Ezequías mostró á los embajadores de la Caldea los tesoros que tenía en su palacio, y en castigo de su vanidad le anunció el Señor por un profeta, que aquellos mismos tesoros serian transportados algun día á Babilonia. La mujer de Lot fué convertida en estatua de sal, por haber vuelto su rostro hacia la infame Sodoma, que ardía. Oza murió repentinamente por haber querido sostener

el arca del Testamento, ante el inminente peligro, de caer. La hermana de Moisés fué cubierta de lepra por haber murmurado contra él. Zacarías quedó mudo por no haber creído al ángel que le anunciaba al precursor de Jesucristo. Ananías y Safira murieron de repente por haber dicho una mentira. Todas estas circunstancias, dice un sabio, nos enseñan que nos engañamos con frecuencia á nosotros mismos, ya sea mirando como leves, pecados que llevan consigo el carácter esencial de crimen, ya sea imaginando que los defectos leves no nos deben causar temor alguno. En atención, pues, á que el Señor los castiga á veces terriblemente sobre la tierra, que es para decirlo así, el teatro de su clemencia y de su bondad, ¿cuales serán los castigos en el purgatorio, donde el fuego ha de vengar su justicia, y donde la privación de su divino rostro debe aumentar estas penas hasta lo sumo, sin poder por sí mismo dispensarlas, ni las almas dejar de padecerlas hasta estar purificadas?

Nosotros sólo, hermanos míos, nosotros sólo podemos acelerarles su eterna felicidad. Y esta es la importante comision que Dios nos ha confiado bajo los más graves anatemas. ¿Cuales son estos, me diréis? En la medida que midieréis, dice Jesucristo, seréis medidos. Si fuereis misericordiosos, añade, obtendréis misericordia. ¿Qué significa esto en el sentido obvio de las Escrituras? Si tuviereis piedad con los vivos y los muertos, conseguireis misericordia; pero si fuereis duros, desapiadados e inhumanos, experimentaréis una suma dureza. Tanto hay que temer de no hacer bien por estas almas afligidas!

Temblad y estremeced, hijos e hijas desnaturalizados; y vosotros albaceas desdiosos, por no decir crueles, intérpretes avarientos de las últimas voluntades, temblad, repito: vosotros caeréis en las manos de Dios vivo, y rodaréis acaso á los pies del trono del Eterno por vuestra inhumanidad, indulgencia y crueldad con vuestros hermanos. La voz de su allicción clamará sin cesar contra vosotros, y entonces veréis con arrepentimiento inútil el mal uso que habéis hecho de los bienes de vuestros difuntos, destinando al lujo, á la vanidad, á la avaricia y al ídolo favorito de vuestras pasiones lo que debíais haber consagrado á su alivio. Meditad, os ruego, el espíritu de nuestra santa Religión; y si conserváis algún resto de caridad, pedid al Dios de las misericordias libre á estas almas del fuego que las devora, y que les manifieste su divino rostro, coronándolas de gloria y de eterno descanso. *Amen.*

OBLIGACIÓN DE OFRECERLES SUPRAGIOS

*Mortui non prohibent gratiam.
No niegues el sufragio ó liberalidad al muerto.*

(ECCLES. c. 7. v. 37.)

Después de haberos mostrado el dogma del purgatorio por irrefragables oráculos de la Escritura, de la tradición divina y apostólica por los cánones de la Iglesia en sus concilios, y por invencibles pruebas deducidas de la razon misma; después de haber refutado los delirios de los herejes y libertinos sobre la materia; después de haberos instruido sobre las gravísimas penas que sufren las almas santas de nuestros hermanos en este lugar de tormentos, privadas de la presencia de Dios, á quien buscan con conatos inútiles, y rodeadas de un fuego voracísimo que las abrasa sin consumirlas; después, en fin, de haberos insinuado que el Señor ha dejado á nuestro cargo el alivio de estas almas, que por estar en término nada pueden merecer, y si sólo padecer, resta manifestaros que los sufragios por las benditas ánimas no son respecto de nosotros una obra de supererogacion ó voluntaria, sino de estrecha obligación y que nos interesa mucho. Oidme atentos, y pidamos la gracia. *Ave María.*

Cuando afirmo que los sufragios por los difuntos, ora por medio de la oración, ora por la limosna, ora por el santo sacrificio, ora por la mortificación, indulgencias, etc., no son obra puramente voluntaria ó de mera piedad; no penséis, hermanos míos, que avanzo una paradoja, hija de mi capricho y entusiasmo. Es, en efecto, un deber cristiano, derivado inmediatamente de los principios de religión y de conciencia. Esta nos íntima estrechamente el gran precepto de la caridad, alma, para decirlo así, y nervio del cristianismo.

Si, hermanos míos, la caridad; esta virtud principal, la mayor de todas y que encierra toda la ley, no sólo debe únitros con Dios y con los bienaventurados que le gozan, no sólo debe enlazarlos con espíritu de unidad y de amor mutuo con los que viven hoy sobre la tie-

tra, sino también con los que padecen en el purgatorio, lugar terrible de aflicción y de tormentos. La razón es, porque juntamente con nosotros forman un cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, como la religión nos enseña. Si un miembro, pues, no puede padecer sin que se conmuevan los demás, según el argumento de San Pablo y nuestra propia experiencia, ¿podremos nosotros en conciencia mirar con apatía e indiferencia la dura aflicción é inexplicables tormentos de estos miembros de Jesucristo y también miembros nuestros, que sufren bajo su mano poderosa hasta haber expiado plenamente las reliquias de sus pecados y el reato de pena temporal que á ellos y á las imperfecciones leves corresponde en el juicio de Dios?

Por otra parte, ¿no os obliga la caridad á socorrer al pobre en su miseria? ¿á consolar al triste? ¿á dar alimento al que padece hambre? ¿á dar de beber al sediento? ¿á vestir al desnudo? ¿á visitar al encarcelado y enfermo? ¿Quién, os ruego, en más extrema necesidad, en más dura aflicción que estas almas santas? Ellas no pueden merecer, ni Dios mitigarles sus penas, porque en su reino inmortal nada puede entrar manchado; pero nos confió la importante misión de aliviarlas y acelerarles su eterna felicidad, cuando por un precepto negativo nos dijo: no niegues el sufragio al muerto, como se explica por el Eclesiástico; y cuando afirmativamente nos dice por Tobias: pon tu pan y tu vino sobre la sepultura del justo; en cuyas palabras entienden los Padres y expositores los sufragios á favor de las almas. ¿Con qué conciencia, pues, podremos desentendernos de este gravísimo cargo que la caridad nos impone? ó ¿cómo ella que es benigna habitará en un corazón que se hace duro y sordo á estos clamores?

¿Quién sabe, hermanos míos, si el triste lamento de las almas que la fe nos anuncia será de nuestros padres, á quienes después de Dios debemos el ser, el honor, la colocación y subsistencia? Ellos no existen. Yo me engaño: han faltado de nuestra presencia: sus almas padecen aun; pero vivirán eternamente en el ósculo del Señor, cuando acaben de satisfacer á la Divina justicia. Entretanto claman á sus hijos con el real Profeta; sacadnos de esta cárcel: *Educ de custodia animam meam*. ¿Quién sabe si estos lamentos serán de una tierna madre que tanto sufrió por nosotros, que tanto se afaná porque no nos faltase el alimento, que nos dió su sangre por vianda; que tanto se sobresaltaba por nuestro menor peligro, por nuestra más leve incomodidad, y que tal vez lo que padece sea por su demasiado cariño y condescendencia por nosotros? ¿Cómo podremos, pues, hacernos sordos á los gemidos de una madre, que nos manda el Espíritu Santo

no olvidemos? *Gemitus matris tuæ ne obliviscaris*. ¿Quién sabe si será el grito de esta esposa fiel, que amabais con tanto ardor, que formaba vuestras delicias, y que estrechándoos entre sus brazos moribundíos, os conjuró le conservarais después de su muerte una parte de su inocente ternura, pidiendo á Dios por su alma? ¿Perecerá su memoria con el sonido de las campanas que terminan su funeral? ¿El sepulcro que recibió su cuerpo sepultó también vuestra ternura? Porque la muerte rompió los vínculos de la naturaleza, ¿ha roto también los de la Religión? Porque terminó la carrera de su vida mortal, ¿se ha extinguido también vuestra caridad? ¿Quién sabe, finalmente, si el que reclama vuestra piedad, es un amigo tan constante y fiel como Jonatás con David; un amigo que os confió sus secretos con candor, que enjugó vuestras lágrimas y consoló á veces vuestras penas; que os socorrió en vuestras necesidades con tanta generosidad? ¿Podrá vuestro corazón olvidar impunemente una persona tan benemérita, y negarle vuestros oficios de piedad, de gratitud, de caridad?

¡Ah, hijos desnaturalizados! ¡esposos infieles! ¡amigos ingratos! ¡albacas desdichados, duros, crueles, inhumanos! Si tanto debéis temer en el día de la ira aquella voz fulminante: *Id, maledicti, ad fuego eterno*, por no haber desempeñado las obras de misericordia con vuestros hermanos, dando de comer á Jesucristo en el hambriento, de beber en el sediento, hospedándole en el peregrino, visitándole en el desnudo, visitándole en el enfermo, ¿qué juicio formaremos del fallo de vuestra suerte en aquel tremendo tribunal que no admite apelación, cuando se os haga cargo de no haber cumplido estos oficios de caridad, que la Religión os impone á favor de unas almas encerradas en la más dura y estrecha prisión, sumergidas en las más graves penas, y constituidas en extrema necesidad? Lo cierto es, hermanos míos, que en la medida que midieris habéis de ser medidos, según el oráculo de Jesucristo. Lo que sembrareis, eso recogeréis: caridad por caridad, dureza por dureza. Faltará el cielo y la tierra antes que falte ninguna de estas verdades. Grabadlas, os ruego, en vuestro corazón para cumplir en tiempo las leyes de la caridad, y evitar un arrepentimiento inútil en la hora de la muerte. Y si sois tan indolentes, que ésta no os ha movido hasta aquí, muevaos á lo menos vuestro propio interés.

Yo os he insinuado con San Pablo la práctica de la disciplina de la Iglesia desde los tiempos primitivos, de bautizarse los vivos por los muertos; donde los Padres y expositores entienden nuestras obras penales á favor de las almas del purgatorio. He aquí el secreto de la Religión. ¡Feliz sociedad la del cristianismo! El cielo se interesa por

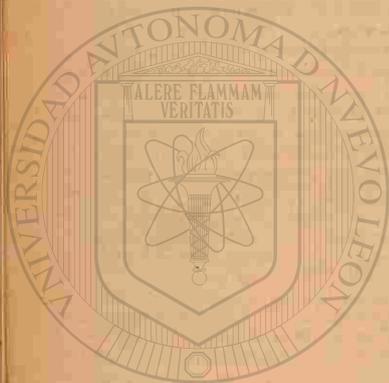
la tierra, dice un sabio; la tierra por el purgatorio; los miembros vivos por los miembros muertos. Esta es la comunión de los santos. En virtud de ella podemos aplicar á nuestros hermanos que padecen en el purgatorio las austeridades y penitencias que ejerceremos; pues como San Pablo suplia en su carne lo que faltaba á la pasión de Jesucristo, por su cuerpo que es la iglesia; podemos nosotros cumplir en nuestra carne lo que faltaba á la penitencia de estas almas; es decir, que podemos aplicar á las almas del purgatorio nuestras mortificaciones, ayunos y oraciones, y que en virtud de esa cesión que el Señor acepta de buena voluntad, abreviamos sus penas, y aceleramos su felicidad eterna.

Pero acaso me diréis que cediendo á favor de las almas todas estas mortificaciones, el provecho es para ellas y el trabajo para vosotros; y qué en esta hipótesis podréis lamentaros con el real Profeta, que os mortificáis en vano; *sine causa mortificamur*. Os engañáis, hermanos míos, porque si lograis la felicidad de librar una de estas almas, ¡qué protección no conseguirí! Juzgais que os olvidarán en la gloria estas almas bienaventuradas, á cuya eterna felicidad habéis contribuido? ¡Ah! la ingratitud es el vicio de la tierra, y el reconocimiento es herencia de los santos. Si el copero de Faraón luego que salió de la prisión olvidó á José, éste cuando estuvo cerca del trono no olvidó á sus hermanos. Si sois pecadores, ellas clamarán: Señor, misericordia por misericordia, favor por favor; sacad del abismo de la iniquidad estas personas caritativas que nos sacaron un día de los abismos de vuestra justicia; romped sus cadenas como ellos han roto las nuestras; extinguíd para ellos el fuego del infierno por medio de vuestra gracia victoriosa, como ellos extinguieron el fuego de nuestro purgatorio por medio de sus sacrificios y limosnas. Si sois justos, ellas pedirán á Dios auxilios para que consigáis la perseverancia final y la felicidad eterna.

¿Pero, qué digo? ¿Habéis olvidado que Dios ha prometido su misericordia al que fuere caritativo con sus hermanos? ¿Ignoráis que recibe como becho á sí mismo lo que luciereis por cualquiera de sus pequeños? ¿No sabéis que en el desnudo le vestís, en el necesitado le socorréis, y le consoláis en el afligido? ¿No sabrá recompensar al centuplo vuestra caridad con estas almas sus esposas? ¿Faltará con vosotros á su divina palabra? ¡Ah! formad ideas más justas de la veracidad, bondad y liberalidad de vuestro Dios. Entrad, es ruego, en el espíritu de la Religión, y quedaréis íntimamente convencidos que los sufragios por las almas de nuestros hermanos, que gimen por su libertad en el purgatorio, tolerando penas gravísimas, es una obra

de estrecha obligación, de caridad y sumo interés para nosotros. Proccuremos pues, trabajar con tesón por acelerarles su eterna felicidad; ya sea por medio de la oración, ya por limosnas, ya por mortificaciones, ya por medio del santo sacrificio de la misa, para que desatadas de los vinculos que las oprimen, vean la inaccesible luz, que es Dios, y descansen en paz.

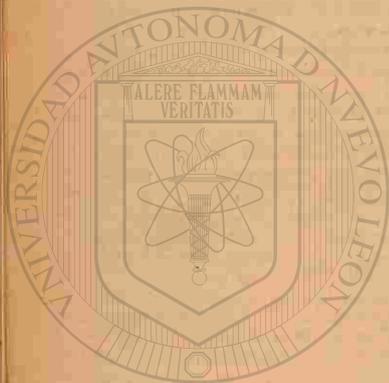
Señor, compadecidos desde este momento de nuestros hermanos difuntos, empezamos á orar con ellos y por ellos con un profeta: *de profundis clamavi ad te Domine, Domine exaudi vocem meam*: Señor, cuya terrible sentencia nos ha precipitado en este abismo, osamos dirigiros nuestros clamores: oíd nuestra oración. Arrojad los ojos de vuestra misericordia sobre este lugar de vuestra justicia. Escuchad, os rogamos, nuestros tristes clamores, y usad de misericordia con nosotros haciéndonos entrar en vuestra gloria. ¡Ah! Señor, si pesáis nuestras iniquidades en la balanza de vuestra justicia, seremos oprimidos, y no empezaremos á reinar con vos sino al fin de los siglos. Si vuestra misericordia no nos defiende, que largo será nuestro destierro. Nuestros delitos son grandes y sin número: aquí de vuestra indulgencia. Vuestra bondad, Señor, es nuestra confianza, y á medida de la multitud de nuestras fragilidades nos alientan y aseguran vuestras antiguas misericordias. La esperanza que tenemos, Señor, no será confundida, porque estriba sobre la infalibilidad de vuestra palabra. Israel afligido espera siempre en vos: desde el alba hasta la noche medita sus tormentos; y en ellos halla los motivos de su esperanza, persuadiéndose á cada momento que se le abren los cielos, porque no ignora, Señor, que la misericordia es inseparable de vuestro Ser. ¡Si, ó mi Dios! vos nos libráis de todas nuestras iniquidades. Vos oiréis los clamores de nuestros hermanos, vos recibiréis por sufragios sus votos, sus oraciones, sus sacrificios y limosnas, para que vuestras almas descansen en paz. Amén.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Págs.
Sobre la Pasión de Jesucristo	5
La Pasión de Jesucristo	20
La Pasión de Jesucristo	32
Jesús se dirige al huerto de las olivas	46
La agonía de Jesús en el huerto de Gethsemani	54
El sudor de sangre	62
La traición del falso Apóstol	70
La Prisión de Jesús	79
El Tribunal de Caifás	88
La bofetada	96
La negación de Pedro a Jesucristo	106
La negación de Pedro	116
La Sentencia de muerte en el Tribunal de Caifás	123
El Tribunal de Pilatos y la revelación del reino del Mesías	133
El silencio	142
Barrabás	149
Los Azotes	157
Humillaciones y homenajes en el pretorio	164
La Coronación de espinas	174
Las insignias de la dignidad Real de Jesucristo	184
La sentencia de muerte de Jesucristo	192
Jesucristo proclamado por Pilatos rey y Mesías	200
La salida de Jesús de Jerusalén	210
El viaje al Calvario	219
La Crucifixión	229
El Perdón	239
El Abandono, la sed y la Consumación	247
La muerte de Jesucristo	257
Las siete palabras que habló Jesús en la Cruz	268
Primera palabra	270
Segunda palabra	272
Tercera palabra	274
Cuarta palabra	275
Quinta palabra	277
Sexta palabra	279
Séptima palabra	280
La Sepultura de Jesucristo	282
De la Cruz	292
De la Invención de la Santa Cruz	299
Triunfo de la Santa Cruz	304
De la sangre de Nuestro Señor Jesucristo	313
Sobre la Resurrección	321
Del anuncio de la Resurrección	328
Jesucristo resucitado y sus discípulos	334



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Págs.
Sobre la Pasión de Jesucristo	5
La Pasión de Jesucristo	20
La Pasión de Jesucristo	32
Jesús se dirige al huerto de las olivas	46
La agonía de Jesús en el huerto de Gethsemani	54
El sudor de sangre	62
La traición del falso Apóstol	70
La Prisión de Jesús	79
El Tribunal de Caifás	88
La bofetada	96
La negación de Pedro a Jesucristo	106
La negación de Pedro	116
La Sentencia de muerte en el Tribunal de Caifás	123
El Tribunal de Pilatos y la revelación del reino del Mesías	133
El silencio	142
Barrabás	149
Los Azotes	157
Humillaciones y homenajes en el pretorio	164
La Coronación de espinas	174
Las insignias de la dignidad Real de Jesucristo	184
La sentencia de muerte de Jesucristo	192
Jesucristo proclamado por Pilatos rey y Mesías	200
La salida de Jesús de Jerusalén	210
El viaje al Calvario	219
La Crucifixión	229
El Perdon	239
El Abandono, la sed y la Consumación	247
La muerte de Jesucristo	257
Las siete palabras que habló Jesús en la Cruz	268
Primera palabra	270
Segunda palabra	272
Tercera palabra	274
Cuarta palabra	275
Quinta palabra	277
Sexta palabra	279
Séptima palabra	280
La Sepultura de Jesucristo	282
De la Cruz	292
De la Invención de la Santa Cruz	299
Triunfo de la Santa Cruz	304
De la sangre de Nuestro Señor Jesucristo	313
Sobre la Resurrección	321
Del anuncio de la Resurrección	328
Jesucristo resucitado y sus discípulos	334

	Págs.
Sobre la Resurrección de Jesucristo.	341
Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo.	349
Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo.	358
Pentecostés ó venida del Espíritu Santo.	367
Pentecostés ó venida del Espíritu Santo.	376
Sobre la Santísima Trinidad.	384
Sobre la Santísima Trinidad.	394
Fiesta del Corpus.	402
Fiesta del Corpus ó del Santísimo Sacramento.	412
Triunfo del Amor de Cristo en la Eucaristía.	419
LA EUCARISTÍA como misterio.	426
La Eucaristía como sacramento.	434
La Eucaristía como sacrificio.	445
La Eucaristía obra del amor de la sabiduría y del poder divino.	450
La Eucaristía alimento de nuestras almas, ó sea la Comunión acto vital por excelencia del Cristiano.	465
La Eucaristía y sus admirables efectos por la vida divina de nuestras almas.	473
Pláticas Eucarísticas preparatorias.	480
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.—Origen de esta devoción.	497
Sagrado Corazón de Jesús.—Objeto de esta devoción.	503
Sagrado Corazón de Jesús.—Fin y frutos de esta devoción.	511
Sagrado Corazón de Jesús.—Esta devoción es la más propia para unirnos á Jesucristo por los vínculos de su amor.	518
Sagrado Corazón de Jesús.—Dulzuras y finesses de su amor.	524
Sagrado Corazón de Jesús.—Amor de este divino Corazón y agradecimiento que exige de nosotros.	532
NOVENARIO en sufragio de las benditas almas del Purgatorio.	541
Día primero.—Existencia del purgatorio.	546
Día segundo.—Pena de dabo.	555
Día tercero.—Pena de sentido.	562
Día cuarto.—Tormento que padecen las almas del purgatorio producido por la claridad y luz de su entendimiento.	570
Día quinto.—Penas que sienten las almas del purgatorio producidas por el amor que ellas tienen á Dios y á los hombres.	578
Día sexto.—Martirio en el purgatorio encendido por el amor y prolongado por la esperanza.	587
Día séptimo.—Causa de las penas del purgatorio y motivos para emprender la penitencia.	594
Día octavo.—Interés de Dios y nuestro en rogar por los difuntos y medio para aliviar sus penas.	601
Día noveno.—La humanidad practicada á favor de las almas del purgatorio aumenta los intereses de la religión.	609
Día en acción de gracias del novenario. — El socorro á las almas del purgatorio asegura la salvación de nuestras almas.	618
TRIDUO DE ÁNIMAS.—El dogma del purgatorio.	624
Penas que padecen las almas en el purgatorio.	629
Obligación de ofrecerles sufragios.	639

